S. y J.
ÁLVAREZ
QUINTERO



OBRAS COMPLETAS

Tomo III



Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero son autores andaluces que cosecharon un gran éxito hace aproximadamente un siglo. Su producción es básicamente de comedias y se divide en las ambientadas en su Andalucía natal, tamizada por los recuerdos de su infancia y presentando siempre una visión luminosa y alegre, y las ambientadas en Madrid, más amargas. En cualquier caso, la mayoría son divertidas y siempre muy bien escritas.

Este volumen comprende las estrenadas desde el 30 de noviembre de 1912 hasta el 5 de noviembre de 1920 inclusive.



Serafín Álvarez Quintero & Joaquín Álvarez Quintero

Obras completas. Tomo III

Obras completas Hnos. Álvarez Quintero - 3

ePub r1.0

Titivillus 09.12.2019

Serafín Álvarez Quintero & Joaquín Álvarez Quintero, 1947
Digitalizador: errobixirripa
Diseño de cubierta: gilba

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







Este retrato es del tiempo de *El genio alegre* (1906), la comedia que, tras el éxito rotundo de *Las flores*, consolida definitivamente su prestigio

TOMO III

Este volumen comprende las estrenadas desde el 30 de noviembre de 1912 hasta el 5 de noviembre de 1920 inclusive, cuyos títulos, por orden cronológico, son los siguientes:

Fortunato.

Nena Teruel.

Sin palabras.

Hablando se entiende la gente.

El amor bandolero.

Los Leales.

La consulesa.

Chiquita y bonita.

Polvorilla el corneta.

Dios dirá.

Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

Becqueriana.

El duque de Él.

El ilustre huésped.

Diana cazadora o Pena de muerte al amor.

Cabrita que tira al monte.

¿A quién me recuerda usted?

El cerrojazo.

Rinconete y Cortadillo.

Marianela.

Los ojos de luto.

La casa de enfrente.

Lo que tú quieras.

Lectura y escritura.

Así se escribe la Historia.

Pipiola.

Pesado y medido.

La cuerda sensible.

Los marchosos.

Secretico de confesión.

La niña de Juana o El descubrimiento de América.

Don Juan, buena persona.

Pedro López.

Castañuela, arbitrista.

La Calumniada.

El corazón en la mano.

Febrerillo el loco.

El mundo es un pañuelo.

La flor en el libro.

La del Dos de Mayo.

La historia de Sevilla.

FORTUNATO

HISTORIA TRAGICÓMICA EN TRES CUADROS

Estrenada en el **Teatro Cervantes** el 30 de noviembre de 1912

A LOS INFINITOS
HÉROES ANÓNIMOS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Amaranta.	Rosario Toscano.
Constanza.	Julia Delgado Caro.
Mónica.	Teodora Moreno.
Inés.	Irene López Heredia.
Conchita.	Pepita Jiménez.
Una Modistilla.	Concha Torres.
Una Beata.	Amalia Simó.
Fortunato.	Ricardo Simó-Raso.
Don Victorio.	Ramón Gatuellas.
Alberto.	Guillermo de Mancha.
Un Ciego.	Francisco Molinero.
Un Señor Viejecito.	Ángel Sala.
Gorguera.	Cástor Sapela.
Un Mendigo Cojo.	Juan Ramón Ginestal.

FORTUNATO

CUADRO PRIMERO

Despacho elegante y sencillo en la casa de Alberto Hidalgo, joven arquitecto en Madrid. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Hacia la derecha del actor, la mesa-escritorio. Cerca, en la pared, un almanaque. En un rincón, una estufilla eléctrica. Al foro, un balcón, a través de cuyos cristales se ve el cielo pálido y limpio de un día de diciembre. Es por la mañana.

Sale por la puerta de la derecha Mónica, doncella de la casa, que presume de todo, y más que de nada, de lista. La sigue don Victorio, sablista arrancado de la realidad. Viene con sombrero de jipijapa y un trajecillo de verano en el peor uso posible, y dando diente con diente de frío. Ahora es andaluz; pero ha sido inglés, cubano y marroquí.

MÓNICA. Pase usted.

DON VICTORIO. Gra… grasias, joven. ¡Qué… qué calorsito más agradable se siente aquí!

MÓNICA. ¡Ah! Pues esto es la *Iberia* si se compara con el gabinete.

DON VICTORIO. ¿Sí, eh? Pos yévame de la *Iberia*, por tu salú.

MÓNICA. Vamos.

DON VICTORIO. ¿En er gabinete está la señorita? Mónica. Sí, señor.

DON VICTORIO. *Pasándose al género dramático.* ¡El ánge de esta casa… el ánge que ha estendío sobre la mía sus alas protertoras… el ánge… el ánge…! *Un sollozo a tiempo le evita el compromiso de concluir el párrafo.*

MÓNICA. No llore así, señor, y venga conmigo.

DON VICTORIO. Espera, hijita… espera un momento. *Se acerca a la estufilla.* Es que casi no me salen las palabras de frío… Tú carcula: en un Madrí… en disiembre a cuatro grados… y vestío de papé de fumá… ¡Brrr! *Tirita convulsivamente.*

MÓNICA. ¡Vaya por los catorce apóstoles! Ande usted, no llegue el señorito. Iré yo delante para guiar.

DON VICTORIO. Vamos, sí; vamos. No porque yo le tema ar señorito… sino porque aquel ánge… ¡aquel ánge!… ¡aquel ánge!…

Se va Mónica por la puerta de la izquierda entre ángeles y sollozos patéticos.

A poco sale por la de la derecha Alberto, en traje de casa. Trae unos papeles en la mano, que deja en la mesa. Luego se sienta a ella, y escribe.

ALBERTO. Me pareció que hablaban aquí… Juraría que llamaron y que alguien entró.

Pausa. Llega Mónica por donde se fué, y se coloca junto a Alberto, en actitud de esperar órdenes. Alberto levanta la cabera y la mira.

MÓNICA. Aquí me tiene usted, señorito.

ALBERTO. ¿Qué hay?

MÓNICA. Que aquí me tiene usted.

ALBERTO. Ya, ya la veo.

MÓNICA. ¿Qué desea el señorito?

ALBERTO. Ahora, nada.

MÓNICA. ¿Nada? Pues ¿no ha llamado usted?

ALBERTO. No.

MÓNICA. ¿Cómo qué no?

ALBERTO. Como que no.

MÓNICA. *Santiguándose.* ¡Ánimas benditas y el santo de mi Nombre! ¡Todavía no conozco los timbres de la casa! Usted dispense, señorito.

ALBERTO. No hay de qué.

MÓNICA. Servidora.

Va a marcharse, y Alberto la detiene, llamándola.

ALBERTO. Escuche usted.

MÓNICA. Vamos, no he perdido el tiempo.

ALBERTO. ¿Quién ha venido ahora?

MÓNICA. Distingamos, para no *trompezar*; ¿cuándo es ahora?

ALBERTO. *Un poco nervioso.* Ahora, mujer, hace un instante; hace cinco minutos.

MÓNICA. ¡Ah, sí! Pues era… era un caballero.

ALBERTO. ¿Un caballero?

MÓNICA. Quiero decir que no era una señora.

ALBERTO. ¿De qué señas?

MÓNICA. Ni alto ni bajo, ni viejo ni joven, ni flaco ni grueso; en una *bicoca*: del montón.

ALBERTO. En *una bicoca…* del montón.

MÓNICA. La señora mayor, al recibirlo, le llamó… ¿Cómo le llamó, Mónica? Yo lo diré. Le llamó… le llamó… Yo lo diré. Le llamó… Una cosa así como don Julián… don Juan… don Beltrán…

ALBERTO. ¿Acaso… don Victorio?

MÓNICA. ¡El mismo!

ALBERTO. ¡Pues sí que se parecen los nombres!

MÓNICA. He dicho que una cosa así. Ya sé yo que un nombre es agudo y otro *circunflejo*.

ALBERTO. ¡Está usted aviada! Pero, efectivamente, no es una señora… ¡es un caballero! ¿Y por lo que se entiende, pasó?

MÓNICA. En el gabinete lo tiene usted con las dos señoras.

ALBERTO. ¡La ha hecho usted buena!

MÓNICA. Lo que se me ha mandado, y nada más.

ALBERTO. ¿Está usted segura?

MÓNICA. *Segurisma.*

ALBERTO. Bueno, pues vaya usted con Dios. Y ojo avizor cuando se retire ese… caballero.

MÓNICA. ¡Faltaría más! Duérmase usted sobre sus laureles.

Retírase por la puerta de la derecha, siempre presumiendo. Alberto la mira entre sonriente e indignado.

ALBERTO. ¡Yo no he visto una mujer más tonta! *Por la otra puerta aparece en esto Constanza, su dulce y tierna esposa, con aire graciosamente compasivo.* ¿Sabes, Constancita, que esta doncella recomendada de tu madre es más tonta que una mata de habas?

CONSTANZA. ¡La pobre!

ALBERTO. Y lo peor es que se las echa de lista y ya me ha puesto en más de un compromiso gordo.

CONSTANZA. Discúlpala. No ha servido nunca, y se desvive por adivinar los pensamientos. Luego, tiene los humos de su tía…

ALBERTO. Que es todavía más tonta que ella, gracias a Dios.

CONSTANZA. ¿Te has enterado de lo que ha hecho?

ALBERTO. ¿La tía?

CONSTANZA. No, la sobrina.

ALBERTO. ¡Sí! ¡Meterte en el gabinete a don Victorio! Me ha dicho que tú se lo mandaste.

CONSTANZA. Yo le mandé todo lo contrario, como comprenderás.

ALBERTO. ¡Naturalmente! ¿Y qué? ¿Viene muy pintoresco?

CONSTANZA. ¡Psch!… Con mamá lo he dejado. ¿Te estorbo?

ALBERTO. En absoluto.

CONSTANZA. ¿No trabajabas?

ALBERTO. Trabajo material: copio una memoria… ¿Quieres algo?

CONSTANZA. Sí; quería que habláramos un momento.

ALBERTO. ¡Malo!

CONSTANZA. *Sonriéndose.* ¿Te figuras de qué?

ALBERTO. ¿No me lo he de figurar, hija mía? Y eso que no soy tan listo como Mónica. Pero te conozco a ti, conozco a tu madre, que sois dos corazones de azúcar, y conozco bien a ese trapisondista que está en el gabinete.

CONSTANZA. ¡Trapisondista! ¡El pobre! Cuando pide, ¿será por gana de pedir, Alberto?

ALBERTO. ¿Qué cuento trae hoy?

CONSTANZA. ¡Qué sé yo! Un infierno andando. Ya tú sabes su estilo.

ALBERTO. Sí.

CONSTANZA. Apenas entró y nos vió se hincó de rodillas.

ALBERTO. ¡Claro! Y os besaría los pies, y empezaría con las frases sacramentales: «¡Yo no vengo a pedir dinero! ¡Tíreme usted por las escaleras si lo pido!».

CONSTANZA. Parece que lo has estado oyendo.

ALBERTO. ¡Nunca viene a pedir dinero, y siempre se lo lleva!

CONSTANZA. Hay que compadecerlo. Óyeme. ¡Si lo hubieras visto temblar muerto de frío junto a la chimenea!

ALBERTO. ¡Oh! Es un gran actor.

CONSTANZA. No te burles. Nos ha metido el alma en un puño. Dice que tiene a dos hijos con sarampión; que ha habido un incendio en la casa; que una criada les ha robado no sé qué; que un gato rabioso ha arañado a su hermana; que su padre está con el mal de San Vito; que un cuñado suyo se ha querido tirar por un balcón y se ha saltado un ojo…

ALBERTO. ¡Basta, basta, que por algo no estoy suscrito a *Los Sucesos*! Sí que la historia encogería el ánimo, si fuera verdad.

CONSTANZA. ¿Dudas de que lo sea?

ALBERTO. Apuesto a que todo ello es pura farsa.

CONSTANZA. No… Yo no digo que no exagere, pero tiene disculpa. La necesidad aprieta tanto… ¡Ay, qué difícil es imaginarse la realidad de tanta miseria cuando se tiene un techo que ampara, y una casa tranquila, y una mesa puesta!…

ALBERTO. No supongo que me vayas a llamar monstruo de egoísmo.

CONSTANZA. *Acercándose cariñosa.* No, tonto. Pues ¿dónde lo hay más generoso que tú? Demasiado das para lo que tenemos.

ALBERTO. Eso es: demasiado doy; demasiado damos, Constanza. Y si cayera siempre en buena mano y aliviara una verdadera necesidad… ¡Pero si este Madrid es un foco de petardistas! Yo ya me resisto a entregarle un céntimo a quien no conozca de cerca, te soy franco. *Mostrándole dos o tres cartas.* Mira: todo esto ha venido esta mañana en menos de una hora.

CONSTANZA. ¡Qué horror!

ALBERTO. Uno que me envía un billete a mitad de precio, y solicita el dinero para la otra mitad, porque quiere marcharse a su tierra, donde asegura que le van a dar un destino.

CONSTANZA. ¡El pobre!

ALBERTO. Una mujer que pide para comprarle una medicina a una hija suya, que se le muere si no la toma.

CONSTANZA. ¡La pobre!

ALBERTO. Otro que viene con una suscripción abierta en favor suyo para costearle una máquina de escribir.

CONSTANZA. ¡El pobre!

ALBERTO. La encabezan Maura, Echegaray, la Imperio… ¿Tú crees que esto puede ser verdad?

CONSTANZA. No sé, no sé…

ALBERTO. Y luego, acechándome a la puerta de casa, una castañera que me suplica dinero para un puesto; un cesante que quiere a lo menos unas botas y ropa interior y unas beatas implorando para unos locos, y unos frailes suplicando para unos cuerdos… Imposible, imposible. No hay dinero que baste, Constanza. Y yo no soy más que un mediano arquitecto que empieza su carrera con fortuna; ¡pero, hasta ahora, las casas que edifico no son mías!

Sin contar con que —tú lo sabes tan bien como yo— la verdadera desgracia es pudorosa generalmente, y no se aviene con ciertas comiquerías en que tan diestro es ese don Victorio que ahora mismo está ahí.

CONSTANZA. Bueno, sí; conformes. Te sobra la razón, Alberto. Y convengo contigo en que debemos ponerle algún remedio a este abuso. Tú eres muy generoso y nosotras demasiado crédulas; pero hoy… ahora… yo quisiera que tú… Porque, verdad o mentira, ese infeliz está llorando, y ¡si vieras lo que me cuesta a mí creer en la mentira de las lágrimas!…

ALBERTO. ¡Inocente!

CONSTANZA. Es que no te he contado lo más grave de lo que le ocurre.

ALBERTO. De lo que dice que le ocurre.

CONSTANZA. Yo creo que dice la verdad.

ALBERTO. ¡Es que, aunque la diga, Constanza, no tenemos dinero para todos los que llaman a nuestra puerta!

CONSTANZA. Sosiégate.

ALBERTO. Vamos a ver: ¿qué más le sucede a ese hombre?

CONSTANZA. Que el casero los echa a la calle mañana mismo si no pagan un sinfín de atrasos.

ALBERTO. ¡Todo sea por Dios!

CONSTANZA. Y va de casa en casa, recogiendo limosnas… ¡El pobre!

ALBERTO. Bien, bien; pues anda tú y dale también algo.

CONSTANZA. ¡Qué bueno eres!

ALBERTO. Pero con una condición.

CONSTANZA. La que tú pongas.

ALBERTO. Que es la última vez que socorremos a don Victorio.

CONSTANZA. La última.

ALBERTO. ¡Y que, en lo que queda de mes, venga a pedir quien venga, se va con las manos vacías!

CONSTANZA. ¡Te lo juro!

ALBERTO. Y yo a ti.

CONSTANZA. Pero ¡qué bueno eres!

ALBERTO. *Bromeando.* ¡También es fuerte cosa que dependa un poco tu cariño de los sablazos de don Victorio!

CONSTANZA. ¡No; simple!

ALBERTO. Bueno; punto y aparte. Déjame seguir mi trabajo.

Va a irse Constanza, a tiempo que por la puerta de la derecha llega Mónica.

MÓNICA. Señorito.

CONSTANZA. ¿Eh?

MÓNICA. He dicho señorito: con o: por lo tanto, no es a la señora a quien busco, sino al señorito.

CONSTANZA. Ya. *Se marcha riéndose.*

ALBERTO. Y ¿qué desea usted del señorito?

MÓNICA. Señorito: yo estoy en todo. Han llamado a la puerta. Si es el señor de ayer, ¿qué recado le doy?

ALBERTO. ¿El señor de ayer?

MÓNICA. ¿No recuerda? Aquel que dejó una carta que olía a boquerones.

ALBERTO. ¡Ah, sí! Pues si es el señor de ayer, dígale que siento en el alma no poder atenderle por el momento; que ya le escribiré.

MÓNICA. Entendido. ¿Y si es el señor de antes de ayer?

ALBERTO. ¿El de antes de ayer?

MÓNICA. Uno gordito, todo él afeitado, con chaleco blanco y botones negros, que traía una visita de… de… ¿De dónde era, Mónica? Ya lo diré. De León… de Burgos…

ALBERTO. ¿De Córdoba?

MÓNICA. ¡De Córdoba!, A mí me iba por la cabeza una Catedral.

ALBERTO. ¡Claro! Bien; pues si viene ese señor de Córdoba…

MÓNICA. Ya está entendido.

ALBERTO. No está entendido. ¿Qué ha entendido usted?

MÓNICA. ¡Que no pase tampoco!

ALBERTO. ¿Ve usted? Pues es lo contrario, cabalmente. Ese señor puede pasar.

MÓNICA. Lo suponía.

ALBERTO. *Deteniéndola, cuando va a marcharse.* ¿Se ha enterado usted bien de lo que quiero?

MÓNICA. ¡No creo que sea ningún *arco voltaico*!

ALBERTO. ¡No!

MÓNICA. Si es el señor de ayer, que usted le escribirá, y que se vaya: y si es el de antes de ayer, que pase.

ALBERTO. ¡Ajajá!

MÓNICA. Pues con su permiso. *Se va muy decidida.*

ALBERTO. *Levantándose.* ¡Vaya con el don Victorio y su familia! Esta mujer mía comulga con ruedas de molino. Y mi suegra no le va en zaga. ¡Qué par de corazones compasivos me han tocado en suerte! *Suspirando.* ¡Ay, ay, ay!

Vuelve Mónica, y exclama muy resueltamente, anunciando a la persona que llega.

MÓNICA. ¡El señor de ayer!

ALBERTO. *Sin poder reprimir un movimiento de contrariedad ante el error de la doncella.* ¿Cómo? ¿No le dije a usted?…

Se presenta Fortunato, cortándole la frase.

FORTUNATO. Buenos días.

ALBERTO. Buenos días.

Fortunato es el llamado «señor de ayer». A tiro de fusil se ve que no viene a regalar nada. Sus míseras ropas y la triste y resignada expresión de su rostro inspiran a la vez risa y lástima.

MÓNICA. ¿Manda usted algo, señorito?

ALBERTO. *Acercándose a ella y en voz reconcentrada.* Pero ¿no se enteró usted, grandísima tonta, de que al de ayer no quería recibirlo?

MÓNICA. *Un tanto conmovida.* Sí, señorito; pero ¡es que me ha dado una pena!…

ALBERTO. ¡Bueno va! ¡Otro corazón humanitario en la casa! ¡Estoy lucido! Puede usted retirarse.

FORTUNATO. ¿Yo?

ALBERTO. La doncella.

MÓNICA. Servidora. Al teléfono llaman, señorito. Yo estoy en todo. Si el que llama es por *un casual*…

ALBERTO. ¡Sea quien sea, le contesta usted que me he ido a Aranjuez por espárragos!

MÓNICA. Muy bien. Así me gusta. *Vase.*

ALBERTO. *A Fortunato, después de mirarlo con cierta impaciencia.* Usted me dirá.

FORTUNATO. He podido entender que no pensaba usted recibirme.

ALBERTO. Tenía entre manos un trabajo de alguna urgencia…

FORTUNATO. En ese caso, yo volveré otro día.

ALBERTO. No; ya que está usted aquí…

FORTUNATO. Muchas gracias.

ALBERTO. Siéntese usted.

FORTUNATO. Muchas gracias. *Continúa de pie.* No quiero molestarle…

ALBERTO. Como usted guste.

FORTUNATO. Muchas gracias. Le veo a usted violento. Repito que no quiero molestarle… Volveré otro día… *Va a irse y se detiene.* Por más que otro día molestaré tanto como hoy.

ALBERTO. Lo mejor es que me diga usted ya qué pretende de mí.

FORTUNATO. Muchas gracias. En primer lugar, le pido a usted perdón por presentarme de esta manera.

ALBERTO. No hay de qué.

FORTUNATO. Pero usted comprenderá que si vengo con estos pantalones… es porque no tengo otros que ponerme.

ALBERTO. Sí.

FORTUNATO. Y lo mismo digo de la americana y de las botas…

ALBERTO. Sí, sí; y del sombrero y de la camisa.

FORTUNATO. A la camisa no puedo hacer la menor alusión. Es usted muy amable.

ALBERTO. Y usted, por lo visto, trae gana de broma.

FORTUNATO. ¿De broma yo? No, por cierto. Pero insisto en que si le incomodo…

ALBERTO. ¡Dale, bola! Acabe usted ya.

FORTUNATO. Perdóneme. Y oiga. Yo fuí compañero de oficina y amigo de su papá de usted.

ALBERTO. Lo sé; me lo dice usted en la carta. Recuerdo el apellido.

FORTUNATO. Me estimaba mucho su papá, que esté en gloria. Es el único título con que puedo dirigirme a usted. Pues bien: hace cuatro años que me dejaron cesante, porque un sobrino segundo del ministro del ramo… ¡y esto clama al cielo!…

ALBERTO. Excuse toda historia, señor, y dígame en qué puedo servirle. ¿Qué es lo que usted quiere?

FORTUNATO. Trabajar.

ALBERTO. Trabajar… ¿Cómo?

FORTUNATO. Como sea. Yo no soy más que un mísero covachuelista, que tiene buena letra y que sabe un poco de francés y de partida doble; pero en estos cuatro años de martirio he hecho de todo: he llegado hasta subir temblando a un andamio, de peón de albañil, y sufrir un mareo y caer al suelo y estar a punto de estrellarme. Confieso que me caí de miedo; pero me caí.

ALBERTO. La falta de costumbre, tal vez.

FORTUNATO. No, no, señor; simplemente el miedo. Soy el hombre de menos ánimo que usted ha visto. En otra ocasión me colocaron de guarda de una finca de los arrabales, dos veces asaltada por malhechores; y Dios y yo sabemos el terror que a mí me invadía en aquellas noches que no acababan nunca. Pero había que llevar pan a casa. Le cuento esto para que sepa que en el trabajo que solicito lo acepto todo, todo.

ALBERTO. Bien, pues yo veré… yo pensaré… Hoy por hoy nada puedo ofrecerle; pero yo le prometo estudiar, buscar la manera…

FORTUNATO. Tómelo con el mayor interés del mundo, y usted disculpe que sea tan ambicioso. ¿Tiene usted hijos?

ALBERTO. No.

FORTUNATO. Entonces no puede usted entenderme del todo.

ALBERTO. ¿Los tiene usted?

FORTUNATO. Cinco pequeños, sí, señor. Cinco bocas que me piden pan. ¡Pan! Ya ve usted qué palabra tan dulce: ¡pan! Y, sin embargo, a mí me golpea en el cerebro como un martillo que me lo destrozara. Pero acaso lo estoy entristeciendo con mis desdichas…

ALBERTO. No…

FORTUNATO. ¡Hijos! ¡hijos!… El amor que les tenemos no cabe en la tierra; pero con doble amor no los compensamos aún del dolor de traerlos a la vida para no poderles dar alguna vez ese pan que nos piden. *Se enjuga los ojos.* Perdóneme, señor; perdóneme.

ALBERTO. Nada; no se aflija. Yo quedo en procurarle a usted algún recurso lo más pronto que esté en mi mano.

FORTUNATO. ¡Que por Dios sea muy pronto! Mire que mi mujer ya no sale del sotabanco en que vivimos porque no tiene ropa que ponerse, y que no nos queda ni clavo que vender ni cama en que dormir.

ALBERTO. Me hago cargo de todo; no necesita apurarme más. Yo veré…

FORTUNATO. Muchas gracias. *Pausa. Lo mira.* Y…

ALBERTO. ¿Qué?

FORTUNATO. Y… No me atrevo… no sé pedir limosna…

ALBERTO. Ya le he dicho que vaya confiado.

FORTUNATO. Es que… ¿No comprende mi situación?…

ALBERTO. ¡Ah, vamos! ¿Algún socorro de presente?

FORTUNATO. *Bajando los ojos.* Si usted fuera tan bueno…

ALBERTO. *Con súbita desconfianza.* Eso no me es posible.

FORTUNATO. ¿No?

ALBERTO. No. Lo siento mucho. Tengo mil atenciones… no soy rico… vivo de mi trabajo… Otra vez será. Conténtese usted con mis sinceras promesas de buscarle algún medio de vida.

FORTUNATO. ¿Cómo no?… Muy contento… y muy agradecido… Después de todo… ninguna obligación tiene usted… Si me atrevía a insinuar fué porque… ¡Se nos presenta hoy el día tan negro! Pero… no… no… no tema que insista… Gracias… muchas gracias. ¿Me permite que vuelva dentro de unos días por aquí?

ALBERTO. Sí, señor; sí. Vuelva dentro de ocho o diez días.

FORTUNATO. *Entre lágrimas que reprime.* ¿De ocho o diez días?… Gracias… muchas gracias… ¿Cómo llegaremos allá? Me voy muy contento… muy agradecido… Dios guarde a usted, señor. Buenos días.

Se va por la puerta de la derecha.

Alberto hace un movimiento instintivo como para llamarlo, y se contiene.

ALBERTO. No. No es cosa de quebrantar tan pronto… Primero me informaré de la verdad. ¡Ay, Dios mío! ¡Pero sospecho que esta vez han pagado justos por pecadores! *Pasa Mónica de la puerta de la derecha hacia la de la izquierda.* Oiga usted, Mónica.

MÓNICA. Señorito.

ALBERTO. ¿Quién era, al fin, el que llamó por teléfono?

MÓNICA. El señor de Galíndez.

ALBERTO. ¡Ah! ¿El señor de Galíndez? Y ¿habló usted con él?

MÓNICA. ¡Pues no!

ALBERTO. Y ¿qué quería?

MÓNICA. Nada menos que venir a abonarle al señorito yo no sé qué cuentas.

ALBERTO. Es cierto. Y ¿qué contestó usted?

MÓNICA. Las mismitas palabras que usted me dijo: que se había usted ido a Aranjuez *a por* espárragos.

ALBERTO. ¡Bien! *Acariciando el secante con siniestros propósitos.* ¡Bien!

MÓNICA. ¿No era eso?

ALBERTO. Váyase usted y que yo no la vea.

MÓNICA. Servidora. Aquí viene la señorita con ese caballero que antes entró.

ALBERTO. ¡Pues era lo único que me faltaba!

Salen por la puerta de la izquierda, efectivamente, Constanza y don Victorio. Mónica los deja pasar y se retira Don Victorio viene con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas a darle un remate digno de él a la escena del gabinete.

CONSTANZA. ¿Alberto?

DON VICTORIO. ¡Ya me voy! ¡No pongas mala cara, por tu salú! ¡Tírame un tintero a la cabesa, si quieres; pero yo no me voy de aquí sin besarte las manos!

ALBERTO. *Resistiéndose.* Vamos, deje usted…

DON VICTORIO. ¡Te digo que no me voy sin besártelas! *Dice y hace, y el otro se las limpia asqueado y nervioso.* ¡Hijo de mi arma! ¡Eres mi hijo, y mi padre, y mi madre, y mi Dios!

ALBERTO. Bien, bien, ya que ha sacado usted lo que quería, váyase enhorabuena.

DON VICTORIO. ¡No se enfade usté conmigo, don Arberto! ¡Que no me voy si se enfada usté conmigo! ¡Que no me voy mientras siga usté con esa cara! ¡Sonríase usté o no me voy!

ALBERTO. *Con la sonrisa del conejo.* Vaya usted con Dios, don Victorio; vaya usted con Dios.

DON VICTORIO. ¡Que mujé tienes, hijo mío!

ALBERTO. ¡Vaya usted con Dios!

DON VICTORIO. ¡Qué suegra! ¡Eso no es una suegra: es San Fransisco er Grande!

ALBERTO. ¿Quiere usted dejarme ya en paz?

CONSTANZA. Sí que está muy ocupado, don Victorio.

DON VICTORIO. Perdóname, hijita. ¡Es que me rebosa el agradesimiento!

Le besa las manos con efusión.

ALBERTO. ¡Vamos, hombre!

DON VICTORIO. *Besándoselas de nuevo a él, quieras que no quieras.* ¡Perdóname, Arbertiyo! ¡Ya sé yo que abuso; ya lo sé! ¡Si yo lo sé primero que nadie! ¡Si sé que abuso! ¡Si lo sé!

ALBERTO. ¡Sí, señor; y yo también lo sé; y lo sabe mi esposa, y lo sabe San Francisco el Grande! De manera que todo eso está de más.

DON VICTORIO. No se sofoque usté, don Arberto. Ya me voy. ¡Y conste que no vuervo más a pedí dinero a esta casa!

ALBERTO. ¡Oh!

DON VICTORIO. Sin ¡oh!, sin ¡ah! ¡Y si vuervo, que no me abran la puerta! ¡Que no me la abran!

ALBERTO. ¡Será usted servido!

DON VICTORIO. ¡Y si me la abren y pido dinero, que me tiren por las escaleras abajo! ¡Adiós, hijita! *Nuevos achuchones en las manos de la señora.* ¡Adiós, providensia!

Le coge la cabeza a Alberto y le planta un beso en la coronilla.

ALBERTO. ¡Hombre!

DON VICTORIO. ¡Si abuso! ¡Si lo sé! ¡Si yo soy er primero que sabe que abusa! ¡Si lo sé!

Vase por la puerta de la derecha completamente seguro de que abusa.

Alberto se asoma para verlo marcharse, y le grita.

ALBERTO. ¡Eh, amigo, no se distraiga usted! ¡Ese paraguas es de casa!

DON VICTORIO. *Dentro.* ¡Es verdá! ¡Como que no sé lo que hago, hijito! ¡Voy loco! ¡Voy siego de agradesimiento!

ALBERTO. ¡Ya, ya! *Volviendo a su mesa.* ¡Bribón! ¡Farsante! No lo dudarás después de esta escena que nos ha hecho.

CONSTANZA. ¡Qué sé yo!…

ALBERTO. En cambio, he dejado ir sin socorrerlo a un desventurado, que tengo la seguridad de que es un buen hombre.

CONSTANZA. ¿Sí? ¡Vaya por Dios!

ALBERTO. ¡Cosas de la suerte, hija mía!

Sigue su trabajo.

Constanza lo contempla amorosa, y luego, casi maquinalmente, arranca la hoja del almanaque, y lee en ella.

CONSTANZA. «La sociedad es una liga de bribones contra los hombres honrados.» - *Leopardi*. «Media humanidad se levanta por la mañana pensando en engañar a la otra media.» - *Anónimo*.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Calle en un barrio de Madrid, en la que hay más solares que casas. Hacia la izquierda del actor, una taberna.

Se oye dentro el violín de un Ciego, que toca un aire popular, y que lentamente va acercándose.

Por la derecha aparece don Victorio, frotándose las manos muy satisfecho. Entra en la taberna, y un minuto después sale confortado. ¡Cosas del triple anís! Pasea luego una mirada investigadora por la calle, se llega a la esquina de la izquierda y suelta una tos, que es una señal convenida. Después se da a silbar jovialmente el airecillo que toca el ciego.

Llega por la izquierda Gorguera, pies y manos de don Victorio. Es hombre de gabán y gorra. Al brazo trae la capa de su compañero y maestro, quien, apenas lo ve, la coge y se la pone.

En este punto cesa la música del Ciego.

DON VICTORIO. Dios te lo pague, hijito.

GORGUERA. ¿Cómo se ha escapao, don Vitorio?

DON VICTORIO. *Echándole el aliento.* ¡Copas son triunfos!

GORGUERA. ¡Chócala! Eres el primer vivo.

DON VICTORIO. Soy Moisés: saco agua de las piedras. Sobre que con este frío, este traje y este jipijapa, le encojo yo la barriga ar cabayo de la Plasa Mayo.

GORGUERA. Y… ¿*combián*?

DON VICTORIO. *Catre franques*.

GORGUERA. ¡Chócala!

DON VICTORIO. Pa no alarmá pedí quinse reales —porque yo siempre pido cantidades nones—; pero en ninguna casa hay a mano tres reales en cuartos, mientras no vuerve la cosinera de la compra; y con una mijita que fuerse uno er consonante, ya está: se cuelan en las cuatro pesetas.

GORGUERA. ¡Chócala, hombre, chócala!

DON VICTORIO. ¿Y tú, le yevaste la cartita ar pae cura?

GORGUERA. Y se la entregué en propia mano, y la leyó sin quitarme ojo. Con la boca abierta se quedó. Que vuelva mañana me ha dicho.

DON VICTORIO. Como que una carta pa un cura, firmá por otro cura, pidiéndole que socorra a una sobrina enferma… que no tiene cura, y en latín, no la escribe más que este cura. ¡Y eche usté curas! ¡Camina, hijo; camina! Hay que esprimí er cacumen.

GORGUERA. ¡Cómo te azmiro, don Vitorio!

DON VICTORIO. Ea, pos vas a yevá estas otras dos antes que armorsemos. *Saca del bolsillo dos cartas diferentes.* Ésta de luto es pa la viuda.

GORGUERA. ¿La de Ribalta?

DON VICTORIO. La misma. La firma un amigo der difunto: Sinforiano Núñez, le he puesto. ¿Tiene aire, no?

GORGUERA. ¡Lo tiene!

DON VICTORIO. Argo se sacará. Tú comprende que una mujé que ha perdío ar cónyuge hase tres días, lo haya sentío o no, ¡tiene toavía que respetá su memoria! ¿O va a sé también una firfa er sagrao del hogá?

GORGUERA. ¡Te digo que te azmiro, don Vitorio!

DON VICTORIO. Y esta otra es pa er *Marchenero Chico*.

GORGUERA. ¿El novillero?

DON VICTORIO. ¡*Chipé*!

GORGUERA. ¿Quién la firma?

DON VICTORIO. Er *Guayabita Chico Chico*. Un peón de lidia. Fíjate en er sobre: «Ote de la Perla». Y dime tú si este hoté sin hache, sin ele y sin

asento no es capaz de hasé un quite ér solo.

GORGUERA. ¡Chócala!

DON VICTORIO. Déjate de más choques, que me vas a estropeé la mano con que escribo estas filigranas. Y ca uno a su avío.

GORGUERA. ¿Dónde nos vemos pa armorsá?

DON VICTORIO. ¡En casa e *La Perica*! Hoy nos damos un festín, Gorguera.

GORGUERA. Ya era hora, don Vitorio.

DON VICTORIO. Anda con Dios.

GORGUERA. ¡*Orevuar*!

DON VICTORIO. ¡*Si vu pié*!

GORGUERA. ¡Aire!

Se va por la derecha corriendo.

Sale por la izquierda el Ciego que tocaba el violín, guiado por Conchita, una chiquilla que trae al brazo el catrecillo donde él se sienta. Don Victorio los deja pasar por delante de él mirándolos con cierta indignación. Luego exclama:

DON VICTORIO. ¡Mentira parese que un Ayuntamiento, en un Madrí y a las onse e la mañana, tolere esta tropa e sacacuartos por las cayes! Pero, en fin, ¡yo no vi a arreglá er mundo! *Echa hacia la izquierda para marcharse, y al llegar frente a la taberna se detiene y dice en su pintoresco francés:* ¡Bah! ¡Un *yur* es un *yur*! Tomaremos otra copita. ¡Camina, hijo!

Éntrase en el templo de Baco.

El Ciego se sienta a la derecha en el catrecillo. Conchita se queda a su lado, de pie.

CIEGO. ¿Quién estaba ahí?

CONCHITA. ¡El presidente del Congreso, lo menos! Ciego. ¡Ah, vamos! Temí que fuera de la Policía.

CONCHITA. Al revés.

CIEGO. Vas a llegarte al puesto de castañas de la Demetria, a ver si tiene algún recao pa mí.

CONCHITA. Y a ver si pa mí tiene también algo.

CIEGO. No tardes mucho, ¿eh?

CONCHITA. No pase usté cuidao por eso. ¡Así que el camino es pa entretenerse con los *autos*!

Se va por la izquierda. El Ciego coloca un platillo de hojalata en el suelo, para recibir en él las limosnas, y se pone a tocar el violín nuevamente.

Llega Fortunato por la derecha. Su actitud contrasta con la de don Victorio. Está perplejo, vacilante; no sabe qué partido tomar.

FORTUNATO. ¡Ay! ¡Otra negativa!… Se me agota la resistencia. Y ¿cómo vuelvo a casa sin nada? ¿A qué puerta llamo, señor? ¿Adónde voy?

Pasea ensimismado.

El Ciego a poco deja de tocar. Luego se duerme.

Sale de la taberna don Victorio sonriente y feliz. Al reparar en Fortunato se va derecho a él.

DON VICTORIO. ¡Caramba!

FORTUNATO. ¿Eh?

DON VICTORIO. ¡Fortunato!

FORTUNATO. ¡Don Victorio!

DON VICTORIO. ¿Cómo lo pasa usté?

FORTUNATO. Malamente. Vamos tirando de la vida a remolque.

DON VICTORIO. ¡Está usté mu dergao!

FORTUNATO. Mis motivos tengo.

DON VICTORIO. ¿Sigue el estómago dándole a usté guerra?

FORTUNATO. ¡Ojalá! Mi estómago vive ahora en una paz inverosímil.

DON VICTORIO. Pos a ese amigo hay que obligarlo a trabajá, o parma uno, compadre.

FORTUNATO. Sí, pero… si no es que él se haya declarado en huelga… ¡es que yo no le encuentro trabajo!

DON VICTORIO. ¿Continúa usté en la misma ofisina?

FORTUNATO. ¡Eso quisiera yo!

DON VICTORIO. ¡Camará! ¡Pos humó hase farta, porque miste que aqueyo era húmedo!

FORTUNATO. ¡Muy húmedo! Pero es mucho más húmedo llevar cuatro años de cesantía. ¡Eso sí que es húmedo!

DON VICTORIO. ¡Tejoleta! ¿Le limpiaron a usté er comedero?

FORTUNATO. Como usted lo oye.

DON VICTORIO. ¡Retejoleta! ¡El único funsionario que ayí arrimaba el hombro y ganaba er suerdo!

FORTUNATO. Mi suerte.

DON VICTORIO. ¡Qué retejoleta de suerte! Que este país está perdío. ¡Aquí er que trabaja es er que se fastidia! Yo me he convensío y me he puesto a la nasión por montera. ¿Y usté, qué hase?

FORTUNATO. ¡Qué sé yo, amigo Don Victorio! De todo intento: desde vender décimos de la Lotería hasta fabricar juguetitos de a perra grande. Pero ¡todo con una estrella!…

DON VICTORIO. ¿Tiene usté mala pata?

FORTUNATO. De palo. El año anterior, empeñando cuanto ya me quedaba, intenté un negocito que acabó de hacerme pedazos.

DON VICTORIO. ¿Qué negosito fué?

FORTUNATO. La venta al público del gazpacho andaluz. *Don Victorio contiene y disimula la risa.* Como mi mujer es de Lora del Río y lo adoba tan bien… Alquilé un puestecito en el Prado a costa de no quiero acordarme cuánto ir y venir… Esto era en junio: ya apretaba el calor. Bueno: pues el día de la inauguración del puestecito amaneció Madrid a dos bajo cero.

DON VICTORIO. ¡Compadre! Hay pa desirle a Manolito que baje y tené unas palabras con é.

FORTUNATO. Hasta empezó a nevar, don Victorio. La gente que pasaba por allí y leía: «Aquí se vende gazpacho fresco», me quería llevar al Juzgado. Mi mujer había hecho dos barreños enormes, y porque no se agriara ni se

tirara nos los tomamos en familia. Por poco nos morimos dos o tres. Mejor hubiera sido. ¡Ay!

DON VICTORIO. Sí que es de palo la patita de usté, amigo Fortunato. ¡Que también lo bautisaron a usté con guasa! Pero ese negosito der gazpacho andaluz, que ar pronto hasta me hizo reí, no es ningún desperdisio de la imaginasión. Ese negosito tiene un segundo gorpe.

FORTUNATO. ¿Sí, eh? Pues se lo va a dar el héroe de Cascorro. Luego, con lo que saqué del traspaso del puesto, establecí, en combinación con un sacristán paisano mío, un humilde comercio.

DON VICTORIO. ¿De qué?

FORTUNATO. De exvotos de cera… piernecitas, bracitos, naricitas… y de velas para las tormentas.

DON VICTORIO. ¡Caramba! ¡Tiene usté una inventiva mu sombría! Y ¿qué susedió con las velas?

FORTUNATO. ¿Qué había de suceder, dada la estrella mía? Que llovió aquel año menos que cuando sacaron en procesión los restos de San Isidro.

DON VICTORIO. ¡Y lo peó der caso es que ni las velas ni lo otro se lo podía usté comé con los chavales!

FORTUNATO. A punto estuvimos, no crea usted.

DON VICTORIO. Esos negosios complicaos con er clima son mu espuestos. ¿De manera que vive usté de milagro?

FORTUNATO. Efectivamente.

DON VICTORIO. Y hoy, ¿qué tar pinta er día?

FORTUNATO. Peor que ninguno: no veo un rayo de luz.

DON VICTORIO. Pos pa las ocasiones son los amigos. Vi a darle a usté una idea.

FORTUNATO. ¿Eh?

DON VICTORIO. Va usté a yegarse aquí a la vuerta, con cuarquier achaque, a casa de don Arberto Hidargo…

FORTUNATO. ¿El arquitecto?

DON VICTORIO. Justo. La señora es un pan de mié.

FORTUNATO. ¡Ay, amigo don Victorio! De allí vengo ahora mismo.

DON VICTORIO. Y ¿no ha sacao usté na?

FORTUNATO. Palabras… promesas…

DON VICTORIO. Eso es porque ha yegao usté pisándome a mí los tacones.

FORTUNATO. ¿Usted también ha estado?

DON VICTORIO. Sí, señó; no hase un cuarto de hora.

FORTUNATO. Y ¿a usted le dieron…?

DON VICTORIO. ¡Más de lo que pedí!

FORTUNATO. ¿Ve usted mi suerte?

DON VICTORIO. Es negra.

FORTUNATO. Pero, bueno; ¿y usted qué ha hecho, usted qué ha dicho…?

DON VICTORIO. ¡Uh! Eso no es pa contao. Rogué… gemí… yoré… enseñé los fondiyos rotos… Besé la estera, besé las paredes… ¡Qué sé yo! ¡He dao besos hasta en er techo!

FORTUNATO. ¡Claro! Y después de tal aparato escénico he llegado yo con mi timidez…

DON VICTORIO. Miste, Fortunato: lo que es yo, como logre colá en una casa, nunca sargo con las manos vasías. ¿Usté sabe er resurtao que a mí me da er yanto?

FORTUNATO. Pero ¿usted llora cuando quiere?

DON VICTORIO. ¡Y como quiero! ¡Desde una lágrima suerta que se me muere en er bigote, hasta una perrera que no hay quien me escuche! Nunca me farta agua caliente.

FORTUNATO. Pero eso… eso… eso es una farsa.

DON VICTORIO. ¡*Chipé*!

FORTUNATO. Y usted, por lo visto, es un… un…

DON VICTORIO. ¿Un farsante?

FORTUNATO. Sí, señor.

DON VICTORIO. Y usté un primo.

FORTUNATO. Sí, señor. Es decir, no, señor. Yo soy un hombre incapaz de engañar a nadie.

DON VICTORIO. Un primo, un primo. Como el inglés que quería pescá sin carná en el ansuelo. Un primo. Con esas teorías va usté a *merá* mu pronto. A mí, compadre, cuando no me bastan las lágrimas en una casa, me da hasta er moquiyo; pero yo no me voy sin luz divina. En úrtimo caso saco er Cristo. Er Cristo es este puro. Tres meses tiene de empesao. ¡No apesta na en cuanto le enseño una seriya! ¡Lo ensiendo en una sala, y se tapan las narises hasta los retratos al óleo! ¡Y me dan lo que quiero pa que me largue! ¡Camina, hijo!

FORTUNATO. *Anonadado.* Don Victorio… estoy… vamos, es una cosa que… Yo no entiendo… yo no concibo…

DON VICTORIO. Compadre Fortunato: déjese usté de *filaderfias*. A mí mi sistema me da mucho mejó resurtao que a usté er suyo. La prueba es que yo tos los días armuerso y como, y usté tiene ya jaramagos en la barriga. Mi reflesión es ésta: ¿me pidieron a mí permiso pa traerme ar mundo? No, señó. ¡Pos ya que me han traío sin la atensión de consurtarme, que me paguen los gastos! ¿Es verdá o no es verdá? ¡Camina, hijo!

FORTUNATO. Camina…

DON VICTORIO. Conque, Fortunato: yo soy el amigo de otros tiempos. En casa e *La Perica* voy a armosá con mi banderiyero de confiansa. Donde comen dos, comen tres. Está usté invitao, como er Comendadó.

FORTUNATO. Lo agradezco… pero comer yo y que ayunen mis hijos…

DON VICTORIO. Pos no hay posá pa tanta gente. Salú.

FORTUNATO. Vaya usted con Dios… y buen provechito.

DON VICTORIO. Hasta otra, Fortunato.

FORTUNATO. Hasta otra, don Victorio.

DON VICTORIO. *Yéndose por la izquierda.* ¡Está hecho un siprés este hombre!

FORTUNATO. ¡Dios mío… qué sinvergüenza! Y estos pillos son los que viven… Ése, ése se ha llevado hoy lo que hubiera sido para mí. ¡Qué injusticia!… Estoy perdido enteramente… ¡Ay! Esto me resuelve del todo: fuera rubores… fuera miedo… Le pido una limosna al primero que pase. ¡Al primero que pase! *Mira inquieto a un lado y a otro.* A esta modistilla que aquí viene va a ser… A ésta va a ser; a ésta va a ser… *Sale por la izquierda una Modistilla. Fortunato la sigue unos instantes sin atreverse a hablarle. Al cabo dice, descubriéndose.* Joven… joven…

MODISTILLA. ¿Es a mí?

FORTUNATO. *Muy turbado.* No… sí… a usted es…

MODISTILLA. ¿Qué se le ofrece?

FORTUNATO. Pues que… que yo…

Gesticula sin poder articular palabra.

MODISTILLA. ¿Que usted qué? *Fortunato sigue lo mismo.* ¿Ha perdido usted el habla o está la mañana de queda? Buenos días.

FORTUNATO. No, no… Oiga, joven…

MODISTILLA. ¡Vamos!

FORTUNATO. Hágame el favor…

MODISTILLA. Usted dirá.

FORTUNATO. *Apeándose por las orejas.* La… la… la calle Juan de Mena, ¿hacia dónde cae?

MODISTILLA. ¿La calle Juan de Mena? Espere usted. Eso está muy lejos de aquí. ¿No es del barrio de Argüelles?

FORTUNATO. No, no… es del de la Bolsa.

MODISTILLA. Del de la Bolsa; tiene usted razón.

FORTUNATO. En el Salón del Prado… Conforme se baja por delante del Museo de Pinturas… la primera es Felipe IV… la segunda Lealtad… y la tercera es Juan de Mena; frente a la de Zorrilla…

MODISTILLA. ¡Ay, el hombre! Pues si resulta usted un callejero, ¿a qué pregunta nada?

FORTUNATO. Es que… que quería cerciorarme.

MODISTILLA. Lo que por lo visto quería usted era palique. Nunca acaba una de aprender. ¡Le parece a usted, el cadete! ¡Vamos, hombre!

Se retira por la derecha.

Fortunato se queda como si le hubiera llovido encima.

FORTUNATO. No… no sirvo… No me obedece la palabra… Me entra un temblor nervioso que… No sirvo… no sirvo…

Aparece por la derecha un Señor Viejecito, el cual, al pasar por delante del Ciego, le echa un par de monedas en el platillo. Durante su diálogo con Fortunato sale por la izquierda una Beata, de velito y devocionario, le deja otra limosna al Ciego y se retira por la derecha.

VIEJECITO. ¡Ave María Purísima, cómo está Madrid!

FORTUNATO. *Siguiéndolo como un autómata, sombrero en mano.* Caballero… caballero…

VIEJECITO. ¿Eh?

FORTUNATO. Yo… usted… una… una… Caballero… ¡una limosna por el amor de Dios!

VIEJECITO. Pero, hombre, ¡es mucho cuento éste! ¡Como se le dé a uno, salen ciento alrededor lo mismo que moscas! Perdone, hermano.

FORTUNATO. Caballero… que yo… que yo es la primera vez que pido en la calle…

VIEJECITO. Sí, sí; la primera vez. Perdone, le digo. Porque este infeliz siquiera es ciego, y aquel otro es cojo, y el otro es manco; pero usted, ¿por qué no trabaja?

FORTUNATO. Porque no encuentro dónde, señor mío.

VIEJECITO. ¡Bah, bah, bah! Eso dicen todos los vagos. Perdone, perdone, que voy de prisa. ¡Diantre de pordioseros!

Vase por la izquierda.

FORTUNATO. ¡Yo sí que voy de prisa al fin! ¡Ya no puedo más! ¡He llegado al límite del sacrificio! ¡No puedo más! ¡Pero sí, sí puedo: lo que es hoy les llevo pan a mis hijos, aunque sea robando! *Echa a andar desatentado hacia la derecha, y al pasar junto al Ciego ve las monedas en el platillo y se queda clavado.* ¡Ah! ¡Virgen, qué tentación!… *Lucha terriblemente con ella.*

Y el ciego duerme… y no hay nadie que me pueda ver… Pero ¿y yo… no me veo? No… no… esto no, esto no… Ha sido una idea del diablo… Esto no… *Se aparta del Ciego. En su espíritu se libra tremenda batalla.* Y ¿por qué no?… Si no soy yo… si son todos los hombres los que me empujan… Y mis hijos… mis hijos… Y éste será un mendigo falso… Sin duda lo es… Y quien dió la limosna la dió por caridad… Eso es tan mío como de cualquier necesitado… A ello… a ello… ¡Hijos de mi alma!… A ello… Nadie… no viene nadie. ¡Ahora! *Coge de un zarpazo las monedas del Ciego y huye de él, oprimiéndolas en la mano cerrada, trémulo y anhelante.* Ya… Esto es hecho… Ya… Nadie me ha visto… nadie… *Se echa las monedas en un bolsillo del pantalón. El bolsillo está roto, y las monedas ruedan por la calle, sobresaltando al infeliz.* ¡Ánimas benditas! ¡Dios me ampare!…

Recogiéndolas atribulado. Una… dos… La otra… Aquí está. No me ha visto nadie… nadie… Disimulemos… No me ha visto nadie… *Se guarda las monedas dominado por una risa nerviosa.* He… he… he… Bien… muy bien… He… he… he… Para ser la primera vez que lo hago… no está mal del todo… He… he… he… Bien… muy bien… No me ha visto nadie… nadie…

CIEGO. *Despertando.* ¿Conchita? *Fortunato se estremece de pies a cabeza.* ¿Conchita? *Se agacha para tantear el platillo, y al advertir que está vacío, vuelve a dejarlo.* ¡Ay! ¡Malo va el tiempo! *Volviendo a llamar a la chiquilla.* ¡Conchita! ¡Muchacha! ¿Dónde te has metido?

FORTUNATO. No… no está por aquí la muchacha, hermano… Está usted solo…

CIEGO. Gracias, caballero.

FORTUNATO. Caballero… ¿Qué, se recoge mucho con la música?

CIEGO. No, señor… ¡ca! Para pasar, a duras penas. Y gracias a Dios…

FORTUNATO. Y gracias a Dios…

CIEGO. Me contento con volver a casa en estas malas noches del invierno, muerto de frío, pero con algo con que taparle la boca a la gente menuda.

FORTUNATO. *Súbitamente conmovido.* ¡Ah! ¿tiene usted hijos, hermano?

CIEGO. Tres tengo; sí, señor.

FORTUNATO. ¡Tres! Cinco tengo yo.

CIEGO. A usté le sobrará con qué mantenerlos.

FORTUNATO. Sí… sí… *Buscándose las monedas en el bolsillo.* No puedo… no puedo…

CIEGO. ¿Qué dice?

FORTUNATO. Nada… no digo nada… *Devolviéndole las monedas.* Tome, hermano… Para sus hijos. *Suspira como quien se libra de una enorme carga.*

CIEGO. Dios se lo premie, caballero.

FORTUNATO. Caballero… sí…

Conchita, que ha vuelto entretanto, al observar quién le da limosna a su amo, lo mira atónita.

CIEGO. ¿Conchita?

CONCHITA. Aquí estoy ya. La señora Demetria me ha dicho que pa lo que tiene que decirle a usté que vaya usté allá, porque yo no debo enterarme. ¡Como si ella fuera a saber más que yo de las cosas del mundo!

CIEGO. *Levantándose.* Pues anda; vamos ahora mismo. Conchita. Vamos.

CIEGO. Coge el catrecillo.

CONCHITA. Ya está.

CIEGO. Quede con Dios, hermano.

FORTUNATO. Él vaya con ustedes.

CIEGO. *A Conchita, encaminándose con ella hacia la izquierda.* ¿Quién es, tú?

CONCHITA. ¡Calle usté, por Dios! ¡Si me he quedao sin habla! ¡Un pelele que tiene más traza de pedir que de dar! ¡Le digo a usté que en estos Madriles hay unas *películas*!…

Desaparece con el Ciego, que se aleja tocando el violín.

FORTUNATO. *Con íntima alegría.* ¡Ay! ¡Estoy más contento que si llevara las monedas en el bolsillo!

Quédase mirando al Ciego, mientras se aleja. Después se encamina hacia la derecha, pensativo, y se detiene un punto.

Por la izquierda asoman un Mendigo Cojo y Conchita, cuchicheando. El Mendigo señala a Fortunato y pregunta:

MENDIGO. ¿Aquél?

CONCHITA. Aquél.

Conchita se retira. El Mendigo se acerca por la espalda a Fortunato, y, descubriéndose, le habla.

MENDIGO. Hermano…

FORTUNATO. *Volviéndose inconscientemente, quitándose el sombrero también, y en actitud de pedir de nuevo.* Hermano…

Uno y otro se contemplan atónitos, sin decir más palabra.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Jardín modestísimo, y sin pretensiones de tal jardín, en un hotelito de estos de tente mientras cobro, en las afueras de Madrid. Apenas hay en él dos o tres arbustos y escasas flores. Tapia de ladrillo a lo largo del foro, la cual forma hacia la derecha del actor una ochava. Ante ella, en un pie vertical a manera de caballete, un singular y extraño tablero, todo manchado y agujereado. Un par de sillas toscas. Es por la mañana.

Por el primer término de la derecha salen Inés y Fortunato. Inés es una doncellita un poco triste, ya se sabrá por qué.

Nuestro héroe parece bastante fatigado.

INÉS. Pase usted por aquí.

FORTUNATO. Mil gracias, joven. ¡Ay!

INÉS. ¿Viene usted cansado?

FORTUNATO. Casi, casi.

INÉS. Siéntese usted.

FORTUNATO. Este hotelito de Madrid… está más cerca de Guadalajara que de Madrid.

INÉS. ¿No ha tomado el tranvía?

FORTUNATO. No… Iba muy de prisa… Y que me gusta andar… He llegado hasta aquí sin darme cuenta… buscando no sé qué… y sin encontrarlo.

INÉS. ¿Y ahora quiere ver a la señora Amaranta?

FORTUNATO. No sé a quién quiero ver. He leído en la verja: «Se necesita urgentemente un servidor». Y no he pensado más y he llamado. Aquí está un servidor.

INÉS. Pues ese letrero lo ha mandado poner la señora Amaranta. Y también lo ha publicado en los periódicos.

FORTUNATO. ¿La señora Amaranta es la dueña de este hotelito?

INÉS. No, señor. La señora Amaranta está aquí hospedada. La dueña de este hotelito es mi señora, doña Catalina Antonelli. Es una señora muy anciana, que recibe huéspedes, casi todos artistas; casi todos extranjeros; muchos americanos. La señora Amaranta, a quien usted pretende ver, es argentina.

FORTUNATO. ¿Argentina?

INÉS. Voy a avisarla que usted la espera.

Se va por la izquierda.

FORTUNATO. Un millón de gracias. ¡Qué triste parece está doncellita! ¡Ay! Si al fin querrá Dios… Tengo una esperanza desde que le devolví las limosnas al ciego. *Pausa.* La doncellita vuelve… Y sola… Y más triste… ¿A que he llegado tarde? ¿A que ha encontrado ya servidor la señora Amaranta?

Sale de nuevo Inés.

INÉS. La señora Amaranta, que haga usted el favor de esperar dos minutos, que ahora viene.

FORTUNATO. *Respirando a todo pulmón.* ¡Ay!

INÉS. *Suspirando a su vez, pero de otra manera.* ¡Ay!

FORTUNATO. ¿Qué le ocurre a usted, jovencita? Y no extrañe usted mi curiosidad… y dispénsela… pero la veo tan melancólica…

INÉS. Cosas de la vida, señor.

FORTUNATO. ¿Tiene usted penas?

INÉS. Una sola. ¿Y usted?

FORTUNATO. Muchas, hija mía. ¡Ay!

INÉS. ¡Ay!

FORTUNATO. ¿Usted sabe para qué quiere a ese servidor la señora Amaranta?

INÉS. Ella se lo dirá mejor que yo.

FORTUNATO. Como no me pida un imposible…

INÉS. Pues un imposible no es. Usted será el sustituto del pobre Sabatino.

FORTUNATO. ¿De Sabatino?

INÉS. Sí, señor. ¡Pobre Sabatino!

FORTUNATO. Pues ¿qué le ha ocurrido a Sabatino? ¿Se ha muerto acaso?

INÉS. Se mató.

FORTUNATO. ¡Cáscaras! ¿Y usted dice que yo vengo a sustituirlo?

INÉS. Eso creo.

FORTUNATO. No me parece mal. Y ¿por qué se mató ese infeliz? Cuidado que yo debo estarle agradecido…

INÉS. Se mató… por enamorado.

FORTUNATO. ¡Anda con esa! ¿De usted?

INÉS. No, señor. En mí hubiera encontrado corazón al menos… No soy como otras fieras… ¡Desgraciado Sabatino! Era guapo, era bueno, era noble… Se mató… Es decir… cuentan que se mató. No todo el mundo va creyéndolo…

FORTUNATO. *Demudado.* ¡Cáscaras!… ¿Alguna imprudencia, quizás? Las picaras armas de fuego… A mí un revólver o una escopeta es lo que más nervioso me pone en el mundo. Porque un puñal o una navaja, se están quietecitos; pero un arma de fuego, a lo mejor… El diablo las carga, como usted sabe. Yo tuve un compañero de oficina…

INÉS. Aquí está la señora Amaranta.

FORTUNATO. ¡Oiga! ¡Sí que tiene buena presencia!

Llega por la izquierda la señora Amaranta, en efecto. Es interesante y es bella. Tiene los cabellos cortos y rizados, y viste a la inglesa, con camisa y

corbata de hombre y un traje femenino de los llamados de sastre. Calza zapatitos de cuero rojo y botines blancos. Sus ademanes son resueltos, pero femeniles y graciosos; su habla es dulce y vehemente a la vez, su acento, argentino.

AMARANTA. Felises días, señor. ¿Cómo le va?

FORTUNATO. Bien, gracias, señora. ¿Y usted, buena?

AMARANTA. Buena; mil grasias.

FORTUNATO. ¿Y su familia, también buena?

AMARANTA. Toda mi familia soy yo, señor.

FORTUNATO. Pues… celebro ver tan buena a toda la familia…

AMARANTA. Inés, retírese un momento. Esté al cuidado no más por si la nesesito, ¿no? Como ha salido William…

INÉS. Sí, señora.

Se aleja por la izquierda.

AMARANTA. *A Fortunato.* ¿No quiere sentarse, señor?

FORTUNATO. Estoy bien, muchas gracias.

AMARANTA. Siéntese, sí. Hemos de hablar un poco, si viene usted llamado por el anunsio.

FORTUNATO. Por el anuncio vengo, sí, señora.

AMARANTA. Pues siéntese no más.

FORTUNATO. Con permiso.

AMARANTA. Nesesito con toda urgensia un servidor.

FORTUNATO. Servidor.

AMARANTA. ¡Con toda urgensia! Y he de recompensarlo largamente, por lo crítico de las sircunstansias en que me hayo.

FORTUNATO. *Gozoso.* ¡Ay, señora Amaranta! Con sus palabras me da usted la vida. Cuanto usted me mande haré yo. He llegado a su casa por azar, en un camino de desesperación y de desaliento, en busca de pan para mis hijos… Dios, sin duda, me ha guiado aquí, y me ha puesto delante de usted.

AMARANTA. No se aflija usted por esto, señor.

FORTUNATO. No es aflicción, señora; es que la alegría también conmueve. Por llevarles hoy pan a mis hijos, este pan que al cabo he de ganarme al servicio de usted, hubiera yo arrancado piedras con los dientes; figúrese si me da motivo de alegría para llorar y para reír.

AMARANTA. ¿Tiene muchos hijitos?

FORTUNATO. Cinco, señora.

AMARANTA. ¿Y está usted muy nesesitado?

FORTUNATO. Imagínelo, por mi pelaje.

AMARANTA. Ya, ya se ve. Materialmente sin *un cobre*.

FORTUNATO. Sin *un cobre*.

AMARANTA. *Fundido*, que desimos ayá.

FORTUNATO. *Fundido* es poco: hecho éter. ¡Je! Primera vez que río esta mañana.

AMARANTA. Todo se remediará muy pronto. ¿Es usted artista?

FORTUNATO. No, no, señora… Es decir, que yo sepa. Pero, si fuera menester… Soy un desventurado cesante hace ya cuatro años.

AMARANTA. ¿Cuatro años yeva sin empleo? ¡Pobrete!

FORTUNATO. Sin empleo… y casi sin comer… No sé, señora, cómo vivimos a estas fechas los míos y yo. ¿Usted sí es artista?

AMARANTA. Pero ¿usted no me conose?

FORTUNATO. Sí… sí… tengo una idea… sí…

AMARANTA. ¡Amaranta la Triunfadora!

FORTUNATO. *A cien leguas de conocerla.* ¡Ah, sí! ¡Amaranta! Ya decía yo: esa cara… esa voz… esa… ese… ¡Amaranta!…

AMARANTA. Sí, señor, soy artista. Tengo ese grande orguyo. Y artista triunfadora. Por eso se me envidia y se me combate. Y vengo de rasa de artistas. Mi familia entera ha muerto por el arte, señor.

FORTUNATO. ¿Sí, eh?

AMARANTA. Mi papá, crusando el inmenso Niágara sobre un alambre, resbaló y cayó, y en las atronadoras aguas encontró sepultura. Muerte beya, ¿no?

FORTUNATO. *Ligeramente inquieto.* Sí… muerte bella…

AMARANTA. Mi hermanito Aníbal, hermoso ejemplar masculino, lindo de alma y de cuerpo, fué destrosado por sus panteras. *A Fortunato se le escapa un silbido, de susto, y echa la vista en torno.* Aristides, el Benjamín, peresió en la urna.

FORTUNATO. ¿En qué urna?

AMARANTA. En la de sus pruebas de ayuno. Pasaba quinse días sin comer en la urna, y una vez le faltó resistencia y sucumbió.

FORTUNATO. Ese arte no me sorprende tanto. Salvando la urna, está un poco más en mis costumbres. ¡Je!

AMARANTA. No sea sonso. Mamá tenía la misma profesión que yo.

FORTUNATO. ¿Ah, sí? ¿La misma profesión que usted? *Muy interesado.* Y ¿cómo murió la mamá? ¿También en el ejercicio de su arte?

AMARANTA. No, señor, no. Mamá murió de muerte natural. Y muy *viejita*.

FORTUNATO. *Tranquilizándose un momento.* ¡Vamos! Pues… bien: usted me dirá en qué han de consistir mis servicios, no sea cosa que yo no sepa…

AMARANTA. Cáyese, por Dios: no diga pavadas. ¡Si un *chiquitín* puede servirme!

FORTUNATO. ¡Ah! ¿puede servirla un *chiquitín*? Eso me anima, mire usted.

AMARANTA. Ahora no más haremos algunos ensayos para probar su temple.

FORTUNATO. Yo tengo buena letra, sé partida doble, sé también algo de francés…

AMARANTA. ¡No sea sonso, le digo! No me quiera embromar. Espere. Discúlpeme un instante, ¿no? *Se va por la izquierda.*

FORTUNATO. Me parece que es ella la que me quiere embromar a mí… *Escamadísimo.* ¿Qué será esta mujer? No me he atrevido a preguntárselo… Pero, para pasar por un alambre, que no cuente conmigo… Digo… ¡qué remedio! Haré lo que haga falta… Si puedo, claro es. Tampoco me haría

mucha gracia que hubiera fierecitas en el ajo… Yo, que soy una liebre… ¡Ay, Dios del cielo, cómo me apuras hasta el último instante!

Vuelve Amaranta seguida de Inés. Amaranta trae una escopeta de salón o un rifle. Fortunato, al ver el arma, no puede reprimir un estremecimiento. Amaranta le sonríe muy afable. Mientras examina el tablero, Fortunato interroga a Inés en voz baja, más muerto que vivo.

FORTUNATO. Pero, esta señora, ¿qué es? ¿Quiere usted decírmelo?

INÉS. ¿Todavía no lo sabe, señor? Tiradora.

FORTUNATO. ¡Tiradora! *Silba de nuevo.*

AMARANTA. ¿Vamos?

FORTUNATO. ¿Eh?

AMARANTA. ¿Vamos?

FORTUNATO. ¿Adónde vamos?

AMARANTA. Al blanco: ahí.

FORTUNATO. *Perplejo.* Al blanco… ahí…

AMARANTA. Venga. *Le conduce delante del tablero.* No requiere sino mucha serenidad.

FORTUNATO. Mucha serenidad…

Inés lo mira compasivamente.

AMARANTA. ¡Sangre fría!

FORTUNATO. ¿Fría? La mía está helada.

AMARANTA. ¿Qué dise? *Saca de su bolsillo una fosforera y le ofrece una cerilla encendida.* Tome.

FORTUNATO. Gracias, yo no fumo.

AMARANTA. Déjese de bromear. *Se aparta de él.* Extienda el braso ahora. *Fortunato extiende el izquierdo, en cuya mano no tiene la cerilla.* El otro, señor.

FORTUNATO. *Obedeciéndola maquinalmente.* Pero ¿qué va usted a hacer, señora?

AMARANTA. *Disponiéndose a tirar.* Apagar la luz de un balaso.

FORTUNATO. ¡No! *La apaga él de un soplo.* Ya está.

AMARANTA. ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Le da miedo?

FORTUNATO. No… no… miedo, no… No ha sido miedo, no… Ha sido… ha sido que… Y puede que haya sido miedo.

AMARANTA. *Altiva.* Me ofende ese miedo de usted, señor mío. Le hago todavía la mersed de consederle que usted no conose mi arte.

FORTUNATO. No, señora… La verdad es que no lo conozco… no tengo ese gusto. Usted perdone.

AMARANTA. Pues mire, para que lo conozca: para que con nadie confunda a la tiradora sin rival. ¿Tiene usted buena vista?

FORTUNATO. Excelente.

AMARANTA. *Señalando hacia la derecha a lo lejos.* ¿Ve aquella *florsita* leve en la rama del árbol?

FORTUNATO. Sí, señora.

AMARANTA. Cuatro hojas tiene, ¿no?

FORTUNATO. Cuatro.

AMARANTA. Voy a quitarle una. *Más pronto que lo dice apunta, dispara y hace blanco, con gran asombro de Fortunato, que silba otra vez.* ¿Qué me cuenta?

FORTUNATO. Nada, señora… Estoy sin habla.

AMARANTA. Habrá perdido todo miedo, ¿no?

FORTUNATO. *Contestándole con un rumor extraño.* He…

AMARANTA. Pues vamos ayá.

FORTUNATO. Pero… bueno… y usted me dispense la observación… A mí se me ocurre que esto del fósforo bien podría usted hacerlo colocándolo en el corchito de una botellita… ¿no?

AMARANTA. Y entonses, ¿qué valor tendría el apagarlo?

FORTUNATO. ¡El mismo, señora! ¿No?

AMARANTA. Vamos, señor, no diga *sonseras*. ¿Y el riesgo? ¿Y el encanto del peligro? ¿El insentivo del peligro? Quítele usted esa gala al trabajo, y ¿qué queda? Apagar un fósforo puesto en una boteya es cosa trivial e indiferente. Apagarlo en la mano o en la cabesa de un hombre, que puede

morir si la tiradora vasila, ése es el triunfo, ése es el imán para los públicos, ésa es la yamarada.

FORTUNATO. La llamarada…

AMARANTA. ¿Qué hubiera valido mi papá, cuál sería su gloria si en lugar de crusar sobre un alambre el Niágara grandioso y ensordesedor, hubiera crusado sobre un arroyuelo mezquino? ¡Qué diferensia! ¿No?

FORTUNATO. La… diferencia de morirse a bañarse. ¡Je! *Se ríe, y repentinamente se pone serio.*

AMARANTA. Los antiguos aeronautas, estos mismos valerosos e intrépidos aviadores del día, no serían héroes ni grandes si no se lansaran al espasio con la tremenda asechansa de la muerte. En el mismo amor, en sus más graves aventuras, es el peligro la fasinasión y la beyesa. Usted, señor, seguramente habrá amado en su juventud a una mujer hermosa que tendría otro dueño, ¿no es cierto?

FORTUNATO. Ahora no lo recuerdo bien…

AMARANTA. ¿Y aqueya mujer no le sedusía con mayor atracsión que ninguna, por lo mismo que si su dueño la encontraba en brasos de usted podía partirle el corasón?

FORTUNATO. No, no… francamente; no me ha dado nunca por buscarle tres pies al gato… Yo no he salido de… de… Vamos, mi esfera ha sido más tranquila… ¡Je!

AMARANTA. En fin, señor, volvamos a la prueba. Tome otra vez. *Le da otro fósforo encendido, que Fortunato coge temblando.* Al blanco ahora. Estienda el braso, como antes. *Fortunato tiembla de tal manera que hace imposible el tiro.* ¡Oh! ¡Qué temblor más risible! ¿No comprende que así le pasaré la mano?

FORTUNATO. *Huyendo del tablero.* Lo que comprendo, señora Amaranta, es que este empeño es superior a mi voluntad… a mis nervios… a todo yo… No puedo… no puedo… ¡Me declaro vencido!

AMARANTA. *Colérica.* ¡Es inútil que disimule, señor! ¡Ya veo claro lo que le susede! ¡Usted ha venido hasta mí ignorando que yo era Amaranta la

Triunfadora, y al oír mi nombre le ha prinsipiado a sumbar en la cabesa la calumnia con que mis enemigos quieren desprestigiarme!

FORTUNATO. No, señora; yo no sé nada de eso… Palabra de honor.

AMARANTA. ¡*Farfola*, señor mío!

FORTUNATO. ¿*Farfola*?

AMARANTA. ¡*Farfola*! ¡Usted lo sabe! ¡En Madrid entero se habla de eyo! ¡Se ha inventado que al imbésil de Sabatino, mi ayudante, lo he matado yo al haser un tiro difísil!

FORTUNATO. ¡Ah!… ¿se ha inventado eso? *Se miran la doncella y él. Inés está muy desasosegada.*

AMARANTA. Y el *cachafaz* de Sabatino, Sabatino el loco, Sabatino el borracho, se enamoró nesiamente de mí, y yo lo rechasé con dignidad, y él se quitó su vida por despecho, o porque le dió el humor de quitársela. ¿A mí, qué? ¡Al cabo se quitó cosa que valía bien poco! Pero eso se dise, eso se miente; que murió de una bala de mi escopeta. Anoche lo noté ya en la hostilidad de mi público. De algunas provinsias me devuelven contratos por igual causa. ¡Esto me hunde, esto me desprestigia, esto me deshonra! ¡Pero, o poco puedo, o recabo mi crédito antes de marchar de Madrid! ¡Oh! ¡Soy Amaranta la Triunfadora! ¿Qué contesta usted?

FORTUNATO. Nada, señora… no contesto nada… no se me ocurre nada… No se me ocurre más que irme, convencido de mi inutilidad.

AMARANTA. ¡Pues váyase en buena hora, señor! ¡Este jardín no es corral de gayinas!

FORTUNATO. ¿Eh?

AMARANTA. Váyase, váyase. Yo, señor mío, no he rosado jamás con una bala ni un cabeyo de mis servidores. Con mi propia madre, ¡oiga esto!, con mi propia madre he hecho sien veses la prueba de la cruz, que consiste en poner a la persona en cruz frente al tablero blanco, y dibujarle a balasos la silueta: y cuando se aparta y la ve el público es un clamor. ¡Pues esto he hecho yo con mi madre! ¿Piensa usted que haya otra vida que más me importe? Váyase ahora. Déjeme. Pero no vuelva nunca a invocar el nombre de sus hijos, para venir a esta cobarde fuga. Váyase.

FORTUNATO. ¡Mis hijos!… La calle espantosa otra vez… ¡Mis hijos! *A Amaranta, que hace ademán de abandonarlo.* Señora Amaranta…

AMARANTA. ¿Qué?

FORTUNATO. *Con esfuerzo y angustia.* No se vaya, no… Óigame… Esto para mí es una pesadilla tormentosa… Con decir que hasta de mis hijos me había olvidado… Yo he sido toda mi vida tímido… medroso… muy medroso… lo confieso sin mucho rubor… pero ahora sería el más cobarde de los hombres si me fuese de aquí… Aquí estoy… aquí me tiene a su devoción enteramente.

AMARANTA. ¡Ah! ¡Bravo!

FORTUNATO. Aquí estoy… El esfuerzo que necesito hacer no creía yo que cupiese en mi pecho… ¡pero lo hago! *Se pone en cruz ante el tablero.* Aquí estoy… míreme ya en cruz… Dibuje mi figura con balas…

AMARANTA. *Aprovechando la ocasión.* ¡Bravo! ¡Muy quieto!

FORTUNATO. *Sin voz apenas.* Quieto estoy… ¡Mis hijos tendrán pan!…

AMARANTA. ¡Quieto!

Dispara, y se oye el balazo en el tablero.

Fortunato da un grito y casi cae a tierra, como si las piernas le tallasen. Luego se palpa todo, buscándose la herida que él juraría que tiene. Amaranta y la doncella se llevan un susto regular.

FORTUNATO. ¡Ay!

AMARANTA. ¿Qué?

INÉS. ¿Qué ha sido?

AMARANTA. ¡Por Dios!

FORTUNATO. No… nada… nada… Parece que no es nada…

AMARANTA. ¡Claro, señor!

INÉS. ¡Jesús!

FORTUNATO. Nada… nada… El susto… nada más que el susto… ¡Es que nadie nace sabiendo!… ¡Pero ahora sí que soy dueño de mi voluntad!

Vuelve a ponerse en cruz con cierta arrogancia. Dispare usted, señora Amaranta.

Amaranta. ¡Bravísimo! ¡Es usted un héroe!

Fortunato. No lo sabe usted bien. Humilde… obscuro… sin historia… ¡pero héroe!

Amaranta. ¡Quieto ya! *Fortunato está inmóvil, en cruz, y mirando al cielo.* ¡A una! *Dispara y se oye otra vez el balazo.*

Fortunato. ¡Tienen pan mis hijos!… *Amaranta tira de nuevo.* ¡Mis hijos tienen pan!… *Otro disparo.* ¡Tienen pan mis hijos!… *Cae el telón, mientras Amaranta sigue apuntándole.*

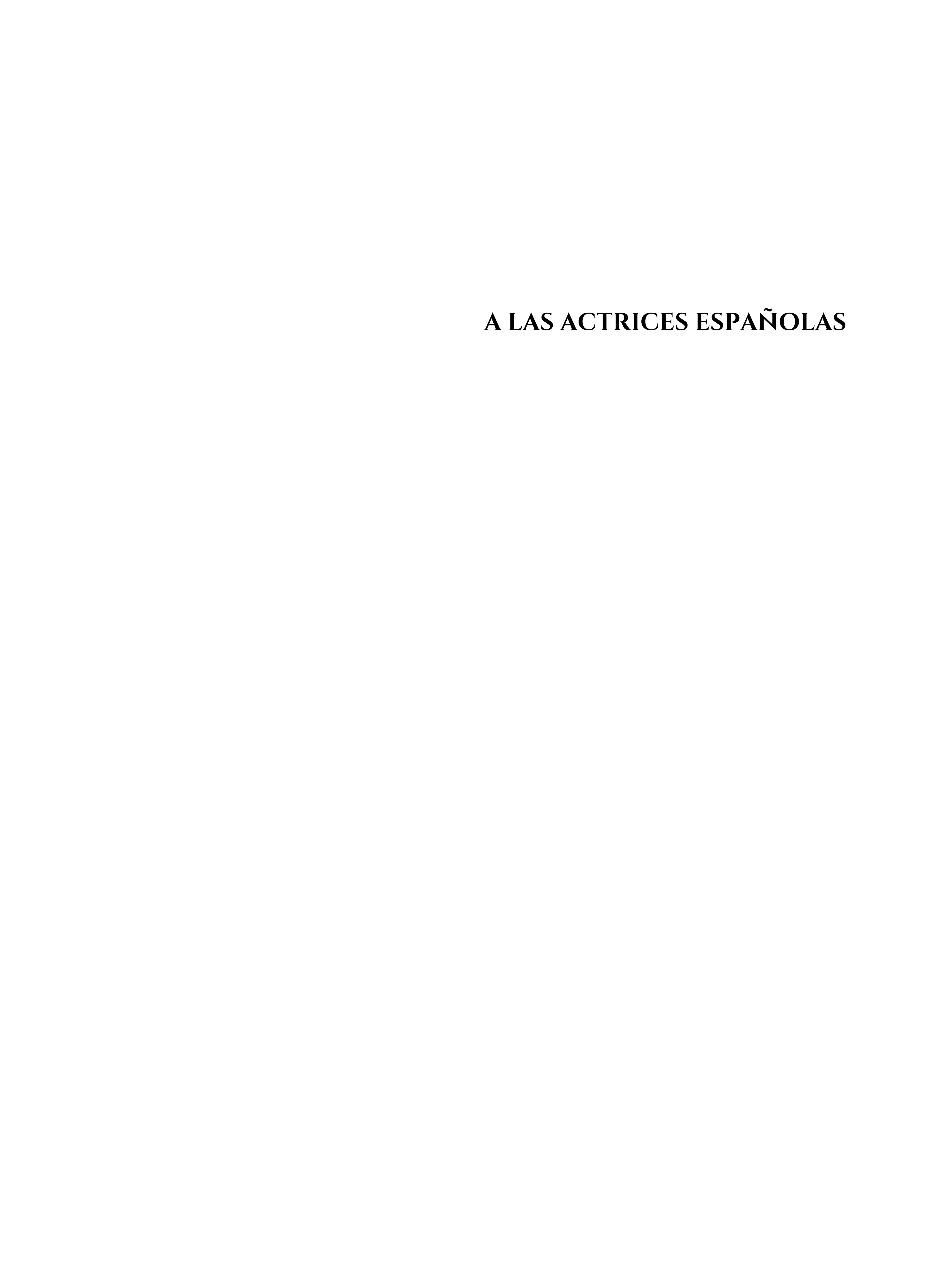
FIN

Madrid, noviembre, 1912.

NENA TERUEL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

Estrenada en el **TEATRO ESPAÑOL** el 6 de abril de 1913



A LAS ACTRICES ESPAÑOLAS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Nena Teruel.	Matilde Moreno.
Marcelina.	Luisa Calderón.
Laura.	Magdalena Abrines.
Pepita.	Elisa Méndez.
Inés.	Sara Esteban.
Genara.	Mercedes Sampedro.
Asunción.	Consuelo Hortelano.
Doña Gertrudis.	Concepción Bermejo.
Don Diego Espinosa.	José Tallaví.
José Manuel.	José Calle.
Tarazona.	Pedro Sepúlveda.
Román Olmedo.	Alejandro Maximino.
Torralba.	Delfín Pérez.
Bello.	Germán de Sylas.
Molina.	Fernando Estrella.
	Rafael Calvo.

CHIREL.	
ANTONIO.	**CONSTANTE VIÑAS.**
UN CARPINTERO.	**JOSÉ LORIGADOS.**
UN TRAMOYISTA.	**ALFREDO PAREDES.**
UN GUARDARROPA.	**MANUEL MACÍAS.**

Acomodadores, tramoyistas, carpinteros, celadores, etc., etc.

NENA TERUEL

ACTO PRIMERO

Estamos en el lindo cuarto de Nena Teruel, joven, bella y famosa comedianta, en uno de los principales teatros de Madrid. Al frente hay una puertecilla con cortinas, que da al tocador. A la derecha del actor, la puerta del cuarto. Sobre ella, un timbre. Muebles sencillos y elegantes, casi tapados en esta ocasión por una infinidad de cestas y ramos de flores naturales, que convierten el *camerino* en un vergel, como diría Bello, personaje que a su tiempo saldrá. Una mesa con abundancia de regalos. Parece noche de beneficio y es de despedida.

La escena está sola. El primero en aparecer en ella es don Diego Espinosa, viejo actor que arrebató a los públicos de su tiempo y es una lamentable ruina en el presente. Aunque maltrecho y sin energía física, aún asoma a sus ojos el fiero vigor de su espíritu. Tiene un genio del diablo, exacerbado por la amargura de su vida actual, y habla como rezongando casi siempre. Viste pobremente y usa sombrerillo flexible, capa larga y bastón, que a veces hace de tizona.

DON DIEGO. *Deteniéndose a la puerta del cuarto, después de entrar en él, y murmurando como si oyera lejanos aplausos y respondiese a ellos.* ¡Ay, aplausos… aplausos!… ¡Ya os conozco… ya sé lo que valéis! Música, música… *Observando la profusión de flores que hay en la escena.* Digo,

¿eh? ¡Cómo está esto de regalitos! Palmas allí… flores aquí… Noche de gloria.

Mezclan salvas diferentes
las cajas y las trompetas,
los pájaros y las fuentes…

Curioseando y leyendo algunas de las tarjetas que acompañan a las cestas de flores y a otros regalos. «A Nena Teruel, en la noche de su despedida, un admirador». ¡Te veo, admirador!… Otro admirador. ¡Te veo! Otro admirador. ¡Eres turco y no te creo! «Eusebio Tarazona y Ruiz». ¡Desconocido primero! «José Gómez Sánchez». ¡N. N.! ¡Hola! Aquí hay una de sus «compañeros». Sí, sí, ¡compañeros!… ¡compañeritos!… Algo sé yo de estos compañeros…

Del tocador sale Marcelina, servidora fiel de la actriz, más bien señora de compañía que doncella. Es vehemente, apasionada, nerviosa, pintoresca. Nació en Chipiona hace cuarenta años, ha recorrido medio mundo, y todavía no puede negar que es de Chipiona. Su único amor desde que se separó de su marido, por ocultas razones, es Nena Teruel. Adora en ella; la pondría en un altar.

Marcelina. ¿Quién resa por aquí? ¡Anda! ¡Pos si es don Diego! Güenas noches.

Don Diego. Felices, Marcelina.

Marcelina. ¿Con quién hablaba usté?

Don Diego. Conmigo mismo. Es la única manera de hablar con alguien que no me engañe. Y aun así, no estoy muy seguro.

Marcelina. To se lo dise usté.

Don Diego. ¿Ha empezado ya el tercer acto?

Marcelina. ¡Ya lo creo! Ya están en la mitá. ¡Si es muy tarde! ¿Cómo no ha venío usté a primera hora?

Don Diego. Porque se empeñó Genara, la vieja, en que no había de salir esta noche, y me escondió la capa.

Marcelina. Y tenía rasón: er tiempo está muy malo.

Don Diego. Muy malo; pero yo antes que un cómico soy un caballero; y si no me he muerto como un perro a estas horas ha sido porque Nena Teruel me ha tendido su mano. ¿Había de faltar en noche tan solemne para ella? Con nieve en las calles hubiera venido. Y cuenta que no estoy para hazañas… ¡Esta tos!… ¡esta tos va a enterrarme!

Marcelina. ¿Quié usté una pastiya de goma?

Don Diego. Gracias; no tomo porquerías.

Marcelina. La que da lo que tiene… Pos yo, don Diego de mi arma, vi a morirme de berrenchín, como los gorriones; no va a sé de catarro. Miste cómo tengo los ojos de yorá. ¡Malhayan los primeros pantalones que vinieron ar mundo! ¡Los de Adán!

Don Diego. Adán no usaba pantalones.

Marcelina. ¡Argo se pondría! Eyos tienen la curpa de to lo malo. ¡Los pantalones! ¡los pantalones!

Don Diego. Sí, señora; porque obedecen a las naguas.

Marcelina. Déjese usté de chuflas. ¿A usté le paese regulá la locura que hase esta niña?

Don Diego. ¿Qué locura? ¿La de casarse? ¿La de dejar la escena? No ha podido tomar una resolución más acertada. Yo la aplaudo.

Marcelina. ¿Se quié usté cayá?

Don Diego. ¡Yo la aplaudo, Marcelina; yo la aplaudo! Mundo de mentiras; mundo engañoso, donde el dinero es de cartón y los cetros y las coronas de guardarropía.

Marcelina. Eso sería en los tiempos de usté; cuando a usté le tocaban las parmas. Ahora er teatro es una gloria, y esta niña er lusero de eya. Usté lo sabe. ¿Se ha asomao usté ar público? ¡Hay que vé cómo está er teatro, señó! ¡Es un ascua de oro! ¡To Madrí! ¡Hasta los reyes han venío a despedirla! Y ¡qué ovasiones! ¡qué ovasiones! Pos ¿y la gente que ha desfilao por este cuarto ar finá del arto segundo? ¡Josús! Y tos con la misma cansión, entre veras y bromas: que ese hombre que la quita der teatro es un criminá. Y lo es, don Diego.

Don Diego. No, sino un hombre que la quiere mucho.

MARCELINA. ¡La úrtima noche que trabaja Nena Terué! ¡Vamos! ¡Si me paese una berrasión! ¡Con veintisinco años y solisitá por er mundo entero!

DON DIEGO. Mire usted, Marcelina: el público es una fiera que acaricia para devorar. Es mejor decirle cuando está más encariñado con la presa: «Ahí te quedas, tirano; lámete las garras; yo me voy a esconder donde tú no me veas», que no esperar a que él le diga a uno: «Vete ya, que me cansas, que no me diviertes. ¡Vete ya o te destrozo!». ¡Esto es más amargo que el acíbar! ¡De esta tela tengo yo un equipaje!…

MARCELINA. Usté chochea, señó.

DON DIEGO. ¡Y usted no sabe lo que dice!

MARCELINA. ¿Qué tiene que vé eso con er paso que va a dá esta niña? Y to, ¿por quién? ¡Por ese hombre, más arisco que un gato! ¡Josús! ¡En cuanto ve dos personas reunías sale huyendo! ¿Querrá usté creé que en los dos años que yevan de novios no ha venío a este cuarto más que una sola noche? Por supuesto, que lo ha hecho con idea: pa obligarla, pa resorverla a dejá esto más pronto. ¡Inquisidó! ¡Pirata! ¡Permita Dios que le pase lo que yo le deseo!

DON DIEGO. ¿Qué le desea usted, Marcelina?

MARCELINA. ¡Eso se quea pa mí! ¡Pero como haya un santo abogao de los caracoles, yo le ensiendo una lampariya! No me servirá, porque eya es güena y es honrá como la primera.

DON DIEGO. Entendido, entendido… Piadosa intención en vísperas de matrimonio. Y sí que habrá ese santo, y muchísimas devotas de él. Por lo que abunda la cosecha lo digo.

MARCELINA. Pero ¿es que pueo yo mirá con pasiensia que se la yeven de la luz pa enserrarla entre cuatro paredes? ¿No ve usté que yo, don Diego Espinosa, he presensiao las luchas que ha habío en aqueya casa porque a la niña se le puso sé der teatro y sus padres no querían que lo fuera? ¡Si ha sío una vocasión desde er pecho e su madre! ¡Si pa eya ni juegos, ni amigas, ni na: su teatro y na más que su teatro! Y entró por el aro don Gabrié, con tos sus galones de coroné de Artiyería, y transigió también doña Madalena, después de consurtarlo con tos los curas de Jerez; y luego bien se han alegrao,

porque han visto que era pa su contento, pa su gloria, pa su fortuna de eya. ¡Y pa er lustre de toa la casta, ¡qué jinojo!, que a nadie le amarga verse retratao y nombrao en toas partes por mo de la niña! ¡Pa que venga ahora este tío *sombrón* de ingeniero, que no sabe hablá más que de hierro y de pórvora y de dinamita, a echá por tierra to lo conseguío y a yevarse ese tesoro pa é! ¡Váyase usté en medio er campo, señó, que ayí no hay nadie que le estorbe, a hasé puentes y túneles pa que pasen los trenes, y déjenos usté tranquilos a nosotros! ¡Me siego, me siego! ¡pero anda, que por la lampariya no ha de quedá!

Don Diego. Y ¿usted se irá a vivir con Nena a su casa?

Marcelina. ¡Pos no que no! Eso sí que no lo consigue: separarme de eya. Desde que me dejó mi marío, va pa sinco años, con eya estoy. Cuidao que ya me ha puesto er don José Manué chinitas pa que sarte; pero como no sarte é… Delante e sus narises me va a tené de día y de noche.

Don Diego. Y rezándole al santo de marras… Muy bien, muy bien… Ese hombre apelará a la dinamita.

Marcelina. Con tá que yo lo vea volá primero… Poco se me importa. Ahí viene ya Nena.

Don Diego. ¿Ha concluido la función?

Marcelina. No, señó, sino que eya tiene ahora libre un güen rato.

Don Diego. Y ¿cómo ha elegido para despedirse *El baile de doña Mencía*, una comedia que no vale dos maravedís?

Marcelina. Porque sale más bonita que en ninguna, digo yo que será.

Don Diego. A mí me ha parecido un desatino.

Marcelina. ¡Entonse se le habrá ocurrío al ingeniero!

Llega, en efecto, Nena Teruel del escenario, vestida con un traje caprichoso y rico. Tiene su persona la simpatía de la belleza y la belleza de la simpatía.

Don Diego. *Saliéndole al encuentro.* ¡Nena!

Nena. ¡Don Diego! ¿Usted por aquí? ¡Qué locura! ¡Con este frío!…

Don Diego. Para hacer lo que se tiene que hacer, no se debe nunca mirar el termómetro. Y yo esta noche debía y quería besar estas manos de

reina.

NENA. Usted siempre igual; tan noble conmigo, tan caballeroso… ¡Ay qué noche, don Diego! ¡Me alegro de tenerlo aquí! ¡Que noche! Ya ve usted que dejo esta vida por mi voluntad, espontáneamente; que me voy del teatro por algo que ha podido más que él… Pues, sin embargo, esta noche estoy sintiendo como un dolor secreto todo lo que me dejo entre bastidores.

MARCELINA. *Gruñendo.* ¡Hem!

DON DIEGO. No te pese, niña.

NENA. Si no me pesa, si nadie me ha mandado que lo haga; si es por mi gusto y por mi bien…

DON DIEGO. Eso no lo dudes.

NENA. Pero, con todo, don Diego, con todo; es que me despido para siempre de lo que ha sido mi vida hasta aquí. Dentro de unos minutos voy a representar la última escena. ¡La última escena! ¿Quién pudo sospecharlo nunca? Pues así es la vida: ya se acabó Nena Teruel. La secuestró la señora de Ramos.

Marcelina vuelve a gruñir.

DON DIEGO. ¿Has traído la perra?

MARCELINA. No, señó; soy yo.

NENA. Pues cállate y no gruñas.

DON DIEGO. ¿Sabes lo que te digo, Nena Teruel?

NENA. ¿Qué me dice don Diego Espinosa?

DON DIEGO. Te digo que dichoso el artista que hace su última escena cuando quiere. Yo la hice cuando menos esperaba que iba a ser la última.

NENA. Cuestión de suerte. No hay en el teatro dos historias iguales. Ni en el mundo tampoco.

DON DIEGO. Es verdad. Y dime, ya que he venido: ¿en qué rincón podré yo verte y oírte decir esas últimas palabras de artista?

NENA. ¡Donde usted quiera! En el mismo escenario, ¿no?

DON DIEGO. Sí, bien: en el escenario. Pero que venga Marcelina a presentarme a un celadorcito que me ha dicho ya dos veces que no me

conoce. ¡A mí! ¡Que no me conoce un celadorcito del escenario! Y la tercera vez que no me conozca le abro la cabeza, por vía de presentación.

NENA. Pues sí, sí: Marcelina irá con usted.

DON DIEGO. ¡Ese niño tiene la obligación de conocerme a mí, que le quité el hambre a su padre! ¡Y a su abuelo! ¡En esta misma casa! Y no digo más, porque me va entrando la calentura. ¿Vamos, Marcelina?

MARCELINA. A la disposisión de usté, don Diego.

DON DIEGO. Hasta ahora, Nenita.

NENA. Hasta ahora.

DON DIEGO. Te aplaudiré con el corazón. *Deteniéndose en la puerta para dejar que pase Laura, que llega, e inclinándose cortésmente.* Pase usted, señorita.

LAURA. Muchas gracias, señor. Buenas noches.

Se van don Diego y Marcelina.

NENA. ¿No lo has conocido?

LAURA. ¿Quién es? ¿Es don Diego Espinosa?

NENA. El mismo. Ahí lo ves. La gloria de la escena; el coloso; el que conmovía, el que enloquecía al público con un gesto. Ahí lo ves.

LAURA. ¡Pobre señor! Está hecho un cascajo.

NENA. *Sacudiendo su pensamiento después de una pausa.* Pero ¿y esas chicas, no entran? Adelante, niñas.

Las aludidas, Pepita e Inés, que pasan al momento, son, como Laura, lindos pimpollos que nacen a la escena con las almas llenas de ilusiones, y en cuyas gentiles personitas es imposible adivinar a las características del porvenir. Las tres vienen en traje de calle.

PEPITA. Con permiso.

INÉS. Con permiso de usted.

NENA. Venid acá, que ahora que tengo tiempo y no hay nadie, os voy dar a cada una un recuerdo mío.

LAURA. ¡Ay, qué buena!

NENA. ¿A quién mejor? No sabéis cómo me traen a la memoria vuestros sueños, los míos cuando empecé el teatro.

PEPITA. Y habla usted como si fuera una vieja chocha.

NENA. Para el teatro, como si lo fuera efectivamente, puesto que ya lo dejo.

INÉS. ¡Qué lástima!

LAURA. ¡Eso sí que es lástima!

PEPITA. Siendo para su bien…

LAURA. Aunque lo sea. ¿De quién vamos a aprender nosotras? ¿Quién vendrá qué mejor nos enseñe ni que sea tan buena?

NENA. ¡Oh! ¡Vendrán tantas!…

LAURA. Como usted, ninguna.

NENA. Dejaos de flores y sigamos con mi testamento. *Entra en el tocador.*

INÉS. ¿Su testamento?

NENA. *Desde dentro.* Mi testamento, sí; así le llamo yo. *Sale con tres mantillas diferentes.* Aquí tenéis una cada una.

LAURA. Pero ¿nos va usted a regalar esto?

NENA. Claro que sí: para que me llevéis siempre en la cabeza.

LAURA. Para eso no hace falta regalo ninguno.

NENA. Esta es la tuya, Inés.

INÉS. *Abrumada.* ¡Ay, por Dios! ¡Qué encanto! ¡Muchísimas gracias!

NENA. La de Laura, ésta.

LAURA. ¡Dios se lo pague a usted! ¡Vaya si es linda!

NENA. Y ésta, la tuya.

PEPITA. ¡Qué suerte! ¡La que más me gustaba!

LAURA. Sí; ¡pues mira que la mía!…

INÉS. ¡No, que la mía!…

PEPITA. ¿Cuándo es Semana Santa?

NENA. Todavía tarda mucho. A ver si antes las lucís en escena.

LAURA. ¡En escena! ¡Qué más quisiéramos nosotras! Pero con los papelitos que nos dan…

NENA. Ya tendréis papeles y victorias. Fijaos en mí. Dejo esta noche de ser quien soy y parece que fué ayer cuando rompí por todo en mi casa y me eché al mundo del teatro a buscar aventuras.

LAURA. ¡Qué carrera más hermosa ha hecho usted!

INÉS. Triunfal.

NENA. Sí; triunfal a la postre. Cuando se tiene la vocación que yo tenía por este mundo, que en mi cabeza y en mi corazón era de oro, no es probable quedarse a mitad de camino. Pero también conozco esas horas por que vosotras estáis pasando, de impaciencia, de anhelo…

PEPITA. ¿Dónde trabajó usted la primera vez? ¿En aficionados?

NENA. ¡Uh! ¡La primera vez!… Hace ya tanto tiempo…

LAURA. No puede hacer mucho.

NENA. Algunos años hace, no creas. Llevaba yo la trenza a la espalda… Fué en Jerez: en una fiesta de caridad. Representé un monólogo que me escribió un muchacho de allí. *La primera comunión* se llamaba.

«Pues, señor, todo ha salido
a medida de mi anhelo:
¡qué gran corona, qué velo
y qué precioso vestido!

Con ninguno, que recuerde,
me hallé jamás tan vistosa,
excepción hecha del rosa,
del amarillo y del verde…»

¡Pero que yo me acuerde de esto, Dios mío! Luego el poeta se tomó un veneno por mí.

Ríen las tres muchachas.

Pepita. ¿Veis? Un detalle así quisiera yo en mi historia. No he tenido más que un novio, y no era capaz de tomarse por mí ni un refresco, si no habían pasado las tres horas de la digestión.

Nena. *Riendo.* ¡Qué ocurrencia!

Inés. Y ¿desde aquella noche del monólogo…?

Nena. ¡Desde aquella noche no hubo ya para mí más canción que la de los aplausos! Y comenzó el tole tole de los periódicos, y el hablar y el ponderar de amigos y parientes, y yo, que no necesitaba nada, me aferré a mi ilusión y no hubo medio de arrancármela del pensamiento. ¡Cuidado que me costó reñir con mis padres! ¡Jesús, qué peleas!

Laura. ¿Sí, verdad?

Nena. Una vez estuve quince días encerrada en mi habitación sin hablar con nadie.

Pepita. ¿Sin hablar con nadie? De eso no sería yo capaz.

Laura. Porque tú no tienes la afición que ella.

Nena. Al cabo mis padres se convencieron de que oponerse a aquel tesón mío era peor que oponerse a unas relaciones amorosas, porque iba a acabar por fugarme, y cedieron. ¡Qué habían de hacer! ¡Y entonces sí que empezó de veras mi lucha! Porque no creáis que han sido todo rosas. Me acuerdo de una temporada por varios pueblos de Andalucía… ¡Oh! ¡Bien me probé a mí misma en aquellas andanzas el temple de la vocación! Mis padres me dejaron ir, sin duda, para ver si lo duro de la vida me fatigaba y me hacía arrepentirme. Pero ¡ca! ¡Bonita era yo! La misma batalla me enamoraba más del teatro, me excitaba, me ofrecía más sabroso el triunfo lejano. ¡Qué días! ¡Qué meses aquellos! Cada noche representábamos una obra distinta. ¡Imaginaos la fiebre del estudio, la angustia, el cansancio!… Yo hice entonces desde *Ofelia* hasta la novia de *Diego Corriente.* ¡Ja, ja! En un pueblo en que no había teatro, a punto estuvimos de representar en la plaza. Nunca he olvidado estas impresiones de aquellos años de mi vida. Ahora se me figuran de una historia que yo he leído. *Suena el timbre.* ¡Ay! ¡Me llaman en lo mejor del cuento!

Laura. ¡Vaya por Dios!

NENA. No me dejéis el cuarto solo.

INÉS. Descuide usted.

PEPITA. Y un millón de gracias por las mantillas.

LAURA. A ver si alguna vez nos inspiran.

PEPITA. A ver si nos dan la buena sombra.

NENA. Poco a poco he de irme desprendiendo de todo: ya os digo que es mi testamento. ¿Qué papel hacen ya en mi casa estas prendas vivas de algo que se muere esta noche? ¡Ay, niñas! Voy a hablar por última vez desde el escenario.

LAURA. ¡Qué dolor! Y lo dice con la cara alegre.

NENA. Por debajo del colorete puede que esté pálida. Vamos allá. *Se marcha presurosa.*

LAURA. ¡Qué simpática es!

PEPITA. Y ¡qué artista!

INÉS. Esta noche está contenta, y no está contenta.

PEPITA. Del público bien puede estarlo; porque ¡mira que han sido unas ovaciones!

LAURA. Las que se merece. No entiendo la testarudez del novio en quitarla de aquí. Lo que es yo, si me saliera un novio y me quisiera quitar del teatro, lo plantaba.

INÉS. Pues mira: yo, después de la carrera de ella, harta ya de aplausos de todo el mundo, si me saliese un novio como el suyo, ingeniero, guapo y con fortuna, qué sé yo, qué sé yo…

PEPITA. Pues yo, por de pronto, lo que quiero es que me salga el novio. Y tiempo habrá de pensar lo demás.

Llega oportunamente Román Olmedo, galán de la compañía. También viene en traje de calle. Está muy abstraído.

INÉS. Hombre, Olmedo, a punto llega usted.

OLMEDO. ¿Por qué, Inesita?

PEPITA. Dice bien ésta. En vez de andar por todos los cuartos como un moscón, se va usted a quedar aquí de guarda mientras no llega Marcelina.

OLMEDO. Con muchísimo gusto.

LAURA. Eso es: y así nosotras nos vamos al escenario a escuchar la ovación final. ¡A mí me dan un escalofrío los aplausos… aunque sean a otras!

PEPITA. ¡Ay, los aplausos! Vente, Inés. ¡Tengo unas ganas de convidar con motivo al jefe de la *claque*!

Se marcha con Inés del brazo.

Laura ríe, y al ir a seguir a sus amigas repara en la abstracción de Olmedo y se detiene.

LAURA. Y a usted, ¿qué le pasa?

OLMEDO. A mí nada, Laurita.

LAURA. Creí. Está usted tan serio… Mire usted qué mantilla más linda me ha regalado Nena.

OLMEDO. Preciosa es. Cuídala, que bien lo vale su recuerdo.

LAURA. Por un talismán he de tenerla. *Pausa* Vaya, lo dejo a usted con sus cavilaciones.

OLMEDO. Adiós.

LAURA. *De pronto, recordando* ¡Ah… vamos! ¡Tonta de mí!… *Se va mirándolo maliciosamente.*

OLMEDO. *Paseando ensimismado.*

… Dadme el laúd:
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa…

¡Se me han metido estos versos en la cabeza!

De improviso se presenta Torralba, seguido de cuatro acomodadores del Teatro. Torralba es el representante de la Empresa: hombre diligente, aunque atolondrado. Los acomodadores obedecen sus órdenes.

TORRALBA. Con mucho cuidadito os vais a ir llevando al escenario todas estas cestas. Los ramos, no; las cestas nada más. ¿Qué? Andad: una tras de otra. Con cuidado, ¿eh?, con cuidado. Ponedlas allí agrupaditas junto a las demás, y en el momento en que baje el telón, ¡todas a la escena! ¿Qué?

Cuidado. Cuidado. ¡Cuidado! Allá iré yo ahora a disponer cómo ha de hacerse. ¿Qué? *A Olmedo, mientras los acomodadores van quitando de allí las cestas.* ¡Valiente nochecita llevo, amigo Román! Bueno, la despedida es para mí. No paro un instante. ¿Qué? Como no ande uno en todo… Usted me ve aquí, ¿no es verdad? Pues no estoy aquí solamente. Estoy ahora mismo en la Contaduría, y en el saloncillo, y en el teléfono, y en el despacho de billetes, y en el palco real, y en el vestíbulo, y en el puesto de agua. ¿Qué? ¿qué? Y usted, ¿qué tiene? Digo, ¿qué ha de tener usted? El disgusto que todos. ¡Vamos, que la jugada de la niña! ¿Qué? ¡Cualquiera le encuentra sustitución! Así está el empresario: con fiebre. ¿Qué? Y yo, su representante en el mundo, también tengo décimas. ¿Qué? *Observando que Olmedo no le hace caso.* Vaya, me vuelvo al escenario a escape, no hagan ésos una barrabasada. *A Marcelina, que llega contrariada y llorosa.* Pase usted, Marcelina. Yo, tropezando con todo el mundo esta noche, menos con quien deseo tropezar. ¿Qué? ¿qué?

MARCELINA. No he despegao mis labios, señó.

TORRALBA. Hasta ahora. *Llamando a uno que pasa.* ¡Martínez! *Se va corriendo.*

OLMEDO. Me pone nervioso el *qué, qué, qué* de este hombre.

MARCELINA. Paese una clueca. Yo me he venío de entre bastidores, porque si sigo ayí, estoy viendo que sargo a ersena a desí cuarquier atrosidá. Y se arma un escándalo. Y usté, ¿cómo no está en la sala?

OLMEDO. Porque no hay sitio para mí.

MARCELINA. ¿Porque no hay sitio?

OLMEDO. Me conformo con decirle adiós en su cuarto a la señorita Teruel.

MARCELINA. Ya.

OLMEDO. Puesto que ella, para su despedida de la escena, ha elegido una comedia en que yo no tengo papel, no quiero que tampoco me vea entre los espectadores.

MARCELINA. Ya. Don Román, usté está picao.

OLMEDO. ¿Por qué? ¿Por esto? No soy tan quisquilloso.

MARCELINA. Digo picao de la tarántula.

OLMEDO. ¿De qué tarántula?

MARCELINA. Hágase usté er tonto. ¿Se piensa usté que yo no sé lo der noviajo de ustedes cuando prinsipiaron la carrera?

OLMEDO. ¡Ah! ¿Usted lo sabe?

MARCELINA. Señales estoy dando de eyo.

OLMEDO. Será porque Nena se lo haya dicho.

MARCELINA. O será porque una tiene vista. No había más que repará cómo hasían ustedes las ersenas de amó, pa adivinarlo. Con ningún cómico ha trabajao eya como con usté, ni usté con ninguna como con eya. ¿A qué es verdá esto que yo digo?

OLMEDO. Verdad es. Nos entendíamos, sentíamos de la misma manera; nos ayudábamos el uno al otro.

MARCELINA. Er rescordiyo que quedaba.

OLMEDO. Quizás. Ello es —lo confieso sinceramente— que las palabras de amor, las sacudidas de los celos, las lágrimas de la ternura, hasta los gritos de la pasión más fuerte tenían en Nena Teruel para mí el calor de lo humano, de lo verdadero. Apenas comenzábamos a hablar desaparecía la ficción, hacíamos nuestras las dos vidas que representábamos en la comedia, y los aplausos eran siempre nuestro premio… Aun a pesar de ello, y aun sin darme cuenta yo mismo, siempre palpitaba secretamente en nuestras escenas de amor un íntimo recuerdo de lo que fué.

MARCELINA. Que es lo que yo he visto.

OLMEDO. Ni más ni menos.

MARCELINA. Y por eso digo que está usté picao.

OLMEDO. Y lo estoy.

MARCELINA. ¡Tengo yo un candí de dos mecheros!…

OLMEDO. No he querido a más mujer que a ésta, Marcelina. Esta noche pierdo yo más que nadie. ¡Qué lástima de actriz!

MARCELINA. ¡Malhaya! No me hable usté de eso, que se me regüerve la sangre. Traspasá de pena y de coraje estoy yo.

OLMEDO. ¿Qué se le ha de hacer? Es tarde para remediarlo.

Pausa.

MARCELINA. ¿Cuánto tiempo hase de lo de ustedes? Porque eso fué antes de que yo estuviera con eya.

OLMEDO. Ocho o diez años ya. En nuestro primer vuelo. Por cosa de niños empezó… Con todo el ardor y toda la inconsciente vehemencia de los veinte años míos y de los quince de ella.

MARCELINA. Y ¿duraron mucho los amores?

OLMEDO. Poco más de dos años. Nos separó el trabajo, mi viaje a América… ¡la vida! Quizás el figurarse ella que yo era muy poco galán para tan gran actriz, y el presumir yo, desde luego, que aquella chiquilla no podría nunca codearse con tan gran actor.

MARCELINA. Lo que tienen los pocos años.

OLMEDO. Y pasó el tiempo, y la suerte nos volvió a unir en una compañía; y ella era ya Nena Teruel, la actriz arrolladora, y yo era ya… quien soy. Y juntos hemos corrido estos años triunfales, y por capricho del destino, como ella era la dama y yo el galán, aunque ella tuviera en el mundo un novio y yo una novia, teníamos en la escena que enamorarnos. La verdad de mi corazón latiendo siempre a compás de la mentira de la escena. Le he dicho de *Otelo*, que al ver su cara de ángel el demonio dudaría en llevársela; y de *Romeo*, que era el ruiseñor el que cantaba y no la alondra; y de *Don Álvaro*, que el sacerdote nos esperaba en el altar; y de *Don Juan*, que las orillas del Guadalquivir respiraban amor para ella. Le he dicho que la quería en verso y en prosa, y de cota de malla, y de chambergo, y de casaquín, y de frac, y de blusa… El amor siempre entre ella y yo: de niños, con las palabras nuestras; luego, con las palabras que escribieron otros; pero entre ella y yo siempre.

MARCELINA. Cáyese usté, que me va a dá una arferesía. Cáyese usté, don Román, cáyese usté. Cáyese usté, porque al oírle a usté toas esas cosas que está disiendo… Cáyese usté… y haga usté er favó de desirme a mí que también me caye.

OLMEDO. Sí; es lo más acertado. Cállese usted.

MARCELINA. Es muy difísi que yo me caye.

OLMEDO. Pues haga lo que quiera.

MARCELINA. ¡Ay, Señó, Señó!…

Nuevo silencio.

OLMEDO. Dígame, Marcelina: ¿usted cree que esta retirada será absoluta; que nunca más Nena Teruel volverá al teatro?

MARCELINA. ¡En er nombre der Padre! ¡Como no enviude! ¡Si se casa con un lingote! ¡Más dura tiene la cabesa!… Y que, aunque lo disimule por haserse er fino, no traga na de ersenarios adentro. Nena Terué, como si se sepurtara en una mina. Usté despídase de eya esta noche pa siempre.

OLMEDO. Después de todo, así debe ser. ¡Ay!…

MARCELINA. Se entierra en vida la criatura.

OLMEDO. *De nuevo ensimismado; lleno el espíritu de los recuerdos de otros tiempos.*

… Dadme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.

Una corona de flores
dadme también: en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.

Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como a mí me veis llorar.

MARCELINA. ¿De qué funsión es eso?

OLMEDO. De *El Trovador*. Fué una de las primeras obras que hicimos juntos, allá en nuestros comienzos, en un teatro de un pueblecito de Andalucía… ¡Leonor! ¡Manrique! ¿Qué ha sido de vuestros amores?

MARCELINA. Esta noche se le aprieta a usté un deo y se le sartan las lágrimas.

Vuelve apresuradamente Laura, exaltada y con gran alegría.

LAURA. ¡Pero, Marcelina!

MARCELINA. ¿Eh?

LAURA. ¿En qué piensa usted que no va al escenario? ¡Ha acabado la obra! ¡La ovación a Nena hace llorar!

MARCELINA. ¡Dios mío!

LAURA. ¡Está todo el público de pie! ¡Las señoras la saludan con los pañuelos! Los ¡bravos! y los ¡vivas! atruenan. ¡El escenario es un monte de flores! ¡Yo estoy pasando un rato!… Mire usted, mire usted cómo tiemblo… ¡Venga usted conmigo!

MARCELINA. ¡Hija de mi arma! *Se va de estampía.*

LAURA. Olmedo, venga usted también.

OLMEDO. *Emocionado.* Vamos… sí… vamos todos. *Se marcha tras Laura y Marcelina.*

Un momento después reaparece como disparado Torralba.

TORRALBA. *En mitad de la escena, aturdido.* ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? *Llegándose a la puerta.* Pase usted, Chirel.

Pasa Chirel, periodista miope que no usa lentes.

CHIREL. Muchas gracias.

TORRALBA. Aquí están los demás regalos. Ya ha tomado usted nota de las cestas y de los que hay en el saloncillo, ¿verdad?

CHIREL. Sí, sí, sí, señor, sí.

TORRALBA. Pues éstos son los que le faltan. ¿Qué?

CHIREL. Estos, sí. Quiero hacer una información muy completa. Sí. No todos los días se da una actualidad tan curiosa.

TORRALBA. ¿Qué?

CHIREL. Sí.

TORRALBA. ¿Qué?

CHIREL. Sí. Con permiso de usted voy a ir apuntando…

TORRALBA. Bueno. Aquí se queda. ¿Qué? Yo voy al escenario. ¿Qué?

CHIREL. Sí, sí, sí.

TORRALBA. A sus órdenes.

CHIREL. Gracias.

TORRALBA. Adiós. *Se va rápidamente.*

Chirel saca pluma y cuartillas y va anotando los regalos, mirando primero el objeto y leyendo luego la tarjeta que está con cada uno. Escribe acercándose tanto el papel a los ojos, que se teme, viéndolo, que se salte uno con la pluma.

A la tercera o cuarta apuntación llegan Molina y Bello, asiduos contertulios de Nena Teruel, militar el uno y paisano el otro. El militar es desenfadado y frescote, y el paisano correcto y cortés.

BELLO. Lo dicho, querido Molina: yo me pongo luto en el sombrero y en el brazo. Buenas noches, amigo Chirel.

CHIREL. Buenas noches, señores.

MOLINA. Muy buenas. Convéncete, chico: no hay más que una salida satisfactoria.

BELLO. Tú dirás.

MOLINA. ¡Matar al marido!

BELLO. *Riéndose.* ¡Hombre! ¡Matar al marido! ¿Por qué?

MOLINA. ¡Por ansioso!

BELLO. No; yo no lo quiero mal, yo no hago más que envidiarlo y admirarlo a la vez. ¡Ha sabido llevarse algo que era de todos para él solito!…

MOLINA. ¡Pues por eso mismo hay que pegarle un tiro en la cabeza! Y ¡cómo está Nena esta noche! Yo nunca la he visto más guapa.

BELLO. Ni yo; en eso convengo contigo.

CHIREL. *Confidencialmente.* Hombre, y a mí que Nena Teruel, como mujer —como actriz me quito el sombrero—, como mujer nunca me ha dicho nada.

BELLO. ¿Qué habla este temerario de Chirel?

CHIREL. ¡Nunca! La encuentro vulgar, insignificante. Sí. ¡Nunca me ha dicho nada!

MOLINA. Señor mío, o se calla usted o por usted van a empezar los muertos. ¡No hay derecho! Usted ve muy poco.

CHIREL. Ya, ya sé que ustedes son de los incondicionales de su belleza; pero, ¿qué quiere usted? Sobre gustos no hay nada escrito.

MOLINA. ¡Ni una palabra! Y si se escribe algo, no se lo encargarán a usted.

CHIREL. Sí.

MOLINA. No, no; no se haga usted ilusiones.

CHIREL. ¡Je! ¡Qué mal le ha caído!

Risas.

Sollozando, y con los ojos encendidos de llorar, pasa Marcelina de la puerta del cuarto a la del tocador, en el cual se encierra a desahogarse.

BELLO. ¡Pobre Marcelina! Llora a Nena como por muerta esta noche.

CHIREL. ¿Cómo se llama esta señora?

BELLO. Marcelina.

CHIREL. Es interesante la figura para mi información. Entre doncella y señora de compañía… Sí. Me va, me va. Sí. *Toma nota.*

BELLO. Pensaba yo, Molina, en regalarle a Nena un álbum copiosísimo, encuadernado en pergamino, con las firmas de todos sus admiradores.

MOLINA. ¡Eso es una cursilería! Aquí no hay que hacer más que lo que yo propongo; no le des vueltas: ¡matar al marido! ¡Es la única solución razonable! ¡Matar al marido!

Halagada por la feliz idea, sale Marcelina del tocador.

MARCELINA. ¿Quién ha dicho eso?

MOLINA. Servidor, señora.

MARCELINA. ¡Pos cuente usté conmigo pa er primer gorpe!

MOLINA. Y usted conmigo para lo que se ofrezca.

BELLO. Silencio, por Dios, no se vaya a presentar *la viuda*… ¡Ja, ja, ja!

CHIREL. ¿Qué aplausos son ésos?

BELLO. Es verdad, que suenan aplausos.

Se asoma a la puerta del cuarto. Los aplausos a que se refieren son nutridos y calurosos, y a cada instante suenan más cerca. Todos los carpinteros, tramoyistas, guardarropas, celadores y demás dependientes del escenario, a cuyo frente viene Antonio, el jefe de la maquinaria, acompañan a Nena Teruel a su cuarto entre palmas y vítores.

MOLINA. La ovación de la sala que llega hasta aquí.

MARCELINA. No, señó, no; es la gente del ersenario. Los tramoyistas y los carpinteros, que la quieren mucho.

BELLO. ¡Pues es una verdadera ola!

CHIREL. *Volviendo a tomar nota*. ¡Muy interesante! ¡Muy bonito!

MARCELINA. ¡Pobresita mía!

Llega a su cuarto Nena Teruel conmovidísima, con las lágrimas a flor de los ojos; las mejillas ardientes. El acompañamiento se agolpa a la puerta, sin dejar de aplaudirla. Ella ve a Marcelina e instintivamente se le abraza en silencio. Los aplausos siguen, haciendo más viva la emoción de todos en tal instante. Al cabo, Nena se separa de Marcelina, y habla entre lágrimas, dirigiéndose a los que la aplauden.

NENA. Basta ya, por Dios; basta ya de aplausos, Antonio. ¡Que no puedo más!

ANTONIO. ¡Ea, callarse! ¡Callarse! ¡Callarse todos!

Cesan los aplausos completamente.

NENA. *Tendiendo sus manos a los amigos, sonriente y llorosa a la par*. Señores… *la commedia é finita*. En una noche… en unas horas… de ser a no ser.

ANTONIO. *Tomando la palabra*. Nosotros, señorita Nena, no molestamos más. Nosotros, lo que hemos querido…

CARPINTERO. ¡A ver lo que dices!

TRAMOYISTA. ¡Calla tú, que él sabe!

ANTONIO. Hombre, un poco de educación; que no cuesta nada.

CHIREL. *Entusiasmado.* ¡Esto es muy bonito!

ANTONIO. Nosotros, señorita Teruel, no hemos querido más que demostrarle a usté la satisfación que con usté tenemos por el disgusto que nos causa su despedida.

NENA. Muchas gracias, Antonio.

ANTONIO. Usté ha sido pa nosotros mejor que nadie en este mundo, porque nos ha tratao sin orgullo siempre, valiendo más que otras y pudiendo mandarnos más bien que otras.

GUARDARROPA. ¡Que te cuelas!

ANTONIO. ¡Que te calles tú!

CARPINTERO. ¡Hombre, por Dios!

TRAMOYISTA. ¡No estropearla a última hora!

Se produce una ligera disputa en el grupo, que pronto calma Antonio, imponiéndose.

ANTONIO. ¡A ver si va a ser posible! ¡Paece mentira, hombre! ¡Callar!

CARPINTERO. ¡Schssss!

ANTONIO. Usté dispense, señorita Teruel. Es que con el osequio que usté nos ha hecho se ha calentao la gente un poquillo y no hay quien los contenga. De modo y manera que lo más acertao es irnos ya de aquí, y dejarla a usté que descanse, y darle a usté otro aplauso pa que el de los pobres sea el último que se lleve usté en los oídos.

NENA. Id con Dios, id con Dios…

ANTONIO. Hasta mañana si Dios quiere. ¡Otro aplauso!

Rompen a aplaudir todos, secundados ahora por los contertulios presentes, y aplaudiendo se alejan.

CHIREL. ¡Muy bonito; pero muy bonito! ¡Esta nota de la gente humilde es preciosa!

BELLO. A mí me ha tocado en el corazón; lo digo con franqueza.

Llega Tarazona y pregunta, deteniéndose a la puerta del cuarto.

TARAZONA. ¿Se puede pasar?

NENA. Adelante.

Pasa con la venia de la actriz y se acerca a saludarla. Es un hombre de mediana edad, nacido en la Rioja, campechano y francote. Habla con ligero dejillo parecido al aragonés. Viene de «smoking», pero mejor vendría de americana.

TARAZONA. Usted no me conoce, señorita Teruel.

NENA. No, señor; en este momento no caigo.

TARAZONA. No, no; si no me conoce en absoluto; si en su vida me ha visto. Buenas noches, señores.

BELLO. Buenas noches.

MOLINA. Buenas noches.

CHIREL. Buenas noches.

TARAZONA. Al final del segundo acto estuve aquí; pero había tanta gente en el cuarto, que no quise entrar. Era esto un hormiguero.

NENA. Sí, señor; subió todo el mundo.

TARAZONA. Y ahora ya he visto cómo la aplaudía la gente de la casa. Aplausos allá fuera y aquí dentro. Está bien, está bien. Yo me he tomado la libertad de enviarle a usted una cesta de rosas.

NENA. ¡Ah! ¿La cesta de rosas es de usted? ¿Es usted el señor… Tarazona?

TARAZONA. Servidor.

NENA. Pues un millón de gracias. La cesta es bellísima. Ha llamado la atención de todos. Empezando por mí.

TARAZONA. Esa es la única opinión que me interesa. Las demás nada valen en el caso presente. Con perdón. Ni la cesta valía nada tampoco antes de estar aquí.

NENA. Muchas gracias.

TARAZONA. La verdad. Si es un atrevimiento o no, discúlpemelo. Y que me lo disculpe su futuro de usted, si por casualidad es alguno de estos señores.

BELLO. ¡No! ¡no!…

MOLINA. ¡Ca!…

TARAZONA. La cuestión es que yo no quería que usted se marchara a su casa sin echarle la despedida, como cantan los mozos de mi pueblo.

NENA. ¿Es usted…?

TARAZONA. De la Rioja. En Logroño vivo, y allí me tiene a su devoción. Usted no sabe lo que yo la admiro, señorita. Este viaje a Madrid no ha sido más que para asistir a la función de hoy.

NENA. ¿Es de veras?

TARAZONA. ¿Pues no lo ha de ser? Tan de veras como que me cuesta una semana sin cruzar la palabra con mi costilla. ¡Buena se ha quedado!

NENA. ¡Jesús!

TARAZONA. Pero no me importa: ¡tengo todo el año para hablar con ella de lo que se tercie!… Yo, señorita Teruel, aunque parezco burdo y zafio por mis maneras y mis expresiones, soy un romántico por dentro. No se rían ustedes. Yo no he visto nunca una actriz que más me enamore y me cautive. Ha hecho usted siempre con mi Corazón lo que ha querido. Le debo a usted emociones muy hondas, muy puras; noches enteras inolvidables. La he visto a usted y la he aplaudido en casi todas las provincias de España. Y también en América. Así es que cuando supe lo de la retirada, me llevé un gran disgusto. ¿De quién he de esperar yo ahora lo que con usted se me va? Y esto es todo, señorita Teruel. Usted deja el teatro por la casa, y eso es sagrado. Dios la colme de dichas. Por mi parte, dentro del sentimiento de no volver a verla, tengo el gusto de que me acepte usted esas flores y de estrechar su mano.

NENA. Y yo una viva satisfacción en conocerlo a usted y en haber oído cuanto me ha dicho.

TARAZONA. En el temblorcico con que se expresa noto que no es eso una cortesía.

NENA. Puede usted creerlo. Yo no he sabido fingir nunca más que en escena, y ahora… ya…

Asoman, en plan de despedida, Laura y doña Gertrudis, su madre. Emocionadas besan a la actriz.

LAURA. ¿Usted vuelve mañana?

NENA. Sí; mañana vuelvo.

LAURA. Hasta mañana, entonces.

NENA. Adiós, fea.

DOÑA GERTRUDIS. Hasta mañana, Elena.

NENA. Adiós, doña Gertrudis.

DOÑA GERTRUDIS. Que usted descanse. ¡Loca va ésta con su mantilla!

NENA. Adiós, adiós.

LAURA. Adiós.

NENA. Adiós.

Se marchan madre e hija.

BELLO. Nosotros también nos despedimos, que es última hora y usted necesita reposo.

MOLINA. Sí, sí.

Se presenta presuroso Torralba, también de despedida.

TORRALBA. Nenita, ¿quieres algo?

NENA. Muchas gracias, Torralba. ¿Las flores…?

TORRALBA. Repartidas como tú me encargaste. ¿Qué? En el saloncillo quedan no más que cuatro cestas. ¿Qué?

NENA. Esas ya las mandaremos mañana.

TORRALBA. Los otros regalos te los enviaré a casita a primera hora.

NENA. Bueno.

TORRALBA. Y a descansar de tantas emociones. ¿Qué?

NENA. ¡Bien lo necesito!

TORRALBA. *Despidiéndose de todos vertiginosamente.* Adiós, Bello. Adiós, Molina. Adiós, Chirel. Señor mío… ¿Qué? ¡Buenas noches! *Volviéndose en la misma puerta.* ¡El trabajo que me ha costado hacer una tablilla sin tu nombre! ¿Qué? ¡Hay que sufrir! Buenas noches a todos. *Se va.*

TARAZONA. Buenas noches.

BELLO. Elenita, sin palabras, porque la emoción no las tiene. Le deseo a usted en su futuro hogar, en el nido de flores donde va usted a ser la paloma, en ese santuario que forma el amor, le deseo a usted, repito, tan inacabables venturas, tan supremas dichas, mieles tan sabrosas…

MOLINA. ¡Hombre, que has dicho que te despedías sin palabras!

BELLO. ¡Qué zángano eres! Elenita… *Le estrecha las manos con los ojos en blanco y se aparta de ella con cara de caramelo chupado.*

MOLINA. Yo, sin palabras de veras. Soy siempre su amigo: ¡perdono a su marido de usted! ¡No se puede hacer más!

NENA. Muchas gracias.

CHIREL. Servidor, agradecidísimo a sus deferencias. Sí. Ya le mandaré a usted la revista.

NENA. Lo estimaré mucho.

CHIREL. Miles de enhorabuenas.

NENA. Gracias, gracias. Adiós.

TARAZONA. Pues lo dicho, dicho. A descansar, señorita Teruel, y a mandarme lo que se le ocurra Si alguna vez puedo servirla en algo, tendré en ello el mismo placer que he tenido aplaudiéndola en todas partes.

NENA. Un millón de gracias.

MOLINA. Buenas noches.

TARAZONA. *A los otros* Pasen ustedes.

BELLO. *Après vous.*

Se van los cuatro. Nena les sonríe afectuosamente Pausa. Se miran en silencio Marcelina y ella.

NENA. *Suspirando al cabo.* ¡Ay! Vamos a quitarnos por fin este disfraz. Anda, Marcelina.

MARCELINA. Vamos. *Se entra en el tocador.*

Cuando Nena va a irse, advierte la presencia de don Diego Espinosa, que llega. Durante su breve diálogo con él, vuelve Olmedo, quien aguarda para hablarle a que don Diego se retire.

NENA. ¡Don Diego!

DON DIEGO. Ven aquí. Nena, ven aquí. He estado esperando para despedirme a que se fueran todos los señoritos. No quiero ver a nadie. Ni que nadie me vea. Cuando piso esta casa quisiera ser gas hasta llegar a tu cuarto. ¿Me entiendes?

NENA. De sobra; sí, señor.

DON DIEGO. Con todo el mundo soy áspero y desabrido, y contigo tierno. Mis razones tendré. Te felicito por la última escena: por el arte con que la has hecho, y porque es la última que haces. Te vas del teatro cuando todavía quedan en él muchos años de flores para ti. Pero no te pese. Creo que tu marido es el hombre que más te quiere en la tierra, por lo mismo que te arranca de aquí.

NENA. ¿Usted no dejará de ir por casa?

DON DIEGO. Cuando tú me llames. Ahora ya no es igual.

NENA. Ahora y siempre será todo igual para usted. ¿Lo oye?

DON DIEGO. Basta, basta; que ya no estamos solos. Y todo se interpreta como quiere el diablo. Adiós, Nena, adiós. Bastante hemos hablado ya.

NENA. Adiós, don Diego.

DON DIEGO. *A Olmedo.* Dios le guarde, caballerito.

OLMEDO. Buenas noches, don Diego. Creí que no quería usted nada conmigo.

DON DIEGO.

> *¿Sí digo que os guarde Dios*
> *bastante agrado no os muestro?*

NENA. ¡Que espero verlo pronto por casa!

DON DIEGO. ¡Cuando tú me llames! *Se aleja murmurando los versos siguientes:*

> *Jamás delante de un hombre*
> *mi alta cerviz incliné…*

OLMEDO. La fiera.

NENA. La fiera; así le nombran. ¿Nació fiera, o lo volvieron fiera entre todos?

OLMEDO. Quizás haya algo de las dos cosas.

NENA. ¿Y tú, dónde has estado que no te he visto en toda la noche?

OLMEDO. Lo he hecho adrede.

NENA. ¿Adrede?

OLMEDO. Como no has querido que yo tomara parte en la función, no quise tampoco enojarte con mi presencia.

NENA. *Riéndose.* ¡Jesús, qué cosa más ridícula!

OLMEDO. ¿La encuentras ridícula?

NENA. Y tú también, en cuanto te dé el fresco de la calle. Anda con Dios.

OLMEDO. ¿Me despides?

NENA. Sí, hombre; dispensa. Voy a desnudarme; van a apagar la luz. Se ha marchado ya todo el mundo. ¿Qué quieres?

OLMEDO. Nada, nada, mujer.

NENA. Pues hasta mañana.

OLMEDO. Yo no vendré mañana No tengo ensayo ni función.

NENA. Yo sí vendré. A desalojar esto, a repartir algunas flores, a decirles a todos adiós… ¡Y ahí te quedas, mundo amargo!

OLMEDO. Amargo, sí.

NENA. Para ti no lo ha sido, Román.

OLMEDO. ¿Y tú lo dices?

NENA. Vaya, adiós.

OLMEDO. Adiós. Que seas muy dichosa.

NENA. Espero serio. Que tú también lo seas.

OLMEDO. Gracias.

NENA. Adiós. *Éntrase en el tocador.*

OLMEDO. *Tras de algunos pasos por la escena, durante los cuales lucha consigo mismo.* ¿Para qué he hecho esto? *Alzando la voz.* Ya me voy,

Nena. Buenas noches.

NENA. *Desde dentro.* Vete con Dios, Román.

OLMEDO. ¿Me dejas que me lleve una flor?

NENA. Coge las que quieras.

OLMEDO. No quiero más que una.

NENA. Es igual. Mañana le enviaré una cesta a tu madre.

OLMEDO. No te molestes.

NENA. No es molestia, tonto. Es gusto que tengo.

OLMEDO. Gracias en su nombre. Adiós.

NENA. Adiós.

Al marcharse Olmedo llega José Manuel. Se reconocen, sorprendidos de hallarse en tal ocasión el uno y el otro, y se hacen una forzada reverencia. Olmedo se retira luego…

José Manuel es hombre de complexión robusta y delicado espirita. Habla con viveza y calor. Es siempre sincero. Su estado en este instante es crítico; los más extraños celos se han apoderado de su alma. Viste con sencilla distinción. Trae un gabán al brazo, que tira en seguida sobre un mueble.

JOSÉ MANUEL. ¿Ese hombre, además? ¿Qué hacía aquí ese hombre a estas horas? Y ¿más flores también? ¿Es que han sido pocas las del escenario?

MARCELINA. *Asomándose con curiosidad.* ¿Quién es? *Aterrada al ver a José Manuel.* ¡Josús! ¡quién está aquí! *Se vuelve dentro.*

NENA. ¿Quién?

JOSÉ MANUEL. ¡Yo!

NENA. ¿Tú?

JOSÉ MANUEL. ¡Yo mismo!

NENA. Espera.

José Manuel pasea desasosegado.

JOSÉ MANUEL. He dicho que soy yo, y no es cierto. No soy yo: es otro. Yo no me conozco, a lo menos.

Sale Nena del tocador risueña y anhelante. Se ha desprendido ya de algunas galas, pero aún conserva el traje de la comedia.

NENA. ¿Qué venate es éste, criatura? ¿Estás loco? ¿No me dijiste que no vendrías?

JOSÉ MANUEL. Sí; eso te dije: no pensaba venir. No traté de engañarte.

NENA. Ya lo comprendo.

JOSÉ MANUEL. Pero luego no pude hacer mi voluntad. Fueron las circunstancias más fuertes que yo. Y ya ves: he venido.

NENA. Y ¿has estado en el público?

JOSÉ MANUEL. Sí. ¿No te lo ha dicho el corazón? Es verdad que en todo habrás pensado menos en mí.

NENA. ¡Qué cosas se te ocurren! Pero ¿en qué sitio has estado que no te he visto?

JOSÉ MANUEL. Arriba; donde nadie me conocía.

NENA. Eso es: como un hurón. ¡Qué rabia no saber que estabas ahí! No te lo perdono.

JOSÉ MANUEL. Y ¿qué más te daba saberlo o ignorarlo?

NENA. ¿Eso crees?

JOSÉ MANUEL. Entiéndeme: esta noche menos que nunca eras tú mía.

NENA. ¡Esta noche más que nunca lo era!

JOSÉ MANUEL. ¡No!

NENA. ¿Qué no?

JOSÉ MANUEL. Eras de tu público, de tu gloria, de tu arte. Lo he visto en los rostros de todos, en las voces que aclamaban tu nombre, en muchos ojos que lloraban, en las manos que te aplaudían frenéticamente.

NENA. ¿Y todo eso lo dejo por ti y era de ellos y no era tuya? ¡Ingrato!

JOSÉ MANUEL. Ingrato, no; celoso.

NENA. ¡Celoso de mi última noche de artista!

JOSÉ MANUEL. Celoso de todo: de los menores movimientos, de los comentarios en voz baja, de los actores que te miraban en la escena… ¡hasta de las flores que te arrojaban a los pies!

NENA. Pero, José Manuel, yo no te he visto nunca de esta manera.

JOSÉ MANUEL. Es posible que no. Me salí a la calle, dispuesto a no presenciar más nada de aquello; me alejé del teatro resueltamente, y a poco me hallé con que lo rondaba. No sabía apartarme de él. Hasta mí llegaba en la calle el vivo estruendo de los aplausos. ¡A cien leguas lo hubiera oído! Y volví adentro.

NENA. ¡Qué puerilidades las tuyas, José Manuel! ¡Qué caro te cuestan y cómo me disgustan a mí! Tú, el hombre de hierro, te vuelves de cera algunas veces.

JOSÉ MANUEL. Sí.

NENA. Lo más insignificante y ligero te deja huella en el corazón.

JOSÉ MANUEL. Sí.

NENA. Justamente la noche de tu gran victoria, la noche en que nuestro amor, en que tu amor triunfa de todo, de mi vocación, de mi gloria, de mi vida, te gozas en atormentarte. ¿Por qué eres de este modo?

JOSÉ MANUEL. ¡Qué sé yo! No parece sino que el aire del teatro está lleno de invisibles espinas para mí. ¡Ojalá no hubiera venido!

NENA. ¿Por qué? ¡Si has debido venir y estar más contento que nadie!

JOSÉ MANUEL. ¡Más contento que nadie…! ¿Y si yo te dijera…?

NENA. ¿Qué?

JOSÉ MANUEL. No, y he de decírtelo; sí, he de decírtelo, porque no sé callarte nada.

NENA. Ni hay razón para ello. ¿Qué te ocurre? Dime ya lo que tienes, hombre. Dímelo.

JOSÉ MANUEL. Por primera vez en mi vida, por única vez desde que nos queremos, he sentido esta noche… no sé cómo expresártelo, Elena… he sentido como la pesadumbre… como el remordimiento…

NENA. ¿De qué, loco?

JOSÉ MANUEL. De esto que hago contigo: de este sacrificio de tu gloria a que mi cariño te ha obligado.

NENA. ¡No sigas!

JOSÉ MANUEL. Ha sido una ráfaga no más; pero he sufrido su influjo y te lo confieso.

NENA. ¡Calla!

JOSÉ MANUEL. Déjame hablar. Por eso estoy aquí a estas horas; por eso he tenido que entrar a verte: para que me repitas, para que me jures otra vez que me quieres a pesar de todo y por cima de todo. Y ha de ser ahora, ahora mismo; cuando aún aturde tu Cabeza el eco de los aplausos, que ya perdiste, y cuando aún tiembla tu corazón lisonjeado por las caricias de esta gloria que dejas. ¡Júramelo!

NENA. Yo debiera ofenderme, si no te conociera. ¡Sacrificio mío le llamas a abandonarlo todo por ti! ¿Es que has olvidado cómo te quiero? ¡Ingrato; ingrato otra vez; mil veces ingrato!

JOSÉ MANUEL. ¡No!

NENA. ¡Sí! Dejo esta vida, y si dijese que la dejo sin pena, mentiría.

JOSÉ MANUEL. ¿Ves tú?

NENA. ¿Cómo quieres que no la quiera, hombre, si ha sido mi ser hasta ahora… si en ella y por ella te conocí?

JOSÉ MANUEL. Cierto. Discúlpame.

NENA. Ya he empezado por disculparte; ya te he dicho que te conozco. Descansa; tranquilízate. Aquí quedaron enterrados esta noche, por la mano más poderosa del amor, laureles y flores de Nena Teruel… Un momento después que hubieras venido, ni siquiera estas galas habrías visto ya. Se acabaron las excitaciones del triunfo, las lágrimas de la injusticia, la pasión de esta vida, que es toda pasión. Cayó a tierra, cuando más firme estaba, mi trono de actriz. Lo ha derribado un soplo de amor. Y ya no deseo más triunfo que el de tu cariño, ni más trono que el de tus brazos. *Conmovida.* ¿Es esto lo que querías oírme?

JOSÉ MANUEL. *Con vehemencia.* ¡Esto es, esto es! Perdóname. Nada me duele más que ser injusto. ¡Y serlo contigo!…

NENA. Ya vas volviendo en ti.

JOSÉ MANUEL. Bien dices.

NENA. Pocas palabras han bastado.

JOSÉ MANUEL. Pocas, porque salieron de tu corazón.

NENA. ¡Qué alegría!

JOSÉ MANUEL. ¡Mayor que la tuya es la que a mí me das! ¡Te quiero de tal suerte, que un segundo imaginando que no eres mía me pesa como un siglo! Dichoso yo que te llevo a mi lado, que acerté a descubrir a través de oropeles y resplandores capaces de cegar u ofuscar a otros, la mina virginal de tu alma. No naciste tú para divertir a los hombres, ni aun de la más noble manera, desde el tablado de la pública escena, sino para alumbrar una casa: mi casa; no nacieron tus ojos para mirar a todos, sino para mirarme a mí; ¿verdad?

NENA. ¡Verdad!

JOSÉ MANUEL. No nació tu corazón para fingir amores, sino para sentir uno solo.

NENA. ¡El tuyo!

JOSÉ MANUEL. ¡Ni nacieron tus mejillas de rosa para teñirse con el colorete de la farsa!

NENA. ¡Si vieras cómo se estremece mi orgullo al oírte decir eso!

JOSÉ MANUEL. ¡Alma mía!

NENA. ¡La casa!… Pocos hombres pueden comprender —quizás tú solo lo comprendes— qué suerte de ensueño encierra esa palabra para muchas mujeres de las que tienen que salir a divertir a todos al tablado de la pública escena, como tú decías. Sólo tú, nada más que tú, oye esto, entre los muchos que han revoloteado en torno mío, sólo tú me has dicho: «Yo tengo mi casa para ti».

JOSÉ MANUEL. ¡Para ti, sí, para ti! ¡Mi casa, mi nombre, mi vida!

NENA. ¡Mi vida y mi nombre para ti!

De repente se apaga la luz de la escena.

JOSÉ MANUEL. ¿Qué es esto?

NENA. Que nos dejan a oscuras; ya lo ves. Que son las tantas, y el electricista del teatro, o supone que ya nos hemos ido todos, o nos quiere indicar que debemos irnos.

JOSÉ MANUEL. ¡Ah!

NENA. ¡Marcelina!

MARCELINA. *Saliendo a tientas del tocador*. Ya, ya voy.

NENA. Llégate y dile a Baltasar que dé luz otra vez y que espere un instante, que en seguida nos marcharemos.

MARCELINA. Vamos ayá. ¡Miste qué grasia, ahora! *Vase.*

La soledad y el misterio de la escena estimulan en este instante el amor de José Manuel.

JOSÉ MANUEL. Ven, nena; ven a mí.

NENA. ¿Qué es eso? ¿Me llamas tú Nena?

JOSÉ MANUEL. ¡Nena por niña, no por tu nombre del teatro! ¡Ven!

NENA. ¿Qué quieres?

JOSÉ MANUEL. Ven. Tenerte cerca.

NENA. No…

JOSÉ MANUEL. Sí… Ahora que no me detiene tu rubor, porque no lo veo, quiero pedirte un beso.

NENA. *Con suave ironía y sentimiento.* Deja… Aún tengo en los labios el colorete de la farsa… Espera.

JOSÉ MANUEL. Esperaré.

Delicadamente le hace apoyar la cabeza en su pecho. Vuelve la luz, y con ella Marcelina del escenario.

MARCELINA. *Contemplando desde la puerta el grupo de los enamorados.* ¿Y pa vé esto he ido yo a desí que den luz?

JOSÉ MANUEL. *Dejando a Nena.* ¿Eh?

MARCELINA. Bartasá me ha dicho que hagas er favó de andá de prisita, que ér tiene que marcharse.

Se mira en el tocador.

NENA. Sí; es cuestión de un minuto. ¿Me aguardas tú, José Manuel?

José Manuel. Te aguardo, sí; te dejaré en tu casa.

Nena. Pues ya salgo. *Éntrase también en el tocador. Antes de entrar le dice, mirándolo con cariñosa coquetería, y en voz muy baja.* No te quiero.

José Manuel. *Paladeando aquella miel.* ¡Es mía! ¡Nada más que mía!

Pasea tranquilo y dichoso.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Alegre y primorosa estancia en casa de José Manuel Ramos. Al foro, amplio mirador de cristales, que da al jardín de un hotel contiguo. Una puerta a la izquierda y otra a la derecha, que, respectivamente, conducen al interior de la casa y al pasillo que lleva a la calle, Muebles adecuados. Plantas de estufa. Es de día y estamos en otoño.

Aparece Nena sentada junto al mirador leyendo un libro. A poco, cuando más embebida está, llega Marcelina por la puerta del pasillo, con dos tarjetas. Al pronto Nena ni la ve ni la oye.

Marcelina. *Contemplando a Nena.* ¡Leyendo! ¡Claro! ¿Qué va a hasé? ¿Cuándo no es Pascua? *Llamándola.* Nena. ¡Nena! ¿Te has caío en un poso? ¡Nena!

Nena. ¿Eh? ¿Por qué me llamas Nena? ¿No te he dicho que me llames Elena siempre?

Marcelina. ¡Mujé, si ahora estamos solas tú y yo!

Nena. Aunque estemos solas. Por no acostumbrarte, luego te equivocas delante de José Manuel, y no hay para qué contrariarlo. Además, no quiero, no me gusta este género de reservas; me duele la boca de repetírtelo. A solas conmigo es lo mismo que delante de él.

Marcelina. Güeno, hija, güeno; pierde cuidao, que no gorveré a yamarte más que Elena. ¡Has cambiao hasta er genio! Si a mí me hubieran dicho argún día que mentá en tu casa a Nena Terué iba a sé un delito, ¡me hubiera reío poco!

Nena. No es que sea un delito; es que a mi marido le desagrada. Y no hay más que hablar.

Marcelina. Le desagrada eso y le desagrada que se nombre na der teatro, hija mía. ¡Mía que los ojos que me echó anoche porque me puse a referí una funsión!

Nena. Pues así hay que tomarlo.

Marcelina. Pasiensia y barajá. Ten estas dos tarjetas que er portero ha subío.

Nena. *Después de mirarlas.* Ponías ahí en el tarjetero.

Marcelina. *Obedeciéndola.* Es muy graciosa esta manera de hasé visitas: se yega a la puerta e la caye, se le dobla un pico a la tarjeta, se le entrega ar portero… y ya se ha hablao con toa la familia… ¡Es lo mismo que mandá abrasos y besos por carta!

Nena. Lo mismo.

Marcelina. ¿Pos no es verdá? Por supuesto, argunas veses más vale vé sólo la tarjeta. ¡Porque mira, *Elena*, que vienen a tu casa unos tipos…!

Nena. Calla.

Marcelina. Se conose que los ingenieros no tratan más que con avechuchos.

Nena. ¿Quieres callar?

Marcelina. Ayé dos ingleses como dos fideos amariyos; antié un alemán que era cuadrao: no cabía a salí por el asensó. ¡Y sin peanas! ¡Pisó a la perra y se oyó en mi pueblo el auyío! ¡Y cuarquiea los entiende! ¡Esta casa es la Torre e Babé!

Nena. Bueno, déjame, Marcelina, que estoy leyendo. ¿Qué hierba has pisado?

Marcelina. Ninguna. ¿Quieres luego er coche?

Nena. No. No salgo esta tarde.

Marcelina. Ya, ni er paseo.

Nena. Mujer, no tengo ganas hoy.

Marcelina. Ni hoy, ni ayé, ni antié, ni tras de antié.

NENA. Anda, anda, vete; déjame, te digo.

MARCELINA. Sacaremos a la perra a la caye. ¡Que siquiera el animalito respire por ahí! Hasta luego. ¡Un novio le vi a buscá der teatro!

NENA. *En tono represivo.* ¡Marcelina!

MARCELINA. ¡Argunas veses tendría que sé muda pa no mentarlo! ¡Ay, qué tres ahítos de hogá tranquilo! ¡Dios me los tome en cuenta!

Se va sofocadísima por donde llegó.

NENA. ¡El pan nuestro de cada día! *Riendo.* Y se cree un prodigio de disimulo.

Queda un instante pensativa, suspira después y sigue su lectura.

Del interior de la casa viene José Manuel.

JOSÉ MANUEL. Hola. ¿Leyendo todavía?

NENA. Me ha interesado mucho esta novela.

JOSÉ MANUEL. No la conozco.

NENA. ¡Si tú no lees más que librotes!

JOSÉ MANUEL. Hija, los que me interesan a mí.

NENA. Estos también te interesarían si los leyeras.

JOSÉ MANUEL. Pero no tengo tiempo.

NENA. ¡Dichoso tiempo! Siempre te falta para todo lo que sea distracción; para todo lo que a mí me gusta.

JOSÉ MANUEL. ¿Para todo?

NENA. Hombre, en general. Ven aquí, Mira cómo tienes los ojos; se te van a poner malos. Trabajas mucho: no descansas.

JOSÉ MANUEL. Cuando estoy metido en una empresa grande, como ahora, no sé dejar nunca los papeles. El único descanso que les permito a mis ojos es el de mirarte.

NENA. *Con aire de cariñosa queja.* Pues descansan muy poco, José Manuel.

JOSÉ MANUEL. Pero como es un descanso que a la vez los recrea, les aprovecha más.

NENA. Déjate de flores. No tienes horas para mí. Vives en tu despacho, en tu mundo, en tu fiebre. Algunas veces me dan celos de tu ayudante.

JOSÉ MANUEL. ¡Qué gracia! ¡Celos de Evaristo!

NENA. ¡Claro! ¡Es una adoración la que sientes por él!… ¡Demonio de hombre! ¡Más antipático!…

JOSÉ MANUEL. ¡Ah, no! Evaristo es una verdadera alhaja. Me sirve a maravilla. Tiene muchísimo talento. Y es de bronce; incansable. Se lleva si hace falta dos noches en vela, y lo tienes como si se acabara de levantar.

NENA. ¿Cuándo lo mandas a un viajecito?

JOSÉ MANUEL. Muy pronto.

NENA. ¿A las obras del ferrocarril de Canales?

JOSÉ MANUEL. Cabal.

NENA. Me parece admirable idea.

JOSÉ MANUEL. Lo malo es que yo habré de acompañarlo.

NENA. ¡Espantárame a mí! ¡Te digo que le tengo rabia! Siempre te me roba. Y ¿a qué vas tú a Canales, puede saberse, habiendo estado hace veinte días?

JOSÉ MANUEL. Voy porque ha habido una desgracia entre los obreros.

NENA. Ya.

JOSÉ MANUEL. El capataz le quita importancia, pero yo no me quedo tranquilo sin ver lo que es. Además, en estos casos dolorosos, nada agradecen ellos tanto como mi presencia. Significa cariño, atención, interés, no de jefe, sino de prójimo. Por eso quiero ir.

NENA. Siendo así, nada te diré yo qué se oponga a ello. Pero, mira, vuélvete luego sin Evaristo; déjalo allí unos días.

JOSÉ MANUEL. *Riendo.* ¡Haré lo posible por complacerte! Qué, ¿esta tarde no sales?

NENA. No. Me he emperezado. Si contara contigo, tal vez sacudiría la pereza.

JOSÉ MANUEL. Mañana; hoy no puedo.

NENA. Mañana ayunará Gálvez.

JOSÉ MANUEL. Mujer, hoy estoy esperando a un amigo.

NENA. ¡Por vida de los amigos!

JOSÉ MANUEL. Este viene a traerme un negocio.

NENA. ¡Por vida de los negocios! Y ¿qué amigo es?

JOSÉ MANUEL. ¡Un aparecido! ¡Hacía un siglo que no lo veía! Nos conocimos en los años en que yo estuve estudiando en el extranjero. En París vivimos juntos dos meses.

NENA. ¡Ah! vamos; algún camarada de estudios.

JOSÉ MANUEL. No; él es hombre de más edad que yo. Estaba en París divirtiéndose. Simpatizamos mucho. Ahora viene a hablarme de un salto de agua que hay cerca de unas posesiones suyas y que él quiere aprovechar como fuerza eléctrica. Allá veremos.

NENA. Y ¿a qué hora lo esperas?

JOSÉ MANUEL. Pronto. No debe de tardar.

NENA. Pues encantada yo. Mientras tú despachas con él me arreglo un poco, y cuando él se vaya nos marchamos los dos por ahí. Hay tarde para todo, ¿no?

JOSÉ MANUEL. No, no. Ya sabes que me inquieta que se me aguarde. A lo mejor nos enredamos a hablar, y me pongo nervioso pensando en que tú estarás impaciente. ¿Por qué no te vas con Marcelina?

NENA. En todo caso me iría un rato sola al Retiro. Pero como a ti no te agrada que vaya al Retiro, y mucho menos sola…

JOSÉ MANUEL. No es que no me agrade que vayas al Retiro, Elena; es que me asombra que te agrade a ti. Yo no he visto cosa más ridícula que ese dar vueltas y más vueltas unos detrás de otros para hacerse un saludo de cuando en cuando. ¿Hay manera de perder el tiempo con menos gracia?

NENA. Hombre, pintado así… Pero al Retiro no se va a eso. Se va, en primer lugar, a gozar del sitio, que es hermoso; a darles un poco de calma a los nervios; a charlar, a comentar, a ver gente… A mí me gusta; te soy franca.

JOSÉ MANUEL. A mí no; te soy franco también.

NENA. Pues por eso no voy. Tengamos aquí la del teatro.

JOSÉ MANUEL. El teatro es otra cosa.

NENA. Para mí es lo mismo que el paseo: ¡no voy nunca!…

JOSÉ MANUEL. Hija, ¡si se acaba tan tarde!… Se acuesta uno rendido… Yo necesito levantarme temprano… No es capricho; es razón. Convéncete.

NENA. ¿Y de día? Ahora hay muchas funciones de tarde.

JOSÉ MANUEL. Y ¿no es un contradiós, si se tiene un día libre, meterse en un local cerrado, con mala atmósfera, a estar incómodo y a ver cualquiera de esos adefesios que ahora se representan, en lugar de escaparse al campo a respirar bien, lejos del trabajo y del mundo?

NENA. Sí, sí; desde tu punto de vista, sí Pero ¿y yo? Cuenta que sacrificaría de buen grado todo, teatros, paseos, diversiones, si estuviera contigo; ¡pero si tampoco te tengo a ti! ¡Si te me ha secuestrado el ayudante!

JOSÉ MANUEL. ¡Ja, ja, ja!

NENA. Te aseguro que, no sé qué hacer ni qué inventar para que las horas en qué estoy sin ti no sean tan largas… Este ocio constante me cansa, me agota, me descontenta sobre todo. Del piano, al libro, del libro, a los trapos, de los trapos, al libro otra vez… Y así un día y otro… sin que nada importe, sin que nada llene la vida… ¡Ay, José Manuel! ¡Si vieras tú lo que a mí me enoja pensar en esto! Para mi vives y yo para ti, y sin embargo… no es bastante. A ratos la casa está vacía: parece que o no estás tú… o no estoy yo. ¿Verdad?

JOSÉ MANUEL. No me digas eso, que me entristece mucho. Si es verdad, no quiero que lo sea: haré lo posible por que no lo sea. Más te digo: para mí en la casa siempre estás tú; por eso me duele no estar yo siempre para ti. Hasta en mi cuarto de trabajo, donde paso las horas enteras absorbido por algo que de ti nada tiene, allí estás alentándome, siguiéndome, ayudándome a veces… El jarro con rosas que pones todas las mañanas en mi mesa, delante de mis ojos, es para mí como imagen tuya.

NENA. No puedo hablarte de ciertas cosas porque siempre las llevas al extremo, y te hago daño sin querer… Pero yo… *Con graciosa zalamería.* Mira, para que lo entiendas sin enfadarte: a mí no me satisface del todo estar contigo en forma de rosas en un jarro, sino así… como estamos ahora. ¿Lo entiendes?

José Manuel. *Con vehemencia y pasión.* ¡Lo entiendo y te quiero más cada día!

Nena. *Sintiendo que alguien llega.* Quita, tonto.

José Manuel. ¿Qué?

Nena. La chica.

La chica se llama Asunción y es de Ávila. No se sabe más de ella. Viene por la puerta del pasillo y trae una tarjeta en una bandejita de plata.

Asunción. Señor. Este caballero pregunta por el señor.

José Manuel. Será… *Viendo la tarjeta.* Sí; el mismo. Que pase.

Asunción. ¿Al despacho del señor?

José Manuel. No; aquí.

Asunción. Está bien. *Se va*.

José Manuel. Lo recibo aquí porque es un amigo de confianza y quiero presentártelo.

Nena. ¡Hombre! ¿Quién se quiere morir?

José Manuel. ¿Qué te sorprende?

Nena. Como rara vez se te ocurre presentarme a un amigo…

José Manuel. No… según quien sea… Este es muy simpático y muy dicharachero, y te hará reír.

Nena. Pues hasta ahora.

José Manuel. ¿Adónde vas?

Nena. A retocarme un poco… ¡Se trata de un acontecimiento!

José Manuel. Burloncito está el día.

Nena. Sí; ha cambiado el aire. Mira con qué facilidad. En seguida vuelvo. *Vase al interior de la casa.*

José Manuel la ve marcharse, con semblante risueño. Luego se vuelve hacia la otra puerta y aguarda a que llegue su amigo.

Los aficionados a adivinar los acontecimientos de las comedias imaginarán que el amigo que ahora viene es uno que se va a enamorar de la

esposa, y cátate el conflicto. Pues, no, señor: el que viene es aquel señor Tarazona, de la Rioja, a quien conocimos en el cuarto de Nena Teruel, la noche de su despedida.

TARAZONA. *Desde la puerta del pasillo.* ¿Hay permiso?

JOSÉ MANUEL. ¡Adelante, hombre!

TARAZONA. ¿Cómo te va, mocete? *Lo abraza.*

JOSÉ MANUEL. Bien, ¿y tú?

TARAZONA. ¡Tan campante! ¡Qué bien vives, truhán!

JOSÉ MANUEL. Siéntate.

TARAZONA. ¡Qué casica más maja! Y esta habitación es un fanal. ¡Mira que es alegre!

JOSÉ MANUEL. Sí; tiene mucha luz y unas vistas hermosas.

TARAZONA. ¿El jardín es tuyo?

JOSÉ MANUEL. No; pero lo mismo que si lo fuera. Es del hotel de al lado, y disfruto de él. Y el comedor, y mi despacho, y el gabinete de Elena, y todas las habitaciones en que más estamos, dan también a este mismo jardín.

TARAZONA. ¿Elena es el nombre de tu mujer?

JOSÉ MANUEL. Elena, sí; Elena.

TARAZONA. Bonito nombre. Y la persona andará en consonancia, seguramente.

JOSÉ MANUEL. Ahora la verás. Le he dicho que quiero presentarte.

TARAZONA. ¿Es madrileña?

JOSÉ MANUEL. No; es jerezana. Hija de un coronel de Artillería muy nombrado. Acaso lo conozcas tú: Ruiz Tudela.

TARAZONA. No; no lo conozco.

JOSÉ MANUEL. Una familia muy considerada en Andalucía.

TARAZONA. ¿Cuántos hijos tienes?

JOSÉ MANUEL. ¡Hombre, si llevo tres años de casado!…

TARAZONA. ¿Tienes tres entonces?

JOSÉ MANUEL. No; no tengo ninguno.

TARAZONA. ¡Pues no sale la cuenta!

JOSÉ MANUEL. Ya vendrán.

TARAZONA. ¿Los deseas?

JOSÉ MANUEL. Ardientemente; más por mi mujer que por mí.

TARAZONA. ¿Quieres que te mande yo un par de ellos? A mí me sobran.

JOSÉ MANUEL. Tú tienes ocho, ¿no?

TARAZONA. Nueve. Y también estuve tres años esperándolos; ¡conque abre el ojo!

JOSÉ MANUEL. ¡Ja, ja, ja!

TARAZONA. Con los hijos pasan cosas muy chuscas. El primero… ¡hay que ver cómo se recibe al primero! Llora el padre, llora la madre, lloran los abueletes… ¡todos de alegría! ¡Qué bien se está en la casa! Que si varón, que si hembra, que si Juan, que si Pedro, que si Roque… ¡Un hogar feliz! El crío, un tirano: todos pendientes de él. Adelante. Se anuncia el segundo, y la preocupación principal es el sexo. Si se tiene una hembra se quiere un varón, y si se tiene un varón, una hembra. Y llega lo que falta, y ya se formó la parejita. ¡Tan contentos! Al tercero no se le encuentran tantos alicientes, porque en ese punto del sexo no cabe novedad: niño o niña tiene que ser; no hay escape. El cuarto… el cuarto, mocete, te hace rascarte la cabeza, más que por el crío, porque ves que la señora le ha cogido el tranquillo al asunto, y no sabes adónde va a llevarte… Y ya desde el quinto para arriba te entregas a tu sino sin comentarios, y ¡sea lo que Dios quiera! Metes la cabeza debajo del ala, los bautizas con el nombre del santo del día… ¡y a vivir! ¡No vas a matarlos! ¡Ellos son los únicos que no tienen la culpa!…

JOSÉ MANUEL. *Riéndose.* ¡Bien, hombre, bien! No te cambia el humor con el tiempo.

TARAZONA. Ni con el tiempo ni con la descendencia.

JOSÉ MANUEL. Sí; que ya teniendo tantos, deben de ser un cuidado incesante.

TARAZONA. Te diré; te vas haciendo a ello. ¿No ves que no nacen todos de un golpe?

JOSÉ MANUEL. Yo uno sí lo quiero; la verdad. No quiero quedarme sin un hijo.

TARAZONA. Pues, hombre… ¡Vamos!… Comprende que… ¡Esa es una de las pocas cosas que no se le pueden pedir al Gobierno!

JOSÉ MANUEL. No; de veras.

TARAZONA. De veras hablo yo.

JOSÉ MANUEL. Un matrimonio enamorado sin hijos es algo desconsolador, como todo lo que es estéril sin deber serlo… Calor que se desparrama, que se pierde, que se va… Viene a ser como mucha luz que no haya un foco que la recoja. ¿No es así?

TARAZONA. Sí, así es; eso del foco es muy exacto. Pero un foco o dos, mocete, un foco o dos; ¡porque nueve locos son capaces de dejarte ciego!

JOSÉ MANUEL. *Fingiendo indignación.* ¡Hablaba en serio, señor mío!

TARAZONA. ¿Y de suegra, qué tal andamos?

JOSÉ MANUEL. No la padezco. Vive con su marido allá en Jerez. Pero tengo en casa a una tal Marcelina, andaluza, amiga y servidora antigua de mi mujer, de quien no he podido librarme, y que tiene todos los inconvenientes de las suegras y ninguna de las ventajas.

TARAZONA. ¿Ventajas? ¡Cómo se conoce que la tuya vive en Jerez!

JOSÉ MANUEL. Ahí viene ya Elena.

Tarazona echa la vista hacia la puerta del interior, y al reconocer a Nena casi da un salto, sorprendido.

TARAZONA. ¿Eh?

JOSÉ MANUEL. ¿Qué?

TARAZONA. ¡Pero, hombre! *Acercándose más a la puerta, para cerciorarse, y haciendo luego todo género de aspavientos.* ¡Pero, hombre!

JOSÉ MANUEL. ¿Qué te pasa?

TARAZONA. ¡Esta sí que es buena! ¡Pero, hombre! ¿Es posible?… ¡Vaya si es posible! ¡La misma!

JOSÉ MANUEL. ¡No te entiendo!

Sale Nena.

NENA. Muy buenas tardes.

TARAZONA. ¡Buenas tardes! ¡Dichosos los ojos! ¡Le digo a usted que esto no me pasa más que a mí!

JOSÉ MANUEL. Pero…

NENA. ¿Cómo?

TARAZONA. ¡Chico, chico, las veces que te he llamado bruto sin saberlo!

NENA. ¿Qué dice?

TARAZONA. ¿Cómo está usted? ¿Usted no se recuerda?

NENA. No… no…

JOSÉ MANUEL. *Turbado.* ¡Ah! ¿Conocías tú…?

TARAZONA. ¡Naturalmente! ¿Quién no ha de conocerla, hombre? ¡Hace falta tu santa pachorra para no decirme con quién te habías casado! ¡Qué hija de coronel de Artillería ni qué enredos! ¿Tenías más que haber nombrado a Nena Teruel y estábamos al cabo de la calle?

JOSÉ MANUEL. Como para mí eso era un accidente y hace ya tres años que dejó de llamarse Nena Teruel…

TARAZONA. Es verdad; que tú me has dicho otro apellido.

NENA. Sí, señor, sí; yo no llevé nunca en la escena el apellido de mi padre.

JOSÉ MANUEL. *Con jovial ironía.* No sonaba bien. Y en el teatro… ¿De manera que eran ustedes amigos…?

Nena no sabe qué contestar.

TARAZONA. No; yo no le he hablado más que una vez: la noche en que se despidió del público.

NENA. ¡Ah… sí!

TARAZONA. Le mandé a usted una cesta de rosas… Eusebio Tarazona me llamo.

NENA. Sí, sí; ya recuerdo, ya. Entró usted en mi cuarto cuando se había acabado la función.

TARAZONA. ¡Eso es!

NENA. Y me dijo usted que había hecho el viaje ex profeso.

TARAZONA. ¡Ajajá!

NENA. Y hasta añadió que iba a costarle que su esposa no le hablara en una semana.

TARAZONA. ¡Mira cómo se acuerda!

NENA. *Sonriendo.* ¿Fué así lo de su esposa?

TARAZONA. ¡Quiá! ¡Todo lo contrario! ¡Estuvo una semana sin callarse! Y ¡qué cosas me dijo!

NENA. Menos mal. Porque ahora no me lo habría perdonado. ¿No se sienta usted?

TARAZONA. ¡Ya lo creo que me siento! ¡Y no me levanto en una hora! ¡Pues apenas he tenido alegría con esta sorpresa! José Manuel se ha quedado sin habla.

JOSÉ MANUEL. No… es que también a mí me ha sorprendido…

La conversación disgusta y mortifica más a cada instante a José Manuel, que apenas logra fingir cierta cordialidad y atención.

TARAZONA. ¡Que sea enhorabuena, mocete; que sea enhorabuena! ¡Ya fiaba yo en tu gusto, ya! ¡Esto es casarse, y lo demás es perder el tiempo!

Se ríe Nena.

JOSÉ MANUEL. ¿No te dije que te haría reír?

TARAZONA. Te advierto que admiradores apasionados habrá tenido ella, pero como Eusebio Tarazona no ha tenido ninguno.

JOSÉ MANUEL. Sí; por eso me has llamado bruto tantas veces.

TARAZONA. ¡Por eso! ¡Y no me vuelvo atrás! ¡Quitarnos a todos este regalo!…

NENA. *Tratando de cambiar el rumbo de la conversación.* Bien, bien; eso es agua pasada ya; son cosas que se fueron…

JOSÉ MANUEL. Exacto.

NENA. Hablemos de las cosas presentes, ¿no?

TARAZONA. Pero ¿es posible que no goce usted en recordar sus días de gloria? ¡Algunas veces he hablado yo de esto con mi mujer, poniendo a éste

como los trapos! ¡Ja, ja, ja! ¡Quién había de decirme que éramos tan amigos! ¡Tenía usted en la escena un imán, una luz!… ¡La que deslumbró a este charrán! Sugestionaba usted a la gente; sin que se ofenda su modestia. ¿Y aquella manera de decir los versos? ¡Qué voz tan llena de secreticos! ¡Cómo sabía meterse en el corazón! Tú estarás en grande; cada lunes y cada martes tendrás representaciones para ti solo. ¿No siente usted de cuando en cuando una comezoncilla de volver…?

JOSÉ MANUEL. *Interrumpiéndolo.* No; no siente comezón ninguna. Se ha olvidado completamente…

TARAZONA. No te pregunto a ti; le pregunto a Nena.

JOSÉ MANUEL. A Elena.

NENA. Recordar, sí recuerdo a ratos… ¿Cómo no? Fué mi vida durante unos años… Vida apasionada, vida inquieta… Pero otra cosa, no. Sentir nunca el deseo… no. Aquello quedó sepultado; pertenece a otro mundo.

JOSÉ MANUEL. Ya lo oyes.

TARAZONA. Pues ¡qué sé yo! Me parecía a mí que era difícil… ¡Yo hice una vez en aficionados *El puñal del godo* y me acuerdo todos los días!… No me diga que no, que a lo menos cuando vaya usted al teatro…

NENA. Voy muy poco al teatro.

TARAZONA. ¿Y eso?

NENA. Éste hace una vida especial… tiene que trabajar mucho por las mañanas…

TARAZONA. ¡Vaya por Dios! Lo sentirá usted.

NENA. Sí lo siento, sí; pero lo primero es lo primero. Ya me lleva siempre que puede.

JOSÉ MANUEL. Muchas veces no vamos, la verdad, Eusebio, porque me fastidia el revuelo del público apenas aparezco con ella. La gente es imprudentísima y muy descarada.

TARAZONA. Eso sí; y te tienen tirria más de cuatro.

NENA. ¡Qué tontería!

TARAZONA. ¡Y más de cinco!

JOSÉ MANUEL. ¿Y envidia, no me tienen?

TARAZONA. ¡Puño, que si te tienen envidia! ¡Todos los que la conocieron! Empezando por mí, ahora que no me oye la de la tierra de los pimientos.

Se ríen los tres.

NENA. Gran humor el de usted, amigo.

JOSÉ MANUEL. Ya te lo anuncié. *Impaciente.* Oye, y cuando quieras vamos a mi despacho…

TARAZONA. ¡Bah! Tiempo hay de todo. ¿Quién se ocupa ahora del salto de agua? ¡Estoy viendo que va a resultar una salivica!… Para salto, el mío, al ver a tu mujer. ¿Quieres creer que no me acostumbro? ¡Esta noche sueño yo con esta escena!

NENA. Pero ¡qué afición le tiene al teatro!

TARAZONA. Es mi delirio. Lo ha sido siempre. ¿Ha visto usted la que dan ahora en el Español?

NENA. No… no vamos hace tiempo.

TARAZONA. Pues no dejes de llevarla a ver esa obra, mocete. Le gustará, le gustará. Tiene mucha poesía: remueve el corazón.

NENA. ¿Cuál es? ¿*Flores de invierno*?

TARAZONA. *Flores de invierno*, sí. ¡Bonita obra! Y ¡cómo la hacen! Sobre todo, este muchacho Olmedo está maravilloso.

NENA. ¿Sí?

TARAZONA. Ha tenido un triunfo. ¡Qué presencia más agradable, qué voz más persuasiva, qué emoción dramática en algunos momentos!

NENA. Sí; vale mucho Román.

JOSÉ MANUEL. ¿Quién?

NENA. Román Olmedo; así se llama…

TARAZONA. ¡Que si vale! Hay una escena en esa obra que me puso el vello de punta. Se despide de una mujer con quien tuvo los primeros amores de su vida y a quien se llevan lejos y para siempre, y aquello no es comedia, no es ficción: es la verdad misma; es que te cala en lo más vivo.

JOSÉ MANUEL. ¡Vivir para ver!

TARAZONA. No lo dudes.

JOSÉ MANUEL. ¿Cómo no he de dudarlo, si tengo a ese Olmedo —ya que recuerdo de quién se trata— por uno de los cómicos más cursis que hay bajo la capa del sol?

TARAZONA. Mocete, tú estás confundido por fuerza.

JOSÉ MANUEL. No, no; sé quién es.

TARAZONA. Nena, ¿usted oye esto?

NENA. Sí; a lo mejor cuestión de antipatía personal. Éste en sus antipatías es implacable. Y una de las mayores…

TARAZONA. ¿Es Olmedo?

NENA. No, señor; el teatro.

TARAZONA. ¿El teatro? ¡Puño! Pero ¿a ti no te gusta el teatro y te has casado con una actriz?

JOSÉ MANUEL. Ahí verás: para quitársela al teatro, precisamente. Porque no debía estar en él quien tanto vale.

NENA. ¿Le parece a usted que le dé las gracias?

TARAZONA. ¡Lo que me parece es que hay teorías para todo!

NENA. Por eso vamos menos, diga él lo que quiera: porque siempre vuelve con el humor torcido.

JOSÉ MANUEL. Es cierto; en el fondo, es cierto. Me inspira el teatro una repugnancia instintiva; un desdén absoluto.

TARAZONA. ¡Mocete!

JOSÉ MANUEL. ¡Es un arte ridículo!

TARAZONA. ¿Que es ridículo dice? ¿Y usted no lo confunde?

JOSÉ MANUEL. Y si no quieres llamarle ridículo, llámale infantil; de criaturas. Todo en él es contrahecho y falso; artificioso, pueril, mezquino. Muñecos les llaman a sus personajes y están bien bautizados: muñecos son. Convenceos: entre esos árboles y esos montes de papel o de lienzo, y esos muros que tiemblan al abrirse o cerrarse puertas o ventanas, mal puede ocurrir cosa alguna que tenga grandeza.

TARAZONA. ¡Puño! ¡Por dónde se apea el ingeniero! ¡Quería los montes de verdad y las casas de piedra! ¿Quién iba a mover las decoraciones, mocete? ¡Sólo el Padre Eterno podía ser tramoyista!

NENA. Pues a pesar de sus exageraciones, y a pesar suyo, sepa usted que más de una vez lo he sorprendido yo en el teatro con los ojos llenos de lágrimas.

JOSÉ MANUEL. Sí, no lo niego; a veces llego a emocionarme. Y con lo más sencillo: un soldado que se va: la banda que se oye; algún cantar del campo que suena lejos… Siempre es algo humano, algo que se parezca a la verdad lo que me conmueve; pero ¡eso se da tan de tarde en tarde!

TARAZONA. ¡Hombre, si no vas nunca! ¡Es como el que no juega a la Lotería y quiere que le toque el gordo! ¡Pues sí que tendrán ustedes cada gresca a cuenta del teatro, que me río yo!

NENA. No, no; se engaña usted: ni una sola.

JOSÉ MANUEL. Ni una sola.

NENA. Él piensa así, y yo lo dejo; y no tengo que jurar que yo pienso de distinto modo enteramente.

TARAZONA. ¡Es natural!

NENA. A mí me encanta de tal manera el teatro, lo encuentro arte tan prodigioso, que se me figura cada representación como una cosa que se sueña.

TARAZONA. Digo, ¿eh?

NENA. El solo milagro de juntar en una tantas voluntades, de unir tantas vidas en un momento, de llevar a todos los corazones un mismo ritmo, ya merece que el teatro sea mirado con simpatía y con amor.

TARAZONA. ¡Bien dicho!

NENA. Se le llama templo, y lo es: une a los hombres; los hace hermanos. Y también, como el templo, sabe crear esa emoción del silencio, que es tan honda y tan pura. ¿Verdad?

TARAZONA. ¡Mucho! ¡mucho! Míreme usted los ojos.

NENA. *Exaltándose.* Cuando yo representaba, lo recuerdo bien, más que con el aplauso delirante, que hacía temblar la sala, más que con la risa

atronadora, gozaba sintiendo ese silencio. Mentira me parecía lograrlo en ocasiones con un ademán, con una mirada, con una palabra. Todos los ojos hacia mí; todos los pechos contenidos; todas las almas pendientes de la mía… *Dirigiéndose a José Manuel.* ¡No me digas que no es esto bello!

José Manuel. Para ti lo es, sin duda. Bien lo demuestra el ardor que has puesto en tus palabras.

Nena. Y para ti también lo es… sólo que tú no lo confiesas.

Tarazona. Bueno, bueno; ahora sí que nos vamos tú y yo a hablar del saltico de agua. ¡Acabemos esta conversación con una ducha! ¡No quiero yo que la primera disputa por el teatro se me deba a mí, que tanto lo quiero!

Nena. No; no tema usted…

Tarazona. Por si acaso. Anda, anda. ¿Por dónde se va? ¿Por aquí?

José Manuel. Sí; por aquí. Vamos. Pero no por lo que tú temes.

Tarazona. El diablo las carga. ¿Verdad, Nena?

José Manuel. Llámala siempre Elena.

Tarazona. Hasta ahora, pues. No me despido. *Va a irse con José Manuel y de pronto se vuelve a Nena y le pregunta:* ¿Se acuerda usted de un beneficio suyo en Zaragoza… en que la obligaron a usted a cantar… y usted soltó un par de joticas?

José Manuel. Anda, hombre.

Tarazona. ¿Se acuerda usted?

Nena. ¡Vaya si me acuerdo!

Tarazona. ¡Buena polvareda se armó en la sala! Un baturro le dijo a usted… *Considerando que no está el horno para rosquillas.* ¡Se me olvidó de pronto! Echa ya para el despacho, ingeniero.

José Manuel. ¡Si tú eres el que se detiene!

Nena. Vayan con Dios.

Tarazona. Hasta ahora.

José Manuel y Tarazona se entran por la puerta de la izquierda.

Nena. Disgustado va. Bien lo conozco… ¿Quién había de decirle que su amigo…? Y ese hombre no se ha dado cuenta de lo que ha hecho; le ha

puesto delante de los ojos lo que más podía lastimarle.

Llega Marcelina muy regocijada por la otra puerta.

MARCELINA. ¿Qué hases? ¿Estás representando?

NENA. ¿Eh? ¡No!

MARCELINA. Pos argo tienes tú, porque a ti te briyan mucho los ojos.

NENA. Sí… que me he excitado con la charla. ¿Quién crees que está ahí?

MARCELINA. ¿Quién?

NENA. Te lo voy a contar, porque no deja de tener gracia. Aunque a mi marido no se la ha hecho.

MARCELINA. Entonses tiene grasia.

NENA. Figúrate que José Manuel, ¡cosa rara!, ha querido presentarme a un amigo…

MARCELINA. Raro será también.

NENA. No lo creas; lo raro es la casualidad que se ha dado. ¿A que no aciertas qué amigo es?

MARCELINA. ¡Qué sé yo!

NENA. Piensa en la noche de mi despedida.

MARCELINA. No me digas más: ya lo sé. Er de la Rioja; aquer tan simpático.

NENA. ¡Justo!

MARCELINA. Bajaba yo con la *Patti* cuando ér subía por las escaleras, y pensé pa mí: ¿en dónde he visto yo esta cara? ¿Y resurtan amigos?

NENA. ¡Muy amigos! ¡Si se tutean! Al despacho se han ido ahora. Y con la pasión que ese hombre tiene por mí y por el teatro, no ha sabido hablar más que del teatro y de mí.

MARCELINA. ¡Pos güeno estará el ingeniero! ¡Huyendo der perejí le dió en la frente!

NENA. Más lo siento yo…

MARCELINA. Déjate er sentimiento en er borsiyo… ¡Es ya mucho aguantarse! ¡Arguna vez hay que sortá er grifo, hija mía! Dame un abraso fuerte. Y prepárate pa otra visita, que hoy es día de gala pa ti.

NENA. ¿Por qué?

MARCELINA. En mi gabinete tengo a don Diego Espinosa, que viene a verte.

NENA. ¡Don Diego! ¡Qué alegría! ¡Pásalo en seguida, mujer!

MARCELINA. Antes he venío a vé si era o no prudente pasarlo. Porque quiere hablarte en secreto.

NENA. ¿En secreto?

MARCELINA. Tanto como en secreto, no: pero quiere consurtarte a ti sola sobre un particulá.

NENA. Pues dile que venga. Yo voy a ver si aquellos dos están engolfados en su negocio.

MARCELINA. Sí; es conveniente.

NENA. Por eso.

MARCELINA. Anda.

NENA. Voy.

Nena desaparece por la puerta del interior y Marcelina por la del pasillo. Momentos después vuelve por la misma acompañada de don Diego Espinosa, quien viene en análoga traza a la del primer acto.

MARCELINA. Entre usté, don Diego.

DON DIEGO. Gracias.

MARCELINA. Siéntese usté, que ahora sardrá eya.

DON DIEGO. Gracias.

MARCELINA. Aquí estará más cómodo.

DON DIEGO. Gracias.

MARCELINA. No sabe usté la alegría que le ha dao.

DON DIEGO. Es muy buena. Y me quiere por ser quien fuí, que es de lo que ya se olvidaron todos. Dios la bendiga. Suponiendo que Dios no tenga que hacer otras cosas; porque a lo mejor se le coge muy ocupado y no cumple con su deber. ¡Yo lo digo!

MARCELINA. ¡Y yo lo oigo! ¿Cómo se ha pasao usté tanto tiempo sin vení por casa?

DON DIEGO. Porque la última vez que vine vi una mala cara, y yo no aguanto malas caras ni en el salón del trono.

MARCELINA. ¿También se va usté a meté con er rey?

DON DIEGO. ¡Me he metido antes con el Padre Eterno! ¡No se me quejará el monarca!

MARCELINA. ¿Conque una mala cara, eh? ¿Habrá que desí de quién sería?

DON DIEGO. Por eso no lo he dicho. Por eso quiero hablar sólo a Nena. Yo, a quien no me quiere ver, le evito muy a satisfacción el enojo de verme. Sea este señor ingeniero, sea el Papa.

MARCELINA. ¡Ya le tocó ar Papa!

DON DIEGO.

Ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar…

A mí en el mundo, Marcelina, casi no hay más persona que Nena que me quiera ver.

MARCELINA. Nena y yo, don Diego. Pero yámele usté Elena si no quiere usté que el otro se arborote.

DON DIEGO. ¡La llamo como me da la gana!

MARCELINA. ¡Bien hecho!

DON DIEGO. Y ¿qué hay por aquí?

MARCELINA. Lo de siempre; ¿qué tiene de habé? ¡Paese que vivimos en un bujero! A esta casa no viene nadie. ¡Ay, don Diego, qué dos ahítos de fastidio!

DON DIEGO. ¿Dos, o tres?

MARCELINA. Er primero toavía nos distrajimos argo, con el aqué de los viajes. Fué mucho trajín; no sé cómo tuvimos cuerpo; pero siquiera se movía una. ¡Qué atracón de Museos nos pegamos! ¡Josús! ¡Yo, soñando, no veía más que cuadros y estatuas!

DON DIEGO. ¿Y ahora?

MARCELINA. Ahora es una muerte. Esto es er purgatorio en vía. Aquí no se habla más que de arcos vortaicos, de puentes, de túneles, de carreteras, de caminos de hierro y de la rasante. Yo creía que la rasante era una tiple y luego resurtó que era er suelo. ¡Le juro a usté que no pueo más con las conversasiones de esta casa! Y pa ensanchá el ánimo, er gramófono y la pianola: ¡mecánico to! Y tos los discos roncos ya de aburríos. Argunos ratos tiene una que ponerse ar barcón como si fuea un loro, pa desahogarse.

DON DIEGO. ¿Y Nena, qué tal lleva eso?

MARCELINA. ¡Pobresita mía! ¡Si mi mayó coraje es que la veo sufrí y cayá! No es dichosa, don Diego, no es dichosa.

DON DIEGO. ¿No?

MARCELINA. No, señó. Y cuidao que no se lo confiesa ni ar cura: ni a la armohá se lo dise cuando se acuesta. Pero no es dichosa, no lo es; yo la conozco mucho. ¡A eya le farta su teatro!

DON DIEGO. No diga usted majaderías, Marcelina. Aunque le faltara, que no lo sé, debe dar por bien sufrida la falta esa. Vida ingrata como ninguna aquella vida…

MARCELINA. Pero, don Diego de mis curpas, ¿de qué me va usté a convensé? ¡Si yo no sé las veses que la he cogío enserrá en su cuarto representando sola! Disiendo versos, dando gritos, yorando, riéndose… ¡Representando sola! ¡Diga usté si no se parte el arma! ¡Como que pa esta niña aqueyo era el aire! Eya ha sío la primera que se ha engañao. ¿Qué cree usté?

DON DIEGO. Creo lo que siempre le repito, Marcelina: que es menos doloroso un amor imposible, que sentir en el corazón el hielo del desdén de quien se adora.

MARCELINA. No me convense usté. Ca una tiene su arma en su armario.

Vuelve Nena por donde se marchó, jubilosa y risueña, y saluda con gran cordialidad a don Diego.

NENA. ¡Don Diego de mi alma!

DON DIEGO. ¡Nena! ¡Nenita! *A Marcelina.* ¡La llamo como quiero!

NENA. ¡Qué cara me vende usted ya la alegría de verlo!

DON DIEGO. Salgo poco de casa, hija mía.

NENA. ¡Pero, siéntese usted!

DON DIEGO. Y siempre por los arrabales, a las horas de sol, huyendo de la gente.

NENA. Siéntese aquí conmigo.

DON DIEGO. Gracias, hija mía; muchas gracias.

NENA. Y cuénteme usted cosas; usted que anda por el mundo.

DON DIEGO. Ya te he dicho por dónde ando yo.

NENA. ¿Qué tal van esos ánimos?

DON DIEGO. Apagándose como una lamparilla puesta a un Cristo viejo. Me acabo, hija; me muero el día menos pensado.

NENA. ¡No!

DON DIEGO. ¡Sí! Oirás decir que me han tirado al solar de junto a mi casa, como a un perro.

NENA. ¡Por Dios!

DON DIEGO. Y más vale. Nena, más vale. Lo estoy deseando. Para vivir como vivo, más vale. Para saber que hay *eminencias* del que fué nuestro arte, que dicen *ojecto, trascedental, discrección y anecdota*, prefiero que me tiren al solar; que la luna alumbre mis despojos.

NENA. *Riéndose.* ¡Siempre el mismo! ¡Y dice usted que va mal de ánimos!

DON DIEGO. Las lamparillas, cuando están apagándose, es cuando más chisporrotean. Y sábelo tú, que me quieres: cuando yo cierre el ojo, nada de aparato fúnebre ni de coronitas que han servido ya para otros infelices, cambiándoles las cintas; nada de compañeritos detrás de mis restos, haciendo chistes como si fueran a enterrar la sardina… y nada de pasarme por ningún teatro, ¡porque resucito, y me van a oír!

NENA. No hay que hablar de semejante cosa, don Diego; usted todavía vivirá mucho tiempo, aunque sólo sea para mí. Charlemos de cosas agradables. ¿Qué quiere usted? ¿Qué es eso que me ha anunciado Marcelina?

DON DIEGO. Ese es un asunto para el cual necesito de toda tu sinceridad.

NENA. Cuente usted con ella.

DON DIEGO. Pues mira, hijita. Yo tengo en mi casa un diccionario pequeñín, en el que voy raspando cuantas palabras encuentro vacías de sentido en los tiempos que corren. Las quito de allí por inútiles.

NENA. Está bien eso. Y conociéndolo a usted, me figuro muchas de las que ya habrán desaparecido.

DON DIEGO. Y de seguro aciertas. He raspado «gratitud», «compañerismo», «deber», «justicia», «verdad», «honradez», «vergüenza», «sentido común» —éstas son dos, pero como si fueran una…— En fin, Nenita, que voy a dejar el diccionario en blanco.

MARCELINA. *Con viveza*. Raspe usté también… Güeno, yo le mandaré a usté una lista. Por lo pronto raspe usté *divertirse*, porque ésa es una palabra que ya no se usa.

NENA. Y que ibas tú a callar mucho tiempo. —Bueno, don Diego, y ¿por qué me cuenta usted ahora eso del diccionario?

DON DIEGO. Porque había raspado también la palabra «amigo» —amigo, no amiga—, y el otro día la tuve que restituir.

NENA. ¿Pues?

DON DIEGO. Me topé en la calle con uno de tiempos lejanos, se interesó por mí, maldijo de medio mundo al oírme el cuento de mi vida…

MARCELINA. ¿De medio mundo?

DON DIEGO. Sí; porque yo me encargué del otro medio.

NENA. No interrumpas tú, Marcelina.

DON DIEGO. Y el hombre se ha empeñado en favorecerme. ¡Aún hay patria, Veremundo! Quiero organizar una función teatral en beneficio mío, para contribuir él también, en la única forma que puede, a hacerme llevaderos estos últimos días…

NENA. ¡Muy bien! ¿Ve usted como no hay que desesperar enteramente?

DON DIEGO. A mí me repugna el beneficio.

NENA. ¿Sí?

DON DIEGO. ¡Sí! Pero el interés que mi amigo ha mostrado, bien merece que yo me aguante. La humillación que en ello pueda haber la devoro dentro de mí. Sólo he puesto una Condición.

NENA. ¿Cuál?

DON DIEGO. Que tú trabajes ese día.

MARCELINA. ¡Ole! ¡ole!

DON DIEGO. Sin ¡ole! ¡Aquí no hay baile!

NENA. Don Diego…

DON DIEGO. Con tu presencia sola, será la fiesta lo que quiere mi amigo, sin andar pidiendo favores a quien ha de gruñirlos o de regatearlos; con tu presencia, Nena, la fiesta me honra tanto, que me conmueve; adquiere a mis ojos un valor moral que la purifica, limpiándola de toda escoria y de toda hez. ¿Lo entiendes?

NENA. ¿Cómo no, don Diego? Y lo agradezco en lo íntimo de mi corazón. Por mí, dispuesta estoy con la mejor voluntad del mundo; pero…

MARCELINA. Pero ¿qué?

NENA. Tú te callas. Hoy no es como antes, don Diego; mi voluntad no es mía.

DON DIEGO. Lo sé, y por eso he querido hablarte a solas primeramente.

MARCELINA. ¡Es que no cabe en cabesa humana que ese hombre se oponga a una cosa así! ¡Es que si se opone!…

NENA. ¡Ssssch! No hagas que me enfade contigo. Don Diego, yo no le oculto a usted que estoy confusa en este momento… Nunca pude esperar… Andaba tan lejos mi ánimo de una cosa así… Por sentimiento, por la extraña alegría que me ha dado —ya que me pide usted sinceridad—, mi deseo es que esa fiesta llegue a realizarse, y mi gusto trabajar en ella para usted…

MARCELINA. Por ahí, por ahí. Ese es er camino. ¡No te van a comé los lobos porque sargas al ersenario un día!

NENA. Eso nadie tiene que resolverlo más que mi marido. Yo hablaré con él.

MARCELINA. Entonses…

DON DIEGO. ¡Basta!… Lo que yo no quiero, Nena, es causar en tu vida la menor sombra de disgusto.

NENA. No tema usted.

DON DIEGO. Si he llegado a pedirte esto, ha sido porque la generosidad de ese amigo con quien no contaba me obliga mucho a ello; ha sido también porque la vejez y la pobreza me agobian ya… Tú no sabes todo lo que duele arrastrar por el fango de las calles las alas que fueron de cóndor… Es un espectáculo del que querría privar cuanto antes a muchos… ¡Villanos! ¡Ganapanes que me explotasteis, que os enriquecisteis a costa de mi sangre y de mi inteligencia, no lograréis que os pida una limosna de lo que me debierais dar, porque es mío! ¡Si vosotros tenéis todo el dinero que yo os di, yo tengo este orgullo, que es mi tesoro; que enterrarán conmigo! ¡A ver quién puede más!

MARCELINA. Silensio.

NENA. ¿Qué?

MARCELINA. Que vienen.

DON DIEGO. ¿Quién viene?

MARCELINA. Nadie ya; porque han entrao en la sala.

NENA. Es José Manuel con un amigo. Un antiguo amigo, también. Le estará enseñando la casa.

DON DIEGO. Pues yo te dejo.

NENA. ¿Ya?

DON DIEGO. Sí, ya. Aguardo tu resolución.

NENA. Iré muy pronto.

DON DIEGO. Repito que sin la más leve contrariedad para ti.

NENA. Vaya usted tranquilo.

DON DIEGO. Adiós, Nena.

NENA. Adiós, don Diego; adiós.

En este instante salen por la puerta de la izquierda José Manuel y Tarazona. Don Diego, al verlos, les hace una severa reverencia y se retira

por la del pasillo, acompañado de Marcelina.

DON DIEGO. Señores…

JOSÉ MANUEL. Señor don Diego… No sabía que estuviera aquí don Diego Espinosa.

TARAZONA. Pero ¿es éste don Diego Espinosa? ¡Quién lo ve y lo vió! *Se asoma con gran curiosidad a la puerta.*

JOSÉ MANUEL. ¿A qué ha venido?

NENA. Ya trataremos luego de ello.

JOSÉ MANUEL. Bien.

TARAZONA. ¡Bendito Dios! ¡El *Tenorio* más gallardo y más arrogante que ha habido en el teatro! Así me lo decía mi padre. ¡El que más les gustaba a las mujeres!

NENA. ¡Bien tristemente acaba sus días! Apenas tiene qué comer.

TARAZONA. ¿Es posible?

NENA. Como usted lo oye.

TARAZONA. Pero ¿no hay quien remedie eso?

JOSÉ MANUEL. ¡Si es intratable el pobre señor! ¡Siempre está rabiando!

TARAZONA. Mocete, lo que le pasa no es para tocar el requinto.

NENA. ¡Claro!

TARAZONA. En fin, Nena, digo, Elena —perdona tú el olvido—, no doy más música por hoy. Hasta otro día. El alegrón que he tenido con este encuentro no necesito ponderarlo. ¡En un pelo ha estado que no baile!

NENA. También para mí ha sido muy grato volver a verlo, y saber que es tan buen amigo de mi marido.

TARAZONA. ¡Todavía no se lo perdono! Pero ya se me pasará, ¡qué diantre! Una noche he de venir a oírte a usted decir unos versicos. Y si éste no los quiere oír, que se esconda.

JOSÉ MANUEL. Eusebio, ¡que te espera tu mujer!

TARAZONA. ¡Toma! ¡Si por eso me entretengo tanto! Vaya, buenas tardes.

NENA. Adiós.

TARAZONA. Como encuentre unas rosas como aquéllas, ¡como aquéllas!… aquí las tiene usted esta noche.

NENA. Muchas gracias.

TARAZONA. Y si se enfada el ingeniero, mejor.

NENA. No se enfada.

TARAZONA. Hasta pronto.

NENA. Hasta cuando usted quiera.

TARAZONA. Buenas tardes.

Se va por la puerta de la derecha con José Manuel.

Nena queda en actitud reflexiva. Hay un silencio. Después dice.

NENA. Le ha contrariado también la presencia aquí de don Diego… Cuando se entere… ¡Y no va a querer! Será inútil todo.

Vuelve José Manuel. Libre ya de testigos, no disimula su hondo desasosiego.

JOSÉ MANUEL. ¡Lo que charla ese hombre! Me ha hecho perder la tarde. Y luego, para nada.

NENA. ¿No os habéis entendido al fin?

JOSÉ MANUEL. Pero ¿tú crees que hemos tratado del negocio?

NENA. ¿Ah, no?

JOSÉ MANUEL. ¡No ha habido forma de sacarlo del tema del teatro! ¡Qué chifladura de teatro! Yo no me acordaba…

NENA. Como se sorprendió tanto de que yo fuera tu mujer…

JOSÉ MANUEL. Sí, sí. Menos mal que parece que lo que para mí ha sido un mal rato, lo ha sido agradable para ti.

NENA. ¡Qué injusto eres! Y ¿por qué te mortifica que alguna vez yo me recree recordando pasadas glorias?

JOSÉ MANUEL. Por eso: porque ya pasaron.

NENA. Y ¿tú eres capaz de olvidar en tu vida el pasado dichoso?

José Manuel. ¡El pasado dichoso!… Nunca se evoca si no es por descontento del presente.

Nena. ¿Qué dices? Ven acá. No frunzas el ceño. Hazme un rato en paz compañía. Tienes peor genio que don Diego Espinosa, tanto como te burlas de él.

José Manuel. Malo debe de ser entonces; porque viejo más gruñón y más hosco…

Nena. ¡Es que cuando tú llegues a viejo no va haber nadie que te sufra!

José Manuel. ¿Nadie?

Nena. *Sonriéndole con zalamería.* ¡Nadie! ¡A mí me habrás matado a disgustos!…

José Manuel. Posible es que me lo digas en broma y que en el fondo haya un granito de verdad.

Nena. Un granito, no; ¡una montaña! Cuando te da esta vena, te pones muy gracioso, José Manuel. Y si te vieras la cara al espejo, te morirías de risa.

José Manuel. ¿Ha venido con alguna incumbencia don Diego?

Nena. ¡No lo quieras saber!

José Manuel. ¿Por qué razón?

Nena. Porque ya va de pasada la tormenta de Tarazona, y no he de ser yo la que forme otra nube.

José Manuel. ¿Trae agua esa nube?

Nena. ¿Agua nada más? ¡Sería inofensiva! ¡Trae rayos y truenos!

José Manuel. ¡Milagro de Dios que no me la deparara el dichoso teatro!

Nena. Eso es lo único bueno; porque los rayos en el teatro son cohetes y los truenos se hacen con un tambor…

José Manuel. *Sonriendo a pesar suyo.* ¡Hasta lo más grande es allí ridículo! Luego dices tú que es que yo le tengo manía.

Nena. *Aludiéndose, con coquetería cariñosa.* Hombre, del teatro, cuando menos se piensa, sale algo que no es ninguna china precisamente.

JOSÉ MANUEL. *Acariciándola*. Eso sí.

NENA. ¡Tonto! ¡Me da un coraje cuando te veo tan tonto!…

JOSÉ MANUEL. Bueno: ¿qué quería don Diego?

NENA. ¡Y dale! Ya te lo diré.

JOSÉ MANUEL. ¿Cuándo?

NENA. Yo sé cuándo.

JOSÉ MANUEL. Mucho te preparas. ¿Es que temes decírmelo?

NENA. ¿Cómo he de temer nada, criatura? Mira que a lo mejor me sales por unas callejuelas…

JOSÉ MANUEL. No; pues aquí hay secreto desagradable. Me lo anuncia mi instinto.

NENA. ¡Vaya! Será peor callar; no empiece la devanadera.

JOSÉ MANUEL. Sí, sí; habla.

NENA. Verás. Ya conoces la crítica situación en que se ve el pobre don Diego.

JOSÉ MANUEL. Sí.

NENA. Apenas tiene más recursos de vida que lo que nosotros le damos.

JOSÉ MANUEL. Sí, sí.

NENA. A mí me duele, no puedo ocultártelo, más que por la desgracia misma, por tratarse de quien fué mi maestro; y dispensa que tenga que recordarte lo que tú no quieres oír.

JOSÉ MANUEL. Bien, bien; tu conciencia debe estar tranquila. Ayudas a don Diego cuanto puedes y —lo que más vale— lo tratas con toda consideración. ¿Qué más quieres? ¡Entra aquí don Diego y parece que ha entrado un rey!

NENA. ¡Y ha entrado!

JOSÉ MANUEL. De la baraja. No me quiero poner nervioso.

NENA. Ni yo quiero que me pongas a mí.

JOSÉ MANUEL. En resumidas cuentas: ¿qué pretende ahora?

NENA. Nada. Si te colocas en esa actitud, yo no te digo lo que pretende.

JOSÉ MANUEL. ¿No?

NENA. No. Considera que también tengo derecho a cansarme de oírte constantemente menospreciar y zaherir aquello a que debo las primeras alegrías de mi vida.

JOSÉ MANUEL. *Celoso.* Y tal vez las más hondas, ¿verdad?

NENA. Eso pregúntaselo a tu corazón, que tiene los secretos del mío.

JOSÉ MANUEL. No todos.

NENA. No me ofendas, José Manuel. Y acabemos, porque en cualquier caso ha de ser igual: lo que quiere don Diego Espinosa, ese trasto inútil del arte, para ti, ese viejo glorioso, para mí, es que en una fiesta de teatro que se organiza en beneficio suyo trabaje yo.

JOSÉ MANUEL. ¿Tú?

NENA. Sí; yo. Nena Teruel. Si no, no la acepta.

JOSÉ MANUEL. Pero ¡si tú no eres Nena Teruel; si tú eres mi esposa!

NENA. Porque no soy Nena Teruel, porque soy tu esposa, no le he contestado yo a don Diego que iría a esa fiesta con el alma y la vida.

JOSÉ MANUEL. ¿Con el alma y la vida has dicho?

NENA. Sí.

JOSÉ MANUEL. ¡Oh! ¡Cómo no me engaño! ¡Cómo no son insensatos mis celos! ¡Cómo es verdad que no eres mía!

NENA. ¡José Manuel!

JOSÉ MANUEL. ¡No eres mía, no; te me roba el aire de la farándula!

NENA. ¿Quieres callar?

JOSÉ MANUEL. Déjame que lo diga todo: ha llegado el momento. Si no, estallaría como una montaña cargada en su centro de dinamita. Tenía que ser; teníamos que hablar de esto, que es la única sombra de nuestra casa. Y va a ser hoy: ahora mismo.

NENA. Hoy; ahora mismo; bien. Tú dirás.

JOSÉ MANUEL. Elena, confesión general: enséñame tu corazón, abierto en la mano como una rosa. Nos va en ello la ventura de nuestra vida. Tú sientes la nostalgia de tus años de actriz.

NENA. ¡Es cierto!

JOSÉ MANUEL. Tú en algún momento has deseado, con temor, pero con ilusión, aquellos triunfos.

NENA. ¡Es cierto!

JOSÉ MANUEL. ¿Es cierto? ¿No eres absolutamente dichosa al lado mío?

NENA. ¡Eso sí!

JOSÉ MANUEL. ¡Eso no! ¡Si me acabas de confesar que echas de menos lo que fuiste! No se es dichosa cuando se llora a solas, y yo te he visto a ti llorar.

NENA. Y ¿quién aspira en el mundo a una dicha completa, José Manuel?

JOSÉ MANUEL. A la de tu amor aspiraba yo: por eso te hice mía.

NENA. Tuya soy.

JOSÉ MANUEL. No, cuando distraes tu pensamiento lejos de mí.

NENA. ¿Es que tú, por ventura, no lo distraes lejos de mí también? No; no me mires con ese asombro. Si noble es tu trabajo, noble lo fué el mío. Si tú procuras para los hombres progreso, bienestar material, ese arte que a ti te subleva les proporciona deleite, reposo, bienestar del espíritu.

JOSÉ MANUEL. ¿Qué dices? Pero ¿qué estoy oyendo yo?

NENA. Comprende que la vida tiene muchas horas; que yo paso sola muchas horas también. Si en ellas pienso en el teatro, nada te quito; no te hago mal ninguno.

JOSÉ MANUEL. ¿Cómo qué no? Cuando te vas a ese mundo de la ficción, no estás conmigo, Elena.

NENA. ¿No estoy contigo cuando te vas tú al tuyo, José Manuel?

JOSÉ MANUEL. Sí; pero como yo a ése del teatro lo desprecio y lo odio, el monólogo que tú le consagras, íntimo y silencioso, que no sale nunca a los labios, te va distanciando de mí; va limando en tu alma esa cadena ideal que la unió fuertemente a la mía. Y de ahí tu hastío, y de ahí tu cansancio, y de ahí tu aburrimiento… ¡Y no seremos venturosos de veras, como tenemos derecho, a ser, hasta que de ese mundo de tramoya, de papel y de trapo, no quede en tu corazón ni estela, ni rastro, ni eco!

NENA. ¿Ves? ¡Eso tiene la culpa de todo!

JOSÉ MANUEL. ¿Qué?

NENA. ¡Tu intransigencia! Tu intransigencia dura y a veces cruel, que no respeta sentimientos que, aunque viven en mí dormidos, como si hubieran muerto, a veces despiertan o renacen, heridos, hostigados por ti. Sí, José Manuel; es lo único en que tu delicadeza se ofusca y se pierde. Pienses tú lo que quieras del teatro, debieras mirar siempre que tuvo un altar en mi corazón; debieras algunas veces dejarme que me asomara a él, siquiera desde lejos.

JOSÉ MANUEL. Lo que miro, Elena, lo que veo con espanto, es lo que he pensado tantas noches: que esto no mató aquello.

NENA. Y ¿qué necesidad tenía ni tiene de matarlo?

JOSÉ MANUEL. ¿Eh?

NENA. ¿Por qué no he de trabajar en la fiesta de don Diego Espinosa, si con ello soy yo la primera que se enaltece?

JOSÉ MANUEL. Porque si trabajaras, si yo consintiera en ese absurdo, volvería a enloquecerte el aplauso volverías a soñar a todas horas con la embriaguez de los triunfos y yo te perdería para siempre. ¡No; eso no! No adornes tu gusto para engañarte o engañarme. A don Diego favorécelo cuanto quieras, pero desde tu casa. A la escena tú no vuelves más, ni por caridad ni por anhelos de lo que fué tu arte. ¡Las huellas de mis besos de esposo no las cubrirá nunca, mientras quieras ser mía, la pintura ni el colorete! ¿Oyes esto?

NENA. Oigo, sí; oigo.

JOSÉ MANUEL. ¡En los ojos en que yo me miro ansioso de ver la luz de tu alma, no se reflejarán ya más las luces de la batería de la escena! ¿Lo has oído?

NENA. Sí, sí.

JOSÉ MANUEL. ¡De aquello, ni la raíz, ni una semilla, ni un germen! ¡Y si queda un germen en el aire de este recinto de mi hogar, purificaré el aire! *Viendo que Elena llora.* Piénsalo; medítalo; compréndelo… Piensa también en todo cuanto te quiero… y sea ésta la última vez que te hago llorar. *La contempla, combatido por varios sentimientos, y se va al interior de la casa.*

Nena. *Entre lágrimas.* Lo pierdo, sí; lo pierdo si no le entrego mi alma entera… Así será; así tiene que ser; su amor en mí lo puede todo… ¡He de sacrificarle hasta la memoria! *Queda abstraída.*

Marcelina vuelve por la puerta del pasillo. Repara en Nena y la observa unos momentos antes de hablarle.

Marcelina. ¿Sólita otra vez ya?

Nena. *Ensimismada.* ¡Hasta la memoria!

Marcelina. *Con gesto alegre.* ¡Está representando!…

Nena. ¡Hasta la memoria! *Rompe a llorar.* Marcelina. *Dándose cuenta de la situación y con viva pena.* ¡No, ahora no está representando!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPÍLOGO

Interior de la guardilla en que vive don Diego Espinosa. A la izquierda del actor, la puerta de entrada. A la derecha, otra puerta, con cortina.

Al foro, una ventana que deja ver los tejados fronteros y el cielo.

El escaso ajuar de la habitación, viejo y pobre como quien mora en ella, se reduce a una cómoda con algunos cachivaches y retratos encima, una tarimilla con brasero, una butaca y un par de sillas diferentes. Colgada en la pared, una espada española. Es en una tarde de invierno.

No hay nadie en la escena. Llaman con los nudillos más de una vez a la puerta de entrada, y luego sale por la de la cortina don Diego, que va a abrir. Usa en casa babuchas de orillo y una boina histórica. El palo no lo suelta un instante, ni la capa tampoco.

DON DIEGO. ¡Ya va! De seguro es la vieja. Siempre acierta a llegar cuando yo estoy adentro.

Abre la puerta y pasa Genara, viejecilla madrileña muy habladora, vecina de guardilla, que cuida de él.

GENARA. Buenas tardes.

DON DIEGO. Venga usted con Dios.

GENARA. *Olfateando.* Aquí hay tufo.

DON DIEGO. ¡Aquí no hay tufo!

GENARA. Miste que llegando de fuera es como se nota.

DON DIEGO. ¡Pues por eso no lo noto yo!

GENARA. ¡Pero lo hay!

DON DIEGO. ¡Pero no lo hay!

GENARA. ¡Ahogándose ha de estar usté y no ha de confesar que lo hay! ¡Viejo más testarudo! Abriré un poco la ventana.

DON DIEGO. Como abra usted la ventana va por ella al tejado.

GENARA. Una rendijita na más.

DON DIEGO. ¡Siempre se ha de salir con la suya! ¡Cogeremos una pulmonía! *Se emboza.*

GENARA. ¡Anda con Dios! Pa ponderar no hay otro. Con la tarde que hace…

DON DIEGO. ¡Nada! ¡Que se empeñó en abrirla!

Se pone a gruñir en un rincón mirando rencorosamente a la vieja. Ésta abre la ventana, y en seguida traba palique con una vecina de enfrente, a quien no se ve.

GENARA. Todavía hay sol. —¡Felices, Epifanía! ¿Está mejor el hombre? —¿Lo ve usté? *A don Diego.* La Epifanía, que tiene al esposo con dolor de costao.

DON DIEGO. ¡No me importa! ¡Cierre usted ahí!

GENARA. ¡Ahora cerraré! *A la vecina.* Pos si le repite por *un casual*, le pone usté otra *Correo* muy bien doblada. —Sí, señora; la prensa es mano de santo pa el dolor de frío.

DON DIEGO. ¿Quiere usted callarse y cerrar?

GENARA. El Evangelio de la misa. Yo lo sé desde mi cuñao, que le debe la vida al *A B C*.

DON DIEGO. ¡O cierra usted o cierro yo!

GENARA. ¡Ay qué hombre! —¡Que siga el alivio! *Cierra la ventana.* Si yo no viniera aquí de cuando en cuando, se ahogaba usté un día.

DON DIEGO. ¡Y usted, si estuviera cinco minutos sin comadrear, se moría de repente!

GENARA. No, que me voy a pasar la vida en un *moniloquio*, como usté.

DON DIEGO. No disparate usted, señora. *Se sienta a la lumbre.* ¿Y la chica?

GENARA. Ahí la he dejao esperando a su Juan, pa osequiarlo. Lo que pasa: son jóvenes, se quieren, y, lo que pasa, siempre que pueden se osequian el uno al otro.

DON DIEGO. Me tiene abandonado: antes me visitaba más.

GENARA. ¡Pero si dice que la pone usté como los trapos ca vez que viene!

DON DIEGO. Eso es mentira: yo no insulto a ninguna mujer.

GENARA. Pos lo que es a mí, me paece…

DON DIEGO. ¡Es que usted ya ha dejado de ser mujer!

GENARA. Como a usté se le antoje. ¿Se ha enterao usté de lo del portero?

DON DIEGO. ¿Lo ha cogido un tranvía?

GENARA. ¡No, señor!

DON DIEGO. ¡Pues entonces no me cuente usted nada del portero!

GENARA. ¿Y lo de la Demetria, lo sabe usté? Le ha tocao la lotería en un trece mil.

DON DIEGO. ¿Quién es la Demetria?

GENARA. ¡Quién es la Demetria! ¡Quién es la Demetria! ¿Quién va a ser la Demetria? ¡La prima de Orosio! ¡La que está… usté me entiende, con Afrodisio! *Dice esto uniendo los índices a lo largo.*

DON DIEGO. Y ¿quién es Afrodisio?

GENARA. ¡El cuñao del *Tuerto*, señor!

DON DIEGO. Y el *Tuerto* ¿quién es?

GENARA. ¡Anda! Pos el *Tuerto* es… ¡el que está con la hermana de la Demetria! ¡Se lo he contao a usté cien veces! La hermana estaba con ese a quien le dicen el *Papeles*; pero, lo que pasa: el *Papeles*, que es un hombre de bien, pero que tié mal vino, se tropezó un día con Escolástico y, lo que pasa, que anda, que ven, que vamos a tomar unas tintas. Que tú, que yo, que la Úrsula, que esto, que lo otro, lo que pasa, que se les calentó la boca, y que detrás de la primera copa vino la segunda, y, lo que pasa, que esta convidá la

pago yo, que la otra tú, y que salieron los dos como toneles; que esto es lo que pasa.

DON DIEGO. Lo que pasa, señora, es que no cuenta usted una historia en que no entren doscientos personajes. ¿Qué tiene que ver toda esa gente con que le haya tocado a no sé quién la lotería? ¡No hay paciencia!

GENARA. ¡No, señor; no la hay! ¡Jesús con el hombre! ¡Hable usté solo si le da la gana!

DON DIEGO. ¡Es lo más acertado!

GENARA. ¡Por eso! ¡Hable usté solo! ¡Qué humor!

DON DIEGO. ¡De perros; sí, señora!

GENARA. ¡De perros y de gatos juntos!

DON DIEGO. ¡Hemos quedado en que voy a hablar solo!

Cada cual refunfuña un poco para su capote. Llaman otra vez a la puerta.

GENARA. Paece que han llamao.

DON DIEGO. Eso parece.

GENARA. ¡También fué golpe el de arrancar la campanilla!

DON DIEGO. ¡Más cuenta me hubiera tenido arrancársela a usted!

GENARA. Bueno, bueno.

Vuelven a llamar.

DON DIEGO. Sin duda llaman; asómese usted a ver quién es.

GENARA. *Bajando la voz.* Este va a ser ese viejo *antiguario* que le quiere comprar a usté el espadón.

DON DIEGO. ¿Sí, eh? ¡Pues si es ése, no estoy en casa!

GENARA. ¡Calle usté, señor!

DON DIEGO. ¡No quiero! *Gritando más y más.* ¡He salido! ¡Diga usted que he salido!

GENARA. Y ¿cómo lo he de decir si le oye?

DON DIEGO. ¡Para que me oiga grito de esta manera! ¡He salido! ¡No estoy en casa! ¡Mi espada no se la vendo a nadie! ¡Y menos a ningún usurero!

GENARA. ¡Alabado sea Dios! *Se acerca a la puerta.* Me paece que no es él. Me huele a faldas.

DON DIEGO. Será la vecina de abajo. ¡Pues también he salido! ¡Es una lechuza que viene a llevarse el aceite! ¡Sea quien sea, he salido!

GENARA. *Abriendo la mirilla.* ¿Quién es?

Nena Teruel pregunta desde dentro.

NENA. ¿Don Diego Espinosa?

DON DIEGO. ¿Esa voz?

GENARA. ¡Ha salido!

DON DIEGO. *Levantándose hecho una fiera.* ¿Quién le ha dicho a usted que he salido, condenación de bruja?

GENARA. ¿Le paece a usté? ¡No hay modo de acertar con el viejo éste!

Abre la puerta y aparece sonriente Nena. Viene de velito. Su presencia alegra y conmueve a don Diego. Genara es toda ojos y oídos.

DON DIEGO. ¡Nena! ¡Nena mía! *Estrechándole efusivamente las manos.*

NENA. ¡Don Diego! ¿No me esperaba usted verdad?

DON DIEGO. ¿Tú aquí? ¿Tú en mi casa?

NENA. Como no va usted por la mía y yo quería verlo…

DON DIEGO. Dios te lo pague. Siéntate… Siéntate donde puedas.

GENARA. *Ofreciéndole una silla* Aquí, aquí; ésta es la más decente de las dos.

NENA. Cualquiera; es igual.

DON DIEGO. ¿Te habrá fatigado la escalera?

NENA. No, señor; no.

GENARA. La señorita es joven, y, lo que pasa, cuando se tiene poca edá…

DON DIEGO. Cierre usted la puerta… y la boca. Y váyase ahí dentro.

GENARA. ¡Jesús! *Obedece a medias; es decir, que cierra, pero se queda allí.*

NENA. Pues, para mí no, don Diego; pero para usted esta escalera sí debe de ser muy fatigosa.

DON DIEGO. ¡Qué remedio! Ciento tres escalones.

NENA. ¡Virgen María!

DON DIEGO. Pero ya he resuelto la manera de subirlos a gusto.

NENA. ¿Es posible?

DON DIEGO. A cada escalón le he puesto el nombre de un conocido; de suerte que el subir y el bajar son para mí un recreo: ¡porque los voy pisando uno a uno! ¡Escalón hay en que echo un baile!

NENA. ¡Ja, ja, ja!

GENARA. Se ríe la señorita… Como que a lo mejor tié unas ocurrencias este hombre… Miste, ayer, lo que pasa…

DON DIEGO. Pero ¿no le he dicho a usted que se vaya ahí dentro?

GENARA. ¡Ay, señor! ¡Qué martirio! Con permiso de usté, señorita. *Se va tras la cortina.*

NENA. ¿Quién es esta mujer?

DON DIEGO. Una buena vieja que vive en la guardilla de junto, y que me cuida… y me aguanta, que no es poco hacer.

GENARA. *Desde dentro.* ¡No es poco, no!

DON DIEGO. Pero ¿quiere usted callarse, Genara? ¿Ves? Ese es su vicio: darle a la lengua y entrometerse en todo.

NENA. ¡Bien, don Diego, bien! ¿Cómo va la salud? ¡Las ganas que tenía yo de charlar con usted un rato!

DON DIEGO. Eres tan buena… Ahora no me cambio por nadie. Rabiaba y maldecía un minuto antes de venir tú, y con verte de pronto, y con tenerte aquí y con oírte, mira, hasta lágrimas de alegría me salen a los ojos. Y tal vez estas lágrimas, velándolos, son las que me hacen ver en este momento esta miseria en que yo vivo, como un alcázar. Porque has venido tú, Nena; por ello no más. *Contemplándola cariñosamente.*

Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aún más mirarte deseo.

Riendo entre lágrimas. ¡Ja, ja! ¡Se me han venido esos versos a la imaginación!

NENA. De *La vida es sueño…*

DON DIEGO. Y en verdad que se me antoja que estoy soñando… Sí, sí; mi guardilla es un palacio ahora. *Se enjuga los ojos.*

NENA. ¿Por qué no ha vuelto usted más a casa?

DON DIEGO. No me lo preguntes: tú lo sabes.

NENA. *Con pesadumbre.* Es cierto. Después de todo, ¿qué más da, pudiendo yo venir? En mi casa, don Diego, no ha quedado ya ni aquella corona de laurel que había en la sala. La quemé yo por mi propia mano, y aventé las cenizas.

DON DIEGO. ¿Sí, verdad?

NENA. Me convencí de que debía y tenía que hacerlo, si quería paz en mi vida, y lo hice. Con la negativa que a usted le di, impidiendo, bien a mi pesar, que se realizara aquel beneficio, enterré hasta la última esperanza de volver alguna vez a la escena.

DON DIEGO. Pero tú, al casarte, ¿no renunciaste a ella para siempre?

NENA. Para siempre, sí; pero la vida es larga, inesperada, misteriosa; es pueril pensar que se ve claro nunca en el mañana… El corazón está lleno de secretos. Ni la voluntad ni el amor más grande pueden enteramente secar aquello que algún día fué jugo del propio corazón… Y en el aislamiento de mi cuarto de esposa, muchas veces, don Diego, aletearon, turbando mi espíritu, recuerdos de la vida pasada, que querían nuevo ser… Pero ya acabó todo.

DON DIEGO. Y sea para bien, hija mía. Y si por arte del diablo vuelve a tu alma la tentación alguna vez, échale encima con heroico esfuerzo, no ya tierra sólo, sino peñas duras. ¡Que se ahogue, que se aplaste; que no pueda con tu voluntad! Mira que tu desencanto había de ser el más doloroso.

NENA. ¿Desencanto?

DON DIEGO. Desencanto, amargura. El Arte, Nena, es mucho más egoísta que el Amor: exige que se le dé toda la vida; y a quien por otro amor lo deja, lo desdeña luego brutalmente si vuelve a él. Tu vuelta a la escena no hubiera tenido para ti más que espinas crueles. Y ya no serías dichosa jamás, ni en tu casa, ni en el teatro. Vivirías como la gente marinera: en el mar, con la nostalgia de la tierra, y en la tierra, con la nostalgia de la mar. Créeme.

NENA. Es evidente, sí; es claro como la luz del sol. *Se levanta.* Vamos a hablar ya de otra cosa.

DON DIEGO. De lo que tú quieras hablaremos.

Don Diego se queda pensativo. Nena pasea, observando melancólicamente la pobreza de la habitación. Luego, con disimulo, saca de su portamonedas un billete y lo guarda en una caja que hay en la cómoda. Genara, que ve la maniobra desde su escondite, asoma la cabeza un punto para comentarla.

GENARA. (Ya sabía yo que esta visita iba a ser buena.)

DON DIEGO. Advierto, Nenita, que nos hemos callado; que no hablamos de nada.

NENA. De lo primero que hay que hablar es que usted no debe vivir así.

DON DIEGO. ¡Qué importa ya!

NENA. A mí me importa, y mucho. Yo no conocía de cerca este desamparo. *Cogiendo de la cómoda un retratillo* ¿Quién es éste? ¿Usted?

DON DIEGO. ¿Cuál, hija?

NENA. Éste; no se levante.

DON DIEGO. ¡Ah, sí! ¡Cualquiera lo adivina! Es un grabado de una *Ilustración* de mis tiempos. El marco se lo ha puesto Genara.

NENA. Lo que no se puede dudar es que es *el Alcalde de Zalamea*.

DON DIEGO. ¿*Pedro Crespo*? ¡Mi grande amigo!

NENA. La vara de la Justicia extendido el brazo…

DON DIEGO.

Si no creéis

que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vedlo.
Aqueste es el capitán.

¡Con qué gusto mandaba yo siempre ahorcar al *Capitán!* Sobre todo, cuando lo hacía un tal Diéguez, a quien no pude resistir en mi vida. *Se ríe Nena. Después, con dolor, contempla el retrato.* No lo mires tanto, Nenita; o, si lo miras, luego no me mires a mí.

NENA. ¡Qué triste encanto el de los recuerdos!

DON DIEGO. Encanto… pero triste; has dicho bien. Y, sin embargo, para los artistas vencidos ya, destruidos, olvidados, ésa es la única llama que brilla en las cenizas. Se encorvan las espaldas, se apagan los ojos, se quiebra la voz… pero ¿y aquello que fué? No será ya más… pero fué… y aún alienta.

NENA. *Conmovida.* ¡No será ya más… pero fué… y aún alienta…! Por otro camino hemos vuelto al mismo sitio, don Diego.

DON DIEGO. Ya lo he visto, Nena. *Riendo.* ¡*Pedro Crespo* ha tenido la culpa!

NENA. Fué *El Alcalde* una de sus obras favoritas, ¿verdad?

DON DIEGO. El *Don Juan* y *El Alcalde* se disputaron siempre mi predilección. Y como empecé el teatro tan niño, y me fuí formando en él poco a poco, en las dos llegué a representar con el tiempo todos los papeles.

NENA. Es curioso.

DON DIEGO. Sólo en ellas dos. Quizás por eso las querría más que a todas las otras.

NENA. Pues yo nunca lo vi a usted sino en los dos protagonistas.

DON DIEGO. ¡Es claro! ¡Si me estoy refiriendo a los tiempos de Maricastaña! Pero el *Rebolledo* lo hice mucho. Y muy de mozo el *Juan*, el cachorrillo, el hijo del *Alcalde. Exaltándose por momentos, animado por la llama que salta en las cenizas.*

—¿Qué opinión tiene un villano?
—Aquella misma que vos,
que no hubiera un capitán,

si no hubiera un labrador.

¡Y el *Capitán* lo hice también mil veces! ¡Y el *Don Lope de Figueroa*, que me divertía como ninguno por lo cascarrabias! ¡Y, por último, el *Pedro Crespo*, la figura inmortal, el villano en cuyo corazón late fuerte y puro el espíritu de la Justicia! *Se levanta y se yergue.*

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

¡Aquí me tienes ya dispuesto, Nena, a formar compañía contigo! ¡Ja, ja!

NENA. ¡Ja, ja, ja! ¡Así, don Diego, así me gusta verle a usted: contento, animado!

DON DIEGO. ¡Gracias a ti! ¡Tú me has traído esta luz y este fuego!

NENA. Y ¿dice usted que en el *Don Juan* interpretó también todos los papeles?

DON DIEGO. ¿Cómo todos? ¡Desde uno de los *malditos*! Ya sabes el cuento del comparsa que se jactaba de haber trabajado en el *Tenorio*.

¡Cuál gritan esos malditos…!

Y él decía: «¡Pues uno de los *malditos* era yo!». Y yo lo fuí como él; y fui también el *Buttarelli*, y el *Avellaneda*, y el *Escultor* y el *Ciutti* y el *Don Luis…* ¡Hasta que llegué al *Don Juan*, que me fascinaba! Fanfarrón y gallardo en la hostería, audaz en la calle de doña Ana de Pantoja, temerario en la celda de doña Inés, y tierno y cariñoso en la quinta, soñando y cantando la redención de su alma por el amor…

No es, Doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios, que quiere por ti
ganarme para Él quizás.

NENA. ¡Con qué amor hice yo siempre la *Doña Inés*!

Don Diego. Sí, por cierto.

Nena. ¡Qué dulce figura! Es una azucena, ¿verdad? A mí me ha parecido siempre como una paloma que se ve presa en las manos de un hombre, que la puede ahogar o acariciarla; pero ella no sabe su suerte y tiembla. *Sin voz casi:*

No, Don Juan; en poder mío
resistirte no está ya:
yo voy a ti como va
sorbido al mar ese río.

Genara. *Volviendo a asomarse con los ojos llenos de curiosidad y un tanto perpleja.* ¡Es ella cómica también! *Quédase atisbando.*

Nena. ¡Ay, don Diego!… ¡Me ha contagiado usted!… Yo también estoy diciendo versos del *Tenorio…*

Don Diego. ¡Ay, Nena mía! En estas escapatorias al ideal perdido, mientras vivamos nos sorprenderemos tú y yo. Ya lo has visto. Yo, el viejo actor arrumbado en una guardilla, río y lloro evocando mis glorias, y te digo versos con la ilusión de los veinte años… Tú, la esposa enamorada, que sacrifica su pasado por su amor, también ríes y lloras y también dices versos y sueñas… Nos unió en un momento la llama trémula, que cuando parece que se extingue se enciende, de aquel grande amor que durará lo que nuestra vida. Madre has de ser tú, y cuando menos lo presientas, surgirá dentro de tu alma como un suave y tímido reverdecer de flores que escondiste entre las páginas de las comedias… Lo has de ver, Nena; lo has de ver…

Nena. Viéndolo estoy, don Diego, aquí mismo. Hace un instante recordaba a *Don Juan* y *Doña Inés* le respondía.

Silencio. Los dos, callados, como que mecen y acarician en su espíritu pensamientos análogos y sienten una emoción igual. La guardilla es ya el alcázar que a través de sus lágrimas vió don Diego. El mundo real está muy lejos de ellos, y no perciben sus rumores. Don Diego exclama de repente:

Don Diego. La primera vez que yo te vi representar a ti, hacías cabalmente la *Doña Inés*.

Nena. No, don Diego; usted se confunde.

Don Diego. ¿Cómo que me confundo?

Nena. ¡Y tanto! La *Doña Inés* me la ensayó usted mucho; pero más tarde. La primera vez que usted me vió fué en Granada. ¡Digo! ¡Pues apenas tengo yo muy presente aquello! Entró usted en mi cuarto a felicitarme y me puse yo poco hueca.

Don Diego. Es verdad, es verdad… Me había trascordado… En Granada fué.

Nena. Representábamos una comedia de éstas imitadas del teatro antiguo: *Amor se burla de amor*.

Don Diego. ¡Justamente! ¡Del pobre Manolo Gonzalo! ¡Y era muy bonita aquella comedia! ¡Si yo la hice mucho también!

Nena. ¡Usted haría el *Don Félix*!

Don Diego. ¡Eso es! ¡El galán que se enamora de todas! ¡Y tú la *Diana*!

Nena. ¡La *Diana*! Que en el segundo acto cantaba aquello de… *Entonándolo.*

De amor me hirieron el pecho:
amor salta de la herida…

Don Diego. Cabal. Y había una escena en el tercer acto…

Nena. ¡La de la tapada!

Don Diego. ¡La misma! ¡Que siempre se aplaudía!

Nena. ¡Siempre!

Don Diego. ¿Cómo empezaba aquello?

Nena. Pues aquello empezaba…

Don Diego. No me lo digas, que me gusta acordarme. ¡Si ayer mismo he estado yo pensando en esa escena!

Nena. ¡Qué casualidad!

Don Diego. Interesante casualidad. ¿Cómo empezaba?

Rasgó la luz…

No, no.

La luz de una estrella…

¡Tampoco!

NENA. *Apuntándole.*

De la noche…

DON DIEGO.

De la noche el negro velo
rasgó la luz de una estrella…

NENA. Así.

DON DIEGO.

Y es tal, que con sólo ella,
la calle trocóse en cielo.

NENA.

Fulgores son mano y pié…

DON DIEGO. Déjame, que eso es de mi parte.

Fulgores son mano y pié
ante cuya luz me inclino,
por el rostro que adivino
y que aunque ciegue veré.

¿A que era esto?

NENA. ¡Eso era!

GENARA. *Sacando con toda cautela una silla y sentándose sigilosamente ante la puerta.* (¡Miste por dónde voy yo a tener teatro de gratis!).

NENA. Y entonces contestaba yo…

Si cegáis, ¿cómo veréis?

DON DIEGO.

Antes veré de cegar.

NENA.

Mas luego habréis de llorar
si lo que visteis no veis.

DON DIEGO.

Pues prefiere mi deseo
llorar si ciego y os vi,
a miraros junto a mí
y llorar porque no os veo.

NENA.

Galán sois.

DON DIEGO.

Y vos hermosa.

NENA.

¿Qué sabéis?

DON DIEGO.

Capullos vi
que me pintaron por sí
cómo no será la rosa:
vuestra mano y pié.

NENA.

Por Dios
que es muy gentil madrigal.
¿Sois poeta?

DON DIEGO.

Ante el rosal.

NENA.

No os entiendo.

DON DIEGO.

Junto a vos.

NENA.

Me obligáis y he de otorgaros
lo que pretendisteis.

DON DIEGO.

¡Veros!

NENA.

¿Suspiráis?

DON DIEGO.

¡Por conoceros!

NENA.

¿Para qué?

DON DIEGO.

¡Para adoraros!

Se descubre en actitud galante mirando a Nena, y así permanece mientras cae el telón. Los ojos de Genara están clavados en los dos inesperados intérpretes de «Amor se burla de amor».

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, febrero, 1913.

SIN PALABRAS

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el **TEATRO DE LA COMEDIA** el 24 de mayo de 1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Justina.	María Palou.
Alonsa.	Irene Alba.
Lorenzo.	Manuel González.
Don Jesús.	Pedro Zorrilla.

SIN PALABRAS

Gabinete en una casita de campo cerca de Guadalema. Puertas a la derecha y a la izquierda, y mirador al foro. Muebles bonitos. Es por la mañana en un buen día del florido mayo.

Don Jesús, administrador del dueño de la casa y hombre apocado y tímido, lee tranquilamente un periódico. Óyese luego la sonora campana de la verja de entrada, y don Jesús suspende su lectura y rompe a hablar.

DON JESÚS. *Llamando.* ¿Alonsa?

ALONSA. *Dentro.* ¡Ya, ya he oído!

DON JESÚS. ¿Va usted a ver quién es?

ALONSA. ¡Ha ido Roque! *Don Jesús, que a lo sumo cree que el que llama es uno que viene a ofrecer conejos y gallinas, sigue leyendo. Poco después asoma en la puerta de la derecha del actor la tal Alonsa, activa y diligente ama de llaves, y dice:* Don Jesús.

DON JESÚS. ¿Qué hay?

ALONSA. Una visita.

DON JESÚS. *Incorporándose sobresaltado.* ¿Una visita?

ALONSA. Sí, señor. *Al recién llegado, que aún está dentro.* Pase usted, caballero.

Y pasa Lorenzo, nuestro héroe. Es un buen mozo, que viene en guisa de jinete.

Durante su breve visita, don Jesús, perplejo y aturdido, casi no acierta a hablar. Alonsa, en cambio, trata constantemente de resolver o salvar la

situación, que sin duda es comprometida.

LORENZO. Buenos días.

DON JESÚS. Bue… buenos días.

LORENZO. ¿La señorita Estela Murillo?

DON JESÚS. ¿La… la señorita… Estela Murillo…?

ALONSA. ¡Ah! ¿viene usted en busca de la señorita?

LORENZO. Sí, señora.

ALONSA. Pues en este momento no está.

LORENZO. ¿No está?

DON JESÚS. En este momento… no está.

LORENZO. Pero ¿volverá pronto?

DON JESÚS. No, señor, no…

ALONSA. ¿Cómo qué no?

DON JESÚS. Sí, señor, sí…

ALONSA. Volverá en seguida, caballero. ¡Si tiene que venir a almorzar y ya son las doce! Es que gusta mucho de salir en la mañana a pasear por estos campos, que son tan hermosos.

LORENZO. Sí lo son.

ALONSA. Si usted quiere esperarla…

DON JESÚS. *Aterrado.* ¿Esperarla?

ALONSA. *Confundiéndolo con un gesto.* ¡Claro, señor!

LORENZO. No; mil gracias. Prefiero dar una vuelta en mi caballo por estos contornos. No conocía el sitio y me ha cautivado realmente.

ALONSA. Y a todo el que lo ve.

DON JESÚS. A todo el que lo ve.

LORENZO. ¡Bien situada está la casita! ¡Delicioso recreo se ha buscado el bueno de don Avelino!

DON JESÚS. *Con la nuez fuera de su sitio.* ¡Ah! pero… ¿usted conoce a don Avelino?

LORENZO. En su nombre vengo.

DON JESÚS. En su nombre vengo… en su nombre viene…

LORENZO. ¿Qué?

ALONSA. Según eso, ¿viene usted de Madrid?

LORENZO. Justo. Y traigo esta carta de don Avelino para la señorita Estela.

ALONSA. Ya.

LORENZO. Háganme el favor de entregársela, y así, cuando yo vuelva, ya estará advertida…

DON JESÚS. ¿Ella sabe… ella no sabe… ella tiene… ella no tiene… ella…?

ALONSA. ¿Usted conoce a la señorita, caballero?

LORENZO. No, señora; no tengo ese gusto.

ALONSA. ¿No?

LORENZO. Me ha hablado de ella don Avelino, y me ha interesado grandemente su desgracia.

ALONSA. Don Avelino la quiere como un padre.

LORENZO. Sí, por cierto. Pone en sus palabras, al nombrarla y al referirse a ella, una compasión que conmueve. De ahí que yo le ofreciera, a mi paso para Guadalema, hacerle esta visita.

ALONSA. Mire usted que es lástima, la pobre. Ya verá usted qué pena da. Tan linda, tan simpática, tan inteligente… y mudita.

DON JESÚS. Mudita.

LORENZO. Sí que es gran tristeza.

ALONSA. A nosotros ya no nos impresiona. Usted calcule: acostumbrados de toda la vida… Y nos entendemos con ella como si hablara. Pero al que por primera vez la ve, sí le causa dolor.

LORENZO. Es natural. Pues yo volveré por aquí dentro de un buen rato, a ver si ya la encuentro.

ALONSA. ¡De seguro!

DON JESÚS. ¿Eh?

LORENZO. Hasta luego, entonces.

DON JESÚS. ¿No quiere usted sentarse?

ALONSA. ¡A buena hora se lo dice usted! ¡Cuando ya se marcha! ¡Ha debido usted decírselo al entrar!

LORENZO. Es lo mismo. ¿Usted es don Jesús, el administrador?

DON JESÚS. Servidor de usted. Y esta señora es Alonsa, el ama de llaves.

LORENZO. Ya, ya lo he comprendido.

ALONSA. Servidora.

LORENZO. También de ustedes se hace lenguas don Avelino; de su honradez, de su fidelidad… Tan seguro está él de que a su sobrina no ha de faltarle nada con ustedes, como si él estuviera aquí.

Don Jesús fija la vista en una butaca.

ALONSA. Bien puede estarlo, sí, señor. Se le sirve como él se merece.

LORENZO. Hasta luego. ¿Es por aquí?

ALONSA. Por aquí, sí: yo lo guiaré. ¡Don Jesús!

DON JESÚS. ¿Eh?

ALONSA. Que se marcha este caballero.

DON JESÚS. ¡Ah!

LORENZO. No me despido: como he de volver pronto…

DON JESÚS. Beso a usted la mano.

LORENZO. Adiós.

Se va, seguido de Alonsa, por la puerta de la derecha. Don Jesús se lleva las manos a la cabeza y principia a dar paseos por el gabinete con muestras de grandísimo apuro.

DON JESÚS. ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Qué conflicto! ¡Ésta sí que es gorda! ¡Nos va a costar la casa a Alonsa y a mí! ¡Ay, ay, ay!… ¡Y esa condenada mujer, con qué descaro miente! No sé, no sé, no sé por dónde escaparemos… *Encarándose con Alonsa, que llega.* ¿Y ahora, señora mía? ¿Y ahora?

ALONSA. ¿Qué?

DON JESÚS. ¿Y ahora? ¿Quién tenía la razón, usted o yo?

ALONSA. Entre usted y yo, la razón la tengo yo siempre.

DON JESÚS. ¿También en este caso?

ALONSA. Sí, señor; también. ¡El demonio del hombre, que por poco lo descubre todo con la cara de ajusticiado que puso! ¿Sabe usted lo que me ha preguntado ese caballero? ¡Que si le pasaba a usted algo!

DON JESÚS. Y usted ¿qué le ha dicho?

ALONSA. ¡Que sí: que lo había cogido a usted con dos sinapismos en las pantorrillas! ¡Cualquier cosa! ¡Usted no se ha dado cuenta del temblor de piernas que ha traído!

DON JESÚS. Pues los sinapismos, señora Alonsa, los tengo, en efecto, pero no en las pantorrillas, sino en la conciencia.

ALONSA. ¡Bah, bah!

DON JESÚS. ¿Ah, bah, bah? ¿La de usted está tranquila, después de los elogios que ha oído que hace el señor de nuestra gran fidelidad?

ALONSA. ¡Por lo mismo!

DON JESÚS. ¡Es usted un portento de frescura!

ALONSA. ¡Y usted el hombre más tonto que he conocido!

DON JESÚS. Muy tonto, sí; pero cuando vuelva ese caballero y haya que decirle que la señorita Estela se ha ido a Guadalema a pasar el día, acompañada de la viudita de Villa Felisa, que es una loca, a ver a un novio como una casa que tiene la señorita Estela, sin que lo sepa don Avelino, ¡bonito pelo vamos a echar el administrador y el ama de llaves!

ALONSA. Sí; ¡como que le vamos a contar la verdad a ese caballero! ¡Cuando digo que es usted tonto!

DON JESÚS. ¡Pues a ver por dónde sale usted, que es tan lista!

ALONSA. ¡Por los cerros de Úbeda, señor mío! ¡Todo menos cantar la gallina! Y si se descubre la verdad, yo le echo a usted la culpa.

DON JESÚS. ¿A mí? Pues ¿no fué usted quien consintió en ello?

ALONSA. ¡Sí, señor!

DON JESÚS. ¿Quién alentó a la señorita?

ALONSA. ¡Sí, señor! ¡Pero a don Avelino le diría que fué usted!

DON JESÚS. ¡Y yo iba a callarme!

ALONSA. Bueno, bueno, basta de disputas, no lleguen los perros mientras se averigua si son podencos o son galgos. ¿Qué hacemos?

DON JESÚS. ¿Cómo que qué hacemos? Usted dirá. Yo estoy aturdido, avergonzado, confuso. Me duele la cabeza. Al fin de cuentas va a resultar verdad lo de los sinapismos, porque voy a tener que ponérmelos. *Suena la campana de la verja. Don Jesús se estremece.* ¿Quién es?

ALONSA. ¡Ay, San Blas, qué castigo de hombre! *Se asoma al mirador.* ¡Es la señorita Justina! ¡Oiga usted: a ésta le podemos pedir consejo!

Se oye cantar en el jardín, acercándose, a la señorita Justina.

DON JESÚS. ¡Al instante!

ALONSA. ¿Por qué no? ¡Usted verá cómo ella nos salva! ¡Usted verá cómo piensa algo bueno!

DON JESÚS. ¡Pero si discurre menos que un mosquito!

ALONSA. ¿Quiere usted callar? ¡Si tiene una imaginación que es una llama!

DON JESÚS. ¡Para los disparates! ¡Lo único que me faltaba a mí era el torbellino de la vecinita a estas horas!

ALONSA. ¡Ave María, qué hombre! ¡Se ahoga usted en un buche de agua!

Preséntase Justina, también por la puerta de la derecha, cantando todavía. Viene de pintar al aire libre y trae la caja de pinturas. Es irreflexiva y locuaz.

JUSTINA. Aquí estoy yo, que no he querido pasar de largo.

ALONSA. Buenos días, señorita.

DON JESÚS. Buenos días.

JUSTINA. Van ustedes a ver el mejor paisaje que se ha pintado en los tiempos modernos. Es indudable: la inspiración existe. Esta mañana, al saltar de la cama, sentí un temblor nuevo: era el paisaje que me temblaba en el espíritu. Van ustedes a verlo. La modestia es un mito: es una flor con que se quieren adornar los tontos. Cada artista tiene clara conciencia de su valer.

Abre la caja y muestra en una tablita o cartón su obra maestra. Vea usted, don Jesús, usted que dice que entiende de pintura. Vea usted, Alonsa, usted que dice que no entiende. El vulgo comprende, por lo general, las obras de arte bastante mejor que los eruditos. ¿Eh, qué tal? Mire usted qué yerba; parece que tiene rocío. Mire usted qué monte; mire usted qué almendro; mire usted qué nube; mire usted qué vaca; mire usted qué gallo; mire usted qué perro.

ALONSA. ¡Sí que está propio todo, señorita! Pero… ¡mire usted qué cara!

JUSTINA. ¿Qué le sucede a don Jesús? *Deja la caja de pinturas.* Entusiasmada con mi perro y con mi gallo, no había parado mientes en él. Esto ocurre mucho: una en su cosa, en su pensamiento, en su vida interior, en su idea, y no hace caso de lo demás. ¿Qué tiene usted, don Jesusito? Ya sabe usted que yo lo quiero. ¿*Aquello…* otra vez? ¿Le ha salido *aquello* otra vez?

DON JESÚS. No, señorita, no; no hay nada de *aquello.* Hay algo bastante peor.

JUSTINA. ¿Sí? Pues ¿qué hay?

ALONSA. Ya lo conoce usted, señorita Justina: se apura de todo. No hay nada de particular. Yo la he visto entrar a usted y me he alegrado, porque espero que usted nos dé la solución.

JUSTINA. A ver, a ver… ¿De qué se trata? ¿De usted, de Alonsa, de Roque, de don Avelino? ¿De qué se trata?

DON JESÚS. Se trata de la señorita Estela.

JUSTINA. ¡Ah, vamos! Ya sé que esta mañana se ha ido a Guadalema con doña Felisa a ver al novio, lo cual he aplaudido yo fervientemente.

DON JESÚS. ¿Es posible?

ALONSA. ¿Lo está usted viendo, don Jesús?

JUSTINA. Sólo en la cabeza de don Avelino —bueno, ya saben ustedes que don Avelino no me pasa de aquí. *Señalándose la garganta.*— se puede cocer el disparate de que la pobrecita Estela, porque tiene la desgracia de ser muda, haya de tener mudo también el corazón.

DON JESÚS. Don Avelino no piensa tal cosa.

JUSTINA. ¡Sí lo piensa! Y el corazón de Estela ha dicho de pronto «aquí estoy yo», y ha empezado a gritar, a cantar, a alborotar, a no callarse… Yo sé la historia: primero fué como un piar de pájaro que quiere aire libre; después como una canción que se canta lejos y se oye cerca, o que se canta cerca y se oye lejos —es igual— y últimamente como un himno de vida, vibrante y revolucionario, capaz de trastornar todo lo existente. «¡No le hagas caso a nadie más que a mí!», le ha gritado su corazón a Estela; y Estela lo ha obedecido con la venda del amor en los ojos, y ya tiene un novio, y se ha escapado a verlo, y ha hecho bien, y yo la aplaudo aunque don Avelino la silbe. *Vuelve al canto con que llegó.*

DON JESÚS. Un poco de orden y de seriedad, señorita, y menos discursos, que el caso es urgente.

JUSTINA. ¿Urgente?

DON JESÚS. Urgente, sí. Piense lo que quiera don Avelino, ¿por qué la señorita Estela no le ha dicho que tiene ese novio, que tiene esos amores?

JUSTINA. ¡Señor, porque es muda! En ella es mucho más disculpable que en otra cualquiera. Somos las que charlamos a troche y moche, y nos callamos por lo general esas cosas…

DON JESÚS. Bien; si usted quiere enterarse del caso, hágame el favor. No me interrumpa a cada momento.

JUSTINA. Usted dirá.

DON JESÚS. Don Avelino está en Madrid.

JUSTINA. Y yo me alegro mucho. No me pasa de aquí; ya lo he dicho antes.

DON JESÚS. Ha ido a sus negocios de Bolsa…

JUSTINA. Sí, sí: ¡de Bolsa! ¡No están malos negocios! Se sabe todo.

DON JESÚS. ¡Como usted quiera! Y a la cuenta, en casa de su hermana la Condesa del Pino…

JUSTINA. Que tampoco me pasa de aquí…

DON JESÚS. ¡Señorita, de ahí es muy difícil que le pase a usted nada, porque siempre hay palabras que están saliendo y que lo estorban! ¡Yo no puedo contar esto así!

ALONSA. ¡Pues déjeme usted a mí, señor, que yo se lo explicaré en un instante! Lo que sucede, señorita Justina…

JUSTINA. Ya me voy figurando algo.

ALONSA. Es que acaba de estar aquí un caballero…

JUSTINA. ¿Joven, viejo o maduro?

ALONSA. Joven: y muy bien parecido.

JUSTINA. Eso me gusta. ¿Tiene barba?

ALONSA. No.

JUSTINA. Me alegro.

DON JESÚS. ¡En un instante lo iba usted a explicar!

JUSTINA. Calle usted ahora.

ALONSA. Y ese caballero trae una visita de Madrid.

JUSTINA. ¿De don Avelino?

ALONSA. De don Avelino.

JUSTINA. ¿Para la señorita Estela?

ALONSA. Eso es.

DON JESÚS. Con esta carta de presentación.

JUSTINA. ¡Ajajá!

ALONSA. Y va a volver dentro de un rato.

JUSTINA. Y Estela, de Guadalema no vuelve hasta la noche.

ALONSA. Justo.

JUSTINA. Y ustedes no le quieren decir a ese caballero que Estela se ha ido a Guadalema con la viudita.

DON JESÚS. ¡Claro está!

JUSTINA. Y menos que se ha ido a ver al novio.

ALONSA. ¡Naturalmente!

DON JESÚS. ¡Naturalmente!

JUSTINA. ¡Naturalmente!

Baila de júbilo, desconcertando a don Jesús. Lo mismo puede salir bailando la rumba cubana que unas seguidillas rondeñas.

ALONSA. ¡Ay, qué graciosa! ¡Se pone a bailar!

DON JESÚS. Mucho; muy graciosa. El baile es la mejor solución para este conflicto en que estamos.

JUSTINA. Pero ¿quién habla de conflicto, señor? Traiga usted la carta ahora mismo. Vamos a enterarnos de lo que dice; de quién es ese joven sin barba; de qué objeto trae… ¡Y usted verá como no tiemblan las esferas, ni se para el curso del sol!

ALONSA. Tiene razón la señorita. ¿No le dije yo a usted que ella nos sacaría adelante?

JUSTINA. *Empezando la lectura de la carta, que interrumpe constantemente con espontáneos comentarios, los cuales ponen a don Jesús más nervioso de lo que ya está.* «Idolatrada sobrina». Sí, sí; idolatrada, desde que se murió su madre, y la niña heredó y nos pusimos a comer a dos carrillos. ¡Idolatrada! Sí, sí. ¡Idolatrada! Ya, ya. ¡Idolatrada!

DON JESÚS. Señorita Justina…

JUSTINA. Déjeme usted leer. «El portador de la presente…». ¡Qué bonita frase! ¡El portador de la presente! Este señor, con el mismo estilo presenta un muchacho a una señorita, que manda un poco de embutido a un amigote. ¡El portador de la presente! Mire usted que es prosaico. ¡Vamos, que el portador de la presente!

DON JESÚS. El portador de la presente va a volver antes de que llegue usted a la firma.

JUSTINA. Como dé usted en interrumpirme, sí, señor.

DON JESÚS. ¡Ah! ¿soy yo el que interrumpe?

ALONSA. ¿Tiene usted más que callar y dejarla?

JUSTINA. *Leyendo.* «El portador de la presente…» —es que me hace daño la frase— «mi amigo don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova…». ¿Córdoba con *v*? ¡Qué bonito! Este hombre no sabe ortografía. Córdoba es con *b*. ¿No ha pasado nunca por la estación? Verdad que la ortografía de los apellidos suele ser caprichosa. Como verá usted, me pongo en todo. ¡Don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova! Sonar suena bien. *A Alonsa.* Y ¿dice usted que no tiene barba?

DON JESÚS. No la tiene; pero le nacerá durante la lectura de la cartita.

JUSTINA. ¡Ja, ja! ¡Qué chusco! Está usted hoy de muy buen humor.

DON JESÚS. Sí, muy bueno. Pero quisiera mañana tener otro.

JUSTINA. «El portador de la presente, mi amigo don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova…».

DON JESÚS. ¿Otra vez?

JUSTINA. Hay que coger el hilo. «… joven de distinguida familia y carrera brillante…». Y no dice ni qué familia ni qué carrera. ¡Qué talento de hombre! «… desea tener el gusto de conocerte a su paso para Guadalema». ¡Conocerla al paso! ¡Se cae de galante este señor! «De modo y manera…». ¡También es un giro cervantesco! ¡El portador de la presente! «De modo y manera, que recíbelo tú en unión de mi fiel don Jesús…». ¡Jesús me valga! «… y ya me darás cuenta de tus impresiones y de las suyas». La carta de un quinto del pelotón de los torpes. Y se calla lo más interesante: si es soltero. No quiero leer más. Tome usted. Por supuesto, se me ocurren cien, mil, cincuenta mil, un millón de soluciones para el lance.

ALONSA. ¿Eh? ¿Qué dije yo?

DON JESÚS. ¡Con una que sea aceptable nos basta, señorita!

JUSTINA. La mejor y la más sencilla es ésta.

DON JESÚS. ¿Cuál?

JUSTINA. ¡Que le digan ustedes a ese caballero que yo soy la muda!

DON JESÚS. ¡Vamos!

ALONSA. *Riéndose.* ¡La muda ella!

DON JESÚS. *Paseando inquietísimo.* No es cosa de broma, como comprenderá.

JUSTINA. ¿Cómo broma? ¿Broma, por qué? Estela es delgada, yo soy delgada; Estela es morena, yo soy morena; Estela tiene muy buenos ojos, yo no los tengo malos; Estela no habla, yo sí, pero me callo y punto concluido.

DON JESÚS. ¿Usted qué ha de callarse, y perdone usted que se lo diga?

ALONSA. ¡Don Jesús!

JUSTINA. Nada, nada: yo no me pico. Rechazada esa solución. Otra: decirle que ha venido una razón de mi casa advirtiéndoles a ustedes que la señorita se queda hoy a almorzar y a comer allí. Y no decirle dónde está mi casa. Otra: decirle que la señorita ha vuelto del paseo con dolor de cabeza y se ha tenido que meter en la cama. Y que cuando le da la jaqueca, lo menos se queda en cama dos días. Otra: que hoy es veintitrés, aniversario de la muerte de su chacha, y que en este día no recibe a nadie, porque tiene que hacer una novena.

DON JESÚS. ¿Una novena en un día, señorita?

JUSTINA. Otra…

DON JESÚS. No, por Dios; si va a ser como las anteriores, omítala usted.

Suena de nuevo la campana de la verja.

ALONSA. ¡Chist! Calle.

DON JESÚS. ¿Qué es eso? ¿Está ahí?

ALONSA. Ahí está.

JUSTINA. *Asomándose al mirador.* ¡Sí que es un buen mozo! Tiene cara de artista.

DON JESÚS. ¡Dios crucificado!

JUSTINA. No se apure usted. No se apuren ustedes. Yo lo recibo. Yo los dejo a ustedes en su lugar. Se irá como loco.

DON JESÚS. Eso sí que lo creo.

JUSTINA. Alonsa, páselo usted aquí sin hablarle palabra. Alonsa. Sí, señorita, sí: ahora mismo. *Vase.*

DON JESÚS. ¡Por Dios, señorita Justina, que nos va el pan! ¿Qué va usted a decirle?

JUSTINA. Lo primero que se me ocurra. De lo que él me diga dependerá lo que le diga yo. La verdadera inspiración no es lenta, como creen algunos machacones, sino muy al contrario. ¡Paf!

DON JESÚS. ¡Paf! ¡Me estoy jugando el sosiego de mi vejez!

JUSTINA. ¿Quiere usted no ser agonía?

DON JESÚS. *Maquinalmente.* ¡Paf!

JUSTINA. ¡Silencio! Y alegre ese semblante, hombre de Dios, o va a echarlo todo a rodar. No, no; lo prudente es que se quite de en medio. Váyase de aquí.

DON JESÚS. Sí, sí; es lo prudente: es lo más acertado. Dios la ilumine a usted. *Yéndose por la puerta de la izquierda.* ¡Paf!… ¡Paf!… No me llega la camisa al cuerpo.

Justina se retoca la persona con aire resuelto y se apercibe a recibir al caballero de la carta.

Vuelve Lorenzo por la puerta de la derecha, precedido de Alonsa.

ALONSA. Pase usted.

LORENZO. *Apenas ve a Justina, a quien hace una reverencia, se detiene admirado y exclama:* Ciertamente… Algo había de negarle Dios… Es encantadora. *En los ojos de Justina brilla la inspiración y le hace un guiño a Alonsa. Ha decidido en aquel punto sustituir a Estela. Lorenzo le tiende la mano.* Señorita… *Justina le tiende la suya, sin palabras. Luego le muestra la carta de don Avelino, dándole a entender que le complace mucho la visita, y le señala una silla para que se siente.*

ALONSA. (¡Va a hacerle creer que es la señorita! Cuando se entere don Jesús se mete en la cama). Con permiso.

Éntrase por la puerta de la izquierda haciéndose cruces.

Justina se sienta y vuelve a indicarle a Lorenzo que lo haga. Éste la obedece encantado.

LORENZO. *Alzando la voz.* No me hubiera perdonado jamás pasar por aquí y no detenerme a conocerla. *Justina le indica que no tiene por qué gritarle.* ¡Ah! ¿no necesito levantar la voz? *Justina niega.* ¡Caso más extraño! ¿Oye usted bien? *Justina afirma.* ¡Sí que es particular! Pues su tío de usted no dejó de advertirme… Y aun me aconsejó que acentuara mucho el movimiento de los labios. *Justina hace un gesto de desdén para don Avelino y luego se barrena la sien con un dedo.* ¿Está loco su tío?

De aquí en adelante, para mejor comprensión de la actriz, escribiremos, subrayándolo, todo lo que se le ocurre a Justina, como si lo hablara. Ella, es claro, en su papel de muda, lo expresa ante Lorenzo valiéndose siempre de gestos y ademanes significativos y de tal cual sonido inarticulado.

JUSTINA. *Completamente.*

LORENZO. ¡Ja, ja, ja!

JUSTINA. *Y yo también, por de contado.*

LORENZO. ¿Usted también? Eso me resisto a creerlo.

JUSTINA. *Usted lo verá.*

LORENZO. Pues no eran ésas mis noticias. Me han engañado.

JUSTINA. *Estirándose hacia las sienes los dos ojos: como a un chino.*

LORENZO. ¿Como a un chino?

JUSTINA. *Precisamente.*

LORENZO. ¡Ja, ja, ja!

JUSTINA. *Tiempo al tiempo.*

Pausa. Entre que no puede callar mucho rato y que se le ocurren mil cosas y no sabe cómo expresarlas, pasa unos instantes de gracioso desasosiego, que Lorenzo advierte.

LORENZO. ¿Qué le ocurre? ¿Qué quiere usted decirme?

JUSTINA. *¿Conoce usted el lenguaje de las manos?* Lorenzo. ¿El lenguaje de las manos?

JUSTINA. *Sí. ¿Lo conoce usted?*

LORENZO. Poco. Algo sé. ¿Cómo son las letras que usted hace?

JUSTINA. *Fíjese usted.*

Empieza a hacer el abecedario de las manos, despacio primero, para que Lorenzo se fije, y precipitándose maquinalmente a medida que avanza en él.

Lorenzo va nombrando todas las letras, siguiendo embelesado los movimientos de Justina.

LORENZO. A B C D E F G H I J K L Ll M N Ñ O P Q R S T U V W X Y Z.

JUSTINA. *Aplaudiendo. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Las sabe usted todas!*

LORENZO. No es que las sé, no; es que sé el orden del alfabeto. Tiene usted una letra lindísima.

JUSTINA. *Sonriendo y mirándose la mano. ¡Psch!*

LORENZO. Pregúnteme usted alguna cosa, a ver si comprendo.

JUSTINA. *Obedeciendo rápidamente. ¿Esperaba usted que yo fuera así?*

LORENZO. No entiendo jota. Escribe usted demasiado aprisa. O será que me marean a mí los rasgos de las letras.

JUSTINA. *Es usted muy galante. Le preguntaré lo mismo más despacio.*

LORENZO. ¿Más despacio? Bueno.

JUSTINA. *Repitiendo la misma frase con gran lentitud. ¿Es-pe-ra-ba-us-ted-que-yo-fue-ra-a-sí?*

LORENZO. *Deletreando la pregunta.* ¿Es-pe-ra-ba-us-ted-que-yo-fue-ra-a-sí?

JUSTINA. *¡Magnifico!*

LORENZO. No, por cierto; ésta es la verdad. Bella e interesante la suponía a usted, pero no tanto, Estela.

JUSTINA. *¡Por Dios!…*

LORENZO. Conocía su desgracia, y presumía, yo no sé con qué fundamento, que sería usted una mujer melancólica, Bella, pero triste: una noche de luna. Y llego a verla a usted, y me hallo con una mañana de primavera.

JUSTINA. *¡Jesús, María y José!*

Se santigua como sorprendida del piropo. Luego mira a Lorenzo con interés.

LORENZO. ¡Tener sobre sí ese tormento de no poder hablar!…

JUSTINA. *¡Que es más grande de lo que usted se figura!*

LORENZO. Muy grande, ¿verdad?

JUSTINA. *¡Uf!*

LORENZO. Tener sobre sí ese tormento, digo, y conservar en el espíritu esa alegría que inunda su persona, es ser dos veces bella.

JUSTINA. *Mil gracias.*

LORENZO. No hay de qué.

JUSTINA. *Por medio de las manos de nuevo: usted es dos veces simpático.*

LORENZO. ¿Dos veces simpático? Fortuna mía es el parecérselo a usted.

JUSTINA. *Siempre galante.*

LORENZO. Y después de todo, amiga mía, bien comprendo al verla esta su alegre resignación. Usted no necesita de las palabras para hablar. Sus manos hablan, y no porque sepan fingir letras, sino porque con su vuelo de mariposas expresan y pintan… Hablan sus piececitos, asomando al borde de la falda, inquietos y graciosos… *Justina los esconde.* ¡No los oculte usted, que me gustaba la conversación que traían!

JUSTINA. *Sonriendo. ¡Je!…*

LORENZO. Habla también su boca linda, tal vez elegida para no hablar como las demás, sino con su sonrisa suave… Hablan sus ojos… más que sus pies y que sus manos y que su sonrisa… Usted, callada, habla.

JUSTINA. *Pues ahora no sé qué decir.*

LORENZO. Además, es usted modesta. Otro encanto. Las palabras, Estela, importan en la vida, no por ser palabras, sino porque son como las flores de un alma que nos interese… Conociendo el alma, admirándola, las palabras no nos importan, porque sin oírlas las oímos. En cambio, cuando el alma que tenemos frente a la nuestra nada vale ni nos inspira ningún interés, sus palabras no son más que vano ruido. *Justina se pone un poquito seria.* Si yo no temiera que usted fuese a tomarlo a lisonja, que en este caso por mi parte sería de mal gusto, quizás me aventuraría a decirle a usted que s u mutismo me es profundamente simpático; porque lo que más detesto en este mundo es una mujer habladora. *Justina se levanta.* ¿Qué le pasa? *Justina no puede disimular su inquietud.* ¿Qué tiene usted? ¿Soy yo culpable de esa alteración que le noto?

JUSTINA. *No, señor, no.*

LORENZO. ¿He dicho alguna inconveniencia?

JUSTINA. *No, no. Mira aquí y allá como buscando algo.*

LORENZO. ¿Qué busca usted?

JUSTINA. *Encontrando y cogiendo una pizarrita y un lápiz del uso de Estela. Esto buscaba.*

LORENZO. ¡Ah! Vamos; para entenderse conmigo por escrito.

JUSTINA. *Sí, señor.*

LORENZO. Mejor es. Ahora me explico su impaciencia, y se la agradezco: quería usted responderme algo a cuanto le he dicho.

JUSTINA. *Ni más ni menos.*

Escribe nerviosamente, tachando palabras y volviendo a escribirlas después. Al cabo le muestra la pizarrita a Lorenzo, que lee en ella.

LORENZO. «¿De veras odia usted a las mujeres charlatanas?». De veras, sí, de veras: no es gana de halagarla a usted. ¡Las odio con mis cinco sentidos!

JUSTINA. *Sin poder contenerse.* ¡Pues la hemos hecho buena!

LORENZO. *Atónito, desconcertado*, ¿Eh? ¿Qué?

JUSTINA. ¡Jesús!

LORENZO. ¿Ha hablado usted, Estela? ¿Qué es esto?

JUSTINA. ¡Esto es, señor mío, que no puedo más, que no puedo más, y que no puedo más! ¡Ay! ¡ay! ¡Me ahogaba, me ahogaba enteramente! ¡Ni yo soy Estela, ni mucho menos muda, ni Dios me mande jamás ese castigo! ¡Ay! ¡ay! ¡Qué veinte minutos! ¡Ay! ¡Creí que me moría!

LORENZO. Pero… pero… Yo estoy sin sangre… yo no sé lo que veo… yo no sé lo que oigo… ¿Me quiere usted explicar, señorita…?

JUSTINA. Sí, señor, sí; con muchísimo gusto; mucho mejor que por las manos o por la pizarrita; le interese a usted mi alma o no le interese, y le parezcan mis palabras flores o ruido. ¡Ay! ¡Esto ya es vivir! Mire usted, señor mío: Estela, la sobrina de don Avelino, tiene un novio secretamente y se ha marchado a Guadalema a verlo; Alonsa y don Jesús estaban aterrados con la inesperada visita de usted; yo les ofrecí salvarlos del apuro; llegó usted en esto, me tomó por Estela, a mí me hizo gracia la confusión, y, sin pensarlo, ¡paf!, me encargué de su papel en el lance. Y esto es todo. Mi nombre es Justina; estoy de temporada en la casita de enfrente, con mamá; dicen que tengo un tornillo flojo; invento novelas; toco el arpa; pinto tablitas… y no

necesito para nada hablar por las manos, porque hablo por los codos, como usted ve.

LORENZO. *Un tanto arrepentido de sus declaraciones sobre la charla.* Bien… bien… está muy bien, señorita. Por salvar a una amiga se ha impuesto usted el sacrificio de callar un rato… Y dice usted que tiene un novio…

JUSTINA. No; yo, no.

LORENZO. Su amiguita de usted: Estela.

JUSTINA. ¡Ah! Estela, sí. Por causa del dichoso novio me he visto yo en el caso de oírle decir a usted que aborrece a las habladoras.

LORENZO. No, no, no… usted dispense… Yo he dicho eso porque… Usted debe hacerse cargo de las circunstancias…

JUSTINA. Mire usted, no le dé usted vueltas, Lorenzo; eso que me ha dicho usted a mí, ¡a mí, que hablo por veinticinco! eso… no tiene arreglo. Por lo menos hoy.

LORENZO. Menos mal si usted me concede que pueda tenerlo otro día. Pero hoy, ya que no arreglarlo del todo, quiero que me permita usted decirle algo en descargo mío.

JUSTINA. Sí, señor, sí: permitido está. Trabajillo va a costarle a usted buscar la callejuela. Y cuenta que me ha parecido usted un poco ingenioso. Y un poco poeta. Y muy galante. Y muy… Bueno, hable usted.

LORENZO. Muchas gracias. En primer lugar, amable Justina, y en la suposición de que yo hubiera sido sincero al asegurar que detesto a las mujeres habladoras, nada hay tan sabroso como la excepción de la regla. Bien podía detestarlas a todas, y usted encantarme.

JUSTINA. ¡Je!…

LORENZO. Luego, ¡es tan humano, tan natural, tan disculpable, cuando una persona nos cautiva, que nuestra simpatía convierta en gracias y atractivos lo que no son, en suma, sino defectos para cualquier observador desapasionado! *Justina lo mira.* Y, en último caso, yo soy un hombre de corazón. Yo le suplico a usted que sólo vea en lo que dije la intención de un consuelo piadoso para quien creía que era usted: para la desventurada

muchacha mudita. *Justina palidece.* Y no hablo más por hoy, ya que por hoy, según usted misma, es inútil que pretenda justificarme.

JUSTINA. No, no… Sin embargo… La verdad en su punto: debo confesarle que me han sonado a sinceras estas palabras suyas.

LORENZO. Y lo son: podían no serlo, mientras la piedad y el respeto a una desgracia irremediable lo pedían de mí. Pero ahora que esa consideración ha desaparecido, todo cuanto le digo a usted es sincero. Como lo fué también cuanto le dije de sus encantos: de sus pies, de sus manos, de su boca, de sus ojos, de su alegría… *Silencio.* ¿Me cree usted? *Justina no sabe qué contestar y le sonríe.* Ya veo que sí. *Nuevo silencio.* Y la dejo, que no quiero importunarla demasiado. Yo estoy en el Tomillar, en casa de un amigo, y esta noche pensaba seguir para Guadalema, ciudad que no conozco. Pues bien: me vuelvo al Tomillar, y mañana, si usted me autoriza, vendré aquí o iré a su casa de usted a visitarla. *Justina se sorprende.* ¿Quiere usted que paseemos juntos un rato por estos campos pintorescos, cuyas bellezas usted de seguro me sabrá mostrar mejor que nadie? *Justina se turba.* ¿Quiere usted que este gracioso modo como nos hemos conocido sea el origen y fundamento de una amistad que, para mí al menos, no puede ser más grata? ¿Quiere usted? *Con suave emoción.* ¿Nos vemos mañana, Justina? ¿Es atrevimiento en mí lo que le pido? *Justina trata de responder, pero ahora tampoco da con las palabras.* ¡Oh! ¡Ha vuelto usted a enmudecer!… Bien: no se esfuerce. No me pesa, porque sé que habla. He creído leer una respuesta afirmativa en sus ojos… y no quiero desengañarme. Hasta mañana. *Justina, emocionada, lo ve irse sin decirle esta boca es mía. Lorenzo se vuelve a saludarla en la puerta y le pregunta:* ¿Hasta mañana?

JUSTINA. *Con la mano, graciosamente: Sí.*

LORENZO. ¿Sí? Muchas gracias. *Vase.*

Justina, como sugestionada, se asoma a la puerta tras un instante de vacilación. En seguida corre al mirador y desde allí observa el paso de Lorenzo por el jardín. De improviso esconde el rostro ruborosa, como si Lorenzo la hubiera sorprendido. Luego se aparta del mirador un momento y

torna a él. Entonces responde con una inclinación de cabeza a un saludo que Lorenzo le dirige. Después le dice adiós con la mano. Inmediatamente coge su sombrero y se lo pone.

Salen en esto por la puerta de la izquierda Alonsa y don Jesús, inquietos y curiosos.

ALONSA. ¿Qué es eso? ¿Se va usted?

JUSTINA. *Sobrecogida.* ¿Eh? ¿Qué?

ALONSA. ¿Se marchó ya ese caballero?

DON JESÚS. ¿Qué ha pasado?

ALONSA. ¿Qué ha pasado?

JUSTINA. *Volviendo a ser quien era.* ¿Que qué ha pasado? *Rompe a bailar llena de alegría.*

DON JESÚS. ¿El baile otra vez? ¿Qué ha pasado, por Dios bendito?

JUSTINA. ¡Tranquilícese usted, don Jesús! ¡No le ocurre a usted nada! ¡Hasta van a subirle a usted el sueldo! ¡Don Lorenzo Miramar y Fernández de Córdova sabe lo que es el amor y se pone en todo! ¡Está usted absuelto completamente!

DON JESÚS. ¡Ay, Dios mío!

ALONSA. ¿Lo ve usted? Y ¿volverá luego?

JUSTINA. Volverá mañana.

DON JESÚS. ¿Mañana?

ALONSA. ¿A conocer a la señorita Estela?

JUSTINA. ¡Y a seguir conociéndome a mí! ¡Yo no he visto nunca un hombre más simpático! ¡Me ha comparado a una mañana de primavera!

DON JESÚS. Pero ¿usted se fingió muda, como me ha dicho Alonsa?

JUSTINA. Sí, señor, sí; me fingí muda, y muda estuve un rato, y luego volví a hablar y después enmudecí otra vez sin proponérmelo… ¿Qué fué? Lo que fué, bien claro me lo está cantando a mí mi corazón, como el suyo se lo ha cantado a Estela. Y por lo que he sentido yo en un momento, les aseguro a ustedes que si Estela se pasa el día de hoy junto a su novio, vuelve hablando esta noche.

ALONSA. *Riéndose*. ¡Que vuelve hablando, dice!

DON JESÚS. Sí, pero no concreta nada; no aclara nada; no sabemos a qué atenernos.

ALONSA. ¡Qué pesado es usted, señor! ¿No le ha dicho ya que esté usted tranquilo?

JUSTINA. ¡Y que le van a subir el sueldo! ¡Y a usted también! Y no hablo más ahora, y me voy a mi casa, que me espera mi madre, que estará sorda sin oírme. Hasta después; hasta la tarde; hasta la noche; hasta mañana; hasta cuando sea. Buenos días. *Volviéndose desde la puerta*. Lo dijo el poeta:

El amor es un algo indefinible,
que conmueve y altera lo que toca
a su paso callado e invisible;
que da y quita palabras a la boca;
que seca el agua de la estéril roca,
y funde lo imposible en lo posible.

¡Salud! *Vase*.

ALONSA. Vaya usted con Dios, señorita.

DON JESÚS. Vaya usted con Dios.

ALONSA. *Encarándosele*. ¿Y ahora? ¿Qué me dice usted a mí ahora?

DON JESÚS. ¿Ahora?… Yo, nada… ¡Por lo visto, tiene la palabra el poeta!

Se oye a Justina cantar jardín adelante, mientras cae el telón. Alonsa se asoma al mirador. Don Jesús se santigua.

FIN

Madrid, abril, 1913.

HABLANDO SE ENTIENDE LA GENTE

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro Álvarez Quintero** el 10 de noviembre de 1913

A CARMEN DÍAZ
Y A RAMIRO DE LA MATA,
felices intérpretes de este entremés,
sus buenos amigos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Manolita.	Carmen Díaz.
Enrique.	Ramiro de la Mata.
Cerote.	Eduardo Ramos.

HABLANDO SE ENTIENDE LA GENTE

Rincón en un patio de casa de vecinos, en Sevilla. A la derecha del actor, la puerta de la calle. Al foro, la del cuarto de Manolita. Es por la mañana, en un buen día del mes de octubre.

Manolita, sentada delante de su vivienda, cose. Es un pimpollo a quien no se le ve la nariz cuando cierra los ojos porque lo impiden las pestañas.

MANOLITA. *Canturreando.*

Dises que no la quieres
ni vas a verla,
pero la vereíta
no cría yerba.

Mirando hacia la izquierda. Ayí viene ya er sapatero. ¿Por qué le yamarán *Serote*? Porque pegajoso no es. A mí me hase grasia. Me hase grasia; de eso que no pué remediarse. ¡Tiene una especie de guasa con tanta sombra!… Siempre que sale pa entrega, y me encuentra a la puerta, me ha de desí lo mismo. *Imitando a Cerote:* «¡Y zin ojos!». No es que tenga na de particulá la ocurrensia, pero a mí me cae en grasia. «¡Y zin ojos!». Lo que es la simpatía.

Sale Cerote, oficial de zapatero, por la izquierda. Lleva en la mano, en un pañuelo cogido por los cuatro picos, algún calzado obra de su arte: ¡quién sabe si unos zapatos de hebilla para un canónigo, o dos estuches para los pies de una sevillana! Al pasar ante Manolita no puede reprimir la habitual expresión de su entusiasmo.

CEROTE. ¡Y zin ojos!

Manolita. ¿Ha visto usté qué desgrasia, *Serote*?

Cerote. *Desde la puerta de la calle.* ¡Y zin ojos!

Manolita. ¿Qué le vamos a hasé? *Se va Cerote y ella se ríe.* ¡Na; de ahí no sale! Y a mí me da risa. Tiene grasia de puro pesao. ¡Vaya con *Serote*! ¿Por qué le yamarán *Serote? Volviendo a su canto.*

… Ni vas a verla,
pero la vereíta
no cría yerba.

De improviso, mirando otra vez hacia la izquierda y con gracioso enojo. ¡Ea! ¡Er vesinito nuevo! ¡Jesús qué niño! ¡Qué reventante es! Un mes yeva ya en er corrá y no me ha dao los güenos días. Se ha tragao la vara e medí. Míalo, míalo a é; más serio que un ajo. Con toa la cara de un ladriyo. Hasta la manera de andá que tiene es esaboría. Lo que es yo, si en Seviya no hubiera más hombre que éste, iba a da en las Reparadoras. ¡No quieo verlo; me van a hasé daño las uvas luises que he tomao! Se levanta violentamente y se entra en su casa.

Sale por la izquierda el vecino nuevo, Enrique, revisando unos papeles de su cartera, la cual se guarda luego. Viste a lo artesano andaluz. Su aire es, efectivamente, serio y adusto.

Enrique. Ya se metió dentro la niña e la casera. Se creerá que me la vi a comé. Pué está tranquila: no me gustan las tortas de aseite. ¡Camará si es *hartible* la criaturita! ¡Lástima y no tuviera un hermanito que se le diera un aire, pa haserle un pie agua! *Se marcha a la calle ensimismado.*

En seguida aparece Manolita.

Manolita. Es contra mis nervios: no lo pueo resistí. Míalo: hasta de espardas tiene mal ánge. Y ¿qué hase ahora? Ya sacó la cartera otra vez. ¡La *preponderancia* que se da é con su cartera! Tos los días la tiene que sacá diez o dose veses. ¡Y eso estaría güeno pa er reló, pero pa la cartera…! Disen que es pintó de una litografía. ¡Habrá que mirá lo que pinte! ¿Qué le pasa? Argo se le ha perdío. ¡Claro, con ese trajín de la cartera!… To se le güerve mirá pa er suelo… ¿Y echa otra vez pa acá? ¡Cabalito! ¡Güeno, pos yo ahora no me voy; no vi a está de entra y sá porque a ér le dé la gana! *Torna a su silla, en*

la que se sienta después de dar con rabia un golpe en el suelo, y sigue su labor, no disimulando su inexplicable contrariedad. Apenas coge la aguja se pincha un dedo y se lo chupa. ¡Ay!

Vuelve Enrique, buscando con gran interés por el suelo lo que sin duda alguna ha perdido.

Enrique. De mi cuarto a la caye ha tenío que sé. ¡Por vía der demonio! ¡También sería desgrasia perderla! *Se detiene un momento en aquella parte del patio, y desaparece luego por la izquierda.*

Manolita. Me alegro, me alegro y me alegro. ¡Por retecargante! Y ¿qué será lo que ha perdío? ¿Argún retrato? No, no pué sé; por chico que fuera, aunque no fuera de cuerpo entero, se vería. ¡Ah! ¡Ya sé lo que es! ¡Es una medayita! Desde aquí la veo: ayí reluse. Busca, busca, que lo que es ahí vas a da con eya. Ya güerve pa acá. ¿Se lo digo? No. Sí. No. ¡Por antipático! ¡No se lo digo!

Enrique, realmente afanado en buscar la medalla, sale de nuevo.

Enrique. ¡Várgame Dios! Pos me espera un dijusto más que regulá si no parese. *Manolita, medio compadecida al cabo, trata de indicarle con un movimiento repetido de ojos primero y luego de cabeza, el sitio donde está lo que busca. Él, cuando lo advierte, se figura que es burla de la muchacha y se le encara con enfado.* Niña, ¿no tiene usté un mono pa reírse con é?

Manolita. ¿Ah, sí? ¿Habrase visto eriso? ¿De manera que quería desirle en dónde está la medayita y me suerta usté ese desagrado? ¡Pos ahora se va usté a sartá los ojos, si quiere, hasta dá con eya! *Vuelve a su costura llena de indignación y coraje, y se pincha de nuevo,* ¡Ay!

Enrique. ¿Se ha pinchao usté?

Manolita. No, señó; ha sío usté er que se ha pinchao.

Enrique. ¡Qué genio, hija!

Manolita. ¡Como que usté pué asustarse der genio! ¡Es usté una piedra de afilá!… Si le arrimo las tijeras, sartan chispas.

Enrique. ¿Desía usté que ha visto por aquí…?

Manolita. *Canturreando sin hacerle caso.*

Sube, Mariana, sube,

por aqueya montañita arriba,
sube, sube…

Enrique. ¿Qué hase usté, niña?

Manolita. ¡Desirle a Mariana que suba! ¿No lo oye usté?

Enrique. ¿Cómo?

Manolita. ¡Divertirme con er mono que tengo!

Enrique. ¡Güeno está!… *Continúa buscando la medallita.*

Manolita. Frío, frío, frío…

Enrique. Niña, yo no le he dao a usté confiansas.

Manolita. Ni yo me las he tomao, señó. No he dicho más que frío, frío, frío, porque se me ha venío a la boca. Como hubiera podio desí caliente, caliente, caliente. *Enrique la mira amostazado sin contestarle, y sigue buscando.* ¡Sí que tiene usté güena vista! ¿Y usté es pintó? *Vuelve a mirarla Enrique.* Pintará usté puertas: toas de un coló de arriba abajo. *Nueva mirada del mocito.* ¿Por qué no echa usté un fósforo? ¿Quié usté una vela? Na; no hay más remedio: una perra gorda a las Ánimas, o no parese. *A poco se levanta nerviosa, sin poder contenerse más tiempo, coge del suelo la medallita, que es diminuta, y se la muestra a Enrique.* ¡Místela, hijo, místela! *Fijándose en ella.* ¡Ay, qué bonita es! San Antonio bendito. *La limpia y la besa.* Tómela usté ya.

Enrique. Muchas grasias.

Manolita. No las merese.

Enrique. Usté no pué carculá er favó que me ha hecho.

Manolita. Lo selebro tanto. *Viendo que Enrique va a besar también la medallita.* No la bese usté, no sea que yo tenga arguna enfermedá que se pegue y vaya usté a cogerla; que sería un doló.

Enrique. No hay cuidao. *Besa la medalla y se la guarda.*

Manolita. Pos nadie lo diría.

Enrique. ¿Por qué?

Manolita. ¿Por qué ha de sé? Porque pasa usté tos los días por mi puerta como si hubiera peste.

Enrique. ¿Yo?

Manolita. Usté. Sin dá siquiera los güenos días.

Enrique. Los güenos días no los doy, porque apenas me ve usté vení se mete dentro.

Manolita. Yo me meto dentro porque me choca mucho la manera que usté tiene de pasá. Pasa usté así… como si hubiera cogío una mala postura en la cama.

Enrique. Eso es según usté lo mira. Lo que es que yo no soy de esos hombres que le dan palique a un gato que se encuentren.

Manolita. Ya me yamó usté gato. ¡Qué fino!

Enrique. Como ese sapatero de ahí, que ha de desirle argo a to er que pasa por la vera suya.

Manolita. ¿Quién? ¿*Serote*? ¡Ya quisiera usté pareserse a *Serote*! «¡Y zin ojos!».

Enrique. ¿Qué?

Manolita. Na. Cosas mías.

Enrique. Pos está usté equivocá: yo no quiero pareserme a *Serote*.

Manolita. ¡Jesús, qué orguyoso!

Enrique. Ni orguyoso ni humirde; que no me quiero paresé.

Manolita. ¿Envidia o caridá, vesino?

Enrique. ¡Como no le envidie er güen humó; lo que es er garbo!…

Manolita. El humó de usté es pa envidiarle er suyo a cuarquiera.

Enrique. Motivos me sobran pa que no sea güeno, hija mía.

Manolita. De toas maneras, a la legua se ve que es usté seriesito.

Enrique. Un payaso no soy. Ni ganas. Pero además, niña, nadie está en la vida de nadie, ni nadie sabe de nadie, ni nadie vive dentro de nadie pa podé nadie desí na de nadie.

Manolita. ¿Sabe usté que no es usté nadie?

Enrique. Yo vivo aquí solo, como usté ha visto.

Manolita. Yo no he visto na.

ENRIQUE. Ha podío usté verlo. Tengo a mi padre en Mairena, dándole na más que dijustos a mi madre; aquí en Seviya tengo a una hermana mar casá, sin otro consuelo que er mío; mi hermaniyo er chico está en la guerra pasando er purgatorio —esta medayita me la ha mandao mi madre pa é— y en la litografía donde trabajo hay un maestro ar que voy a tené que pegarle dos gofetás. ¡Y con to esto ensima quié usté que sarga yo de mi cuarto pa la caye y que le dé a usté los güenos días con unos pasitos de seviyanas!

MANOLITA. Na de eso quiero yo. Ni sabía de toas esas desgrasias tanto así. Es usté un *seniso*.

ENRIQUE. No me fartan pesares, mosita, como está usté oyendo.

MANOLITA. ¿Quién se lo podía figurá? A una, como lo que le sobran son motivos pa está contenta…

ENRIQUE. Dios se los conserve a usté hasta la fin der mundo.

MANOLITA. Muchísimas grasias.

ENRIQUE. Usté vive en la gloria. Con que tos los días ar levantarse se mire usté al espejo, ya no hay penas pa usté.

MANOLITA. Grasias.

ENRIQUE. Tiene usté unas pestañas pa tomá er fresco en er verano debajo de eyas.

MANOLITA. Grasias. Gana usté mucho con er trato.

ENRIQUE. Y usté también. La verdá sea dicha: no era usté santo de mi devosión. Me paresía usté mu fantesiosa.

MANOLITA. ¿Fantesiosa yo? ¿Yo fantesiosa? ¿Fantesiosa ha dicho usté? ¿Qué tengo yo de fantesiosa?

ENRIQUE. La fachá cuando menos. Empesando por la nariz, que no pué sé más insolente.

MANOLITA. *Acariciándosela con gracia.* Te han yamao insolente.

ENRIQUE. Y yo desía pa mí: la niña e la casera es guapa… Manolita. Der montón.

ENRIQUE. Pero despide las visitas.

MANOLITA. Lo mismo, lo mismo que yo desía de usté ar verlo siempre tan cayao: er vesino nuevo se debe de alimentá con inyersiones, pa no abrí la boca.

ENRIQUE. Y los dos nos habernos engañao.

MANOLITA. No; pos mu charlatán tampoco me lo parese usté.

ENRIQUE. Cuando estoy a gusto sí que charlo. ¿No charlo ahora?

MANOLITA. Ahora sí.

ENRIQUE. Porque me encuentro a gusto.

MANOLITA. ¿Es de verdá?

ENRIQUE. Me ha pasao lo que le pasa a uno cuando yeva frío y se mete en una habitasión donde hay camiya. Vamos, donde hay copa. Se nota un calorsito…

MANOLITA. Pero ¿hay copa aquí?

ENRIQUE. Hay lo presiso pa ensenderla. Candela no farta. ¡Vaya dos ojos que tiene usté, vesina!

MANOLITA. ¡Cuando digo que gana usté mucho con er trato! Es usté otro hombre. ¿Qué le armira a usté de los ojos?

ENRIQUE. No sé… Una grasia espesiá… un briyo de nuevos… ¿Los estrena usté hoy?

MANOLITA. No, señó; los estrené hase años. Sino que son de un coló que no pierde. Y ¡qué me alegro yo de que sea usté así! Me daba a mí muchas veses sentimiento. A mi madre se lo dije un día. Pregúnteselo usté: ¡qué lástima que un hombre tan *sombrón* y tan antipático tenga tan güen tipo!

ENRIQUE. ¿Hasta antipático le era a usté?

MANOLITA. ¡Uh! Argunos días lo hubiera insurtao. Sobre to los domingos. La corbatita colorá y er pañuelo de seda desmayao ar borde'er borsiyo, me asesinaban. ¡Y siempre tan reservao y tan serio!

ENRIQUE. Pos ya está usté enterá de por qué soy una cosa y otra. Es cuestión de *carártere*. Genio y figura… Cuando se nase con un *carártere,* se vive con ese *carártere* y se muere uno con er mismo *carártere*. Sobre que si se tienen cosas güenas que contá, pué uno í por las cayes pregonándolas, sea

er que sea su *carártere; pero* si no se tienen más que penas y sinsabores, crea usté que lo mejó es cayá y pasárselos uno solo.

Manolita. Los sinsabores como las penas disen que contándolos hayan alivio.

Enrique. Eso disen; pero ha de sé contándoselos a quien los quiera oí; a quien no vaya a burlarse de eyos.

Manolita. Y ¿quién hay capá de burlarse de semejante cosa? Yo de las penas de usté en jamás me hubiera burlao.

Enrique. Eso era pa saberlo.

Manolita. Pos ya se lo ha dicho a usté quien bien me conose.

Enrique. Y no se me orvida.

Manolita. ¿Tiene usté memoria?

Enrique. Como to er que es agradesío.

Manolita. Me gusta eso.

Enrique. Y tan solo como vivo aquí, y usté tan amable, usté verá cómo no es éste el úrtimo ratito de palique que echamos.

Manolita. Y así se empiesan muchos melones.

Enrique. ¿Qué?

Manolita. Na; un dicho der pueblo de mi madre, que es de Benacasón.

Enrique. ¿Entonses, aqueyo de la antipatía…?

Manolita. Borrao.

Enrique. ¿Aqueyo de mi reserva, y de mi orguyo, y de mi fachenda…?

Manolita. Borrao. ¿Y aqueyo de mi fantesía y de la insolensia de mis narises?…

Enrique. ¡Borrao der to! ¡Insolente la nariz de usté! ¡La nariz de usté es una pobresita esclava… vigilá por dos negros!

Manolita. ¡Vaya! Hablando se entiende la gente.

Enrique. Así son las cosas de este mundo.

Manolita. ¡Miste yo tan amiga der vesino nuevo!

Enrique. ¡Miste yo de charla con la niña de la casera! ¿No hay pa reírse?

Manolita. ¡Pos ríase usté ya, hijo, que toavía no ha roto der to! ¡Y yo no soy dos cuartos de sar sosa!

Los dos sueltan la carcajada.

Enrique. ¿Está usté contenta?

Manolita. A Dios grasias.

Enrique. ¿Somos amigos?

Manolita. Lo somos.

Enrique. Yo me voy ar trabajo como nunca. En güena hora perdí la medaya de San Antonio.

Manolita. Y en güena hora la vi yo.

Enrique. Y en güena hora le dió usté un beso.

Manolita. Y usté otro.

Enrique. Juntito ar de usté. No ha estao malo er punto de sita.

Manolita. A sabé si habrá sío San Antonio quien ha hecho este milagro.

Enrique. A sabé. Er tiene arguna costumbre de estas cosas.

Manolita. Y no sé da maliyas trasas.

Enrique. ¿Hasta luego?

Manolita. Hasta luego.

Enrique. ¿La mano?

Manolita. La mano. *Se la estrechan y no hallan momento de soltarse.* Suerte usté ya, que va usté a yegá tarde a la litografía. Y er maestro tiene malas purgas.

Enrique. ¡Hoy me sarto yo ar maestro a la piola! Con Dios.

Manolita. Con Dios. *Deteniendo a Enrique, ya en la puerta.* Sss… sss… Que se me orvidaba. ¿Cómo se yama usté?

Enrique. Es verdá: yo, Enrique.

Manolita. *Recreándose en el nombre.* ¡Enrique!

Enrique. ¿Y usté?

Manolita. Yo, Manolita.

Enrique. *Lo mismo que ella.* ¡Manolita!

Manolita. ¿Enrique qué?

Enrique. Enrique Ortega. ¿Y usté Manolita qué?

Manolita. Manolita Sepero. ¿Enrique Ortega qué?

Enrique. Enrique Ortega Carayaca.

Manolita. Y yo Manolita Sepero Muriyo.

Enrique. ¡De la familia de Muriyo tenía usté que vení por su madre! Güenos días. *Se va mirándola.*

Manolita. Güenos días. ¡Otro hombre! ¡otro hombre! ¡Vaya un muchacho fino, y bien educao, y con asiento en lo que dise, y con salías bonitas, y simpático por toas partes que una lo vea! ¡Otro hombre! ¡otro hombre!

En este oportuno momento regresa Cerote. Y es claro que al pasar junto a Manolita le espeta la consabida exclamación.

Cerote. ¡Y zin ojos!

Manolita. *Encarándosele de mal temple.* ¡Ave María! Pero ¿no se le ocurre a usté más que eso? ¡Cuidao con er sapatero si es chocante! «¡Y zin ojos!». «¡Y zin ojos!». ¡Y a toas horas lo mismo! ¡Pos sí que tengo ojos, pero no son pa mirarlo a usté! ¡Vaya!

Cerote. *Absorto ante el inesperado roción.* Güeno, niña, güeno; usté dispenze. —¿Y yo que creía que le hacía mucha gracia lo de «¡Y zin ojos!»? ¡No hay quien entienda a las mujeres! *Se va por la izquierda.*

Manolita. ¡Er demonio'er tío! ¡Con un oló a beserro mate que no hay quien lo sufra! ¡Mía que es soso y que tiene mal ánge! Ya sé yo por lo que le disen *Serote*. ¡En cambio Enrique Ortega Caravaca está sembrao!

Al público:

> Ahí va mi consejo, si valen consejos,
> de una jovensiya sin seso aparente:
> a nadie en er mundo se juzgue de lejos;

yo he visto que hablando se entiende la gente.

FIN

Fuenterrabía, octubre, 1913.

EL AMOR BANDOLERO

ZARZUELA EN TRES CUADROS

MÚSICA DE LOS MAESTROS BRAVO Y TORRES

Estrenada en el **Teatro de la Zarzuela** el 27 de noviembre de 1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pepita.	María Marco.
Tomasilla.	Luisa Rodríguez.
La Borracha.	Dolores Cortés.
La Casera.	Dolores Valero.
Una Zagala.	Eugenia Zuffoli.
Reposo.	Margarita Fernández.
Carlos.	Rafael López.
Chicho Fantesía.	Casimiro Ortas, hijo.
El Señor Domingo.	Rodolfo Recober.
Don José.	Enrique Beut.
Metralla.	Antonio de la Guerra.
El Casero.	Diego Gordillo.
Bibloteca.	Casimiro Ortas, padre.
El Guarda.	José Galerón.
El Chiquichanca.	José Fernández.
Un Gañán.	Antonio Fernández.

Coro de cortijeros.

EL AMOR BANDOLERO

CUADRO PRIMERO

Fachada principal del caserío de Santa Teresa, cortijo en tierras andaluzas. Al fondo, por la gran puerta, se ve el patio empedrado. Sobre ella, en un pintoresco cuadro de azulejos, la imagen de la Santa de Ávila, no muy parecida, en verdad. Adosados a las blancas paredes, poyetes de ladrillos, cuya cara superior únicamente ha sido respetada por la cal. Salidas al campo por la derecha y por la izquierda. Dos o tres sillas bastas y un sillón. Es a la calda de la tarde, en el mes de agosto.

Pepita, sentada en una de las sillas, mira al lucero de la tarde. Es de presumir que el lucero la mire a ella. Aunque es una señorita por su linaje y posición, viste como la más modesta campesina. Aún vibra en el aire la última campanada del toque de oraciones. Misteriosos rumores reinan en el campo. Pepita canta.

Música

PEPITA.

Si lo ves por esos mundos,
luserito de la tarde
dile que si no me quiere,
no me engañe.

Cesa la música.

Por la derecha del actor viene una Zagala. En la mano trae una especie de alcuza hecha de un cuerno.

ZAGALA. Florecía, güenas tardes.

PEPITA. Buenas tardes.

ZAGALA. ¿Está er cazero?

PEPITA. Creo que sí; no sé. La que está es la casera. Tú ¿qué traes?

ZAGALA. Pos que vengo de parte e mi padre por un cuerno de aceite.

PEPITA. Y ¿quién es tu padre?

ZAGALA. Er porquero.

PEPITA. *Llamando.* ¡Señá Francisca!

Señá Francisca, la Casera, contesta desde dentro. Luego sale a la puerta.

CASERA. ¿Qué?

PEPITA. ¡Aquí está la hija der porquero por un cuerno de aseite!

La Casera asoma con un chiquillo de pañales en brazos, y Reposo, una chiquilla como de tres años, agarrada a su falda.

CASERA. ¿Qué es lo que quieres tú?

ZAGALA. Mi padre, que me manda por un cuerno de aceite.

CASERA. *Llamando.* ¡Juan! ¡Juan!

Juan, el Casero, responde también desde dentro y luego sale.

CASERO. ¿Qué paza?

CASERA. ¡La hija der porquero que viene por un cuerno de aceite! Trae acá er cuerno.

ZAGALA. Tenga usté.

Se oye al Casero rezongar. La Casera se vuelve adentro.

PEPITA. ¿Cómo te yamas tú?

ZAGALA. ¿Cómo vi a yamarme? Manuela.

PEPITA. ¿Manuela qué?

ZAGALA. Manuela. Manuela, na. Manuela.

PEPITA. Te pregunto por el apeyido.

ZAGALA. Pos Manuela… la hija der porquero.

PEPITA. ¡Ya!

Aparece el Casero con el solicitado cuerno de aceite.

CASERO. Oye, niña: ¿tu padre guarda cochinos o guarda lechuzas?

ZAGALA. Guarda cochinos.

CASERO. Pos paece que guarda lechuzas. Dos cuernos de aceite van ya en la zemana. Ten ahí. Y dile que no abuze; que güeno está de cuernos; que no es é zolo en er cortijo.

ZAGALA. Yo ze lo diré. Güenas tardes. *Se va.*

PEPITA. Anda con Dios.

Sale por la izquierda del actor el Señor Domingo.

SEÑOR DOMINGO. ¿Qué era ezo?

CASERO. La niña der porquero, que ha venío por un cuerno de aceite. *Se vuelve adentro.*

El señor Domingo es el aperador del cortijo, hombre observador y sosegado.

PEPITA. ¿Está carmosita la tarde, verdá, señó Domingo?

SEÑOR DOMINGO. Está, está carmozita. En Andalucía y en agosto, ¿qué va usté a pedí?

PEPITA. ¿Usté?

SEÑOR DOMINGO. *Rectificando.* Qué vas a pedí. No me acostumbro, zeñorita.

PEPITA. ¿Señorita?

SEÑOR DOMINGO. ¡Y dale! Te diré Florecía, como te yaman tos en er cortijo.

PEPITA. Eso es.

SEÑOR DOMINGO. Aquí tenemos ar papá.

Sale del interior de la casa don José, padre de Pepita, enamorado de su obra. Viste como el aperador.

DON JOSÉ. ¡Vaya una siesta que me he echao antes der gazpacho y vaya un gazpacho que me he tomao después e la siesta! ¿Qué es eso? ¿Está usté

embobao mirando a mi niña?

Señor Domingo. Ni más ni menos.

Don José. Pos ya somos dos a embobarnos. ¿Tengo yo o no tengo motivos pa no sabé donde poné a la criatura?

Pepita. ¡Papá, no empieses!

Don José. ¡Miste qué cara!

Pepita. ¡Papá!

Don José. ¡Miste qué ojos! ¡Miste qué boca!

Pepita. ¡Pero, papá!

Don José. ¡Miste qué risa!

Pepita. *Levantándose.* ¡Vaya!

Don José. ¡Miste qué hechuras! ¡Miste qué andares! ¡Miste…!

Señor Domingo. *Riéndose.* ¡Paece usté zu novio, don Jozé!

Don José. Señó José.

Señor Domingo. ¡Zi ahora no hay aquí nadie!

Don José. Aunque no haya nadie.

Pepita. Pos arguien yega; que er *Guardián* ha latío, como ustedes disen.

Señor Domingo. Es verdá que ha latío.

Pepita. *Asomándose a la derecha.* ¡Ah! ¡Si es mi hombre!

Don José. ¿Quién?

Pepita. ¡Mi hombre! ¡Chicho Fantesía!

Don José. ¡Mi sobrinito!

Pepita. ¡Ayí viene tragándose los campos en su jaca negra!

Señor Domingo. ¡Que ya tiene podé la jaca pa cargá con toa la guaza der niño!

Pepita. ¿Qué habla usté? Pos ¿dónde hay otro más salao? Yo me voy a poné pa resibirlo cuarquier perifoyo. Esta visita no es de tos los días. *Se entra en la casa.*

Don José. ¡Bendita sea tu grasia, y tu persona, y tu madre… y tu padre también! ¡Valiente hija tengo! Y a usté ¿qué le susede, señó Domingo, que se

ha quedao usté como congelao?

SEÑOR DOMINGO. Pos zeñó Jozé, o compadre Jozé, ya que azín quié usté que le diga, que la zituación farza en que usté y zu niña viven en er cortijo tenía que traé conzecuencias.

DON JOSÉ. ¡Claro!

SEÑOR DOMINGO. No zon a las que usté ze puea referí. Es que la zeñorita Pepa, vestía de campezina como está, es la zagala más bonita que ha habío nunca en er campo…

DON JOSÉ. ¡Eso ya lo sé yo!

SEÑOR DOMINGO. Y es que hay muchoz hombres aireó de eya.

DON JOSÉ. ¡Cuantos más haya más me alegro!

SEÑOR DOMINGO. Quizá, mientras zean muchos; pero zi uno zolo ze pone una mijita pezao, como ya viene ocurriendo con este *pampli* de mi zobrino, tar vé no ze alegre usté tanto.

DON JOSÉ. A vé, a vé…

SEÑOR DOMINGO. En mí está el arvertirlo a usté de lo que hay. Chicho Fantezía, como le nombran aquí por chufla, ez hijo der capataz de *La Rastrojera*, eza jacienda que está zierra adentro.

DON JOSÉ. Sí; *La Rastrojera*, sí; la der barón de Oliva.

SEÑOR DOMINGO. Cabá. Pos güeno: a eze niño, que no sirve pa na más que pa pazearze de feria en feria, le ha dao por cortejá a la zeñorita.

DON JOSÉ. No le importe a usté, señó Domingo.

SEÑOR DOMINGO. Con aqueyo de que duerme en las habitaciones der barón, de que monta en los cabayos der barón, de que tira con las escopetas der barón y de que uza la ropa que dezecha er barón, ze ha yegao a creé que ez er barón. ¡Y hasta que le hace un favó a la zeñorita, a Florecía, con poné loz ojos en eya!

DON JOSÉ. *Riéndose*. ¡Floresía se divierte de lo lindo a su costa! Duerma usté tranquilo por ese lao. Lo que no quita que yo le agradezca a usté su selo y su intensión; porque se toca a las niñas de mis ojos.

SEÑOR DOMINGO. Basta. Yo ya he cumplío.

DON JOSÉ. Y yo voy ahora a cumplí con usté, hasiéndole una confiansa que le debo. *Se asegura de que están solos y continúa.* Su hombría de bien y su reserva, señó Domingo, bien meresen que yo le aclare este misterio de mi escondite.

SEÑOR DOMINGO. Importante debe de zé la cauza der misterio, cuando perzonas tan principales como usté y como la zeñorita, yevan más de un mes en er cortijo de Zanta Tereza haciéndoze pazá por gente pobre.

DON JOSÉ. Vamos a vé, señó Domingo; usté ¿qué ha pensao? ¿Usté adivina arguna cosa de lo que yo le voy a contá?

SEÑOR DOMINGO. Don Jozé, yo zoy un hombre que ve y caya. Yo he cavilao mucho zobre er negocio éste. Pa mí, no ez usté er que ze esconde; zino que usté quié escondé a zu tezoro.

DON JOSÉ. A mi hija.

SEÑOR DOMINGO. Y a una hija no la zecuestra ningún padre, zi no es por una de dos cozas: o porque ze quié meté en un convento… o por to lo contrario. Ya usté me entiende.

DON JOSÉ. Justo.

SEÑOR DOMINGO. Inclinación de monja no le veo yo a la zeñorita por ningún lao; ni farta; luego lo que zucede, a mi parecé, es que a eya le gusta argún hombre que a usté no le gusta.

DON JOSÉ. ¡Compadre, cómo se afina la vista en er campo!

SEÑOR DOMINGO. A la cuenta zerá arguno de estos niños ricos, viciozos, mujeriegos, calaveras, zin fundamento ni juicio… pero que a las mujeres, zin que uno ze esplique por qué, les caen en gracia.

DON JOSÉ. ¡Señó Domingo, me está usté contando de pe a pa la historia que yo iba a contarle! ¿He soñao de resio en arguna siesta? ¿A usté le ha dicho argo mi hija?

SEÑOR DOMINGO. Ni palabra. Yo me lo he dicho to pa mí.

DON JOSÉ. Pos ése es mi caso. Y er señorito, pa interesarla más, se está hasiendo el enamorao loco por eya. Y me la yevo a Córdoba y ayí está é; y arranco hasta Madrí y me lo encuentro en la estación esperándola; y me corro al extranjero, y por dondequiera que voy con eya, nos sigue. Hasta que me he

dicho: vamos a vé si en er cortijo de Santa Teresa, que ni siquiera es mío, que nadie sabe de é, pasando eya por una sagala y yo por un compadre del aperadó, dá con nosotros ese mosito. Y un mes yevamos y no ha dao. Ni dará.

SEÑOR DOMINGO. Yo no creo que dé.

DON JOSÉ. Y como ojos que no ven corasón que no siente, eya acabará por enfriarse der capricho que tenga, y ér por cansarse y por dejarnos tranquilos.

SEÑOR DOMINGO. To ezo va bien, como la zeñorita zea conforme; zi no, tiempo perdió. ¿Cuál es er zentí de la zeñorita?

DON JOSÉ. Eya me obedese con gusto: ya usté lo ve. Y me ha dicho: «Mira, papá, comprendo tus rasones y hago lo que quieras. Por mí, nadie sabrá dónde nos hemos escondió, ni pa qué. Me gusta ese hombre; le tengo mucha simpatía… y hasta creo que a mi lao dejaría de sé un calavera —¡ilusiones que se hasen las muchachas!— Como ér me quiera, suya tengo de sé; y si me busca y en er sentro de la tierra da conmigo, es que me quiere. Ahora, si no me busca, si se cansa, si se orvida de mí… yo haré por orvidarlo». ¿Qué le paese a usté? *El señor Domingo tuerce el gesto.* ¿Por qué se caya usté? ¿Por qué no habla?

SEÑOR DOMINGO. Porque no me gusta dá malas noticias.

DON JOSÉ. ¿Es que usté supone?…

SEÑOR DOMINGO. Zí, señó. Pero dejemos corré er tiempo.

DON JOSÉ. Dejémoslo corré. Yo aquí estoy a gusto y confiao.

SEÑOR DOMINGO. Ha güerto a latí er *Guardián*.

DON JOSÉ. Será por Fantesía.

SEÑOR DOMINGO. No; Fantezía está ahí ya, charlando con er yegüerizo. Es por eze lao. Viene ayí el hatero de Las Canteras.

DON JOSÉ. ¡Hombre! Vi a salirle al encuentro. Esperando carta estoy yo. ¿Se queda usté?

SEÑOR DOMINGO. Ahora voy. Quieo hablá dos palabras con mi zobrino.

DON JOSÉ. ¡Déjelo usté corré! *Se va por la izquierda.*

SEÑOR DOMINGO. *Reflexivo.* ¡Bendito zea Dios! ¡Después de lo que zu hija le dice, este padre está cuazi tranquilo! Las mujeres zon capaces de engañá a zu padre, y a zu madre, y a zu novio, y a zu marío… y a medio mundo. Menos al aperaó der cortijo de Zanta Teresa, Domingo Zánchez Molina, en er cazo prezente. *A Chicho Fantesía, que aparece por la derecha hecho un brazo de mar.* Chicho, Dios te guarde.

CHICHO. Zalú, tío Domingo.

Da un paseíto lleno de presunción y el señor Domingo lo contempla con sorna.

SEÑOR DOMINGO. ¡Qué lástima, hombre, qué lástima que er barón no tenga los brazos un poquito más cortos!

CHICHO. ¿Ya principia usté? *Asomándose a la puerta del cortijo.* Francisca, hágame usté er favó de un buchito de agua.

SEÑOR DOMINGO. ¿A qué jinojo vienes por aquí, pué zaberze?

CHICHO. Tío Domingo, ze lo digo a usté toas las veces que vengo: a vé a Florecía.

Sale la Casera lo mismo que antes, con el rorro en brazos y Reposo agarrada a la falda, y le da a Chicho una talla de agua.

CASERA. Güenas tardes, Chicho.

CHICHO. Güenas tardes. *Bebe.* Dios ze lo pague a usté: es gloria este agua.

CASERA. De zalú zirva. *Vuélvese adentro.*

SEÑOR DOMINGO. Pos yo quieo darte un conzejo, zobrino.

CHICHO. Tío, usté dirá.

SEÑOR DOMINGO. Que no parezcas por Zanta Tereza en tres mezes.

CHICHO. Y ezo, ¿por qué?

SEÑOR DOMINGO. Porque no me gustaría verte zalí en ningún pliego de aleluyas.

CHICHO. ¡Ah! ¿zi? Pos tar vez que no le haga a usté cazo.

SEÑOR DOMINGO. Mal hecho. La esperencia aconzeja ziempre bien a la mocedá.

Chicho. ¿La esperencia, eh?

Er libro de la esperencia
no zirve al hombre pa na;
tiene ar finá la zentencia
y nadie yega ar finá.

Señor Domingo. Güeno, pos entonces, niño, quéate con Dios… y que te corten las mangas.

Chicho. *Estirando con rabia los brazos, para contrarrestar el exceso, que no el defecto, de la chaquetilla.* ¡Mardita zea!

Señor Domingo. Y métele un pá de periódicos a la badana der zombrero, que tampoco le vendrán malamente. *Se marcha por la izquierda.*

Chicho. ¡Mardita zea! *Echándose el sombrero hacia atrás.* No tiene en cuenta que me he pelao. Por zupuesto, que tos los viejos zon iguales: les hace la pascua que un chavá ze yeve de caye a las mujeres. *Viendo a Pepita, que torna a salir más compuesta.* ¡Ole mi Florecía!

Música

Lucero der cortijo,
jarmín temprano,
no le tiro la capa
porque es verano.
Zi invierno fuera,
eza iba a zé la arfombra
que le puziera.

Pepita.

Dios guarde a lo más neto
que hay en er mapa;
me alegro de enterarme

que tiene capa.
¡Por Dios le pío que a
visitarme venga cuando
haga frío!

CHICHO.

Pía usté por eza boca de clavé,
que yo zoy un zervidó de zu mercé.

PEPITA.

¡Ya lo sé!
Como sé que si le pío un rayo e só
me lo trae de cadena en er reló.

CHICHO.

¡No que no!

La jaca en que me amonto,
con zu braceo
escribe en los caminos
lo que dezeo.
Y Florecía
lo pone ya zin fartas
de ortografía.

PEPITA.

¡Bien haya este jinete
de tar finura,
que a su jaca la mete

por la escritura!
¡No yeve espuela
cuando monte esa jaca
que va a la escuela!

CHICHO.

(Aunque rabie y critique
mi tío Domingo,
con esta güena moza
yo pongo er mingo).
En vez de eze azulejo
que hay en la artura,
vi yo a poné un ladriyo
con zu figura.

PEPITA.

(Aquí donde me trajo
mi mala suerte,
es la única persona
que me divierte).

CHICHO.

¡Bendigo er día
en que vieron miz ojos
a Florecía!

PEPITA. *A la par que él.*

¡Fortuna mía,
que soy la predilecta
de Fantesía!

Se dan las manos. Cesa la música.

CHICHO. Ya ziento yo no habé traío guantes esta tarde.

PEPITA. ¿Guantes? ¡Qué ocurrensia! ¿Pa qué?

CHICHO. ¡Pa ponérmelos ahora mismo y yevarme dentro el oló de esta mano a *La Rastrojera*!

PEPITA. Sí que ha salío usté desaviao en er mes de agosto: sin capa, sin guantes… Vaya, siéntese usté un ratito. ¿No?

CHICHO. ¡Como zi me quié usté zembrá en las neas del aziento, mi arma! *Se sientan los dos. Chicho añade, quitándose el sombrero:* Da caló er zombrerito.

PEPITA. Es que le está a usté un poquiyo grande.

CHICHO. No lo crea usté; ezo no es más que er día que me pelo.

PEPITA. Y es de moda.

CHICHO. ¿Quié usté probárzelo?

PEPITA. Ya está.

CHICHO. ¡Ole las mujeres zerranas! La canoa de un cura ze pone usté y está bonita.

PEPITA. *Curioseando el forro del sombrero.* ¿Qué inisiales son éstas, Chicho?

CHICHO. ¿Que qué?

PEPITA. Qué inisiales. Éstas no son las inisiales de usté.

CHICHO. *Desconcertado.* No… no; zi yo no tengo iniciales.

PEPITA. ¿No?

CHICHO. No. ¿Pa qué? Papá está empeñao, pero…

PEPITA. Y esta F y esta H ¿qué quién desí?

CHICHO. ¡Lo que usté quiera!… ¡Cuarquier coza! Zon dos letras que he pegao ahí pa despistá. ¡Por zi ze me pierde arguna vez que nadie ze malicie que es mío!

PEPITA. ¡Ah, ya! Pos no se lo malisia nadie, no. Sobre to si le coge a usté en er día der pelao.

Chicho. *Riéndose a regañadientes.* ¡Ezo tiene gracia! ¿Le gustan a usté los parmitos?

Pepita. Y ¿a qué viene esa pregunta así de sopetón?

Chicho. A cambiá la converzación der zombrero, que ya ha zortao bastante zumo.

Pepita. ¡Ja, ja, ja!

Sale la Casera con los dos apéndices de siempre. Como se ve, esta mujer no es una mujer: es un grupo. Se encamina hacia la derecha.

Casera. Chiquiya, ¿quiés dejarme? *A Pepita.* ¿Tú no ves que penzión? To er día agarrá a mis naguas.

Pepita. La sigue a usté como los poyiyos chicos a las gayinas.

Casera. Zí; pero los poyos ziguen a los gayinas más de lejos. *Se va por la derecha.*

Pepita. Es simpática la casera, ¿verdá?

Chicho. La cazera, zí. En cambio er cazero tiene *arate*. Me zucedió a mí un día… *Baja prudentemente la voz y sigue hablando con su pareja.*

Por la izquierda vuelven Don José y el Señor Domingo, conversando misteriosamente. Don José parece muy turbado.

Don José. (¿Y eso se podrá yevá a cabo con toa reserva?).

Señor Domingo. Zin que nos zienta ni er *Guardián*.

Don José. Pos a eyo.

Señor Domingo. A eyo. Descanze usté en mí. Usté no tiene más que alegrá la cara, pa que la niña no prezuma que hay novedaes.

Don José. Dise usté bien. ¿Y la carta?

Señor Domingo. La carta usté ze la guardó.

Don José. Es verdá. Me ha desconsertao la notisia.

Señor Domingo. Al avío.

El señor Domingo se entra en la casa. Don José se acerca, disimulando, a Pepita y a Chicho.

Don José. Amigo, buenas tardes.

Chicho. Güenas tardes, zeñó Jozé.

DON JOSÉ. Usté siempre al arrimo de la mier de las flores.

CHICHO. Zí, zeñó; como las *ovispas*; zino que zin mala intención.

DON JOSÉ. ¡Y que la chiquiya está pa un susto! ¿Eh, Fantesía? ¡Y en mala edá! ¿Eh? ¡Dan ganas de vendérsela a un ropavejero por lo que ofrezca! *Se sienta.*

PEPITA. ¡Qué chocante te pones, papá!

CHICHO. Pos lo que habla es el Evangelio de la miza. ¿Zabe usté lo que ziento yo? No zé un gigante de esos cuentos que cuentan.

DON JOSÉ. ¿Un gigante? ¿Pa qué?

PEPITA. ¡Pa que le esté bueno er sombrero será!

CHICHO. ¡No, Florecía, no! Basta, basta der zombrerito. ¡Pa robarla a usté una noche zin que fuerzas humanas me lo impidieran!

DON JOSÉ. Y ¿se atreve usté a desí eso delante e mí?

Bibloteca sale a la puerta. Es el tahonero del cortijo, hombre cachazudo y sentencioso.

BIBLOTECA. Vamos a zentarnos una mijita ar fresco.

DON JOSÉ. ¡Hola, Bibloteca!

BIBLOTECA. Escucha, Fantezía: eza jaca negra que te ha traío, ¿es tuya o es también der barón?

CHICHO. *Picado.* ¿Cómo también? Ahí tienes té una de las muchas cozas que ar tahonero de Zanta Tereza le deben tené zin cuidao. Tú procura amazá er pan y zazonarlo como es debió pa que los gañanes no te quieran corgá de un árbo, y déjate de historias ajenas.

BIBLOTECA. ¡Ja, ja, ja!

DON JOSÉ. No, pos la jaquiya es fina y bien plantá, que da gusto verla.

CHICHO. ¿Cuál? ¿Eza? No hay otra zemejante en los contornos. En la feria de Aracena la merqué. ¡Las cosas que a mí me zuceden! Yegué con cinco duros ar Cazino, ze tayaba fuerte y ze me ocurrió probá fortuna. Y me zopló una güena racha. Qué té no zería que a caza me gorví con eza jaca, dos pares e cochinos, un borriquiyo pa la noria, una yunta e güeyes y un carnero pa mi hermaniyo Antonio.

PEPITA. Totá: la feria entera.

BIBLOTECA. ¡Ja, ja, ja!

Vuelve la Casera por donde se marchó.

CASERA. Ea, me voy a zentá aquí un poco a vé zi me zuertas. *Lo hace.*

PEPITA. *A la niña.* Ven acá: dame un beso.

CASERA. Anda, Repozo, dale un bezo a Florecía, que te quiere mucho.

Reposo, en un rapto de heroísmo, se desprende de la falda de su madre, y a ella vuelve a cogerse inmediatamente que le da el beso a la muchacha.

PEPITA. ¡Qué monísima es!

Por la izquierda llega en esto el Guarda del cortijo. Usa bandolera y carabina.

GUARDA. A la paz e Dios.

BIBLOTECA. ¡Hola, guarda!

PEPITA. Buenas tardes.

DON JOSÉ. ¿Viene usté de muy lejos?

GUARDA. No. De darles un vistazo a las yeguas vengo ahora.

BIBLOTECA. ¿Quié usté un pitiyo?

GUARDA. Ze agradece.

BIBLOTECA. ¿Cuándo gorverá er contrabandista?

GUARDA. Mañana lo espero. Pazao a lo más tarde.

BIBLOTECA. Me ze está acabando er tabaco…

CHICHO. Oiga usté, guarda, ¿qué ez ezo que me han contao de dos malhechores que cogió usté anoche detrás e la Cruz?

GUARDA. ¡Ca, hombre! No haga usté cazo. ¡Zi eran dos infelices que venían de Aracena con un lechonciyo!

BIBLOTECA. Lo que queó de la feria er día que estuvo éste. ¡Ja, ja, ja!

DON JOSÉ. A mí lo que me han dicho es que el Alarde anda escondió por esta sierra.

PEPITA. ¿Quién? ¿El Alarde? ¿Er bandolero?

CHICHO. A mí me lo han dicho también.

GUARDA. No hay tar coza. Desde el úrtimo encuentro que tuvo con la Guardia civí, to lo que ze hable de donde está el Alarde es una fantezía. Ni er viento zabe donde está.

PEPITA. ¡Ay, qué miedo!

CASERA. ¡Demonio de hombre! Ziempre ha de tené a to er mundo zoyispao. *Le da un beso a Reposo.*

PEPITA. Y ¿es tan valiente como se cuenta, guarda?

GUARDA. Valiente es poco, Florecía. Es temerario.

Asoma el Casero a la puerta al olor de la conversación.

CHICHO. Zí, zí; tan temerario que a toaz horas está juyendo.

CASERO. ¿El Alarde?

GUARDA. ¿El Alarde?

BIBLOTECA. ¿Qué juye el Alarde?

CASERO. ¿Juyó en er cortijo de don Manué Romero?

BIBLOTECA. ¿Juyó en la *Rinconá*?

GUARDA. ¡Zí no ha juío nunca! ¡Zi es un hombre que está dezafiao con la muerte!

PEPITA. ¿Arguno de ustedes lo conose?

GUARDA. Yo, no.

CASERO. Ni yo.

BIBLOTECA. Cuentan que es un güen mozo.

CHICHO. ¿Qué va a zé, hombre? ¡Zi ze libró de las quintas por farta e pezo!

CASERO. ¿Tú qué zabes?

BIBLOTECA. ¿Ustés no han leío la *Vida de los Ziete Niños de Écija*?

CASERO. Lo más notable de eze hombre zon las zalías tan arrogantes que tiene; los alardes que gasta; que de ezo le viene el apodo.

BIBLOTECA. Es verdá. En Jeré pazó por el Ayuntamiento con un puro y le pidió candela al arcarde.

CHICHO. ¡Ezo lo hago yo con er gobernadó de Zeviya!

CASERO. ¿Zi, eh? Pos camino de Fuente Amarga ze encentró con un coche en que iba la espoza der capitán Barrera, eze que ha jurao yevarlo a Zeviya vivo o muerto, y lo mandó pará, y le dijo a eya, dice, entregándole un ramo e llores: «Zeñora capitana: tome usté estas flores, y dígale usté ar zeñó capitán que zon del Alarde».

BIBLOTECA. Ezo está puesto en er pliego de aleluyas que le han zacao. A vé zi yo me acuerdo.

«Iba yegando la noche
y vió de venir un coche.

Para zu zuerte crué
la capitana va en é.

Parando er coche el Alarde
va y le dice: Dios la guarde.

Zoy el Alarde, zeñora;
la espero desde la aurora.

Yévele usté a zu marido
estas flores que he cogido.

La zeñora ze quedó
parada como un reló».

Principia a decrecer la luz de la tarde.

PEPITA. ¡Ave María, qué susto!

CHICHO. ¿Ze azusta usté de ezo, Florecía? Pero ¿qué való tiene acercarze a una mujé que va zola en un coche?

GUARDA. ¿Con que no, y era la mujé der capitán que más lo perzigue?

BIBLOTECA. ¿Ustés no han leío la *Historia de Diego Corriente*?

CASERO. ¡Lo que correrías tú, que tanto lo desprecias, camino abajo, zi te yegaras a tropezá, no digo yo con el Alarde, con un retrato zuyo na más en medio unas pitas!

CHICHO. ¡Hombre, no! ¡No tanto corré! ¡Miste que al *Ojo e Tigre*, que tenía cien veces más corazón que el Alarde, pero cien veces más, le he escupío yo por la boca'er trabuco!

PEPITA. ¿Sí?

CHICHO. Me dió el arto delante una chumbera, me puzo er trabuco en la cara, y yo, zin arterarme, ¡pschs!, le zorté por er cañón la zalivita. Y le enfrié la bala. ¡Na más que ezo! *Se ríen todos.* Menos riza, que esto que digo ze pué jurá. Cuando ér vió con er punto que ze las había, me alargó la mano y me dijo: «Amigo, es usté un hombre». Y media hora después estábamos en una venta armorzando como dos compadres.

BIBLOTECA. Y ¡qué coraje da dispertarze en ezos momentos!

Nuevas risas.

CHICHO. ¡Ah! pero ¿es que uzté ze ha yegao a figurá que ezo era zoñando?

PEPITA. Bueno, vamos a variá de conversasión, o no pego yo un ojo esta noche.

CHICHO. ¿Es pozible?

PEPITA. ¿No ha de serlo, Chicho? Yo tengo er corasón muy chico pa estas conversasiones.

CASERA. Yo también.

CHICHO. Pos esta noche, pa espantarle a usté er mieo, me vi yo a da er gusto de cantarle a usté la nana mientras ze duerme.

PEPITA. ¿Cómo?

CHICHO. Ahora mismo voy en busca der Chiquichanca, y der chiquiyo'er boyero, y de cuatro o cinco gañanes, y va usté a tené múzica por los cuatro costaos der cortijo hasta que coja er zueño.

DON JOSÉ. No, no: esta noche, no. Déjese usté de serenatas.

CHICHO. Con permizo de usté, ya lo he dicho, y yo nunca me güervo atrás: hasta que coja er zueño Florecía hay coplas en er cortijo esta noche. Y en cuanto eya ze duerma, que nos lo avize, y ze concluyó la zerenata. Y está firmao. Güenas noches. *Se va resuelto por la derecha.*

PEPITA. *Levantándose.* Entonses, pa que no trasnoche demasiao, vi a recogerme ya.

BIBLOTECA. Un libro he leío yo que tiene un perzonaje tan caricatura como éste. Vi a acostarme también, y ya le avizaré con un ronquío cuando coja er zueño. ¡Ja, ja, ja! *Se entra en la casa.*

GUARDA. Hasta mañana zi Dios quiere; que paece que han tocao a retirá. *Se marcha por la izquierda.*

CASERO. Güenas noches, guarda.

DON JOSÉ. Buenas noches.

CASERA. Güenas noches. *A su niña.* Vámonos nozotras también; que un ojo te está diciendo michi y el otro zape. Hasta mañana.

PEPITA. Hasta mañana.

DON JOSÉ. Que descansen ustedes.

La Casera se va también al interior. El Casero se lleva el sillón y las sillas.

PEPITA. *A su padre.* ¿A ti qué te ocurre, papá?

DON JOSÉ. A mí na, hija.

PEPITA. Me había paresido verte como apesadumbrao.

DON JOSÉ. ¡No! Pero vamos pa dentro a echá un parrafito tú y yo antes de meternos entre sábanas. Casero, buenas noches. *Vase.*

CASERO. Güenas noches.

PEPITA. *Deteniéndose un momento antes de seguir a su padre.* ¡Ya lo creo! Argo le pasa; y yo me sospecho lo que es. Y ¡ojalá que yo asierte! Hasta mañana.

CASERO. Hasta mañana, Florecía. Ca mochuelo a zu olivo. A zortá er *Guardián* y a ajustá las cuentas der día. *Éntrase, y cierra la puerta tras de sí.*

Música

La noche ha envuelto en temerosas sombras los campos. Tiemblan las estrellas en el profundo azul del cielo. La luna vigila discretamente detrás de unas nubes rasgadas. Los insectos y los pájaros nocturnos se dejan sentir.

Alguien se escapa sigilosamente del cortijo. Alguien llega: el amor acaso. Palpitan en el aire los suspiros de una mujer.

Cesa la música.

Por la izquierda surge con gran cautela Metralla. El «Guardián» ladra dentro. Echa Metralla la vista en torno, se cerciora del sitio en que está y de que la soledad es completa, y entonces le hace una seña a Carlos, su amo, que en seguida aparece. Los dos vienen en traje de campo y han llegado a caballo hasta allí. Traen escopetas.

CARLOS. ¿No hay nadie?

METRALLA. Er perro, que se ha puesto a ladrá.

CARLOS. Temprano se recoge esta gente.

METRALLA. En Santa Teresa estamos, señorito.

CARLOS. ¿Tú estás seguro?

METRALLA. *Señalando a la imagen que hay sobre la puerta.* Miste.

CARLOS. Sí: la seña no miente. Santa Teresa es.

METRALLA. ¡Mar tiro le peguen ar perro!

CARLOS. Hombre, está cumpliendo con su obligasión.

METRALLA. ¿Qué hasemos?

CARLOS. Lo primero, averiguá si está aquí la paloma. ¡Que sí está! No me engaña mi corasón. Por aquí huele a eya.

METRALLA. Y ¿cómo averiguamos eso?

CARLOS. Muy fásirmente: entrando en er cortijo.

METRALLA. ¿Entrando? ¿Usté tiene yave?

CARLOS. ¡Qué grasioso! Ni farta. Verás tú cómo nos abren en seguía. *Se acerca a una de las ventanas y da varios golpes. El «Guardián» acentúa sus ladridos.*

METRALLA. Lo mismo yama usté ahí que a las puertas e la gloria pa hablá con San Pedro.

CARLOS. Lo mismo. *Vuelve a golpear en la ventana.*

El Casero grita desde dentro.

CASERO. ¿Quién es? ¿Quién es?

CARLOS. ¡Yo se lo diré a usté cuando er perro se caye!

CASERO. ¡Caya, *Guardián*! ¡Caya! *El «Guardián» obedece.* ¿Quién es?

CARLOS. ¡Gente de paz!

CASERO. ¿Qué ze ofrece?

CARLOS. ¡Descansá un rato en er cortijo!

CASERO. ¡Ahí fuera hay poyetes pa ezo!

CARLOS. Y ¿no hay un poco e agua pa nosotros y pa los cabayos?

CASERO. ¡Dos pazos más ayá está er Ventorriyo e la Luna! Güenas noches.

CARLOS. ¡Oiga usté!

CASERO. ¡Güenas noches!

CARLOS. Va a habé que sacá er Cristo, Metraya.

METRALLA. No va a habé más remedio.

CARLOS. Es la fija. *Llama otra vez a la ventana.*

CASERO. ¿A que zuerto er perro? ¿Venimos cargaos de vino, quizás?

CARLOS. ¡Abra usté la puerta!

CASERO. ¡He dicho que no! ¡Esta puerta no ze abre a estaz horas!

CARLOS. ¿Qué no? ¿Ni siquiera a mí?

CASERO. ¡Ni a usté ni a perzona ninguna!

CARLOS. ¿Lo ha pensao usté bien?

CASERO. ¡No tengo que penzarlo!

CARLOS. *Con cierto misterioso aire; bajando la voz.* ¿Ni a Rafaé Martín, el Alarde, le abre usté tampoco? *Óyese dentro un extraño ruido.* Se le ha caío er velón.

Metralla, que ha estado oyendo el diálogo con interés y cara risueña, se ve acometido de una risa invencible.

METRALLA. ¡Y se le cae la cabesa a una estatua!

CARLOS. No te rías, hombre.

METRALLA. ¡Es que no marra una vez, señorito Carlos!

CARLOS. No te rías más. Ya está ahí. Ya va a abrirnos Ya quita la tranca. Ya descorre er serrojo. Ni con reclamo. ¡No hay como echarse a bandolero!

Asómase el Casero más muerto que vivo. Trae un farolillo en la mano. La Casera, allá dentro, está en oración.

CASERO. Güe… güenas noches.

CARLOS. Buenas noches. No temas na, que no venimos a na malo.

CASERO. Azín zea.

CARLOS. ¿Quién hay en er cortijo?

CASERO. La gente e la caza.

CARLOS. ¿Nadie más?

CASERO. Nadie más. No está el amo.

CARLOS. ¿Y huéspedes, no hay?

CASERO. ¡Ah, zí!… Hay un pariente del aperaó…

CARLOS. ¿Cómo se yama?

CASERO. Er zeñó Jozé.

CARLOS. ¿Er señó José? ¿Está aquí solo o con una hija suya?

CASERO. Con una hija está.

CARLOS. ¿Bonita?

CASERO. Precioza.

CARLOS. Eya es. ¿Tú eres er casero?

CASERO. Zí, zeñó. Mu honrao de podé prestarle argún zervicio a un tal hombre.

CARLOS. Ya te digo que vengo de paz. Vamos adentro, que ahí en la casería me vas a enterá de cuatro cosas.

CASERO. Vamos adentro.

CARLOS. Metraya, a un mosquito que se menee le pegas un tiro. *Se entra con el Casero.*

A Metralla le acomete nuevamente la risa. De ella lo distrae un lejano rumor de guitarras que se acerca a poco.

Música

Metralla. ¿Qué es eso? ¿Una ronda? ¿Y viene pa acá? Me quitaré de en medio, no vayamos a complicá er lanse. *Se oculta.*

Un Gañán lanza al aire, dentro, la primera copla.

Gañán.

Al amanecé de un día
te miró la Primavera,
y te puzo Florecía
por yamarte compañera.

Chiquichanca.

Las violetas de Enero,
los claveles de Abrí,
los jarmines de Mayo,
toítos zon para ti.

Coro.

Las violetas de Enero,
los claveles de Abrí,
los jarmines de Mayo,
toítos zon para ti.

La primera amapola
que en er trigo nació,
yo en tu puerta la puze
y amariya murió.

Salen por la derecha Chicho y su gente. Algunos de los gañanes y Chicho traen guitarras.

Chicho. Vamos a vé, Chiquichanca, échale tú otra coplita aquí delante e la misma puerta.

Chiquichanca. ¡Ayá va!

En er cielo hay una estrella
que briya como ninguna:
la luna la envidia a eya
y a ti la estreya y la luna.

Chicho. Ea, pos no me quieo yo queá zin zortá la mía; que vais a tené riza pa un rato.

Chiquichanca. ¡Venga!

Chicho. Y en zeguía, a zeguí dándole la güerta a la caza.

Duérmete, que ya es mu tarde,
que el Alarde no vendrá,
y que zi viene el Alarde
lo quito de alardeá.

El Alarde no vale
una copa de aní;
el Alarde me coge
las coliyas a mí.

Coro. *Alejándose por la izquierda.*

El Alarde no vale
una copa de aní;

el Alarde me coge
las coliyas a mí.

Las guitarras continúan oyéndose dentro hasta el fin del cuadro.

Cuando Chicho va a desaparecer detrás de todos, reaparece Metralla y lo agarra por la chaqueta, dándole el primer susto de la noche.

METRALLA. ¿Qué es lo que ha dicho usté del Alarde?

CHICHO. *Aterrado.* ¿Eeeeh?

METRALLA. ¡Que qué es lo que ha dicho usté del Alarde! *El Casero llega hecho un lobo y se avanza a Chicho y lo sacude violentamente.*

CASERO. ¿Ande está? ¡Te vi a partí la cara, arrastrao!

CHICHO. ¿Eeeeh? ¿Pero qué ez esto? ¿Qué es lo que ocurre?

CASERO. ¡Nos vas a perdé a tos con las pamplinas e tus coplas! ¿Tú zabes quién está ahí dentro registrando la caza?

CHICHO. ¿Quién está ahí dentro?

CASERO. ¡El Alarde, na más!

CHICHO. ¿El Alarde?

METRALLA. ¡El Alarde! ¡Has hecho tu suerte!

CHICHO. *A punto de un síncope.* Pero… pero… pero…

CASERO. ¡Vete ya, condenao, ande yo no te vea! ¡Que ze cayen tos con las guitarras y juye tú por ezos caminos!

METRALLA. ¡Es inútil! ¡Ya te pués meté en un poso o debajo e la tierra! ¡Has hecho tu suerte esta noche!

CHICHO. Pero… pero…

CASERO. ¡Ahí viene!

CHICHO. *Dando un salto y echando a correr despavorido por la derecha.* ¡Caaaray!

Sale Carlos, contrariado y nervioso.

CARLOS. ¡Metraya!

Metralla. Aquí estoy. Miste er que cantaba la coplita.

Carlos. Déjate de coplas. La paloma voló.

Metralla. ¿Qué?

Carlos. ¡Que voló! Pero ya hemos dao con eya. Ya le seguiremos er vuelo.

Casero. El aperaó y yo zomos loz únicos que noz habemos enterao de esta escapatoria.

Carlos. Argún día gorveré por aquí a pagarte er favó que me has hecho.

Casero. Es lo menos que ze merece el Alarde.

Carlos. Ven a tenernos los cabayos, que vamos a corré más que er viento hasta yegá a *La Rastrojera*.

Metralla. ¡No correremos tanto como er de la copla! *Se marchan por la izquierda los tres.*

Música

El Gañán vuelve a cantar allá lejos.

Gañán.

Zi yo fuera bandolero
en campos de Andalucía,
yo no robara dinero,
que robara a Florecía.

Coro.

En el agua el arroyo
zu carita yo vi,
y al arroyo le dije:
guárdala para mí.

Cesa la música.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Un caminillo angosto bordeado de chumberas y pitas en las inmediaciones de Santa Teresa. La luna se ha ocultado enteramente detrás de las nubes.

Por la derecha sale Chicho corriendo todavía, jadeante, con cara de desenterrado. Trae la guitarra.

CHICHO. ¡Chavó, qué carrerita! No pueo más… Ze me van a zartá los purmones… «Has hecho tu zuerte…». Pero ¿quién jinojo iba a penzarlo?… *Estremeciéndose súbitamente de miedo, y volviendo la cara como si sintiera al propio Alarde, que es su pesadilla* ¡Eh! No… no… No es nadie… ¡Pajolera noche! To ze güerven zombras y ruíos y… También la luna ze ha ido a escondé a una hora… Y mi jaca en Zanta Tereza… ¡Como que no me dieron tiempo a na! Ni a zortá la guitarra… que pa lo que me zirve… *Se oye el canto de un grillo.* Hombre, un griyito… Pos no zabe é mu bien cómo acaban las zerenatas… No le atizo un guitarrazo pa que ze caye porque no lo veo. Ha zío… ha zío mala zombra. Porque yo pude cantá argo como er Chiquichanca, una copla floría… Pos, no, no, zeñó: había de estreyarme contra el Alarde. Como los biciclistas, que ven un árbo en la yanura y a é ze van derechos. *Dando de improviso un bote hacia atrás.* ¿Eh? *Fija la vista en un punto de la chumbera, y avanza hacia él en actitud de acecho, con todos los pelos de punta.* ¡Ah, no! *Respirando.* Zon trez higos reuníos… Fíjeze usté: paecen una cara riéndoze. Fíjeze usté… Pero ¿a quién le digo yo que ze fije?… Y es que está uno zobrezartao. *Amenazando a un higo con la guitarra.* ¡Te daba azí!… *Vuelve a cantar el grillo.* ¡Vaya! Otra vez er griyito. Está de vela. *Suspirando.* ¡Ay! ¿Qué le vamos a hacé? Dormiremos

en la Venta e la Borracha. ¿Quién güerve por la jaca ar cortijo ni yega a pie hasta *La Rastrojera*? A Dios y a zu madre voy yo viendo con estas botitas. Estas botitas, que zon preciozas, pero que no me están bien más que amontao en la jaca… Er barón podía tené los brazos más cortos y los pies más largos. ¡Y la cabeza más chica!… *Canta el grillo otra vez.* Éze me está buscando a mí er coraje. En fin, bastante tiene con zé griyo. Vamos pa ayá. *Volviendo la cara intranquilo.* No me gusta na cuando la zombra cae detrás der cuerpo. Y menos de noche. Ze cree uno que lo ziguen… Claro que es la zombra de uno; pero ze cree uno que lo ziguen… *Se retira por la izquierda sin dejar de volver la cara.*

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Patio de la Venta de la Borracha. Al foro, el portal y la puerta de entrada, que da al campo. A la derecha del actor, el arranque de una escalera. A la izquierda, una puerta. Hacia el centro, un pozo. En la pared, un farol encendido. Dos mesas de pino y varias sillas. Es de noche. La luna, desembarazada de las nubes que poco antes la ocultaban, presta más luz al patio que el farol destinado a ello.

La Borracha, vieja ventera, a quien no se calumnia con el apodo, aparece al pie de la escalera, escuchando lo que hablan arriba. Luego se acerca a una de las mesas, sobre la que hay una botella y dos vasos con restos de vino, y se pone a reflexionar.

BORRACHA. Vorcá en la boteya otra vez lo que han dejao en los vazos, ez una porquería; conzervá lo que quea en la boteya, es gana de que ze eche a perdé, por mu bien que la tape; tirá una coza y otra, es un contradiós… ¡Pos me lo bebo! Y *convencida de que su conducta es intachable, empina tres veces el codo.* En no mezclando…

Tomasilla, su nieta, que baja de improviso, la sorprende en la agradable faena. Tomasilla es una mozuela graciosa y avispada. Trae un velón que deja en la otra mesa.

TOMASILLA. Pero, agüela, ¿ya estamos otra vez de trinqui? Azina yega usté a estaz horas: borracha perdía. Borracha. ¿Yo?

TOMASILLA. Usté. ¡Desde que Dios amanece, y principia a acudí gente a la Venta, no deja nadie una gota e vino en un vazo que no ze beba usté!

Borracha. ¿Qué quieres? ¿que lo tire? No, hija, no: aquí no ze despirfarra mientras yo viva.

Tomasilla. Güeno: a otra coza. ¡Ze nos ha entrao la lotería por las puertas con eza gente que está arriba! ¿Usté ze ha enterao bien de quién zon?

Borracha. ¿Pos no tengo de haberme enterao? ¿Es que de veras te crees tú que yo estoy borracha?

Tomasilla. Vamos a vé: ¿quién zon?

Borracha. Er zeñó Domingo, el aperaó der cortijo de Zanta Tereza, un compadre zuyo que ze yama Jozé, y una mocita que no hace más que zortá zuspiros.

Tomasilla. Florecía le dicen.

Borracha. ¡Que le digan como les acomode!

Tomasilla. Ze quedan a pazá la noche en la Venta, porque a eya le ha dao miedo de zeguí er camino que yevaban. Y eze zeñó Jozé me ha dicho que zi arguien los descubre por nuestra cauza, le prende fuego a la Venta con to lo que hay dentro.

Borracha. ¡Jozú, María!

Tomasilla. Pero que zi naide zabe que han hecho noche aquí, a usté le pagará como zi esto fuera una fonda e Zeviya, ¡y a mí me regalará diez duros!

Borracha. ¡Diez duros!

Tomasilla. ¡Ezo me ha dicho, agüela! ¡Conque cózaze usté la boca! *Bate palmas loca de contento.*

Borracha. Pierde cuidao, chiquiya. Ni en tormentos hablo yo con eza promeza. Zobre que ya, ¿quién va a vení a la Venta a las tantas de la noche que zon? Voy a fregá estos vazos. *Recoge los que antes apuró y la botella, y canturreando se va lo más derecha que puede por la puerta que hay a la izquierda.*

Tomasilla. *Echando a volar su imaginación.* ¡Vamos, que diez duros pa mí! ¿Cuándo te has visto en otra, Tomaza? ¡Ezo es como zé rica! ¡Zí, porque diez duros zon cincuenta pezetas! ¡Y cincuenta pezetas zon doscientos reales! ¡Doscientos reales! Na; como zé rica, como zé rica. *Rompe a cantar de gusto.*

Música

Con este dinero,
cuanto paze la fuerza'er caló,
tomo er tren pa Zeviya ligero
y ayí voy a gastármelo to.

Me compraré una peineta
y zarciyos de corales;
a mi agüelo una escopeta,
y a mi agüela delantales.

Compraré una tinaja,
compraré una navaja,
compraré una baraja,
que ésta de la Venta ya está muy zobá,
y a mi tita una alhaja,
y a mi tito una faja,
y pa mí una gran caja
con borla y con porvos que güelan a azahá.

Compraré una borriquita
pa que vaya mi hermanita
a la fuente de laz eras,
y por zi las necezita
compraré unas aguaeras.

Pa mi cuerpecito
un corzé bonito

que no ze dezate;
y un zagalejito
de coló granate;
y pa mi hermanito
que es tan chiquetito
y tan golocito,
durce de tomate,
y argún baberito
por zi el angelito
con un bizcochito
toma chocolate.

Y un portamonea
de los de *muaré;*
y zi argo me quea,
con lo que me quee,
unos paliyitos
con lazos de zea
mu retebonitos
tengo de traé,
pa bailá en la feria que hay por Zan Migué.

Se pone a bailar como si ya estuviera en la feria. Cesa luego la música.

Cuarquiea que me vieze diría que estoy loca. Y ze me ha orvidao una zambomba pa Nochegüena. Y una vela pa las tormentas también. Y el estambre roza pa la toquiya. *Meditando un momento.* No me va a arcanzá. ¿Quién viene ahora?

El que viene es Chicho Fantesía, en muy distinta traza por cierto de como llegó al cortijo de Santa Teresa al caer de la larde Trae la guitarra al brazo y daría la vida por quitarse las bolas.

CHICHO. Güenas noches.

TOMASILLA. ¡Chicho! Güenas noches. ¿Qué haces tú tan tarde por estos campos? *Chicho la mira melancólicamente y suspira.* ¿De juerga?

CHICHO. *Con suprema ironía.* De juerga; zí. Tráeme una copita de aní y una taya de agua hasta er borde.

TOMASILLA. ¿Tanta zé tienes?

CHICHO. ¿Que zi tengo? Er cielo e la boca ez un anafe.

TOMASILLA. *Llamando a la Borracha.* ¡Agüela! ¡Tráigaze usté una copita de aguardiente y un cántaro de agua!

CHICHO. No me estorbaría er cántaro; no te creas.

TOMASILLA. ¿Has cantao mucho?

CHICHO. Mucho, no… *En tono de profundo arrepentimiento.* ¡He cantao una coplita!… Pero ¡vaya una coplita haciendo corré! ¡Ay!

TOMASILLA. ¿Qué es ezo, Chicho?

CHICHO. Estas botas, que en cuanto me las pongo y ando cuatro pazos ¡me dan unos calambres, chiquiya! Ze me zepara er deo gordo de loz otros tres…

TOMASILLA. ¿Cómo tres?

CHICHO. Zí, porque er chico también ze me zepara por zu cuenta. Y ze me pone er pie como un manojo e boquerones. ¡Ay!

TOMASILLA. ¡Vaya por Dios!

Sale La Borracha con la talla de agua y la copita que ha pedido Chicho.

BORRACHA. ¡Hola, Fantezía! ¿Trasnochamos?

CHICHO. Trasnochamos, Borracha.

TOMASILLA. De juerga que ha estao, zegún parece.

BORRACHA. ¿De juerga? ¿En dónde?

CHICHO. Ahora hablaré. Deme usté acá ezo. *Prueba el aguardiente, y en seguida apura la talla de agua, con gran asombro de abuela y nieta.*

BORRACHA. ¡Jozú! Zeco vienes, Chicho. ¿Ha zío la juerga con mojama?

CHICHO. *Un tanto repuesto.* ¿Con mojama? ¡Y con peces de colores! ¡Ha zío mucha juerga!

TOMASILLA. Pero, ¿dónde, Chicho?

CHICHO. En er cortijo de Zanta Tereza.

BORRACHA. ¿En er cortijo e Zanta Tereza? ¡Qué cazualidá!

CHICHO. Cazualidá, ¿por qué?

TOMASILLA. *Haciéndole señas a su abuela para que calle.* Por na: zigue tú.

CHICHO. Estoy cortejando a Florecía; tú la conoces…

TOMASILLA. Zí.

CHICHO. La hija der compadre de mi tío Domingo el aperaó…

TOMASILLA. Zí, hombre, zí: Florecía; ¡zi la conozco!

CHICHO. Y como ar zanto ze adora por la peana, he querío yo hacerle vé a zu padre, ar zeñó Jozé, que Chicho Fantezía ez un hombre que ze gasta zincuenta duros como ze bebe una taya e agua.

BORRACHA. Vamos, zin respirá ziquiera.

CHICHO. Ezo. Y metí mano a la fartriquera esta tarde y me gorví loco. Le maridé veinticinco arrobas e vino de la hoja, una docena e jamones der Jabugo, zeis cuñetes de aceitunas combinás, diez o doce quezos…

TOMASILLA. ¿De bola?

CHICHO. De bola y de…

TOMASILLA. De bola, de bola.

CHICHO. *Mosqueado.* De bola y de cabra, niña. Ayí ze ha bebío, ze ha comío, ze ha cantao, ze ha bailao… ¡Una *bocaná*! Mi tío Domingo, que ez el hombre zerio e la caza, ha tomao una curda que hemos tenío que acostarlo entre cuatro. Y a Florecía a estaz horas le debe de está dando güertas la habitación.

BORRACHA. ¡Ja, ja, ja!

CHICHO. ¿De qué ze ríe usté?

TOMASILLA. De na, hombre; de que le hacen gracia tus cozas.

BORRACHA. ¿Y tú tan fresco?

CHICHO. Yo zoy mu duro pa la bebía. Yo pongo la boca en la caniya de un barrí y estoy bebiendo hasta que ze le aflojan ar barrí loz aros.

TOMASILLA. ¡Jozú!

CHICHO. Güeno, y pazando a otro azunto: ¿me quié usté prestá unas babuchas e zu marío? ¡Porque yo no pueo más con estas botas!

BORRACHA. Mi marío no uza más que babuchas de oriyo, pa er reuma. Ahí tiene unas viejas en zu cuarto. Pero dan muchízima caló.

CHICHO. ¿Caló? En el horno'una fragua meto yo ahora los *pinreles* y me paece que los meto en una zandía. ¡Usté no zabe lo que zon estas botas! ¡Ay! ¿En zu cuarto dice usté que están ezas babuchas?

BORRACHA. En zu cuarto, zí.

CHICHO. Pos con permizo voy a dí ayá dentro a ponérmelas.

BORRACHA. Zí, hombre.

Se entra Chicho por la puerta de la izquierda, cojeando.

TOMASILLA. ¡Agüela, paece usté una niña! ¡No ha parao usté de reírze, zabiendo lo que nos va en este negocio!

BORRACHA. ¡Mujé, me ha hecho a mí gracia la cazualidá de que estén acostaos arriba tos los que ér dice que ha dejao en er cortijo!

TOMASILLA. Cáyeze usté ya.

BORRACHA. Ya me cayo. *Se empina la copa de aguardiente.*

TOMASILLA. ¡No beba usté ezo!

BORRACHA. ¿Ze va a tirá?

TOMASILLA. ¡Pos bébaze usté también el agua! Borracha. ¿El agua? ¡Zi mía lo que ha dejao! *Pone la talla boca abajo y no cae ni una gota.*

Inopinadamente llega Carlos. Viene cansado y con cara de pocos amigos.

CARLOS. Buenas noches.

TOMASILLA. Güenas noches.

BORRACHA. Güenas noches.

CARLOS. *Sentándose a una de las mesas.* A escape: un vaso de vino fresco pa mí y otro pa Metraya.

TOMASILLA. ¿Pa quién?

CARLOS. Pa Metraya. Un hombre que se ha quedao con los cabayos ahí a la puerta.

BORRACHA. Zí, zeñó. *Éntrase aprisa por la puerta de la izquierda, relamiéndose ya con las sobras probables.*

CARLOS. Escucha, niña.

TOMASILLA. Mándeme usté.

CARLOS. ¿Tú conoses er cortijo de Santa Teresa?

TOMASILLA. Zí, zeñó.

CARLOS. ¿Y al aperadó, lo conoses?

TOMASILLA. ¿Ar zeñó Domingo? Zí, zeñó.

CARLOS. ¿Y a Floresía, como le yaman por aquí?

TOMASILLA. También la conozco.

CARLOS. ¿Los has visto por casualidá pasá a cabayo?

TOMASILLA. No, zeñó. ¡Zi no ze mueven der cortijo nunca! Carlos. ¿Nunca?

TOMASILLA. Cuazi nunca. De aqueyos terrenos apenas zalen.

CARLOS. Entonses, ¿cuándo has visto tú a Floresía?

TOMASILLA. Porque yo voy mucho ar cortijo a menesteres de la Venta.

CARLOS. Ya.

TOMASILLA. *A la Borracha, que sale con dos vasos de vino, uno de los cuales le sirve a Carlos.* Agüela, ¿han pazao a cabayo por aquí er zeñó Domingo y Florecía?

CARLOS. Y er padre de Floresía con eyos.

BORRACHA. Yo no los he visto pazá. ¿Cuándo han pazao?

CARLOS. Esta noche.

BORRACHA. Yo no los he visto. Y me estraña, porque zalen poco de Zanta Tereza. *Se va a servirle el vaso a Metralla.*

CARLOS. Dime, niña: de Santa Teresa a *La Rastrojera* ¿hay otro camino que no sea éste?

TOMASILLA. ¡Ya lo creo! Y tres caminos más. Pero éste ez er más güeno de toz eyos.

CARLOS. Sí, ¿eh? Y ¿es muy difisi yegá a estas horas de la noche hasta ayí?

TOMASILLA. Difici no hay na en este mundo: teniendo un guía…

CARLOS. ¿Habrá en la Venta argún chiquiyo que pueda acompañarme?

TOMASILLA. Un chiquiyo, no: pero hay arguien mejó pa er cazo.

CARLOS. ¿Sí? ¿Quién?

TOMASILLA. Na más que el hijo der capataz de *La Rastrojera*, que ha dao la cazualidá que ha entrao hace un ratiyo.

CARLOS. Sí que tengo suerte. ¿Quieres yamarlo?

TOMASILLA. Ahora mismo, zeñó. *Yéndose por la puerta de la izquierda.* (¡Ya me ziento los diez duros entre los deos!).

CARLOS. Esta noche daré con eya. «Si me quiere, me busca», sé que ha dicho. Pos ya verá cómo la quiero.

Vuelve la Borracha, apurando el vaso que se llevó.

BORRACHA. ¿Y Tomaziya? ¿Ha ido por más vino?

CARLOS. No.

Sale Chicho con Tomasilla. Chicho en babuchas no se cambia por nadie.

CHICHO. ¡Lo que te dé la gana, Tomaziya! ¡Zi estoy a las puertas der cielo con estas babuchas! Güenas noches.

CARLOS. Buenas noches, amigo.

TOMASILLA. Aquí tiene usté a éste zeñó.

CARLOS. ¿Usté es el hijo der capataz de *La Rastrojera*?

CHICHO. ¿Digo, eh? Hasta los forasteros me conocen. Zervidó de usté.

CARLOS. Pos yo nesesito ir ayá cuanto antes.

CHICHO. Pos vaya usté con Dios. ¡Tiene gracia!

CARLOS. Es que quiero que usté me guíe.

CHICHO. ¿Cuándo?

CARLOS. Ahora mismo.

CHICHO. ¡Vamos, hombre, vamos! Usté ha mezclao.

CARLOS. No he mezclao, no; estoy muy sereno. Tengo que ir esta noche a *La Rastrojera*, y usté va a guiarme.

CHICHO. ¡Zí, zí! ¡Ya escampa! Ahora no me pongo yo las botas aunque me lo pía el arzobispo e Zeviya. ¿Usté zabe er trabajo que me ha costao quitármelas? Poz ¿y er descanzo en que he entrao yo? Ya le digo a usté: habla de pedírmelo el arzobispo e Zeviya y ze había de quedá con las ganas. No ya el arzobispo: ¡Zan Fernando er Zanto!

CARLOS. *Agarrándolo por un brazo violentamente.* ¿Y si te lo pidiera Rafaé Martín, el Alarde?

CHICHO. *Dando un grito de miedo.* ¡Hííí!

Las dos mujeres, aterradas, tiemblan.

BORRACHA. ¡El Alarde!

TOMASILLA. ¡El Alarde!

BORRACHA. ¡Ánimas benditas!

TOMASILLA. ¡La Virgen nos zocorra!

Al grito de Chicho ha acudido Metralla, con su escopeta, a completar el cuadro.

METRALLA. (¡Sacó er Cristo otra vez!).

Al reparar Chicho en Metralla y reconocerlo, su pavor aumenta.

CHICHO. (¡Er der cortijo! ¡Er que oyó la coplita! ¡Me van a fuzilá!).

CARLOS. El Alarde soy, y de paz vengo: na teman ustedes Pero hay que obedeserme o empieso a tiros en la Venta. Vamos a *La Rastrojera* sin perdé un instante.

CHICHO. Zí… zí, zeñó… vamos a *La Rastrojera*… Yo lo guío a usté con muchízimo gusto… Pero voy en babuchas. Usté me va a dispenzá esta confianza.

La abuela y la nieta, atolondradas, cambian en vos baja impresiones.

TOMASILLA. (¿Qué hacemos, agüela?).

BORRACHA. ¿Qué hacemos, Tomaziya?

TOMASILLA. ¡Zi lo engañamos, pué pezarnos!

BORRACHA. ¿Qué hacemos?

METRALLA. *De pronto, imponiendo nuevo terror.* ¡Chito!

BORRACHA. ¿Qué?

METRALLA. ¡Arguien viene!

TOMASILLA. ¡Jozú! *Va corriendo a asomarse a la puerta. Esperan todos con ansiedad. Vuelve despavorida.* ¡Los ceviles!

BORRACHA. ¡Los ceviles! ¡Zomos perdíos!

CARLOS. *Imponiéndose.* ¡Silensio! ¡Er que está perdió aquí es er que chiste ahora! *Se encamina con resolución a la puerta.*

METRALLA. *Deteniéndolo.* ¿Qué va usté a hasé, mi capitán?

CARLOS. *Con gran calma.* Demostrá otra vez que me bautisaron con justisia. Voy a ofreserles a los siviles un vaso e vino o un sigarro: a elegí. Si me reconosen, Dios sea conmigo: ustedes han de oí er tiroteo: pero si no me reconosen, la noche es nuestra. *Se va rápidamente.*

CHICHO. *En el colmo de la admiración y del miedo.* ¡Vaya un tío con *iniciales*!

METRALLA. ¡Chito!

Silencio absoluto. La vieja, Tomasilla y Chicho están sobrecogidos y sin moverse. De pronto a Chicho le da un calambre de los suyos, a pesar de no tener puestas las botas.

CHICHO. ¡Ay!

METRALLA. *Apuntándole con la escopeta.* ¡Como se mueva usté, lo aso!

CHICHO. ¡Zeñó… zi ha zío un calambre que padezco!

METRALLA. ¡Hombre! ¡Y hasta ahora no lo habla yo conosío a usté! ¡Usté es er de la coplita der cortijo!… Luego hablaremos de la coplita.

CHICHO. ¿Pa qué?

METRALLA. ¡Schsss!

Vuelve Carlos con aire de victoria. A medida que habla va entrando cierta tranquilidad en los ánimos.

CARLOS. No me han conosío. Me han tomao un sigarriyo de papé. Según parese se encaminan a Santa Teresa. ¡A *La Rastrojera* nosotros!

CHICHO. Zi, zeñó.

METRALLA. ¡Vamos!

CHICHO. Vamos. Yo mandaré mañana por la guitarra y por las botas. Güenas noches. Ayí la jaca… aquí las botas… Por toas partes me voy dejando argo. *Se va con Metralla encomendando su alma a Dios.*

CARLOS. Toma, niña: por er vino y por er susto que se han yevao ustedes. *Echa un duro sobre la mesa.* Buenas noches. *Va a salir y en la misma puerta se le hincan de rodillas las dos mujeres, deteniéndolo.*

TOMASILLA. Zeñó.

BORRACHA. Zeñó.

CARLOS. ¿Qué pasa?

TOMASILLA. Perdónenos usté.

BORRACHA. Lo habemos engañao.

CARLOS. ¿Cómo?

TOMASILLA. ¡Lo habemos engañao! Zi hubiéramoz zabío que era usté el Alarde, no lo hubiéramos hecho.

BORRACHA. Perdónenos usté. No zabiamos quién era usté.

TOMASILLA. Habemos prometió er zecreto, pero a usté ze lo decimos to. Las perzonas que usté busca están aquí en la Venta.

CARLOS. ¿Qué?

TOMASILLA. Que Florecía y zu padre y el aperaó der cortijo están durmiendo arriba.

CARLOS. ¿Que están arriba, dices?

TOMASILLA. Zí, zeñó: arriba.

CARLOS. *Con gran júbilo.* ¡Levántense ustedes der suelo!

TOMASILLA. ¡No vaya usté a matarnos!

BORRACHA. ¡No noz haga usté na!

CARLOS. Pierdan ustés cuidao, que na les pasa. Si me hubieran dejao ir a *La Rastrojera* y me entero de esto después, entonses sí que no queda de la Venta ni er sitio.

TOMASILLA. ¿Qué le dije a usté, agüela?

BORRACHA. ¡Ay, qué zusto! Miz años no zon pa estas cozas. ¡Qué zusto! *Se bebe el vino que dejó Carlos.*

TOMASILLA. Usté no los busca pa na malo, ¿verdá?

CARLOS. Pa casarme con Floresía, que me quiere.

TOMASILLA. ¿Ez usté zu novio?

CARLOS. Su novio soy.

TOMASILLA. Pos ¿zabe usté lo que eya ha dicho?…

CARLOS. ¿Qué ha dicho?

TOMASILLA. ¡Que como usté dé con eya, ze escapa con usté! ¡Ezo ha dicho! Yo lo he escuchao. Hecha un má de lágrimas.

CARLOS. ¿A quién le ha dicho eso?

TOMASILLA. Al aperaó y a zu padre.

CARLOS. ¡Pos a vé si es verdá! ¿Dónde duerme eya? Ven conmigo. ¿Dónde duerme eya?

TOMASILLA. En er cuarto der corredó.

CARLOS. ¿Y er padre?

TOMASILLA. Arriba, en er de la azotea.

CARLOS. ¡Ar pelo! Ven conmigo. Pero, no; no vengas. Yama a Metraya.

TOMASILLA. ¿A quién?

CARLOS. A Metraya, mi compañero. Pero, no; no lo yames tampoco. Déjenme ustedes sólo a mí. ¡A obedesé to er mundo!

BORRACHA. Zí, zeñó.

CARLOS. ¡Ay der que no obedezca al Alarde!

TOMASILLA. Zí, zeñó.

BORRACHA. Zí, zeñó.

CARLOS. ¡A la cosina!

TOMASILLA. Zí, zeñó.

BORRACHA. Zí, zeñó. ¡Paece que no he bebío más que agua! *Se entra presurosa con Tomasilla por la puerta de la izquierda, llevándose el velón.*

Apunta el alba.

CARLOS. Esto es hecho; la yamo, y eya en mi jaca y yo en la de Metraya no vamos a pará hasta la ermita de Monte Santo. ¡Y ayí no fartará un curita que nos eche las bendisiones! Enteraremos a Metraya. *Va a marcharse, y al oír una voz allá arriba se detiene escuchándola.*

Música

PEPITA. *Cantando dentro.*

Aunque yeguen a esconderme
en er sentro de la tierra.
yo sé que ér me está buscando,
y ér me encuentra.

CARLOS. ¡Eya es!

Pensando en quien la quiere
perdió su sueño:
no sabe que tan serca
tiene a su dueño.

Al pie de la escalera cantando quedito.

Deja barcón o ventana
y baja pronto hasta mí,
lusero de la mañana,
que ya me tienes aquí.

Espera, y al sentir a poco que alguien baja, se oculta hasta ver si es ella.

Por la escalera viene Pepita como alucinada. El júbilo y la sorpresa juntos hacen temblar su corazón.

PEPITA.

Cantaba y a nadie veo;
pero su voz escuché…
O me engañó mi deseo,
o es que despierta soñé.

Lo busca con los ojos y él le sale al encuentro. La alegría de los dos es profunda; pero instintivamente reprimen su voz y hablan quedo. Se estrechan fuertemente las manos.

CARLOS. ¡No; que aquí estoy!

PEPITA. ¡Carlos!

CARLOS. ¡Pepita! ¡Ya dí contigo!

PEPITA. ¡Silensio!

Con mi padre lo he hablao:
er día que dé conmigo
ya no me voy de su lao.

CARLOS.

Ar campo me eché a buscarte,
y pasé por bandolero
porque pensaba robarte.

LOS DOS.

¡Dios bendiga esta alegría!
¡Ya acabó la noche mala!
¡Sarga er só, que ya es de día!

CARLOS. ¡Vámonos ahora!

PEPITA. ¿Ahora? ¿Adónde?

CARLOS. ¡Adonde sea! ¡A no separarnos nunca ya!

PEPITA. ¿Nunca?

CARLOS. ¡Nunca!

Pepita vacila. Carlos se le acerca amorosamente.

CARLOS.

Vente conmigo,
vente a una ermita,
donde haya un ermitaño que nos acoja,
que nos bendiga.

PEPITA.

Tú eres mi arma,
tuya es mi vida;
yo seguiré tus pasos, siempre tu sombra
junto a la mía.

Los dos.

¡Que er só saliendo
pinte las sombras juntas
de los dos cuerpos!

Vámonos pronto
por esos campos,
que ya las estreyitas que er sielo yenan
se van borrando.
Porque la aurora,
pasito a paso,
er yanto de la noche con su alegría

viene enjugando.
¡Vámonos, dueño,
que nuestros corazones
son como er sielo!

Se alejan, apoyada ella en él, que la abraza por la cintura. Cesa la música.

Chicho Fantesía, que indudablemente se puso a botar como una pelota, de asombro, cuando vió a Florecía con quien él tiene por el Alarde, llega, todavía botando, por el foro.

CHICHO. ¡Florecía! ¡Florecía! ¡Vaya zi es Florecía! ¡Ze me va! ¡Con er propio Alarde en perzona! ¡Zi que yevo yo una nochecita de domingo e Piñata!

Sale Tomasilla a las voces.

TOMASILLA. ¿Qué te paza, Chicho?

CHICHO. ¡Florecía que ze escapa con el Alarde!

TOMASILLA. ¿Zí? ¿Ya? *Se asoma desalada a verlos.*

CHICHO. ¡Yo debo de está a la zombra de un pino durmiendo la ziesta!

TOMASILLA. ¡Pos zí que lo han lograo! ¡Dios mío de mi arma! ¡Míalos qué pintureros van!

Aparece Metralla, con aire decidido, a darle al pobre Chicho el último susto.

METRALLA. ¡Aquí está Metraya!

CHICHO. Pa zervirle, amigo.

METRALLA. Esta aventura ya se remató.

CHICHO. ¿Entonces no hay pa qué *i a La Rastrojera*?

METRALLA. Pa na. Tú ya no tienes más que hasé que lo que yo te mande. Cuando se despierte er padre de Floresía, que está arriba acostao…

CHICHO. *Estupefacto.* ¿Que está arriba er zeñó Jozé?

TOMASILLA. ¡No! ¡está también borracho en Zanta Tereza!

CHICHO. ¿Quiés cayarte tú, niña?

METRALLA. Cuando se despierte ese hombre, tú vas y le dises: «Su niña de usté y er novio de su niña de usté que ha dao con eya, lo esperan a usté en la ermita de Monte Santo, donde van a casarse. Si no se da usté mucha prisa, los encuentra ya en la luna de mié».

CHICHO. ¿Ezo na más tengo yo que decirle ar padre e Florecía?

METRALLA. Na más que eso.

CHICHO. Y ¿cuando ze despierte?

METRALLA. Cuando se despierte.

CHICHO. ¡Poz ez una tacita e manzaniya!

TOMASILLA. Caya ahora. *A la Borracha, que asoma con curiosidad.* Escuche usté, agüela.

BORRACHA. ¿Eh?

Música

Prestan los cuatro atención a la voz de los novios, que se oye a lo lejos. Tomasilla va repitiendo frase a frase, según las escucha, todas las de la enamorada pareja, como un eco hablado de aquella música que la encanta. Chicho se sienta invadido de una tristeza profundamente cómica.

TOMASILLA.

Dió el amor bandolero…
con Florecía…
que el amor es certero…
cuando porfía…
Hay un camino…
donde a los que ze quieren…
los yeva er zino…

El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN DE LA ZARZUELA

Madrid, junio, 1913.

LOS LEALES

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **Teatro Español** el 21 de enero de 1914

A NUESTROS LEALES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cristina.	Nieves Suárez.
Lucita.	María Palou.
Teresa.	Julia Pacello.
Bebé.	Ana Martos.
Doña Olvido.	A. Sánchez Ariño.
Doña Leonor.	Pilar Castejón.
La Mademoiselle.	Ana Navacerrada.
Angustias.	Encarnación Díaz.
Don Rodrigo El Viejo.	José Santiago.
Gustavo.	Ricardo Calvo.
Félix De La Rosa.	Rafael Calvo.
Don Adelardo.	Antonio Gimbernat.
Rodrigo.	Teófilo Palou.
El Tío Doroteo.	Pedro Sepúlveda.
Don Nilo.	José Portes.
	Antonio Suárez.

JUANICO SIMONENO.

BALTASAR.

JULIÁN.

PERICO.

JOSÉ CAPILLA.

FRANCISCO G. PEREDA.

SALVADOR MARÍN.

LOS LEALES

ACTO PRIMERO

En Guadalema, ciudad de Castilla, y en la gran plaza llamada de la Luna, viven don Adelardo Leal y los suyos, y las escenas de este primer acto se desenvuelven en una sala de la rica vivienda. Tiene esta sala sendas puertas a derecha e izquierda, y al foro dos huecos en forma de arco, que corresponden a un ancho y corrido balcón, con severa balaustrada de piedra. Muebles ricos, pero sencillos y de buen gusto, tradicionales de la familia. Es una tarde tibia y serena de los primeros días de otoño. Las puertas del balcón están abiertas de par en par.

Doña Leonor, señora de compañía de las hijas de don Adelardo, lee tranquilamente sentada cerca del balcón. Es una dama en cuyo rostro han impreso una persistente sonrisa la resignación y la bondad. Por la puerta de la izquierda sale Baltasar, viejo setentón, antiguo criado de la casa, y se dirige a ella.

BALTASAR. ¿La molesto, doña Leonor?

DOÑA LEONOR. No, Baltasar. ¿Qué hay?

BALTASAR. Señora, que de dos días a esta parte tengo una desazón, una angustia…

DOÑA LEONOR. ¿Pues? ¿Está usted malo?

BALTASAR. Ni por pienso, gracias a Dios. No va conmigo. Es que uno sale, y oye uno cosas y le dicen cosas… Aquí mismo, entre las paredes de la casa misma… Antón, el cochero, que es un pillastre…

DOÑA LEONOR. ¿Qué le cuenta a usted Antón el cochero? Siempre serán ganas de buscarle las pulgas.

BALTASAR. ¡Qué sé yo! ¡qué sé yo! Usted, que va a todas partes acompañando a las señoritas, y que a muchas partes va sin ellas, ¿ha oído por Guadalema algo de esta casa?

DOÑA LEONOR. ¿Cómo algo?

BALTASAR. Algo… algo inconveniente… algo malo, señora.

DOÑA LEONOR. No; nada malo he oído, Baltasar.

BALTASAR. ¿No?

DOÑA LEONOR. No. Ésas son invenciones de Antón el cochero, para oírlo a usted.

BALTASAR. Quizás, quizás sea eso. Se divierte conmigo porque llevo con estos señores cuarenta años, y él no para al servicio de nadie más de tres meses. ¿Qué dirá usted que dice que por ahí se habla?

DOÑA LEONOR. ¿Qué, Baltasar?

BALTASAR. Espere usted, que llega alguien.

DOÑA LEONOR. ¿Quién es ahora?

BALTASAR. *Asomándose a la puerta de la derecha del actor.* El maestro de pintura de la señorita Lucita.

DOÑA LEONOR. ¿Gustavo?

BALTASAR. La cuestión es que yo no me pueda desahogar. Luego la buscaré a usted y volcaré el saco de los chismes y de los cuentos. *A Gustavo, que aparece en la puerta de la derecha,* Pase usted, señor don Gustavito.

GUSTAVO. ¡Hola, Baltasar! Buenas tardes.

BALTASAR. Buenas tardes. *Se retira por la misma puerta.*

Gustavo es un mozo de veintitantos años, nacido en Guadalema, de familia modesta, y lleno de generosa ambición. Viste sin ningún género de afectación ni aliño. Es pintor, pero no se le conoce por fuera. Quiere decirse

que no lleva ni chalina al aire, ni melenas, ni pipa, como casi todos los pintores que no saben pintar.

GUSTAVO. Doña Leonor.

DOÑA LEONOR. ¡Gustavo!

GUSTAVO. ¡Qué sola!

DOÑA LEONOR. Casi siempre. Soy una señora de compañía a quien apenas le cuadra este nombre.

GUSTAVO. ¿Y las muchachas?

DOÑA LEONOR. Pues… ya puede usted imaginarlo. Cristina, en su balcón, esperando al novio.

GUSTAVO. Sí.

DOÑA LEONOR. Lucita, pintando en el jardín.

GUSTAVO. Haciendo que pinta, mejor dicho.

DOÑA LEONOR. Eso… usted, que es su maestro, lo sabrá.

GUSTAVO. Porque lo sé lo digo. ¡Bueno está el maestro! Y la monjita, en el oratorio, ¿no?

DOÑA LEONOR. Justamente. Comunicándose con el Esposo.

GUSTAVO. ¡Gocémonos, Amado!

DOÑA LEONOR. ¿Usted viene de despedida, creo?

GUSTAVO. Sí, señora.

DOÑA LEONOR. ¿Cuándo es la marcha?

GUSTAVO. Mañana.

DOÑA LEONOR. ¿A París?

GUSTAVO. A París. A estudiar, a aprender, a luchar un poco, a sacudir el espíritu.

DOÑA LEONOR. Hace usted bien. ¡Cómo le va a gustar París! ¿Se acordará usted de nosotros?

GUSTAVO. ¿No he de acordarme?… No soy nada ingrato, en esta casa se me ha alentado y ayudado mucho.

DOÑA LEONOR. ¡Ésta casa!… ¡esta casa!… Es verdad: nocas hay como ella. Yo, desde que enviudé y se vino a tierra 5ni bienestar, he conocido

a algunas familias, a cuyo lado he sido lo que aquí soy: en Barcelona, en Madrid, en Guadalema misma… Pues crea usted que sólo en esta casa de los Leales no me he sentido ni una vez siquiera mortificada, herida en mi delicadeza.

GUSTAVO. Cierto, sí: en esta casa no hay ningún blasón a la puerta; el señorío aquí no es de piedra ni está en el escudo: es del alma, y va en los corazones.

DOÑA LEONOR. Verdad.

Silencio.

GUSTAVO. ¡Cristina! ¡Mire usted que Cristina!… ¿Dónde hay criatura como ella? Esa mujer merece un trono.

DOÑA LEONOR. Sí, lo merece; y no lo tendrá, pero le andará cerca. Félix parece quererla mucho; ella está realmente prendada de él, y él vale, vale… Es hombre de gran porvenir.

GUSTAVO. Sí. Es simpático, de buena presencia, tiene pico, es audaz… Para la política basta y sobra. A mí, sin embargo, si he de hablarle a usted sinceramente, se me figura que hay mucho en él de superficial, de pegadizo… No he descubierto, y lo he tratado lo bastante, su íntima originalidad. Es un espíritu que de todos toma, pero que da poco de sí mismo.

DOÑA LEONOR. Tal vez… no sé… Yo siempre lo he considerado como un muchacho muy culto; de mucho mérito…

GUSTAVO. Será que yo comparo su valer con el de Cristina.

DOÑA LEONOR. ¡Ah, Cristina!… Es buena, es inteligente, es hermosa…

GUSTAVO. Tiene mucho dinero…

DOÑA LEONOR. No sea usted malicioso, Gustavo.

GUSTAVO. No es malicia mía; es la verdad.

DOÑA LEONOR. Sí; pero dicho ahora, que hablamos de Félix…

GUSTAVO. La fortuna de esta familia es, seguramente, muy grande; para tentar a cualquier ambicioso. Aquí se vive a cuerpo de rey.

DOÑA LEONOR. Sí, señor. Aquí no se carece ni del menor capricho; eso es lo cierto. Y, sin que yo quiera murmurar, hay en la casa un poquitito de

desorden, que a mí me duele. Pero don Adelardo, a nada que le pidan sus hijos sabe decir que no.

GUSTAVO. ¡Ni a nada que le pida nadie! ¡Pobre señor! ¡Lo meten en unas empresas!…

DOÑA LEONOR. ¡El dineral que ha enterrado en este pueblo!

GUSTAVO. Aquí está él, precisamente. *Adelantándose a saludar a don Adelardo, que viene también de la calle por la misma puerta de la derecha.* ¡Señor don Adelardo!

DON ADELARDO. ¡Amigo mío! A decirnos adiós, ¿verdad?

GUSTAVO. A eso.

DON ADELARDO. ¿Se ha despedido ya de mis hijas?

GUSTAVO. No. Ahora iba a buscarlas.

DON ADELARDO. Hasta luego. Vendré a darle un abrazo.

GUSTAVO. Hasta luego.

DON ADELARDO. *A doña Leonor*. ¿Salió mi padre?

DOÑA LEONOR. Creo que sí, señor.

Don Adelardo queda un momento como ensimismado, luego sonríe al artista y se va por la puerta de la izquierda. Es un caballero esencialmente fino, amable, correcto, aristocrático, sencillo, pulcro.

GUSTAVO. *Cuando don Adelardo se ha ido.* ¿Qué le pasa a don Adelardo, sabe usted?

DOÑA LEONOR. No lo sé; pero es indudable que algo le pasa. No es frecuente en él ese aire distraído.

GUSTAVO. Muy al contrario. ¡Hombre más atento y más cariñoso!…

DOÑA LEONOR. ¿Si tendrán fundamento las inquietudes de Baltasar?

GUSTAVO. ¿Qué?

Sale Cristina por la puerta de la izquierda. Es una bellísima muchacha que parece modelada e iluminada por la ventura. Viste con sencilla elegancia.

CRISTINA. Dios le guarde, Gustavo.

GUSTAVO. Felices, Cristina.

CRISTINA. Vaya usted ahora mismo al jardín, y pescará a la loca de su discípula creando una escuela nueva.

GUSTAVO. ¡Demonio! ¿Ella también? Y ¿en qué consiste?

CRISTINA. Del rosal que copia, ha cortado una flor y la ha cosido al lienzo con seda verde. El efecto es mágico. ¡Se sale!

GUSTAVO. ¡Claro! Se sale y huele… y hasta se le posarán mariposas.

CRISTINA. Así dice ella.

Ríen los tres. Cristina va al balcón.

DOÑA LEONOR. *A Gustavo.* A verlo entrar… y a alegrarle la entrada con una sonrisa. Jamás llamó el amor a una puerta con más alborozo.

GUSTAVO. *A Cristina, que sale del balcón.* ¿Está en su cuarto el tío Doroteo?

CRISTINA. Allí debe de estar.

GUSTAVO. Voy a despedirme y a pedirle por Dios que no asuste a mi madre describiéndole los peligros de París. Le ha contado una serie de embustes y de paparruchas, que tienen a la pobre señora en vilo.

DOÑA LEONOR. ¡Qué ocurrencia!

CRISTINA. ¡Pero si nunca ha estado en París! ¡Si no ha pasado de Bayona, adonde fué a comprarse un impermeable!

GUSTAVO. Pues se pone a hablar de atropellos y vuelcos de coches y automóviles, de *cocottes* envenenadoras y de que todos los camareros de los hoteles y *restaurants* son *apaches,* y no sabe callar.

CRISTINA. ¿Qué te parece?

GUSTAVO. Voy, voy a verlo.

CRISTINA. Ya sabe usted cómo las gasta también en su cuarto. Llamará usted con los nudillos, tardará mucho en responderle, oirá usted golpes de cajas cerradas de pronto, ruidos misteriosos de llaves y pestillos; cuando entre usted, tapará con gran prisa unos documentos, tendrá un pañuelo atado a la cabeza, como si ya se le saltara de preocupaciones; verá usted en su estante una calavera, una linterna, un mochuelo…

GUSTAVO. ¡Ja, ja, ja! Es un buen señor que se ha empeñado en hacerle creer a todo el mundo que se afana y trabaja en cosas muy graves y de gran trascendencia…

CRISTINA. Y a la gente podrá engañarla alguna vez; ¡pero a la familia!… Lucita y yo hemos hecho un agujerito en la puerta del cuarto, ¡y lo vemos dormir cada siesta trascendental!…

DOÑA LEONOR. Las sobrinitas también son traviesas.

GUSTAVO. *Observando en el rostro de Cristina la alegría de haber visto a Félix, que llega ya.* Dejo a usted. Hasta ahora. *Se va por la puerta de la izquierda.*

CRISTINA. Hasta ahora, Gustavo.

DOÑA LEONOR. Buen muchacho es éste, ¿verdad?

Cristina no la atiende.

Por la puerta de la derecha aparece Félix de la Rosa, el novio de Cristina. Es apuesto, simpático, elegante. En sus cualidades exteriores lleva tal vez las más seguras prendas para su triunfo.

CRISTINA. *Saliéndole al encuentro.* ¿Es que cada día tiene más escalones la escalera de casa?

FÉLIX. Es que cada día los subo más despacio.

CRISTINA. ¿Sabiendo que te espero yo?

FÉLIX. Por lo mismo. Es una delectación amorosa: retardar unos instantes la dicha que se tiene segura. A los pies de usted, doña Leonor. ¿Pasó aquella jaqueca?

DOÑA LEONOR. Pasó; muchas gracias. *Continúa leyendo.*

FÉLIX. Vengo sólo un instante a decirte que no puedo venir hasta luego. Esto es una paradoja, pero es verdad.

CRISTINA. Pues siempre que no puedas venir quiero que me lo digas así, por paradoja. Y ¿adónde te me vas tan aprisa?

FÉLIX. Asómbrate: a casa de Marín Salazar, el irreconciliable enemigo político de mi jefe. Se trata de un plan mío; de una travesura política a la vez

que de una diablura de amor. Y tú eres la musa inspiradora. ¿Quién es ella? Bien dijo Bretón.

CRISTINA. Siéntate siquiera un minuto.

FÉLIX. Mira que temo llegar tarde.

CRISTINA. Mejor; eso te da importancia.

FÉLIX. También es verdad. Verás lo que sucede. Alégrate.

CRISTINA. No estoy nada triste.

FÉLIX. Pues alégrate más.

CRISTINA. No puedo.

FÉLIX. ¡Eres un tesoro! Escucha. Los quince días que llevo a tu lado en Guadalema, se me han pasado como un soplo y me quiero quedar otros quince.

CRISTINA. ¡Qué talento te ha dado Dios!

FÉLIX. Mi jefe sueña con que Marín Salazar vuelva otra vez a nuestro campo, y ahora se ofrece una coyuntura propicia, si se aprovecha con habilidad su estado de espíritu, amargado por ingratitudes y desvíos de algunos de los suyos. Y yo, que estoy en el secreto, he puesto manos a la obra, y espero tornar a Madrid victorioso… ¡con tal que me dejen aquí otros quince días para desenvolverme! ¡Si no, imposible! ¿Has comprendido?

CRISTINA. He comprendido. Lo de los quince días, que es lo que me importa.

FÉLIX. Te prevengo que, como yo realice la jugada, mi figura se agigantará en el partido hasta tocar las nubes. Y con Marín Salazar en nuestras filas, quedan >*ipso facto* divididas y destrozadas sus huestes. ¡Y al Poder nosotros en un vuelo! La política en España es esto, vida mía; dos monstruos que se odian: el uno arriba, el otro abajo. Sueña el de abajo constantemente con subir, no tanto por el gusto de verse arriba como por el deleite de deshacer lo que el de arriba ha hecho. Y esto es todo. Y todavía nos golpeamos el pecho hablando de la patria. Pero, en fin, mi triunfo personal que es lo que me interesa, será indiscutible. Llevaré este trofeo a manos de mi jefe. Y como a todo ello me mueve primero que nada, como ya te he dicho, el deseo de alejar en lo posible el instante de dejar de verte,

bien puede ese lunar de tu mejilla
hacer cambiar el curso de la Historia.

CRISTINA. Bien puede. Y yo me alegraría. Y es seguro, porque anda en ello mi persona… y porque tu jefe es el hombre que le está haciendo falta a España.

FÉLIX. ¿Crees tú?

CRISTINA. ¿Vas a dudar eso? ¡Un hombre que viene a Guadalema de mantenedor de unos Juegos florales y te trae a ti de secretario y da ocasión a que nos conozcamos nosotros, es una figura eminente! ¡Si ese hombre no salva a España, España no tiene salvación!

FÉLIX. España será siempre España mientras nazcan en ella mujeres como tú. ¿Qué será que salgo de aquí todos los días diciéndome: «Imposible quererla más», y a las dos horas aquel imposible ya es posible: te quiero más?

CRISTINA. Bueno; eso mismo te lo he dicho yo en mi última carta.

FÉLIX. ¡Y yo te lo repito ahora como mío! ¡Qué gracia tienes!

CRISTINA. No es gracia, Félix; es ventura. Es que no puedo estar más alegre.

FÉLIX. ¿Me cabe a mí mucha parte en ello?

CRISTINA. Ahora todo eres tú. Pero es que mi vida ha sido siempre muy dichosa; cada día más dichosa. Algunas veces me asusta esta predilección que la suerte ha tenido conmigo.

FÉLIX. ¿Por qué, simple? Mucho me hablas de esto.

CRISTINA. Como que ha llegado a preocuparme. ¿Por qué siquiera alguna espinita, de entre esos millones de espinas que punzan a tantos, no se clava en mi corazón? La muerte de mi madre, que ha sido el único dolor que pudo tocarme hasta ahora, fué al nacer Teresita, cuando yo no tenía cuatro años, y era incapaz de darme cuenta de ella y de comprenderla… Éramos niñas las tres hermanas, y ya Lucita y Teresa me mimaban tanto, me tenían tan fervoroso cariño, que el juguete mejor que llegaba a casa era siempre sin vacilación para mí. Más adelante, cuando empezamos a ser mujeres, yo las he visto a ellas padecer, sufrir, llorar, atormentarse, cada una por causas diferentes: Lucita, por las veleidades de su condición, por los primeros

amorcillos que la inquietaron; Teresa, por su firme vocación de monja, que en un principio tanto contrarió a papá… Yo, en cambio, mientras, he sentido correr mi vida como un arroyito sereno, transparente hasta el fondo, sin piedra ninguna en que tropiece el agua. ¿Es esto justo, Félix?

FÉLIX. ¿No ha de serlo, criatura? Podrá ser injusto que haya desgraciados en la tierra; pero para ti todo lo bueno me parece justo.

CRISTINA. Habla tu cariño.

FÉLIX. Y si hablo yo, ¿qué otro sentimiento puede mover mi lengua ante ti?

CRISTINA. En esto mismo de nuestros amores ves también mi suerte. Llegaste a Guadalema, y fuiste el blanco de todos los ojos femeninos. ¡Mucho más que del mantenedor nos ocupábamos todas del secretario! Y en la tarde de los Juegos florales, el dichoso secretario no paraba mientes en la reina de la fiesta, que era bellísima, ni en las damas de la corte de amor, que todas eran como perlas, sino que se fijaba en Cristinita Leal, que allá estaba en su platea con su familia, sin meterse con nadie. Y tu jefe político, desde la escena, entusiasmaba a todos hablando y hablando de las cualidades sublimes de la raza, y de las llanuras de Castilla, y del ideal, y del Cid, y de Don Quijote, y de qué sé yo qué. Y a todo ello, el tunante del secretario, su vasallo más fiel y sumiso, y la señorita de la platea, ¡qué poquito caso le hacían a aquel buen señor tan elocuente! *Riéndose.* ¿Fué así?

FÉLIX. *Lo mismo.* Así fué. Y, sin embargo, luego, a la noche, durante el baile del casino, el secretario, en presencia del ilustre mantenedor, le pidió a la señorita de la platea una opinión sobre el discurso.

CRISTINA. Y la señorita contestó con aplomo: «Una preciosidad. Para mí no ha habido otros Juegos florales como éstos». ¿Fué así?

FÉLIX. ¡Así fué!

CRISTINA. ¿Ves cómo soy dichosa siempre?

FÉLIX. Y siempre has de serlo. Y haces dichoso a quien te oye. Y si, como en alguna ocasión me has dicho, tú quieres también rendir tu tributo a las lágrimas, ahora para siempre te repito que no quiero ser yo quien las lleve a tus ojos.

CRISTINA. Ni lo serás nunca. Me quieres mucho.

FÉLIX. Vivo para quererte.

CRISTINA. Yo vivo más desde que te quiero.

Se estrechan las manos. Doña Leonor los mira por cima de las gafas.

Sale por la puerta de la izquierda el Tío Doroteo, que merece unas líneas aparte. Es hombre de mediana edad, de mirada con pretensiones de escrutadora y de bigotes largos y caídos. Lleva veinticinco años vistiendo de la misma manera: pantalones abotinados y estrechos, botas de una pieza, «macferlán» y hongo chato. Aunque ve muy bien usa lentes, monóculo y gafas, que emplea según los casos. Trae en la mano varias cartas. Pasa hacia la derecha con aire ensimismado, afectando no ver a los presentes.

FÉLIX. Vaya usted con Dios, señor mío.

TÍO DOROTEO. *Como si saliera de otro mundo.* ¿Eh?… ¡Ah! Usted perdone. No había visto a la pareja feliz: iba tan abstraído… ¿Qué tal, Enrique?

FÉLIX. Félix.

TÍO DOROTEO. Félix… Usted perdone nuevamente. Llevo tantas cosas en la cabeza…

CRISTINA. ¿Ha subido Gustavo a su palomar?

TÍO DOROTEO. Sí. Ya le he dicho adiós. *Mirándola por el monóculo.* Sobrina, estás lindísima esta tarde.

CRISTINA. Gracias, tío Doroteo.

FÉLIX. ¿Hacia dónde se encamina usted?

TÍO DOROTEO. Según.

FÉLIX. Lo preguntaba por el gusto de acompañarlo un poco.

TÍO DOROTEO. Según.

FÉLIX. Yo voy a casa de Marín Salazar.

TÍO DOROTEO. Iremos juntos hasta los soportales. *Misteriosamente.* ¿Tiene usted mucho empeño en que se arregle esa combinación?

FÉLIX. ¡Como que me detengo en Guadalema para sólo ello!

CRISTINA. ¡Ejem!

TÍO DOROTEO. *Contemplando un rato a Félix sin hablar.* Usted ve largo. Bien. ¡Bien! Llevará usted el gato al agua. ¿Hoy es…?

CRISTINA. Martes.

TÍO DOROTEO. Martes. Mañana miércoles, la… jueves, el… viernes, la… El viernes. No; véame usted el sábado, querido.

FÉLIX. Con muchísimo gusto.

TÍO DOROTEO. *A Cristina.* Tu novio va a llegar muy alto, chiquita… Tiene alas… y es ambicioso. ¿No es usted ambicioso, Félix?

FÉLIX. Lo soy: no lo niego. Pero recuerde usted lo que piensa el padre Feijóo de los ambiciosos: que son los esclavos de todo el mundo.

TÍO DOROTEO. ¡Diablo! ¡qué cosa me recuerda usted con la tal citita! Vámonos a escape.

FÉLIX. Vámonos.

Mientras se despiden los novios, el tío Doroteo se cala los lentes y repasa las cartas que lleva, no sea cosa que se le haya olvidado la de más importancia.

CRISTINA. ¿Volverás pronto?

FÉLIX. Creo que sí.

CRISTINA. Te espero.

FÉLIX. Procuraré que no te impacientes.

TÍO DOROTEO. Están todas. —Doña Leonor.

DOÑA LEONOR. Señor mío.

TÍO DOROTEO. Un encargo, y usted disimule.

DOÑA LEONOR. ¡No faltaría más!

TÍO DOROTEO. Si viene Rosales el médico en mi busca, hágame el favor de decirle que a las siete en punto estoy en la capilla muzárabe, a las siete y cuarto en el Ayuntamiento y a las siete y veinte otra vez en la capilla muzárabe.

CRISTINA. Poco tiene usted que hacer en el Ayuntamiento.

TÍO DOROTEO. ¡O mucho, muñeca!

DOÑA LEONOR. Vaya usted descuidado.

TÍO DOROTEO. Recuerde bien las horas: siete, siete y cuarto y siete y veinte.

DOÑA LEONOR. No las olvido, no.

TÍO DOROTEO. Pues, a la orden de usted, grande hombre. ¿Hace buena tarde?

De una funda, donde cabe un niño, saca unas gafas amarillas que se pone para mirar desde el balcón qué tal pinta el día.

FÉLIX. Sí, señor; hermosa.

TÍO DOROTEO. En efecto: el tiempo ha sentado.

FÉLIX. ¿También gafas, don Doroteo?

TÍO DOROTEO. También. Me hiere el sol. Reliquias de los años. Estos ojos han trabajado mucho.

FÉLIX. Ya, ya.

TÍO DOROTEO. Y, sin embargo, no he llegado a saber más que una cosa. Napoleón la dijo. Me parece que fué Napoleón: «La inspiración es el resultado momentáneo de largas meditaciones».

CRISTINA. Y ¿a qué viene eso aquí?

TÍO DOROTEO. Calla, cerebro ingrávido. Tu novio puede que me haya entendido. ¿Tiene usted la bondad de pasar?

FÉLIX. Sí, señor. Obediencia es siempre cortesía. Hasta luego.

CRISTINA. Hasta luego.

DOÑA LEONOR. Adiós, señores.

TÍO DOROTEO. *A punto de marcharse ya.* Siete, siete y cuarto y siete y veinte.

Se va con Félix por la puerta de la derecha.

CRISTINA. Cada día es más gracioso el tío Doroteo.

DOÑA LEONOR. Sí…

CRISTINA. Y esas cartas que lleva apuesto a que son las de ayer. ¡Porque no es posible escribir todos los días tantas cartas y que nadie le conteste a ninguna!

DOÑA LEONOR. Es raro, cuando menos.

Cristina se asoma al balcón a ver a Félix. De cuando en cuando lo saluda.

Vienen por la puerta de la izquierda Lucita y Gustavo. Lucita es bella como su hermana, y de carácter imaginativo y vehemente. Viste con singular genialidad.

LUCITA. No, no está aquí. Quien está es Cristina. Teresa estará en su oratorio. Doña Leonor, ¿quiere usted avisarle a Teresa?

DOÑA LEONOR. ¡Ya lo creo!

LUCITA. Dígale usted que deje los rezos un instante; que Dios no se enfada porque venga a despedir a un amigo.

DOÑA LEONOR. Con ella no se enfada Dios. Felicidades, Gustavo, por si no nos vemos.

GUSTAVO. Igualmente, señora.

DOÑA LEONOR. Vamos por la santita. *Se marcha por la puerta de la izquierda.*

LUCITA. La una con el Divino Esposo, y la otra con el humano prometido, ¿verdad?, no hacen ningún caso ni de su hermana ni de nadie. ¡El Viejo les gasta unas bromas!

GUSTAVO. ¿Cómo les ha puesto?

LUCITA. ¡A Cristina, todos los días un nombre distinto! *Ofelia*, *Julieta*, *Dulcinea*, *Eloísa*, *Beatriz…* A Teresa, *Santa Tonta de Capirote*.

GUSTAVO. ¡Tiene gracia el abuelo!

LUCITA. Pero ¿usted ve a Cristina? Diciéndole otra vez a su novio que lo quiere a morir. Ahora con la mano. Hoy se lo ha dicho ya, que yo sepa, por escrito, por teléfono, con la mano, con la boca, con los ojos… ¡Jesús! No le dará en los dientes al primer novio que a mí me salga. Voy a ser muy seria.

GUSTAVO. ¿Muy seria?

LUCITA. Y muy sobria. *Fingiendo un diálogo.* «— Hola. —Hola. —¿Me quieres? —Te quiero. —Pues vamos a hablar de otro asunto». Y al

despedirme, igual: «—¿Te vas? —Me voy. —¿Me quieres? —Te quiero. —Pues anda con Dios». Así, así.

GUSTAVO. Y ¿se contentará ese hombre, Lucita?

LUCITA. ¿No ha de contentarse? La cuestión no es decir las cosas muchas veces, sino que sean verdad una sola. Aunque todavía —vaya usted a saber— puede que yo me ponga más almibarada que Cristina. Porque suele sucederme mucho, ¿verdad? Como diga en serio que me voy por una vereda, echo en seguida por la otra. Siéntese usted mientras no viene la santita.

GUSTAVO. Bien; un momento no más. Va siendo tarde para mí.

LUCITA. Se ha puesto usted muy grave de repente.

GUSTAVO. Es posible.

LUCITA. ¿Por qué, Gustavo?

GUSTAVO. *Después de vacilar un punto.* Se lo diré, Lucita; siento envidia de ese hombre que va por la calle.

LUCITA. *Bajando la voz.* ¿De Félix, el novio de Cristina?

GUSTAVO. Sí.

LUCITA. Es claro: está tan enamorada Cristina…

GUSTAVO. Eso, en primer lugar. Y luego, Lucita, pensando sólo en él, ¿cree usted que vale poco en la vida entrar en estas batallas de la juventud, cada día más duras y difíciles, sintiendo al lado el aliento de una mujer que a la par nos consuela y anima; que parece que lleva nuestra bandera?… Eso es mucho; eso es todo, casi… Eso es tener asegurada la victoria, y del modo más noble.

LUCITA. Sí, señor; muy bien dicho. Si yo fuera hombre, ¿verdad?, pensaría lo mismo que usted. Y ¿por qué no deja usted el viaje a París para cuando encuentre… su abanderada?

GUSTAVO. Porque… porque mi abanderada… Por nada, no; porque ya debo irme.

LUCITA. Pues mucho ojo y no se vaya usted a casar en París con una francesa. Mire usted que todas las francesas se la pegan a sus maridos.

GUSTAVO. ¡Todas, no!

LUCITA. ¡Todas! En las comedias, todas. Y como dicen que el teatro es el espejo de las costumbres… vale más creerlo que no averiguarlo.

GUSTAVO. No echaré en olvido la advertencia.

LUCITA. Lo necesita usted, porque en París hay mujeres muy interesantes, muy bonitas, vestidas como si las vistiera Dios por orden del diablo… ¿verdad? muy finas, muy esbeltas… de ojos muy azules… Vamos… muy para los pintores.

GUSTAVO. ¡Ja, ja, ja! De todos modos, nada temo. Porque si hemos de juzgarlas por las comedias, son también muy interesadas, y yo voy a entrar sin blanca en París.

LUCITA. Pero con la paleta y los pinceles.

GUSTAVO. Eso todavía no vale nada: no es oro más que en mi ilusión. Dios dirá. Hace unos días, Lucita, en que apenas duermo ni como: el espíritu no me deja. Pero ni un solo instante vacilo en mi resolución de irme de aquí unos años. Necesito estudiar, renovarme, recibir estímulo considerando mis bríos… o mi pequeñez enfrente de la labor de muchos… Además, Lucita, es que en Guadalema materialmente no puedo vivir. La pensión que el Ayuntamiento da a mi madre es exigua, usted lo sabe bien. Lecciones no tengo más que ésta, que debo a la bondad de ustedes. En este año he hecho dos retratos, los cuales me han valido… un opíparo almuerzo en cada una de las respectivas casas…

LUCITA. ¿Qué me cuenta usted?

GUSTAVO. «¡Admirable, Gustavo, admirable! ¡Un prodigio de parecido! Véngase usted mañana a almorzar con nosotros». Francamente, a almuerzo por retrato no me conviene seguir aquí.

LUCITA. *Riéndose.* ¡Claro que no! ¡Ni aunque le ofrecieran usted las bodas de Camacho! ¡Dichosos ricos los de Guadalema! No se gastan un céntimo en cosas de arte, ¿verdad?

GUSTAVO. Se creen que los artistas debemos vivir como los pájaros en las ramas.

LUCITA. ¿No sabe usted lo que le dijo el otro día Castillo el poeta al marqués de Martín?

GUSTAVO. No. ¿Qué le dijo?

LUCITA. Castillo acaba de publicar un libro de versos…

GUSTAVO. Sí: *Del huerto humilde.*

LUCITA. Ése. Y el marqués, al felicitarlo, porque había leído la noticia, le pidió que le regalara un ejemplar. Entonces Castillo, que tiene tanta gracia como descaro, se cuenta que le contestó: «—Señor marqués, usted que es una persona muy culta, ignora una cosa. —¿Qué es lo que yo ignoro, Castillo? —Ignora usted que hay unos locales con estantes de arriba abajo, llenos de libros de todo el mundo. Esos locales se llaman *librerías.* Todas tienen su mostrador, su encargado, sus dependientes… Llega usted allí, pide el libro que quiera, lo paga, y se lo dan con mucho agrado. Está por la primera vez que nieguen uno, como lo haya. Ya le digo a usted: se llaman *librerías*. Fíjese usted bien, para que no se le olvide: *librerías*. En la plaza Mayor hay una». Y todos los presentes soltaron la carcajada y el propio marqués se moría de risa.

GUSTAVO. Y ¿compró el libro?

LUCITA. Ni por ésas. Se lo pidió prestado a mi hermano Rodrigo, que también lo mandó a paseo.

GUSTAVO. Ayer estuve yo con Castillo. Quiero convencerlo de que me acompañe a París. Conoce bien aquello, habla perfectamente el francés… Me convendría.

LUCITA. Usted por el francés no lo necesita: con las lecciones que le he dado yo…

GUSTAVO. Para mí tengo, sin desdén hacia la maestra, que van a aprovecharme tanto como a usted las mías de pintura.

LUCITA. ¡Quiá! Mucho más. Yo me he convencido de que para la pintura no sirvo. No tengo paciencia. Ahora me voy a dedicar a la guitarra. ¿Qué le parece a usted?

GUSTAVO. Como consecuencia de mis lecciones de pintura, un tremendo fracaso para mí.

LUCITA. Todo es cuestión de manos.

GUSTAVO. ¡Ah, ya!

LUCITA. ¡El estudio de la pintura no se acaba nunca! Que ojos, que bocas, que narices, que pies… ¡Oh! Antes de poder pintar una persona, se hace una vieja.

GUSTAVO. Pues es una lástima, porque tiene usted espíritu creador, genio de artista. Pero con esa constante rebeldía a toda sujeción o norma no hará usted nunca nada de provecho. Bien dice don Rodrigo: en la cabeza de usted vive un pájaro que se nutre de su corazón.

LUCITA. Lo mismo que con la pintura, me ocurrió con la música. ¡Cuidado si me gustaba la música! Tuve una temporada, ¿verdad? en que todo lo pedía cantando. Papá, como es tan complaciente, en seguida me puso un profesor Pero en cuanto llegó el profesor y empezó con la matraca del solfeo: ¡do! ¡re! ¡mi! ¡adiós mi castillo de naipes! ¡Vamos, que empeñarse en someter a reglas cosa tan libre como la música! ¡Una fuerza, un misterio que está en el viento, y en los árboles, y en los pájaros, y en el mar, querer aprisionarlo entre cinco rayitas! Al diablo no se le ocurre otra. Y me perezco por cantar; ¡pero no me amarro al solfeo!

Rompe a cantar con todo entusiasmo.

Sale por la puerta de la izquierda Teresa, la monjita en cierne. Es suave, interesante, sencilla, y revela en su rostro la alegría y la serenidad de un alma satisfecha de su vocación. Está curada de toda afectación mística o monjil. Sus ojos brillan como altares.

TERESA. ¿Despides con música a tu maestro?

GUSTAVO. Hola, Teresa. Ya lo ve usted; con música me despide.

TERESA. ¿Y Cristina?

LUCITA. Al balcón todavía, contemplando lo que queda en el aire del humo del cigarro de su novio, que se ha marchado hace un cuarto de hora. Y en seguida se pondrá al piano a llorar la ausencia de diez minutos.

CRISTINA. *Desde el balcón.* Te advierto que lo estoy escuchando todo.

LUCITA. Si no es secreto lo que he dicho…

TERESA. Cristina.

CRISTINA. ¿Qué quieres?

TERESA. Te llama papá.

CRISTINA. Voy.

GUSTAVO. *Deteniéndola.* Adiós, Cristina.

CRISTINA. Es verdad, que usted se nos marcha. Hasta la vista, pues, amiguito.

GUSTAVO. Hasta que Dios quiera.

CRISTINA. Mucha fortuna le deseo.

GUSTAVO. Gracias.

CRISTINA. ¿Está emocionado?

GUSTAVO. Sí.

CRISTINA. Adiós. Mucha fortuna.

Se va por la puerta de la izquierda. Lucita ha observado atentamente a Gustavo mientras la despide.

TERESA. ¿Cuándo es la partida, Gustavo?

GUSTAVO. Mañana.

TERESA. Pues a ser muy bueno, a escribirle a la mamá todos los días… y a no pintar demasiadas cosas… de esas que no deben pintarse.

GUSTAVO. Se hará así. La amonestación de usted viene ya del cielo.

TERESA. ¡Pobre de mí! ¡Del cielo mis palabras!… Eso sí: yo pediré por usted constantemente.

GUSTAVO. Muchas gracias, Teresa. A la corte celestial voy bien recomendado. Con las medallas, los escapularios, las cruces y los amuletos que me ha puesto encima mi madre, supongo que no me ha de faltar el favor de allá arriba.

TERESA. No sea usted hereje; no se burle.

GUSTAVO. No hay ni asomo de burla en esto que digo. Discípula…

LUCITA. Maestro…

GUSTAVO. ¡Maestro!…

LUCITA. Quiero ser profeta en mi tierra. Ahora se lo llamo yo sola, ¿verdad? Pronto se lo llamará el mundo entero.

TERESA. Amén.

GUSTAVO. ¡Ojalá! Necesito esos ánimos. Los agradezco. Adiós, Lucita. Adiós, Teresa.

LUCITA. Que sepamos de usted.

GUSTAVO. Sí, sí. Ustedes con más razón que nadie. Adiós. *En este momento, y a tiempo que Gustavo va a irse, por la puerta de la derecha llega de la calle don Rodrigo el Viejo, el abuelo de las muchachas.* ¡Oh, que está aquí el Viejo!

DON RODRIGO. ¡Salud!

GUSTAVO. A la rebotica iba yo ahora a darle un abrazo.

DON RODRIGO. ¡Pues aquí estoy yo a darte una docena! A trabajar mucho, valiente. El trabajo es una dignidad. Y acuérdate siempre de esto que ahora te digo: la suerte que bayas de tener va dentro de ti. No lo olvides. Anda con Dios. *Lo abraza y casi lo empuja hacia la puerta.*

GUSTAVO. Gracias, gracias. Adiós a todos. *Vase conmovido.*

TERESA. Adiós.

LUCITA. Adiós.

Don Rodrigo el Viejo, como familiarmente se le nombra, anda en torno de los setenta años y ha sido padre de catorce hijos, varones todos, que desparramó la fortuna por el planeta. Pertenece a esa casta privilegiada de hombres cuyo espíritu, lejos de abatirse y decaer con los años, se templa y fortalece, prestándole a la vez al cuerpo nueva pujanza. Es agresivo, descarado y zumbón. Habla con la impunidad que le consienten sus años y su vida, honrada y fértil. Viste con característica sencillez.

DON RODRIGO. ¡Floja gresca he armado yo en la rebotica a cuenta de Gustavo!

TERESA. ¿En dónde no armará gresca este viejo?

DON RODRIGO. En ninguna parte que reine su majestad el Sentido Común.

TERESA. Pero ¿el Sentido Común es un rey?

DON RODRIGO. Destronado… desde tiempos de Adán.

LUCITA. *Que está un poco abstraída.* ¡Anda con ésa!

DON RODRIGO. ¡Morder y criticar al pobre mozo porque quiere estudiar y hacerse persona! ¡Zopencos! ¡Envidiosos! Lo he dicho allí con todas sus letras una vez más: el natural de Guadalema es el animal que más se parece al hombre.

LUCITA. Yo quisiera ser hombre…

DON RODRIGO. ¿Para no ser de Guadalema?

LUCITA. No; no hablo de eso… Para ser muy *amigo* de Gustavo.

DON RODRIGO. Tú siempre quieres ser algo que no eres.

LUCITA. Sí, señor; me gustaría ser *amigo* de Gustavo, camarada suyo. Me gustaría que me contase muchas cosas que él piensa y siente… y que siendo yo mujer, ¿verdad? no puede contármelas.

TERESA. A propósito de pintores y de pinturas. Viejo. ¿Quién crees que ha estado aquí?

DON RODRIGO. Lo sé: don Basilio Piña.

TERESA. ¿Quién te lo ha dicho?

DON RODRIGO. ¡El olor a aguarrás que ha dejado en la casa! ¿A qué ha venido ese mercachifle? ¿A ver el Ribera otra vez?

LUCITA. Nunca viene a otra cosa.

TERESA. Media hora se ha llevado mirándolo. ¿Por qué no se lo vendes, Viejo?

DON RODRIGO. ¡Esta *Santa Tonta de Capirote* ha perdido el juicio! ¡Primero le vendo el alma al diablo!

TERESA. *Santiguándose.* ¡Jesús! *Reza entre dientes.*

DON RODRIGO. ¿Tú sabes lo que es ese Ribera? ¿Lo que vale aquella cabeza de Virgen, la mejor de todas las que pintó el Españoleto? ¿Tú no sabes también que ese cuadro está desde tiempo inmemorial en nuestra casa como una reliquia? Lo miró toda su vida mi abuelo, lo miró mi padre y yo lo miro y lo remiro por todos.

TERESA. Se conoce que yo no entiendo.

DON RODRIGO. Lo que se conoce, rata monjil, es que ya pasando por el locutorio, llegan hasta esta casa aires de las celdas de tu convento. ¿A que les has contado a las monjas la historia del pintor que yo te conté?

TERESA. Sí, señor; creí que era caso de conciencia, y las enteré de lo que ellas tampoco sabían: de que sirvió de modelo una mala mujer para esa cabeza de la Virgen.

DON RODRIGO. Alto allá: sirvió de modelo una hija del propio Ribera. María Rosa, que era hermosísima y pura como los ángeles cuando él la copió.

TERESA. Sí; pero luego se escapó con un bastardo de no sé qué rey.

DON RODRIGO. De Felipe IV y de la Calderona, para que no se sepa. Don Juan de Austria se llamaba aquel peine.

TERESA. ¿Ves tú? ¿Ves tú?

DON RODRIGO. Sí, hija, sí: ya veo. Y mira si me pongo en todo, que me avengo a hacer con nuestro Ribera lo que hicieron con su Purísima, copia también de María Rosa, las monjas del convento de las Agustinas de Madrid.

LUCITA. ¿Tú que has de consentir en tal cosa, Viejo?

DON RODRIGO. ¿Por qué no? Ellas, escandalizadas de la aventura, llamaron a Claudio Coello y le mandaron repintar la Purísima. ¡Bueno: pues que venga Claudio Coello… y haga lo propio con la de casa!

LUCITA. *Riéndose.* Así, así.

TERESA. ¡Estos viejos que se las echan de graciosos!…

DON RODRIGO. ¡Estas muñecas que tienen una juventud de rosa y la quieren agostar en un claustro!…

TERESA. ¡Silencio! *Vuelve a rezar para sí, santiguándose.*

DON RODRIGO. En mis Memorias te voy a poner como digan dueñas.

LUCITA. ¿Cuándo me vas a leer a mí algo de las Memorias, Viejo? ¡Qué interesantes son todos los libros de memorias!

DON RODRIGO. ¡Oh! Las mías meterán ruido. Serán curiosas, pintorescas, apasionadas… Como de un hombre que ha vivido mucho, enterándose de lo que es vivir… Moverán escándalo… Habrá crujir y rechinar de dientes… ¡Porque canto en ellas las verdades! Anoche escribí un capitulito bien substancioso. «Los amores del general Benchirella con la

mujer de su mejor amigo, y los amores de este amigo con la mujer del general Benchirella». Los cuatro quedan bien.

LUCITA. ¡Vaya un capitulito chusco!

DON RODRIGO. Pues como ése llevo un centenar. Trabajo sin descanso. No sé vivir ocioso, niñas mías.

TERESA. Y ¿tardarás mucho en publicarlas?

DON RODRIGO. Todo lo que tarde en morirme. Saldrán a la luz al día siguiente de mi entierro.

LUCITA. Pues yo que tú las publicaba en vida.

DON RODRIGO. No tiene objeto: son tales, que temo que me cuelguen de un árbol al día siguiente de la publicación… De manera que por un día prefiero morir en la cama. *Ríen las muchachas.* Me aseguro la posteridad. *Con entusiasmo.* «Memorias de don Rodrigo el Viejo, escritas con la mano izquierda».

LUCITA. ¿Así las titulas?

DON RODRIGO. Así. Y doy la explicación en el prólogo. La mano derecha, ya rendida de trabajar, se crispó y se negó a escribir. Y fué y le dijo a la izquierda, su hermana: «Hermana, échame una manita. Nunca te he dicho nada hasta ahora, pero llevas una vida de fraile. Aprende a escribir como aprendí yo, que las dos servimos al mismo caballero». ¡Je!

TERESA. Pues eso me parece muy bien.

LUCITA. Estaba yo por probar qué tal pinto con la mano izquierda.

DON RODRIGO. Peor que con la derecha es muy difícil.

Salen en esto por la puerta de la izquierda don Adelardo y Rodrigo. Éste es el único hermano de las muchachas a quienes ya conocemos, y se distingue por el ímpetu irreflexivo de su juventud, exenta de preocupaciones.

RODRIGO. Aquí está el Viejo.

DON ADELARDO. Me alegro. Te buscaba, papá.

DON RODRIGO. ¿Qué quieres?

DON ADELARDO. Ahora te diré. *A las hijas.* Marchaos allá dentro con Cristina.

LUCITA. ¿Ocurre algo? Estás muy serio.

DON ADELARDO. Ella os enterará. Marchaos con ella.

LUCITA. *A Teresa.* ¿Qué podrá ser?

TERESA. Alguna barrabasada de Rodrigo. Ya verás tú.

LUCITA. No creo. Algo más ocurre.

Se van los dos por la puerta de la izquierda.

RODRIGO. *Mirando hacia la de la derecha.* Viene el tío Doroteo: que no nos estorbe; que se marche a su cuarto.

DON ADELARDO. No, no; que se quede también.

RODRIGO. ¿Para qué? ¿Para escuchar majaderías, papá?

DON ADELARDO. En ciertos casos todo debe oírse. Que se quede.

DON RODRIGO. Pero ¿hay alguna novedad? Rodriguillo, ¿qué pasa?

RODRIGO. Yo no sé nada todavía. Papá quiere hablarnos…

Aparece por la puerta de la derecha el tío Doroteo y se encamina hacia la de enfrente.

DON ADELARDO. Doroteo.

TÍO DOROTEO. Me llaman.

DON ADELARDO. Tenemos que tratar de algo muy importante. ¿Quieres oírlo?

TÍO DOROTEO. ¿Quién lo duda?

DON ADELARDO. Pues… cerrad esas puertas.

Rodrigo y el tío Doroteo lo obedecen.

DON RODRIGO. Me pones en cuidado, Adelardo.

DON ADELARDO. No es para menos el asunto, papá. Sabedlo pronto, para que compartáis conmigo la tribulación. Llevo ocho días disimulando; los días más amargos y dolorosos de mi vida.

DON RODRIGO. ¡Adelardo!

RODRIGO. ¡Papá!

DON ADELARDO. Olivenza Gutiérrez, mi socio en las minas de Santa María, no es que haya ido al extranjero, como yo os he dicho, por necesidades de la empresa, sino que ha huido de Guadalema y no sé dónde está.

TÍO DOROTEO. ¿Eh?

RODRIGO. ¿Que ha huido?

DON RODRIGO. ¿Que ha huido, dices?

DON ADELARDO. Que ha huido, sí. Y ¡cómo lo ha hecho! ¡Traidor! ¡Ingrato! Desaparece cuando nos cercan compromisos tremendos; responsabilidades espantosas de este negocio, fracasado y maldito. Me traiciona, me roba, me estafa; y lo que es más grave, me hunde y me arruina, si yo he de responder de todo, como debo y quiero.

DON RODRIGO. ¡Jesús, Dios mío!

RODRIGO. ¡Canalla! ¡Siempre renegué de ese hombre, papá!

DON RODRIGO. Pero; bueno, Adelardo, ¡por Dios bendito! Explícate; no sean tus cosas. Habla.

RODRIGO. Sí, papá, sí; habla.

DON ADELARDO. Hablaré, hablaré…

RODRIGO. Que a lo mejor, tú también ves visiones.

DON ADELARDO. No, hijo mío, no; ahora, no. Por desgracia, no. Estamos en presencia de la ruina de nuestra casa. ¡Ojalá fueran visiones éstas que yo veo; pero son realidades que me dan frío; que me hacen llorar!

RODRIGO. ¡Oh! ¡Hay que perseguir a ese bandido y sacarle el alma por la boca!

DON RODRIGO. ¡Calla tú también! ¡Deja a tu padre que se explique!

DON ADELARDO. De ese bandido se encargará la Justicia. Pero antes he querido qué supierais, que me escucharais… Oídme. Desde luego, la empresa, el negocio, la aventura no sería un completo fracaso, aun cuando nunca respondiera a nuestras ilusiones… En estas explotaciones mineras hay muchas veces que esperar… que esperar… pero ¡cuesta tanto esperar!…

DON RODRIGO. ¡Ah, ya lo sé! ¡Ya tratamos de esto en un principio! ¡Ya sé que un millón tira de otro; ya lo sé! ¡Ya hablamos claro y fuerte!

Recuérdalo, recuérdalo.

Don Adelardo. ¡Sí, si lo recuerdo, sí; y reniego de la hora en que comprometí la primera peseta! Y eso que si no me hubiera traicionado ese hombre aún habría esperanza de salvación. ¡Lo que es que me abandona en los momentos más graves y críticos! Vienen ya para España, por encargo nuestro, máquinas de extracción para el coto de San Luis; todo el material de los caminos aéreos, desde Trigales a San Jerónimo; vagonetas, cables, puentes de cargamento… ¡qué sé yo! Además, ahora y en fin de año nos vencen letras abrumadoras de diferentes casas alemanas: de Wetter, de Zurich… Fiadores nuestros ante dos de ellas son los Latorres… ¡Una vergüenza! ¡Un espanto! No lo dudéis, no. Si he de cumplir como quien soy tendré que enajenar las pocas propiedades que ya nos restan. ¡Y, eso sí: antes me quedo sin ropa que ponerme que dejar una deuda en pie!

Silencio. La gravedad de estas palabras preocupa a todos. El tío Doroteo se sienta aparte a meditar. Al fin, el Viejo exclama:

Don Rodrigo. Tenía que ser; teníamos que llegar a este momento. Tus idealismos desatinados, tu buena fe, rayana en candor de criatura, por fuerza habían de arrastrarnos a esta catástrofe. ¡Cuando se es un niño no se mete uno en andanzas de hombre!

Don Adelardo. ¡Dime, Viejo, dime cuanto quieras, que lo merezco todo! Cuando pienso en que, con culpa o sin ella, soy yo quien va a quitarles a mis hijos… Dime cuanto quieras; no temas ser cruel. Y tú también, Rodrigo; y tú, Doroteo… Todos, todos tenéis derecho contra mí.

Rodrigo. ¡Sí, si ahora vamos a ponernos a insultarte! ¡Antes, antes es cuando has debido hacernos caso!

Don Adelardo. ¡Verdad; verdad!

Don Rodrigo. ¡Nos has arruinado neciamente, estúpidamente!

Don Adelardo. ¡Verdad!

Don Rodrigo. Y te digo esto ahora, porque aún te queda por delante mucha vida para enmendar tus yerros.

Don Adelardo. ¡Oh! ¡Mi vida! Nada más estéril que toda mi vida; que toda mi obra.

RODRIGO. ¡Ya es tiempo de que te vayas enterando! ¡Parece mentira que un hombre como tú, que sale a desengaño por día, aún se dejé embaucar hasta de los chicos de la escuela!

DON RODRIGO. ¡Si fuera de los chicos de la escuela, anda con Dios; pero si es del primer desvergonzado que le habla!

DON ADELARDO. No tanto, no; permitidme que… No tanto. Soy de blanda cera, a merced de lo que las manos en que caiga quieran hacer de mí; pero no tanto, no tanto…

RODRIGO. ¿No tanto? ¿Y el periódico? ¿Te has olvidado del periódico?

DON RODRIGO. ¡*El Idealista*!

RODRIGO. ¡Ibas a hacer y a acontecer y a reformar el mundo!

DON RODRIGO. ¡Le diste dinero a manos llenas a una partida de bribones, y cuando te negaste a dar más te llamaron cursi y caballero andante!

RODRIGO. ¡Y tuve yo que acabar a trastazos!

DON RODRIGO. ¿Y la Escuela de Artes y Oficios, que va a terminar en matadero público?

RODRIGO. ¡Y tantas cosas más, que no hemos de echarte en cara en este momento!

DON RODRIGO. ¡Pero, hijo mío, las coronaste a todas y te ordenaste de loco de atar, al emprender esta aventura de la mina de Santa María!

DON ADELARDO. ¡Loco, no!

DON RODRIGO. ¡Ah! ¿no es locura asociarse a un hombre desacreditado como el tal Olivenza Gutiérrez, para acometer una empresa tan grave, tan dudosa, donde el fracaso puede ser la ruina? ¡Loco y más que loco!

DON ADELARDO. ¡No, no; iluso, sí; pero loco, no! A pesar de todo debo defenderme. Yo soy el primero en declararlo: me alucinó, me ofuscó la funesta elocuencia de ese hombre; su entusiasmo comunicativo. Pero cuando él y yo, uniendo nuestros intereses, denunciamos la mina, teníamos informes favorables de ingenieros inteligentísimos y de gran renombre. Yo no era un loco, como decís. Una casa belga ambicionaba la presa sin disimulo. ¿No era hasta patriótico arriesgar en la empresa una buena parte de mi fortuna? Estas minas de galena argentífera se explotan en casi toda España: en Linares, y en

Badajoz, y en Sevilla, y en Murcia, y en Toledo… ¿Por qué no hacer lo mismo en estas tierras infecundas de Guadalema? Ello le daría riqueza permanente a la comarca; trabajo y vida a muchos hombres. Así pensaba yo. Luego… luego, como sabéis, nos engañó a todos, ¡a todos!, el éxito de las primeras excavaciones. Y entonces di para la mina mucho más de lo que podía y debía dar sin peligro. Lo sé. Pero ¿pudo nadie calcular lo estéril de cuanto se intentó después para tropezar nuevos filones? ¿Estuvo en mí, ni en nadie, sino en Dios, prever los daños de la inundación del pasado invierno? ¿los gastos enormes de las instalaciones de desagüe? ¿Pude yo entrar en las entrañas de la tierra para investigar lo mezquino del filón que nos deslumbró a tantos? Y, finalmente, aunque pensase y adivinase todo esto, jamás pensaría que me vendiera, que me traicionara, dejándome sólo ante la catástrofe, un hombre que me debe en Guadalema cuanto es… ¡Y he dicho que no soy un loco! Sí lo soy, sí; un loco, un pobre enfermo de idealismo, un idiota. Cabe buscar en la tierra ramas de plata y encontrarlas… ¡pero qué absurdo y qué necio es buscar el corazón, el sentimiento y la lealtad en algunos hombres!…

Nuevo silencio.

RODRIGO. En suma, y dejando lamentaciones a un lado: ¡que nos quedamos con el día y la noche! ¿No es esto? ¡A pedir limosnas!

DON ADELARDO. Así es.

DON RODRIGO. ¿Qué habláis ahí de pedir limosnas, majaderos? ¡Vaya un par de hombres, el padre y el hijo! ¡No parecéis ninguno de los dos de mi casta! Hace ya muchos años, siendo yo mozo, en una situación análoga a ésta, cien veces peor que ésta, me señaló mi padre dos caminos, que son los mismos que ahora tenemos por delante.

RODRIGO. ¿Cuáles son esos dos caminos?

DON RODRIGO. *Gravemente.* O degradarse… o trabajar. De ahí mi primer viaje por América.

DON ADELARDO. ¡O degradarse… o trabajar!

DON RODRIGO. Sí: llamo degradarse, no a lo que vosotros pensáis acaso, sino a entregarse mansamente a lo que quiera la codicia de los demás; a meter aquí usureros y prestamistas que nos aniquilen; a malbaratar reliquias y joyas de nuestra casa, que por heredadas son como la sangre de las venas; a

la petición bochornosa al amigo; a la comida en casa del prójimo… A todo esto y a algo más que me callo, llamo degradarse…

DON ADELARDO. Y eso es.

DON RODRIGO. Trabajar es palabra que no ha menester interpretaciones. Trabajar es eso: trabajar. No sólo por defender la hacienda y la vida, sino por merecerlas. Y en esta familia, y en esta situación, todos podemos y debemos trabajar. Yo, el primero. Si aquí en Guadalema teméis que pueda hallarse cohibido nuestro ánimo, coartada nuestra libertad, Madrid es grande; París, inmenso; América, infinita…

RODRIGO. Calla.

DON RODRIGO. ¿Qué?

RODRIGO. Alguien viene.

DON ADELARDO. Calla, sí.

DON RODRIGO. ¿Será Félix, quizás?

DON ADELARDO. ¡Félix! ¡Dios de mi alma! ¡Félix! Luego seguiremos ocupándonos de esto.

DON RODRIGO. Sí; luego, sí.

DON ADELARDO. Disimulemos ahora, ¿verdad?

RODRIGO. Sí, sí.

DON RODRIGO. A la noche nos reuniremos.

DON ADELARDO. Sí, sí; a la noche.

Llaman a la puerta de la derecha.

RODRIGO. ¿Quién es?

Baltasar habla desde dentro.

BALTASAR. ¿Hay permiso?

DON ADELARDO. ¡Ah! es Baltasar.

RODRIGO. Pasa, sí; pasa.

BALTASAR. *Asomando a la puerta, no ajeno del todo a la turbación de los ánimos.* Señor: don Basilio Piña desea verlo.

DON RODRIGO. ¿Otra vez don Basilio Piña?

DON ADELARDO. ¿A quién: a mi padre o a mí?

BALTASAR. A usted: dice que a usted, don Adelardo.

DON ADELARDO. ¿Qué podrá traer?

BALTASAR. Muy alterado viene… y muy nervioso.

DON RODRIGO. ¿Eh?

DON ADELARDO. ¿Sabrá…? Dile que ahora voy; que espere un instante.

BALTASAR. Sí, señor. *Retirase.*

DON ADELARDO. ¿Sabrá algo del paradero de Olivenza Gutiérrez?

DON RODRIGO. ¡Otra cosa es lo que sabrá! ¡Siempre el mismo! Vamos a verlo juntos. Anda.

DON ADELARDO. Vamos, Viejo.

Se van los dos por la puerta de la derecha.

RODRIGO. ¡Este padre mío!… ¡A qué extremo nos lleva, Señor!… ¡Qué insensatez! ¡Qué rabia!

TÍO DOROTEO. *Suspirando, entre melancólico y pesimista.* ¡Ay, Señor de los cielos!

RODRIGO. ¿Respiró usted ya?

TÍO DOROTEO. Ya he respirado, monigote. Yo no soy hombre de palabras, sino de obras. Y estoy de acuerdo con el Viejo, naturalmente. ¡A trabajar se ha dicho!

RODRIGO. ¡Sí, sí; a trabajar! ¡Qué pronto se dice a trabajar! ¡Y hay en todas partes miles de seres que quieren trabajar y que se mueren de hambre porque no tienen en dónde ni en qué!

TÍO DOROTEO. No ensartes tonterías, muñeco. Todo el que quiere trabajar, trabaja.

RODRIGO. ¡Pues ya lo sabe usted!

TÍO DOROTEO. ¿Yo?

RODRIGO. ¡Usted!

TÍO DOROTEO. ¿Te insolentas conmigo? ¿Vas a pagar el coraje con el tío Doroteo? ¿Te escuece perder la *vita bona?* ¡Se acabó el tirito al pichón, y la sala de armas, y el té en casa de la marquesita!…

RODRIGO. Pero ¿es que usted hace cosa de más provecho?

TÍO DOROTEO. ¿Cómo?

RODRIGO. ¡Usted vive en continua pantomima de labor; pero hasta ahora no hemos visto en casa ni siquiera un ajo nacido de simiente sembrada por usted!

TÍO DOROTEO. ¡Mequetrefe!

A este punto, sale Cristina por la puerta de la izquierda muy atribulada.

CRISTINA. ¿Qué? ¿Qué? ¿Por qué gritas, Rodrigo?

RODRIGO. ¡El tío Doroteo, que es capaz!…

TÍO DOROTEO. ¡Este mono que se me descara!…

CRISTINA. Silencio, por Dios…

TÍO DOROTEO. El desconcierto que ha caído sobre todos es lo único que lo disculpa. Pero yo, badulaque, óyelo bien:

cuando la ocasión se ofrezca,
me calaré la celada
y pondré al caballo espuelas.

Se va por la puerta de la izquierda, con un hervidero en la frente.

RODRIGO. ¡Mamarracho!

CRISTINA. Déjalo estar… ¿Has visto, Rodrigo, has visto qué horror, qué desgracia?

RODRIGO. Sí; ya he visto.

CRISTINA. ¿Lo sabes todo?

RODRIGO. Todo.

Viene también por la puerta de la izquierda Lucita, llenos los ojos de inquietud y de lágrimas.

LUCITA. ¡Rodrigo! Papá os ha hablado, ¿eh?

RODRIGO. Sí.

LUCITA. ¡Qué ruina! ¡Qué hombre más infame! Yo he pensado… Porque en estos momentos… A Teresa no hay quien la saque de su oratorio; pero yo he pensado…

Llega otra vez por la puerta de la derecha Baltasar, hondamente inquieto, agitadísimo.

BALTASAR. Niños, niños… ¿Qué pasa?

RODRIGO. Déjanos, Baltasar.

BALTASAR. ¿Qué pasa?

CRISTINA. Déjanos ahora.

BALTASAR. Yo soy entre vosotros algo más que un criado… ¿Qué pasa?

RODRIGO. ¡Déjanos!

Vuelve don Rodrigo, colérico, por la misma puerta de la derecha.

DON RODRIGO. ¡Ya corre la noticia! ¡Ya vuela!

CRISTINA. ¿Qué?

LUCITA. ¿Qué?

DON RODRIGO. ¡Ya se dice por Guadalema! ¡Ya se sabe!

RODRIGO. ¿Se sabe ya?

BALTASAR. *Acongojadísimo y como para sí, yéndose por la puerta de la derecha.* Es cierto… es cierto…

DON RODRIGO. Acaba de estar ahí otra vez don Basilio Pina… ¡Don Basilio Pina!…

CRISTINA. ¿El anticuario?

Sale por la puerta de la izquierda doña Leonor.

DON RODRIGO. ¡Sí! Ha venido a advertirnos que si, por cualquier eventualidad, entrara en nuestros cálculos vender el Ribera, él está primero que nadie.

LUCITA. ¡Ah!

CRISTINA. Y tú ¿qué le has dicho?

DON RODRIGO. ¡Le he dicho que he resuelto morirme mirando al Ribera!

RODRIGO. ¡Muy bien, Viejo!

DON RODRIGO. ¿Te parece bien, Rodriguillo? ¿Y a vosotras?

CRISTINA. ¡Muy bien!

LUCITA. ¡A mí mejor que a nadie!

DON RODRIGO. *Cogiendo del brazo a Rodrigo, con quien se va por la puerta de la izquierda.* ¡Vente conmigo, que tenemos que hablar mucho tú y yo! ¡Vender el Ribera! ¡Que les ponga precio a mis ojos y a mi vida!

DOÑA LEONOR. *A Cristina.* Cristina.

CRISTINA. Señora.

DOÑA LEONOR. Ahí está Félix.

CRISTINA. ¡Félix!

LUCITA. ¡Félix! *Va maquinalmente al balcón, en el cual se recata.*

CRISTINA. Doña Leonor, una súplica. Déjeme usted a solas con él.

DOÑA LEONOR. ¿Debo hacerlo?

CRISTINA. Sí.

Doña Leonor se acerca a la puerta de la derecha a tiempo que por ella llega Félix, y lo hace pasar. En seguida se marcha.

DOÑA LEONOR. Pase usted, Félix.

FÉLIX. Señora…

CRISTINA. ¡Félix!

FÉLIX. *Gozoso, paseando su mirada en torno de él.* ¿Solos?

CRISTINA. Solos, sí; solos. *Cogiéndole con vehemencia una mano.* Ven a mí.

FÉLIX. ¿Qué tienes?

CRISTINA. *Ansiosa.* Mírame, Félix.

FÉLIX. Ya te miro. ¿Qué tienes, criatura?

CRISTINA. *Trémula.* ¿Me quieres tú? ¿Es verdad que me quieres tú?

FÉLIX. Y ¿cómo me preguntas eso? Pero, qué, ¿lloras?

CRISTINA. Lloro, sí. ¿Ves? Ya lloro… ya lloro… *Siéntase cubriéndose el rostro con las manos.*

FÉLIX. *Intuitivamente.* Es cierto. *Se aleja un poco de Cristina, mirándola.*

En uno de los huecos del balcón asoma Lucita observando el cuadro con ojos investigadores.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un gran salón en casa de don Nilo Pérez de Gil, en la Corte y Villa. Salidas al fondo, a la derecha y a la izquierda. Muebles y cuadros antiguos y modernos, en mezcolanza, donde el capricho y la improvisada riqueza han puesto más que el gusto. En un ángulo, un piano cubierto de ricos mantones de Manila. Sobre una mesa, un primoroso aparato de teléfono. Es por la tarde, en el mes de abril.

Salen por el foro Gustavo, Juanico Simoneno y Julián, criado de la casa, andaluz.

Gustavo ha experimentado un ligero cambio en los tres años que hace que nos despedimos de él en Guadalema. El marquesito de Simoneno es lo que se llama una bala perdida, de lo que también se llama el gran mundo.

JUANICO. Pasa, Gustavo. *A Julián.* Avisa que estoy aquí con un amigo.

JULIÁN. Sí, señorito.

JUANICO. ¿Tú sabes si van a salir?

JULIÁN. Me parese que no. La señora y la señorita han estao con er *modisto* hasta ahora.

JUANICO. ¿Y don Nilo?

JULIÁN. A don Nilo lo tiene usté en er biyá.

JUANICO. ¿Con quién?

JULIÁN. Con nadie. Está jugando solo.

JUANICO. ¿Solo?

JULIÁN. Sí, señorito. Dise… dise que… *Se detiene por respeto a Gustavo.*

JUANICO. Habla con libertad. Este amigo es de confianza.

JULIÁN. Pos dise don Nilo que hasta que no aprenda la carambola de salía no juega con nadie, pa que no se diviertan con é.

Ríen Gustavo y Juanico.

GUSTAVO. ¡Qué precaución tan cómica!

JUANICO. Ya te he dicho que es casa más bien para un caricaturista que para un pintor.

JULIÁN. Por fin me libré der difrá, señorito.

JUANICO. ¿Ah, sí? Que sea enhorabuena. Ésta es otra Gustavo. Doña Olvido, detalle que ve en una casa grande detalle que imita. Pitito veo, pitito quiero. Ha visto no sé dónde a un criado vestido de turco…

JULIÁN. ¡Y quería vestirme a mí de turquito también! Y grasias ar señó marqués me he escapao de andá de máscara por la casa.

JUANICO. Y ¿han desistido de ello?

JULIÁN. No, señó; que le han sortao la china a Perico. ¡Está aparente! Hasta los retratos se ríen de é.

JUANICO. Escucha: ¿trajeron mis flores?

JULIÁN. Sí, señorito; no hase un cuarto de hora. Y oiga usté: encárguele usté al amo de la tienda que le diga ar niño que las trae que se haga er mudo; que entregue las flores; coja la propina y se largue con viento fresco.

JUANICO. Pues ¿qué ha habido?

JULIÁN. Que le ha dicho ar *chofé* que debe usté en la casa alreó de tres primaveras.

JUANICO. ¡Hombre! ¡Muy gracioso! Dele usted cartel a un establecimiento para que luego le paguen así. Yo, que todos los días encargo allí flores…

JULIÁN. Eso parese que es lo que molesta: que las encarga usté tos los días.

JUANICO. Bueno. Te agradezco el aviso, Julián.

JULIÁN. Señorito, yo soy un güen amigo der señorito.

JUANICO. Pues anda, anunciame.

JULIÁN. Voy.

JUANICO. ¿Sabrás?

JULIÁN. Creo que sí. Lo conozco a usté bien.

Vase por la derecha del actor.

GUSTAVO. ¿Te conoce bien, dice?

JUANICO. Figúrate: ¡le debo mil pesetas!…

GUSTAVO. ¿Te ha prestado ese infeliz mil pesetas?

JUANICO. Y no serán las últimas.

GUSTAVO. Entonces no te conoce todo lo bien que él cree.

JUANICO. Gustavillo, no tan perdido, no. El marquesito de Simoneno todavía… La prueba es que me prestan.

GUSTAVO. *Observando el salón.* Pues, sí, efectivamente: la casa revela mucho más dinero que gusto. Mejor dicho: no revela más que dinero.

JUANICO. Esta gente ha heredado una millonada. Por eso me he enamorado yo de la chica.

GUSTAVO. ¿Qué tiempo llevan en Madrid?

JUANICO. Poco más de seis meses. Están en la luna de miel de la corte. Ellos vivían en Alminar de la Reina, en Andalucía. Es una familia modesta, que tenía allí cuatro terrones y cuatro tabiques; disparatadamente enriquecida del día a la noche La fortuna, mujer al fin, es bastante ligera de cascos.

GUSTAVO. Y ¿no son más que el matrimonio y una hija?

JUANICO. Nada más. A él creo que le decían en el pueblo Currete. El don Nilo con que se hace nombrar ahora, también debe de ser cosa de la herencia.

GUSTAVO. ¿Don Nilo Pérez de Gil, me has dicho?

JUANICO. Sí. Otro golpe. En su tierra era Pérez Gil, sin de. Con la pronunciación andaluza resultaba casi *Perejil*, a secas. «Currete Pére Gí, Currete Pére Gí…». Y en cuanto lo trates tú verás cómo no es más que *Perejil*, por lo sencillo. Te dará el olor desde una legua.

GUSTAVO. ¿Los millones heredados son de un herma no de él?

JUANICO. Que santa gloria haya. Le deberás tres retratos con el tiempo.

GUSTAVO. Dios te oiga, Juanico.

JUANICO. Parece ser que era un pobre señor, viudo y sin hijos, que amasó en América esa fortuna, y que, al sentirse viejo, tuvo la nostalgia de la patria y de la familia y se vino a hincar el pico junto a esta buena gente, en el pueblo natal.

GUSTAVO. ¡Feliz ocurrencia!

JUANICO. ¡Como para una estatua ecuestre! Ya le oirás hablar a doña Olvido del testamento *al óleo* del difunto.

GUSTAVO. ¿Del testamento *al óleo*?

JUANICO. Sí; como tus retratos. *Ológrafo* quiere ella decir.

GUSTAVO. *Riéndose.* ¡Jesús, María!

JUANICO. Verás, verás una señora inesperada. Todos ellos. En clase de *parvenus* ponen el mingo. Doña Olvido, sobre todo, hablando de arte, no se sabe adónde va a parar. A la pátina de los cuadros viejos le dice la *patina*. Y le ha caído en gracia la palabreja… ¡y mete la *patina* cada vez que puede!

GUSTAVO. ¡Ja, ja, ja!

JUANICO. El don Nilo tiene la manía de que en los tres meses que estuvo su hermano en su casa antes de morir, se le pagaron a él muletillas y giros americanos… y hasta el acento. ¡Delicioso! A cada paso le oirás decir: «¡Banana!». «Mire, ché…». ¡Magnífico!

GUSTAVO. ¿Y la hija?

JUANICO. La hija es tonta de remate, pero encantadora. Su fiaco es imitar todos los dengues, mimos y frases hechas de las señoritas de clase. «¡Qué bobo!». «¡Qué bobada!». «¡Qué divertido!». No sale de ahí. Se llamaba Andrea. Desde que está en Madrid se llama Bebé. En calidad de astilla salvadora de un náufrago, no hay pero que ponerle.

GUSTAVO. Hay uno. ¿No me has dicho que tiene novio?

JUANICO. Vencerlo es mi intención. Fío mucho en el escudo de mis tarjetas, que deslumbrará puesto en la portezuela del automóvil. Por de pronto, me he hecho el indispensable en la casa; soy íntimo amigo —íntimo

— de la *mademoiselle*, que no es ningún saco de virutas; chanceo con el cocinero, que es chino, y de escaleras arriba y abajo hay dos o tres criados como ese Julián, interesadísimos en mi triunfo. ¡Si no, no cobran!

GUSTAVO. Veo que eres el mismo perdis que en París.

JUANICO. ¡Oh, aquel estudio de la *rue* de Balzac…! ¡Claudine! ¡Henriette! ¡Chochotte!… ¡Quién os olvida! *Lo abraza.* Aquí tenemos a nuestro don Nilo. Y por el otro lado llegan también la madre y la hija. Aguanta la risa lo que puedas.

GUSTAVO. Calla, hombre.

Por la izquierda llega don Nilo, de levita y botines, y por la derecha doña Olvido y Bebé, vestidas con ostentoso lujo, pero sin ningún detalle chillón ni caricaturesco. La modista las salva. Los tres conservan la pronunciación andaluza, más acentuada en doña Olvido que en don Nilo y Bebé.

DON NILO. ¡Querido Juanico! Caballero…

GUSTAVO. Señor…

JUANICO. *Presentándolos.* Don Nilo Pérez de Gil… Mi íntimo amigo Gustavo Luque…

DON NILO. Muy honrada mi casa con su presencia, y muy honrado yo estrechando su mano. Voy a tener el gusto de presentarle a mi mujer y a mi hija. Olvidito, Bebé: aquí tenéis al pintor famoso.

GUSTAVO. Señora… Señorita…

DOÑA OLVIDO. Tantísimo gusto en conocerlo. Juanico…

JUANICO. Señora mía… A tus plantas, Bebé.

BEBÉ. Hola, tú. Muchas gracias por las rosas, que son lindísimas.

JUANICO. *Señalándole a las mejillas.* ¡Oh! Han venido a buscar… *consonantes*.

BEBÉ. ¡Qué bobo!

DON NILO. Siéntese no más el ilustre artista. Siéntese no más.

DOÑA OLVIDO. Juanico se ríe oyendo a mi marido.

JUANICO. ¡No, señora!

DOÑA OLVIDO. Le hace gracia eso de «siéntese no más». Realmente parece que hay el temor de que la visita se tienda.

DON NILO. ¡Olvido!…

DOÑA OLVIDO. A Nilo se le han pegado muchos giros de América desde la estancia en casa de un hermano suyo a quien quería… a quien quería como a un hermano.

DON NILO. ¡El pobre Bonis!

BEBÉ. ¿Usted acaba de llegar de París?

GUSTAVO. Sí, señorita, hace dos días.

DOÑA OLVIDO. ¿Ha pasado usted por Hendaya?

GUSTAVO. Sí…

JUANICO. ¡Y por Irún!

BEBÉ. Yo encuentro a París muy divertido.

DOÑA OLVIDO. A mí me marea.

DON NILO. Estuvimos allá cuando llegó mi pobre Bonis.

GUSTAVO. Yo llevo en París cerca de tres años.

DON NILO. Y ¿ha de volver pronto?

GUSTAVO. Sí, señor. Así que vea a mi madre, que vive en Guadalema.

DON NILO. ¡Oh! ¿Tiene usted en Guadalema a la *viejita*?

GUSTAVO. Sí, señor.

DON NILO. Por muchos años.

JUANICO. Éste se ha hecho el amo en París.

GUSTAVO. ¡Hombre, no digas tonterías!

JUANICO. Déjate de modestias. Se ha hecho el amo. La prueba es que ahora le ha encargado un retrato el presidente de la República. Y otro, Sarah Bernhardt.

GUSTAVO. No hay tal cosa; no lo crean ustedes. He trabajado mucho, y con fortuna, y empieza mi nombre a sonar algo. Esto es todo, hasta ahora.

DON NILO. Ya es bastante, señor, tratándose de aquella urbe inmensa adonde concurre el mundo entero…

DOÑA OLVIDO. ¡Ah! ¡París!… París es el cráneo del mundo.

DON NILO. El cerebro, que no es lo mismo, ché.

JUANICO. ¿Te has fijado, Gustavo? ¿Tiene o no tiene Bebé un retrato precioso?

BEBÉ. ¡Qué bobada!

GUSTAVO. De toda mujer bella cabe hacer un bello retrato. La cuestión es saber hacerlo. —¡Hermosa casa tienen ustedes! Y está puesta con verdadero lujo.

DON NILO. ¡Oh!… Aún falta mucho que poner…

JUANICO. Ya la verás entera. Es un museo; un museo de todas las artes… que le sirve de estuche a una joya… de carne y hueso.

BEBÉ. Pero ¡qué bobo es!

GUSTAVO. Ahora no ha dicho ninguna bobada, señorita.

BEBÉ. Muy amable.

DOÑA OLVIDO. Hágase usted cargo. En Madrid no se puede vivir como en un pueblo. Y ya que levantamos la casa nuestra de Andalucía cuando Bebé empezó a pollear… había que hacer algo por esta joya, como Juanico dice. Usted no sabe lo que es ser madre.

GUSTAVO. Señora, sé lo que es tenerla, y respeto todas las flaquezas que puedan inspirar los hijos.

DOÑA OLVIDO. ¿Ha visto usted el arcón gótico del recibimiento?

GUSTAVO. No; no he reparado.

DOÑA OLVIDO. Una divinidad. Allí guardo la mantelería de lujo.

DON NILO. Sí…

GUSTAVO. Y ¿le han traído a usted ya esos abanicos antiguos de que me ha hablado Simoneno?

DOÑA OLVIDO. Los espero esta tarde. Son para una de las vitrinas del salón, y queremos que usted, que es persona entendida, nos diga si valen la pena de comprarlos. Porque estamos algo escamados con las cosas antiguas.

Mi marido se cree que entiende, y hace un mes le soltaron una batata por un Sajonia…

DON NILO. ¿Cómo te diré que no es batata, Olvido?

BEBÉ. Sí es batata, papá.

DOÑA OLVIDO. Sí es batata, Currete.

DON NILO. Luego lo verá usted, señor. No saben lo que dicen. ¡Es un auténtico Sajonia el jarrón aquel!

DOÑA OLVIDO. Éste se fía de todo el mundo. Y yo me echo a temblar en cuanto lo veo con chamarileros y anticuarios.

DON NILO. Crea usted que yo, siempre que es preciso, como ahora, con motivo de esos abanicos, oigo el parecer inteligente de *amateurs* y de artistas. ¡Banana! ¡Buena estaría otra cosa!

GUSTAVO. Dime, querido Juanico, tú que tratas a medio Madrid: ¿conoces, por acaso, a un aficionado francés, que aquí vive, persona de viso y de cultura…?

JUANICO. ¿Cómo se llama?

GUSTAVO. *Monsieur* Clémentier.

JUANICO. ¿Clémentier o Clémencier?

GUSTAVO. Clémentier. Jean Clémentier.

JUANICO. No lo conozco. Pero si es persona de viso, tal vez en la Embajada…

GUSTAVO. No; si estoy en correspondencia con él. Es un buen señor, desconocido para mí, que me escribió a París felicitándome por unos dibujos de impresiones de España que publiqué en *Les Arts*. Y, desde entonces, no ha habido paso en mi carrera al cual no haya seguido una carta de M. Clémentier, siempre llena de efusión y de aliento, siempre cordial y cariñosa. Ahora mismo me ha hecho venir a España, porque desea un retrato de su esposa pintado por mí. Y yo querría, antes de visitarlo, informarme particularmente…

JUANICO. Ya.

DON NILO. Clémentier… Clémentier… Yo no caigo tampoco…

DOÑA OLVIDO. Niña, ése va a ser uno rubio que estaba anoche a nuestro lado en el Real… ¡Tenía una cara de franchute!…

JUANICO. Mire usted, para haberlo sabido…

BEBÉ. ¡Qué guasón!

DON NILO. ¿Quiere mi amigo que veamos en un instante ese Sajonia tan discutido acá?

GUSTAVO. Con mil amores. No me conceptúo nada competente; pero estoy a la disposición de usted.

DON NILO. Venga por aquí. Verá de paso otras baratijas…

DOÑA OLVIDO. Enséñale también la peina que dicen que fué de la Reina Gobernadora.

DON NILO. La peina y varias cosas más, si no le molesta.

GUSTAVO. Nunca, señor. Con permiso de ustedes…

DON NILO. Pase.

Se va por la izquierda con Gustavo.

DOÑA OLVIDO. Es muy fino el muchacho éste.

BEBÉ. Y parece un muchacho *bien*. Tiene muy buenos ojos. ¡Qué lástima! Se le pueden estropear si pinta mucho.

DOÑA OLVIDO. Eso es lo que no parece, pintor. Tan limpio, tan atusadito… La corbata de moda… Los pintores, por lo general, son algo adanes.

JUANICO. Algo adanes son. ¡Claro! De la costumbre de tratar… con Evas.

BEBÉ. ¡Ja, ja! Pero ¡qué malo eres!

JUANICO. Pues estoy dispuesto a hacerme bueno por ti, como Don Juan Tenorio.

A doña Olvido.

… En tu casa viviré:
tú gobernarás mi hacienda
diciéndome: esto ha de ser…

DOÑA OLVIDO. Cállese usted, payaso.

Aparece la Mademoiselle *por la derecha. Lo mismo al salir que al retirarse le sonríe disimuladamente a Juanico.*

MADEMOISELLE. Bonjour. Je vous demande pardon, mademoiselle.

BEBÉ. Que voulez vous?

MADEMOISELLE. Madame la manicure, qui vient d'arriver vous attend dans votre boudoir.

BEBÉ. Ah, la manicure! Je suis enchantée, mais… Diteslui que j'irai tout de suite.

MADEMOISELLE. *Très* bien. *Se marcha.*

JUANICO. Oh, là là!

BEBÉ. Se me había olvidado que había de venir hoy la *manicure*, pero me alegro. Tú has de perdonarme que te deje, Juanico.

JUANICO. Que me dejes no te lo perdono, Bebé.

DOÑA OLVIDO. Sabe usted, Simoneno, que no me gustan esas tonterías. Bebé tiene un novio formal, y si se entera…

JUANICO. ¡Estoy dispuesto a que se entere, doña Olvido!

DOÑA OLVIDO. ¡Bah!

BEBÉ. Pero, mamá, ¿vas a tomarle cuentas a este bobo? Adiós. Hasta nunca.

JUANICO. Adiós. Hasta siempre.

Bebé se va por la derecha.

DOÑA OLVIDO. En serio, Juanico: no me enamore usted a la niña.

JUANICO. Me pide usted lo único en que no puedo obedecerla. Pídame usted que no me crezca el pelo, y me será más fácil.

DOÑA OLVIDO. ¡Jesús!

Viene por el foro Julián con una tarjeta en bandeja de plata, que le presenta a doña Olvido.

JULIÁN. Señora.

DOÑA OLVIDO. ¿Quién?

JULIÁN. Éste señó.

DOÑA OLVIDO. *Leyendo la tarjeta.* ¡Ah! ¡El chamarilero! El de los abanicos. *A Julián, que se va en seguida.* Que pase. ¿Quiere usted, Juanico, echarme para acá al pintor?

JUANICO. ¡Inmediatamente, señora!

DOÑA OLVIDO. Dígale usted que no es más que un segundo.

JUANICO. ¡Ya está aquí! *Se va por la izquierda.*

Doña Olvido espera, y poco después llega por el foro don Adelardo Leal, nuestro amigo. Viste ahora con más modestia que antes: pero siempre con extraordinaria pulcritud. En la mano trae un paquetito hecho por una de sus hijas, sin duda. Tal es de primoroso.

DON ADELARDO. ¿Señora?

DOÑA OLVIDO. Adelante.

DON ADELARDO. ¿Cómo está usted?

DOÑA OLVIDO. Bien, ¿y usted?

DON ADELARDO. Bien, para servirla. Muchas gracias.

DOÑA OLVIDO. ¿Me trae los abanicos?

DON ADELARDO. Sí, señora; los dos de que le hablé, y un tercero, que la casualidad ha puesto en mis manos de ayer a hoy, y que quiero ofrecer a usted antes que a nadie.

DOÑA OLVIDO. Lo agradezco mucho.

DON ADELARDO. Estoy tan obligado a usted, señora… Me dispensó usted el otro día, cuando tuve el gusto de conocerla, una acogida tan amable…

DOÑA OLVIDO. ¿Cómo no viene usted con su hija? ¿No quedamos en que hoy había de presentármela?

DON ADELARDO. Sí, señora Dispénseme. Luego vendrá con el abuelo. Yo no la he podido aguardar. Me avisaron para un negocio… y tuve que llegarme al Hotel Ritz… y luego al Museo…

DOÑA OLVIDO. Bien, bien. ¿Vendrá también la otra?

DON ADELARDO. ¿Cuál?

DOÑA OLVIDO. La otra; la que se quiere meter a cómica.

DON ADELARDO. ¡Ah! Lucita. No sé… Quizás.

DOÑA OLVIDO. Usted le habrá dicho que aquí estamos haciendo un teatro.

DON ADELARDO. Se me olvidó, señora.

DOÑA OLVIDO. Vamos a ver los abanicos. Tengo curiosidad.

DON ADELARDO. Confío mucho en que han de agradarle.

Empieza a desliar el paquetito que trae en la mano. Por la izquierda vuelven Gustavo y Juanico. El encuentro de don Adelardo y el pintor produce a ambos a la par sorpresa y alegría, y a Gustavo, además, emoción intensa.

GUSTAVO. ¿Eh? ¿Don Adelardo? ¡Señor don Adelardo!

DON ADELARDO. ¡Gustavo! ¡Amigo mío! ¡Qué sorpresa! *Se estrechan las manos fuertemente.*

DOÑA OLVIDO. ¡Ah! ¿son ustedes amigos?

GUSTAVO. ¡Muy amigos!

DON ADELARDO. Mucho. ¿Cómo usted por Madrid?

GUSTAVO. De paso para Guadalema, a ver a mi madre. ¿Y usted?

DON ADELARDO. Yo vivo aquí con la familia ya va para un año.

GUSTAVO. No sabía… ¡Cuánto me alegra verlo!

DOÑA OLVIDO. ¡Qué casualidad! Este señor es quien me trae los abanicos…

GUSTAVO. ¿Usted?

DON ADELARDO. Yo, sí; yo. Caprichos de la suerte, querido Gustavo. Comercio en antigüedades ahora…

DOÑA OLVIDO. Vamos a ver.

Don Adelardo, con exquisita amabilidad, muestra a doña Olvido uno a uno los tres abanicos, que sucesivamente pasan de una mano a otra.

DON ADELARDO. Mire usted éste.

DOÑA OLVIDO. ¡Ay, qué cosa más delicada! Y ¿tiene mérito?

DON ADELARDO. Grande, señora. El artista se lo podrá decir. Véalo, Gustavo.

GUSTAVO. Precioso es.

DOÑA OLVIDO. Pero ¿tiene mérito?

JUANICO. Todo lo precioso lo tiene, doña Olvido. Ahí está Bebé para demostrarlo. Me gusta el asunto; unos sátiros persiguiendo a unas *sátiras*.

DOÑA OLVIDO. Cállese usted ahora, galopín. A ver otro.

DON ADELARDO. Éste, de carácter distinto, es también una joya.

DOÑA OLVIDO. ¡Sí que es muy bonito, señor! Y muy rico, a primera vista.

DON ADELARDO. ¡Oh!

DOÑA OLVIDO. ¡Qué país tan primoroso!

GUSTAVO. Observe usted la suavidad, la delicadeza de matices… la exquisita finura del dibujo. Parece miniado enteramente.

DON ADELARDO. ¿No cree usted que sea reproducción de alguno de los famosos frescos del Vaticano?

GUSTAVO. Quizás. El abanico es italiano, desde luego.

DON ADELARDO. Sí; eso sí.

DOÑA OLVIDO. ¿Sí, eh? ¿Tiene mucho mérito? ¿La varilla es de concha?

DON ADELARDO. De concha y oro. Es un abanico que procede de una gran casa española arruinada.

GUSTAVO. ¿Cómo?

DON ADELARDO. No; no es lo que usted puede imaginarse… Se trata de torre más alta. Vea usted este otro, señora.

DOÑA OLVIDO. Éste me gusta más que ninguno.

DON ADELARDO. Y es el mejor.

DOÑA OLVIDO. El mejor, ¿verdad? ¡Como que tengo yo una vista!… Fíjese usted qué encanto de abanico.

GUSTAVO. Extraordinario es. ¿Un Watteau?

DON ADELARDO. Un Watteau; sí.

DOÑA OLVIDO. ¡Ay, qué monada de pastorcitas y de ovejas! Estoy pensando que me voy a quedar con los tres, porque cada uno por su estilo… ¿Cómo van de precio? ¿El país de éste es de cabritilla?

DON ADELARDO. Justo; de cabritilla.

DOÑA OLVIDO. Ya se ven los granitos. ¿Cómo van de precio?

DON ADELARDO. Ninguno es caro para ustedes.

DOÑA OLVIDO. Se los voy a enseñar a mi hija. Con su permiso, caballero.

DON ADELARDO. Es usted muy dueña, por Dios…

DOÑA OLVIDO. Pierde una el gusto viendo cosas tan ricas.

JUANICO. ¡Me interesa oír la opinión de Bebé! Voy con usted, señora.

DOÑA OLVIDO. Espantárame yo.

Se van los dos por la derecha.

Cuando se quedan solos Gustavo y don Adelardo se miran un instante en silencio.

DON ADELARDO. ¡Bien, Gustavo; bien! Así es la vida.

GUSTAVO. Aún no quiero creerlo, don Adelardo… Porque supe la quiebra de usted, pero…

DON ADELARDO. ¡Ay! En tres años no cabales, esta mudanza… La vida, la vida. Hablemos de usted. Se trabaja, se triunfa, ¿verdad?

GUSTAVO. No, don Adelardo, no; ya hablaremos de mí. Hablemos de usted, de ustedes… ¿Y Cristina, y Lucita, y don Rodrigo… y todos?

DON ADELARDO. Pues… bien; muy bien. Y hasta me atrevería a decirle que contentos. Contentos, sí; contentos. Llevando entre todos esta cruz, que por llevarla entre todos no nos pesa.

GUSTAVO. La última tarjeta que tuve de Lucita fué de Buenos Aires. Hace ya dos años lo menos. Luego no volví a saber de ustedes.

DON ADELARDO. Más vale. Nuestro primer vuelo fué a la Argentina. Entre el sitio de nuestra caída y nosotros quisimos poner toda la inmensidad del mar… Lejos, lejos de Guadalema. Allí no habríamos podido levantarnos nunca. Las miradas compasivas de todos abatían nuestro ánimo. La lástima es el sentimiento de los débiles; siempre ayuda a caer; a rehacerse, nunca.

GUSTAVO. ¿Y en Buenos Aires…?

DON ADELARDO. En Buenos Aires no nos ayudó nada la fortuna. Ni nosotros supimos hacer en verdad porque nos ayudara. ¡Había en nuestros espíritus tanto y tan grande desconcierto! Nos fuimos a Chile, donde tenemos unos parientes. A poco de llegar enfermó Teresa. Hubimos de regresar a España. En fin, Gustavo, ¿a qué cansar a usted con el cuento de nuestras pasadas desventuras?… Han sido dos años en que Dios ha puesto a prueba nuestro temple, nuestra fortaleza, nuestra dignidad.

GUSTAVO. ¿Y ahora?

DON ADELARDO. Ahora… ya empieza a amanecer.

GUSTAVO. ¡Vamos!

DON ADELARDO. Sí. Trabajamos todos.

GUSTAVO. ¿Todos?

DON ADELARDO. Todos. Asómbrese usted: hasta mí cuñado, el tío Doroteo.

GUSTAVO. ¡Ah! ¡El célebre tío Doroteo! Y ¿en qué se ocupa nuestro hombre?

DON ADELARDO. *Sonriendo.* En una labor de índole moral. Tilda a Guadalema de pueblo ingrato… —ya sabe usted todo el dinero que yo he dejado allí— y no cae un mapa de España al alcance suyo en el que no raspe a Guadalema.

GUSTAVO. ¡Qué original venganza!

DON ADELARDO. De lo más pueril. Cosas suyas.

GUSTAVO. ¿La monjita no llegó a profesar, por lo que veo?

DON ADELARDO. Felizmente. Ésa ha sido otra victoria de nuestra desgracia. Le pareció de un gran egoísmo abandonarnos y corrió el temporal con nosotros. Nos ayuda también.

GUSTAVO. ¿Y Rodrigo?

DON ADELARDO. Ha establecido una sala de armas y no le va mal. Como era tan diestro… ¡Mi Rodriguillo trabajando! ¡Qué cosas!

GUSTAVO. ¿Una sala de armas?

DON ADELARDO. Sí; fué idea de Lucita.

GUSTAVO. ¡De mi discípula había de ser! ¿Qué no discurrirá aquella cabeza?

DON ADELARDO. Lo bueno y lo malo; lo disparatado y lo discreto. En nuestras mil vicisitudes, ella ha sido la risa y la esperanza. Cada día nos señalaba un horizonte nuevo. Ahora se ha empeñado en ser actriz.

GUSTAVO. ¡Qué diablo! *Silencio.* ¿Y Cristina?

DON ADELARDO. Cristina trabaja más que todos y está más contenta que ninguno. Parece la madre en mi casa. Aquí vendrá luego.

GUSTAVO. ¿Aquí?

DON ADELARDO. Le va a dar lección de piano a esta señorita.

GUSTAVO. ¿Cristina?

DON ADELARDO. Tiene en Madrid muchas lecciones. ¡Se hace tan simpática a todo el mundo! Vea usted como lo que aprendieron mis hijos sólo para recreo de sus ocios viene ahora a servirles como medio de defensa en la vida.

GUSTAVO. ¿Seré indiscreto si hago una pregunta, don Adelardo?

DON ADELARDO. ¿Referente a Cristina?

GUSTAVO. Sí, señor.

DON ADELARDO. Yo le daré a usted la respuesta sin necesidad de la pregunta. Aquello acabó.

GUSTAVO. ¿Acabó?

DON ABELARDO. Por dicha.

GUSTAVO. ¿Otra victoria de la desgracia?

DON ADELARDO. La mayor de todas. No quiero acordarme de aquel hombre, todo vanidad y culto a lo externo. Cuando conoció nuestra ruina le

faltó tiempo para huir. No hay otra palabra: huir. Cristina… la pobre Cristina… Pero dejemos esto.

GUSTAVO. Sí.

DON ADELARDO. Ciertas cosas vale más no tocarlas. Olvidarlas es imposible… y siempre duelen.

GUSTAVO. Sí. *Después de otro silencio.* ¿Dónde viven ustedes?

DON ADELARDO. Muy cerca de esta calle.

GUSTAVO. Tengo que ir a verlos.

DON ADELARDO. Tome usted mi tarjeta, por si además me necesita como chalán de trastos y antiguallas. ¡Je! Y cuénteme, cuénteme de su vida. ¿Para usted han ido bien las cosas?

GUSTAVO. No puedo quejarme. ¡Ya sale el sol también frente a mis balcones! ¡Cuánto pensé en ustedes en los comienzos de mi vida en París! Y ¡cuántas veces recordé, para estimularme, las últimas palabras que su padre de usted me dijo!

DON ADELARDO. ¿Cuáles fueron?

GUSTAVO. «Tu suerte va dentro de ti».

DON ADELARDO. Es idea muy suya.

GUSTAVO. No puede usted imaginarse la impresión de angustia, de desmayo, de impotencia, que sentí al llegar a París y darme cuenta de lo que es aquello. ¡Qué ridícula me pareció mi aventura! ¡Qué desatinadas mis ilusiones! Allí, adonde afluye, como la sangre al corazón, la corriente universal del mundo del arte, iba yo a que hubiese una mirada para los colores de mi paleta, comprada en los soportales de la plaza en el pueblo.

DON ADELARDO. Y, sin embargo…

GUSTAVO. Me sentí vencido antes de empezar la pelea. Tentado estuve de hacer otra vez la maleta y volverme a España. Además, los primeros días que pasé en París fueron días de una niebla constante, espesa, abrumadora, fría. Lo mismo daba el día que la noche. Aquella niebla se metió en mis huesos, me enfrió el corazón… Y yo, que por primera vez me encontraba solo, enteramente solo, me decía con miedo: «Gustavo, como no traigas luces en los pinceles, aquí nadie te ve».

DON ADELARDO. Pero usted las llevaba, amigo mío.

GUSTAVO. Si no en los pinceles, en el alma. De eso estoy seguro, y casi orgulloso. ¡Qué júbilo el mío el día aquel en que una cabeza de española, pintada por mí y medio escondida en el Salón, excitó la curiosidad de un coleccionista archimillonario hacia mi persona!

DON ADELARDO. Y ¿la vendió usted?

GUSTAVO. A un precio inverosímil, de ensueño, de cuento infantil. Para hallar medida de mi gozo es menester compararlo con la vanidad loca que me absorbió. ¡Gracias a Dios que había nacido un mortal que iba a pintar algo sublime! Porque hasta ahora nadie había pasado de manchar lienzos y más lienzos sin gracia y sin espíritu. Allí estaba yo para revelarle a la Humanidad el secreto de la pintura. *Se ríen los dos.* Declaro que en semejante rasgo me reconocí por mozo de mi generación, que cree también que nadie ha creado nada, ni ha pensado nada, ni ha sentido nada, hasta que ella ha venido al mundo. Pronto sacudí aquella fiebre de vanidad, y ya sé quién soy: un buen muchacho que trabaja y que sueña.

DON ADELARDO. Y que vence.

GUSTAVO. Allá veremos.

DON ADELARDO. ¿De manera que a una cabeza de española debe usted el primer triunfo?

GUSTAVO. Precisamente. Y creo que más que por su mérito propio, por el contraste que ofrecía con las negras caricaturas que a título de cosas españolas se exhiben por esos mundos de Dios.

DON ADELARDO. Es cierto, Gustavo. Algunas he visto.

GUSTAVO. Pintura que yo llamo de pandereta para entierros; que nos ultraja en todas partes. Mi española no tenía ni una peina como una torre, ni unos pendientes hasta los hombros, ni unas patillas hasta las sienes, ni mucho menos estaba vestida de máscara. Tampoco me quise ir, como hacen tantos que se dicen artistas y se creen *exquisitos*, al pueblo más pobre y oscuro, a buscar en la casa más mísera la mujer más repugnante y más fea, para ofrecerla como prototipo de las de mi raza. No; mi española era bella. Tenía color de salud, una sola rosa en el pelo, y unos ojos en los cuales quise yo poner virtud, fortaleza, heroísmo. Por eso vencí.

DON ADELARDO. Y por eso es doblemente sabroso su triunfo. Adelante, adelante.

GUSTAVO. Adelante, sí. Aún estoy empezando el camino, que es largo y penoso. Pero bien hayan estos aires triunfales, que me ayudan a andar.

Vuelve Juanico por la derecha.

JUANICO. Gustavo, haz el favor. Y usted dispense, caballero.

DON ADELARDO. No hay de qué, señor mío.

GUSTAVO. ¿Qué me quieres?

JUANICO. Doña Olvido, que desea preguntarte una cosa. Chico, la verdad: que quiere oír tu opinión sobre los abanicos sin que este señor esté delante.

GUSTAVO. ¡Hombre, por Dios! Yo no me presto a eso…

DON ADELARDO. No sea usted criatura, Gustavo. Nada más natural… ¿Por qué han de confiar en mí como usted?… para ellos soy un pobre chamarilero a quien han conocido hace tres días. Vaya usted, vaya usted…

GUSTAVO. ¡Estos advenedizos!…

JUANICO. Ponte en su pellejo, con perdón del señor… Gato escaldado… Ya has visto el chasco del Sajonia.

DON ADELARDO. ¡Ah, el Sajonia!…

JUANICO. ¡Resulta una sopera de Triana!

GUSTAVO. ¡Qué exageración!

JUANICO. Poco menos. Y ya verás otro día un famoso cuadro: ¡un Greco! Lo compraron para el salón, luego fué al despacho, después a un pasillo sin luz… y ahora está en el billar esperando que salte una bola y lo haga cisco. ¡Ha sido el timo de los perdigones!

GUSTAVO. Y, en cambio, desconfían…

JUANICO. No, hombre, no; desconfían por lo mismo.

DON ADELARDO. ¡Claro!

GUSTAVO. Ea, pues vamos allá. Y en seguida nos marcharemos, ¿no? Yo ya me despedí de don Nilo…

JUANICO. Sí; nos iremos adonde quieras. *A don Adelardo.* Adiós, señor.

DON ADELARDO. Beso a usted la mano.

GUSTAVO. Don Adelardo… hasta mañana.

DON ADELARDO. ¿Hasta mañana?

GUSTAVO. Hasta mañana. Iré por allá. Mis recuerdos.

DON ADELARDO. Adiós.

GUSTAVO. Adiós.

Se van por la derecha Gustavo y Juanico. Don Adelardo mira a Gustavo mientras se aleja. Luego, conturbado su espíritu por emociones y pensamientos diversos, se lleva el pañuelo a los ojos como para enjugarse una lágrima. Al fin, murmura:

DON ADELARDO.

Aprended, flores, de mí…

Sale por la izquierda don Nilo. Al ver a don Adelardo allí, se apresura a saludarlo cortésmente.

DON NILO. ¿Cómo lo han dejado tan solo, señor? ¿Cómo lo pasa usted?

DON ADELARDO. Bien, ¿y usted, caballero? Su señora se ha llevado los abanicos que le traje para enseñárselos a su hija. Por eso estoy solo.

DON NILO. ¡Magnífico, señor! ¡Los abanicos para la vitrina Luis XV! Voy yo a verlos también. Serán cosa linda. Siéntese no más.

DON ADELARDO. Se me ocurre, señor, que lo natural es que yo los deje para que ustedes los vean despacio, a todo su sabor y capricho…

DON NILO. ¡Brava idea!

DON ADELARDO. Y se asesoren, si gustan, de las personas inteligentes que les plazca.

DON NILO. Muy bien; y muy agradecido a la confianza que usted nos muestra.

DON ADELARDO. Yo volveré mañana por ellos.

DON NILO. Cuando guste.

DON ADELARDO. Póngame a los pies de su señora y de su hija.

DON NILO. Sí, señor. Mil gracias. *Toca un timbre.* Espere no más.

Viene por el foro Perico, el criado vestido de turco, a quien le sienta el traje algo mejor que ha dicho Julián, aunque ha nacido en la calle de San Ildefonso. Él, sin embargo, lo lleva con cierta tristeza.

PERICO. Señor.

DON NILO. Oye, Perico, acompaña al caballero a la puerta.

DON ADELARDO. Buenas tardes.

Se va por el foro, guiado por el turco de Atocha.

DON NILO. Páselo bien. *De una caja toma un cigarrillo y lo enciende. En la primera espiral de humo envuelve un suspiro.* ¡Ay, ay, ay!… Ya no cabe duda; el Sajonia es una batata. *Después de ciertos pronósticos mentales.* Lo veo en el billar. *Suena el timbre del teléfono que hay sobre la mesa.* Éste va a ser Arango. Puede que esté en Bolsa. *Se pone a hablar por el aparato.* ¿Quién llama? ¿Quién? Bueno; aquí espero.

Viene precipitadamente Bebé, por la derecha. A poco sale doña Olvido.

BEBÉ. Déjame a mí, papá; que seguramente va a ser Félix .

DON NILO. ¿Félix?

BEBÉ. Sí; me dijo ayer que me llamaría. *Tomando* el *aparato y poniéndose al habla.* ¿Félix? ¿Félix?

DOÑA OLVIDO. ¿Es Félix?

DON NILO. ¡Félix!

BEBÉ. Félix es.

Gran regocijo. Don Nilo y doña Olvido escuchan encantados, aunque a medias, la conversación de los novios por teléfono.

DOÑA OLVIDO. ¿Sucederá algo?

BEBÉ. No. Callar ahora. —Hola, hombre. —¿Eh? —No te oigo bien. Parece que estás en un pozo. —Central, cierre la comunicación, que a usted no le importa enterarse.

DOÑA OLVIDO. *A don Nilo.* Mañana mandas una queja.

DON NILO. Mandaré dos: una para mañana y otra para pasado.

BEBÉ. Callar, por Dios. Entre la Central y vosotros… — ¿Cómo? —¡Ay, qué gusto! —Que no me faltes, ¿eh? —Sí. — Sí. —No salgo, no; te espero.

DOÑA OLVIDO. ¡Va a venir! ¡va a venir!

BEBÉ. *Después de imponerle silencio a su madre.* ¡Qué bobo! —¡Eres muy bobo! —¡No seas bobo! —Pero ¡qué bobo eres! —¡Qué bobo!

DOÑA OLVIDO. ¿Qué le dirá, Currete?

DON NILO. ¡Bobadas!

BEBÉ. Bueno, sí. —Hasta luego, entonces. —¡Ja, ja, ja!

DON NILO Y DOÑA OLVIDO. *Contagiados.* ¡Ja, ja, ja!

BEBÉ. No llega. —¡A ver si la Central se enfada! —¡Nada, no llega!

Doña Olvido le explica por señas a don Nilo que se mandan besos. Don Nilo le da a entender que no necesita explicaciones.

DOÑA OLVIDO. ¡Qué maravilla de invención!

BEBÉ. ¡Ja, ja, ja! —Hasta luego, bobísimo. —Hasta luego. *Deja el aparato, dichosa.*

DOÑA OLVIDO. *No menos dichosa.* ¿Va a venir, verdad?

BEBÉ. Sí, dentro de un rato. Dice que se fastidia en el Congreso, y que si no salgo, que vendrá.

DOÑA OLVIDO. ¡Hija de mi alma! ¡Con qué suerte hemos entrado en Madrid! ¡Te llevas al hombre de moda!

DON NILO. Sí, por cierto. No hay palabras con que agradecerle al pobre Bonis que se muriera. Digo… ¡vamos!… ¡Pavada! ¡Ya ustedes me entienden!

Llega por el foro Julián.

JULIÁN. Señora.

DOÑA OLVIDO. ¿Qué?

JULIÁN. Que está ahí la profesora de piano que aguardan los señores.

DOÑA OLVIDO. ¡Ah! ¡La hija del señor de los abanicos! ¿Se ha ido ese señor?

DON NILO. Sí. Vendrá mañana.

DOÑA OLVIDO. ¿Le decimos a la muchacha que pase?

BEBÉ. ¡Es un fastidio ahora hablar del piano! Que vuelva otro día.

DOÑA OLVIDO. Bueno; que vuelva.

DON NILO. ¿Con quién viene?

JULIÁN. Con otra señorita y un viejo.

BEBÉ. ¿Otra señorita?

DOÑA OLVIDO. Será la hermana.

BEBÉ. ¡Ay! sí; ésa ha de ser la que se va a meter a cómica. Será muy divertida. Que pasen, que pasen.

DOÑA OLVIDO. Ya lo oyes, Julián.

JULIÁN. Está bien, señora. *Vase.*

Doña Olvido coge un libro y se pone a leer. Bebé hojea un periódico ilustrado de modas y don Nilo fuma sentado olímpicamente mirando al techo. El buen tono se les ha infiltrado en la sangre.

Precedidos del propio Julián, que se marcha al momento, aparecen poco después por el foro don Rodrigo, Cristina y Lucita. Visten los tres modestamente.

DON RODRIGO. Santas y buenas tardes, señores.

DON NILO. Pasen, pasen sin miedo alguno.

DON RODRIGO. ¿Eh? *Mira a don Nilo de arriba abajo.*

DOÑA OLVIDO. Buenas tardes.

DON NILO. Y siéntense no más.

CRISTINA. Muchas gracias.

DOÑA OLVIDO. Siéntense; no gasten cumplidos.

LUCITA. Gracias.

Se sientan los tres.

CRISTINA. Ya sabemos que papá les ha dicho a ustedes…

BEBÉ. Sí. *A Lucita.* ¿Quién es la profesora: usted?

LUCITA. No, señorita; mi hermana.

BEBÉ. ¿Usted?

CRISTINA. Para servirla.

BEBÉ. ¿Cómo se llama usted?

CRISTINA. Cristina.

BEBÉ. ¿Y usted?

LUCITA. Lucita.

BEBÉ. Me gusta más Cristina. *A don Rodrigo*. ¿Y usted?

DON RODRIGO. Timoteo de segundo nombre y Rodrigo de primero hace setenta años…

BEBÉ. Es muy divertido este señor.

DON RODRIGO. Humor no falta. A cambio de tantas otras cosas…

DOÑA OLVIDO. Del mal el menos, ¿es verdad? Pero ya vendrán tiempos mejores.

CRISTINA. Vengan o no, con el presente estamos muy conformes nosotros.

DON RODRIGO. Sí, señora; sí. Todo el que trabaja con algún fruto es más fuerte y está más contento que el que se pasa la vida papando moscas.

DOÑA OLVIDO. Pues con Bebé tendrá usted que machacar mucho, señorita. Es muy gandula.

CRISTINA. ¿De veras? ¿No le tiene afición al piano?

BEBÉ. A veces me aburre a morir y a veces me peta.

CRISTINA. Yo conseguiré que le pete a usted siempre. El principio es duro y penoso; ya lo sé. Pero de eso usted ya ha pasado. Le queda a usted lo más agradable: aprender los secretos de las teclas, enamorarse de ellas, dominarlas insensiblemente… Cuando esto se consigue, señorita, el piano es un buen compañero. ¡Cuántas cosas va usted a contarle! Y ¡cuántas cosas querrá usted oír… y él se las dirá… a su manera!

BEBÉ. ¡Ay, mamá! ¿has visto que simpática? Yo me alegro mucho de que haya venido.

DOÑA OLVIDO. ¿Usted les da también lección a las de Piloto?

CRISTINA. Sí, señora; por las mañanas. Dorita, la menor, adelanta mucho. Es notable. Yo ya empiezo a sentir la satisfacción de sacar discípulas que puedan ser famosas.

BEBÉ. ¿Y a las Olivares también les da usted lección?

CRISTINA. También, señorita.

BEBÉ. ¿Ves, mamá? También a las Olivares.

DOÑA OLVIDO. Ya te lo dije yo.

BEBÉ. Pues ésa es una familia muy *bien*.

DON RODRIGO. ¡Pero *muy bien*!

DOÑA OLVIDO. Titi es monísima.

CRISTINA. Monísima.

BEBÉ. Y Lela es un encanto.

DON NILO. Y admirablemente educadas, ché.

DON RODRIGO. Indiscutible, señor mío. Hablan el inglés que da gusto, hablan el francés que da gozo, y hablan el español que da grima. No les falta un detalle.

LUCITA. ¡Abuelo!

DON RODRIGO. Una de ellas me dijo ayer que en el teatro la otra noche se divirtió *un horror*. No lo entiendo. ¡Divertirse *un horror!* No lo entiendo.

Risas.

LUCITA. ¿A que va a haber que tirarte de la chaqueta?

BEBÉ. ¡Qué fresco es el abuelo!

DON RODRIGO. ¡Vaya! No esperaba yo este *succès*. *A Lucita.* Tú, si ya fueras actriz, me lo habrías envidiado.

LUCITA. Yo los tendré mayores, Viejo.

DOÑA OLVIDO. ¿Usted es la que quiere ser cómica?

LUCITA. Sí, señora; yo. Si me dejan…

DON RODRIGO. Ésta, sí. De todo hay en el mundo. Unas no son cómicas y quieren serlo, y otras no lo quieren ser y lo son.

DON NILO. ¡Je!

LUCITA. En mi casa trabajan todos, ¿verdad?, y yo no he de ser menos. No sirvo para nada, no tengo ninguna habilidad, no hago más que discurrir disparates… Y como me gustan tanto las comedias, las cosas del teatro… ¿verdad?, pues me he dicho: a ver si valgo para actriz.

DON NILO. Y ¿su papá se opone?

LUCITA. Claramente, no; pero no lo ve con simpatía.

DOÑA OLVIDO. ¿Y el abuelo?

DON RODRIGO. El abuelo, señora, no diré que la alienta; pero no le hace ascos el abuelo a tener una nieta actriz. Está curado de preocupaciones inocentes. En el trabajo de… las *cómicas*, señora mía, hay tanta dignidad como en todo trabajo. Yo, que me burlo de muchas cosas en el mundo, no me burlaré nunca del esfuerzo de nadie por hacer su vida fértil y provechosa.

DON NILO. ¡Banana! Muy bien dicho. Nota que no siempre chancea el señor.

BEBÉ. Nosotros estamos haciendo en casa un teatro.

LUCITA. ¿Sí?

BEBÉ. Sí. Para reírnos en los ensayos y luego dar fiestas.

LUCITA. Pues a ver si empiezo yo en él. Tengo tal ilusión, que me quita el sueño. ¡Es tan bonito! Y va mucho con mi carácter. Ser una noche una gran señora, ¿verdad?, y a la otra, una pobre mujer, y a la otra, enamorarme de un príncipe, y a la otra, de un aviador, y a la otra, estar soltera, y a la otra, estar casada, y a la otra, estar viuda…

DON RODRIGO. Bueno, bueno, Lucita.

LUCITA. ¡Y yo, además de las palabras de mi papel, diré todo lo que se me ocurra siempre!

DON RODRIGO. ¡Avemaría Purísima!

DON NILO. Pues nada, señorita, le brindo a usted el teatro de mi casa para su *début*. Desde ya.

LUCITA. Y yo se lo agradezco a usted mucho. ¿Oyes, Cristina? Así me voy soltando. ¿Cómo se llamará el teatro?

DOÑA OLVIDO. Teatro Bonis.

Don Rodrigo. Por él hermano del señor.

Don Nilo. Justo: en memoria de mi buen hermano.

Doña Olvido. ¡El pobre Bonis!

Bebé. ¡Pobre tiíto!

Don Rodrigo. Yo fuí muy su amigo en la Habana.

Don Nilo. ¿Qué nos dice, señor? ¿Usted conoció a Bonis?

Don Rodrigo. Y aun compartí con él trabajos y fatigas. ¡Hace ya tanto tiempo!… ¡Andaría él por los veinte años!… Hemos cargado juntos muchos sacos de maíz sobre nuestras espaldas… allá, en aquel muelle.

Doña Olvido y Bebé se turban.

Pon Nilo. Eso honra a Bonis.

Don Rodrigo. Sí, señor, y a mí. Por eso lo digo. Me contaba él, con aquella gracia andaluza que tenía, que los primeros cuartos que ganó en la Habana los ganó dándole vueltas a una noria, en sustitución de un borriquillo que se había muerto. ¡Je! Y decía que se vendaba los ojos y todo para no marearse.

Bebé. ¡Qué divertido!

Don Rodrigo. ¡Mucho! ¡Muy divertido, señorita! En Méjico también nos reunió la suerte en días de prueba. En mi libro de memorias hablo yo de ello. Pusimos allá en los arrabales una cantina, una *pulquería*, como ellos le llaman, donde hacía un alto toda la gente más perdida de la ciudad. Hombres y mujeres. ¡Qué chusma iba allí!… *Bebé y doña Olvido, y aun el propio don Nilo, no pueden disimular la inquietud que el inesperado relato les causa.* Bonis barría, Bonis fregaba platos, Bonis andaba a puñetazos con los que no querían pagar…

Doña Olvido. *Saltando.* ¿Y usted no hacía nada?

Don Rodrigo. Yo, sí; yo llevaba las cuentas, porque no me fiaba de Bonis. ¡Je! Las cosas han de decirse claras. Ni Bonis se fiaba de mí, naturalmente, En esas luchas trágicas por la vida tienen los hombres desconfianza de fieras. Luego viene la educación, la cortesía, la lima de los sentimientos… Pero cuando se trata de si hay que comer o no hay que comer, nadie se fía de nadie. Esto también lo digo en mis Memorias.

DOÑA OLVIDO. *A Lucita, por cortar la conversación.* Bueno, ¿quiere usted que veamos el teatrito de casa?

LUCITA. ¡Digo! ¿No he de querer?

CRISTINA. Sí; es una buena idea.

DON NILO. Aún está en pañales el teatrito.

DOÑA OLVIDO. No importa. Verá lo que hay. Venga usted.

DON NILO. *A don Rodrigo.* ¿Quiere usted también verlo?

DON RODRIGO. ¿Por qué no?

BEBÉ. Yo me quedo aquí con mi profesora, para tratar de nuestras lecciones.

CRISTINA. ¡Ajajá!

DOÑA OLVIDO. Por aquí, señorita; por aquí.

LUCITA. Vamos. Me interesa muchísimo.

Se alejan por la izquierda. Las siguen don Rodrigo y don Nilo.

DON RODRIGO. Pues, sí; Bonis y yo hemos pasado juntos las negras. Bonis era un hombre especial…

DON NILO. Lo era; ¡ya lo creo!

DON RODRIGO. Les hablo a ustedes de él porque comprendo cuánto les halaga…

DON NILO. ¿Cómo no? Vamos.

DON RODRIGO. Vamos. Labrarse una fortuna a pulso amasarla con la propia sangre, es obra honrosa, obra de héroes… Y el bueno de Bonis…

BEBÉ. ¿Va usted a venir por la mañana o por la tarde?

CRISTINA. A elección de usted.

BEBÉ. Entonces, prefiero la mañana.

CRISTINA. ¿A qué hora?

BEBÉ. Pero, no; por la tarde; mejor por la tarde. La mañana me la lleva toda la *toilette*. Yo no me sé arreglar de prisa. Y luego, ¡tengo una peinadora tan pesada!…

CRISTINA. Para mí es igual. ¿A qué hora de la tarde vengo?

BEBÉ. A las tres. ¿No le parece buena hora?

CRISTINA. Magnífica.

BEBÉ. Sí, a las tres; que luego tiene una otros quehaceres…

CRISTINA. Entendido.

BEBÉ. Mire el piano.

CRISTINA. Soberbio. Un Erard. *Tecleando.* Desafinadillo lo tiene usted.

BEBÉ. Pues ya ve usted; no lo toca más que el afinador.

CRISTINA. Ahora hay que hacerlo entrar en actividad.

BEBÉ. ¿Quiere usted *jugar* alguna pieza, que yo la oiga?

CRISTINA. Al instante.

BEBÉ. Me han dicho que toca usted con mucho gusto.

CRISTINA. Que gusto de tocar, es lo que con razón pueden haberle dicho. ¿Qué toco?

BEBÉ. Cualquier cosa. Nada callejero, por Dios.

CRISTINA. Bien.

Se sienta al piano y queda oculta su figura. Mientras toca con suprema delicadeza la famosa sonata XIV de Beethoven, Bebé, sentada lejos, la escucha con aire distraído.

BEBÉ. ¿Wagner?

CRISTINA. No; Beethoven. ¿Prefiere usted Wagner?

BEBÉ. No, no; me es igual. Es que me he confundido.

Poco después de comenzada la sonata aparece en el foro la apuesta figura de Félix de la Rosa. Desde allí saluda risueño a Bebé, que le indica por señas que calle. Se acerca entonces sigilosamente a ella, y cambian muy quedito las palabras que siguen:

FÉLIX. ¿Quién toca?

BEBÉ. La profesora de piano que he tomado.

FÉLIX. Tengo una novedad que decirte.

BEBÉ. ¿Cuál?

FÉLIX. Que estás hoy más bonita que ayer.

BEBÉ. ¡Qué bobo! ¿Pasarás aquí toda la tarde?

FÉLIX. Sí.

BEBÉ. ¿Cenarás con nosotros?

FÉLIX. No. Pero iré a la noche al Real.

BEBÉ. Encantada.

Silencio. La sonata sigue.

FÉLIX. ¿Sabes que toca bien?

BEBÉ. ¿Te gusta?

FÉLIX. Mucho.

BEBÉ. Me alegro. Tú entiendes de todo…

Félix, con una curiosidad indiferente, valga la frase, se acerca al piano por ver a la persona que toca. Al reconocer de improviso a Cristina sufre una sacudida violenta que en vano quiere disimular. Cristina, por su parte, cuando se ve ante Félix, se levanta sin poder reprimirse, turbado momentáneamente el lindo rostro.

FÉLIX. ¿Eh?

BEBÉ. ¿Qué? ¿Se ha asustado?

CRISTINA. Sí… un poco… No había visto que entrase nadie…

BEBÉ. Toca usted admirablemente.

CRISTINA. Muchas gracias.

BEBÉ. La presentaré a usted… La señorita… ¿Cómo me dijo que se llama?

CRISTINA. Cristina Leal.

BEBÉ. Mi profesora de piano desde hoy.

FÉLIX. *Inclinándose.* Señorita…

BEBÉ. Mi… Bueno, mi… Don Félix de la Rosa, de quien habrá usted oído hablar mucho en Madrid.

CRISTINA. Y en todas partes… Y hasta he hablado algunas veces con él.

FÉLIX. ¿Cómo?

BEBÉ. ¿Sí? ¿Dónde?

CRISTINA. En Guadalema. ¿No recuerda usted?… ¿La familia de los Leales?

FÉLIX. ¡Ah!… sí… *Reponiéndose enteramente*. Sí; ya recuerdo. Usted me perdone. No soy nada fisonomista… Además, hace ya algún tiempo… Y ha cambiado usted mucho.

CRISTINA. Mucho. Y usted también.

FÉLIX. Le repito que me perdone.

CRISTINA. ¡Por Dios! Está usted perdonado. No tiene importancia. Y sobre todo es tan natural… ¿Cómo había usted de reconocer en la actual profesora de piano de su… de esta señorita, a aquella muchacha a quien conoció usted en Guadalema años atrás, rodeada de todos los halagos de una brillante posición?

BEBÉ. ¡Las vueltas que da el mundo!

CRISTINA. A mí este mundo no me parece el mismo: me parece otro. Y mi vida otra vida. Y sin duda lo es.

BEBÉ. ¿Oyes, Félix? Tiene una hermana muy divertida que quiere ser cómica. Está allá dentro viendo el teatro.

FÉLIX. ¿Sí? ¿Cuál de ellas?

CRISTINA. Lucita. ¿La recuerda usted?

FÉLIX. ¡Ah! Lucita. Sí…

CRISTINA. Con el abuelo está. También se acordará del Viejo.

FÉLIX. También.

BEBÉ. Nosotros protegemos a esta familia, ¿sabes?, porque nos han sido muy simpáticos. Y yo quiero de ti una cosa.

FÉLIX. Dalo por hecho, si está en mi mano el complacerte.

BEBÉ. En tu mano está. Me dijiste el otro día que ibas a volver a la sala de armas desde el mes que viene.

FÉLIX. En efecto; me hace falta ejercitarme un poco, recobrar la agilidad perdida.

BEBÉ. Pues un hermano de estas muchachas ha puesto una sala en Madrid, y él es el maestro, y tú vas a ir a ella porque yo lo mando.

FÉLIX. Te diré…

BEBÉ. No, no me digas nada. Yo lo mando.

FÉLIX. Advierte que me coge comprometido… Yo soy hace tiempo discípulo de Mariscal…

BEBÉ. Pues deja a Mariscal.

CRISTINA. No, no, por Dios, señorita. Yo estimo la intención de usted… pero sentiría violentar a este caballero.

BEBÉ. Sin embargo, ¿a su hermano de usted no le convendría…?

CRISTINA. ¡Figúrese! El nombre de Félix de la Rosa entre los discípulos de mi hermano sería el mejor timbre para su sala… ¡Un nombre tan brillante; de tanto prestigio!… ¡Una persona tan del día!… Pero como ya tiene otro maestro…

BEBÉ. Lo deja. Se lo mando yo.

CRISTINA. No, no; permita usted que yo me oponga…

FÉLIX. Ya hablaremos de eso, Bebé… Yo, por mí, ¿qué querría?… Basta que tú… Pero considera… Ya hablaremos de eso.

BEBÉ. ¿Es que temes que se enfade Mariscal?… ¡Muy bonito! Lo primero que te pido delante de alguien… Pues elige entre que se enfade Mariscal o me enfade yo.

FÉLIX. A ese precio… Enfádese quien quiera, yo iré a la sala de Rodrigo.

CRISTINA. ¿Recuerda el nombre de mi hermano?

FÉLIX. Sí.

CRISTINA. Tiene más memoria para los nombres que para las caras… Lo que yo no quiero es que sea un compromiso… Infórmese primero de las condiciones… Los inteligentes dicen que mi hermano es un buen profesor y que su sala está muy bien puesta. A la última. Yo no sé… pero he visto allí sables, he visto espadas, he visto floretes… Los floretes tienen un botón en la punta que los hace completamente inofensivos… Hay también petos… hay caretas…

BEBÉ. ¿También hay caretas?

CRISTINA. También.

FÉLIX. Pues, nada; es cosa resuelta, señorita. Iré a esa sala a trabajar.

BEBÉ. Eso, eso; así me gusta. Los niños, obedientes.

CRISTINA. Mil gracias.

FÉLIX. Nada me tiene usted que agradecer.

CRISTINA. Aunque lo haga usted por complacer a quien complace, yo lo agradezco como si fuera espontáneamente.

BEBÉ. Era muy bonito lo que tocaba usted al piano. ¿Quiere usted seguir?

FÉLIX. No…

CRISTINA. ¿Por qué no? ¡Ahora mismo! Es mi obligación en esta casa.

Los novios cuchichean. Cristina los mira, y haciendo un esfuerzo de voluntad, vuelve a ocultarse tras el piano y reanuda la interrumpida melodía, que suena en el aire como triste queja de un amor ofendido.

BEBÉ. *A Félix.* Siéntate aquí, a mi lado.

Félix obedece en silencio. Los dos escuchan. Cae muy lentamente el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Amplia galería de cristales en la casa, modesta pero decorosa, en que los Leales viven en Madrid. Una puerta a la derecha y a la izquierda otra, en términos distintos. De frente al público, un corredor, que por el foro, y hacia la izquierda del actor, lleva al interior de la casa. La puerta de la izquierda conduce a la calle. Muebles adecuados al sitio. Se ve alguno que otro más rico, de la antigua morada de la familia en Guadalema, cuyo contraste con sus actuales compañeros parece como muda protesta de su cambio de posición.

Es de día; una semana después del acto segundo.

Don Rodrigo el Viejo, sentado ante una mesa que provisionalmente ha puesto cerca de la luz, trabaja en sus Memorias y escribe con la mano izquierda.

Teresa lee un libro, sentada no lejos de él. Está más linda que estaría en el convento.

DON RODRIGO. *Con fruición.* Así: hasta el pomo. Esto refresca mucho la sangre. Si te pica, te rascas.

TERESA. ¡Buenas picardías estarás poniendo!

DON RODRIGO. ¿Picardías? ¡Verdades como el puño! Tú ¿qué lees?

TERESA. *Las Moradas,* de Santa Teresa.

DON RODRIGO. Ése es otro estilo.

Por la puerta de la izquierda llega el Tío Doroteo. Parece que se ha conservado en alcohol con ropa y todo.

TÍO DOROTEO. ¿Se labora, eh?

TERESA. El Viejo. Yo, no.

TÍO DOROTEO. ¿Tú descansas? ¿Cómo va la salud, alfeñique?

TERESA. Como siempre, tío: bien. Si lo de ayer tarde no fué nada. Un poco de frío; el malestar de la noche en vela…

TÍO DOROTEO. A propósito: esa buena señora a quien tú asistes de hermanita de la Caridad, ¿es Palomares de segundo apellido?

TERESA. ¿Doña Guillermina? Sí, señor.

TÍO DOROTEO. De segundo, no de tercero.

TERESA. Tanto no puedo asegurarle.

TÍO DOROTEO. Pues entérate bien, muñeca. Ten la bondad.

DON RODRIGO. ¡Hola, hola! ¿Vas a descubrir algún crimen impune? ¿algún tesoro oculto?

TÍO DOROTEO. Lo que fuere sonará. Me voy a mi chiribitil. ¿Ha venido alguien a buscarme?

DON RODRIGO. Sí; mucha gente.

TÍO DOROTEO. ¿Mucha?

DON RODRIGO. Un caballerizo de Palacio, el ministro de Hacienda, el Nuncio de Su Santidad…

TÍO DOROTEO. *Aceptando la broma*. ¿También el Nuncio, Viejo?

DON RODRIGO. También. Por cierto que el animal del portero lo mandó por la escalera interior.

TÍO DOROTEO. Vendría de trapillo.

TERESA. ¿A ver si voy a tener que enfadarme?

TÍO DOROTEO. Eso díselo al Viejo, que de todo se burla. *Vase solemnemente corredor arriba y desaparece por el foro.*

TERESA. No sé cómo puedes escribir aquí, Viejo.

DON RODRIGO. ¡Psche! Lo mismo me da un sitio que otro. Y en esta galería hay muy buena luz. Mi cuarto es una cueva. Quien como yo ha sido dos años periodista *illo tempore*, capaz es de escribir un artículo financiero en medio de la Puerta del Sol. ¡Je!

TERESA. Sin embargo, eso de las memorias íntimas parece cosa que haya de escribirse muy a solas y muy encerrado.

DON RODRIGO. No lo creas. Así desde un principio les va dando el aire que luego ellas han de levantar. Hoy he acabado un capitulito, que estoy limando ahora y que me ha salido redondo como una pompa de jabón. Escucha el epígrafe. *Lee.* «Capítulo… tal. En el que se describe, analiza y demuestra cómo don Cristóbal de los Santos Almendralejo, conde de Peña y Pico, merced a enjuagues y chanchullos, sí que también a documentos falsos, se quedó con un cortijo que era de mi abuelo».

TERESA. ¡Jesús!

DON RODRIGO. ¡La familia se va a morir de risa! Pero la verdad es la verdad.

Después de releer algunos conceptos entre dientes.

… Y perdone que no firmo,
porque mis mesmas razones
dicen que yo las escribo.

Asoma Angustias, criadita de la casa, en la puerta de la izquierda.

ANGUSTIAS. Señorita.

TERESA. ¿Qué quieres?

ANGUSTIAS. De parte de doña Guillermina, que suba usted.

TERESA. Allá voy.

DON RODRIGO. ¡Sí que abusa de los cuatro cuartos que te da la buena señora!

TERESA. ¡Pobrecita! Está enferma. Hasta luego.

DON RODRIGO. Anda con Dios.

TERESA. *A don Adelardo, que sale por la puerta de la derecha.* Hasta luego, papá. Voy otra vez arriba.

DON ADELARDO. Adiós, nena. Angustias, la señorita Luz la llama. Está en su cuarto.

ANGUSTIAS. En seguida voy.

Teresa se marcha por la puerta de la izquierda y Angustias por la de la

derecha.

PON ADELARDO. ¿Quieres algo de la calle, Viejo?

PON RODRIGO. No. Creo que saldré con Lucita dentro de un ratillo. Muy risueño te veo, *Fray Fantástico*.

PON ADELARDO. Sí, señor. Lo estoy.

PON RODRIGO. ¿Negocio en puerta?

PON ADELARDO. Te lo confesaré, aunque te rías de mis ilusiones, como siempre.

PON RODRIGO. No temas.

DON ADELARDO. Alguna vez había yo de dar con una ganga. ¡He encontrado un Goya!

DON RODRIGO. ¿Un Goya?

DON ADELARDO. ¡Lo tengo en mi poder; en mis manos!

DON RODRIGO. ¿Estás seguro de que es auténtico?

DON ADELARDO. De los propios pinceles de don Francisco Goya y Lucientes. He tropezado con él en casa de una pobre señora que está haciendo almoneda. Un chalán le ofrecía quince duros y todavía regateaba. Si no llego a tiempo deja a la infeliz sin esa fortuna y a mí sin el negocio.

DON RODRIGO. ¡Vaya!

DON ADELARDO. Cuando me oyó decir que podía ser cosa de muchísimos miles de duros, se echó a llorar y me dió un beso.

DON RODRIGO. ¿De manera que es negocio… y conquista?

DON ADELARDO. ¡Tiene setenta años! Sin sueño estoy, papá. De esta hecha nos ponemos a flote.

DON RODRIGO. Y ¿no será esto al fin como los mármoles de Itálica?

DON ADELARDO. No, no; ahora no me equivoco.

DON RODRIGO. ¿Cómo la chimenea plateresca?

DON ADELARDO. No, no; te digo que no.

DON RODRIGO. ¿Cómo las tablas del siglo XV?

DON ADELARDO. ¡No me las recuerdes! Esta vez piso en tierra firme, Viejo. También los ilusos topamos de cuando en cuando con la realidad y

sabemos abrazarnos a ella. Hasta luego. Ya lo verás, ya lo verás… Lo he llevado a casa de Revilla para que lo limpie y le ponga un marco a propósito. Lo voy a exponer en el centro… Voy a hacer una propaganda digna del hallazgo… Esto es hecho, esto es hecho. ¡Se pintó ese cuadro para salvar a los Leales! Hasta luego, Viejo. *Se va por la puerta de la izquierda.*

DON RODRIGO. Anda con Dios, hombre; anda con Dios. Ha dicho un satírico poeta que las ilusiones son crisálidas de desengaños… Para este hijo mío, los desengaños son crisálidas de ilusiones… Vamos con el capítulo siguiente.

Sale por el foro Lucita.

LUCITA. Acaba de decirme el tío Doroteo, porque le pregunté si hacía buena tarde, que más vale honra sin barcos que barcos sin honra. ¡Ja, ja, ja!

DON RODRIGO. ¡Tate! ¡La hoja de ayer!

LUCITA. ¿Cómo?

DON RODRIGO. ¡La hoja de ayer de su calendario! ¡Ya estoy seguro! ¡Ya he dado con la mina de su erudición! ¡Es para morirse de risa!

LUCITA. ¿Qué dices, Viejo?

DON RODRIGO. ¡Evidente! Esta mañana lo he comentado con Cristina y Rodrigo. Quería yo explicarme de alguna manera esa manía de citar a tontas y a locas, venga o no venga a pelo, que tanta gracia nos hace a todos, y por fin he encontrado la explicación. Un hombre que tan pronto te sorprende con una máxima de Sócrates, como con una receta de cocina, como con una anécdota de Diderot, con un cantar baturro o con una fuga de vocales, tenía que beber en fuentes muy extrañas. ¡Y las fuentes son las hojas del almanaque de su cuarto! ¡Je!

LUCITA. *Riéndose.* ¿Es posible?

DON RODRIGO. ¡Seguro, ya te digo! Lo podemos comprobar a poca costa. A ti te acaba de encajar lo de los barcos, que yo leí en la hoja de ayer. Esta mañana, en una breve ausencia suya, que aceché a propósito, me colé en su escondrijo y leí también, sin arrancarla, la hoja de hoy, día 13. Dice así:

«El ideal de belleza para el sapo es la *sapa*. Voltaire». Tú verás cómo no acaba el día sin que pretenda deslumbrarnos con esa frase. Y como la cite… ya no hay duda: ¡le hemos descubierto la biblioteca!

LUCITA. ¡Ay, qué gracia tiene! Y está bien la frase: «El ideal de belleza para el sapo es la *sapa*». Eso quiere decir que cada cual juzga según quién es; ¿no, Viejo?

DON RODRIGO. Cabalito.

LUCITA. ¿Te estorbo si me quedo?

DON RODRIGO. Sí.

LUCITA. Pues me quedo, entonces.

DON RODRIGO. Por eso te he contestado que sí; para que te quedes. ¡Siempre me llevas la contraria!

LUCITA. Descansa un poco y te diré una cosa primero que a nadie.

PON RODRIGO. Vamos a ver. Echaremos un cigarrillo mientras.

LUCITA. ¿Sabes que ya no quiero ser actriz?

DON RODRIGO. Lo sabía desde que te empeñaste en serlo.

LUCITA. No, no; lo he resuelto anoche. Nos llevó Rodrigo al teatro y pasé un rato horrible.

PON RODRIGO. Explica eso.

LUCITA. Salió a escena una muchachita que si no trabajaba por primera vez, lo parecía. Yo la veía luchar con el miedo. Estaba pálida, ¿verdad?, a pesar de los afeites y de la pintura. Temblaba como si su trabajo fuese un delito… Tenía cara de hambre… se adivinaban lágrimas detrás de sus ojos… Y unos señoritos que había en un palco… bueno, unos… vestidos de señoritos, ¿verdad?, la emprendieron con ella y no paraban de toser, de reírse, de decir cosas en alta voz para desconcertarla y aturdiría. Los hubiera matado, Viejo. Antes de terminar una escena, la infeliz se echó a llorar y se metió entre bastidores… Entonces aplaudieron unos, silbaron otros… ¡Qué escándalo! Sentí una lástima de la pobre muchacha, un asco de aquello, una tristeza, una piedad… un temor tan grande… No quiero, no quiero ser actriz.

DON RODRIGO. Haces bien.

LUCITA. Ahora voy a escribir comedias.

DON RODRIGO. ¡Sopla!

LUCITA. Así, así.

DON RODRIGO. Pues también vas a tropezar con los señoritos del palco.

LUCITA. Sí; pero no me ven la cara. Ni yo los veo. Esto de mis comedias tiene su porqué. De ese modo trabajo en algo, como todos vosotros, desahogo la imaginación y hago que mis personajes digan lo que yo quiero; y no tengo yo que decir, como si hubiera sido actriz, lo que pensaron otros.

DON RODRIGO. ¡Bravo, bravo! Muy razonable, como todo lo que se te ocurre.

LUCITA. Te advierto que ya llevo muy adelantada una obra importantísima.

DON RODRIGO. ¿Ya?

LUCITA. Y esta mañana se me ha ocurrido escribir otra.

DON RODRIGO. ¿Otra?

LUCITA. ¡Con todo lo que a nosotros nos está pasando!

DON RODRIGO. ¡Muchacha! ¿Vas a sacarnos a la vergüenza?

LUCITA. ¡Cambiando los nombres, por supuesto! ¿Tú crees que esa comedia le gustaría al público?

DON RODRIGO. Según como la hicieras tú.

LUCITA. ¡Tal y como nos ha pasado a nosotros! ¡Si es una comedia que está hecha! Una familia rica, ¿verdad?, que se arruina, que se puede hundir, y que trabajando todos a una se salva. ¿No es bonito?

DON RODRIGO. Para mí, precioso. Es la comedia de mi vida entera.

LUCITA. ¿Lo ves? ¡Claro que yo sacaré un viejo así como tú, gruñón, que diga frescas, para que la gente se ría!

DON RODRIGO. ¿Ah, sí? ¿Me vas a sacar de personaje cómico?

LUCITA. Cómico y serio: las dos cosas. ¡Como tú eres! Tú déjame a mí.

DON RODRIGO. Sí, sí; descuida, que no te cortaré las alas.

LUCITA. Y sacaré también a Cristina. Ya tengo el nombre. Le voy a llamar Justa. Y haré una escena muy interesante con lo que le ha sucedido

con su novio en casa de Bebé. Y habrá también lo del hermano, y la sala de armas…

DON RODRIGO. ¡Admirable!

LUCITA. ¡Como Félix viene a la de Rodrigo! Y he pensado una cosa que no ha pasado todavía, pero que se me ha ocurrido a mí.

DON RODRIGO. ¿A ver?

LUCITA. El hermano de Justa, que se va a llamar Sinibaldo o Leoncio, al verse frente a frente del hombre que tanto hizo padecer a su hermana, le obliga a quitarle el botón a la espada, él hace lo mismo, y lo atraviesa en un asalto. ¿Qué te parece?

DON RODRIGO. ¡Hija, que ojalá sea eso lo único que no arranques de la realidad en tu obra!

LUCITA. ¿Crees que no gustaría? Yo he visto en el teatro que siempre que matan a uno o se muere de muerte natural, el público aplaude.

DON RODRIGO. Sí. No en balde el teatro quiere ser copia de la vida. Y en la vida pasa eso mismo: el aplauso a todo el que cierra el ojo no falta nunca.

LUCITA. Ya verás, Viejo; ya verás. ¡Pues anda, que la otra que ya llevo tan adelantada…!

DON RODRIGO. ¿Qué asunto tiene? ¿Con quién la has tomado en esa otra?

LUCITA. Es un secreto. No te puedo decir más que el título.

DON RODRIGO. Dímelo.

LUCITA. Se titula *Monsieur Clémentier*.

DON RODRIGO. ¿*Monsieur Clémentier*?

LUCITA. ¿Te suena?

DON RODRIGO. Mucho. Pero no como título de comedia, sino como algo más.

LUCITA. Lo que te pasa es que recuerdas una pregunta que hizo Gustavo el día que estuvo a vernos.

DON RODRIGO. ¡Eso es! ¡Por un M. Clémentier preguntó Gustavo!

LUCITA. Y ninguno aquí lo conocía.

CON RODRIGO. ¿Y tú, sí?

LUCITA. Yo, sí: yo ya lo conozco. Y además me sonó bien el nombre para título de mi obra.

DON RODRIGO. ¡Qué paparrucha! ¿Cuándo vuelve Gustavo de Guadalema?

LUCITA. Debe de estar de vuelta ya.

Por el corredor viene Rodrigo en traje de profesor de armas.

DON RODRIGO. ¡Oh! ¡El maestro! Su excelencia el espadachín.

RODRIGO. *Sentándose en una mecedora.* El espadachín, que no puede ya con su cuerpo.

LUCITA. Deja un rato la sala, hombre.

RODRIGO. Si a eso vengo aquí, a olvidarme de que tengo sala; a descansar unos minutos.

DON RODRIGO. He ahí un placer vedado a los gandules.

RODRIGO. ¿Cuál, Viejo?

DON RODRIGO. El placer de cansarse para descansar.

RODRIGO. Pues existe, doy fe.

LUCITA. ¡Pobrecito! ¡cómo está sudando!

RODRIGO. Me he llevado dale que le das hasta ahora.

DON RODRIGO. Que sude, que sude; eso es bueno. Eso purga, eso limpia la sangre. La salud también cuesta trabajo.

Llega Cristina de la calle por la puerta de la izquierda.

CRISTINA. ¡Hola!

LUCITA. Ven con Dios.

CRISTINA. ¡Magnífica tarde tenemos! Calor hace. *Se quita el gorrito.*

RODRIGO. Dímelo a mí. Entre el ejercicio y la temperatura…

CRISTINA. Buenos colores te han sacado.

DON RODRIGO. Los que sólo se logran cuando se juntan la salud del cuerpo y la del espíritu.

LUCITA. Y ¿cuándo se juntan, Viejo?

DON RODRIGO. Cuando se trabaja; cuando se merece la vida y, sobre todo, la fortuna. Se debe gozar como gracia de lo que es de todos: el sol, el cielo, el aire. La fortuna hay que merecerla.

RODRIGO. ¿Eso es del almanaque del tío Doroteo?

DON RODRIGO. No. Esto es de un almanaque… al que llevo setenta años arrancándole hojas.

RODRIGO. Y es verdad lo que dices, Viejo. Yo lo observo en mí. Si me sorprendo mil veces ahora viéndome trabajar mucho más me sorprendo de hallarme contento porque trabajo. Esta satisfacción de que mi vida no sea estéril, de ganármela yo con mi esfuerzo, la desconocía.

DON RODRIGO. Pues no hay miel más rica, Rodrigo. Los vagos, los ociosos, los holgazanes nos compadecen a los que trabajamos. ¡Infelices! ¿Qué sentimiento no será el nuestro ante sus horas eternas, ante sus días monótonos, vacíos, insustanciales, envenenados por la pereza y el tedio? Para ellos la vida es sólo un espectáculo exterior; para nosotros es algo íntimo, profundo, sabroso.

CRISTINA. Hablas como un libro.

LUCHA. Yo estoy tomando notas… para lo que me sé y me callo.

CRISTINA. Sí; para tu comedia de la familia.

LUCITA. Ríete. Yo te daré comedias a ti. Al tiempo.

RODRIGO. ¿Sabes quién está ahora en la sala, Cristina?

CRISTINA. ¿Quién?

RODRIGO. Félix de la Rosa.

CRISTINA. ¿Sí? ¿Por dónde habrá venido? Cuando yo salí de casa de Bebé allí quedaba, y ahora mismo vengo de allí.

LUCITA. Esto sí que va a parecer inverosímil en mi obra: que tú le des lecciones de esgrima al que fué novio de ésta, y que ésta le enseñe el piano a la que es novia de él.

CRISTINA. ¿Por qué? La vida está llena de estos absurdos… tan naturales.

RODRIGO. Pues, hija, yo de mí sé decir que me pellizco y no lo creo. Cuando era tu novio me era muy antipático ya. ¿Cómo puedo ahora, si recuerdo lo que por él sufriste, tenerlo frente a frente y tratarlo sin violencia, con cortesía, en lugar de quitarle el botón a mi espada y atravesarlo?

LUCITA. ¿Eh, Viejo?

DON RODRIGO. Ya, ya oigo.

CRISTINA. ¿Qué?

LUCITA. Una situación de mi comedia. Me voy a hacer famosa.

CRISTINA. ¡Por Dios, Lucita! ¡Que tu comedia no sea drama! Y si en ella me pintas a mí frente a ese hombre, píntame con verdad: serena, tranquila, contenta… Contenta, sí, de haberlo conocido a tiempo.

DON RODRIGO. ¡Ole!

CRISTINA. No te rías.

DON RODRIGO. No me río, no; me alegro de oírte.

CRISTINA. ¿Queréis creer que le mortifica profundamente, hasta no poder disimularlo, cuando nos encontramos en casa de Bebé, el reposo con que le hablo, la indiferencia con que lo veo galantear a su novia? Aún no ha logrado acostumbrarse su vanidad. Y cuando la novia tiene alguna salida ridícula…

DON RODRIGO. Que es cada vez que habla…

CRISTINA. ¡Cómo le hiere la burla de mis ojos!

LUCITA. Bien castigado está con los *Perejiles*. *A don Rodrigo.* Ssst… El tío Doroteo.

Aparece éste en efecto por el corredor, dispuesto para irse a la calle. De pronto hace como que ve a la familia y se detiene.

TÍO DOROTEO. ¿Consejo de familia?

DON RODRIGO. Consejillo.

RODRIGO. ¿Se va usted otra vez?

TÍO DOROTEO. Y tendré que entrar y salir todavía más de veinte veces. Tu padre se ha empeñado en no poner teléfono…

DON RODRIGO. ¿Dónde vas ahora?

TÍO DOROTEO. A echar una firma para que saquen a un pobre hombre de la cárcel. *Consultando el reloj.* Por cierto que me había citado con Carrascal a las cinco y se me ha pasado la hora.

DON RODRIGO. Toma un coche.

TÍO DOROTEO. Ya, ni en coche llego.

DON RODRIGO. ¡Pues toma dos! —como dijo el otro. *Risas.*

TÍO DOROTEO. *Batiendo palmas.* ¡Bien! ¡Muy bien! Yo no solamente río, sino que aplaudo. Reconozco tu vena de buena ley.

DON RODRIGO. Hombre, yo empleo mi ingenio, o el ajeno, según aquél a quien me dirijo; única manera de ser comprendido enteramente.

TÍO DOROTEO. Cierto, cierto.

DON RODRIGO. Si a un ser chabacano le digo una fineza, no la percibe.

TÍO DOROTEO. ¡Claro es!

DON RODRIGO. Y al contrario. *Les guiña a los nietos.* Porque, en resumidas cuentas, Doroteíllo, nadie entiende bien más que lo que coincide con aquello que lleva dentro.

TÍO DOROTEO. ¡Oh, qué verdad tan grande! Ya lo dijo Voltaire, ingeniosamente.

LUCITA. ¿Quién?

TÍO DOROTEO. Voltaire. «El ideal de belleza para el sapo es la *sapa*».

Risas generales, que desconciertan un punto al erudito.

LUCITA. ¿Conque la *sapa*?

TÍO DOROTEO. Sí, muñeca, sí; ¿de qué os reís tanto?

DON RODRIGO. De nada, de nada. ¡Cuidado cómo se lo dices, Lucita! *Se va riéndose por la puerta de la derecha.*

TÍO DOROTEO. ¡Hola! ¿Se conspira contra el tío Doroteo?

LUCITA. No, tío; no. Pero «más vale honra sin barcos que barcos sin honra». *Corre tras el Viejo, muerta de risa.*

TÍO DOROTEO. ¿Eh? Primera vez que no calo el sentido de una chanzoneta.

RODRIGO. Tío Doroteo, los tiempos modernos son de investigación y de análisis, y no hay tesoro que pueda estar oculto. Vamos a trabajar. *Se aleja por el foro.*

TÍO DOROTEO. Que me emplumen si entiendo jota. ¡Hombre! ¡La carpeta del Viejo a mano! Aquí te pillo, aquí te cojo.

CRISTINA. ¿Qué va usted a hacer?

TÍO DOROTEO. Justicia seca. *Saca del bolsillo una lente.* ¡Pocas ganas que le tenía yo a este mapita!

CRISTINA. ¡Ah, vamos!

El tío Doroteo se sienta un instante a la mesa, examina con la lente el mapa de la carpeta del Viejo y raspa el nombre de Guadalema con un cortaplumas.

TÍO DOROTEO. Guadalema… Guadalema… ¿Dónde estás tú, pueblo ingrato, que haces a los hombres y los gastas? ¡Al pelo! No queda ni señal.

CRISTINA. Enhorabuena, tío.

TÍO DOROTEO. Gracias, pequeña. Hoy tengo un buen día. Llevo tres. Uno, en una antesala de Instrucción pública; otro, en un librote del Ateneo, y otro, en el kilométrico de un amigo. ¡Fuera, fuera del mapa Guadalema! Hasta luego. *Se va por la puerta de la izquierda.*

CRISTINA. Vaya usted con Dios. ¿Qué es esto?… ¿Las cuartillas de las Memorias?

Por el foro aparece Félix, que acechaba la ocasión de hablar con Cristina. Al verla sola, baja por el corredor hasta ella. Cristina hojea con interés las cuartillas del Viejo.

FÉLIX. ¡Ah! Por fin… Estoy de suerte.

CRISTINA. ¿Quién?

FÉLIX. Yo.

CRISTINA. *Sorprendida.* ¡Félix! *Sonriendo.* ¡Félix!

FÉLIX. ¿Es hora ya de que hablemos, Cristina?

CRISTINA. ¿De que hablemos?

FÉLIX. Sí; de que hablemos nosotros; sin testigo alguno.

CRISTINA. No entiendo, Félix…

FÉLIX. Comprende que si he venido a la sala de armas de tu hermano ha sido por acechar este momento…

CRISTINA. ¿Por acechar?… No me pasó por la imaginación semejante cosa. Ni podía pasarme… dada la persona de quien partió la indicación de que vinieras.

FÉLIX. Bien, bien. Hablemos antes de que alguien llegue.

CRISTINA. ¿De qué me tiene usted que hablar?

FÉLIX. Sustituye el usted, Cristina; te lo ruego. Tú por tú, como siempre.

CRISTINA. Como siempre, no. Pero, en fin, da lo mismo. ¿Qué quieres?

FÉLIX. Así.

CRISTINA. En casa de tu novia no te traté con esta familiaridad, porque como no me conociste de pronto… Y por otras razones. Allí, cuando nos hemos visto de nuevo, nos hemos tratado con toda ceremonia. ¿Vas a establecer desde hoy esta confianza que me pides?

FÉLIX. No; allí, no.

CRISTINA. Pues aquí, tampoco. Lo mismo que le hable a usted aquí, le hablaré en todas partes. Usted es para mí la misma persona, esté donde esté, Félix. Y que no sé fingir… bien lo sabe usted. Bien lo sabes tú.

FÉLIX. Comprende…

CRISTINA. Es inútil. Ese tratamiento de dos caras, quédese para tu Congreso.

FÉLIX. Bueno, sí; esto es pueril, después de todo. Tratémonos como nos debemos tratar.

CRISTINA. Conformes. ¿Qué me quieres ahora? ¿A qué vienes en busca mía?

FÉLIX. A suplicarte que me escuches, porque lo necesito. Cristina, desde que te vi en aquella casa y de aquella manera, mi espíritu no vive en paz.

CRISTINA. Yo creí que eso hubiera sido antes.

FÉLIX. Pues ha sido ahora.

CRISTINA. Pues mira qué distintos somos tú y yo.

FÉLIX. No sospechaba, te lo juro, que nada en el mundo pudiera ocasionarme este trastorno. Sentía yo como que mi pecho era un inmenso alcázar, sostenido en sus cimientos por mi voluntad; por mi voluntad siempre firme, independiente, poderosa… y ha bastado tu sola presencia, resignada, alegre y humilde, para que los cimientos vacilen, los muros tiemblen y el alcázar se tambalee.

CRISTINA. Ten en cuenta que aquí no hay taquígrafos.

FÉLIX. No te burles, Cristina.

CRISTINA. ¿No he de burlarme, Félix? ¿Qué personaje es ése —tú que has leído tanto— que dice aquello de «palabras, palabras, palabras…»?

FÉLIX. Hamlet.

CRISTINA. Pues ahora Hamlet soy yo, y te digo lo mismo: palabras, palabras, palabras…

FÉLIX. Palabras, sí; pero esta vez con un alma dentro.

CRISTINA. No me interesa el alma.

FÉLIX. Óyela.

CRISTINA. ¿Para qué?

FÉLIX. ¿Tanto me desprecias?

CRISTINA. Tanto te conozco. Esto que me inspiras tú no es desprecio. El desprecio, al fin y al cabo, significa un poco de sentimiento. Y esto no. Esto mío ante ti, no es nada; nada. Te separé de mi vida y no existes. Triunfas, bueno. Te hundes, igual. Te casas, bien. No te casas, lo mismo. No existes.

FÉLIX. ¿Que no existo yo para ti, Cristina?

CRISTINA. Sin tomarlo en drama. ¿Ni de qué te sorprendes? ¿Tú no hiciste cuenta de que yo no existía para ti cuando me dejaste porque me quedé sin fortuna?

FÉLIX. ¡Por eso, no!

CRISTINA. Por eso nada más. No atribuyas pecado tan feo a otras pasiones del corazón, que en ser pasiones tienen ya disculpa. Ni me

abandonaste por celos, ni por desdenes míos, ni porque te enloqueciera otra mujer: me abandonaste porque me quedé sin fortuna.

FÉLIX. ¡Te repito que no es así!

CRISTINA. Y fué mi dolor tan tremendo, me costó lágrimas tan amargas, que tuve que pensar: o se muere él o me muero yo. Y como yo debía vivir para los míos, decidí que te murieras tú. Ya te digo: no existes. Tu vanidad esto no lo concibe, no puede comprenderlo; pero te estoy hablando de verdad, como siempre: no existes.

FÉLIX. Tú, en cambio, Cristina, has recobrado para mi nueva existencia, que conturba la mía.

CRISTINA. Eso no lo dudo. ¡Vale tanto aquella casa de los Pérez de Gil!…

FÉLIX. Te equivocas. Nada me importa la casa aquélla ante estos sentimientos nuevos de mi alma. Puedes creerme. Eres tú, tú sola, quien estremece mi conciencia, quien angustia mi corazón, llenando mis noches de acusaciones y de remordimientos. Yo no soy un hombre degradado, como tú me juzgas, aunque te lo haya parecido, Cristina. La prueba de ello es que no he podido mirarte indiferente; que te vi y temblé; que me hablaste y temblé; que estoy temblando ahora al lado tuyo.

CRISTINA. Serénate, por Dios.

FÉLIX. Te suplico que dejes el tono de burla.

CRISTINA. No puedo. Callaré.

FÉLIX. Quiero que me contestes a esto: esa anulación de mi persona con que me confundes, este desdén, que sin duda merezco ahora, ¿no esperas tú que yo consiga nunca trocarlos siquiera en una dulce estimación cordial?

CRISTINA. Nunca.

FÉLIX. ¿No crees que ése pudiera ser el camino para volver a aquellas horas inolvidables?

CRISTINA. Nunca.

FÉLIX. ¿Nunca, Cristina?

CRISTINA. Nunca, Félix. Pero sin drama, sin desplantes. Tú hablas como tus políticos, que dicen: «¡nunca!» por la mañana, y por la noche:

«bueno; hay que transigir». Yo digo nunca, casi sin voz, y ya verás cómo de veras nunca intento desenterrar lo que está bien enterrado y bien muerto.

FÉLIX. Eres implacable; cruel.

CRISTINA. Es lo único que he aprendido de ti. No recoges sino lo que sembraste.

FÉLIX. ¡Mentira parece que de aquel gran amor, del que en mi corazón be sentido avivarse el rescoldo, no queden en el tuyo más que las cenizas!

CRISTINA. No, Félix; ni las cenizas quedan. Ya me cuidé yo bien de aventarlas.

FÉLIX. Entonces, Cristina, un favor te quiero pedir. Un favor… y bien grande.

CRISTINA. Dime.

FÉLIX. Que procures que yo no te encuentre.

CRISTINA. Recuerda que has venido a buscarme tú.

FÉLIX. Creyendo que eras otra.

CRISTINA. Pues ya has visto que soy la misma.

FÉLIX. Ni me has entendido del todo. No es sólo en tu casa donde yo te puedo encontrar.

CRISTINA. ¡Ah! vamos. También en casa de Bebé… Ahí entra la verdad de la historia —dijo Sancho Panza—. Yo también cito a veces. A esto es a lo que has venido tú aquí.

FÉLIX. No. He venido, ante todo, a confesarte las torturas de mi alma y los impulsos de mi corazón, Cristina. Te he admirado al hallarte en tu nuevo ser, y he soñado en transfigurarme y salvarme, volviendo a aquel amor de otros días. Tú me rechazas. No merezco salvación por lo visto. Duro castigo impone el amor a quien lo traiciona. Tal vez sea que no me comprendes. Si todo se comprendiera, todo se perdonaría. Pero lo que no puede ser, lo que yo no resista, es verte un día y otro junto a mí, frente a mí, al lado de otro mujer que me tiene por suyo, ejerciendo una profesión que te humilla a mis ojos.

CRISTINA. Nada más que a los tuyos, Félix.

FÉLIX. Que a tus ojos me humilla a mí.

CRISTINA. Eso está más claro. Y descuida, que te evitaré la mortificación de hoy en adelante. Todo tuviera tan fácil arreglo. Buscaré un pretexto para dejar la lección de aquella casa.

FÉLIX. Yo…

CRISTINA. Me anticipo a lo que vas a decir. No me perjudica. Felizmente, las cosas van bien. Además, me alegro, porque tu novia no le tiene afición a nada, y menos al piano. De modo que contentos los dos. Mejor dicho, los tres. ¿No, Félix?

FÉLIX. Yo, no.

CRISTINA. Ya se te pasará. Mírate en mi espejo.

FÉLIX. Jamás pude creer en esta frialdad que en ti hallo.

CRISTINA. Pues ¿qué querías, hombre? Vuelven a hablar tu vanidad y tu egoísmo. ¿No te he dicho ya, para satisfacción de la una y del otro, que mi dolor primero me arrancó también las primeras lágrimas de mi vida? Me enseñaste a llorar; lloré por tu causa; y aún te quejas. ¿Has oído que creí morirme por ti… y aún te quejas? ¿Qué querías? ¿Mi vida entera ensombrecida por tu traición? No mereces tanto. Ni siquiera aquellas lágrimas mereces; las merecía el amor que yo puse en ti.

FÉLIX. Cristina…

CRISTINA. Déjame.

FÉLIX. ¿Lloras?

CRISTINA. Sí; otra vez lloro.

FÉLIX. ¿Por mí?

CRISTINA. Por aquel amor que en mí mataste.

FÉLIX. ¡Benditas lágrimas!

CRISTINA. Son las últimas; yo te lo aseguro. Pero era de justicia que tú las vieses. Adiós, Félix.

FÉLIX. Cristina…

CRISTINA. Adiós. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Félix la mira irse, y luego permanece unos instantes reflexivo, exclamando al fin.

FÉLIX. Como una seda; como si estuviera ensayada la escenita… *Pausa.* Es una heroína esta mujer. *Nueva pausa. Golpeándose suavemente en el pecho.* Y tú, lucecita romántica, que estás temblando por vivir en mi corazón, apágate…, apágate ya. ¡Apágate ya para siempre!

Llega Gustavo por la puerta de la derecha. La presencia de Félix le sorprende en extremo, le contraria y le disgusta.

GUSTAVO. *Dentro aún.* Aquí espero.

FÉLIX. ¿Quién? *Viendo a Gustavo.* ¡Oh! ¡Mi amigo!

GUSTAVO. ¡Señor De la Rosa! ¿Usted aquí?

FÉLIX. ¿Cómo va?

GUSTAVO. Bien, ¿y usted?

FÉLIX. Usted estaba en el extranjero, ¿no?

GUSTAVO. En París estaba. Y allá volveré pronto.

FÉLIX. ¿Se trabaja mucho?

GUSTAVO. Bastante.

FÉLIX. Es la imperiosa necesidad del siglo. La lucha es enconada, creciente. El trabajo tiene que ser rudo, intenso, brutal. Por eso se agotan tan pronto los hombres modernos.

GUSTAVO. Sí.

FÉLIX. Ha extrañado a usted hallarme en esta casa, ¿verdad?

GUSTAVO. Sí, señor; no debo ocultárselo.

FÉLIX. Vengo a la sala de Rodrigo.

GUSTAVO. Ya.

FÉLIX. Y ahora salí un momento de ella, tropecé aquí a Cristina y hemos estado de palique.

GUSTAVO. ¿Cristina y usted?

FÉLIX. Sí. ¡Qué pequeño es el mundo, qué pueriles algunos afectos, qué corta la vida!… ¡Batí! Todo es nada, en última consecuencia.

Sale por la puerta de la derecha don Rodrigo.

DON RODRIGO. ¡Tanto bueno y tanto malo por aquí!

GUSTAVO. ¡Don Rodrigo!

FÉLIX. ¡Señor don Rodrigo!

DON RODRIGO. *A Félix*. Lo bueno es usted y lo malo este pintamonas.

FÉLIX. Ya, ya.

DON RODRIGO. ¡Gloriosa campaña lleva usted en el Congreso, amiguito! La otra tarde tuve el honor de escucharlo.

FÉLIX. ¡Psche! Allí siempre charlando y mintiendo. Engañando al pobre país.

DON RODRIGO. Basta que usted lo diga. Pero, en fin, se le engaña con caramelos; con elocuencia. Usted tiene un pico de oro.

FÉLIX. ¡Bah!

DON RODRIGO. Sí, sí. Y un arte singular para concluir sus oraciones.

FÉLIX. ¡Oh! Acabar bien es triunfar siempre. Hay que cuidar los *mutis*, como los cómicos.

GUSTAVO. Sí; ya que todo es comedia…

DON RODRIGO. Hermoso fué aquello de: «¡El país se agota, el país se extingue, el país se muere! ¡Auscultemos con atento oído su pecho para sentir uno a uno los latidos de su corazón; y si nuestro oído, por torpe o inerte, no los percibe, demandemos de los propios labios del enfermo la siniestra relación de sus dolores!». ¡Bravo! ¡bravo! ¿No fué una cosa así?

FÉLIX. Sí, señor; ésa fué la idea.

DON RODRIGO. A mí me recordó, sin desdoro para la elocuencia de usted, a aquel famoso médico del chascarrillo que al entrar en el cuarto de todo enfermo siempre le decía «¡Si tienes calentura, no me lo niegues!».

Gustavo ríe de buena gana. Félix, no tanto.

FÉLIX. Usted siempre satírico, señor don Rodrigo. *A Gustavo.* El Juvenal de Guadalema.

DON RODRIGO. *Al propio Gustavo, por Félix.* El *Juvenil* del Congreso.

Risas de los tres.

FÉLIX. ¡Bien, muy bien ese *calembour*! Me vuelvo a la sala a ver si le doy unos botonazos al maestro. Amigo mío, bien venido.

GUSTAVO. Bien hallado.

FÉLIX. Señor don Rodrigo, siempre queriéndolo.

DON RODRIGO. Siempre admirándolo.

FÉLIX. Mis afectos a todos. Con Cristina he conversado un ratillo.

DON RODRIGO. ¿Sí, eh?

FÉLIX. Hasta luego. *Encamínase corredor arriba, y de pronto se vuelve afectando naturalidad.* Don Rodrigo, ¿conservan ustedes aún aquella cabeza de Ribera…?

DON RODRIGO. ¡No que no! Y tal como estaba. Mucho más ha cambiado la mía en estos años.

FÉLIX. Pues ya tendré el gusto de admirarla.

DON RODRIGO. Cuando a usted le plazca, señor.

FÉLIX. Hasta la vista.

DON RODRIGO. Hasta la vista.

Desaparece por el foro Félix, con aire de desenfadada indiferencia.

GUSTAVO. Vulgar, vulgar y vulgar. Siempre lo he dicho. Don Rodrigo, ¿cómo ha vuelto a esta casa ese hombre?

DON RODRIGO. Se ha hecho discípulo de Rodriguín; de mi nieto.

GUSTAVO. Eso ya lo sé. Pero ¿a qué ha venido aquí? La sala de armas tiene entrada y salida independientes. ¿A qué ha venido aquí?

DON RODRIGO. Nos ha salido fino el mozo. *Recogiendo de la mesa sus papeles.* No es rana, no; no es rana. Tendrá un capitulito en mis Memorias. Les voy a advertir a las chicas que las aguardas tú.

GUSTAVO. Gracias, don Rodrigo.

DON RODRIGO. No hay de qué, don Diego.

GUSTAVO. ¿Don Diego?

DON RODRIGO. Por Velázquez lo hablo. ¡Je! *Éntrase por la puerta de la derecha.*

GUSTAVO. *Obedeciendo a sus pensamientos más íntimos.* Lo ha dicho bien claro: ha estado aquí hablando con Cristina. ¿Qué tiene él que hablar ya con Cristina?

Llega Teresa por la puerta de la izquierda y sorprende en su soliloquio al pintor.

TERESA. ¿Se estilan ahora en Guadalema los monólogos?

GUSTAVO. ¡Teresa!

TERESA. ¿Cuándo ha vuelto usted?

GUSTAVO. Esta mañana.

TERESA. ¿Cómo ha dejado a la mamá?

GUSTAVO. Muy contenta, porque le he prometido verla otra vez antes de mí regreso a París.

TERESA. Así me gusta. ¿Y Lucita? ¿Y Cristina? ¿Cómo no están aquí con usted?

GUSTAVO. ¡Si he llegado ahora mismo! Don Rodrigo ha ido a avisarlas de mi visita.

TERESA. Pues me alegro de haber bajado yo tan oportunamente. Venía por mi libro. La buena señora ha despertado y me quiere tener pegada a sus faldas.

GUSTAVO. ¿Qué enfermedad padece?

TERESA. Todas y ninguna. La peor es la vejez. Está maniática, medio loca. A lo mejor me ofende, me injuria, se mete con toda mi familia… Luego se arrepiente; me llama, me besa, me pide perdón… Pobrecita.

GUSTAVO. Pobrecita… y dichosa, ya que la tiene a usted al lado suyo. ¿No tiene familia esa señora?

TERESA. Un hermano, que es el que la mantiene, y que está empleado en la Biblioteca. Entablamos relaciones de vecindad; me ofrecí al instante de enfermera, y él aceptó, siempre que yo me aviniese a recibir una recompensa por ello. Que sí, que no, que qué sé yo… y al cabo concluí por no rehusarla, puesto que así, a la par que hago una caridad a mi prójimo, traigo también mi granito de trigo al hormiguero.

GUSTAVO. Es usted una hormiguita celestial.

TERESA. ¡Huy, celestial! ¡Pues no me falta mucho!

GUSTAVO. Ya me dijo don Adelardo qué renunció usted a entrar en el convento.

TERESA. Sí, señor; a raíz de nuestra desgracia, renuncié. Papá, que nunca había visto mi vocación con buenos ojos, entonces se mostró partidario de ella, y aun insistió mucho conmigo para que no la abandonase. Yo comprendí que lo hacía por librarme de las espinas que a todos esperaban, y hablé con quien quiero que viva dentro de mí, y me ordenó que siguiese al lado de los míos, ayudándoles a llevar la cruz. Con mi dote de monja se pagó la última deuda de las minas.

GUSTAVO. Lo sé.

TERESA. Si algún día puedo, si mi familia vuelve a su bienestar, yo iré adonde mi inclinación me llama desde niña. Si no, continuaré compartiendo con ellos los dolores mundo. *Sonriendo con bondad.* Pícaro mundo. Aquí está Lucita.

Aparece ésta por la puerta de la derecha.

LUCITA. Me había dado a mí el corazón que iba usted a venir esta tarde.

GUSTAVO. No podía ser de otra manera habiendo llegado esta mañana. ¿Qué tal vamos, discípula de pasados tiempos?

LUCITA. Cada día más irreducible, maestrillo. Prepárese usted, que tenemos charla para una hora. ¡Esta cabeza mía es una fábrica de cohetes!

TERESA. Pues me quito de en medio, no me dé una caña en un ojo. Adiós, Gustavo.

GUSTAVO. Adiós, Teresa.

TERESA. Ya me dejaba aquí a la Santa otra vez. *Coge el libro y se va por la puerta de la izquierda.*

GUSTAVO. Bueno; usted dirá.

LUCITA. Usted, usted primero. ¿Ha tenido usted noticias de M. Clémentier?

GUSTAVO. Ningunas, Lucita. No sé qué pensar. ¿Y usted, las ha tenido?

LUCITA. ¡Pues ya lo creo!

GUSTAVO. ¿De veras?

LUCITA. Pero ¿lo duda usted, conociendo el interés que yo me tomo por sus cosas, Gustavo?

GUSTAVO. ¡Ay, discípula, qué satisfacción me da usted! Me entra el alma en el cuerpo. Cuénteme, cuénteme. ¿Dónde ha visto usted a ese hombre?

LUCITA. En su casa. Vive muy bien; es un caballero muy simpático y muy amante de los españoles.

GUSTAVO. Y ¿qué le dijo a usted de mí?

LUCITA. ¡Mil cosas! Que le ha escrito a usted muchas veces; que viene usted a España a pintar un retrato de su mujer; que cuando presentó usted en el Salón la famosa cabeza de la española, lo felicitó con gran entusiasmo…

GUSTAVO. Justo. La carta aquélla, escrita en un francés muy transparente, como todas las suyas, me hizo llorar. «Así son las españolas que yo conozco», me repetía con noble firmeza. Entre aquellas líneas, llenas de luz, palpitaba una efusión enternecedora y simpática. Le mandé la carta a mi madre. Mi madre no sabe francés y me ha dicho que la entendió toda.

LUCITA. Es claro. ¡En caracteres árabes la hubiera entendido! ¿Y luego?

GUSTAVO. Luego me escribió ya con el deseo de que retratara a su esposa.

LUCITA. ¡Ajajá! Y eso fué, en fin, lo que determinó a usted a hacer este viaje.

GUSTAVO. Sí por cierto. Eso… y el natural afán de volver a España, de ver a mi madre, de… Muchas cosas reunidas. Lo demás, ya usted lo conoce. Mis cartas a M. Clémentier venían dirigidas a Madrid, calle de Fortuny, último hotel. Llego, pregunto, y ni en aquel hotel ni en toda la calle me dan razón de M. Clémentier. Mis compañeros no lo han oído nombrar en su vida. Voy al Ateneo, voy a la Embajada de Francia, voy al Consulado, y ni rastro de M. Clémentier. M. Clémentier llegaba a parecerme un mito cuando no una broma de mal género, dictada por la envidia. Sí; porque hacer venir a un hombre a España, con la promesa de un retrato que va a pagar una persona que no existe…

La risa de Lucita interrumpe a Gustavo.

LUCITA. Pues, no, señor; no es broma. M. Clémentier vive; yo lo conozco… y se lo presento a usted cuando le dé la gana.

GUSTAVO. Cuanto antes.

LUCITA. Hoy mismo.

GUSTAVO. Hoy mismo.

LUCITA. Ahora mismo, si quiere usted.

GUSTAVO. ¿Ahora mismo? *Bajando la voz instintivamente.* ¿Está ahí, por ventura?

LUCITA. Está aquí.

GUSTAVO. ¿Cómo aquí?

LUCITA. Sí; porque soy yo.

GUSTAVO. ¿Qué dice usted, Lucita?

LUCITA. Que yo soy M. Clémentier.

GUSTAVO. *Desconcertado.* No comprendo…

LUCITA. Que M. Clémentier soy yo.

GUSTAVO. A ver, a ver… Le aseguro a usted que no alcanzo…

LUCITA. ¡Pues sí que es usted torpe!

GUSTAVO. Explíqueme, Lucita; explíqueme… ¿Qué objeto, qué intención, qué propósito…?

LUCITA. Ante todo, Gustavo, perdóneme usted si le he quitado una ilusión… la ilusión del Mecenas…

GUSTAVO. ¡No me hable usted de eso, Lucita! ¡Si la verdadera ilusión empieza ahora! ¡Si ahora es cuando yo quiero más noticias de M. Clémentier! ¿Qué es esto?

LUCITA. Una creación mía. ¿No sabe usted que voy a escribir comedias? El deseo de comunicarme con usted, de conocer el rumbo de sus afanes y trabajos, ¿verdad?, me sugirió, cuando volvimos de la Argentina y tropecé con sus dibujos de *Les Arts,* la idea de crear ese personaje.

GUSTAVO. Pero ¿por qué no me escribió usted con su nombre?

LUCITA. Lo primero, Gustavo, porque M. Clémentier, me hacía a mí mucha gracia.

GUSTAVO. Y la tiene.

LUCITA. Lo vi de cuerpo entero. Bigote, perilla, monóculo, botines, chaqué… *pardon!* a cada triquitraque… De cuerpo entero, ya le digo. Después, amigo mío, he de confesárselo todo, temí que la correspondencia entre usted y yo no tuviese nunca la expansión, la cordialidad, el fuego que ha tenido entre usted y M. Clémentier… Y, últimamente querido maestro, no quise exponerme con usted, cuya persona había yo colocado en un mundo aparte, ¿verdad?, a un desengaño tan doloroso como los sufridos con otros amigos desde la ruina de mi casa…

GUSTAVO. ¡Por Dios, Cristina!

LUCITA. Lucita.

GUSTAVO. ¡Lucita! ¿Tan mal me juzga usted a mí?

LUCITA. ¿No oye usted que lo había colocado en un mundo aparte? Ello es, en fin, que una vez que inventé a M. Clémentier no quise matarlo de repente. El portero del último hotel de la calle de Fortuny, hijo de aquel Baltasar, antiguo criado de nuestra casa en Guadalema, bien aleccionado por mí, recogía las cartas de usted y me las traía.

GUSTAVO. ¡Bien se ha reído usted a mi costa!

LUCITA. ¿Reírme? ¡Qué disparate!

GUSTAVO. Lucita, yo estoy lleno de confusión… ¿Qué se ha propuesto usted? ¿Por qué me ha hecho venir a España? *Silencio. Lucita lo mira.*

LUCITA. ¿Quiere usted que lo diga todo?

GUSTAVO. Todo; sí.

LUCITA. Usted ha de decirlo todo también.

GUSTAVO. También.

LUCITA. *Con emoción y delicadeza.* La cabeza de española pintada por usted… ¿a quién se parece?

GUSTAVO. ¿Usted ha visto una reproducción?…

LUCITA. Sí.

GUSTAVO. Entonces… ya lo sabe.

LUCITA. Porque vi en aquellos ojos los de mi hermana, y en aquella frente la suya, adquirió fuerza en mi pensamiento esta idea. Yo, Gustavo, más de una vez, allá en nuestra casa, ¿verdad?, había observado, haciendo que no lo veía, que usted en presencia de Cristina nunca estaba tranquilo; no era dueño ni de sus ojos ni de sus palabras.

GUSTAVO. Es cierto.

LUCITA. Yo advertí la profunda emoción de usted al despedirse de ella cuando marchó a París. ¿Es cierto?

GUSTAVO. Tanto, que me pareció que dejando a Cristina junto a otro hombre, mi viaje carecía de fundamento y de sentido.

LUCITA. Soy una grato psicóloga. Mis comedias darán que hablar. Pues bien, Gustavo: ¿necesito ser más explícita? Usted allí, sólo con su voluntad, sin deber estar solo; pintando los ojos de Cristina sin saber dónde estaba ella… Ella aquí, desencantada del amor, sola también con su voluntad, enseñándonos a todos a ser fuertes, a ser buenos, a tenernos amor… ¿Por qué no había yo de poner estas dos vidas frente a frente de nuevo? Ésta ha sido mi obra: ésta es mi primera comedia.

GUSTAVO. ¡Ay, Lucita! ¡Yo la aplaudo con toda mi alma!

LUCITA. ¡Ay, Gustavo! ¡Qué bien me sabe ese aplauso de usted! Cuando mi padre me dijo el otro día: «Gustavo está en Madrid», se me heló la sangre en las venas. «¿Qué he hecho yo, Dios mío? ¿Qué disparate es éste? ¿qué locura?», me preguntaba por los rincones, sin poder comunicarme con nadie. Pero cuando al día siguiente vino usted, y vi cómo tembló ante Cristina, y lo vi dichoso junto a ella… respiré casi tan fuerte como ahora y pensé para mis adentros: «He hecho lo que debía hacer. No ha de ser siempre la casualidad la que haga estas cosas». *Entre lágrimas, sonriéndole con inefable emoción.* ¿Qué le parece a usted M. Clémentier?

GUSTAVO. ¡El ser más extraordinario que he conocido! No podía yo sospechar, Lucita, que en mi vida iba a deberle tanto.

LUCITA. ¡Oh! He pensado mucho en usted. Temí siempre que allá en su soledad desmayara por hastío… por cansancio… por falta de fortuna… ¡Dios sabe! Y solía hacerme estas reflexiones: «El trabajo de los de mi casa es

circunstancial, cosa del momento, del acaso, tomado como un arma para defenderse de un peligro que ha de ser pasajero. El trabajo de Gustavo es la aspiración de una vida, ¿verdad?, el eje de un alma… y su salvación y su empleo… Necesita estímulo, aliento de todos los días… Necesita un amor que lo cante…» ¿verdad?

GUSTAVO. Verdad. ¿Sabe Cristina…?

LUCITA. Nada. Ni Cristina ni nadie aquí. Temí también que se opusieran y me desbarataran mis planes. Era mi afán, mi labor en la casa, mi secreto…

GUSTAVO. ¡Pronto lo sabrán todos!

LUCITA. *Sin voz apenas.* Algo quedará para mí sola.

Gustavo no oye esto, porque en tal instante ve a Cristina, que sale por la puerta de la derecha.

GUSTAVO. ¡Cristina!

LUCITA. ¡Ah! Cristina…

CRISTINA. Gustavo, ¿cómo va?

GUSTAVO. Bien, ¿y usted, Cristina?

CRISTINA. ¿Qué me miran ustedes?

LUCITA. Nada. ¡Cuando el Viejo vuelva a decirme que yo soy la única de la casa que no ha hecho nada por los Leales ya tengo una contestación muy bonita! ¿Verdad, Gustavo?

GUSTAVO. ¡Verdad, como todo lo que usted dice!

LUCITA. Gracias. Se retira M. Clémentier.

CRISTINA. ¿Qué estás hablando, loca?

LUCITA. Que me voy.

CRISTINA. ¿Qué te vas?

LUCITA. Siempre que en las comedias salen a la escena ella y él, si no se van los demás personajes se impacienta el público.

Suspira satisfecha y se marcha por el foro rápidamente, temerosa de descubrir, a pesar suyo, lo más íntimo de sus sentimientos.

CRISTINA. ¡Qué salida! ¡Hoy está más loca que ayer!

GUSTAVO. ¡Pues yo bendigo su locura!

CRISTINA. ¿Lo ha contagiado?

GUSTAVO. ¡Sí!

CRISTINA. ¿Qué ha dicho de M. Clémentier?

GUSTAVO. M. Clémentier no existe más que en su fantasía, en su privilegiado espíritu, en su pensamiento rebelde y creador. M. Clémentier ha sido una ficción de ella para que yo viniera a España; para traerme aquí, junto a usted.

CRISTINA. *Turbada.* ¿Eso ha hecho?

GUSTAVO. ¡Eso ha hecho! Y si no ha de bendecirla usted como yo, quiero que no me lo diga usted en este instante.

CRISTINA. ¡Gustavo!

GUSTAVO. ¡Déjeme usted hablar!… ¡Son muchos años de silencio!… ¡Deje usted a mi corazón qué se explaye!… ¡Déjeme usted hablar!

CRISTINA. Me desconcierta usted, Gustavo… Esa exaltación, ese tono…

GUSTAVO. Cristina, amiga mía, causa de mis sueños, ahora puedo hablar y no callo. Pero ¿es que esto le sorprende como cosa nueva? ¿Es que no advirtió nunca la viva predilección con que la miraba mi alma? ¿Es que jamás me sorprendió temblando ante sus pasos, tímido y cautivo ante su voz, rendido ante sus ojos? ¿Es que tampoco me vió jamás trémulo de celos y de ira al verla esclava de otro hombre? ¿Es que no reconoció nunca en cuantas mujeres pinté su frente, sus cabellos, sus ojos, su boca? Pues si nada notó, si nada adivinó ni nada supo, ya lo sabe. Nos separó, nos alejó la vida, tal vez por dicha, según ahora creo, y Lucita ha querido reunirnos para que hable yo, para que tú me escuches. Cristina, mírame…

CRISTINA. Gustavo… ni ahora veo… ni ahora puedo hablar… Dormía mi corazón, y este despertar repentino lo sacude violentamente, lo trastorna… No puedo hablar… no puedo… Ni aun puedo oír tampoco… Déjeme usted, déjeme usted ahora… Se lo suplico: déjeme…

GUSTAVO. Te dejaré cuando me mires. Mírame: háblame con tus ojos… Dime, al menos mirándome, que crees en mis palabras y que su eco era esperado dentro de ti. Dímelo, Cristina. ¡Dímelo! *Cristina lo mira; en sus ojos brillan juntamente gratitud, curiosidad, interés, amor*. Quiero hacerte mi compañera. Quiero tu alegría para mi trabajo y tus brazos para mi fatiga. Ahora te dejo ya.

Se miran dulcemente. Por el foro aparece don Rodrigo.

DON RODRIGO. *Con socarronería.* ¡Diablo! ¡Si pensé que no había aquí nadie!

GUSTAVO. Pues estamos Cristina y yo.

DON RODRIGO. Ya lo veo.

GUSTAVO. ¡Y el amor con nosotros!

DON RODRIGO. ¡Muchacho!

GUSTAVO. ¡Sí, don Rodrigo: aquí está el amor!

DON RODRIGO. ¡Bien venga el amor siempre!

GUSTAVO. ¡Yo quiero fundirme en esta familia, quiero pertenecer a esta casa, disfrutar de esta paz moral, ser uno de ustedes! ¡Quiero que el esfuerzo de mi trabajo aislado se junte al de todos aquí! ¡Lo quiero; lo pido!

DON RODRIGO. ¡Y lo mereces!

GUSTAVO. *Abrazándolo.* ¡Viejo, admirable Viejo! ¡Siempre recibo de usted aliento y alegría! ¡Merezco ser uno de los Leales! ¿verdad? ¡Dígale usted a Cristina que lo merezco! ¡Dígaselo! Hasta mañana. *Se va por la puerta de la izquierda.*

DON RODRIGO. Adiós, buen mozo; adiós. *A Cristina.* ¿Te digo lo que quiere que te diga, o lo has oído tú?

CRISTINA. Lo he oído, Viejo; lo he oído…

DON RODRIGO. Pero ¿has visto esa trapisondista de Lucita la que ha enredado?

CRISTINA. ¡La pícara! *Viendo a Lucita, que en este momento baja hacia ella por el corredor, con toda la travesura de su invención en los lindos ojos.* ¡Pícara! ¡picarona!… ¡Ya te ajustaré yo las cuentas!

LUCITA. No te hagas la enfadada, porque no lo estás.

CRISTINA. No lo estoy, no; todo lo contrario. *Vencida por la fuerza de su emoción, coge a Lucita por las dos manos, la atrae hacia sí y la besa apasionadamente.*

DON RODRIGO. ¡Ay, ya era hora de que amaneciese del todo! ¿Veis, niñas, cómo el Viejo siempre tiene razón?

LUCITA. Bueno, y ahora me toca a mí, a la veleta, a la sin fundamento, a la holgazana: ¿he hecho algo por la familia?

DON RODRIGO. Quizás más que ninguno, Lucita; yo soy justo. Porque entre las ruinas de nuestra casa, en medio del desconcierto de todos, supiste descubrir el amor y supiste salvarlo.

CRISTINA. ¡Y no era para ella!

DON RODRIGO. *Entusiasmado.* ¡Todo ya me anima a esperar que tal vez muy pronto entone yo de nuevo aquella copleja predilecta de mis verdes años, cuando el Viejo era joven y se lo rifaban las muchachas, y tocaba la guitarra y bebía vino y salía por peteneras en Sevilla y en Cádiz!…

¡La casa de los Montoyas
tembló, pero no cayó!

Abraza a sus nietas con alegría.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, diciembre, 1913.

LA CONSULESA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **Teatro Lara** el 11 de abril de 1914

A JOAQUINA DEL PINO,
en cuyo escudo de gran actriz se entretejen las flores del pueblo y los blasones señoriles.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Fernandita.	Joaquina del Pino.
Blanca.	Catalina Bárcena.
Adoración.	Leocadia Alba.
Virginia.	Mercedes Pardo.
Paloma.	María Luisa Moneró.
Alberta.	Eugenia Illescas.
Don Pascual.	Ramón Peña.
Felipe Rivas.	Luis Manrique.
Nicolás.	José Isbert.
Noblejas.	Salvador Mora.
Realito.	Jesús Tordesillas.

LA CONSULESA

ACTO PRIMERO

En Madrid, y en el barrio de Salamanca, viven don Pascual y Fernandita, matrimonio feliz. En un gabinete de confianza de su casa, ni humilde ni rica, pero ordenada y primorosa, se desarrollan los lances de esta comedia. Tiene el gabinete una puerta a la derecha y otra a la izquierda, y un mirador al fondo, en un ángulo, que da a un jardín. Hay en él hasta un par de docenas de macetas con plantas y flores, que cuida Fernandita, y entre las que sobresalen, como gala de aquella improvisada estufa, una camelia y un naranjo.

En las paredes, algunos cuadros con vistas de Alfaqueque, pueblo natal de la dueña de la casa, y un almanaque.

Es de noche. Las puertas del mirador están cerradas. Ilumina el gabinete una lámpara que es fama que perteneció al salón de lectura de un antiguo casino de Alfaqueque.

Don Pascual aparece sentado leyendo un periódico. Es hombre de cincuenta y tantos años, de aire cervantesco y de enérgica fisonomía, no exenta de bondad. Lee ante un curiosísimo velador, el cual es un acabado trabajo de taracea, debido a las manos y al desprendimiento de cierto presidiario de Alfaqueque, que purga sus culpas en Chinchilla. Como se ve, en la casa de nuestros buenos amigos se rinde especialísimo culto al muy noble, muy leal y muy heroico pueblo andaluz que lleva aquel nombre.

Por la puerta de la derecha del actor llega Virginia, linda mocita, natural de Alfaqueque, a interrumpir la lectura de don Pascual. Aunque doncella de la casa, se cree reina de unos Juegos florales. Tiene siempre la sonrisa en los labios.

VIRGINIA. Señorito. ¿Señorito?

DON PASCUAL. ¿Qué hay?

VIRGINIA. Visita. Un señorito le busca a usté.

DON PASCUAL. ¿No te ha dicho su nombre?

VIRGINIA. No se lo he preguntao. Como una no está acostumbra a salí a la puerta… Y por lo que toca a é, en cuanto me ha visto ha perdío el habla. No sé qué tiene una en er semblante.

DON PASCUAL. ¡Vaya! ¿Y Alberta?

VIRGINIA. Ahí, a la vera está.

DON PASCUAL. Llámala.

VIRGINIA. Sí, señó. *Asomándose a la puerta por donde ha venido.* ¡Arberta! ¡Oye!

Y viene Alberta, robusta moza de Castilla, fresca y guapetona.

ALBERTA. ¿Me llama el señor?

DON PASCUAL. Sí. Llégate a la puerta a ver quién es, y si es el mismo joven que vino esta mañana, que pase.

ALBERTA. Está bien, señor. ¡Sí que me ha caído a mí una ayuda con esta princesa! *Se va.*

VIRGINIA. ¿Ve usté? Siempre está con er mismo pío. Una, ¿qué curpa tiene, don Pascuá? ¿Tiene una la curpa de no habé servido hasta ahora, don Pascuá? ¿Hay quien nazca sabiendo, don Pascuá?

DON PASCUAL. Nadie, Virginia; nadie.

VIRGINIA. Sin contá con que entre la hija de Manolito el artífise de Arfaqueque, que hase filigranas de plata, y la hija der señó Atanasio, de Talavera de la Reina, que hase serones, arguna diferensia ha de habé. ¿No es verdá, señorito? ¿Disparato?

DON PASCUAL. ¡Quiá! ¡Se puede esculpir lo que dices!

Asoma Realito en la puerta de la derecha. Es un muchacho, hijo de un boticario andaluz, que viene a Madrid a colocarse. Embutido en su traje nuevo, algo daría por que Dios le abreviara el trance de la visita aquélla.

REALITO. ¿Hay permizo?

DON PASCUAL. Adelante.

REALITO. Buenas noches.

DON PASCUAL. Buenas noches.

VIRGINIA. Buenas noches.

REALITO. Me alegro de verlo a usté bueno.

DON PASCUAL. Muchas gracias. ¿Es usted quien ha dejado esta mañana una carta del señor Donoso?

REALITO. Zervidó de usté.

DON PASCUAL. Hágame el favor de sentarse.

REALITO. Zí, zeñó.

DON PASCUAL. Virginia, retírate.

VIRGINIA. Ya mismo.

Se marcha por la puerta de la derecha, sonriéndole al recién llegado.

DON PASCUAL. ¿De manera que usted viene a Madrid a ver en qué puede emplearse?

REALITO. Ezo es. Er pueblo está ca vez peó. Ayí no hago más que perdé er tiempo: emborracharme toas las noches.

DON PASCUAL. Para eso también hay facilidades en Madrid, no crea usted que no.

REALITO. Es claro. Er vino en toas partes es vino. Zólo que aquí es negro… y la borrachera es más triste.

DON PASCUAL. Ya estoy. Bueno, y usted ¿qué ideas trae? ¿qué plan tiene? ¿En qué puedo yo?… Porque mis influencias son muy pocas. Yo soy el gerente de una fábrica de chocolates; no soy un ministro, como cree mucha gente.

REALITO. A mí er zeñó Donozo me ha dicho que usté en Madrí tiene mucha mano.

DON PASCUAL. No lo crea usted. Vamos a ver: usted ¿qué pretende? ¿Qué sabe usted hacer?

REALITO. Yo estoy dispuesto a hacé de to. La cuestión es ganá dos pezetas.

DON PASCUAL. ¿Tiene usted alguna, afición preferente?

REALITO. Tengo dos manos, como tos loz hombres.

DON PASCUAL. No basta. ¿Ha aprobado alguna carrera?

REALITO. No, zeñó. Er bachiyé… y apuraíyo. Carrera, ¿pa qué? Ya zabe usté cómo están las carreras.

DON PASCUAL. Muy malas, sí. Y de letra, ¿qué tal anda usted?

REALITO. Ni ando ni no ando. No me ha dao nunca por ahí. Escribo pa entenderme: Er que tiene una letra precioza es mi primo Bartolomé.

DON PASCUAL. Y a máquina, ¿sabe usted escribir?

REALITO. No, zeñó; tampoco. Bartolomé zí zabe.

DON PASCUAL. ¿Y francés? ¿Conoce usted algo de francés?

REALITO. Ezo quiziera yo. Me puze a aprenderlo y me atasqué a las tres lerciones.

DON PASCUAL. Pronto fué el atasco.

REALITO. Ze me atravezaron los verbos. Y mi padre me dijo: «Chiquiyo, no zeas tonto; apréndelo zin verbos. ¿Qué más da?».

DON PASCUAL. ¿Eso le dijo a usted su padre?

REALITO. Zí, zeñó; ezo me dijo. Y yo lo intenté. Pero me costaba más trabajo toavía. Er que lo zabe que da gusto es Bartolomé.

DON PASCUAL. Que es quien ha debido venir a Madrid a emplearse.

REALITO. ¡Bartolomé está en Zeviya muy bien colocao! ¡Una novia tiene más bonita!… Bartolomé ez una de ezas criaturas que nacen de pie.

DON PASCUAL. Perfectamente. Pues yo le voy a dar a usted dos letras que me hará el favor de entregarle al señor Donoso, y ya procuraré hablar con él del asunto éste.

REALITO. Zí, zeñó; muchas gracias.

DON PASCUAL. *Encaminase a la puerta de la izquierda por donde sale su mujer.* Fernandita.

FERNANDITA. ¿Qué quieres?

REALITO. Buenas noches.

FERNANDITA. Buenas noches.

DON PASCUAL. El señor es un recomendado de Bautista Donoso.

REALITO. Zervidó.

FERNANDITA. Tanto gusto…

DON PASCUAL. Mi mujer.

REALITO. A los pies de usté.

DON PASCUAL. Acompáñalo mientras yo le pongo una carta. *Se va.*

Fernandita, la compañera de don Pascual, frisa con los cincuenta, y es la bondad y la dulzura personificadas. A veces parece tonta, y no lo es. A veces lo parece, y lo es. Vió la primera luz, como ya sabemos, en Alfaqueque, para gloria y prez de Alfaqueque, y aun cuando vive en Madrid hace veinte años, diríase, por su habla, que ha llegado ayer. Tampoco han pasado por ella las modas cortesanas, y viste y peina como si estuviera en el pueblo, lo cual le presta a su figura una graciosa y noble originalidad. Su gran pasión en esta vida es Alfaqueque: su rinconcito.

FERNANDITA. Siéntese usted.

REALITO. Con permizo.

FERNANDITA. Hace fresco esta noche, ¿verdad?

REALITO. Hace, hace fresquiyo.

FERNANDITA. Y ya ve usted: a primeros de octubre no parece propio… ¿Usted es andaluz?

REALITO. Zí, zeñora. ¿Ze me nota en el acento, no?

FERNANDITA. Se le nota. Yo también nací por allá abajo.

REALITO. Tampoco lo pué usté negá.

FERNANDITA. Ni quiero. Y llevo en Madrid veinte años; pero aunque llevara cincuenta.

REALITO. Es naturá. Pos figúreze usté yo, que yegué der pueblo hace tres días.

FERNANDITA. ¿De dónde viene usted?

REALITO. De Arminares.

FERNANDITA. ¡Hombre! ¡De Alminares! Algunas temporadas pasé yo allí, cuando era pollita. Y conservo una buena amiga en Alminares.

REALITO. ¿Quién?

FERNANDITA. Esperanza Ruiz.

REALITO. ¿Esperanza Ruiz? Eza zeñora está emparentá con mi papá. Mi papá es tío de una prima zegunda de eya.

FERNANDITA. ¡Ajá! ¿Cómo se llama su padre de usted?

REALITO. Feliciano Reá; pa zervirla.

FERNANDITA. ¿Cómo? ¿Usted es hijo de Feliciano Real?

REALITO. Zí, zeñora.

FERNANDITA. ¿El qué fué boticario de Alfaqueque?

REALITO. Zí, zeñora. Que luego, por cuestiones políticas, ze trasladó a Arminares.

FERNANDITA. El mismo. Le llamaban… ¿Usted no se ofende?

REALITO. No, zeñora; dígalo usté.

FERNANDITA. Le llamaban *Barriguita*.

REALITO. ¡*Barriguita*! Hijo de *Barriguita* zoy yo.

FERNANDITA. Según eso, usted probablemente habrá nacido en Alfaqueque.

REALITO. ¡Cabalito! ¡En er Carmen me echaron el agua! Y ayí me he criao.

FERNANDITA. *Como si le hubiera tocado la lotería*. ¡Es usted de Alfaqueque! ¡Pues somos paisanos!

REALITO. ¿Zí?

FERNANDITA. ¡Yo soy de Alfaqueque también! ¡Yo nací en la casa de las dos fuentes!

REALITO. ¿En la caza de las dos fuentes? ¿Entonces usté va a zé…?

FERNANDITA. Fernanda Osorio.

REALITO. ¡Anda! ¡Zi yego yo a zaberlo! *Levantándose y dándole la mano con arranque de satisfacción.* ¿Cómo está usté?

FERNANDITA. Bien, ¿y usted?

REALITO. ¿Cómo usté? ¡Hábleme usté de tú! ¡Zi yo he jugao en er patio e zu caza! ¡Zi yo he visto ayí la matanza dos o tres veces! ¡Jozú, qué alegría tengo! *En efecto, se le nota en todo. Hasta este momento no le ha estado cómoda la ropa.* Pero ¿cómo er zeñó Donozo no me avirtió quién era la zeñora de don Pascuá?

FERNANDITA. No habrá caído. Y usted, ¿cómo se llama?

REALITO. ¡Hábleme usté de tú, zeñora!

FERNANDITA. Y tú, ¿cómo te llamas?

REALITO. ¿Cómo vi a yamarme? Feliciano Reá. Lo mismo que mi papá ze yama: Feliciano Reá. Y mi abuelo, Feliciano Reá. Y mi bizabuelo, Feliciano Reá. Y mi tatarabuelo. Feliciano Reá. Y toavía creo que hay otro. Y zi yo me cazo y tengo un hijo…

FERNANDITA. ¡Feliciano *Reá*!

REALITO. ¿Pa qué vamos a andá cambiando? A mi to er mundo me dice Realito.

FERNANDITA. Bueno, hay que convenir en que somos del pueblo más precioso que alumbra el sol.

REALITO. ¡Digan lo que quieran los de Arminares!

FERNANDITA. ¡Qué tiene que ver! Alfaqueque es una copita de plata. Por allí pasó María Santísima derramando flores. ¡Qué casas más blancas! ¡Qué rejas más bonitas! ¡Qué campo más alegre!

REALITO. Verdá que zí.

FERNANDITA. Y ¡qué pan, y qué agua… y qué cielo, y qué todo! Porque decir Alfaqueque es decir la gloria. Hasta las nubes de Alfaqueque me gustan más que las de ninguna parte.

REALITO. Oiga usté: ¿y las tortas de armendra? ¡Pa chuparze los deos!

FERNANDITA. De dulces no se hable. Como aquellas *carguitas de leña* y aquellos *seroncitos de cidra*, ni en Utrera ni en Granada los hay.

REALITO. Y ¿dónde me deja usté las arropías?

FERNANDITA. ¿Y los alfajores? ¿Y los *canalitos* de canela?

REALITO. Cuénteme usté a mí cómo están. Me comí un día, por una apuesta, zezenta y ziete, y por poco me muero. ¡Me entró una ardentía que creí que me abrazaba!

FERNANDITA. ¡Ah! naturalmente… Con esa cantidad… Pues ahí tiene usted… ahí tienes tú: esos dulces de Alfaqueque son en Madrid mis postres. Hay aqui una mujer —también de Alfaqueque— que tiene las mejores manos para imitarlos: Adoración Martínez. Porque yo, viva donde viva, sueño con Alfaqueque, y gozo como nadie recordándolo. El día que una amiga de allí me manda uvas de palma, o *telera*, o palmitos, o higos de tuna, en mi casa lo celebramos como una boda.

REALITO. No me lo jure usté.

FERNANDITA. Mira estos cuadros; todos son vistas de Alfaqueque.

REALITO. Es verdá. No había echao yo cuenta. Como entré un poquiyo atolondrao…

FERNANDITA. Fíjate uno por uno.

REALITO. *Obedeciéndola complacido.* ¡Qué bien zacao está er *Campo Reá*!… ¡Y er *Campiyo*! Aquí nací yo.

FERNANDITA. ¿Y la *Torre del Moro*?

REALITO. También está propia. La caye las *Cruces*. Er *Zantuario*. To Arfaqueque.

FERNANDITA. Pues en el despacho de mi marido tengo una vista general iluminada.

REALITO. ¡Ole! Y dicen de Madrí. Bueno, a mí Madrí me ha dao un chasco. Yo no lo quiero poné con Arfaqueque; pero quien ha estao ziquiera en Jeré, no tiene que azustarse. Totá, es lo que yo le respondo a un madrileño de la caza de huéspedes: Madrí, ¿qué tiene Madrí? Más cazas que Jeré, más torres; más cayes. Y la tontería de laz estatuas. De ahí no zale usté. Va usté ar pazeo: más coches; va usté ar Muzeo: más cuadros. Y Zan Ze acabó.

FERNANDITA. ¡Ah, no; no! ¡Madrid… Madrid!… A Madrid hay que verlo despacio; ¡pero Alfaqueque!…

Por la puerta de la izquierda, y buscando un cestillo de labor que hay sobre un mueble, sale Blanca, una señorita muy bella, toda suavidad y dulzura.

BLANCA. Buenas noches.

REALITO. *Poniéndose de pie de un brinco.* Buenas noches.

BLANCA. Siento incomodar… Buscaba mi cestillo por todas partes, y estaba aquí. *Lo coge y va a marcharse.*

FERNANDITA. Oye, Blanca.

BLANCA. Mándeme usted.

FERNANDITA. Aquí tenemos a un paisano nuestro.

BLANCA. ¿Ah, sí? ¿El señor?

REALITO. Zervidó de usté. ¿Cómo lo paza usté?

BLANCA. Bien, ¿y usted?

REALITO. Tan bien; muchas gracias. ¿Ez hija de usté?

FERNANDITA. No; no es más que amiguita. Yo no tengo hijos.

REALITO. ¿De manera que usté es de Arfaqueque?

BLANCA. Sí, señor; pero salí de allí tan niña que apenas han podido influir en mí los aires natales. Me he criado en Madrid. La que está de enhorabuena es usted, Fernandita; un paisano… y motivo para hablar de Alfaqueque. ¿A que han salido ya a relucir los alfajores, y el pan, y el agua, y las nubes… y hasta la sombra de los árboles, que allí es más fresca que en ningún sitio?

FERNANDITA. ¿Ves, Feliciano? Pues así son todos. Se ríen de mí por el cariño que le guardo al pueblo.

BLANCA. *Acariciándola.* ¡Yo qué he de reírme! *A Realito, despidiéndose.* He tenido mucho gusto en saludar a usted…

REALITO. Er gusto ha zido mío. Feliciano Reá, o Realito, como ayí me dicen, en Arminares, caye der Pozo, número 4, botica, con permizo de mi papá…

BLANCA. Muchas gracias. Hasta luego. *Se marcha por donde llegó.*

REALITO. *Confidencialmente.* ¿Zabe usté que la paizanita ez una mujé de *mi primo cartelo*? ¿Cómo ze yama?

FERNANDITA. Blanca Solís. Hija de Josefa Mariño. Sobrina de Frasquita la Fea. Prima de Torremocha, el casado con Paquita Merengue.

REALITO. ¡Ah!, zí; me acuerdo de zu madre. ¿Vive aquí, en Madrí?

FERNANDITA. Aquí vive desde su segundo matrimonio, Enviudó la pobre y volvió a casarse en mala hora, con uno de los hombres más brutos de que hay idea.

REALITO. ¿De Arfaqueque?

FERNANDITA. *Indignada.* ¡No! ¿Qué ha de ser aquel borrico de Arfaqueque? No puede ver a la entenada; la trataba lo mismo que a un perro. La pobre muchacha, deseando libertarse de él, se echó un novio, y eso acabó de hacerle la vida imposible en la casa.

REALITO. ¡Vamos!

FERNANDITA. Hasta que yo intervine, compadecida de la infeliz criatura, y un día, sin pedirle permiso a nadie, la cogí de la mano y me la traje a vivir conmigo. Y aquí estará hasta que se case, que será en enero.

REALITO. Ezo es hacé una buena obra.

FERNANDITA. El novio no es muy de mi gusto, no pienses; es un asperón. Pero Blanquita dice que se casa con un bandido antes que volver junto a su padrastro.

REALITO. Y ze concibe. Zi es tan bruto…

FERNANDITA. Por ésta y por otras condescendencias mías me dice Pascual que nuestra casa es en Madrid el consulado de Alfaqueque, y que yo soy la consulesa.

REALITO. ¡Ay, qué gracia! ¿Y er cónzu é?

FERNANDITA. No. Él dice que éste es un consulado singular; que no hay cónsul, sino consulesa solamente.

REALITO. Ezo está bueno.

En el umbral de la puerta de la derecha aparece en esto Don Salustiano Rodríguez Noblejas, modesto empleado de Clases Pasivas y la persona más fina del Globo.

NOBLEJAS. ¿Se puede pasar?

FERNANDITA. Pase usted, Noblejas.

NOBLEJAS. Buenas noches.

REALITO. Buenas noches.

NOBLEJAS. ¿Molesto?

FERNANDITA. No, señor.

NOBLEJAS. ¿Cómo sigue usted, doña Fernandita?

FERNANDITA. Bien, ¿y usted? ¿Y Paloma?

NOBLEJAS. Bien; para servirla. ¿Mi señor don Pascual se conserva bueno?

FERNANDITA. Perfectamente. En su despacho está.

NOBLEJAS. ¿Seré oportuno llegando allí ahora?

FERNANDITA. Creo que lo espera a usted.

NOBLEJAS. En ese caso… si usted me autoriza para retirarme…

FERNANDITA. Sí, señor.

NOBLEJAS. Contando con ello… Señor mío…

REALITO. Usté lo paze bien.

NOBLEJAS. *Desde la puerta de la izquierda, por donde se va, hace una nueva cortesía.* Beso a usted la mano. A los pies de usted, doña Fernandita.

REALITO. *Alentado por la confianza que le inspira la confiesa.* Éste tampoco es de Arfaqueque.

FERNANDITA. ¡Tampoco! ¡Y por el extremo contrario! No te lo he presentado porque habríamos tenido ofrecimientos para un cuarto de hora. No conozco un hombre más fino. Mi marido dice que en la pila bautismal le dijo al cura: «¿Sería usted tan amable que templase el agua?».

REALITO. *Riéndose con estrépito.* ¡Ja, ja, ja!

FERNANDITA. Es un infeliz. Está empleado en Clases pasivas y vive en uno de los cuartos interiores de esta casa, pascual suele darle algunos trabajos

para que se ayude. Tiene mucha familia. Y una hija también tiene preciosa: bordadora en fino.

Realito. Ze da un aire eze hombre, y yo no podía tenerme de riza mirándolo, a aquer tío de Arfaqueque que pregonaba: *¡Zombreros, muebles, libros y los paraguas viejos que vendé!*

Fernandita. Oye: es cierto que lo recuerda. Y ahora que los nombras, ¡vamos que los pregones de Alfaqueque! ¿En qué tierra los hay más bonitos? Ni en Sevilla misma.

Realito. Como que tienen nombre. ¿Ze acuerda usté der de los rábanos y la yerbabuena?

Fernandita. ¿Y el de las azofaifas?

Realito. ¡Ah! ¡er de laz azofaifas! *Entonándolo a media voz:*

¡Verdes, gordas y coloras!… ¡Azofaifas!… ¡Azofaifas colorás!…

Fernandita. ¿Y el que echaba la mujer de los alcauciles?

Realito. Zí; Catalina la de Utrera. ¿Y er tío de los melones? Aquer que decía:

¡La confituría me teme!

Fernandita. ¿Y el de las cañas de jazmines? *Entonando también el pregón:*

¡Jazmines, jazmines blancos;
en mi patio nieva;
en mi patio está nevando!
¡Como la nieve!… ¡los jazmines!

Realito. ¡Ole! Poz ¿y er de los níperos? *Cantando ya sin ningún género de reservas, en alas del entusiasmo patriótico.*

¡Buenos níperos… der Japón!…

Don Pascual, que vuelve muy a tiempo con su cartita escrita en la mano, se queda como es de suponer ante aquella revelación inesperada. Realito, al verlo, se pone muy colorado y Fernandita suelta la risa.

Fernandita. ¿Sabes, Pascual? ¡Es paisano mío! ¡Es de Alfaqueque!

Don Pascual. ¡Ya, ya me lo he figurado! ¡No tiene otra explicación el verlo aquí pregonando nísperos! Él, en cambio, no se imaginaría haber dado en el consulado de su pueblo.

Realito. No, no, zeñó. No está la zuerte pa er que la busca, zino pa er que la encuentra.

Don Pascual. Ea, pues aquí tiene usted la carta que ha de darle al señor Donoso. Yo procuraré verlo mañana, y hablaremos de usted.

Fernandita. Hay que ayudarle en lo que se pueda, ¿no, Pascual?

Don Pascual. Ahora con más motivo.

Realito. *Un poco nervioso.* ¡Viva Arfaqueque! Muchízimas gracias. Y me voy, no cierren la puerta.

Don Pascual. Eso no; la abrirían…

Realito. Que usté ziga bueno.

Don Pascual. A sus órdenes.

Realito. *A Fernandita.* Que usté ziga buena también. Me he alegrao mucho de to esto.

Fernandita. Anda con Dios. Y que vuelvas por aquí cuando quieras, con toda confianza.

Realito. Zí, zeñora. Buenas noches. *A don Pascual, que lo acompaña.* No ze moleste usté.

Don Pascual. ¡No faltaría más! ¡Con un *súbdito* de Alfaqueque! Todos los honores son pocos.

Se va con Realito por la puerta de la derecha.

Fernandita. *Riéndose.* ¡Cómo se burla mi marido!… Y este Realito, aún con el pelo de la dehesa, parece muy listo y muy despierto. *A guarda, complacida, a que llegue su esposo, para cambiar dulces impresiones.*

Vuelve don Pascual.

Don Pascual. Resbaló en la cera del recibimiento, y por poco se abre la cabeza.

FERNANDITA. ¿Sí?

DON PASCUAL. Y no habría estado mal ver lo que tiene dentro.

FERNANDITA. No te rías. ¿Se ha hecho algo?

DON PASCUAL. No. Cambió el color; pero nada más.

FERNANDITA. Se lo tengo recomendado a Alberta; que no dé tanta cera, por Dios. ¡Dichosas modas! ¡Cuánto no más vale un mosaico bien aljofifado! Dime, Pascual, y ¿vas a colocar a ese muchachito?

DON PASCUAL. Allá veremos. Difícil es, Fernanda.

FERNANDITA. ¿Difícil? Pues ¿y en la fábrica de chocolates? ¿No te podría servir allí?

DON PASCUAL. ¿Allí? Como no sea para comerse alguna que otra libra… Por los informes que he sacado…

FERNANDITA. ¿De veras? ¡Qué lástima!

DON PASCUAL. Pero no te apures, yo procuraré… Ahora, que no está encarnada en ese mozo la gloria nacional que tú sueñas que salga de Alfaqueque.

FERNANDITA. No importa. Con tal que le busques un destinillo…

DON PASCUAL. Probaremos a ver si vale para llevar cajas a los almacenes o a la estación.

FERNANDITA. ¡Qué tonto eres! Ten en cuenta que es un muchacho fino.

DON PASCUAL. Se tendrá en cuenta. Y me voy a despachar a Noblejas, que ése sí que es fino.

Cuando va a marcharse, lo detiene la llegada de Virginia por la puerta de la derecha, un tanto alterada, pero risueña siempre.

VIRGINIA. Señorita.

FERNANDITA. ¿Qué quieres?

VIRGINIA. Regístreme usté.

FERNANDITA. ¿Cómo?

VIRGINIA. Regístreme usté de arriba abajo, como si fuera una sigarrera. Registre usté mi baú, registre usté mi cama… ¡Regístreme usté!

Fernandita. ¿A qué he de registrarte?

Virginia. ¡Porque en er fregao se ha perdío un tenedó de plata, y Arberta y la otra no hasen más que mirarme a mí con malisia! ¡Como si yo me lo hubiera guardao! ¡Y usté comprenderá, señorita, que una, criá entre pendientes y gargantiyas y peinetas de filigrana, no va a mancharse las manos ni la consiensia por un tenedó! *A don Pascual.* ¿Disparato?

Don Pascual. Yo no intervengo en el negociado de tenedores.

Fernandita. Ahora verás tú cómo parece.

Virginia. Pero usté no pensará mar de mí. Miste, señorita, que me pongo en cueros aquí mismo.

Fernandita. ¡Calla, simple! ¿Sabré yo a quien tengo en mi casa? ¿Sabré yo quién es tu padre y quién es tu madre? ¡Por Dios bendito!… *Vase decidida por la puerta de la derecha.*

Virginia. No es lo malo lo der tenedó, don Pascuá.

Don Pascual. ¿No? Pues ¿qué es lo malo?

Virginia. Miedo me ha entrao de desírselo a la señorita. Y ésta he sido yo. Hágase usté cuenta… ¡Una no está acostumbrá ar servisio! *Como si refiriera una gracia.* Yevaba en las manos er juego de café de china, pa guardarlo en el aparadó, y de pronto se le antoja soná ar reló de cuco, que siempre me impresiona. Doy un repuyo… y er juego a tierra.

Don Pascual. Y ¿se ha roto?

Virginia. Se ha hecho peasos, señorito. ¿Usté no ve que di un repuyo?…

Don Pascual. ¡Repullo el que va a dar la señorita cuando se entere! Mujer, hay que tener cuidado.

Virginia. Don Pascuá, ¡si es que mis manos no están hechas pa yevá chirimbolos de una parte a otra!… ¿Usté no las ve? ¡Si en Arfaqueque me yaman *Manitas de Virgen*!

Don Pascual. ¡Ésa ya es una razón de peso! *Para sí.* En fin: puesto que la consulesa lo quiere… ¡Tributo a la tierra natal, que a mí me cuesta un ojo!

Dentro, hacia la derecha, óyese la voz de Nicolás, que grita.

NICOLÁS. Buenas noches. ¡Buenas noches he dicho!

DON PASCUAL. ¡Ea! ¡El novio de Blanca! ¡Pues no están mis nervios para aguantarlo!

Éntrase por la puerta de la izquierda.

VIRGINIA. ¿Es argo serio er señorito éste?… Yo, como me acuerdo de mi padre, que siempre tiene una sonrisa pa to er mundo… En eso sargo a é.

Por la puerta de la derecha llega Nicolás, mozo madrileño de cuna, agrio como un limón, mitad señorito, mitad chulo. Sobrino predilecto de un comerciante adinerado, sigue una carrera que no acaba nunca, y cree que, porque tiene algunas pesetas, está autorizado para no tener educación.

NICOLÁS. Buenas noches.

VIRGINIA. *Con una sonrisa digna de su señor padre.* Hola, señorito.

NICOLÁS. ¿Cómo hola? Avisa a la señorita Blanca.

VIRGINIA. ¿Usté también está enfadao? ¡Ay, qué genio de hombres!

NICOLÁS. Niña, niña: ¿a ti quién te da pie pa ésas con fianzas? Di a la señorita que la espero.

VIRGINIA. Y usté ¿por qué me tutea, vamos a vé: ya que me pide cuentas?

NICOLÁS. ¡Si te voy a tratar de usía! *Empujándola.* Vamos, anda ya.

VIRGINIA. *Con coquetería.* Las manitas en los borsiyos, que no cuesta trabajo.

Márchase ufana por la puerta de la izquierda.

NICOLÁS. ¡Qué salida! Esa chica es tonta. La he pillao en un ataque de memez.

Mientras llega Blanca, pasea en silencio, mirando con impaciencia y mal humor hacia la puerta de la izquierda.

Al fin, sale la muchachita, cuya aparente dulzura y bello rostro contrastan con la áspera actitud de su prometido.

BLANCA. ¡Dichosos los ojos!

NICOLÁS. ¿Qué pajoles estabas haciendo?

BLANCA. Pajoles, ningunos; porque no sé lo que son pajoles.

NICOLÁS. Ni tiene gracia el chistecito.

BLANCA. Estaba escribiéndole a mamá.

NICOLÁS. A tu madre.

BLANCA. Sí; a mamá.

NICOLÁS. ¡A tu madre!

BLANCA. Pues ¿qué digo? A mamá.

NICOLÁS. ¡No, no; a tu madre! Yo a tu madre no la llamo mamá. Esto hay que establecerlo desde el principio.

BLANCA. *Riéndose.* Bueno, a mi madre; como quieras. Muy hinchadas traes las narices.

NICOLÁS. Regular. Me he levantao de mala uva. Y acabo de tener en el tranvía la primer bronca.

BLANCA. ¿La primera del día? Te habrás levantado muy tarde.

NICOLÁS. ¿Otro chistecito? ¡Bah!

BLANCA. ¿Qué te ha pasado en el tranvía?

NICOLÁS. Na, chica, na; ¡que es un abuso! ¡Veinticinco paradas de la calle Goya a la calle Lista! ¡Una eternidá pa andar diez metros! Y luego se prohíbe fumar, se prohíbe escupir, se prohíbe bajarse en marcha, se prohíbe hablar con el conductor, conserve usté el billete, tenga usté cuidao con los rateros, beba usté el agua de Solares, lávese usté con jabón de brea… ¿Eso es un tranvía o un presidio?

BLANCA. ¡Válgate Dios!

NICOLÁS. Conque en esto, dos oficialitos, dos niños de estos *góticos* recién salidos de la Academia, empezaron a reírse de mí. Y yo, que tengo malas pulgas, me encaré con ellos y vino el agarre. Se paró el tranvía, bajamos a la calle enzarzaos, y si no llega pronto un guardia, no sé. Porque de mí no se ríe ni el ministro e la Guerra. Total, na. Pero, bueno, el disgusto.

BLANCA. También es sino, Nicolás, que has de andar siempre de discusiones y camorras en los tranvías, con los mangueros, con los que no te

dejan la derecha… con todo el mundo.

NICOLÁS. Porque soy un hombre muy hombre y me gustan las cosas en serio: como debe ser. ¡País de chufla éste! ¡Bah!

BLANCA. Bueno, hombre; tranquilízate. Siéntate un poco, que no paras.

NICOLÁS. Déjate que se me pase el sofoco. ¿Tú sabes la que he tenido ahora mismo con el portero?

BLANCA. ¿También con el portero?

NICOLÁS. La primer bronca.

BLANCA. La segunda, por lo que cuentas.

NICOLÁS. ¿Ah, sí? Pues a ver si la tercera es contigo, que estás muy graciosa esta noche.

BLANCA. A todo hay quien gane.

NICOLÁS. El porterito, ¿sabes?, me ha tomao entre ojos, y como yo no se lo pida no pone el ascensor. Y le voy a dar una queja al amo y le va a costar la portería. Y to porque a una perrita que tiene se le ocurre echarse dentro a dormir y no quié molestarla. ¡Y que no deja pelos en el asiento la perrita! *Cepillándose con la mano, furioso.* Te digo que…

BLANCA. Ea, pues olvídate de todo eso y dedícame a mí un ratito en sana paz. Anda, siéntate. *Lo mira con zalamería.* Siéntate.

NICOLÁS. *Obedeciéndola un poco a remolque.* Haces de mi lo que te da la gana.

BLANCA. ¿Cómo está tu tío?

NICOLÁS. ¡Bah! Como siempre. No hay quien lo resista. ¡Necesito una paciencia, chica!… Me da rabia, hombre, pensar en el dinero que tiene y verlo allí esclavo detrás del mostrador. Cuando eso pase a manos mías…

BLANCA. Harás tú lo que yo te mande, y te vendrá muy ancho.

NICOLÁS. ¿De veras?

BLANCA. De veras. ¡Ahí es nada! ¡Coger una finquita así cuando falte tu tío! ¡Un comercio tan acreditado!…

NICOLÁS. Yo pondré al frente a una persona de mi confianza; lo que es el hijo de mi madre no se eterniza detrás del mostrador viendo medir varas de

tela. Hay que darse buena vida; convéncete.

BLANCA. Convencida estoy; pero se debe atender a todo: a gozar de la vida y a cuidar la viña, Nicolás. El ojo del amo…

NICOLÁS. ¡Bah, bah! Tonterías de tu pueblo.

BLANCA. No por nosotros solamente, sino porque hay que mirar al día de mañana. *Entre zalamera y ruborosa.* Un matrimonio no debe nunca pensar en que toda la vida van a ser dos…

NICOLÁS. Mira, mira, no empieces con chinitas sobre ese tema, que me pongo nervioso.

BLANCA. ¿Qué me cuentas, hombre?

NICOLÁS. Lo que estás oyendo. No es la primera vez que te lo digo. ¡Los chicos! ¡Los chicos! ¡Pa el gato!

BLANCA. ¿Cómo para el gato?

NICOLÁS. ¡Tú no sabes lo que son chicos, mujer! ¡No me hables! Que los dientes, que los colmillos, que las muelas, que el sarampión, que los empachos… ¡Toa la noche sin pegar un ojo!

BLANCA. Me disgusta oírte, Nicolás…

NICOLÁS. ¿Sí, eh?

BLANCA. Sí. No me abochorno de confesarlo… Si me caso, quiero que Dios me dé algún hijo… Nada me ilusiona como eso.

NICOLÁS. ¡Pajoles!

BLANCA. ¡Claro que sí! ¿Qué otro fin mejor tiene el matrimonio?

NICOLÁS. No te las eches de filósofa, tú.

BLANCA. No son filosofías.

NICOLÁS. ¡Filosofías, y sensiblerías, y majaderías! ¡Bah! ¡Apañaos están tos los matrimonios con chicos! Ni puén ir al paseo, ni puén veranear, ni puén moverse de la casa… Llevan a un niño al teatro, se echa a llorar en la escena más fuerte, y ya se armó la bronca: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la cama! ¡Biberón a ese niño!». El uno que arrea, el otro que reniega del padre… Total: un disgusto por causa e la cría. ¡Pa el gato!

Pasea rezongando. Blanca no puede menos de sonreírse al verlo, y cuando él la mira finge un gran enfado. Por la puerta de la derecha llega Fernandita, bien ajena a que se mete en la boca del lobo.

FERNANDITA. *Luego que se da cuenta de la situación.* ¿Qué es esto? ¿Ya la tenemos enredada?

BLANCA. Por variar.

NICOLÁS. Ni por variar ni por no variar; porque ésta es mema.

FERNANDITA. ¡Hombre!

BLANCA. Usted está viendo cómo me trata. Salí de Málaga y entré en Malagón.

NICOLÁS. ¡A mí no me compares tú con nadie!

FERNANDITA. Pero, bien, ¿qué ha habido? ¿Por qué han reñido ustedes?

BLANCA. Pues simplemente porque yo…

NICOLÁS. ¡No pintes el muñeco a tu gusto!

BLANCA. Píntalo tú como se te antoje.

FERNANDITA. Vamos, hable usted: ¿que ha sido ello?

NICOLÁS. Memeces de ésta. Calcule usté que me sale con que se quié casar y tener chicos.

FERNANDITA. *Asombrada.* ¡Me parece muy natural!

BLANCA. ¡Claro!

NICOLÁS. ¡Turbio!

BLANCA. Y lo digo muy alto, sí, señor; quiero tener hijos cuando me case.

NICOLÁS. ¡Pues yo, no!

BLANCA. ¡Pues yo, sí!

FERNANDITA. Pues deben ustedes ponerse de acuerdo.

BLANCA. Pues por eso ha sido la pelotera.

NICOLÁS. ¡No paece sino que no hay matrimonios felices sin chicos!

FERNANDITA. Ésa es otra cuestión. Sí los hay; pero…

NICOLÁS. ¡Vaya si los hay! A ver: ¿usté los ha tenido?

FERNANDITA. Yo, no.

NICOLÁS. ¡Entonces!

FERNANDITA. ¿Cómo entonces? Yo no los he tenido… porque… porque Dios no ha querido que los tenga; por lo mismo que no ha nacido usted con buen genio.

NICOLÁS. No hablemos de mi genio ahora. ¡El caso es que no los tiene usté y que por eso los predica! ¡Pa otros que los aguanten! ¡Los toros se ven muy bien desde la barrera! Que le pregunte ésta a su madre si quié chicos; que está hecha un fardo.

BLANCA. *Indignada.* Mira, Nicolás, eso no lo paso de ningún modo. A mi madre respétala, lo menos. Y oye y ten presente que las únicas horas felices de su vida se las debe a sus hijos.

FERNANDITA. Verdad; es verdad.

BLANCA. Si mi madre ha sido una mártir, no ha sido por nosotros.

FERNANDITA. Verdad.

BLANCA. *Conmovida.* La única de sus hijas que no debió nacer soy yo, y así no te hubiera conocido.

FERNANDITA. *Lo mismo.* También es verdad.

NICOLÁS. ¡Ah! ¿también es verdá? La cuestión es que cualquiera tenga la razón menos yo. Las faldas siempre han de estar de acuerdo contra uno. *Reparando en Blanca.* ¿Lagrimitas ahora? ¡Bah! Me voy a la calle a tomar el fresco.

BLANCA. Es lo mejor que haces.

NICOLÁS. Así se te pasará el soponcio.

BLANCA. Y a ti la basca. Buenas noches.

FERNANDITA. No te vayas así, mujer. Si esto no es más que una nubecilla. ¿Que tú quieres tener hijos? ¿Que él no los quiere?… Ya encontrarán ustedes un término medio.

BLANCA. Déjeme usted, déjeme usted. Todos los días ha hacerme llorar. *Se aleja por la puerta de la izquierda.*

FERNANDITA. ¿Y usted no la consuela?

NICOLÁS. Si to eso es mentira: si es pa que yo me acueste preocupao. La conozco yo muy bien a ésta. ¡A mí, no! ¡Los pantalones, desde novios! ¿A usté le parece regular decirme esa chica eso de los hijos?

FERNANDITA. Pues ¿a quién quiere usted que se lo diga, hombre de Dios?

NICOLÁS. ¡Bah! Me largo, porque llevo las de perder.

Sale en esto Noblejas por donde se fué y le falta tiempo para saludar a Nicolás con toda cortesía.

NOBLEJAS. ¡Oh! ¡Mi señor don Nicolás! ¿Sigue usted bueno? Me complazco siempre en ponerme a sus órdenes. ¿Y su señor tío?

NICOLÁS. ¡Bien, hombre; bien! ¡Y yo lo mismo! ¡Y tos en casa! ¿A qué vienen tantas finuras, si nos vemos veinte veces al día? ¡Hace usté cincuenta reverencias en un ladrillo! Buenas noches. *Se va de estampía por la puerta de la derecha.*

FERNANDITA. Muy amable. Este hombre come papel de lija.

NOBLEJAS. Yo estoy absorto.

FERNANDITA. ¡Vaya un compañerito para un viaje largo!

NOBLEJAS. Francamente, no creo haber dado motivo alguno…

FERNANDITA. *Abstraída.* ¡Pobre Blanca!

NOBLEJAS. Es la primera vez en mi vida que…

FERNANDITA. ¡Hasta qué punto nacen con mala estrella algunas mujeres!

NOBLEJAS. ¿Usted me ordena algo?

FERNANDITA. Voy a consolar a la pobrecita.

NOBLEJAS. ¿Me ordena usted alguna cosa?

FERNANDITA. ¡Infeliz muchacha! Tomaré, tomaré cartas en el asunto… *Se va por la puerta de la izquierda ensimismada, sin prestarle ninguna atención a Noblejas.*

NOBLEJAS. A los pies de usted… A los pies de usted… *Queda un instante haciendo cortesías.*

Adoración, que llega por la puerta de la derecha, lo sorprende en tan desinteresado homenaje. Adoración es una señora de mediana edad, exteriormente envejecida por las privaciones y luchas del vivir, pero de espíritu fogoso y entero. Nacida, como Fernandita, en Alfaqueque, vive hoy gracias a la protección de su paisana, a quien adora, imitando y vendiendo los famosos dulces de su pueblo, en colaboración con su marido, cesante de Hacienda. Viste humildemente, de mantón y velo, y trae al brazo un canastito con golosinas.

ADORACIÓN. ¡Ay! ¡qué bien huele aquí!… A alhusema, alhusema… ¿Qué hase usté, Salustiano? ¡Da gloria respirá en esta casa!

NOBLEJAS. ¡Adoración! ¡Dulcera insigne! ¿Qué tal vamos viviendo?

ADORACIÓN. Se trampea. ¿Y usté?

NOBLEJAS. Lo mismo digo; gracias. ¿Su marido de usted está bueno?

ADORACIÓN. Tan bueno; gracias.

NOBLEJAS. ¿Su cuñado, bueno?

ADORACIÓN. Sí, señó; sí.

NOBLEJAS. ¿Sus hijos, también buenos?

ADORACIÓN. También.

NOBLEJAS. *Entre fino y goloso.* Los dulces ya sé que están buenos.

ADORACIÓN. ¡Vaya si lo están! Tenga usté ahí un rosquete.

NOBLEJAS. No lo decía por tanto.

ADORACIÓN. Tenga usté. Y relámase usté de gusto; que de esta horná no se prueban más que en casa de Fernandita Osorio. Cuatro dosenas he dejao ahora mismo en er comedó, Pa eya, pa eya, que es la reina der sielo; pa endursarle los malos tragos que le dan los demás. ¡Cómo abusa de eya to er mundo! ¿Se ha enterao usté de la úrtima hasaña de Virginia, la mosita der pan pringao?

NOBLEJAS. No. ¿Cuál ha sido?

ADORACIÓN. ¡Añicos que le ha hecho un juego de café presioso, de su bisabuela! ¡Una joya de china, que eya cuidaba con sus sinco sentíos!

NOBLEJAS. ¿Sí?

ADORACIÓN. Sí señó. Y es que esa niña, aunque sea de Arfaqueque, en na se mira más que en el espejo. Y es una *abusona*.

NOBLEJAS. ¿Virginia?

ADORACIÓN. Virginia. Y la tendrá que poné en la puerta e la caye. Se cree que ha nasío pa emperatriz… Si se le manda hasé una cama, eya, ¿cómo va a hasé una cama con sus manos de virgen? Si se le manda limpiá er porvo, ¿cuándo va a limpiá er porvo la señorita, con las filigranas que trabaja er papá? Y así siempre. No hase na, no hase na que usté vea; y cuando hase argo es una catástrofe. ¡Como si fuera eya la única persona que tiene que emplearse en cosas que no estaban en su fe de bautismo!

NOBLEJAS. Cierto, muy cierto, Adoración. Y perdóneme la ausencia de esa preciosa jovencita.

ADORACIÓN. Aquí estoy yo, que he paseao en coche de dos cabayos y de dos cocheros por er Retiro y por la Casteyana, y ahora me gano la vida hasiendo durses y yevándolos de casa en casa a patita, o en er cabayito de San Fernando: un ratito a pie y otro andando. Y Carreño, a usté le costa que cuando estaba en Hasienda era los pies y las manos de los ministros. ¡No se desía palabra en er banco asú sin consurtárselo a Carreño! Y desde que me lo dejaron sesante, se yeva er santo día batiendo claras y batiendo yemas. ¡Que no es lo que hasía en er ministerio presisamente!

NOBLEJAS. ¡Claro que no!

ADORACIÓN. ¡Pa que se ponga moños conmigo esa madamita!… Por supuesto, er Señó me perdone; pero pa mí que *rabia*.

NOBLEJAS. ¿Qué?

ADORACIÓN. Que *rabia*, que *rabia*. Más tarde o más temprano, *rabia*.

NOBLEJAS. No entiendo.

ADORACIÓN. Sí; porque *rabió* la hermana Pilá, y *rabió* la prima, y *rabió* la otra prima, y *rabió* la cuñá… y ésta *rabia*. ¡Vaya si *rabia* ésta! Toa las espesias tiene pa *rabiá*.

NOBLEJAS. ¿A qué le llama usted *rabiar*, Adoración, y tener todas las especias?

ADORACIÓN. Señó, es muy sensiyo: a no í por er camino derecho en la vida… ¡A escarriarse!

NOBLEJAS. ¡Ah… sí! ¿Y todas esas que ha nombrado usted *rabiaron* en la propia familia?

ADORACIÓN. Todas. ¡Pa que ésta se libre! Ya sabe usté er refrán. Como que la madre se la ha endosao a Fernandita, abusando de eya, con el achaque de que la enseñe a serví, pa que *rabie* aquí y no *rabie* en er pueblo.

NOBLEJAS. Pues es un regalo.

ADORACIÓN. Pos usté lo verá. Abusan, abusan de esta santa. Y yo me vuelo. Ya ve usté esta mesa: uno de Arfaqueque, que veranea en er presidio de Chinchiya, se la ha mandao. ¡Buscando los diez duros! Y Fernandita, basta que sea de Arfaqueque, pa que se le deshaga er corasón. ¡Está bendita! ¡está bendita! Me siego hablando de eya.

NOBLEJAS. No dice usted sino la verdad.

ADORACIÓN. ¿Usté no ve que en mi casa no farta er pan desde que tropesé en Madrí con Fernandita Osorio? El agua de la casa de las dos fuentes, donde eya nasió, es agua bendita. Su marido era un hombre como hay mí; se casó con eya, y es un santo. Está bendita, está bendita.

NOBLEJAS. Así lo estimo yo igualmente, y le pido a Dios todos los días salud para ella, cuyos pies beso.

ADORACIÓN. ¡Es la providensia de los de Arfaqueque!

NOBLEJAS. Y de los de Pancorbo, cuyo soy.

ADORACIÓN. ¿Dónde me deja usté la manera que tiene de hasé las cosas? Su mano izquierda no se entera de lo que da con la derecha. Oiga usté: días pasaos vino aquí Carreña a que don Pascuá le pusiera er conosimiento en una letra der Giro mutuo. Salió a la caye y notó que no le encajaba bien er sombrero; pero no hiso caso. Yegó a casa… y ¿qué cree usté que fué? ¡Que Fernandita le había metío en la badana sinco duros!

NOBLEJAS. ¿En plata?

ADORACIÓN. ¡Quite usté, por Dios! ¡En un biyete! y ¡cómo cayeron aquer día! Agua de mayo agua de mayo…

Noblejas, con toda la delicadeza de que es capaz, hurga disimuladamente la badana de su sombrero, por si acaso.

NOBLEJAS. ¡Bonita acción, bonita, muy bonita!… Pero ¿de qué amaño pudo valerse la señora?…

ADORACIÓN. ¿No ve usté que Carreño deja siempre su sombreriyo en er perchero?

NOBLEJAS. *Penetrando en el porvenir*. ¡Yaaa!…

ADORACIÓN. Bueno, eya no sale. Voy adentro a buscarla. A desirle adiós; a darle cuatro besos en esa cara de santa que tiene. Quéese usté con Dios, amigo Noblejas.

NOBLEJAS. Vaya usted con Dios, Adoración.

ADORACIÓN. ¡Yo no duermo tranquila si no le doy a Fernandita cuatro besos! *Topándose con don Pascual, que sale por la puerta de la izquierda cuando ella va a irse*. Don Pascuá, don Pascuá, no me mire usté con ese entresejo: ¡voy a despedirme de Fernandita! ¡La adoro, la adoro! ¡Es una santa, una santa! ¡Esta casa es una capiya! ¡Esta casa es un templo! *Vase radiante de entusiasmo.*

DON PASCUAL. ¡Bah! Siguen los tipos y costumbres de Alfaqueque. Y usted ¿qué hace aquí todavía?

NOBLEJAS. Sentiría haber incurrido en el enojo…

DON PASCUAL. No, no, por Dios; no es eso, Salustiano.

NOBLEJAS. Encontré a mi paso a Adoración…

DON PASCUAL. Bueno; bien…

NOBLEJAS. Y como de su boca no salen nunca sino loas y…

DON PASCUAL. Basta de loas, Noblejas. Hasta mañana.

NOBLEJAS. Si Dios es servido. Porque si Dios no fuere servido…

DON PASCUAL. ¿Cumplidos también con el Padre Eterno? Hasta mañana.

NOBLEJAS. Hasta mañana. ¿Tiene usted algo que mandarme?

DON PASCUAL. Sí, señor; que no me lo pregunte usted otra vez antes de irse.

NOBLEJAS. *Sonriendo.* Será usted complacido. A los pies Je doña Fernandita. *Desde la puerta de la derecha*. Servir a usted. *Vase.*

DON PASCUAL. ¡Prefiero los dulces de la otra!

Vuelve por la puerta de la izquierda Fernandita.

FERNANDITA. ¡Jesús!

DON PASCUAL. ¿Te ha dado ya Adoración los cuatro besos?

FERNANDITA. ¿Cuatro? ¡Cuatro mil! Y eso que no estoy para zalamerías. Ya le he dicho que me deje en paz esta noche.

DON PASCUAL. Pues ¿qué tienes?

FERNANDITA. ¿Qué he de tener? Lo diario desde que Blanca vive con nosotros.

DON PASCUAL. Sí; ya oí antes a ese mocito. Hasta mi despacho llegaron las voces. El canto de un duro me faltó para salir y pegarle una bofetada.

FERNANDITA. ¡No, por Dios, Pascual!

DON PASCUAL. Tú no sabes hasta dónde estoy del tal *Alcaparrón*.

FERNANDITA. No le llames *Alcaparrón*, Pascual, que vamos a tener un disgusto.

DON PASCUAL. *Alcaparrón* me ha dicho su propia novia que le llamaban en la Universidad. Y ella, cuando se desahoga con nosotros, *Alcaparrón* le llama. ¡Y *Alcaparrón* es para mí, por lo mal que me sienta!

FERNANDITA. Cuando tú la tomas con alguien…

DON PASCUAL. Comprende, mujer, que es imposible tolerar en calma uno y otro día que semejante mono le diga tantas insolencias a una muchacha recogida aquí.

FERNANDITA. ¡Y con la voz que tiene!

DON PASCUAL. ¡Y en nuestra casa, donde nunca ha sonado una palabra más alta que otra! ¿De qué se ha enamorado esa niña?

FERNANDITA. ¿Enamorarse? De nada, Pascual. Tú lo presumes; tú lo sospechas, como yo Blanca vió en el novio, fuese el que fuese, la libertad, mejor dicho, la huida de su casa, que era el purgatorio en la vida. Y ha tenido la pobre la mala fortuna de tropezar con otro salvaje. Ella, tan buena, tan linda, tan simpática, tan suave, tan humilde…

DON PASCUAL. ¡De Alfaqueque, en una palabra!

FERNANDITA. No te burles ahora. Me preocupa mucho la suerte de nuestra amiguita. Si yo fuera su madre…

DON PASCUAL. No tanto, Fernandita: ya eres bastante siendo quien eres para ella. Déjate estar, déjate estar. Es imposible llevar parte con el corazón en todas las vidas ajenas. Apenas somos quién para poder encauzar las propias. Aquí no hay más que lamentar la mala suerte de la criatura y que pedirle a Dios, o a la Virgen de las Medallas de Alfaqueque, si te gusta más, que vea claro en el porvenir que la aguarda; y tocante a él, advertirle que entre la plaza de la Cebada y esta casa hay una diferencia profunda.

FERNANDITA. ¡Ay, Dios santo!

Viene Alberta muy azorada por la puerta de la derecha.

ALBERTA. Señora.

FERNANDITA. ¿Qué quieres?

ALBERTA. Ahí hay un señorito que está empeñado en ver a usted.

FERNANDITA. ¿A mí? ¿A estas horas? Yo a estas horas no recibo más que telegramas. ¿Quién es; no lo conoces?

DON PASCUAL. Sea quien sea; dile que la señora ya está recogida.

ALBERTA. Se lo he dicho, señor; pero se ha puesto en que pase recado; que de ningún modo se va sin verla.

DON PASCUAL. ¡Me gusta!

ALBERTA. Parece enfermo; tiembla mucho al hablar, está pálido…

FERNANDITA. ¡Cosa más extraña! Pídele su tarjeta… O si no, que te diga su nombre.

ALBERTA. Bien, señora. *Se va.*

DON PASCUAL. Son ganas de que te den un disgusto antes de acostarte… ¡Que vuelva mañana el que sea!

FERNANDITA. Hombre, es que… ¡quién sabe! Me ha asaltado de pronto el temor… Y ya has oído a Alberta: dice que cree que viene enfermo…

DON PASCUAL. ¡Pues que vaya a la Casa de Socorro!

FERNANDITA. Sí; eso sí.

De improviso se presenta Felipe Rivas, seguido de Alberta y en la traza que ella lo ha descrito: pálido y tembloroso. Viene de capa. No hay más que verlo para pensar que padece una grave tribulación. Es joven, de simpática fisonomía, largos y finos bigotes y revuelto y abundante cabello. Apenas divisa a Fernandita se abalanza a ella y, rodilla en tierra, le besa las manos. El susto que se lleva la consulesa no le sale del cuerpo en cinco minutos.

FELIPE. ¡Señora!

FERNANDITA. ¿Eh? ¿Qué es esto?

DON PASCUAL. ¿Quién?

FELIPE. *Levantándose.* Señora: míreme fijamente.

FERNANDITA. *Reconociéndolo tras leve duda.* ¡Felipe! ¿Tú?

FELIPE. Yo, Fernanda; yo mismo.

FERNANDITA. ¡Jesús! ¡Quién te conoce! ¿Quién había de pensar?… Hoy mismo he tenido carta de tu madre. Pero, ¿cómo vienes así?… ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué es esto?

FELIPE. Ahora lo sabrá usted.

FERNANDITA. Márchate, Alberta. *Ésta obedece.* Pascual.

FELIPE. ¡Ah, caballero!

FERNANDITA. *Presentándolos.* Mi marido. Felipe Rivas.

DON PASCUAL. ¿De Alfaqueque?

FERNANDITA. De Alfaqueque, sí. Hijo de Carlota Portillo, esa amiga mía que me escribe las cartas tan largas. En la de hoy, por cierto, se lamenta de que no conoce tu paradero.

FELIPE. ¡Mi paradero! ¡Ojalá no lo sepa nadie a estas horas, Fernanda!

DON PASCUAL. ¿Eh?

FERNANDITA. Pues ¿qué has hecho? ¿Alguna locura? Siempre fuiste un *coscovobito*. ¿Qué te ocurre, Felipe? Di.

FELIPE. Mis primeras palabras han de ser para pedir perdón.

DON PASCUAL. Perdón, ¿por qué?

FELIPE. Perdón mil veces por la manera como llego a esta casa; por la forma en que me presento a usted… a ustedes… Y luego de alcanzar ese perdón, sólo suplico que me consientan pasar aquí la noche.

FERNANDITA. ¿Aquí? ¿En casa?

DON PASCUAL. ¿La noche aquí?

FELIPE. Sí; en cualquier parte. En una butaca, en un sofá; tendido en un pasillo…

DON PASCUAL. ¡Ah! no, no, señor; eso, no.

FERNANDITA. Naturalmente; te arreglaríamos una cama.

DON PASCUAL. ¿Estás en tu juicio? No me has entendido, Fernandita. ¿Cómo vamos nosotros a recoger en nuestra casa a quien llega a ella así, y suspirando por que se ignore su paradero? ¿Qué sabemos nosotros lo que nos exponemos a encubrir y amparar?

FELIPE. Yo le juro a usted por mi honor, señor mío…

DON PASCUAL. No me jure usted nada.

FERNANDITA. Lo que has de hacer es decirnos por qué te escondes, por qué huye.

FELIPE. ¡No lo puedo decir!

FERNANDITA. De dónde vienes, a lo menos.

FELIPE. ¡No lo puedo decir!

DON PASCUAL. En ese caso no extrañe a usted que yo me niegue…

FELIPE. Fernandita, interceda usted; ¡por mi madre!

FERNANDITA. ¡Por tu madre!

DON PASCUAL. Es inútil; no invoque…

FELIPE. ¡Por mis hijos!

FERNANDITA. ¿Por tus hijos?

FELIPE. ¡Por la Virgen de las Medallas de Alfaqueque!

FERNANDITA. Pascual… Pascualito… ¿oyes esto?

DON PASCUAL. Oigo, sí; pero como si nada oyera. Todos los santos de la corte celestial no bastan a ablandarme. Que diga por qué se esconde, por qué huye, y entonces veremos si en algo se le puede aliviar.

FELIPE. *Con aire abatido.* ¡Ay, me talló la última esperanza! …

FERNANDITA. ¿Qué tienes, Felipe?

FELIPE. Nada… no… No es nada… un mareo… Son ya muchas horas de zozobras, de cansancio; me rinde la fatiga…

FERNANDITA. ¡Felipe!

FELIPE. No es nada, no… *Déjase caer como desvanecido en una butaca.*

FERNANDITA. Sí, sí; parece que se pone malo…

DON PASCUAL. ¿Ha perdido el sentido?

FERNANDITA. ¡No me lo digas!… ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Pues sí, sí ha perdido el sentido! ¡Pascual, ha perdido el sentido!

DON PASCUAL. ¡Bueno, mujer; no vayas tú también a perderlo! Esto no será nada… *Llamando.* ¡Alberta! ¡Virginia!

FERNANDITA. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué le pasará a este muchacho?

DON PASCUAL. Nada; no te apures; no le pasa nada absolutamente. *A Alberta, que asoma en la puerta de la derecha.* Trae corriendo un vaso de agua. Le refrescaremos la cara con unas gotas. Desabróchale el cuello; que respire sin dificultad… Y hazle un poco de aire…

FERNANDITA. ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Hijo mío!… Menos mal que le ha ocurrido aquí.

DON PASCUAL. ¿Menos mal?

Llega Virginia por la puerta de la izquierda.

VIRGINIA. ¿Yamaban los señores? *Reparando en Felipe y siempre sonriendo.* ¡Ay! ¿Qué es esto? ¿Un ladrón?

FERNANDITA. ¡Calla!

Viene Alberta con el vaso de agua. Entre don Pascual y Fernandita le rocían la cara a Felipe.

ALBERTA. El agua, señor.

FERNANDITA. Dame.

DON PASCUAL. Volverá en seguida.

VIRGINIA. ¿Voy por éte? Yo, en mi tocadó, tengo un tarrito.

DON PASCUAL. No, no hará falta.

FERNANDITA. Parece que ya va volviendo.

DON PASCUAL. Ha sido un síncope levísimo. *Acude también Blanca, que viene por la puerta de la izquierda.*

BLANCA. ¿Sucede algo? ¿Eh? ¿Quién es este hombre?

FERNANDITA. Un amigo nuestro… Luego te contaré…

BLANCA. Está muy pálido. ¿Tiene pulso?

DON PASCUAL. Sí, sí; no es nada, no…

FERNANDITA. *A don Pascual, en tono suplicante.* Pascual: se trata del hijo único de una amiga que siempre ha sido para mí como hermana… Sea cualquiera su apuro, su desgracia, yo deseo que lo amparemos esta noche; que no pueda nunca mi amiga dolerse de que yo no le haya tendido a su hijo una mano cuando vino angustiosamente a pedirla.

PON PASCUAL. *Resignado.* ¡Todo sea por Dios… y por la Virgen de las Medallas de Alfaqueque!

FERNANDITA. Ella te lo pagará, Pascualito. ¡Qué bueno eres!

DON PASCUAL. Qué bueno me haces tú.

BLANCA. Ya, ya se recobra.

VIRGINIA. Sí; ya vuerve en *sigo*.

FERNANDITA. Felipe…

El desventurado Felipe abre los ojos y se encuentra, primero, con la cara serrana de Alberta, que no es despreciable; luego, con la linda y sonriente de Virginia, que tampoco es moco de pavo, y después, con la interesante y poética de Blanca, no menos a propósito que las otras dos para alegrarse de volver a la vida. Ante esta gradación de rostros, espontáneamente le sube a los labios esta significativa interrogación.

FELIPE. ¿Dónde estoy?

FERNANDITA. Conmigo; con nosotros…

DON PASCUAL. *Con sorna.* ¡En el consulado de Alfaqueque!

Los ojos de Felipe se recrean en las tres caras nuevas, y al fin se posan con gratitud en la de Fernandita, cuya nunca discutida belleza parece aumentada por el resplandor de su bondad inagotable. Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Estamos en el mismo gabinete del primer acto, veinte días después. Es por la mañana. Las puertas del mirador aparecen abiertas, dejando ver las plantas y flores que en él hay. La pared se ha enriquecido con un vistoso cuadro al óleo que no conocíamos, y cuyo asunto en nada se relaciona con Alfaqueque. «*Rara avis*».

Noblejas, en traje dominguero, y su hija Paloma, de veinticinco alfileres también, esperan a la dueña de la casa.

Paloma es madrileña neta; de buen ver; con dos ojos de terciopelo fino, como todo en esta familia. Habla con presuntuosa afectación.

Sale por la puerta de la izquierda Alberta y se marcha por la de la derecha, diciendo al pasar:

ALBERTA. En seguida viene la señora.

NOBLEJAS. Bien; gracias. *Silencio.* Palomita, ¿has visto el mirador, qué encanto?

PALOMA. ¡Una preciosidaz! ¡Hasta un naranjo tiene! Que eso en Madriz no es cosa fácil.

NOBLEJAS. Tales manos lo cuidan. Aquí sale ella.

PALOMA. Papaíto, que tomes la palabra tú; que otra cosa no me parece de buen efezto.

Por la puerta de la izquierda llega Fernandita, de velo, ataviada como para ir a la iglesia.

FERNANDITA. Buenos días, Paloma. ¿Cómo estás?

PALOMA. Bien, señora; para servirla. ¿Y ustez?

FERNANDITA. Yo, buena; gracias.

PALOMA. ¿Y el señor don Pascual?

FERNANDITA. Tirando, como él dice. Ahora vendrá, para ir conmigo a misa. ¿Qué hay, Noblejas?

NOBLEJAS. Que celebro en el alma que usted esté buena y que mi digno jefe vaya tirando. Quiero decir…

FERNANDITA. Ya, sí; entendido. Oye, Palomita, ¿y el mantel?

NOBLEJAS. El mantel…

PALOMA. El mantel estará listo el sábado. El domingo podrá salir fazturado para Alfaqueque en gran velocidaz, y lucir, por lo tanto, en el altar de la Virgen el día de la fiesta. La palabra es palabra. Mis manos no harán primores cuando bordan, pero mi conciencia tiene formalidaz.

FERNANDITA. Dios te lo pague, hija de mi alma. Y, vamos a ver: ¿qué visita, qué comisión es ésta? Siéntense ustedes.

NOBLEJAS. ¿No va a la iglesia la señora?

FERNANDITA. Así que venga mi marido. Aún nos queda tiempo de hablar. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que tiene esta fea que decirme?

Silencio embarazoso. Hija y padre se miran turbados.

PALOMA. Habla tú, papaíto.

NOBLEJAS. Con la venia de nuestra amable protectora.

FERNANDITA. Vamos a ver.

NOBLEJAS. ¿Está habitado…?

PALOMA. *Quitándole súbitamente la palabra al autor de sus días, como siempre que se la concede.* No preguntes si está habitado, porque de más te costa que sí. El gabinete de este cuarto de ustez, que da al patio de los interiores, está habítado. ¿Por quién está habitado? Eso es lo que tienes que preguntar.

NOBLEJAS. Efectivamente.

PALOMA. Ni eso tampoco; porque también te costa que quien lo habita es un caballero y te costa su nombre. Sobran los arrodeos, papaíto.

NOBLEJAS. Lo que sobra es la *a* de los arrodeos, Paloma.

FERNANDITA. *Con sorpresa y disgusto.* Pero… cómo… ¿ustedes conocen… ustedes saben que en ese gabinete de mi casa…?

PALOMA. Sí, señora. ¿Qué de particular tiene?

FERNANDITA. ¡Válgame Dios!

NOBLEJAS. ¿Le contraría a la señora?

FERNANDITA. ¡Mucho!

NOBLEJAS. ¿Qué te dije, niña?

PALOMA. Papaíto, este paso lo teníamos que dar, me dijeras lo que me dijeras.

NOBLEJAS. El caso es, doña Fernandita, que ese caballero que hace unos días vive en el gabinete, parece ser que se ha fijado…

PALOMA. ¿Le llamas fijarse a lo que ha hecho, papá?

FERNANDITA. ¿Eh? Pues ¿qué ha hecho?

PALOMA. ¡Escribirme tres cartas consecutivas!

FERNANDITA. ¿Tres cartas te ha escrito?

PALOMA. ¡Consecutivas!

NOBLEJAS. Las cuales ha enviado a manos suyas…

PALOMA. Por los cordeles del tendedero de la ropa. Me ha mandado, además, por el mismo conduzto unos versos preciosos que me he aprendido de memoria y que le puedo decir a ustez; me ha mandado también unas flores… y me ha hecho algunos siznos de inteligencia… Conque creo, señora, que todo esto es un poco más que fijarse…

FERNANDITA. *Reflexionando.* Signos de inteligencia… flores… versos… tres cartas… ¿Y tú?

PALOMA. Yo…

NOBLEJAS. Ésta…

PALOMA. Yo… Habla tú, papaíto.

NOBLEJAS. Ésta no ha querido en modo alguno…

PALOMA. Yo no he querido, naturalmente, azmitir relaciones sin consultar primero con ustez.

FERNANDITA. Muy bien hecho.

NOBLEJAS. Sí; porque usted puede informarla…

PALOMA. Ustez puede informarme… Papá ni sospechaba que viviera en la casa tal huéspez.

FERNANDITA. ¡Claro, señor! Como que esto es una locura… una imprudencia… Él es un caballero —eso sí—, pero está aquí escondido. *Con el mayor misterio.* Sufre graves persecuciones… no se puede descubrir todavía… ¡Por Dios y la Virgen, yo les suplico a ustedes la reserva más grande; el secreto más absoluto! A las criadas de casa las hemos amenazado con la cárcel si por ellas se averigua algo.

NOBLEJAS. *Impresionado.* ¡Ah! Pues por mí…

PALOMA. *Lo mismo.* Y por mí…

NOBLEJAS. De tu madre es de quien yo no fío…

FERNANDITA. ¡Pues hay que coserle la boca!

NOBLEJAS. Acaso no baste.

PALOMA. Ya arreglaremos eso. Dice ustez que él…

FERNANDITA. Él es un caballero cumplidísimo. Un caballero que ahora tiene que ocultarse como un malhechor.

PALOMA. ¡Jesús!

FERNANDITA. Las causas… ni nosotros mismos las sabemos aún, porque media un juramento de honor. Pero es un caballero: yo lo fío. Y un héroe. Y un poeta. ¡Un gran poeta! A sus versos les llama *sus hijos…* ¡Qué ternura! *Emocionada.* Es de Alfaqueque. ¡Tendrá una calle en Alfaqueque!

PALOMA. ¿Una calle?

FERNANDITA. ¡Y una lápida en la casa donde ha nacido!

PALOMA. ¡Ah!…

FERNANDITA. ¡Y vaya usted a saber si una estatua!

NOBLEJAS. ¡Oh!…

FERNANDITA. Pero callemos, no venga mi marido. Pascual no ve estas cosas por los mismos cristales que yo.

NOBLEJAS. ¿Es posible?

FERNANDITA. Desgraciadamente. ¡Me cuesta una de discusiones!…

PALOMA. Ustez comprenderá que cuando yo he querido informarme…

FERNANDITA. *Inquieta.* Sí, sí…

PALOMA. Una es pobre, pero es honrada. No porque una tenga un oficio, ¿me entiende ustez?…

FERNANDITA. Ya, ya.

PALOMA. La reputación de las mujeres no es como los puños de goma que usa papá, que se lavan y se estrenan. La reputación de las mujeres, una vez manchada…

FERNANDITA. Bien. No quiero que Pascual sepa esto, por ahora. Ya nos entenderemos nosotros. Ustedes han venido a hablar conmigo del mantel de la Virgen. Lo prudente será que se vayan antes que salga él.

NOBLEJAS. Siempre a su devoción, doña Fernandita.

PALOMA. Lo que ustez nos mande. ¿Vamos, papá?

FERNANDITA. Sí; es lo mejor.

PALOMA. ¿Y tu sombrero?

NOBLEJAS. *Ruborizándose.* En el perchero lo he dejado.

FERNANDITA. Hasta luego… o hasta mañana.

PALOMA. Quede ustez con Dios… y gracias por esto y por todo cuanto ustez haga en el asunto.

NOBLEJAS. Señora…

PALOMA. *Yéndose por la puerta de la derecha con su padre.* ¡Lo que es la suerte! ¡Un caballero… un poeta… una calle… una estatua…!

FERNANDITA. *Después de una pausa llena de pensamientos.* ¡Virgen de las Medallas! Pero ¿es posible todo esto? ¡Qué chiquillo! ¡Qué *coscorobito*! ¡Qué loco! ¡Claro! Como Palomita es tan mona, la ha visto desde lejos y se ha interesado por ella… ¡Cuando la oiga hablar! No quiero pensar en el *efezto* que va a hacerle.

Sale Virginia por la puerta de la derecha, mirándose encantada las uñas.

VIRGINIA. ¡Vaya unos espejitos que me he puesto! Pero se me están yenando de *embustes*. *Observando la presencia de la señora.* ¡Ay! ¿Todavía

está usté aquí? Hoy no arcansan ustedes la misa.

FERNANDITA. Hija, no sé lo que le sucederá a mi marido. El domingo que viene oigo yo la de las ocho con Blanca.

VIRGINIA. A mí me gustaría la de la una, en San José.

FERNANDITA. ¡O la de Palacio! ¿Y Realito, no ha venido aún a desayunarse?

VIRGINIA. No; pero está ar caé.

Sale por la puerta de la izquierda don Pascual, dispuesto para acompañar a la iglesia a su ilustre consorte.

DON PASCUAL. Listos.

FERNANDITA. Ya era hora, señor. Luego criticáis de nosotras.

VIRGINIA. Eso, eso que usté dise.

DON PASCUAL. Algunos días me cuesta el nudo de la corbata mucho más trabajo que un arqueo.

VIRGINIA. ¡Ay qué grasioso! Y ¿qué es un arqueo?

FERNANDITA. ¿A ti qué te importa? Vamos ya.

DON PASCUAL. Vamos. ¿Qué traían Palomita y Noblejas?

FERNANDITA. Nada… Noticias sobre el mantel de la Virgen.

DON PASCUAL. ¿De veras?

FERNANDITA. Sí. ¿Qué? ¿No me crees?

DON PASCUAL. No.

VIRGINIA. *Bajando la voz.* Digo yo que er señorito prisionero se va a condená; ¡porque yeva tres domingos sin misa!

DON PASCUAL. No; no se condena. Y si se condena, como lo dejen hablar, lo absuelven.

FERNANDITA. ¡Qué manía le tienes al pobre muchacho!

DON PASCUAL. ¡Saldrás con las manos en la cabeza! ¡La historia se repite!

FERNANDITA. Anda, vamos ya.

Se marchan por la puerta de la derecha. Virginia los ve irse, espera un momento, y luego se encamina hacia la de la izquierda con aire triunfador.

La voz de Realito, que se oye dentro, hacia la derecha, la detiene, contrariándola.

REALITO. ¡Buenos días! ¡Hasta luego! ¡Gracias!

VIRGINIA. ¡Realito ahora! Yo, que pensaba aprovecharme…

Sale Realito por la puerta de la derecha.

REALITO. Hola, terrón de azúca. Buenos días.

VIRGINIA. Buenos días.

REALITO. Zudando vengo. Hace caló en la caye esta mañana. Y aquí.

VIRGINIA. Como que er mes de ortubre es un encanto. A mí, mayo y ortubre. Y abrí también. Y argo de febreriyo er loco. ¿Has oído ya misa?

REALITO. ¡Cuatro na más! ¡Estoy tan aburrío!… En una iglezia me entro, en otra me zargo, azí yevo toa la mañana.

VIRGINIA. Ar sielo vas a i derecho cuando te mueras.

REALITO. No lo creas; porque me aprovecho de las buyas. Ven acá tú, merengue.

VIRGINIA. Déjate está, que aquí no hay buya. ¿No vas a tomá er chocolate?

REALITO. ¡No que no! En cuantito me refresque un poco. Virginia. Me han dicho que te vuerves ar pueblo.

REALITO. Y ¿qué quiés que le haga? ¡No me zale ninguna colocación, y yevo en Madrí más e veinte días gastando zuelas!… De manera que Fernandita va a procurarme un biyete de ezos de Don Fulano de Tá y perzona que lo acompañe a mitá de precio… ¡y adiós, Madrí, que te queas zin gente! ¡Ar pueblo a vegetá!

VIRGINIA. ¡Adoquines sacaba yo con los dientes antes de irme ar pueblo!

REALITO. *Mirándola embelesado.* ¡Quién fuea un adoquín! ¿No te gusta er pueblo?

VIRGINIA. ¡Vamos, hombre! ¿Tú sabes er porvení que a mí me esperaba en er pueblo? Casarme con un animá de tu pinta, cargarme de chiquiyos, fregá, lavá, planchá… Quita, quita… ¡Han visto ya mis ojos muchas yantas de goma en er paseo de la Casteyana! ¿Disparato? Er corasón me dise que en Madrí está mi suerte.

REALITO. ¿Hay pájaro en er nío?

VIRGINIA. No lo deja de habé… Y ¡qué pájaro!… Lo naturá, señó; lo natura… ¿Es que va a nasé una como Dios la ha hecho pa corré la suerte der montón? ¿Es que el oro y er cobre van a sé lo mismo? Y punto en boca, que estoy amenasá con la carse… Pero, en fin, disen de las novelas… Sí, sí; las novelas… Carcula tú… Cáyate, Virginia. Carcula tú, Realito… Que te cayes, Virginia. Bueno, si vas a Arfaqueque y ves a mi mamá, le dises de mi parte que no pierdo er tiempo. Y que va a habé muchos dientes largos. Porque… Cáyate, Virginia.

REALITO. Iguá tiene que te cayes como que no te cayes. ¡Me estás hablando en ruzo! Y dime, dime: ar tanto e las novelas, ¿qué me ha contao la madre de Paloma de no zé qué zeñorito que está de huespe en esta caza?

VIRGINIA. *Sorprendida y tratando de disimular.* Chiquiyo, tú te has vuerto loco.

REALITO. ¡Lo que eya me ha contao! Que ze azoma por la ventana; que le está haciendo el amó a Paloma…

VIRGINIA. *Como picada por una avispa.* ¿Qué?

REALITO. Que le ha escrito tres cartas conzecutivas…

VIRGINIA. ¿Qué?

REALITO. Que le ha mandao unas flores; que le ha zacao unos verzos…

VIRGINIA. ¿Qué dises, Realito; qué dises?

REALITO. ¡Lo que me han dicho, digo! ¿Qué te paza a ti?

VIRGINIA. *Nerviosísima, desasosegada, sin hacer caso de Realito.* ¡Ah! ¿conque?… No, no pué sé… Eso no pué sé; que no se componga… Cáyate, Virginia. Que no se componga, porque se va a quedá compuesta y sin novio. Y lo que es er poeta… Cáyate, Virginia. Lo que es de la hija de Manolito er platero… Cáyate, Virginia; cáyate ya.

REALITO. ¡Vaya! ¡Zigue er ruzo!

Viene Blanca por la puerta de la derecha.

BLANCA. Buenos días, Realito.

REALITO. Buenos días.

BLANCA. Alberta te llama, Virginia.

VIRGINIA. ¿Arberta? ¿Sabe usté que Arberta…? Por supuesto… En fin, Realito, vente tú a tomá er chocolate, que tenemos que hablá nosotros.

BLANCA. ¿Sí, eh?

VIRGINIA. Sí.

REALITO. Vamos a tomá er chocolate. ¿Usté gusta?

BLANCA. Gracias; buen provecho.

VIRGINIA. ¡Y veremos si va a podé más Madrí que Arfaqueque!

Se va con Realito por la puerta de la derecha.

BLANCA. ¿Qué dice esa muchacha? Muy alterada está… ¿Andará el amor también de por medio?

Por la puerta de la izquierda, cautelosamente, sale Felipe.

FELIPE. ¿Blanca?

BLANCA. Silencio. Un instante…

FELIPE. Pero ¿no están en misa?

BLANCA. Sí. Pero acaba de llegar Realito, que hasta ahora no se ha marchado al comedor.

FELIPE. Pues allí le darán palique Virginia y la otra. ¿Y la carta?

BLANCA. Aquí está.

FELIPE. ¿Conforme al borrador que yo le hice?

BLANCA. Sin alterarlo en una coma. ¡Si es todo mi estilo! ¿Dónde la dejo?

FELIPE. Sobre este velador. Así la verá en cuanto llegue.

BLANCA. *Obedeciéndolo.* ¡Dios mío!

FELIPE. ¿No está usted contenta?

BLANCA. Intranquila…

FELIPE. ¿Intranquila?

BLANCA. ¡Calle usted!

FELIPE. ¿Viene alguien?

BLANCA. No. Creí… Pues, sí: intranquila estoy. A solas pienso que no debo dar este paso; pero luego usted me anima a él; me convence; me persuade…

FELIPE. Jamás me arrepentiré de incitarla a que deje a ese hombre. Yo sé bien que, sea cualquiera la vida que a usted espere lejos de su lado, nunca será más triste ni más desesperada que junto a él.

BLANCA. Es tan seco, tan duro…

FELIPE. Diga usted tan grosero y tan badulaque. En más de una ocasión —se lo juro a usted, Blanca—, al oírlo desde mi escondite maltratarla a usted, he sentido impulsos vehementes de romper el incógnito en que aquí vivo y venir a ampararla y a defenderla.

BLANCA. No, no; eso nunca; se hubiera descubierto usted, que tantos motivos tiene para estar oculto… ¡Y se habría armado el gran zipizape! No lo quiero pensar. Nicolás es tan camorrista y tan violento… Antes no era así, Felipe, no era así; era brusco, áspero, discutidor; le llevaba la contraria a su sombra… pero grosero e insolente no lo era. Yo, tonta de mí, esperaba suavizarlo, domesticarlo… Hasta me hacía gracia. Poca, pero me hacía alguna. Hasta me parecía guapito. Poco también. Sobre todo, vi en Nicolás, ya se lo he dicho a usted otras veces, la salida de aquella casa, de mi casa; de aquel tormento irresistible que comenzaba al despertar de todos los días.

FELIPE. Cierto; no iba usted detrás del amor, sino que huía del odio. ¡Qué triste es esto… y qué frecuente! Pero usted merece buscar el amor y encontrarlo. ¡Es usted tan linda!…

BLANCA. Por Dios…

FELIPE. Tan linda… y tan buena además. ¿Es posible que haya nacido un hombre que la vea a usted y la trate sin delicadeza… sin ternura? Tiene usted,

por cima de todos sus encantos, el supremo encanto de la modestia. ¡Maldito quien haga llorar a esos ojos!

BLANCA. No alce demasiado la voz.

FELIPE. Dispense usted…

BLANCA. Y ¿qué pensará Fernandita cuando lea esta carta?

FELIPE. Piense lo que piense al leerla, se alegrará luego, porque es buena y la quiere a usted mucho.

BLANCA. Sí.

FELIPE. La responsabilidad de ésta superchería la acepto yo toda; yo, a quien tanto quiere también la consulesa de Alfaqueque. Un azar de mi vida desordenada y loca me arrojó a esta casa; y si yo creyera en una divina intervención en las cosas humanas, pensaría que Dios me condujo a mi última desastrosa aventura para darme aquí el alto premio de conocerla a usted.

BLANCA. *Turbada.* ¿No cree usted que Dios intervenga en estas pequeñeces de aquí abajo?

FELIPE. A veces, sí; a veces, no; la injusticia domina al mundo. *Mirándola intencionadamente.* Ahora empiezo a creer. *Blanca, ruborosa, baja los ojos.* Desde luego hay un dios en la tierra, niño mimado del otro Dios, que ése sí interviene en nuestras vidas, en nuestros sueños… y enreda todo lo que puede, Blanquita.

BLANCA. ¿Otro dios, dice?

FELIPE. Sí; ahora mismo hablábamos de él. El Amor se llama.

BLANCA. ¿El Amor, Felipe?

FELIPE. El Amor. ¿No es ése su nombre?

BLANCA. No sé…

FELIPE. Dispénseme usted una vez más… ¿Quién soy yo para hablarle en este lenguaje? Dispénseme. Yo no soy sino un desdichado prisionero que ha visto por la ventana de su cárcel un rayo de luz… y se ha puesto a soñar con el sol… ¡Infeliz! Mientras no venga la mano invisible que ha de darme la libertad, mientras yo no pueda gritar levantando mi frente: «Éste soy; esto he hecho», debo sellar mis labios.

Blanca. Ante mí no, Felipe. Yo no sé nada de su vida… o sé muy poco. Lo que buenamente he podido imaginar oyéndolo a usted, más con el deseo que con la razón… Pero… ¡es curioso!, de usted me inclino siempre a creer antes lo bueno que lo malo.

Felipe. Gracias.

Blanca. Quizás será que mi desgracia simpatiza con la de usted.

Felipe. Sin duda.

Blanca. En esta casa su conducta de usted es discutidísima.

Felipe. Ya lo sé. Don Pascual me tiene por un embaucador desalmado. Ni en cruz que me ponga cree una sola palabra de lo que digo. En cambio a Fernandita le inspiro una ciega confianza.

Blanca. Pues yo no escucho ni a don Pascual, que es hombre terco en sus opiniones, ni a Fernandita, a quien las cosas de su pueblo natal le vendan los ojos; yo lo escucho a usted solamente. Y pienso en el vivo interés que ha mostrado porque yo deje a un hombre que no puede hacerme feliz; y en la atención con que oye el cuento de mis desdichas; y en la indulgencia con que juzga todas mis acciones… Y al pensar en esto, Felipe… ¿Llamaron?

Felipe. Sí.

Blanca. Iré a ver.

Felipe. No; deje usted; volveré yo a mi alcoba…

Blanca. Espere. ¿Qué trabajo me cuesta? *Se va por puerta de la derecha.*

Pausa. Felipe pasea preocupado.

Felipe. *Dando al fin un suspiro.* ¡Ay! ¡Sentiría salir de esta casa por el balcón! Y saldré, saldré; no habrá otro remedio. Pero yo me pregunto, señor: ¿cuál es mi delito? Para todas tiene mi corazón un halago, un consuelo; a todas quiere concederles mi vida una hora de ilusión… ¿Cuál es mi delito? Vuelve Blanca… ¿Y ésta? ¿Qué hay en ésta que no hay en las demás?…

Llega, en efecto, Blanca por donde se marchó.

Blanca. Es una mujer que vende dulces. Pero tiene confianza en la casa, y es muy entrometida. A lo mejor se cuela hasta aquí.

Felipe. Entonces yo me quito de en medio. Vuelvo a mi prisión. Adiós, Blanca.

Blanca. Felipe… ¿Dejo aquí la carta, verdad?

Felipe. No dude más en ello. Ocúltese usted de todos cuanto antes.

Blanca. En seguida, sí.

Felipe. Y nada tema. Fernandita sólo ve por mis ojos. Yo respondo de que ha de celebrarlo. Hasta luego.

Blanca. Hasta luego.

Se miran un momento y desaparecen rápidamente ella por la puerta de la derecha y él por la contraria.

Poco después sale Adoración por la de la derecha.

Adoración. ¿Adónde irá esa niña tan a la carrera? A vé ar novio no creo que será. Lo que es yo correría pa no verlo. Pero argo yeva, argo yeva… Porque no ha querío ni saludarme, y ha escapao escaleras abajo… ¡Pobre muchachita! ¡Qué bola negra le ha caío! *Suspirando con satisfacción.* ¡Ay! ¡Me parese un sueño que piso esta casa otra vez! ¡Vamos, que quinse días sin vé a mi Fernandita! Ha sío menesté que me esté muriendo. Toavía se me resienten los tobiyos. *Se sienta.* Ya tardará poco. ¡La cara le vi a cuajá de besos cuando la vea!… *Pausa.* Hoy hase caló… *Se abanica.* ¡Qué fatiga me ha dao de vé desayunarse a Realito! ¡Hermana, cómo enguye! Un boyo, dos boyos, tres boyos… ¡Qué desaparisión de boyos en un momento! No parese que se desayuna, sino que hase juegos de manos. *Se levanta.* Abusan, abusan de esta santa. Hombre, un cuadro nuevo. Menos má: será regalo de argún agradesío. Está bendita. ¡Y er miradó, cómo lo tiene! Es un parque, es un parque… Er jazmín, la camelia, er naranjo… ¡Ar naranjo no le farta más que hablá! *Reparando en la carta que ha quedado sobre el velador*. ¿Letra de Blanquita? ¿Se ha dejao aquí esa chiquiya la carta der novio? *Leyendo el sobre.* «Urgente. Para Fernandita». ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Blanca le escribe a Fernandita? ¿Y urgente? ¿Qué es esto? ¿Tendrá argo que vé con la carrera que eya yevaba? ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¿Qué será? ¿Qué no será? Yo estaba por abrí er sobre ar caló de la oya. ¡Si pudiera leerla ar trasluz!

Óyese dentro a Fernandita, que al punto aparece por la puerta de la derecha.

FERNANDITA. ¿Adoración?

ADORACIÓN. ¡Fernandita! Ya está ahí, ya está ahí. ¡A tiempo yegas! ¡Ven acá! *Se abraza a ella y materialmente se la come a besos.* Deja que me sasie, deja que me sasie…

FERNANDITA. Mujer, por Dios santo…

ADORACIÓN. ¡Lo que yo te he agradesío la leche y er jeré! ¡Deja que me sasie! ¡Ay, qué ganas tenía! Me parezco yo dándote besos a Realito comiendo boyos: no sé acabá nunca.

FERNANDITA. ¿Estás ya fuerte?

ADORACIÓN. Ya estoy superió, reina mía; en cuanto te he visto. Y escúchame una cosa, que es urgente y que me tiene soyispá. Ar vení yo pa acá de la cosina salía Blanquita escaleras abajo; no quiso saludarme ni na, y ahora me encuentro aquí esta carta suya, y veo que es pa ti y no es pa er cursi de su novio. ¿Qué es esto?

FERNANDITA. ¿Una carta de Blanca para mí? A ver… ¿Y dices que la has visto salir de casa?… Sí, sí; es su letra. A ver, a ver… *Llena de turbación y ansiedad rasga el sobre y principia a leer el pliego que contiene.* «Fernandita, amiga y madre mía: no se asuste al abrir esta carta, que ni anuncia un suicidio, aunque bien pudiera…».

ADORACIÓN. *Sobresaltada.* ¿Eh? ¿Va a tomá fósforos?

FERNANDITA. No, mujer; ¿no oyes? *Leyendo,* «… que ni anuncia un suicidio, aunque bien pudiera, ni mucho menos mi fuga con Nicolás. Vuelvo a la casa de mi madre…» —¡qué locura!— «y me escapo para que usted no me detenga, porque no quiero entenebrecer por más tiempo con mi sombra triste un hogar que, como ninguno, debe ser alegre y dichoso». Pero ¿qué ha hecho esta chiquilla, por Dios? ¿Tú oyes? Hay que ir a buscarla en seguida.

ADORACIÓN. Sigue, sigue, que estoy tragando lágrimas.

FERNANDITA. *Continuando la lectura.* «La culpa de todo la tiene mi novio…».

En este instante llega por la puerta de la derecha Nicolás, quien por extraña ironía de la suerte viene de buen humor. Las dos mujeres se desconciertan al verlo.

NICOLÁS. ¡Salú, señoras! Buenos días.

FERNANDITA. ¡Nicolás!

ADORACIÓN. ¡Nicolás!

NICOLÁS. ¿Usté no estaba mala?

ADORACIÓN. Sí; pero ya me encuentro bien, grasias a la Santísima Virgen.

NICOLÁS. Me alegro, hombre. Cuatro días que va uno a vivir hay que pasarlos con salú. Hoy estoy yo contento.

FERNANDITA. *Casi deplorándolo.* ¿Hoy está usted contento?

NICOLÁS. ¡Me pintan bien las cosas! Es según me echo de la cama ¿sabe usté? Hay días que me levanto de buena uva porque sí, y me acuesto de buena uva porque sí.

FERNANDITA. ¿Y ahora?…

NICOLÁS. Ahora estoy bien templao. ¡Bien templao!

FERNANDITA. *A Adoración.* Era cosa de meterlo en un termo.

NICOLÁS. ¡Ja, ja, ja! Pa que me durara el buen temple, ¿no? ¡Esta gracia de las andaluzas no la tiene nadie!

ADORACIÓN. ¡Esta grasia de Fernandita Osorio!

NICOLÁS. A don Pascual me he encontrao por la Castellana dándose tono de pollito. ¡También es muy salao! ¿Y mi chica? Por cierto que al pagar la silla me pasó un lance chusco de veras. Ahora lo contaré, cuando salga Blanca, pa no repetirme. ¿Dónde está esa chica?

FERNANDITA. *Con temor y zozobra.* Pues… Blanquita, amigo Nicolás, se me ha escapado a casa de su madre.

NICOLÁS. ¿Eh?

FERNANDITA. Y me lo dice en esta carta… que empezaba a leer cuando usted llegó tan contento.

NICOLÁS. ¡Pajoles!

FERNANDITA. Así, así…

NICOLÁS. Pero ¿es posible? ¡Esa chica es idiota! ¿De manera que la saca usté de aquel presidio, pa que no aguantara las coces del padrastro, y allá se vuelve sin que nadie la llame? ¡Es ceporrez nativa!

FERNANDITA. Son muchas cosas juntas…

NICOLÁS. ¡Ceporrez!

FERNANDITA. Muchas cosas…

NICOLÁS. ¡Ceporrez! No *lo* dé usté vueltas.

ADORACIÓN. No le des vuertas: seporrez. *Alude a la de Nicolás, también nativa.*

NICOLÁS. ¿Me quié usté leer ya la carta, que yo me entere? ¡Estamos aviaos!

FERNANDITA. Sí, señor. Escuche. *Leyendo.* «… vuelvo a la casa de mi madre, y me escapo para que usted no me detenga, porque no quiero entenebrecer por más tiempo con mi sombra triste un hogar que, como ninguno, debe ser alegre y dichoso».

NICOLÁS. *Escamado.* ¡Eso no se ha cocío en su mollera!

FERNANDITA. «La culpa de todo la tiene mi novio, a quien ya no puedo aguantar más tiempo».

NICOLÁS. ¡Pajoles!

FERNANDITA. *Más muerta que viva.* «Ningún hombre tiene derecho a maltratarme; pero menos que ninguno el que quiere que yo sea su esposa».

NICOLÁS. ¡No paece sino que la trato a punteras! ¡Acabe usté ya de una vez, que luego va a tocarme a mí soltar la espita!

FERNANDITA. «Perdóneme usted. Don Pascual estoy bien segura de que me perdona y me felicita. ¡Me ha aconsejado tantas veces que mande a Nicolás a escardar cebollinos!».

NICOLÁS. ¡Hombre!

FERNANDITA. «¡Me ha preguntado tantas, entre bromas y veras, que si es cierto que lo amamantaron con vinagre!».

NICOLÁS. ¡Es muy gracioso don Pascual!

ADORACIÓN. La grasia andalusa, que se pega.

FERNANDITA. «Adiós, amiga y madre mía. Si la gratitud es una oración, mientras yo viva llegará al cielo la que a usted le consagro. —Blanca.— P. D. Rompa usted esta carta, por lo que más quiera, no se entere de las cosas que digo de él, *Alcaparrón*».

La consulesa se queda como el mármol.

NICOLÁS. ¡Pajoles! ¿Pitorreo también a última hora? ¡Eso le demostrará a usté que está tranquila; que ha escrito la cartita como quien se bebe un vaso de agua; que to es una comedia na más!

FERNANDITA. Cálmese usted…

NICOLÁS. ¡No puedo! ¡De más sabía yo que ésa ni quié a su madre, ni me quié a mí, ni la quié a usté, ni quié al gato! ¡*Alcaparrón*! ¡Ya te daré yo a ti *Alcaparrón*; no te figures que te vas a ir de rositas! ¡Ahora mismo me planto en la casa y armo allí el gran tiberio!

FERNANDITA. Por Dios, Nicolás, yo le suplico a usted que no vaya; que olvide; que procure serenarse a lo menos…

NICOLÁS. ¡A usté también se te pasea el alma por el cuerpo, señora! ¿Me vi a cruzar de brazos? ¡A saber si to esto no ha sío un enjuague fraguao por las dos!

FERNANDITA. ¿Qué está usted diciendo? ¡Esto no es más que el resultado de ser usted un erizo! ¡un puercoespín!

ADORACIÓN. ¡Er resurtao de tené por novio un molíniyo de café!

FERNANDITA. ¡Eso! ¡Entraba usted rabiando y salía rabiando! ¿Es que yo no he visto a la muchacha llorar y renegar de su suerte por causa de usted?

ADORACIÓN. ¿Y yo, no la he visto?

NICOLÁS. ¡Usté a sus rosquetes, señora! ¡A usté nadie la da vela en este entierro!

ADORACIÓN. ¡Me la tomo yo!

FERNANDITA. No grites, mujer. A él no le digo nada porque es inútil.

NICOLÁS. ¡Y tanto! ¡La pava e la señora!… ¡Así que el caso es pa hablarlo en secreto! ¡Los sordos van a oírme! ¡Desde aquí van ustés a escuchar el escándalo! ¡Eso, no! Tomarle el pelo a Nicolás Esparraguera, no.

¡Tengo yo los pantalones muy bien puestos! ¡Mañana salgo en la Prensa gráfica! *Tropezando con don Pascual, que llega en este instante por la puerta de la derecha.* ¿Adónde va usté?

DON PASCUAL. ¡Vengo a mi casa, amigo mío!

NICOLÁS. ¡Pues le advierto a usté que motes no se los aguanto ni a mi padre! ¡Abur! *Vase disparado.*

DON PASCUAL. *Perplejo.* ¿Qué pasa? ¿Qué le ha ocurrido a *Alcaparrón*?

FERNANDITA. ¡Ay, Pascual; no sabes! ¡Qué disgusto! Blanca me dice en esta carta que se vuelve a casa de su madre porque no puede aguantar más al novio.

DON PASCUAL. ¿Y a eso le llamas tú un disgusto? ¡Estáis de enhorabuena las dos! ¡La determinación de Blanca merece un premio!

ADORACIÓN. ¡Verdá que sí!

DON PASCUAL. ¡Con decirte que yo mismo, por no oírlo más, me iba a ir a vivir a una fonda hasta que se casaran!…

FERNANDITA. No lo eches a broma, por Dios… ¡Ay, Dios mío! ¡Qué nerviosa me ha puesto ese mamarracho! ¡Ay, Dios mío!

DON PASCUAL. Tranquilízate, Fernandita, que no vale la pena.

ADORACIÓN. Tranquilísate tú, sor de España.

FERNANDITA. Yo voy a llegarme ahora mismo a casa de Blanquita.

DON PASCUAL. Tú no te mueves ahora de aquí.

FERNANDITA. Si estoy en ascuas, Pascual de mi vida.

DON PASCUAL. Pues no hay motivo alguno. A casa de Blanca iré yo en todo caso.

ADORACIÓN. O iré yo. No te apures tú, no te apures.

DON PASCUAL. Y aprovecha la lección, si puedes.

ADORACIÓN. Eso es lo que tiene que hasé: aprovecharla, aprovecharla. Miste, don Pascuá, se lo tengo dicho: que socorra a to er mundo, porque es su

condisión, sea de Arfaqueque, sea de Londres, pero tos los socorros der portón pa fuera: en su casa no debe meté a nadie, a nadie, a nadie.

Don Pascual. A nadie; estoy de acuerdo.

Adoración. ¡Ni a tomá er desayuno!

Don Pascual. ¡De acuerdo!

Adoración. ¡Ya sabe usté por dónde voy!

Fernandita. Yo de Blanquita no me puedo quejar: es un pan del cielo. Más calladita y más prudente… Y siempre dispuesta a darme gusto; en mis pensamientos leía.

Don Pascual. ¡Pero tiene un novio que no sabe leer!

Adoración. Justo, justo. Los huéspedes, de una manera o de otra, siempre traen berrenchines, siempre traen berrenchines. ¿No ves tú que yo, cuando Carreño estaba empleao, he sío también una mijita consulesa? Un chasco nos pasó una vez que es pa contarse. No se me orvida. Luego nos reímos; pero nos dió una temporaíta de vaya usté con Dios. Figúrese usté, don Pascuá, que una noche, cuando íbamos ya a serrá la puerta, se nos presenta la muchacha toa soliviantá, anunsiándonos la visita de un cabayero misterioso. *Don Pascual y Fernandita prestan gran atención al relato.* Nos queamos cuajaos; y antes que resorviéramos si entraba o si no entraba, se cuela de rondón sin permiso de nadie con la capa arrastrando, se hinca de rodiyas delante e mí, me agarra las manos, me las besa…

Fernandita. ¿Qué?

Don Pascual. ¿Qué?

Se miran los cónsules comunicándose su asombro.

Adoración. Y me pide por su madre, y por sus hijos y por tos los santos der sielo, que lo esconda en mi casa aqueya noche. ¿Tú sabes quién era? Si tú lo debes de conosé, por lo menos de nombre. Un gorfo, un tronera, una bala perdía, que vive a la que sarta: el hijo de Carlota Portiyo: Felipe Rivas. ¡De Arfaqueque!

Fernandita. *Turbadisima.* ¡Ah!… Felipe Rivas…

Adoración. ¿Lo conoses?

Fernandita. Sí… poco…

DON PASCUAL. Poco… muy poco; pero lo conoce. Siga usted con el cuento.

Fernandita se levanta azorada y le arranca maquinalmente una hoja al almanaque. Don Pascual se hace cargo de la situación y la explota con zumba graciosa.

ADORACIÓN. Usté verá, usté verá; se oye y no se cree.

FERNANDITA. ¿Sí?

DON PASCUAL. ¿Lo ampararon ustedes aquella noche?

ADORACIÓN. ¡Claro! ¿Qué íbamos a haserle? Y eso que Carreño no quería.

DON PASCUAL. ¡Caramba! ¡Carreño no quería! ¿Oyes Fernandita? ¡No quería Carreño! ¡Carreño no quería!

FERNANDITA. Ya, ya lo he oído. No quería Carreño…

DON PASCUAL. Carreño no quería…

ADORACIÓN. No, no quería. Pero de pronto le dió un desmayo…

DON PASCUAL. ¿A Carreño?

ADORACIÓN. ¡Al otro! Y no hubo más remedio que conformarse.

DON PASCUAL. ¿Conque le dió un desmayo y todo?… ¿Te enteras, Fernandita? ¡Le dió un desmayo!

FERNANDITA. Sí… me entero, sí… No soy sorda… *Mira a don Pascual hecha una brasa y se abanica nerviosamente.*

ADORACIÓN. ¡Y no quieran ustés sabé la cola que trajo aqueya nochesita! ¡Por ablandarme yo!

DON PASCUAL. ¡Por ablandarse ella!

ADORACIÓN. ¡Un mes entero tuvimos ar señorito en nuestra casa!

DON PASCUAL. Nos faltan diez días.

ADORACIÓN. ¿Cómo?

DON PASCUAL. No… nada… no… Y ¿no había manera de echarlo?

ADORACIÓN. No había manera, no había manera; ca día inventaba un embolismo nuevo. Y como desde er prinsipio nos metió en la cabesa que si lo descubríamos lo íbamos a perdé y ya lo teníamos encubierto, ¡pos éramos

cómplises suyos! ¡Y en cuanto yegaba arguien de la caye, el hombre aqué a su madriguera! ¡Y nosotros los primeros a esconderlo! ¡Paresíamos ladrones! Y así un mes.

La consulesa, con la misma inconsciencia que arrancó la hoja del almanaque, se ha puesto a golpear en un timbre que hay sobre el velador.

DON PASCUAL. ¿A quién llamas tú tanto?

FERNANDITA. A nadie… a nadie… Ha sido sin querer… A nadie… *A Alberta, que asoma en la puerta de la derecha y se va en seguida.* No es nada, Alberta.

DON PASCUAL. ¡Vaya con el trápala del mozo!

ADORACIÓN. De eso no pué usté formarse una idea.

DON PASCUAL. Quizás sí. ¿Verdad, Fernandita?

ADORACIÓN. Juraba por sus hijos y luego resurtaba que les desía sus hijos a sus versos.

DON PASCUAL. ¡Qué ardid tan ingenioso!

Fernandita le arranca otra hoja al almanaque.

ADORACIÓN. Porque es poeta. ¡Y más enamorao que un mico!

PON PASCUAL. ¿Ah, sí?

ADORACIÓN. ¡Uh! Enamoró a mi hija Salú, a una vesina der segundo, a otra der tersero, a la criada… Un mico, un mico.

PON PASCUAL. ¿Hola?

Fernandita, de puro turbada, se da ahora a la tarea de desordenar todos los muebles, imaginando que los arregla.

ADORACIÓN. Y entérese usté de otra grasia. Salía por las noches disfrasao, y cuando vorvía a recogerse siempre nos traía un regalito, pa probarnos su agradesimiento. A nosotros se nos caía la baba; es claro.

PON PASCUAL. ¿A Carreño también?

ADORACIÓN. ¡También!

PON PASCUAL. No hay dos hombres iguales.

ADORACIÓN. O durses, o flores, o pájaros, o libros… ¡Hasta nos regaló un cuadro al óleo! *El matrimonio instintivamente mira al cuadro nuevo.* Y

ayá va er gorpe: cuando se fué de casa, prinsipiaron a yegá las cuentas de to lo que nos había regalao: las flores, los durses, los pájaros, los libros… ¡To lo había comprao a nombre de Carreño! Por poquito nos arruina.

Fernandita. ¡Ay, Dios de los cielos! *La emprende con furia con las hojas del almanaque, como si quisiera mondarlo.*

Pon Pascual. ¿Tienes interés en que pase el mes pronto, verdad?

Fernandita. ¿Eh?… ¿Qué?… No… no estoy aquí… Dispénsame tú, Adoración… No estoy aquí… Estoy pensando en Blanca… la pobre…

Pon Pascual. Y, diga usted, Adoración: ¿volvió usted a saber de ese peine?

Adoración. Creo que se fué a América; no estoy segura. Lo que sí supe es que había hecho lo mismo en tres o cuatro casas. ¿Qué le parese a usté? Un fresco, un fresco… ¡Un modo de veraneá como otro cuarquiera!

Don Pascual suelta la carcajada.

Fernandita. *Afligidísima.* Bueno, sí… Adoración… yo aprovecharé la experiencia… Déjalo ya… Te lo ruego… Y hazme el favor de llegarte a buscar a Blanca… y tráeme noticias cuanto antes.

Adoración. ¡Ahora mismo, hija mía! ¿Qué tengo yo que hasé más que lo que tú quieras? Ahora mismo, ahora mismo… Cármate tú. ¿Quiés que te haga una tasita de tila en un momento?

Fernandita. No, no… si estoy bien…

Adoración. ¡Mi sangre que tú necesitaras te daría! ¡Mi sangre, mi sangre! *La besa ardientemente.* ¡Ya estoy aquí con notisias de Blanca!

Fernandita. Sí, sí; ve en seguida…

Adoración. Y tenlo muy presente, por Dios: tos los favores der portón pa fuera, der portón pa fuera, der portón pa fuera. *Se va presurosa por la puerta de la derecha.*

Pausa. Don Pascual mira a Fernandita sonriendo con aire de burla.

Don Pascual. ¿Ves, Fernandita; ves?

Fernandita. No me digas nada, no me hables… ¿Te ríes?

Don Pascual. Y ¿qué he de hacer sino reírme? El caso es bien chusco.

FERNANDITA. Déjame… calla… que yo estoy para echarme a llorar. ¡Qué desengaño! ¡Qué comedia! ¡Qué trapisondista más grande, señor!… Sí, sí, Pascual, ríete de mí. Lo merezco, por tonta. Soy tonta, Pascual mío; soy tonta. ¿Verdad que soy tonta?

DON PASCUAL. Si tienes mucho empeño…

FERNANDITA. Pero ¿cómo podía yo imaginarme?… Hijo de mi mejor amiga… tan listo, tan simpático… con tan buena conversación… ¡de Alfaqueque!… ¡Nada he hecho nunca con más cariño que ampararlo, y ya ves… ya ves!… Soy tonta… Y a mis años ya no tiene esto arreglo… ¡Tonta de capirote! ¡La tonta de Alfaqueque!

Éntrase por la puerta de la izquierda, llorando.

DON PASCUAL. ¡Pobre consulesa! ¡Se le vuelven picaros o gorrones las glorias de su pueblo! ¡Cualquiera le quita el amargor de este último lance!… En fin, ya pasará. Fortuna, a pesar de las lágrimas, que Adoración haya roto el velo.

Llegan por la puerta de la derecha Noblejas y Virginia: el uno, grave y respetuoso: la otra, dolorida y triste, por primera vez desde que tenemos el gusto de ser sus amigos.

NOBLEJAS. ¡Oh! ¡Mi señor don Pascual!

DON PASCUAL. Buenos días, Noblejas.

NOBLEJAS. Celebro grandemente encontrar a usted.

VIRGINIA. *Con voz de canario herido en la patita.* Don Pascuá.

DON PASCUAL. ¿Eh?

VIRGINIA. Don Pascuá.

DON PASCUAL. ¿Es a mí? ¿Qué quieres?

VIRGINIA. ¿Sabe usté dónde está la señora?

DON PASCUAL. ¿Quién?

VIRGINIA. La señora.

DON PASCUAL. No te oigo, hija mía.

VIRGINIA. Es que no me sale la voz.

DON PASCUAL. ¿Cómo?

VIRGINIA. La voz, la voz, que no me sale.

NOBLEJAS. Que no le sale la voz, don Pascual.

DON PASCUAL. Y ¿por qué no le sale?

VIRGINIA. ¡Por la fuersa er dijusto, don Pascuá! ¡Por la fuersa er dijusto! ¡Qué desengaño tan crué!… ¡Er mayó de mi vida!

DON PASCUAL. ¿Qué dices?

VIRGINIA. ¡Yo nesesito desahogarme con la señora!

DON PASCUAL. ¡Pues anda, que en su tocador has de encontrarla seguramente!

VIRGINIA. ¡Ay, don Pascuá! ¡Qué infamia! ¡qué infamia de hombre! No me sale la voz, don Pascuá; no me sale la voz… no me sale… no me sale…

Vase por la puerta de la izquierda gimoteando, sin conseguir que la voz le salga.

DON PASCUAL. ¿Usted sabe, querido Noblejas, a qué se debe esta afonía?

NOBLEJAS. Don Pascual… señor don Pascual… me coloca usted en un potro… No estoy autorizado… Solamente, valiéndome de muy discretos eufemismos, podría yo…

DON PASCUAL. ¡Pues válgase usted de ellos!

NOBLEJAS. La muchachita ha subido a casa a hablar con Paloma.

DON PASCUAL. ¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Torpe de mí! Andará en el ajo el señorito del gabinete, ¿no es verdad? *Noblejas se queda estupefacto.* Estoy enterado de cuanto ocurre. Fernandita no iba a contarme nada; pero todo me lo contó de aquí a la iglesia.

NOBLEJAS. ¡Cómo me descarga esa revelación!

DON PASCUAL. Que sea enhorabuena, querido. Y ya sospecho el origen de la pérdida de voz de nuestra doncellita. ¿De seguro la ha galanteado a la vez que a Paloma?

NOBLEJAS. Cabal.

DON PASCUAL. Bien; pues, por lo que toca a su hija de usted, va usted a subir a decirle de parte mía que le devuelva las tres cartas consecutivas al galán, y que no incurra en el candor de mirarlo más a la cara, porque es un redomado sinvergüenza.

NOBLEJAS. Temo… temo que tampoco me salga la voz.

DON PASCUAL. Pues dígaselo usted por señas. Y sin perder minuto.

NOBLEJAS. Sí, señor; en el acto. Que le devuelva todas las cartas a ese caballero, porque… —y que mis palabras no lo ofendan— es un sinvergüenza redomado.

DON PASCUAL. Ni más ni menos.

NOBLEJAS. Se va a quedar la chica viendo visiones, con permiso de usted.

DON PASCUAL. ¡Y voy yo a averiguar si ya le ha salido la voz a la otra! ¡O a lograr que le salga y cante clarito!

Éntrase por la puerta de la izquierda.

NOBLEJAS. *Meditando sobre la instabilidad de las cosas humanas.* ¡Pobre lechera!

¡Adiós huevos, lechón, vaca y ternero!

¡Adiós, versos… adiós, gloria… adiós, calle… adiós, estatua en Alfaqueque!… ¡Ay!

Cuando va a marcharse por la puerta de la derecha, aparecí Blanca, inquieta y recelosa, y con ella se cruza.

BLANCA. Buenos días, señor don Salustiano…

NOBLEJAS. *Inclinándose cortesmente. A* los pies de usted señorita Blanca.

Vase todo mustio a herir en el ala a su paloma.

BLANCA. ¡Bonita cara llevaba mi galán!… ¿Qué habrá pasado?… Me lo figuro, por supuesto… ¿Será verdad que estoy ya libre de él? *Mira hacia la puerta de la izquierda.* ¡Ah! ¡Fernandita! Me ha visto. Aquí viene.

En efecto, sale Fernandita, con el asombro pintado en el rostro.

FERNANDITA. ¡Blanca! ¿Tú?

BLANCA. Yo, sí; yo misma.

FERNANDITA. Pero ¿cómo estás en mi casa? ¿No te habías ido a la de tu madre?

BLANCA. No, señora.

FERNANDITA. ¿Qué no? ¿Entonces, esa carta tuya…?

BLANCA. En mi carta hablé de la casa de mi madre para que no pensara usted nada malo de mí… y porque aquél es el único sitio adonde seguramente no va Nicolás.

FERNANDITA. ¿No ha de ir, inocente? ¡Allá se encamina ahora, hecho un basilisco!

BLANCA. Sí, pero no entra. Le teme a mi padrastro. Yo he estado con la vecina del entresuelo mientras ha descargado la nube.

FERNANDITA. ¡Ah! ¿Te fuiste al entresuelo?

BLANCA. Y por la mirilla vi primero subir a Nicolás, y al ratito lo he visto bajar, ¡gruñendo unas cosas!…

FERNANDITA. ¡Pues no son más que un resto de las que me ha soltado a mí! ¿Qué te has propuesto con esta intriga?

BLANCA. Acabar con él. Usted me perdone el mal rato. Para acabar con él, Fernandita, no bastaba que yo lo despidiera. Lo he hecho más de una vez inútilmente. Era preciso un medio anormal, imprevisto, que le demostrara claramente mi desdén, mi cansancio, mi hastío, mi aborrecimiento…

FERNANDITA. ¡Muy bonito! ¡Y me echaste a mí el muerto encima! Barquero, yo me voy en su barca; pase usted nadando el arroyo. Las impertinencias, las palabrotas, las groserías de tu novio era yo la llamada a sufrirlas porque tú te libraras de él, ¿no es eso? ¿Era yo la que debía ponerse colorada?

BLANCA. Discúlpeme usted, Fernandita. No he querido enojarla a usted. Creí que usted sería la primera en alegrarse… ¡Es usted tan buena!…

FERNANDITA. ¡Claro! Soy tan buena —¡ya pareció la muletilla!— soy tan buena… que todos tenéis derecho a agotar mi bondad. No soy buena; soy

tonta.

Blanca. ¿Llora usted?… ¡Cómo me decía a mí el corazón que no hacía bien en lo que hacía!

Fernandita. ¿Por qué lo hiciste entonces? *Blanca no contesta.* ¿Por qué lo hiciste? Di.

Blanca. Lo confesaré todo.

Fernandita. Pues ¿qué más hay?

Blanca. Hay… quien me ha aconsejado y me ha instado con palabras muy persuasivas para que dé este paso…

Fernandita. *Vislumbrando casi la verdad.* ¿Qué dices?

Blanca. Lo que usted oye, Fernandita.

Fernandita. *Aludiendo a Felipe.* ¿Ese hombre?

Blanca. Sí.

Fernandita. *Aterrada.* ¡Virgen de las Medallas!

Blanca. *Con sobresalto.* ¿Qué? ¡Hable usted!

Fernandita. ¡Habla tú! Ese hombre…

Blanca. Ese hombre… Felipe… Pero ¿por qué lo ha nombrado usted con terror?

Fernandita. No te importa. Habla, confiesa, di. ¿Cuándo has visto a Felipe que no haya estado yo delante? ¿Qué es lo que adivino en todo esto?

Blanca. No, no es nada indigno, Fernandita. No tema usted… Felipe, a quien mi situación en esta casa y mi vida interesaron vivamente, ha sabido hallar ocasiones en que hablarme a solas… La noche en que usted estuvo malucha y yo velé un rato; una tarde en que fueron ustedes el teatro y yo me quedé; algún domingo cuando han salido a misa… Y siempre, en todo momento, su tema ha sido que yo rompiera con Nicolás, que era indigno de mí, que me haría desgraciada. ¿No había de escuchar esto con encanto mi corazón, si hasta que lo he oído a él no he podido creer en la ternura de los hombres? Esta simpatía nos ha llevado a charlar y a charlar, comunicándonos como dos presos, y a desear cada día con mayor anhelo la ocasión de la charla…

FERNANDITA. Sigue.

BLANCA. Felipe, ya lo comprenderá, ha sido el instigador de esta decisión mía que ha causado —y bien que siento— el enojo de usted. Pero usted, al oírme nombrarlo ha abierto los ojos con terror y me ha contemplado como con lástima… ¿Qué es esto? Haya detrás de ello lo que haya, yo le suplico a usted que si algo malo no me lo diga todavía… ¡Déjeme en el engaño unos días siquiera! ¡Consiéntale a mi corazón el recreo de gozar de unas ilusiones… que apenas han nacido en él!

FERNANDITA. ¡Ah, no! ¡Yo te hablo claro; a mí no me gustan tapujos! Yo te digo ahora mismo quién es Felipe, lo que sé de Felipe, lo que ha hecho Felipe, cómo es Felipe.

BLANCA. Por bueno lo tengo, cuando usted lo ha acogido en su casa; cuando usted se ha hecho lenguas de él en muchas conversaciones conmigo…

FERNANDITA. *Turbada.* Sí; pero… pero… Yo, Blanquita… Desde el punto y hora en que él se fija en ti… No es lo mismo hablar en general… ¿tú comprendes?… Yo debo… Tu madre… Felipe…

BLANCA. *Con angustia.* Felipe… ¿qué? ¡Por Dios, señora! ¿Qué esconden esa turbación y ese disimulo?…

FERNANDITA. *Conmovida ante la dolorosa angustia Blanca.* No… nada… Sosiégate. Felipe es bueno. Llámalo.

BLANCA. ¡Sí! ¿No me engaña usted?

FERNANDITA. No te engaño. Es bueno. Llámalo. Dile que venga, que lo espero yo.

BLANCA. ¡Sí; sí!

V ase por la puerta de la izquierda.

FERNANDITA. *Consternada.* ¡Qué mentira decirle que es bueno!… Pero ¿quién le dice ahora lo que es? La Virgen nos ayude.

A guarda en silencio a que Felipe llegue. Éste viene a poco con Blanca por donde ella se fué.

FELIPE. ¿Qué me quiere usted, Fernandita?

FERNANDITA. Déjanos, Blanca.

Blanca. Sí, señora. *Mira a Felipe y se va por la puerta de la derecha.*

Felipe. ¿Qué me quiere usted?

Fernandita. *Después de contemplarlo con indignación.* Tantas cosas tengo que decirte, que no sé por cuál empezar. Si fuera hombre no lo habría dudado un momento.

Felipe. ¿Cómo?

Fernandita. ¡Porque habría empezado pegándote de bofetadas!

Felipe. ¡Señora!

Fernandita. ¿Te sorprendes?

Felipe. Pues ¿qué he hecho yo para merecer…?

Fernandita. ¿Qué has hecho? Mentir, engañarme, ofenderme; burlarte de lo que más quiero.

Felipe. ¿Yo?

Fernandita. ¡Tú!

Felipe. Nada más lejos de la verdad, Fernandita.

Fernandita. No te defiendas, porque estás descubierto, Felipe. Una pobre mujer, que no fué tan pobre en otros tiempos, nos ha dicho que también en su casa y en otras representaste esta burda comedia de tus persecuciones y malaventuras con que has sorprendido mi buena fe. *Felipe se turba.* Eres un hipócrita, un farsante, un desalmado. ¡Y con quién has venido a portarte así! ¡Con quien te abrió los brazos en nombre de tu madre; con quien, al oírte hablar de tus trabajos y de tus ilusiones, casi sentía no ser ella misma!

Felipe. Señora…

Fernandita. ¿Qué vas a contestarme?

Felipe. ¿Usted cree que yo puedo escucharla con indiferencia? Ya sé que he hecho mal…

Fernandita. ¡Muy mal!

Felipe. ¡Muy mal! Ya lo sé. Pero esto también tiene su historia. Le juro a usted que cuando vi la casa en que daba, lamenté haberme valido del mismo engaño que en otras para entrar en ella; pero ya el mal estaba hecho… y temí,

si me metía a declarar la farsa, perder lo conquistado. ¡Me encontraba aquí tan a gusto!

FERNANDITA. ¡Qué desfachatez!

FELIPE. Óigame usted sin irritarse.

FERNANDITA. No podré, Felipe. Tendría que ser todavía más tonta de lo que soy.

FELIPE. Es mi última súplica, y usted, tan buena siempre, aunque yo sea el propio Lucifer en persona, debe atenderla.

FERNANDITA. Con tal de perderte de vista pronto… Habla.

FELIPE. *Expresándose con sincera naturalidad, con graciosa frescura.* Yo soy primero que nada un artista; un enamorado de mi arte: gozo trabajando. Soy poeta. Mi pluma, ni la prostituyo, ni la alquilo, ni la vendo. Quiere esto significar, entre otras cosas, que no gano una peseta con mi pluma. Y como necesito vivir, y no soy rico, pido a mi ingenio —que es mi único tesoro— la ayuda que él solo puede prestarme. Gracias a él, señora, como usted ve, paso algunas temporaditas tranquilo en honradas casas, serenando mi espíritu, depurándolo en la lectura de los maestros y afinándolo en la propia creación artística.

FERNANDITA. ¿Te burlas? ¿Te diviertes conmigo?

FELIPE. ¡Qué disparate, señora mía! Nunca le he hablado a nadie con más sinceridad; lo que hago ahora mismo es abrirle a usted las puertas de mi alma. A mí me asquean los cafés y los cenáculos literarios, donde los artistas se pervierten y se envenenan. La casa de huéspedes, llena de picaros y de estudiantes escandalosos, mal ventilada, fría, es cien veces peor que el café. Yo no sé trabajar allí. Yo necesito, para producir, de hogares honrados, apacibles. La prueba es que en una de esas casas a que ha aludido usted escribí un drama que me hará famoso cuando se represente, y aquí escribo un poema que estimo como la más delicada de mis inspiraciones.

FERNANDITA. Calla, cállate ya, enredalaguita, mala persona, embustero.

FELIPE. ¡Oh, Fernandita! No puedo callarme. Esto que ahora se le figura a usted la salida cínica de un calavera o de un truhan, cuando yo sea un poeta

glorioso se comentará como rasgo originalísimo de mi vida. «Entraba en las casas así, dirán mis biógrafos, valiéndose de tales ardides, para vivir sin curarse de la prosaica busca del pan de cada día y escribir con toda espontaneidad y pureza: como cantan los pájaros».

FERNANDITA. Mira, Felipe, no continúes, que me faltará la paciencia de oírte. Márchate de mi casa pronto. ¡Un poema escribes en tu encierro! ¿verdad? ¿No serán cartas a Palomita la vecina de enfrente?

FELIPE. ¡Ah! ¿también sabe usted?…

FERNANDITA. Lo sé ya todo. Como sé también lo de Virginia y lo de Blanca.

FELIPE. ¡Por Dios! ¡No confundamos! Lo de Blanca…

FERNANDITA. ¡Y lo de Virginia!

FELIPE. ¡No confundamos! Atiéndame usted por lo que más quiera. Yo, además de un poeta, y quizás por lo mismo, o sin quizás, soy fundamentalmente un amoroso.

FERNANDITA. ¡Tú eres un sinvergüenza!

FELIPE. ¿Por qué? Soy un amoroso. Toda mujer que no lo tiene sueña con el amor. Pues bien: yo, a cuantas miro, les infundo la grata ilusión de que el amor toca en sus cristales.

FERNANDITA. ¡Bah, bah, bah! ¡Llamas ser amoroso a ser un libertino sin escrúpulo!

FELIPE. ¿En dónde está el libertinaje, señora? Yo a ninguna mujer engaño; a ninguna le prometo nada; no hago más que mostrarles la luz del amor como reflejada en un espejo. Veo en su ventana a Paloma, y la hago soñar con el caballero desconocido que le dice cosas inauditas. Contemplo a Virginia, que es preciosa siempre y más preciosa cuando me entra por las mañanas el chocolate, y alimento sus picantes fantasías de grandezas mundanas, y la hago dichosa también.

FERNANDITA. ¿Y Blanca? ¿Ni Blanca merece tu respeto, Felipe? ¿Con qué podrá disculpar tu ingenio, por hábil que sea, el haber trastornado el corazón de una muchacha como Blanca? ¿No te parece a ti que en este caso apenas hay diferencia alguna entre un malvado y un amoroso? Contesta.

FELIPE. Ya le he dicho a usted antes que no confundiese. De Blanca estoy enamorado, Fernandita.

FERNANDITA. ¿Tú? ¿Enamorado tú?

FELIPE. ¡Yo! ¡Y la quiero!

FERNANDITA. ¿Que la quieres, dices?

FELIPE. Y ya le he dado la mejor prueba.

FERNANDITA. ¡Enamorando a otras!

FELIPE. No, señora; alejándola de un hombre que la haría infeliz. Lo que usted, con todo su cariño, no había ni siquiera intentado.

FERNANDITA. ¿Me vas a decir que yo no la quiero?

FELIPE. Le digo a usted cuánto la quiero yo. Fernandita, haga un supremo esfuerzo, y préstele a su espíritu, para oírme ahora, esa dulce y bondadosa calma que es su estado normal.

FERNANDITA. No debía; pero… Ya te oigo.

FELIPE. Yo me voy hoy mismo de esta casa, donde dejo un amor… del que tal vez espero la transformación de mi vida. Me lo dice una palpitación no sentida nunca en mi pecho. Blanca la ha causado. Aquí queda ella, que al marcharse ahora me ha suplicado con los ojos. Algún día escribiré el poema de esa mirada. Usted ejerce sobre Blanca decisiva influencia: si usted le dice que me quiera, me querrá; si usted le dice que no lo merezco, aunque ella lo dude, procurará olvidarme. A su conciencia dejo lo que ha de decirle, sabiendo lo que Blanca puede ser para mí. No olvide usted que aun al hombre más pervertido, y yo no lo estoy, puede haber una mujer que lo salve.

FERNANDITA. *Enternecida; inclinándose al convencimiento.* Felipe…

FELIPE. Esto es todo. Ahora buscaré a don Pascual y le pediré mil perdones.

FERNANDITA. Felipe… me haces vacilar, no te lo niego. ¡Qué sé yo!… No sé si es que el creerte me halaga en algo muy íntimo… muy de las entrañas, o que en rigor me dices verdad… En todo caso, de tu comportamiento dependerá el mío… Pero si lo que me has dicho fuera cierto y no un nuevo engaño, si tú hubieras hallado en Blanquita, y entre estas

paredes de mi casa, la salvación de tu vida aventurera y sin juicio, ¿por quién crees tú que se cambiaría la consulesa de Alfaqueque?…

Felipe. ¡La consulesa de Alfaqueque!… ¡Cuánto te debo ya, Fernandita!… ¡Cuánto espero deberle aún! ¿Quién, sino ella, con su perenne amor al rincón donde vió la luz, me ha inspirado, me ha dictado casi al oído, el poema que estoy escribiendo en mi encierro?

Fernandita. ¿Eh?

Felipe. ¡*Alfaqueque*!

Fernandita. *Temblorosa de pura emoción y alegría.* ¿*Alfaqueque* se titula tu poema?

Felipe. ¡*Alfaqueque*! ¡Y en la primera página irá el nombre de usted como blasón del libro!

Fernandita. ¡Felipe!

Felipe. Usted, Fernandita, sin darse cuenta de ello canta ese poema en su vida… Ha bastado que un poeta viva al lado de usted para que tome forma… La primera tierra que pisaron nuestros pies vacilantes… las primeras campanas que nos despertaron alegres… el azul del primer cielo que vieron nuestros ojos… el primer cementerio que nos dió miedo al pasar junto a él… En el amor de todo esto, en la íntima emoción con que lo evocamos, veo yo como el germen como la condensación del amor más grande de la patria…

Fernandita. Pero ¿no me estás engañando, Felipillo?

Felipe. Señora, yo a usted no soy capaz de engañarla ya nunca… *Rompe a declamar con fogoso entusiasmo, que electriza a la consulesa.*

Ni lo que pué me arredra, ni el porvenir me espanta;
no sé más que hacer versos, y pues que más no sé…

Fernandita. ¿Así principia tu poema?

Felipe. Así.

Mientras en pie me tenga, con voz en la garganta,
mis versos a mi patria y a Dios consagraré.

Fernandita. ¡Qué bonito!

Felipe. Esto es de Zorrilla. Es el lema con que lo encabezo. El poema empieza de este modo:

«Ni el esplendor de los palacios,
ni de los héroes las leyendas,
ni de los mares las borrascas,
ni de las cumbres la grandeza
canta hoy mi musa…
¿Qué la atrae?
¿qué la cautiva? ¿qué la inquieta?
Busca un ensueño candoroso:
quiere un perfume de inocencia.
Camino va de aquellos huertos…»

Sale por puerta de la derecha Blanca, curiosa. Fernandita, que es toda atención, le impide que hable.

Blanca. Fernandita…

Fernandita. Calla.

Blanca. ¿Qué?

Fernandita. Calla; escucha.

Felipe.

«… camino va de aquella vega,
que mi niñez embelesaron;
donde soñó mi adolescencia…»

Por la misma puerta que Blanca llega súbitamente Adoración, la cual no puede reprimir su asombro ante el cuadro que halla.

Adoración. Ya estoy aquí, ya estoy aquí… ¿Eh?

Fernandita. ¡Déjate ahora!…

Felipe. ¡Ah! ¡Ésta ha sido la que me ha delatado!

Fernandita. ¡Sigue tú!

Adoración. Pero ¿qué ven mis ojos?

FERNANDITA. Ya te enterarás. ¡Sigue tú! *A Blanca, que está absorta.* No hables tú tampoco.

FELIPE. *Continuando su recitación.*

> «Pardo castillo que ruinoso
> canta las glorias agarenas;
> callado río cuyas aguas
> sus carcomidas plantas besan…»

Don Pascual ha salido por la puerta de la izquierda y se ha quedado frío. Fernandita al verlo lo manda callar con un ademán, y le dice quedito estas tranquilizadoras palabras.

FERNANDITA. ¡Ssss!… ¡Es un canto a Alfaqueque!

DON PASCUAL. *Santiguándose.* ¡Hágase la voluntad de Dios!

Felipe, dueño ya del campo, sigue recitando sus versos. Fernandita y Blanca lo escuchan conmovidas; Adoración se pellizca porque cree que sueña; don Pascual sabe que está despierto.

FELIPE.

> «Plaza que un tiempo fuiste heroica;
> calles tranquilas y desiertas;
> casas alegres, bellas casas
> donde el amor clavó las rejas:
>
> no me paréis con vuestro encanto:
> no me pidáis que me detenga
> voy a la casa en que he nacido…».

DON PASCUAL. ¡Me parece muy bien!

FERNANDITA. *Entre lágrimas.* ¡Silencio!

DON PASCUAL. Dispensa, Fernandita.

FELIPE. *Volviendo a coger el hilo.*

> «No me paréis con vuestro encanto…»

En este instante acierta a asomar por la puerta de la izquierda la desengañada Virginia, con más voz que se fué, pero todavía sin la suya.

VIRGINIA. Don Pascuá…

TODOS. *Imponiéndole a una silencio, cada cual conforme a su humor y carácter.* ¡Sssschsss! *Virginia queda sobrecogida. Felipe termina la interrumpida estrofa.*

FELIPE.

«… no me pidáis que me detenga:
voy a la casa en que he nacido,
donde hay un beso que me espera.

¡Santo rincón!… Yo, que ambiciono
patria más grande que la tierra,
me acojo a ti, como en el cielo
miro entre miles a una estrella.»

Cae el telón interrumpiendo a Felipe, que parece dispuesto a recitar todo lo que lleva escrito de su poema.

FIN DE LA COMEDIA

CHIQUITA Y BONITA

MONÓLOGO

Estrenado en el TEATRO DEL DUQUE, de Sevilla, el 2 de mayo de 1914

A AMALIA DE ISAURA,
encantadora musa de lo pequeño,
sus más fervorosos admiradores,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

CHIQUITA Y BONITA

Salita modesta, limpia y bien arreglada, en casa de los padres de Antoñita, en Sevilla. Es de día.

Antoñita viene de la calle acongojada. Es una mocita lindísima, a quien le amarga la existencia su poca estatura.

ANTOÑITA. *Dirigiéndose desde la puerta de la habitación a la autora de sus días, que no sale.* Déjeme usté, madre; déjeme usté. ¡Zi es que quiero está zola; zi no quiero vé gente; zi quiero morirme esta tarde, antes que den laz Ánimas!… Déjeme usté, déjeme usté … *Sin quitarse el mantoncillo negro que trae puesto, se sienta con abandono en una silla y gimotea en silencio unos instantes.* Luego sigue hablando consigo misma. ¡Ay! ¡Pobrecita de mí! ¡Pobre Antoñita Valenzuela, que ez el hazmerreí de to er mundo en Zeviya! Dice mi madre que zoy tonta. Zí, zí, tonta. ¡A la más lista le doy yo lo que a mí me zucede! ¡Es mucha penzión! Me voy a encerrá en un convento. A la caye no zargo más, ni de noche. ¡O le escribo un pliego ar gobernadó pa que prohíba meterze con las mujeres! Yo azí no me queo. Y cuidao que a mí me gusta que me digan cozas, ziempre que zean decentes; ¡pero en cuanto me dicen argo de la estatura, ya estoy de mal humó! Y hoy paece que tos los zeviyanos ze han puesto de acuerdo. ¡Lo menos han zío ziete los que ze han metió con mi taya! ¡Hay que vé! ¡Ziete! Lo menos ziete. ¿Qué curpa tengo yo de zé tan chica? *Lloriqueando.* ¿Pos no me acaba de preguntá un mal ánge que zi duermo en la funda de unas gafas? ¡Qué gracioso! ¡Azí ze tenga é que zembrá de lentes las narices pa encontré un garbanzo que yevarze a la boca! ¡Pobre Antoñita Valenzuela! *Saca un pañolito muy chiquitín para enjugarse*

una lagrimilla. Miste qué pañolitos tengo que uzá. Obligá na más que por mi tamaño. Antes loz uzaba corrientes, como toas las mocitas. Hasta que me preguntó otro graciozo zi me acostaba en los pañuelos y me zonaba con las zábanas. ¡Pa matarlo! Me pongo nervioza, me vuelo con er dichozo tema. ¿Acazo zé chica ez un deferto, zeñó? ¿Quién lo ha inventao? *Suelta con vehemencia el mantoncillo.* Yo zoy chica, zí. Bueno; zoy chica. ¿Y qué? ¿Me farta a mí argo? ¿Es que me acabo en las rodiyas por cazualidá? ¡No, zeñó; que remato en los pies como toas las mujeres! *Patalea con gracia.* ¡Poz entonces! ¿Qué tienen tas demás que no tenga yo? ¡A vé! Zon ganas de meterze con una. ¡Vaya! Y aunque me yamen vanioza: más prefiero zé como zoy que tené la estatura de la vecina de ahí enfrente, que ez una fragata. ¡Tiende las medias en la azotea, laz hincha el aire y paecen *nazarenos*! ¿Dónde ze va a poné una mujé tan grande con una mujé chiquitita? ¿Dónde va a compararze una naranja mandarina con una calabaza roteña? Pero ze zufre mucho. Yo he yegao hasta tené cuestiones. Un día, en una fiesta, un borracho de ezos *canzinos* la tomó conmigo y to ze le vorvía repetirme: «¡Ay, niña, lástima y no tenga usté cuatro déos más!». ¡Y dale! Y «¡qué pena que no tenga usté cuatro déos más!». ¡Y vuerta! Y me lo repitió veinte veces, y a la veintiuna, der guantazo que le zorté ze le quitó la borrachera. Y le dije, digo; ¡pa que vea usté cómo no necezito cuatro déos más, que con estos cinco tengo bastante! Ze zufre, ze zufre. Lo que más me enrabia zon tas cozas que tocan ar corazón. Yo me enamoré ciega de un hombre y ér de mí, y no pudimos arreglarnos. Es verdá que ayí ze juntaron mi farta y la zuya. Él es el hombre más largo que yo me he echao a la cara; duerme enroscao, como los *calentitos*. Cuando hay luminarias en los barcones taz apaga zoplando. Está en Telégrafos, y arregla loz alambres zubío en una ziya. ¿Por qué pazará que toz estos gigantes ze pirran por taz arveyanas como yo? Bueno, pos nos citamos en la Alamea pa hablá de lo nuestro, y fué un pazo. Nunca nos habíamos visto cara a cara. Er ze ponía… *Inclinándose como para hablar con alguien que levantara una cuarta del suelo.* «Miste, Antoñita, me gusta usté desde que la conozco…». Y yo… *Elevando la cabeza como si se dirigiera a quien estuviese en la copa de un árbol.* «Miste, Rafaé, usté también a mí me es mu zimpático…». *En esta forma, repitiendo estos movimientos, finge un diálogo con Rafael.* Y é: «Me corma usté tas medías, Antoñita». Y yo: «No

digo más que lo que ziento, Rafaé». «Gracias, Antoñita. Ez usté un capuyito de oló que me tiene a mí dislocao». «¡Ay, Rafaé, y usté es la perzona máz amable der mundo!». «¿Qué zerá que esto de la zimpatía…?». «¿Qué zerá?». «¿Quié usté escucharme un zecretito…?». «¿Cómo ha dicho usté?». «¿Le molesta a usté el humo?». «Er de tas chimeneas, no, zeñó». Y azí zeguimos media hora. A mí ya me dolía la *nunca* y a é los riñones. Conque en esto ze le antoja pedirme una roza que yevaba yo clavá en er pelo. Le digo que zí, y me pide entonces que ze la ponga con mi mano en el ojá de la chaqueta. ¡Y ze tuvo que zentá en una zanja!… Principiaron a reirze los chiquiyos y luego mi madre, y después er guarda, y los cocheros y hasta yo… y ayí acabaron las relaciones. Aqueyo era impozible. Pero es lo que yo pienzo; no por zé yo chica, zino por zé demaziao largo é. Ze zufre, ze zufre. ¡Vaya zi ze zufre! Y, zin embargo, a mí no me convence nadie de que zé chica ez una tarta. Una zobra no es, pero una tarta no es tampoco. Hasta en coplas está. Yo en cuanto oigo una copla ponderando a las chicas me queo con eya en la memoria. Y ya no ze me orvía nunca. Antes ze me orvía er nombre que tengo. Miste que aquéya de…

La mujé chiquitita
ez un regalo:
más vale poco y bueno
que mucho y malo.

¡Qué talento tenía er que la zacó! ¡Poz anda, que el otro que dijo:

El hombre chico no ez hombre,
que es medio hombre na más;
¡y la mujé chiquitita
pa toíto ez apañá!…

¡Vaya un zabio zabiendo!… «Pa toíto ez apañá». Hay que fijarze. Como que rezurta una hasta más barata. Con una camiza de la vecina de ahí enfrente me hago yo una docena. Y toavía me zobra tela pa unos pañolitos. Ze empiezan a recordá coplas y no ze acaba nunca.

Mientras la roza más chica

más fino tiene el oló:
por ezo estoy yo queriendo
a una chiquitita flo.

¡Bendita zea la madre der que dijo ezo! ¡Eche usté zentimiento fino! ¿Por qué no vivirá eze poeta en esta caye? Aunque ez impozible que viva ya, ni en ésta ni en ninguna. ¡Eza copla me la enzeñó mi abuela a mí pa conzolarme!… ¡Mi abuela, que me yegaba a la cintura! Paecía una escoba. ¡Bueno; pos tuvo doce hijos! ¡Y de dos en dos! «Pa toíto ez apañá», como dijo el otro.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero:
pareces campaniyita
hecha en caza der platero.

¡También me la enzeñó mi abuela! ¡Totá: que las chicas le gustamos a muchoz hombres! ¡Y a muchoz hombres que zacan verzos como los poetas! ¿Y hablaba yo de encerrarme en un convento? ¿De meterme en caza? ¡Ezo quizieran más de tres larguiruchas! No, no, Antoñita, no: ¡a la caye ahora mismo! *Poniéndose el mantoncillo entusiasmada.* ¡A la caye! ¡Acompañá o zola! ¿Ez acazo que no ze me ve? ¡A vé zi entre tanto ezaborío como me echa en cara er tamaño que tengo, me tropiezo con uno de ezos de las coplas, que ze me pone elante y me cierra er pazo y me dice con toa zu arma:

La pimienta es chica y pica
y sazona los guizaos:
¡tú eres chiquita y me tienes
er cuerpo dezazonao!

Que como me lo diga, yo juro en cruz que vi a contestarle:

Gasto dos tercias de farda,
y una tercia de tacón;
¡pero tengo un corazón
más grande que la Giralda!

¡A la caye zin perdé un minuto!

Se marcha triunfadora, dispuesta a causar una revolución en Sevilla.

FIN DEL MONÓLOGO

Sevilla, abril, 1914.

POLVORILLA EL CORNETA

MONÓLOGO

Estrenado en el TEATRO REAL el 19 de mayo de 1914, en la velada conmemorativa del cincuentenario de la Cruz Roja Española

POLVORILLA EL CORNETA

Decoración de campo andaluz. Es de día.

Sale Polvorilla, travieso corneta de Infantería, de quince años apenas. Viste el característico uniforme del soldado español. Viene tristón y pensativo. Habla con desenfado y suficiencia; como hombre seguro de la importancia de su papel en el Ejército.

POLVORILLA. Desde que gorví ar pueblo no sé andá más que por los alreores… Un só tras de otro; una luna tras de otra luna, y el humó siempre negro… ¿Quién conose a Porvoriya er corneta? Vamos a echá un pitiyo, a vé si el humo der tabaco me cambia las ideas condenás. *Saca un cigarrillo y apenas lo enciende lo tira.* ¡Ni de esto tengo ganas! Ni ganas de fumá, ni ganas de comé, ni ganas de bebé, ni ganas de hablá con las niñas der pueblo… ¡Ay, Porvoriya! No le des güerta al asunto: ¡a la guerra otra vez, a buscá una bala más sertera! Lo que me pasa no es pa menos. Yo, desde chico… —güeno, desde más chico— he tenío la afisión de la tropa. Otros chavaliyos no ven más que er toreo y le dan una *verónica* a su padre. Yo, no. A mí que no me hablaran más que de pantalones coloraos, y de pórvora, y de fusiles, y de escopetas, y de sables, y de tambores. ¡Siete años tenía y ya inventé un cañón pa matá las moscas!… ¡Vaya usté a *contradesí* estas afisiones!… Yo no sé si es que me dió er pecho seña Catalina, la mujé der sargento Bermúde, o que junto a mi casa había un tío que hasía fuegos artifisiales; la cuestión es que yo, que prinsipié la carrera militá por los tejaos persiguiendo gatos, que juían más que el aire, desde hase año y medio yevo este uniforme y soy corneta. ¡Año y medio hay ya que senté plasa!

Animándose con los recuerdos. Güeno: er primer día que me vi con el uniforme, no había espejos pa mí. ¡Me pelé tres veses en dos horas na más que por mirarme en er grande de la barbería!… Pos ¿y la impresión que causé en er mujerío de to er pueblo? ¡Josú! ¡Doña Roete, la viuda, que es más verde que un apio, me quiso yevá de paje a su casa!… ¡Vamos! ¡Porvoriya limpiando er porvo! Hay que está viuda, que no es un estao normá, pa proponerle a uno una cosa así. Por supuesto, que más o menos disimulás, toas andaban por el estilo. ¡Hasta la rubia del arcarde, que presume como si fuera una onsa de oro, y es una perra gorda, me quería come con los ojos por detrás de la selosía! El uniforme militá tiene mucho gancho; mucho imán; mucho no sé qué pa las mujeres. Y luego también es según se yeva; porque hay quintos tan lasios que paesen ajorcaos. Yo *produsí* un terremoto. Y una mosita que me gustaba a mí más que toas las der pueblo juntas, Manolita Marín, ésa sintió la *punsá* mu honda. Me vió pasá tres veses por elante e su puerta, y primero se puso colorá, y luego amariya, y después otra vez colorá. ¡La bandera española!, como yo le dije. ¡Pobresiya! ¡Lo que cambian los gustos!… Vamos con er pitiyo ahora. *Enciende un cigarrillo y fuma.* No quiero acordarme de la mañana que me despedí pa la guerra. Trastorno iguá no se ha armao nunca en ninguna parte. Yoró hasta er juez. Y esa Manolita Marín ofresió una de velas, que el único que se alegró con mi despedía fué er serero de la caye Angosta. Pos ¿y la pobresita e mi madre, de qué forma se puso? ¡Josú! Mi madre es la estampa der mieo cuando se toca a mí. Me ve salí de mi casa pa la de enfrente y siempre ha de desirme: «Joseliyo, cuidao con los coches». ¡Los coches! ¡En er pueblo, donde no hay más coches que er carriyo de *Salomón*, un tonto ar que le fartan las dos piernas!… Pero mi madre es espesiá. ¡Claro! Me he criao pegao a sus naguas, como un gatiyo chico… *Tirando el cigarrillo con coraje.* Si no tuviera uno er gañote acostumbrao a tragá el humo e la guerra, este sigarrito me hasía una yaga. *Suspirando.* ¡Ay! ¡El humo e los combates! ¡Qué infierno aqué; pero cómo se calienta uno! *Tarareando un toque de corneta.* Tararí tararí, tararí tararí… tararí tararí, tararí tararí… ¡La primera vez que en un momento de peligro toqué una orden con mi corneta, me creí que era yo er que ganaba la bataya! ¡Hasta los pelos de las sejas se me pusieron de punta del escalofrío! Er corneta, en las batayas, es más que nadie. Más que er generá; porque si er

corneta no asopla, er generá se pone ronco y nadie le hase caso ninguno. Es como las comedias, en las funsiones der teatro; que si le entra un calambre ar deo del apuntadó, no hay cómico que dé pie con bola. Tararí tararí, tararí tararí… Tararí tararí, tararí tararí… ¡Qué sacudía tiene er toquesito! Y, sin embargo, a to yega uno a haserse… ¡A to en er mundo!…

A to… menos a respirá con este peso que tengo ensima… *Suspirando de nuevo.* ¡Ay! Un día de esos malos de la guerra en que uno se cree que hasta er mismo Dios se burla de los infelises sordaos, iba Porvoriya tocando su trompeta, que paresía la der Juisio finá, cuando de repente, como herío der rayo, ¡pon!, Porvoriya a tierra, bañao en sangre. ¡No fué más que una bala perdía que me atravesó er *cranio!* Aquí está la señá; yo no miento. Yo no soy como Juaniyo er de Molares, que me dijo una vez que ya tenía veintisinco balas dentro'er cuerpo, y que cuando corría le sonaban como cascabeles. Aquí está la señá. Caí ar suelo hecho una pelota; sentí na más como una nube espesa por dentro de mí, y perdí mi conosimiento. Ayí acabó er combate pa Porvoriya. Cuando gorví a la vía, lo primero que vieron mis ojos fué una cosa que yo no me esplicaba lo que era, pero que paresía que volaba por delante de eyos. Era una mano mu finita, que limpiaba mi sudó… mi sangre… Aqueya mano era de un braso, en er que había una cruz colorá, que ar pronto me creí que estaba pintá con la sangre que me corría por la frente. Luego vi unos ojos negros que me miraban… como si quisieran darles su luz a los míos, y alreó de eyos la cara de mujé más bonita que anda por la tierra. Tan bonita, que la tomé por la Santa Ana que tengo yo a mi cabesera, y me acuerdo de que le pregunté, sin darme toavía cuenta cabá de lo que me pasaba: «Señora Santa Ana, ¿me muero?». Y eya me respondió: «Los valientes como tú, Porvoriya, no se mueren nunca. En dos días estarás curao». ¡En dos días! Los dos días fueron cuasi dos meses. En eyos supe que estoy vivo ahora por aqueya pelegrina mujé… Durante er tiempo de mi cura, cuando no la veía de día, la veía por la noche ensoñando, y de esto resurtó que me enamoré de eya como un loco. Y se lo dije. Y eya sortó una risa que a mí me hiso más daño en er corasón que en la cabesa me había hecho la bala. Y me habló de unas cosas mu raras de Dios y de los hombres, y la sustansia que yo saqué de to aqueyo fué que no había de quererme nunca. Ni a mí ni a hombre ninguno, que es el único consuelo que tengo. Y me vine ar pueblo a convalesé, y así como

cuando se mira mucho ar só se ven luego estreyitas, así yo no paro de vé por delante e mis ojos los ojos negros de la hermana María, que así se yama la que me tiene tan abatío y tan triste. ¡Otra bala, otra bala es la que te está hasiendo farta, Porvoriya, pa acabá con esta pesaúmbre! Y cuidao que er cura, cuando le hablo de esto, me riñe mucho, y me nombra a mi madre, y me dise que hay más mujeres bonitas que flores en er campo… ¡Pero, Señó, si es que ya no me gusta ninguna! ¡Si no me gusta más que aquéya! ¡Lo que es que er cura, como nunca se ha enamorao, no me entiende! Pero no me gusta ninguna. Ninguna es bonita, ninguna tiene aqueyos ojos, ni aqueyas manos, ni aqueyas palabras… ¡Ni siquiera Manolita Marín! *Mirando hacia un lado.* ¡Hombre! ¡sí que es casolidá! Ayí está su mersé. Y ¿qué es lo que hase? ¡Ah, vamos! Le arranca una por una las hojas a una margarita. Pos ya sé lo que quié sabé: si la quiere Porvoriya o no la quiere. A vé qué le sale. *Pausa breve.* Se ríe y toca las parmas. ¡Güeno, ya sé también lo que le ha salío! Un conflirto pa mí, que soy un hombre de consiensia. Y er cura se sierra en que lo otro es un delirio, y en que ésta es la que a mí me toca en er mundo, y me aconseja que quiera a ésta y que orvide a la otra… ¡Qué sabe er cura! Queré a ésta… pué sé… —¡er corasón da más güertas que er mundo!— pero pa orvidá los ojos negros de la hermana de la cruz de sangre en er braso… tendría que nasé de nuevo Porvoriya er corneta. *Saludando al público militarmente.* Perdón si he fartao. *Vase en pos de Manolita Marín.*

FIN DEL MONÓLOGO

Sevilla, mayo, 1914.

DIOS DIRÁ

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **TEATRO ESLAVA** el 26 de febrero de 1915

A LA SEÑORA DOÑA MARÍA JOSEFA QUINTERO DE LOS RÍOS,

Sus sobrinos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Engracia.	María Palou.
Miguela.	Carmen Jiménez.
Verónica.	Luz Romea.
Doña Rarra.	Sofía Alverá.
Maruja.	Rafaela Satorres.
La Romera.	Regina Vázquez.
Rosita.	Angelita Ruano.
Eduardo.	Francisco García Ortega.
Polera.	Francisco Alarcón.
Rojas.	Arturo La Riva.
Frasquito.	Teófilo Palou.
Isaac.	José Mora.
Pepe el Ciego.	Carlos Tojedo.
Un Mendigo.	Miguel Gómez.

DIOS DIRÁ

ACTO PRIMERO

Una habitación de la vivienda de los sacristanes de Monte Calvario, santuario en campos andaluces, entre Puente Real y Doña Molina. A la derecha del actor, puerta que conduce a la sacristía y a la iglesia. A la izquierda, otra que lleva al interior de la casa. Al foro, puerta y ventana sin reja, grandes, que dan al atrio. La estancia es primorosa y humilde, y en ella no hay más muebles que una cómoda, un velador y algunas sillas. En las paredes, dos o tres cromos de asuntos religiosos, con sencillos marcos. Sobre la cómoda, santos y flores; sobre el velador, un tapete debido a la paciente labor de la sacristana.

Huele en la casa a cera y a romero, a incienso y a tomillo. Brilla el sol de mayo en el atrio. Es por la tarde.

La escena está sola. Llega por la izquierda del atrio, y se detiene a la puerta del foro, Maruja, muchacha de Puente Real, fresca y bonita. Viene de mantón, muy emperejilada y pulida, y trae un precioso regalo de cera.

Maruja. A la paz e Dios. *Pausa.* Buenas tardes. *Nadie le responde.* ¿Dónde estará esta gente? Ziempre que vengo a Monte Carvario me paza lo mismo. *Se acerca a la puerta de la derecha y repite en voz alta.* ¡Buenas tardes! *Se llega a la de la izquierda y repite otra vez.* ¡Buenas tardes!

Verónica, la sacristana, contesta desde dentro.

VERÓNICA. ¿Quién?

MARUJA. ¡Zervidora!

VERÓNICA. ¡Ayá voy! *Sale a poco por la puerta de la izquierda. Es mujer de mediana edad, guapetona y simpática. A cuenta de ella, él sacristán es envidiado en muchas leguas a la redonda. Aunque persona muy curiosa, sabe disimular esta comezón discretamente.* ¿Quién es?

MARUJA. Zervidora.

VERÓNICA. Buenas tardes.

MARUJA. Buenas tardes.

VERÓNICA. ¿Qué traes tú?

MARUJA. Pos yo vengo de parte de doña Pepa Naranjo con estas tres velas.

VERÓNICA. ¡Ah!, zí.

MARUJA. Y me ha encargao doña Pepa que le diga a usté que las dos enrizás las ponga usté en el artá de la Virgen y las encienda pa cuando esta tarde entre en la iglezia Nuestra Zeñora, y que la zenciya es pa laz Animas.

VERÓNICA. Bueno.

MARUJA. ¿Ze ha enterao usté bien?

VERÓNICA. Zí, hija; zí.

MARUJA. Las dos enrizás…

VERÓNICA. Pa el artá de la Virgen.

MARUJA. Y la zenciya…

VERÓNICA. Pa laz Ánimas.

MARUJA. Ezo es.

VERÓNICA. ¿Tú güerves a Puente Reá?

MARUJA. Ahora mismo.

VERÓNICA. Pos te vas a yevá un canasto que tengo aquí de tu zeñora.

MARUJA. Me lo dijo eya: que ze le había a usté pazao mandarle er que eya mandó con flores er día de la Cruz.

Verónica. Espérate y te lo daré.

Maruja. Zí, zeñora.

Va Verónica hacia la puerta de la izquierda. De pronto se detiene al oír el cascabeleo de un coche que se aproxima y que para luego allí cerca.

Verónica. ¿Qué es ezo? ¿Un coche?

Maruja. Un coche.

Verónica. ¿De quién zerá? Gente de Puente Reá no ha de zé toavía.

Maruja. ¡Claro! Ayí está to er mundo esperando a que zarga la procezión pa vení hasta aquí con la Virgen…

Verónica. De Doña Molina zerá.

Maruja. Pos con tiempo lo toma quien zea.

Asómase Verónica a la puerta del foro y mira con curiosidad hacia la izquierda.

Verónica. Zí. Zon dos zeñoras. Parecen hija y madre. De Doña Molina deben de zé. Yo no las conozco. Pa la iglezia vienen. *Se quita de la puerta.*

Por la izquierda del atrio aparecen instantes después Engracia y doña Rarra, que se encaminan a la derecha. Doña Rarra, que viste de negro, trae abriguito y velo, y Engracia mantón de espuma puesto a modo de chal.

Doña Rarra. Buenas tardes.

Engracia. Buenas tardes.

Verónica. Buenas tardes.

Maruja. Buenas tardes.

Engracia. ¿Está abierta la iglesia?

Verónica. Zí, zeñora; pueden pazá.

Engracia se pone a la cabeza un pañolito que traía dispuesto para el caso, y sigue su camino con doña Rarra. Verónica, olvidándose de Maruja, va a marcharse por la puerta de la derecha.

Maruja. ¿Me da usté mi canasto a mí?

Verónica. Voy primero a poné estas velas… Y zi no, aguarda. *Llamando desde la puerta del foro.* ¡Padre! ¡Venga usté a despachá a esta

niña! Mi padre vendrá ahora y te lo dará.

Se va presurosa por la puerta de la derecha.

Maruja. ¡Cuidao zi es curioza la zacristana! No va más que a pegá la hebra con ezas zeñoras.

De la derecha del atrio llega por la puerta del foro el insigne Polera, padre, como queda dicho, de Verónica, y hombre de complicada historia, según se verá. Viste de día de fiesta… un traje heredado de su yerno.

Polera. ¿Qué quieres, niña?

Maruja. Que me dé usté er canasto de doña Pepa.

Polera. *Contemplándola maliciosamente.* Er canasto de doña Pepa…

Maruja. Zí; er que mandó con flores el otro día.

Polera. Er que mandó con flores el otro día… Voy por é.

No se mueve y sigue contemplándola.

Maruja. Miste que tengo prieza.

Polera. Yo, no. Delante de una cara como la tuya, nunca he tenío yo priesa. Pa argo soy pintó… ¡Y pintó de milagros! ¡Unos ojos mayores que la cara tienen que sé un milagro!

Maruja. Ande usté, hombre, que quiero gorvé a Puente Reá antes de que empiece er repique.

Polera. Y ¿por qué no esperas aquí la prosesión, si aquí viene?

Maruja. ¡Porque ayí me espera mi novio!

Polera. Entonses voy por er canasto. *Volviéndose a mirarla de nuevo.* ¡Y disen que esto lo hiso Dios de una costiya de nosotros! ¡Que no, hombre; que no! ¡Tiene muy poca carne una costiya pa que sarga esto!

Maruja. ¿Zerá usté pezao?

Polera. Lo que pasa es que ar pobre Dios le susede como a Quevedo: ¡que le cuergan una de cosas que no son suyas!…

Maruja. Ea, o me trae usté ya er canasto, o me voy zin é.

Polera. Un segundo, niña. ¡Vaya ojos!… ¡Vaya luminarias!… Aunque quieras, tú no pués acostarte a oscuras.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Maruja. ¡Ay, qué hombre! Cuando ze pone azí… ¡Y es más hereje!… Como no estén delante los zacristanes, ¡dice unas picardías!… Yo no zé cómo pinta zantos y milagros. *También de la derecha del atrio, y también por la puerta del foro, como Polera, viene en esto Frasquito, mocito sobrino* de *Verónica y hortelano de Monte Calvario. Estrena traje, estrena sombrero, estrena botas… y parece que estrena cara. El sombrero lo trae en la mano cuidadosamente cogido con el pañuelo, que también lo estrena.*

Frasquito. ¡Hola, Maruja!

Maruja. *Admirándolo, sorprendida.* ¡Adiós, Frasquito! ¡Jezús, hombre! ¡Qué compuesto estás!

Frasquito. ¡Lo que pide er día!

Maruja. No eres conocío enteramente. ¡Quién te ve manejando hortalizas y te ve ahora!…

Frasquito. ¡Pos tú también vienes estrenando!

Maruja. Er mantón y la farda. Y azín que güerva ar pueblo estrenaré unos zapatitos. *Se miran comparándose.* A vé, ponte er zombrero.

Frasquito. ¿Qué me ponga er zombrero? No.

Maruja. ¿Por qué? ¿No es tuyo?

Frasquito. Zí; pero es nuevo. Y me da lástima.

Maruja. Entonces, ¿cuándo te lo vas a poné?

Frasquito. Cuando esté un poco más uzao.

Maruja. ¡Ole! ¡Y tiene zu espejito en er forro!

Frasquito. Zí. Mírate.

Maruja. ¡Mía qué buena luna!

Frasquito. Las cozas que inventan. Cuando me lo ponga, me veré en é la coroniya.

Maruja. La chaqueta también es nueva.

Frasquito. También. Y las botas. To lo que yevo encima es nuevo.

Maruja. ¿Te ha visto tu novia?

Frasquito. No. ¡Más rabia tengo! No me han dejao í a Puente Reá.

Maruja. ¿Estando ayí eya? ¿Por qué? ¿Porque no le hables?

Frasquito. No. Porque dice mi tío que aquí hago más farta… Y como ér viene con mis primiyos en la procezión…

Maruja. Pero ¡zi la procezión tarda en zalí de ayí trez horas!…

Frasquito. Y cuatro en yegá aquí. Y hasta media hora antes de yegá no viene un arma a Monte Carvario, como no sean los pobres. Y la iglezia está prepará desde el amanecé.

Maruja. ¡Digo!

Frasquito. ¡Ya ves tú zi es gana de fastidiarme!

Maruja. ¡Vaya!

Frasquito. Oye: ¿tú acabaste con Juan er de la bodega?

Maruja. Zi.

Frasquito. ¿Por qué?

Maruja. Porque zi no, mi padre acaba conmigo. Pero me he arreglao con Manolito er der zorchantre.

Sale con el canasto Polera.

Polera. ¿Es éste, niña?

Maruja. Éze. Démelo usté.

Polera. Aguarda. ¿Qué hases tú aquí, Frasquito?

Frasquito. Aquí hablaba con ésta.

Polera. ¡Tú no tienes que hablá con nadie! ¡A la huerta corriendo!

Frasquito. ¡Usté zí que no tiene que mandarme a mí!

Polera. ¡A la huerta! ¡a la huerta! ¡A vé cómo pintan las coles!

Frasquito. ¡Hoy no es día de trabajo!

Maruja. Escucha: ¿le digo a arguien en Puente Reá que te he visto?

Frasquito. Hazme er favó. *Se va por el foro, hacia la derecha, echándole a Polera una maldición con los ojos.* ¡Lástima e boliya!

Polera. *Riéndose.* ¡Mía que está grasioso er chavá! Hasta que no lo vea la novia sin una arruga, no consiente sentarse.

Maruja. ¡Claro!

POLERA. ¡Pero eso no es estrená ropa! ¡Eso es er martirio e San Sebastián!

MARUJA. ¡Y ezo de usté es envidia!

POLERA. Te diré…

MARUJA. No me diga usté más na y venga er canasto.

POLERA. Pos dile tú a doña Pepa Naranjo, tu ama, de parte de Polera *er Malo*, que siempre que tenga que mandá a Monte Carvario arguna cosa, te mande a ti con eya.

MARUJA. Bueno. Quéeze usté con Dios.

Se va por el atrio hacia la izquierda.

POLERA. ¡Ér vaya contigo hasta er pueblo! ¡Y cuidao con las avispas der camino!… ¡Ay, Polera! ¡Qué tiempos aqueyos, que ya no vuerven!… *Canturrea mientras lía un cigarrillo.*

Más de medio siglito tengo,
mamá, mamá,
qué antigüito estoy…

Una de las cosas que yo le vi a proponé ar Padre Eterno cuando le eche la vista ensima, va a sé que reforme la edá, y que de los quinse a los treinta, los años tengan cuarenta y sinco o sincuenta meses ca uno; porque dose meses na más… ¡se pasan tan pronto!… ¿Quién?

Tras la ventana asoma Eduardo, que viene de la izquierda Es hombre como de treinta años, de presencia bondadosa y simpática. Ha llegado al santuario a caballo, y trae sombrero de ala ancha y traje corto de campo.

EDUARDO. Buenas tardes.

POLERA. Buenas tardes.

EDUARDO. Dígame usted, buen hombre…

POLERA. Pase usté.

EDUARDO. Con permiso.

Pasa Eduardo.

POLERA. ¿Qué se le ofrese a usté?

EDUARDO. Salí hace una hora a caballo de Alcazarejo para Las Canteras…

POLERA. ¿Pa Las Canteras?…

EDUARDO. He perdido la ruta, ¿verdad?

POLERA. Completamente.

EDUARDO. Este santuario es…

POLERA. Monte Carvario.

EDUARDO. ¡Ah! Monte Calvario…

POLERA. A un cuarto e legua de Puente Reá y a dos leguas de Doña Molina.

EDUARDO. ¡Pues sí que llevaba yo buen camino para Las Canteras!

POLERA. ¿Ha pasao usté por los Torreones?

EDUARDO. Sí; ya hace un rato.

POLERA. Y echó usté pa la izquierda, ¿no?

EDUARDO. Efectivamente.

POLERA. Pos debió usté echá pa la derecha.

EDUARDO. Me dijo un cabrero que para la izquierda.

POLERA. Sería surdo. O sería uno de estos tíos der campo de malas intensiones, que vió a un señorito y se le ocurrió favoreserlo. Porque le arvierto a usté que esa novela de que en er campo no se encuentra más que gente sensiya… ¡ca! Y eso de que los pastores se pasan to er día tocando pititos… ¡ca! Y eso de que las pastoras se peinan a la oriya de los arroyos… ¡ca! De las pastoras y de los pastores yo podría referirle a usté…

EDUARDO. Bien está, amigo. Voy algo de prisa… ¿Usted desde aquí sabría indicarme el camino más seguro para Las Canteras?

POLERA. Sí, señó.

Pepe el Ciego, mendigo de profesión, se asoma a la puerta del foro, sombrero en mano.

PEPE. ¡Hermanito, una limosnita a un pobre siego!…

POLERA. ¡Largo de aquí!

PEPE. ¡Por er día que es hoy, hermanito!…

POLERA. ¡Largo de aquí! ¿Cómo vi a desí que no se me entre en el atrio? ¡Ar campo a tomá er só!

PEPE. ¡Hermanito!…

POLERA. ¡No le dé usté na, que es un granuja!

PEPE. ¡Un granuja dise que soy!… ¡Y no como ni tres veses a la semana!…

Vase refunfuñando.

POLERA. ¡Largo de aquí!

EDUARDO. Deje usted…

POLERA. ¡Sinvergüensa!… ¡Borracho!…

EDUARDO. Harta desgracia tiene con ser ciego…

POLERA. ¿Siego? ¿Siego ése? Con la chaqueta abroché le ve a usté ése er dinero que yeva usté en er chaleco. Y le enseña usté dos pesetas, una farsa y otra de ley…

EDUARDO. ¿Y coge la de ley?

POLERA. Coge las dos. Y pasa la farsa.

EDUARDO. Bueno, vengamos a lo que me importa. ¿Sabría usted indicarme?…

POLERA. Er camino más corto pa Las Canteras, ¿no es verdá? Tiene usté que empesá por desandá lo andao.

EDUARDO. ¡Qué remedio! Con tal de llegar antes de la noche… Todavía no son más que las tres.

La Romera, mendiga, asoma también a la puerta del foro. Trae un chiquillo de la mano.

LA ROMERA. ¡Señorito!…

POLERA. ¿Ahora tú?

LA ROMERA. ¡Deme usté una perrita pa un boyo!…

POLERA. ¡Ar campo a cogé caracoles!

EDUARDO. Tome, hermana…

POLERA. ¡No le dé usté na!

LA ROMERA. ¿Quié usté no meterse?… ¡Er demonio er viejo!

POLERA. ¡Largo de aquí!

LA ROMERA. ¡Señorito, por er día de hoy, que tengo siete hijos!…

POLERA. ¡Pero ninguno es de este cabayero! ¡Ar campo! ¡ar campo!

LA ROMERA. ¡En el infierno se ha de vé usté por malas ideas!

V ase.

POLERA. ¡Ayí me encontraré contigo!… ¡Moscones!… ¡Gandules!… ¡Le temo a este día en Monte Calvario! ¡Tres horas antes de que yegue la Virgen hemos de tené aquí a esta plaga!

EDUARDO. Todo sea por Dios. Y si fuera usted tan amable que me pusiera en salvo antes de que viniese otro…

POLERA. La cuestión es que estoy yo pensando cómo lo guío. ¿Se atrevería usté a meterse por entre los pinares?

EDUARDO. ¿Hay mucho riesgo de perderse?

POLERA. Hay arguno. Pero no. Verá usté. A un sobriniyo der sacristán, que es hortelano aquí, y que ahora no hase más que pasearse, le vi a desí que lo acompañe a usté hasta er Poso Santo. Desde ayí hay una vereíta y er camino ya no tiene pérdida.

EDUARDO. ¿Cómo pagarle a usted?…

POLERA. A tu prójimo como a ti mismo. Cuando er prójimo lo merese; porque, sino, contra una esquina. Espere usté un segundo. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha. Desde el atrio les grita a los Mendigos.* ¡Ar que se aserque le tiro un peñascaso!

EDUARDO. *Sonriendo.* ¡Qué hombre más contradictorio y más irritable! *Pausa.* Suerte ha sido dar en esta ermita… Una iglesia en medio del campo ¡qué encanto tiene!… Y a eso huele aquí: a campo y a incienso… ¿Quién me ha hablado a mí mucho de Monte Calvario?

Vase al atrio, observándolo todo con interés. Luego se le ve llamar con la mano a los dos Mendigos que ya conocemos, los cuales, y un tercero, se le acercan. Les da unas monedas y se van, bendiciéndolo. Él continúa observando el paraje.

Por la puerta de la derecha salen Verónica y Engracia, primero, y doña Rarra, poco después. Engracia es bella e interesante: en sus ojos hay luz del cielo y de la tierra. Doña Rarra, su madre, es una señora vehemente y desmemoriada, y no tan buena fisonomista como ella cree.

VERÓNICA. Por aquí ze comunica mi caza con la iglezia. En esta zalita pueden ustedes descanzá.

ENGRACIA. Muchas gracias. Mira qué limpita la tiene usted.

VERÓNICA. Una, en zu pobreza…

Eduardo advierte la presencia de las dos mujeres y vuelve a la sala. Después de saludarse como desconocidos, se reconocen Engracia y él.

EDUARDO. Buenas tardes.

ENGRACIA. Buenas tardes.

VERÓNICA. Zantas y buenas tardes. ¿Qué dezea usté, cabayero?

EDUARDO. ¿Usted?

ENGRACIA. ¿Usted?

EDUARDO. ¿Me recuerda?

ENGRACIA. ¡En cuanto lo he visto! ¿Y usted a mí?

EDUARDO. ¡Figúrese!

Verónica abre cada ojo como un huevero y sigue el incidente con gran interés.

ENGRACIA. ¿Viene usted, quizás, a esperar a la Virgen?

EDUARDO. No, no… Me hallo aquí por azar. Me he perdido camino de Las Canteras, donde debo estar a la noche, y me he detenido un momento a informarme… ¿Y usted?

ENGRACIA. Yo sí vengo a esperar a la Virgen. Es una promesa.

EDUARDO. ¡Pues ya es casual que nos hayamos encontrado!… ¿Se acuerda usted de aquel viaje?

ENGRACIA. Sí, por cierto. *A doña Rarra, que a punto llega.* Mamá, mira quién está aquí.

DOÑA RARRA. ¿Quién? ¡Ah, sí!…

EDUARDO. Señora… ¿Cómo sigue usted?

Doña Rarra. Bien, ¿y usted? Digo, bien, ¿y tú?

Engracia. ¿Eh?

Doña Rarra. ¿Y tu abuela?

Engracia. ¿Su abuela? Te confundes…

Doña Rarra. No, hija; no… ¡Sabré quién es! Cara que veo una vez no se me despinta. Tú eres el hijo de Curra Santibáñez.

Eduardo. No, no, señora…

Engracia. ¿Lo ves, mamá? Éste… este señor es aquel viajero tan amable que nos acompañó desde Sevilla a Marmolejo hace tres años…

Eduardo. Hace cuatro.

Engracia. Tres, si usted quiere.

Eduardo. ¿Tres nada más? Sí, en efecto: tres años hace ahora.

Doña Rarra. ¡Ya, ya sé quién es! Yo decía… ¡Vaya si lo conozco! Y qué, ¿se curó ese hígado?

Engracia. Pero mamá, ¿cómo estás hoy?

Doña Rarra. ¿Cómo?

Engracia. El señor no hizo más que acompañarnos en el tren.

Eduardo. Sí; yo no me quedé en el balneario. Seguí a Madrid, adonde iba. Tengo el hígado perfectamente.

Engracia. ¡Ja, ja, ja!

Doña Rarra. Pues sí, lo he confundido, sí… declaro que lo he confundido. ¿Sabes con quién? Con aquel muchacho de Administración militar, a quien mataron el año pasado en Melilla…

Engracia. ¡Por Dios, mamá! Si lo mataron el año pasado…

Doña Rarra. Pero, ¿no te estoy diciendo que lo he confundido?

Eduardo. Desde luego, señora.

Vuelve Palera por donde se marchó, acompañado de frasquito, que todavía no se ha puesto el sombrero.

Polera. Cabayero, aquí tiene usté er guía.

Frasquito. Zervidó.

POLERA. Señoras, buenas tardes.

DOÑA RARRA. Buenas tardes.

ENGRACIA. Buenas tardes.

EDUARDO. A las órdenes de usted, mocito.

FRASQUITO. A zu zervicio, cabayero.

VERÓNICA. ¿A dónde van a í?

POLERA. Ar Poso Santo va a guiarlo.

VERÓNICA. Ya.

ENGRACIA. Debía usted esperarse aquí hasta que llegara la Virgen.

EDUARDO. No puedo. Y cuenta que oigo hablar a todos del día de hoy, de la llegada de la Virgen… y hay para caer en curiosidad.

ENGRACIA. Pero ¿usted no conoce la fiesta de hoy en Monte Calvario?

EDUARDO. No; no sé nada… Le repito que estoy aquí por casualidad… que es la primera vez que piso este sitio.

ENGRACIA. ¡Oh! Pues le ha tocado a usted un gran día.

VERÓNICA. ¡Vaya!

ENGRACIA. ¡Lástima que no pueda esperarse! Es muy bonito. Mire usted. La Virgen que se venera en el santuario sale en procesión todos los años por estos campos el día 7 de abril y llega hasta Puente Real, el pueblo inmediato. Allí se la recibe… como quien es: no hay casa que no se adorne ni se vista de gala, ni campana que no repique. Un alfiler que tenga que estrenar una muchacha, lo estrena ese día. En la iglesia mayor de Puente Real se queda Nuestra Señora de Monte Calvario un mes justo, y el 7 de mayo, tal día como hoy, vuelve a su altar en esta ermita. Y cruza los campos otra vez… y la procesión es preciosa. ¡Si viera usted la impresión que causan en medio del llano y a la luz del sol el paso de la Virgen, las luces de la cera, las flores, el incienso!… Y viene con ella muchísima gente de Puente Real y de algunos pueblos vecinos… Y el uno, que mire mis olivares, y el otro, que mire mi huerta, y el otro, que mire mis trigos… Todo el mundo llora… y pide… y espera… Es muy bonito; ya le digo a usted. Vale la pena verlo. ¿Por qué no se detiene?

EDUARDO. Me es en absoluto imposible. Si no, lo haría.

ENGRACIA. Pues sepa usted, además, que cuanto se le pide a la Virgen en este día, en el momento de pasar frente a la Cruz, es seguro que lo concede. Se lo prevengo, por si tuviera usted que pedir algo extraordinario.

EDUARDO. En todo caso lo pediría por el camino. Es indispensable que esté esta noche en Las Canteras.

ENGRACIA. *Intencionadamente.* ¡Ah!…

EDUARDO. Cosas de notarios y de escrituras… luchas de familias… Cosas desagradables.

VERÓNICA. Pos ande usté pa ayá antes que comienze er repique.

POLERA. *Con socarronería.* Es verdá: que si comiensa er repique no pué usté marcharse.

EDUARDO. ¿Pues?

DOÑA RARRA. No, no; si comienza el repique, se queda usted aquí quietecito. Con Dios no se juega.

ENGRACIA. *Sonriendo.* Lo veo a usted atónito.

EDUARDO. Sí; un poco lo estoy…

ENGRACIA. Eso del repique también es una tradición. El repique empieza en Puente Real en el instante de salir la Virgen a la calle de vuelta ya para su Casa. Y se cuenta que quien oye repicar desde Monte Calvario y se va de aquí antes de que llegue Nuestra Señora, luego lo llora de algún modo.

EDUARDO. *Riendo y haciendo reír a Engracia.* ¡Ah! pues eso es grave. Me escapo aprisa, antes que principien a sonar las campanas de Puente Real.

ENGRACIA. No se burle usted.

EDUARDO. Ni por pienso.

VERÓNICA. Que le cuente a usté Frasquito por er camino…

POLERA. Caya tú.

EDUARDO. En fin, muchacho, vamos.

FRASQUITO. A la dispozición de usté.

Se sale al atrio.

EDUARDO. *Despidiéndose.* Señora…

DOÑA RARRA. Muchísimo gusto en saludarlo.

Eduardo. *A Engracia.* Me alegro de haberme perdido… ya que así he tenido la satisfacción de volver a verla, aunque haya sido unos minutos.

Engracia. Yo también celebro…

Eduardo. Adiós, Engracia.

Engracia. Pero ¿se acuerda de mi nombre?

Eduardo. Por lo visto.

Doña Rarra. Y yo del suyo: Pepe.

Engracia. No…

Doña Rarra. ¡Digo, Pepe! Es que empieza por P: ¡Perico!

Engracia. No, mamá: se llama Eduardo.

Eduardo. Justo. Adiós, Engracia.

Engracia. Adiós, Eduardo. Buen camino.

Eduardo. Gracias. Felices tardes.

Verónica. Usté lo paze bien.

Polera. *Husmeando la propina.* Yo sargo con ustedes.

Se marchan por la puerta del foro, hacia la izquierda, Eduardo y Polera. Frasquito los sigue. Engracia, disimuladamente se asoma a la ventana, jugando con el abanico. A poco se la ve saludar con leve sonrisa. Se supone que alguien ha vuelto la cara… y que no ha sido Polera precisamente.

Doña Rarra. Niña. ¡Niña!

Engracia. ¿Qué, mamá?

Doña Rarra. ¿No era cojo este hombre?

Engracia. No, mamá. Digo, no lo sé… Digo, si lo sé. En el tren no le noté nada… y ahora anda que da gusto.

Verónica. Es un zeñorito mu zimpático. Y pa mí que… *Sonriéndole a Engracia con picardía.* ¡Vamos! ¿No? ¡Vaya! Pa mí que…

Engracia. ¡Quite usted, señora; por Dios! Si no lo conozco… Si ni sé quién es a punto lijo… Nos tropezamos una vez en el tren y fuimos unas horas charla que charla. Y ahora nos hemos encontrado aquí. Usted calcule… Me parece que me dijo que vivía en Toledo. Sí.

VERÓNICA. Pos miste, zeñorita, pué zé que yo me paze de malicioza; pero quizá que cuando acabe con los escribanos en Las Canteras ze dé éze una güertecita por Doña Molina. ¿No? ¡Vamos! Zí. ¡Vaya! Quizá, quizá. *Bajando la voz.* Pídazelo usté esta tarde a la Virgen.

ENGRACIA. Señora, yo sé lo que le tengo que pedir.

VERÓNICA. Usté dizimule. Pero ziénteze usté, zeñorita.

ENGRACIA. Déjeme usted curiosear.

VERÓNICA. Lo que usté quiera. Está usté en zu caza.

DOÑA RARRA. ¿Lleva usted mucho tiempo de sacristana en Monte Calvario?

VERÓNICA. Ziete años justos. Er tiempo que hace que me cazé y que es Doña Repozo la camarera mayó de la Virgen.

DOÑA RARRA. ¿Su marido de usted es el que ha salido con ese joven?

VERÓNICA. ¡No, zeñora! ¡Qué disparate! Mi marío, aunque es zacristán, es un rear mozo. Ha ido a Puente Reá con los dos chiquiyos que tengo, y vendrán en la procezión: mi Jozé con la cruz y mis niños con los ciriales. Eze que estaba aquí es mi papá.

DOÑA RARRA. ¡Ah, vamos!

VERÓNICA. Bueno, le voy a dá una güerta a mi oya, en un momentito.

DOÑA RARRA. Vaya usted a lo que tenga que hacer.

VERÓNICA. No es más que un momentito. Ustedes están en zu caza.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

DOÑA RARRA. *A Engracia, que parece abstraída.* ¿A quién crees tú que me recuerda a mí esta mujer? ¿No me oyes? Pero ¿en qué estás pensando?

ENGRACIA. ¿Eh?

DOÑA RARRA. ¿En qué estás pensando?

ENGRACIA. En los caprichos que tiene la vida, mamá. Ya sabes que siempre ando yo a vueltas con los misterios y con las cosas raras. Más de una

vez, acordándome de ese hombre…

DOÑA RARRA. ¿De cuál?

ENGRACIA. De Eduardo, de ése, me decía a mí misma: «Me gustaría volver a verlo». Tú no te puedes imaginar lo que a mí me aflige —y esto sucede con frecuencia— conocer a alguna persona, hablar con ella un instante, unas horas, y no saber de ella nunca más… como si se la hubiera tragado el mundo. Es desconsolador.

DOÑA RARRA. ¡Qué papelera eres!

ENGRACIA. Me he alegrado de encontrarme aquí con él, mira si es casual que nosotras estemos aquí en este día… él ha necesitado perderse para dar aquí… Y sin embargo…

Vuelve Polera.

POLERA. Ya va seguro er caminante.

ENGRACIA. ¿Ya?

POLERA. Con Frasquito yega ar fin der mundo. Y es agrasiao er cabayero ése. *Mostrando un buen cigarro puro que luego se guarda con cuidado.* Y no fuma matalahúva, no.

ENGRACIA. ¿Tardará mucho tiempo en llegar?

POLERA. Quisás habrán sonao las Ánimas cuando vea er Castiyo.

ENGRACIA. Si viene un poquito después y empieza en Puente Real el repique, se hubiera tenido que quedar aquí toda la tarde.

Polera la mira riendo para su capote.

DOÑA RARRA. Estaba de Dios que se fuera.

ENGRACIA. Sí… estaba de Dios. Porque, no hay duda: lo que está de Dios…

POLERA. ¡Lo que está de Dios!… ¡Ay, ay, ay!… ¡Cuarquiera sabe lo que está de Dios!

ENGRACIA. Sólo Dios.

POLERA. ¿Ustedes son de Doña Molina?

DOÑA RARRA. Sí. ¿Conoce usted el pueblo?

POLERA. ¿Doña Molina? ¡Desde la Puerta del Asofaifo hasta la Posá de las Purgas! ¡De punta a punta lo conozco!

DOÑA RARRA. Pues yo soy la viuda de Peñola, el comandante de Marina.

POLERA. ¡Nadie! ¡No ha nombrao usté a nadie! ¡Don Faustino Peñola! ¡De eso ya no se amasa! ¡Ay, aqueya tertulia de la Confitería!… ¡Tos avansaos! ¡Hasta er confitero! ¡Qué memorias! ¡Si se dieran ustés una idea del hombre a quien tienen delante!…

DOÑA RARRA. Como que se figurará usted que es para mí un secreto.

POLERA. ¿Ah, no?

DOÑA RARRA. Lo he reconocido a usted en el acto.

POLERA. *Orgulloso.* ¿Sí?

DOÑA RARRA. Usted es *Tripa*, el que hacía la matanza en el pueblo.

POLERA. *Mortificado.* No, señora, no; yo no soy *Tripa*, ni conozco a *Tripa*, ni me parezco a *Tripa*. ¡Yo soy Polera! ¡Er famoso Polera!

ENGRACIA. ¿Polera? ¿El republicano?

DOÑA RARRA. ¿El masón? ¿El hereje?

POLERA. Er mismo que viste y carsa. Juan Polera Ruiz. Polera *er Malo*. *Petróleo*, como me yamaba mi gente. ¡El hombre que ha insendiao más conventos y ha matao más curas!

DOÑA RARRA. ¡Jesús!

POLERA. En teoría. ¡El hombre con que asustaban a los chiquiyos en las casas santas! «¡Que viene Polera!»…

ENGRACIA. Es cierto; a mí me han asustado con usted.

POLERA. Pos ya usté ve las vuertas que da er mundo. Hoy Polera vive en Monte Carvario, se pasa la vía pinta que te pinta milagros y santitos, y es padre de la sacristana, suegro der sacristán, abuelo de dos monasiyos… se viste con la ropa que le dan su yerno y las beatas, toca a misa argunos días de curto… y en invierno, pa no resfriarse, usa un bonete desechao. ¡Polera! ¡En esto ha venío a pará Polera! ¡Y viva la libertá individuá! —que era mi grito de aquer tiempo—. *Vorté*, no te rías.

ENGRACIA. Verdaderamente ha dado usted una vuelta de campana.

POLERA. Se conose que estaba de Dios, como usté dise. Miste, señorita: cuando mi hija Verónica se atrevió a confesarme un día que tenía amores cori José er sacristán, yo no le dije más que una frase: «Verónica, pa mí te has muerto». ¡Qué drama! Aqueyo fué de Echegaray.

ENGRACIA. Lo creo.

POLERA. Er sacristán, mi hija y yo. ¡Tres fanatismos! Pero luego vino er casorio, y vino er primer nieto, y pa mí no había entre mis colegas más que desengaños y traisiones, y me moría de hambre por las cayes… mientras que los sacristanes me ofresían un techo seguro y honrao, y una cama limpia, y un peaso e pan, y un braserito, y unos pestiños y una copita de aguardiente por Pascuas y… ¡Claro está que había que violentarse comiendo de vigilia en Cuaresma!… pero ¡qué jinojo! ¡se comía de arguna manera ar fin y ar postre! Así prinsipió er cambio en mis ideas.

ENGRACIA. En buen hora.

DOÑA RARRA. Y ya habrá usted desechado del todo las antiguas.

POLERA. Me quea una yamita de asufre… Genio y figura…

ENGRACIA. Pues hay que apagar esa llamita. No debe usted quejarse de su suerte ni renegar de ella…

POLERA. Si yo no reniego, señorita. A mí me pasa lo que a aquer jorobao que oía er sermón. ¿No conosen ustés er chascarriyo?

ENGRACIA. No.

POLERA. Pos voy a contárselo. No es verde.

ENGRACIA. ¡Ya lo suponemos!

POLERA. Era un cura que desde er púrpito estaba un día despachándose a su satisfasión.

DOÑA RARRA. Cuidado con lo que vaya usted a decir.

POLERA. No pase usté cuidao… El hombre no paraba de ponderá la perfesión de to lo que de la mano de Dios ha salío. Pa e to era perferto. La criatura humana, perferta; el árbo, perferto, la espiga, perferta… To perferto. Y un jorobao que lo escuchaba con las de Caín ar pie der púrpito, se encara

de pronto con é y le pregunta: «¿Y yo, padre?». Y er cura lo mira y le responde: «Tú también, hijo mío. Tú, como jorobao, eres presioso».

Seríen Engracia y doña Rarra.

ENGRACIA. ¡Qué salida!

POLERA. Pos eso es lo que a mí me susede: que soy *presioso…* que estoy *divinamente jorobao*; pero *jorobao*. *Llamando a Frasquito, que atraviesa el atrio, hacia la derecha.* ¡Eh, tú, Frasquito!

FRASQUITO. *Asomándose.* ¿Qué pasa?

POLERA. ¿Cómo estás aquí ya? ¿Dónde has dejao a ese cabayero?

FRASQUITO. Descanze usté, que a Las Canteras yega.

POLERA. Pero, ¿por qué no lo has acompañao hasta er Poso Santo, como te dije?

FRASQUITO. Zeñó, no ze zofoque usté… Cuando uno no lo ha hecho… Nos encontramos en er piná a unos titiriteros que iban pa Las Canteras también… y con eyos zigue… Ér mismo me mandó que me gorviera…

POLERA. No habría sío así si er caminante fuera a Puente Reá.

FRASQUITO. ¡Claro que no! Argunas veces paece usté tonto.

POLERA. Ar revés que tú, que argunas veses paeses listo. ¡Pero se te disipa en seguía! Niño, niño, más respeto a mis canas. Y ponte ya er sombrero, que te va a dá un calambre en la mano derecha.

FRASQUITO. Ya me lo pondré, ya me lo pondré.

Vase mirándose en el espejito del forro.

POLERA. Éste es un sobriniyo de Verónica, que tiene una novia en Puente Reá. Por eso le he gastao esa chufla.

ENGRACIA. Óigame usted, Polera.

POLERA. Mande usté, señorita.

ENGRACIA. ¿Ha dicho usted que pinta milagros?

POLERA. *Resistiéndose.* ¡Sí!

DOÑA RARRA. ¿También le contraría?

POLERA. Ése es un chichón de los de la joroba. ¡Miste yo pintando milagros! A mí, cuando chico, me dió un poco la vena por los pinseles, ¿sabe

usté? Y pasó que un día, pa distraerme aquí, les pinté a mis nietesiyos una corría e toros. No fué menesté más. La vió mi yerno y se creyó que tenía a Muriyo en su casa. Ar día siguiente vino con una vieja pa que le pintara un milagro.

ENGRACIA. ¿Sí? ¿Qué milagrito?

POLERA. Un arbañí que en Puente Reá se cayó de un andamio, y en mitá del aire se encomendó a la Virgen y se queó en esta posturita… ¡Esto ha tenío que pintá Polera!

ENGRACIA. ¿Es que duda usted de lo que puede conseguir la Virgen?

POLERA. No me tire usté de la lengua, señorita. Hay una ley, que se yama de gravedá…

ENGRACIA. Yo no voy a discutir con Usted.

POLERA. Usté dispense. Bueno, pos cundió mi fama de artista, y desde entonses no doy paz a la mano. Ca quinse días tengo un milagro nuevo. Un niño que se duerme en la vía der tren, y la máquina que se para de pronto porque la madre se encomienda a la Virgen; un campesino que se ve acometió, en medio e la yanura, por un toro escapao, se encomienda a la Virgen también, y er toro se amansa de repente y principia a limpiarle las botas con er rabo… ¡Los pelos de los pinseles se me ponen a mí de punta ar pintá semejantes asurdos, hijos de la irnoransia, del oscurantismo y de la Inquisisión!…

ENGRACIA. No cargue usted mucho la mano, porque yo le voy a encargar a usted que me pinte otro.

POLERA. ¡Señorita!

ENGRACIA. Y ahora, que sé lo que le contraría, por vía de penitencia.

DOÑA RARRA. ¡Me alegro!

POLERA. Pos usté dirá.

ENGRACIA. Es el milagro que aquí me ha traído.

POLERA. ¿Hola?

ENGRACIA. Mi hermano Adolfo, único que tengo…

DOÑA RARRA. ¡Hijo de mi alma!

ENGRACIA. Se marchó hace dos años a América. Era un calavera incorregible…

DOÑA RARRA. ¡Pobrecito mío!

ENGRACIA. Y no hacíamos carrera de él. En fin, se marchó a América.

POLERA. ¡Ayí debía está yo!

DOÑA RARRA. ¡Calle usted, hombre, calle usted; que allí no hay más que loros!

ENGRACIA. Dos años cabales nos hemos pasado sin saber de él; ni el niño escribía, ni nadie nos daba cuenta de su persona. Dos años de aflicción y de angustia. Hasta que yo pensé en la Virgen de Monte Calvario, y le ofrecí venir en este día… y otras cosas que para mí se quedan, si teníamos noticias del desaparecido. Al mes siguiente recibimos su primera carta.

POLERA. *Escéptico.* Er tiempo justito.

ENGRACIA. Sí, señor. ¿Sonríe usted?

POLERA. ¡La yamita de asufre! ¿Usté no sabe lo que a mí me cuesta más trabajo aguantá desde que vivo con los sacristanes?

ENGRACIA. ¿Qué?

POLERA. ¡La risa!

DOÑA RARRA. ¡Pero este hombre sigue tan petrolero como siempre!

ENGRACIA. Bien. El caso es que recibimos carta de mi hermano. En ella nos decía que no había querido escribirnos mientras su vida no fuese honrada y buena… que estaba en vísperas de fortuna… que se arrepentía de sus locuras pasadas… y que pensaba mucho en nosotras. *Con piadosa emoción.* La fecha de la carta era la del día en que yo le pedí por él a la Virgen.

Silencio.

POLERA. Sí… sí hay coinsidensias argunas veses… Hay cosas que lo paran a uno, ésta es la verdá. *Estremeciéndose.* Hasta un *repeluquiyo* me ha dao.

ENGRACIA. Sí, ¿eh? Y qué, ¿se atreve usted a pintar el milagro ése? Yo quiero que figure entre los millares que tiene la Virgen.

POLERA. Por mí no ha de quedá, señorita. Además de que el asunto se presta. Porque es un milagro… naturá. Cae dentro de mi escuela, que es la de Velázquez. No viola ninguna ley física. Pa que usté me comprenda: er rayo… er trueno…

ENGRACIA. Déjese de rayos y truenos ahora. ¿Cómo va usted a pintar mi milagro?

POLERA. Ya lo pensaré. Lo primero que se me ocurre ponerla a usté en una esquinita encomendándose a la Virgen; en otra esquinita a su hermano, escribiendo la carta; en medio er má tranquilo —¿pa qué lo vamos a arterá en un día como ése?—; y si le gusta a usté argo de alegoría, quisá me lanse a pintá en er sielo una gaviota con er sertificao en er pico.

ENGRACIA. Lo prefiero sin alegoría.

POLERA. Y yo también. ¿Quié usté vé el úrtimo que he pintao?

ENGRACIA. ¡Ya lo creo!

POLERA. Vengan ustés conmigo. Trabajo ahí en un cuartiyo que da al atrio y que tiene muy buena luz.

ENGRACIA. Vamos, vamos allá.

DOÑA RARRA. Yo adonde voy es a la iglesia a rezar por usted, herejote.

ENGRACIA. Falta le hace.

Hija y madre entran por la puerta de la derecha. Polera dice entonces con indignación.

POLERA. ¡Y que Dios le dé a una mujé esa cara… y tan poco seso como pa creé en estas paparruchas!… ¡Ay, Polera, Polera!

Sigue a la madre y a la hija.

Pausa. Repentinamente llega por la puerta del foro Eduardo, sobresaltado y anhelante.

EDUARDO. ¡Ah de la casa! *Llamando.* ¡Amigo Juan! ¡Señora! ¡Frasquito! *Asómase al atrio, y se dirige a Miguela y a Isaac, que con él vienen, y que en seguida pasan a la salita.* Son *los saltimbanquis a quienes Frasquito se refirió. Él es marsellés y ella castellana. Visten, sobre los trajes*

rotos y chillona de su oficio, Isaac un gabancillo y Miguela un mantón. Miguela trae en los brazos el exánime cuerpecito de Rosita, su hija. Su semblante expresa angustia indecible. ¡Aquí! ¡Pasen aquí!

MIGUELA. ¡Ay, Virgen santa! ¡Nena, nena mía! ¡Mírame!

ISAAC. *Oh, quel malheur! Ma pauvre petite!*

EDUARDO. *Desde la puerta de la derecha.* ¡Ah de la casa! Parece que no hay nadie por este lado.

MIGUELA. ¡Nena! ¡Rosita! ¡Abre los ojos!

EDUARDO. *Llegándose a la puerta contraria.* ¡Señora! ¡Señora!

Verónica responde dentro.

VERÓNICA. ¿Quién?

EDUARDO. ¡Ahí está esa mujer! ¡Vengan conmigo!

MIGUELA. *Siguiendo, ansiosa, a Eduardo, que se entra por la puerta de la izquierda.* ¡Rosita! ¡Nena! ¡Ay, Dios! ¡Nena!

ISAAC. *Lo mismo. Oh, quel malheur! quel malheur!*

Viene Frasquito por la derecha del atrio.

FRASQUITO. ¿Quién hablaba aquí? ¿Quién daba voces? Juraría que me habían yamao. ¿Estarás tú zoñando, Frasquito?

Va a marcharse a la sacristía, cuando por la puerta de la izquierda sale corriendo, desolada, Verónica.

VERÓNICA. ¡Jezús! ¡Jezús!

FRASQUITO. ¿Qué hay, tita?

VERÓNICA. ¡Una desgracia! ¡Avízale a mi padre!

FRASQUITO. ¿Eh?

VERÓNICA. La niña de los titiriteros… ¡Avízale a mi padre! Yo voy ar pozo por agua fresquita.

Corre al atrio y desaparece por la derecha.

FRASQUITO. Ya decía yo que argo pazaba…

Al ir de nuevo a entrarse por la puerta de la sacristía, lo detiene Eduardo, que vuelve aprisa por la otra.

EDUARDO. Oye, Frasquito.

Frasquito. *Asombrado.* Pero ¿está usté aquí?

Eduardo. ¿Habrá un médico cerca?

Frasquito. ¿Un médico?

Eduardo. Un médico, sí.

Frasquito. Pos ¿qué ha pazao?

Eduardo. Un accidente. La chiquilla de los saltimbanquis… Iba jugando delante de nosotros, y al llegar a ese sitio llamado el *Barranquillo…*

Frasquito. ¡Ah!

Eduardo. Resbaló y cayó. Si no es por el padre, que es fuerte, y por mí, allí queda.

Frasquito. ¡Angelito!

Eduardo. El golpe en la cabeza ha debido de ser espantoso… No recobra el sentido… Si hubiera un médico… Porque yo no sé lo que ello podrá ser…

Pasa Verónica corriendo de la puerta del foro a la de la izquierda, por donde se va. Lleva un cantarillo con agua.

Verónica. ¡Jezús! ¡Jezús! ¡La Virgen nos ayude!

Frasquito. Er médico más inmediato es uno de Puente Reá. En Puente hay dos.

Eduardo. Y ¿está muy lejos Puente Real?

Frasquito. *Viendo el cielo abierto.* ¡Ca! ¡No, zeñó! ¡Ahí ar lao! A buen andá, una media hora…

Eduardo. ¡Media hora!…

Frasquito. ¡Escaza! Zi tuviéramos un cabayo…

Eduardo. ¿Un caballo? ¡El mío! Ahí está.

Frasquito. ¡Entonces!…

Eduardo. ¿Quién podrá ir?

Frasquito. ¡Yo! ¡Yo mismo! ¿Pa qué va usté a penzá en nadie más? ¡Yo mismo! ¡A galope yego en diez minutos y traigo ar médico!

Eduardo. Ea, pues anda. Ahí fuera tienes el caballo.

Frasquito. Ya, ya lo zé; ya lo conozco. ¡No ze ezazone usté, que er médico viene!

Se va a escape por la puerta del foro.

Eduardo. ¡Contratiempo más impensado!…

Éntrase por la de la izquierda de nuevo.

Salen por la de la derecha Polera y Engracia.

Polera. Yo he sentío aquí carreras y gritos…

Engracia. ¿Verdad? Yo también. Y no hay nadie.

Polera. Nadie. *Se asoma al atrio.* Nadie, señorita.

Engracia. Será efecto de la conversación que traíamos… Porque a mí hasta me ha parecido oír la voz de…

Polera. ¿De quién?

Engracia. De ese caballero que iba a Las Canteras… ¿Por qué se sonríe?

Polera. Por na, señorita. Pa milagros, los que hase la imaginasión.

Engracia. Es que antes tuve un presentimiento repentino. Sí, señor: un presentimiento.

Polera. ¿Cuá?

Engracia. Que ese hombre había de volver hoy mismo a Monte Calvario… ¿Otra vez la risita? ¿Tampoco cree usted en estos misteriosos avisos que todos tenemos algunas veces, lo advirtamos o no?

Polera. Miste, señorita, ésas son chilindrinas y leyendas pa entretené a chiquiyos. Ríase usté de presentimientos y de adivinasiones.

Engracia. Yo ¿qué he de reírme?

Polera. ¡Crea usté que en er mundo no hay más que lo que hay! ¡Dos por dos, cuatro, y dos por cuatro, ocho!… ¡Lo más bonito, lo más fantástico, el arco iris, por ejemplo, no es una señalita de que no habrá diluvio; es que se descompone la luz en sus siete colores! La materia humana…

En este instante asoma en la puerta de la izquierda Eduardo, imponiendo silencio al filósofo.

Eduardo. Silencio…

Engracia y Polera se quedan atónitos al verlo y reprimen un grito.

ENGRACIA. ¡Ah!

POLERA. ¡Ah!

EDUARDO. Está aquí una niñita enferma… Silencio.

Retírase Engracia, temblorosa, mira con asombro a Polera, que se ha puesto blanco como el papel y que mira a su vez a Engracia como tocado de superstición Pausa.

ENGRACIA. *Con inseguro acento.* ¿Y ahora?… ¿Qué dice usted ahora?

Polera quiere hablar y no le salen del cuerpo las palabras.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

Polera, nervioso, se pasea por el atrio. Se siente, a su pesar, un poco ángel arrojado del Paraíso. Por la puerta de la izquierda salen Verónica y Engracia. Sus rostros expresan confianza y tranquilidad.

VERÓNICA. ¡Ay, gracias a Dios!

ENGRACIA. ¡Gracias a la Santísima Virgen!

VERÓNICA. ¡Qué ratito habernos pazao!

ENGRACIA. Yo le confieso a usted que la creí muertecita.

VERÓNICA. Yo también. ¡Angelito der cielo!

ENGRACIA. Pero ¡cómo saben las madres!… ¿Vió usted ésta? En medio de su angustia, ¡qué bien atinó con lo que habla que hacerle! Las friegas, la cabecita baja, los pañitos frescos…

VERÓNICA. ¡Zi no ha hecho farta er médico pa na!

ENGRACIA. Felizmente. Sólo las palabras que le decía, creo yo que hubieran bastado para volverla en sí. ¡Le hablaba con un ansia!

VERÓNICA. Tiene usté razón, zeñorita. De ciertas medicinas no zabemos más que las madres. Y ¡qué buen corazón ha demostrao eze cabayero!…

ENGRACIA. ¿Verdad?

VERÓNICA. Con la prieza que yeva, gorvé hasta aquí por ampará en zu desgracia a eza pobre gente…

ENGRACIA. Sí…

VERÓNICA. Que otro cuarquiera zigue zu camino…

ENGRACIA. Sí, sí…

VERÓNICA. ¿Quién zerá é? *Engracia calla.* Buena pinta zí tiene. ¿Quién zerá? ¿Quién zerá? ¿Usté de veras no lo conoce?

ENGRACIA. No… Sólo de un viaje… ya se lo he dicho a usted…

VERÓNICA. *Maliciosamente.* ¡Vamos! ¡Vaya! ¡Vamos! Que ahora no está aquí zu mamá… ¡Vaya!

ENGRACIA. Esté o no esté mi madre, es lo mismo…

VERÓNICA. ¡Qué zé yo! Me están pareciendo a mi muchas cazolidades…

ENGRACIA. Y a mí; no crea usted. ¡Muchas *casolidades* son!

VERÓNICA. ¡Vaya! ¡Vamos! ¿No?… Zí.

ENGRACIA. *Riendo.* ¡Lo que usted quiera!

Sale Doña Rarra por la puerta de la izquierda también.

DOÑA RARRA. Siempre pasa lo mismo con estos médicos de pueblo: antes que ellos lleguen hay tiempo de morirse.

ENGRACIA. Pero ¿no sigue bien la niña?

DOÑA RARRA. Sí; si por eso lo digo… Ahora ya descansa. Voy a la iglesia a darle gracias a la Virgen bendita… Yo no sé lo que pasó por mí cuando llegó esta mujer a anunciarme… ¡Jesús! No me quiero acordar… Con la imaginación que yo tengo…

Éntrase por la puerta de la derecha, santiguándose.

VERÓNICA. Y yo voy a azomarme a vé zi veo vení a Frasquito.

ENGRACIA. ¿Él ha ido por el médico?

VERÓNICA. Zí, zeñorita; é.

ENGRACIA. Ya poco importa…

VERÓNICA. Er médico, no; pero er cabayo de eze cabayero…

ENGRACIA. ¡Ah! ¿Se ha llevado el caballo?…

VERÓNICA. ¡Pos ahí está mi apuro! ¿Usté ze ríe?

ENGRACIA. Sí… ¿Por qué no? Ya ha pasado la mala hora.

VERÓNICA. Voy a vé, voy a vé… *Sale al atrio y al cruzar le dice a Polera:* Pero ¿qué hace usté, padre? ¿Ha comío usté azogue?

Desaparece por la izquierda.

ENGRACIA. *Buscándole las cosquillas al rebelde.* ¿Está usted nervioso, señor Polera?

POLERA. *Desde el atrio.* ¿Qué?

ENGRACIA. ¿Le salió a usted el susto del cuerpo?

POLERA. *Acercándosele.* ¿A mí er susto? ¿Qué susto?

ENGRACIA. El que le entró a usted cuando halló mi presentimiento confirmado.

POLERA. ¡Ah! ¿Y por eso va a asustarse Polera? ¿Polera, que se ha visto fusilao tres veses?

ENGRACIA. Me atengo a que perdió usted el color y el habla.

POLERA. Sus ojos de usté, que lo verían… ¡Presentimientos!… ¡presentimientos!… Le yaman ustés presentimiento ar deseo de que pasen las cosas.

ENGRACIA. Y ¿por qué había yo de desear?…

POLERA. *Después de mirarla con malicia.* ¡Je!… He leído *Darnis y Cloe.*

ENGRACIA. ¡Y yo *El Enano de la Venta!*

POLERA. Nosotros dos vamos a acabá peleándonos.

Vuelve Verónica.

VERÓNICA. ¡Ay! ¡ay! ¡eze dichozo niño! ¡eze Frasquito!…

POLERA. ¿Qué?

VERÓNICA. ¡Que no viene! ¡Ocurrencia fué mandarlo a é!

POLERA. ¡Sí que fué ocurrensia! ¿Quién le dijo que fuera a cabayo?

VERÓNICA. Er propio cabayero. Con er mejó dezeo, pero zin penzá lo que hacía. Hay más e media hora que se fué… ¡Ya podía está aquí!

POLERA. ¡Hase veinte minutos!

ENGRACIA. *Fija en su idea.* A saber por qué no vendrá…

POLERA. ¿Otra te pego? ¡To quié usté que sea misterioso! ¡No viene porque está ayí su novia y ér tiene veinte años! ¡Yo me acuerdo de cuando tenía veinte años!

ENGRACIA. ¡Buena memoria, amigo!

POLERA. ¡No ha pasao tanto tiempo, señorita!

VERÓNICA. Lo que zucede, padre, es lo que ha dicho usté: er chiquiyo estaba rabiando por í a Puente Reá, pa que la niña lo viera de gala… ¡y temblandito estoy yo de que ze nos descuelgue aquí a laz ocho e la noche!

POLERA. ¡No digas tonterías!

VERÓNICA. ¡Es que me hago cargo de Frasquito con la novia ayí, y estrenando zombrero, y estrenando carniza, y estrenando terno, y estrenando botas, montao a cabayo por las cayes de Puente Reá!… ¡Y en er día de hoy! ¡Eze condenao hasta laz Ánimas no güerve!

ENGRACIA. *Riendo de buena gana.* ¡Ja, ja, ja!

VERÓNICA. ¡Cómo ze ríe la zeñorita!

ENGRACIA. Porque he tenido otro presentimiento, amigo Polera…

POLERA. *Como quien recibe un golpe en la nuca.* ¿Sí, eh? ¿Quié usté divertirse conmigo?

ENGRACIA. Ni más ni menos.

POLERA. *Va a contestarle, pero logra dominar sus nervios y calla ante el temor de que su respuesta sea incorrecta.* Las bocas bonitas no ofenden. ¡Parodio a Calomarde el inquisidó!

Se va hecho un veneno por la puerta del foro, a esperar a Frasquito. Engracia redobla su risa.

VERÓNICA. Aquí viene este cabayero. No le diga usté na de Frasquito, a vé zi quié Dios que yegue pronto.

ENGRACIA. ¿Yo? No tema usted, que no le diré nada.

VERÓNICA. ¡Demonio de chiquiyo!

ENGRACIA. ¿Demonio? ¿Por qué?

Por la puerta de la izquierda sale Eduardo.

VERÓNICA. ¿Duerme la niña?

EDUARDO. Sí. Inocentita, qué susto nos ha hecho pasar.

ENGRACIA. Y menos mal que dió con usted.

EDUARDO. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

ENGRACIA. Cualquiera como usted.

EDUARDO. Aunque ya no creo que necesite del médico no estará mal que la vea cuando llegue. ¿Ha vuelto el muchacho?

VERÓNICA. No… no, zeñó… no ha güerto toavía. Ezo hablábamos ahora mismo: que ya debe de está ar caé. Debe de está ar caé…

Mira a una y a otro y se marcha por la puerta de la izquierda eludiendo la conversación, que por otra parte le atrae.

EDUARDO. *Consultando el reloj*. Se me va a hacer demasiado tarde… Gracias que emprendí el viaje con tiempo. He perdido más de una hora.

ENGRACIA. No le llame usted perdida a esa hora…

EDUARDO. Ninguna mejor empleada, es verdad; pero ya que se realizó la buena obra, bien podía…

ENGRACIA. ¿Echa usted de menos su caballo, no?

EDUARDO. Para continuar mi viaje… cuyo fin también es un poco misericordioso.

ENGRACIA. ¿Misericordioso?

EDUARDO. Sí.

ENGRACIA. Es usted un santo varón. Y no se apure usted por Frasquito, que está al caer. Ya ha oído usted a Verónica.

EDUARDO. ¡Si yo fuese supersticioso!…

ENGRACIA. ¿Qué?

EDUARDO. ¡No me atrevería ya a moverme de Monte Calvario!

ENGRACIA. Y ¿no es usted supersticioso?

EDUARDO. Ni pizca.

ENGRACIA. Lo siento.

EDUARDO. ¿Por qué?

ENGRACIA. Porque… porque me gustaría mucho hablar ahora de estas cosas. Yo soy enteramente gitana. No echo las cartas porque no me deja mi madre.

EDUARDO. Gitana, dice…

ENGRACIA. Entiéndame usted. Tengo más fe en todo lo que parece casual que en lo razonable y premeditado. Me atrae más lo que no se explica que lo que se explica muy bien. ¡Lo que se explica muy bien es tan soso!… ¡En cambio lo que no se explica tiene un encanto!… Esta aventura de usted de hoy, ¿no es curiosa? Usted, que iba a Las Canteras, ¿por qué está aquí?

EDUARDO. Pues esto pertenece a lo que se explica muy bien: porque me perdí en el camino.

ENGRACIA. Y ¿por qué paró usted en Monte Calvario y no en otra parte?

EDUARDO. Porque…

ENGRACIA. Eso ya no se explica tan bien.

EDUARDO. Porque di con el santuario primero que con nada.

ENGRACIA. Bueno; pasemos ésa. Y ¿por qué se marchó usted y ha vuelto?

EDUARDO. Por la desgracia de la chiquilla de los saltimbanquis.

ENGRACIA. Y los saltimbanquis, ¿por qué estaban en el pinar?

EDUARDO. No lo sé, Engracia.

ENGRACIA. ¿Ve usted; ve usted? Aquí del misterio de las cosas de que yo hablo… Hay una cadenita invisible que enlaza los hechos en la vida… y que escapa a nuestra percepción… a nuestra inteligencia.

EDUARDO. Estaría escrito, dicen los musulmanes.

ENGRACIA. Los cristianos decimos estaría de Dios.

EDUARDO. Y ¿usted sabe si estará escrito o si estará de Dios que vuelva ese mozo que se ha ido con mi caballo a Puente Real?

ENGRACIA. *Riendo.* Puede que sí… que esté escrito… pero ¿y si alguien ha arrancado la página?…

EDUARDO. ¡Por vida!…

ENGRACIA. Muy intranquilo veo a usted. Eduardo… No sé qué haría yo para que se le pasase en un vuelo está espera…

EDUARDO. Usted dispense… Las circunstancias me han hecho acaso parecerle a usted descortés… Yo estoy encantado en su compañía… no es que quiera marcharme del lado de usted… ¡es que necesito estar en Las Canteras esta noche!

ENGRACIA. Sí, si así lo he entendido… si me pongo en su caso… Éstas son bromas… Dígame usted, que quería preguntarle… ¿Usted sigue viviendo en Toledo?

EDUARDO. No. Ahora soy andaluz: ¿no ve usted mi traza? Vivo en Alcazarejo. Hace más de dos años.

ENGRACIA. ¿Se ha hecho usted labrador?

EDUARDO. Yo, no. Mi suerte.

ENGRACIA. ¡Ah!… ¿Conque su suerte?… ¡La suerte!… Otra de mis manías. Eso me interesa.

EDUARDO. ¿No le hablé yo a usted en aquel viaje de un tío carnal mío, rancio labrador, muy viejecito ya?…

ENGRACIA. Sí, sí; hombre muy apegado a su terruño…

EDUARDO. Precisamente.

ENGRACIA. Que tenía por usted predilección muy viva…

EDUARDO. Eso es. Pues murió de allí a poco en Alcazarejo, y me legó cuanto en tierras tenía, seguro de que sólo yo, entre sus varios herederos, sabría conservarlas y cultivarlas con el mismo amor que él siempre puso en ellas.

ENGRACIA. Ya.

EDUARDO. Y no se engañó. He sido fiel a su voluntad. Pero, ¡claro!, esto originó un cambio total en mi vida y costumbres. Dejé Toledo, dejé Madrid, dejé mis pleitos de abogado, que no eran muchos, y de la noche a la mañana cáteme usted labrador en Alcazarejo. Sobre que soy un hombre dúctil que se ajusta pronto a nuevas posturas, me repugnaba entregar a manos

ajenas lo que se había puesto en las mías con tanto desinterés y cariño. Y estoy contento Vivo a gusto.

ENGRACIA. Ya se ve que es usted persona de muy buen componer.

EDUARDO. Sí… por eso le digo… Me amoldo fácilmente… ¿Qué más da ser esto o ser lo otro? ¿vivir aquí o vivir allá?… Lo esencial es vivir en calma… libre el corazón de miserias… Echar la cabeza por las noches en la almohada, diciendo como única oración: «Por mi voluntad, a nadie le he hecho daño».

ENGRACIA. Aparece el santo otra vez. En serio: yo tenía de usted esta misma impresión: que era usted lo que se llama una buena persona.

EDUARDO. Muchas gracias.

ENGRACIA. Me sorprendió, en aquel viaje de cuatro horas, que ni por casualidad habló usted mal de nadie… ¡Cuatro horas sin hablar mal de nadie! Hay que ser santo. ¡Ése es un milagro para que lo pinte Polera!

EDUARDO. Pero ¿el terrible Polera pinta milagros?

ENGRACIA. ¡Sí! ¿Usted no lo sabe?

EDUARDO. ¡No!

Los dos se ríen.

ENGRACIA. ¿De qué hablábamos? ¡Ah! De nuestro palique en el tren. Pues también me sorprendió aquel día, volviendo a lo mismo, que si el otro viajero que iba en el coche, o mi madre o yo, poníamos en juego la tijera, usted siempre tenía un movimiento compasivo, una palabra de disculpa…

EDUARDO. Y ¿no le pareció nunca hipocresía?

ENGRACIA. No.

EDUARDO. Ni lo era. No puedo remediarlo… Es innato en mí ese sentimiento. Sé comprender y compadecer y disculpar los defectos del prójimo… Sobran tristeza y dolor en la vida para que los enconemos aún más con nuestro rencor o con nuestra sátira… ¿Quién duda, por ejemplo, que una mujer que nace fea hubiera querido nacer bonita… como usted?

ENGRACIA. Poco a poco; yo no nací bonita. Pregúnteselo usted a mi madre. Nací hecha un coco.

EDUARDO. ¡Pues ha mejorado usted notablemente!

Vuelven a reír y se miran. Pausa.

ENGRACIA. Estoy pensando en lo que antes me dijo usted de su ida a Las Canteras.

EDUARDO. ¿Qué?

ENGRACIA. Que va usted con un fin un poco misericordioso. ¿No era eso?

EDUARDO. Eso es. Y yo estoy pensando en la curiosidad que tiene usted por saber a lo que yo voy a Las Canteras.

ENGRACIA. No…

EDUARDO. ¿No?

ENGRACIA. Sí. ¿A qué mentirle? La misericordia por un lado… la prisa de usted en marcharse, por otro… los azares que aquí lo detienen… todo esto me inquieta de una manera muy particular…

EDUARDO. ¡Cuántas disculpas le busca a usted a una simple curiosidad femenina!…

ENGRACIA. ¿Usted cree?

EDUARDO. Voy a satisfacerla… a modo de conjuro además. A ver si esta conversación atrae a Frasquito.

ENGRACIA. Todo pudiera ser.

EDUARDO. Me lleva a Las Canteras, amiga mía, un deber de conciencia y de corazón. Se trata de incapacitar, por una caterva de hijos, sobrinos y nietos, a una buena señora, prima de mi madre. Declarándola loca, se apodera esa gente de su fortuna, que es grande y saneada.

ENGRACIA. Y ¿no está loca?

EDUARDO. ¡Qué ha de estarlo!

ENGRACIA. ¡Pues eso es una picardía!

EDUARDO. Son muchas. Se ha apelado, para conseguirlo, a todos los medios. Ha habido una junta de médicos y se han tirado los trastos a la cabeza. Parece que la voluntad de uno de ellos, un poco frágil, ya estaba ganada… ¿Comprende usted?

ENGRACIA. Y ¿usted se propone?…

EDUARDO. Hablar claro y firme: descubrir la intriga y la farsa. Llevo conmigo, además de mi convicción, cartas a mi tío, cartas a mí, de hace un mes, de hace quince días, que prueban terminantemente que esa señora está en su juicio… y que lo que se quiere hacer con ella es una infamia. Y esta noche hay allí un consejo de familia, decisivo tal vez. Por eso me ve usted tan impaciente por marcharme: para no faltar.

ENGRACIA. ¡Claro! *Asomándose con interés a la venta.* Y ese Frasquito que no viene…

EDUARDO. ¿A qué le llamará la sacristana *estar al caer?*

ENGRACIA. En fin de cuentas…

EDUARDO. ¿Qué?

ENGRACIA. No debe usted desazonarse. Aquí y allí, ello no ha de pasar más que lo que esté de Dios.

EDUARDO. ¿Lo que esté de Dios?

ENGRACIA. O en el libro del sino de usted, si así lo prefiere. Si en su libro está escrito que llegue a tiempo a Las Canteras, llegará. Si está escrito que se quede aquí a esperar la procesión de la Virgen, como yo deseaba, aquí se ha de quedar… aunque usted se empeñe en lo contrario.

EDUARDO. ¡Qué fatalismo! Mi opinión es que en mi libro está escrito que llegue esta noche a Las Canteras.

ENGRACIA. Veremos… Dios dirá.

EDUARDO. Por de pronto, con el permiso de usted, voy a asomarme ahí fuera…

ENGRACIA. Vaya, vaya… Pero Frasquito no ha de venir más pronto porque usted se asome a ver si viene…

EDUARDO. Sin embargo, no se sabe qué especie de calmante hay en ello para la impaciencia…

ENGRACIA. ¡Sí que está usted rabioso por irse!

EDUARDO. *En tono de afectuosa reconvención.* Ya conoce usted el porqué.

Se marcha por la puerta del foro, hacia la izquierda, no sin sonreírle a Engracia.

ENGRACIA. *Tras una pausa llena de pensamientos.* Pues no se va.

Salen por la puerta de la izquierda Isaac y Miguela.

ISAAC. *Faut partit bientót. Le médecin n'est pas encore venu et la petite se porte bien. A quoi rester? (Reparando en Engracia.) Ah! par don!* Es tonto que esperemos, Miguela.

MIGUELA. Como ha de venir el médico de todos modos…

ISAAC. Es tonto esperar más. La niña está perfectamente…

MIGUELA. Bien… Como tú digas… Ahí fuera quedó el carro… y los hatillos… Yo primero voy a entrar en la iglesia.

ENGRACIA. *Indicándole la puerta de la derecha.* Por aquí puede usted entrar, si quiere.

MIGUELA. ¿Hay paso por aquí?

ENGRACIA. Sí, señora. ¿Continúa bien la niña?

ISAAC. *Très bien!*

MIGUELA. Muy bien, gracias a Dios… y a lo buenos que aquí han sido todos.

ENGRACIA. Ya la cara de usted es otra.

MIGUELA. Imagínese usted.

ISAAC. ¡Oh! Nuestro tesoro es esa niña. Yo trabajo, trabaja ésta… exponemos la vida cien veces… y aplausos fiada más que aplausos. Y con aplausos no se come. Mas en esto sale la pequeña con su panderetita y su risa de ángel, dando la vuelta al corro de gente… y monedas… monedas… *C'est de la galette pour nous, la petite.*

MIGUELA. No digas eso. Es el dinero y lo es todo, señora.

ENGRACIA. Como es tan bonita…

ISAAC. Cierto, cierto… *Faut partir. Pardon.*

Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.

ENGRACIA. *A Miguela, con interés.* ¿A Las Canteras van ustedes?

MIGUELA. A Las Canteras íbamos, sí, señora. No sé si él querrá que ahora vayamos a otra parte. Como nos ha ocurrido esto… *Resignadamente.* Igual tiene un pueblo que otro. Engracia. ¿Es muy dura esa vida?

MIGUELA. Se llora y se ríe, como en todas… ¡Hay tantos caminos!… Pero sí es dura, sí.

ENGRACIA. ¿La niña trabaja también?

MIGUELA. Ésas son mis lágrimas. El padre quiere, y la madre, no.

ENGRACIA. ¿Usted no?

MIGUELA. Por eso sólo peleamos. Él me dice: «El riesgo de la niña es el dinero». Y yo le digo: «El riesgo de la niña me mata». Isaac fía en sus fuerzas… Yo también; pero tiemblo por mi pobre Rosita. No nació para esto. Ni yo tampoco. Pero, en fin, yo lo quise.

ENGRACIA. ¿Qué edad tiene la nena?

MIGUELA. Cinco años. Siete hace que vivo yo con Isaac. Pasó por mi pueblo, me enamoró —yo era muy desgraciada; tenía sueños… y tenía hambre y penas… de ésas de las mujeres—; me enamoró, y me fuí con él… ¡Qué sino!… Mejor que en mi lugar… Lo seguí… Lo seguí adonde quiso, mundo adelante… Camina, Miguela. Y nació ese lucero.

ENGRACIA. Un lucero es, verdaderamente.

MIGUELA. A los dos años ya quiso él descoyuntar su cuerpecito, martirizarlo…

ENGRACIA. ¡Qué dolor!

MIGUELA. Yo la defendí… la defendí como nunca tuve quien me defendiese… ¡Apenas! Transigió él… Luego ha querido que la niña trabaje… y ahí ya no he podido vencerlo.

ENGRACIA. Y ¿al cabo trabaja?

MIGUELA. ¡Qué sino!

ENGRACIA. Comprendo el tormento de usted… y la compadezco. A mí no se me olvida la última vez que en Doña Molina, mi pueblo, hubo títeres. Ya sabe usted la rueda de gente que para verlos se forma en la plaza…

MIGUELA. Sí.

ENGRACIA. Había el día aquel mucha mujer del pueblo con sus hijos en brazos o de la manita. En el trapecio trabajaba una niña de más edad que la de usted, pero que me la ha recordado mucho. También era preciosa. Y muy desenvuelta y muy salada. Vaciló en sus juegos un momento, y la gente creyó que iba a caer al suelo y a matarse. *Miguela se estremece.* No cayó, por dicha; no le pasó nada. Pero, en aquel segundo de peligro, todas las madres que allí había apretaron a sus hijos contra el pecho o contra las faldas. Parecía que el hijo que cada una llevaba consigo corría el peligro que corrió un instante la niña que trabajaba en el trapecio. *Miguela, instintivamente, se aproxima a la puerta de la izquierda y escucha.* ¿Qué?

MIGUELA. Nada, no… Creí que me llamaba la mía. Pero ahora duerme. Pues así vivimos, señora; con la muerte siempre acechando. Ninguno de nosotros sabe hoy si ha de ver el sol de mañana. Y todo de esta suerte… Camina, Miguela… ¿En qué mesón o en qué pinar haremos noche?… Dios dirá. Hoy se esperaba pan, y no lo hay; mañana se temía por él, y cayó del cielo… Dios lo quiso. Adelante. ¡El fin no es más que uno!… Voy a entrar en la iglesia.

ENGRACIA. Yo iré con usted.

MIGUELA. No, muchas gracias… Déjelo. Le voy a rezar a la Virgen por todos… por el caballero que aquí nos trajo, por usted… ¡Qué bueno es ese caballero!

ENGRACIA. Sí lo es, sí.

MIGUELA. Dios les dé a ustedes toda la ventura que yo les deseo.

ENGRACIA. ¿Cómo? ¿Usted supone?…

MIGUELA. ¿No?… Pues lo habría jurado al verlos mirarse… *Engracia se turba al oír esto. Vuelve oportunamente Eduardo por donde se marchó, y la turbación de la muchacha crece entonces y se hace más patente.* Voy a la iglesia ya. *Deteniendo a Engracia, que hace ademán como de seguirle.* No, no se moleste… Yo iré sola. Estese usted aquí. *Mira a los dos y se entra por la puerta de la derecha.*

EDUARDO. ¡Pues, señor, temiendo estoy que ese muchacho también se haya roto la crisma!

ENGRACIA. ¿Pues?

EDUARDO. ¡No se le divisa en todo el contorno!

ENGRACIA. *Con inexplicables remordimientos; como si ella tuviera la culpa de lo que sucede.* Mire usted, Eduardo… yo no había querido decirle a usted nada… pero le voy a declarar una cosa…

EDUARDO. A ver.

ENGRACIA. Frasquito estaba hoy suspirando por ir a puente Real… Usted no lo sabía… Estrena… yo creo que estrena hasta el pellejo… y tiene en el pueblo a la novia…

EDUARDO. ¡Oh!

ENGRACIA. Verónica teme que, engolfado allí, hasta las Ánimas no vuelva…

EDUARDO. ¡Madre mía! ¡Lo voy a matar!

ENGRACIA. No… Discúlpelo… ¡Pobre Frasquito! Yo confío en que usted, que es tan tolerante, sabrá disculpar una detención en que el amor anda de por medio…

EDUARDO. Y yo disculpo eso y mucho más, amiga mía; pero en estas circunstancias, no. ¡Fuí yo mismo quien le dijo a Frasquito que el caso era grave; que trajese un médico por la posta!

ENGRACIA. Bien, sí… eso sí. Tiene usted razón.

EDUARDO. Pero, bueno… ¡paciencia!… Ya la niña está bien… y de lo demás… yo tengo mi conciencia tranquila… Dios dirá. Después de todo…

ENGRACIA. ¡Claro! Después de todo…

Se miran sonriéndose.

Por la puerta del foro llega, agitadísimo, Polera. Casi no puede hablar.

POLERA. ¡Ya… ya vienen ahí!…

EDUARDO. ¿Qué?

POLERA. ¡Ya vienen ahí!

ENGRACIA. ¿Quién?

POLERA. ¡Frasquito… y er médico!

ENGRACIA. ¡Ah!

EDUARDO. ¡Ah!

La noticia contraria levemente a Eduardo y grandemente a Engracia, aunque los dos lo disimulan.

POLERA. Ya vienen… ya vienen… Er médico a… a… a cabayo también…

ENGRACIA. ¡Caramba! ¡Que parece que es usted quien ha ido a buscarlo, según está de fatigado y de…! ¡Jesús, qué hombre!

POLERA. Señorita… es que he salío a mitá der camino a esperarlos… es que he venío corriendo a traé la notisia… ¡Porque me fastidiaba a mí que por curpa der sobrinito no pudiera este cabayero seguí su camino, con lo que aquí se ha entretenío por tantas peripesias!

EDUARDO. Dice Polera bien. Y ¿seguramente son ellos?

POLERA. ¿Cómo que si son eyos? Asomándose a la ventana y señalando lejos. ¡Místelos vení!

EDUARDO. *Después de mirar una vez más a Engracia como brindándole su naciente contrariedad.* ¡Pues esto es hecho, entonces! Voy a decir adiós.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

Engracia queda pensativa. Pausa.

POLERA. ¿Se ha puesto usté triste?…

ENGRACIA. ¿Eh?

POLERA. ¿Se ha puesto usté triste… porque se va er viajero?

ENGRACIA. *Sonriendo con cierta burla.* No… por eso, no… Si no se va.

POLERA. ¿Cómo que no se va? ¿No ha oído usté que ha ido a despedirse?

ENGRACIA. Sí; pero no se va.

POLERA. ¡Ay, qué grasia! ¿Con la prisa que tiene y con su cabayo a la puerta y no se va a i? ¿Es que piensa usté pedirle que se quede?

Engracia. ¡Qué tontería! No pienso decirle una palabra. A la iglesia me marcho ahora.

Polera. Entonses, ¿por qué asegura usté que ér no se va?

Engracia. Porque Dios no quiere que se vaya.

Polera. ¿Dios se lo ha dicho a usté?

Engracia. Me lo ha dicho.

Polera. ¿Por teléfono?

Engracia. ¿A usted qué le importa? Me lo ha dicho.

Polera. *Jugándose el todo por el todo.* ¡Bueno! ¿A qué se va?

Engracia. *Con graciosa firmeza.* ¿A qué no se va?

Éntrase por la puerta de la derecha, desafiando a Polera con la mirada.

Polera. ¡Hombre! ¡Voy a tené er gusto de darle en la cabesa a esta beatita! ¡Ya hablaremos de avisos selestes y de misterios en el aire cuando er cabayito eche a trotá! ¡Pos estaríamos frescos!… *A Eduardo, que sale.* ¿Vamos?

Eduardo. ¿Llegó ya ése?

Polera. Sí, señó; ya está ahí.

Eduardo. ¿Y la señorita?…

Polera. A la iglesia creo que se ha ido… ¡Más mística es! Si acaso, yo le diré luego que usté me ha encargao de despedirlo.

Eduardo. No, hombre… Iré yo un instante.

Polera. ¿Sabe usté lo que dise eya?

Eduardo. ¿Qué?

Polera. ¡Que no se va usté hoy de Monte Carvario!

Eduardo. Eso parece… Pero sí, ahora ya me voy; va de veras.

Polera. ¡Naturá!

Eduardo. ¿En la iglesia me ha dicho usted?…

Polera. ¡Ar reó de los santos! ¡En la iglesia o en la sacristía!

Miguela sale por la puerta de la derecha a tiempo de oír esta frase, y al ver a Eduardo le dice, refiriéndose a Engracia:

MIGUELA. En la iglesia está.

EDUARDO. ¿Cómo?

MIGUELA. En la iglesia la tiene usted.

EDUARDO. ¡Bueno!

Tuerce un poco el gesto, y entra a despedirse de Engracia.

Pasa Miguela hacia la puerta de la izquierda. Polera la contempla como en su abril lo hubiera hecho, entona el principio de la Marsellesa y luego exclama lo que sigue:

POLERA. *Allons enfants de la patrie!* ¡Lo que envidio yo a argunos franseses! *Miguela se detiene un punto y lo mira.* ¿Le gustaría a usté da conmigo un sartito mortá?

Miguela se sonríe y se marcha sin contestarle. Polera la sigue y le va a decir otra cosa, cuando se ve cara a cara con Isaac, que ha vuelto por la puerta del foro y ha presenciado el paso.

ISAAC. ¡Oh! Entre mi mujer y yo no hay secretos. ¡Lo que pensaba decirle a ella, dígamelo a mí!

POLERA. *Lívido.* No… no tenía importansia… Era una fló… Aquí, en Andalusía… los piropos…

ISAAC. Ella me ha dicho que le recuerda usted mucho a su abuelo. ¿Quiere usted que probemos un pulso?

POLERA. ¡Si yo no tengo fuersas!

ISAAC. Yo, sí; yo, muchas. *Éntrase tras Miguela.*

POLERA. *Temblando todavía.* ¡Por poquito me caigo! Me ha resurtao seloso er franchute. ¡Hoy pasan aquí unas cosas muy raras!…

Sale Verónica por la puerta de la izquierda, ansiosa de nuevas impresiones.

VERÓNICA. Me dejó eza mujé zola con la niña… ¿Y er zeñorito, dónde está?

POLERA. En la iglesia. Ha entrao a despedirse; pero se va a escape.

VERÓNICA. ¿Y la zeñora?

POLERA. ¡En la iglesia!

VERÓNICA. ¿Y la zeñorita?

POLERA. ¡En la iglesia también! ¡Pidiendo imposibles!

VERÓNICA. Er zeñorito me ha dejao dinero pa er médico. Y un regalito pa nozotros.

POLERA. Menos da una piedra.

Viene de la izquierda, y por la puerta del foro, Frasquito, orgulloso de su persona. Trae un clavel en cada mano y otro en una oreja.

FRASQUITO. ¡Ahí está ya eze hombre!

POLERA. ¡A buena hora!

FRASQUITO. ¡Cuando, ha podío vení! Yo no tengo la curpa.

VERÓNICA. Zí, zí; como que aquí tos zomos tontos. ¿Quién te ha dao ezos claveles?

FRASQUITO. Uno, mi novia… y los otros dos… otras dos muchachas que me la quién quitá.

POLERA. *Riéndose.* ¿Qué me cuentas, hombre?

VERÓNICA. ¡Que está rifao!

POLERA. No pueo mirarlo sin reírme: ¡paese una piñata! ¡Y grasias a Dios que te pusiste er sombrero!

FRASQUITO. *Jactancioso.* En Puente Reá dan razón. Buenas tardes.

Se marcha al atrio, hacia la derecha.

POLERA. No te alejes, que ahora vas a acompañé otra vez a ese señorito. ¡Que por lo visto está resando un rosario de despedía!

Llega Rojas, el médico de Puente Real.

Es hombre de unos cincuenta años, castellano viejo, sano de condición, exaltado y vehemente.

ROJAS. ¡Salud!

VERÓNICA. Buenas tardes, don Carlos.

POLERA. ¡Hola, señó dortó!

ROJAS. Ya me ha contado el chico el percance. ¿Dónde está esa chiquilla?

VERÓNICA. Ahí está, en mi arcoba. Pero ze la encuentra usté buena y zana.

ROJAS. ¡Mejor para ella y para mí! ¿Es la mocosilla de los titiriteros que andan por aquí en estos días?

VERÓNICA. La misma; zí, zeñó.

ROJAS. ¡Siempre que vienen títeres hay cabezas rotas!

VERÓNICA. No, zí no ha zío haciendo títeres… Ha zío… *Por Eduardo, que vuelve.* Este cabayero ze lo dirá; ér fué quien la trajo.

POLERA. Este cabayero tiene que irse.

Mira, impaciente y temeroso, hacia la puerta de la sacristía.

VERÓNICA. Zí; pero un minuto…

ROJAS. Buenas tardes.

EDUARDO. Muy buenas tardes.

VERÓNICA. Zeñorito, aquí tiene usté ar médico…

EDUARDO. ¡Ah! Tanto gusto…

ROJAS. Para servir a usted.

EDUARDO. Perdone usted esta molestia…

ROJAS. No hay por qué, señor. A eso estamos.

EDUARDO. Me impresionó mucho el accidente; me asusté… Fué una caída tremenda… Pero, en fin, gracias al instinto de la madre…

ROJAS. ¡Y a la costumbre que tendrá de lances parecidos! Vamos, vamos a verla.

EDUARDO. A mí ha de dispensarme usted, señor. No puedo detenerme más.

POLERA. No, no, no.

EDUARDO. Me he entretenido aquí más de una hora… y me esperan urgentemente en otro sitio.

POLERA. Sí, sí, sí.

ROJAS. Pues nada, por mí…

EDUARDO. Otra vez le pido mil disculpas…

ROJAS. Y yo le repito que no hay por qué. En Puente Real me tiene usted a sus órdenes: Carlos Rojas.

EDUARDO. A mí, usted, en Alcazarejo: Eduardo Segura…

ROJAS. *Con muy grata sorpresa.* ¿Eduardo Segura?

EDUARDO. Sí, señor.

ROJAS. ¿Eduardo Segura? ¿El sobrino de doña Tránsito?

EDUARDO. Justamente. ¿Conoce usted?…

ROJAS. ¿Va usted, tal vez, allá, a Las Canteras?

EDUARDO. Allá voy. De ahí mis prisas.

ROJAS. ¡Pues no quiero yo que vaya usted sin un abrazo mío!

EDUARDO. ¿Eh?

ROJAS. ¡Sí, señor! ¡Permítame usted que lo abrace! ¡Las ganas que yo tenía de conocerlo a usted! ¡Bendigo la hora en que se rompió la cabeza esa chiquilla! ¡Gracias a Dios que estoy frente a un hombre! ¡Lo que se llama un hombre! ¡Un caballero! ¡Una persona honrada, incapaz de vender su conciencia por cuatro reales ni por cuatro millones! ¡Venga usted a mí! ¡Le suplico que me deje abrazarlo!

EDUARDO. Sí, señor… Pero me aturde usted con sus alabanzas… ¿Me quiere explicar?…

Polera se ha puesto nerviosísimo viendo en Rojas un obstáculo a su deseo de que Eduardo desaparezca en seguida. Verónica, por el contrario, está en sus glorias ante la fuente de noticias que se le presentan.

ROJAS. ¡Yo he tenido la suerte y la desgracia, a la vez, de asistir a la última consulta de médicos que trató de la incapacidad de la buena señora aquélla!

EDUARDO. ¡Ah… sí! Rojas, es verdad… Don Carlos Rojas… Ahora lo recuerdo.

ROJAS. ¡Yo he sido el único que ha dicho lealmente su parecer! ¡Yo conozco los hilos de la trama… de la intriga! ¡Yo sé todo el fango que hay en

el asunto!… ¡Y yo le juro a usted por mi honor y por la salud de mis chiquillos, que son siete…! *A Verónica y Polera.* ¿Tienen ustedes la bondad de salirse ahí fuera un momentito?…

POLERA. Miste, don Carlos, que este cabayero no se pué entretené…

ROJAS. Un momentito nada más…

EDUARDO. Sí, sí, Polera; haga el favor…

POLERA. ¡Por vía e Garibardi!

Padre e hija se van al atrio; pero se les adivina escuchando detrás de la puerta.

ROJAS. ¡Yo le juro a usted, amigo mío, que lo que se pretende hacer con aquella señora es… es una canallada, una villanía!

EDUARDO. Sí, señor; estamos de acuerdo.

ROJAS. ¡Realizarla es cometer un crimen! ¡Ni doña Tránsito está loca ni quien tal pensó! ¡Lo que tiene es una rectitud moral que no quiere o no puede entender aquella gentuza! ¡Gentuza, aunque sean parientes de usted!

EDUARDO. Sí, señor, gentuza. Seguimos de acuerdo.

ROJAS. ¡Es usted todo un hombre! ¡De lo que no se estila! ¡De lo que no hay ya! ¡Cuando yo me enteré de que un pariente de los más allegados no entraba por uvas y tenía el coraje preciso para alzar su voz contra la de todos, por poco me da una congestión de alegría! ¡Yo iba a escribirle a usted! ¡Yo iba a ir a verlo!

EDUARDO. Y yo ahora celebro con toda mi alma este azar. Las palabras de usted, como médico, fortifican mi convicción; me dan seguridad y aliento para llevar a cabo mi propósito.

ROJAS. ¡Sí, señor; sí! ¡Entre usted y yo vamos a armarla buena! ¡Ahora mismo me he quitado cinco años de encima! Porque, mire usted, Eduardo: yo, por mis pecados o por lo que sea, vegeto en ese maldito Puente Real —ni mejor ni peor que otros pueblos, esto es aparte—; pero vivo ahí como un hipócrita; no puedo hablar, no puedo respirar. ¡Tengo que pensar como el alcalde y como doña Pepa Naranjo, o me echan! ¿Comprende usted mi situación? ¡Taponado siempre! ¡Un hombre sincero y limpio, como yo, lleno de verdades de arroba, que se las tiene que tragar! ¡Me estallan en el cuerpo!

¡Así es que cuando salgo de la jurisdicción de aquellos señores, la verdad se abre paso en mi boca y no me calla nadie!

EDUARDO. Lo comprendo, sí.

ROJAS. No crea usted que es broma: ¿sabe usted lo que hago en Puente Real algunas veces? Cuando ya la sinceridad contenida, atascada más bien, llega a producirme hasta dolores físicos, me voy por las noches tras las tapias del cementerio y empiezo a gritar solo. ¡Parezco un loco desatado! Los perros me ladran… ¡Pero yo tengo que *purgarme* así o pierdo el hígado! ¡El alcalde es un tal!… ¡El secretario del Ayuntamiento es otro tal!… ¡El boticario es Diego Corriente!… ¡Doña Fulana está enredada con don Zutano!… ¡Me consta! ¡Los he visto!… Y los muertos se ríen. A mí se me figura que los oigo.

EDUARDO. ¡Ja, ja, ja!

ROJAS. *Asomándose al atrio.* Ya pueden ustedes venir. *Vuelven Verónica y Polera.*

POLERA. Un pelo me fartaba a mí pa da un aviso. *A Eduardo.* ¿Usté se va o se quea?

EDUARDO. Yo ¿qué me he de quedar? Yo me voy.

POLERA. ¡Es que se le echa a usté la tarde ensima!

EDUARDO. Ya, ya…; pero…

ROJAS. Si va usted a Las Canteras a caballo, tiene tiempo de sobra.

POLERA. No tan de sobra, no.

ROJAS. ¿Me lo va usted a contar a mí? Por los pinares, al Pozo Santo, y luego…

POLERA. Ése, ese camino iba a yevá…

ROJAS. Espéreme usted un instante; veo a la chiquilla y nos vamos juntos un buen trecho.

EDUARDO. ¡Sí!

ROJAS. Y así seguimos hablando del asunto.

EDUARDO. ¡Sí, sí!

ROJAS. ¡Para formar nuestro plan de ataque!

EDUARDO. ¡Corriente!

ROJAS. Bueno, pues ahora salgo… ¿Por aquí?

VERÓNICA. No, zeñó; por aquí.

ROJAS. *Volviéndose, desde la misma puerta ya.* Porque, verá usted: ayer noche he sabido… *Polera bufa.* ¿Qué le ocurre a usted?

POLERA. Na… no… a mí na… no me ocurre na…

ROJAS. Pues decía que he sabido ayer noche… En fin, voy a ver a la enferma. En seguida salgo.

EDUARDO. Aquí lo espero yo.

ROJAS. ¡Hay tela cortada!

EDUARDO. Ya.

VERÓNICA. Venga usté por aquí.

Éntrase por la puerta de la izquierda con Rojas. Pausa. Eduardo, abstraído, pasea. Polera, inquieto, trata de hacerle pensar en la marcha.

POLERA. No se fíe usté de lo que le ha dicho don Carlos.

EDUARDO. ¿Qué?

POLERA. Que no le sobra a usté ni un minuto.

EDUARDO. ¡Ah! ya.

POLERA. En cuanto ér despache, a los cabayos, y a buen trote…

EDUARDO. Sí, sí…

Se sienta.

POLERA. Pero ¿se sienta usté?

EDUARDO. Y ¿por qué no, mientras él no sale?…

Polera se asoma a la puerta de la izquierda y escucha.

POLERA. ¡No sé qué estará hasiendo ya ese hombre!

Vuelven de la iglesia Engracia y doña Rarra, las cuales se miran sorprendidas al encontrarse allí con Eduardo.

ENGRACIA. Pero ¿qué ven mis ojos?

EDUARDO. Me ven a mí, Engracia.

DOÑA RARRA. ¿Estará de Dios que no se vaya usted?

Polera la devora con la mirada.

EDUARDO. Yo temo que sí. ¿Iré a quedarme para siempre en Monte Calvario?

Ríen los tres.

ENGRACIA. Sí que tendría gracia. *Tose con intención y mira a Polera.* Verá usted si me he acatarrado ahí dentro.

Polera no puede resistir la burla y se sale al atrio a pasear.

DOÑA RARRA. Y ¿a qué se debe la nueva detención?

EDUARDO. A que ha venido el médico de Puente Real, que tiene que ver en mi asunto de Las Canteras, y va a acompañarme.

ENGRACIA. Hombre, eso es una suerte.

EDUARDO. Sí que lo es.

Sale Rojas por la puerta de la izquierda.

ROJAS. ¡Listos!

EDUARDO. ¿Listos ya?

ROJAS. Cuando usted guste, amigo mío. Señoras… ¡Soy feliz! ¡No va usted a poder callarme en todo el camino!

POLERA. *Desde la ventana.* ¿Vamos?

EDUARDO. Vamos, sí.

ROJAS. Vamos. Señoras…

DOÑA RARRA. Adiós, Azopardo Rojas. ¿Azopardo?

Márchase por el atrio, hacia la izquierda. Polera, satisfecho, lo sigue.

ENGRACIA. Mamá, si éste no es Azopardo; si es Rojas.

DOÑA RARRA. ¡Es verdad, que es Rojas! Le voy a consultar sobre mi jaqueca… ¡Rojas! ¡Señor Rojas! ¡Don Isidoro!

Vase tras él.

EDUARDO. Engracita…

Corta la palabra a Eduardo la salida, por la puerta de la izquierda, de Miguela, Isaac, Rosita y Verónica. Miguela trae de la mano a Rosita.

MIGUELA. ¡Ea, ya está la niña buena! ¡Al campo otra vez!

ENGRACIA. Adiós, Rosita. Dame un beso.

MIGUELA. Anda, dale un beso a la señorita.

ENGRACIA. *Besándola*. ¡Qué monísima eres!

MIGUELA. Y ahora, desde la puerta, tira otro besito para todos; tíralo con la manita, anda. ¡Que se quede en la casa donde te han curado!

Rosita obedece.

VERÓNICA. ¡Es pa comérmela la chiquiya!

ISAAC. *Au revoir*, señores! *Au revoir!*

MIGUELA. Buenas tardes.

EDUARDO. Adiós.

ENGRACIA. Vayan con Dios.

Se van los saltimbanquis por la puerta del foro, también hacia la izquierda. Verónica se va con ellos.

EDUARDO. Yo ya no me despido más de usted, Engracia.

ENGRACIA. Ni yo de usted, Eduardo.

EDUARDO. Porque está visto que, como me despida, no me voy.

ENGRACIA. Pues váyase ya sin vacilar, no haga Dios que empiece en Puente Real el repique de que ya usted sabe… y tenga yo que ser entonces quien le suplique a usted que no emprenda el camino… y que se quede aquí.

EDUARDO. Sí, sí; no juguemos.

ENGRACIA. Consté que a su vuelta…

EDUARDO. Pasaré por Doña Molina.

ENGRACIA. Está ofrecido.

EDUARDO. Le he dado a usted palabra de honor.

ENGRACIA. Pues a Las Canteras ahora, que es bien que llegue usted a tiempo.

EDUARDO. Muy contento voy. Este encuentro con Rojas aquí ha sido cosa providencial.

ENGRACIA. ¿Sí?

EDUARDO. Tal vez a él se deba mi triunfo.

ENGRACIA. Pues… ya ve usted… también ha sido cosa de azar… cosa impensada… cosa de misterio… providencial, como usted ha dicho… de lo que no se explica.

EDUARDO. Indudable… De lo que no se explica.

ENGRACIA. Así le quedará a usted recuerdo de Monte Calvario.

EDUARDO. No era menester este último encuentro para que me quedara… *Engracia lo mira.* Me ha comunicado usted su fe supersticiosa, su extraña creencia en el influjo de lo inexplicable. Ahora, con Rojas, por fuerza he de hablar un gran rato de bajos sentimientos, de ruines pasiones de las almas; pero cuando ya camine solo, a este Dios que todos llevamos en la conciencia y que nos acusa o que nos anima, voy a hacerle preguntas análogas a las que antes me hizo usted a mí. ¿Por qué me extravié en mi camino? ¿Por qué entré aquí y no en otra parte? ¿Por qué me fui y encontré a los titiriteros y cayó la niña, y volví a Monte Calvario otra vez? ¿Por qué tardó el muchacho que fué por el médico? ¿Por qué vino este médico y no otro cualquiera? Y, sobre todo, Engracia, ¿por qué estaba en Monte Calvario aquella mujer a quien conocí en un viaje? y pensando en la cual muchas veces me hice esta pregunta silenciosa: «¿Qué habrá sido de aquella mujer?…».

Instintivamente se dan las manos. En este momento asoma Polera a la ventana, y al ver cómo se miran y que no aciertan a separarse, los vuelve a la realidad, dictándole a Eduardo:

POLERA. ¡A ese paso lo coge a usté er repique!

EDUARDO. ¿Eh? ¡Ah, sí! ¡Es verdad! Ahora mismo voy.

POLERA. ¡Bueno!

Se retira.

ENGRACIA. Y lo gracioso es que tiene razón. ¡Corra usted no comience el repique!…

EDUARDO. Pues bien, Engracia: ya sabe usted todo lo que voy a preguntarle al Dios de mi conciencia.

ENGRACIA. Pues… Dios dirá.

EDUARDO. Dios dirá.

Va a unirse con Rojas y a darle una satisfacción a Polera.

ENGRACIA. Por mi parte… ya sé yo lo que ha de decir. *Óyese un redoble de tambor de los titiriteros, que gradualmente se aleja.* ¡Ah! Los saltimbanquis, que se van con él…

Se asoma a la ventana y les dice con la mano adiós. Pausa.

Vuelve Polera, como si le hubiera tocado la lotería.

POLERA. ¿Y ahora? ¿Qué dise usté ahora? ¿Se fué o no se fué?

ENGRACIA. No, señor; no se fué. Está aquí.

POLERA. *Desconcertado.* ¿Dónde?

ENGRACIA. Aquí. Usted no lo ve; pero está aquí. *Polera la mira con recelo.* No, no tema usted, ni me eche esos ojos, no me he vuelto loca. Se fué… pero está aquí.

POLERA. ¡Ah, vamos!… ¡Está aquí!… ¡Ya comprendo!… ¡Lo que yo me malisié desde er prinsipio!… ¡Pos ese dios del arco y de las flechas sí que hase milagros, señorita!…

ENGRACIA. Pues… Dios dirá.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, febrero, 1915.

ISIDRÍN O LAS CUARENTA Y NUEVE PROVINCIAS

SAINETE

CON MÚSICA DEL MAESTRO GERÓNIMO GIMÉNEZ

Estrenado en el **Teatro Cómico** el 8 de abril de 1915

A LORETO PRADO,

Isidrín *madrileño, que vale por*
las cuarenta y nueve provincias,

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isidrín.	Loreto Prado.
Una Aragonesa.	Matilde Franco.
Manolita.	Araceli Sánchez Imaz.
El Chino.	Pilar Carreras.
El Copitas.	Dolores Borda.
Un Cosmopolita.	Enrique Chicote.
Un Andaluz.	Julio Castro.
Un Aragonés.	José Soler.
Un Catalán.	Jaime Ripoll.

ISIDRÍN O LAS CUARENTA Y NUEVE PROVINCIAS

Plazuela solitaria en el Madrid viejo. Dos bancos fronteros, apenas sombreados por unas acacias. Es una mañana de otoño.

El Chino y El Copitas, betunerillos ambulantes, aparecen cada uno por un lado y se encuentran en medio de la plazuela, donde se detienen a cambiar impresiones.

EL COPITAS. ¡Hola, Chino!

EL CHINO. ¡Hola, Copitas! ¿Qué tal mañana llevas?

EL COPITAS. Un par he limpiao. ¿Y tú?

EL CHINO. Las de mi padre, y gracias.

EL COPITAS. ¿Le sirves de gratis?

EL CHINO. Alguna vez me paga en mamporros. Malo está el oficio.

EL COPITAS. Malo está.

EL CHINO. Las pesetas suben que es un gusto. ¿Hiciste mucho ayer?

EL COPITAS. Ni cinco reales. ¿Y tú?

EL CHINO. Por *áhi*, por *áhi*. Como si fuera en coche to el mundo.

EL COPITAS. Pos hasta un sarcasmo tuve yo. Figúrate que le limpié la bota a un cojo con pata de palo, y no consintió en pagarme más que medio par.

EL CHINO. Hombre, bien mirao… ¿Y de propinas?

EL COPITAS. *Cinquetes* y na más que *cinquetes*. Se ha puesto de moda el perro chico.

EL CHINO. No lo creas. Pa ti y pa mí, no digo que no; pero pregúntale a Isidrín y verás.

EL COPITAS. ¡A buena parte has ido! Es que Isidrín es una ececión: es el *fenómeno* de la clase.

EL CHINO. Y que no sirve darle vueltas. Tres duros hizo ayer el gachó.

EL COPITAS. ¿Tres duros?

EL CHINO. Tres duros. Alguna martingala tiene; porque limpiando pares no se saca eso. Es más listo que el hambre y to lo que se quiera; pero ¡mía que tres duros son perras gordas!

EL COPITAS. ¡Vamos a *interviuvarlo*!

EL CHINO. ¿Pa qué? ¿Te piensas tú que te va a vender su secreto? Habrá sacao patente pa él solo.

EL COPITAS. Bien dices.

EL CHINO. Na, chico; que unos nacemos con estrella y otros estrellaos. ¿Y tu Peque?

EL COPITAS. Bien. ¿Y tu prendera?

EL CHINO. *Súper*. Más prendá ca día.

EL COPITAS. Pos hasta luego. Chino. Buena suerte.

EL CHINO. Anda con Dios, Copitas. Dios te ayude. *Se van en opuestas direcciones.*

Música

Por la derecha del actor sale poco después Isidrín, el envidiado compañero del Chino y del Copitas, madrileño neto, pícaro de casta y gran agradador por cálculo. Trae al brazo como los otros, los trastos de su oficio.

ISIDRÍN.

¡Isidrín! ¡Isidrín!
Yo nací en Antón Martín.

Como fruto natural
del cariño y la ventura
de Ruperta y de Pascual,
Isidrín me puso un cura
en la pila bautismal.

¡Isidrín! ¡Isidrín!
Yo nací en Antón Martín.

Mi cajón, mi cajón
de betún vale un millón.

Con la luz de mi *quinqué*,
con el paño y el cepillo…
y las artes que yo sé,
¡vamos, que!…
a quien yo no le dé brillo
no nació quién se lo dé.

Y esta gracia mía
es la que me ha dao
otra lotería
sin haber jugao:
una chalequera
muy zaragatera,
nieta de las majas,
hija de este sol,
que me mira con dos cajas
de betún para el charol.

¡Isidrín! ¡Isidrín!
Yo nací en Antón Martín.

Cesa la música.

Mirando a la derecha. Ahí viene la de las cajas de betún, precisamente. Alumbrando la calle más que el sol ella sola y ¡vaya un rinconcito apartao y tranquilo que hemos encontrao pa nuestros coloquios! ¡Hay que verla! ¡No es que me ciegue la pasión; es que hay que verla! ¡Las cosas que nacen en Madrí!

Llega Manolita. Efectivamente, hay que verla. Los ojos, negros como la mora, riman can el pelo; y un leve boato que le sombrea el labio superior «busca consonante» con las pestañas. Viene de mantoncillo negro, y trae un chaleco «para entregar» al sastre y unos zapatitos para entregárselos a su novio.

MANOLITA. Dios te guarde, Isidrín.

ISIDRÍN. Venga con Dios quien me quita el sueño.

MANOLITA. Ten ahí los zapatos.

ISIDRÍN. Como lunas te los voy a dejar.

MANOLITA. Tú no lo gastas menos.

ISIDRÍN. Y que lo digas. ¡Vamos, que llamar pies a lo que cabe aquí!

MANOLITA. ¿Te parece?

ISIDRÍN. Chica, es que sin querer compara uno. Acabo de limpiarle las botas a un *cateto* y eran dos tranvías de tración animal.

MANOLITA. ¡Qué salao eres!

ISIDRÍN. Siéntate, anda.

MANOLITA. Así que entregue este chaleco.

ISIDRÍN. Así que entregues vuelves a sentarte.

MANOLITA. Bueno: cinco minutos.

ISIDRÍN. Como el misto: que dice que para cinco minutos y se está media hora.

MANOLITA. To lo compones a tu gusto.

ISIDRÍN. Es que hoy no me cambio ni por un caballerizo de Palacio.

MANOLITA. ¿Y eso?

ISIDRÍN. Escucha. *Se suena dinero en el bolsillo.*

MANOLITA. ¡Isidrín! Pero ¿te ha tocao la Lotería?

ISIDRÍN. Ya hace tiempo. Este dinero es del trabajo Mi lotería eres tú.

MANOLITA. ¿Yo? ¡Ay, qué gracia!

ISIDRÍN. Tú, tú solita. Y no es una flor, que es una verdá más grande que San Francisco el Grande. Por ti trabajo con tanta ilusión, y de tu cariño he sacao la martingala pa hacerme rico.

MANOLITA. ¿De mi cariño?

ISIDRÍN. ¡Ele!

MANOLITA. Como no te expliques…

ISIDRÍN. Explicación al canto. Cuando tú dijiste en tu casa que tenías amores con un betunero, ¿qué pasó?

MANOLITA. Que quisieron matarme entre todos.

ISIDRÍN. Y ¿qué pasa ahora, a los cinco meses de quererme?

MANOLITA. Que eres el amo en cuanto pisas el portal; que no saben dónde ponerte.

ISIDRÍN. Y ¿por qué ha sido ese terremoto, que to lo ha alterao?

MANOLITA. Porque tienes buen ángel y eres formalito.

ISIDRÍN. Y por algo más, que es cabalmente la martingala. Hazte el cargo. Tu padre es gallego, ¿no es verdá?

MANOLITA. De la provincia de Pontevedra.

ISIDRÍN. Tu madre es valenciana, ¿no?

MANOLITA. Valenciana; de la capital mismamente.

ISIDRÍN. Tu tío Ramón, el cojo, es vasco.

MANOLITA. Sí; de Tolosa.

ISIDRÍN. Y aquella pobre vieja que tenéis en casa casi de caridá, es granadina.

Manolita. La señá Angustias. Granadina es. Pero ¿a qué viene to este mapa con lo que hablábamos?

Isidrín. Un real vale media arroba de paciencia. Oído a la caja. Yo he viajao mucho, como tú sabes. Como tú sabes… y como yo me sé, pero he viajao. Tengo las cuarenta y nueve provincias en el bolsillo. Bueno, pues a tu familia también la tengo en el bolsillo. ¿Cómo? Comiendo. Llego allí y principio a recordarle a tu padre sus rías y sus montañas, y hasta le canto una alborada si se me ocurre, y lo vuelvo tonto; y a tu madre le toco el registro de las flores que hay en Valencia, y de las barracas y de los arrozales, y la conmuevo y la hago una jalea; y a tu tío le ataco por el Cristo de Lezo y por la fábrica de boinas, y un hombre en mi poder; y la señá Angustias, na más que la miento el agua de la Fuente del Avellano, suelta unos suspiros… que comparao con ellos el de Boadil el más chico, fué una carcajada, y yo, rifao.

Manolita. Y yo sin entender qué tiene que ver ese *cuplé* con tu negocio.

Isidrín. Párate y reflesiona. Ese *cuplé* es el que a mí me ha dao la idea de esta martingala que va a ponerme rico. ¿Comprendes ahora?

Manolita. Toavía no.

Isidrín. Torpe te has levantao, Manolita. Verás. Como mi negocio es limpiar botas, aplico a tos los parroquianos el cuento del cariño a la tierra. Que se sienta en ese banco, es un poner, un transeúnte desconocido: pues yo, que pa eso tengo los ojos de diez y seis bujías, saco por su pelaje o por su habla de qué tierra es, y me hago de repente de la misma tierra.

Manolita. ¿Y le dices que eres de allí?

Isidrín. Y se lo pruebo. ¿No ves que he viajao por toa España? Y al que es de Cádiz, le hablo en andaluz de *Puerta e Tierra* y de la *mansaniya* y der *pescaíto*; y al que es de Salamanca, en castellano neto, de la Casa de las Conchas y de los charros; y al de Burgos, del Sepulcro del Cid; y al de Huesca, de la Campana; y al de Úbeda, de los Cerros; y al de Jaén, de la Cara de Dios, y al de los Madriles, de tu cara. Y no sé qué demonios de cosquillas les hago a tos en el corazón, que los enternezco, que los *catetizo* en un instante, y me sueltan unas propinas que ya ves.

Manolita. Pero ¡qué salao eres!

ISIDRÍN. Ayer mismo, apenas te fuiste, pasó por aquí un caballero, y no hice más que verle el traje, cuando pensé pa mí: catalán.

MANOLITA. ¿El traje?

ISIDRÍN. Y la persona. Y con las mismas me llego a él y le pregunto en catalán si le limpio el calzao.

MANOLITA. Pero ¿de cuándo acá sabes tú catalán?

ISIDRÍN. ¡Anda! ¡Pues si he vivido un año en Barcelona! Yo hablo hasta japonés: no te ocupes de eso. Como te decía, en catalán de ley, trabé conversación con él; y me puse a alabarle la Rambla de las Flores, y la Gran Vía, y el Tibidabo, y las fábricas de gusanos de seda…

MANOLITA. ¿Fábricas de gusanos de seda, Isidrín? No te *cueles*.

ISIDRÍN. En Barcelona se fabrica hasta el aire. Y lo conquisté en diez minutos, y me llevó a la fonda, que está aquí a orilla, pa que le limpiara las botas a toa su gente. ¡Doce pares! Si en lugar de hacerme el catalán le digo que soy madrileño castizo, ni el polvo les quito a las que él traía.

MANOLITA. Y ¿no te ha salío ninguno que reniegue de su país?

ISIDRÍN. Ninguno. Desde lejos no hay quien reniegue de su país. Y como los madrileños somos de la mejor tierra del mundo, pues tampoco de aquí reniega nadie. Y yo en la gloria.

MANOLITA. Total: que vas pa acionista del Banco.

ISIDRÍN. De menos hizo Dios a Puchete. Porque te prevengo que soy una hormiguita.

MANOLITA. Eso me gusta.

ISIDRÍN. Ni más ni menos. Los amigos que han olido el gato, no hacen más que tirarme indiretas. «Chico, ¿cuándo nos tomamos un arroz por tu chavala?». «Vamos, hombre Isidrín, llévanos a la Bombi, que ahora el tiempo convida».

MANOLITA. Y ¿tú qué les dices?

ISIDRÍN. Que bueno, que convide el tiempo, si tiene gusto; pero que Isidrín está juntando pa establecerse.

MANOLITA. ¡Pa establecerse!

Isidrín. No te rías, que a eso voy. Que a eso vamos. Hasta buscao tengo ya el sitio.

Manolita. ¿Dónde?

Isidrín. En la Plaza de Castelar, na más. Junto a Correos. «Al espejo en los pies. Salón de limpiabotas. Se da lustre y conversación».

Manolita. Eso es lo que a ti no te falta: conversación. Me estás entreteniendo. Ya me voy.

Isidrín. Quédate otro poco.

Manolita. ¡Si tengo que entregar esta prenda, hombre!

Isidrín. Pero ¿volverás por los zapatos?

Manolita. ¡No que no!

Isidrín. Pues aquí te espero.

Manolita. Pues aquí poco negocio vas a hacer.

Isidrín. Se dan casos. Día en que tan de mañana te veo, no falla.

Manolita. Ea, hasta luego.

Isidrín. Dime que me quieres.

Manolita. A la otra vista. *Vase por la izquierda.*

Isidrín. *Contemplándola.* ¡Vayan con Dios las arenas de oro del Manzanares!

Abstraído en la adoración de su Manolita, no advierte la presencia de un Andaluz, que sale por la derecha del actor. Viste de americana y sombrero flexible, y es un tipo vulgar.

Andaluz. Ni de morde me viene este banquito.

Se sienta en el de la derecha, saca de los bolsillos algunos papeles y cartas, que consulta, y toma notas en un cuadernito de apuntes.

Isidrín. ¡Tropezando va por las calles! ¡Qué locura de andar! *Al volverse, ve el recién llegado y exclama:* (¡Hombre, un prójimo! A ver si cae pez. *Observándolo.* ¿De dónde es este socio, Isidrín? Aquí de tu pupila. Es tan desdibujao… Pero me paece de Despeñaperros pa allá… Vamos a calarlo). *Canturreando por «soleares» con cierto estilo.*

En argún tiempo era yo

la alegría de mi casa…

Andaluz. *Maquinalmente y sin levantar la vista de los papeles, enfrascado en sus notas.* ¡Y ole!

Isidrín. (¿Qué dije? ¡A *catetizarlo* en un decir Jesús!).

Rompe a cantar en neto andaluz la canción que sigue.

Música

Chiquiya,
Loliya,
eres la reina en Seviya
y eres la reina de España;
bonita como una caña
de mansaniya.
¡Chiquiya!
¡Loliya!

Anda ve y dile a tu madre
que esto está escrito en er sielo;
que se acuerde de tu padre…
y se acuerde de tu abuelo.

Vente a mi abrigo,
que gloria que me pías
tendrás conmigo.

Chiquiya, corma mi gusto,
chiquiya, lía er petate,
que estás en er tiempo justo
de haser ese disparate.

Mi nena,
morena,
la de los ojos de pena,
la de la risa en la boca,
si yo no te güervo loca
no hay grasia en la Macarena.
¡Mi nena!
¡Morena!

Cesa la música.

El Andaluz ha terminado por dejar sus papeles y por escucharlo con la boca abierta.

ANDALUZ. ¡Y ole!

ISIDRÍN. Muchas grasias. La afisión, que no lo deja a uno.

ANDALUZ. Tú no eres de aquí.

ISIDRÍN. No, señó. Ni usté tampoco.

ANDALUZ. Tampoco. ¿Se me nota?

ISIDRÍN. En los *¡oles!* y en el asento. Lo menos es usté…

ANDALUZ. ¡De Seviya!

ISIDRÍN. ¿De Seviya? ¡Qué casualidá!

ANDALUZ. ¿Por qué?

ISIDRÍN. Porque somos paisanos.

ANDALUZ. ¿Tú también eres de Seviya?

ISIDRÍN. De la Macarena, na más.

ANDALUZ. ¡Como yo!

ISIDRÍN. ¡Vaya cardo!

ANDALUZ. ¡Y ole!

ISIDRÍN. ¿Limpiamos las botas?

ANDALUZ. Sí, hombre; sí. Dales un *pasatún*.

ISIDRÍN. Va usté a vé lustre fino. *Se pone a su tarea.*

ANDALUZ. Y ¿quién te ha traío a ti por estos Madriles?

ISIDRÍN. Yo solo he venío. Corriendo detrás de dos o tres garbansos.

ANDALUZ. A eso venimos tos.

ISIDRÍN. Pero en cuanto yega er mes de abrí, tomo er *botijo* y me voy a la feria. ¡Como ar que le mandan unas aguas!

ANDALUZ. No me hables. Yo no sé er tiempo que hase que no la veo. Ni que farto de ayí.

ISIDRÍN. ¡Es mucha tierra aqueya!

ANDALUZ. ¡No me hables! La comparo yo con esas mujeres que, sin sé bonitas pa desí: «¡Vaya una perfesión!», ¿eh? lo emboban a uno. ¿No es eso, paisano?

ISIDRÍN. Eso es. El ánge, la grasia, la simpatía, er salero… un no sé qué espesiá que tiene Seviya.

ANDALUZ. *¡Chachipé!*

ISIDRÍN. *¡Chachipé!*

ANDALUZ. Y ¿a ti te echaron el agua en er mismo San Gil?

ISIDRÍN. Con la misma concha que a usté, probablemente.

ANDALUZ. ¡Y pué que er mismo cura! ¿No es verdá?

ISIDRÍN. *¡Chachipé!*

ANDALUZ. *Entonando una copla.*

> *Viva la Macarena,*
> *porque es mi barrio…*

ISIDRÍN. ¿A usté también le gusta er *cante*?

ANDALUZ. ¡Uh! No es pa dicho. Más que las arbóndigas. ¿De dónde era eso que tú cantabas?

ISIDRÍN. De una sarsueliya. Había este abrí pasao, en er café de Novedades, en nuestra tierra, una niña cantándose, que era un delirio el escucharla.

ANDALUZ. ¿Cómo le disen?

ISIDRÍN. La Niña de Utrera.

ANDALUZ. No la conozco.

ISIDRÍN. Pos no conose usté el arroz con leche. Acaba eya una *soleá* y toa Seviya dise ¡ole!

ANDALUZ. ¡Y ole!

ISIDRÍN. Como usté ahora mismo.

ANDALUZ. ¡Es mu grande er *cante* de la *soleá*!

ISIDRÍN. Mu grande. Pos ¿y las malagueñas?

ANDALUZ. También ése es un *cante* grande.

ISIDRÍN. ¿Y unas serranas escuchás en mitá der campo, no dan *repelucos*?

ANDALUZ. Es que las serranas son mu grandes.

ISIDRÍN. Y ¿dónde me deja usté las seguiriyas?

ANDALUZ. ¡Echa café! ¡Las seguiriyas! ¡Eso es lo más grande que se canta! *Entonándose otra vez.*

Si supiera la lengua
que de mi mormura…

¡Qué grande es esto! ¿Es esto argo grande?

ISIDRÍN. Es grande, es grande.

ANDALUZ. ¿Las *chanelas* tú?

ISIDRÍN. Eso quisiera yo pa haserme rico. Pero me ando en tanguiyos, y grasias. ¿Le gusta a usté un tanguiyo, paisano?

ANDALUZ. Hombre, por tu salú, que estábamos hablando con Dios y te has venío a acordá de los monasiyos.

ISIDRÍN. *¡Chachipé!*

ANDALUZ. Si me hubieras hablao de unas carseleras, o de unas granaínas, o de unas levantinas, o siquiera de unas alegrías, o de unos martinetes… pero ¡de un tanguiyo!… ¡Er tango es un *cante* pa un puesto e

agua! *Se pone a tararear uno cualquiera llevando el compás con el pie, cuya bota le limpia Isidrín.*

ISIDRÍN. *Suspendiendo el trabajo.* Paisano, que con aire de tango no hay un betunero que saque lustre.

ANDALUZ. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Ves tú? Lo que yo digo en la casa de huéspedes: un gorje así no lo tiene más que uno de mi tierra.

ISIDRÍN. Na más. ¿Va usté a los toros esta tarde?

ANDALUZ. Er tendío tengo en er borsiyo.

ISIDRÍN. ¿Trae argo er niño nuevo?

ANDALUZ. Argo trae. A quitá moños viene; porque torea y mata. *En alas del torero entusiasmo ejecuta el hombre cuantos lances describe, y, naturalmente, Isidrín tiene que suspender de nuevo su trabajo.* Er domingo pasao dió unas verónicas rematando los tres tiempos a ley, que ¡ole! Luego puso un pa de banderiyas cambiando los terrenos, que ¡ole! Con la mano izquierda no es manco, ¿te enteras tú?, que da unos pases en redondo, que ¡ole! Y a la hora e la verdá no es de los que vuerven la *fila*: ¡entra a mátá como San Antonio bendito! ¡Y ole Triana! *Terminada la apología se queda quieto. Al ver que Isidrín no reanuda el trabajo, le pregunta:* ¿Qué esperas?

ISIDRÍN. ¡Las muliyas que se yeven er toro! ¡O no acabo nunca!

ANDALUZ. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Lo que dije antes! ¡Los gorpes e la tierra!

ISIDRÍN. ¡Ele!, digo ¡ole!

ANDALUZ. Dijustarme de esta tarde no me dijusta más que er ganao. Lo he visto en los corrales y son chivos. Y el uno, cornicorto; el otro, mogón; el otro, bizco del izquierdo… No hay un toro que tenga los cuernos como la gente.

ISIDRÍN. Pos eso sí que es lástima.

ANDALUZ. ¿Yevas tú en Madrí mucho tiempo?

ISIDRÍN. Poco. Tres años escasos.

ANDALUZ. Cuatro yevo yo. Y estoy ya de la Corte hasta los ojos. ¡Josú! Pero a la fuersa ahorcan.

ISIDRÍN. ¿Tan malamente le va a usté?

ANDALUZ. No es que me vaya malamente; es que esta tierra tiene *guasa*.

ISIDRÍN. ¿Madrí?

ANDALUZ. Madrí, sí; tiene *guasa*. Tiene *guasa* Madrí. ¡Mucha *guasa*! ¿No le encuentras tú *guasa* a Madrí?

ISIDRÍN. *A regañadientes.* Sí… sí tiene *guasa*… Madrí tiene *guasa*… Nos ganamos aquí la vía, pero tiene *guasa*.

ANDALUZ. ¡Tiene *guasa*! Y San Isidro Labradó tiene *guasa*. Y los madrileños tienen *guasa*. ¡Tienen mucha *guasa*!

ISIDRÍN. ¡Mucha *guasa*! No puén con la *guasa*. ¡Pero, miste, paisano, que er paisanito nuestro que sale patoso!… ¿Eh, paisano? ¿No hay pa darle así con er sepiyo?…

ANDALUZ. A buena parte vas. Un sosio tengo en mis asuntos que siempre que se pesa parte la aguja de la báscula. ¡Y to es *asaúra*!

ISIDRÍN. ¿Y es… sosio de usté?

ANDALUZ. Sí, hijo, sí; nasí con esa estreya. A propósito de cañonasos. *Saca su librillo de apuntes y escribe en él.*

Por la izquierda aparece un matrimonio aragonés, de artesanos en día de fiesta. Vienen cansados de callejear, y ven el banco desocupado como si hubieran visto un par de butacas.

ARAGONÉS. *Bolibar* pa arriba, *bolibar* pa abajo… Rindijo estoy, Petrica.

ARAGONESA. Yo tamién, Celedonio. A tiempo topamos con este poyete.

ARAGONÉS. Bien dices. *Dejándose caer en el banco.* ¡Ay!…

ARAGONESA. *Lo mismo.* ¡Ay!… Estos Madriles no son pa mis piernas.

En cuanto los mira Isidrín, descubre en perspectiva un nuevo negocio, y termina rápidamente con el Andaluz.

ISIDRÍN. Listo, paisano.

ANDALUZ. ¡Y ole! Me las has dejao que lastiman la vista. *Pagándole con esplendidez.* Toma, que bien te lo has ganao.

ISIDRÍN. Grasias.

ANDALUZ. Y te voy a hasé otro regalito.

ISIDRÍN. ¿Sí?

ANDALUZ. Una peseta farsa. No te rías. Ahí la tienes. Si no la pasas tú no la pasa nadie. A mí me la han devuerto ya en siete sitios. El otro día por último la eché en un sepiyo de Animas, y a los sinco minutos yegó a dármela er sacristán.

ISIDRÍN. Se conose que se quejaron en er Purgatorio.

ANDALUZ. Se conose.

ISIDRÍN. Mala cara tiene.

ANDALUZ. Peores son los hechos.

ISIDRÍN. Ésta la paso yo entre dos luses. ¿Me da usté una peseta buena si la paso?

ANDALUZ. Cuenta con eya.

ISIDRÍN. Pos démela usté, porque la paso.

ANDALUZ. Pos en cuanto la pases, ahí tienes ya la peseta buena. Y en paz. Niño, niño, que nos bautisó er mismo cura… ¡pero a mí una mijita antes! Quéate con Dios.

ISIDRÍN. Vaya usté enhorabuena.

ANDALUZ. Adiós, paisaniyo. *Se va por la derecha entonando alguna copla grande.*

Isidrín se queda unos instantes viéndolo irse. El matrimonio aragonés se ha adormilado. Nuestro héroe aprovecha la coyuntura.

ISIDRÍN. Ya dobló la esquina. Ya no me oye. *Gritando con acento baturro de lo más cerrado.* ¡Adiós, Crespúlo! ¡Anda con Dios! ¡Que escribas, maño! ¡Una postalica siquiera! ¡Anda con Dios! ¡Mimorias a la Manolica y a la Pascuala!

Los aragoneses se despabilan sorprendidos, y se miran entre sí con la complacencia de quien halla un paisano en tierra extraña.

Aragonés. ¿Has escuchau, Petrica?
Aragonesa. Ya, ya.
Isidrín. (*¡Catetizaos!*).

Música

Si en ti pienso al acostáme
no puedo dormíme pronto,
y eso, maña, que soy tuerto
y no cierro más que un ojo.

Mira lo que tiene
veme con cariño:
con el ojo tuerto
piensas que te guiño.

Si perdí yo un ojo
tú encontraste dos,
en los que relumbra
la gracia de Dios.

Matraca me da tu madre
por que deje tu querer,
y no me da la *matraca*
que yo quiero que me dé.

Repite el estribillo y cesa la música.
Aragonés. ¡Bien por las joticas, mocete!
Isidrín. No hay mejor distración pa el hambre.
Aragonesa. ¿De ande eres tú?
Isidrín. Me paice a mí que himos nacío los tres por las mesmas tierras.

Aragonés. Así me paice a mí tamién.

Isidrín. Alreor de las orillicas del Ebro, ¿no es verdá? ¿Ustedes son de Zaragoza?

Aragonés. Yo, sí. La parienta es de Cinco Villas.

Aragonesa. Pero en Zaragoza me he recriau.

Isidrín. Pus en la Plazuela de las Eras vine a este mundo yo. De madre baturra, de padre baturro, de agüela baturra y de agüelo baturro tamién.

Aragonés. No tiés que juralo, gurrión.

Aragonesa. Ya lo pregona, ya.

Isidrín. ¿Les limpio las boticas?

Aragonés. Güeno. Pásales un pañico, sí.

Isidrín. *Poniendo mano a su tarea.* Mucho han divagau por esas calles.

Aragonés. Mucho.

Isidrín. Y ¿qué me icen ustés de la Corte?

Aragonés. ¿Qué himos de icir, sino que es la Corte del rey de España? ¡Bien vale el viajecico!

Aragonesa. Pero hay masiaus automóviles.

Isidrín. ¿No le gustan a usté los automóviles?

Aragonesa. Paraus, sí.

Isidrín. ¿Han visto ya el Palacio Rial?

Aragonés. Por juera.

Isidrín. ¿Y el Museo de Penturas, lo han visto?

Aragonés. Por juera tamién.

Isidrín. Pus icen qué más tié que ver por dentro.

Aragonés. ¿Lo oyes, Petrica? ¿Te convences ahura?

Aragonesa. ¡Qué sé yo, qué sé yo!

Llega Manolita por la izquierda. Cuando escucha a Isidrín hablar en baturro se hace cruces y a duras penas contiene la risa.

Manolita. Ya me tienes de vuelta.

Isidrín. Hola, mañica.

MANOLITA. ¿Eh?

ISIDRÍN. *Guiñándole.* ¡Dios te guarde, mañica! ¡No te esperaba tan prontico! ¡Temprano has dau la güeltecica! ¡Engolfau me encuentras aquí con estos paisanicos!…

MANOLITA. ¡Ah, vamos, sí!… Son paisanicos tuyos… ¡Ya! *Vuélvese de espaldas riéndose.*

ISIDRÍN. Siéntate y aguarda un ratico.

ARAGONÉS. Majica es la moceta, gurrión. ¿Es tu novia por un por si es caso?

ISIDRÍN. Mi novia es.

ARAGONÉS. Güen acierto has tuvido.

ISIDRÍN. No lo he tuvido malo, no.

ARAGONESA. ¿Tú sabes a quién se me ricuerda, Celedonio?

ARAGONÉS. ¿No he de sabélo si es su mesma estampa?

ARAGONESA. ¡A la Albertica!

ARAGONÉS. ¡A la Albertica cuando tuvía esos años!

ARAGONESA. ¡Es estala viendo!

ISIDRÍN. ¿Quién es la Albertica?

ARAGONÉS. Una hijica nuestra que se ha casau en Tarragona con uno del país.

ISIDRÍN. Y ¿tanto se paice a mi Manolica?

ARAGONÉS. Tanto como dos gotas. Ni que juera de la mesma casta se paicía más.

ISIDRÍN. Y ¿es casada?

ARAGONESA. Casada.

ARAGONÉS. Y con diez hijicos a su alrior.

ISIDRÍN. ¿Diez hijicos?

ARAGONESA. Diez.

ISIDRÍN. ¡Ridiez!

ARAGONÉS. ¿Qué te ocurre?

ISIDRÍN. ¡Que hay parecidos que impresionan!

ARAGONÉS. Pus lo más complicau es que los tres primeros años de matrimonio no tuvo nengún crío; y dende que jué a unas aguas por tierras de Alcubierre, principió a traelos de dos en dos.

ISIDRÍN. ¿Qué te paicen las aguas?

ARAGONESA. Ya, ya.

MANOLITA. ¿En dónde está Alcubierre, Isidrín?

ISIDRÍN. ¿Alcubierre? ¡Ni en el mapa lo verán tus ojos! ¡No, no!

Se ríen los Aragoneses y Manolita.

MANOLITA. Mira, Isidrín, mientras tú concluyes, me voy a llegar aquí a la sedería por un carrete.

ISIDRÍN. Güeno: anda con Dios.

MANOLITA. (Sí, porque le voy a estropear la comedia con mi risa). Que ustedes sigan bien. *Vase por la derecha.*

ARAGONESA. Adiós, moceta.

ARAGONÉS. Adiós, pimpollico.

ISIDRÍN. ¿Sabe andar o no sabe andar mi palomica?

ARAGONÉS. ¡Hasta en eso es la imagen de la utra!

ISIDRÍN. ¡Güeno va! ¿En Tarragona vive?

ARAGONÉS. En Tarragona.

ARAGONESA. Y aquí tenemos otra mayor, tamién casada.

ISIDRÍN. ¿Con un madrileño?

ARAGONÉS. Justamente.

ISIDRÍN. Pus entonces pa ustés se inventó la coplica.

ARAGONÉS. ¿Qué coplica?

ISIDRÍN. Aquella que ice, ice…

Las cintas de la alpargata
son Castilla y Cataluña,
y el Aragón que está en medio
el ñudo que las añuda.

Por la izquierda, y en dirección a la derecha, sale un Catalán con traza de fabricante adinerado. Al reparar en Isidrín se detiene un punto para hablarle. Isidrín primero se hace el sordo y luego le contesta, en catalán, naturalmente.

CATALÁN. Escolta, noy; noy!

ISIDRÍN. (¡Atiza! ¡El catalán ahora!).

CATALÁN. Noy! Paisá!

ISIDRÍN. ¿Eh? Ah, senyoret! Ben vingut. Bon día tingni!

CATALÁN. Escolta, paisá. Més tart, cap a les dotze, t'haurias de passar per la fonda, que hi tindrás feyna.

ISIDRÍN. Está bé, senyoret.

CATALÁN. Sabs ahont es, la fonda?…

ISIDRÍN. No ho ting de saber? Vagisen tranquil, que hi aniré desseguida…

CATALÁN. Cap a les dotze?

ISIDRÍN. Sí, senyoret.

CATALÁN. Adéu.

ISIDRÍN. Estigui bo. Passi-ho bé.

Retírase el Catalán por la derecha.

ARAGONÉS. Mocete, ¿parlas catalán?

ISIDRÍN. Cuatro chufletas: «D'aquí a demá, per l'amor de Déu y diga-li que vingui».

ARAGONÉS. Pus ¿cómo te ha llaman *paisá*?

ISIDRÍN. Por groma. Los catalanes, aunque paicen tan seriotes, son mu gromistas.

ARAGONÉS. Ya, ya.

ISIDRÍN. Y éste, como siempre me ha encontrau tan matraco, siempre ha tuvido conmigo la mesma groma.

Sale presurosamente por la derecha nuestro Andaluz, buscando un lapicero que ha perdido. Al no verlo encima ni alrededor del banco, le pregunta a Isidrín.

ANDALUZ. Na; que no parese. Aquí tampoco está. Hombre, paisaniyo.

ARAGONÉS. ¡Otra que Dios!

ANDALUZ. *Dándole a Isidrín con el pie.* Paisaniyo.

ISIDRÍN. *Mirándolo y riéndose, evitando el hablar.* ¡Je!

ANDALUZ. ¿Has visto por casualidá un lapisero?…

ISIDRÍN. *Con acento de todas las regiones.* No…

ANDALUZ. ¿No lo has visto?

ISIDRÍN. No…

ANDALUZ. He notao la farta hase un rato, y lo siento la má, porque es un recuerdo e la novia.

ISIDRÍN. ¡Je! (¡A cualquier hora me sacas tú una frase!).

ANDALUZ. ¡Por vía e los moros! *Volviendo a buscar.* No está aquí, no…

ISIDRÍN. No…

ANDALUZ. Vi a tené que acudí a San Antonio pa que parezca.

ISIDRÍN. ¡Je!

ANDALUZ. Adiós, paisaniyo.

ISIDRÍN. ¡Je!

ANDALUZ. ¡Paisaniyo! Oye, paisaniyo: ¿cómo iría yo bien desde aquí pa la Plasa'er Biombo?

ISIDRÍN. ¡Je!

ANDALUZ. Pa la Plasa'er Biombo: ¿cómo iría yo bien desde aquí?

ISIDRÍN. *Entregándose a la fatalidad de contestarle.* En *auto* va usté ar pelo.

ANDALUZ. ¿En *auto*, eh? No estás tú mar peine. *A los baturros.* Mucho ojo con este paisaniyo, que coge un mosquito en un túne.

ISIDRÍN. ¡Je!

ANDALUZ. Adiós, paisaniyo.

ISIDRÍN. ¡Vaya usté con Dios… paisaniyo!

El Andaluz se aleja por la izquierda.

ARAGONÉS. Güeno, güeno; pero ¿tú eres paisano de to el que pasa?

ISIDRÍN. ¡Je!

ARAGONÉS. ¿Cómo te ha llamau tamién paisano ese andaluz?

ISIDRÍN. Tamién por groma. Los andaluces, ya es sabido, siempre andan de groma.

ARAGONESA. Mira, Celedonio, ya tienes las botas limpias. Ámonos de aquí, que éste es un gurrión avispau.

ARAGONÉS. Ámonos, sí. No vaya a ser éste el timo e las botas; que en Madrí ca día discurren uno. *Pagándole a Isidrín.* Ten ahí, mocete.

ISIDRÍN. Gracias. Pero ¿y la siñora, no se sirve?

ARAGONÉS. La siñora, no. Ámonos, Petrica.

ARAGONESA. Ámonos, Celedonio.

ARAGONÉS. *Encaminándose hacia la derecha con su costilla.* ¿Qué te paice el betunerico? ¡Paisano de toa España! ¡Sí que es un lance enrevesau! *Se alejan charlando.*

ISIDRÍN. ¡Vayan… vayan… vayan ustés con Dios! ¡Ya no sé de qué manera he de hablarles! Pero ¡qué mañanita llevo! *Saltando de alegría.* Isidro, eres indiscutiblemente el rey del tapiz. *Bailando y cantando.*

Chiquiya, corma mi gusto,
chiquiya, lía er petate,
que estás en er tiempo justo
de haser ese disparate.

Na; que tengo ahora mismo las cuarenta y nueve provincias en la cabeza. Vamos a limpiar los zapatos de la reina de España, antes que llegue. *Coge los zapatitos de su novia, se sienta, y se dedica a limpiarlos con primor. En su cabeza bullen todos los aires nacionales. De cuando en cuando tararea alguno. La música en la orquesta interpreta este estado de su fantasía. Cuando cesa la música Isidrín ha terminado su labor.* ¡Listos! La cara se mira uno en ellos. Afeitarme podría. Mentira parece que no se tambalee por

las calles una mujer que remata en punta. *Deja en el banco de la izquierda los zapatitos, y mientras arregla sus bártulos, llega por la derecha un Cosmopolita. Es un señor triste, de largo abrigo con cuello de astracán, bastón, guantes y sombrero de copa. Se sienta con cansancio en el banco de la derecha. A poco se da cuenta de su llegada Isidrín.* (¡Anda la Osa! ¡El director de la Equitativa lo menos! ¿Pero que a la Providencia, cuando dice a proteger a uno, to le paece poco? Isidrín, espabila el *quinqué*, que como averigües de qué tierra es este manate, la propina va a ser de a peseta). *Lo examina con mirada investigadora.*

Por la derecha vuelve Manolita.

MANOLITA. ¡Hola! ¡Lo que me he podido reír oyéndote hablar en baturro!…

ISIDRÍN. ¡Calla!

MANOLITA. ¿Qué?

ISIDRÍN. ¡Que calles!

MANOLITA. Pero ¿qué haces, hombre?

ISIDRÍN. *Dianosticando.*

MANOLITA. Y eso ¿qué viene a ser?

ISIDRÍN. Averiguar de qué tierra es aquí este prócer.

MANOLITA. ¡Ay, qué salao! Y ¿de dónde te piensas que es?

ISIDRÍN. Por la chistera, de Madrí. En provincias no se usa más que en los entierros y en los Juegos florales. Vamos a ver si es de Madrí.

MANOLITA. ¡Pregúntaselo!

ISIDRÍN. ¡Quita! *Cantando.*

Por ser la Virgen de la Paloma,
un mantón de la China-na,
China-na…

El Cosmopolita permanece impasible. Isidrín se rasca.

A ver esto otro.

La camisa de la Lola
un chulo se la llevó,
un chulo se la llevó,
un chulo se la llevó…

No es de Madrí este tío.

Manolita. ¿No?

Isidrín. O no es chulo.

Manolita. Chulo ya se ve que no es, mía éste. Debe de ser de San Sebastián o de Bilbao. Allí también hay mucho señorío.

Isidrín. Mira, pué que aciertes. *Cantando un aire de zortzico.*

La del pañuelo rojo
loco me vuelve a mí…

Ni pía, cambiaremos el disco.

Salamanca, estudiantes,
Madrí, carrozas,
Ávila, caballeros,
Segovia, mozas…

Viendo al Cosmopolita inmóvil.

Pues ni de Salamanca, ni de Madrí, ni de Segovia, ni de Ávila. ¿De Murcia?… No. ¿De la Montaña?… No. ¿De León?… No. Es poco *gótico*.

Manolita. Pero, chico, mía que es idea…

Isidrín. Calla tú.

Soy de Pravia, soy de Pravia,
soy de Pravia, soy de Pravia…

¡Tampoco es de Pravia! ¿De dónde es este hombre?

Manolita. ¡Es mucha pretensión la tuya! ¿Por una copla o por el abrigo o por la *canariera* vas a averiguar…?

Isidrín. ¡Ele!

MANOLITA. ¿Qué?

ISIDRÍN. Ya está: la *canariera* me lo ha dao. Canario va a ser.

MANOLITA. ¿Cómo?

ISIDRÍN. De las Islas Canarias. Vaya por folías.

Éstas sí que son folías,
éstas sí folías son…

Son folías, pero no se mueve.

MANOLITA. Pues tampoco es canario.

ISIDRÍN. O está en la muda.

MANOLITA. Paeces loco algunas veces, Isidrín.

ISIDRÍN. ¿Loco, eh? Por eso saco estas propinas. Déjame tú a mí. Voy a pasar el charco.

Cuba no rinde favores
a ninguna extraña tierra…

¡Que si quieres! Éste gachó ha nacío en un bosque. ¡Lorito real!… ¡Que si quieres! Pues ya sé lo que es.

MANOLITA. ¿Qué es?

ISIDRÍN. ¡Sordo como una tapia! ¿Tú no ves que ni pestañea?

MANOLITA. Acércate y háblate con las manos.

ISIDRÍN. Me has dao una idea, tú. *Llégase al Cosmopolita, se descubre, y por señas le pregunta si quiere que le limpie el calzado.*

COSMOPOLITA. *Levantándose al fin, y con tono de la Ronda de Embajadores* ¡Vaya! ¡Está la mañanita de queda! *Vase despacio por la izquierda hacia el fondo. Al volverse descubre el anuncio que lleva escrito en las espaldas, en el espléndido gabán: «Lampistería y Objetos de arte. Magdalena, 7. Teléfono* 53.971».

ISIDRÍN. ¡Mecachis! ¡Pues si es un anuncio!

MANOLITA. ¡Anda, Dios!

ISIDRÍN. ¡Qué chasco! ¡Si tiene menos dinero que yo y que tú! ¡Y lo tomaba yo por un personaje!

MANOLITA. ¡Sí que es pa reírse!

ISIDRÍN. ¡Cualquiera le acertaba la patria! ¡Es un cosmopolita!

MANOLITA. ¿Un cosmopolita, Isidrín? Y ¿qué es eso?

ISIDRÍN. Ello lo dice: cosmopolita: el que está *chinchao* con su suerte; que esto es universal. ¡A ese tío del anuncio lo mismo le da Madrí que la Argentina!

MANOLITA. Seguro.

ISIDRÍN. Pero una golondrina no hace verano, ni hay ececión sin regla. Al revés te lo digo. Yo he tropezao el filón de una mina, y pata. Y ca dos horas naciendo en un sitio distinto, ya sea Badajoz, ya Pamplona, ya la Coruña, ya Almería, a la vuelta de cuatro primaveras tú no coses más chalecos que los de Isidrín, y juntitos vamos a darle un viva a España que va a retumbar en to el mundo.

MANOLITA. ¡Ele!

ISIDRÍN. ¿Qué dices ele? ¡El alfabeto entero!

Al público:

Un aplauso general
me dará mucha alegría.
Que lo brinde cada cual
a su tierra, y yo a la mía.

FIN

Fuenterrabía, Madrid, octubre, 1014.

BECQUERIANA

ÓPERA EN UN ACTO,

INSPIRADA EN UNA RIMA DE BÉCQUER

MÚSICA DE MARÍA RODRIGO

Estrenada en el **Teatro de la Zarzuela** el 9 de abril de 1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Ilusión.	Presentación Nadal.
La Pasión.	María T. Tellaeche.
La Ternura.	Rafaela Leonís.
El Poeta.	Ignacio Genovés.
Una Ninfa del Bosque.	Teresa Saavedra.

Voces ocultas y Genios y Espíritus de la tarde.

BECQUERIANA

—Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas?
—No es a ti; no.

—Mi frente es pálida; mis trenzas, de oro:
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas?
—No; no es a ti.

—Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte.
—¡Oh, ven; ven tú!

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.

Bosque solitario. Por entre los árboles del fondo se adivina el cielo del atardecer, teñido de rosa y de oro. Hay un tronco caído.

La brisa juega entre las vamos, llenando el bosque de inefables rumores. Las Genios y Espíritus de la tarde palpitan agitando sus alas en el templado ambiente, que parece temblar y estremecerse a su contacto. La tierra aletargada suspira…

Por uno de los senderos del bosque aparece la romántica figura del Poeta, semejante a la de Manrique, aquel loco perseguidor de un rayo de luna. Camina despacio, abstraído en sus pensamientos.

EL POETA.

Entre nubes de oro y rosa
muere el día…
El perfume de la tarde
me acaricia…
Canta, brisa, dulcemente;
canta, brisa,
que tu voz entre las hojas
es la mía.
Explayar quiero mi alma,
no *ser* hombre,
y fundirme en el misterio
de este bosque.

Los vagos y tenues rumores del bosque se hacen poco a poco más perceptibles, y suavemente van acrecentándose hasta convertirse en voces humanas, que traducen su misterioso lenguaje.

VOCES.

Eco es tu voz que a mis entrañas llega:
reposa en mi regazo…

Yo besaré tu frente soñadora,
tu corazón cansado.

Ninfa del Bosque.

Amores que mecéis con vuestro vuelo
los nidos en las ramas,
iluminad la frente del poeta
y acariciad su alma.

El Poeta.

Amor es engaño vano,
torpe anhelo,
mentida ilusión del hombre,
loco sueño.
Del amor probé las mieles
y el veneno,
y el amor por que suspiro
no lo encuentro.

Mujer que encendiste
mis locas quimeras;
mujer de mis sueños
invisible imán:

¿qué flores te esconden?
¿en qué mundo habitas,
que nunca mis ojos
viniste a encantar?

El susurro de fuente escondida
para mi es tu voz;

las estrellas en el alto cielo
tus pupilas son;
el rocío que tiembla en las flores
llanto de tu amor.

Yo sé que tú existes,
yo busco tus huellas,
yo en todo momento
te siento llegar…

¡Te ofrezco mi gloria
no más por oírte,
y el alma y la vida
por verte no más!

Siéntase con aire melancólico en el tronco caído.

A sus palabras estremécese el bosque todo como si el amor batiera en él sus alas poderosas. De improviso surge a los ojos del Poeta la figura de la Pasión, de hermosura de fuego, y se llega a él.

El Poeta.

¿Quién viene a turbar mi reposo?

La Pasión.

«Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas?»

El Poeta.

«No es a ti; no.»

Por opuesto camino llega la Ternura, humilde y suave, y acercándose también al Poeta le habla así:

La Ternura.

«Mi frente es pálida; mis trenzas, de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas?»

El Poeta.

«No; no es a ti.»

La Pasión.

Mírame bien y no desdeñes
esta embriaguez que traigo yo:
gusta la miel que hay en mi boca;
siente el latir del corazón.

Cuando caigas en mis brazos
otros brazos para ti no has de encontrar,
ni más horas que las horas
que asomándote a mis ojos pasarás.

Entra en mi alcázar de oro,
del que no se sale ya,
porque el amor que lo guarda
cierra la puerta al entrar.

Vino de fuego
te daré yo;
lecho de flores,
cielo de sol.

El Poeta. *Con amargura.*

No eres tú, no…

La Ternura. *Dulcemente.*

Vente conmigo de la mano,
que en mí tu sed se apagará;
mira la paz que hay en mis ojos;
mi corazón oye temblar.

Besaré tu altiva frente
y tus lágrimas ocultas secaré,
y tus sueños haré míos
y contigo he de cantarlos a la vez.

La mansión en que te aguardo
tiene sombra de laurel,
y en el hogar una llama
que templa sin encender.

Flor de los campos
mi amor será;
cielo de luna
lo ha de alumbrar.

El Poeta. *Con hastío.*

Sé cuánto das…

La Pasión.

¡Sin mí no hay ventura!

La Ternura.

¡Sin mí no hay consuelo!

La Pasión.

¡Mis brazos te aguardan!

La Ternura.

¡Te espera mi anhelo!
¡Yo soy la Ternura!

La Pasión.

¡Yo soy la Pasión!

El Poeta.

¡Pasión y Ternura, tended vuestro vuelo;
buscad otro cielo:
dejadme que sueñe
con una imposible ilusión!

Una y otra mujer, sin dejar de dirigirse al Poeta, se alejan por distintos caminos.

La Pasión.

¡Te accecharé mil veces!

La Ternura.

¡Yo mil te llamaré!

La Pasión.

¡Yo encenderé tu sangre!

La Ternura.

¡Yo templaré tu sed!

El Poeta.

Del amor probé las mieles
y el veneno,
y el amor por que suspiro
no lo encuentro.

¿Qué súbito resplandor ilumina el bosque? ¿Qué inefable inquietud agita mi alma? ¿Qué luz ciega mis ojos?… *Mirando hacia un punto y*

estremeciéndose extasiado. ¡Oh!… ¿No es una mujer la que he visto? ¡Sí!… ¡es una mujer!… Pero ¡qué distinta de todas!… *Acercándose al lugar donde la ha visto.* ¿Quién eres?

La Ilusión. *Dentro, lejos, con voz acariciadora y suave.*

«Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte.»

El Poeta.

«¡Oh, ven; ven tú!»

Corre sugestionado tras ella y desaparece.

A poca flota en el ambiente la Ninfa del bosque, y evoca así a los Espíritus y Genios de la tarde.

Ninfa del Bosque. ¡Genios y Espíritus de la tarde habéis tocado con vuestras alas el corazón y la frente del Poeta; habéis encendido su alma en la santa ilusión!… ¡Danzad alegres por el bosque, celebrando vuestra victoria!…

A este conjuro, Espíritus y Genios comienzan a llegar por diversos senderos, y danzan loca y triunfalmente.

Cuando se dispersan, se han extinguido ya las últimas luces del crepúsculo y lentamente se va enseñoreando del cielo el tibio resplandor de la luna.

Como huyendo del Poeta, que la persigue, sale la Ilusión bella, tenue, ideal…

La Ilusión.

Burlé una vez más los rayos
de sus ojos…
¡Quiere tocar lo intangible!
¡Pobre loco!

El Poeta. *Gritando desesperado, dentro.*

¿En dónde estás, fantasma,
que con mi anhelo juegas?
Mujer a quien he visto,
¿por qué huyes mi presencia?

La Ilusión.

¡Aún no salí del bosque!
¡Mírame aquí, poeta!
¡Huyo para que viva
la luz de tu quimera!

Sale el Poeta.

El Poeta. ¡Ah! ¡Otra vez! *Suplicante.* ¡No me dejes! ¡No huyas de mí! ¡Óyeme a lo menos!

Ante tu raro hechizo
mi ser entero tiembla,
como tiembla la llama
cuando el aura la besa.

Aliento de mi vida,
esencia de mi esencia,
espíritu, diablo,
mujer o lo que seas:

por las noches de fiebre
en que busqué tus huellas
y adivinarte pude
entre doradas nieblas,
¡que me dejes te pido
mirar, hasta que ciegue, tu belleza!

La Ilusión.

Mírame, si has de verme

como visión aérea,
como fulgor del cielo,
como ilusión eterna.

Si el amor que te inflama
es amor de la tierra,
mujer no soy tangible
que igual amor te ofrezca.

Nunca serán espejos
en que mirarse puedan
mis celestes pupilas
y tus pupilas negras.
¡Jamás he de ser tuya!
¡Jamás serán mis brazos tu cadena!

El Poeta.

Tus palabras desgarran mi pecho,
mujer o visión:
si me dices que no has de ser mía,
¿para qué quiero ya el corazón?

La Ilusión.

¡No te acerques, demente o enfermo!
¡Mi ser ideal,
al contacto no más de tu mano,
trueca en humo su hechura carnal!

El Poeta.

¡Engañosas palabras!

La Ilusión.

¡Detente!

El Poeta.

¡Fantasma cruel:
voy a ti, que a tus brazos me empuja
un impulso de Dios o Luzbel!

Va alucinado a ella. Ella huye un punto, y luego se detiene y exclama con emoción suprema y acento divino:

La Ilusión.

¡Soy incorpórea!

¡Soy niebla y luz!
¡No puedo amarte!

El Poeta. *Yendo a abrazarla con loco arrebato.*

¡Oh, ven; ven tú!

Al llegar el Poeta junto a la Ilusión, ésta se desvanece en azulada llama. El Poeta, presa de hondo estupor, da un grito y retrocede unos pasos.

¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Era una llama? ¿Dónde está?…

Como despertando de un doloroso sueño.

¡Visión fascinadora!
¡Fantasma engañador!

Sollozando.

¡Llora, poeta, llora,
llora tu loco amor!

Cae, sollozando aún, sobre el tronco que hay en el suelo.

FIN

Fuenterrabía, agosto. 1913.

EL DUQUE DE ÉL

COMEDIA ROMÁNTICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO CERVANTES**, de Sevilla, a petición del ilustre Ateneo de esta ciudad, el 16 de abril de 1915

ESPAÑA ROMÁNTICA

Anoche se estrenó en la Princesa la comedia romántica de los hermanos Álvarez Quintero, *El duque de Él*. Si hubiese modo de averiguar la opinión sincera de la mayoría de los espectadores, creo que resultarían predominantes estas dos: unos, quedaron desorientados; otros, pasaron la noche entretenidos y no más.

La desorientación de los primeros no procede de la diferencia real entre *El duque de Él* y las demás obras de los Quintero, sino de la que supone el concepto vulgar que de estos escritores suele tenerse. No sé si ese concepto es intencionado o no. Tal vez ha nacido de quienes, bajo la capa de un elogio, ocultan el deseo de recluir a los Quintero en una forma de dramaturgia aparentemente inferior o, cuando menos, de arte fácil. Tal vez ha nacido de la superficialidad de una gran parte del público. Lo cierto es que, para muchísimas gentes, los Quintero no están bien, ni saben salir airosos, más que en los cuadros de vida andaluza que se prestan al chiste, a la caricatura, a la gracia ligera. Fuera de esto, no les conceden valor literario. Los toleran, los oyen, hasta los aplauden, porque son finos, ocurrentes y escriben el castellano cada vez con más hermosura y gallardía; pero dejan entrever siempre, quienes así los juzgan, cierta conmiseración con que, a título de simpatía, cubren la especie de que más les valiera a los Quintero no salirse de «su cuadro».

Contra ese juicio superficial he protestado siempre. Los Quintero tienen más de una cuerda —más que la cuerda cómica— en su lira. Sienten el drama, saben llevarlo a la escena y saben comunicar a los espectadores la emoción propia de los graves conflictos de la vida. Pero los conflictos en que se fijan y les atraen; los problemas sentimentales o ideales que estudian

preferentemente, son distintos de los que constituyen el programa dominante en la dramaturgia moderna; y su «modo» de verlos y plantearlos también difiere del «modo» que en la escena actual han consagrado unos cuantos autores de legítima fama y de gran fuerza artística. Pero sería un criterio estrecho el que pretendiese reducir a una sola modalidad, a un tone único, la posibilidad inagotable de la visión artística y a un solo género de dolores, de luchas y de contrastes, los que la vida ofrece al observador dotado de poder emotivo. Ni aun cuando el escritor escoge la ironía y la sátira para poner de relieve los choques del ideal con la realidad, puede decirse que la frase dura, la mordacidad sangrienta, la hiel en la expresión, sean las únicas formas de producir el efecto apetecido. No todos los hombres sienten las cosas de un modo violento, ni se mueven en la esfera de la acometividad que zahiere, apostrofa y enseña el puño; y, sin embargo, en todos cabe la emoción y también la actividad dramática. El plano en que se mueve la de los Quintero hiere tan vivamente el espíritu como el de los trágicos o los fustigadores mordaces; sólo que ataca otros órdenes de la sensibilidad y del pensamiento. Es el plano en que viven *Las flores, Los Galeotes, El centenario, Malvaloca* y otras obras semejantes.

Pero repito que el prejuicio «cómico» se empeña en no ver o en olvidar estas otras notas de los Quintero; y así, cada vez que a ellas vuelven en alguna producción nueva, todo ese público que los ensalza sin reserva en *El patio, Las de Caín, Puebla de las Mujeres*, etc., etc., queda desorientado y opina que los autores se salen del coto que por clasificación les corresponde. Ese público es el que anoche se desorientó y dijo, más o menos de labios afuera, que *El duque de Él* es algo nuevo y extravagante en el Teatro de los Quintero. No lo creo yo así, si se mira a los elementos fundamentales de la comedia estrenada. Ni aun en la intención descriptiva de una época, en la resurrección del primer romanticismo español (el que precedió en la vida, y aun en la literatura, a *La Conjuración de Venecia* y al *Don Álvaro*) es *El duque de Él* la primera tentativa —para mí acertadísima— de los Quintero. Basta recordar aquel admirable acto segundo de *La flor de la vida,* progenitor de la comedia de anoche, para advertir que los autores no inventan ahora un nuevo camino en su arte. La *desorientación* aludida no me parece, pues, justificada.

Pero todavía se equivoca más aquella otra parte del público que vió, en la obra de anoche, un espectáculo divertido por la variedad de escenas, decoraciones y personajes, la multiplicidad de los episodios y lo pintoresco de la acción colectiva que rodea el drama amoroso de *Cellini* con *Áurea* y *La Morisca*. Si los españoles supiesen un poco de historia española —no de la que saben los eruditos, sino de la que deben conocer todos los ciudadanos de un país y formar parte de la cultura general—, *El duque de Él* hubiese sido anoche, y sería de hoy en adelante, una evocación poderosa de nuestra vida nacional a comienzos del siglo XIX, tal como se producía dentro del medio característico de una ciudad andaluza, típica en sí misma. En este sentido —y para mí es el más alto de la obra—, *El duque de Él* vale lo que uno de los más expresivos *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós. Lo que tiene es que, para gustar todo el encanto de una de esas evocaciones históricas, tales como un artista pueda hacerlas, es preciso que el espectador posea la fuerza imaginativa que nace de conocer el antecedente real de la fábula y que pueda prestar la colaboración ideal que en toda obra de arte es necesaria, pero mucho más que en otras, en las de intención y ambiente histórico; y eso es lo que falta en la mayoría de nuestro público.

Y, sin embargo, creo que, a medida que *El duque de Él* sea conocido por más y más gentes, ha de penetrar más hondo su intensa poesía de época. No está esa poesía en el conflicto sentimental, con ser tan vibrante y delicado y estar dicho con palabras tan ardientes y exquisitas; no lo está siquiera en el canto a Sevilla que estalla a cada momento, ni en lo genuinamente local que los autores agrupan para dar la impresión de vida sevillana (la zahorí, el rosario, la saeta, la estudiantina, la venta, la zambra…), sino en el valor representativo de la España de 1816, por lo que toca a puntos importantes de su realidad social. Cada uno de los personajes (incluso el inglés *Guillermo Normanby*, tan *histórico* en aquella España en comienzos de transformación), cada uno de los episodios, son una palpitación de vida, una pincelada fundamental en el ambiente de la época. Del mosaico de piezas sueltas y divertidas, que será lo único visto y aun criticado por muchos espectadores, emana una intensa visión de aquel tiempo, que está por encima de los detalles y a la vez los penetra y vivifica todos. El mismo embellecimiento que a todo presta el arte y el que da a las cosas la fantasía popular —progenitora, en

considerable proporción, de la leyenda del falso duque—, lejos de salirse de la realidad, está en su entraña más íntima, porque la imagen que de las cosas y de los hombres tenemos, corresponda o no a la verdad, es lo real para nosotros y lo que en nosotros influye; y aquel pueblo español de 1816, todavía siervo de las supersticiones y leyendas de la España vieja y atormentado ya por el romanticismo que preparaba una buena parte de la España nueva, veía a los hombres y las cosas como se ven en la comedia de los Quintero, y cada contemporáneo aspiraba a vivir como internamente viven los personajes representativos de *El duque de Él*.

Para mí, en eso estriba el principal valor de la nueva obra de los Quintero; y en tal sentido (aunque con intención diferente), se liga a esa literatura patriótica que ha comenzado a producirse en España, principalmente en el Teatro. Y cuenta que en el romanticismo iba implícita una resurrección de los valores morales y de la energía que hicieron posible nuestra epopeya de los siglos XV-XVII, que habían de sostenernos en la lucha interna del XIX y que hoy volvemos a reconocer como factores positivos de nuestra colaboración internacional, para todos visible menos para algunos españoles y para otros pocos enemigos de España.

RAFAEL ALTAMIRA.

A LORENZO COULIAUT VALERA,
compañero nuestro en empresas románticas.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Morisca.	María Guerrero.
La Playera.	Elena Salvador.
Concha La Uva.	Avelina Torres.
La Condesa De Mirabel.	Gloria Torrea.
Doña Sol De Guzmán.	Francisca Juandés.
Clemencia.	M.ª F. Ladrón de Guevara.
La Jerezana.	La Misma.
La Calorosa.	Carmen Ruiz Moragas.
Pepilla.	Gloria Torrea.
La Rufa.	Avelina Torres.
Una Dama Vieja.	Matilde Bueno.
Otra.	Encarnación Bofill.
La Menga.	Matilde Bueno.
El Duque De Él.	Ferd.º Díaz de Mendoza.
Chimenea.	José Santiago.
	Pedro Codina.

Daniel Reinoso.	
El Morisco.	**Emilio Thuillier.**
Guillermo Normanby.	**El mismo.**
Don Pablito.	**Felipe Carsí.**
Gaviria.	**Guillermo de Mancha.**
El Padre Parra.	**Alfredo Cirera.**
El Padre Rivera.	**Francisco Urquijo.**
Castilleja.	**Félix Dafauce.**
El Choquero.	**Guillermo de Mancha.**
El Endino.	**Ricardo Juste.**
Pizarro.	**Francisco Urquijo.**
Murillo.	**Antonio Guerra.**
Tachuela.	**María Hermosa.**
Un Pilluelo.	**Carmencita León.**
Orellana.	**Ricardo Juste.**
Peñalver.	**Antonio Guerra.**
Alguacil Mayor.	**Félix Dafauce.**
Un Pregonero.	**Ricardo Juste.**
Un Paje.	**Carmencita León.**
Bastian el Sabio.	**Antonio Guerra.**

Gente que está de fiesta en casa del Enano, alguaciles, curiosos y pueblo.
— La escena es en Sevilla, en octubre de 1816

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO.— LA LEYENDA

Una calle angosta y solitaria. Es en las primeras horas de la tarde.

Salen por la derecha del actor Berto Cellini, Duque de Él, y su criado Chimenea; de traza señoril el uno; de traza popular el otro. Los dos traen capa. El Duque de Él, aunque español, es del mundo entero: no se pone el sol en sus dominios. Chimenea es sevillano de casta: lloró amargamente la muerte de su padrino Monolito Gázquez.

Cruzan en silencio la calle, y al llegar al extremo opuesto, se detiene el Duque y le dice a su criado con gravedad:

El Duque. Espérame aquí, Chimenea.

Chimenea. Mi amo, aquí lo espero.

El Duque. Aunque llegue la noche, como no llegue yo con ella, no te vayas tú.

Chimenea. Ni un tembló de tierra me menea de esta caye.

El Duque. Eso quiero. Si se hunde la Giralda y te aplasta, tú quieto aquí.

Chimenea. Si se hunde la Girarda y me aplasta, aquí me encuentra su mersé.

El Duque. Hasta luego. *Se emboza y se retira por la izquierda.*

Chimenea, mudo de admiración, ve marcharse al Duque. Luego prorrumpe en palabras de caluroso elogio.

CHIMENEA. ¡Vaya con Dios el hombre grande! ¡El hombre más grande que ha entrao por Seviya, contando a Julio Sesa! ¡Qué hombre tan grande! ¡Yo no he visto un hombre más grande! *Pasea, barajando sus pintorescas imaginaciones. A poco se encara con Un Pilluelo, que sale por donde se ha ido el Duque, comiendo unas uvas.* ¡Niño!

PILLUELO. Mándeme usté.

CHIMENEA. Limpíate la boca primero y repite lo que yo diga. ¡Viva er Duque de Él!

PILLUELO. ¡Viva…!

CHIMENEA. ¡La montera en la mano!

PILLUELO. *Obedeciéndolo.* ¡Viva er Duque de Él!

CHIMENEA. *Dándole una moneda.* Toma.

PILLUELO. ¿Un reá de plata?

CHIMENEA. Un reá de plata.

PILLUELO. ¿Pa mí?

CHIMENEA. Pa ti.

PILLUELO. ¿Quié usté que lo diga tres veses?

CHIMENEA. Sigue tu camino.

PILLUELO. Pos que Dios se lo pague a usté. *Vase por la derecha comiendo sus uvas, no sin mirar a Chimenea con cierto malicioso asombro. Pausa. Chimenea reflexiona.*

CHIMENEA. ¡Adónde yevarán sus pasos al hombre grande! ¡Quién pudiera seguirlo como un pájaro en su derrotero! *Volviéndose hacia la derecha.* ¡Hola! ¡Vengan con Dios Anita la Playera y Concha la Uva!

Salen éstas. Concha la Uva es una vieja picaresca y agítanada. La Playera, su hijastra, bailadora de profesión, es gentil y flexible como un junco del rio, y tiene los ojos más negros que han salido de tierras de Mairena. Su seriedad y su modestia contrastan con la alegre desenvoltura de las de su oficio.

CONCHA. Dios guarde ar compadre Chimenea.

PLAYERA. Buenas tardes.

Chimenea. ¿Adónde se va tan aprisa?

Concha. A Triana.

Playera. Al Astiyero.

Concha. Trabaja ayí un hermano de Anita…

Playera. Sí; Román.

Concha. Y queremos que nos enseñe ese barco nuevo que están hasiendo: er vapó, que le disen.

Chimenea. ¡Ah, er vapó! Ya lo habernos visto nosotros. El año que viene lo echan al agua. Van a ponerle er Beti.

Playera. ¿Usté se convense, madrina?

Concha. No me convenso mientras que no me entre por los ojos. ¡El agua y er fuego reuníos! ¡Qué atrosidá! ¡Imposible! Estoy viendo a la cafetera de mi fogón por el río arriba. ¡Un barco sin velas ni remos!… ¡Que no!

Chimenea. Eso es inoransia, comadre. Mi amo, que ha navegao por tos los mares descubiertos, y por argunos que no se han descubierto otavía…

Concha. ¿Estás en casa de Colón?

Chimenea. ¡Caya! Mi amo me ha dicho a mí, y la palabra de mi amo es regia, que ha navegao ya en barcos de vapó, y que por lo mesmo que yevan candela, el agua se echa a un lao pa que pasen.

Playera. ¡Digo!

Concha. Oye, y ¿quién es tu amo?

Chimenea. ¿Mi amo? Pero ¿ustedes no saben quién es ar presente mi amo?

Playera. No…

Chimenea. Pos atensión y abrí la boca.

Concha. ¡San Blas! ¿Quién es tu amo?

Chimenea. *Descubriéndose solemnemente.* ¡Er Duque de É!

La revelación sorprende y regocija a las dos mujeres. La playera arde en curiosidad invencible. Concha la Uva se olvida del vapor.

Concha. ¿Er Duque de É?

Playera. ¿Er Duque de É?

Concha. ¿Qué tú le sirves ar Duque de É?

Playera. Pero ¿desde cuándo?

Chimenea. Desde que entró por las puertas de Seviya; que las quinse que tiene la siudá debieron adornarse pa resibí a un tal hombre.

Playera. Las quinse y más que hubiera.

Concha. Has nasío con suerte, compadre.

Chimenea. ¿Qué hablas de suerte? ¡Mi suerte empiesa ahora! ¡Qué amo, Concha! ¡Qué gran cabayero! Está entre humirdes, y er más humirde es é; está entre grandes, y él es más grande que ninguno.

Concha. A vé; cuenta, cuenta…

Playera. Sí, sí; cuente usté…

Concha. *Mirando en torno.* ¡Lástima que no haya aquí siyas!

Playera. ¿Es tan rumboso como disen?

Concha. ¿Es tan rico?

Chimenea. ¿Rumboso? Mano que se le tiende, boca que lo bendise. ¿Rico? Cuarenta y nueve palasios tiene repartios por er mundo, y tos los días se pone tres veses la mesa en tos eyos a la mesma hora, se les da cuerda a tos los relojes y se les echan *revortiyos* a los gatos.

Concha. ¡San Blas!

Playera. ¿Qué le paese a usté?

Concha. ¿No serán tus cosas, Chimenea?

Playera. No, madrina: con ese hombre no hay el imposible.

Concha. ¿Entonces es verdá que ha querío quearse con el Arcása?

Chimenea. ¿Ves tú? Oyen ustés campanas y no saben dónde. Lo que ha querío ha sío yevarse, pa un palasio moro que tiene en Ronda, er Patio e las Muñecas, er Salón de los Embajadores, los Jardines, y creo que er Baño de Doña María de Padiya. De esto no estoy seguro.

Concha. Envidia me estás dando con ese amo, Chimenea. ¡Quién estuviera a la vera suya!

Chimenea. Bien pues envidiarme. Na más e con lo que tira me hago rico. Días atrás le sorté la risa en su cara. Se sentó a escribirle a un hermano

prínsipe que tiene en Venesia, y la mesa cojeaba de una pata un poquiyo. Mi amo que lo arvierte, saca de su bolsa dos peluconas, me las tira po el aire y me dise: «Acuña esta mesa, Chimenea».

CONCHA. ¿Con peluconas acuña los muebles ese hombre? ¡Ay, San Blas! ¡A vé si me lo yevas por casa, que tengo ayí una cómoda que es una fortuna!

CHIMENEA. No te pienses tú que no le agradaría vé bailá a esta prenda; que es mu gustoso de to lo nuestro, y distingue el oro der cobre en dansas y en coplas. Y si se toca a mujeres con clavo y canela y toas las espesias, como esta niña, la primera cuchara pa probá la sarsa gusta de sé la suya.

PLAYERA. Eso disen: que es mu enamorao.

CONCHA. ¿Es verdá que entró en Seviya con er cortejo de las dos prinsesas der Brasí?

PLAYERA. ¿Y que está prendao de la Reina nueva?

CHIMENEA. De la Reina nueva se prenda to aquer que la ve; como de su hermana la otra infanta. Pero ni mi amo ha venío en er cortejo de eyas, ni desde Cádiz ni mucho menos desde er Brasí, ni ha pensao en la Reina si no es pa servirla. Lo que ha pasao, y luego la gente lo ha tomao en lenguas y ca uno lo cuenta como quiere, es que cuando yegaron a la Puerta e Triana las dos infantas, y los mercaderes de la seda salieron a ofreserles la carrosa triunfa que les habían dispuesto, hubo ayí que la Reina habló con er pueblo y er pueblo con la Reina, entre vivas y bendisiones de toa la Sestería; y hubo que entonses un cabayero se abrió paso entre la muchedumbre, se yegó a la Reina con er sombrero en una mano y un ramo de flores en la otra, y le dijo de esta manera: «Señora, nunca se vió en Seviya sielo más relumbrante que er que hoy luse: no en barde lo miran ahora los ojos de la Reina de España». Su Majestá le cogió las flores cuasi yorando, y los aplausos y er voserío de la Puerta e Triana retumbaron en la Puerta e Jerez. Y to er mundo se preguntaba: «¿Quién ha sío? ¿Quién ha sío? ¿Ha sío un cabayero? ¿Quién es er cabayero?». Y er cabayero era er Duque de É.

PLAYERA. La Morisca me había referío a mí ese paso.

CONCHA. ¡Así lo hubiera presensiao yo como eya!

Playera. Por sierto, Chimenea, que se abrasa por conosé a tu amo desde entonses.

Chimenea. ¿Quién?

Playera. La Morisca.

Chimenea. Mucho vale, pero es mu vaniosa. Pa cantá un romanse nesesita que se lo pía el Asistente. Y te arvierto que no está sola en esos ardores; que andan muchos suspiros por el aire. Pasa por una caye er Duque, y no hay selosía en la que no relumbren unos ojos.

Concha. Pos a vé si tú me consigues que ésta le baile un día; que nos sirva de argo er sé compadritos; que er que da primero da dos veses, y cuando pasan peras, comprarlas. ¿No es verdá, chiquiya?

Playera. Bueno.

Concha. ¡Bueno! ¡bueno! Desesperá me tiene. Andrés. En sacándola de su baile no es mujé pa na que tú veas. Ni conversasión, ni malisia, ni gancho con los hombres, ni na de este mundo. Y levanta los brasos así y se yeva los corasones suspendíos. ¡Vuela sin alas, Chimenea! Y con los pies es er mesmo demonio. Dibuja, que no baila. Er *mata la araña* de eya en er bolero no ha nasío er *Moriyo* ni er *Burfarán* que lo pinte. ¡Candela sale de ebajo e sus fardas! Pero acaba er baile, se sienta en un rincón, baja los ojos, sierra la boca, y paese que quien ha bailao ha sío uno de los niños seises.

Playera. Pos así nasí y así han de enterrarme. Mi ofisio es dansá; no buscá. Bailando les quiero agradá a tos los hombres; pero luego no tengo pa qué agradarle más que a uno solo.

Concha. Seria, como la madre que la trajo ar mundo.

Chimenea. Pero no como er padre que le ayudó a traerla. ¡Er pobre Juan Boliche! ¡Hasta yevando un faró en er Rosario de la Aurora tenía grasia!

Concha. ¡Sí que la tenía! ¡Pobresito!

Vuelve el Duque y se dirige a Chimenea. A su vista se deshace el animado grupo.

El Duque. Chimenea.

Chimenea. Mi amo. *A las mujeres.* Vayan con Dios.

Concha. Con Dios, compadre.

PLAYERA. Con Dios, Chimenea.

Se van hacia la izquierda mirando al Duque.

EL DUQUE. *Reparando en la bailadora.* No te aburres mientras me aguardas.

CHIMENEA. ¿Pa qué, mi amo, pudiendo distraerme?

PLAYERA. *Comentando con su madrastra en voz baja.* ¡Vaya si tiene buena presencia y señorío!

CONCHA. ¡Sí que es galán! Éste se lo quitas tú a la Morisca.

PLAYERA. Farta primero que sea suyo.

Se alejan. Así que se han ido, el Duque le dice a Chimenea misteriosamente, pero con sencillez y naturalidad:

EL DUQUE. Al toque de oraciones irás al Arquillo de Atocha. Allí encontrarás esperándote hombre o mujer que algo te dará para mí: carta o llave.

CHIMENEA. Y ¿qué más?

EL DUQUE. Nada más. A las diez, en la Cruz del Negro.

CHIMENEA. A las diez, en la Cruz der Negro. *El señor se va por la derecha y el criado por la izquierda. Éste, antes de marcharse, exclama, refiriéndose al Duque:* ¡Qué hombre más grande!…

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO.— ÁUREA

Una galería del patio de la casa de los condes de Miraluz. Al fondo, rica cancela de tres cuerpos, a través de cuyos encajes de hierro se ve el jardín, de traza sevillana. Óyese el surtidor de escondida fuente. Es a media tarde.

A la izquierda del actor, sobre un caballete, un bello retrato al óleo de Áurea, la condesa. Junto a él, en un banco, la caja de pinturas y la paleta del autor. El retrato, de correcto dibujo y de suave y delicada factura, copia de cuerpo entero la hermosa figura de Áurea, en cuyo semblante acertó el artista a expresar la más dulce melancolía, reveladora de un dolor resignado.

Don Pablito, viejo mayordomo en la casa de Miraluz, y Daniel Reinoso, primogénito de un cierto hidalgo montañés de su mismo nombre, llegan por el jardín, como todos los personajes que intervienen en este cuadro.

DANIEL. ¿La Condesa de Mirabel no ha venido aún?

DON PABLITO. *Con ligero acento de la tierra.* No, señor; todavía no ha venido. Pero vendrá, vendrá… Sevilla entera está desfilando por esta casa para admirar el retrato de la señora.

DANIEL. Todo lo merece el retrato. Es verla.

DON PABLITO. Cuéntemelo usted a mí, señor Reinoso. Desde que la señora se marchó a la finca —a la Casa de los Jazmines, a la orilla del río—, cuando me quedo solo ante él, me pongo a hablar con ella. ¡Je! ¡Esta mañana ha sido este patio un día del Corpus! Ha venido el señor Asistente electo, don Francisco de la Borda…

DANIEL. ¿Sí?

DON PABLITO. Sí, señor. Con él venían el Alcalde y Procurador mayor, y unas damas a las que no conozco. Luego estuvieron varios artistas: el señor Rossi, el señor Cabral Bejarano, el señor Bécquer. Y más tarde el señor Deán con el señor marqués de Torreblanca y los señores de Arco Hermoso… Y después unos estudiantes, y los criados de la casa de junto… ¡y hasta unos carabineros reales han venido!… ¡Je! Como los señores me han dejado dicho entre a ver el retrato todo el que quiera verlo… Pero la gran visita de hoy todavía no ha llegado. Ya se me tarda un poco.

DANIEL. ¿A quién espera usted, don Pablito?

DON PABLITO. A ese hombre que hace un mes apenas entró por Sevilla, y cuyo trato se disputan ya los sevillanos más principales.

DANIEL. ¿El Duque de Él?

DON PABLITO. Sí, señor: las señas no mienten, ¿verdad? Pues el mismísimo Duque de Él tiene anunciada para hoy su visita.

DANIEL. ¡Oh! ¡No sabe usted cuánto me alegro!

DON PABLITO. ¿Por qué?

DANIEL. Porque… Es largo de contar. Porque quiero sorprender por mis propios ojos la impresión que le causa este retrato a persona que dicen que tanto ha visto y que tan entendida es en arte. *Adelantándose a saludar a la Condesa de Mirabel, a su hermana Doña Sol de Guzmán y a la lindísima hija de ésta, Clemencia, las cuales aparecen en este momento.* ¡Señoras!

DOÑA SOL. ¡Reinoso!

CONDESA. ¡Amigo Reinoso!

DOÑA SOL. Buenas tardes, Pablito.

DON PABLITO. Buenas tardes, señoras mías.

CLEMENCIA. Buenas tardes.

Las recién llegadas contemplan unos instantes en silencio la admirable pintura.

DANIEL. ¿Qué les parece?

CONDESA. ¡Divino!

DOÑA SOL. Una obra de arte. Está hablando.

CLEMENCIA. Hablando. Fíjate en los encajes, mamá.

DANIEL. Dice usted bien: la mirada es el mayor acierto: esos ojos pueden haber llorado… ¿La engañé a usted, Clemencia?

DOÑA SOL. Los encajes, y el abanico, y las joyas…

CONDESA. ¿Y la mirada? Esa mirada un poco triste que ella tiene…

CLEMENCIA. En esto, no.

DANIEL. Ni en esto ni en cosa ninguna.

CLEMENCIA. Es precioso, precioso… Yo no he visto nada más precioso.

DANIEL. Yo, sí.

DOÑA SOL. ¿Nos van a salir los montañeses tan burlones como los andaluces?

DANIEL. ¡Señora!

DOÑA SOL. No me la lisonjee usted demasiado, Reinoso, que luego estas muñecas se engríen.

Madre e hija y Daniel Reinoso continúan hablando entre sí, comentando el cuadro. La Condesa se dirige a Don Pablito.

CONDESA. He de hacerme retratar por este pintor. ¡Que cutis, Dios mío! ¡Es nácar! Dígame usted, Pablito.

DON PABLITO. Mándeme la señora.

CONDESA. ¿Los señoreé se fueron a la finca?

DON PABLITO. La señora Condesa con los nenes. Como Rafaelín está delicadito…

CONDESA. ¿Y el señor Conde?

DON PABLITO. En… en Utrera, o en Jerez, o en el Puerto… oyendo cantar a Paco el Zurdito, o viendo bailar a Matilde la Pintosilla… Sus gustos…

Los dos miran con interés el retrato de Áurea.

CONDESA. ¡Qué guapa está!

DON PABLITO. Y ¡qué buena es!

CONDESA. Esta mujer ha nacido para ser más dichosa. ¿Quién llega?

DON PABLITO. ¡Si esto es no parar, señora Condesa!

CONDESA. Son dos padres de la Merced.

DON PABLITO. ¡Ah, sí! Uno de ellos ha venido ya varias veces.

Don Pablito va a recibirlos. La Condesa se une a Doña Sol y a Clemencia. Salen el Padre Parra y el Padre Rivera, castellano y hombre maduro el uno, y andaluz y joven el otro.

PADRE PARRA. Santas y buenas tardes.

DON PABLITO. Buenas tardes. Pasen, pasen vuestras paternidades.

PADRE RIVERA. Buenas tardes.

Todos contestan al saludo.

PADRE PARRA. *Mostrándole al Padre Rivera el retrato de Áurea.* Este es el lienzo cuya alabanza no se cae de mi boca.

PADRE RIVERA. ¡Soberana pintura, hermano!

PADRE PARRA. ¿Verdad que sí? ¿Me excedí en el elogio?

PADRE RIVERA. No por cierto.

PADRE PARRA. ¿Murió la escuela sevillana?

PADRE RIVERA. Si murió, renace floreciente en este muchacho. Es increíble que sea tan joven.

PADRE PARRA. Increíble.

PADRE RIVERA. Hermano Gumersindo, cuando veo estas cosas me dan ganas de tirar paleta y pinceles.

PADRE PARRA. ¡Qué locura! ¿Por qué? Nadie nace sabiendo. Los más grandes maestros fueron discípulos primeramente. Porque hubo un Miguel Ángel, hubo tal vez luego un Rafael de Urbino.

PADRE RIVERA. Eso sí.

PADRE PARRA. *Ofreciéndole rapé.* ¿Un polvito?

PADRE RIVERA. Siempre. Muchas gracias.

CLEMENCIA. Mamá, mamá; el Duque de Él llega.

DOÑA SOL. Sí; el Duque de Él.

CONDESA. El Duque de Él.

DANIEL. Se le esperaba hoy.

DON PABLITO. ¡El Duque de Él!

PADRE PARRA. ¡Oh! ¡El Duque de Él!

PADRE RIVERA. Que me place.

DANIEL. *Asomándose un instante a verlo.* Viene Gaviria.

CONDESA. ¿Con Fernando Gaviria?

DANIEL. Sí; son muy amigos. Por un azar. Me ha contado Gaviria que, al llegar una tarde a su casa, encontró al Duque curioseando el patio desde la cancela. Lo hizo entrar entonces; le enseñó las curiosidades que tiene, y allí comenzó su amistad. Aquella noche ya fueron juntos al teatro.

CLEMENCIA. En el teatro me lo enseñaron a mí, el día de la función regia.

DOÑA SOL. En todas partes se le ve. En la fiesta de cintas y ramos estuvo en un balcón de la plaza.

CONDESA. Y en el besamanos del Alcázar, yo misma lo vi hablar con la Reina. Y ese ducado, Reinoso, ¿usted sabe…?

DANIEL. Creo que es muy reciente… que data de su abuelo, que era genovés o napolitano…

CLEMENCIA. Aquí está ya.

Salen el Duque de Él y su amigo Gaviria, joven oficial de Guardias españolas.

DON PABLITO. ¡Adelante, señor Duque de Él!

Saluda el Duque a todos con silenciosas cortesías. Gaviria estrecha la mano a Reinoso y se acerca luego a saludar a las señoras.

DANIEL. Hola, Gaviria.

GAVIRIA. Felices, Reinoso.

Aunque es Berto Cellini gran maestro del disimulo, no puede reprimir la íntima emoción que experimenta en presencia del retrato de Áurea. Daniel Reinoso, que lo observa con gran atención, se da cuenta de ello. Damas y

caballeros aguardan las palabras del Duque, quien, contemplando el lienzo, espera para hablar a vencer su emoción primera.

EL DUQUE. Es indudable que hay divinas herencias.

GAVIRIA. ¿Por qué lo dices?

EL DUQUE. Porque el pincel que tocó esa frente y esos ojos, la ha recogido del pintor de las Concepciones y de las Dolorosas.

DANIEL. Es verdad.

EL DUQUE. Debe de ser grande y singular el parecido de este retrato.

GAVIRIA. Es asombroso.

DANIEL. *Con intención.* Pero ¿el señor Duque no conoce a Áurea, a la Condesa de Miraluz?

EL DUQUE. *Con aplomo.* No tengo ese honor. Aún soy casi forastero en Sevilla. Es decir, ahora ya la conozco. *Vuelve a contemplar el retrato.* ¿No hay en este semblante una expresión de callada tristeza? *Mira con calma a unos y a otros, como pidiendo una respuesta que todos rehúyen. Al fin Daniel se atreve a pronunciar un monosílabo.*

DANIEL. Sí…

EL DUQUE. *A Gaviria.* ¡Es una maravilla, muchacho! Quiero que me lleves al estudio de este pintor.

DANIEL. Parece que es el señor Duque gran aficionado a las bellas artes.

EL DUQUE. Desde niño lo soy. Por eso Sevilla me ha prendido con redes de oro. Casi no llevo un mes en ella, y ya le he dado todo mi corazón. No es lisonja. Le aseguro a usted, caballero, les aseguro a ustedes, que no hay en el recinto de esta ciudad torreón de muralla romana, arquillo árabe, retablo cristiano, calleja misteriosa o reja forjada para el amor, que no me digan a cada paso: «Detente, poeta».

PADRE PARRA. Y yo me atrevo a interrogarle al señor Duque, como al enamorado paje la Gitanilla de Cervantes: «¿Es vuesa merced, por ventura, poeta?».

EL DUQUE. Y yo le doy al padre la misma respuesta que el paje le dió a la Gitanilla: «A serlo, sería por ventura». Creo percibir la poesía donde existe… Y creo que Sevilla es un rincón suyo predilecto.

DANIEL. Sin duda.

EL DUQUE. De ahí que sea y haya sido amor de muy grandes poetas y escenario de sus creaciones. A mí me parece que por sus calles me van a salir al encuentro el Burlador de Tirso, el Sancho Ortiz de Lope, el travieso Barberillo de Beaumarchais…

PADRE PARRA. Evidente, evidente…

EL DUQUE. ¿No es verdad que historia y leyenda son como una misma cosa en Sevilla?

DANIEL. ¿Historia y leyenda?

EL DUQUE. Sí. Se funden una en otra. Hechos y fantasías parecen aquí llamas de una misma hoguera.

PADRE PARRA. Exacta imagen.

EL DUQUE. Y se ve la cabeza de piedra que, empotrada en un muro, puso un Rey para hacerse justicia, y se cree que es leyenda, y es historia. Y se sabe que una dama, hostigada de amor por ese mismo Rey, se abrasó el rostro para inspirarle horror y no faltar a sus deberes de esposa, y también se cree que es leyenda, y es historia también. La misma belleza y gracia de las sevillanas, ¿no es legendaria… y sin embargo, es cierta?

DOÑA SOL. ¡Oh!

Sonríen agradecidas las damas, y Gaviria aprovecha el momento para presentárselas al Duque.

GAVIRIA. La señora Condesa de Mirabel; doña Sol de Guzmán, su hermana; su hija Clemencia…

EL DUQUE. Señoras…

CONDESA. Legendaria es también la galantería del Duque de Él, y también es cierta, por lo visto…

EL DUQUE. No debe llamarse galantería de uno a lo que es voz de todos, señora.

DOÑA SOL. ¡Voz de todos!… ¡Sabe Dios lo que se dirá de nosotras por esos mundos!

EL DUQUE. Se dice que son ustedes por igual bellas y piadosas. Y así es. Toda mujer sevillana reza hasta mirándose al espejo.

CONDESA. ¡Ave María!

EL DUQUE. Ni puede ser de otra manera. Al verse el rostro, fuerza es que bendigan a Dios. Es una oración sin forma y sin palabras que rezan todas las mujeres bonitas.

DANIEL. Señor Duque, estoy verdaderamente satisfecho escuchándole.

EL DUQUE. También es verdad la cortesía sevillana.

DANIEL. Es verdad; pero yo no soy sevillano, aunque aspire a serlo. *Mira a Clemencia, que se abanica ruborosa.* Soy hombre de peñas arriba.

EL DUQUE. ¿Ah, sí?

DANIEL. Sí. Nací en Solar de la Montaña, la tierra natal de la Condesa de Miraluz. *Señala el retrato y mira fijamente al Duque, cuya inquietud sólo él advierte.* La casa de los Duques de la Fontana y la de mis padres están contiguas. Jugué con Áurea siendo niño. Le digo esto, en prueba de la confianza con que trato a la actual Condesa.

DON PABLITO. ¡Ah, ya lo creo! ¡Don Daniel!… Como de la familia.

DANIEL. Y no querría yo que el señor Duque se fuera hoy de aquí sin darme el placer de mostrarle el segundo patio, la capilla —de un gótico muy puro— y una antigua reja que da al jardín y que recuerda la de la casa de Medinaceli.

EL DUQUE. Mucho me obliga a usted ese ofrecimiento.

DANIEL. Deseo ser su amigo, señor Duque.

EL DUQUE. *Estrechándole la mano.* Lo somos ya.

CONDESA. *A Daniel Reinoso.* ¿Irá usted a la tertulia esta noche?

DANIEL. Autorizo a Clemencia para que le conteste a usted.

CONDESA. Entonces, hasta luego.

DANIEL. Hasta luego.

CLEMENCIA. Hasta luego.

CONDESA. Duque…

EL DUQUE. Condesa… Señoras…

CONDESA. Adiós, Pablito.

PABLITO. Señora Condesa…

Las damas se despiden de Gaviria y se marchan acompañadas de Don Pablito.

Padre Parra. ¿Vámonos también, hermano Justo?

Padre Rivera. Vámonos.

Padre Parra. Señor Duque… Señor…

El Duque. Padres…

Se van éstos.

Gaviria. *Al Duque.* Bueno: te dejo en inmejorable compañía. Daniel Reinoso no te hablará de liberales ni de servilones…

Daniel. ¡Seguro!

Gaviria. Sino de todo aquello que más te apasiona y te encanta. ¿Nos veremos luego?

El Duque. Esta noche, no.

Gaviria. ¿No irás al café?

El Duque. No.

Gaviria. ¿Ni al teatro?

El Duque. Tampoco.

Gaviria. Pues hasta mañana.

El Duque. Hasta mañana.

Gaviria. Adiós, Reinoso.

Daniel. Adiós, Gaviria.

Quedan solos el Duque y Daniel. El Duque torna a contemplar un momento el retrato de Áurea. Cuando vuelve el rostro hacia su acompañante, éste lo está mirando a él con malicioso gesto.

El Duque. ¿Decía usted que jugó de niño con Áurea?

Daniel. Allá en Solar de la Montaña; sí, señor. ¿Conoce usted aquel rincón escondido?

El Duque. Conozco España entera. Solar de la Montaña es tierra de hidalgos y también de poetas, como Sevilla. Pero creo que para su gloria le sobra con haber sido cuna de esta mujer.

DANIEL. ¿A tal afirmación llega el señor Duque, sólo habiendo visto su retrato?

EL DUQUE. ¿No basta, quizás?

DANIEL. Para tal persona como usted, desde luego. Es muy hermosa Áurea.

EL DUQUE. Hermosura realzada por el dolor. No es dichosa, ¿verdad?

DANIEL. No es dichosa. Ni podía serlo.

EL DUQUE. ¿Por qué?

DANIEL. Porque el Conde de Miraluz, su marido, es tan indigno de ella, que ni mirarla sabe.

EL DUQUE. Sí que goza de mala fama en Sevilla el señor Conde.

DANIEL. Es grosero de alma, borracho, libertino… ¡Pobre Áurea! Mentira parece que pueda quererlo, y sin embargo…

EL DUQUE. ¿Lo quiere mucho?

DANIEL. Ciegamente.

EL DUQUE. Será virtud más bien que amor.

DANIEL. Amor, señor Duque. Incomprensible, pero amor. Era hace quince años el Conde apuesto, simpático, valeroso gallardo jinete… A Áurea le bastó verlo para prendarse… Yo estuve en sus bodas.

EL DUQUE. ¿Sí?

DANIEL. Y se celebraron muy a placer de las dos familias. ¡Oh! Bien lo recuerdo. La que entonces era Duquesita de la Fontana parecía la musa de un poeta.

EL DUQUE. Y tal vez lo sería.

DANIEL. No es aventurado presumirlo. *Intencionadamente.* Sepa mi señor Duque que se habló mucho por aquellos días de un cierto mozo de Solar, mitad loco, mitad poeta…

EL DUQUE. Pero ¿se puede ser mitad poeta y mitad loco?

DANIEL. Acaso no: acaso haya que ser del todo una cosa u otra.

EL DUQUE. O acaso las dos sean una misma. Y ¿quién era ese mozo a que usted se refiere?

DANIEL. Un estudiante de aquel rincón, capaz de engañar al diablo.

EL DUQUE. ¿Qué me cuenta?

DANIEL. Hijo de un organista italiano y de una mesonera de Sevilla.

EL DUQUE. ¡Brava unión!

DANIEL. Así dió su fruto. Era un demonio suelto en Solar de la Montaña el rapaz aquel.

EL DUQUE. Y ¿por qué se habló tanto de él cuando se casó Áurea?

DANIEL. Porque corrió de boca en boca que estaba enamorado de ella.

EL DUQUE. ¿Amor imposible?

DANIEL. Imposible. Y desapareció de la noche a la mañana y en mucho tiempo no hubo noticia de él.

EL DUQUE. ¡Pobre mozo!

DANIEL. Era muy peregrino. Con Áurea habló una sola tarde. Se fingió ciego para llegar a ella e interesarla y decirle su amor. Porque tenía la más extraña habilidad que cabe en criatura para la ficción y el disimulo. Decía él que su espíritu no era el de un solo hombre, sino el de muchos hombres, y que, por lo mismo, en cada lugar y ocasión debía representar un papel diferente; había de ser un héroe distinto. En Peña del Mar se vistió un día de fraile, subió al púlpito y predicó el amor sobre todas las cosas.

EL DUQUE. Y ¿no fué preso?

DANIEL. No; porque se amotinaron las mozas del pueblo en favor suyo.

EL DUQUE. ¡Hicieron bien, por vida mía! Yo simpatizo grandemente con tales hombres. ¡Me habría gustado a mí conocer a ese emperador de la fantasía!

DANIEL. ¿Sí, eh? ¡Pues mírate al espejo, tunante!

EL DUQUE. ¿Cómo?

DANIEL. ¡Basta de farsa ya! Tú eres Berto Cellini.

EL DUQUE. ¡Silencio!

DANIEL. El trapisondista, el embustero, el poeta…

EL DUQUE. ¡Silencio, por Dios!

Daniel. ¡Si ahora nadie nos oye! Como fuiste fraile en Peña del Mar, presumo yo que eres ahora Duque.

El Duque. ¡Lo mismo! ¡Ven y dame un abrazo! Tú ya sé quién eres. Trabajo me ha costado tener la risa. Vamos de aquí. Las paredes oyen.

Daniel. Vamos donde tú quieras. ¡Cómo has engañado a Sevilla toda! ¡Cellini! ¡El desatinado Cellini!

El Duque. ¡No: el Duque de Él!

Daniel. ¡El Duque de Él! Quiero que me cuentes tu vida.

El Duque. Sí; pero en otra parte. Vamos. Estaré contigo hasta la noche. Mi vida es una palpitante novela de aquella fecha acá.

Daniel. ¿Picaresca?

El Duque. Y caballeresca a la vez. He sido un pícaro caballero andante. Hay en el mundo un hálito divino, suspiros de locos y de poetas, que a mí me impulsa a caminar. La casa en que yo entro, es palacio; la tierra que yo piso, da flores… Vamos.

Daniel. Vamos, sí.

El Duque. *Volviéndose un punto hacia el retrato de Áurea, antes de marcharse.* Y tú, señora y alma mía, que de niño me hiciste soñar en ser caudillo de mil ejércitos para ofrecerte mis banderas, y de mozo me estremeciste con la ilusión de ser poeta que había de cantarte con palabras nuevas, creadas tan sólo para ti, aquí tienes al Duque de Él, que como tantas veces, y por dicha, es el mismo y es otro. ¡Todas mis ficciones nacieron siempre para algo noble o grande! Parecen hijas o del capricho o del azar, y llega día en que a mí mismo me descubren su oculto y misterioso sentido, su recóndita razón de ser… ¿Para qué soy Duque de Él en Sevilla? ¡No lo sé todavía! ¡Haga Dios que sea para servirte! Vamos, amigo mío.

Daniel. Vamos.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO.— EL ENCUENTRO

Calle oscura. Un arquillo. A la Izquierda del actor, una casucha miserable. Es de noche.

Por la izquierda sale Chimenea.

CHIMENEA. ¿De que tratarán tan largo tiempo ese forastero y mi amo? Seguramente de grandesas, pero ni una palabra he podio piyarles. Hasta que no estoy yo a veinte varas, to se lo disen en secreto. Ya vienen aquí. Mi amo habla y el amigo se ríe. A la otra esquina, Chimenea, antes que te lo manden. *Desaparece por la derecha.*

Por la izquierda llegan el Duque y Daniel. Traen capas.

DANIEL. ¡Admirable, Berto! ¡Vaya si tiene tu historia capítulos curiosos!

EL DUQUE. Pues aún espero *escribir* los más interesantes.

DANIEL. ¡Mira que saltimbanco en Zaragoza!

EL DUQUE. Y por serlo le presté a Palafox un gran servicio como espía.

DANIEL. ¡Y alguacil de la Inquisición en la corte!

EL DUQUE. Y le franqueé la salida del calabozo a un amigo poeta.

DANIEL. ¿Preso por delitos políticos?

EL DUQUE. Justo. ¡Eso era lo que sublevaba mi sangre! Si llega a estar preso por los versos que escribe, en el calabozo lo dejo.

DANIEL. ¿Tan malos son?

EL DUQUE. Peores que los míos. ¡Y a muchos los condené a la hoguera!…

DANIEL. ¡Ja, ja, ja! Bien, y el Duque de Él ¿no ha existido hasta este momento?

EL DUQUE. Hasta ahora. ¡Ha nacido para Sevilla! ¿Qué menos se merece de mí la tierra de mi madre?

DANIEL. ¿Qué menos? Dices bien.

EL DUQUE. Además, apenas crucé la palabra con dos sevillanos, me convencí de que aquí, al que no es duque, no le falta un pelo para serlo.

DANIEL. Y no le falta, es la verdad.

EL DUQUE. Temí sentirme humillado entre esta gente.

DANIEL. Y te hiciste Duque de Él.

EL DUQUE. Por real privilegio.

DANIEL. ¿Cómo?

EL DUQUE. Porque me dió a mí la real gana. Llevo en mi voluntad mi abolengo, mi escudo y mis blasones.

DANIEL. No; y el título es alto, sonoro y significativo. ¿Vives en la casa del Duque de los Alcores?

EL DUQUE. Cabalmente. Entre duques anda el juego.

DANIEL. Pero el de los Alcores no está en la ciudad.

EL DUQUE. ¡Está en Italia hace veinte años! Tiene aquí un mayordomo, que se está bebiendo la bodega; el mayordomo tiene una hija… y la hija tiene…

DANIEL. ¿Qué tiene la hija?

EL DUQUE. La hija tiene los ojos mayores que los pies. Es preciosa.

DANIEL. ¿Sí?

EL DUQUE. Y para mayor fortuna de mis planes, tonta de capirote.

DANIEL. ¡Ja, ja, ja!

EL DUQUE. Al padre, tras de hacerle oír el sonido de una bolsa de oro, lo persuadí de que el Duque de Él no podía en esta mágica Sevilla hospedarse sino en aquella casa; a la hija le insinué que eran sus ojos los que me arrastraban a esta aventura. Hija y padre me tratan a cuerpo de rey. Mi leyenda crece. Gracias también a la ayuda de Chimenea.

DANIEL. Te bastas tú solo.

EL DUQUE. Sin embargo, su fantasía me sirve de cristal de aumento. Doy a un mendigo una moneda de plata, y dice Chimenea que voy regando con plata las calles. Compro un cuadro, y asegura que he comprado un museo.

DANIEL. Desciende de Manolito Gázquez, por las trazas.

EL DUQUE. En línea recta. De ahí que lo hiciera mi criado. Una tarde, en el Café de los Patriotas, le oí afirmar que con el humo de los tiros que él disparó en Bailón estuvo nublado tres días. E inmediatamente pensé: este hombre me conviene.

DANIEL. ¿Es leyenda que le ofreciste al Cabildo cubrir de oro la Concepción de la Sala Capitular para llevártela?

EL DUQUE. No; que lo hice. ¡Por hacer! ¡Como pedí precio por el Patio de las Muñecas del Alcázar! A un Duque de Él, ¿qué trabajo le cuesta eso?

DANIEL. Pero, bien, si esas locuras no, es un hecho que has comprado un Murillo, ¿verdad?

EL DUQUE. Y un Valdés Leal y un Roelas.

DANIEL. Luego te encuentro rico.

EL DUQUE. Ni lo soy ni lo quiero ser. El dinero esclaviza, acobarda.

DANIEL. ¿Entonces tu equipaje, tus joyas, tus limosnas, esta ostentación con que vives…?

EL DUQUE. ¡Oh! No destruyas, queriendo conocer la raíz de la verdad, el hechizo de lo misterioso… Sigue y oye el hablar de la gente queriendo explicarse mi vida… Cree tú también en mis tesoros del Brasil, en las minas de oro que poseo en tierras ignoradas, en los corales que extraen del fondo del mar para el Duque de Él… Día llegará en que de un soplo te deshaga yo mismo el encanto.

DANIEL. Conforme. Respeto la leyenda y gozo de ella. Y ahora me despido.

EL DUQUE. Para ir en busca de tu amor.

DANIEL. Acertaste. Vine, como sabes, a Sevilla, por ver Sevilla… y la estoy viendo en los ojos de una sevillana.

El Duque. Y ¿dónde mejor?

Daniel. Hasta mañana, Berto.

El Duque. Hasta mañana, amigo mío. Tu presencia ha removido en mi alma la más pura semilla que cayó en ella.

Daniel. Hasta mañana. *Vase por la izquierda.*

El Duque. La más pura semilla que cayó en ella… y el único dolor de mi vida. ¡Dichoso tú que esperas sentir algún día contra tu corazón la mujer nacida para tu corazón!… *Pausa.* ¡Chimenea! *Pasea inquieto.* ¡Qué extraña excitación hay dentro de mí! ¡Áurea!… ¡Sus ojos cansados de llorar!… ¡Este testigo de aquellos días!… *A Chimenea, que sale por la derecha.* Chimenea.

Chimenea. Mi amo.

El Duque. *Como quien quiere librarse de sus pensamientos.* ¡Necesito una aventura satánica esta noche! ¡Necesito embriagarme, aturdirme, huir de mí mismo! ¡A todo trance quiero olvidar!

Chimenea. ¡Lástima, mi amo, que no haya dao chispa la carta del Arquiyo de Atocha!

El Duque. Lástima y grande. ¿Qué marido es ése que vuelve de un viaje sin avisar? ¡Insensato! ¿Sabe él a lo que se expone?

Chimenea. ¿Y a lo que espone a su pobresita mujé?

El Duque. ¿Quieres guiarme a la Morería?

Chimenea. ¿A la Morería? No, mi amo.

El Duque. ¿Por qué no?

Chimenea. Porque la Morería no es un barrio pa su mersé. Ayí se junta to lo más perdío: la chusma; la canaya.

El Duque. ¡La canalla! ¡La chusma! ¡Tanto mejor!

Chimenea. *Señalando a la casucha de la izquierda.* En esa casa vive quien pudiera darle a su mersé referensias de la Morería.

El Duque. ¿Quién?

Chimenea. Catalina la Menga. Una gitana sajorí que echa las cartas y lee er libro der sino.

EL DUQUE. ¡No quiero conocer mi sino esta noche! *Dirigiéndose a dos Damas viejas que aparecen por la derecha, y a quienes un Paje les alumbra el camino con un farol.* ¿Adónde bueno, señoras mías?

UNA DAMA. *Un tanto asustada.* A nuestra santa casa, señor caballero.

EL DUQUE. Vayan sin cuidado. Es el Duque de Él quien guarda esta calle.

OTRA DAMA. Buenas noches.

Se van por la izquierda con su Paje, pero no muy tranquilas. Ni el Paje tampoco.

EL DUQUE. ¡Son viejas y feas como diablos! ¡Vive Dios que echo de menos castor con pluma y tizona al cinto! ¡Vamos a la Morería, Chimenea!

CHIMENEA. Miste, mi amo, que está su mersé en una vena como pa que paremos los dos en la cárse.

EL DUQUE. ¡Tampoco me importa! ¡En ella se engendró el *Quijote*!

CHIMENEA. No digo que no; pero también se agarran ayí unas calenturas pa despedirse de este mundo.

EL DUQUE. Calla.

CHIMENEA. ¿Qué?

EL DUQUE. Alguien viene hacia aquí. Una mujer parece.

CHIMENEA. Y es una mujé.

EL DUQUE. La esperaba. No sé quién es, ni adónde va, ni me inquieta saberlo; pero la esperaba.

CHIMENEA. ¡Y yo!

EL DUQUE. ¿Tú, Chimenea?

CHIMENEA. ¿Por qué no, mi amo?

EL DUQUE. Bien dices.

Por la derecha sale presurosa la Morisca, en dirección a la casucha de enfrente, a cuya puerta se acerca y llama. Chimenea y el Duque la dejan pasar y la observan.

La Morisca viste a lo popular, con originalidad pintoresca. Su cuerpo es garrido y airoso; su belleza cautiva.

CHIMENEA. No tiene mal aire.

EL DUQUE. No por cierto.

Habla desde dentro La Menga, a distancia.

LA MENGA. ¿Quién es?

MORISCA. Abre, Catalina; soy yo.

EL DUQUE. ¿Qué voz es ésa?

LA MENGA. ¿La Morisca?

MORISCA. Sí; la Morisca.

LA MENGA. ¡Espera! ¡Ahora voy!

CHIMENEA. ¡La Morisca!

EL DUQUE. *Bajo, a Chimenea.* ¿Qué sabes tú de esta mujer?

CHIMENEA. Lo primero, mi amo, es que sueña con su mersé por las noches.

EL DUQUE. ¿Conmigo?

CHIMENEA. La Playera me lo ha dicho esta mesma tarde.

EL DUQUE. Pero ¿quién es ella?

CHIMENEA. La cantaora de más caliá que hay desde er Barresuelo de Seviya a Puerta e Tierra e Cádiz. Sabe otavía unos romanses de los moros, que oírla es hablá con Mahoma. Ayá en San Pedro vive, en un figón de un viejo morisco más malo que la rúa, que le saca to er dinero que gana. Pa su mersé es un pájaro que se viene a la mano solo.

EL DUQUE. ¿Tan fácil es?

CHIMENEA. No; de fási no tiene ni una uña. Er campo'er señorío lo tiene en Seviya sembrao de desdenes. Y ahora se jase más persona otavía, porque se corre por ahí que es er vivo retrato de una gran señora.

EL DUQUE. ¿De una gran señora?

CHIMENEA. Sí; de la Condesa de… no sé cuántos, que ar presente vive en Seviya. ¡De esa mesma señora que ha visto su mersé esta tarde en retrato!

EL DUQUE. ¿Es posible? ¿De la Condesa de Miraluz?

CHIMENEA. Justo. Y eso han dao en desí: que son dos gotas: que si la voz, que si la cara, que si la risa…

El Duque. ¡Oh! ¡Yo he de verla!

Dice esto el Duque a tiempo que vuelve por la izquierda el Paje que acompañaba a las Damas. Rápidamente se abalanza a él, dándole un nuevo susto; le quita el farol, y a su luz va a verle el rostro a la Morisca. Una y otro reprimen un grito de sorpresa al mirarse: la Morisca, porque reconoce al Duque de Él, y éste, porque en el rostro de la Morisca se le figura ver el de Áurea: tan singular parecido existe efectivamente entre ellos. Hablan con reveladora turbación e inquietud.

Paje. ¿Eh?

El Duque. ¡Dame!

Morisca. ¡Er Duque de É!…

Aprovechando el momentáneo desconcierto del Duque, el Paje le coge de la mano el farol, que el Duque inconscientemente deja ir, y huye por la derecha más que de prisa. Chimenea se oculta.

El Duque. El Duque de Él soy. ¿Me conoces?

Morisca. Y en Seviya, ¿quién no?

El Duque. He oído que tú te llamas la Morisca.

Morisca. Así me disen; pero mi nombre es otro.

El Duque. ¡La Morisca!

Morisca. No lo soy; que nasí cristiana.

El Duque. Cristiana o mora, eres muy bella.

Morisca. ¿Qué sabe su mersé, si es de noche? La luna es mu engañaora.

El Duque. Porque lo sé lo digo: te vi antes.

Morisca. Y ¿por qué quiso verme su mersé?

El Duque. Porque tu voz me atrajo.

Morisca. ¿Mi voz? Y ¿mi voz qué tiene?

El Duque. Lo que tú toda: misterio para mí… no sé.

Entreábrese la puerta de la casucha, y sale de ella pálido reflejo de una luz.

Morisca. Quede con Dios su señoría, que ya abrieron.

EL DUQUE. Aguarda.

MORISCA. ¿Qué aguarde me dise?

EL DUQUE. Sí; aguarda.

MORISCA. ¿Qué quiere tan gran señó de mi persona?

EL DUQUE. Verte más; oírte más. No sé apartar mis ojos de tu cara ni mis oídos de tu voz.

MORISCA. Renombre de halagaor tiene su mersé; pero está bien ganao.

EL DUQUE. ¿Es ésta acaso la primera vez que te llaman hermosa?

MORISCA. Los dichos se apresian según la boca de que salen.

EL DUQUE. ¿A qué vienes a casa de la Menga, Morisca?

MORISCA. ¿Es curioso de eyo er señor Duque?

EL DUQUE. ¿A qué vienes?

MORISCA. A investigá mi sino.

EL DUQUE. ¡Oh! ¡Como sea el que por tu hechizo mereces, habrá en el cielo una estrella para ti sola!

MORISCA. A buen agüero tengo ya este encuentro.

EL DUQUE. ¿Por qué?

MORISCA. Porque con su mersé va la fortuna.

EL DUQUE. ¡Pues ojalá te lleve adonde quieras ir!

MORISCA. ¡Artos puse los ojos!… ¡Mu artos!…

EL DUQUE. Por eso parecen luceros.

MORISCA. Yo no sé responderle a su mersé. ¡Artos puse los ojos!… La gitana me dirá esta noche si desvarío. Dios le guarde.

EL DUQUE. Y a ti, Morisca.

MORISCA. Dios le guarde. *Éntrase, sin quitarle la vista al Duque, que a su vez la contempla sugestionado, y cierra la puerta tras de sí. La luz, sin embargo, se adivina luego tras de la puerta.*

EL DUQUE. ¡Jesús! ¡Qué misteriosa semejanza! ¿Es esto una alucinación?

Vuelve a aparecer Chimenea, y se le acerca.

Chimenea. ¿Le ha gustao a su mersé la Morisca?

El Duque. Calla. *Instintivamente da unos pasos hacia la casa de la Menga. De pronto se detiene.* ¡No! ¡No! ¡Voy a profanar la luz de mi alma! *Con resolución.* ¡Vámonos, Chimenea!

Chimenea. ¿Qué nos vamos?

El Duque. Si.

Chimenea. ¿Adónde?

El Duque. ¡Al infierno! ¿Conoces el camino?

Chimenea. Hay tantos como pa í a Roma.

El Duque. ¡Pues llévame por el más corto!

Chimenea. La primera vez en mi vía que veo a su mersé escapá de unos ojos negros.

El Duque. Junto al Duque de Él verás siempre lo que no esperes. Guíame.

Chimenea. Vamos por aquí atrás. *Se retira por la derecha.*

El Duque. *Atónito.* ¡Hay en Sevilla una mujer… igual a ella! *Sigue a Chimenea, mirando supersticiosamente a la casucha.*

Queda la calle sola un momento. Luego se abre otra vez la puerta por donde la Morisca entró, y aparece ésta, que mira con desolación algo que no comprende, y que exclama entre despechada y herida:

Morisca. ¿Se va?… ¡Se va!… Pero ¿por qué se va? ¿Fueron de burla sus palabras?… *Con firmeza arrogante.* ¡Pos tiene de sé mío!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO.— LA MORISCA

Patio sombrío, destartalado y mezquino, del figón del Morisco. Cancela a la izquierda del actor, en el fondo, que da paso a un zaguán oscuro como boca de lobo. A la derecha, una puertecilla, y a la izquierda, dos. Mesas, bancos y sillas. Candilejos y velones encendidos rompen las tinieblas del patio y alumbran las caras.

En el más escondido rincón, sentado a una mesa con Bastián el Sabio y dando las espaldas al público, está el Duque de Él, con capa y sombrero de majo. En otra mesa, Castilleja, mísero estudiante de sombrerillo de dos picos y remendada capa, escribe a la luz de un velón. En otra, más en primer término, charlan, ríen y beben con el Endino la Calorosa y su amiga Pepilla; ellas del mismísimo linaje de la Gananciosa y la Escalanta, y él del de Repolido y Chiquiznaque.

ENDINO. *Llamando.* ¡Morisco! ¡Morisco!

Por la primera puerta de la izquierda sale nuestro hombre a poco. Es viejo, pero recio y firme. En sus ojillos hipócritas chispean a la vez el cinismo y la cobardía. Su boca, desdentada, tiene una sonrisa para todo el mundo. Su voz es fina y su acento generalmente humilde.

MORISCO. ¿Quién me yama?

ENDINO. Yo.

MORISCO. Dígame lo que se le ofrese el Endino. ¿Otros arenquitos? ¿Otras asitunitas?

ENDINO. No. ¿Qué se debe?

MORISCO. Los tesoros de Creso: sinco reales y tres cuartos. Y lo que sea voluntá pa er pobre Morisco.

ENDINO. Dale seis reales, Calorosa.

CALOROSA. Tome usté.

MORISCO. En salú te lo encuentres, claveyina. *A Pepilla.* Y a ti que no te farte, rosa de oló.

PERILLA. *Amén* y *Dóminos vobisco.*

MORISCO. ¡Bien te ferian, Endino; bien te ferian! ¡No hay como nasé con las pestañas enrisás!

CALOROSA. Y con mucho jarabe en er pico; que tos los días me engaña y toas las noches lo perdono.

MORISCO. ¡Je!

El Endino sonríe satisfecho, acordándose de sus antepasados.

CASTILLEJA. *Dando por acabada su tarea.* Ya está. No hay pero que ponerle. *Lee.*

Er resplandó de la aurora,
se parese a tu mejiya,
y er de tu frente, señora,
a la luna de Seviya.

Sal a tus barcones,
gala der pensil:
oye mis cansiones,
sielo del Abril.
Sal, que enamorado
muero de este mal:
sal, mi bien amado,
sal, sal, sal, sal, sal.

Yo he gastao toa la que tenía en la moyera. Si no sale, no será por mi curpa. Págueme el amante, y sene yo esta noche cosa caliente. *Guarda el pliego en un libro y se levanta para irse.* Morisco, no hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta. *Se marcha a la calle.*

MORISCO. Vaya norabuena er cabayero estudiante. Éste no… éste no me aumenta er tesoriyo de debajo e la cama. *Viendo a Chimenea, que se cruza con Castilleja en el zaguán.* Pero ¿quién viene a honrá con su persona estas cuatro paredes? ¡Ésta es noche de fiesta en casa der Morisco! ¡Venga aquí lo más neto que hay en Sevilla!

CHIMENEA. *Llegándose a él.* Mira, Morisco, déjate de salamerías con Chimenea; te lo pío por er Califato, si hase farta.

MORISCO. ¡Siempre en tu boca argún donaire!… ¡Chimenea, Chimenea!…

Sale rápidamente la Morisca por la puertecilla de la derecha, anhelante el rostro.

MORISCA. ¿Quién?

CHIMENEA. Yo mesmo.

MORISCO. ¡La tortolita!… ¡Acude ar reclamo la tortolita!…

MORISCA. ¿Qué me traes?

CHIMENEA. *Dándole un plieguecillo doblado.* Esensia de claveles. Ten ahí.

La Morisca lo toma, lo abre y lo lee. Su cara resplandece de pronto.

MORISCO. Contenta te pones, alondra.

MORISCA. ¡Me espera! *Se vuelve adentro.*

MORISCO. ¿La has visto, Chimenea; la has visto? ¡Cómo le amanesió en er semblante! ¡La espera… la espera er señor Duque… rey de reyes, soberano de Seviya y de su señorío!… ¡Ay ay ay! ¡Los amores de la gente mosa!… ¡La miel de la abeja!… Y no hase veinte días que crusaron la primera palabra.

De la segunda habitación de la izquierda llaman al Morisco. En este momento se levantan la Calorosa y sus acompañantes y se van.

UNA VOZ. ¡Morisco!

MORISCO. ¡Ayá voy, hijitos míos; ayá voy!

CHIMENEA. ¿A quién tienes ahí?

MORISCO. A unos cabayeros veinticuatro…

CHIMENEA. ¿Ahí, granuja?

MORISCO. Cabayeros o no cabayeros, eyos son veinticuatro… y pa mí en esta casa no entran na más que cabayeros… ¡Je! *Vase.*

CHIMENEA. *Riéndose.* ¡Qué charrán es y qué laíno! Y que no lo derrumba un huracán. ¡Con más años que el álamo *abuelo* que hay en la Cruz de la Charanga!

Echa a andar hacia la puerta de la calle, cuando lo detiene su señor, levantándose, yendo a él y llamándolo. Chimenea, sorprendido, suelta la risa al reconocerlo.

EL DUQUE. ¡Chimenea!

CHIMENEA. ¡Mi amo!

EL DUQUE. ¡Chist!

CHIMENEA. Pero ¿qué base su mersé en esta casa?

EL DUQUE. Aprendiendo árabe. Aguárdame tú por ahí cerca.

CHIMENEA. En er porche de la iglesia estoy. ¿Quién ha traío aquí a su mersé?

EL DUQUE. Aquel prójimo. Un velonero apodado el Sabio. Y lo es ciertamente. Come y calla, y a todo me dice que sí.

CHIMENEA. Pos váyase su mersé pronto a tomá el aire de la caye, que en esta ermita no se reúne ninguna hermandá de luz y vela, y en cambio le dan una puñalá al Espíritu Santo. Viene mucha gentusa de la Morería, se juega y se bebe, y se arma una trapatiesta ca tres minutos. Lo que yo no sé es cómo teniendo alas pa volá por los sielos, vive aquí esa paloma.

EL DUQUE. Eso quiero yo averiguar esta noche.

CHIMENEA. Y eso está bien, mi amo. Y es impertinente que yo me atreva a arvertirle ar señor Duque cosa ninguna; pero mucho ojo con er Morisco, que aunque se hase de armiba, es morisco: bautisao por nuestra

Santa Madre Iglesia, pero acordándose más de lo que conviene der *socarrón* de Mahoma. Y no digo más.

El Duque. No; ya has dicho bastante. Vete.

Chimenea. En er porche aguardo. *Contemplando al Duque mientras vuelve a su mesa.* ¡El hombre más grande der planeta y sus Indias! *Se va.*

Simultáneamente salen por la segunda puerta de la izquierda el Morisco, y la Morisca por la de la derecha. Ella dispuesta a acudir a la cita del Duque, emperejilada y gozosa.

Morisco. *Al verla.* ¡Viva! ¡viva mi lusero! ¡Viva mi joya! ¿Adónde va la masetita de arbahaca?

Morisca. *Como única y suprema razón,* ¡Si me espera!

Morisco. ¡Te espera! ¡te espera! Y ¿quién espera a quien así se ha alhajao? ¡Lo mejó der cofre sacaste!

Morisca. Y porque no tengo corona no me la he puesto.

Morisco. ¡Bien diría una corona pa un Duque; bien diría!

Morisca. No es por eso; es por gustarle más.

Morisco. ¿Más toavía que con tu corona de pelo negro?

Morisca. ¡Más, más! ¡Quiero gustarle más! ¡Quererlo más! ¡Que me quiera más! ¡Mi ambisión no cabe en palabras! Hasta luego.

Morisco. Pero ¿quién te corre?

Morisca. ¡Si me espera!

Morisco. Que te espere, que te espere… déjalo que te espere. Y siempre así, esperando él… y tú esperada. Escucha los consejos der viejo, que de entre sus canas los sacó.

Morisca. Me tendría que tapá los oídos pa no escucharlos. Desde que amanese Dios no oigo otra cosa. Hasta luego.

Morisco. Quieta aquí. ¿No hay pa er viejo un ratiyo?

Morisca. Er día y la noche son tuyos pa hablarme, Selín. No me martirises.

MORISCO. ¿Martirisarte yo, golondrina? ¿Y oigo esta injustisia y no me muero? ¡Ay ay ay!… Ven acá tú, tesoro; ven acá… Siéntate aquí conmigo… Que espere, que espere su mersé… Su espera es leña pa su yama…

MORISCA. ¡Pero soy yo la que se quema viva!

MORISCO. Dime, ingratiya, dime: ¿conque te martirisa er viejo?

MORISCA. ¡Si!

MORISCO. ¿A qué yamas martirio? Contéstame; cuando yegó a Seviya su mersé, ¿quién te lo señaló por tuyo? ¿No fui yo?

MORISCA. Ni tú ni nadie: fué un vértigo.

MORISCO. ¿Un vértigo?

MORISCA. ¡Un no sé qué dentro de mí! ¡Fuí yo; yo sola!

MORISCO. ¿Y luego?

MORISCA. Luego me habló por vez primera, y me trajo er desvelo de muchas noches. Y cuando er sueño en eyas rendía, seguía soñando con mi desvelo.

MORISCO.

Si en los jardines que habita
me impiden ver a mi dueño,
en los jardines der sueño
nos daremos una sita.

Esto cantaba yo ar son de mi vihuela cuando era mansebo. ¡Qué flores del armendro aquéyas!… Pero vamos ar grano de la espiga: cuando le pusiste sitio a esa plasa, ¿quién te enseñó las artes de la guerra; quién te dió la pórvora y las balas?

MORISCA. *Deseando acabar*. ¡Tú!

MORISCO. Porque ér te huía… recuérdalo… ér te huía…

MORISCA. *Con íntimo gozo y arrogancia.* ¡Me huía, pero no le valió!

MORISCO. No le valió porque yo te presté redes pa enredarlo… Y dime, paloma surita: después de la rendisión y de la virtoria, tú has gustao la miel de las mieles; er señor Duque se pasea por estos jardines, pero mi botín y mis trofeos ¿en dónde están?

MORISCA. *Con angustia y asco.* ¿Otra vez?

MORISCO. Y otra, y otra, hasta que sarga er só por frente a mi casa y la caliente…

MORISCA. Pero ¿en qué palabras tendré que desírtelo, Selín? ¡De manos de ese hombre no tomo más que las carisias!

MORISCO. ¡Bien hayan las carisias!… Pero ésas son pa ti… pa ti sola… pa tu regalo y cautiverio… Pero ¿y pa er Morisco, pajarita?

MORISCA. *Frenética, temblorosa de odio.* ¿Toavía quiere más er Morisco? ¿No le basta con bebé mi sangre desde la cuna? ¿Quiere más? Pos pide; pide, verdugo; pide lo que quieras; arrastra mi honra por las cayes, niégame el alimento, sácame de las carnes jirones: pero en este arcása de ahora no entras tú. Es mi voluntá.

MORISCO. Nadie se presie de eya. Campanas y cruses vemos en las mezquitas.

MORISCA. Pos es mi gusto.

MORISCO. ¿Y er mío, prinsesa, no hay pa qué ponerlo en la balansa? *A la Rufa, que a punto, y con cara de pocos amigos, aparece por la cancela y se entra flechada en la primera habitación de la izquierda. Es mujer para no desear nada en su compañía.* ¡Adelante la Rufa, adelante! ¡Mal entresejiyo traemos! Ahí tienes a tu *Perchelero*, prenda; pero trátalo con dursura, no lo hostigues, que a buenas es como se arreglan las cosas de este mundo. ¡Ay, qué quereres!… ¡qué quereres!… *Acercándose a la misma puerta del cuarto.* ¡Las pases, las pases… que piden vino! *En esto llegan también de la calle la Playera, el Choquero y la Jerezana, a quienes les dirige el más ceremonioso saludo. El Choquero es un tocador de guitarra, y la Jerezana una cantadora.* Pero ¿hay bautiso en mi casa esta noche? ¿Ensiendo la farola grande? ¡Bendiga Dios a estas dos rosas y ar rey de la vihuela! ¡Viva er mundo!

CHOQUERO. Buenas noches, Morisco.

JEREZANA. Mírala: aquí está eya.

PLAYERA. Y hasta compuesta la encontramos. Por ti habernos vuerto.

MORISCA. ¿Por mí?

PLAYERA. Sí; por ti.

Choquero. Pero ¿no te ha hablao *Campanita*?

Morisca. ¿De qué? A mí nadie me ha hablao.

Jerezana. ¿Ves tú? Aluego son las cosas.

Playera. Mira si la hemos asertao con vení a buscarla. Fíate tú de los compañeros.

Morisco. Pero ¿qué hay? ¿qué hay? ¿Arguna sambrita de conveniensia?

Choquero. De las pocas, Morisco; de las de *changa* y *lalá*. Morisco. Eso me gusta, eso me gusta…

Playera. No es más sino que er Conde de Miraluz está de fiesta en casa del Enano, con unos ingleses, bebiendo vino y tirando dineros. ¡Ya con er venate!

Jerezana. Dos días yevan ayí.

Choquero. Porque disen los ingleses y er Conde que hay que aguá con vino to el *arate* de Trafargá. ¡Grasia que tiene er Conde! ¡Er Conde es de lo poco castiso que quea!

Playera. Y fué y le dijo a éste…

Choquero. Me dijo a mí…

Playera. Tráete arguna gente caliosa. Y que no farte la Morisca.

Jerezana. Sobre to que no farte la Morisca.

Morisco. ¡Como que fartá la Morisca en una fiesta es fartá en Seviya la Girarda!

Choquero. Va a sé cosa grande. *Penita* ha salío pa Jerez en un calesín en busca e Juan Postigo.

Jerezana. Y en otro han ido a Córdoba por la *Madroñera* y por la *Surda*.

Morisca. Bueno: pos vendrán la *Surda* y la *Madroñera* de Córdoba y Juan Postigo de Jerez; pero a la Morisca no la ven esta noche.

Morisco. ¿Qué dises, loca?

Playera. ¿Qué dises, chiquiya?

Morisca. Digo que no voy a esa fiesta. Eso digo.

PLAYERA. ¿Qué no vas? Ten en cuenta que es er propio Conde quien nos ha mandao.

CHOQUERO. Er Conde mismo y en persona.

JEREZANA. Y que hay que aprovecharse, mujé. Porque er Conde cuando la manda yamá a una no es pa darle tres cuartos y medio…

CHOQUERO. De dos *jaras* pa arriba.

JEREZANA. Que rumboso, es rumboso.

PLAYERA. Tú lo sabes. Mira que nosotros no tenemos más interés que er tuyo. Y si no vas, no queremos que nadie se piense otra cosa.

CHOQUERO. Ésa, ésa es la *chipé*.

MORISCA. Bueno está; y yo agradesía. Pero que me dispense er Conde esta noche. Y si no, que no me dispense. Yo no voy Es mi gusto.

MORISCO. ¡Es su gusto! ¡Es su gusto, dise! ¿Ustedes entienden a esta pícara?

PLAYERA. Si de gusto fuéramos a tratá, entre mis sábanas estaría yo a estas horas. Pero el ofisio es el ofisio. En fin, Jeresana, y tú, Choquero, vámonos nosotros, que aquí ya na tenemos que hasé. Buenas noches.

CHOQUERO. Pos *sonsoniche* y hasta ahora.

JEREZANA. Con Dios.

MORISCO. Ahora irá eya siguiéndoles a ustedes los pasos.

CHOQUERO. Sí, hombre, sí. Morisco; que es una buena proporsión. A vé si la convenses. *A los suyos.* ¡Los *jelenes* andan por medio!

MORISCO. Eya irá, eya irá…

PLAYERA. ¡Hablarme a mí de gusto!… ¡Er gusto con que yo levante esta noche los brasos!… ¡Toas tragamos lágrimas! ¡Vamos, que!…

Se marchan los tres, comentando la negativa de la Morisca.

MORISCO. *Yendo a ella y extremando su zalamería habitual.* Pero, luserito, ¿qué rama de locura te dió? ¿Qué yerba has pisao? Si has de ir a casa del Enano, a la sambra der señor Conde, ¿a qué has dicho que no vas de primeras?

MORISCA. ¿Que he de í?

MORISCO. Un pie tras de otro.

MORISCA. Esta vez te equivocas, Selín. Ya sabes quién me aguarda.

MORISCO. Es que primero es la obligasión que la devosión, mariposa de fuego.

MORISCA. Eso era de antes. Ahora mi obligasión y mi devosión tienen un mismo nombre; er suyo. Ni veo más que a é, ni quiero tampoco. Cuando me yama su voluntá, mi gusto se corma. Oigo su voz, y ya no oigo ninguna, aunque der sielo venga. Y estas palabras que te digo son gotas de mi sangre.

MORISCO. ¡Viva! ¡Viva! ¡Así se quiere a un hombre a tus años; así se quiere!… Pero irás, irás a la fiesta der señor Conde, por fin y corona…

MORISCA. ¡No!

MORISCO. Si… Porque si de tu señor Duque no tomas sino las carisias, y der señorío seviyano desdeñas lo que por tus cansiones te ofrese, ¿qué va a sé de mi hasienda, niña? ¡Que le caven ya la sepurtura ar viejo desvalío! Irás, irás… Yo encontraré palabritas con que empujarte… *Con mala intención.* ¡Saben los cabeyos blancos tantas cosas!… *La Morisca lo mira con miedo. Él baja la voz arteramente.* Y aún hay Justisia en la siudá… poca y mala, pero la hay… y han vuerto a verse por la Alameda pajarracos der Santo Ofisio, y aún pueden caer en sus garras viejas criminales que están libres tomando er só por esas cayes… Con que er Morisco abra la boca y publique lo que sabe ér solo… ¡Je!… ¡Las historias que recuerdan las canas!…

MORISCA. *Con angustia.* ¡Basta ya!

MORISCO. ¿Irás a la sambra der señor Conde, verdá, niña mía?

MORISCA. *Devorando su rencor y sus lágrimas.* ¡Iré!… ¡Iré!…

MORISCO. ¿Qué te dije ar prinsipio?

MORISCA. ¡Iré!

El Duque se levanta de un salto, tira el banquillo en que está sentado, y exclama, temblando de cólera y encarándose con el Morisco.

EL DUQUE. ¡No irá!

MORISCA. ¿Eh?

MORISCO. ¿Qué?

EL DUQUE. ¡No irá!

MORISCA. *Gritando con exaltación, en que se funden júbilo y venganza.* ¡Oh!

MORISCO. *Humillándose hipócritamente.* ¡Señor Duque!… ¡Er señor Duque honrando esta chosa!…

EL DUQUE. ¡Falta le hace a la choza! ¡Y al huésped! *Arrojándole una bolsa a los pies.* ¡Toma ya, para que tengas algo que no sea falso!

MORISCA. *Refugiándose en los brazos del Duque.* ¡Y no he de quererte!

EL DUQUE. ¡Vámonos de aquí!

MORISCO. ¡Flores yeven en su camino!… ¡Flores yeven!… *El Duque ampara a la Morisca, y se va airosamente con ella. El Sabio se ha dormido. El viejo se agacha a coger la bolsa y dice luego, siempre sonriente y acariciándola con dulzura:* Er dicho pasa… y los dineros se quedan en casa.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO.— SAETAS DEL PECADO MORTAL

Calle alumbrada por la luna. Exterior de una botillería.

Dentro, a lo lejos, pasa entonando monótonamente la letanía un Rosario de hombres.

«¡Mater purissima!…
¡Ora pro nobis!»

Pausa. Asoma presuroso a la puerta de la botillería Tachuela, chicuelo que allí sirve.

TACHUELA. ¡Un Rosario! *Mira hacia la izquierda. El Rosario se oye un poco más próximo.*

«¡Mater castissima!…
¡Ora pro nobis!»

Nueva pausa. Entretanto exclama Tachuela: ¡Cuándo seré yo hombre pa yevá una farola lusero!

Una voz canta:

De parte de Dios te aviso
que trates de confesarte
si no quieres condenarte.

¡Ole! ¡Una saeta der Pecao Mortá! Ése es Curriqui. *Va a entrarse en la botillería, a tiempo que por la izquierda llegan Pizarro y Murillo, dos*

cofrades de los que forman el Rosario, con capas, sombrerillos de candil y farolas da vara.

PIZARRO. ¡Tachuela!

TACHUELA. Me yaman.

PIZARRO. Tráenos dos *chiquitos*.

MURILLO. A escape, que yevamos prisa.

TACHUELA. Volando. *Vase adentro.*

Más lejos que antes se oye:

> «¡Mater inviolata!…
> ¡Ora pro nobis!»

PIZARRO. Pos sí: ya lo verás. Esta noche va a habé farolasos con los de San Andrés.

MURILLO. Me alegro: tengo ganas de darle dos guantás a Martínez.

PIZARRO. Se han empeñao en pasá delante, y no pasan.

MURILLO. ¡Qué han de pasá, hombre; qué han de pasá! *Vuelve Tachuela con dos vasitos de vino.*

TACHUELA. ¿Más pronto, señores? Vaya.

PIZARRO. *Bebiendo.* ¡Hasta verte, Cristo mío!

MURILLO. *Lo mismo.* ¡Hasta verte!

Los dos van a pagar.

PIZARRO. Toma.

MURILLO. Toma.

PIZARRO. Deja, hombre: tú pagarás en casa de *Tomate*.

MURILLO. Corriente.

PIZARRO. ¿Hay buya en la botiyería, Tachuela?

TACHUELA. No tarta. En er patio están er señó Pedro Romero y su gente. Juan er poeta les está disiendo er romanse de la muerte de Pepe-Hiyo. ¡Me gusta más a mí!… *Éntrase recordándolo.*

> *Aunque con pena y doló*
> *y el arma de angustia yena…*

Aparece por la derecha Chimenea.

PIZARRO. *Reparando en él.* ¿Es Chimenea éste que viene aquí?

MURILLO. Er mesmo.

PIZARRO. ¡Bien haya el amigo Chimenea!

CHIMENEA. ¡Hola, cabayeros der faró!

MURILLO. Güenas noches.

CHIMENEA. ¿Resando por nuestros pecaos, no es eso?

PIZARRO. ¿Quié usté un *chiquito*?

CHIMENEA. Grasias.

PIZARRO. ¿Cómo por estos barrios?

CHIMENEA. *Señalando hacia la derecha.* A la mira de mi señó, por si argo se le ocurre.

MURILLO. ¿Con quién viene?

PIZARRO. ¿No es la Morisca aquéya?

CHIMENEA. La Morisca en persona. Guardá estaba pa é. A tos los marnates de Andalusía se les han puesto los dientes largos.

MURILLO. Es que su amo de usté trae mucho poderío.

PIZARRO. Avasaya.

CHIMENEA. Así está la envidia, afilándose ya los dientes.

PIZARRO. Verdá que sí. ¿Usté sabe lo que a mí me ha dicho?

CHIMENEA. ¿Qué te han dicho?

PIZARRO. Que lo van a delatá por farso Duque.

CHIMENEA. ¡Santa Rita me varga! ¿Quién te ha dicho semejante asurdo?

PIZARRO. Er batihoja: *Cara e Cuerno*.

CHIMENEA. Y ¿quién se lo ha dicho a *Cara e Cuerno*?

PIZARRO. Su mujé.

CHIMENEA. Pos dile tú de parte mía a *Cara e Cuerno*, que ya que su mujé sabe tanto, le indague antes que na por qué le yaman a é *Cara e Cuerno*; y después le dises que ha dicho Chimenea que er Duque de É es duque desde

que abre los ojos por la mañana hasta que los sierra por la noche; que con er fraque, es duque; que con redesiya y castoreño, es duque; que a cabayo, es duque; que andando por las cayes, es duque; que tendío, es duque; ¡que en cocliyas, es duque, qué jinojo! ¡En fin, que es duque, aunque se empeñen en negá que es duque Fernando Siete y Pío Siete: er Trono y la Iglesia! ¡Y aquí está Chimenea pa probarlo!

PIZARRO. No se incomode usté.

CHIMENEA. Pero ¿no me tengo de incomodá, José María? ¿Quién oye una blasfemia y no se incomoda?

MURILLO. ¡Claro!

CHIMENEA. ¡To lo que toca a mi señó es tan grande! Hoy mesmo han entrao por er río, a su cargo de é, y prosedentes… ¡qué sé yo!, de los Chirlos Mirlos, hasta cuatro barcos de vela cargaos de cormiyos de elefantes.

MURILLO. ¿Pa qué, Chimenea?

CHIMENEA. Pa ponerlos sobre las tapias der jardín y que no sarten los chiquiyos. *Los cofrades sueltan la risa. Chimenea jura.* Por ésta.

PIZARRO. Güeno, vámonos, tú, que se nos va a perdé er Rosario.

CHIMENEA. Vayan ustés con Dios.

PIZARRO. Quéese usté con É, Chimenea.

MURILLO. Hasta la vista, amigo.

Se van aprisa por la izquierda.

CHIMENEA. ¡Condenaos servilones!… ¡Que no es duque mi amo… con la mujé que trae a la vera!… ¡Ganas de mormurá! Dejaremos que pasen. *Éntrase en la botillería.*

Por la derecha salen la Morisca y el Duque, tal y como se marcharon del figón.

MORISCA. ¿Adónde me yevas?

EL DUQUE. A ninguna parte y a todas. Voy sin rumbo. Me guía la voluntad de tus pasos.

MORISCA. Y mi sombra es tu cuerpo.

EL DUQUE. Soy dichoso recorriendo estas calles Sevillanas contigo. Se me figura que la ciudad entera me acompaña. *Muy lejos, canta otra saeta la misma voz que antes:*

Mujer que estás en pecado,
si en esta noche murieras,
mira bien adonde jueras.

¿Tiemblas?… ¿Tienes frío?

MORISCA. Sí.

EL DUQUE. Pues la noche es serena.

MORISCA. No es frío: es sobresarto.

EL DUQUE. ¿A mi lado? ¿De qué?

MORISCA. De las saetas der Pecao Mortá. Siempre que las oigo me da esto. Cuando argunas noches las cantan en mi caye, no pego los ojos hasta que ya es de día.

EL DUQUE. Pues desecha todo temor y no tiembles. Nuestras culpas son de amor y serán perdonadas. ¿Adónde quieres ir?

MORISCA. Contigo.

EL DUQUE. Conmigo, pero ¿adónde?

MORISCA. *Después de una pausa.* A casa del Enano.

EL DUQUE. ¿Dónde está de zambra Miraluz?

MORISCA. Ayí mismo.

EL DUQUE. ¿Dónde no querías ir?

MORISCA. Pa que me vean en tu compañía; pa que er Conde aprenda que hay argo más que sus dineros. ¿Tú conoses ar Conde?

EL DUQUE. No.

MORISCA. Es mu dañino. Y cuando bebe, no ha nasío una fiera pa compararlo. Oye: disen que yo me parezco mucho a la Condesa; que verme es verla en mí. ¿Tú no la conoses tampoco?

EL DUQUE. *Turbado.* Tampoco.

MORISCA. Ni yo. Y me gustaría conoserla. Has de sabé que er Conde, cuando se emborracha…

EL DUQUE. *Esquivando la conversación.* ¿Qué música es ésa que se oye lejos?

MORISCA. ¿Cuá?

EL DUQUE. Escucha.

En efecto, dentro, hacia la derecha, suena a gran distancia animada música de una estudiantina, que ya no cesa hasta el final del cuadro.

MORISCA. ¡Ah, sí! Una Tuna es. Vámonos.

EL DUQUE. Déjame oírla un poco.

MORISCA. Si es tu gusto…

Pausa. Los dos prestan oído.

EL DUQUE. No tocan mal los caballeros estudiantes… ¡Claro! ¡Puede que no estudien más que eso!…

MORISCA. Donde caen, son un torbeyino. Viven de lo que sacan o de lo que roban… ¡Ya no te libras tú!

EL DUQUE. ¿Por qué?

MORISCA. Porque te ha divisao er *Moscón* y viene pa acá dando sartos.

EL DUQUE. ¿El *Moscón*?

MORISCA. Así le yaman ar que píe. Y está bien puesto. Tú verás qué charrán más grande.

Llega en esto, por la derecha, Castilleja, haciendo mil zalemas y sombrerillo en mano. Chimenea sale a la puerta de la botillería, considerando que tal vez sea necesaria su mediación.

CASTILLEJA. ¡A gran dicha tengo el habé reconosido a tan ilustre personaje! ¡Vuesa mersé es er Duque de É! ¡Sólo a su poderoso braso podría ir engarsada tan rica perla como es la Morisca, emperatriz der garbo y de la grasia, fló de la canela, arbahaca de la Andalusía, sol de día y noche! ¡No huya la hermosa! *Echándole la capa a los pies.* ¡Pise la capa del estudiante, aunque tropiese en sus remiendos! *La Morisca, separándose un momento del Duque, pasa sobre la capa del estudiante, el cual, con gracioso arrebato, se*

hinca luego y la besa. ¡Oh! *Después la recoge gallardamente del suelo, y exclama, echándosela al brazo:* ¡Oh! ¡Yo pagaré mersé tan presiada en la única moneda que tengo! *Currente calamo:*

A invitasión de un tunante,
que de carpanta no ve,
bordó en oro un lindo pie
la capa del estudiante.
Agradó er caso al amante,
y fué lo más oportuno,
que pensando en el ayuno
de quien halaga a su beya,
argo derramó por eya
en er sombrero der tuno.

EL DUQUE. ¿Sí, eh? ¿*Currente calamo*, camarada?

Bendice tu buena estrella:
en oro bordó mi bella
tu capa con el pie suyo…
¡Pues cata el oro por tuyo!
Y yo me marcho con ella.

CASTILLEJA. *Tirándose de los pelos.* ¡Oh! ¡Ar maestro, cuchiyada! ¡Pero el oro deslumbra mis ojos, desacostumbrados a su briyo, y no arcanso a verlo entre los pliegues de mi capa, señor Duque!

EL DUQUE. ¡Ja, ja, ja! ¡Chimenea!

CHIMENEA. Mi amo.

EL DUQUE. ¡La botillería es para la Tuna esta noche!

CASTILLEJA. ¡*Sursum corda*!

EL DUQUE. ¡Que beban todos y coman cuanto les venga en gana!

CASTILLEJA. ¡Oh!

EL DUQUE. Sigamos nuestro camino, Morisca.

CASTILLEJA. *Deshaciéndose en reverencias. ¡Tu duca, tu signore e tu maestro!*

EL DUQUE. *A la Morisca, marchándose por la izquierda con ella.* ¿Has olvidado ya las saetas del Pecado Mortal?

MORISCA. ¡No lo sé!… ¿Qué se me da a mí condenarme estando contigo?

CASTILLEJA. *Dirigiéndose desde la derecha a los suyos.* ¡Gente desaforada y feroz! ¡Aquí todos! *La música va desde ahora sintiéndose cada vez más cerca.* Señor escudero.

CHIMENEA. ¿Qué se ofrese, granuja?

CASTILLEJA. ¡Er señor Duque ha dicho que bebamos lo que nos dé la gana!

CHIMENEA. Sí.

CASTILLEJA. ¡Y que comamos lo que nos dé la gana también!

CHIMENEA. También.

CASTILLEJA. *Non multa, sed multum.*

CHIMENEA. Y eso ¿qué quié desí?

CASTILLEJA. Que no queremos muchas cosiyas, síno dos o tres de sustansia.

CHIMENEA. Entendío.

CASTILLEJA. *Desapareciendo por la derecha para ir* al *encuentro de su gente. ¡Sursum corda!* ¡Sus y a la botiyería, compañeros!

CHIMENEA. *Tras una pausa llena de reflexiones.* ¡Que la tropa ésta de la Tuna beba to lo que quiera… y coma todo lo que quiera!… *Mirando hacia la izquierda, por donde se fué su señor.* No cabe duda: ¡es duque…! y tiene minas en er Brasil ¡Tachuela! *Éntrase en la botillería. La estudiantina avanza hacia ella resueltamente, tocando con el júbilo y bríos naturales ante la próxima y poco frecuente realidad de una suculenta cuchipanda.*

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO.— LA ZAMBRA

Pintoresco paraje, en casa del Enano, entre jardín y patinillo, al que embellecen y perfuman naranjos, cidros y limoneros, y algún jazmín. En primer término, formado por blancos pretiles, el último merendero de la casa, con la entrada a la izquierda del actor.

Es la misma noche de los dos cuadros anteriores, horas después.

A lo lejos se divisa la ciudad, que embellece la luna.

Sentados cerca de una mesa, sobre la que hay restos de sabrosas viandas y abundante vino, tal vez de Sanlúcar, acaso de Montilla, están la Morisca y el Duque. Ella, hermoseada por el amor y por la noche; él, bebiendo sin tregua, excitado por la pasión y por los recuerdos.

EL DUQUE. ¿Qué más pides, Morisca? Quisiste venir esta noche a casa del Enano, y a ella te traje. Se te antojó pasar conmigo, porque te vieran todos, junto a la zambra del Conde de Miraluz, y así fué. Preferiste luego este merendero, como último rincón de la casa, sin más testigo que la luna; y aquí estamos. ¿Qué más pides?

MORISCA. Que no bebas tanto; que estás bebiendo más que nunca esta noche.

EL DUQUE. Es mi gusto, como tú dices. Pero ya no bebo más, si éste es el tuyo. Y ahora, compláceme tú a mí.

MORISCA. ¿En qué?

EL DUQUE. En lo único en que nunca me complaces, Morisca.

MORISCA. Deja eso.

El Duque. ¿Por qué razón? ¿Por qué has de ocultarme ese secreto de tu vida?

Morisca. Porque sí. Caya ahora. *Queriendo distraerlo.* Oye.

El Duque. ¿Qué?

Morisca. Oye.

El Duque. ¿Quién canta?

Morisca. *Atendiendo a la guitarra y al canto, que lejos suenan.* La Jeresana. Escúchala, que bien lo vale.

Los dos escuchan.

Al son de la guitarra canta la Jerezana las siguientes coplillas populares, de alegre tonada:

No te miré como estraña,
sino como cosa mía;
por eso yo te contaba
mis penas y mis fatigas.

Grande pena es la de un siego
que no ve por donde va:
pero mayor es la mía,
que no sé tu voluntó.

Sí, sí; no, no;
casita de los Montoyas,
tembló, pero no cayó.

Al terminar se percibe, siempre distante, rumor de alegría palmoteo y alboroto.

El Duque. ¡Bien por la Jerezana! ¡Un trago por ella!

Morisca. *Quitándole el vaso y tirando el vino.* ¡Tú no bebes por ninguna mujé!

La guitarra sigue sonando lejos, acariciadora y doliente.

EL DUQUE. ¡No te enojes, Morisca! ¡Si en mí reinas tú sola, como en el cielo la luna esta noche! ¡Cántame tú y beberé por ti!

MORISCA. ¡Si lo que no quiero es que bebas! ¿Qué tienes que me miras sin verme? ¿A quién estás viendo cuando me miras, que no es a mí?

EL DUQUE. No desvaríes… Soy yo el que bebe… y deliras tú…

MORISCA. ¡De lo que te quiero!

EL DUQUE. *Con exaltación amorosa.* ¡Morisca, eres hermosa como el ideal y como el pecado! *Atrayéndola a si con pasión.* ¡Ven a mí!

MORISCA. Dime, dime esas cosas que tan bien me suenan, aunque no las sepa comprendé. ¡Éste sí que es mi gusto!

EL DUQUE. ¡Ardo en tu llama y huyo de tu reflejo! No me entiendes.

MORISCA. ¡Pero sigue!

EL DUQUE. ¡Me atraes como el mar… abismo que refleja el cielo! ¿Y yo, Morisca, qué soy yo para ti?

MORISCA. ¿Tú? ¿Tú pa mí? Tú, sin mandarme, eres mi amo; sin haberme comprao, soy tu esclava. ¡Desde que te conozco no estoy nunca sola!

EL DUQUE. ¡Morisca!

MORISCA. Cuando estoy en tus brasos y me yamas tuya, la dicha me corre por la sangre. ¡Mírame ahora!

EL DUQUE. Ya te miro.

MORISCA. Así, así. ¿Ves tú? Siempre que así me miras, me quisiera morí, pa yevarte a la tierra pintao en los ojos queriéndome.

EL DUQUE. ¡Queriéndote! ¡queriéndote!… *Con súbito estremecimiento.* ¡Jesús, Dios mío!

Cesa de sonar la guitarra.

MORISCA. *Apasionada.* ¿Qué tienes?

EL DUQUE. Déjame…

MORISCA. ¡Si no nos ve nadie!

EL DUQUE. La luna nos mira desde lo alto.

MORISCA. ¿Estás borracho ya?

EL DUQUE. ¡Ojalá lo estuviera! ¿Por qué te querré así, Morisca?

MORISCA. Por lo que yo te quiero: sin rasón ni ley.

EL DUQUE. Y, sin embargo, tengo un agravio tuyo.

MORISCA. ¿Un agravio, dises?

EL DUQUE. Si.

MORISCA. ¿Mío? ¡Ni dormiendo! ¿Qué te he hecho yo?

EL DUQUE. No contarme nunca lo que más me interesa: ese secreto de tu vida.

MORISCA. ¡Caya!

EL DUQUE. *Irritándose repentinamente.* ¡No callo, no; ya no callo más! ¡Quiero saberlo! ¡Esta noche; ahora mismo!

MORISCA. Eso no; eso no…

EL DUQUE. ¡Eso sí! ¿Por qué te explota ese villano Morisco que bebe tu sangre?

MORISCA. Será porque puede.

EL DUQUE. ¡Dímelo!

MORISCA. ¡Nunca! ¡No te lo diré nunca! ¡Eso no lo sabrá ni la tierra!

EL DUQUE. Pues ¿no me querías llevar hasta la tierra misma, mirándote? ¿Es esa toda la verdad de lo que tú me quieres?

MORISCA. *Herida en lo más vivo.* ¿Qué hablas? ¿Dudas que yo te quiera? ¿Porque cayo, dudas que yo te quiera?

EL DUQUE. ¡Sí!

MORISCA. ¿Que sí? ¡No, no; es er vino er que habla; tú de mi cariño estás yeno! ¡Me dises que sí pa hostigarme! ¡Júramelo! ¡Si me lo juras, te cuento lo que quieres!

EL DUQUE. ¡Jurado está, Morisca!

MORISCA. *Con íntimo gozo.* ¡Ah!

EL DUQUE. Pero porque sé que tu cariño es grande y cierto, quiero saber también quién te puso la corona de espinas.

MORISCA. *Transfigurada de improviso, habla con angustia y pavor, y baja la voz instintivamente, como si creyera ver en cada sombra un testigo y*

sentir en cada rumor unos pasos. Pos atiende, y no orvides que has tenío que nasé tú pa lográ, esto. Yo soy cristiana…

EL DUQUE. Sí.

MORISCA. Y mi madre también es cristiana…

EL DUQUE. Sí.

MORISCA. A mi madre la farsinó un mal hombre hasta vorverla loca… De su locura vine yo ar mundo pa quererte. ¿Quién?

EL DUQUE. Nadie… Sigue.

MORISCA. Un día… supo mi madre… —y no sé cómo no se murió ar saberlo— que aquel hombre era un morisco renegao…

EL DUQUE. ¿Tu padre?

MORISCA. ¡No!

EL DUQUE. ¿Qué no?

MORISCA. *Trabajosamente.* Sí… mi padre… ¡Ay, Dios mío!… Le había dicho a eya que era cristiano viejo… y eya lo creyó, porque to lo creía de su boca… Cuando se enteró del engaño, lo persiguió entre las sombras una noche… En una casucha de un barrio malo, hasían los renegaos una fiesta de su religión… pa insurtá a la Virgen María y a Jesús Nasareno… ¡Mi madre vió ayí a mi padre por sus ojos!… *Largo silencio.* A las dos o tres noches… encontró la ronda a mi padre muerto en una caye de la Judería.

EL DUQUE. ¿De manera que fué tu misma madre la que…?

MORISCA. ¡Sí! ¡Mi madre!… Yo hubiera hecho iguá que eya. Y esto en toa Seviya nadie lo sabe más que er Morisco. Y se aprovecha y me amenasa con la delasión de mi madre si yo me niego a sus mandatos. ¡Ésta es la cadena con que me sujeta a su voluntá!… ¡Virgen mía!… Ya te he dicho lo que no soñé nunca en desí… Ya lo sabes… *Entre lágrimas.* Ahora… ahora… ¡dime tú a mí que no te quiero! *Llora acongojada.*

EL DUQUE. No llores, Morisca; no llores, que no nací yo para hacerte llorar. Perdona mi bárbaro egoísmo. Haz cuenta de que tu secreto no salió de tu pecho… Tus palabras volaron… volaron como una plegaria de dolor… ¡Ven a mí, cristiana… ven a mí!

MORISCA. ¡Cristiana soy; sólo cristiana!…

EL DUQUE. Cristiana y mora, como la Giralda, eres tú… Y tan bella como la Giralda, que mora y cristiana a la vez, por ser tan bella habla de un solo Dios eterno.

MORISCA. ¿Y tú, quién eres? ¿Quién eres tú, que así te yevaste mi voluntá? Si eres tan grande, ¿por qué me subiste hasta ti? ¿O por qué bajaste hasta donde yo estaba? ¿Quién eres tú? ¿Quién eres?

ET DUQUE. Yo soy quien soy, Morisca. He nacido soberano de mi albedrío. Con mi espíritu abarco el mundo. Tengo cuanto ambiciono, porque soñar es poseer. ¡Esta noche soy Dios y soy el diablo! Por eso ni tú ni nadie me comprende esta noche. ¡Bebe en mi vaso tú!

MORISCA. ¡Dame! *Bebe con ansia.*

EL DUQUE. Alguien viene.

MORISCA. ¿Quién es?

EL DUQUE. *Mirando hacia dentro.* La Playera, tu amiga.

MORISCA. ¡La Playera ahora!…

EL DUQUE. Como la invitaste a un vaso de vino…

MORISCA. Es verdá; pa desagraviarla de lo arisca que me porté con eya. *Saliendo al encuentro de la Playera, la cual, disgustada y llena de asco, se refugia allí.* Dios te guarde, Anita.

PLAYERA. Dios esté con los dos.

MORISCA. Mala cara traes.

EL DUQUE. ¿Un trago de vino, Playera?

PLAYERA. Grasias, señor Duque. Me haría daño tomarlo. No es despresio. *Se sienta abatida.* ¡Qué suerte has tenío tú librándote de aqueya fiera esta noche! Esta vida no es pa mí, Morisca. Desde que yego hasta que me voy, tengo las lágrimas en la garganta.

MORISCA. ¿Está er Conde disparatao?

PLAYERA. Er Conde y tos eyos. Que no digan que vienen a vé baila y a oí cantá, porque ni ven ni oyen. ¡Y que una tenga que hasé su ofisio de esa conformidá!… ¡Ay, Virgen der Carmen! Er vino que ha corrío ha sío un arroyo. Un inglés está ya debajo una mesa. El otro no sale de queré echá pursos y de peleá a puñetasos con to er que le habla. Cuando te ofrese una

copa y bebes tú, él aluego muerde la copa. La boca tiene yena e sangre. Y ahora le van a traé un beserro, porque se ha empeñao en toreá. No es pa mí esta vida; no es pa mí. Acabaré por irme ar pueblo a seguí cogiendo naranjas.

MORISCA. ¿Y er Conde?

PLAYERA. No me lo mientes. Tú sabes ya por dónde le da la borrachera a su mersé. Esta noche le yama *Dursinea*.

MORISCA. ¿*Dursinea*?

EL DUQUE. ¿A quién nombra así el insigne borracho?

MORISCA. A la Condesa; a su mujé. *El Duque se estremece.* Es de siempre, ¿lo oyes? En cuanto bebe argo, ya tiene la burla en la boca. Y ca vez le pone un nombre distinto, como si una no fuera a sabé de quién habla.

El Duque instintivamente, se siente arrastrado hacia allá. Logra dominarse y se detiene. Con sarcasmo exclama:

EL DUQUE. ¡Ingenioso ardid, por vida mía!

MORISCA. ¿Y qué, durará la sambra hasta que amanezca?

PLAYERA. Yo por mí ya le he puesto remate. Y que dos amigos der Conde que han yegao de refresco, logren yevárselo ya también, y to se concluya.

EL DUQUE. ¿Han venido dos amigos por el señor Conde?

PLAYERA. Sí… pué que se lo yeven.

MORISCA. ¿Es Oreyana arguno de eyos?

PLAYERA. Oreyana es.

MORISCA. Ése lo quiere mucho.

PLAYERA. Y er Conde, ar verlos a los dos, pensándose que sea cosa de eya el haberlos mandao, ha prinsipiao a dá gritos y a sortá veneno, siempre con *Dursinea* en la boca, y hay que irse de ayí, o que taparse las orejas pa no oírlo.

EL DUQUE. ¡Oh! Pues no consentiré que se marche tal personaje sin despedirlo yo.

MORISCA. ¿Adónde vas?

EL DUQUE. A despedir al Conde de Miraluz, ¿no oyes?

PLAYERA. Le arvierto a su mersé que de na se entera.

EL DUQUE. De esto creo que se enterará.

MORISCA. ¡No vayas!

EL DUQUE. Nobleza obliga.

MORISCA. ¡Escucha!

EL DUQUE. ¡Nobleza obliga! *Vase hacia la izquierda, encubriendo sus sentimientos de indignación y cólera.*

MORISCA. ¡Er demonio que lo entienda hoy! ¡Bien ha dicho antes!

PLAYERA. Pos ¿qué le pasa?

MORISCA. No sé. Ni ér lo sabe tampoco.

PLAYERA. ¿Es amigo der Conde?

MORISCA. ¡No! Nunca lo ha saludao siquiera. ¡Es que está borracho también! Por más que no ha bebío pa eso… ¡Argo tiene! ¡Argo me esconde a mí!

PLAYERA. ¿Selos ya, Morisca?

MORISCA. Selos no es desí na: ¡mir veses selos! Creía yo que era selosa de antes, porque si mi madre besaba a otra chiquiya me enrabiaba yo; porque en tos los sitios me gustaba a mí sé la primera, y que dominara mi capricho… Pero aquéyos no eran selos, Playera… ¡Selos son estos que ahora sufro: estos que he conosío con este hombre! ¡A una luz mira, y quisiera apagarla!

PLAYERA. Pero ¡si no te mira más que a ti!

MORISCA. *Gozosa.* Na más que a mí, ¿verdá?

PLAYERA. ¿Vas a quejarte de tu fortuna?

MORISCA. ¡Toavía no sé yo si es fortuna o si no lo es haberlo conosío!

Óyese allá dentro tumulto, que dura un rato. La Morisca y la Playera prestan atención, y luego observan, desde la entrada del merendero, anhelantes e inquietas, singularmente la Morisca.

PLAYERA. ¿Qué es eso?

MORISCA. ¿Eh?

PLAYERA. Escucha. Argo susede ayí.

MORISCA. ¡Mal haya! A vé, tú.

Playera. Sí, sí; argo ha pasao.

Morisca. ¡Argo que ha hecho é!

Playera. No; porque ahí viene ya tan sereno.

Morisca. ¡No importa! ¡Argo ha hecho, y en esto es en lo que toa la noche ha reinao! ¿Qué traerá? ¿Qué habrá sío? *Corre hacia el Duque, que se acerca.*

Playera. Espérate, mujé: déjalo que yegue.

Breve pausa. Aguardan las dos. Llega el Duque, pálido el rostro, pero firme y resuelto el ánimo.

Morisca. *Abrazándose a él.* ¿Qué has hecho? *El Duque la mira.* ¿Qué has hecho?

El Duque. Nada; no te inquietes así: enterar al Conde de Miraluz de quién soy.

Morisca. Argo más ha sío, porque toavía dura er revuelo.

Playera. Gente viene pa acá.

El Duque. Y aquí la espero yo a toda ella.

Siguiendo a los dos amigos del Conde, el nombrado Orellana y otro que se apellida Peñalver, los cuales vienen en ademán y tono alterados a pedirle al Duque explicación de su conducta, acuden algunos curiosos, gentes de la zambra y de la casa.

Orellana. ¡Señor Duque!

El Duque. Señor.

Orellana. ¿Sabe usted lo que ha hecho?

El Duque. Sí, por cierto: abofetear a un hombre que estaba ofendiendo a una dama.

Morisca. *Conteniendo un grito.* ¡Ah!

Orellana. Y ¿usted ignora quién es él?

El Duque. ¿Es Garci Pérez de Vargas, por ventura? ¿Es el rey don Pedro, quizás? ¡Porque también los hubiera abofeteado!

Peñalver. ¿No oyes cómo habla? Está borracho; déjalo.

El Duque. *Con energía y dignidad.* ¿Qué le autoriza a usted, caballero, a hacer una afirmación tan aventurada? ¡No estoy borracho! ¡Dueño soy de mi pensamiento y de mis actos todos! Le he cruzado la cara al Conde de Miraluz, porque tomó en su boca el nombre de una dama para mancharlo. No me importa quién sea la dama. De lo que he hecho respondo ahora y siempre, y en todas partes.

Orellana. Basta. Conoce usted bien a lo que se obliga.

El Duque. No a otra cosa que a medir mi espada con la del conde de Miraluz.

Morisca. ¿Eh?

Orellana. ¡A ello iremos!

El Duque. ¡Pues cuanto antes, mejor!

Orellana. ¡Cuanto antes!

Retíranse los dos amigos hacia la izquierda. Algunos de los curiosos los siguen. La Playera comenta vivamente el lance con los que quedan. El Duque grita, con explosión de alegría loca, enteramente abstraído de cuanto le rodea.

El Duque. ¡Lo mato! ¡Lo mato!

Morisca. ¿Qué?

El Duque. ¡La libro de él! ¡Lo mato!

Morisca. ¿Qué dises?

El Duque. ¡Duque de Él, ya sabes para lo que has nacido! ¡Lo mato!

Morisca. *Súbitamente iluminada.* ¡Ah! ¡Me engaña!

El Duque. ¡Lo mato! ¡Lo mato!

Morisca. *Llameantes los ojos, pálida de celos.* ¡Hasta el aire me lo desía!

El Duque. ¡Lo mato!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO.— EL TESTAMENTO

Un cuarto en una botillería. Es de noche.

El Duque de Él, sentado a una mesa y a la luz de un velón, escribe versos.

Tras unos instantes de silencio y de soledad, llega Daniel Reinoso.

DANIEL. Dios te guarde.

EL DUQUE. ¡Hola! ¿Eres tú? ¿Se trasnocha?

DANIEL. Pero ¿no me has mandado a llamar con Chimenea?

EL DUQUE. Si. ¿Estabas aún en la reja, de pava?

DANIEL. No. Estaba en la posada ya. Y dispuesto a acostarme. ¿Qué escribes?

EL DUQUE. Versos.

DANIEL. ¿Versos?

EL DUQUE. Sí… Dejé correr la pluma… y han salido versos. Siempre que mi espíritu está muy lejos de donde parece que estoy yo, produce versos. *Acerca el papel a la luz del velón.*

DANIEL. ¿Vas a quemarlos, hombre?

EL DUQUE. Ya lo ves. *Recreándose en la llama.* No eran malos. Los versos malos crujen al quemarse.

DANIEL. Y ¿por qué los quemas, si son buenos?

El Duque. Porque los escribí para esto sólo. Así son llama al nacer y al morir.

Daniel. Melancólico te hallo, Berto Cellini.

El Duque. Y ¿cómo no, si voy a hacer mi testamento?

Daniel. ¿Qué dices?

El Duque. Con esa intención te he llamado.

Daniel. *Sonriendo.* Pero ¿corres peligro de muerte?

El Duque. ¡Quién sabe!

Daniel. Mira, en verdad, lo que es en Sevilla, hace días que no andas muy seguro. Se habla de ti en voz baja más que en alta voz. Y en estos tiempos eso suele ser bien peligroso.

El Duque. No es ése el peligro que me lleva a testar. Siéntate.

Daniel. No me asustes.

El Duque. No te asustes tú. Siéntate.

Daniel. Ya me siento.

El Duque. Y oye.

Daniel. Ya oigo.

El Duque. Ha llegado el instante de descubrirte el encanto de mi ducado; el origen de mis riquezas fabulosas.

Daniel. ¡Hombre! ¡Gracias a Dios!

El Duque. Verás. Tú crees que tu amigo Cellini es el ser más extravagante de la creación, ¿no es eso?

Daniel. Sin quitar ni punto ni coma.

El Duque. Pues rectifica tu juicio. Hay otro, por lo menos, que me aventaja; *Lord Wellington*.

Daniel. ¿El Duque de Ciudad Rodrigo?

El Duque. ¡Ja, ja, ja! No, hombre: Guillermo Normanby.

Daniel. ¿Normanby?

El Duque. Sí. Un caballero escocés con quien topé en París y al que ya me liga entrañable amistad.

DANIEL. Y ¿le llamas *Lord Wellington*?

EL DUQUE. Pero no es más Lord que yo Duque. Es un tipo muy singular. Se hace nombrar por temporadas con el nombre del héroe que accidentalmente le es más simpático. Cuando empecé a tratarlo se llamaba *Moliere*.

DANIEL. ¿Y ahora *Lord Wellington*?

EL DUQUE. Ahora mismo no sé cómo se llamará, porque hace más de un mes que lo dejé en Córdoba.

DANIEL. ¡Se llamará *Séneca*!

EL DUQUE. ¡Probablemente! Veníamos recorriendo España, en plan de calaveradas y desatinos, y al llegar a la ciudad de Abderramán —¡ay de mi *Lord Wellington!*— cayó a los pies de una gitana. Se enamoró de ella con la exaltación de la locura, y me mandó seguir para Sevilla con todo su equipaje, en busca de aposento digno de él y de mí.

DANIEL. ¿Es rico?

EL DUQUE. Como si tuviera una varita de virtudes.

DANIEL. Empiezo a comprender.

EL DUQUE. ¿Empezar nada más? ¡Comprende enteramente!

DANIEL. ¿Tus limosnas, tu rumbo, tus grandezas deslumbradoras…?

EL DUQUE. ¡Todo a costa de *Séneca*!

DANIEL. ¡Soberbio, Cellini!

EL DUQUE. Pues bien: como yo pienso desaparecer de Sevilla como el humo, como la niebla… como esos versos míos que has visto arder…

DANIEL. ¡Qué bien haces!

EL DUQUE. Así que me bata con el Conde de Miraluz…

DANIEL. *Sorprendido*. ¿Eh?

EL DUQUE. ¿De qué te asombras?

DANIEL. Pero ¿vas a batirte?

EL DUQUE. Antes de una hora. Ya apunta el alba.

DANIEL. ¡Entonces faltas a un juramento!

EL DUQUE. ¿Qué sabes tú?

DANIEL. ¡Todo!

EL DUQUE. ¿Todo? Y todo, ¿qué es?

DANIEL. A media tarde, Berto Cellini, has recibido hoy una carta de mano femenina, escrita por consejo mío, citándote secretamente para esta noche. ¿Es verdad?

EL DUQUE. Es verdad.

DANIEL. La dama que la ha escrito es Áurea, la Condesa de Miraluz; y tú has acudido a la cita hace pocas horas, y le has jurado renunciar a ese duelo y huir de Sevilla. Como yo fui quien la incitó a dar tal paso, soy yo también el único que conoce tu juramento.

EL DUQUE. ¡Oh! ¡Jurar… jurar…! Cuando una mujer llora…

DANIEL. Jurar es siempre poner a nuestro Dios por testigo.

EL DUQUE. Sin duda. Sólo que si el juramento es a una mujer, Dios se vuelve de espaldas. Además, Daniel, en todo caso, lo que yo le he prometido a Áurea, por aquellos días de nuestra niñez, ha sido respetar la vida de su esposo. Huiré de Sevilla, pero antes he de intentar que Miraluz aprenda…

DANIEL. ¿Qué piensas hacer?

EL DUQUE. Nada indigno de Berto Cellini. En el impalpable escudo del Duque de Él no caerá una mancha de sangre.

DANIEL. No te entiendo.

EL DUQUE. Después del lance me entenderás. Confía en mí. Alas tiene mi corazón que lo ponen muy alto. ¿Qué quedaría de toda esta aventura si yo escapara de Sevilla sin batirme? Dos oficiales de Guardias Españolas que, por haber creído al aventurero, serían la irrisión de la ciudad: el Conde de Miraluz, el ruin tirano, burlándose de mí y celebrando su barbarie; y Áurea, la desolada víctima, escondiéndose de todos para llorar a solas… ¡Oh! ¡no! ¡Es muy otro el destino del Duque de Él! *Mirando en torno suyo.* Pero ¿cuándo amanece?

DANIEL. Te declaro, Berto, que me hacen vacilar tus palabras, y que no esperaba este brusco cambio en las cosas Al oírte, en conciencia te debo advertir, por si has confiado sobradamente en tu destreza, que el Conde de Miraluz juega la espada más bien de lo que pueden haberte dicho.

EL DUQUE. ¡Mejor para la mía! Las espadas, como las almas, quieren hablar idéntico lenguaje para entenderse.

DANIEL. Sabe, además, que tu rival va al encuentro ciego de ira.

EL DUQUE. En eso le llevo ventaja. Tan sereno voy yo, que voy porque le he preguntado antes a mi conciencia si sabré respetar una vida que odio.

DANIEL. Él no querrá sino dejarte en tierra tendido.

EL DUQUE. Lo presumo. Un instante he pensado que puedo morir. ¡Un instante sólo! Y por ese instante he querido hacer en tu presencia esto que llamo mi testamento. Ya sabes a quién le pertenece cuanto hay mío en la casa del Duque de los Alcores; ya sabes a quién lo has de entregar, si Miraluz me mata.

DANIEL. ¡Curioso testamento, Cellini!

EL DUQUE. Como mío.

DANIEL. Pero ¿dónde he de buscar yo a ese demonio de escocés?

EL DUQUE. Eso, allá tú.

DANIEL. ¿Estará en Córdoba?

EL DUQUE. ¡Lo mismo puede estar en Córdoba que en las Pirámides!

DANIEL. Y ¿cómo he de justificar ante las gentes…?

EL DUQUE. Ahí de tu ingenio. Habla de un secreto de confesión, de las palabras trémulas de un moribundo…

DANIEL. ¡Me supondrán tu cómplice!

EL DUQUE. ¡Pues sacúdete la mosca como puedas! Considera que, si me matan, más pierdo yo que tú, por mucho que te moleste la Justicia.

DANIEL. Déjame siquiera una carta, un testimonio escrito, un documento…

EL DUQUE. ¡Un documento! ¡Lo que más detesto en la vida! Daniel, no eres mi amigo. Me propones que muera como un mercader. ¿Qué sería de mi leyenda dorada? ¡Antes de que me mate Miraluz, me voy yo a morir de pensarlo! El Duque de Él —dirán todas las lenguas— no tenía un doblón; no deja, al morir, *bajo su firma*, sino unas maletas que no eran suyas… ¡Qué espanto, Daniel!

Daniel. Pero ¡si no tienes otra cosa!

El Duque. ¿Cómo que no tengo otra cosa? ¿Qué dice este hombre? Pues ¿a quién le dejo mis cármenes de Granada, mis *villas* de Roma, mis *chateaux* de París, mis alcazabas africanas? ¿A quién mis galerías de estatuas y cuadros? ¿A quién mis abanicos y miniaturas? ¿A quién mis minas de oro y de plata? ¿A quién mis tesoros de las Indias occidentales? ¿A quién mi archivo infinito de cartas de mujeres? ¿A quién la almohada hecha con bucles de rubias y morenas? ¿A quién mis armas, teñidas con sangre de héroes, desde la espada de Bernardo hasta la carabina de Ambrosio, que tengo en cien panoplias? ¿A quién le dejo todo eso, me quieres contestar?

Daniel. ¡Al diablo que te lleve!

El Duque. ¡Ja, ja, ja!

Daniel. Calla, que siento pasos.

El Duque. Será Chimenea.

Daniel. Sí; él es.

Chimenea. *Presentándose.* ¿Da su mersé permiso?

El Duque. Entra. ¿Qué traes? *Chimenea mira a Daniel y calla.* Algo grave me tienes que decir.

Chimenea. Sí, señó.

El Duque. Pues dilo sin cuidado.

Chimenea. La Morisca rastrea los pasos de su mersé, y barrunto que pa acá viene.

El Duque. ¿Qué más?

Chimenea. Si su mersé me da su venia, yo le haré una pregunta.

El Duque. Hazla.

Chimenea. A prima noche, ¿ha tenío su mersé sita ocurta con arguna dama?

El Duque. ¿Por qué preguntas eso?

Chimenea. Porque yo he hablao con la Morisca, y también barrunto por sus palabras que ha visto a la dama entrá o salí.

El Duque. ¿Eh?

Daniel. Y ¿la ha reconocido?

Chimenea. Sus presunsiones tiene.

Daniel. ¡Jesús! ¿Esa mujer será capaz…?

Chimenea. De to lo malo.

El Duque. De todo lo bueno. Nada temas tú: yo sabré cerrarle la boca. Chimenea, en casa has de esperarme.

Chimenea. Está bien, mi amo. Buenas noches.

Daniel. Buenas noches.

Chimenea. *Yéndose.* ¡Más grande ca minuto que pasa!

El Duque. *A su amigo.* Hasta luego, Daniel.

Daniel. ¿Hasta luego?

El Duque. ¡Sí! *Con desprecio arrogante.* ¡No es el Conde de Miraluz quien ha de matar al Duque de Él! ¡Voy a que tiemble ante mi espada; voy a enjugar las lágrimas de la mujer más bella que vieron los ojos de los hombres; voy tal vez a desencantar a mi señora Dulcinea!… Adiós.

Daniel. Adiós.

Se abrazan y se marcha el Duque.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO.— LA FUGA

Una sala del piso principal de la casa del Duque de los Alcores, en Sevilla. Sendas puertas al foro, a la derecha y a la izquierda. Muebles ricos. Es a media tarde.

La escena está sola. Sale Chimenea por la puerta del foro con una carta, y se acerca sigilosamente a la de la derecha.

CHIMENEA. ¿Dormirá otavía? No, que aquí viene. ¿Mi amo?

EL DUQUE. Chimenea. ¿Qué es eso?

CHIMENEA. Una carta como la de ayé.

EL DUQUE. *Con emoción.* ¡A verla!

CHIMENEA. Por la mesma ventana de la sala baja la ha echao la mesma mano.

EL DUQUE. Déjame ahora.

CHIMENEA. Sí, señó. Pero yo quisiera arvertirle ar señor Duque…

EL DUQUE. Déjame ahora.

CHIMENEA. Chito. *Retírase.*

EL DUQUE. *Leyendo con ansiedad la carta.* «Duque de Él: a pesar de tu juramento, sé que este amanecer te has batido con el Conde de Miraluz. Sé que supiste vencer y perdonar… ¡Cuánto le debo a tu grandeza! Acaso has llevado al corazón del hombre a quien le pertenezco remordimientos que traerán la paz a mi vida… Si esto es así, fué Dios quien en Sevilla te hizo Duque de Él… Adiós, noble amigo mío… poeta de la vida, cuyas poesías son sus hechos hidalgos… Otra vez bendigo tu grandeza y tu alma. Sé dichoso.

Yo rezaré porque lo seas…». ¡Oh! Acuden lágrimas a tus ojos, señor Duque… *Silencio.* ¡Sevilla!… ¡Mis amores!… ¡Mi juventud!… ¡Cuánto de mi alma te voy a dejar, Sevilla, en tu recinto!… *Pausa.* ¿Qué me querría éste? ¡Chimenea!

Sale de nuevo Chimenea.

CHIMENEA. Aquí estoy, mi amo.

EL DUQUE. Vamos a ver: habla. ¿Qué ibas a advertirme? ¿Qué pasa por Sevilla?

CHIMENEA. Mucho.

EL DUQUE. Mucho, ¿eh?

CHIMENEA. Y, por lo que toca a su mersé, na bueno.

EL DUQUE. ¿Hola?

CHIMENEA. Con la venia de su mersé.

EL DUQUE. Habla, habla claro. Ya sabes que todo lo espero siempre, y que no temo nada.

CHIMENEA. ¡El hombre grande!

EL DUQUE. ¿Qué?

CHIMENEA. Reflersiones mías. Se dice por Seviya, mi amo, que esta madrugá, con la luz del arba, ha tenío su mersé un desafío con er señor Conde de Miraluz.

EL DUQUE. ¿Eso se dice?

CHIMENEA. Y ca uno cuenta una cosa distinta, que es lo más portentoso.

EL DUQUE. ¿Sí, eh?

CHIMENEA. El uno dise que su mersé está herío de muerte.

EL DUQUE. Pues ya ves que no me he dado cuenta de ello.

CHIMENEA. El otro, que es er señor Conde er que está en las úrtimas, atravesao de una estocá.

EL DUQUE. Tampoco lo creo.

CHIMENEA. Pos de eso hay quien se alegra.

EL DUQUE. Tampoco lo dudo.

CHIMENEA. No farta quien diga que er desafío fué como disen que eran los de los cabayeros de la antigüedá: a cabayo y con lansas.

EL DUQUE. Eso me hubiera gustado a mí. Pero ¿a semejantes patrañas se reduce lo mucho malo que me anunciabas, Chimenea?

CHIMENEA. Su mersé tiene pruebas de que cuando Chimenea dise que va a troná, es porque ya le ha caído un rayo en la cabesa.

EL DUQUE. Sigue, sigue entonces.

CHIMENEA. Habernos tenío aquí a la Morisca.

EL DUQUE. ¿A la Morisca?

CHIMENEA. Yamó a la puerta mu temprano y no le quise abrí. Le dije que su mersé descansaba.

EL DUQUE. Bien hecho.

CHIMENEA. Quiso entrá por la verja der jardín, y ya había convensío de que le abriera a la hija der mayordomo, cuando me presenté yo pa estorbarlo. Aqueya mujé no hablaba: rugía. Amariya estaba como la sera, y echaba relámpagos por los ojos. A mí me dió *serote*.

EL DUQUE. ¿Cómo?

CHIMENEA. ¡Que me dió mieo! ¡Que temblé viéndola serrá los puños y apretá los dientes y mirarme como si me acuchiyara porque no le abría! Temblé delante de eya, y no temblé en Bailén, mi amo.

EL DUQUE. *Con gravedad y sentimiento.* ¡Pobre Morisca!

CHIMENEA. ¿Pobre? Más mala es que la muerte.

EL DUQUE. No.

CHIMENEA. ¿Qué no? ¿Cree su mersé que no es la Morisca la que está atisando por Seviya este fuego contra su mersé?

EL DUQUE. ¿Fuego contra mí? Pero ¿qué caso ha de hacerle nadie?…

CHIMENEA. Las cosas malas no se investiga de dónde vienen, ni la boca de que salieron. Fango chupón tiene en las orejas er prójimo pa quearse con eyas.

EL DUQUE. Pero, según eso… Mira, Chimenea, dispara ya toda la carga sin galas retóricas, que empiezo a impacientarme.

CHIMENEA. ¿Me limpio de pelos la lengua?

EL DUQUE. ¡Sí! Habla.

CHIMENEA. Pos ha de sabé su mersé, mi amo, que desde er Baratiyo hasta los Caños e Carmona, corre como un reguero e pórvora por la siudá… ¡mentira parese!… ¡lo que tiene no respira el aire junto a su mersé!…

EL DUQUE. ¡Acaba!

CHIMENEA. Corre esta infamia, corre ésta viyanía: que su mersé no es Duque ni de É ni de na, sino un tunante que está divirtiéndose con Seviya entera. Su mersé me ha obligao a referírselo.

EL DUQUE. *Soltando la risa*. ¿Conque yo no soy Duque de Él? ¡Donosa ocurrencia! Tienen gracia los sevillanos; no puede dudarse. Tienen gracia. ¡Pero cuiden mucho no me acueste Duque esta noche y me levante Príncipe mañana! Cuenta, Chimenea; cuenta, que esto me divierte. *Se dispone a oírlo, afectando gran aplomo y serenidad.*

CHIMENEA. La revolusión que se ha armao entre la noblesa seviyana ensiende yesca. Los padrinos der señor Conde de Miraluz disen que son los únicos que defienden a su mersé… Toa la demás noblesa echa jumo. Creo que han buscao a un tar Gasparón, montañés, que jura y perjura que su mersé es un estudiantiyo de su pueblo.

EL DUQUE. ¿De qué pueblo?

CHIMENEA. No sé de qué pueblo… De uno de la Montaña, de donde es la señora Condesa de Miraluz… Con las mesmas, disen que fueron a visitá a la señora Condesa pa preguntarle…

EL DUQUE. ¿A tanto han osado?

CHIMENEA. Y parese que la señora Condesa les contestó que su mersé es más cabayero que los Hércules de la Alamea.

EL DUQUE. ¡Ja, ja, ja!

CHIMENEA. ¿Se ríe er señor Duque?

EL DUQUE. Me río.

CHIMENEA. ¿De lo que ha dicho la señora Condesa?

EL DUQUE. De la *traducción* tuya.

CHIMENEA. Y a to esto, la Morisca en Triana, y la Morisca en los Humeros, y la Morisca en la Feria atisando el odio… Y como a su mersé lo envidia ya mucha gente, y hay quien quisiera verlo ajustisiao… ¿Se acuerda su mersé de aquer marío del Arquiyo de Atocha?

EL DUQUE. Me acuerdo más de su mujer.

CHIMENEA. Pos disen que hay que oírlo echá bendisiones. Que su mersé es un masón, y un pirata, y un judío y un enemigo der trono, y de la patria, y del hogá… En fin, mi amo, que éstas no son coplas; que Seviya arde, que su mersé peligra, y que Chimenea lo previene.

EL DUQUE. Sevilla arde… el Duque de Él peligra… Chimenea lo previene… ¿Llamaron a la puerta?

CHIMENEA. Sí, señó.

EL DUQUE. Baltasar le abrirá a quien sea.

CHIMENEA. A Bartasá le he dicho yo que no le abra ni al Arsobispo.

EL DUQUE. Ve tú a ver quién es.

CHIMENEA. ¿Y si es la Morisca?

EL DUQUE. Que suba.

CHIMENEA. ¿Y si es la Justisia?

EL DUQUE. Que vuelva mañana.

CHIMENEA. ¡El hombre grande! *Vase por la puerta del foro.*

EL DUQUE. ¿La Justicia ha dicho?… Sí; después de todo, nada más natural… Evidentemente estoy en peligro… Debo esconderme por lo pronto… Acaso un disfraz… ¡Que no termine, por Dios, mi ducado entre escribanos y alguaciles! *Prestando oído hacia el foro.* ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Discute Chimenea? ¡Malo! ¿Con quién discute?… ¡Cristo! ¿Esa voz? ¿Será posible? ¡Sí! ¡Él es!

Guillermo Normanby o Lord Wellington habla en el interior, acercándose.

NORMANBY. Nada, hombre, nada; no temas. Soy gran amigo suyo.

EL DUQUE. ¡Él es! ¡él es!

NORMANBY. Me espera; va a recibirme como a un enviado celeste.

EL DUQUE. ¡No lo sabes tú bien, mi *Lord Wellington*!

Aparece éste en la puerta del foro, risueño y ufano. Lo sigue Chimenea.

NORMANBY. ¿Su Excelencia el Duque de Él?

EL DUQUE. *Abriéndole los brazos con júbilo.* ¡*Lord Wellington*!

NORMANBY. *Con gravedad cómica: Abderramán.*

EL DUQUE. ¡*Mahoma*, si te place, pero mensajero de Díos! ¡Ven aquí!

Se abrazan cordialmente.

Guillermo Normanby es mi caballero escocés de aire fino y noble presencia, digno camarada de Cellini en punto a fantasía. Habla perfectamente el español, pero con leve acento extranjero.

NORMANBY. ¡Hurra!

EL DUQUE. Vete, Chimenea. *Éste obedece.*

NORMANBY. Lo adiviné, Berto; lo adiviné. Sabía que el Duque de Él eras tú. Apenas llegaron a mí las primeras nuevas de su pompa y de su boato, pensé que tal Duque no podía ser otro que Berto Cellini.

EL DUQUE. Y no te engañaste. Ni en eso ni en la oportunidad con que vuelves. ¿Vienes de Córdoba?

NORMANBY. De Córdoba vengo.

EL DUQUE. Y ¿cómo te has detenido tanto tiempo allí?

NORMANBY. ¿Tú eres poeta y me lo preguntas? Tentaciones tuve de no salir de entre sus muros. Si me he vencido al fin a dejarla ha sido por gozar de la tristeza de la separación y por soñar con la alegría de volver a ella.

EL DUQUE. Te entiendo, *Abderramán*.

NORMANBY. No es burla, Duque.

EL DUQUE. Cierto, sí: a aquella gitana era menester tomarla muy en serio.

NORMANBY. ¿Qué dices? La gitana no ha sido más que el cigarrillo español que me excitaba y me entretenía. ¡Córdoba!… ¡La ciudad dormida que tantas emociones despierta!… ¡La Meca de Occidente!… ¡Me parecía

una vieja andaluza que se nutre de mil historias de sabios, de guerreros y de poetas, y todas bellas… y todas grandes!… ¿Y Sevilla, Cellini?

El Duque. ¡Oh, Sevilla! Sevilla es de oro y rosa como sus crepúsculos… Ciudad de ensueño y de poesía… ciudad de gracia… ¡Cómo gozaría recorriéndola paso a paso contigo!

Normanby. Ése es mi deseo.

El Duque. Pues ésa es mi pena; que he de escapar de aquí a uña de caballo.

Normanby. ¿Ahora que llego yo?

El Duque. Ahora precisamente. Me he batido esta aurora.

Normanby. ¡Hurra! ¿Con quién?

El Duque. Con un noble.

Normanby. Y ¿lo has matado?

El Duque. No quise.

Normanby. Lo siento. ¿Cuál ha sido la causa del desafío? ¿Una mujer, quizás?

El Duque. Una mujer.

Normanby. ¿Hermosa?

El Duque. Hermosa y única. Junto a sus ojos, no tienen luz Córdoba y Sevilla reunidas. Si el Rey Sabio, por cada ladrillo que se le quitara a la Giralda, queria cortar una cabeza de un hereje, yo estoy resuelto a atravesar un corazón por cada palabra que pueda enojar a mi Dulcinea.

Normanby. Y ¿quién la enojó?

El Duque. Su propio esposo.

Normanby. ¡Oh!

El Duque. El Conde de Miraluz, borracho y sin darse cabal cuenta de que la ofendía.

Normanby. ¡Oh! Dime, dime de ese lance…

El Duque. Acudí con la luz del alba al lugar designado; y frente a frente de aquel hombre, le probé con mi destreza cuantas veces quise que su vida estaba en mi mano. Él y los testigos lo comprendieron: yo no mataba

porque no quería De pronto dije, suspendiendo el ataque: «Caballeros, ningún rencor guardo para el Conde de Miraluz, de quien reconozco el valor en este instante. Aquí estamos los dos porque él ofendió a una dama en presencia mía. Declare ahora, en presencia de todos, su error; confiese que no nació de madre cristiana mujer más pura ni más buena que aquélla, y mis brazos lo esperan para estrecharlo».

NORMANBY. ¡Oh!

EL DUQUE. Y él, entonces, con la emoción de quien recibe en momento solemne lección merecida, repitió con voz trémula mis palabras vindicadoras. Todos oyeron de sus labios que no nació de madre cristiana mujer más pura ni más buena que aquélla a quien ofendió torpemente… Le abrí los brazos, cayó en ellos, y me estrechó como al más leal de los amigos. Éste ha sido el duelo del Duque de Él. Si ahora desaparezco misteriosamente, según mi propósito, no dudes que habré pasado por Sevilla como un espíritu de leyenda… Una más.

NORMANBY. ¡Cellini! ¡Mi poeta! ¡Mi amigo entrañable! ¡No te vayas!

EL DUQUE. No tengo otro remedio. Anda mi sangre azul en tela de juicio.

NORMANBY. ¡Oh! ¡Qué lástima! ¡Yo que venía pensando en realizar juntos nuevos y mayores disparates!

EL DUQUE. ¡Tiempo hay para todo! Granada la bella nos espera también. Allí te aguardo.

NORMANBY. Me resigno. Pero ¿cómo hay quien dude del color de tu sangre?

EL DUQUE. ¡Porque la sangre del Duque de Él no es sangre, es luz, y tiene los colores del iris!

NORMANBY. ¡Hurra!

EL DUQUE. Ven conmigo aquí dentro. Ahí tienes tus joyas, tu equipaje… los cuadros que he comprado para ti…

NORMANBY. ¡Hurra!

EL DUQUE. *Llamando.* ¡Chimenea!

NORMANBY. ¿Chimenea?

EL DUQUE. Así se llama mi criado.

NORMANBY. ¡Oh! Muy pintoresco.

Vuelve Chimenea.

CHIMENEA. Presente.

EL DUQUE. Espérame en la esquina de la calleja, y entre tanto discurre sitio seguro donde esconderme hasta la noche.

CHIMENEA. Eso ya está acá. Y no hay que perdé ni un minuto.

NORMANBY. ¡Admirable! Tú desapareces como un fantasma, y yo quedo aquí en tu lugar. Y a todo el que llegue preguntando por el Duque de Él, le contestaré que no existe, ni ha existido nunca: que es el alma de una leyenda. ¿Qué te parece, Duque?

EL DUQUE. ¡Dichoso final para mis hazañas!

NORMANBY. ¡Hurra!

Entran los dos por puerta de la derecha.

CHIMENEA. *Profundamente convencido.* Pos este inglés es er que va a la cárse. *Silencio. Reflexiona un punto, y dice como para sí:* Lo que he pensao es lo mejó: la casa de mi pariente er *Titi* es sitio seguro. Y que un contrabandista a na le teme. Luego, como a la vera vive er sastre der teatro, pa cuarquier sorpresa… ¿Quién? ¿Quién viene por aquí? ¿Estamos seguros? ¿Quién es?

Llega en esto súbitamente por la puerta de la izquierda la Morisca, con la violencia en el acento y el ademán, y la ira y el anhelo de venganza en los ojos.

MORISCA. ¡Yo! ¡La Morisca! ¡Mírame! No me esperabas, ¿eh? Pos mírame; no te engañan los ojos: soy yo: ¡la Morisca! ¡Mírame!

CHIMENEA. ¿Por dónde has entrao?

MORISCA. ¡Ah! Cuando a mí se me sierra una puerta, yo busco otra. A ninguna yamo más e dos veses. ¡Y en esta casa tan grande había, por lo visto, una pa mí sola! ¿No sabías tú que por los sótanos se sale a la arfarería de la cayeja? ¡Pos ya lo has aprendío! ¡Aquí estoy!

CHIMENEA. ¡Mal haya!

MORISCA. ¡Mal hayan tú y tu amo! ¿Dónde está?

CHIMENEA. ¿A qué vienes, Morisca?

MORISCA. ¿Dónde está? ¡No le vardrá esconderse! ¡Se burlará de la Justisia y de Seviya entera; pero de la Morisca, no! ¡Como di con esa puerta que aquí me trajo, daré con la madriguera en que esté metío! ¡Yevo conmigo una luz que alumbra en las tinieblas!

CHIMENEA. ¡Morisca!

MORISCA. ¡Había de ampararse bajo er manto de la misma Virgen…!

CHIMENEA. ¿Y qué?

MORISCA. *Con repentino arranque de altivez.* Y ¿a qué tengo yo de hablá contigo mis vengansas?

Sale presurosamente por la puerta de la derecha el Duque, en faz de fuga: la capa al brazo y el sombrero en la diestra.

EL DUQUE. ¡Esto es hecho! *Se detiene desconcertado al ver a la Morisca.* ¿Eh?

MORISCA. *Con grito de trágica alegría.* ¡Ah!

EL DUQUE. ¡Morisca!

MORISCA. *Sarcástica.* ¡Duque!… ¿No contabas conmigo?

EL DUQUE. *Reponiéndose.* Chimenea, haz lo que te he mandado. Vete.

CHIMENEA. Sí, mi amo. *Márchase por la puerta del foro. La Morisca corre violentamente a cerrarla.*

MORISCA. ¿No contabas conmigo, verdá? ¿Te escapabas, mal hombre?

EL DUQUE. ¡Morisca!…

MORISCA. ¿Ibas a dejarme como un harapo que se tira y que se despresia?

EL DUQUE. ¿Qué dices?

MORISCA. ¿Crees que no he visto la burla que conmigo has hecho?

EL DUQUE. ¡Estás loca, Morisca!

MORISCA. ¡Loca, sí! ¡Y locura es la mía que no se sana sino con tu sangre!

EL DUQUE. ¿Con mi sangre? Pues aguarda un poco, y esa chusma que has sublevado contra mí en todos los barrios de Sevilla me arrastrará por las calles de la ciudad y te dejará satisfecha.

MORISCA. ¡Te equivocas! ¡Matarte, yo! ¡Si no es por mi mano tu muerte, no la quiero!

EL DUQUE. Pero ¿a qué siniestros delirios te llevan tus celos absurdos?

MORISCA. ¡Mis selos son yamas que han hecho senisas la venda que tenía en los ojos! ¡Er corasón me lo barruntaba; pero se me partía sólo de pensarlo! ¡Y anoche lo vi!

EL DUQUE. ¿Qué es lo que viste anoche, infeliz mujer?

MORISCA. ¡Na que vea ya en er mundo me desgarrará como aqueyo! ¡Er sielo y la tierra se me juntaron! ¡Las sombras de la noche se esclaresieron pa que yo lo viese! ¡Y vi salí como un fantasma, de una casa mardita, a una mujé que acababa de está en tus brasos!

EL DUQUE. ¡Mentira!

MORISCA. ¡Mentira es de lo que tú vives, traisionero! ¡Esto que yo digo es tan verdá como fué grande mi cariño! *Acercándosele con fiereza.* ¡Niégamelo! ¡Atrévete! ¡Niégamelo!

EL DUQUE. ¡No niego yo lo que tú viste!

MORISCA. ¡Ah!

EL DUQUE. ¡Niego lo que te pinta tu ceguera! ¡Niego lo que no es cierto!

MORISCA. ¡Sierta es tu iniquidá, pa la que la Inquisisión no tiene tortura ni castigo! Sé quién es la otra… la tuya… ¡la que quieres!…

EL DUQUE. ¡Nada sabes, Morisca!

MORISCA. ¡Y sé que yo pa ti no he sío más que el espejo en que la mirabas!

EL DUQUE. ¡No, Morisca; no!

MORISCA. ¡Sí, sí; ya lo sé! ¡Yo no podía entenderlo; pero tú me mirabas y no me veías, y me escuchabas sin oírme, porque aqueya sombra de anoche, estaba siempre entre los dos!

EL DUQUE. ¡Que no, te juro!

MORISCA. ¡Y te asomabas a mis ojos, porque eran sus ojos; y me besabas en la boca, porque era su boca; y me hasías cantá, porque la oías oyéndome… y yorabas entonses, porque no era eya la que te cantaba!… ¡Y yo he descubierto de pronto ésta vergüensa… y no me he muerto… porque primero tenía que matarte a ti!

EL DUQUE. ¡Morisca!

MORISCA. Y después de una noche tan larga, que yegué a creé que ya nunca más amanesía, cuando salí a la caye atormentá, no pensando sino en mi vengansa, por dondequiera se hablaba de ti: de que habías muerto o de que habías matao; pero to por eya, ¡por eya! ¡Y ayí donde se murmuraba más de tus farsedades, como la mayó la estaba yo sufriendo, eché con saña ar fuego toa la leña que pude!

EL DUQUE. *Con feroz violencia.* Pero ¿le has dicho a alguien…?

MORISCA. ¿Qué?

EL DUQUE. ¡Lo que te figuras por lo que viste!

MORISCA. ¡No, toavía no, porque era delatá unos selos que me dan vergüenza! ¡Pero ahora que veo que te espantas, ahora sí lo diré!

EL DUQUE. ¡Nunca, Morisca; nunca!

MORISCA. ¡Ahora, sí; ahora, sí!

EL DUQUE. ¡Primero que salga de tu boca por esas calles una sola palabra que manche a esa mujer, seré yo quien te mate!

MORISCA. ¡Ah! ¡Cómo la defiendes! ¡Cómo te descubres!

EL DUQUE. ¡La defiendo, sí; la defiendo de tu calumnia!

MORISCA. ¡Más me asusas mientras más la defiendes! ¡Vosearé tu sita con eya!

EL DUQUE. ¡Morisca!

MORISCA. ¡Por cayes y por plasas, hasta que tenga alientos! ¡Y cuando las fuersas me farten, yamaré a un pregonero que la publique!

EL DUQUE. ¡Calla!

MORISCA. ¡Ni muerta cayaré! ¡Por mi madre lo juro!

EL DUQUE. ¿Por tu madre has dicho?

MORISCA. ¡Sí!

EL DUQUE. ¡Pues sea, sea; amenaza por amenaza: secreto por secreto! ¡Uno terrible de tu vida sé yo!…

MORISCA. *Retrocediendo con espanto.* ¡Ah!

EL DUQUE. ¡Uno, el más puro de mi vida, sabes tú!… ¡El precio de mi silencio es el tuyo!

MORISCA. *Con salvaje cólera.* ¡Ah! ¡Viyano! ¡Cobarde! ¡Viyano!

EL DUQUE. ¡Villano, sí! ¡Es verdad! ¡Como ya no soy Duque, puedo ser villano! ¡Pero ¡vive Dios! que nunca he sido más caballero!

MORISCA. ¿Cabayero tú, cuando me amenasas con publicá lo que mi cariño te contó en voz baja pa que en ér creyeras?

EL DUQUE. ¡Caballero, sí! Óyeme un instante, Morisca, *Ésta lo mira fieramente.* No me mires imaginando en tu ofuscación venganzas espantosas. No hagas caso de lo que antes dije… No tiembles… *Acercándosele y hablándole con conmovedora nobleza.* Yo soy quien soy. Crujiendo habían de estar, mis carnes en la hoguera para que te acusase, y no saldría de mi pecho tu secreto. *La Morisca pone en sus ojos, al oírlo, inefable expresión.* Te amenacé con publicarlo, por amedrentarte y que me escucharas como me escuchas. Y esto te lo juro también por mi madre, que no es Duquesa ni gran dama, sino mujer humilde y buena como tú.

MORISCA. *Atónita.* ¿Por tu madre juras?…

EL DUQUE. Mira si será alto mi empeño en que me creas. Y por ella te pido, además, que ni con el pensamiento manches la honra de una mujer, de la que no tocó jamás una mano mía ni un encaje de su vestido.

MORISCA. ¿Eh?

EL DUQUE. Lo comprendas o no, me veo forzado a hablarte de ello. De esa mujer, a quien amé de mozo, me separó la vida… Y por el recuerdo de aquellos amores, puros como los sueños de los niños, fué anoche a pedirme que perdonara a su verdugo.

MORISCA. *Desconcertada.* Bueno… sí… eso será como lo dises; pero a mí, lo que te ha yevao a quererme…

EL DUQUE. Ése es tu mayor engaño, Morisca. La trágica semejanza entre ella y tú ha sido lo que de ti me apartaba, no lo que me arrastraba a ti. Recuerda bien que al conocerte yo huía de tu hechizo.

MORISCA. Huías, sí… huías…

EL DUQUE. Y tú no podías comprenderlo tampoco; y acechabas mis pasos y pisabas mi sombra, y yo huía… Pero caí en tus brazos al fin, y te quise y te quiero por tu propio encanto, por tu belleza, porque eres como eres, por el dolor que adiviné en tu vida… y sólo cuando esa sombra que ha enloquecido tu cerebro pasaba un instante entre los dos, me atormentaban a mí tus caricias. ¡Ya ves qué lejos está la verdad de tus celos y de tus locuras!

En este momento la tiene amorosamente entre sus brazos. Pausa.

MORISCA. *Con supremo amor, con abandono.* ¡Ay de mí, que venía a matarte y en tus brasos me muero!…

EL DUQUE. No…

MORISCA. Sí… me muero, sí… Y así no me importa morirme. No quería creerte, y te creo… ¡Qué delirio es que yo procure vorverme contra ti! Soy tu esclava, na más que tu esclava. ¿Qué tienen tus cadenas, que mientras más fuerte me atan más quiero redoblarlas yo?… En mi seno traigo ocurta el arma con que iba a matarte —¡matarte yo! ¿ves tú qué desvarío?—. ¡Húndela con tu propia mano pecho adentro, y verás que me muero yamándote!… Pero ¡no te vayas! ¡no me abandones!

EL DUQUE. Tengo que huir de Se villa, Morisca…

MORISCA. ¡No!

EL DUQUE. Es forzoso…

MORISCA. ¡No!

EL DUQUE. Sí…

MORISCA. ¡Te seguiré a la fin der mundo!

EL DUQUE. ¡Silencio!

MORISCA. ¿Qué?

EL DUQUE. ¿No oyes?

MORISCA. Sí… Viene arguien…

EL DUQUE. Sí… Gente sube por la escalera…

MORISCA. ¡Virgen!

EL DUQUE. ¿Será la Justicia?

MORISCA. ¿La Justisia?

EL DUQUE. ¡Silencio!

Se hace más perceptible ahora el rumor de la gente que, en efecto, ha entrado en la casa, y el cual empezó a notarse cuando el Duque impuso la primera vez silencio a la Morisca. Ella y él prestan atención unos instantes al creciente murmullo, que se va acercando hasta sentirse tras la puerta del foro. Hablan luego quedo, con ansiedad y sobresalto.

MORISCA. ¡Virgen María!

EL DUQUE. ¡La Justicia es! ¡Por el jardín ha entrado ciertamente!

MORISCA. ¡Ah!

EL DUQUE. ¡La puerta de la calle estará tomada!

MORISCA. ¡Ah!

Suenan dos golpes dados con violencia en la puerta del foro. El Duque, con un ademán, vuelve a imponer silencio a la Morisca. Pausa. Suenan otros dos golpes, y una Voz desde dentro exclama:

VOZ. ¡Abran en nombre del Rey!

EL DUQUE. ¡Estoy perdido!

MORISCA. *Con súbito arranque.* ¡No!

EL DUQUE. ¿Qué no?

MORISCA. ¡No! ¡Yo te sarvo! ¡Sígueme!

EL DUQUE. ¿Por dónde?

MORISCA. ¡Ven conmigo! ¡Por los sótanos… a la arfarería… a la cayeja!…

EL DUQUE. ¿Eh?

MORISCA. ¡Por ahí entré yo!

EL DUQUE. ¡Ah!

MORISCA. ¡Pronto!

VOZ. ¡Abran en nombre del Rey!

El Duque coge rápidamente capa y sombrero, y sigue a la Morisca.

MORISCA. ¡Pronto!

EL DUQUE. ¡Vamos! *A Normanby, que, complacido de la situación, aparece en la puerta de la derecha cuando él huye por la de enfrente:* ¡El amor me salva! *Desaparece con la Morisca.*

NORMANBY. ¡Hurra! ¡Bravo amor y brava mujer! ¡Y soberbio chasco el de la Justicia! ¡Oh! ¡Esto me divierte más que toda una fiesta de toros! *Va al foro y abre con gran calma la puerta, en la cual asoman el Alguacil mayor, algunos otros Alguaciles y gente del pueblo. Unos penetran en la sala y otros quedan al fondo con picante curiosidad,* ¿Qué invasión es ésta, señores?

ALGUACIL. ¿El Duque de Él?

NORMANBY. ¿Cómo?

ALGUACIL. ¿El Duque de Él?

NORMANBY. No comprendo…

ALGUACIL. Pregunto, en nombre del Rey, por el Duque de Él.

NORMANBY. Verdaderamente sólo en Sevilla puede ocurrir un lance tan chusco. La Justicia de chanza no la he visto en ninguna parte.

ALGUACIL. La Justicia no gasta chanzas, señor caballero. Responda en el acto, o registraremos la casa entera. ¿El Duque de Él?

NORMANBY. ¡Oh! ¡Intolerable despotismo! ¡Registrar la casa!… Yo siempre he creído, señor Justicia, que el Duque de Él era un ser impalpable, fruto de la leyenda, de la imaginación popular, del estro calenturiento de los poetas… Personaje que crearon entre todos y no creó ninguno, y cuya alma lleva en sí, por lo mismo, algo de todas esas almas… Hijo del espíritu de los hombres, en su ansia ideal de hallar en la tierra belleza que no ve en torno suyo… Esto creía yo que era el Duque de Él… Pero, por lo visto, es persona de carne pecadora y mortal… Búsquenlo en buena hora por toda la casa… *Movimiento de los Alguaciles y de los curiosos para invadirla. Normanby*

añade entonces con solemnidad y energía que impresionan y detienen a todos: Mas adviertan primeramente que yo no soy sevillano, sino extranjero; que he venido a España con secretos encargos políticos; que me hallo aquí al amparo de leyes españolas y de otras que no son españolas, y que del menor atropello daré cuenta en la Embajada de mi país. Pasen a registrar la casa.

Se sienta con aire indiferente y se pone a hojear un libro. El Alguacil mayor mira a los suyos, éstos a los otros, y todos permanecen perplejos unos instantes sin saber qué partido tomar.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO.— EL PREGÓN

Una calle. Anochece.

Dentro, hacia la izquierda, óyese lejano un largo redoble tambor. Después de una pausa se oye el mismo redoble más cerca, e inmediatamente la voz de un Pregonero que dice, con inconfundible acento andaluz:

PREGONERO. ¡El ilustre señor Asistente de esta muy noble y muy lear siudá, hase notorio a todas las personas de cuarquier clase y condisión que eyas sean, haber desaparesido de Seviya er personaje conosido por er Duque de É de muy sospechosa condurta; y suponiéndose que argún vesino de la siudá lo esconde en su casa, se arvierte a quien así proseda que incurre en delito que será castigado con todo er peso de la justisia! ¡Y para inteligensia der público se manda pregoná!

Nuevo redoble de tambor, que se aleja hasta dejar de oírse.

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO.— LA ESCLAVA

Sotillo de álamos blancos en la margen del Guadalquivir. A través de las verdes y plateadas hojas se adivinan las aguas del río y la frontera orilla.

Es de noche. La luna filtra su luz por entre las ramas.

El Duque de Él, en traza de villano o pícaro, remendado y maltrecho, espera desasosegado. De cuando en cuando, como si creyera sentir la llegada de quien allí le dió cita, aguza anhelante el oído.

EL DUQUE. Nada… Nadie todavía… Es el viento que pasa entre las hojas… Son las ondas del río que lamen las orillas… Pero vendrá, vendrá. El sitio es éste, sí… Es éste… ¡Qué largo el tiempo en la soledad y la espera!… *Silencio.* Berto Cellini, de Sevilla escapas como malhechor o ladrón perseguido; pero ¡bien haya el momento en que pisaste tierra de Sevilla para darle vida al Duque de Él!… ¿Qué serás mañana? ¿En qué suelo se posará tu planta aventurera? ¡Horror me causaría saberlo! Vuela, alma mía; vuela sin pensar a dónde te diriges, que la suprema voluntad que te guía te impulsará, sin duda, hacia donde puedas causar el bien y ennoblecer lo que a tu paso toques o mires… Tal es tu destino… Vuela, alma mía; vuela… ¿Eh? ¡Sí! ¡Ahora sí!… ¡Ya viene! ¡La copla! ¡La señal! ¡Ya viene! ¡Ella me salva! *Se oye allá, lejos, rio arriba, la voz de un barquero que canta acercándose.*

Barquito que viene y va,
¡quién sabe lo que se yeva!
¡quién sabe lo que traerá!…

Saldré a su encuentro… *Deteniéndose.* Pero, no… ¿Y si fuese un engaño… una trampa?… Quieto aquí. Calma… *Espera escuchando. A poco exclama lleno de gozo.* ¡Ya llegó! Una barca ha atracado a la orilla… ¿Vendrá Chimenea solo?… *Pausa.* ¿Chimenea?… No… ¡Es ella! ¡Es la Morisca! ¡Ella es!

Aparece ésta por entre los árboles, ansiosa, trémula, excitada. Morisca. ¡Aquí me tienes!

EL DUQUE. ¡Morisca!

MORISCA. Juré sarvarte, y ya pués desí que estás libre La barca te espera. En dos gorpes de remo atraviesas er río y te pones en er Monasterio de la Cartuja. Y si no, río abajo… y Dios te dé suerte.

EL DUQUE. ¿Chimenea?

MORISCA. Conmigo ha venío. Ahí te aguarda. A mí me fartan ya las fuersas. ¡Cómo se te busca en Seviya! No hay casa ni rincón que no se registre. Pero de mí nadie ha sospechao. ¡Me creen tu enemiga! ¡Tú enemiga yo!

EL DUQUE. ¡Enemiga a quien debo mi libertad! ¡Vamos! *La Morisca queda como petrificada.* ¿Vamos?

MORISCA. *Con heroico esfuerzo.* Yo, no.

EL DUQUE. *Sorprendido.* ¿Tú, no?

MORISCA. No.

EL DUQUE. ¿Me dejas? Pues ¿no ibas a seguirme?

MORISCA. Sí… pero…

EL DUQUE. Pero ¿qué, Morisca?

MORISCA. *Con infinita angustia.* ¡Ay de mí! ¡Otra vez y siempre mi cadena!

EL DUQUE. ¿El Morisco?

MORISCA. ¡Sí!

EL DUQUE. ¡Mal haya!

MORISCA. ¡Barruntó que me escapaba contigo y ya tiene a mi madre en rehenes!

EL DUQUE. ¡A tu madre!

MORISCA. ¡Sí!

EL DUQUE. ¡Maldito viejo!

MORISCA. ¡Vete tú solo; escapa ya; deja a la Morisca con su sino!

EL DUQUE. *Yendo a abrazarla.* ¡Morisca!

MORISCA. *Rechazándolo.* ¡No te aserques a mí; no me toques! Si me rosa una mano tuya, si me da tu aliento en la cara, no tendré fuersas ni való pa separarme de tu lao… huiré contigo… ¡y hay una vida que está en mis manos, en que yo tenga voluntá pa hasé esto! ¡Vete ya!

EL DUQUE. ¡Morisca!

MORISCA. ¡Vete sin hablarme, sin mirarme siquiera! ¡Huye de mi sombra, que es negra como los malos pensamientos! ¡Huye! ¡Vete! ¡Yo sé ya cuál es mi camino!

EL DUQUE. Morisca, yo también temo acercarme a ti y sentir esa cadena de tus brazos, porque es fuerza que huya, que libre al Duque de Él de la befa de todos y de las garras de sus acusadores, gente incapaz de comprenderlo… ¡Pero este cruel sacrificio tuyo no será! ¡No hay gota de sangre en mis venas que no se encienda al escucharte!

MORISCA. ¡Caya!… ¡caya!…

EL DUQUE. ¡No será! ¡no será! ¿Cómo he de callar, pobre esclava del amor y del odio? Mi vida es toda luz y fe… El Duque de Él ya no es más que un fantasma desvanecido en la noche; ¡pero por dicha alienta Berto Cellini, capaz de crear otros cien Duques para rescatarte! ¡Maldito yo si no lo intento!

MORISCA. ¡No! ¡Tú, nunca mardito! ¡Eso no! ¡En mi vida no ha habido más horas que las tuyas!… *Da un paso hacia él, como vencida por la emoción y atraída por el encanto que para ella tienen sus palabras, y de improviso se detiene, llena de espanto.* ¡Ay, madre mía!… ¿Adónde iba yo?… ¡Vete! ¡Vete!… ¡No me oigas, no me mires tampoco, no me hables!… ¡Vete! ¡Que no escuche yo más que las aguas der río que de mi te alejan!

EL DUQUE. ¡Pues ellas te dirán ahora y siempre qué algún día volveré a libertarte! ¡Volveré, volveré a Sevilla, de Duque, o de Rey, o de pirata, o de mendigo; pero volveré a romper tu cadena! ¡Dios quiso que yo fuera Duque

para llevar acaso a la vida de una mujer paz y consuelo! ¡Dios y este amor mío, infernal y santo a la vez, le darán a mi ser nueva forma para arrancarte de los brazos las esposas que los oprimen! ¡Adiós! *Desaparece mirando a la Morisca, que solloza angustiada.*

Pausa. Óyese otra vez la misma copla del barquero, alejándose:

Barquito que viene y va,
¡quién sabe lo que se yeva!
¡quién sabe lo que traerá!…

Morisca. *Con todo el dolor de la desesperanza en el corazón.* ¡Se fué!… ¡Se fué!… ¡Lo perdí!… ¡Se me va el arma!… ¡Y esto es pa siempre! ¡esto es pa siempre!… ¡Lo que habló no fué más que un alivio que quiso buscarle a mi pena!… ¡Esto es pa siempre!… ¡Lo perdí… lo perdí pa siempre!… *Rebelándose convulsa.* ¿Qué Dios manda esto? ¡Acaba ya, Morisca; acaba ya! *Saca del pecho un arma que reluce en la noche. Su brazo se alza para hundírsela con furia en el corazón.* ¡Acaba ya! *De pronto, como si obedeciera a un misterioso aviso, tal vez a una voz que a sus oídos trajo el viento, detiene el golpe. Brilla en su rostro entonces momentáneo resplandor de esperanza, que lo transforma. El brazo cae a lo largo del abatido cuerpo. El puñal resbala de la mano y da en tierra. La Morisca, con luz de amanecer en el alma, dice:* ¿Y si vuerve argún día?… *Queda en muda abstracción, dominada por este pensamiento.*

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, octubre, 1914.

Madrid, noviembre, 1914.

EL ILUSTRE HUÉSPED

HUMORADA SATÍRICA EN CUATRO CUADROS, PRÓLOGO Y EPÍLOGO

Estrenada en el **Teatro Cervantes** el 1 de mayo de 1915

A EDUARDO NARBONA,
testigo de ciertos inolvidables episodios que acaso un día inspiraron esta humorada, en recuerdo de aquellas horas,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Condesa Del Aro.	Josefina Roca.
Aurelita.	Josefina Segura.
Raquel Fernández (Sintética).	Irene Alba.
La Generala.	Rosario Toscano.
Don Víctor Campeón.	Ricardo Simó-Raso.
Julito Luna.	Fernando Aquirre.
El Conde Del Aro.	Ignacio Meseguer.
Un Fotógrafo.	Nicolás Perchicot.
Berraquero.	Francisco Molinero.
Paulino Doncel.	Agustín del Valle.
Bidasoa.	Jenaro Guillot,
Don Honorio.	Ricardo Marchante.
Peón Y Colorado.	Manuel Caba.
Un Obrero.	Pablo Hidalgo.
Presidente Del Ateneo.	Cástor Sapela.

El Gobernador.	Manuel Caba.
El Alcalde.	Jenaro Guillot.
Un Criado.	Gonzalo Vico.
Fonseca.	Gonzalo Vico.

Señoritas de Guadalema, profesores de orquesta, orfeonistas, guitarristas, bandurristas, obreros, comensales y camareros.

EL ILUSTRE HUÉSPED[1]

PRÓLOGO

Escenario del teatro de Guadalema el día de la fiesta de los Juegos Florales celebrados en la culta ciudad castellana en el mes de abril.

Al foro, y en caprichoso trono levantado entre plantas y flores, resplandece la Reina de la fiesta, Aurelita del Aro, hija de los Condes del Aro. A uno y otro lado de ella, las señoritas de la localidad que forman su corte de amor. La Reina, linda y elegante, luce rica diadema y manto finísimo; las damas de la corte están tocadas de blanca mantilla. A derecha e izquierda, sentados frente a frente en ricos sillones enviados por la Diputación provincial, el Gobernador, el Alcalde, el Presidente del Ateneo, Paulino Doncel —el poeta premiado con la flor natural—, y Julito Luna, secretario de Don Víctor Campeón, ilustre mantenedor de la fiesta.

Éste, que ha dejado su sillón hace muy cerca de una hora, la cual lleva hablando, aparece en el primer término, de frente al público, y junto a una mesita, sobre la que, en bandeja de plata, hay dos o tres vasos de agua con azucarillos.

Es hombre maduro y de palabra fácil. Demasiado fácil, tal vez. Se halla en ese crítico momento en que los oradores tratan de encontrar un párrafo que ponga brillante remate a su oración, y todos se les figuran pálidos.

DON VÍCTOR. Voy a concluir. *Bebe un sorbo de agua y se lleva el pañuelo a la boca.* Voy a concluir. *Esta promesa repetida parece tranquilizar*

y animar a algunos señores del estrado, que ya desean respirar el aire de la calle. Y voy a concluir, señoras y señores, porque harta ha sido vuestra paciencia… *—Hace una hábil pausa, esperando que le digan «¡No! ¡no!», pero nadie rechista. En vista de lo cual continúa tan tranquilo*— harta ha sido vuestra tolerancia, harta ha sido vuestra bondad para escuchar por tanto tiempo mi humilde palabra, mi palabra, vulgar y descolorida, que no tiene otro mérito que aquel que estribe en la espontaneidad con que de mi pecho sube a mis labios, bien así… bien así como el agua que rompe la roca para brillar irisada en la superficie.

El Presidente del Ateneo, que le envidia la facilidad y abundancia de imágenes, no puede reprimir un «¡bravo!» seco. Campeón lo mira con gratitud.

PRESIDENTE. ¡Bravo!

DON VÍCTOR. Y no os canso más. *Bebe otra vez.* No os canso más. Pero debo confesaros, finalmente, que al acceder al amable ruego de las cultísimas personalidades de Guadalema que me han traído a este puesto de honor, accedí, no ya por cuanto lisonjeaba mi amor propio, no ya por cuanto hablaba a mi deber de conciudadano, sino muy principalmente porque se me llamaba a unos Juegos Florales; a una fiesta de Patria, Fe y Amor; y Patria, Fe y Amor son palabras en que se vinculan mis sentimientos todos; y Patria, Fe y Amor hallan en esta vuestra adorable ciudad, rincón vetusto de nuestra nación española, la expresión suprema de su elocuente significado: Guadalema, tierra de héroes: ¡Patria! Guadalema, tierra de santos: ¡Fe! Guadalema, tierra de mujeres hermosas: ¡Amor!

Hay quien rompe en aplausos creyendo que ha llegado el punto final, pero se lleva un chasco tremendo.

PRESIDENTE. *Al Alcalde, en voz baja.* Este hombre es un poeta.

DON VÍCTOR. *Trocando en transición graciosa los elevados tonos de su oración por otros melifluos y suaves.*

Amor he dicho… ¿Cómo pronunciar esta palabra inquietadora sin dirigir de nuevo mis miradas hacia ese trono deslumbrante; sin fijar mis ojos —hidrópicos en este caso, como los de Segismundo— en ese espléndido luminar que nos preside; sin inclinar mi espíritu hasta ponerlo de rodillas —

permitidme la audacia de la frase en gracia a la sinceridad que la inspira— ante quien es ahora más bien que reina de una fiesta, diosa del Amor y de la Belleza juntamente? *Julito Luna aplaude solo y mira a la Reina, llamando la atención de todos.* De la Belleza he dicho… Séame lícito, señora y reina mía, y perdonad si lastimo vuestra modestia o despierto vuestro rubor, ampliar, completándolo, mi concepto de la belleza al contemplar la que vos encarnáis… Y con ello termino… *Ahora nadie lo cree.* No es sólo vuestra belleza, señora, por dicha de cuantos os aman, no es sólo vuestra belleza, repito, azucena en la frente, rosas en las mejillas, claveles en los labios, jazmines en el cuello, nardos en el… nardos en la… en el… jazmines en el cuello…

PRESIDENTE. *Al Alcalde, como antes.* Es un poeta, es un poeta…

DON VÍCTOR. No sólo sois bella, señora, porque tenéis en vuestros ojos la noche y el día y peináis por cabellos rayos del sol… No sólo sois bella porque al andar parecéis paloma que agita sus alas… ni porque vuestro talle es airosa espiga que mece el viento… No: no sois bella por eso sólo… Sois bella también, porque en la noche y el día de vuestros ojos resplandece la luz de la bondad; porque tenéis en vuestro seno de perfumados nardos —nardos he dicho— manantial perenne de ternura infinita; porque la Virtud se enamoró de vuestra persona y la eligió como alcázar en que había de vivir…

Este, que no vacilamos en llamar «latiguillo», es acogido con un rumor de admiración que se resuelve en palmas atronadoras. Ocioso es decir que las primeras son del Presidente del Ateneo. Las damas de la corte de amor miran complacidas a la Reina, que sonríe. Don Víctor, realmente esponjado, aguarda a que pase aquello para continuar.

JULITO. *Al Presidente.* ¿Verdad que es un poeta?

PRESIDENTE. Eso le decía yo al señor alcalde.

DON VÍCTOR. ¿Qué he de desearos yo, reina y señora? ¿Qué os he de desear? Y sea la expresión de mi deseo, fin de mis palabras y de vuestra impaciencia. *Nadie pía por si acaso. ¡Lleva así una hora!* Unido a vuestro insigne padre, el excelentísimo señor conde del Aro, hijo predilecto de Guadalema y bondadoso huésped mío a la sazón; unido a vuestro insigne padre, repito… —*Repite y torna de improviso al tono grandilocuente y de*

trueno, que luego baraja a discreción con el melifluo— por algo que es algo más que afecto amistoso y que cordial compañerismo, puesto que es comunión de ideales, ¿qué he de desearos yo, reina mía? ¿Qué os he de desear, vuelvo a preguntaros? ¡Ojalá! que el arroyuelo cristalino y terso en que hoy se copia vuestra imagen bellísima refleje siempre las pintadas florecillas de sus márgenes, el pajarillo trinador que lo cruza, las estrellas del alto cielo, y jamás, jamás la nube de tormenta, el cárdeno resplandor del relámpago, el zigzag del rayo temeroso… y el… el… *Murmura algo que no se le entiende, y es el primer «latiguillo» que le falla. El abuso tiene sus quiebras.* Por último, señoras y señores: no quiero dejar esta tribuna honrosa, esta tribuna adonde me trajeron todos los afectos de bondad que encierra el alma humana, reunidos para convencerme y halagarme, sin protestar una vez más de lo inmerecido del honor que se me ha dispensado, pero sin declararos al mismo tiempo que, si aceptáis en pago y por moneda mi gratitud, yo acaso me sienta satisfecho y tranquilo; porque mi gratitud es tan inmensa, tan inagotable para vosotros, que —dispensad la ambición de los símiles, puesto que nacen de la efusión más legítima— si queréis que mi gratitud sean flores, contad con los huertos de Valencia y de Murcia con los cármenes granadinos, y con las azoteas y los jardines de Sevilla; si queréis que sea agua, contad con el caudal de todos los ríos que van a morir en los mares, y contad con los mares también; y si queréis que sea luz, contad con un sol a cuyo lado sería pálida antorcha el que alumbra el mundo… Guadalema: para ti, de hoy más, mi corazón curtido en las luchas humanas, mi pobre inteligencia, y mi voluntad siempre firme para ayudarte en las nobles empresas de tu progreso material, moral e ideal. He dicho.

Aplausos calurosos de lodo el estrado. Sudando como un pollo va a sentarse al sillón vacío, no sin mirar en el reloj de pulsera el tiempo que ha hablado. Los vecinos de sillón le estrechan las manos y lo abrazan con frases de felicitación entusiástica. «¡Bravo!». «¡Bravo!». «¡Estupendo!». «¡Admirable!». «¡Hermosa oración!». «¡De poeta!». «¡De artista!». «¡Es usted un poeta!». «¡Precioso!». «¡Quedará memoria!». «¡Bravo!». «¡Bravo!». *Él, halagadísimo, da las gracias a todos con aire modesto.* «Gracias… Mil gracias… Muy amables… ¡Oh!… ¡Oh!…»

Una orquesta oculta en el fondo principia a ejecutar suavemente una pieza de música clásica.

El Presidente del Ateneo invita a Don Víctor a dejar el estrado.

PRESIDENTE. El acto ha concluido, señor Campeón. ¿Tiene usted la bondad de ofrecer su brazo a la Reina?

DON VÍCTOR. Con mil amores.

En el pasillo de butacas surge de improviso un Fotógrafo con su ayudante y todos los bártulos de rigor, dispuesto a retratar la escena. Se dirige en voz alta a los señores del estrado y lodo el mundo se pone a su disposición satisfecho.

FOTÓGRAFO. ¡Un momento, señores!

PRESIDENTE. ¿Eh?

FOTÓGRAFO. Un momento. Quisiera hacer una fotografía del estrado durante el discurso del señor Campeón.

DON VÍCTOR. ¡Ah, sí!

GOBERNADOR. ¡La contribución del magnesio!

ALCALDE. ¡La inevitable fotografía!

FOTÓGRAFO. ¡Hay que pasar por ella! Si fueran tan amables…

PRESIDENTE. ¡Ya lo creo! Encantados.

FOTÓGRAFO. Un momentito nada más. Todos los señores colocados tal cual estaban durante la fiesta, y el señor Campeón dirigiéndole la palabra al público.

DON VÍCTOR. Sí, señor; sí.

FOTÓGRAFO. Dispénseme.

DON VÍCTOR. No hay de qué.

FOTÓGRAFO. Un millón de gracias.

DONCEL. ¿Para qué periódico es?

FOTÓGRAFO. ¡Para todos!

Cada uno en su puesto adopta la posturita que cree que más le favorece, previo disimulado retoque y compostura de la persona. Don Víctor se sitúa junto a la mesita de marras y prueba una actitud oratoria.

Don Víctor. ¿Así?

Fotógrafo. Más alto el brazo. Si me hiciera usted el favor…

Don Víctor. ¿Así?

Fotógrafo. Perfectamente. Resulta un cuadro muy bonito. No se mueva nadie. Daremos un poquito de exposición para evitar el fogonazo. ¡Quietos ahora! ¡Quietos! *Descubre el objetivo de la máquina. Nadie pestañea. Pausa. Julito ha fijado su más tierna mirada en la Reina y parece un borrego a medio morir. Campeón, que tiene la boca abierta —expuesto a que le entre una mosca—, fijos los ojos y el brazo derecho muy en alto, se cansa y bizquea. La exposición dura más de lo que conviene a la seriedad y a la quietud de todos. Hay quien aguanta a duras penas la risa, quien se tambalea y quien, en cambio, parece una figura de cera. Cuando ya está próximo a un vahído el mantenedor, el fotógrafo, cubriendo el objetivo, exclama de repente:* Ya está. Muchas gracias.

Don Víctor. ¿Me he movido?

Fotógrafo. No, señor. Muchas gracias a todos.

Y se retira con cuanto le acompaña. En el escenario respiran todos con desahogo y comentan el lance. «¡Ay, yo no podía más!». «¡Yo he salido aguantando la risa!». «¡A mí empezó a picarme la nariz!». «¡Ay! ¡Gracias a Dios!». «¡Ay, qué angustia!». «¡Un minuto más y me da un desmayo…!».

Don Víctor va a ofrecerle el brazo a la Reina y cada caballero a una dama. Cae el telón.

FIN DEL PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

Galería cerrada de cristales, contigua al comedor y al jardín de la casa del Conde del Aro, en Guadalema.

Es de noche. Espléndido alumbrado.

El Conde del Aro, la Condesa, su hija Aurelita, Don Víctor Campeón y Julito Luna forman un grupo a la izquierda del actor. Las damas visten trajes muy elegantes y vaporosos, y los caballeros, de frac. Frente a ellos, y armado de todas armas, aparece el Fotógrafo que ya conocemos, en el momento de obtener un nuevo retrato.

FOTÓGRAFO. ¡Quietos un instante! ¡Quietos! *Pausa. Se repite el cuadro de los Juegos Florales, sólo que la actitud de Don Víctor es muy otra. En tres días que lleva en Guadalema se le han acentuado las arrugas.* Ya está. Muchas gracias.

CONDESA. No las merece, señor mío.

PON VÍCTOR. ¡Estos tiranuelos de la Prensa gráfica!…

FOTÓGRAFO. ¡Je! ¿Y mañana, qué haremos? ¿Van por fin al criadero de truchas?

Todas las miradas se fijan en don Víctor, como consultándole. Nuestro hombre no ha querido oír la pregunta.

CONDE. Creo que esa excursión quedará para pasado mañana. Yo le avisaré a usted.

FOTÓGRAFO. Agradecidísimo, señor conde. Siempre tan bondadoso…

CONDE. Y tan obligado. Todo artista que entra en mi casa viene a honrarla.

FOTÓGRAFO. Agradecidísimo. La honra es para mí.

CONDE. Compartámosla como buenos amigos. La fotografía es un arte maravilloso.

DON VÍCTOR. ¡Oh, la fotografía! Yo soy un entusiasta de la Prensa gráfica. Ella legará a nuestros hijos, sin las mixtificaciones de la amistad o de la pasión, la verdadera historia nuestra. Podrá discutirse, andando el tiempo, si la noticia impresa fué falsa o no; pero no se podrá dudar jamás de lo que retrató la fotografía. La primera piedra de un edificio, la conferencia de Ateneo, la manifestación popular… etcétera, etcétera.

CONDE. Indiscutible, indiscutible…

CONDESA. Para todo tiene este Campeón su penacho.

DON VÍCTOR. ¡Señora!…

FOTÓGRAFO. ¿Me manda algo más?

DON VÍCTOR. Yo, no; gracias.

JULITO. Yo, sí. Yo, que cuide usted de que salga parecida Aurelita.

AURELITA. Pues, mire usted, siempre salgo mal.

JULITO. Pues por eso…

DON VÍCTOR. ¡Diablo de secretario!…

FOTÓGRAFO. Con permiso de ustedes… No se moleste, señor conde…

CONDE. ¡Por Dios!

FOTÓGRAFO. Buenas noches, señoras. A los pies de ustedes.

CONDESA. Adiós; buenas noches.

AURELITA. Adiós.

DON VÍCTOR. Adiós.

Por la derecha se retiran el Fotógrafo y su ayudante, acompañados por el Conde.

JULITO. Veintitrés retratos llevo ya en Guadalema, y en todos ellos estoy contemplándola a usted.

AURELITA. A ver si cuando se publiquen le riñen a usted en Madrid.

JULITO. ¿A mí? ¿Quién?

AURELITA. Eso usted lo sabrá.

JULITO. Yo lo único que sé por ahora es que todavía no he conseguido que me dé usted su álbum.

AURELITA. Venga usted por él ahora mismo.

JULITO. ¿De veras? Me hace usted el más feliz de los hombres.

AURELITA. Mamá.

CONDESA. ¿Qué quieres, reina mía?

AURELITA. Voy a hacer a Julito el más feliz de los hombres.

CONDESA. ¿Cómo?

AURELITA. Sí; porque dice que como le dé mi álbum lo será, y voy a dárselo con tu permiso.

CONDESA. ¡Ah, ya!…

JULITO. Tiene usted una hija encantadora.

DON VÍCTOR. Pues eso hay que demostrarlo en el álbum, poetilla de los madrigales.

JULITO. Usted que me conoce, jefe, sabe bien que, por desgracia mía, mi pluma es de ave, pero no precisamente de alondra ni de ruiseñor. De jilguero, y gracias. *Ríen todos.* Para cantar a esta belleza sería menester que se dieran cita todas las musas de todos los poetas que han nacido y cada una dijera una palabra.

AURELITA. ¡Jesús!

DON VÍCTOR. Tal vez sea eso lo que debas escribirle en el álbum versificándolo con galanura.

JULITO. Es poco.

AURELITA. Ande usted, cortesano. Déjese de mentiras ya.

JULITO. Cortesano y todo, Aurelita, de la verdad vivo.

AURELITA. Sígame, sígame.

JULITO. ¡Oh! ¡Placer de dioses es el obedecer tales mandatos!

Vase por la derecha siguiendo a Aurelita.

La Condesa y Campeón ríen bondadosamente.

CONDESA. ¡Qué simpático es su secretario de usted!

DON VÍCTOR. Mucho. Y excelente persona. Y listo, listo. Tiene porvenir. Ahora, que se me enamora de la reina de la fiesta de todos los Juegos Florales que mantengo.

CONDESA. ¡Ja, ja, ja! La llama de la juventud…

DON VÍCTOR. Sí, señora; la llama, la llama…

CONDESA. Diga usted, Campeón…

DON VÍCTOR. Condesa…

CONDESA. ¿Qué tal ha dormido usted la noche pasada?

DON VÍCTOR. Admirablemente.

CONDESA. ¿No ha sentido usted fresco?

DON VÍCTOR. Ni fresco ni calor. La cama que aquí se me ha dispuesto, señora, parece una barca de ninfas.

CONDESA. ¡Una barca de ninfas, dice!… Ya sé yo de dónde le viene la poesía al secretario.

DON VÍCTOR. ¡Oh!…

CONDESA. Le preguntaba eso porque en todo caso se le podría poner un edredón de plumas…

DON VÍCTOR. Estimo la atención, pero no me hace falta…

CONDESA. Lo que quiero es que sea usted franco con nosotros; que de nada carezca en mi casa; que nos trate usted familiarmente; que pida cuanto se le ocurra…

DON VÍCTOR. ¡Señora, si el verbo «pedir» está sustituido por el de «recibir» en este palacio!… ¡Si estoy viviendo un cuento de hadas!… ¡Si aún no he deseado una cosa, si aún no la he pensado, y ya viene una mano de rosa a ofrecérmela!…

CONDESA. Queremos hacerle lo más grata posible su estancia aquí. ¿Usted sabe lo que le ha agradecido mi Aurelio que nos honre aceptando esta hospitalidad?

DON VÍCTOR. Calle usted, calle usted…

CONDESA. Crea, Campeón, que aparte los goces del hogar, que en esta casa son, por así decirlo, de hoja perenne, nada complace tanto al conde como sentar a su mesa y ofrecer un lecho a los hombres ilustres de su país, ya sean del campo de la política, como usted, ya del campo de las bellas artes o de la ciencia…

DON VÍCTOR. Condesa, esas complacencias no las saben sentir sino los verdaderos próceres —dejando a un lado la modestia de mi persona.

CONDESA. Óigame, don Víctor: el azucarillo de la mesa de noche, ¿cómo lo prefiere: de limón, de rosa o de naranja?

DON VÍCTOR. Carezco de preferencias en punto a azucarillos, condesa. Póngame usted el azucarillo a su gusto.

CONDESA. De limón, entonces.

DON VÍCTOR. Desde ahora prefiero los de limón. *Tras un hipo que disimula, y que delata una persistente pirosis de que se hablará más adelante, agrega:* Y para que vea usted que no ando con cumplidos…

CONDESA. Diga.

DON VÍCTOR. Me atrevo a rogarle que con el vaso de agua y el azucarillo me pongan un sifón.

CONDESA. Ya está allí.

DON VÍCTOR. ¿Usted ve lo que le decía? En esta casa hay adivinadores del pensamiento.

CONDESA. Milagros del deseo de agradar. ¿Volvemos a la sala?

DON VÍCTOR. ¿Se enojará usted si le ruego que me dispense?

CONDESA. ¡De ninguna manera!

DON VÍCTOR. Necesito retirarme a mi cuarto… Voy a ver si ordeno unos apuntes para la conferencia de mañana.

CONDESA. ¿En el Círculo de la Amistad?

DON VÍCTOR. Exacto.

CONDESA. Pues, nada, a ello, a ello. Con absoluta confianza. Buenas noches… y hasta mañana si Dios quiere.

DON VÍCTOR. Adiós, señora. Si la gratitud quitase el sueño, yo pasaría las noches en vela.

CONDESA. ¡Qué amable! Quedamos en que de limón, ¿no es verdad?

DON VÍCTOR. De limón.

CONDESA. Ahora irá mi marido a ponerse a sus órdenes.

DON VÍCTOR. ¡Que no se moleste!

CONDESA. Aunque se molestara lo haría. Que usted descanse, Campeón.

DON VÍCTOR. Igualmente, condesa.

CONDESA. Buenas noches.

Retirase por la derecha radiante de felicidad. Campeón da un suspiro elocuentísimo y se va por la izquierda.

A poco vuelve por la derecha Julito hojeando el álbum de la actual dama de sus pensamientos.

JULITO. ¡Bah! ¡Qué lástima de álbum! No tiene más que vulgaridades y tonterías. Lo encabeza un canónigo… ¡No puede ser! Yo le pondré un soneto en la última hoja, para cerrarlo con llave de oro. *Improvisando.*

De la tarde el celaje más brillante…

Por aquí, por aquí…

De la noche el lucero más luciente…

Por aquí…

De los campos la espiga más ardiente…

Ardiente, no; pero por aquí, por aquí…

De las flores la rosa más *pimpante.*…

Pimpante, tampoco; pero por aquí, por aquí…

Desaparece por la izquierda.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Dormitorio destinado a Campeón, en la casa del Conde. No falta detalle, como se puede suponer. Una puerta al foro y otra a la derecha. Balcón a la izquierda.

Don Víctor, de batín y babuchas ya, abusa de un sifón de agua de Seltz, como si fuera un amigo de confianza.

DON VÍCTOR. ¡Por vida de…! Esto no es estómago, esto es un brasero… ¡hip! ¡Las truchas! No las puedo ni oler… ¡hip! Pintadas en un bodegón, me hacen daño. Y son la gala de este país… ¡mire usted qué gracia!… Yo no sé en qué tono decirles ya que me caen lo mismo que un veneno… ¡hip! Me he bebido el sifón. *Oprime el gatillo, y el sifón, en efecto, carraspea en las últimas.* ¡Ah! pues pido otro… Aunque me lo traiga la condesa, que me hace el efecto de tres postres de dulce seguidos… ¡Hip! Esta noche me muero.

Llega Julito por la puerta del foro, aún con el álbum en la mano.

JULITO. Don Víctor de mi alma.

DON VÍCTOR. Hola, feliz mortal. ¿Qué hay?

JULITO. Ahí tiene usted otra vez a ese torbellino.

DON VÍCTOR. ¿A quién?

JULITO. A esa escritora de la localidad que quiere celebrar con usted una *interview*.

DON VÍCTOR. ¿Otra *interview*, Julito? ¡Van doce en cuatro días!

JULITO. Consecuencias de su papel de ilustre huésped. No todo han de ser flores, don Víctor.

DON VÍCTOR. ¿Flores?

JULITO. ¿Le digo a esa señora que pase al gabinete?

DON VÍCTOR. Pero ¿así, Julito? ¿En zapatillas y batín quieres que me vea?

JULITO. ¿Por qué no? Lo agradecerá doble. Creo que es un tipo muy original. Y como vendrá buscando una *nota intima…*

DON VÍCTOR. Para *nota íntima* la que me están dando a mí las truchas.

JULITO. ¿Le han sentado a usted mal?

DON VÍCTOR. ¡No me han sentado de ninguna manera, como siempre! ¡Las tengo de pie… y vivas!

JULITO. ¡Vaya por Dios!

DON VÍCTOR. En fin, paciencia. Dame algunos antecedentes de esa señora… y la recibiré, a pesar de las truchas, del batín y de las zapatillas.

JULITO. Me han dicho en el casino que es una feminista desaforada.

DON VÍCTOR. ¿Hola?

JULITO. Sí; de éstas que quieren que las mujeres se metan en todo: que voten, que asistan al Congreso…

DON VÍCTOR. ¡Ah! vamos; una loca. Pero, bueno, es fácil darle la contenta… *Sintiéndose repentinamente orador*. Nuestras leyes son duras, secas, rígidas, frías, obra al fin y al cabo del hombre solo, de su soberbia y de su egoísmo. ¡Injertemos en ellas, como fecundante savia en planta enfermiza, la ternura de la mujer, el anhelo de la madre el arrullo de la paloma!… Que pase.

JULITO. Le advierto a usted que es guapa.

DON VÍCTOR. Menos mal. *Se compone un poco al saberlo.*

JULITO. Ha fundado aquí la «Protectora de animales». En las calles se lía a bofetadas con los chiquillos que maltratan a perros y gatos, y aun con los arrieros que pegan a las bestias.

DON VÍCTOR. ¡Magnífico! El bruto… el hombre… el hombre… el bruto… ¿Cuál es el bruto? Hay, hay materia… Que pase.

JULITO. Además sé que odia las corridas de toros. No dirá usted que no lo pongo en autos.

DON VÍCTOR. ¡Como que me voy a lucir todavía! ¡Digo! ¡Las corridas de toros!… Los árabes… las justas… la raza… la sangre española… Felipe IV… la Plaza Mayor… Pedro Romero… *Lagartijo*… Que pase.

JULITO. En seguida. ¡Ah! ¡Se me olvidaba lo más bueno! Felicítela usted por un artículo muy bonito que ha publicado esta mañana en *El Defensor*.

DON VÍCTOR. ¿Sobre qué?

JULITO. Sobre el trabajo de las *tobilleras*.

DON VÍCTOR. Perfectamente. Acabemos, Julito, que ya estoy deseando que se vaya para acostarme.

JULITO. No me lo jure usted. *Vase por la puerta del foro.*

DON VÍCTOR. ¡Ay! Materialmente no puedo con mi cuerpo… ¡Llevo tres días de no parar!… ¡Y sin quitarme las botas de charol más que para meterme en la cama!… ¡La educación que se necesita… para no perder la educación! ¡Hip! ¡Y con calefacción de vapor en el estómago! En fin, vamos allá…

Inopinadamente llega por la puerta del foro Raquel Fernández, que ha hecho en Guadalema famoso el seudónimo de «Sintética». Es mujer de no mal palmito, vehemente, apasionaba, nerviosa. Viste con extravagante elegancia.

RAQUEL. ¡Campeón insigne! O ¡insigne Campeón!

DON VÍCTOR. *Un tanto sorprendido.* ¡Señora mía!

RAQUEL. ¡Por Dios que hay apellidos simbólicos! Estrecha usted la mano de quien de antiguo le admira y le quiere. Con amor de artista para artista. Yo también soy artista.

DON VÍCTOR. Lo sé. Pasaremos a mi gabinete.

RAQUEL. ¿Para qué? Odio la etiqueta, Campeón. Además, en el dormitorio de los grandes hombres flota siempre algo de sus ideas. Me he metido aquí por lo mismo.

DON VÍCTOR. Ya.

RAQUEL. *Contemplándolo.* Cabeza enteramente mediterránea.

DON VÍCTOR. ¡Psché!… Mil perdones por la traza en que a usted me presento.

RAQUEL. Estimo la fineza; pero debo advertirle que, aunque mujer, detesto la galantería. Soy mujer de mi tiempo, de mi siglo: siglo de renovaciones, de temblores febriles, de sensaciones rápidas, de inquietudes mentales, de excavaciones en el ideal…

DON VÍCTOR. Siéntese usted, señora.

RAQUEL. *Obedeciéndolo.* Llámeme usted Raquel. O si no, «Sintética», que es mi seudónimo de lucha. Y no perdamos tiempo. En este siglo, amigo Campeón, el tiempo no ya es oro; el tiempo es *radium*. Aprovechémoslo.

DON VÍCTOR. Conformes, amiga «Sintética». Estoy a sus órdenes, y quiero que mis primeras palabras, que en este caso fluyen a la par en corrientes gemelas de mi corazón y de mi cerebro, sean para felicitarla calurosamente, ardientemente, efusivamente, por su precioso artículo de esta mañana en *El Defensor*.

RAQUEL. ¿Eh?

DON VÍCTOR. ¡Qué femineidad de sentimiento y qué masculinidad de expresión! ¡Qué ternura más varonil —valga la paradoja— al considerar con mirada de socióloga artista la interesante posición en la vida de la obrera-crisálida, si me permite usted la imagen! ¡Así se hace hogar; así se hace patria; así se hace humanidad!

RAQUEL. No comparto su entusiasmo de usted, amigo Campeón. Ese artículo podrá ser admirable; pero no es mío.

DON VÍCTOR. *Atónito.* ¿Cómo que no es de usted?

RAQUEL. Como que no es mío.

DON VÍCTOR. *Mirando con rencor hacia la puerta por donde se marchó el secretario.* Pues ¿de dónde diablos he sacado yo…? Sin duda el

espíritu que allí late… Por supuesto no extrañe usted esta confusión… Mi cerebro en estos días de Guadalema está sometido a una vertiginosa actividad es un receptáculo incesante de ideas… de impresiones de… ¿Usted me comprende? En fin, el tiempo es *radium* como usted ha dicho. ¿En qué puedo servirla?

RAQUEL. Deseo confesarlo a usted, Campeón.

DON VÍCTOR. ¿Confesarme?

RAQUEL. Sí. Le formularé preguntas sintéticas, que usted me contestará sintéticamente. Gusto de proceder por concreciones. Yo hago la pregunta inesperada, incisiva, usted se sorprende, y en su sorpresa leo el complemento de lo que su palabra calle. ¿Me ha entendido? Vengo a investigar, a escudriñar, a desconcertarlo a usted, a removerlo, a inquietarlo *Don Víctor la mira empezando a inquietarse de veras.* La misión del artista moderno es ésa: desconcertar, remover… inquietar… ¡Inquietar! ¡Divina palabra! Yo paso por un lago dormido y tiro una piedra. Vamos a ver. *A cada pregunta precede un silencio, durante el cual clava su mirada investigadora en la de Don Víctor. Luego la formula con rapidez, y mientras responde o no responde lo observa atentamente, como si quisiera cogerlo en un renuncio.* Vamos a ver: ¿usted cree en Dios?

DON VÍCTOR. *Perplejo.* Pero, ¿de veras va usted a confesarme?

RAQUEL. ¿Usted cree en Dios?

DON VÍCTOR. ¡Vaya si creo! Como todo fiel cristiano…

RAQUEL. De labios afuera. Adelante. ¿Opina usted que la mujer debe ser compañera del hombre o animal doméstico del hombre?

DON VÍCTOR. Opino que generalmente el hombre es el animal.

RAQUEL. ¡Brava respuesta! Pero me parece hija de la galantería. Otra le queda a usted.

DON VÍCTOR. ¡No! ¡Mil veces no! Ha puesto usted el dedo en una de mis llagas. ¡La mujer!… ¡El hombre!… ¡Padre Adán!… ¡Madre Eva!… ¡Eterna huella de pies de hembra y de pies de varón que trazan el camino de la vida que tiene su arranque en el Paraíso!… ¡Eterna… eterna…!

RAQUEL. No pretendo oír al orador, aunque lo admiro mucho: pretendo socavar la conciencia del sociólogo, del legislador…

DON VÍCTOR. *Que no se calla así como así.* Pues el legislador y el sociólogo, amiga admirable, le dicen a usted de consuno que nuestras leyes son duras, secas, rígidas, frías, obra al fin y al cabo del hombre solo, de su soberbia y de su egoísmo… ¡Injertemos en ellas, como fecundante savia en planta enfermiza, la ternura de la mujer, el anhelo de la madre, el arrullo de la paloma!

RAQUEL. No es usted sincero.

DON VÍCTOR. «¡Sintética!».

RAQUEL. Otra le queda a usted.

PON VÍCTOR. Le he hablado a usted con el corazón.

RAQUEL. Otra le queda. ¿Qué tipo de mujer prefiere?

DON VÍCTOR. Tocante a lo físico, la española.

RAQUEL. No lo creo.

PON VÍCTOR. Tocante a lo moral, la española también.

RAQUEL. Tampoco lo creo. Otra le queda.

PON VÍCTOR. No, señora; no me queda otra.

RAQUEL. Sí, sí. ¿Suprimiría usted las corridas de toros?

PON VÍCTOR. Empezaría por la suerte de varas.

RAQUEL. Bien; no suprimiría usted la fiesta.

PON VÍCTOR. Un gobernante, señora mía, debe auscultar… debe prestar atento oído a las palpitaciones del tórax del país, para no divorciarse de la opinión… La fiesta de toros en España… Las antiguas justas… Los árabes…

RAQUEL. No siga usted. Estoy convencida de que el *Gallo* le ha brindado algún toro.

PON VÍCTOR. Es cierto: en Pamplona.

RAQUEL. ¡Ah! Pues un verdadero gobernante, señor mío, debe ir en contra de la opinión cuando la opinión esté equivocada. ¡Hasta que no se

arrastre el último miura, España no tiene salvación! Hablemos de política. ¿Qué partido cree usted que debe gobernarnos?

PON VÍCTOR. El mío. No, no me queda otra. Y digo el mío ambiciosamente, nombrando así a esta nueva organización cuya jefatura me han conferido amigos cariñosos. Los hombres de la *zurda*, que así nos llamamos, somos los únicos capacitados para realizar las aspiraciones nacionales. Traemos un programa moderno empalmado con la tradición sacrosanta: de ahí el nombre de nuestro partido: la *zurda*. Es a saber: en una mano solamente participamos de la *izquierda* y de la *derecha*. Y nos queda libre la otra.

RAQUEL. *Levantándose como por resorte.* Caballero, acabo de experimentar una decepción.

DON VÍCTOR. ¿Pues?

RAQUEL. A distancia, a través de los papeles públicos, había usted conseguido engañarme, ilusionarme al menos. De cerca, he conocido la verdad; ¡la verdad terrible! ¡Pobre España!

DON VÍCTOR. ¿La compadece usted a cuenta mía?

RAQUEL. ¡Ni más ni menos! Es usted uno más a seguir la farsa, que ya no es comedia, sino tragedia. No viene usted sino a aumentar los tomos del *Diario de Sesiones*.

DON VÍCTOR. ¡Señora!

RAQUEL. Nada, nada: es usted un político vulgar, ramplón, garbancero. Mañana lo voy a poner verde en *El Defensor*.

DON VÍCTOR. ¡Señora… señorita… o lo que sea usted, eso es un insolencia, aunque vista usted faldas! Y me parece de una ligereza incalificable, de una ligereza femenina, al fin y al cabo…

RAQUEL. ¡Otro discurso, no, señor mío! Y sepa usted que mal puede tildar a nadie de ligero quien me ha atribuido a mí un artículo de la escritora más cursi que ha nacido en España. Beso a usted la mano.

DON VÍCTOR. A sus pies.

RAQUEL. ¡Ni un matiz, ni una palpitación, ni una idea ni un aliento!… ¡Nada! ¡nada! ¡Vacío! ¡vacío! ¡vacío!… *Se va olímpicamente por donde*

llegó.

DON VÍCTOR. *Confuso, anonadado.* ¿Le parece a usted? ¡No me ha pasado otra en los años que tengo!… ¡Vaya una lengüecita pelada! *Encarándose con Julito, que viene por la misma puerta.* ¡Hombre, al demonio se le ocurre meterme aquí a esa loca!

JULITO. Pues ¿qué le ha hecho a usted?

DON VÍCTOR. ¡Ponerme como los mismos trapos! ¡Por tu culpa, además!

JULITO. ¿Ah, sí? A mí, al pasar, me ha llamado langostino.

DON VÍCTOR. ¡Y discurres menos que un langostino todavía! ¡Mira que aconsejarme que le elogie por suyo un artículo que es de otro marimacho! ¡Le ha sentado como una banderilla! Y de mi plancha no te hablo: ¡está pidiendo un vals de circo!

JULITO. Perdóneme usted. Y a propósito de *distracciones*: esta mañana, en el Centro Obrero, le llamó usted a Gabriel y Molina hijo ilustre de Guadalema… y ha nacido en Cabezón de la Sal.

DON VÍCTOR. ¡Tú me apuntaste el dato!

JULITO. No, señor; no. Eso lo sacó usted de su cabeza.

DON VÍCTOR. ¡Pues será que lo leí en una guía! ¡Es imposible atar todos los cabos saliendo a dos conferencias diarias! ¡Compréndelo, Julito! ¡Mañana nos vamos en el rápido! ¡Hip!

JULITO. ¿Qué es eso?

DON VÍCTOR. *Señalándose a la garganta y al estómago.* Que tengo el estómago aquí, y su sitio es éste.

JULITO. ¡Chist! ¡Que viene el conde!

DON VÍCTOR. ¡Pues me acuesto ya, aunque vengan los infantes de Lara! *Desesperado va a comenzar a desnudarse*, *cuando la voz del Conde lo detiene.*

Y se presenta el Conde en la puerta del foro, sonriente y jovial, con dos papeles en la mano.

CONDE. ¿Se puede?

DON VÍCTOR. *Transformando su gesto con insuperable agilidad* ¡Adelante, conde; adelante!

CONDE. He recibido ahora mismo este B. L. M., y me apresuro a comunicárselo a usted. *Lee.* «El Presidente de la Sociedad Filarmónica *La Rondalla* B. L. M. al Excelentísimo señor Conde del Aro y tiene el honor de manifestarle que, a las dos de la noche de hoy, se honrará la artística agrupación que preside dedicándole una serenata al ilustre huésped de Guadalema, el Excelentísimo señor don Víctor Campeón y Campeón».

Al interesado le hace la misma gracia la noticia que un corte afeitándose.

DON VÍCTOR. ¡Hombre! ¡magnífico! ¡Muy bien! ¡muy bien! ¡Lo agradezco mucho! ¡Una serenata! ¡Muy bien! ¡Pero este pueblo no se cansa de festejarme!

CONDE. Así somos. Ni que decir tiene que habrá que aceptar. Esta gente humilde, si no, se duele grandemente…

DON VÍCTOR. ¡Calle usted, mi querido conde! ¡Calle usted! ¿A qué hora van a venir: a las doce?

CONDE. A las dos.

DON VÍCTOR. Entendí a las doce.

CONDE. Nos asomaremos al balcón, les ofreceremos unas copas de vino…

DON VÍCTOR. ¡Sí!

CONDE. Y ya deja usted en Guadalema doce o catorce amigos más, ganados por la gratitud.

DON VÍCTOR. ¡Oh!… *Bosteza, a traición del Conde.*

CONDE. ¿De acuerdo en este punto?

DON VÍCTOR. ¡Y en todos, por María Santísima!…

CONDE. Bueno, pues no quiero robarle demasiado tiempo…

DON VÍCTOR. *Maquinalmente. Radium*…

CONDE. ¿Eh? Programa para mañana.

DON VÍCTOR. ¡Ah!

Entre Don Víctor y Julito se cruza una mirada de pavor.

CONDE. Habrá que madrugar un poco.

DON VÍCTOR. ¡No importa! El tiempo es hermosísimo las mañanas son una delicia.

CONDE. Con estar listos a las ocho, basta.

DON VÍCTOR. ¡Eso no es madrugar!

JULITO. ¡No!

CONDE. Iremos en primer lugar al Castillo del Águila Negra…

DON VÍCTOR. ¡Bravo!

CONDE. No quiero que se marche usted sin verlo.

DON VÍCTOR. ¡Qué disparate!

CONDE. Tiene un interés histórico extraordinario: allí hizo noche Carlos V…

DON VÍCTOR. ¡Sí, sí, sí! Ya sé, ya…

CONDE. Al regreso oiremos la misa en la capilla del Asilo de las Obreras.

DON VÍCTOR. ¡Bravo!

CONDE. Me importa muchísimo que vea usted cómo funciona el Asilo ése. La misa tal vez sea cantada y nos entretenga media hora más, pero…

DON VÍCTOR. ¡Qué más da! Hay tiempo para todo.

CONDE. Eso creo. Volvemos a casa, nos quitamos el polvo y nos vamos a almorzar al Gobierno civil.

DON VÍCTOR. Es verdad, que mañana almorzamos con el gobernador.

JULITO. Antes tendrá usted que recibir aquí a la comisión de obreros que nos ha anunciado su visita. Vendrán a las once. Les he puesto yo un B. L. M.

CONDE. Bien; pero a esa comisión la despacha en cinco minutos.

DON VÍCTOR. Sí, sí. El trabajo… la solidaridad… la mano encallecida… el yunque, la fragua, la hoz… Siga usted, siga usted.

CONDE. Lo único sensible del almuerzo en el Gobierno civil es que la gobernadora está delicaducha y no podrán ponernos la mesa en el jardín, que

es magnífico. Tendremos que almorzar en el comedor, que es un poquito bajo de techo.

DON VÍCTOR. Pero ¡en qué detalles se fija usted, de puro amable! ¡Es lo mismo un sitio que otro para comer las ricas truchas del país!

CONDE. Yo, en mi afán de que todo resulte como pintado… Después del almuerzo, a la conferencia del Círculo de la Amistad.

DON VÍCTOR. ¡Cabalito!

CONDE. Terminada la conferencia, nos servirán un *lunch*…

DON VÍCTOR. ¡Hip!

CONDE. Cosa de nada; de llevarse una copa a los labios… y nos iremos a casa de Rosaura, la marquesita, a tomar el té.

DON VÍCTOR. ¿No será muy temprano, conde? ¡Hip!

CONDE. ¡No! ¡Ca! Aquí no valen nada los alimentos… Son ligerísimos. Además, ese té es una habilidad política: el marqués nos conviene.

DON VÍCTOR. ¡Ya!

CONDE. De allí pasaremos a la sala de armas de Larraín, que ha dispuesto un asaltó en honor de usted…

DON VÍCTOR. ¡Mucho! *Entre dientes.* Y otro *lunch…*

CONDE. De la sala de armas, un momento a San Isidoro, a ver el fresco de la Capilla de bautizos —que se le atribuye a Jordán, nada menos—; de la iglesia al paseo un cuarto de hora a reposar los nervios; del paseo a casa, y de casa, después de comer, al teatro. Tenemos estreno mañana.

DON VÍCTOR. ¡Mucho!

CONDE. Y nos queda para el día siguiente oír el orfeón, la visita a la fábrica de galletas y la excursión al criadero de truchas.

DON VÍCTOR. ¿Al criadero de truchas?

CONDE. ¡Sí! De intento lo he dejado para última hora. ¡Aquello sí que va a gustarle a usted! Es la honra de este pueblo. Vale la pena de pasar las molestias de la expedición.

JULITO. Eso nos han dicho: que el viaje es algo incómodo.

CONDE. Sí… pero no crea usted que gran cosa… Se traga un poquillo de polvo… y hay un trozo de carretera sin arreglar, que a algunos les asusta yendo en automóvil…

DON VÍCTOR. Y ¿cómo vamos a ir nosotros?

CONDE. En automóvil, por supuesto. ¡Si no hay peligro alguno! ¡Ya verá usted cómo se alegra cuando estemos allí! ¡Lo que le van a gustar a usted las pesqueras!

DON VÍCTOR. ¿Usted cree?

CONDE. ¡Digo si lo creo! Es portentoso. Se dan años en que salen del establecimiento de noventa mil a cien mil truchas.

DON VÍCTOR. *Con expresión indescriptible.* ¡Truchas son!

CONDE. Pues sí, sí. Y es interesantísimo verlas en las charcas, en las pesqueras, por gradación de edades, ¿comprende usted? Primero las truchillas recién nacidas, como delgadísimos alfileres; luego, otras ya más grosezuelas; luego, otras, y luego, otras y otras cada vez mayores, hasta que insensiblemente se halla usted ante la trucha espléndida, grande, bien criada… que parece que va a saltar al plato…

DON VÍCTOR. Y que no deja de saltar…

CONDE. Pero, bien, esto es para otro día.

DON VÍCTOR. ¡Claro! ¡claro! Para otro día.

CONDE. Me retiro, pues. Voy a dar mis disposiciones para el obsequio a los muchachos de *La Rondalla*.

DON VÍCTOR. ¡Ajajá! Está usted en todo, conde. ¡Cuánta molestia por causa mía!

CONDE. ¡Cuánto honor en servirle! Hasta luego.

Se retira por donde salió, sin ver los ojos de pantera que le está echando el ilustre huésped. Éste cierra la puerta con llave, y cruzándose luego de brazos frente a Julito, se está unos instantes mirándolo sin darle salida en palabras a su indignación.

JULITO. ¡No me diga usted nada!

DON VÍCTOR. Pero ¿estos señores se creen que obsequiarlo a uno es descuartizarlo? ¡Vaya cuatro días de zarandeo! ¡No hay cuerpo que resista!

JULITO. Baje usted la voz.

DON VÍCTOR. ¡Me duelen los riñones, me duelen los pies, me duele el estómago, me duele la cabeza, me duele el corazón! ¡Y ahora que iba a meterme en la cama para estirarme a gusto y descansar, el anuncio de una serenatita y la perspectiva de que a las siete de la mañana hay que estar de pie, para seguir la carrera de baquetas! ¡Hombre! ¡hombre! ¡Es demasiado abuso! ¡Una pelota de goma es, y se rompe a fuerza de botarla! ¡Hip!

JULITO. Por Dios, don Víctor, a ver si oyen las voces.

DON VÍCTOR. Les diré que ensayo una conferencia. No te apures. ¡Porra! ¡Es que estoy doblado! ¡Doblado! ¡Hip! ¡Y rebosando truchas!

JULITO. ¡Esa sí que es buena! Por lo que más quiera usted en el mundo, vea usted la manera de ahogar la excursión al criadero de truchas. Mire usted que me han dicho en serio que se gana el cielo en el viaje.

DON VÍCTOR. ¡Bueno! ¡Es inicuo! ¿En nombre de qué caracoles? Pero te advierto, para tu relativa tranquilidad, que yo me he jurado dos cosas: no ir ni arrastrado al criadero de truchas ni oír el orfeón.

JULITO. ¡Ja, ja, ja!

DON VÍCTOR. No te rías.

JULITO. Pues lo que es una de esas cosas no la consigue usted. Porque el orfeón lo oye usted ya.

DON VÍCTOR. ¡Estás tú fresco!

JULITO. Es inevitable. Aceptada la serenata de *La Rondalla,* oye usted el orfeón aunque se tape los oídos. Sé por el estanquero que la competencia entre las dos sociedades es encarnizada.

DON VÍCTOR. Y ¿he de pagarla yo?

JULITO. Y ¿quién lo evita?

DON VÍCTOR. ¡Ah, no! ¡Te equivocas tú y se equivoca el estanquero! ¡El orfeón no lo oigo! ¡Me crispan los nervios los orfeones! ¡No lo oigo!

JULITO. Ahí tiene usted; yo no comprendo esa antipatía.

DON VÍCTOR. ¡Tú no comprendes nada, porque estás en constante ataque de memez por la señorita de la casa!

JULITO. ¡Chist!

DON VÍCTOR. ¡Si es que ensayo una conferencia! Te repito que ni oigo el orfeón ni veo el criadero de truchas. ¡Esto de las truchas no tiene nombre! Tú lo has visto: en Relajo, cuatro estaciones antes de llegar, principiaron a subir al tren amigos impacientes… ¡Bueno! Pues ya empecé yo mi defensa contra las truchas. En todos los tonos lo dije: «Yo lo siento; pero a mí las truchas me hacen daño». «¡Oh! ¡las de aquí son gloria divina! ¡manjar de dioses!… Además, aquí les dan un punto… las preparan de un modo…». «¡Las preparen como las preparen, me hacen daño!». Pues, ¡que si quieres, morena! ¡Desde que llegué, truchas a todas horas y en todas las comidas! Al rápido, al rápido mañana a la noche. Porque pensar que yo, un hombre consciente, que tiene con la trucha una cuestión personalísima desde la cuna, voy a ir a un sitio donde, si no he oído mal, hay noventa mil truchas de todos tamaños, ¡eso es soñar despierto! ¡No voy, no voy! ¡Puede pasar por mi pensamiento la idea de que tengo que comérmelas todas, y caigo allí redondo! ¡No voy, no voy!

JULITO. ¡Ojalá se salga usted con ella! Son ganas de que se aborrezcan estos viajes, que bien llevados serían encantadores… Con que lo dejaran a uno trazar los programas a voluntad… ¡Vamos, que el programita de mañana es suave!

DON VÍCTOR. ¡El de mañana es para escapar de aquí con barba postiza! Y ¿tú has oído? Este… *filadelfia* de conde le llama *habilidad política* a que yo me muera de una indigestión o de un empacho. ¡Que se muera él! Y tendremos la de siempre: llegar a un sitio destrozados, con la lengua fuera, con los hígados en la boca, y soportar que le dicen a uno: «Realmente, esto tiene poco que ver». ¡Porra! Pues si tiene poco que ver, ¿por qué no me han dejado ustedes en mi casa en una mecedora?

JULITO. ¡Como la broma de los artesonados!… A mí me gustan los artesonados, pero…

DON VÍCTOR. Sobre todo, que un artesonado está bien, y aun dos artesonados… ¡pero es que tenemos veinticinco artesonados en el cogote!

Mirando hacia el techo. ¡Yo me he pasado en Guadalema lo menos doce horas así! ¡Porra!

JULITO. ¡Se rinde una estatua!

DON VÍCTOR. ¡Ah, hombre! Antes que se me olvide. Como cosa tuya averigua luego, con más cuidado que lo de «Sintética», qué caracoles hizo Carlos V en ese castillo adonde nos van a llevar mañana.

JULITO. Sí, señor, sí: yo me enteraré.

DON VÍCTOR. Porque si Carlos V no hizo más que noche… ¡no tiene gracia que nos deshagan una madrugada a ti y a mí por visitar el castillito!

JULITO. No, no tiene gracia. ¿Quiere usted que mientras viene la música aprovechemos unos minutos en contestar estas preguntas que hay aquí?

DON VÍCTOR. ¿Cuáles?

JULITO. Estas tres o cuatro… *Examinando unos papeles.* Son cosa muy ligera. Ande usted: vamos a salir de ello.

DON VÍCTOR. Vamos a salir de ello. *Tumbándose en una butaca.* Dime. ¡Señor! ¡Señor!

JULITO. El director de *El Defensor* le pide a usted dos líneas con su juicio sobre las consecuencias de la guerra europea.

DON VÍCTOR. Y ¿eso es lo que a ti te parece ligero, Julito? ¡Estás aviado! Tienes el cerebro de un alfiler. Anda, anda; atribúyeme la primera majadería que se te ocurra.

JULITO. Bueno, ya sé cuál: lo que dice usted siempre sobre el mismo asunto. Aquí hay otro que ha abierto una información acerca de si se deben o no se deben cruzar las piernas en visita, y quiere el parecer de usted.

DON VÍCTOR. ¡Los hay desocupados! Contéstale con un dibujito, hombre. ¡Lo merece!

JULITO. No, de veras: ¿qué se le dice?

DON VÍCTOR. ¡Cualquier sandez que a ti se te antoje!

JULITO. Corriente.

DON VÍCTOR. ¡La cuestión es pasar el rato!

JULITO. ¿Y a este otro que pregunta…?

DON VÍCTOR. ¡Pregunte lo que pregunte, respóndele tú lo que te dé la gana! ¡No puedo más, Julito! ¡No puedo más! ¡Lo mismo me da que me pregunten sobre la unidad nacional que sobre unos polvos insecticidas! ¡No puedo más, Julito! ¡Ponte en mi pellejo! ¡No puedo más! ¡Tú tienes otros años! ¡No puedo más!

JULITO. ¡Chist!

DON VÍCTOR. ¡No puedo más! ¡Que se enteren en esta casa y en Guadalema entera! ¡No puedo más! ¡Que lo sepa el conde y que lo sepa Carlos VI! ¡No puedo más! ¿Cómo voy a decir que no puedo más? ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Se abandona a su particular estado, entregándose a todo género de libertades, como si no estuviera delante Julito, el cual no puede contener la risa mirándolo.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Calle. Fachada posterior de la casa de los Condes del Aro. Es de noche.

«La Rondalla», Sociedad de gentes de guitarra y bandurria, toca dentro una pieza de música popular, última de la serenata. A la conclusión suena un aplauso, y en seguida, previo un siseo de expectación, se oye la voz de Don Víctor, el ilustre huésped de Guadalema, que desde un balcón les habla así a los individuos de «La Rondalla»:

DON VÍCTOR. Amigos míos: permitidme que os dé este nombre familiar desde el momento en que habéis sabido, con las alegres notas que me brindáis, tocar las fibras más delicadas de mi corazón; esas fibras que sólo es dado hacer vibrar a las personas unidas a nosotros por los sentimientos de la amistad, de la fraternidad o del cariño. ¡Habéis bañado de lágrimas mis ojos! Pero ¡qué lágrimas! ¡Lágrimas puras, lágrimas alegres, lágrimas en que palpita no sólo la emoción del arte, sino también aquella otra emoción más honda, más imperecedera, del sentimiento de la patria!

UNA VOZ. ¡Bravo!

Don Víctor siente que se le calienta la boca.

DON VÍCTOR. Vuestras melodías… vuestras melodías… ¿qué son vuestras vibrantes melodías sino suspiros y gritos españoles engarzados por Ja mágica varita de la música en los hilos invisibles del alado pentagrama?

OTRA VOZ. ¡Ole!

DON VÍCTOR. ¿Qué son sino eso? Y ¿qué es el pentagrama? ¿Qué es el pentagrama? El pentagrama… *No se le ocurre lo que es, y corta por lo sano.* ¿Para qué os voy a decir a vosotros, profesionales de él, lo que es el

pentagrama? ¿Para qué os lo voy a decir a estas horas? ¡Marchaos a dormir ya, amigos míos! ¡Durmamos todos! ¡Descansemos todos; que es el descanso una ley material impuesta por nuestra madre común al hombre y al bruto; a todos los hombres y a todos los brutos, sin distinción ninguna! ¡Mañana, os lo prometo solemnemente, iré a visitaros en vuestro domicilio social, aun a trueque de dejar de ir al castillo en que Carlos V hizo noche!…

OTRA VOZ. ¡Bravo!

DON VÍCTOR. ¡Yo podré no ir, yo no iré, repito, al castillo en que hizo noche el Emperador, pero iré a vuestra casa a fraternizar un momento con vosotros! ¡Porque vosotros sois los emperadores del trabajo, y el trabajo es la vida! ¡Iré, iré a vuestro domicilio a estrechar esas manos, que por el día empuñan o manejan el azadón, la palanqueta o el buril, y por la noche pulsan las cuerdas de esos clásicos instrumentos, y les arrancan esas divinas notas, llenas de calor y de brío, que nos hablan de nuestras madres, de nuestras mujeres, de nuestros hogares, de nuestros campos, de nuestro cielo, de nuestra patria, en suma!

Estalla una ovación formidable, que se convierte en música prontamente, como si todo ello fuera uno y lo mismo. Quiere esto decir que «La Rondalla», obediente a la voz del ilustre huésped, se retira a dormir, pero se retira tocando.

FIN DEL CUADRO TERCERO

CUADRO CUARTO

La misma decoración del segundo. Son las ocho de la mañana, pero el dormitorio está a oscuras.

Don Víctor duerme un sueño intranquilo, durante el cual dice cosas incongruentes.

DON VÍCTOR. No… no… el orfeón no lo oigo… ¡No tengo que ver nada!… Perdona, Carlos V… Si vuelve «Sintética» le dices que he salido temprano… ¡Hombre! ¡un banquete sin truchas!… Se va a caer una estrella… Me carga el azucarillo de limón… Señora mía… su amabilidad y su hermosura son hermanas gemelas… Otra te queda, Víctor. Te la jugué de puño, Emperador… *Solloza. Después parece como que masca algo.* ¡Ay, Madrid!… ¡mi Madrid!… El Congreso… la Comisión de Presupuestos… la *Argentinita…* No me queda otra, no…

Llega por la puerta del foro silenciosamente Julito y se acerca al lecho de su jefe. Viene de la calle.

JULITO. *En voz queda, observándolo.* Por fin duerme como un bendito.

DON VÍCTOR. *Incorporándose repentinamente presa de un extraño pavor, y dándole a Julito un susto superior al que él se ha llevado.* ¡Eh! ¿Quién? ¿Quién anda ahí?

JULITO. ¡Caramba! ¡que me ha asustado usted!

DON VÍCTOR. ¡Quién!

JULITO. Yo… soy yo…

DON VÍCTOR. ¡Ah! tú… ¿Adónde vamos?

JULITO. A ninguna parte todavía.

DON VÍCTOR. Si llego a estar en una fonda te ganas un tiro.

JULITO. ¿Por qué?

DON VÍCTOR. Porque en las fondas duermo con el revólver a la cabecera de la cama. Pero ¿qué hora es? ¿Cómo estás levantado?

JULITO. Son las ocho. Yo no me he acostado todavía.

DON VÍCTOR. ¿Qué me dices?

JULITO. No, señor: me invitaron los muchachos de *La Rondalla*… y hasta ahora.

DON VÍCTOR. ¿De… juerguecita, no?

JULITO. Casi, casi.

DON VÍCTOR. Los pocos años.

JULITO. Pero no crea usted, estoy molido. Me voy a echar un poco a ver si descabezo el sueño. ¿Usted ha dormido bien?

DON VÍCTOR. ¡Quita, hombre; quita! No he pegado un ojo.

JULITO. ¿Pulgas, como anoche?

DON VÍCTOR. ¿Pulgas? ¡Toros! Y ¡qué calor en esta cama!… Y sin fuerzas para echar la colcha hacia abajo Luego, una pirosis de muerte… En fin, mira lo que queda de tu sifón…

JULITO. Bueno, a seguir durmiendo…

DON VÍCTOR. ¿A seguir? ¡Si acababa de cuajarme cuando tú has llegado!…

JULITO. Pues le he hecho a usted un pie agua.

DON VÍCTOR. No… Cuando no es una cosa es otra… ¡Hip! Dame un poquito de sifón. *Julito lo hace.* A las cinco empezaron a tocar a misa. Y la torre parece que está sobre esta alcoba. ¡No quieras saber lo que le dije al sacristán!… ¡Como si no!… Nadie lo callaba. Aquí podrá haber ateos que no oigan misa, pero tocar, ya oyen. Pues luego pasaron unas burras de leche… Y luego unas cabritas… ¡Qué monas!… Color local.

JULITO. ¿Sabe usted que más cuenta me ha tenido a mí irme con los de *La Rondalla*?

DON VÍCTOR. No lo dudes… Y eso que ¡bueno vienes!… Dos ojeras traes que son dos ajos… Anda, anda, acuéstate un ratillo; que para algo dije yo anoche lo que dije del Castillo del Águila Negra.

JULITO. Ya no me acuesto. Me tumbaré vestido en el diván.

DON VÍCTOR. Allá tú. Hasta luego.

JULITO. Hasta ahora. *Se va por la puerta de la derecha.*

Don Víctor trata de conciliar el sueño y lo consigue. En seguida vuelve a su pintoresco monólogo de loro borracho.

DON VÍCTOR. ¡Ca!… ¡Ca!… No oigo el orfeón… no lo oigo… Que no entre la condesa, que me estoy vistiendo…

Pausa. Ronca tranquilamente.

Julito dentro le hace el dúo. El ronquido del secretario llega a simular como el eco del de su jefe.

Por la puerta del foro se presenta Abdón Berraquero, amigo de la infancia de Don Víctor. Es hombre alto y recio, pelado al rape. Debajo de la nariz parece que lleva una rata, y es el bigote. Su pelaje revela que anda medianamente de fondos. Como vulgarmente se dice, «está arrancado». Se acerca al lecho de su amigo, y creyendo que le va a dar un despertar de Reyes Magos, empieza a hacer aspavientos, sin tocarle, para que el otro abra los ojos y lo vea. Cuando esto sucede, la expresión de Don Víctor raya en lo inefable.

BERRAQUERO. ¡Aquí estoy yo! ¿Qué? ¿No me conoces? ¡Mírame, hombre; mírame! Aguarda; encenderé la luz. *Lo hace.* ¡Soy yo! ¡Despierta! ¿No me conoces? ¡Berraquero! ¡Abdón!

DON VÍCTOR. *Creyendo que sueña todavía.* ¡Ah… sí!

BERRAQUERO. ¡Claro! ¡no me esperabas!

DON VÍCTOR. ¿Qué te había de esperar?

BERRAQUERO. ¡Déjame que te abrace, chico; déjame que te abrace! ¡Tantos años sin vernos! ¡Y el criado no quería que pasara! *Lo estruja en la cama todo lo que puede.*

DON VÍCTOR. ¡Que me ahogas!

BERRAQUERO. Perdóname. ¡Tenía unos deseos de achucharte así!… ¿Qué tiempo hace que nos encontramos la última vez?

DON VÍCTOR. *Luchando con el sueño, que lo rinde completamente.* Hijo… no caigo ahora…

BERRAQUERO. ¡Qué verdad es que estas amistades de la infancia son las que persisten! ¿Te acuerdas? ¡*Cebollita!* ¡Te llamábamos *Cebollita*! ¡El *Cebollita* de la escuela hecho un personaje! ¡Déjame que te abrace otra vez!

DON VÍCTOR. Bueno, hombre; bueno… Basta ya, basta ya… Tranquilízate… que me estás dando una paliza… ¡No sabía yo que había de hallarte en Guadalema!…

BERRAQUERO. Te prevengo que no vivo aquí. Vivo ahí en un pueblo inmediato, vegetando como un animal… hecho un cafre. Y saco para mal comer de una cosa que se parece a un estanco y a una lotería… ¡No! ¡no temas que te pida un destino! ¡No vengo a sacar raja! ¡No vengo a molestarte; No vengo a abusar!

DON VÍCTOR. *Más en el otro mundo que en éste.* ¿No?

BERRAQUERO. ¡No! ¡Vengo solamente a tener la satisfacción de abrazar a mi amigo! ¡Acabo de llegar del tren! ¡Y he venido a estas horas para verte a ti sólo! *Conmovido.* ¡A ti sólo! ¡A *Cebollita*! ¡A mi querido *Cebollita*!

DON VÍCTOR. Y *Cebollita* te lo agradece mucho.

BERRAQUERO. ¡No quiero ver a nadie más en esta inmunda Guadalema! ¡Qué charca, Víctor!

DON VÍCTOR. ¡Chist!…

BERRAQUERO. ¡Empezando precisamente por los señores de esta casa!

DON VÍCTOR. ¡Calla, hombre!

BERRAQUERO. De ti para mí; ¡un desahogo! ¿No oyes que he venido a estas horas por no topar con nadie? *Don Víctor da una cabezada.* ¿Qué es eso? ¿Hay sueñecillo?

DON VÍCTOR. Hay sueñecillo, sí… ¿A qué voy a engañarte?

BERRAQUERO. ¡Faltaría más! ¡Cumplidos con Abdón Berraquero! Las mentiras guárdalas para esta gentuza. A puro obsequio te traerán hecho picadillo; como si lo viera.

DON VÍCTOR. ¡Hecho polvo!

BARRAQUERO. ¿Por qué no te has ido a una fonda?

DON VÍCTOR. ¡Porque no me han dejado!… *Acordándose del revólver*. Pero… pero ahora me alegro…

BERRAQUERO. ¡Pues allí hubieras tenido otra independencia! *Pasea a grandes zancadas por el cuarto. A Don Víctor le parece un gigante de pesadilla*. ¡Ya verás, ya verás por donde te sale el viajecito! ¡Obsequios! ¡Obsequios! ¡Sí, sí! Toma y daca. Y daca más que toma. ¡Así es la pastelera humanidad! ¡Yo, no! *Volviendo a conmoverse*. ¡Yo he venido a verte, por ti! ¡Por ti! ¡Por aquellos años! ¡Al excelentísimo señor don Víctor Campeón, al Diputado a Cortes, al orador insigne, al prohombre público me lo salto yo a la garrocha! ¡Yo vengo a ver al chicuelo que jugaba conmigo al toro y al marro!

DON VÍCTOR. Justo: a *Cebollita*.

BERRAQUERO. ¡A *Cebollita*! ¡A *Cebollita*! ¡Eso es!

DON VÍCTOR. ¿Cómo te llamábamos a ti: *Mameluco*?

BERRAQUERO. *Mameluco* quiso ponerme el hijo del maestro; pero le quité cuatro muelas de una bofetada y ya no pudo pronunciar bien el mote. ¡Lo que yo he hablado de ti en mi casa, cada vez que has tenido un triunfo, a medida que ibas para arriba!… ¡Pero de verdad, ¿eh?, de verdad! ¡Y no te he molestado nunca con felicitaciones enojosas! ¡Al revés que los que te adulan para ordeñar luego la ubre! ¡Farsantes! La humanidad, chico, es una porquería. Y Guadalema el vertedero de la humanidad. Yo reniego de la hora en que pisé estas tierras. Cosas de mi suerte; ¡a todas partes llego tarde!

DON VÍCTOR. A todas no… ¿Qué hora tenemos?

BERRAQUERO. *Sin oírlo*. Y lo que te decía: esta es la población más inmoral del mundo. No te deslumbre el polvillo de oro. *Viendo de pronto que sin remedio se le duerme*. Pero ¡qué cara de sueño tienes, muchacho!

DON VÍCTOR. ¿Sí? Pues la cara es el espejo del cuerpo…

BERRAQUERO. *Sentándose en la cama*. ¿Ni dormir te deja esta familia?

DON VÍCTOR. Ni dormir me deja… Lo que es dormir no me deja nadie.

BERRAQUERO. Las comisiones de los pueblos vecinos también te marearán…

DON VÍCTOR. Las comisiones y los particulares, no creas.

BERRAQUERO. ¿Quién ronca por ahí?

DON VÍCTOR. Mi secretario… Un hombre dichoso.

BERRAQUERO. ¿A qué hora te acostaste anoche?

DON VÍCTOR. *Haciendo un increíble esfuerzo por abrir los ojos, que son dos almejas moribundas.* ¡Qué sé yo!…

BARRAQUERO. ¿Eh?

DON VÍCTOR. ¡Qué sé yo!… Tuvimos serenata…

BERRAQUERO. ¡Milagro! ¡Serenatita! ¡Otra forma de sacarte las perras!

DON VÍCTOR. No…

BERRAQUERO. Sí, hombre, sí; no seas primo. ¡Conozco al director de la murga! ¡Es un caimán! ¿A qué te ha dedicado un pasodoble?

DON VÍCTOR. Que va a acabar en marcha fúnebre…

BERRAQUERO. ¿Por qué?

DON VÍCTOR. Ps…

BERRAQUERO. ¿Cómo?

DON VÍCTOR. Ps…

BERRAQUERO. No te entiendo, chico… *Don Víctor ronca. Se ha dormido, o por lo menos lo parece.* ¡Anda! Lo rindió el sueño. ¡Claro, señor! ¡Lo que abusa la gente de estos pobres hombres! Volveré luego… Le dejaré una tarjeta respaldada… *Saca tarjeta y pluma, y escribe. Campeón abre un ojo y atisba. En seguida lo vuelve a cerrar.* Se la pondré aquí, en la mesa de noche. Así la verá en cuanto se despierte. *Contemplando a Don Víctor.* ¡Quién había de decírselo a *Cebollita*!… Y es que debajo de esa frente hay algo… hay algo… Me afecto, me afecto mirando a este galopín… Yo no soy envidioso… ¡y son muchas las ternuras que me remueve! *Se acerca de puntillas al lecho y le planta un beso en la calva. Don Víctor se hace el*

muerto por no matarlo. Berraquero se va con todo sigilo por donde llegó y cierra tras de sí la puerta. Pausa.

Así que nuestro héroe lo supone en la calle, abre los dos ojos, y coge la tarjetita para leerla.

DON VÍCTOR. ¡Mal rayo lo parta! ¿Se pueden cometer más inconveniencias en menos tiempo? ¡Y vaya un osculito que me he ganado, de puro gloria nacional! Cuando sentí el bigote sobre la frente, me creí que me barrían la cabeza. A ver qué me dice. *Lee la tarjetita.* «Te dejo descansar. Volveré a las once». ¡Porra! «Procura estar solo. Quiero que veas el famoso criadero de truchas, y que lo veas conmigo. Hasta luego». ¡Bien! ¡El criadero de truchas… y con éste! ¡Bien! ¡Señor!… ¿qué te hice?

Viene por la puerta del foro un Criado.

CRIADO. ¿Da vuecencia permiso?

DON VÍCTOR. ¿Eh? ¿Quién?

CRIADO. ¿Se puede pasar?

DON VÍCTOR. ¿Es otro fotógrafo?

CRIADO. No, señor: es un servidor.

DON VÍCTOR. ¡Ah! Pasa, pasa. ¿Qué hay, Baldomero?

CRIADO. Eustaquio, para servir a vuecencia.

DON VÍCTOR. ¿Qué hay, Eustaquio?

CRIADO. Ahí está la comisión de obreros que espera vuecencia.

DON VÍCTOR. ¿La comisión de obreros? Pero ¿es la hora ya?

CRIADO. Son las nueve.

DON VÍCTOR. ¡Si creo que la citamos a las once o las doce!

CRIADO. Dispense el señor, pero traen un B. L. M. que dice que a las nueve en punto. *Don Víctor sopla.* Yo lo he visto. Porque me chocó la hora, la *verdaz*.

DON VÍCTOR. ¿Te chocó la hora?… ¡Este Julito que no da una!… Ábreme el balcón. *El Criado obedece.* ¡Ajajá! *Despabilándose como puede.*

El héroe por fuerza. Ahora entra en esta habitación de aquí al lado, donde duerme el autor del B. L. M., y lo asesinas en mi nombre. Tráeme luego a beber su sangre, y cuando ya la haya bebido, di que pase a esa comisión.

CRIADO. ¿Cómo?

DON VÍCTOR. Nada, hombre; nada… Voy a recibir aquí a los obreros. Me sabrán disculpar. Que pasen.

CRIADO. En seguida. *Se va por la puerta del foro.*

DON VÍCTOR. ¡Y luego dirán algunos periódicos que no me sacrifico por la patria! *Se incorpora, bebe un poco agua, y espera a que llegue la comisión.*

Ésta se presenta instantes después en la propia puerta del foro. La forman siete obreros.

OBRERO. ¿Da vuecencia permiso?

DON VÍCTOR. ¡Adelante, adelante!

Pasan los siete hombres.

OBRERO. Buenos días.

DON VÍCTOR. Buenos días.

Los demás obreros repiten el saludo.

OBRERO. El señor ha de dispensarnos…

DON VÍCTOR. *Entre bostezos.* Ustedes son los que han de dispensarme a mí que los reciba como los recibo. Lo hago, porque así me ha sorprendido la hora… y en prueba de mi fraternidad… de mis sentimientos democráticos… y de que yo para los obreros no soy el hombre público, sino otro obrero más… otro obrero más… otro obrero más…

En la calle, y con todo lujo de voces, como queriéndolas lucir, rompe en esto el Orfeón de Guadalema a cantar el coro de los repatriados de la zarzuela «Gigantes y Cabezudos».

ORFEÓN.

¡Al fin te miro,
Ebro famoso!…
etcétera, etc.

Campeón al oírlo da un salto en la cama. Instintivamente va a tapar con la sábana la cabeza.

DON VÍCTOR. ¿Qué es eso? ¿El orfeón quizás?

OBRERO. El orfeón, sí, señor.

DON VÍCTOR. ¡El orfeón!

OBRERO. ¡El orfeón ahora! ¡También es *oportunidad*!

Julito grita desde dentro.

JULITO. ¡Don Víctor! ¡Don Víctor!

DON VÍCTOR. ¡Secretario!

JULITO. ¿Qué le dije a usted?

DON VÍCTOR. ¡Pues ya verás tú lo que yo voy a decirte a ti!

De Campeón se apodera una inquietud muy cómica. No sabe ni puede desatender al Orfeón, que atruena la calle y cuyas toces lo hacen saltar, ni puede ni sabe tampoco dejar de oír al Obrero que habla, en quien descubre un competidor. Por la puerta de la derecha, y con cara de reo, asoma Julito, que al ver la escena se da cuenta de lo que ha hecho. Don Víctor lo quisiera confundir con los ojos.

OBRERO. *Alzando la voz, según lo exigen las de la calle.* El *ojeto* de nuestra visita, *ecelentísino* señor… no es otro que manifestarle a vuecencia, con el permiso de vuecencia, que la clase obrera de Guadalema… que la lucha aquí entre el capital y el trabajo, o sea entre el patrono y el obrero, es más *encarnizá* que en parte ninguna. Y no porque el obrero *esija*, que no, que no *esige*. ¡El obrero no aspira aquí más que a vivir como un hombre y no como una bestia!…

El Orfeón arrecia en la calle y el Obrero en la alcoba. Don Víctor preferiría estar en el criadero de truchas.

FIN DEL CUADRO CUARTO

EPÍLOGO

Jardín en la casa de los Condes del Aro: se celebra el último banquete con que agasaja Guadalema a su ilustre huésped, don Víctor Campeón. La mesa, larga y rica, se extiende a lo ancho del escenario y se prolonga dentro, a derecha e izquierda. Los comensales, que son señoras y caballeros, ocupan sitios en los dos lados de ella. Sólo las diez personas que la presiden no tienen nadie enfrente. Es de noche. Caprichosa iluminación entre los árboles.

Sentados a la derecha de Don Víctor, que está, naturalmente, en el puesto de honor y de frente al público, vemos, por este orden, a la Condesa, a Paulino Doncel, a una Señora Guapa y al Conde del Aro; y sentados a su izquierda a Aurelita, a Julito, a la Generala y a un Caballero de uniforme vistoso.

Entre los comensales que están colocados de espaldas al público sólo nos interesan Fonseca, Peón y Colorado y Don Honorio. Fonseca se halla a la derecha del actor y estos últimos a la izquierda. Es la hora del «champagne» y de los brindis.

Hay rumor de conversaciones animadas, que cesa unos instantes al mágico efecto de una voz amiga que dentro, hacia la izquierda del actor, grita: «¡Quietos un momentito! ¡Quietos!». *Brilla luego el resplandor de un fogonazo de magnesio, y la misma voz dice entonces:* «¡Muchas gracias!».

Se reanuda el rumor de las conversaciones con mayor animación ahora.

A nuestro gran amigo don Víctor, en tres días que hace que dejamos de verlo, se le ha puesto cara de trucha.

De improviso se levanta el Conde para hablar. Un general siseo impone silencio a los comensales. Mientras tanto, y mientras el Conde se recoge en si para recoger al mismo tiempo ideas que parece que al ponerse de pie se le han ido, la Generala, que es andaluza y muy aficionada a comentar, le dice a Julito, el cual, muy engolfado, habla con la señorita de la casa:

GENERALA. Silencio, hombre, silencio ahora; que va a hablar su suegro de usted.

JULITO. ¿Eh? Gracias por la intención, generala.

GENERALA. No hay de qué, poeta.

JULITO. *A Aurelita.* Va a hablar su papá.

AURELITA. Pues cállese usted, que está demasiado elocuente. Cosas del *champagne*, ¿no?

JULITO. No; cosas de usted.

AURELITA. ¡Ay! yo he bebido mucho; se me va la vista.

JULITO. ¡Pues cuide usted de que no se le vayan los ojos!

AURELITA. ¡Qué tonto es usted!

El silencio es sepulcral en este momento. El Conde lo aprovecha. Es orador correcto y lamido. Lo que es una ese no se le va.

CONDE. Amigas mías y amigos míos: es éste, por malaventura nuestra, el último rato en que vamos a disfrutar de la agradable y honrosa compañía de nuestro ilustre huésped, el excelentísimo señor don Víctor Campeón y Campeón mi insigne amigo.

Éste suspira muy en silencio.

GENERALA. *A Julito, siempre.* ¿Se ha fijado usted en que el conde saca una voz que no es la suya?

JULITO. ¡Generala, deje usted la tijera un segundo!

CONDE. Acontece de vez en vez, con aquellos hombres a quienes admiramos a distancia, pero cuyo trato no nos es permitido, acontece, vuelvo a decir… como que nuestra imaginación se complace en dibujarlos a su capricho, adornándolos de singulares perfecciones, y luego, llegada la hora en que la realidad nos brinda ocasión de conocer de cerca al idealizado personaje, experimentamos por regla general desencanto o desilusión. ¿No es

esto? *Murmullos de:* «Muy bien, muy bien». *El Conde liba.* Pues bien: ¡cuán lejos de este ejemplo que he sometido a vuestra consideración está lo acaecido en Guadalema con la eminencia de la política española que preside este familiar agasajo! Muy adornado de cualidades envidiables nos lo forjábamos desde lejos, esta es la verdad; pero a su lado, al tener la dicha de convivir con él, hemos comprobado la pobreza de nuestra fantasía; hemos aprendido que no siempre la distancia embellece, sino que a las veces son harto más bellas las cosas contempladas de cerca.

(«¡Bravo! ¡bravo!»).

JULITO. *A Aurelita.* Eso lo dice por usted.

CONDE. Admiradores tenía en Guadalema: hoy tiene amigos. Hoy tiene amigos, que a la admiración profunda y entusiástica de las altas dotes del orador, y del político, y del sociólogo, y del patriota, han unido, fundiéndolos en un mismo y cordial afecto, el acatamiento al caballero intachable y el cariño al hombre sencillo, amable y bondadoso. Así, pues, yo, al ofrecerle esta modesta comida, levanto mi copa con el deseo de que el adiós que hoy nos va a dar nuestro ilustre huésped, más bien que un «¡adiós!» sea un «¡hasta luego!».

Se sienta. Suenan aplausos, menos calurosos de lo que esperaba el propio Conde, que al fin y al cabo es quien ha dado de comer.

GENERALA. ¿Le gustará a usted la niña mucho más que el discurso?

JULITO. ¡Claro! Como que el discurso es de él solo, y la niña es de la condesa también.

Iniciase un nuevo siseo. Los comensales miran ávidos hacia los «presuntos oradores». Fonseca se pone de pie. Pero al escuchar diferentes voces de: «¡Bidasoa! ¡Bidasoa! ¡Que hable Bidasoa!» se sienta achicado. Nadie lo ha visto levantarse. Todo el mundo mira hacia la izquierda. Se repiten las voces y se oye luego otro siseo: es que se ha levantado Bidasoa, a quien el público no ve.

GENERALA. Peón y Colorado tiene algo: mire usted qué palidez de muerte y qué fijeza en la mirada.

JULITO. Así lleva toda la noche.

GENERALA. Entonces está improvisando.

Y habla Bidasoa, que ocupa un sitio al cabo de la mesa, y dice dando pruebas de muy envidiables pulmones:

BIDASOA. Señoras y señores: no porque mi insignificante persona tenga que añadir nada a las elocuentísimas palabras de nuestro generoso anfitrión, sino por corresponder a vuestro amable requerimiento, tengo el honor de levantarme para saludar desde este sitio al ilustre huésped de Guadalema. Y ya en el uso de la palabra, voy a permitirme, aunque moleste por breves instantes vuestra atención, exponeros algunas ideas que entiendo yo que deben llevarse a la práctica.

GENERALA. Pues ¿no decía que no tenía nada que añadir?

BIDASOA. No quede todo, como suele ocurrir en este género de homenajes, en palabras que se lleva el viento, en fuegos fatuos de la amistad y de la cortesía, en espuma de *champagne*, en una palabra.

(«¡Muy bien! ¡muy bien!»).

GENERALA. Este va a pedir la cruz de Alfonso XII de un momento a otro.

BIDASOA. En primer lugar os propongo, señoras y señores, que redactemos aquí mismo —yo me encargaría muy gustoso de ello— y enviemos a los poderes públicos una respetuosa instancia solicitando para el señor Campeón la cruz de Alfonso XII. *Ovación. Don Víctor piensa en el «sleeping» como un mártir en el Paraíso. Bidasoa sigue.* Esos aplausos cariñosos, que en modo alguno pueden corresponder a mi torpe palabra, me dicen con la mayor de las elocuencias que he acertado a interpretar el sentimiento de todos vosotros. («¡Sí! ¡sí!». «¡Y para el orador también!»). En segundo lugar me atrevo a proponeros…

GENERALA. Una calle, una calle…

JULITO. ¿Qué?

GENERALA. Que le pongan a una calle el nombre de don Víctor: usted lo verá.

BIDASOA. Me atrevo a proponeros, y de antemano me jacto ya de haber acertado a leer en vuestras intenciones que se pida al Excelentísimo

Ayuntamiento de esta culta ciudad, que una de las más importantes vías de ella lleve de hoy más el nombre luminoso de nuestro festejado. («¡Bravo! ¡bravo!»). *Aplausos generales.* Y, finalmente: otra cosa opino que también debe recabarse del Excelentísimo Ayuntamiento.

GENERALA. Que lo nombre hijo adoptivo de Guadalema.

JULITO. ¿Sí?

GENERALA. Son las tres cosas que pide para todo el mundo.

BIDASOA. ¿No os parece, señoras y señores, que sería galardón de nuestro Cabildo el acuerdo unánime, por aclamación, de declarar a don Víctor Campeón y Campeón hijo adoptivo de Guadalema? («¡Bravo! ¡bravo!». «¡Muy bien!»). *Nuevos aplausos.* Me satisfacen esos aplausos, como antes he dicho, porque son el más claro testimonio de que he expresado en mis proposiciones el sentir de los aquí presentes, selecta representación de nuestra ciudad; y ese testimonio lo es a la vez de que en Guadalema, cuando se trata de hacer justicia, de otorgar honores merecidos, de reconocer méritos, no hay diferencias de clases ni de bandería; ¡todos somos iguales, todos somos unos, todos somos amigos!

GENERALA. Y si todos somos amigos ¿por qué se enfada tanto este hombre?

JULITO. Tiene usted razón.

BIDASOA. Y nada más, señoras y señores. Yo levanto mi copa y brindo por la realización inmediata de lo que tan torpemente y con tan desmañada palabra he tenido el honor de exponeros. He dicho.

Grandes aplausos. Claro es que Don Víctor, cada vez que uno dice que levanta su copa, levanta la suya… aunque con la sonrisa del conejo.

Vuelve a ponerse de pie Fonseca. Simultáneamente hace lo propio Peón y Colorado. Fonseca lo advierte, y reconociéndose inferior, se sienta de nuevo.

Peón y Colorado está lívido. Tiene la copa en la mano y se le ve temblar. Se creerla al verlo, no que va a pronunciar un brindis, sino que va a firmar su sentencia de muerte. Se hace un gran silencio.

PEÓN Y COLORADO.

Si yo fuera un buen poeta,

como en verdad no lo soy,
improvisaría hoy
una preciosa cuarteta.

Una Voz. ¡Más alto!

Peón y Colorado.

Mas reduzco mi misión,
y lo digo a quema ropa,
a alzar yo también mi copa
por don Víctor Campeón.

Palmas tibias. Se sienta convulso. A poco recobra el color natural y suda como un pato.

Generala. ¡Jesús, qué desastre! Y ¿para esto lleva ese hombre un día con calentura?

Como antes las de: «¡Bidasoa! ¡Bidasoa!» corren ahora voces de: «¡Doncel! ¡Doncel! ¡El poeta premiado!». Éste se hace rogar un poco por medio de signos negativos. Las voces entonces suben de punto, y Doncel por fin se levanta.

Condesa. Ande usted, Doncel; no sea usted tan modesto.

Doncel. Señora, yo no sé improvisar. *Dirigiéndose a todos.* Digo, señores, que yo no sé improvisar, como el amigo Peón y Colorado… Tendré que recitar una composición cualquiera, aun cuando aquí no venga a cuento… ¿Hace? *Voces de:* «¡Sí! ¡sí! ¡Eso, eso es!». Pues allá va, y ustedes perdonen mis muchas faltas. Recito peor que escribo.

Generala. Vamos a verlo.

Doncel. *Con la convicción de que los va a asombrar a todos y de que él ha hecho algo «definitivo» en poesía.* «Llueve». *La Generala mira al cielo y extiende una mano, de puro guasona.* «Sinfonía gris en re menor».

Julito. ¡Atiza!

Doncel.

«Llueve.

¿Llueve?
Llueve.
¡Llueve!
¿Agua o nieve?
¿Quién se atreve
a decir si es agua o nieve?
Pero ¿llueve?
Llueve.
¡Llueve!
Golpe leve
de agua o nieve
hiere breve
el cristal, que no la embebe.
Llueve.
¡Llueve!
¿Quién se atreve
a decir si es agua o nieve?
Pero ¿llueve?
Llueve.
¡Llueve!
¡Y la tierra seca, bebe!
¿Llueve?
Llueve.
¡Llueve!
¡¡Llueve!!».

Se sienta.

GENERALA. Ya escampa.

A plausos y felicitaciones.

CONDESA. Preciosos versos. Yo quiero una copia, Doncel.

DONCEL. Mil gracias, señora.

JULITO. Produce la sensación de que llueve, ¿es verdad?

GENERALA. ¿Cómo de que llueve? ¡Produce la sensación del diluvio!

JULITO. *A Doncel.* ¡Bravo, poeta; bravo!

DONCEL. ¡Usted ahora!

JULITO. No; yo no…

Varias voces. «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!».

CONDESA. ¡Que diga los versos que le ha puesto a Aurelita en el álbum!

Una nutrida salva de aplausos acoge la proposición. Aurelita se ruboriza. Julito se levanta dichoso.

GENERALA. ¡Buen capote le ha echado a usted su suegra!

JULITO. Cállese usted, señora. *A todos.* Respetables damas y caballeros… Muchas gracias… Veremos si me acuerdo.

GENERALA. Sí se acuerda, porque me los acaba de decir a mí.

Risas generales y aplausos. ¡Qué bien está todo! Sólo Campeón, que lucha a la par con las truchas y con los brindis, tiene que pellizcarse para esbozar de cuando en cuando alguna sonrisa.

JULITO. Bien, pues en vista de que no hay escape, oigan ustedes. Fíjense primero en el objeto de mi inspiración… y disculpen la gran pobreza de mi musa. *Aurelita vuelve a ruborizarse, pero sonríe agradecida.*

GENERALA. ¡Ejem!

JULITO. «Madrigal.

Mientras en tu beldad esplendorosa
el sueño, enamorado, se recrea,
alegre mariposa,
en torno de tu boca primorosa,
audaz revolotea,
y en tus labios se posa,
creyéndolos temprana y fresca rosa.

A la dulce caricia que hace en ellos,
anhelante despiertas y agitada:
y al ver tus ojos bellos,
la mariposa quiere
gozar la clara luz de tu mirada;
mas tú la miras, y abrasada muere».

Termina mirando dulcemente a Aurelita, quien le corresponde. Se aplaude tanto el madrigal como la mirada, que es otro madrigal.

DONCEL. *A la Condesa.* ¡Es muy de estimar, pero está en el siglo XVI!

JULITO. *A Aurelita.* ¿Lo he dicho bien?

AURELITA. Mejor que un cómico. Pero ¿a cuántas les habrá dicho usted cosas iguales?

JULITO. Tan de corazón, a ninguna.

GENERALA. Si hace falta madrina, aquí estoy yo.

JULITO. ¡Señora!

Por tercera vez se levanta Fonseca y por tercera vez vuelve a sentarse. A la vez que él se ha levantado Don Honorio, señor respetable, aunque no le respetan, y enteramente sordo. Durante su brindis hablan unos y otros en voz alta cambiando impresiones, seguros de la impunidad, y con sólo el disimulo de los ademanes y los gestos. El murmullo de las conversaciones crece gradualmente, pero Don Honorio continúa impertérrito, sin advertir nada. Además habla muy bajito.

DON HONORIO. Señoras y señores…

GENERALA. ¡Anda! ¡El sordo ahora! Dígale usted a su jefe que se levante y acabe con los brindis.

Así lo hace Julito, yendo un instante a secretearle a Campeón. Luego vuelve a su puesto.

DON HONORIO. Sólo dos palabras. Consideraría yo que faltaba a uno de los más elementales deberes de cortesía, si no dejase oír mi voz, por humilde que yo la crea, en esta fiesta de afectuosa simpatía hacia el insigne hombre público que nos preside.

GENERALA. Lo de siempre: cada uno hablando de sus cosas, y él tan fresco.

DON HONORIO. Mi falta de oído no me ha permitido hacerme cargo de cuanto aquí han dicho todos los que me han precedido en el uso de la palabra; empero, me complazco en unir a los aplausos que he visto que se les han tributado, el mío más fervoroso, y desde luego me adhiero muy sinceramente a todos los acuerdos que se hayan adoptado esta noche. Para concluir, levanto mi copa proponiendo, ya que no es posible enviarle los ramos de la mesa a la amante esposa del señor Campeón, que se le telegrafíe, felicitándola en nombre de todos y felicitándonos a nuestra vez por haberlo tenido entre nosotros siquiera hayan sido tan breves días. He dicho.

Se sienta muy serio. Alguien aplaude. Inmediatamente, y como si le hubiera picado una avispa, se pone en pie Don Víctor. Ovación. Siseo prolongado. Gran silencio.

DON VÍCTOR. Mis bellas amigas: mis bondadosos amigos: ¡faltan dos horas para que salga el tren que ha de arrancarme de Guadalema! ¡Dos horas nada más! ¡Pesadumbre y tristeza me cuesta el pronunciarlo! Dentro de dos horas he de abandonar por fuerza este paraíso, y he de caminar hacia Madrid hacia la lucha, hacia la pelea. *Se le repiten las truchas en esto bebe un sorbito de «champagne» y reanuda el discurso en un tono profundamente tierno y conmovedor*. Pero no temáis, mis queridos amigos, que yo olvide nunca, en mil años que viva los felices días que en Guadalema he pasado. Si ya no fueran prendas bastantes a hacer indeleble su recuerdo en mi corazón —yo soy primero que nada un corazón—, si ya no fueran prendas bastantes a ello, repito, mis visitas a cuanto bello y grande encierra Guadalema, donde no me ha quedado una piedra por ver ni un artesonado por admirar, lo serían harto suficientes los mil testimonios de afecto, de simpatía y de amistad que aquí he recibido. Valiéndome de un símil que presumo que ha de seros grato, por cuanto se refiere a algo que amáis con el más legítimo de los orgullos, os compararé el crecimiento de mi cariño a vosotros y a Guadalema con la curiosa gradación de las pesqueras en vuestro incomparable criadero de truchas, que he visto dos veces.

UNA VOZ. ¡Bravo!

DON VÍCTOR. Yo entré aquí con un cariño que era cosa naciente en mi corazón: ved en él la trucha pequeñilla y juguetona. Yo me voy de aquí con ese mismo cariño robustecido y agrandado: ved la trucha en la última pesquera.

(«¡Bravo! ¡bravo!»). *Aplausos frenéticos.*

GENERALA. Me parece que se está divirtiendo con nosotros.

JULITO. ¡Ni pensarlo, señora!

DON VÍCTOR. Para que ningún placer de los muy íntimos y delicados que suele proporcionarnos el trato de nuestros semejantes me haya faltado en Guadalema, yo os he de declarar que aquí he recibido aún visitas de amigos de la infancia, de la niñez lejana ya, por fuero de los años, que vinieron a despertarme… ¡que vinieron a despertarme, sí!… ¡que vinieron a despertarme en el alma la memoria de aquellas horas de la vida, libres de afanes y cuidados, en que el niño duerme en su camita satisfecho y tranquilo, y tiene en su madre un ángel de la guarda que cuida de que nadie lo despierte a destiempo!… ¡Dichosa edad!

Rumores de: «¡Qué bonito!». «¡Qué tierno!». «¡Qué sentido!».

UNA VOZ. *Dentro.* Este hombre es un poeta.

DON VÍCTOR. En fin, señoras y señores, amigas y amigos, no necesito testimoniaros que la emoción me embarga en estos momentos, porque bien claramente lo manifiestan el balbuceo de mis palabras y el temblor de mi voz…

GENERALA. Lo que está este señor es hecho una breva.

JULITO. Eso lo puede usted jurar.

DON VÍCTOR. Así, pues, permitidme que, dejándoos en prenda mi corazón, mis labios callen… Y sabed todos, todos, ¡todos!, que al evocar en mi imaginación, bien así como cinta cinematográfica, mis gratas visiones de Guadalema, todas mis visiones, acuden lágrimas a mis ojos, y a mis labios vuelve otra vez, plañidera y honda, la frase con que principié estas palabras: ¡faltan dos horas para que salga el tren! *Se sienta.*

Ovación estruendosa, que le obliga dos veces a levantarse para saludar.

El Conde entonces deja su sitio, y acercándose al ilustre huésped y abrazándolo amistosamente, impone silencio a los comensales y habla.

CONDE. Señores, yo creo una obligación de mi parte advertir a ustedes, para no pecar por omisión, y por si alguno quiere sumarse a la partida, que unos cuantos amigos, luego de acompañar a la estación a nuestro grande hombre, montaremos con él en el tren e iremos dándole compañía hasta Relajo, en cuya fonda pernoctaremos.

Voces de: «¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Yo iré con ustedes! ¡Y yo! ¡Y yo!».

DON VÍCTOR. *Por no clavarle un cuchillo de postre.* ¡Hombre, no, no! ¡Eso ya es demasiado! ¡Me opongo! ¡me opongo! ¡Eso ya es demasiado!

CONDE. *Abrazándolo, y sin advertir la tremenda ironía que encierran sus palabras.* ¡Usted se merece eso… y mucho más!

Aplausos calurosos. Algunas señoras le tiran flores a Don Víctor. Unas y otros se ponen de pie para aplaudir de nuevo.

FIN DE LA HUMORADA

DIANA CAZADORA O PENA DE MUERTE AL AMOR

ZARZUELA CÓMICA EN TRES CUADROS

MÚSICA DE MARÍA RODRIGO

Estrenada en el **TEATRO APOLO** el 19 de noviembre de 1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Diana.	Victoria Argota.
Amalita.	Consuelo Mayendía.
Doña Tula.	Elisa Moreu.
Varias Muchachas.	Pilar Perales. Francisca Nava. Paula Cortés. María Gavilán. Piedad Gavilán.
Don Pepe Alcolea.	José Moncayo.
Dieguito Florido.	Casimiro Ortas.
Lucas.	Pablo Gorgé.
El Marqués De La Espuela De Galán.	Vicente G. Valero.
Juan Corrales.	Carlos Román.
REBOLLEDO.	Cristobal S. del Pino.

JOSÉ MARÍA.

RINCONERA.

Luis Fischer.

Robustiano Ibarrola.

DIANA CAZADORA O PENA DE MUERTE AL AMOR

CUADRO PRIMERO

En Alminares, pueblo de Andalucía, en casa de doña Tula Galiana de Ruiz, y en la habitación llamada media-casa por aquellas tierras. A la izquierda del actor, el portón de entrada; a la derecha, una puerta vidriera, y al foro, un arco y dos grandes ventanas de antepecho, que dan a un patinillo con visos y honores de jardín. Todos los huecos, menos el del portón, rematan con medios puntos de cristales de colores. Suelo de losetas amarillas y rojas. Techo de bovedillas. Una gran lámpara. Velador, plano, sillas antiguas de rejilla, mece doras, perchero, etc., etc. Dos o tres cuadros insignificantes.

Es de noche, a fines de mayo, y están encendidas la lámpara y las luces del piano. Al fondo, en el patinillo, luz de luna. El portón, entreabierto.

Rebolledo, pianista-comodín de la localidad, termina airosamente la ejecución —en el buen sentido de la palabra— de una pieza de música, ni callejera ni de «virtuoso». Doña Tula la oye complacida y casi con los ojos en blanco.

Doña Tula lleva muy bien sus cincuenta y cinco. No tiene mal ver todavía, y es persona dada al trato social, bondadosa y amable, aunque no

tanto como Rebolledo, que además de ser la quintaesencia de la dulzura, habla siempre como si llevase un caramelo en la boca.

DOÑA TULA. Muy bonito; muy bien. ¿De dónde es eso, Reboyedo?

REBOLLEDO. De una sarsueliya. ¿Quiere usté que toque otra cosita, mientras no viene nadie?

DOÑA TULA. No; muchas grasias. Resérvese usté un poco. Bastante guerra le daremos a usté después.

REBOLLEDO. Ya sabe usté que lo hago con gusto.

DOÑA TULA. Si no fuera por usté, Reboyedo, esta ter tulia de mi casa sería sosísima. Porque cuando se dise a tocá er piano, to er mundo escurre el hombro.

REBOLLEDO. Pos aquí tiene usté a Reboyedo pa tocá lo que sea presiso.

DOÑA TULA. Y ésa es la verdá. Lo mismo toca usté a Beethoven que unas peteneras.

REBOLLEDO. Lo mismo. La tecla no tiene predilecsiones: obedese ar dedo siegament.

Hace varias escalas para demostrarlo.

Por el patinillo atraviesa Lucas, viejo criado de la casa y hombre serio y parsimonioso. Doña Tula lo llama.

DOÑA TULA. ¡Lucas!

LUCAS. Señora.

DOÑA TULA. Pasa, pasa aquí.

LUCAS. *Obedeciendo.* Con la venia.

DOÑA TULA. Yégate ar Casino y dile a mi marido que la señora forastera acaba de anunsiarme por Reboyedo que seguramente vendrá a la tertulia: que se lo aviso, por si quiere dejá er tresiyo antes que otras noches, y vení a saludarla siquiera.

REBOLLEDO. *Ofreciéndose.* ¿Le parese a usté que me yegue yo a darle esa rasón a don Arturo?

DOÑA TULA. Grasias, Reboyedo.

REBOLLEDO. Tendré en eyo un plaser muy grande.

DOÑA TULA. Grasias; no es nesesario. Lucas irá. ¿Te has enterao, Lucas?

LUCAS. Sí, señora. Ahora mesmo voy. ¿Argo más?

DOÑA TULA. Nada más.

LUCAS. Con la venia. *Vase por el fondo.*

DOÑA TULA. A mi marido estas tertulias lo ponen frenético; pero lo que es yo me perezco por que venga gente a mi casa. Un pueblo como este Arminares sería un *aburridero* si no nos tratáramos unos con otros. Y que nada se pierde nunca con un ratito de buena sosiedá.

REBOLLEDO. Eso está perfectamente dicho, doña Tula. Aquí tiene usté a su sobrinita.

En efecto, ha llegado A mulita por el portón. Es una monada con falda de lunares y mantón de espuma.

AMALITA. Buenas noches, tía Tula. Buenas noches, Ricardo.

REBOLLEDO. A los pies de usté.

DOÑA TULA. Ven con Dios, pimpoyo. ¿Y tu madre?

AMALITA. Un poquiyo mejor está de sus dolores; pero no se ha determinao a salí. ¡Qué sola, todavía!

DOÑA TULA. Es temprano. ¿Sabes, Amalita? Por fin tendremos esta noche a la forastera.

AMALITA. Me alegro. Ganas de tratarla tengo ya. Es guapa.

DOÑA TULA. Eso disen; que es guapa.

REBOLLEDO. Mejorando lo presente, es guapa, es guapa.

AMALITA. ¿Con quién va a vení?

DOÑA TULA. ¿Con quién ha de sé? Con el *introductor de embajadores* en mi casa: ¡con mi amor platónico!

REBOLLEDO. El marqués de la Espuela de Galán.

AMALITA. ¡También he sido yo tonta ar preguntarlo!

DOÑA TULA. Conose mis gustos de sosiedá, y satisfacsión que ér pueda proporsionarme…

AMALITA. Tía Tula, esas pasiones no se estilan ahora… ¿Qué tiempo yeva ya er marqués adorándola a usté en silensio?

DOÑA TULA. ¡Qué sé yo! Desde mis quinse años. Antes de mis bodas, nunca se atrevió a desirme palabra. Argunos cantares sí me compuso. Y después de casada, mucho menos había de atreverse.

AMALITA. Pos lo que es ya, lo entierran sortero.

DOÑA TULA. Sí; lo que es ya… con sesenta a la cola…

AMALITA. Por supuesto, se merese er castigo. En el infierno debía habé una cardera pa los hombres que no se desiden a tiempo: pa los egoístas, pa los distraídos, pa los volanderos, pa los *mariposones…*

Oportunamente asoma por el portón Dieguito Florido y pregunta:

DIEGUITO. ¿Ze hablaba de mí?

AMALITA. No era de ti, pero te arcansa er cuento.

Dieguito es un niño rico de la localidad, absolutamente feliz, que está rifado. Viste a lo señorito, con sencillez, pero con ciertos pujos de elegancia. Trae un temo de piqué blanco y zapatos de lona. Deja sombrero y bastón en el perchero.

DIEGUITO. Buenas noches.

REBOLLEDO. Buenas noches.

DOÑA TULA. Buenas noches, Dieguito.

DIEGUITO. Doña Tula, ahora es moda bezá la mano.

DOÑA TULA. Pos besa, hijo.

DIEGUITO. Amalita…

AMALITA. ¡Bésate las narises!

DIEGUITO. *Intentándolo en vano.* No puedo. Conste, doña Tula, que me he limpiao los pies en er ferpudo der zaguán.

DOÑA TULA. Así se hase.

AMALITA. ¡Bueno lo habrás puesto de tisa! ¡Qué sapatos, Dieguito! ¿Te has caío en una obra?

DIEGUITO. ¿Zon feos los zapatos? ¿Te vas a meté con los zapatos? Zeñó, que me gusta que er carzao juegue con la americana y con er pantalón.

Como me gusta que la corbata juegue con los carcetines y con er pañuelo.

AMALITA. Sí; la cuestión es tomá las cosas a juego, ¿no es verdá?

DIEGUITO. De ezo no me he enterao. Tú, como ziempre, malicioza. To lo yevas por er mismo camino.

AMALITA. Por er que me conviene.

DIEGUITO. Zí; pero no se pué viví tranquilo ar lao tuyo. Uno, que quié sé libre como er pájaro… Cuando más descuidao está, le clavas tú un arfilé hasta la cabesiya.

AMALITA. Si las verdades son arfileres… Ya sé que estuviste anoche en casa de Teresa Carmona…

DIEGUITO. Me gusta oírla cantá… me gustan zuz ojos…

DOÑA TULA. ¿Y de la de Marín, qué te gusta? Porque er domingo la acompañaste a misa de dose.

DIEGUITO. Me gusta zu trato… me gusta como ze pone er velo…

REBOLLEDO. ¿Y de Consuelito Talavera?

DIEGUITO. Me gusta su hermana. Ya zabén ustedes la copla que he puesto en mi escudo.

No quiero querer a nadie
ni que me quieran a mí:
quiero andar entre las flores,
hoy aquí, mañana ayí.

De pazao mañana no me ocupo.

AMALITA. ¿Ni de vé que hay quien padese con esas cosas tuyas? Mar corasón que tienes.

DIEGUITO. Tampoco de ezo me he enterao.

Don Pepe Alcolea y Juan Corrales se cuelan de rondón. Es don Pepe Alcolea un hombre de cuarenta y tantos años, jactancioso y de los llamados «castizos». Juan Corrales es un desocupado del pueblo, propicio siempre a toda broma.

CORRALES. ¡Aquí está don Pepe Arcolea, er ganadero, que no se cambia hoy por ningún ganadero de España!

DON PEPE. ¡*Chachipé*!

CORRALES. Buenas noches.

Todos contestan. Corrales da la mano a las señoras.

DON PEPE. *Yéndose flechado a Dieguito, aun antes de quitarse el sombrero.* Oiga usté, nene: ¿yo había mandao a Mansanares una corría de seis mansos, eh? Pos vaya usté enterándose. *Saca del bolsillo un fajo de telegramas y telefonemas.* No vi a leé más que uno. Er primero: sin escogé. *Lee.* «Corría *colosalísima. Colorao*, dos cabayos; *Betunero*, tres cabayos; *Bonito*, cuatro cabayos; *Caprichoso*, ¡siete cabayos! *Gitanito*, ¡ocho cabayos! *Lusero*, ¡nueve cabayos! Totá, treinta y tres cabayos. Se ha suisidao er contratista de cabayos.

Emocionándose. Al arrastre der *Caprichoso*, der *Gitanito* y der *Lusero*, obligó er público a darle a ca uno dos vuertas a la plasa, *ovasionando* con delirio ar ganadero en las *personas* de las reses. *Se enjuga una lágrima.* Mil abrasos. Pepe Calahorra». ¡Seis mansos que había yo mandao a Mansanares!

DIEGUITO. Hombre…

PON PEPE. ¡Seis monas!

PIEGUITO. Hombre, yo…

PON PEPE. ¡Treinta y tres cabayos pa el arrastre y er contratista en er camposanto! ¡Que lo cuente otro ganadero! Y buenas noches a to esto. Usté me dispense, doña Tula, pero cuando se toca a la familia, pierdo pies.

DONA TULA. Ya, ya: no nos coge de nuevas.

PON PEPE. Conque a tragarse, poyo, to lo que había usté hablao en er Casino.

CORRALES. Y a pagá la convidá pa los que estábamos ayí presentes.

DIEGUITO. ¿Cómo ez ezo? Le arvierto a usté, don Pepe, que yo me alegro mucho de que los toros de usté zean bravos. ¡Yo no voy a ponerme delante!

CORRALES. No te distraigas: ¡a pagá la convidá!

DIEGUITO. De ezo no me he enterao.

PON PEPE. ¡Pos a Cádiz he mandao ayé seis caracoles!

DIEGUITO. Muy bien que los guizan ayí.

AMALITA. Estoy notando que se encona la rivalidá entre don Pepe y Diego.

DIEGUITO. Cuestión de novias. No le dejo una.

DON PEPE. *Poniendo en sus palabras todo el desdén que el rival le inspira*. ¿Qué le contesto yo a este niño? Y a propósito, doña Tula: ¿viene por fin esta noche la viudita ésa?

DOÑA TULA. Sí, señó; por fin. Esperándola estoy.

CORRALES. La veremos de serca.

PON PEPE. Er que no la haya visto.

DIEGUITO. Yo.

AMALITA. Se han puesto de moda las viudas.

DOÑA TULA. Verdá que sí.

AMALITA. ¿Qué haría yo pa quedarme viuda?

REBOLLEDO. La forasterita en cuestión es además una viuda elevada ar cubo, si se me permite la frase.

DIEGUITO. ¡Hay que vé; tres veces viuda!

DON PEPE. ¡Y guapa veintisinco veses! Le viene de casta. Toas las que yevan ese yerro son juncales.

CORRALES. ¿Usté la ha tratao?

DON PEPE. Me la presentaron en la feria e Jerez, hase dos años. Iba ya de alivio der terser marío. Es una mujé que avasaya. Dos ojos tiene que desde lejos paese que gasta gafas negras.

REBOLLEDO. ¿Y es joven, no?

DON PEPE. De veintisinco a treinta abriles.

DIEGUITO. ¿Na más?

DON PEPE. Na más. ¡Y ha despachao ya media corría! Mucho cuidao con eya, nene.

DIEGUITO. ¡Dios me libre!

AMALITA. Dieguito ve los toros desde la barrera.

DIEGUITO. Zí, pero loz hay que zartan ar cayejón Amalita. *Vuelve Lucas.*

LUCAS. Con la venia, señora.

DOÑA TULA. ¿Viste ar señorito?

LUCAS. Y me ha dicho que hará por vení, pero que si no viene, usté no se sorprenda.

DOÑA TULA. Pos ya sé que no viene.

LUCAS. ¿Argo más?

DOÑA TULA. Espérate. Aquí Lucas puede darles a ustedes notisias…

LUCAS. ¿De qué?

DOÑA TULA. Se estaba hablando presisamente de esa señora.

LUCAS. ¡Ah!

DIEGUITO. ¿También usté la conoce, Lucas?

LUCAS. Un hijo mío, Curro, sirvió en casa der señor marqués del Asofaifo…

DIEGUITO. ¿Er zegundo marío?

LUCAS. Er segundo.

DON PEPE. Entendámonos. ¿Cuá rompió plasa?

DOÑA TULA. ¡Qué manera de preguntó por un marido!

LUCAS. Rompió plasa, como dise don Pepe, un señorito de Doña Molina, buen moso é, yamao don Antonio Palomiyo. Y le siguió en suerte, vamos ar desí, er señor marqués del Asofaifo. Y, claro está, sirviendo mi hijo en casa der señor marqués, más e cuatro veses me ha relatao a mí curiosos pormenores de la señora.

CORRALES. Hombre, cuente usté.

DIEGUITO. Zí, zí; vamos a cortarle un vestío antes de que yegue.

LUCAS. Y ¿no más vale que sierre mi pico?

DIEGUITO. ¿Por qué?

LUCAS. Porque si ya es notorio, señorito, que doña Diana va a tomá casa en Arminares, ¿ustés me comprenden?, como eso no hay quien lo remedie ni

lo impida, creo yo que es preferible inorá que sabé. ¿Está esplicao?

DIEGUITO. No, que no está explicao. ¿Qué vamos perdiendo con zabé?

AMALITA. Tienes mucha rasón. Enterarse de siertas cosas siempre es conveniente.

DOÑA TULA. Habla, habla sin reparo ninguno, Lucas.

LUCAS. Con la venia. Pos han de sabé los señores, en primer lugá, que doña Diana la viuda caminan siempre los trastornos. Pueblo a que yega, pueblo arborotao.

DON PEPE. ¡Lo creo!

LUCAS. Pero no por el aqué de que se arboroten los hombres en presensia de una mujé guapa, ¿ustés me comprenden?, que esto no sería de notá; sino porque eya yega, le echa el ojo a uno… ¡y aquér cae!

Risas.

DIEGUITO. ¡Qué Lucaz éste!

LUCAS. Su historia acredita lo que yo digo. Sortera estaba, yegó a Doña Molina, se encaprichó de don Antonio Palomiyo, y antes de tres meses se casaba con é… y antes del año lo enterraba.

DON PEPE. ¡Una faenita corta!

LUCAS. Se marchó de Doña Molina, porque a la cuenta le era enojoso seguí morando ayí, y en Puente Reá se repitió la mesma historia poco más o menos, con er marqués del Asofaifo. Lo conquistó, se casó, y a los pocos meses de matrimonio…

DON PEPE. ¡Las muliyas!

LUCAS. ¡Las muliyas! —dicho sea con respeto.

AMALITA. ¡Ay, Jesús!

LUCAS. Y er fin der cuento ya lo conosen los señores: en Arenales der Río, hay ahora dos años…

DON PEPE. ¡Sí; *dobló* er tersero! ¿Es eso to lo que sabes, Lucas?…

LUCAS. No, señó; que sé más de un porqué.

AMALITA. ¡Pero esa mujé es una epidemia que va de pueblo en pueblo!

DIEGUITO. Zólo que en ca pueblo no hay más que un cazo. ¡Ezo zí; furminante!

CORRALES. Hasta que le venga la contraria.

REBOLLEDO. Hombre, lo que iba a desí yo. Me lo ha quitao usté de la boca.

DOÑA TULA. Ya no se mueren ustedes este año.

DIEGUITO. ¡Cómo no ze caze arguno con la viuda!

DON PEPE. ¡Ja, ja, ja!

LUCAS. ¿Se ríe don Pepe?

DIEGUITO. ¿Va a habé que huirle a una mujé tan guapa?

AMALITA. ¡Qué lástima! ¿Verdá, Dieguito?

LUCAS. Iguá tiene huirle que no huirle.

DIEGUITO. ¿Eh?

LUCAS. Er que eya escoja, se lo yeva, aunque se meta en los profundos. Usa un arte inferná.

DON PEPE. ¡Señó, porque habrá dao hasta ahora con noviyeriyos!

LUCAS. No digo que no; me remito a las pruebas. ¡Una mujé que en la fló de la edá ha vestío luto por tres hombres!… Y eya, como los buenos casaores, se jata de que donde pone el ojo pone er tiro. *Ése*, dise eya, y *ése* es.

DIEGUITO. ¿Por qué no zeñala usté pa otro lao?

LUCAS. Así acontesió en Doña Molina, y en Puente Reá, y en Arenales.

DIEGUITO. *Un si es no es temeroso.* Y ¿quién le ha recomendao este clima?

DON PEPE. ¿De manera que *ése, y ése* es? ¡Como quien va a la plasa y escoge un poyo pa guisarlo! ¡Vamos hombre!

LUCAS. De eso se jata eya, torno a repetí.

DON PEPE. ¿Se qué?

LUCAS. Se jata.

DIEGUITO. Ze jarta quiere decí Lucas.

LUCAS. No, señó; no quieo desí se jarta: quieo desí lo que he dicho: se jata. ¿Ustés me comprenden? Se jata, blasona de eyo, presume, tiene esa

arrogansia, ese alarde, se enorguyese… ¿Está esplicao?

REBOLLEDO. A la perfesión, amigo Lucas: la viuda se jacta; se jacta. ¿Comprende usté, Dieguito? ¡Se jacta!

LUCAS. Justo.

DIEGUITO. ¡Ah! ¿ze *jacta*? Ezo no lo pronuncio yo bien como no me trague una espina. ¡Jac! ¡jac!

LUCAS. Y los señores han de vé si andando er tiempo nos acordamos o no nos acordamos de esta conversasión. Y verán asimesmo cómo dentro de pocos días comiensan a ocurrí cosas nuevas en Arminares; y cómo hay peleas entre los hombres, y anónimos, y amenasas, y letreros y sentensias por las esquinas, y fantasmas de noche…

DIEGUITO. ¿Fantasmitas también?

LUCAS. También. A to echa mano eya pa conseguí sus fines. En na repara. Cuando a mí me dijeron que a Arminares venía, yo no respondí sino esto: —Preferiría la langosta en los trigos y la filosera en las viñas, a esa señora en las casas der pueblo. Y dicho quea. ¿Argo más, doña Tula?

DOÑA TULA. Anda con Dios.

LUCAS. Con la venia. *Se retira por el patinillo.*

DIEGUITO. Ziempre ha zío este Lucas un poquiyo lúgubre. Buen hombre, zerviciá, honrao zi loz hay… pero una mijita tenebrozo. ¿Está explicao?

DON PEPE. ¡Como que a creerlo a é, Arminares va a convertirse en la *Andalusía trágica* de que hablan los periódicos!

CORRALES. ¡Pos ahí tenemos a la viuda!

AMALITA. Es verdá; ya está ahí.

DIEGUITO. ¡Pos vamos a encomendarnos a Dios!

DON PEPE. Y que viene de negro y plata.

Movimiento de gran curiosidad. El Marqués de la Espuela de Galán abre de par en par el portón para presentarse en la tertulia del brazo de Diana, dándole al hecho la solemnidad que merece. Viste Diana de negro con

mantón blanco. Su sola presencia acredita las afirmaciones de Lucas. El Marqués es un señor correcto y amojamado, cultivador de las letras clásicas.

MARQUÉS. Santas y buenas noches.

DOÑA TULA. Buenas noches.

Repiten todos el saludo.

MARQUÉS. Tula, amiga mía: tengo el honor y el gusto de presentarte a Diana Vivar, la nueva Diana que, aún de día, alumbra las calles de Alminares.

DIANA. ¡Qué galante es! Señora…

DOÑA TULA. Es para mí un plaser resibir su visita. Viene usté a honrar mi casa.

DIANA. ¡Por Dios!

DOÑA TULA. *Presentándosela a los contertulios, con quienes cambia afectuosas sonrisas.* Mi sobrina Amalita… Juan Corrales… Dieguito Florido… Ricardo Reboyedo… Don Pepe Arcolea…

DON PEPE. Nosotros nos conosemos ya. ¿Cómo está usté, Diana?

DIANA. *Fingiendo que no lo recuerda.* ¿Qué nos conosemos?

DON PEPE. ¿No se acuerda usté? ¡Arcolea! ¡Pepe Arcolea! ¡*Don Pepe* Arcolea, como me yaman los amigos!

DIANA. Dispense usté, pero no caigo… ¿Dónde nos hemos conosido?

DON PEPE. ¡En Jerez! ¡En los toros! ¡Si tomamos una copa e vino en er mismo parco!

DIANA. En Jerez… en los toros… No caigo; la verdá.

DIEGUITO. *A Corrales.* (¡Vaya un revorcón que ze ha yevao por prezuntuozo!).

DON PEPE. Le daré a usté unos rabitos e pasas pa que haga memoria: se me ocurrió desirle a usté, y usté se estuvo riendo diez minutos, que tenía usté dos niñas en los ojos que eran dos moñas de torero.

Se ríen todos, menos la viuda.

DOÑA TULA. Cosas de don Pepe…

DIANA. ¡Ah!… sí… Ya, ya, ya voy recordando… *A doña Tula.* Pos yo, señora, no he venido antes a su casa de usté, porque no se me yamara entrometidiya…

DOÑA TULA. ¡Qué disparate! Pero, siéntese usté…

DIANA. Crea usté que tenía verdaderos deseos… Yo soy muy partidaria der trato. Y sé que su casa de usté es muy hospitalaria.

DOÑA TULA. Ya se echa de vé quién le ha hablao a usté de eya…

MARQUÉS. *Solemnemente.* Justicia, justicia…

Se aleja un poco y contempla embobado a la antigua dama de sus pensamientos.

DIANA. Una cosa me han dicho que me ha hecho la grasia der mundo.

DOÑA TULA. ¿Qué le han dicho a usté?

DIANA. ¿Usté no se ofende? Me han dicho que le yaman a esta tertulia *la Aduana*, porque por aquí pasan tos los forasteros.

Risas generales.

DOÑA TULA. Sí, sí; *la Aduana* le yaman, es verdá. En los pueblos nadie se libra de los motes.

DON PEPE. Ése ha sío sertero: ¡*la Aduana*!

AMALITA. Dieguito se lo puso.

DIANA. ¿Quién?

AMALITA. *Señalándolo.* Dieguito Florido.

DIEGUITO. *Curándose en salud.* Zí; pero sin queré yamá la atención ni buscá las parmas.

DIANA. ¡Ay, qué sombra tiene!

Clava los ojos en Dieguito. Éste se turba y pretende esquivarlos. Es inútil; la viuda lo sigue con ellos adondequiera que él se va. Todos se dan cuenta del caso. Don Pepe, allá en lo íntimo de su ser, siente envidia.

DON PEPE. ¡Este Dieguito es muy salao!

El inesperado elogio de Don Pepe contraria a Dieguito.

AMALITA. Se corre por ahí que canta usté con mucho estilo.

DIANA. Eso mismo se corre de usté. Y yo lo confieso: er canto es una de mis pasiones. Con visio me gusta.

AMALITA. Como a mí.

DON PEPE. Entonses, esta noche nos dará usté la alegría de escucharla…

DIANA. Hombre, esta noche es demasiao prontiyo… ¿no?

DOÑA TULA. Aquí pasamos así er rato: mi sobrina canta, Reboyedo toca, otras muchachas bailan, er marqués dise versos suyos…

MARQUÉS. ¡Oh!

DOÑA TULA. Don Pepe nos cuenta chascarriyos con er Balero que Dios le ha dao…

DIEGUITO. ¡Porque don Pepe zí que es zalao de veras!

DIANA. *A Dieguito.* ¿Y usté, qué hase?

DIEGUITO. *Turbado.* ¿Yo? ¡Oigo!

DIANA. *Soltando la carcajada.* ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, qué grasia de hombre! Yo oigo, dise. ¡Ja, ja, ja! Usté disimule mi risa, pero cuando me da el ataque, no sé contenerme. ¡Y ha sido ese un gorpe maestro! ¡Ja, ja, ja!

DIEGUITO. *A Amalita, alarmadísimo.* (¡Me paece que me ha echao bola negra!).

AMALITA. *A Dieguito.* (Bien empleao te estaría, por coquetón).

DIEGUITO. (¡Yo no creo que tenga tanta gracia lo que yo he dicho!).

DIANA. ¿Hay secretos?

DIEGUITO. No, no, zeñora… Es que le estaba pidiendo a Amalita que, pa decidirla a usté, cantara eya argo.

DIANA. Muy buena idea. Es una idea muy oportuna. Soy la primera en agradeserla. Ande usté, Amalita, complázcalo usté.

AMALITA. Primero, que er marqués diga argunos versos.

MARQUÉS. ¿Quién se acuerda de esas antiguallas?

DON PEPE. Sí, marqués, sí: ¡esta noche tienen que banderiyeá los mataores! ¡Esta noche es solerne!

Diana no ha prestado atención a la frase.

MARQUÉS. Bien, bien; más vale no hacerse rogar. ¿Qué digo, Tula?

DOÑA TULA. Dí un *epígrama*.

DON PEPE. Uno picantiyo: er de Segunda, diga usté.

CORRALES. *A Dieguito.* (¡Cuidao que yeva representasiones!).

MARQUÉS. ¿El de Segunda? Sea.

Casose Paco Reinoso
con Segunda Baraúnda,
y desde que fué su esposo,
se volvió tan malicioso…
¡que siempre *va* con Segunda!

Risas de cortesía y aplausos.

DIANA. Muy bien, muy bonito…

MARQUÉS. Mil gracias. En mis juventudes hice basta una media docena de ellos. ¡Es un género tan difícil!

AMALITA. ¡Ahora, una copla!

DIANA. ¡Ay! sí, una copla. Diga usté una copla. Yo tengo pasión por las coplas.

MARQUÉS. ¿Una copla? Vaya la de los días de gala. A Tula.

DOÑA TULA. ¡Adelardo!

MARQUÉS. A Tula. Cantar.

Prendido al corazón llevo
un negro lazo de tul;
quítale la *ele* del *luto*,
y el *tul*. Tula, serás *tú*.

Nuevos aplausos y muestras de aprobación.

DIANA. ¡Qué ingenioso!

MARQUÉS. ¡Qué amable, usted! El cantar también es género difícil. Yo escribí en mis tiempos así como una docenita del fraile. No más.

CORRALES. *A Dieguito*. (Y ¡qué bien se debe de canté por *bulerías* eso der *tur*, *Tula*!).

DOÑA TULA. Amalia, anda tú. Anímate. Canta una cosita.

AMALITA. ¡Sí, señora! *A Diana*. Y usté disimule los gayos que yo dé.

DIANA. No pase usté sustiyo.

AMALITA. Reboyedo.

REBOLLEDO. Usté mande.

AMALITA. *La muerte chiquita*.

DON PEPE. ¡Buena elersión!

AMALITA. ¿Le agrada, don Pepe?

DIANA. ¿Cómo se yama lo que va a cantá?

DON PEPE. *La muerte chiquita*.

DIANA. *A Dieguito*. ¿Cómo ha dicho usté?

DIEGUITO. Yo no lo he dicho: ha zío don Pepe. *La muerte chiquita*. Ez una canción que canta Amalia como los propioz ángeles.

AMALITA. ¿Te vas a divertí conmigo?

DIANA. Vamos a oírla.

Música

AMALITA.

¡Ay! mamita, y ¡ay! mamita,
óigame usté un secretito:
er sobrino de Benita,
Benitito,
me da la muerte chiquita.

Que lo miro, que me mire,
que lo veo, que me vea,
que suspiro, que suspire,
que se marcha, que se quea,

ya me tiene usté, mamaíta,
trastorna por la muerte chiquita.

Es un fresquito que es caló,
es un sartito sin sartá,
es un temblá que no es tembló,
es un tembló que no es temblá…
¡Que me da!
¡Que me dio!
¡Que me dio!
¡Que me da!

Estremeciéndose.

¡Aaaaah!…

Que lo vea caye arriba,
que se vaya caye abajo,
que me pida que le escriba,
que me cante por lo bajo,
ya me tiene usté con la cosa
de la muerte chiquita dichosa.

Es un fresquito que es caló…
etc., etc.

Cesa la música.

Grandes aplausos y felicitaciones.

Diana. ¡Presiosa! ¡presiosa! ¡Y grasiosísima! Y ¡qué bien la dise!

Amalita. Grasias; es favó.

DIANA. Tiene usté que enseñármela. Usté y yo vamos a sé muy amiguiyas.

AMALITA. Sí, señora.

DIANA. ¡Cuidao si es monísima la cansión! ¡*La muerte chiquita*! Me va a mí eso. *Mirando a Dieguito.*

¡Que me da!
¡Que me dio!
¡Que me dio!
¡Que me da!
¡Aaaaah!…

¡Ya lo creo que tiene usté que enseñármela!

AMALITA. ¡Digo!

DOÑA TULA. ¿Y usté, qué va a cantarnos?

DIANA. ¿Por fin?

DON PEPE. ¡No fartaría otra cosa!

AMALITA. ¡Claro! Ande usté, ande usté. *Todos insisten.*

DIANA. Ea, pos vamos ayá. Estoy yo pensando qué cantarles… Diga usté, maestro.

REBOLLEDO. Señora.

DIANA. ¿Conose usté la cansión der *Sinito mío*?

REBOLLEDO. ¡Sí, señora! ¡La conozco y la sé!

DON PEPE. ¡Este Reboyedo es una corchea con pantalones!

DIANA. ¿Podrá usté acompañármela?

REBOLLEDO. ¿Quién dijo podrá?

DIEGUITO. *A Corrales.* (No ze entera de na de lo que le brinda don Pepe. ¡Ze le ha zentao en la boca'el estómago!).

DIANA. ¡Vamos, que haserme a mí cantá esta noche!…

DON PEPE. Y me desía usté a mí que era prontiyo…

DIANA. ¡Pos ha cambiao el aire!

REBOLLEDO. Cuando usté guste, doña Diana.

Diana. ¿Doña Diana? ¿Qué le he hecho yo a usté?

Rebolledo. Cuando usté guste.

Música

Diana canta con intención y brío, dedicándole la canción a Dieguito, que no sabe dónde meterse.

Diana.

¡Fué mi sino
encontrarte en mi camino!
¡Fué mi suerte
vorvé los ojos y verte!

Sin conoserte te quería,
sin que me hablases te escuchaba,
y aunque tu nombre no sabía,
¡por ér te yamaba!

¡Fué mi suerte
vorvé los ojos y verte!

Y me asartó un desvarío
y la sangre se me ardió,
y sentí que tú eras mío
y de otra ninguna, no.

¡Fué mi orguyo
lograr er cariño tuyo!
¡Fué mi sino

encontrarte en mi camino!

Cesa la música.

Aplausos de entusiasmo, ¡bravos! etc., etc.

DOÑA TULA. ¡Soberbia! ¡soberbia!

MARQUÉS. ¡Deliciosísima canción!

AMALITA. ¡Qué voz más bonita! ¡Qué encanto!

CORRALES. Y ¡qué estilo más neto!

DON PEPE. ¡Sangresiya torera, na más!

DIEGUITO. Muy bien, muy bien cantao…

DIANA. Muy bien oído… y muy bien acompañao.

REBOLLEDO. ¡Se acompaña usté sola!

DIANA. No lo crea usté.

MARQUÉS. ¡Bis! ¡bis!

DIEGUITO. ¿Cómo?

MARQUÉS. ¡Bis! ¡bis! ¡Esto hay que oírlo nuevamente!

AMALITA. ¡Sí! ¡sí! ¡Otra vez! ¡otra vez!

Generales aplausos.

DIANA. ¡Cuánta amabilidá!… Acabaré por abochornarme…

REBOLLEDO. A la disposición de usté, señora.

DIANA. Nos echaremos la vergüensiya a la esparda. Después de to, a nadie le amarga un durse. *Se prepara a cantar.*

DIEGUITO. *Buscando un pretexto para irse, mira su reloj.* ¡Huy, qué tarde! Yo, con permizo de ustedes, me tengo que í… Lo ziento… pero me tengo que í…

DON PEPE. ¿Será usté capaz de dejá esto ahora?

DIEGUITO. *Aturdido.* No tengo más remedio… Es que mi tita está un poco malucha…

DOÑA TULA. ¿Sí?

AMALITA. ¿Sí?

DIEGUITO. No es coza de cuidao… Un catarriyo… Ze azomó ar barcón la otra noche y ze pasmó… Y hoy le dolía mucho la cabeza… Y he quedao en yevarle dos zinapismos…

AMALITA. Mira, compra cuatro.

DIEGUITO. ¿Eh? Condiós, doña Tula…

DOÑA TULA. Adiós, hijo. Que se alivie la enferma.

Dieguito no ve la salida. Azoradísimo, les va dando la mano a todos los presentes.

DIEGUITO. Gracias… Zeñora, ya zabe usté dónde tiene zu caza y un amigo…

DIANA. *Confundiéndolo aún más con su sonrisa y sus palabras y estrechándole la mano mientras habla con él.* Muchísimas grasias… Por mi parte, en cuanto yo ponga mi casa, que aún vivo en la fonda, me fartará tiempo pa ofresérsela a usté…

DIEGUITO. Gracias… gracias…

DIANA. Cuento con sus visitas…

DIEGUITO. Zí, zeñora; zí…

DIANA. Con su amistá…

DIEGUITO. Zí, zeñora…

DIANA. Con su… Vaya usté con Dios, Diego.

DIEGUITO. Condiós, zeñora… Amalita, condiós…

AMALITA. Que te alivies, hombre…

DIEGUITO. No, zi la enferma es mi tita. Condiós, Corrales…

CORRALES. Condiós, Dieguito.

DIEGUITO. Condiós, Reboyedo…

REBOLLEDO. Vaya ustécon Dios.

DIEGUITO. Condiós, Marqués…

MARQUÉS. ¡Siempre a su devoción!

DIEGUITO. Condiós, don Pepe…

DON PEPE. Hasta mañana, niño.

Dieguito. Hasta mañana… Doña Tula…

Doña Tula. De mí te despediste ya.

Dieguito. Zí, pero como ez usté la dueña… Buenas noches… *A Lucas, que aparece en el fondo, dándole la mano también.* Condiós, Lucas…

Lucas. *Sorprendido.* Páselo usté bien, señorito.

Don Pepe. ¡Que se va usté sin er sombrero!

Dieguito. Tengo en mi caza otro… Buenas noches… Pero de toas maneras… Buenas noches…

Coge su sombrero y gana la puerta como puede.

Don Pepe. ¡Ja, ja, ja!

Don Pepe se ríe con intención de que se haga leña de Dieguito. Diana corta la risa con una pregunta de interés.

Diana. ¿Quién es este muchacho tan simpático?

Doña Tula. Dieguito Florido. Una beya persona.

Don Pepe. ¡Y un hazmerreí, como está usté viendo! ¡Una mojiganga!

Diana. Eso será según se mire. *A Amalita.* ¿Verdá?

Amalita. ¡Naturalmente!

Doña Tula. Vive solo con una tía que adora en é.

Rebolledo. Diana, yo estoy aquí a sus órdenes. Cuando usté me mande, señora.

Diana. ¡A eyo!

Locas. *Que ha permanecido observando el cuadro.* (¡Ya seniensió! ¡Don Dieguito Florido ha hecho su fortuna!).

Música

Diana.

¡Fué mi sino
encontrarte en mi camino!
¡Fué mi suerte
vorvé los ojos y verte!…

Cae el telón.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Calle. A la izquierda del actor, la casa de Dieguito Florido. Es de noche y hay luna. En una esquina, un farol encendido. Cerca de él, colgado en la pared, un cepillo de Animas.

Música

El misterio de la noche envuelve las blancas calles de Alminares. De vez en cuando sopla el aire con rumor temeroso; de vez en cuando con suspiros de amor, con ayes de celos o con lamentos de desvíos. Una campanada suena en la torre de cercana iglesia.

Diana, recatado el hermoso rostro tras un negro velo de encaje, sale por la derecha. Se detiene ante el cepillo de Ánimas y deja una limosna en él. Sigue su camino y desaparece por opuesto extremo de la calle, mirando con ilusión e interés la casa de Dieguito. El aire que al pasar respira queda lleno de palpitaciones juveniles, de secretos de amor…

Cuando cesa la música, Don Pepe Alcolea, que a la cuenta seguía o espiaba los pasos de la interesante viuda, sale por donde ella.

Don Pepe. Con el achaque de la limosnita pa las Ánimas, esta mujé yeva ya ocho días paseándole la caye a ese nene. ¿Le paese a usté? ¡Y tres meses largos disiéndole de toas maneras que le gusta! ¿Es o no es una aberrasión? Pero ¿qué grasia le habrá encontrao pa perseguirlo así? Cuando a un mataó le sale un toro de esas condisiones, que le embiste a to menos ar trapo, loco se vuerve y no sabe qué lidia darle. *Mira hacia la izquierda.* Ayí viene mi hombre. ¡Con toa la cara de un sacristán de monjas!… Y

acompañao de dos amigos, pa que no se pierda la criatura. ¡Angelito! Aguardaré a que lo dejen solo. Por supuesto, Pepe Arcolea, si antes de una semana no has clavao tú media estocá en to lo arto, ¡córtate la coleta ya, y ponla en tu casa en un cuadrito, junto a la trensa de tu abuela! ¡Y sin cristá, pa que se entretengan las moscas!

Se oculta por donde salió. Queda la calle sola un momento. Luego aparecen por la izquierda Dieguito, Corrales y José María, nuevo camarada.

CORRALES. Ea, Dieguito: ya yegaste a tu casa sano y sarvo. Ni te han maniatao en er camino, ni te ha salío ar paso er fantasma, ni te han cortao la nuez.

JOSÉ MARÍA. Esta guarda nos la tienes tú que pagá de argún modo.

CORRALES. Eso en la bodega, en la bodega.

DIEGUITO. Estaba mirando pa ayá, porque me parecía que había ayí un burto…

CORRALES. ¡Lo que hase er mieo!

Se ríen los dos amigos.

DIEGUITO. Es que ar más guapo le doy yo esto que a mí me paza… ¡Acozao por una mujé que en cinco años ha enterrao a trez hombres, y que ze ha fijao en mí pa que zea er cuarto! Reírze, reirze, que tiene mucha gracia; pero yo ¡he pazao un veranito!… ¿No hay ayí un burto?

CORRALES. ¡No, hombre! ¡Son tus ojos!

DIEGUITO. Es menesté ponerze en mi lugá. ¡No voy a un zitio que no me la encuentre! Y luego a mi tita la ha envuerto. La tiene embelezá. Tos los días le manda un regalito; o tortas, o yemas, o flores, o vino durce, o azofaifas… Ahora mismo ze va a pazá en zu finca de *Los Naranjales* er mes de zetiembre. ¡Pos ya ha comprometío a mi tita pa que vayamos unos días eya y yo!

CORRALES. Es que ha invitao a mucha gente, hombre.

DIEGUITO. ¡Como que no zabe dizimulá!

JOSÉ MARÍA. Por sierto que a don Pepe Arcolea no lo ha invitao, y está don Pepe que echa humo.

DIEGUITO. A don Pepe no lo traga ni con meloja. Y lo que iba a decí: figúrenze ustedes a Diana en *Los Naranjales*, a la luz der zó o a la luz de la luna… con los olores de la huerta… con lo que marean las maripozas… con er calorzito de zetiembre… ¡No voy! ¡No voy, porque no zoy de amianto!

CORRALES. ¿Que no vas?

DIEGUITO. ¡Que no voy! ¡Cómo no ze empeñe mi tita! ¡Es mucha mujé la viuda! ¡Ze le mete a uno por los zentíos! ¿Cómo dirán ustedes que me recibió la otra mañana? ¡Pos na más que en zu arcoba; porque decía que ze encontraba acatarraiya! ¡Mentira arrastré! Y me hizo pazá ayí, y me la encontré muy entre zábanas de holanda, azomando na más que la cabecita por el embozo, y con una cofia de encajes muy escarolá. Yo no zé zi eya tendría de veras un catarro, pero er que zudaba era yo. De cuando en cuando zacaba una manita y ze zonaba con un pañolito roza tamaño azí. *Dos pulgadas en cuadro.* ¡Pa comérzela! ¡Pa comérzela! yo lo comprendo. ¡Pero a mí no me da la gana de comérmela, porque me va a hacé daño!

CORRALES. ¡Vamos, hombre! ¡Me da rabia oírte!

DIEGUITO. ¿Rabia? ¡Tú te orvías de loz antecezores!… Que en paz descanzen. Ayí tenía er retrato de los tres. Con unas caras muy zonrientes… ¡Caray!

JOSÉ MARÍA. Rasón de más. ¿Dónde hay camino más seguro que er camino robao?

CORRALES. ¡Er muerto al hoyo!…

DIEGUITO. ¡Er muerto zí, pero er vivo no!

CORRALES. ¡En tu peyejo quisiea yo verme!

DIEGUITO. Ezo me paza a mí: que quiero verme en mi peyejo muchoz años.

CORRALES. Bueno, pos condiós y que descanses.

JOSÉ MARÍA. No vayas a soñá con eya.

DIEGUITO. Condiós, zeñores. Hasta mañana. Fijarze ar pazá ahora zi no hay ayí un burto. *Los dos amigos se marchan por la derecha riéndose. Dieguito da dos pasos hacia su casa. Se oyen dentro maullidos y ladridos en competencia.* Ya van ezos dos haciendo er perro y er gato pa azustarme. ¡Qué

mala zombra tienen! ¡Ay, ze me orvidaba! *Acércase al cepillo y echa en él cuatro o cinco monedas.* ¡Por to lo contrario! ¡Yo creo que me harán a mí más cazo que a eya! ¡Echo más dinero y zoy vecino!

Sale nuevamente Don Pepe, se acerca a él y le pone una mano en el hombro. Dieguito se encoge sin mirarlo. ¡Er burto!… ¡Este ez er burto!… ¿Quién?

DON PEPE. Gente de paz.

DIEGUITO. *Respirando de gozo.* ¡Don Pepe!

DON PEPE. Me yamo. Don Pepe Arcolea Martín y Ramírez de la Cuesta.

DIEGUITO. Y ¿a qué viene ahora la fe de bautismo?

DON PEPE. A recordarle a usté con quién habla esta noche y en este momento: ¡Don Pepe Arcolea Martín y Ramírez de la Cuesta!

DIEGUITO. Pos yo, don Pepe, estoy tan achicao, que cazi cazi no zoy más que D. F.: la marca de los carzonciyos.

DON PEPE. Bueno, no vengo a escuchá tonterías.

DIEGUITO. A la recíproca, don Pepe. ¿Quié usté pazá?

DON PEPE. Grasias. Tengo que hasé en la caye.

DIEGUITO. ¿A estaz horas?

DON PEPE. De la una pa arriba. Ar grano. Usté sabe tan bien como yo que hase ya tres o cuatro noches que sale por las cayes un fantasmita a asustá a las viejas y a los chiquiyos…

DIEGUITO. ¡Ya lo creo que lo zé! ¡Más me he acordao de los vaticinios de Lucas!… Apenas da la una en la iglezia y ze apagan las luces der pueblo, aparece en la esquina. Desde aqueya ventanita lo veo yo. *Señala hacia arriba, a la irquierda.* Viene, mira pa tos laos, y escribe un letrerito en mi paré.

DON PEPE. ¿Un letrerito?

DIEGUITO. Es claro que lo primero que mi criao hace por las mañanas es zacá una escobiya y encalarlo…

DON PEPE. Pero, hombre, ¿y teniéndole la hora cogía, cómo no le han dao ustés ya un susto?

DIEGUITO. Porque ér ze adelanta; y er que da primero da dos veces. Además, ze enteraría mi tita… Y luego, que no pone más que tonterías, no ze figure usté… Ya ze canzará. Miste lo que me puzo anoche: ze me ha quedao imprezo:

«Dieguito, Dieguito,
te cazarás con la viuda, azao, aliñao o frito.»

Que ni tiene gracia, ni pega bien… ¡ni na!

DON PEPE. Pos en mi puerta han aparesío también unos versos chistosos, y he estao dos noches esperando pa darle las grasias ar poeta. Pero no ha vuerto por ayí. De ahí que me haya determinao a vení a buscarlo en esta caye.

DIEGUITO. Don Pepe…

DON PEPE. ¿Qué pasa?

DIEGUITO. ¿Y zi ze encuentra usté un dijusto?

DON PEPE. Er dijusto lo que voy es a darlo, niño.

DIEGUITO. Ayá usté, entonces. Oiga usté: ¿qué decían los verzitos; que me ha picao la curiozidá?

DON PEPE. ¡Qué sé yo! No me acuerdo… Una cosa así…

«Vive en este caserón
un hombre que ar mundo pasma…
por su mucho corasón;
y no le asusta er fantasma…
porque él es *un fantasmón*.»

¡Ya le daré yo a ése aleluyas!

DIEGUITO. *Sin poder reprimir la risa.* ¡Ja, ja, ja!

DON PEPE. *Mosqueado.* Bueno está de risa, mosito. Y quéese usté con Dios.

DIEGUITO. Vaya usté enhorabuena.

Don Pepe. ¡No se descomponga usté si oye un tiro!

Vuelve a marcharse por la derecha.

Dieguito. ¡Caray! No creía yo que era don Pepe tan rezuerto. Y lo han puesto azí los dezaires de la viuda. No conziente é que ninguna mujé lo dezaire. ¡Ya podía tomarla con é! ¡Lástima que no zea zu tipo! *Da la una en la iglesia.* ¡La una! *Se apaga la luz del farol.* ¡Huy! A cazita. *Éntrase a su casa y cierra la puerta, tras de sí.*

Pausa. La música en la orquesta recuerda hasta el final del cuadro los temerosos ecos del principio. A poco aparece por la izquierda el Fantasma. Es una máscara de pueblo, que lleva sobre la cabeza una luz dentro de un puchero agujereado. Anda como queriendo parecer alma del otro mundo. Observa la calle, y, cerciorado de su soledad, escribe un letrero en la fachada de la casa de Dieguito. Cuando va a retirarse por la derecha, sale pon Pepe, revólver en mano.

Don Pepe. *Apuntándole.* Arto ahí, fantasmita. *Éste se para en seco.* Como te menees, te tiendo de un balaso. ¿Quién eres? *El fantasma calla.* ¿Quién eres? O hablas o le doy gusto ar deo.

Rinconera. *Con voz entrecortada. Rin… Rin… Rinconera* zoy, zeñorito.

Don Pepe. ¿*Rinconera*? ¿Er cochero de doña Diana?

Rinconera. Zervidó.

Don Pepe. Y ¿sales así por tu gusto?

Rinconera. No; que zoy mandao.

Don Pepe. Pos elige entre estos dos caminos: o dejá que te apague yo de un tiro la luz de la oya, y se acabaron los fantasmas en er pueblo, o haserte amigo mío.

Rinconera. Prefiero hacerme amigo de un hombre tan hombre como lo es don Pepe Arcolea. *Se descubre.*

Don Pepe. ¿Me conoses?

Rinconera. De zobra, zeñorito.

DON PEPE. Pos echa caye arriba.

RINCONERA. ¿Adónde vamos?

DON PEPE. Por lo pronto, a mi casa.

RINCONERA. Está bien. *Se encamina hacia la derecha y desaparece diciendo:* (¡Er mesmo demonio es mi zeñora!).

DON PEPE. ¡Fantasmitas a mí! ¡Tanto mato yo de noche como de día!

Dieguito habla desde la ventana alta que señaló antes. No se le ve.

DIEGUITO. ¡Don Pepe!

DON PEPE. *Buscándolo en torno.* ¿Eh?

DIEGUITO. ¡Aquí estoy!

DON PEPE. ¡Ah!

DIEGUITO. ¿Bajo?

DON PEPE. ¿Pa qué, hombre? ¡Siga usté con lo que esté hasiendo!

DIEGUITO. ¿Quién ez er fantasma?

DON PEPE. ¡Esas cosas se averiguan personarmente! ¡Tómese usté una tasita e tila con asahá!

DIEGUITO. ¿Quié usté leerme lo que ha puesto esta noche?

DON PEPE. ¡Sí, seño! *Acércase a la fachada, se alumbra y lee:*

La viudita, la viudita,
la viudita se quiere casá,
con er conde, conde de Cabra,
conde de Cabra se le dará.

DIEGUITO. Y er conde de Cabra ¿zoy yo?

DON PEPE. ¡Eso, ya lo veremos! —¡En Arminares no hay más mataó de arternativa que don Pepe Arcolea!

Vase tras Rinconera.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Pequeña glorieta en un naranjal de la huerta de Diana, conocida por «Los Naranjales». Dos o tres bancos de azulejos. Es mediodía.

Por entre los naranjos de la derecha sale Dieguito, huyendo de Diana, y se sienta en un banco a meditar.

DIEGUITO. Ze lo dije a mi tita. ¡Cuidao que ze lo dije! Busque usté un pretexto, y no vayamos a *Los Naranjales*. ¡Zi no quié usté poné en peligro ar zobrino que tiene! En cuatro días que yevo aquí, he perdío tres kilos. ¡Yo no zé qué hacé ya con esta zeñora! Me perzigue como a una liebre. Y corre más que yo. Vi a tené que rezorverme a lo que he penzao. Zí, zí: es lo más zeguro. Amalita está aquí; Amalita zueña conmigo… y zuspira por que yo le diga «buenoz ojos tienes»; a mí me gusta eya… ¡Pos la zaco de penas, y vaya un burladero que he encontrao! Pero ¿cómo no ze me ocurriría esto antes? Na, na; en cuanto que la encuentre zola le digo que la quiero. *Quédase abstraído.*

Por la derecha también aparece Diana. Viene para comérsela, aunque haga darlo, como teme Dieguito. En su traje no hay ya ni la más ligera alusión a sus difuntos. Se acerca a Dieguito de puntillas y le tapa la cara con el abanico, preguntándole candorosamente:

DIANA. ¿Quién soy?

DIEGUITO. *Sobresaltado.* ¿Qué?

DIANA. ¿Quién soy?

DIEGUITO. *Riéndose dela gracia como un conejo que ve una escopeta.* ¡Jeee!

DIANA. Tunantillo… ¿qué hase usté aquí tan solo?

DIEGUITO. ¡Penzando!…

DIANA. ¿Pensando? Y ¿en qué está usté pensando, ingratiyo?

DIEGUITO. En mis cozas… en miz azuntos…

DIANA. ¿No será en arguna personiya, truhán? ¿A que sí? ¿Por qué letra empiesa? *Dieguito sopla sofocado.* Vamos, dígamelo usté a mí: ¿por qué letra empiesa? *Vuelve a soplar Dieguito.* ¿Qué es eso? ¿Tiene usté caló? *Lo abanica con mimo. Dieguito siente un leve mareo.* ¿Qué le pasa a usté?

DIEGUITO. ¡Pos que cuando usté me abanica me entra más caló!…

DIANA. ¡Ay, qué grasioso! No lo pué usté remediá: está usté sembrao. Ea, tome usté; abaníquese usté solito…

DIEGUITO. Muchas grasias. *Se abanica mirándola.*

DIANA. Estoy pasando unos días en *Los Naranjales*, Dieguito, que nunca se me orvidarán.

DIEGUITO. No; ni a mí tampoco.

DIANA. ¿De veras?

DIEGUITO. Se lo juro a usté.

DIANA. *Suspirando intencionadamente.* ¡Ay!…

DIEGUITO. Diana…

DIANA. *Como si esperara la declaración amorosa de Dieguito, lo detiene con un cariñoso ademán.* Aquí no…

DIEGUITO. ¿Aquí no… qué?

DIANA. Lo que tenga usté que desirme… eso que estoy leyendo ya en sus ojiyos, no quiero que me lo diga usté aquí… Va usté a desírmelo oriyita de la arberca. Yo tengo pasión por aquer rinconsiyo… ¡Está tan ocurto y tan solitario!…

DIEGUITO. Pero…

DIANA. ¿No oye usté? Ya vienen ahí las muchachas… Aquí no tenemos soledá ni sosiego… Váyase usté a la arbórea y espéreme ayí…

DIEGUITO. Bueno, bueno… me voy a la arberca… ¡Pué zé que me encuentre usté en er fondo!

Diana. ¡Ay, qué grasia de hombre!

Dieguito la mira, no sabe qué decirle o no se atreve a decirle lo que piensa, sopla nuevamente muy sofocado y se va por la izquierda. Diana lo ve ir muerta de risa.

Música

Diana. *Dirigiéndose a un grupo de muchachas, entre las cuales viene Amalita, y cuyas voces llamándola se oyen dentro.*

¡Aquí, niñas, aquí me tenéis!
¡Venid si queréis
que yo os dé mi consejo mejor!

Salen las Muchachas.

¡Venid y sabréis
cómo lograréis
la victoria segura en amor!

Ellas.

¡Hable ya, que escucharla queremos!
¡A vé si aprendemos
de sus artes el arte mejor!
Sorteras nos vemos,
amor pretendemos,
¡y nos vuerve la esparda el amor!

Diana.

Tres veses me enamoré,
tres victorias conseguí:
tres fortalesas sitié,
tres fortalesas rendí.

Unas.

¿Cómo?

Otras.

¿Cómo?

Diana.

¿Cómo? ¡Así!

Todas.

¡Diga usté!

Diana.

La mujer a quien un hombre le interese,
que nunca lo confiese;
que nunca dé su nombre;
que se finja enamorada de otro hombre,
y que si ha de señalarlo diga: ¡Ése!
¡Ése! ¡Ése!

Señala a la vez con el índice y con el pulgar, abiertos en ángulo.

Ellas.

La mujer a quien un hombre le interese…
etcétera, etc.

Diana.

Y esto suele sé bastante;
pocas veses es presiso nada más:
señalando ar de delante,
se consigue ar de detrás.

Porque el hombre pierde siempre la cabesa
y siempre se interesa
si no se le prefiere,
y dolido der desaire que le hiere,
se enardese y se enamora y grita: ¡Ésa!
¡Ésa! ¡Ésa!

Ellas.

Porque el hombre pierde siempre la cabesa…
etcétera, etc.

Diana.

Así, niñas, lo hise yo:
¡así tres veses vensí!

Ellas.

¡Así tres veses vensió!

Diana.

¡Tres fortalesas rendí!

Ellas.

¡Tres fortalesas rindió!

Cesa la música.

Sale por la derecha Rinconera, criado de Diana, a quien conocimos vestido de fantasma en el cuadro anterior.

Rinconera. Zeñora.

Diana. ¿Qué hay, *Rinconera*?

Rinconera. Carretera alante, en zu jaca baya, he divizao a don Pepe Arcolea, comiéndoze los campos. Hacia acá viene.

Diana. Bueno, ¿y qué?

Rinconera. Yo, por zi la zeñora quería…

Diana. No, no… Es desí… Niñas, ¿ustedes quieren que lo hagamos pasá?

Amalita. Sí, sí; que es muy grasioso. ¡Vamos a salirle al encuentro!

Todas. ¡Vamos, sí; vamos! *Se van corriendo por la derecha.*

Diana. *Bajo a Rinconera.* (¡No hay oro pa pagarte a ti!).

Rinconera. *Bajo también a ella.* (¡Pos págueme usté en plata!). *Vase detrás de las muchachas.*

Amalita. *Que se ha detenido en el fondo.* ¿Usté se queda?

Diana. ¿Yo? Sí. ¡De qué poquito les sirven a ustedes mis lesiones!

Amalita. ¿Por qué lo dise usté?

Diana. Porque a los hombres no debe demostrárseles nunca interés por eyos. ¿No te has enterao? A mí don Pepe me va a encontrá hablando con Dieguito en la arberca.

Amalita. ¿Sí, eh? Pos usté con Dieguito no sigue er sistema que nos aconseja a nosotras.

Diana. *Confidencialmente.* Con Dieguito, no; pero con ese Otro, que es er que yo persigo, ya lo ves.

Amalita. *Atónita.* ¿Qué usté ar que persigue es a don Pepe?

Diana. ¡Claro! ¡Y por eso la he tomao con Dieguito!

Amalita. Pero ¿desde cuándo es eso, Diana?

Diana. Desde la feria de Jerez en que lo conosí. Le gusté, me gustó, me enteré de quién era… y le puse los puntos. ¡Yo suspiraba por tené una ganadería!… Guárdame, por Dios, er secreto. Te lo he confiao… pa que estés tranquila por tu Dieguito… Hasta luego, tonta… tontísima. *Se aleja por la izquierda cantando:*

La mujer a quien un hombre le interese…

AMALITA. Vaya usté con Dios. ¡Qué alegría me ha dao esta mujé! Y ¡qué rasón tiene! ¡Ahora lo veo claro como el agua! ¡He sío una chiquiya! Naturalmente… como una no ha esperimentao… ¡Er día que sea yo tres veses viuda, ya habré abierto los ojos! *Abstraída continúa monologando, lleno el pensamiento de iniciativas portentosas.*

Dieguito vuelve por la izquierda del fondo, en cautelosa huida.

DIEGUITO. ¡Zí, zí! ¡En la arberca te van a esperá a ti los peces de colores! *Reparando en Amalita.* ¡Digo! ¡Y ésta aquí! ¡Esto es providencié! *Dirigiéndose muy ufano a ella.* ¡Amalita!

AMALITA. ¿Eh? ¿Qué?

DIEGUITO. ¡Amalita!

AMALITA. *Ásperamente.* ¿Qué? *Dieguito la mira, con gotas de miel en las pestañas.* ¡Jesús, hijo, qué cara de pánfilo! ¿Qué quieres?

DIEGUITO. Referirte aquí a zolas un zueño que he tenío esta noche.

AMALITA. ¡Ah! ¿sí? Pos no estoy en vena de escuché sandeses. Entretente cogiendo griyos.

DIEGUITO. *Desconcertado.* Amalita, no te conozco…

AMALITA. Yo a ti sí. Nasiste tonto, y te vas redondeando con la edá. *Encamínase hacia la derecha.* ¡Gumersindo!

DIEGUITO. *Sin poder contenerse.* ¿Quién es Gumerzindo?

AMALITA. ¿A ti qué te importa? ¡Gumersindo! *Se retira llamándolo.*

DIEGUITO. *Perplejo.* Zin habla me he quedao… To lo podía yo esperá menoz este zofión… ¡Me fayó er burladero! *Pausa.* Eze Gumerzindo va a zé uno dergaíto con escrófulas que ha venío ayé de Arenales… ¡Entienda usté a estas niñas! *Nueva pausa. Continúa reflexionando sobre su suerte, mustio y desolado.*

Entretanto aparecen en el fondo, por la derecha, Rinconera y Don Pepe, que hablan aparte.

RINCONERA. Cuando yo le he dicho a usté que venga, es porque estoy zeguro de que va usté ganando terreno. No le pezará a usté la vizita.

DON PEPE. Grasias, *Rinconera A* ti tampoco te pesará servirme.

RINCONERA. Aguarde usté aquí a la zeñora, que vi a avizarle. *Vase por el fondo hacia la izquierda.*

Don Pepe da unos pasos, ve a Dieguito y se dirige a él. Viene de punta en blanco; no se habría compuesto más un mozo que corriese su primera aventura de amor. Sombrero ancho de rico fieltro, marsellés de paño finísimo y alamares de oro, faja de seda, pantalón de punto y espuelas de plata. En la mano trae una delgadísima fusta.

DON PEPE. ¿Qué hase usté aquí tan solo y tan aburrío, camaraíya?

DIEGUITO. *Volviendo en sí.* ¡Caramba! ¡Don Pepe!

DON PEPE. ¡Paese que le han echao a usté un toro ar corrá!

DIEGUITO. Es pozible. Pero, ¿cómo usté por aquí?

DON PEPE. Pasaba a cabayo… y me han hecho una seña pa que entre.

DIEGUITO. ¡Miste zi me la hicieran a mí pa que me fuera!

DON PEPE. ¿Eh?

DIEGUITO. Lo que está usté oyendo. Don Pepe de mi arma, er cerco que me pone Diana es ca día máz estrecho y máz apretao.

DON PEPE. ¿No serán esas ilusiones de usté?

DIEGUITO. ¡Ya le daría yo a usté, pa que ze convenciera, los diítas que yevo en *Los Naranjales*!

DON PEPE. Pero ¡es usté un chiquiyo! ¿Hay na más fási pa un mataó que corré si no quié lidiá un toro? ¡Tírese usté ya ar cayejón de cabesa!

DIEGUITO. He querío meterme en un burladero y no he dao con é.

DON PEPE. Pos si ya de pura jindama ha yegao usté a perdé hasta la vista, pierda usté la vergüensa también y haga lo que yo, que he toreao ganao de toas clases, he hecho más de una vez cuando me ha importao poco dejá mar carté en una plasa.

DIEGUITO. Y ¿qué es lo que usté ha hecho, don Pepe?

DON PEPE. Er *Súllivan*.

DIEGUITO. ¿Er *Zúllivan*? ¿Me quié usté decí con qué ze come ezo?

DON PEPE. Er *Súllivan* es un drama antiguo, en er que un hombre, *Súllivan*, pa desengañá a una mujé que de ér se ha prendao, en una fiesta a

que lo invitan y donde eya está, prinsipia a hasé cosas feas en presensia suya: se emborracha, dise palabrotas, comete fartas de educasión, pega voses… ¡En fin, no para hasta que la propia dama enamorá lo pone en la puerta e la caye!

DIEGUITO. *Con súbita alegría.* ¡Ay, don Pepe! ¡Usté es mi amigo! ¡Usté me ha dao la zalía de la ratonera! ¡*Zúllivan! ¡Zúllivan*! ¡La voy a poné como un trapo! ¡Yo zoy *Zúllivan*!

DON PEPE. *Con petulancia.* ¡Había de sé yo quien le hisiera a usté er quite!

DIEGUITO. ¡Vi a emborracharme en la bodega! ¡*Zúllivan*! ¡Yo zoy *Zúllivan*!

Vase por la derecha muy resuelto.

DON PEPE. ¡Ja, ja, ja!

En esto viene por la izquierda Diana, que se llega a don Pepe con grandes muestras de sorpresa y de regocijo.

DIANA. ¡Pos es verdá! ¡Si lo estoy viendo y no lo creo! ¡Dichosos los ojos, don Pepe! ¡Venga usté con Dios! ¿A qué se debe tanto bueno en mi finca?

DON PEPE. Dios guarde a usté, Diana. Lo bueno es lo que en la finca se encuentra, no lo que a eya viene conmigo.

DIANA. ¡Ay, don Pepe! ¡Lo que le agradezco yo a usté esta visita… en este momento! Siéntese usté un ratito.

DON PEPE. ¡Er tiempo que usté mande!

DIANA. Don Pepe… yo sov una mujé sin ventura.

DON PEPE. ¿Usté, Diana? ¿Ha tirao usté por er barcón tos los espejos? ¿No se ve usté la cara nunca?

DIANA. Y ¿qué tiene que vé…?

DON PEPE. ¿Que no tiene que vé esa cara, hija mía?

DIANA. *Sonriéndole.* No es eso… A mí, don Pepe, me sigue una leyenda terrible por la muerte de mis tres difuntos… Usté la conose… A usté, que es hombre de esperiensia y de sentío…

DON PEPE. Cuarenta y cuatro yerbas.

DIANA. Se le pué hablá de cosas tan graves… Ya ve usté: ese muchacho… me huye. Lo noto, lo adivino, lo comprendo… ¡Me huye!

DON PEPE. ¡Porque es un manso!

DIANA. ¡No! Por mi leyenda picara. ¡Esta desgrasia de mis matrimonios! Y entérese usté de lo que son las cosas… Mi primer marido era militá… y er pobresito murió en un combate… ¿Fui yo la bala que lo mató? Er segundo, el infeliz, cogió una purmonía, y se murió de eya… ¿Fui yo el aire colao? Y er desventurao der tersero se suisidó, porque perdió en er juego media fortuna… ¿Fui yo la bola de la ruleta? Pos, sin embargo, la gente dise que he acabao con tres hombres, que soy er cólera con fardas… y ahí tiene usté las consecuensias: Dieguito me huye.

DON PEPE. ¡Lo que paese mentira, Diana, es que una paloma marchenera, que pué volá con orguyo por tos los palomares der mundo…!

DIANA. ¡Ay, qué fino está eso!…

DON PEPE. ¿Fino? ¡Pos cambiaré la sea por er percá, que es er trapo e brega! ¡Lo que paese mentira, Diana; lo que paese mentira es que usté, con esos ojos negros, que son dos miuras corríos en tres plasas, se sorprenda de que un noviyeriyo prinsipiante se asuste de eyos, y no quiera enterarse de que hay un mataó de arternativa, de lo poco clásico que quea, que está deseando brindarle a usté una faena de adorno, pa yevarse las parmas e la tarde, er tabaco der pueblo, los sombreros de la provinsia, y las dos orejas, y er rabo! ¿Y esto, está fino?

DIANA. Está grasioso. Y ¿quién es ese mataó, don Pepe? ¿Usté por casualidá lo conose?

DON PEPE. Por lo visto, lo conozco y lo apresio.

DIANA. Entonses dígame usté su nombre, porque si me brinda esa faena, yo tendré que haserle un regalito. Es la costumbre, ¿no?

DON PEPE. ¡Con que le tire usté una horquiya de su pelo tiene ér muy bastante!

DIANA. ¿Una horquiya, don Pepe?

DON PEPE. ¡Pa ahorcarse de gusto, presiosa!

DIANA. Pero… ¡don Pepe!

DON PEPE. Pero, Diana, ¿tan ofuscá está usté por ese *Don Tancredo* que no ha arvertío desde que hablamos por primera vez que yo soy ese mataó de vergüensa torera, que de na se asusta, que quiere ganao voluntarioso y de podé, que prefiere morí en la plasa mejó que en la fonda, y que… —¡vaya por los der só!— que cuando a usté le dé la gana torea con usté al alimón ar cura que a usté más le agrade? ¡Pos ya lo sabe usté! ¡Lo dise y lo sostiene don Pepe Arcolea Martín y Ramírez de la Cuesta, que yeva en ca palabra un notario!

DIANA. *Fingiéndose confusa.* ¡Ay… don Pepe!… Don Pepe… yo no sé lo que oigo… Estoy temblando, mire usté… *Le tiende una mano.* Me he quedao como el hielo…

DON PEPE. ¿Qué idea tiene usté de las temperaturas, mi arma?

DIANA. Hase farta está siega y sorda… Por más que ¿cómo había yo de pensá nunca… cómo había yo de poné mis ojos…? ¡Ay, Jesús, lo que iba a desí!

DON PEPE. ¡Dígalo usté, por su salusita!

DIANA. No… no… Bastante digo ya con mi tembló… con mi desconsierto… Don Pepe… Don Pepe… ¿No estoy yo soñando, don Pepe?

PON PEPE. ¡Ar que le paese que sueña, es a mí! ¿Esos sinco, pa enterarnos bien de que estamos despiertos?

DIANA. *Dándole ahora la mano con coquetería.* Pepe…

DON PEPE. ¡Diana! ¡Na; que hay tardes que uno cree que va a queá malamente porque ha visto un tuerto en er camino, y lo yevan en hombros a la fonda! ¡Na más!

DIANA. ¿Vuerve Dieguito?

DON PEPE. ¡Qué sé yo! ¡Mardita sea su estampa, si vuerve!

DIANA. Pos ahí yega, sí.

Aparece Dieguito por donde se marchó, un tantico alegre y con el propósito de recobrar la libertad perdida, poniendo en juego el recurso que le recomendó Don Pepe.

DIEGUITO. ¡*Zúllivan*! Pos, zeñó; yo no he visto más pretenziones que hay en esta caza. ¡Le yaman bodega a tres barriles, uno con campeche, otro con mosto y otro con vinagre! ¡Pf!… ¡Qué barbaridá! Zi yo zé esto, ¡en zeguía me pescan a mí en *Los Naranjales*! ¡*Los Naranjales*!… ¡*Los Naranjales*!… ¡Ze yenan la boca diciéndolo!… ¡*Los Naranjales*!… ¡*Los Naranjales*!… ¡Er Paraízo! ¡Y después e to no hay más que rábanos!… ¡Pf!… ¡Qué barbaridá!

DON PEPE. Oiga usté, criaturita…

DIANA. ¿Ha perdío usté la cabesa, Diego?

DIEGUITO. ¿Ze le pazó a usté ya, don Pepe, la corajina que le entró porque no lo invitaron?

DON PEPE. ¿Eh?

DIEGUITO. Na, na; no ze haga usté er dizimulao, porque renegaba usté de la viuda y de tos zus difuntos. ¡*Zúllivan*!

DON PEPE. ¿Se quié usté cayá, niño?

DIEGUITO. Aqueyo fué una porquería. No tiene otro nombre. Y místela ahí: paece que nunca ha roto un plato. Es guapa, ¿zabe usté?, pero muy pegajoza. ¡*Zúllivan*! Ya ze lo yevará a usté pa la arberca.

DON PEPE. ¡En serio, nene: o se come, usté toas esas insolensias que está disiendo, o der trompaso le saco a usté er puño por la coroniya!

DIEGUITO. *Sincerándose.* ¡*Zillllivan*, don Pepe!

DON PEPE. ¡Qué *Súllivan* ni qué canastos!

DIANA. Déjelo usté, don Pepe. No le haga usté caso ninguno. Es un muñequiyo engreío. Lo halaga una pa que le sirva de bufón…

DIEGUITO. ¿Eh?

DIANA. Riéndole las grasias que le escucha a usté…

DIEGUITO. ¡Hombre!

DIANA. Y ha yegao a creerse que es un monte de sá.

DON PEPE. ¡De sar sosa!

DIANA. ¡Eso: de sar sosa!

Gran carcajada de los dos, que descompone a «Súllivan».

DIEGUITO. ¡Pos no abro yo la boca que no me diga usté que estoy zembrao!

DIANA. ¡Y está usté sembrao!… ¡Pero de pepitas de melón!

DIEGUITO. *Reprimiéndose.* Es demaziao *Zúllivan* lo que ze me ocurre pa contestarle a usté.

DIANA. Anda, don Pepe, ven tú conmigo… que te quiero enseñá la finca.

DIEGUITO. *Estupefacto.* ¿Ven tú conmigo?

DON PEPE. *Desdeñándolo presuntuosamente.* ¡Er braso, Diana!

DIANA. ¡Con er gusto cormao!

DON PEPE. *Yéndose muy amartelado, por la izquierda* ¡Na, amigo; na! ¡Que le voy a dá la vuerta ar rueo!

Dieguito, viéndolos alejarse, da rienda suelta a su satisfacción y ríe alborozado.

DIEGUITO. ¡Le tocó la china a don Pepe! Aqui zí que viene bien aqueyo de: «¡Ya te lo dirán de mizas!». *Saltando de júbilo.* Pero ¡qué zuerte tengo! ¡De buena me he librao! ¡Ez un gran amigo don Pepe! Yo le voy a rezá una zarve. *A Amalita, que llega oportunamente por la derecha.* ¡Amalita!

AMALITA. ¡Dieguito!

DIEGUITO. ¡Mira pa ayá!

AMALITA. ¡Don Pepe y Diana der braso!

DIEGUITO. Como dos caramelos.

AMALITA. ¡Rasón tenía!

DIEGUITO. ¿Quién tenía razón? ¿Gumerzindo, quizás?

AMALITA. ¡No, hombre! *Con tristeza.* No pienses más en Gumersindo.

DIEGUITO. Pero ¿a ti qué te paza, lucero?

AMALITA. ¿Lusero?

DIEGUITO. ¡Zí! ¿Qué te paza, rozita de oló?

AMALITA. ¿Rosita de oló?

DIEGUITO. ¡Zí! ¿Qué te paza?

Amalita. ¡No sé disimulá!… ¡Que me da envidia aqueya pareja!

Dieguito. ¡Y a mí también! ¿Vamos a dárzela nozotroz a eyos?

Amalita. ¿Serias tú capaz?

Dieguito. Aquí está mi brazo, Amalita.

Amalita. ¡Grasias a Dios, hombre; grasias a Dios!

Dieguito. Y ar rey. La gracia del indurto: en lugá de la *pena de muerte*, que ha zío pa don Pepe, me toca a mí contigo la *cadena perpetua*.

Cogidos del brazo se dirigen al público.

Un aplauzo para eya…

Amalita.

Un aplauso para é…

Dieguito.

Otro aplauzo para aquéya…

Amalita.

Y otro aplauso para aqué…

Dieguito.

¡Y Dios nos dé buena estreya!

FIN DE LA ZARZUELA

Fuenterrabía, Madrid, octubre, 1915.

CABRITA QUE TIRA AL MONTE...

DRAMA EN CUATRO ACTOS, INSPIRADO EN UNA COPLA ANDALUZA

Estrenado en el **Teatro Español** el 3 de marzo de 1916

Me lo desía mi madre:
cabrita que tira ar monte,
no hay cabrero que la guarde.

COPLA POPULAR.

A MANUEL DÍAZ MARTÍN,

Maestro y amigo, que nos enseñó ha descubrir, en sabrosas e inolvidables charlas, las historias de dolor y de amor que encierran las coplas del pueblo.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMPARO.	Carmen Cobeña.
GLORIA.	Carmen Jiménez.
PEREGRINA.	Joaquina del Pino.
REMEDIOS.	Conchita Ruiz.
MATILDE.	Magdalena Abrines.
PIRUJA.	Carmen Cuevas.
CONCHILLA.	Blanca Jiménez.
FERNANDO.	Alfonso Muñoz.
CORBATA.	Emilio Mesejo.

CABRITA QUE TIRA AL MONTE

ACTO PRIMERO

Patio pequeño, irregular, sencillo y humilde de la casa de Amparo Gutiérrez, en Sevilla. A la derecha del actor, en primer término, la cancela, de caprichoso herraje y pintada de verde; en segundo término, el arranque de la escalera. Al foro, una puerta y un balconcito del piso principal, cuyos cristales están velados por blancos visillos. La puerta corresponde a la salita de la casa, amueblada con pulcra modestia. En la pared del fondo de la salita hay una ventana enrejada que da a un patinillo lleno de luz. A la izquierda del actor, otra puerta. En el ángulo de este lado, una fuentecilla. Las paredes, encaladas de un blanco con viso celeste; zócalo azul; suelo de losetas coloradas. No hay más muebles en todo el patio que un transparente colocado ante la cancela y dos o tres sillas de enea fina. Es por la tarde, en el mes de mayo.

Habita el piso bajo, con Fernando, su hijo, la antedicha Amparo Gutiérrez, dueña de la casa y viuda de Sevillano el guitarrista, de famosa memoria. En el principal viven la mocita Remedios y su madre Peregrina Román, amén de un nene recién llegado de París de Francia. La escena está sola. La primera persona que en ella aparece es Peregrina, que baja de su piso, vestida de calle, con falda de colores y mantón negro, y llevando en los brazos a su hijo Miguelito, envuelto en limpias y perfumadas mantillas. Es mujer que pasó no ha mucho de los cuarenta, de agraciado rostro y sagaz

espíritu. En el momento en que la vemos resplandece con el santo orgullo de una renovada maternidad. Abre la cancela y, antes de marcharse, vuelve al centro del patio y desde allí llama a su hija.

PEREGRINA. ¡Remedios! ¡Remedios!

Remedios contesta arriba, desde dentro.

REMEDIOS. ¿Mamá?

PEREGRINA. ¡Asómate ahí!

REMEDIOS. *Saliendo al balcón.* ¿Qué quieres?

PEREGRINA. Bájame er borso, que me lo he dejao ensima de la máquina.

REMEDIOS. Voy. *Se retira y cierra el balcón.*

PEREGRINA. ¡Qué cabesa la mía! Por supuesto, este mono tiene la curpa. *Mece al rorro, que duerme muy a gusto, canturreándole un aire de nana.*

Pausa. Baja Remedios con el bolso pedido. Remedios tiene dieciocho abriles y es lindísima, primorosa y modesta.

REMEDIOS. Toma.

PEREGRINA. Trae.

REMEDIOS. *Por el hermanito.* ¿Sigue dormido?

PEREGRINA. Míralo. Párese un patriarca. *Confidencialmente.* Oye: ¿y Fernando?

REMEDIOS. ¿Fernando? No sé.

PEREGRINA. ¿De verdá no lo sabes?

REMEDIOS. Y ¿por qué iba a desirte otra cosa, mamá? Estará con la novia, seguramente.

PEREGRINA. No; la novia anda con *er verso suerto* de Matirdita, correteando er barrio. ¡Vaya dos niñas! Él estará quisás con su madre.

REMEDIOS. Yo lo vi salí. Vorvé no lo he visto.

PEREGRINA. Es raro. A estas horas… Yo no me quedo así. *Resuelta a saber de Fernando, grita hacia el foro.* ¡Hasta luego, vesina!

Amparo responde desde dentro.

AMPARO. ¡Vaya usté con Dios!

PEREGRINA. ¡Hasta luego!

AMPARO. ¡Hasta luego!

PEREGRINA. *Acercándose un poco a la puerta, y obligando a Amparo a salir*. ¿Quié usté arguna cosa de la caye? ¿Está usté sola?

Sale Amparo.

AMPARO. Sola estoy, sí. ¿Adónde va usté?

PEREGRINA. Ar sentro: a la caye'las Sierpes.

AMPARO. ¡Josús! ¿Va usté a poné ar niño en un escaparate?

PEREGRINA. No, señora; no se vende mi niño.

AMPARO. Pos ya es lo único que le tarta a usté. ¡Porque vaya si lo pasea usté por Seviya! Cuando lo que debía era darle vergüensa.

PEREGRINA. ¿A mí? ¿Vergüensa de lo que manda Dios?

AMPARO. Yo es que no me acostumbro. ¡Vamos, que tené una hija de diesiocho años y salí por estas peteneras!… Este niño debía sé de Remedios.

REMEDIOS. ¡En er nombre der Padre!

PEREGRINA. Mira, Remedios, ponte a mirá los peses de la pila.

AMPARO. Pero ¿es mentira lo que digo?

PEREGRINA. Usté lo que tiene es envidia, comadre.

AMPARO. ¿Yo?

PEREGRINA. Echó usté ar mundo un hijo, y se acabó lo que se daba.

AMPARO. ¡Y si se me murió mi esposo!

PEREGRINA. Bueno, ¡pos como er mío está vivo, grasias a Dios!… No hay más que conformarse. Hasta luego.

AMPARO. Hasta luego.

PEREGRINA. *Viendo a Fernando, que llega a punto por la cancela*. ¡Ea, aquí tiene usté a su Fernando! Y con cara de pascuas. ¿Le ha tocao a usté la lotería?

FERNANDO. Casi, casi.

Se va Peregrina. Fernando parece, efectivamente, muy contento. Le trae a su madre una buena noticia, que a él lo enorgullece, y sabe bien el plato de gusto que va a darle. Fernando es joven y simpático, inteligente, bueno y cariñoso. Su hablar, sus modales y su vestir revelan su cuna popular.

Amparo, la madre, es mujer de temple y de salero; de ideas muy claras e inflexibles sobre todas las cosas del mundo. Joven aún, conserva sin marchitarse su belleza, y viendo sus ojos no se puede menos de pensar en la pena que sufriría el guitarrista al dejarla viuda. Esto fue cuando tenía Fernando nueve años. Desde aquella fecha, a él consagra todos sus pensamientos.

AMPARO. Sí que viene sembrando dicha.

REMEDIOS. Sí que viene.

FERNANDO. ¡Una siya pa un hombre!

AMPARO. *Ofreciéndosela.* Una siya. *Viendo lo satisfecho que se sienta.* ¿Quiés una mesedora?

Fernando mira con mucha alegría a las dos mujeres.

FERNANDO. ¿Qué? ¿No se me nota na en los ojos?

AMPARO. ¡Qué estás como unas castañuelas!

REMEDIOS. Yo nunca lo he visto más contento.

AMPARO. La lotería no es; ér no juega. ¡Vamos, chiquiyo, habla y no te rías más!

FERNANDO. ¿Ustedes han ido ar Museo?

REMEDIOS. Yo, sí.

AMPARO. ¡Y yo! ¡Más e veinte veses! ¡Y contigo!

FERNANDO. De manera que saben ustedes de Muriyo, de Surbarán, de Roelas, de Alonso Cano…

AMPARO. Sí, hijo; sí.

FERNANDO. Bueno, pos la gente anda disiendo por esas cayes que tos esos pintores tan renombraos se quean en mantiyas ar lao de un muchacho que vive en San Julián, y que se yama Fernando Seviyano y Gutiérrez. ¿Lo conose usté, madre?

AMPARO. Mía tú si lo conozco, que sé que a estas horas no se cambia por nadie en er mundo, porque ha vendió un cuadro.

FERNANDO. ¿Quién se lo ha dicho a usté?

AMPARO. ¡Tú! ¿Hay más que verte y oírte desde que yegaste?

REMEDIOS. ¿Es eso?

FERNANDO. ¡Eso es!

AMPARO. ¡Ven acá, Muriyo! ¡Deja a tu madre que te bese!

REMEDIOS. Vaya, pos que sea enhorabuena.

AMPARO. ¿Qué cuadro has vendió?

FERNANDO. Eso ya no lo sabe usté.

AMPARO. Si me apuras, también lo asierto.

FERNANDO. *La encajera*.

AMPARO. ¿*La encajera*? ¿Er grande?

FERNANDO. Er grande. ¡Y en quinientas pesetas!

AMPARO. ¡Fernandiyo!

FERNANDO. ¡Lo que está usté oyendo, mamá! Esto se pone serio. ¡Porque hasta ahora no habíamos pasao de las tablitas y de los asulejos a tres duros!

REMEDIOS. *A Amparo, viéndola conmovida.* ¿Usté qué tiene?

FERNANDO. ¿Qué es eso, madre?

AMPARO. ¿Qué quiés que sea, hijo mío?

FERNANDO. No me diga usté na: ya lo sé.

AMPARO. Que considero lo que gosaría er pobresito que está en gloria…

FERNANDO. ¡Vaya por Dios! *Acariciándola.* To no va a sé completo.

AMPARO. Er también te yamaba Muriyo. *Suspira.* Pasiensia. Así lo quiso Dios. *Serenándose.* Oye, Nandiyo, y ¿quién te lo ha comprao? Cuéntame.

FERNANDO. Don José San Pedro. De Madrí. Aquí me ha dejao su tarjeta.

AMPARO. ¿San Pedro, eh?

FERNANDO. Sí. Me ha gustao más, porque sé que tiene una gran colecsión. Las mejores firmas de España. Es hombre que lo entiende. Yo fui a la tienda de los marcos a echa un pitiyo con los amigos, y carcúlese usté er sarto que di cuando me dijo Juan, er dependiente: —Er cuadro grande de usté se ha vendió. Lo compra este señó. Es más: me ha dicho que en el Hoté de Roma lo espera a usté pa entregarle er dinero —y atienda usté ar cohete finá — y pa encargarle a usté la pareja.

AMPARO. ¿Te encarga la pareja?

FERNANDO. Así párese.

AMPARO. *Con admiración y gratitud.* ¡Mía San Pedro!

FERNANDO. Ahora voy ayá.

AMPARO. ¿Adónde?

FERNANDO. Al Hoté. ¡Si toavía no he cobrao! Lo que tiene que en cuanto lo supe me dije: «Primero que na, vamos ar barrio a yevá la notisia. Que se entere mi madre, que se entere Gloria…».

REMEDIOS. Claro.

FERNANDO. Que se enteren tos.

AMPARO. Y ¿has visto ya a Gloria?

FERNANDO. No; no estaba en su casa.

AMPARO. Pero has ido ayí antes que aquí.

FERNANDO. Me cogía de camino, mamá.

AMPARO. ¡Habé dao la vuerta por la plasa! No te tiro un peyizco qué sé yo por qué. ¡Dichosa novia! ¡Esto de que la novia haya de sé siempre lo primero!

FERNANDO. ¡Lo primero es usté, doña Amparo!

AMPARO. De labios afuera. Y toavía, si la niña se lo meresiese…

FERNANDO. Cáyese usté, madre, que hoy no quiero disputas; ¡que estoy en la gloria! ¡Este dinero que uno se gana no se párese a ningún dinero! Qué tendrá, no lo sé; pero es argo más que dinero. ¡Venía por las cayes dando sartos; hablando solo! Me encontré a Joseliyo y me entraron ganas de convidarlo. Pero me empesó a contá desgrasias de familia y a enumerarme

lutos, y me aguanté. ¿A qué convidaba yo a aquel hombre? ¿Le iba a comprá una gasa pa er sombrero?

AMPARO. *Riéndose.* ¡Qué ocurrensias tienes!

FERNANDO. De coraje cambié una peseta en perras chicas, y he venío repartiéndolas entre los chiquiyos. Y ar divisé esta casa, me paresió que ar lao der barcón había una lápida de marmo que desía: «Aquí nasió y vivió Fernando Seviyano y Gutiérrez, que vendió su célebre cuadro *La encajera* en quinientas pesetas».

Ríe, y con él Amparo y Remedios.

REMEDIOS. Pero, bueno, ¿y las quinientas pesetas, Fernando?

FERNANDO. Por eyas voy; ¿no se entera usté?

AMPARO. Ea, pos anda, no te entretengas más.

FERNANDO. Y esta noche convido. A buñuelos, a merengues, a pescao frito… a lo que ustedes quieran.

AMPARO. ¡Te ha dao convidaora!

FERNANDO. ¡Me ha dao! Por si yo no me encuentro a Gloria en er camino y eya se yega aquí, entérela usté de lo que susede.

AMPARO. Vete descuidao, que lo sabrá Gloria.

FERNANDO. Diga usté: ¿no ha venío *Corbata*?

AMPARO. No.

FERNANDO. Quedó en traerme rasón de una modelo pa un desnudo… ¡Porque no hay que dormirse en los laureles! ¡Hay que trabajá como un negro!

AMPARO. Hay que trabajá.

FERNANDO. Deme usté antes de irme una poquita de agua.

AMPARO. Sí, hijo; sí. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

Quedan un momento solos Remedios y Fernando. Silencio Fernando la mira abstraído. Ella lo mira a él, advirtiendo indiferencia.

FERNANDO. *Por decir algo.* ¡Hermosa tarde! ¿no es verdá?

REMEDIOS. Hermosa.

FERNANDO. Hay muchas muchachas por la caye. ¿No sale usté?

Remedios. Ya sabe usté que soy muy casera.

Fernando. ¿Ni va usté luego a ninguna *Cruz*?

Remedios. Lo que quiera mi madre. A ésa de la esquina nos han convidao. ¿Y usté?

Fernando. Lo que Gloria quiera. A mí me gustan mucho las *Cruses*. Es una fiesta tan bonita… En Triana me han dicho que hay este año una que está yamando la atensión.

Vuelve Amparo con el vaso de agua.

Amparo. Aquí tienes. ¿No estarás sudando?

Fernando. No. ¿Usté gusta, vesina?

Remedios. Grasias.

Fernando. *Después de beber, a su madre.* Dios se lo pague a usté. Y hasta ahora.

Amparo. Adiós, hijo.

Remedios. Vaya usté con Dios.

Se va Fernando. Amparo se entra un instante, por la misma puerta, a dejar el vaso. Remedios, disimuladamente, se asoma a la cancela, pero se aleja de ella antes que vuelva Amparo, cuidadosa de que ésta no la vea.

Amparo. *Saliendo.* ¡Cuarquiera le da hoy una pena a ese hijo!

Remedios. ¡Cuarquiera se la da a la madre!

Amparo. ¡Cuarquiera! Yo no miro más que por sus ojos… Toa la fortuna que Dios le guarde me paese poca. Siéntate, anda. Dame un ratito compañía.

Remedios. ¡Digo!

Amparo. Considera tú que en mi Fernando se me junta a mí to.

Remedios. ¿Porque hasta le recuerda a usté a su padre?

Amparo. Es su estampa. Mi Enrique tenía mejó figura; pero éste tiene más buen genio.

Remedios. Es verdá; que nadie lo ha visto enfadao.

Amparo. En to lo demás, son iguales. Argunas veses que estoy yo pensando en mi Enrique, y lo miro a é, digo entre mí: «¡Bendito Dios, cómo

se heredan siertas cosas!». La voz, la risa, el entresejo; este movimiento que mi Fernando tiene así cuando se sienta y echa er braso sobre er respardo de la siya… ¡Bendito sea Dios!… Si er pobresito de su padre desde ayá arriba ve estas cosas, ¡lo que estará gosando! Porque era su sueño, su locura; que er chiquiyo fuese pintó. ¡Como mi Fernando nasió con esa afisión tan grandísima!…

REMEDIOS. Sí…

AMPARO. ¡Yo creo que lo primero que habló er niño fué pa pedí un lapi! ¡Los cuartos que le tengo yo daos pa paper de barba! ¡Josús! A los sinco años pintaba ya corrías de toros, prosesiones, la tropa, ¡qué sé yo!… No he visto nunca un chiquiyo con más idea. Así es que mi Enrique, que ganó muy buenos dineros en sus lesiones de guitarra —ar morí nos dejó esta casita y cuatro cuartos pa viví mientras er niño no fuera un hombre—; sin embargo de eso, y de que sus relasiones le aconsejaban que mi Fernando lo heredara a é, no tenía otro empeño que el educarlo pa pintó. Y cuando er niño tuvo edá lo matriculó en er Museo, y le puso en casa un profesó; y don José Garsía y Ramos, er día que vió las cosas que hasía, le dió un abraso ar padre y otro a é; y lo animó mucho; y cuando yo le pedí consejo, como era tan grasioso, fué y me contestó: —Miste, Amparo, lo asertao es que er niño siga pintando con la mano derecha; pero que aprenda la guitarra con la izquierda, porque la pintura da muy poco. *Se ríe Remedios.* Fué un buen gorpe ése. Pero grasias a Dios no le va a hasé farta la guitarra. Sus pinseles le bastarán.

REMEDIOS. *Un poco velada la voz.* Me gusta a mí oírla a usté hablá de su hijo.

AMPARO. Pos estas cosas te las habré repetío muchas veses.

REMEDIOS. Pero yo no me canso de eyas.

AMPARO. Es un hombre mi Fernandiyo; es un hombre. Fuera parte er mérito de su pintura. ¡Lo que se yama un hombre! ¡Y hay que vé lo que vale un hombre en una casa! ¡Un hombre, digo; no unos carsones con sombrero!

REMEDIOS. Sí, señora. Lo mismo que usté dise mamá. Como vivimos las dos solitas… Y eso que desde que nos mudamos aquí, los tenemos a ustedes, que son pa nosotras argo más que vesinos…

AMPARO. A Fernando y a mí nos basta con er bajo, hija mía. Ér nesesita tené su estudio en otra parte… Claro que yo no le habría arrendao a un cuarquiera un piso de mi casa; pero a ustedes… A tu madre la conozco desde que se casó… Y tu padre… tu padre fuí yo quien se lo presentó a tu madre…

REMEDIOS. Ya, ya le he oído a usté muchas bromas…

AMPARO. ¡Josús! ¡Juanito Valensuela!… ¡Presumía poco!… ¿Qué tiempo yeva ya en América?

REMEDIOS. Va pa nueve años. Porque la visita de mes que nos hiso el año pasao, no la cuento.

AMPARO. *Aludiendo al crío.* Pos un recuerdo ya dejó…

REMEDIOS. *Sonriéndose:* Eso sí. Dise papá que ayí tiene muy buenos negosios; que está amasando una fortunita… y que cuando vuerva de una vez quiere vorvé tranquilo.

AMPARO. *Disimulando su malicia.* Habrá que creerlo. Y que desí *amén,* por si acaso. ¿Quién anda en er saguán?

REMEDIOS. Gloria y su amiga me quieren paresé. *Se levanta a verlo.* Sí, señora; son eyas.

La inesperada visita no le sienta bien a una ni a otra.

Hablan dentro Gloria y Matilde, despidiéndose de unas amigas.

AMPARO. ¿Tú oyes? Siempre en bandás, como las pájaras.

REMEDIOS. Bueno, pos ya tiene usté compañía. Yo me subo ar barcón.

AMPARO. Hasta después, entonses. Y grasias por este ratito.

REMEDIOS. No hay de qué darlas. Más me acompaña usté a mí que yo a usté.

Vase por la escalera, pero llegan Gloria y Matilde a tiempo de verla marcharse.

Gloria es bellísima; de belleza risueña y simpática, sensual y tentadora. Salpican su rostro graciosos y lindos lunares, ni tantos que puedan afearlo, ni tan pocos que se cuenten de una sola mirada. Siempre sorprende alguno que antes no se ha visto. Es inconsciente, supersticiosa, instintiva; cariñosa y

áspera a la vez; orgullosa de su hermosura, sin saber razonar su orgullo. Viste de colores alegres, y adorna su busto un sencillo pañuelo de talle.

Matilde es la «amiga de Gloria». No tiene personalidad, o si la tiene, la ha dejado absorber por la de su amiga, a quien admira y copia.

GLORIA. Buenas tardes.

MATILDE. Buenas tardes.

AMPARO. Vengan ustés con Dios.

GLORIA. *Tras una mirada de antipatía al rostro de Remedios.* ¿Está argo chocante esa niña?

AMPARO. ¿Quién?

GLORIA. ¿Se va por no verme?

AMPARO. No, hija; no se ocupa de ti pa na. Se va porque le gusta asomarse ar barcón por la tarde.

GLORIA. ¡Paese que traigo yo las viruelas! Más valía que usara otros jabones, que desde la esquina apesta er que usa. Que diga ésta.

MATILDE. ¡Un oló tiene más…!

AMPARO. En eso, como en to, hay gustos. La muchacha gasta los jabones que le manda su padre, de una fábrica que en América representa é. Pué sé que cuando sepan en Buenos Aires que Gloria la der losero y Matirde la de los trapos no hayan el oló fino, le echen otra esensia más *superferolítica*.

GLORIA. El oló no es fino. ¿Y Fernando, ande está? ¿Se lo ha tragao la tierra?

AMPARO. Iguá preguntaba ér por tí hase dos minutos.

GLORIA. Pero ¿ha estao aquí?

AMPARO. Hase dos minutos, ¿no oyes?

GLORIA. Mu bonito.

AMPARO. Y me encargó mucho que no dejara de desirte una cosa.

GLORIA. Si es argo triste no me lo diga usté. ¿Usté sabe que se ha muerto er latero?

AMPARO. Por ayá nos espere muchos años.

GLORIA. De una curda habrá sío. Media puerta tiene entorná.

MATILDE. Y er rodapié der barcón levantao.

GLORIA. A mí los muertos me dan mieo.

MATILDE. Pos ¿y a mí?

GLORIA. Y la latera está con un ataque. Y er domingo hay misas.

AMPARO. Bueno, niña, ¿vamos a í a darle er pésame a la latera, o quiés enterarte de lo de Fernando?

GLORIA. Ay, ¿qué es? ¿qué es?

AMPARO. Que un cabayero de Madrí le ha comprao er cuadro grande.

GLORIA. ¡Ole!

AMPARO. ¡En sien duros! Mía qué novio tienes.

GLORIA. ¡Ole! ¡ole! ¡Viva mi novio! ¡No hay mejó pintó que mi novio! A vé qué me regala.

AMPARO. ¿Eso es to lo que se te ocurre?

GLORIA. No, que estoy mu contenta; que me he alegrao mucho, mucho, mucho, mucho, mucho. ¡Ay qué alegría tengo más grande! *Súbitamente seria.* Y ha venío a desírselo a usté.

AMPARO. Ha venío a desírmelo.

GLORIA. Y su novia, que lo lea en los periódicos.

AMPARO. *Con cierto sentimiento.* Antes que a la casa de su madre se yegó con la notisia a la de la novia; pero la novia, en lugá de está en la puerta esperándolo a é, estaba por er barrio de *jopeo*.

GLORIA. Estaba en er corrá de Carolina, viendo la *Cruz.* Que diga ésta.

AMPARO. ¿Ésta qué va a desí, si es un remeo tuyo?

MATILDE. Sí, señora; que estábamos en er corrá de Carolina. Y yo me alegro mucho también de que Fernando haya vendió er cuadro. ¿Verdá tú que yo me alegro también?

GLORIA. Y usté pudo habé salió a la caye a cuarquier mandao, en esa misma oportunidá, y yegá su hijo y no encontrarla; y no por eso se iba a caé ninguna estreya, ni iba yo a murmurarla a usté. Porque me párese a mí que er que una ande de paseo con amigas desentes nadie pué criticarlo. Las cosas

malas —se lo digo yo a usté— se hasen en las casas y no en las cayes. ¡Es mucho sino, que siempre ha de tené usté dispuesta una banderiya e luego pa ponérmela a mí!

AMPARO. Caya, caya; no desbarres más, no desbarres; que no te contesto por prudensia.

GLORIA. Ni usté se piense que yo no iba a sabé responderle tampoco.

AMPARO. Ya, ya lo presumo. ¿Vamos a echarle las dos un punto a la boquita?

GLORIA. Por mí, un serrojo y siete yaves. —¡Hombre! ¡aquí está *Corbata*!

AMPARO. Sí; lo esperaba Fernando.

GLORIA. *Sorprendida.* ¿Pa qué?

Se presenta, en efecto, por la cancela el nombrado Corbata, y se detiene tras el transparente, pidiendo permiso para pasar. Es un viejecillo mal trajeado, pero limpio. Lo único nuevo que lleva encima es la corbata. De este singular detalle de su vestimenta tomó origen el mote con que se le conoce. Vive al azar comercia en lo divino y lo humano. Trae varios cachivaches viejos en un pañuelo de hierbas atado por los picos.

CORBATA. ¿Hay lisensia?

AMPARO. Entra, sinvergonsón.

CORBATA. Antes había de oí er sinvergonsón que las tardes. Buenas tardes.

AMPARO. Santas y buenas tardes, sinvergonsón. Antes y después.

GLORIA. ¡Hola, *Corbata*!

MATILDE. ¡Hola!

CORBATA. ¡Bien hayan las flores der barrio! ¡Cómo se ve que es ésta la casa de un pintó! ¿Y er poyo?

AMPARO. Er poyo no está ahora; pero está aquí su madre. ¿Le traes rasón arguna de la modelo?

CORBATA. A eso venía. He visto a su mersé, y la he cogío en los sinco minutos der pudó. No quié desnudarse.

GLORIA. Me alegro.

CORBATA. Pos eya se lo pierde; porque así, er día que se muera, la entierran, y no se inmortalisa su cuerpo, como er de la Maja e Goya que yo he visto en Madrí. Miste, Amparo, cuesta más trabajo encontrá una modelo bonita pa un desnudo que cobrá un dinero prestao.

AMPARO. ¿Esa que se procura es gitana?

CORBATA. ¿Quién, Rosariyo? No. Rosariyo, más temprano o más tarde, se quitará la ropa. Si fuea gitana, to er tiempo empleao en convenserla era tiempo perdió. Las gitanas, der pescueso pa abajo no descubren tierra. En fin, esperaremos a que entren las calores, a vé si se deside la niña. Yo no he de dejarla. ¿Quié usté que le enseñe un coyá de filigrana de oro…?

AMPARO. No, no me enseñes na. No tengo dinero pa lujos.

CORBATA. Lo siento por usté. Es una ganga. ¿Están las vesinas arriba?

AMPARO. La hija; la madre, no.

CORBATA. Me han encargao unos pendientes de corales… Van ustés a vé cosa fina. *Saca del pañuelo un estuche.*

AMPARO. A sabé de dónde habrán salío; porque tú hasta en los charcos te metes.

CORBATA. Adonde sea presiso *cuelo* yo, en busca de un duro. ¡Tos los días se acuña un duro pa *Corbata*! Mi único trabajo es dá con é. Que en casa’er conde, que en casa’er duque, que en casa e la *Bizca*, que en la venta, que en la compra, que en er *Jueves*, que en er Domingo, que por las buenas, que por las malas: ¡er duro duerme en mi chaleco!

GLORIA. ¡Ay, qué tipo de hombre! ¿No te hase a ti grasia?

MATILDE. A mí, sí.

AMPARO. No hay otro más sinvergonsón.

CORBATA. ¡Dale, bola! Pero ¡si la vergüensa, Amparo, se ha queao antigua! ¿Quién tiene ya vergüensa?

AMPARO. Aquí tos menos uno.

CORBATA. Entendámonos. Ni a usté ni a ninguna mujé las meto yo en la dansa Las mujeres, aunque no tengan vergüensa, están discurpás, porque son seres débiles.

GLORIA. ¡Ay, qué tipo!

CORBATA. Yo hablo de los hombres. Y los hombres modernos no podemos tené vergüensa: está demostrao. Va con er siglo.

AMPARO. ¿Con er siglo, eh?

CORBATA. Er que la tiene pa un asunto no la tiene pa otro, y er que la tiene de noche no la tiene de día. Yo le pago al amo de mi casa: ¡pa é tengo vergüensa! No le pago ar sastre: ¡no tengo vergüensa pa er sastre! ¡Claro está que yo no le pago ni ar sastre ni al amo de mi casa! Porque esto convensío: no es osígeno: se pué respirá sin vergüenza, es osígeno.

AMPARO. Ya, ya te hemos entendió. No trabajes pa convensernos a nosotras de que tú ni pa respirá la nesesitas.

CORBATA. Y estaba por desí que a mucha honra. Lo que hago es fingirla cuando me conviene, como to er mundo. Por eso yevo siempre corbata. Y por eso me yaman *Corbata* Borracho he de está yo en una juerga, en mangas e camisa y no ha de fartarme la corbata. La corbata viene a sé la apariensia, er qué sé yo qué der decoro, la sosiedá… Las ideas antiguas… Y bastante hemos filosofao. Ar negosio Miste los corales.

AMPARO. Hombre, son bonitos. Y der siglo pasao. De los buenos. ¿Te gustan, Gloria?

GLORIA. A mí no me gustan los corales.

MATILDE. ¡Ay! pos a mí sí.

GLORIA. ¿Que a ti te gustan?

MATILDE. Mujé, mucho no, pero…

GLORIA. ¿A qué te gustan más las turquesas?

MATILDE. ¡Qué se va a compará!

GLORIA. ¿Estás viendo? Y donde se ponen unos solitarios…

AMPARO. Ésa es otra cuestión, hija mía. De eso no se habla. A esa lotería no podemos meté nosotros. ¿Quién vende estos pendientes, *Corbata*?

CORBATA. He dao mi palabra de honó de no desirlo.

AMPARO. Pos lo que es yo, sin sabé de quién son, no los comprarla.

CORBATA. Como quiera que usté no los va a comprá… Yo he dao mi palabra…

GLORIA. Vamos, déjese usté de embustes. ¿De quién son?

MATILDE. ¿De quién son?

AMPARO. Descuida, que de aquí no sale.

CORBATA. ¿Ven ustedes cómo no es posible tené vergüensa? Lo diré en secreto. Pringaré un poquiyo mi palabra. Son… son de una duquesa… de una gran señora duquesa, que era dueña de media Andalusía y va a acaba en una jaula como una cotorra.

Se ríen Gloria y Matilde.

AMPARO. ¡Vaya! Er cuento de siempre.

CORBATA.

Las torres que despresio al aire fueron…

Como dise er guarda de las Ruinas de Itálica.

AMPARO. Voy a enseñárselos a Remedios.

CORBATA. Si me hase usté er favó…

GLORIA. *En son de crítica.* A ésa le gustarán.

Amparo la mira, y sin contestarle se va por la escalera.

Pausa. Corbata, así que se cerciora de que Amparo ha subido, se dirige cautelosamente a Gloria.

CORBATA. He estao en tu casa, niña.

GLORIA. Cáyese usté aquí.

CORBATA. Si no voy a desirte na malo… Don Luis me ha preguntao otra vez que si en hablarte hay un delito.

GLORIA. Dígale usté a Don Luis que yo tengo novio.

CORBATA. ¡Que tú tienes novio! ¿Y eso qué, pa hablá con un cabayero?

GLORIA. Que pué no gustarle a mi novio.

CORBATA. Tampoco se tiene que enterá. Si lo que quiere don Luis no es na estraordinario ni que te perjudique; es encontrarte en una fiesta; como quien dise en un bautiso, en una *Cruz…* Ahora hay ocasión. A esos lugares van ricos y pobres.

GLORIA. Sí, pero mi novio…

CORBATA. ¡Y vuerta con tu novio!

GLORIA. Baje usté la voz. Mujé, Matirde, ponte ahí ar pie de la escalera y está ar cuidao.

Matilde obedece, interesada.

CORBATA. Tú tienes un novio, como lo tienen toas las chiquiyas: por echárselas de mujeres. Como los chiquiyos fuman los primeros sigarros: por paresé hombres. Pero ¿es que tu porvení está junto a éste?

GLORIA. Yo lo quiero.

CORBATA. ¿Qué sabes tú lo que es queré toavía? Ni a ér le convienes tú tampoco, no te hagas ilusiones. Los pintores nesesitan mucha libertá… soga larga… Y si es mirando a ti, como seas una mijiya selosa, has hecho tu suerte. No hay mujé de pintó que no yore lágrimas e sangre a cuenta de las modelitos.

GLORIA. ¡Ay! ¿se quié usté cayá?

CORBATA. Me sé el asunto de memoria. Tuviera yo una hija, y antes se la daba a un ropavejero que a un pintó. Ni te orvíes tampoco del hambre que pasan. Primeras medayas he conosío yo que se han comío los modelos de los bodegones.

GLORIA. *A Matilde*, ¿Baja?

MATILDE. No.

CORBATA. Además, niña, que, dejando eso a un lao, lo que don Luis pretende a na te obliga.

GLORIA. Los señoritos no la buscan a una pa na bueno.

CORBATA. Con que er fin lo sea… ¿Tú conosiste a la hija de Pascuala Martín?

GLORIA. Sí, señó.

CORBATA. ¡Planchaora!

GLORIA. Sí, señó.

CORBATA. ¡Pos hoy es la señora de don Calisto Hinojos, er que será marqués de las Conchas cuando su padre farte! ¡Y míala en er paseo de coches! ¡Y las señoras le dan lao! Pasando por la iglesia, lo mismo tiene pasá primero que después.

GLORIA. ¡Es usté er demonio!

CORBATA. No seas tonta, que yo te quiero bien, chiquiya. Dale gusto a ese hombre; charla con é un cuarto de hora. Embobao lo tienes. ¡Qué cosas me dise de ti!

GLORIA. Le arvierto a usté que a mí me es mu simpático. Eso no se lo niego a usté. Y desde que sé que anda con estas pretensiones, me entra un tembló ca vez que me lo encuentro… El otro día, er martes, cuando usté fué a mi casa, que reñí con Fernando luego, me asomé ar barcón con la cabesa ardiendo de malas ideas. Y me puse: «Si lo primero que dobla la esquina es un hombre, hablo con don Luis. Y si es una mujé, no hablo». Y aparesió un hombre.

CORBATA. ¡La fuersa der sino!

GLORIA. Y luego dije: «Si se para un pájaro en la maseta der barcón de enfrente, hablo con don Luis». Y no había acabao de desirlo, er pájaro se paró. Y se yevó ayí diez minutos.

CORBATA. Pos entonses, ¿a qué esperas, niña?

GLORIA. ¡Qué sé yo!

CORBATA. ¿Quiés seguí mi consejo? Esta noche te asomas a la puerta e tu casa con esta idea: «Si er primer coche que pase va desarquilao, lo tomo y voy a la *Cruz* de San Juan de la Parma, donde está don Luis».

GLORIA. ¿Va a í don Luis a la *Cruz* de San Juan de la Parma?

CORBATA. Sí; lo han convidao… ¿Y tú? ¿Irás? *Gloria lo mira vacilante.* ¿Irás?

GLORIA. Lo echaré a cara o cruz.

CORBATA. Y ¿por qué has de dejarlo a la suerte?

Ábrese el balcón y se asoma Amparo.

AMPARO. ¡*Corbata*!

CORBATA. Mande usté.

AMPARO. Sube un istante, que esta niña te quiere hasé una pregunta.

CORBATA. Ahora mismo.

Se retira Amparo del balcón, y Corbata sube.

GLORIA. *Bruscamente, a su amiga.* ¿Has visto, Matirde?

MATILDE. ¿Qué?

GLORIA. ¡Ah! ¿no has visto? ¡Esto es echarme a mí!

MATILDE. ¿Er qué?

GLORIA. ¡Esto!

MATILDE. Mujé, no…

GLORIA. Pero ¿esa niña no ha podio bajá ar patio? ¿Se le va a rompé una pierna en la escalera? ¿O es quisá reservao lo que le tiene que desí a *Corbata*? Pos pa reservá, la hija de mi madre. Vámonos.

MATILDE. No, Gloria; no hagas eso.

GLORIA. Sí, Matirde.

MATILDE. Después de to, fíjate en que eya vive arriba. Ha yamao al hombre a su casa.

GLORIA. Sí; pero la madre de Fernando vive abajo, y ha sío quien lo ha mandao subí. Esa señora me masca, pero no me traga. Vámonos. Yo, ni en la iglesia estorbo. Y que Fernando vaya a mi casa a buscarme a mí, que es lo naturá.

VÁMONOS.

MATILDE. Vámonos.

GLORIA. *Gritando.* ¡Buenas tardes! Que se vea que tengo educasión. *A Peregrina, que vuelve, y con quien se cruza en la cancela.* Buenas tardes.

PEREGRINA. Buenas tardes, Gloria. ¿Adónde vas?

GLORIA. A que me dé er fresco.

PEREGRINA. *A Matilde.* ¿Qué le pasa?

MATILDE. Que se ha enfadao, porque estábamos aquí con *Corbata* y lo han yamao arriba.

PEREGRINA. ¡Vaya por Dios!

MATILDE. Como tiene esos prontos… *Sigue a su amiga presurosa.*

PEREGRINA. *Sonriendo con cierta malicia.* Yo no me tomo un dijusto porque estoy criando. Se conose que ha venío *Corbata* con los corales… Y de paso le habrá dicho a esa palomita dos cosas al oído… Ya, ya. Ahora le encargaré otra prenda. Y así le doy pretesto pa vorvé por er barrio… Y ayá veremos quién se gana er poyo que se rifa. ¡Vale muy poco pa é la hija der losero!… *Se sienta.* ¿Estoy argo cansá?… *A su niño.* ¿Qué mira usté? ¿Qué mira usté, granuja? *Achuchándolo cariñosamente.* ¡Ay, qué ojos tengo más hermosos!

Baja Amparo.

AMPARO. ¿Ya hemos dao la vuerta, comadre?

PEREGRINA. Ya.

AMPARO. Pero ¿y Gloria?

PEREGRINA. ¿Gloria? Rabiando salía.

AMPARO. ¿Se ha ido?

PEREGRINA. Hecha una pórvora.

AMPARO. ¡Vaya! Es que me quiso paresé… Pero ¿qué le ha dao?

PEREGRINA. ¿Le va usté a toma cuentas? No sé qué me ha dicho la amiga tocante a que mi Remedios ha yamao arriba a *Corbata*…

AMPARO. ¡Bendito Dios! ¡Qué brutísima es! ¿De qué se habrá prendao mi hijo?

Baja Corbata.

CORBATA. Buenas tardes, Peregrina… y la compañía.

PEREGRINA. Buenas tardes, *Corbata*.

Tras de Corbata baja Remedios, que se acerca a su madre le coge el chiquitín y lo arrulla y lo mece como una madrecita.

AMPARO. Oye, *Corbata*; que párese que Gloria ha tomao a desaire que te yame yo sin pedirle permiso… ¡Como se ha educao en las Reparadoras!…

Anda y mira si la ves por ahí, y dile de mi parte que venga, que se me ha orvidao enseñarle un pañuelo…

Corbata. Aquí la tiene usté dentro de diez minutos.

Amparo. No lo hago por eya, que así se fuera y no vorviera más… Es por mi Fernando, que va a tomarse un torosón.

Corbata. En eso estoy. Hasta mañana. *A Peregrina.* La niña le enseñará a usté los corales. ¡Vaya una alhaja e niña!

Peregrina. ¿Qué tiene?

Corbata. Sola pué usté dejarla, que no la roban. ¿No me ha ofresío dos duros por unos pendientes de corales que valen veintisinco?

Remedios. ¡Pos mañana le ofrezco a usté la mitá!

Corbata. ¡Pos le traeré a usté una libra e seresas!

Se ríen hija y madre.

Amparo. Anda, *Corbata*: anda.

Corbata. ¡Dos duros por esos pendientes!… ¡Cómo están los negosios! ¡Tiraos! *Vase con su lío más que aprisa.*

Amparo. *Sentándose, un poco ensimismada.* ¡Las cosas que tenemos que sufrí las madres!…

Remedios. *De aquí para allá, haciéndole fiestas al hermanito.* ¡Ajajay, qué contento estoy yo con mi suerte! ¿De dónde vengo yo? ¿De dónde vengo? ¿Vengo de retratarme?… ¡Arriba, arriba mi niño, que yega ar sielo! ¡Ajajay!

Peregrina. *Con la baba caída, a Amparo.* ¿Usté ve qué cuadro, vesina? Esta chiquiya mía tiene pasión por los niños chicos.

Amparo. Y ¿usté ve lo que le digo yo? —Ése debía sé de eya.

Peregrina. ¿Otra te pego?

Amparo. Comadre, déjeme usté que me distraiga con estas bromas.

Peregrina. ¡Ah! Me he encontrao a Fernando. Me ha dicho lo que pasa. ¡Que sea enhorabuena, comadre! ¡Ese chiquiyo va a hasé una carrera!…

Amparo. *Pensativa.* Si no tropiesa con quien le corte er pelo, como Sansón.

Peregrina le hace un guiño a Remedios para que las deje. Ésta lo pesca al vuelo, y se va a la puerta de la calle con el mamón.

PEREGRINA. *Cuando ya están solas.* ¿Por qué dise usté eso?

AMPARO. *Suspirando.* ¡Ay!…

PEREGRINA. Basta: no hable usté. Ese suspiro es un discurso.

AMPARO. *Volviendo el rostro.* ¿No está la niña?

PEREGRINA. No: se ha salió a la puerta e la caye. Loca con er muñeco.

AMPARO. Pos sí, Peregrina: no es la primera vez que le hago a usté esta confiansa. Er noviajo de mi Fernando me quita er sueño.

PEREGRINA. Y a mí también; aunque usté crea que paso la raya Las cosas de ustedes son mis cosas.

AMPARO. Mientras más la miro y la oigo, menos me gusta esa mujé. No tiene fundamento: es una cabesa a las onse. Coqueta, vasía, estrepitosa… ¿Usté no ve qué risotás suerta de cuando en cuando? ¡Y demasiao afisioná a las tiras bordás y al agua e Colonia!… ¡Ay, cuántas veses se lo tengo vatisinao a mi Fernando, cuando hablamos a buenas…! «Fernando, esa cabrita tira ar monte…».

PEREGRINA. Es verdá, es verdá…

AMPARO. Pero está siego; está emperrao.

PEREGRINA. ¡Quién sabe, toavía!…

AMPARO. No, comadre, no; yo no me quiero confiá… Se ha enamorao de lo más peligroso. No habla na más que de su boca, de sus ojos, de sus lunares, de su cuerpo to… Le gusta demasiao por fuera, pa podé rasoná lo poquito que por dentro vale. Y tenga usté un hijo como ése, que es el orguyo de su madre, criao por mí a costa de tos los sacrifisios, bueno, pundonoroso, guapo, con salú, con talento, en la fló de la juventú, con un camino abierto por delante que no hay anteojo que le vea er fin, pa que yegue de pronto una mujé sin seso, que no es más que un montón de carne bonito, y se lo robe a usté… y sea capaz de trastornarlo y de perderlo. No me sé conformá a esta idea; no me conformo, no. ¿Estoy alusiná por ventura, comadre? ¿Es una injustisia lo que digo?

PEREGRINA. No, señora: madre soy yo también y me pongo en er caso. Ya se lo he dicho a usté. Pero deje usté corré er tiempo… Cuando menos se piensa, la veleta que apuntaba pa er Norte se vuerve pa er Sú. *Con resolución.* ¿Quié usté que le descubra una cosa que yo he averiguo?

AMPARO. Cuente usté.

PEREGRINA. A Gloria la pretende un señorito, y eya le hase cara.

AMPARO. ¡Eso es imposible!

PEREGRINA. Don Luis Venegas.

AMPARO. ¿Don Luis Venegas? ¿Ese que tiene tantos coches?

PEREGRINA. Er mismo: esa bala perdía.

AMPARO. Pero no, no pué sé que Gloria… No lo creo Ni mi Fernando es tonto… Él estará siego, pero una cosa así… Mientras más enamorao está un hombre, más pronto resela… ¿Quién le ha dicho a usté esa picardía?

PEREGRINA. ¿No oye usté que he sío yo quien la ha averiguao?

AMPARO. *Movida por opuestos afectos.* Si fuera verdá… Y eso que ar pobresito mío iba a desgarrarlo… A vé, cuénteme usté, comadre.

PEREGRINA. Una tarde iba yo sola por la Resolana, y me paresió vé a *Corbata* y ar tar don Luis, que entraban juntos en una taberniya…

AMPARO. ¿Ha dicho usté *Corbata*?

PEREGRINA. *Corbata*.

AMPARO. Un cabo estoy atando ahora mismo. Siga usté, siga usté.

PEREGRINA. *Mirando y oyendo hacia la cancela.* Ya no es posible. Ahí viene Gloria. Suba usté luego a casa.

AMPARO. Subiré.

PEREGRINA. Y disimule usté ahora delante de eya.

Llega Gloria, riéndose.

AMPARO. ¡Hola, mujé! ¿Por qué te fuiste antes?

GLORIA. Por broma. Por asustá a Matirde.

AMPARO. ¿Por asustá a Matirde?

PEREGRINA. Capaz es.

AMPARO. Y ahora, ¿de qué te vienes riendo?

GLORIA. De una cosa que me ha dicho *Corbata*. ¡Es más descarao!

AMPARO. Siéntate.

GLORIA. ¡Ya lo creo!

AMPARO. Fernandiyo no tardará. Er mundo ar revés: la novia en casa der novio, esperándolo.

GLORIA. Pa éso hay confiansa.

PEREGRINA. ¿Está mi Remedios a la puerta?

GLORIA. Sí, señora: con er niño en brasos. ¡Qué pasiensia tiene! A mí, como no me gustan los niños…

PEREGRINA. *Previa una señal de inteligencia.* Pos verá usté, Amparo, lo que le estaba refiriendo.

AMPARO. Siga usté, sí.

Gloria distrae su imaginación. Amparo la observa con disimulo.

PEREGRINA. Así que retraté a Migueliyo, me yegué a casa de doña Leonó, que quería conoserlo. ¡Qué casa, comadre! Es un palasio. Y ¡qué suerte la de mi mocoso! Ayí me encontré a toas las señoritas de Seviya hasiendo flores pa la fiesta der lunes, y toas tuvieron que hasé con é. En esto, un señorito muy dicharachero y muy simpático, se me aserca con un duro en la mano y me dise: «Vamos a vé si es niña o niño». Le enseña er duro a Migueliyo, y Migueliyo le vuerve la cara. Y entonses sarta é: «Es niño. Si yega a sé niña coge er duro y lo cambia». ¡La risa que se armó! Amparo. No tuvo mal ánge: ¿Quién era er señorito ese?

PEREGRINA. A la salía me lo dijo el ama de yaves: don Luis Venegas.

Gloria no puede reprimir un movimiento que Amparo advierte.

AMPARO. ¿Don Luis Venegas?

PEREGRINA. Es muy nombrao.

AMPARO. No sé…

Pasa Remedios, sin querer ser sentida, de la cancela a la escalera.

PEREGRINA. ¿Qué es eso? ¿Se durmió?

REMEDIOS. Sí, señora. Voy a dejarlo en su cunita. *Sube Peregrina. Siguiendo el hilo de su historia, que ni por un segundo ha soltado.* Pos en

Seviya está de moda ese don Luis. En Seviya, ca tres o cuatro años se ha de poné de moda un señorito. Pero éste lo vale: se gasta los dineros, es bien paresío, tiene aqué… Ayí le daban muchas bromas con una morena de Córdoba…

Gloria se levanta para disimular mejor la inquietud que el cuento le produce.

AMPARO. Estoy considerando, comadre, lo que usté va y viene, lo que corretea, las casas que conose, las historias que sabe… ¡Josús!… Es usté la *Gaseta*.

PEREGRINA. Comadre, er sabé no ocupa lugá. Veinticuatro horas tiene er día: en menos e cuatro arreglo yo mi casa: de un tirón duermo ocho: me sobran dose pa enterarme de lo que me importa y de lo que no me importa también. Y ahora me voy arriba. Bastante hemos charlao, ¿verdá?

AMPARO. No ha estao malo er ratito e charla.

PEREGRINA. No ha estao malo. *Sube.*

AMPARO. Y a ti, Gloria, te han dao *cayaderas*.

GLORIA. *Disimulando.* Y ¿quién mete basa, estando delante Peregrina?

AMPARO. Eso sí es verdá.

Repentinamente llega de la calle Fernando, que se dirige resuelto a Gloria.

FERNANDO. Tú te creerías que yo me había escapao en un globo… Pos de tu casa vengo otra vez.

GLORIA. ¿Sí?

FERNANDO. Sí. Pero estamos jugando al escondite. Te ha contao mi madre…?

GLORIA. To, to me lo ha contao. Me he alegrao mucho.

AMPARO. Venirse ahí fuera a la puerta e la caye. *Coge una sillila baja y se marcha ella. Lleva tras de la frente una grave preocupación.*

Fernando entra en la salita a dejar el sombrero, y sale en seguida dispuesto a complacer a su madre.

FERNANDO. ¿Nos vamos ahí fuera?

GLORIA. No: estate aquí.

FERNANDO. ¡Donde tú dispongas! En siendo a tu lao…

GLORIA. Pos aquí.

FERNANDO. ¡Aquí!

GLORIA. ¿Te ríes?

FERNANDO. De alegría, chiquiya. Hasta este momento no la he tenío completa.

GLORIA. ¿Por qué?

FERNANDO. ¡Porque sé que ya tú lo sabes!

GLORIA. ¡Ah! lo der cuadro.

FERNANDO. ¿Qué ha de sé ahora sino eso? Y ahora y siempre, eso y cuanto me pase. Alegría que yo tengo, Gloria, mientras no te la digo me párese que le farta lo prinsipá.

GLORIA. Si te oyera tu madre…

FERNANDO. ¡La pobre! Mi madre está a un lao… ¡Lo contenta que se ha puesto eya! ¡Lo que me quiere! ¡Lo que te quiere a ti!

GLORIA. *Haciendo un mohín significativo.* Me quiere vé en sarmuera.

FERNANDO. ¡En sarmuera, dise! ¡Claro que no te quiere como yo!

GLORIA. Er parentesco es pa ayunarlo. Lo dejaremos.

FERNANDO. Lo dejaremos. Sería la primera vez que no estuviera yo por darte gusto. ¡Y en er día de hoy! ¡Las ilusiones que me estoy hasiendo, chiquiya!… Porque vendé un cuadro de la forma que yo lo he vendió, antes de sé nadie, sin yamarse nadie, y en ese dinero, ¡eso no lo cuentan muchos pintores que presumen! ¡Y eso me da a mí una confiansa, que er mundo es chico pa lo que yo voy a pintá!

GLORIA. Vamos, que si hubiera más luz, te ibas ahora mismo al estudio, pa no perdé er tiempo.

FERNANDO. Ahora mismo, no. Desde que tú me quieres, pa mí no hay cosa antes que tú: está contigo es lo primero.

GLORIA. ¡Eso! Y que se enrabie quien se enrabie.

FERNANDO. Y ¿quién se enrabia?

GLORIA. Yo me entiendo y bailo sola. *Echa una miradíta pa er barcón de arriba.*

FERNANDO. ¡Ah, vamos!

GLORIA. *Convencida de pronto.* Sí, sí; tú me quieres. Y yo a ti más toavía. Tú no pués entendé esto, porque eres hombre; pero en er barrio no hay otro más buen moso. Este invierno le desía yo a Matirde: —Ér no pintará bien; mi retrato le habrá salió malamente, pero míalo cómo yeva la capa.

FERNANDO. *Riéndose.* ¡Váyase lo uno por lo otro!

GLORIA. ¡Porque cuidao que mi retrato te salió malamente! Ayí se te escapó er talento, Fernandiyo.

FERNANDO. *Lastimado, pero queriendo no sentirlo tomándolo a broma.* Me temblaba er purso mirándote. *Le coge una mano.* Como ahora…

GLORIA. Estate quieto.

FERNANDO. No es pa un prinsipiante esta carita… Pero ya la pintaré cuando sea un maestro… La pintaré sien veses y de toas maneras: de frente, de perfí, de espardas, de lao… ¡De tos modos me gusta! Te pintaré mirándome, riéndote, dormida, soñando conmigo…

GLORIA. Y ¿cómo va a saberse eso?

FERNANDO. ¡Y pintaré también este cuerpo bonito, er más bonito que se pasea por Seviya de punta a punta!

GLORIA. ¿Doy un paseíto pa que te fijes?

FERNANDO. Dalo, anda.

GLORIA. Te vas a reí mucho.

FERNANDO. Anda, dalo; da ese paseíto.

GLORIA. ¿Quiés estarte quieto, Fernando?

FERNANDO. No.

GLORIA. ¡Que hay carabineros arriba! Y tu madre a la puerta. Y de la menó cosa que ve saca eya partió. Aunque tú digas que me adora.

FERNANDO. Pos déjame que te mire de perfí.

GLORIA. ¿Es capricho? ¿Tú sabes lo que la otra noche estuvo disiendo?

FERNANDO. Vuerve la cara.

GLORIA. *Fija en su idea*. Y no así a una persona de la intimidá, sino delante e medio barrio.

FERNANDO. Ya me lo has contao; ¿no te acuerdas?

GLORIA. Que si entro, que si sargo, que si correteo, que si soy ventanera…

FERNANDO. Cáyate, mujé.

GLORIA. Que si voy sola, que si no voy sola, que si voy en bandás, que si me visto yamativa…

FERNANDO. Pero, Gloria, sea lo que sea, ¿lo dirá eya por gana e molestarte?

GLORIA. Hoy me ha echao.

FERNANDO. ¿Qué?

GLORIA. Pregúntale a *Corbata*. Hoy me ha echao: hoy me ha puesto en la puerta e la caye. Que diga *Corbata*. Y que diga Matirde, que estaba aquí también.

FERNANDO. Siempre serán tus cosas.

GLORIA. ¡Naturarmente que son mis cosas; no van a sé las de la niña de ahí arriba! Pero yo creo que si tú me has querío a mí, ha sío por mis cosas.

FERNANDO. Sí.

GLORIA. Y por mis cosas he vuerto yo aquí esta tarde Fernando; porque lo que te quiero a ti me quita a mí er rencó pa tu madre.

FERNANDO. Pos mira, Gloria, eso es lo prinsipá. Y a mi madre no la metas nunca en tus rencores, que lo que de sus labios sarga, siempre yevará una buena intensión, aunque tú no la veas. Y doblemos la hoja, ¿no te parese? Quiéreme siempre tú…

GLORIA. ¿Vuerta ar cariño?

FERNANDO. Y ¿dónde se está más a gusto?

GLORIA. Sí, Fernando; pero es un empalago no salí de la misma conversasión.

FERNANDO. ¿Te cansa oírme que te quiero, que me enamoras, que siempre te querré?

GLORIA. No, hombre. ¡To lo sacas de quisio! Eso está bien un rato, y en su oportunidá. Pero hay que hablá de muchas más cosas. De la gente, der mundo, de las cayes, der barrio… ¿Te has enterao de lo der latero? Se ha muerto anoche.

FERNANDO. En paz descanse. *Se levanta disgustado y pasea.*

GLORIA. ¿Adónde vas?

FERNANDO. A ninguna parte.

GLORIA. ¿Por qué te has levantao?

FERNANDO. Pa variá de postura. No sólo hemos de variá de conversasión.

GLORIA. ¿Ya te enfadaste?

FERNANDO. No.

GLORIA. No digas que no. ¡Vaya! A ti, en sacándote de los cuadros y der cariño…

FERNANDO. Sí; eso es.

GLORIA. ¡Eso es!

FERNANDO. Pos ¿qué digo yo, Gloria?

GLORIA. Tú me das la rasón como a los borrachos: por no oírme. Y una no tendrá talento, como tú; pero, vamos, que pa despresiarla de esa manera…

FERNANDO. No seas tarabiya. Es que argunas veses me desconsierta oírte. ¡Y lo siento más!… *La mira enamorado.* Vengo esta tarde en busca tuya más que nunca satisfecho de mí, de ti, de quererte, de mi fortuna, a contarte una cosa que me hase temblá de orguyo y de alegría, que mi madre ha escuchao yorando…

GLORIA. Ya salió tu madre.

FERNANDO. Mi madre en mis cosas está siempre: no tiene que salí. Y cuando quiero vé que se te comunica mi contento, y que tú lo agrandas con er tuyo; cuando quiero hablá de nosotros, de mi porvení, de mis ilusiones… de lo que más tiene que importarnos y que gustarnos a los dos, me sales tú con que mi cariño te empalaga y con que hay que hablá de la gente que pasa por

la caye. *Sentándose con pesadumbre al lado de Gloria, pero sin dejar de mirarla con encanto.* ¡Bueno está!

GLORIA. ¿Sabes lo que te digo?

FERNANDO. ¿Qué me dises?

GLORIA. Que si en vez de vendé un cuadro vendes siete, tenemos que amarrarte. ¡No paese sino que has heredao!

FERNANDO. ¡Mucho más he hecho!

GLORIA. Eres tú demasiao *ilusorio*. ¿Mía que ponerse así, y en tres años que hase que te conozco, un cuadro es to lo que has vendío?

FERNANDO. Por argo hay que empesá… Claro que millonario no lo seré nunca.

GLORIA. Pos eso sí que es una lástima.

Silencio enojoso. Fernando medita. Gloria se levanta y va y viene, fruncido el entrecejo. Él, de vez en cuando, la mira. De improviso ella rompe a reír destempladamente.

FERNANDO. *Como quien recibe un golpe en la cabeza.* ¿Te ríes ahora? ¿De qué te ríes? ¿De mí?

GLORIA. De ti y de mí: de los dos. Paresemos tontos. ¿Tú ves cómo er demasiao cariño atonta a la gente?

FERNANDO. ¡O la vuerve loca!

GLORIA. No te pongas tan serio. *Yendo a él; buscándole la cara.* Escúchame. Escúchame, hombre. Mañana quiero que principies a pintá otro retrato mío.

FERNANDO. *Mirándola con extrañeza.* No sé pintarte yo.

GLORIA. Ya, sí. No te piques por lo de antes. Has adelantao mucho. Y me vas a pintá de pies a cabesa, con er vestío rosa, que es er que más te gusta, y con er mantón blanco de espuma que tú me regalaste. Me pintas con mucho cuidao, ¿tú me oyes?, poniendo en er pinsé toa tu voluntá, y to tu cariño… y toas tus fantasías, pa que sarga a tu gusto. Y así, si yo me muero… o si arguna noche me yevan las brujas de tu lao no me aparto: ¡ahí me tienes pintá por ti!

FERNANDO. ¿Qué dises?

GLORIA. Na, hombre; que a mí también se me ocurren cosas. *Torna a reír como antes.*

FERNANDO. ¿Otra vez la risa?

GLORIA. Pero ¿es nuevo que yo me ría, Fernando?

FERNANDO. De esa manera, sí.

GLORIA. ¡Ave María, cómo estás esta tarde!

FERNANDO. ¿Eh?

GLORIA. ¡Hasta luego!

FERNANDO. ¿Hasta luego?

GLORIA. ¡O hasta mañana, o hasta er domingo en misa o hasta que quiera Dios! ¡También una es imbesi! ¡Jesús! ¡Me ahogo ya en er patio!

FERNANDO. ¿Ah, sí?

GLORIA. ¡Sí, sí; me ahogo en er patio! ¡Adiós! ¡Que se te pase la calentura! La tonta es una que… *Vase hablando entre dientes.*

FERNANDO. *Tras breve pausa, con desencanto* y *pena,* ¡No me quiere!

A poco, por la cancela, sale Amparo, a quien ha sorprendido la brusca marcha de la mocita. Se detiene un instante, viendo a su hijo, y luego exclama:

AMPARO. ¡Tenía que sé eya la que te amargara este día! *Fernando la mira en silencio.* ¡Eya tenía que sé!

FERNANDO. Madre…

AMPARO. *Acercándosele.* Fernando… hazme caso a mí… Tu madre te lo dise… Esa niña es una pájara volantona…

FERNANDO. ¡No empiese usté con su cantinela, madre!… ¡Bastante tengo ensima! *Éntrase en la salita del foro.*

AMPARO. Yorando va ese hijo… ¿No hay pa matarla? *Vuélvese amenazadora hacia la calle como dirigiéndose a Gloria.* ¡Mal haya! *Se encamina en busca de él.* ¡Fernando!…

En el balcón, una blanca mano levanta un visillo, y tras el cristal asoma la linda carita de Remedios, anhelante y curiosa.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Estudio de Fernando, en una accesoria de un corral. Puerta de entrada a la izquierda del actor, en primer término. Otra más pequeña a la derecha, en segundo. Al foro, las ventanas por donde el estudio recibe la luz, y un rincón lleno de trastos, figurillas de yeso, lienzos inutilizados, etc. Las ventanas dan a un patinillo. La habitación es humilde, casi pobre. Las paredes blancas están caprichosamente decoradas con multitud de bocetos al carbón y al óleo. A la derecha, en primer término, está el caballete de trabajo. Junto a él, en una silla de tijera, la caja de pinturas. A la izquierda, en segundo término, una tarima, y, sobre ella, un sillón de enea. Dos o tres sillas desiguales aquí y allá.

Es al mediodía y en el mes de octubre.

En el sillón que hay sobre la tarima aparece sentada Amparo, a quien su hijo retrata. Sobre su vestido de diario tiene puesto un vistoso pañuelo de talle, y en las orejas luce ricos pendientes, recuerdo, acaso del día de su boda. Fernando, con blusa de dril, manchada de colores, trabaja.

Conchilla, una joven y preciosa modelo, vestida pobremente, habla con él.

CONCHILLA. ¿Entonses, don Fernando, vorveré mañana? Fernando. ¿Mañana?

CONCHILLA. Eso.

FERNANDO. No; mañana, no. Ni pasao mañana tampoco. Mientras no acabe este retrato… Yo te avisaré.

CONCHILLA. Eso.

FERNANDO. ¿No trabajas ahora con nadie?

CONCHILLA. Antié concluí con don Federico. Ahora no tengo na. Por eso me he yegao…

FERNANDO. Sí, sí. ¿Quién me habló a mí anoche de que quería pintá contigo una cabesa?

CONCHILLA. ¿Quién?

FERNANDO. ¡Ah, sí! Solana. Don Antonio Solana. Yégate por su estudio.

CONCHILLA. Eso.

FERNANDO. ¿Sabes dónde es?

CONCHILLA. En er cayejón de los Estudiantes.

FERNANDO. Cabalito.

CONCHILLA. Y ¿usté me avisará pa lo suyo?

FERNANDO. Sí.

CONCHILLA. Me he mudao.

FERNANDO. ¿Te has mudao? ¿Adónde?

CONCHILLA. A la caye'er Vidrio.

FERNANDO. ¿Qué número?

CONCHILLA. Tres.

FERNANDO. Aguarda. *Coge un lápiz y en la pared escribe:* Conchiya: Vidrio, 3.

CONCHILLA. Eso.

FERNANDO. Así no se me orvida.

CONCHILLA. Eso. Y quéese usté con Dios.

FERNANDO. *Dándole una peseta.* Toma; pa que no pierdas er viaje.

CONCHILLA. Muchas grasias. Buenas tardes, señora.

AMPARO. Anda con Dios, mujé.

CONCHILLA. Buenas tardes. *Se va por la puerta de la izquierda.*

AMPARO. ¡Qué mona es la chiquiya!

FERNANDO. Y ¡más grasiosa!… Si usté la oyera hablá… El otro día estuvo aquí Gonsaga, ése de la melena y la pipa que a usté le choca tanto…

AMPARO. ¿Ése tan puerco?

FERNANDO. Ése. ¡Tiene muchos humos!… Vino a enseñarme un estudio de Chipiona, der má… Una cosa muy agria: er mar asú, er sielo asú… Y se le ocurre preguntarle a Conchiya: «A ti ¿qué te parese?». Y eya va y le responde: «Que lo mismo tiene corgarlo pa arriba que pa abajo».

AMPARO. ¡Lo mató!

Ríen madre e hijo. Fernando trabaja con afán. Ya pinta decidido, ya vacila mirando al modelo, ya mide distancias desde lejos con el pincel, colocándolo horizontal o verticalmente y entornando los ojos, ya da breves y al parecer certeras pinceladas, ya se acerca al modelo para observar algún detalle, ya contempla cuadro y modelo alternativamente.

Hay unos momentos de silencio. Luego le pregunta a su madre:

FERNANDO. ¿Se cansa usté?

AMPARO. No, hijo. ¿Y tú?

FERNANDO. Tampoco. Hoy yevamos una sesión aprovechaíta.

AMPARO. Lo menos has pintao una hora.

FERNANDO. Estoy de vena y hay muy buena luz.

AMPARO. Sí; se fueron las nubes…

Pausa.

FERNANDO. Hable usté; hable usté lo que quiera, como siempre. En la conversasión se ven tantas cosas…

AMPARO. Si yo no paro de charlá…

FERNANDO. Pos eso, eso es lo que me gusta. Cuando se caya usté pierde espresión la fisonomía. ¿Me dijo usté que las vesinas van a vení a buscarla?

AMPARO. Sí. Peregrina se ha encastiyao en yevarme a casa de doña Leonó… Dise que esa señora alaba mucho tos tus cuadros; que quiere conoserme; que quiere vé de serca a la madre der gran pintó…

FERNANDO. *Sonriendo.* ¡Der gran pintó!

AMPARO. Hijo, como tu fama ha cresío tantísimo desde que vendiste *La encajera…* ¡Cómo te dió a ti er corasón que ayí empesaba tu fortuna!

FERNANDO. ¿Mi fortuna?

AMPARO. Bueno; tu renombre. Ya vendrán los dineros también. Hoy hase justos un año y sinco meses de aqueyo. Sí, eso es: un año y sinco meses. Fué en mayo del año pasao y estamos en ortubre… Ven acá.

FERNANDO. ¿Qué quié usté?

AMPARO. Darte un beso: se me ha antojao.

FERNANDO. Luego; ¿no es lo mismo? No me distraiga usté ahora, que estoy con los ojos.

AMPARO. Pos sigue con eyos.

FERNANDO. Mire usté pa mí. Eso es. ¡Las cosas que quiero yo que se vean en estos ojos!

AMPARO. Pinta en las niñas dos retratitos tuyos.

FERNANDO. Mucho más.

AMPARO. ¿Qué más?

FERNANDO. Mucho más: usté lo verá luego. No se caye usté.

AMPARO. Fernandiyo, tú de veras vas a conseguí que sarga hablando.

FERNANDO. ¡Ojalá!

Charla Amparo, mientras pinta su hijo, con espontaneidad graciosa, con agrado y naturalidad, pero sin otro movimiento casi que el de los labios. Fernando no atiende apenas más que a su pintura, aunque ríe a veces las ocurrencias de su madre.

AMPARO. Por supuesto, tiene que sé hablando de tus cuadros. O no vi a pareserme. ¡Qué bien te salió aquer de las escardaoras! ¡Qué fila de mujeres pintaste! Pos ¿y er retrato de Mariquita Pérez, te dió argún lugá entre la gente rica? Así está mi comadre; que sueña contigo pa su Remedios. Siempre yevó eya en er pensamiento la misma idea; pero desde que tú te libraste de aqueya pájara de tu novia, se le ha emberrenchinao: no pierde ocasión de dejarte solo con la niña.

FERNANDO. ¡Je!

Amparo. Y la niña me figuro que no lo siente. Tiene también sus griyos cantaores en la cabesa. ¿No? *Fernando calla.* Es muy sentaíta Remedios: muy sentaíta. Y ha nasío pa su casa y no pa la caye: como las mujeres de bien. A mí, cuando la veo con el hermanito en los brasos, me enternese. Hombre, y ¿tú has reparao cómo se va enmendando er chiquiyo? ¡Más vale! ¡Mía que nasió espantoso! Con toa la cara de un conejo. Cuando la madre se hasía la interesante sobre la criansa, más e dos veses tuve yo en la boca er desirle: «¡Señora, mándelo usté a una huerta, que ayí no le fartará qué comé!». Porque era un conejo el angelito. ¿Y er *pirandón* der padre? ¡Qué hombres! Asaos a fuego lento, no pagan. Nueve chiquiyos tiene ya en América de la otra. ¡Claro! ¡Cuarquiera lo arranca de ayí! Que si los negosios, que si las fábricas que si los jabones… ¡No están malas pastiyas los nueve niños! Dise er padre en er mueye que quié venirse a España, se le agarran a los fardones los nueve, ¡y no hay vapó que ande!

Fernando. Ahora puede usté mové la cabesa, y así descansa. Voy a manchá un poco er mantón.

Amparo. Me alegro. A mí misma me estaba ya entrando risa. Tan quieta, y hablando sin pará, te debo de paresé una muñeca de un *ventrícolo*.

Fernando. ¡Ja, ja, ja!

Larga pausa.

Amparo. Hase un rato que se oye aquí er vuelo de una mosca.

Fernando. Pos yo estoy hablando.

Amparo. ¿Tú? ¿Con quién? Será contigo mismo.

Fernando. No: con esta señora.

Amparo. ¿Ah, sí? Y ¿qué le dises?

Fernando. Le doy la rasón en una disputa que con eya traía.

Amparo. Ya… *Pausa breve.* Óyeme, Fernandiyo.

Fernando. Diga usté.

Amparo. Vas a haserme un favó.

Fernando. ¿Un favó, madre?

Amparo. Sí; tienes en ese cuarto un retrato, que me hase a mí mala impresión er verlo siempre que entro ahí.

Fernando. *Disimulando un punto.* ¿Qué retrato?

Amparo. *Comprendiendo que disimula. ¿No* lo asiertas quisás?

Fernando. ¿Er de Gloria?

Amparo. Ése. ¿Quiés quemarlo?

Fernando. ¿Quemarlo? ¿Pa qué, si es un estudio como tantos que tengo?

Amparo. Pa que no quede de aqueya mujé ni sombra aireó tuyo.

Fernando. Ni sombra queda, madre: esté usté segura. Usté sabe que eso pasó. *Mirándola.* Pasó, pasó…

Amparo. Pos, sin embargo, quémalo.

Fernando. ¡Si no se párese!

Amparo. En los lunares, sí. Quémalo y avienta luego las senisas.

Fernando. *Riéndose.* Un día que no sople el aire pa casa.

Amparo. ¡Ajajá! ¿Me dijiste ayé que habías sabio de eya?

Fernando. Sí; un amigo la vió en Madrí y vino a contármelo. Yo me encogí de hombros.

Amparo. Hay amigos muy oportunos. Ar pobresito de su padre le han echao veinte años ensima.

Fernando. Es verdá. Cuando me encuentra por la caye se le sartan las lágrimas.

Amparo. ¡La muy loca!

Fernando. Sí, mamá, sí; loca y volantona, y hasta mala, si usté me apura mucho; pero…

Amparo. Pero ¿qué? ¿Vas a defenderla toavía?

Fernando. No…

Amparo. ¡Una mujé desente, que tiene un novio como tú, no se escapa con er primer señorito que le hase cucamonas, aunque tenga los miyones de Creso y más coches y más cabayos que una feria! ¡Eso te lo dise a ti tu madre, que sabe de eso más que tú! ¡El hambre es, y no discurpa que una mujé se descarrile!

FERNANDO. Bueno, bueno; no se arborote usté ni se dijuste… ¿A qué removê lo pasao? ¿Quién se acuerda ya de esa historia?… *Breve pausa.* Y basta por hoy.

AMPARO. ¿Eh?

FERNANDO. Digo de pintá. *Deja la paleta.* Bájese usté der trono, y venga usté a verse, doña Amparo.

AMPARO. Vamos ayá.

FERNANDO. ¿Qué efecto le hase a usté?

AMPARO. Superió, Fernandiyo. Hablando estoy.

FERNANDO. No, toavía no habla; toavía no hase más que escuchá. Le farta bastante.

AMPARO. ¿Qué le farta? ¿Quiés desirme a la cara qué es lo que le farta? Dos o tres arrugas.

FERNANDO. Usté irá enterándose.

AMPARO. Que me las pongas toas; no me laves, como los fotógrafos. Quieo salí como soy.

FERNANDO. *Señalando a un espejo que hay en la pared, en el foro.* Mírelo usté por el espejo.

AMPARO. ¡Ay, qué bien! ¡Qué bonito! ¡Qué bonito se ve! *Dándole un achuchón.* ¡Se portó Muriyo con su madre! ¡Qué lástima de hijo, manco y miope!

FERNANDO. Mañana trabajaremos en las manos. Me quiero esmerá.

AMPARO. *Tomándote cariñosamente la cara.* Mía cómo son de agradesías.

Fernando le coge al vuelo una y se la besa. Óyese rumor de conversación tras la puerta de entrada.

FERNANDO. ¿Quién yega?

AMPARO. Las vesinas, seguramente.

FERNANDO. Pos no quiero que lo vean todavía. *Quita del caballete el lienzo y entra a dejarlo en el cuartito de la derecha. En seguida sale.*

AMPARO. ¿Lo has vuerto contra la paré?

Fernando. Sí.

Amparo. Bien hecho. Porque Peregrina se mete ahí conmigo cuando entre yo. Pa dejarte solo con Remedios.

Fernando. Es posible.

Amparo. Tú lo verás.

Peregrina y Remedios asoman en la puerta. Vienen de mantón.

Peregrina. ¿Se puede?

Fernando. Adelante, vesinas.

Remedios. Buenas tardes.

Peregrina. Diez minutos yevamos ahí despidiendo a Pepa la *Coja*, que quería colarse a vé er retrato. ¡Mire usté que es impertinensia!

Fernando. Yo no quiero enseñárselo a nadie hasta concluirlo.

Peregrina. ¡Claro, señó!

Remedios. ¿Se acabó ya la tarea de hoy?

Amparo. En este momento. No ha hecho más que sortá los pinseles. ¡Va er retrato que quita er sentío!

Fernando. Mi madre…

Remedios. Dirá la verdá, como de costumbre.

Peregrina. Pos nosotras, vesina, estamos a la disposisión de usté.

Amparo. Pos me voy a quitá estos adornos y sargo en seguía, pa que nos marchemos.

Peregrina. Iré yo con usté a ayudarle.

Amparo. Como usté guste.

Madre e hijo cambian una mirada, que es un comentario elocuente. Amparo y Peregrina entran en el cuartito de la derecha.

Fernando. Hasía tiempo que no venía usté por aquí, vesinita.

Remedios. Er mes pasao estuve.

Fernando. Es verdá.

Remedios. ¿Ha pintao usté mucho desde entonses?…

Fernando. No. Argunos estudios der campo… Cosa sin importansia. Éste es uno de eyos.

Remedios. Muy bonito.

Fernando. De ahí, de Castiyeja. Y este otro, de Coria.

Remedios. Muy bonito también. ¡Qué bien está er sielo!

Fernando. Sí, no me, salió mal este pedasiyo. Pero ahora no pienso más que en er retrato de mi madre. Yo no sé las vuertas que le he dao antes de emprenderlo der to.

Remedios. Y ¿está usté contento?

Fernando. Muy contento. Mentiría si dijera otra cosa. Creo que voy asertando. Ya lo verán ustedes uno de estos días.

Remedios. Hay que oí a su madre de usté hablá der retrato cuando vuerve a casa del estudio.

Fernando. Eso de mi madre es monomanía.

Remedios. ¿Y lo del hijo, no? Pa un pintó debe de sé una gloria pintá er retrato de su madre.

Fernando. Lo es.

Remedios. ¿Verdá que sí?

Fernando. No se parese a na, Remedios. La prueba es que uno, que se atreve con tantas cosas, se detiene ante ese retrato, guardándose su vanidá y su amor propio. Y a tos nos pasa iguá. «Aún no es tiempo; aún no pinto bastante; aún no está la mano segura… Ya lo haré. Ya lo haré». ¡Y se pinta con desinterés y con orguyo!… Es pa uno hasta un agradesimiento con su madre. Y luego, Remedios, que sabe uno que copia los únicos ojos donde pué mirarse sin cuidao; la única frente por donde no pasa un solo pensamiento que nos dañe; la única boca que no ha de mentirnos… En fin, es un retrato en er que asiertan hasta malos pintores. No parese sino que nuestra misma madre nos yeva la mano. *Con brusca transición.* Bueno, vesina; ¿quiere usté que hablemos de otra cosa?

Remedios. Ha ido usté a pensá en lo que no pensaba. Hablemos de lo que usté quiera.

FERNANDO. A propósito. A propósito de pintores y de cariños, Remedios.

REMEDIOS. *Turbada.* ¿Qué?

FERNANDO. ¡Ya desía yo que tenía que contarle a usté argo! Sin sueño trae usté a mi compañero Solana.

REMEDIOS. ¡Vaya por Dios! Pos dele usté una medisina pa que duerma.

FERNANDO. Y duerme… ¡y sueña con usté!

REMEDIOS. Eso ya no hay medisina con que remediarlo. Mire usté, Fernando, de verdá: quítele usté a Solana esa tontería de la cabesa. ¡Yo nunca he de quererlo!… No me gusta. No me gusta ese hombre… Mis amigas me disen que lo piense… Y yo les digo a eyas que una muchacha no debe queré a un hombre después de pensarlo, sino antes.

FERNANDO. Sí: lo primero es quererlo.

PAUSA. Fernando baja la vista.

REMEDIOS. Observándolo, y atreviéndose a tocar el tema que no se aparta de su mente. *Por dónde yo, sin darme cuenta, he vuerto a recordarle a usté…*

FERNANDO. ¿Qué, Remedios?

REMEDIOS. A lo mejó se enredan las palabras… pero no ha estao en mi voluntá…

FERNANDO. ¡Ah, vamos! No sea usté inosente, vesinita Ese recuerdo viene a mí con frecuensia… La vida sin queré me lo trae… Pero ya no me hiere, no.

REMEDIOS. *Con gesto de duda.* ¿No?

FERNANDO. Aunque usté no lo crea. ¿Es verdá que parese mentira? Una cosa que era la ilusión entera de uno, er norte de uno, como quien dise; er pensamiento der día y de la noche, y de pronto viene una traisión y se lo yeva, y uno siente el hachaso, y cree que va a morirse… y no se muere, y sigue viviendo, y orvida, y gosa, y ríe, y triunfa… ¡O uno vale muy poco, o era aqueyo, con paresé tanto, lo que no lo valía!

REMEDIOS. Aqueyo; aqueyo era.

FERNANDO. Pero ¡qué loco estuve! Y ¡qué rasón tenía mi madre siempre! Cuando pienso que argunas veses la escuché con encono… ¡Vamos!

REMEDIOS. Pa consolarse de eyo, piense usté ahora en lo satisfecha que está.

FERNANDO. Y yo, Remedios; yo también. Er desencanto creí que me mataba… y es er que me ha curao. Y ya que hablamos de estas cosas, de que por primera vez hablamos usté y yo, porque las palabras se enredan, como usté ha dicho antes, es ocasión de que le confiese a usté un sentimiento mío.

REMEDIOS. ¿A mí?… ¿Usté?…

FERNANDO. Sí. En aqueyos días de amargura en que yo no veía ni entendía, una cosa vi, sin embargo… Y no la orvido. *Remedios lo escucha emocionada.* Su interés de usté por mi pena; su compasión ocurta; su afán cayao por aliviármela con una sonrisa de inteligensia, de consuelo… Cuantas veses salía o entraba, sentía más que veía levantarse er visiyo de aquer barcón der patio, como una nubesita que se rompiera… ¿Se acuerda usté?

REMEDIOS. Era naturá que me interesase… ¿Quién no, que lo quisiera a usté un poquiyo? ¡Pasó usté unos días muy crueles!

FERNANDO. Pos, después de to, no se imagine usté que siento el haberlos pasao.

REMEDIOS. Sí; son siempre una esperiensia.

FERNANDO. Pa lo que quisás no tuviera való serla pa vorvé a pasarlos.

REMEDIOS. Y ¿a quién se le ocurre tar cosa, por Dios bendito?

FERNANDO. ¡Qué cambios éstos de la vida!

Se miran sonriendo. Salen Amparo y Peregrina. Amparo ya arreglada para la calle.

PEREGRINA. ¡Muy cayaítos están ustedes!

REMEDIOS. ¿Eh? Ahora…

AMPARO. Usté se ha encargao de charlé por eyos ahí dentro.

FERNANDO. Y nosotros por ustedes aquí. ¿Verdá, Remedios?

REMEDIOS. ¡Vaya!

PEREGRINA. A ésta le echan chispas los ojos.

REMEDIOS. ¡Mamá!

PEREGRINA. *A Fernando.* Y a usté también.

AMPARO. Comadre, es usté la única persona que he conosío, que repique y ande en la prosesión.

PEREGRINA. Si, señora; y si a la vez me puedo enterá de lo que pasa en la sacristía, eso voy ganando.

Llega de la calle Corbata, y se detiene en la puerta, según costumbre.

CORBATA. Felices tardes. ¿Hay permiso?

FERNANDO. ¡*Corbata*!

AMPARO. Pasa, sinvergonsón.

CORBATA. Pero ¿cuándo me va usté a apeé er tratamiento, doña Amparo?

AMPARO. Arto ahí. A mí no me yames tú doña Amparo. Ni doña Amparo, ni la señá Amparo: Amparo, como siempre.

CORBATA. Será usté obedesía. Toma tú, Fernando. *Le da un paquete de cigarrillos.* Ahí tienes dosientos sincuenta pitiyos, como no los fuma en Seviya nadie más que tú.

FERNANDO. Y tú.

CORBATA. Los que tú me regalas. Yo no prevarico. Pués contarlos.

FERNANDO. Ya lo sé. Vaya uno.

CORBATA. Estimando, artista. Hay que verlo. Párese de marfí. Señó, como hecho por las manos de María Jiménez Huerta, hija de Encarnasión Huerta Galindo, maestra de tayeres cuando yo entré en quintas. ¡Na más!

AMPARO. ¡La saliva que gastas en barde!

CORBATA. En barde, nunca; pero por mucha que gaste, siempre quea.

AMPARO. ¿Vámonos nosotras?

PEREGRINA. Vámonos cuando usté diga, comadre.

AMPARO. Hasta luego, hijo.

FERNANDO. Vayan ustés con Dios.

PEREGRINA. Con Dios, Fernando.

Remedios. Hasta la noche.

Peregrina. Que usté lo pase bien, *Corbata*.

Corbata. ¡Guarde Dios a la primavera y al otoño!

Amparo. ¡Qué sinvergonsón!

Corbata. ¡Y a la madre de don Diego Velázquez! *Se van las tres mujeres charlando.* Al insurto contesto yo con er piropo: ¡er sándalo perfuma el hacha que lo hiere!

Fernando. ¡Bravo, *Corbata*! Echaremos un sigarriyo.

Corbata. Ahora me toca a mí darte candela.

Fernando. Trae acá.

Pausa.

Corbata. Y ¿tú qué tienes, don Fernando?

Fernando. ¿Por qué?

Corbata. Te veo nerviosiyo…

Fernando. Exitao der trabajo, quisás…

Corbata. Pos no pintes más, hombre.

Fernando. Hoy ya lo he dejao.

Corbata. Yo también ando con los nervios tirantes, no te figures tú… Y es que va a cambiá er tiempo: hay en el aire pelusitas de caña…

Fernando. Sortaremos la blusa. Éntrase a ello en el cuartito de la derecha.

Nueva pausa. A la truhanesca cara de Corbata asoma una sonrisa diabólica.

Corbata. ¡Qué arrastrao mundo!

Fernando. *Desde dentro.* ¿Qué dises?

Corbata. *Levantando la voz un poco.* ¡Que qué arrastrao mundo! Cuando párese que está er sielo más despejao, relampaguea y truena. Y el hombre, er rey de la creasión, a mersé de semejantes vaivenes. ¡Qué arrastrao mundo!

FERNANDO. *Saliendo.* ¿Qué dises, hombre?

CORBATA. ¡Que qué arrastrao mundo! Aquí estaba filosofando solo… La luna por la noche y er só por er día, y to na más que pa que cambien de colores las cosas… Lo que en las sombras se te imaginó un tigre fiero, a la madrugá te resurta un gato. Y visiversa.

FERNANDO. ¡Je!

CORBATA. Amaneses amigo, te acuestas enemigo; la que te quiso, no te quiere; la que te dejó, viene en busca tuya… Y visiversa. Firme no hay más que er girasó, que siempre se mueve pa donde er só camina. ¿Qué es esto? ¿Por qué es esto? ¿A qué conduse esto?

FERNANDO. Es lo mismo que yo iba a preguntarte: ¿a qué conduse esto?

CORBATA. Te diré, Fernandiyo. Cuando se le agorpan a uno ar sentío tales cosas, por argo ha de sé. Una notisia te vi a da, que va a dejarte en la postura que te piye.

FERNANDO. ¿Eh?

CORBATA. ¡Cuajao!

FERNANDO. A vé.

CORBATA. ¿Quién crees que está en Seviya?

FERNANDO. ¿Quién?

CORBATA. Gloria.

FERNANDO. *Estremeciéndose.* ¿Gloria?

CORBATA. Gloria. Don Luis le ha vuerto las espaldas. Ahí te queaste, prenda. ¡Una felonía, Fernandiyo!

Fernando. Tras leve pausa, en que trata de dominar su impresión. Y ¿a qué me traes a mí esa notisia?

CORBATA. ¡Ay qué chusco! ¿No es Gloria la mujé que te ha gustao más desde que eres hombre? Pos esa mujé está en Seviya y quiere verte.

FERNANDO. *Tembloroso, indignado.* Ar contrario que yo. ¿Es esto lo que te ha traío aquí esta tarde, *Corbata*?

CORBATA. Hombre, Fernando, yo soy un amigo de mis amigos… Y de mis amigas también… Yo he tropesao a esa niña en la caye… Eya me ha visto como a una aparisión seleste… Me ha hablao de ti, me ha hablao de su remordimiento… ¡está más hermosa que nunca!…

FERNANDO. ¡Caya!

CORBATA. ¡Yo no soy el hombre de piedra!…

FERNANDO. Yo, sí.

CORBATA. Dispensa si te he molestao.

FERNANDO. Debiste suponerlo. Pero, en fin, es lo mismo. De esa mujé no vuervas a hablarme. Ni quiero verla nunca, ni me importa su paradero. Entérate, de una vez pa siempre. Si yo estoy aquí, eya ha de está a sien leguas.

CORBATA. Menos ahora. Y ya lo siento.

FERNANDO. ¿Cómo?

CORBATA. Se ha quedao ahí en casa e *Peluca*. Quería vení conmigo, pero eso no lo consentí.

FERNANDO. ¡Menos malo!

CORBATA. Le dije: «Mujé, hay que tené prudensia. Ponte tú que está ayí su madre…».

FERNANDO. No hasía farta eso. Sobra con que esté yo. Ahora mismo, un paso tras de otro, te yegas sin perdé minuto adonde eya esté y le dises que se ha engañao; que yame a otra puerta.

CORBATA. *Resignándose.* ¡Bueno! Pero entre nosotros, Fernandiyo, esta nube no quié desí na…

FERNANDO. ¡No pierdas más tiempo!

CORBATA. Es que a mí me sería muy sensible…

FERNANDO. Tranquilísate; tú has hecho tu ofisio. Vete ya.

CORBATA. Pos dame la mano de amigo.

FERNANDO. *Dándosela.* Anda con Dios.

CORBATA. *Desde la misma puerta del estudio, abierta ya.* ¿Y er mandao no tiene más hechura que esa?

FERNANDO. No tiene más hechura.

CORBATA. Como si se hubiera muerto pa ti.

FERNANDO. Ni aun eso tampoco. A los muertos se les recuerda, y de eya, ni acordarme quiero.

A parece Gloria en el umbral de la puerta de entrada al estudio, desde donde mira con temor y vergüenza, a la vez que con complacencia, a Fernando, y exclama:

GLORIA. ¡Cómo muda er tiempo las cosas!

FERNANDO. *Volviéndole bruscamente la espalda con un grito de cólera.* ¡Oh!

Corbata le indica a Gloria, mediante un ademán, que adelante unos pasos, y ella obedece. Él entonces se marcha sigilosamente, diciendo:

CORBATA. ¡El hombre pone y Dios dispone!

Pausa. Fernando continúa inmóvil, devorando su honda contrariedad, agitando su espíritu, sublevado su corazón por la inesperada presencia de Gloria. Ella lo mira a él anhelante, llena de bochornosa angustia, con todo el peso de su culpa sobre la conciencia.

FERNANDO. *Sin querer mirarla, con voz sorda y dura entonación, le dice al cabo:* ¿Qué buscas aquí? *Gloria calla.* ¿A qué vienes?

GLORIA. Si lo supiera yo… Yo sé por lo que vengo: a lo que vengo no lo sé… A verte, antes que a na; a hablá contigo; a pedirte perdón.

FERNANDO. Vete, Gloria; no me ofendas queriendo que te mire y te escuche. Vete.

GLORIA. ¿Ni verme quieres, hombre?

FERNANDO. Ya me había acostumbrao a eyo.

GLORIA. ¡Quién lo tenía e desí!… Y ¿vivías a gusto?

FERNANDO. Eso es cuenta mía.

GLORIA. Pos yo, Fernando, quiero desirte… quiero confesarte… ¡Más bruta he sío!… ¡Pero, mírame! ¿Por qué no me miras?

FERNANDO. *Volviéndose frenético a ella.* Y ¿te atreves a preguntármelo? *La suprema belleza de Gloria, que parece realzada en este momento, lo hiere en lo más vivo.* ¡No quiero verte, no! Gloria, este no es tu sitio. Déjame.

GLORIA. ¡Éste no es mi sitio!…

FERNANDO. Y de nadie fué mas que tuyo; pero como el aire de mi casa te ahogaba y buscaste más aire…

GLORIA. ¡Bien que lo he yorao!

FERNANDO. Ésa es tu cuenta.

GLORIA. Yo pensé que a ti te gustaría escuchá esto.

FERNANDO. No soy vengativo.

GLORIA. Pos si no eres vengativo ni eres malo tampoco, porque tú con nadie lo has sío nunca…

FERNANDO. ¡Mira, Gloria, yo ahora mismo no sé si soy bueno o malo, ni sé lo que soy! No sé más sino quién eres tú… y quién eras… y qué hisiste conmigo. Y ar verte entrá por esa puerta y hablarme, dos caminos tengo tan sólo: ¡o vorverte la cara y pedirte que te vayas adonde yo no te vea ni te oiga, o echarme sobre ti y ahogarte, pa que tu boca no diga más mi nombre!

GLORIA. ¿Matarme se te ocurre? No me pareses tú er que me habla.

FERNANDO. ¿Eres tú la misma, quisás? Pos a otra, otro.

GLORIA. ¡Mía que matarme!

FERNANDO. Tu traisión y tu vergüensa nos han cambiao.

GLORIA. ¡Queré tú matarme!… Tú no tendrías baló pa matarme, Fernando. Mírame. Soy yo, Gloria; la que a ti tanto te gustaba… ¿No te dise a ti na er que ar verme desampará del hombre mardito que me engañó vuerva a ti los ojos primero que a nadie? Yo no soy una mujé mala… Yo he hecho una locura, ya lo sé —¡cara la he pagao!—; pero ¿ya no va a habé pa mí perdón ni remedio?

FERNANDO. Remedio, búscalo a tu gusto. Perdón… ¡Tenerte serca y no matarte de rabia y de vergüensa… ya es perdonarte, Gloria!

GLORIA. Perdonarme la vida por lástima; pero no es ese er perdón que yo quiero de ti. Ya que no sea tuya, Fernando, ni lo pueda sé —¡mar fin tenga

mi sino!—, perdóname, hombre; dime que me perdonas, siquiera; quítame de ensima esta montaña.

FERNANDO. Ese perdón que tú me pides yo creía también habértelo otorgao. Pero me engañaba a mí mismo. «Yo la perdono, yo la perdono» —pensaba yorando mi desengaño en mis noches en vela—; «yo la perdono, sí; yo la perdono…». ¡Pero ahora que te veo delante de mí, te digo que era aqueyo una mentira de mi corasón, porque lo que tú hisiste conmigo no se perdona! ¡Ahora veo que no se perdona! ¡Antes se orvida! ¡Vete! ¡Déjame!

GLORIA. Bueno está… Equivoqué er camino. Le conservo yo a tu persona, con to y con mi farta, más ley que tú a la mía. Mis pasos me han traío solos a tu puerta… ¡eyos solos! Pero, bueno está… Equivoqué er camino. Perdía y to, una tiene amor propio. *Lo mira fijamente esperando que él hable. Él permanece mudo.* Adiós, Fernando.

FERNANDO. Adiós, Gloria.

GLORIA. Que seas feliz.

FERNANDO. Que mejoren tus días.

Gloria va como a remolque hacia la puerta. No quiere irse; le atrae la presencia de Fernando, y su mirada, en La que en este instante asoma la lástima sobre el rencor. De pronto se detiene y pregunta:

GLORIA. ¿Y tu madre?

FERNANDO. Bien.

GLORIA. ¿Estaba aquí hase poco?

FERNANDO. Sí.

GLORIA. ¿La estás retratando?

FERNANDO. Sí.

GLORIA. Yo la vi pasá con Peregrina y con Remedios, y por eso vine. Con eya aquí no me hubiera determinao. *Reflexiva, queriendo hallar la razón de su falta.* Quisá si tu madre me hubiera mirao a mí siempre como a ti, no habrían susedío argunas cosas.

FERNANDO. *Indignado.* ¿Qué dises, infeliz? ¿Ahora buscas discurpa? ¿Ahora vas a acusarla a eya…? ¡A mi madre no la tomes en boca pa eso! Mi madre vió en ti lo que yo, por siego, por enamorao, no veía. Oyéndola estoy:

«Fernando, hijo mío, a esa mujé le gustas tú, pero no te quiere. Esa mujé es volantona, no tiene seso, es mala…».

Gloria. ¿Mala también?

Fernando. Si fueras buena, ¿me hubieras quitao er corasón por la esparda, como me lo quitaste? Porque tú sabías bien lo que yo te quería; en mí se juntaban las dos cosas: si mucho me gustaste, Gloria, más te quise. Eras pa mí, día, noche, tierra, sielo, aire, agua, luz, esperansa, ilusión, alegría…

Gloria. *Conmovida*. ¡Fernando!

Fernando. ¡Ahora te suena bien! ¡Antes te cansaba…! Y te fuiste con otro, no porque lo prefirieras a mí, ni te quisiera más; no porque mi madre con su desvío te empujara, sino por afán de lujo, de escándalo, de visio, de vida loca…

Gloria. Me trastornaron er juisio, me hisieron vé las cosas como me las pintaban… las cartas me mintieron también… Que diga Matirde. No supe pensá. Nunca lo he sabio. En un pronto soy yo capaz de matarme por arguien o de matarlo yo o de hasé otra locura, sin reflesión ninguna de lo que venga luego. Tuve una pelea grande contigo… y me desidí. ¿No te acuerdas?

Fernando. No quiero acordarme.

Gloria. Pos, lo creas o no, yo te juro, Fernando, que ni un solo día has fartao tú de mi pensamiento.

Fernando. ¡Caya!

Gloria. ¡Déjame hablá, por lo que más quieras en er mundo! ¡Por tu madre, déjame hablá!

Fernando. Inuti será cuanto me digas.

Gloria. No será inuti, porque a mí me descargará, como cuando una yora. A las pocas horas de mi delito, ya estaba *yo* arrepentía y con remordimientos, y queriendo meté la cabesa en un hoyo pa no pensá. Y luego, día por día, viéndome ar lao de aquel hombre que na vale, más que lo que le prestan sus dineros, lo comparaba yo contigo y yoraba de coraje y de pena. ¡A tené való, me hubiera matao! Y a ca palabra suya de despego: «¡Cuándo me hubiera dicho esto mi Fernando!…». Y a ca mala arsión: «Mi Fernando no hubiera sío capaz…».

FERNANDO. *Con amarga ironía.* ¡Tú Fernando!

GLORIA. Pero la viyanía que hise yo contigo, lo que ese gorpe duele, eso no lo supe der to hasta que me vi abandoná por ese mal hombre. ¡Mardita sea su sangre y su casta! ¡Mardito el aire que respire! *Llora.*

Fernando la mira en silencio, luchando con su corazón. Por fin se rehace, y no sin sentimiento exclama:

FERNANDO. Acabemos, Gloria. Esto es un tormento sin fin. Si te perdiste, si caíste… si fuiste loca… yo, después de yorarlo más que nadie, ¿qué remedio voy a ponerle? ¡Dios es Dios, y en er mundo no sabe remedié argunas cosas! ¿Qué me pides a mí?

GLORIA. ¿A ti? ¡De tu mano venga lo que sea! ¡Un latigaso que me des en la cara! De tu mano, lo resibo a gusto. No me abandones tú; que yo te sienta junto a mí. Busca en Seviya un rincón en donde esconderme: er más ocurto, er más apartao: yo no quiero vé a nadie ni que nadie me vea… ¡pero que yo te sienta junto a mí!…

FERNANDO. *Dolorosamente.* ¡Junto a ti!

GLORIA. *Acercándosele apasionada.* ¡Junto a mí, sí; junto a mí, que te quiero!

FERNANDO. ¡No, Gloria; no!…

GLORIA. ¡Sí, Fernando! ¡Te quiero, te quiero! ¡Hombre bueno no hay más que tú! ¡Hombre pa mí no hay otro! ¡Te quiero!

Fernando la contempla una vez más, vacilante, conmovido, dominado por el influjo de su hermosura, que avivan la pasión y el llanto.

FERNANDO. Gloria…

GLORIA. *Leyendo en sus ojos, con certero instinto, aguzado por su deseo.* ¡Déjate yevá de lo que estás pensando ahora mismo!

FERNANDO. ¡Qué hisiste!… ¡qué hisiste!…

Se miran largamente. Ella le sonríe entristecida, pero con dulzura y coquetería. Luego se atreve a cogerle una mano para atraerlo hacia sí. Él apenas resiste. De pronto, estremeciéndose, se aparta de ella.

GLORIA. ¿Qué?

FERNANDO. ¡Caya!

GLORIA. ¿Qué?

FERNANDO. ¡Caya! *Después de escuchar un segundo.* ¡Sí! ¡Mi madre!

GLORIA. ¿Tu madre?

FERNANDO. ¿A qué vuerve ahora?

GLORIA. ¿Me habrá visto?

FERNANDO. ¡No! *Con resolución rápida, señalándole la puerta de la derecha.* ¡Escóndete ahí!

GLORIA. ¿Dónde?

FERNANDO. ¡Ahí! ¡Pronto!

Gloria obedece sobrecogida. No bien ha desaparecido, asoma por la otra puerta Amparo, con semblante gozoso.

AMPARO. Aquí me tienes otra vez. Se me orvidó prevenirte antes… Pero, oye, ¿qué te pasa?

FERNANDO. ¿A mí?

AMPARO. A ti, sí. A ti te pasa argo. *Acercándosele.* ¿Qué te pasa?

FERNANDO. Mamá, por Dios, no sueñe usté…

AMPARO. ¡Si tienes coloraos los ojos!…

FERNANDO. Argunos días se me irritan mucho…

AMPARO. No; a mí no me engañas… ¡Tú has yorao!

FERNANDO. ¡Mamá!

AMPARO. Sí; tú has yorao. ¿Por qué has yorao? *Con súbita revelación.* ¿Quién ha estao aquí?

FERNANDO. Nadie… no ha estao nadie… No delire usté… no se sofoque… Vámonos.

AMPARO. Ni tú me quieras engañá… ¿Quién ha estao aquí?… ¿Quién está aquí?… ¿Eya?

FERNANDO. ¡Pero, madre!

AMPARO. ¡No sólo ha estao, sino que está!

FERNANDO. ¡No, madre!

AMPARO. ¡Ahí escondía!

Fernando. ¡No!

Amparo. ¿Que no? *Va hacia el cuartito de la derecha. Fernando se interpone.* ¡Josús! ¡Bendito Dios! ¡Cuando una vivía más confiá!… ¡cuando se creía más dichosa!…

Fernando. No tema usté por mí.

Amparo. ¡Siempre ha de sé eya! ¡Mal haya su sombra mir veses!

Fernando. ¡Madre!

Amparo. ¡Vergüensa ha debió darte a ti el escucharla! *Con dignidad creciente; con viva y honda indignación.* Pero ¿cómo tuvo cara pa yamá a esa puerta? ¡pa ponerse delante e tus ojos! ¡Fernando, yo no quiero creé lo que susede! ¿Tú y esa infame estáis aquí bajo er mismo techo? ¿Y eres tú mi hijo? Pos dejarás de serlo si te orvidas de lo que siempre te enseñé: de que en este mundo hay dos castas de hombres y mujeres: de una somos tú y yo; de la otra es ésa, ¡ésa! por ti venía. Sola me voy. En la casa de tu padre aguardo. ¡A vé cómo vuerves ayá! *Se marcha mirándolo. Al trasponer la puerta, llora.*

Simultáneamente sale Gloria de su escondite de un vuelo, y untos de que Fernando pueda hacer movimiento alguno, se le abraza al cuello y le dice con suprema angustia:

Gloria. ¡No me dejes!

Los ojos de Fernando, que tiembla, sin fuerzas y sin voluntad, van del bello rostro de Gloria a la puerta por donde se fué llorando su madre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Cuartito en una casa *de pisos* en que vive Gloria, en Sevilla. Balcón a la derecha del actor, puerta al foro y otra a la izquierda. La casa es nueva, y los muebles, escasos y modestos, nuevos también. Una mesa camilla, una cómoda, un costurerito, sofá y sillas de enea y algunos cuadros pintados por Fernando. Estera de cordelillo. Sobre la cómoda, entre otros adornos, un retrato de Fernando en un marco de plata. Es a media tarde y estamos en febrero.

Gloria, sentada a la camilla, hojea un semanario ilustrado, La tranquilidad que al presente disfruta presta a su belleza lozanos colores. Viste falda y blusa sencillas.

En la calle principia a oírse, tocado en un pianillo de manubrio, un pasodoble popular. Gloria deja el periódico, se pone una toquilla de estambre que hay sobre una silla, y corre a asomarse al balcón. El pianillo sigue tocando. A poco sale Gloria del balcón y llama a Piruja.

GLORIA. ¡Piruja! ¡Piruja!

Piruja, chiquilla que Gloria tiene a su servicio, contesta desde dentro, a la izquierda.

PIRUJA. ¡Doña Gloria!

GLORIA. ¡Tráeme veinte séntimos!

PIRUJA. ¡En zeguía!

Gloria la espera, llevando mientras con sus movimientos el compás de la música y tarareándola.

GLORIA. ¡Es argo bonito esto que están tocando!

Llega Piruja por la puerta del foro con los veinte céntimos.

PIRUJA. Vaya.

GLORIA. Dame. *Coge las monedas y vuelve al balcón. Piruja, que desdeña la música de organillo, se pone a mirar el semanario que dejó Gloria.*

PIRUJA. Un cazamiento. ¡Qué mala facha tiene er novio! Eya ez agraciá. ¡Hombre! ¡Otro cazamiento! ¡Qué feos zon los dos! ¡Y otro cazamiento! Y ahora un crime. ¡Cómo está la zemana!

Gloria torna a la habitación. El pianillo toca una breve pieza más, y se marcha.

GLORIA. *Arrebujándose un momento en la toquilla, que luego deja.* ¿Sabes que en la caye hase frío?

PIRUJA. Usté lo ziente más porque estaba aquí dentro mu calentita.

GLORIA. No; que hase un tiempo disparatao. Febreriyo er loco. Ayé, casi caló, y hoy, un frío que pela. *Se sienta a la camilla.* Echa una firmita en la copa.

Piruja levanta las faldas de la camilla y mueve la lumbre del brasero.

PIRUJA. Ya está.

GLORIA. ¿Qué faena te queda que hasé?

PIRUJA. La de mi cuarto.

GLORIA. Pos siéntate conmigo; vamos a jugá una manita ar burro.

PIRUJA. *Obedeciéndola.* ¡Ole!

Gloria saca una baraja de uno de los cajones de la cómoda. Juegan maquinalmente, mientras charlan.

GLORIA. Límpiate bien las manos en er delantá.

PIRUJA. Las tengo limpias; místelas. Diga usté, doña Gloria; ¿le reñirá a usté don Fernando zi entra y nos coge?

GLORIA. No, no me riñe. *Al retrato.* ¿Verdá que no me riñes, tú?

PIRUJA. ¿Zerá guazona? Er retrato ¿qué va a decí?

GLORIA. Y que como tiene que yamá primero, pos guardamos las cartas. A é no le enfadan estas cosas. En no siendo visitas de la caye… ¿Viste tú cómo se puso antié cuando se encontró aquí a Antonia la ditera?

PIRUJA. ¿Qué zi lo vi? ¡Zí yo no zabía dónde meterme!

GLORÍA. Corta. ¿En qué estás pensando? Aqueyo fué porque ér se malisió una cosa mala.

PIRUJA. Poz ¿y cuando er domingo ze tropezó con don Julián en la cocina?

GLORIA. ¿Con don Julián? ¿Quién es don Julián?

PIRUJA. Ustedes le yaman *Corbata*.

GLORIA. ¡Ah, ya! ¡Cuarquiera lo conose! Hasta ar gato de la casa le pones tú er *don*. —Es mu seloso. En toas las visitas ve *contrabando* é. Como si hubiera guardas en er mundo cuando una mujé se la quié pegá a un hombre.

PIRUJA. Ezo dice mi tita.

GLORIA. Montá en las narises tiene é a la vesina de ahí enfrente. Se cree que me va a pervertí.

PIRUJA. ¿Eza es mala, verdá, doña Gloria?

GLORIA. No es buena.

PIRUJA. Cuando zale er droguero, a lo poco, yo he visto que entra er boticario.

GLORIA. Y cuando sale er boticario, ¿qué has visto?

PIRUJA. Na; porque ya es de noche.

GLORIA. Te quedaste burra. Baraja. —Por esa vesindá se alegra mi Fernando de que nos manden mudá de este piso.

PIRUJA. Y ¿usté no ze alegra?

GLORIA. ¿Yo? ¡Vaya! Yo no les tomo cariño a las paredes. Y que cambiá de casa, ar fin y ar cabo, es una distrasión. ¡Está una aquí sola tan aburría!… Le he pedio que me compre un gramófono. Si por argo siento mudarme es porque se sale con la suya la santurrona que vive abajo.

PIRUJA. ¿Que ha zío la que le ha dao er zoplo ar dueño?

GLORIA. Y que no ha parao hasta que ha visto puestas las papeletas en los barcones.

PIRUJA. Pos más valía que ze hubiera quejao de la vecina mala. ¿Usté zabe lo que le está enzeñando desde zu barcón ar loro de la zanturrona?

GLORIA. ¿Er qué?

PIRUJA.

Zi los frailes comieran
chinas de río,
no estuvieran tan gordos
ni tan lucíos.

Y er loro ze ríe, como zi fuea republicano.

GLORIA. Pos ya tú ves; no se queja de eya y nos ha puesto los puntos a nosotros. To, porque mi Fernando, que ar prinsipio no venía más que los domingos, luego empesó a vení ca dos o tres días… y ahora viene ya tos los días dos o tres veses. ¿Qué más le dará a eya? ¿Nos metemos nosotros en sus rosarios ni en sus orasiones? ¿Se arma aquí argún escándalo, por ventura? Pero las beatas son mu *transigentes*.

PIRUJA. Ezo dice mi padre.

GLORIA. Anda a vé quién es, que han yamao.

PIRUJA. ¿Han yamao?

GLORIA. Sí.

PIRUJA. Don Fernando zerá: ya ze acabó er juego.

GLORIA. No; pué que no sea é. Guardaremos, sin embargo, las cartas.

PIRUJA. *Deteniéndose, cuando va hacia la puerta*. Escuche usté.

GLORIA. ¿Adonde?

PIRUJA. Abajo. Ahora mismo está ahí la beatona. ¿No la oye usté toziendo? Paece una perra.

GLORIA. Es verdá. Verás tú: ¡pa que le caiga porvo! *Taconea graciosamente con furia, riéndose de su pueril venganza.*

PIRUJA. *Secundándola muy a su placer.* ¡Poz a vé zi ze ajoga!

Ríen las dos a carcajadas.

GLORIA. Bueno; anda ya a vé quién ha yamao.

Se va Piruja por la puerta del foro. Gloria guarda la baraja en la cómoda, y tararea, recordándolo con deleite, el pasodoble que tocó el organillo. Vuelve Piruja.

PIRUJA. Doña Gloria.

GLORIA. ¿Qué hay?

PIRUJA. Otra zeñora que quiere vé er pizo.

GLORIA. ¡Vamos! Este olisqueo es lo que más me carga. Ya han venío tres visitas. En Seviya na más pasa esto. Es un pueblo, Seviya. Yo he estao en Madrí, y en Madrí no se ponen papeletas en los barcones hasta que er cuarto está vasío. ¿Qué es eso de meterse en la casa de nadie a registrá rincones? Porque con el achaque de vé er piso, a lo que vienen es a curioseá. Enséñaselo tú a quien sea.

PIRUJA. Bueno, doña Gloria.

Las dos se marchan por la puerta del foro: Gloria hacia la derecha, y hacia el otro lado Piruja.

Queda la escena sola unos instantes. Por la puerta de la izquierda aparece luego otra vez Piruja, guiando a la señora que está viendo el piso, la cual no es otra que nuestra amiga Peregrina.

PIRUJA. Doña Gloria, ¿ze puede pazá? Ze puede pazá porque ze ha marchao. Por aquí, zeñora. Ésta es la zalita de confianza.

Sale Peregrina, que por cierto se ha alhajado y vestido como para una fiesta.

PEREGRINA. Muy mona es y muy alegre. Es presioso er pisito. Es una tasita de plata.

PIRUJA. Este barcón da a la otra caye.

Peregrina se asoma.

PEREGRINA. ¡Ahí sí!… Tampoco es mala vista… Ya digo: es presioso. Y luego lo tienen tan arregladito y tan cuco, que dan más ganas de arquilarlo.

PIRUJA. Zí, pero los muebles ze los yevan eyos…

PEREGRINA. Naturarmente. *Fijándose en el retrato de Fernando.* ¿Es éste el inquilino?

PIRUJA. ¿Er qué?

PEREGRINA. Tu señorito.

PIRUJA. Zí, zeñora, zí; éste es don Fernando. Ahí está más zerio que ez é. ¿Usté lo conoce?

PEREGRINA. De vista. Es pintó, ¿no es verdá?

PIRUJA. Pintó.

PEREGRINA. ¿Y aquí no vive más que er matrimonio?

PIRUJA. ¿Cómo?

PEREGRINA. Él y eya. ¿No son matrimonio?

PIRUJA. Zí, zeñora, zí; zon matrimonio. *En voz baja, confidencial y misteriosamente.* Pero no están cazaos.

PEREGRINA. ¡Ah!

PIRUJA. Er zeñorito no para aquí; viene a verla a eya. *Nuevamente en voz baja.* Y por ezo los mandan mudá.

PEREGRINA. ¿Que los mandan mudá?

PIRUJA. La vecina de abajo, que es mu *zaturroncízima*.

Vuelve Gloria por la puerta del foro. Al hallarse con Peregrina allí, se sorprende mucho y se alegra; pero inmediatamente la asaltan recelos, por los cuales la mira más bien como enemiga que como amiga. Peregrina finge sorpresa por su parte y desmedido júbilo. A Piruja se le hiela la sangre en las venas al ver que se conocen.

PEREGRINA. ¡Gloria!

GLORIA. ¡Peregrina! ¿Usté?

PEREGRINA. ¡Qué sorpresa!

GLORIA. Pero ¿es usté la señora que está viendo er piso?

PEREGRINA. ¡Sí; yo!

PIRUJA. Zí, zeñora; esta zeñora es.

GLORIA. ¡Ay, qué casualidá!

PIRUJA. ¿A que he metió la pata?

GLORIA. ¿Qué?

PIRUJA. Na.

GLORIA. Pos vete a la cosina.

PIRUJA. Ya mismo. *Vase por la puerta del foro, muy escamada.*

GLORIA. Cuénteme usté; ¿qué es esto? ¿Qué sinifica esto? ¿Usté buscando casa?

PEREGRINA. Déjame primero que te mire. ¡Chiquiya, qué guapísima estás! Pero ¡qué guapísima! Te sienta bien… er matrimonio. Estás como nunca. ¡Se comprenden tos los disparates de un hombre! Dame un beso. ¡Qué alegría me ha entrao de encontrarte!

GLORIA. *Muy seria.* Y a mí también.

PEREGRINA. Pero ¡qué alegría!

GLORIA. Siéntese usté un ratito.

PEREGRINA. ¿No se incomodará Fernando?

GLORIA. Fernando no se incomoda más que cuando yo quiero.

PEREGRINA. ¡Anda con esa! Y ¡qué bien te tiene! Es un encanto er piso, chiquiya.

GLORIA. ¿Le ha gustao a usté?

PEREGRINA. ¿No te digo que es un encanto? ¿Cómo es que se mudan ustedes? ¡Qué lástima!

GLORIA. Porque… porque queremos un encanto mayó. Er cariño que nos tenemos ha cresío, y ya no cabe aquí.

PEREGRINA. ¡Ay, qué grasiosa!

GLORIA. *Bruscamente.* Bueno, yo no me chupo er deo a usté la manda doña Amparo.

PEREGRINA. ¿Quiés cayá, Gloria? ¡Si hase un mes que no nos hablamos apenas! ¿Por qué crees tú que busco yo casa? He pasao por la caye, he visto papeletas en los barcones, y he subió.

GLORIA. Pero ¿usté no sabía que yo vivía aquí?

PEREGRINA. Hasta que te he visto entrá por esa puerta.

GLORIA. Y ¿se muda usté de casa de Fernando?

PEREGRINA. Ya tú lo ves: buscando estoy.

Pausa.

GLORIA. *Con intención.* ¿Tiene novio Remedios?

PEREGRINA. No… Ni quiero yo que todavía piense eya en noviajos… ¡Pa dá con un hombre que la quiera a una de verdá!… A ti como te ha tocao er *gordo* de Pascuas…

GLORIA. Ni más ni menos.

PEREGRINA. Yo me mudo, ¿tú oyes?, porque er genio de mi comadre se ha puesto imposible. ¡Imposible, Gloria; imposible! Desde esto tuyo con Fernando… ¡Imposible! Luego, Miguelito, mi niño, tiene ya dos años y medio, y sube, y baja, y juega, y revuerve… Es un diabliyo suerto la criatura… Y mi comadre la ha tomao con é. Y conmigo también, porque lo he tenío. Y la otra tarde ya me descaré con eya.

GLORIA. Es mu despótica.

PEREGRINA. «Miste, comadre —le dije poniéndome seria—: mi niño no es pa mi ningún bochorno; es un orguyo, ¿sabe usté? Ni ha venío de América por er cable, ni en una caja de jabones; que lo he yevao yo en mis entrañas, por voluntá de Dios. *Subrayando las frases.* Y es hijo de legítimo esposo, no de tapadiyo; der que yo elegí: de Juan Valensuela; de mi compañero; y nasió con la bendisión de nuestra Santa Madre Iglesia. Ya lo sabe usté».

GLORIA. *Sintiendo la herida.* ¡Mu bien dicho, Peregrina; mu bien dicho!

PEREGRINA. ¿Verdá que sí, Gloria?

GLORIA. *Devolviéndole el alfilerazo.* ¡Otra cosa sería si se hubiera metió con los nueve que Juan Valensuela tiene en Buenos Aires!…

PEREGRINA. *Con rapidez, sin enterarse de la fresca.* ¿Qué hora es ésa que ha dao?

GLORIA. ¿Ha dao una hora? ¡Ah, sí! Er reló de cuco que tiene la vesina de abajo. Serán las tres y media. Pero da las medias, los cuartos, las horas…

¡Jesús, qué bicho!

Peregrina ríe. Luego se dispone a tomar el desquite clavándole a Gloria, no ya un alfiler, sino un peinecito. Gloria se apercibe a la defensa.

PEREGRINA. Pos lo que te cuento, hija mía: no es posible aguantarla. Se le ha descompuesto la sangre. Y no es sólo conmigo, ¿eh? Se pone a hablá y no deja títere con cabesa. Si yo quisiera darte un mar rato, te diría to lo que murmura de ti. Es un alacrán.

GLORIA. ¿Sí, eh?

PEREGRINA. Un alacrán, un alacrán. El otro día…

GLORIA. ¿Qué?

PEREGRINA. Na… Es muy fuerte, es muy fuerte… A mí no me gusta traé y yevá.

GLORIA. A usté, no. Pero dígamelo usté, que yo no me asusto.

PEREGRINA. De esto sí que te asustarías. Es muy fuerte, muy fuerte… En fin, mira… una de las cosas que dijo… pero no, no, no… Es muy fuerte… Se pué pasá una crítica, un tijeretasiyo… un corte de traje a una amiga —¿quién estará libre de pecao?—; pero aqueyo, no; aqueyo, no. Es muy fuerte, muy fuerte… Y pa levantarse y pa acostarse, la misma *orasión*; la misma cantinela. ¡En viernes la ha aprendió!

Me lo desía mi madre:
cabrita que tira ar monte,
no hay cabrero que la guarde.

Que la *pare*, cantan en Morón. ¡Que tiene vinagre la coplita!

GLORIA. No me descubre usté ningún fenómeno. Ya se pué usté yevá de aquí a la noche disiéndome mu fuerte, mu fuerte, que ni por esas me pareserá a mí bastante vinagre. No me traga. Nunca me ha tragao. Que diga *Corbata*. Pero ¿qué le vamos a hasé? En esta ocasión me ha tocao a mí caé ensima de eya. He tenío la suerte de que Fernando pierda conmigo su dominio. Está siego. ¡Un pintó que está siego! ¡Yo he conseguío ese milagro! Y como está siego, ¡ya le puén poné mujeres delante! A ninguna ve, aunque se la pasen hora tras hora por los ojos. ¿Me comprende usté, Peregrina? Tiempo perdió.

PEREGRINA. Eso no pué decirse, Gloria… eso no pué desirse…

GLORIA. ¡Pos yo lo digo!

PEREGRINA. Pos no se pué desí, chiquiya…

GLORIA. ¡Pos yo lo digo!

PEREGRINA. Los hombres son los hombres… No se pué desí, no se pué desí…

GLORIA. ¡Pos yo lo digo!

PEREGRINA. Pos no se pué desí; ¡pero no vamos a yevarnos así hasta las Ánimas! Y como esta conversasión te ha puesto nerviosiya…

GLORIA. ¿A mí, señora?

PEREGRINA. Vamos a cambiá de tocata.

GLORIA. *Casi para sí, con terquedad graciosa*. ¡Lo digo, y lo digo, y lo digo!

PEREGRINA. ¿A don Luis no has vuerto a verlo?

GLORIA. ¿Yo? ¡Nifarta! ¿No se ha muerto toavía?

PEREGRINA. ¡Qué mala cabesa de muchacho! ¿Es verdá que está ahora con esa cómica der Duque?

GLORIA. ¡Yo qué sé!

PEREGRINA. Debe de sé verdá… Cuando er río suena Creo que lo ha dislocao. Disen que le ha comprao un auto, que le ha comprao una casa.

GLORIA. ¡Ayá é!

PEREGRINA. Y un gramófono, y un piano eléctrico, y otro que no es eléctrico, y una pianola…

GLORIA. ¡Pos ya no le farta más que un mono! Y ahora soy yo la que quiere cambiá de tocata. ¡Es mucha música Peregrina!

PEREGRINA. Perdona, mujé; no creí que te incomodase… ¿Qué te importa a ti ya?

GLORIA. ¡Pos por eso que no me importa!

Pausa.

PEREGRINA. Y ¿qué es de tu vida? No se te ve por ningún lao.

GLORIA. Sargo poco. Este piso está bien ventilao y no nesesito el aire de fuera.

PEREGRINA. Remedios y yo, que vamos de compras casi toas las mañanas, lo hemos hablao más de cuatro veses: «¡Qué raro! Ni por casualidá tropesamos a Gloria en una tienda. ¿Se ha enterrao en vida esa chiquiya?».

GLORIA. Es que me dura toavía er *trusó*.

PEREGRINA. ¡Er *trusó* dise que le dura! Es muy sensiyita esta farda.

GLORIA. Perifoyos en casa no se los ponen más que las cursis.

PEREGRINA. Mira, Gloria, la que nase cursi, es cursi en er baño.

GLORIA. Pos ya lo sabe usté, Peregrina.

PEREGRINA. *Disimulando, sonriente*. ¿Oyes? Er reló de cuco otra vez. ¿Y ar teatro, no vas nunca tampoco?

GLORIA. No me gusta er teatro.

PEREGRINA. Será ahora.

GLORIA. De ahora se habla.

PEREGRINA. Nosotras no le perdemos la afisión. La casa noche y día, pa las monjas. Y a Servantes va mucho señorío… Dile a Fernando que te yeve una noche… Aunque no sea más que pa vé a la gente. Porque en er teatro tanto agrada vé la funsión como vé ar público… Er vestío que yeva launa, er coyá que yeva la otra, el abrigo de Fulanita, los penantes de Menganita… ¿Qué miras? ¿Mis turquesas?

GLORIA. No.

PEREGRINA. Son de tus tiempos: las conoses… Esta sortija, no: ésta es nueva. ¿Te gusta?

GLORIA. ¡Psche! Sí es bonita, sí.

PEREGRINA. Pos mira qué lansadera de briyantes. Una ganga. Con los aguilandos que me mandó por Pascuas Valensuela, me la compré. Remedios y yo, ya es sabio: ahorriyo que tenemos, una alhaja. Esto siempre es dinero.

GLORIA. Y ¿adónde va usté ahora con toa la pedrería? ¿Hay esta tarde prosesión?

PEREGRINA. *Levantándose*. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué grasia me ha hecho! El humó no te cambia.

GLORIA. Ni hay por qué.

PEREGRINA. Pos ya te dejo, niña; que no pensaba entretenerme tanto. Pero er gusto de está contigo… ¡Qué sorpresa! Cuando se lo cuente a Remedios…

GLORIA. Ahí está Fernando.

PEREGRINA. ¿Fernando?

GLORIA. Sí; ese toque es er suyo.

PEREGRINA. ¿Le molestará verme aquí contigo?

GLORIA. ¿Por qué rasón?

PEREGRINA. Bueno, tú no le digas que he venío a vé la casa; que ni la madre ni el hijo sospechan na de esto.

GLORIA. Dígale usté lo que le parezca.

Peregrina, como hábil prestidigitadora, deja sobre la camilla un pañuelo, sin que Gloria lo advierta.

Sale Fernando por la puerta del foro. Trae capa. Al ver a Peregrina se turba y se disgusta.

FERNANDO. ¿Gloria?

GLORIA. Sí; aquí me tienes.

FERNANDO. ¡Peregrina! ¿Usté aquí?

PEREGRINA. Yo, yo. ¡La cara que ha puesto!…

FERNANDO. Me asombra, la verdá…

PEREGRINA. Pasé por la caye, vi a Gloria en er barcón… y como somos buenas amigas, subí a saludarla. Pero ya me iba.

FERNANDO. ¿Se iba usté ya?

PEREGRINA. Y ahora, con más motivo. El onseno…

FERNANDO. No estorba usté, no… Eso es aparte. Peregrina. Sí estorbo. Adiós, Gloria. *La besa*. ¡Que me alegro mucho de verte tan guapa y tan contenta! Hasta luego, Fernando.

FERNANDO. Hasta luego.

Peregrina. *Interpretando una mirada de él.* No me diga usté na; ya usté me conose: en aqueya casa, ni soñando de resio cuento yo una palabra de esta visita. ¿Era eso? ¿A que era eso? Pos buenas tardes. Ni en er piso de abajo… ni en er piso de arriba… Cuidao. ¿Usté me comprende? ¡La cara pone! Buenas tardes. *Vase por la puerta del foro.*

Fernando. *A Gloria, que parece abstraída*. Acompáñala hasta la puerta, mujé.

Gloria. ¡Ay, sí! ¡Y echaré er serrojo! *Vase tras Peregrina.*

Fernando deja sombrero y capa. Pausa. Pasea inquieto.

Fernando. Me ha desconsertao la presensia aquí de esa señora. Vamos, que atreverse… Y ¿qué la habrá empujao?… Porque eya no pierde paso ni movimiento. *Se asoma a la puerta del foro.* ¡Charlando todavía! *Con gran impaciencia*. ¡Esta charla de las mujeres!… *Torna a pasearse. Luego se acerca a la puerta de la izquierda y llama a Piruja*. ¡Piruja! ¡Piruja! ¡Ven acá!

Sale Piruja, a quien inspira don Fernando mucho más respeto que doña Gloria.

Piruja. Don Fernando, mándeme usté.

Fernando. ¿Ha estao aquí mucho tiempo la señora esa?

Piruja. Zí, zeñó; mucho tiempo. Vino a vé er pizo y ze encontró con que conocía a doña Gloria. Y le ha hecho la vizita. ¡Lo que ha rajao!

Fernando. ¿Que vino a vé er piso?

Piruja. Zí, zeñó.

Fernando. Cosa más rara…

Piruja. ¿No ve usté que ya están puestas las papeletas? Bajando la voz. Yo me he enterao de argo, y ha dicho que ze muda de la caza en que vive porque ya no pué zufrí más a una vecina mu rabioza que tiene.

Fernando. ¿Eso ha dicho?

Vuelve Gloria muy excitada.

GLORIA. ¿Qué te ha paresío la visita?

FERNANDO. ¡De lo más importuno!

GLORIA. Está buscando casa. Se muda porque no pué aguantá más tiempo a tu madre. Así me lo ha plantao.

FERNANDO. Ya, ya.

PIRUJA. *Para sí, yéndose consternada por donde salió*. ¡A zu madre! ¡Hoy me dan la cuenta!

GLORIA. Hombre, y muchas grasias por er feo que me acabas de hasé delante suya.

FERNANDO. ¿Yo?

GLORIA. ¡Tú! Te brinda er favó de que no dirá na de esta visita en er piso arto de tu casa, y tú te queas cayao. Y ensima te sonríes.

FERNANDO. Y ahora también, Gloria. ¿Qué iba yo a contestarle a esa tontería, dicha en tu presensia con tan mala intensión?

GLORIA. Er respingo que tú hubieras dao, si a mí me dise… Bueno, no quiero poné comparasiones. Pero que a ti Remedios te gusta, Fernando, eso es viejo ya.

FERNANDO. No desvaríes, Gloria. ¡Es triste cosa que la gente haya de amargarle a uno los mejores ratos! ¡Tan contento como yo venía!

GLORIA. ¿Venías tú mu contento?

FERNANDO. Como siempre que vengo aquí. Er camino de esta casa pa mí está arfombrao.

GLORIA. ¡Pos mía que tiene piedras y baches!

FERNANDO. ¡Pos yo no los noto! ¡Vamos, que pedirme tú selos de nadie, Gloria!…

GLORIA. Quien más sela, más quiere, Fernando. De esa niña de los ojitos tristes siempre he tenío yo selos.

FERNANDO. Piensa un poco y te dejarán. ¿He hecho lo que he hecho contigo… y aún no estás segura? Si a mí me hubieran pronosticao arguna vez que mi novia de un tiempo, como yo quería a aqueya novia, iba a sé mi… mi

amante argún día, lo hubiera tenío por la mayó locura de la tierra. ¡Y ya ves tú!

GLORIA. Vuertas que da er mundo.

FERNANDO. *Con pasión y embeleso*. ¡Qué guapa estás hoy!

GLORIA. ¿Hoy na más?

FERNANDO. Hoy me basta con hoy.

GLORIA. ¡Guapa con estos cuatro pingos!…

FERNANDO. Las que son bonitas como tú no nesesitan compostura. *Atrayéndosela enamorado*. ¡Ven aquí! ¿Me quieres mucho, Gloria?

GLORIA. ¿No lo sabes, Fernando?

FERNANDO. ¿Cuándo me vas a respondé con un «¡más que a nadie!» que no se me orvide? Yo nunca te contesto a ti pregunta con pregunta.

GLORIA. Pos ya ves si te quiero yo, que esta mañana, aburría, me puse a pensá en ti… y ¿qué te figuras que he estao hasiendo? Que diga Piruja.

FERNANDO. Prefiero que lo digas tú. *Encantado*. ¿Qué has estao hasiendo?

GLORIA. Pos echando er *vajío* en los cristales der barcón y poniendo tu nombre con er deo.

FERNANDO. ¡Ja, ja, ja!

GLORIA. No te rías. Más e media hora.

FERNANDO. ¡Eso es cariño!

GLORIA. No te rías. «Fernando… Mi Fernando… Mi Fernandiyo… Don Fernando…». Mía tú si yo también… Vamos. Si yo también… *Quiere decir que ella también remonta su vuelo, pero no da con la expresión*. Y ahora, ¿qué me miras tan asorto?

FERNANDO. Na, mujé: es que pa mis ojos tiene imán tu cuerpo.

GLORIA. Y er tuyo pa er mío, pintamonas. Esta fló no te la esperabas.

FERNANDO. ¿La de pintamonas?

GLORIA. La otra.

FERNANDO. No, no me la esperaba. Lo que es presiso es que pruebes eso del imán, asercándote a mí.

GLORIA. Te estoy viendo en la cara las intensiones…

FERNANDO. ¡Ja, ja, ja!

GLORIA. ¿Estás contento?

FERNANDO. Lo estoy.

GLORIA. ¿Por qué?

FERNANDO. Porque sí. Anda, siéntate aquí conmigo. *Fijándose de pronto en el pañuelo de Peregrina*. ¿Qué pañuelo es éste?

GLORIA. ¿A vé? Er de Peregrina. ¿Te paese a ti lo que discurre? Se lo ha dejao a intento pa tené el achaque de vorvé.

FERNANDO. ¡Pos no estamos en casa!

GLORIA. Y eso lo ha aprendió en las funsiones der teatro.

FERNANDO. No te ocupes más de eya.

GLORIA. Como va toas las noches…

FERNANDO. Ven acá.

GLORIA. Huele bien er pañuelo. Mira.

FERNANDO. ¿Y a mí, qué? Ven conmigo.

GLORIA. Huele bien. Es cara esta esensia. *Jarmin der río* le disen. Huele bien.

FERNANDO. ¡Ven acá, tormento!

GLORIA. Como le ha tocao la lotería… A mí me gustan mucho las esensias.

FERNANDO. ¡Vaya! Dejaremos que pase el oló.

GLORIA. No te enfades.

Fernando saca su pitillera para fumar y después de coger de ella un cigarrillo, la pone naturalmente sobre la camilla.

FERNANDO. Yo ¿qué he de enfadarme por eso?

GLORIA. La primera vez que vea a Peregrina le pregunto qué le ha costao er bote.

FERNANDO. Te traigo una buena notisia, ¿sabes?

GLORIA. ¿Ah, sí?

FERNANDO. He visto una casita hoy por la mañana… *Con extrañeza, advirtiendo que Gloria instintivamente ha cogido un pitillo*. ¿Qué hases?

GLORIA. *Turbada*. Na… que iba a arreglártelo.

FERNANDO. Si estoy fumando ya.

Se miran.

GLORIA. *Disimulando su turbación*. No me había dao cuenta. *Deja el pitillo. Pausa. Vuelven a mirarse*. En la aristocrasia fuman muchas señoras.

FERNANDO. Pero tú y yo somos der pueblo.

GLORIA. ¿Dises que hoy por la mañana has visto una casita?

ERNANDO. Pintá pa nosotros. Ésa es la notisia que te traía. Hasta con jardín y con fuente.

GLORIA. ¡Ay, qué bien! ¿En qué caye?

FERNANDO. Ahí en er barrio de Santa Cruz.

GLORIA. *Con transición rápida*. ¿En Santa Cruz, Fernando? ¡Mía que en Santa Cruz! ¡Mi goso en un poso!

FERNANDO. ¿Por qué?

GLORIA. Por qué me pregunta. ¿Tendrá való? ¿Te has propuesto enterrarme?

FERNANDO. ¿Yo, Gloria?

GLORIA. Sí; enterrarme en vida. ¿Me vas a yevá a un barrio donde no pasan ni los pájaros?

FERNANDO. Pero, atiende…

GLORIA. Ya me figuro to tu plan.

FERNANDO. ¡Atiende!

GLORIA. De día, enserrá en la jaula, como una monja; y por la noche, a dá un paseíto a la luz de la luna, aireó de las murayas musurmanas.

FERNANDO. *Riendo*. Romanas.

GLORIA. ¿Qué más tiene? Gente mu antigua. Fernando, ponte en mi lugá; tú lo arreglas to con lo artístico; pero ¡es ya mucho arte pa una mujé de veinte años!

FERNANDO. ¿Qué dises, tarabiya? Mientras no conozcas er sitio y la caye…

GLORIA. Las de Santa Cruz toas son lo mismo: cañones de escopeta. Desde tu barcón pués darle un beso ar vesino de enfrente. No te empeñes, Fernando: aqueyo es morirse de tristesa; aqueyo es un destierro. Considera cómo paso la vida: sola con Piruja. Tú no quieres que yo vaya al estudio; tú no quieres que sarga pa na; tú no quieres que aquí venga nadie… Déjame siquiera que cuando me asome ar barcón, vea más que piedras y verdina: que me acuerde de que vivo en er mundo.

FERNANDO. ¿No te acuerdas cuando me ves a mí, que siempre que tengo un rato de lugá aquí lo paso?

GLORIA. Hombre, sí; pero… Hases malamente en no procurarme distrasiones. La soledá es mala consejera.

FERNANDO. ¿Eh?

GLORIA. Eso no lo digo yo: lo dise la gente.

FERNANDO. Pero ¿a qué viene ahora?…

GLORIA. ¡A lo que venga! Se me ha ocurrió y te lo he dicho. Contéstame a esto: ¿cuándo me vas a yevá una noche ar teatro?

FERNANDO. ¿Ar teatro? Mujé, cuando haya una compañía que varga la pena.

GLORIA. Fernando, ar teatro no se va sólo a vé la compañía, ni a vé la funsión: se va a vé er público; los vestíos, las alhajas… el abrigo de una, la peina de otra… Que fulanito saluda a Menganita, que aqué pretende a aquéya… Señó, las cosas de la vida…

FERNANDO. Las cosas de la vida…

GLORIA. Pos ¿y ar paseo? Está por la primera vez que un domingo me yeves ar paseo. ¡Van a comerte si te ven conmigo! Pero ¿que más se ha de desí? ¡A San Lorenso acude los viernes toa Seviya! Menos yo. ¡Ni a resá me dejas tú í adonde va la gente! He de resá yo sola. Ni a las tiendas tampoco: aunque no compre na, pa no gastá dinero. Un ratiyo de conversasión con los dependientes siempre distrae… Lo que se estila, lo que no se estila… Pedí

unas muestras… Pos ni eso. Y ahora, pa remate, por to día e feria, me quiés mudá ar barrio e Santa Cruz.

FERNANDO. ¡Vaya! ¡Dió su fruto la visita de Peregrina!

GLORIA. ¿Qué?

FERNANDO. ¡Que ya sé yo to lo que ha sembrao, y con las miras que lo ha hecho!

GLORIA. No, Fernando.

FERNANDO. Sí, Gloria. Y no es lo malo que eya lo siembre; sino que se encuentre abonao er terreno.

GLORIA. ¿Abonao er terreno?

FERNANDO. Si así no fuera, ya podía echá semiyas aquí, que toas se perderían. Pero, por desgrasia, los pensamientos que eya ha despertao son los propios tuyos. La soledá es mala consejera, como antes me has dicho: es posible; pero tú no tienes rasón pa quejarte.

GLORIA. ¿Ni quejarme, Fernando?

FERNANDO. Quejarte de eso. Me pediste er rincón más ocurto de Seviya; er más humirde; er más solo. Tú no querías vé a nadie, ni que nadie te viera más que yo. Tu remordimiento te acobardaba. Te espantaba la caye, aborresías a la gente; suspirabas por un refugio, por una casa… Yo te la di, y ahora que la tienes día y noche no me hablas más que de la caye… Es más, Gloria; es más. Con el amparo de estas cuatro paredes, y sofocando muchas vergüensas, ¡muchas! —Dios lo sabe, te di también mi perdón, te di mi compañía…

GLORIA. ¿Vas a ponerte serio?

FERNANDO. ¿Es caso de broma, quisás? No ya serio, triste… ¿Cómo he de ponerme, si me has echao en cara en un istante to lo que crees que te farta conmigo?

GLORIA. Pos, señó, er cormo; ya ni hablá siquiera.

FERNANDO. Si tú supieras er daño que me hases con argunos dichos, a tiempo cayarías. Y no sólo con dichos… En suspiros que se te escapan, en enfados pueriles, en gestos, en detayes, noto tu dijusto, tu afán no satisfecho de sien cosas… Envidias los trapos de la vesina, er coche de la otra, las joyas

de cuarquiera… El otro día yegaste a desirme que nunca te había comprao yo ni unos malos pendientes.

GLORIA. ¿Y es eso argún delito?

FERNANDO. ¡A tanto no yega; pero es por lo menos argo que me lastima!

GLORIA. Y ¿quién se lo iba a figurá, Fernando?

FERNANDO. ¡Tú, si me conoses!

GLORIA. Hombre, a toas las mujeres nos gusta…

FERNANDO. Esa vida que no te doy, Gloria, y que tú echas de menos, dejando a un lao que quisiera dártela o no, cuesta un dinero que no tengo, que no gano. Tú sabes bien er trabajo con que yo saco unas pesetas de la pintura; los apuros que me ha costao y que me cuesta reuní los cuatro muebles que hay en esta casa y darte sólo pa lo más nesesario… ¡Y aún te quejas!… ¡Y aún te atreves a divertirte de mi arte!… Argunas veses no sé cómo te quiero.

GLORIA. Mira, Fernando, que no te pique la tarántula; que una también se ahoga de escucha tanto ahogo. Y to lo sufro yo menos sé una carga pa ti.

FERNANDO. ¡Caya!

GLORIA. Yo nunca orvidaré que tú me has amparao; yo te quiero; pero si por causa mía vas a pasá dijustos y afanes…

FERNANDO. Cuantos pase, los paso a gusto, Gloria; no es eso.

GLORIA. Entonses, ¿qué es?

FERNANDO. Es… *Contemplándola un punto, y yendo a ella con pasión.* ¡Es lo de siempre, Gloria mía: que me enamoras, que te quiero, que me espanta que te canses de mí, que temo perderte!…

GLORIA. ¿Perderme, Fernando?

FERNANDO. Sí, Gloria, sí; lo temo, lo temo… Yo te dije cuando te recogí que lo hasía por lástima, por piedá de tu sino, por detenerte en la mala cuesta… Mir veses te lo dije, y en mi consiensia lo creía… Pero ¡ay! es argo más fuerte por lo que yo te recogí; te recogí, porque ar mirarte, Gloria, el encanto que tienes tú sobre mis ojos me hiso tuyo de nuevo; porque temblé en tus brasos; porque sentí por vez primera tu cuerpo junto ar mío; porque,

sin más rasón ni más ley que la de tu hermosura, te has hecho dueña de mi vida.

GLORIA. Pero, oye…

FERNANDO. Oye tú. *Con sincera nobleza.* Escucha bien esto: dueña te has hecho de mi vida. Ya no puedo viví sin ti. Iré adonde me yeves. Mi corasón está en tus manos. Pon que sea barro pa una escurtura y que tú lo mordeas a tu voluntá… Adonde me yeves iré. Gloria, por Dios te pido que pienses en esto: ajusta tu vida a la mía, o me matas. ¡Quiéreme como yo te quiero! Y como me he jurao a mí mismo que la primera vez que me vieras yorá por ti había de escapá de tu lao…

GLORIA. ¡Eso, no!

FERNANDO. Y como siento ya las lágrimas detrás de los ojos, me voy antes que asomen.

GLORIA. ¡No te vayas así!

FERNANDO. Sí, sí; me voy; no quiero yorá; me lo he jurao… Piensa en lo que te he dicho… Hasta luego.

GLORIA. ¿Hasta luego?

FERNANDO. *Esforzándose en sonreírle*. Sí… luego vorveré…

GLORIA. ¿De veras?

FERNANDO. De veras. Comeremos juntos esta tarde.

GLORIA. *Con súbita alegría.* ¿Sí? ¿Vamos a comé juntos?

FERNANDO. Sí.

GLORIA. ¿Dónde? ¿En la Vitoria?

FERNANDO. No; aquí: aquí mismo.

GLORIA. Con desencanto. ¿Aquí?

FERNANDO. Sí. Hasta luego.

Fernando, que antes ha cogido sombrero y capa, márchase conteniendo su emoción a duras penas.

GLORIA. Adiós. *Abandonándose a su primer sentimiento* ¡ Es mu bueno y me quiere mucho! *Revolviéndose despechada de pronto.* ¡Pero no hemos de salí de sus cuatro paredes! *Aspira con rabioso deleite el perfume del pañuelo*

de Peregrina. En la calle vuelve a sonar el organillo que antes la hizo asomarse al balcón.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del primero. También es en mayo, y por la tarde.

Peregrina y Matilde, de mantón, hablan reservada y cautelosamente.

MATILDE. ¡Miste que la comisión que me ha dao!

PEREGRINA. Las amigas son pa las ocasiones.

MATILDE. Y ¿a usté qué le párese: se la entrego a la madre o al hijo?

PEREGRINA. ¿Pa quién es la carta?

MATILDE. Pa Fernando. Pero a mí me da mieo de que la abra delante de mí.

PEREGRINA. Entonses vas a hasé una cosa.

MATILDE. ¡Ay! sí, Peregrina; ayúdeme usté, porque yo estoy… vamos, que no sé cómo estoy…

PEREGRINA. Y si no, mira: dame a mí la carta.

MATILDE. ¿Pa qué?

PEREGRINA. Dame a mí la carta.

MATILDE. Tenga usté la carta. *La saca del seno y se la entrega*.

PEREGRINA. Tú verás.

MATILDE. ¿Qué es lo que va usté a hasé?

PEREGRINA. Tú verás. Éntrase con resolución por la puerta del foro.

Matilde, inquieta, acércase a la puerta de la izquierda y observa un momento.

MATILDE. Amparo *está* cosiendo en er *comedó*. ¡Qué ajena a lo que pasa! Se aleja de la puerta y espera impaciente a Peregrina.

Pausa. Vuelve Peregrina rápidamente.

PEREGRINA. Ya está.

MATILDE. ¿Qué ha hecho usté?

PEREGRINA. Poné la carta sobre la mesa de Fernando.

MATILDE. *Maquinalmente.* Poné la carta sobre la mesa de Fernando.

PEREGRINA. Lo mismo tiene que la vea primero Amparo que é.

MATILDE. Lo mismo tiene. Místeme a mí temblando.

PEREGRINA. Pero, chiquiya, si estás helá… ¡Ni que fueras tú la que la ha escrito!

MATILDE. Es que a mí me da mucha lástima de eya… mucha lástima, Peregrina. Yo la quiero mucho… y es mu loca, mu loca…

PEREGRINA. Cabrita que tira ar monte… ¿Tú no sabes lo que hasen los cabreros cuando una cabrita echa monte arriba y se enrisca? Pos de un balaso la hasen rodá ar yano. De esa bala se ha librao ésa.

MATILDE. ¡Ay, Jesús!

PEREGRINA. Vámonos a la caye.

MATILDE. Carcule usté que en la carta le dise…

PEREGRINA. Eso, en la caye. Aquí ahora ya no hases tú na. Ni yo tampoco. Vámonos a la caye.

MATILDE. Vámonos, sí.

PEREGRINA. ¡Ay, qué afanes, qué afanes, hija de mi arma! La Virgen me los tome en cuenta. *Vase por la cancela con Matilde.*

Queda la escena sola. Poco después sale por la puerta de la izquierda Amparo. Trae silla baja y cesto de costura.

AMPARO. Ya va fartando luz en er comedó. *Se sienta y cose.*

Pausa. Remedios se asoma a su balcón. Amparo no lo advierte. La muchacha la observa en silencio. Luego canta entre sí, abstraída y

melancólica.

Remedios.

> *La casita donde yo habitaba,*
> *como era de porvito y arena,*
> *er vientesito se la yevaba.*

Amparo. *Levantando la vista.* ¡Hola, que está er griyo en su jaula!

Remedios. Der barcón de la caye a éste y de éste a la asotea.

Amparo. Como yo, hija: der comedó ar patio y der patio a la puerta e la caye.

Remedios. La cuestión es no ponerse las gafas.

Amparo. Eso. Ya tengo edá pa hasé lo que se me antoje.

Remedios. Pos er médico le ha dicho a usté que no cosa sin eyas.

Amparo. Y yo le he dicho ar médico que se las ponga é. Te hasía con tu madre.

Remedios. Mi madre salió, y no me dijo adónde iba.

Amparo. Habrá ido a vé er monumento a Beque.

Remedios. ¿Por qué?

Amparo. ¡Porque le deberá visita! Hasta con las estatuas cumple.

Remedios. Luego me yegaré yo sola por er niño.

Amparo. ¿No es muy pronto pa que ese niño vaya a la academia, mujé?

Remedios. Dise mamá que ayí está más sujeto.

Amparo. *Entre dientes.* ¡Claro! ¡Y eya más libre!

Remedios. ¿Qué?

Amparo. Na.

Remedios. ¿Ha visto usté desde la asotea los dos almendros der convento?

Amparo. No he reparao, hija.

Remedios. Están hermosos. Se vienen abajo de flores.

Amparo. *Suspirando.* La primavera ya no trae ninguna pa mí. No me trae más que yerbabuena pa las sopas.

Pausa.

REMEDIOS. *Tímidamente.* Oiga usté, Amparo; ¿mi madre no le ha hablao a usté der pensamiento que tenemos?

AMPARO. A mí na de particulá me ha dicho.

REMEDIOS. Pos ya que estamos solas, voy yo a bajá a desírselo a usté. *Se retira del balcón y lo cierra.*

AMPARO. Bueno, hija. Esta Peregrina sale ca lunes y ca martes por un registro nuevo.

Baja Remedios y se sienta al lado de Amparo. Se la ve levemente turbada.

REMEDIOS. Yo creí que mamá, si no claro, argo le hubiera dao a usté a entendé.

AMPARO. Hase unos días que hablamos poco. ¿De qué se trata?

REMEDIOS. Trabajiyo me cuesta desirlo.

AMPARO. ¡Chiquiya!

REMEDIOS. Sí, señora; sí…

AMPARO. Vamos, no seas tonta: ¿qué es?

REMEDIOS. Pos… que hemos pensao dejarlos a ustedes… marcharnos de esta casa.

AMPARO. ¿Marcharse de esta casa? ¿Qué dises, criatura?

REMEDIOS. Sí, señora; sí…

AMPARO. To podía yo pensarlo menos eso. Pero ¿por qué? ¿Es que hay argún motivo?

REMEDIOS. No, no; de ustedes no tenemos ninguna queja…

AMPARO. Entonses…

REMEDIOS. Miré usté, Amparo…

AMPARO. Si es pa mejora, na te digo; pero yo creo que mejor acomodo que er de aquí no lo encuentran ustedes… A menos que se desidan a viví solas.

REMEDIOS. No es eso, no…

AMPARO. Nosotros nos yevamos ya como una familia. Pa que na farte, hasta peloteras hay entre tu madre y yo. ¿Qué bicho les ha picao a ustedes?

REMEDIOS. Son varias cosas. Er niño… nosotras lo comprendemos, Amparo…

AMPARO. ¿Er niño, qué?

REMEDIOS. Er niño va siendo mayorsito, y se mete en toas partes… y trastorna y diablea… y acaba por incomodá.

AMPARO. ¡Vamos, caya!

REMEDIOS. Los niños no tienen por qué aguantarlos más que sus madres.

AMPARO. ¡Mujé, por la Virgen, ni que la criatura fuese tampoco un torbeyino! Es un niño como hay sincuenta mí. La única farta que yo le encuentro es que sea de tu madre. Pero, de toas maneras, sea er niño lo que sea, ésa no es rasón pa determinarse a dejarnos. ¡Qué locura! Ar fin y ar cabo, cosas de eya, Remedios.

REMEDIOS. No, no; esta vez no son las cosas de eya. No es mi madre la que quiere que nos vayamos, Amparo: soy yo.

AMPARO. ¿Tú, muchacha?

REMEDIOS. Yo.

AMPARO. Y ¿por esas pamplinas der niño?

REMEDIOS. No, señora… Ése ha sío un pretesto pa disimularle a usté la verdá. Pero yo nesesito desírsela.

AMPARO. Eso ya es otra cosa. ¿Qué tienes, Remedios? *Interesada ante la emoción de la muchachita, suspende su labor y la atiende con creciente curiosidad.* ¿Qué tienes?

REMEDIOS. Usté lo sabe sin oírmelo…

AMPARO. ¿Eh?

REMEDIOS. Sí; Fernando…

AMPARO. ¿Fernando?

REMEDIOS. Sí: usté lo sabe… No me pida nadie que esté más tiempo en esta casa. No se me condene ar sacrifisio de verlo y oírlo siempre, sin esperansa arguna. ¿Es de otra ya? Pos que sea dichoso. Pero yo me voy de junto a é. Ni lo poco que en mí repara, ni la seguera que tiene por esa otra, me

quitan de quererlo y de enamorarme. Me gusta como ningún hombre. La quiero. Cuando habla é, no tengo más que oídos pa escucharlo, aunque lo que diga me lastime. Su voz me domina. Está fuera de casa y adivino cuando se aserca. Yega, y mientras está aquí, siento una alegría que a otra ninguna se párese. Y se va, y me entristezco… y si arguna noche no viene a casa, yoro. Esto es una vergüensa que yo lo confiese; pero a usté, que es su madre, se lo digo, porque usté me perdona. ¿Cómo voy yo a seguí viviendo en esta casa?

AMPARO. ¡Chiquiya, qué rato me estás dando! ¡De pena y de alegría! ¡Lástima de hijo, y de cariño er tuyo!

REMEDIOS. Usté, que quiso como quiso, comprenderá mis sufrimientos, Amparo. Yo he hecho lo indesible por borrármelo der pensamiento; pero ya sé que, a lo menos mientras lo vea… Y quisás nunca. No lo sé, ni quiero saberlo tampoco; pero mientras lo vea… Deje usté que nos vayamos, Amparo. Y no me pregunte usté nunca más er motivo, que ya conose. ¡Triste sino er de las mujeres! ¡Condenás de por vida, si nos enamoramos, a cayá y a ocurtá, como si fuera un crimen, lo que diríamos a gritos en la misma iglesia!…

AMPARO. Vamos, mujé, serénate…

REMEDIOS. ¡Arguna vez tenía que desahogarme!

AMPARO. Si lo comprendo y te compadezco, hija… Anda, tranquilísate.

REMEDIOS. Perdóneme usté to lo que le he dicho.

AMPARO. ¿No te gusta más que te lo agradezca? *Notando que alguien llega al zaguán.* ¿Quién? ¿Quién es?

REMEDIOS. ¿Es Fernando?

AMPARO. No. ¿Quién es?

Se presenta Corbata.

CORBATA. Gente de paz.

AMPARO. Es *Corbata*. Ven con Dios, hombre.

CORBATA. Buenas tardes.

REMEDIOS. Buenas tardes.

Silencio. Ninguna le hace caso. Corbata las mira, se da cuenta de la situación, e intenta amenizarla con su ingenio.

CORBATA. Se rifa un reló de oro antiguo de esfera luminosa y dos pasadores de esmerardas. Bueno; yo no engaño a las buenas amigas: las esmerardas son de una boteya de agua de Marmolejo, y ar reló, pa que ande, no le basta la cuerda: hay que moverlo como una medisina. Dos reales, diez números. Er día veintisinco es er sorteo. ¿Cuántas papeletas quié usté, Amparo?

AMPARO. Ninguna.

CORBATA. ¿Y usté, cara de rosa?

REMEDIOS. Ninguna tampoco, *Corbata*.

CORBATA. Pos se acabó. Yo no machaco en hierro frío. No he tenío más que vé *los visages, pur compran que isi pa de changa*. Esto es que vengo de enseñarle a un fransés la Casa de Pilatos, y traigo el idioma en er sentío. ¡Qué tiempos aqueyos, en que yo era intérprete en Graná! *Nuevo silencio.* ¿No está Fernando?

AMPARO. No.

CORBATA. Venía a recogé un libro antiguo que le propuse en venta…

AMPARO. ¡Ah, sí! Me alegro de que te lo yeves ¡Arrastrao libro! Te lo voy a traé. Suerta un pestaso a humedá y a ratones… En er patiniyo lo tengo al aire. Y luego, forrao de peyejos de sambombas, que lo coges y se te ponen tos los pelos de punta. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

CORBATA. ¡Es famosa Amparo! ¡Qué cararte más sostenío! Yo las más e las veses le digo cuchufletas pa oírla… *A Remedios, que, preocupada, sigue sin prestarle atención*. Niña, ¿está usté triste?

REMEDIOS. No…

CORBATA. Lo párese.

REMEDIOS. Pos no lo estoy.

CORBATA. ¿Seguimos sin novio?

REMEDIOS. Seguimos.

CORBATA. ¡Ay! ¡Tuviera yo esta tarde veintisinco años menos! Me gustan a mí las mujeres así; como usté; como las asitunas: que tengan carnesita, pero que se dé pronto con er güeso.

REMEDIOS. *Riéndose.* A mí me párese que a usté le gustan todas.

CORBATA. ¡Qué disparate! Eso es una vurgaridá. Nunca me ha gustao más que una mujé: la que he tenío delante.

REMEDIOS. Ya.

Pausa. Corbata canturrea. Por la cancela llega de improviso Fernando.

FERNANDO. ¡Hola, *Corbata*!

CORBATA. ¡Hola!

FERNANDO. Hola, vesinita; buenas tardes.

REMEDIOS. Buenas tardes, Fernando.

Cruzan una mirada. Remedios sube. Cuando desaparece Fernando se dirige con gran interés a Corbata.

FERNANDO. ¿Qué hay?

CORBATA. *Imponiéndole disimuladamente silencio.* ¡Caya! ¡que viene la guardia siví!

Vuelve Amparo con un librote forrado en pergamino, que le entrega a Corbata.

AMPARO. Ea, toma ya este tesoro. *A Fernando.* ¡Hijo! *Lo acaricia.* ¿Y Remedios?

FERNANDO. Arriba se ha ido.

AMPARO. Estábamos en un coloquio… *Sube.*

FERNANDO. *Después de una pausa, en que refrena su impaciencia, le pregunta a Corbata de nuevo.* ¿Qué hay?

CORBATA. *Confidencialmente; con el mayor sigilo.* ¡He estao dos horas esperándote en er café!…

FERNANDO. Sí; ya to supongo… Es que yo también por mi parte he tirao las redes…

CORBATA. Luego fuí al estudio… Tampoco di contigo. Y a la otra casa no iba a í.

FERNANDO. Bueno, pero ¿qué hay?

CORBATA. Na, hombre: sosiégate. Tienes er dinero que te haga farta.

FERNANDO. ¿Las dos mir pesetas?

CORBATA. Y tres mil o cuatro mir que pías.

FERNANDO. ¿Esta noche?

CORBATA. Esta noche.

FERNANDO. ¿Quién?

CORBATA. ¿A ti qué más te da? Hágase er milagro… Eso sí: me esigen una garantía.

FERNANDO. La que sea menesté fasilito.

CORBATA. No quieren na más sino que se responda con esta casa.

FERNANDO. *Sobrecogido.* ¿Con esta casa? *Gravemente; después de meditar un poco.* Esta casa, Corbata, no es mía: es de mi madre.

CORBATA. ¡Como tú, que también eres de tu madre!

FERNANDO. Sí, pero… Como er dinero es pa lo que es…

CORBATA. ¡Vaya un escrúpulo! ¿No lo vas a pagá? Er dinero siempre es pa gastarlo. Y si tú estás hasta los ojos, es una simplesa que repares en tiquismiquis.

FERNANDO. No, no; a ese presio, no…

CORBATA. Pues yo que tú, no vasilaría, Fernandiyo. Hay momentos y compromisos que to lo discurpan en los hombres. Pero, varga por lo que varga, y de amigo a amigo, sí te digo una cosa, aunque sea contra mi interés: sales de este bujero, y caes en otro a los tres días.

FERNANDO. No lo sé, *Corbata*.

CORBATA. Gloria es mujé pa un duque.

FERNANDO. Déjame de arvertensias ahora.

CORBATA. Por tu bien te lo arvierto. Esa niña tiene en la sangre er microbio der gasto.

FERNANDO. No te metas tú…

CORBATA. Lo mismo que ha hecho a espardas tuyas las dos cuentas que ahora tú tienes que pagá, hará veintisinco. No hay dinero que baste pa eya.

FERNANDO. ¡Cáyate, *Corbata*! Y no hablemos aquí más de esto.

CORBATA. ¿Nos veremos luego en er café?

FERNANDO. Sí.

CORBATA. ¿Yevo a ese hombre?

FERNANDO. *Tras ligera vacilación.* Yévalo. Trataremos.

CORBATA. Pos adiós.

FERNANDO. Adiós.

Vase Corbata, como queriendo no ser sentido y murmurando para sí:

CORBATA. ¡Pobre muchacho! ¡Le ha entrao en er borsiyo la *cangrena*!

Fernando pasea agitadísimo. Al sentir pasos en la escalera, va a marcharse por la puerta del foro. Amparo baja y lo detiene.

AMPARO. ¿Adónde vas?

FERNANDO. ¿Eh? A mi cuarto.

AMPARO. ¿Te escapas de mí?

FERNANDO. ¡Qué salida! No. Es que me quedé solo.

AMPARO. Pos ¿y *Corbata*?

FERNANDO. Se acaba de í.

AMPARO. Y ¿qué quería esta tarde?

FERNANDO. Na: proponerme una modeliyo…

AMPARO. Ése nunca viene a lo que párese. Es intríngulis de la visita de hoy lo sé yo.

FERNANDO. *Un poco turbado.* El intríngulis… No le busque usté tres pies ar gato, mamá.

AMPARO. ¿Pa qué, hijo mío? ¡Tiene cuatro y los cuatro con uñas! *Observándolo.* ¡Ay, Fernandiyo! ¡Qué flaco y qué lasio te has quedao en dos meses! ¡Hasta a mí me pareses feo! ¡Qué es un cormo! Te se han agrandao las narises, te se han desencajao las quijás, te se han hundió los ojos, te han salió rodiyeras en los pantalones… Vamos, hijo; yo no quieo ni verte.

FERNANDO. *Aceptando la broma.* Bueno, pos me voy donde iba.

AMPARO. Mañana yamo ar médico.

FERNANDO. ¡Déjese usté de mimos, por Dios!

AMPARO. En serio, Fernando; que no me gusta verte así. ¡No tomes con tanto caló… la pintura!

FERNANDO. ¡La pintura!… ¡Si hase un mes que apenas trabajo! No doy pie con bola. Desde que no aserté en er retrato de Carmen Vázquez, ando desorientao.

AMPARO. ¿Y yo que tengo en mi mano tu brújula?

FERNANDO. ¿Qué?

AMPARO. ¿Yo que tengo un remedio pa to lo que te pasa?

FERNANDO. *Sonriendo.* ¿Hasta pa las rodiyeras de los pantalones?

AMPARO. Hasta pa eso.

FERNANDO. ¿Cuá?

AMPARO. Que estés más tiempo de pie que sentao. Como antes. Mira, hijo mío, escucha a tu madre, que te ha probao argunas veses que tiene inteligensia. Lo que has de hasé, y te vuerves otro, es venirte conmigo ar campo, a pintá er cuadro grande pa Madrí. Tres meses en er campo a mi lao y pintando a tus anchas… y como nuevo: como si te hubieran barnisao.

FERNANDO. Sí, sí… Ya iremos, ya… No desisto yo de pintá er cuadro ése. Pero pa Madrí he pensao en otra cosa.

AMPARO. ¿Asunto der campo también?

FERNANDO. No.

AMPARO. ¿De la siudá?

FERNANDO. Sí: de Seviya: de Seviya misma. Se ha pintao tanta pandereta…

AMPARO. Y ¿de qué barrio?

FERNANDO. ¿Eh?… No… Ya veremos… Lo estoy pensando ahora… Quisás pinte un tayé de mujeres que he visto… Trabajan en mantones de seda. Es un cuadro simpático.

AMPARO. ¿Son muchas?

FERNANDO. Lo menos quinse o veinte.

AMPARO. Pos entonses píntalas. To lo que no sea pintá una sola…

Fernando. ¡Ya paresió aqueyo!

Amparo. ¡Ah! ¿pero es que había desaparesío? Mira, Fernando, quiero que hablemos en sana paz. Hase argunos meses que va por debajo e la corriente to lo que nos desimos tú y yo; y eso no ha pasao nunca entre nosotros. ¿Por qué pasa ahora? Te cayas, ¿eh?

Fernando. Sí. No quiero que riñamos.

Amparo. Ni yo, hijo mío. Si mi afán es ése, ¿no lo oyes? Lo que sea hemos de hablarlo en sana paz. Me apena a mí que tú y yo parezcamos dos enemigos que se huyen la cara. ¿Qué viene a sé este reselo entre hijo y madre? ¿De cuándo acá? Esto se acaba hoy: se acaba ahora mismo. Que eyo es cosa que con buena voluntá pué arreglarse: tan contentos los dos; que ni por las buenas ni por las malas tiene arreglo, porque has tropesao con lo incurable: pos aquí estoy yo pa compartí contigo er tormento. Pero sea lo que sea lo que enturbia el agua, lo vamos a tratá: que suba a flote y yegue a las oriyas, pa que lo veamos de serca.

Fernando. Si er gusto de usté es ése…

Amparo. No es mi gusto: es argo más sagrao. Te aseguro, Fernando, que desde aqueya tarde en que vorví a tu estudio y me encontré con lo que me encontré…

Fernando. ¡Desde aqueya tarde, mamá, me han pasao tantísimas cosas!…

Amparo. No me las cuentes, porque yo las sé una por una.

Fernando. ¡Usté qué ha de saberlas!

Amparo. ¿Con que no? Oye. Después de aquel encuentro, pasaste siete días engañándome a mí. Me dijiste y casi me juraste que le habías dao dinero a esa mujé pa que se fuera de Seviya. Y en Seviya estaba.

Fernando. ¡Dichosas comadres de barrio!

Amparo. ¿Qué comadres nesesito yo, Fernandiyo, pa enterarme de tus pensamientos? Luego, durante otra se mana, te hablaba… y tenías que vení de muy lejos pa responderme. Un domingo te fuiste de casa temprano, disiéndome que ibas a Castiyeja, y vorviste muy contento a la noche. Te hablé y te enterabas: a mis cosas contestabas acorde. Te reías con mis

bromas… Ya habías desidío: ya habías acabao con tu pelea interió. Tú no abandonabas a esa mujé: tú estabas dispuesto a ampararla. Ya tenía un techo. ¿Es así?

FERNANDO. ¡Madre, por Dios! ¿Cómo voy yo a acordarme ahora?…

AMPARO. ¿Tú no te acuerdas, y yo sí? Por argo son las cosas, Fernando. Saca tú er jugo, que a mí no me gusta sermonea. Y otro día yegaste del estudio desesperao, y renegando de la gente rica que se gasta er dinero en to menos en cuadros y en estatuas. Las estatuas las mentaste pa disimulá. Y hablaste de tiré los pinseles y de echarte ar toreo, y de qué sé yo cuántos desatinos. «¡Hola! —pensé pa mí—. A este desventurao le fartan plumas en er nidito y no tiene dinero con qué comprarlas…». ¡Mal haya quien!… Perdona; que se me iba a escapá un lansetaso. Y a to esto, en más de un rato que con malisia te busqué las palabras, tú salías siempre a la defensa de las mujeres, y descargabas toa tu furia contra los malos hombres que las engañan y las pierden, y hasta querías que se fundaran leyes nuevas con que castigá esos delitos; ¡que no hubiera en er mundo piedá pa los que cogen a traisión las flores más bonitas y las manchan!… Ya habías yegao ar fin: ya caminabas cuesta abajo; ya podía más er cariño que le tenías a eya que la vergüensa que te había costao transigí con su curpa. Ya estabas perdió. ¿He nesesitao yo pa enterarme de to que me lo vengan a contá las comadres?

FERNANDO. Caye usté, madre; caye usté. ¿Ésta es la paz con que usté me proponía que habláramos?

AMPARO. ¿Te hablo en guerra, quisás? ¿No estoy yo tranquila? Di más bien que te duele que te ponga un espejo delante.

FERNANDO. Bueno, sí: confieso que esa es la verdá; que su vista de usté penetra más de lo que puede ocurtá mi disimulo… To lo que usté ha visto me ha pasao; pero er fundamento de lo que he hecho y hago, ¿lo conose usté también, madre?

AMPARO. Como er Padrenuestro, hijo mío.

FERNANDO. ¿Y no tengo discurpa ninguna? *Amparo calla.* Contésteme usté.

AMPARO. *Con cierta violencia.* Ninguna.

FERNANDO. Madre, que estamos hablando la verdá, y esa no es la verdá de lo que usté siente ahora mismo. Diga usté que quisiera que pa mí no hubiese discurpa; pero no me niegue usté que la hay. ¿No ha de haberla, si quise a Gloria como la quise?

AMPARO. Y su traisión contigo, ¿quién la borra?

FERNANDO. Yo. Y nadie más que yo tiene que entendé en eyo; porque nadie pué entenderlo tampoco. Ni hay pa qué.

AMPARO. Y ¿se merese esa mujé un sacrifisio de tantas cosas?

FERNANDO. Cuando yo lo hago…

AMPARO. Poca fe tienen tus palabras.

FERNANDO. Con que tengan cariño…

AMPARO. No basta. No habrá en ti ahora pa eya más cariño que entonses, y mira si te dió mar pago.

FERNANDO. ¡Eso pasó ya; pasó ya! Y aunque usté no lo crea, y aunque le parezca un imposible, ahora la quiero más que nunca.

AMPARO. ¿Ahora más que nunca, Fernando?

FERNANDO. Antes no había yorao por eya, y ahora sí.

AMPARO. Yo te he visto yorá por eya mardisiéndola.

FERNANDO. Pos ahora la bendigo y yoro. ¡Y si ar finá de este camino que estamos recorriendo voy a encontrá los brasos de mi madre abiertos en cruz pa que la abandone y pa que la orvide, echemos ya por otra vereda! ¡A ese finá no yego!

AMPARO. ¿Ni con súplicas ni con rasones?

FERNANDO. Pero ¿a qué rasones y súplicas? ¿Por qué he de dejarla? ¿No se arrepintió de su curpa? ¿No la ha espiao con lágrimas? ¿No me quiere? ¿Es mala quisás?

AMPARO. *Sublevándose.* ¡Mira, Fernando: que sea buena, sólo tú te atreves a desirlo!

FERNANDO. ¡Porque sólo yo la conozco!

AMPARO. Si te ensierras ahí…

FERNANDO. ¡Defiendo lo mío!

AMPARO. ¡Yo también!

FERNANDO. ¡La quiero!

AMPARO. ¿Y yo a ti no?

FERNANDO. ¡La quiero! ¡La quiero!

AMPARO. ¡Eso es! y no hay más que desí «¡la quiero!» y to lo demás cae por tierra: casa, madre, buen nombre… ¡to cae por tierra!

FERNANDO. ¡No cae por tierra cosa ninguna! ¡To se queda en su sitio! Mi cariño a nadie le estorba.

AMPARO. ¡A mí, sí!

FERNANDO. ¡A usté menos que a nadie!

AMPARO. No voy por donde piensas; no son selos de madre, Fernando; yo soy más generosa que tú. ¡A mí me estorba ese cariño, porque tú te mereses otro! ¡Otro, sí; otro! ¡Y bien distinto! ¡Otro!

FERNANDO. Y usté ¿qué sabe de éste?

AMPARO. ¡Sé que, por grande que sea, manchao está!

FERNANDO. Y ¿no será más grande por eso?

AMPARO. Y ¿no será más triste? Y ¿por qué he de avenirme yo, que tanto te he sacrificao en este mundo, a que asiente mi hijo la casa de su felisidá sobre er propio fango de la caye?

FERNANDO. ¿Qué?

AMPARO. ¿Ni por qué he de conformarme tampoco a verte pa siempre en unos brasos que no son como éstos, como estos míos, que sólo abrasaron a un hombre?

FERNANDO. ¡Silensio, madre! Los sacrifisios de que usté habla yenan mi corasón: sé cuánto a usté le debo: pero ¿qué tienen que vé con er que usté me pide?

AMPARO. ¿Valen poco, verdá? ¡Pos arguno mayó que éste que te pido he hecho también por ti!

FERNANDO. ¿Eh?

AMPARO. Si había de habé arguna hora pa que lo supieses era ésta. Óyeme. Muy joven me quedé en este mundo sin más compañía que la tuya.

De nuestro lao fartó nuestra sombra. Y yo yoré y envejesí. Pero pasó er tiempo, que to lo serena y lo cambia, y a mi cuerpo y a mis ojos vorvió mi juventú. Y la codisió más de un hombre; y de entre eyos uno me enamoró por segunda vez en la vida. ¿Quién ha dicho que no hay más que el amor primero? ¡Tos los años retoñan los árboles! Y de aquel hombre, buen moso, cabá, prendao de mí hasta la seguera, me apartaba yo como de un delito. ¡Y era legítimo er quererlo! ¡Y me libré de su presensia, y me abrasé yorando a solas en mi cuarto, porque no quise nunca que el hijo mío tuviera hermanos de otro padre!

FERNANDO. *Conmovido.* Perdóneme usté, madre mía; perdóneme usté. Pero, por ese cariño santo y por el otro, ¡no me pida usté que deje a Gloria! Yo soy menos fuerte o más egoísta: ¡no me pida usté que la deje! Cuanto usté me diga y me rasone pa eyo me lo digo yo y me lo rasono con las mismas palabras, por los mismos caminos que usté lo yeve, con los mismos lamentos… Pero ¿y sus ojos, madre? ¡No me pida usté que deje de verlos!

AMPARO. ¡Así nunca te hubieran visto a ti!

FERNANDO. ¡No me pida usté que deje de escuchá palabras de su boca! ¡No me pida usté lo imposible! *Contempla un momento a su madre, y se va por la salita del foro ocultando sus lágrimas.*

Amparo, que en silencio lo ve marcharse, dice al cabo:

AMPARO. ¡Lo pierdo! ¡Lo pierdo! ¡Este hijo ya no será nunca er que era! ¡Lo pierdo! *Siéntase abatida.*

Llega entonces Peregrina por la cancela, y al verla sofocada y llorosa le pregunta:

PEREGRINA. ¿Qué es eso? ¿Ha yorao usté, comadre?

AMPARO. ¡Ay, Peregrina!

PEREGRINA. Me figuro lo que ha pasao. ¿Lo sabe ya?

AMPARO. ¿Qué?

PEREGRINA. Lo de Gloria.

AMPARO. ¿Lo de Gloria?

PEREGRINA. ¿No ha visto la carta?

AMPARO. ¿Qué dise usté, comadre? ¿Qué carta?

PEREGRINA. Una de Gloria, despidiéndose.

AMPARO. ¿Eh?

PEREGRINA. La trajo Matirde. Yo misma se la puse en su mesa.

AMPARO. *Confusa, aturdida, llena de sentimientos contrarios. ¡Dios mío!*

PEREGRINA. Otra vez se escapa y lo deja.

AMPARO. ¡Dios mío!

PEREGRINA. ¡No yore usté, Amparo! Aunque ahora le duela, es pa su bien. ¡To el aire es poco pa que vuele esa pájara y se aleje de ese pobre muchacho!

AMPARO. *¡Hijo! Hace un movimiento como para ir hacia él, y vacilando se detiene.* ¿Usté ha visto la carta?

PEREGRINA. Sé lo que le dise: por Matirde lo sé. Que la perdone, que la orvide, que no quiere serle gravosa, que ve que lo arruina, que no son el uno pa el otro… ¡Vaya con Dios! ¡Que vuele! ¡que vuele!

AMPARO. ¡Infame! ¡No sabe lo que deja! ¡Sí; que vuele, que vuele lejos, muy lejos; hasta que nunca más podamos divisarla! ¡hasta que el infierno se la trague!

Óyese dentro un grito de Fernando llamando a su madre. Ésta corre a su encuentro, en el momento mismo en que él sale a buscarla, lleno de dolor y amargura, trémulo, enloquecido.

FERNANDO. *Dentro.* ¡Madre!

AMPARO. ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Madre!

Se abrazan. Fernando llora. Peregrina, recatada y discreta, respetando aquel hondo dolor, se aleja y sube.

Hay un largo silencio.

AMPARO. Yora, hijo mío, yora, que éstas serán las úrtimas lágrimas que te cueste.

FERNANDO. *Aturdido por el tremendo golpe.* ¡Me abandona Gloria… se va… me mata!… ¡Otra vez me mata!…

AMPARO. ¡Déjala!

FERNANDO. ¡Y yo la defendía!… ¡Y yo la quiero!… ¡Y er corasón quiere escapárseme en su busca!… ¡Y yo me vorvía contra usté!… ¡Y yo me envilesía por eya!… *Siéntase sollozando.* ¡Madre! ¡madre! ¡Si alguna vez vuerve usté a vé su sombra en torno mío, si arguna vez me oye usté yamarla, maldígame usté cuantas veses quiera!

AMPARO. ¡Caya, que estás loco!

FERNANDO. ¡Maldígame usté con esa boca que no miente; con esa boca que día por día y hora por hora me presagió mi desventura!

AMPARO. ¡La misma que ha de consolarte!

Lo abraza, amorosa. En el balcón descórrese el visillo blanco y como un lucero asoma un lindo rostro de mujer, pálido, angustiado por la tragedia de la casa. Y, sin embargo… ¿Habrá que decir que es el de Remedios? Amparo, instintivamente, alza los ojos. Las miradas se encuentran…

FIN DEL DRAMA

Fuenterrabía, septiembre, 1915.

Madrid, diciembre, 1915.

¿A QUIÉN ME RECUERDA USTED?

PASO DE COMEDIA

Escrito ex profeso para Mercedes Pardo y estrenado en el **TEATRO LARA** el 29 de abril de 1916

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Joaquinita.	Mercedes Pardo.
Luciano.	Luis Manrique.
Pepín.	José Balaguer.

¿A QUIÉN ME RECUERDA USTED?

Gabinete elegante y espléndidamente alumbrado, en casa de unos ricos burgueses, en Madrid.

La casa arde en fiestas. Lejos, en el salón, se baila un tango de última moda. El eco de la música llega vagamente a la escena.

Sale Pepín, como quien viene buscando un refugio, y da un vistazo al gabinete. En seguida se asoma a la puerta por donde ha salido y llama a Joaquinita, que obedece a su voz. Pepín es un saltamontes de frac, y Joaquinita una mariposa escotada.

PEPÍN. Aquí, Joaquinita. Pasa aquí. Esto está enteramente solo.

Aparece la lindísima Joaquinita, fatigada del baile, encendido el color, breve el aliento…

JOAQUINITA. ¡Ay! No puedo más, Pepín. ¡Qué cansancio! ¡Qué bullicio y qué atmósfera en el salón!

Se sienta, abanicándose. Respira a gusto. El seno le sube un centímetro sobre su nivel ordinario.

PEPÍN. Sí; naturalmente. La danza… los perfumes embriagadores… el discreteo galante… la juventud… el amor… los violines… Todo sofoca.

JOAQUINITA. Estoy rendida. Estas fiestas de estos señores son inolvidables… Pero debían tener un *completo* para echarlo a tiempo, como los tranvías. En el salón hay más gente de la que cabe.

PEPÍN. ¿Sí, eh? Pues asómate al comedor y ya verás un lleno. No hay palcos ni butacas. ¡Y cada punto!…

JOAQUINITA. ¡Toma! Los hay que vienen a devorar.

PEPÍN. Dios sabe a lo que vienen. Esta noche no pierdo de vista a Rodolfo Chico. Siempre que paso por el comedor me lo encuentro con un emparedado en la mano.

JOAQUINITA. ¿No será el mismo, tú?

PEPÍN. No; porque no están haciendo fotografías.

Cesa la música allá dentro.

JOAQUINITA. Ya concluyó el baile. Quiera Dios que nadie se le ocurra venir en mi busca. Necesito estar sola un rato largo.

PEPÍN. ¿Te dejo yo también?

JOAQUINITA. Hombre, Pepín, tú no eres nadie para el caso.

PEPÍN. ¡Joaquinita!

JOAQUINITA. Entiéndeme, simple.

PEPÍN. Bueno; pues a pesar de la confianza y de no ser nadie, el próximo vals es para mí.

JOAQUINITA. Ya te lo he prometido.

PEPÍN. ¡Soy dichoso!

JOAQUINITA. ¡Jesús, lo que te gusta bailar!

PEPÍN. Contigo, Joaquinita. ¿Y a ti qué te ocurre, Qué te ha entrado de golpe este deseo de soledad y de alejamiento?

JOAQUINITA. Que me he puesto nerviosa, Pepín… que estoy muy excitada.

PEPÍN. ¡Malo! ¿Moritos en la costa, amor mío?

JOAQUINITA. No seas estúpido. Déjame ahora de… ¿Cómo se llama ese muchacho que antes me presentaste?

PEPÍN. ¡Chica! ¿otra vez? ¡Me lo has preguntado ya cuatro! Apúntalo. Luciano Federico se llama.

JOAQUINITA. ¡Ah! Luciano Federico. Yo decía para mí Federico Luciano. ¿De la carrera diplomática?

PEPÍN. Consular. Pero me sorprende tu interés, porque no te he visto hablar con él ni cinco minutos.

JOAQUINITA. Es cierto. Me lo presentaste, cambiamos un cumplido… y se apartó de mí. Pero desde entonces me siguen dondequiera sus ojos, como los de un duende. Si te dijera que me he metido en este rincón algo preocupadilla…

PEPÍN. Te advierto que está *barrenado*.

JOAQUINITA. ¡No me asustes!

PEPÍN. El *romántico* le llaman en el Ministerio.

JOAQUINITA. ¿Sí?

PEPÍN. Es de éstos que miran a la luna y se echan a llorar… y luego le hablan de usted a un cochero de punto.

JOAQUINITA. Y ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

PEPÍN. Un romántico, ya te digo. Todos los que llevan la vida un poco errante y un poco solitaria, son siempre raros y melancólicos… Yo no caso con ellos. ¡Ahí viene él!

JOAQUINITA. *Con sobresalto.* ¿Qué viene?

PEPÍN. Sí. ¿Nos vamos nosotros?

JOAQUINITA. No…

PEPÍN. Como querías estar sola un rato…

JOAQUINITA. Hombre, sola… sola… Vete tú, si quieres…

PEPÍN. ¿Qué me vaya yo? ¿Estorbo?

JOAQUINITA. No, pero…

PEPÍN. ¿No, pero?… ¡Estorbo!

JOAQUINITA. ¡Qué majadero eres!

PEPÍN. ¿Majadero además? ¡Sí que tengo una nochecita! O no soy nadie, o soy un majadero que estorba. Pero el primer vals es para mí.

JOAQUINITA. Dicho.

PEPÍN. Dicho.

Lo tararea y lo inicia gozoso.

JOAQUINITA. ¡Qué payaso!

Llega Luciano, y al verlo danzar se detiene en la puerta, preguntándole:

LUCIANO. ¿Estorbo, Pepín?

PEPÍN. Ese verbo conjugábamos ahora mismo Joaquinita y yo. ¡Y yo soy quien estorba!

JOAQUINITA. *Incomodada.* Pero ¡qué majadero eres! ¿No es verdad que es un majadero?

LUCIANO. Lamento no pensar como usted, señorita. ¡Pepín es un hombre muy listo!

PEPÍN. Gracias.

LUCIANO. La prueba es que estaba, lejos del mundanal ruido, hablando aquí a solas con la criatura más bonita que hay en toda la casa.

PEPÍN. ¿Ves cómo es un romántico?

LUCIANO. Bien sabe él que una flor tiene mayor encanto, no entre mil, sino en lugar donde ella sola luzca y perfume el aire.

JOAQUINITA. *Ruborosa.* ¡Por Dios!…

PEPÍN. ¡Lo dicho: un romántico! *Luciano, sin hacer el menor caso a Pepín, coge una silla y se sienta al lado de Joaquinita.* ¡Un romántico que no pierde el tiempo!

LUCIANO. ¿Qué?

PEPÍN. Nada.

Pausa embarazosa.

LUCIANO. ¿De manera que, cuando yo vine, estaban ustedes conjugando el verbo «estorbar»?

PEPÍN. *Rápidamente.* No te ocupes: no hay que salir de la primera persona del presente de indicativo: yo estorbo. *Vase de estampía.*

Ríen Joaquinita y Luciano.

JOAQUINITA. ¡Qué majadero es! Pero ¿se va de veras? *Llamándolo.* ¡Pepín!

LUCIANO. ¿Tal vez he sido yo importuno?

JOAQUINITA. No; no…

LUCIANO. ¿Hablaban ustedes…?

JOAQUINITA. De nada interesante, no…

LUCIANO. Pues ¿por qué siente usted que se vaya?

JOAQUINITA. *Con enfado cómico.* ¡Porque es un majadero!

LUCIANO. Ese más bien es un motivo para alegrarse.

JOAQUINITA. *Mirándolo.* Sí. *Repentinamente alarmada.* Bueno, yo me marcho al salón.

LUCIANO. ¿Detrás de Pepín?

JOAQUINITA. ¡Qué disparate!

LUCIANO. Pues parecerá que sigue usted sus pasos.

JOAQUINITA. Es que mamá me echará de menos.

LUCIANO. Está muy distraída. ¡Qué guapa y qué simpática es su mamá!… No se marche usted… me atrevo a suplicárselo… Digo, a menos que…

JOAQUINITA. No; no… Interés de otra clase, ninguno…

LUCIANO. ¿En quedarse aquí?

JOAQUINITA. En irme al salón.

LUCIANO. Entonces, Joaquinita —permítame usted que la trate con esta confianza—, insisto en mi súplica: no se marche usted al salón. Yo deseo hablar con usted; sincerarme.

JOAQUINITA. ¿De qué, amigo mío?

LUCIANO. De mi extraña conducta… Usted creerá que soy un mal educado.

JOAQUINITA. No…

LUCIANO. Me presentó ese muchacho a usted… me asaltó en aquel momento una idea… y ya no acerté a decirle palabra: ni una galantería, ni una flor… Y usted habrá pensado: «¿para qué se ha hecho presentar a mí este monote?».

JOAQUINITA. No, señor.

LUCIANO. ¿No ha pensado usted eso?

JOAQUINITA. Lo de monote, no. Sí le confieso a usted que en un principio me creí que iba usted a pegar la hebra… y a no soltarla. Traía usted cara de hablador. Pero me llevé chasco. Enmudeció usted de repente, y empezó a mirarme desde todos los sitios sin pronunciar palabra: como si fuera usted un *detective* y yo hubiera robado un collar de perlas. Perdóneme usted que se lo diga: ha estado usted hecho un personaje de película.

LUCIANO. Un monote: ya lo he dicho yo antes.

JOAQUINITA. Sí; pero hay monotes de monotes. Un monote con unos ojos…

LUCIANO. Gracias.

JOAQUINITA. No, señor, no; si no es piropo ni mucho menos —¡pues no faltaría más!—. Digo con unos ojos que me daban espanto. Y como Pepín me ha advertido…

LUCIANO. *Golpeándose de improviso la frente.* ¡Ah!

JOAQUINITA. *Asustada*. ¿Qué?

LUCIANO. ¡Ya está aquí!

JOAQUINITA. *Gritando y huyéndole luego.* ¡Ay!… ¡Mamá!

LUCIANO. ¡No se vaya usted, Joaquinita! Dispénseme usted. ¿Le he dado a usted un susto?

JOAQUINITA. *Deteniéndose sobrecogida y mirándolo con gran recelo.* Sí… la verdad… Creo que sería inútil que lo negara…

LUCIANO. *Observándola.* Y todo en vano; porque no, no, no…

JOAQUINITA. Tiemblo todavía, ya lo ve usted…

LUCIANO. ¡Vaya por Dios! Le pido a usted perdón de rodillas…

JOAQUINITA. *Impidiéndole hincarse.* ¡No!

LUCIANO. Bueno; ¡de rodillas el alma!

JOAQUINITA. Eso ya es otra cosa.

LUCIANO. Y ahora voy a explicarle a usted mi grito y todo lo demás. Lo que me pasa, Joaquinita, es que, desde que he tenido el gusto de conocerla a usted, estoy desazonado, inquieto, nervioso, con una curiosidad febril.

Persigo una imagen en mi memoria, y no doy con ella. ¿A quién me recuerda usted?

JOAQUINITA. *Desencantada.* ¡Ah! ¿de manera que me mira usted tanto porque le recuerdo a otra persona?

LUCIANO. ¡Sí!

JOAQUINITA. ¿Sí? ¡Pues buenas noches! *Hace ademán de irse.*

LUCIANO. ¿Se molesta usted?

JOAQUINITA. No… Pero lo dejo a usted aquí solo, para que se abstraiga y haga memoria.

LUCIANO. Comprenda usted, amiguita mía, que no hay en ello, ni en que yo lo declare paladinamente, mortificación alguna para usted, ni el menor desaire a sus encantos, que son infinitos. Ni en sueños, donde la voluntad no rige, soy yo capaz de tan imperdonable descortesía. Es natural que si usted, tan linda, tan espiritual, tan simpática, tan gentil, tan amable, tan seductora, me recuerda a otra persona que he visto alguna vez, esa persona tiene que ser un dechado de perfecciones, criatura más divina que humana…

JOAQUINITA. Como disculpa no está mal, y yo la estimo… Pero ¡si viera usted qué poquita gracia tiene ser un espejo de nadie! Aunque sea del sol. Además de que, en eso de los parecidos, suceden cosas muy desagradables y muy extrañas. ¿Cuántas veces no se dice de una mujer, que es la Venus de Milo: «Señor, ¿cómo es posible que esa muchacha tan hermosa sea un retrato de su papá, que es un elefante»? Pues, sin embargo, ¡se parecen como dos gotas el elefante y la Venus de Milo! Mire usted: yo tengo un hermanito recién casado, mortificadísimo con la idea de le nazca un hijo igual a su suegro, que es un jabalí. Este Carnaval, ya de noche, le dijo un guardia que se quitara la careta.

LUCIANO. ¡Ja, ja, ja!

JOAQUINITA. Y yo estoy segura de que le nace otro jabalí. Basta que tenga esa obsesión. Y se parecerá a la par a la mujer, tan guapa, y al suegro, tan feo; que es lo absurdo.

LUCIANO. Pero posible.

JOAQUINITA. ¡Vaya si es posible! Me da usted la razón por lo visto.

LUCIANO. Sí; pero salvando el caso presente. Lo que usted dice es cierto: esos fenómenos suelen darse. A lo mejor una *tobillera* de frente pálida y bucles de oro le recuerda a usted a un sastre de portal o a un cura de pueblo, Pero usted no… usted no… ¡Si es al revés, precisamente!… ¡Si hace falta lo juro, Joaquinita! Usted… usted… Porque la visión continúa, la preocupación sigue, el cosquilleo de la memoria no me deja… ¿A quién me recuerda usted?

JOAQUINITA. Tiene gracia…

LUCIANO. ¿Qué tiene gracia?

JOAQUINITA. *Sonriéndose.* Sí… sí, tiene gracia…

LUCIANO. ¡Pues yo estoy sufriendo horriblemente!

JOAQUINITA. Pues tiene gracia… porque a mí me está pasando ya lo mismo con usted.

LUCIANO. ¿Ah, sí?

JOAQUINITA. Usted también me recuerda a mí a alguien… ¡Vaya! ¡Ya lo creo! ¿A quién me recuerda usted?

LUCIANO. ¡Qué casualidad!

Se observan analizándose mutuamente.

JOAQUINITA. Más que en la cara sola es en el conjunto, en el aire…

LUCIANO. No, pues usted a mí, más bien es en la cara que en otra cosa…

JOAQUINITA. Los modales… los gestos…

LUCIANO. Esos ojos… esa boquita… esa risa…

JOAQUINITA. No es todo el aire, no… Un poquito también la nariz… el cabello…

LUCIANO. Y usted a mí… No es sólo la cara; es la persona entera… es el garbo… es la gracia particular…

JOAQUINITA. ¿A quién es, Dios mío?…

LUCIANO. ¿A quién es?… ¿A quién es?…

JOAQUINITA. ¡Ah… sí! No, no…

LUCIANO. ¡Aguarde usted!… ¡Sí! ¡No!… Creí ya tenerla… Pero no, no…

JOAQUINITA. Sí…

LUCIANO. No…

JOAQUINITA. ¡Ah! ¡Ahora sí! ¡Ya está! ¡ya está! ¡Ya di con el mío!

LUCIANO. ¿De verdad?

JOAQUINITA. De verdad. ¡Ya está! ¡ya está! ¡Ay, cómo se descansa!

LUCIANO. Sí que tiene usted suerte. Y ¿a quién le recuerdo, se puede saber?

JOAQUINITA. No me atrevo a decírselo.

LUCIANO. ¡Caramba! ¿Es a algún trapero?

JOAQUINITA. No; nada de trapos… Es a una persona muy distinguida.

LUCIANO. ¿Sí?

JOAQUINITA. A una verdadera monada.

LUCIANO. Y, si es así, ¿por qué no se atreve? Vamos, dígamelo. No sea usted traviesa, Joaquinita. ¿A quién le recuerdo?

JOAQUINITA. *Tímidamente.* A un busto de cera con *smoking* que hay en una peluquería de frente a mi casa, y que saluda automáticamente con el bisoñé.

LUCIANO. ¡Bah! ¡Se está usted burlando de mí!

JOAQUINITA. ¡No, señor!

LUCIANO. ¡Sí, señora!

JOAQUINITA. Bueno: un poquito… De su desazón… de sus nervios… Pero, dígame usted, desmemoriado: ¿no será todo ello que me haya usted visto antes de ahora en otra parte, y me recuerde usted a mí misma? Porque también eso tendría gracia.

LUCIANO. Es posible. Me da usted una idea salvadora… Es posible, es posible… En algún viaje, en algún balneario…

JOAQUINITA. De los balnearios prescinda usted: no he ido a ninguno… todavía.

LUCIANO. Espere, espere usted… Indaguemos. ¿Usted ha estado en Londres?

JOAQUINITA. No.

LUCIANO. ¿Y en París?

JOAQUINITA. Tampoco.

LUCIANO. ¿Y en Roma?

JOAQUINITA. ¡Ojalá!

LUCIANO. ¿Y en Venecia? ¿Y en Tánger? ¿Y en El Cairo? ¿Y en Constantinopla? ¡Oh! ¡el Bósforo! ¿Y en Buenos Aires? ¿Y en Montevideo? ¿Y en Santiago de Chile? ¿Y…?

Joaquinita, que ha ido haciendo un poco ruborosamente sucesivos signos negativos con la cabeza, decide detenerlo en su viaje por el mapa.

JOAQUINITA. Luciano… ¿No es su nombre Luciano?

LUCIANO. Para servir a usted.

JOAQUINITA. Pues, bueno, Luciano; no le dé usted vuelta al mundo: no se canse usted. Yo, aparte los verano, que los paso en El Escorial —¡oh! ¡los paseos en burro!…— no he estado más que un año en el Pilar de Zaragoza y quince días en Albacete. Si no me ha conocido usted en esos sitios, puede usted jurar que esta noche me ve por vez primera.

LUCIANO. ¡Adiós mi esperanza!

JOAQUINITA. Aunque también pudiera ser, Luciano. ¿Dónde oye usted misa?

LUCIANO. No; en misa es difícil…

JOAQUINITA. ¿No va usted a misa, quizás?

LUCIANO. ¿Cómo no? Pero voy *a misa; a misa*; no a fijarme en las caras bonitas que haya en la iglesia.

JOAQUINITA. ¡Hum! Me queda la duda.

LUCIANO. Para duda, la mía, Joaquinita. ¡Torturadora ya!

Pausa. En el salón vuelve a sonar música para baile; pero ahora es un vals suave, acariciador, amoroso…

JOAQUINITA. Otra vez música allá dentro. Este es el vals que le he prometido a Pepín.

LUCIANO. ¿A Pepín?

JOAQUINITA. Sí; no tardará en aparecer.

LUCIANO. ¡Que baile solo! Pero esa música… ese vals… ¿Qué me recuerda a mí ese vals?

JOAQUINITA. ¡Ave María, hijo! ¡Todo le recuerda a usted algo! ¡Y de nada se acuerda! ¡Coma usted rabitos de pasas!

LUCIANO. De esto sí que me acuerdo ya… Y acaso acaso. *Contemplándola embelesado.* Sí, sí… eso es…

JOAQUINITA. ¿Qué está usted pensando, por Dios?

LUCIANO. Eso es… eso es… Vida del espíritu… visiones del espíritu… seres y cosas del espíritu…

JOAQUINITA. *Medrosa.* ¡Ay! ¡que venga Pepín!

LUCIANO. ¿Se asusta usted de oírme? Tranquilícese usted; no estoy loco. Es que el recuerdo de esa música dulce ha hecho la luz en mi cerebro.

JOAQUINITA. ¿Dónde la oyó usted?

LUCIANO. La primera vez, en Andalucía… en un pueble cito. Era una noche de verano. Callejeaba yo sin rumbo, por las calles desiertas, saboreando mi soledad, tropezando cien veces, porque más miraba a la luna y a las estrellas que al suelo.

JOAQUINITA. Ya pareció la luna.

LUCIANO. ¿Cómo?

JOAQUINITA. Siga usted.

LUCIANO. Al pasar por junto a unas tapias, me detuvo un fuerte, un intenso aroma de jazmines, que embalsamaba el aire. Empujé una puertecilla carcomida, que cedió fácilmente a mi impulso, y me hallé en un jardín humilde, embellecido por la noche, donde cantaba una fuente que yo no veía… Me acerqué a una ventana. Escuché. Dentro de la casa, en una habitación del piso alto, sonaba en un piano esa música…

JOAQUINITA. ¿Esa misma?

LUCIANO. ¡Ésa!

JOAQUINITA. ¡Qué raro!

LUCIANO. Pues bien: aquella suave melodía, la profunda soledad de la noche, el misterio de cuanto me rodeaba, embargaron mi espíritu. No sabía

apartarme de aquel encantador lugar… Vagué por el jardín soñando… Volví de nuevo junto a la ventana. Allí había una mujer preciosa esperándome: era usted.

JOAQUINITA. ¿Yo? ¡No!

LUCIANO. Sí; usted.

JOAQUINITA. ¡Si yo no he estado nunca en Andalucía!

LUCIANO. Al día siguiente se rieron mis amigos de mí. El jardín de mi amor y de mi aventura era un jardín abandonado, y en la casa no vivía nadie, al decir de ellos.

JOAQUINITA. ¿Ve usted?

LUCIANO. Pues, a pesar suyo, yo escuché allí al piano esa música deliciosa… y yo hablé aquella noche, en aquella ventana, con una mujer, con usted.

JOAQUINITA. ¡Que no, hombre! ¡Eso es una leyenda!

LUCIANO. Y usted fué también la que otra noche misteriosa, rayando el alba ya, me llamó por mi nombre en el Gran Canal de Venecia…

JOAQUINITA. ¡Jesús me valga!

LUCIANO. Mientras un gondolero tarareaba melancólicamente esas mismas notas que ahora oímos.

JOAQUINITA. ¡Ave María Purísima!

LUCIANO. Entienda usted lo que significa esto que le digo, preciosa amiga mía. Ya se han disipado todas las nieblas de mi memoria, que me atormentaban. Ya sé quién es usted. Usted no me recuerda a ninguna persona existente… Pero esa mujer en quien se recrea nuestra alma en los años de la adolescencia; esa mujer a quien imaginamos hecha de sueños y de flores; esa mujer a quien adoramos sin verla, a quien llamamos sin saber dónde está, a quien tememos profanar con sólo un pensamiento impuro, a quien nunca se ve ni se toca… esa mujer mía, Joaquinita, es usted.

JOAQUINITA. ¿Yo?

LUCIANO. Usted. Esta noche se ha hecho ese milagro. Respiro. A ella es a quien usted me recuerda. Verá usted cómo, andando los días, a los tres o

cuatro de tratarnos, usted misma me dice: «¿No es verdad que parece que nos conocemos de toda la vida?». ¡Y es verdad que nos conocíamos!

JOAQUINITA. Sólo que… que no estábamos presentados. *Perpleja*. Cuidado que Pepín me había dicho que era usted un romántico; pero ¡hijo mío!… *Lo mira con gran curiosidad.*

LUCIANO. ¿Le parezco a usted loco, extravagante?…

JOAQUINITA. Extravagante y loco; sí, señor. ¡Y en buena hora, no se figure usted!… Está una ya bastante harta de… ¡de todo lo contrario!

Llega desalado Pepín.

PEPÍN. ¿Joaquinita?

JOAQUINITA. Hola, tú.

PEPÍN. Lo prometido es deuda.

JOAQUINITA. Si…

PEPÍN. Aquí está mi brazo. ¿Vamos?

JOAQUINITA. Vamos…

PEPÍN. ¡Bien han charlado ustedes! ¡Bien! Hombre, y ¿qué me ha dicho Castanedo: que estás trastornado porque no sabes a quién te recuerda Joaquinita?

LUCIANO. Lo he estado; pero ya sé a quién me recuerda.

PEPÍN. ¿A la *Argentinita*?

LUCIANO. ¡No, hombre!

PEPÍN. ¿A la Cibeles?

LUCIANO. ¡Pero, Pepín! Tenía usted razón: es un majadero.

PEPÍN. Pues te fastidias, porque majadero y todo, me, la llevo a bailar. Anda, Joaquinita.

JOAQUINITA. *De mala gana.* Vamos allá, Pepín. *Con dulzura.* Hasta luego, Luciano.

LUCIANO. Hasta luego, amiguita mía.

JOAQUINITA. Había comprometido este vals… ¿Usted no baila?

LUCIANO. No.

JOAQUINITA. ¿Ni aun con esa música?

LUCIANO. Menos que con ninguna, con ésa. Pero le pido a usted el primer palique entre baile y baile.

JOAQUINITA. Concedido… con mil amores.

Se marcha del brazo de Pepín, mirando al otro, que, a su vez, la mira alejarse.

LUCIANO. *Con júbilo de enamorado.*

¡Oh suerte! ¡Oh loca suerte sin medida!
¡La vi soñando… y la encontré en la vida!

FIN

Madrid, marzo, 1916.

EL CERROJAZO

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro Apolo** el 4 de mayo de 1916

A ROSARIO LEONÍS,
fragante clavel sevillano,
con admiración y simpatía.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BELÉN.	Rosario Leonís.
PASTORCITA.	Rafaela Leonís.
DIONISIO.	Casimiro Ortas.

EL CERROJAZO

Habitación denominada media-casa por Andalucía, en la del organista de Alminares, don Ángel Carrasco. A la Izquierda del actor, portón o cancela; a la derecha, una puerta que comunica con el interior de la casa, y al foro, una más grande de cristales, que da al patinillo. Muebles modestos. Es por la tarde, en el mes de mayo.

Don Ángel Carrasco, sobre tocar el órgano con rara habilidad, tiene dos hijas, Pastorcita y Belén, que no van a la iglesia cuando su padre toca, para no distraer a los fieles: así son de bonitas y bien torneadas.

Belén, la mayor, aparece ocupada en adornar con abalorios un gorro negro para el autor de sus días, y Pastorcita, la menor, pasea, entre nerviosilla y melancólica.

BELÉN. *Cantando para sí, mientras borda.*

Una reja es una carse,
con er carselero dentro
y con er preso en la caye.

PASTORCITA. ¿Y mamá?

BELÉN. Arriba.

PASTORCITA. ¿Y papá?

BELÉN. En la iglesia. ¡Qué cosas preguntas! ¿No sabes que tiene mes de María?

PASTORCITA. Es verdá, sí.

BELÉN. ¿Y tú?

PASTORCITA. Yo, ¿qué?

BELÉN. ¿Dónde estás tú? Porque aquí no estás ahora mismo.

PASTORCITA. ¡Ay! ¿Pos no me estás viendo?

BELÉN. Sí, sí… A ti te pasa argo.

PASTORCITA. ¿A mí qué va a pasarme, tonta?

BELÉN. Serán figurasiones mías.

Canta de nuevo.

Una reja es una carse,
con er carselero dentro
y con er preso en la caye.

Pausa.

PASTORCITA. ¿Has pensao en lo que te dije anoche de Dionisio?

BELÉN. ¿Der niño del estanco? No he vuerto a acordarme pa na.

PASTORCITA. Tú vas a tené que sentí con ese hombre.

BELÉN. Ni yo con é, ni é conmigo. No es más que un amigo de casa.

PASTORCITA. Pos ér viene aquí de otra manera.

BELÉN. ¡Vamos, quita!

PASTORCITA. Y tú le das pie.

BELÉN. ¿Yo? Chiquiya, no sueñes.

PASTORCITA. No sueñes tú. Míralo en frío, y verás que se está confiando.

BELÉN. Será porque le da la gana. Porque yo no le he dao a entendé que ér me guste.

PASTORCITA. Hablas un día alabando las bizcotelas, y al día siguiente, bizcotelas aquí. Dises otro día que prefieres los abanicos coloraos, y le farta tiempo pa regalarte uno.

BELÉN. Bueno, pos de ahí podrá sacarse que me gustan los abanicos coloraos y las bizcotelas, pero no que me gusta Dionisio.

PASTORCITA. Pos ér se lo cree, porque tú le asertas los regalos.

BELÉN. ¿Se los vi a desairá? Eso sería feo entre amigos de confiansa.

PASTORCITA. Tú lo que debías era desengañarlo de su idea.

BELÉN. Primero tengo que sabé que está engañao.

PASTORCITA. Lo sé yo.

BELÉN. Tú te pasas de lista.

PASTORCITA. *Turbada.* Sí… Será eso.

BELÉN. *Observándola.* Oye, oye.

PASTORCITA. ¿Qué?

BELÉN. Mírame a la cara: ven acá.

PASTORCITA. Déjame.

Belén suspende la labor y se acerca a su hermana.

BELÉN. No, no te dejo; ven acá.

PASTORCITA. Déjame.

BELÉN. *Comprendiendo.* ¡Ay, Dios mío! ¿Quién había de pensarlo? ¿Es que a ti te gusta Dionisio, verdá? *Pastorcita la mira ruborosa.* ¿Te gusta a ti pa novio er niño del estanco? Quien caya, otorga. ¡Habérmelo dicho, mujé! ¿Tú ves cómo argo te pasaba?

PASTORCITA. Me daba bochorno hablá de esto… Yo creía que tú…

BELÉN. Ni por er pensamiento, hija. Ten selos, si quieres, de toas las muchachas de Arminares; menos de tu hermana Belén.

PASTORCITA. *Muy contenta.* ¿De veras, Belén?

BELÉN. De veras, Pastora. Er niño del estanco nunca ha sío más que un buen amigo pa mí.

PASTORCITA. Mujé, acuérdate de que no le hase grasia que le yamen er niño del estanco.

BELÉN. Pos, hija, mientras la madre tenga uno, er niño del estanco será. ¿No somos las niñas del organista nosotras?

PASTORCITA. El organista es un hombre; no es un sitio. ¿Te agradaría a ti que nos yamaran las niñas del órgano?

BELÉN. Ese ejemplo no viene bien. Pero venga o no venga, yo no veo que haya ofensa en yamarle a Dionisio er niño del estanco. Del estanco sale,

en el estanco entra, del estanco come, en el estanco duerme…

PASTORCITA. Pero no despacha. Y ar que despacha es ar que se le yama er niño del estanco.

BELÉN. Y al hijo de los estanqueros también. Y si los padres tuvieran una taberna, sería er niño de la taberna. Y si tuvieran la tienda de Pelegrín y Compañía, sería er niño de Pelegrín y Compañía. ¡Por mar que le sentara! Y a eso no sirve darle vuertas.

PASTORCITA. Cáyate, que ha entrao por er postigo y viene ahí.

BELÉN. Me alegro.

PASTORCITA. ¿Qué apostamos a que te trae argún presente?

BELÉN. No te importe: ya que sé lo que sé, si se ha hecho ilusiones a cuenta mía, yo le quitaré la venda de los ojos.

En este instante aparece en la puerta del patinillo el discutido «niño del estanco», por buen nombre Dionisio Utrera. No se quita el sombrero al llegar, entre otras razones, porque no puede: en cada mano trae una macetita.

DIONISIO. Buenas tardes.

PASTORCITA. Buenas tardes, Dionisio.

BELÉN. ¡Huy! ¡San José!

DIONISIO. No zea usté burlona. *Ofreciéndoles las macetitas.* Pastorcita: arbahaca; Belén, yerba luiza. Zus gustos.

PASTORCITA. Muchas grasias, Dionisio.

BELÉN. Muchas grasias. Son presiosas las dos.

DIONISIO. Justamente: las dos… zon preciozas.

BELÉN. ¡Ay, qué fino! ¡Cómo me ha devuerto la frase! ¿Tú has visto, Pastora?

DIONISIO. Ze le ocurre a cuarquiera, Belén.

BELÉN. *Intencionadamente.* Y una pa ca una… No quiere usté que tengamos piques las dos hermanas.

PASTORCITA. Er ya sabe que no los tenemos.

Silencio embarazoso. Dionisio va a descubrirse y se detiene.

DIONISIO. A propósito de las doz hermanas. ¿Lez han dicho a ustedes cómo noz ha puesto a nozotros tres Goro Faroles?

BELÉN. ¿Cómo?

PASTORCITA. No nos lo han dicho.

DIONISIO. Como ustedes zon doz hermanas y yo me yamo Utrera de apeyido, noz ha puesto «Doz Hermanas y Utrera». Ez un chiste de la línea de Cádiz que a mí no me hecho gracia.

PASTORCITA. Ni a mí tampoco.

BELÉN. Pos arguna tiene.

DIONISIO. Es que a Goro Faroles le molesta mucho que otro que no zea é tenga en er pueblo amigas guapas.

PASTORCITA. ¡A mí me choca más ese hombre…! Voy a enseñarle a mamá mi masetita.

BELÉN. Toma: enséñale la mía también.

PASTORCITA. Con permiso.

DIONISIO. Ez usté muy dueña.

Se va Pastorcita por la puerta de la derecha, conteniendo un suspiro, pero no pudiendo contener una mirada.

BELÉN. Siéntese, usté, Dionisio.

DIONISIO. Ahora voy. Usté habrá extrañao que yo no me quite er zombrero.

BELÉN. Hay confiansa.

DIONISIO. Y que esté azí con er pezcuezo engarrotao, como zi en la ziesta hubiera cogío una mala postura. Poz es por esto. *Se descubre, y de dentro del sombrero saca un clavel pomposo, que sacude y sopla antes de entregárselo a Belén.* Ahí tiene usté: pa usté zolita.

BELÉN. ¡Viene usté hecho un puesto! Muchísimas grasias… ¡Qué clavé más hermoso! *Lo huele con deleite.*

DIONISIO. ¿Huele bien?

BELÉN. A petróleo Gá.

DIONISIO. *Consternado, olfateando el forro de su sombrero.* ¿Es de veras?

BELÉN. No, hombre, no; es una broma que yo le he gastao. Como lo ha traío usté en la cabesa… Vamos a haserle sitio. *Duda si ponérselo en el cabello o en el pecho, donde al fin se lo prende con gran coquetería.* Aquí. Aquí está más a gusto.

DIONISIO. No hay que preguntárzelo. ¡Ay!

BELÉN. ¿Qué es eso?

DIONISIO. Un zuspiro que me zube desde las plantas de los pies.

BELÉN. ¡Jesús, qué bajo!

DIONISIO. Y que me zirve pa zacá una converzación. En toa la noche he podío dormí, queriendo recordá aqueya tonaíta que cantó usté ayer tarde a úrtima hora. ¡Como tengo este oído tan inferná! ¿Quié usté recordármela?

BELÉN. No caigo en cuár sea… Pero ¡lo que le gusta a usté er canto!

DIONISIO. ¡Oh! Es mi delirio. Y Dios me ha castigao con estas orejas de cartón. Pero una copla bien cantá por una mujé guapa me enloquece. A vé zi recuerda usté la de ayer tarde…

BELÉN. Vamos a vé… ¿Cómo dise la copla?

DIONISIO. Ezo der suspiro… Zi por ezo he vuerto a caé…

BELÉN. ¡Ah, sí! *Cantando.*

Se me escapó un suspirito…

DIONISIO. ¡Éza, éza es la toná!

BELÉN.

Se me escapó un suspirito…

DIONISIO. Cántemela usté muy despacio, y yo la iré repitiendo con usté, a vé zi la cojo. ¿Quiere usté?

BELÉN. Sí, hombre. ¿Por qué no? Vamos a eyo.

DIONISIO. Ande usté, ande usté. No he pegao loz ojos en toa la noche.

Canta Belén, y Dionisio intenta repetir lo que canta, pero el sonido que le sale es muy otro.

BELÉN.

Se me escapó un suspirito…

DIONISIO.

Ze me escapó un zuspirito…

BELÉN. No, hombre; más mesío er verso. Así:

Se me escapó un suspirito…

DIONISIO. Más mezío:

Ze me escapó un zuspirito…

BELÉN.

Sus… pirito…

DIONISIO.

Zus… pirito…

BELÉN.

Pi… i… rito…

DIONISIO.

Pi… i… rito…

¡Yo ya no pueo mecerlo más!

BELÉN. *Dejándolo por imposible y cantando sola:*

Se me escapó un suspirito;
yo lo mandé pa tu casa,
y ér cogió otro caminito.

DIONISIO. ¡Ole! ¡ole! ¡Mardita zea!… ¡Ezo no lo canto yo hasta que mi hermano entre en quintas!

BELÉN. ¿Qué hermano?

DIONISIO. Uno que mi madre espera pa ortubre.

BELÉN. ¡Ah, ya! Yo desía: ¿qué hermano será ése? Y es que está por nasé.

DIONISIO. ¡Ay, qué doz orejas! ¡Qué castigo! ¡Zon dos torrijas!

BELÉN. No se apure usté, hombre. A to er mundo ha de fartarle argo… En cambio de ese mal oído tiene usté otras prendas que le envidian más de cuatro en er pueblo… Se lo disputan a usté las mositas… Ayé me lo desía por la ventana Manolo Gutiérrez.

DIONISIO. ¿Manolo Gutiérrez?

BELÉN. Sí.

DIONISIO. ¿Por la ventana?

BELÉN. Sí; pasó por la caye, estaba yo asomá… y se entretuvo de palique. Tiene tan buena conversasión…

DIONISIO. *Con la risa del conejo.* ¡Je, je!

BELÉN. ¿De qué se ríe usté?

DIONISIO. De una coza que no me ha hecho gracia.

BELÉN. Y si no le ha hecho a usté grasia, ¿cómo se ríe?

DIONISIO. Ha zío riza nervioza.

BELÉN. ¡Ja, ja, ja! Risa nerviosa…

DIONISIO. ¿Y eza de usté, Belén?

BELÉN. Ésta ha sío risa de la corriente.

DIONISIO. ¿La pretende a usté quizás Manolito? Y usté dispenze la curiozidá.

BELÉN. A mí, no.

DIONISIO. ¿No?

BELÉN. Nunca, nunca. Lo sentiría, porque es un buen amigo, y tendría que darle calabasas roteñas.

DIONISIO. *Riéndose de contento.* ¡Je, je!

BELÉN. ¿Risa nerviosa también, Dionisio?

DIONISIO. No; ahora me río porque me ha hecho gracia.

BELÉN. Y es la pura verdá. Yo no soy de las que entretienen ni consienten a ningún hombre, a consiensia de eyo. Y como pa mí están de más

en Arminares tos menos uno…

DIONISIO. ¡Ay!

BELÉN. ¿Qué?

DIONISIO. Que me ha imprezionao la noticia.

BELÉN. ¿Sí?

DIONISIO. ¡Toz menoz uno! ¿Quién zerá eze uno, Belén? *Belén lo mira sonriéndose*. ¿A quién ze parece por la esparda?

BELÉN. Si viera usté que no lo he mirao más que de frente…

DIONISIO. *Entusiasmado*. ¡Ole! Vamos a dejarnos ya de habilidades y niñerías: vamos a hablarnos claro. Zi pa usté no hay na más que un hombre en er pueblo, pa mí no hay na más que una mocita, que ez usté.

BELÉN. ¿Yo?

DIONISIO. ¡Usté! ¿Hay otra más bonita?

BELÉN. ¡Jesús! Pero ¿usté se ha pensao que yo…? ¡Jesús!

DIONISIO. ¿Jezús?

BELÉN. Pero ¿usté se ha pensao que usté…? ¡Jesús!

DIONISIO. ¿Jezús?

BELÉN. ¡Jesús!

DIONISIO. ¿Cómo?

BELÉN. ¿Usté cree que es el hombre que a mí me gusta?

DIONISIO. ¡Zí!

BELÉN. ¡Jesús, María! ¿Pa casarnos?

DIONISIO. ¡Zí!

BELÉN. ¡Jesús, María y José!

DIONISIO. ¡Que no estoy estornudando, niña!

BELÉN. ¿De manera que se ha hecho usté ilusiones…?

DIONISIO. ¡Claro! ¡Las que usté ha alimentao!

BELÉN. ¡Eso sí que no!

DIONISIO. ¿Que no? ¡Cincuenta veces! ¿Usté ha visto loz ojos que me pone cuando le hago a usté argún regalo?

BELÉN. ¡Los que tengo!

DIONISIO. ¡No, no! Y lo que ez er día que le traje a usté los moyetes, pazó la coza de loz ojos. Porque me dijo usté con la má de armiba, y relamiéndoze un poquito —que zalí de aquí con cuatro o cinco décimas más de las que traía…— me dijo usté…

BELÉN. Le dije a usté que me gustaban mucho: no le dije otra cosa. Los moyetes; no usté. Ahora, si usté se encuentra paresido con un moyete…

DIONISIO. ¡Mi madre!

BELÉN. ¡Es grasioso esto! ¿Conque porque usté me regala moyetes, y yo me los como con café con leche y con manteca, ya vamos a casarnos? ¡Ave María Purísima!

DIONISIO. Belén, yo creí…

BELÉN. Pos ha creío usté una tontera, Dionisio. ¿Cuándo en er mundo se han tomao cuatro dosenas de moyetes como una declarasión amorosa?

DIONISIO. Zí, zí; no ponga usté ya máz ejemplos; yo estoy bien pa regalá moyetes.

DIONISIO. ¿Quié usté dejá, ya los moyetes, que ze me están indigestando? ¡Y que ha habío argo más que moyetes!

BELÉN. Usté de mí no pué desí sino que lo he tratao como un amigo que me era agradable, simpático. Y eso es usté pa mí, Dionisio. Y pa eso está usté que ni pintao: pa un ratito de conversasión; pa comerse unos durses juntos; pa í a una jira ar campo; pa tomarle en misa el agua bendita; pa dá un paseo por la Alameda… Pa to eso está usté bien.

BELÉN. Pa to lo que usté quiera, menos…

DIONISIO. ¿Menos pa qué?

BELÉN. Menos… pa una cosa.

DIONISIO. ¿Pa qué?

BELÉN. ¡Pa dá con usté er serrojaso!

DIONISIO. ¿Er cerrojazo?

BELÉN. Er serrojaso le yamo yo a echá er serrojo de la puerta e la caye, y a quedarme en casa sola con un hombre.

DIONISIO. ¿Le iba yo a dá a usté mieo?

BELÉN. Mieo, no; porque yo soy valiente. Pero es un paso serio. ¡Jesús! No lo hay más serio pa nosotras. ¡Vamos! Si lo pienso y me echo a temblá… ¿Usté lo ha meditao, Dionisio? Póngase usté en mi sitio un momento: desayuna con usté, armosá con usté, comé con usté, dormí con usté, que debe usté de roncá como un fraile…

DIONISIO. ¿Yo?

BELÉN. Tos los que tienen la nariz de esa hechura roncan como trompetas.

DIONISIO. Le diré a usté, niña: yo no me oigo roncá… porque… tengo muy mal oído, como usté zabe; pero ze me figura a mí que no es la hija de un organista la que le debe de poné eze reparito a ningún hombre.

BELÉN. To lo que usté quiera; pero la idea der serrojaso con usté me ha sacao de quisio. ¡Aunque usté se enfade y peleemos! Porque no es tan sólo lo que le he dicho ya; no es tan sólo aguantarlo a usté noche y día, y verlo a usté en carsonsiyos blancos; no es tan sólo eso… ¿Me quié usté desí qué hago yo si yego a casarme con usté y me nase un niño con esa barriga? ¿Qué hago yo?

DIONISIO. ¡Ponerle una faja! ¡Vaya un inconveniente!

BELÉN. No, hijo, no; palique, y masetitas, y bizcotelas… y moyetes… y abanicos… tos los que usté guste; pero pa dá er serrojaso, busque usté a otra. Buenas tardes.

Se va hacia el patinillo.

Pastorcita sale oportunamente por la otra puerta.

PASTORCITA. ¿Adónde vas, Belén?

BELÉN. A beberme un vasito de agua pa pasa un susto que me han dao.

Aléjase riendo.

Dionisio, amoscado, mira alternativamente a la que se va y a la que queda.

PASTORCITA. ¿Quién le ha dao ese susto?

DIONISIO. Tengo que habé zío yo. Eya en cambio me ha dao a mí unas calabazas, que las voy a meté en er baú ziempre que me embarque. Y no me ahogo aunque me vaya a pique.

PASTORCITA. *Complacida.* ¿Conque le ha dao a usté mi hermana calabasas?

DIONISIO. ¿Y usté ze alegra?

PASTORCITA. Oiga usté, no lo siento. Ni usté debe apurarse tampoco. ¿Es que no va usté a encontrá ya quién lo quiera en er pueblo? ¡Si está usté rifao!

DIONISIO. ¿Rifao?

PASTORCITA. Entre las muchachas, rifao.

DIONISIO. Pué zé que lo esté… To er mundo me habla a mí de eza rifa; ¡pero yo no le toco a nadie!

PASTORCITA. Será porque no ha mirao usté bien argunas papeletas.

DIONISIO. Lo que le digo a usté, fuera bromas, es que este trago de zu hermanita me ha abierto a mí loz ojos. Desde hoy cambio de zistema con las mujeres. Na de bizcotelas, ni de abanicos, ni de flores, ni de moyetes, ni de palabritas de caramelo. Na, na. Antes de regalé ziquiera un puñao de chochos y aveyanas, me voy a la que me guste y le pregunto: Niña, ¿usté me quiere?

PASTORCITA. *Aprovechando la ocasión.* ¿Yo?… Sí…

DIONISIO. *Sorprendido.* ¿Eh?

PASTORCITA. La verdá… siempre me ha sío usté muy simpático… muy… muy simpático.

DIONISIO. *Azoradísimo.* Muy… muy… Bueno, pero… pero… No contaba yo con… Era un ejemplo, Pastorcita… *De repente, como encontrando su callejuela.* Pero vamos a vé: ¿usté daría conmigo er cerrojazo, como dice zu hermana?

PASTORCITA. *Extremando la zalamería.* Dionisio… cuando una mujé quiere a un hombre… dá er serrojazo…, es empesá a viví. *Dionisio va a hablar y no puede.* ¿Qué le susede a usté?

DIONISIO. Que ze me ha pegao la lengua ar cielo e la boca. Voy a pedirle a zu hermana de usté un vazito de agua de eza de los zustos.

Se encamina hacia el foro.

PASTORCITA. No creo que sea pa tanto…

DIONISIO. ¿Ah, no?

Pastorcita se sienta y lo mira con coquetería. Él no sabe qué partido tomar. De improviso ella, quemando el último cartucho, sale canturreando.

PASTORCITA.

Se me escapó un suspirito…

DIONISIO. *Tocado en su cuerda sensible.* ¡Mi madre! Pero ¿usté también canta ezo?

PASTORCITA. Ya usté lo ve…

DIONISIO. ¡No zabía una palabra!

PASTORCITA. Toas estas copliyas que canta Belén, de mí las ha aprendío…

DIONISIO. Y ¿cómo no me he enterao yo?

PASTORCITA. Porque yo soy muy reservá… en toas mis cosas…

Vuelve a mirarlo, ahora con peor intención que nunca.

DIONISIO. ¿Me hace usté er favó de repetí ezo der zuspirito?

PASTORCITA. ¡Ya lo creo! ¡Las veses que usté quiera!

DIONISIO. ¡Hasta vé zi lo cojo!

PASTORCITA. Entonses… ¡vamos a tené que viví juntos!

DIONISIO. ¡Je, je! ¡La gracia!

Se ríen los dos. Belén asoma por la puerta del foro, y mirando con satisfacción y picardía a la pareja, dice:

BELÉN. Cambio de vía entre Dos Hermanas y Utrera.

DIONISIO. *Cantando, gozoso.*

Ze me escapó un zuspirito…

PASTORCITA. No. *Cantando ella.*

Se me escapó un suspirito:
yo lo mandé pa tu casa,

y ér cogió otro caminito.

DIONISIO. ¡Ole!

Belén adelanta unos pasos, complacida y risueña.

FIN

Madrid, abril, 1916.

RINCONETE Y CORTADILLO

ADAPTACIÓN ESCÉNICA DE LA FAMOSA NOVELA,
EN DOS CUADROS

Estrenada en el **Teatro Cervantes**, de Sevilla, el 18 de mayo de 1916, en función conmemorativa del tercer centenario de la muerte de **Miguel de Cervantes Saavedra**

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA GANANCIOSA.	JOAQUINA DEL PINO.
LA CARIHARTA.	CARMEN JIMÉNEZ.
LA ESCALANTA.	BLANCA JIMÉNEZ.
LA TÍA PIPOTA.	MARÍA MORERA.
RINCONETE.	CONCHITA RUIZ.
CORTADILLO.	MAGDALENA ABRINES.
MONIPODIO.	LEOVIGILDO RUIZ TATAY.
CHIQUIZNAQUE.	CONSTANTE VIÑAS.
EL REPOLIDO.	FEDERICO GONZÁLVEZ.
MANIFERRO.	JOSÉ GONZÁLEZ MARÍN.
EL SACRISTÁN.	EMILIO MESEJO.
GANCHUELO.	ELISA PÉREZ FE.
TAGARETE.	PEPITA JIMÉNEZ.

Dos Estudiantes, dos Esportilleros, dos Viejos y un Ciego

RINCONETE Y CORTADILLO

CUADRO PRIMERO

En las gradas de la Catedral, en Sevilla. Es una mañana de verano.

Por un lado sale Rinconete y por el otro Cortadillo, pícaros ambos, y, como dice Cervantes, de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Rinconete no pasa de los diecisiete años ni Cortadillo de los quince. Trae cada uno tres espuertas de palma y un costal pequeño. Se saludan con muy graciosas ceremonias.

CORTADILLO. Dios os guarde, Pedro Rincón.

RINCONETE. Y a vos no os deje, Diego Cortado.

CORTADILLO. Bien haya la buenaventura que de la mano nos condujo a esta estrecha amistad. Norabuena nos encontramos la otra mañana en la venta del Molinillo, en los famosos campos de Alcudia, y me dijo vuesa merced con sorna, admirado de mi pelaje y traza: —¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adonde bueno camina?

RINCONETE. A lo cual vuesa merced me respondió, con muy buen donaire: —Mi tierra, señor caballero, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Y en buen hora nos descubrimos nuestros pechos, ya descansamos el uno en el otro, agradecidos a la suerte que no sin misterio nos juntaba.

CORTADILLO. Y en buen hora, en fin, nos contamos nuestra vida y milagros, y nos confesamos nuestra honrada afición de ladrones,

declarándonos que holgaban entre nosotros grandezas y altiveces, ya que no teníamos blanca ni aun zapatos.

RINCONETE. Y entramos adelante por las calles de esta gran Sevilla, donde yo presumo que nos esperan hazañas tales, que se han de escribir en la Historia.

CORTADILLO. Y ¿sabe vuesa merced, señor gentilhombre, que este oficio de mozos de la esportilla, en que nos graduó el asturiano, nos cae a entrambos como anillo al dedo?

RINCONETE. Así es la verdad. Como de molde nos viene. Cortado amigo, por la comodidad que ofrece de entrar en las casas con cubierta y seguridad para poder usar de nuestras aficiones.

CORTADILLO. Y ¿cómo os ha ido a vos en el estreno del nuevo oficio?

RINCONETE. *Enseñándole unas monedas.* Mire vuesa merced.

CORTADILLO. ¿Tres cuartos?

RINCONETE. No es mala paga para ser de un soldado. Llevele a la casa de su señora, repletas, mis tres esportillas de carne, de pescado y de fruta, y el costal de pan; que por estar de ganancia y ser enamorado, hoy les hacía banquete a unas amigas della.

CORTADILLO. ¡Loado sea Dios!

RINCONETE. Y a vos ¿cómo os ha ido con su reverencia el sacristán?

CORTADILLO. Agora lo veredes: de su voluntad me pagó con dos cuartos; y de la mía, con esta bolsilla de ámbar.

RINCONETE. ¡Hinchada está!

CORTADILLO. ¡Y no de viento! Tomadla vos, Rincón por lo que puede suceder.

Entrégasela disimuladamente y el camarada se la guarda lo mismo.

RINCONETE. Bien decís. Oportuno sois y discreto, caballero Cortado, y si no me mienten los ojos, ahí viene a más andar su reverencia, que por fuerza ha echado menos su bolsa, trasudado y turbado de muerte.

Se separan. Rinconete se aleja. Cortadillo hace como que sacude y limpia sus espuertas y su costal.

Llega, en efecto, acongojado además el Sacristán.

SACRISTÁN. ¡Oh, éste es el mozo!… Sí, vos sois. Decidme, hermano.

CORTADILLO. Señor: ¿qué me manda vuesa merced?

SACRISTÁN. ¿Acaso habréis visto una bolsa de ámbar…?

CORTADILLO. *Sin alterarse en nada.* ¿Una bolsa?

SACRISTÁN. Sí; de ámbar…

CORTADILLO. ¿De ámbar?

SACRISTÁN. ¿Con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de a dos, y con cuarenta maravedís en cuartos y en ochavos?

CORTADILLO. ¿Con quince escudos, dice vuesa merced? ¡Buena presa!

SACRISTÁN. Pues me la han hurtado, o la he perdido. ¿Por ventura, no sabéis vos…?

CORTADILLO. Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

SACRISTÁN. ¡Eso es ello, pecador de mí, que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron!

CORTADILLO. Lo mismo digo yo; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal…

SACRISTÁN. *Con grande anhelo.* ¿Qué?

CORTADILLO. Tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman, y podría ser que, con el tiempo, el que se llevó la bolsa se viniese a arrepentir, y se la volviese a vuesa merced sahumada.

SACRISTÁN. ¡Sahumada! ¡sahumada!… El sahumerio le perdonaríamos.

CORTADILLO. Y, a la verdad, no quisiera ser yo el llevador de la bolsa, porque si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, pareceríame a mí que había cometido algún grande incesto o sacrilegio.

SACRISTÁN. Y ¡cómo que ha cometido sacrilegio! Que puesto que no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía que me dió a cobrar un sacerdote amigo mío, y es dinero sagrado y bendito.

CORTADILLO. Con su pan se lo coma el ladrón: no le arriendo yo la ganancia; día de Juicio hay, donde todo saldrá en la colada, y entonces se verá quién fué Callejas, y el atrevido que se atrevió a tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año? Dígame, señor sacristán, por su vida.

SACRISTÁN. *Colérico.* ¡Renta la madre que me parió! ¿Y estoy yo ahora para decir lo que renta? Decidme, hermano, si sabéis algo; si no, quedad con Dios; que yo la quiero hacer pregonar.

CORTADILLO. No me parece mal remedio ése; pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite no parecerá en días del mundo, y esto le doy por hado, como dicen por remate de sus buenaventuras las gitanas.

SACRISTÁN. No hay que temer deso: ya lo habéis oído; que la tengo más en la memoria que el tocar de las campanas; no me erraré en un átomo.

Saca de la faltriquera un pañuelo randado y se limpia el sudor del rostro, de donde le llueve como de alquitara. Cortadillo, apenas lo ve, lo marca por suyo, y principia, a embelesar a nuestro Sacristán con razones y disparates sobre el hurto y hallazgo de la bolsa, mientras sutilmente le quita el pañuelo.

CORTADILLO. Siendo así, puede vuesa merced esperar seguro… Porque si vuesa merced, como le digo, no olvida… En Dios y en mi ánima que yo… Y vuesa merced es discreto y bien se persuade… ¿No hay sino perder una bolsa y no hallarla más, y despedirse della entre suspiros? Ya vendrá el ajustar las cuentas y…

SACRISTÁN. Pero ¿qué me decís, hermano?

CORTADILLO. Digo y repito que ya vendrá el ajustar las cuentas… Días atrás, como es tiempo de cargazón de flota, y hay en el río hasta seis galeras… Pero esto no va al caso… Vuesa merced vuelva esta tarde a este lugar, donde yo volveré, porque traigo entre ojos que un muchacho de mi mismo oficio, y aun de mi misma traza, algo ladroncillo, quizá le haya tomado a vuesa merced la bolsa que tan desazonado lo trae; y siendo así, podéis contalla como entre vuestras uñas.

SACRISTÁN. Algo me consuelan vuestras promesas, hermano. Tened por cierto que a la tarde vendré a buscaros a este sitio, y cuando no hubiere parecido mi bolsa, pecador de mí, yo la haré pregonar, como os he dicho, y acudiré a un alguacil mi pariente, y revolveré Roma con Santiago hasta dar con ella. Y adiós quedad.

CORTADILLO. Él vaya con vuesa merced, señor Sacristán. ¡Y no olvidéis, acaso, el encender una candelica a las Ánimas!

Marchase el Sacristán por donde llegó, preocupado y mohíno. Cortadillo lo ve alejarse, sonriendo maliciosamente.

Vuelve Rinconete, que ha presenciado el lance a discreta distancia.

RINCONETE. Por mi vida, Cortado amigo, que no perdéis el tiempo.

CORTADILLO. Abrigad con este pañuelo la bolsa. *Le da el del Sacristán.* Ya os dije en la venta del Molinillo que mi padre es sastre; que enseñome bien su oficio, y que de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas, y no hay faldriquera tan escondida que mis dedos no la visiten.

Ganchuelo, mozo de la esportilla también, ha salido por donde se fué el Sacristán, y se llega a ellos. Rinconete y Cortadillo, al verlo, suspenden su diálogo y se miran. Ganchuelo les pregunta un tanto cautelosamente:

GANCHUELO. Díganme, señores galanes: ¿voacedes son de mala entrada, o no?

RINCONETE. No entendemos esa razón, señor galán.

GANCHUELO. ¿No la entienden? Pues yo se la daré a entender, y a beber, con una cuchara de plata: quiero decir, señores, si son vuesas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son. Mas díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

RINCONETE. ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán?

GANCHUELO. Si no se paga, a lo menos, regístranse todos los del oficio ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así, les

aconsejo que vengan conmigo a darle la obediencia; o si no, no se atrevan a hurtar sin su señal, que les costará caro.

CORTADILLO. Yo pensé que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga, es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta, que, por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él; y así, puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice; que ya yo tengo barruntos, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso, y además, hábil en el oficio.

GANCHUELO. Y ¡cómo que es calificado, hábil y suficiente! Eslo tanto, que, en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el *finibusterre*, y obra de treinta envesados, y de sesenta y dos en gurapas.

RINCONETE. En verdad, señor, que así entendemos esos nombres como volar. ¿Qué son envesados?

GANCHUELO. Azotados en las espaldas, señor galán.

RINCONETE. Y gurapas, ¿qué son?

GANCHUELO. Gurapas son galeras, donde, por malos de nuestros pecados, pudiéramos ir condenados al remo.

CORTADILLO. ¿Y el *finibusterre,* que yo no lo he oído decir en los días de mi vida?

GANCHUELO. La horca.

Entrambos novatos, instintivamente, se llevan las manos a la garganta.

CORTADILLO. ¡Alabado sea Dios, y qué nombre más sonoro le han puesto!

RINCONETE. ¿Es vuesa merced también, por ventura, ladrón?

GANCHUELO. Sí, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.

CORTADILLO. Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

GANCHUELO. Señor, yo no me meto en teologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada

Monipodio a todos sus ahijados.

RINCONETE. Sin duda debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

GANCHUELO. Es tan santa y buena, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de una lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias a un cuatrero que había murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así las sufrió sin cantar como si fueran nada; y esto atribuimos los del arte a su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo.

RINCONETE. Paso, señor galán. Dígame por su nombre; ¿qué son ansias?

GANCHUELO. Ya sabía yo que habíades de preguntarme por algunos vocablos de los que he dicho. *Ansia* es el tormento: *cuatrero* es ladrón de bestias; *murciar*, hurtar; *roznos*, los asnos, hablando con perdón.

CORTADILLO. ¿Y el *primer desconcierto*?

GANCHUELO. Las primeras vueltas de cordel que da el verdugo.

Las manos de los picaros vuelven a las gargantas, como antes. Rinconete. No está mal decirlo por tan disimulada manera.

GANCHUELO. Prosiguiendo con la orden de Monipodio han de saber voacedes que tenemos más de lo que va dicho. Sepan que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni el día del sábado tenemos conversación con mujer que se llame María.

CORTADILLO. Y ¿con sólo eso que hacen dicen esos señores que su vida es santa y buena?

GANCHUELO. Pues ¿qué tiene de mala? ¿No es peor ser hereje, o renegado, o matar a su padre y madre, o ser solomico?

RINCONETE. *Sodomita* querrá decir vuesa merced.

GANCHUELO. Eso digo.

CORTADILLO. Todo es malo. Pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, comencemos a andar, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

GANCHUELO. Presto se les cumplirá su deseo. Vamos allá a buen paso; que éstas son las horas cuando él suele dar audiencia.

CORTADILLO. Vamos.

RINCONETE. Vamos norabuena.

Echan a andar y desaparecen.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Patio de la casa de Monipodio. Al foro, una pequeña sala; a la izquierda del actor, otra, y la escalera; a la derecha, un arco que conduce a la puerta de la calle. Pegada en la pared de la sala del foro, frente a la puerta, una imagen de Nuestra Señora. Debajo de ella, una esportilla de palma, que sirve de cepillo para la limosna, y junto, encajada en la pared, una jofaina con agua bendita.

En el patio, ladrillado, y tan limpio que parece que vierte carmín de lo más fino, hay, a un lado, un banco de tres pies, y en el otro, un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro. En un rincón, una estera de enea, una escoba y unas tejoletas, y en medio, una maceta de albahaca.

Aparecen en él nuestros dos pícaros y Ganchuelo, su guía.

GANCHUELO. Esta es la casa de nuestro padre y señor, guarda y sostén de los ladrones de Sevilla. Aguarden voacedes, que voy a advertirle de su llegada. *Sube.*

CORTADILLO. *Observando el lugar*. ¿Qué os parece, hermano Rincón?

RINCONETE. Paréceme, Cortado amigo, que la extremada limpieza de este patio dice mucho y bueno de sus moradores.

CORTADILLO. Así es como vos lo decís. Y no menos dice, si miráis allá dentro, esa imagen de Nuestra Señora.

Desde la puerta atisban el interior de la sala del foro.

RINCONETE. ¡Por vida de mi padre que hemos dado en una santa casa!

CORTADILLO. Y ¿cómo santa? ¿Veis, hermano Rincón? ¡Esportilla para la limosna!

RINCONETE. ¡Y almofía con agua bendita!

Éntrase en la sala, picado de la curiosidad. Cortadillo lo espera, al cuidado. Sale en seguida Rinconete.

CORTADILLO. ¿Qué hay en el aposento? ¿Habéis tropezado alguna alhaja?

RINCONETE. Dos espadas de esgrima, dos broqueles de corcho, un arca sin tapa y hasta tres esteras de enea.

CORTADILLO. Pues no hay dudar en que todo lo que aquí se garbea se lo reparten los cofrades como buenos hermanos, ya que en lo descubierto de la casa no vemos cosa que valga seis maravedís.

RINCONETE. Callad, que viene gente, amigo.

CORTADILLO. ¿Qué gente?

RINCONETE. Dos mozos vestidos de estudiantes.

Llegan, en efecto, dos Estudiantes, quienes, después de echar una ojeada curiosa sobre los nuevos, comienzan a pasearse en silencio.

CORTADILLO. ¿Qué estudios cursarán en una tal universidad como ésta?

RINCONETE. Presumo yo que no serán leyes.

CORTADILLO. Bien se echa de ver que es la hora de la audiencia, hermano Rincón. Ahora vienen dos de la esportilla, como nosotros. Y un ciego.

Llegan asimismo los dos Esportilleros y tras ellos el Ciego. Los mozos pasean, como los Estudiantes, y el Ciego se sienta en el banco.

RINCONETE. De los esportilleros no me maravillo, que ya estamos aquí vuesa merced y yo. Pero ¿cuáles pueden ser los servicios del ciego en la cofradía, donde tan buen ojo es menester?

CORTADILLO. Pienso yo deste ciego que tendrá más vista que mi padre.

RINCONETE. Como no sea también que esa falta en él un sentido venga a ser sobra en los otros cuatro.

CORTADILLO. Justicia de Dios sería esa.

RINCONETE. Paso, que todavía acude más gente. Gente grave.

Salen dos Viejos vestidos de bayeta, con anteojos y sendos rosarios en las manos. Tras ellos sale la vieja Pipota, que, sin decir oxte ni moxte, se entra, en la salita del foro, y después de tomar agua bendita se hinca de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora, donde reza con grandísima devoción.

CORTADILLO. ¿Quién serán estos dos venerables viejos?

RINCONETE. Por sus anteojos, bien parecen personas dignas y respetables.

CORTADILLO. Con todo, señores de la Audiencia no han de ser.

RINCONETE. Reparad en los rosarios que traen.

CORTADILLO. Reparad vos ahora en cómo reza aquella vieja que vino tras ellos.

Un momento después, la tía Pipota, mientras la observan los pasmados mozos, besa el suelo tres veces y levanta los ojos y los brazos al cielo otras tantas. Luego echa una limosna en la esportilla, sale al patio con los demás y se acomoda junto al Ciego, en el banco.

RINCONETE. A buen seguro, amigo, que toda esta gente cree que con no faltar a sus devociones se va a ir al cielo calzada y vestida.

CORTADILLO. Si pecan además, no es por la boca, hermano; que son bien reservados y silenciosos.

RINCONETE. ¡Hola! ¡Dos bravos!

Exclama Rinconete, así, advirtiendo de pronto la presencia en el patio de Chiquiznaque y Maniferro, dos bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande jalda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca, sendos pistoletes en lugar de dagas y sus broqueles pendientes de la pretina. No bien llegan miran de través a Rinconete y Cortadillo, como extrañándolos y desconociéndolos.

CORTADILLO. A lo menos, por su traza y talle.

RINCONETE. Pavor ponen con sus bigotes en el ánimo más esforzado.

CORTADILLO. Y ¡cómo nos miran!

CHIQUIZNAQUE. *A su compañero.* ¿Conoces a estos muchachos tú, Maniferro?

MANIFERRO. No recuerdo de haberlo visto nunca.

CHIQUIZNAQUE. *Llegándose resueltamente a ellos.* ¿Voacedes son de la cofradía?

RINCONETE. Sí, por cierto. Y muy servidores de sus mercedes.

PIPOTA. Aquí baja ya nuestro señor Monipodio.

A esta frase de la Pipota, todos cuantos hay en el patio se vuelven hacia la escalera, y miran llegar al jamás como se debe alabado padre de la picardía sevillana. Viene seguido de Ganchuelo. Es hombre como de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso. Viene en camisa, cubierto con una capa de bayeta casi hasta los pies, los cuales, descomunales de anchos y juanetudos, calza con unos zapatos enchancletados. Cúbrenle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos. El sombrero es de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; y trae cruzado por espalda y pecho un tahalí, de donde cuelga una ancha y corta espada. Así que baja, todos los presentes le hacen una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que se limitan a saludarlo a medias con los sombreros.

MONIPODIO. A la paz de Dios, hijos míos.

GANCHUELO. *Presentando a Rincón y a Cortado.* Estos, mi sor Monipodio, son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije arriba: vuesa merced los desamine, y verá cómo son dignos de entrar en nuestra congregación.

MONIPODIO. Eso haré yo de muy buena gana. *Cuantos hay en el patio, quién más, quién menos, atienden al examen de los dos novicios.* Lo primero, hijos míos, que me importa saber es vuestro ejercicio, así como vuestra patria y padres.

Rinconete. El ejercicio, señor Monipodio, parécete que ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced.

Monipodio. Dicho está, decís bien, y aun confirmado por vos ahora.

Rinconete. Tocante a la patria, no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recebir ningún hábito honroso.

Monipodio. Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentada debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas, cosa como ésta: «Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron o le azotaron». Suena muy mal a los oídos. Así, pues, ahora sólo quiero saber los nombres de los dos.

Rinconete. Pedro Rincón me llamo, para servir a vuesa merced.

Monipodio. ¿Y vos, pequeño?

Cortadillo. Diego Cortado.

Monipodio. Pues de aquí adelante quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis *Rinconete*, y vos, Cortado, *Cortadillo*, que son nombres que asientan como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, que ya me diréis luego. Ganchuelo, ven acá: ¿están puestas las postas?

Ganchuelo. Sí, sor Monipodio: tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

Monipodio. Con todo, estate tú a la puerta. *Obedece Ganchuelo.* Ahora, hijos Cortadillo y Rinconete, querría yo saber lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

Rinconete. Yo sé un poquito de floreo de Vilhán: entiéndeseme el retén; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo; éntrome por la boca de lobo como por mi casa, y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado, mejor que dos reales prestados.

MONIPODIO. Principios son; pero todas esas son flores de cantueso viejas, y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa; pero andará el tiempo, y vernos hemos; que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro.

RINCONETE. Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades.

MONIPODIO. Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis?

CORTADILLO. Yo sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

MONIPODIO. ¿Sabéis más?

CORTADILLO. No, por mis grandes pecados.

MONIPODIO. No os aflijáis, hijo: que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

RINCONETE. ¿Cómo nos ha de ir sino muy bien? Ánimo tenemos para acometer cualquier empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

CORTADILLO. Y aun para sufrir media docena de ansias sin decir «esta boca es mía».

MONIPODIO. ¡Alto, no es menester más! Digo que sola esta razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado.

CHIQUIZNAQUE. Yo soy dese mesmo parecer.

MANIFERRO. Y yo con Chiquiznaque.

Todos los demás manifiestan asimismo su asentimiento y simpatía hacia los mozos, en frases y palabras por este estilo:

«¡Sí lo merecen, a fe mía!». «¡Buen ánimo el de los mancebos!». «¡Buena gracia tienen!». «¡Bien ha hecho el señor Monipodio!».

Terminado el largo murmullo, Monipodio pregunta:

MONIPODIO. ¿Sabéis leer, hijos?

RINCONETE. Yo, sí.

CORTADILLO. Yo, también.

MONIPODIO. Yo, no. En eso me lleváis ventaja. *Saca de la capilla de su capa un libro de memoria.* Pues vos, Rinconete, que sois el mayor, quiero que ahora leáis en este libro, porque así comencéis a conocer bien nuestra ocupación y procedimientos.

Rinconete toma el libro para leer y atienden todos, singularmente Cortadillo, cuyos gestos son como un picante comentario de la lectura.

RINCONETE. *Leyendo.* «Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana. La primera, de catorce puntos, al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos. Están recebidos treinta a buena cuenta. Secutor, Chiquiznaque».

MONIPODIO. ¿Qué pasa en eso, Chiquiznaque?

CHIQUIZNAQUE. Pues lo que en eso pasa es que yo aguardé anoche al mercader a la puerta de su casa misma y él vino antes de la oración; llegueme cerca dél, marquele el rostro con la vista, y vi que lo tenía tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada a un lacayo suyo, que a buen seguro que la pueden poner por mayor de marca.

MONIPODIO. No sé yo cómo parecerá el trueco de las caras al caballero que nos dejó en señal los treinta escudos pues su malquerencia no debe de ser con el lacayo, sino con el amo. Pero ya traeremos a nuestra cuenta, para convencelle, aquel refrán que dice: «Quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can». Y sigamos ahora. Leed, Rinconete donde pone: «Memoria de palos».

RINCONETE. «Memoria de palos».

MONIPODIO. Ahí.

RINCONETE. «Al bodegonero de la Alfalfa, doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término, seis días. Secutor, Maniferro».

MANIFERRO. Bien podía borrarse esa partida, porque esta noche traeré finiquito della.

MONIPODIO. ¿Hay más, hijo?

Rinconete. Sí, otra que dice así: «Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía, a pedimiento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado».

Monipodio. Maravillado estoy cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. ¿Hay más, mocito?

Rinconete. No, señor.

Monipodio. Pues pasad adelante y mirad donde dice: «Memorial de agravios comunes».

Rinconete. «Memorial de agravios comunes, conviene a saber: redomazos, untos de miera, clavazón de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos, etcétera».

Monipodio. ¿Qué dice más abajo?

Rinconete. Dice… «Unto de miera en la casa de…».

Monipodio. No se lea la casa; que yo sé dónde es, y yo soy el secutor de esa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

Rinconete. Así es la verdad; que todo eso está aquí escrito; y aún más abajo dice: «Clavazón de cuernos».

Monipodio. Tampoco se lea la casa, ni adonde: que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público que es gran cargo de conciencia.

Rinconete. El secutor desto es el Narigueta.

Monipodio. Ya está eso hecho y pagado. Dadme el libro, mancebo; que yo sé que no hay más, y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras de este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer más de lo que quisiéremos; que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza; cuanto más que cada uno en su causa suele ser valiente y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus ruanos.

En esto vuelve apresurado Ganchuelo y dice:

GANCHUELO. El alguacil de los vagabundos viene encaminado a esta casa; pero no trae consigo gurullada.

Movimiento general; sobresalto.

MONIPODIO. Nadie se alborote; que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiégúense, que yo le saldré a hablar.

Cálmanse todos, y Monipodio vase a la puerta. Rinconete, que es de suyo curioso, le interroga entonces a Ganchuelo.

RINCONETE. Decidme vos, hermano, que no se me cuece el pan hasta enterarme dello: ¿de qué sirven en la cofradía esos dos personajes de los rosarios, tan canos, tan graves y apersonados?

GANCHUELO. Ésos, entre nosotros, se llaman *avispones*, porque se pasan el día por toda la ciudad avispando en qué casas se puede dar tiento de noche, y siguiendo a los que sacan dinero de la Contratación o de la Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevan, y aun dónde lo ponen.

RINCONETE. ¡Bravo ejercicio!

CORTADILLO. Gente será esa de mucho provecho para la hermandad.

GANCHUELO. Tanto, que de lo que se hurta por su industria llevan el quinto, como Su Majestad de los tesoros. Y son hombres de mucha verdad, y muy honrados, y de muy buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, y oyen misa todos los días con gran devoción.

RINCONETE. Eso ya he visto, hermano; que está muy en la orden de la cofradía tener a Dios contento.

Torna Monipodio, y con toda su autoridad y entereza pregunta:

MONIPODIO. ¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

GANCHUELO. A mí.

MONIPODIO. Pues ¿cómo no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos?

Rinconete y Cortadillo cambian una mirada llena de malicia.

GANCHUELO. Verdad es que faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

Monipodio. ¡No hay levas conmigo! ¡La bolsa ha de parecer porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año!

Ganchuelo. Yo le juro a vuesa merced, sor Monipodio…

Monipodio. *Encolerizándose.* ¡Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida! Manifiéstese la cica; y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca y pondré lo demás de mi casa, porque de todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Ganchuelo. ¡Por vida de mi padre…!

Monipodio. ¡Ni padre ni madre! ¡La bolsa! ¡Que soy hombre yo que se sabe llegar a otro hombre y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quién ni por dónde o cómo le vino! ¡Voto va!

Alborótase toda la junta, viendo que se van a romper sus estatutos y buenas ordenanzas. Rinconete entonces, después de aconsejarse con Cortadillo, saca la bolsa del Sacristán, asombrando a todos, y dice:

Rinconete. Cese toda cuestión, mis señores; que ésta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura.

Cortadillo. Este es el pañizuelo que dice Rinconete. *Lo muestra.*

El concurso entero aprueba la hidalguía de los dos muchachos.

Monipodio. Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y a mi cuenta se quede la satisfacción deste servicio; y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: «No es mucho que a quien te da la gallina entera tú des una pierna della». Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. *Encaminase de nuevo hacia la puerta de la calle llevándose la bolsa para el alguacil, y antes de desaparecer dice a los dos bravos.* Hijos Chiquiznaque y Maniferro, aquí tenéis vuestro contento y regalo.

Chiquiznaque. ¡Gananciosa!

MANIFERRO. ¡Escalanta!

Salen la Escalanta y la Ganančiosa efectivamente, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza.

GANANCIOSA. *Dirigiéndose con regocijo a Chiquiznaque.*

Por un sevillano rufo a lo valón…

CHIQUIZNAQUE. *Recibiéndola en sus brazos.*

Tengo socarrado todo el corazón.

ESCALANTA. *Dirigiéndose a su vez a Maniferro.*

Por un morenico de color verde…

MANIFERRO. *Abrazándola asimismo.*

¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

RINCONETE. *A Cortadillo.* En verdad, hermano, que sólo faltaban en la casa estas dos princesas.

CORTADILLO. Sí, por cierto. Y observad con cuánto regocijo han sido recebidas por los dos bravos.

CHIQUIZNAQUE. Digo, amigas, que presumo que algo nos traeréis con que mojar la canal maestra.

GANANCIOSA. Pues ¿había de faltar, diestro mío? No tardará mucho en venir Silbatillo tu trainel, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

ESCALANTA. ¡Para todos habrá!

UN VIEJO. Dime, Ganančiosa: por ventura ¿vienen en ella de aquellas sabrosas tajadas de bacallao frito…?

GANANCIOSA. Y ¿cómo si vienen? ¡Hasta una cazuela viene dellas! ¡Y rábanos, y limones y naranjas, y más de medio queso de Flandes, y una olla de aceitunas, y camarones, y cangrejos, con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimientos, y tres hogazas de Gandul!

Monipodio, que ha vuelto a tiempo de escuchar esta lista, prorrumpe en un viva de entusiasmo.

MONIPODIO. ¡Viva la Gananciosa!

TODOS. ¡Viva! ¡Viva!

UN VIEJO. *Al otro.* Se me hace ya la boca agua, hermano.

Gran alegría y revuelo. En los diversos grupos se comenta el anuncio de la pitanza.

PIPOTA. Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos días ha, que me trae loca; y más, que antes que sea mediodía tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de San Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron a mi casa una canasta de colar, pero no con bacallao y aceitunas, como la de la Gananciosa, sino llena de ropa blanca Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podían dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba. No desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre a todos de poder de Justicia, que no he tocado la canasta y que se está tan entera como cuando nació.

MONIPODIO. Todo se le cree, señora madre, y estese así la canasta, que yo iré allá a boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré a cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

PIPOTA. Sea como vos lo ordenáredes, hijo; y porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino.

ESCALANTA. Y ¡qué tal lo beberéis, madre mía! Yo os lo voy a dar de la bota que trujo ayer la Cariharta.

Éntrase en la sala de la izquierda, y sale al punto con una bota de vino y un corcho, en el que muy bien puede caber hasta un azumbre.

PIPOTA. Así me haga bien como el estómago me lo pide y tu generosa voluntad me lo ofrece.

ESCALANTA. Tome, madre Pipota.

PIPOTA. Mucho echaste, hija Escalanta; pero Dios dará fuerzas para todo. *Sopla la espuma y lo trasiega de un tirón del corcho al estómago.* De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado; sino que temo que me ha de hacer mal porque no me he desayunado.

MONIPODIO. No hará, madre, porque es trasañejo.

PIPOTA. Así lo espero yo en la Virgen. Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción, porque con la priesa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela.

GANANCIOSA. Yo sí tengo, señora Pipota; tome: ahí le doy dos cuartos; del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor San Miguel; y si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas, que son mis abogados. Quisiera que pusiese otra a la señora Santa Lucía, que, por lo de los ojos, también le tengo devoción, pero no tengo trocadoras otro día habrá donde se cumpla con todas.

PIPOTA. Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable; que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

ESCALANTA. Bien dice la madre Pipota. Y ahí le entrego yo un cuarto para que le ponga una candelica por mí al santo que le parezca más aprovechado y agradecido.

PIPOTA. Se la llevaré a nuestro Cristo del Perdón, por si acaso nos hiciere falta su indulgencia. *Rien las mozas.* Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez, y lloraréis en ella los ratos que perdistes en la mocedad, como yo los lloro… *Dando un gran suspiro.* ¡Ay! Y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque Él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de Justicia.

MONIPODIO. Amén, madre Pipota.

Vase ésta a la calle. Desde dentro se la oye decir:

PIPOTA. ¡Hija! ¡Cariharta! ¿Qué traes?

GANANCIOSA. ¿La Cariharta?

MONIPODIO. *Asomándose a verla.* Sí, la misma; Juliana es.

ESCALANTA. Desgreñada viene y llorosa.

ESTUDIANTE I.º. Alguna bellaquería del Repolido.

Sale en esto sollozando la Cariharta, moza del jaez de las otras y del mismo oficio. Viene descabellada y la cara llena de cardenales.

CARIHARTA. ¡Justicia, señor Monipodio! ¡Justicia! *Cae desmayada.*

La Escalanta y la Gananciosa acuden a ella. Luego desabróchenle el pecho y le rocían el rostro con agua.

ESCALANTA. ¡Niña!

GANANCIOSA. ¡Juliana!

MONIPODIO. ¡Se ha privado!

ESCALANTA. ¡Tú, Ganchudo, agua del cantarillo!

ESTUDIANTE I.º. ¡Desabrochadle el pecho!

MONIPODIO. ¡Dadle aire en el rostro!

GANANCIOSA. ¡Santa Lucía! ¡Si está como magullada!

ESCALANTA. ¡Niña! ¡Cariharta!

MONIPODIO. ¡Juliana! ¡Hija!

GANANCIOSA. Ya vuelve.

CARIHARTA. *Recobrándose y exhalando lastimeros gritos.* ¡La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro que he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas!

ESTUDIANTE I.º. ¿Qué dije?

CARIHARTA. ¡Desdichada de mí! ¡Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso e incorregible!

GANANCIOSA. Sosiégate, hermana.

MONIPODIO. Sosiégate, Cariharta; que aquí estoy yo que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio; y si quieres venganza, no has menester más que boquear.

CARIHARTA. ¡Ved de qué manera me ha parado aquel ingrato de Repolido, aquel león con las ovejas y cordero con los hombres, debiéndome más que a la madre que le parió! *Muestra los cardenales que trae.* ¡Ved cómo me ha parado! ¡Buenos testigos son estos cardenales que miráis! Y ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¡Montas que le di yo ocasión para ello! No, por cierto; no lo hizo más sino porque, estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinticuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado ruego yo a los cielos que vayan en descuento de mis pecados; y en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podía tener, esta mañana me sacó al campo, detrás de la güerta del Rey, y allí, entre unos olivares, me desnudó, y con la pretina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta. ¡Justicia, señor Monipodio! ¡Justicia, Chiquiznaque! ¡Justicia quiero!

MONIPODIO. ¡Justicia se hará, o no quedará de mí pedazo!

CHIQUIZNAQUE. ¡Ni de Chiquiznaque tampoco, voto va a Dios!

Movimiento y rumor de indignación. Óyense palabras tales como:

«¡Cobarde!». «¡Desalmado!». «¡Mal hombre!». «¡La horca merece!».

GANANCIOSA. *Tomándole una mano a su atribulada compañera.* Y ahora quiero yo, hermana Cariharta, decirte por vía de consuelo una cosa.

CARIHARTA. Dime, hermana.

GANANCIOSA. Que diera yo de muy buena gana una de mis mejores preseas por que me hubiera pasado otro tanto con Chiquiznaque, aquí presente.

Ríen todos. Chiquiznaque se pavonea.

CARIHARTA. Eso dices porque no te ha pasado.

GANANCIOSA. No, sino porque sé muy bien, hermana, que a lo que se quiere bien se castiga; y cuando estos bellacones nos dan, y azotan, y acocean, entonces nos adoran, si no, confiésame una verdad, por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia?

CARIHARTA. ¿Cómo una? Cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano por que me fuera con él a su posada; y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

GANANCIOSA. No hay dudar en eso; y lloraría de pena de ver cuál te había puesto; que estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento; y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes que de aquí nos vamos, y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

MONIPODIO. En verdad que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado de ponerlas en el rostro de la Cariharta, ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa, que está delante, que no lo puedo más encarecer?

CARIHARTA. ¡Ay! No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito; que con cual malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que, en su abono, me ha dicho mi amiga la Gananciosa… y en verdad que estoy por ir a buscarle.

GANANCIOSA. Eso es harina de otro costal, y no lo harás tú por mi consejo; porque se extenderá y ensanchará y harás tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana; que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho; y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas, que le amargue.

CARIHARTA. ¡Eso sí; que tengo mil cosas que escribirle!

MONIPODIO. Yo seré el secretario cuando sea menester; y aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer dos millares de coplas en daca las pajas; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta… *Cortan la palabra de Monipodio dos*

fuertes golpes dados en la puerta de la calle. Todos se ponen en cuidado. ¿Eh? *Repítense los golpes.* Nadie se turbe ni desasosiegue. *Éntrase en la sala del fondo, descuelga un broquel de los que en ella hay, y espada en mano, en medio del general silencio, encamínase a la puerta, y con voz hueca y espantosa, pregunta:* ¿Quién llama? ¿Quién llama?

El Repolido contesta desde dentro.

REPOLIDO. ¡Abra voacé, sor Monipodio: que el Repolido soy!

GANANCIOSA. ¿Qué te dije, hermana Cariharta?

CARIHARTA. *A grandes voces.* ¡No le abra vuesa merced señor Monipodio; no le abra a ese marinero de Tarpeya, a ese tigre de Ocaña!

Con todo, Monipodio le abre la puerta al Repolido, quien aparece en el patio, ansioso de ver a su víctima, la cual, huyéndole, se encierra en la sala del fondo, desde donde continúa elevando sus voces al cielo. Monipodio vuelve tras el Repolido.

REPOLIDO. ¡No haya más, enojada mía!

CARIHARTA. ¡Quítenme de delante a ese gesto de por demás, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas!

REPOLIDO. ¡No haya más, enojada mía; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada!

CARIHARTA. ¿Casada yo, malino? ¡Mira en qué tecla toca! ¡Ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo serla yo con una sentencia de muerte que contigo!

REPOLIDO. ¡Ea, boba, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido; porque vive el Dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída! Humíllese, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo.

CARIHARTA. Y aun de cenar le daría yo por que te llevase donde nunca más mis ojos te viesen.

REPOLIDO. ¿No os digo yo? ¡Por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo a doce, aunque nunca se venda!

MONIPODIO. *Siempre paternal.* En mi presencia no ha de haber demasías: Ja Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío, y todo se

hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah, Juliana! ¡Ah, niña! ¡Ah, Cariharta mía! Sal acá fuera, por mi amor; que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

ESCALANTA. Como él eso haga, todas seremos en su favor y en rogar a Juliana salga acá fuera.

REPOLIDO. Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona, no me rendiré a un ejérsito formado de esguizaros; mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas; pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio. *Chiquiznaque y Maniferro se ríen, encolerizando al Repolido, que continúa así.* Cualquiera que se riere, o pensare reír, de lo que la Cariharta contra mí, o yo contra ella, hemos dicho o dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

Chiquiznaque y Maniferro míranse de muy mal garbo y talle, y luego miran asimismo al Repolido. Monipodio lo advierte, y media entre ellos para evitar mayores males.

MONIPODIO. No pase más adelante, caballeros, cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

CHIQUIZNAQUE. Bien seguros estamos que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supieran bien tañer.

REPOLIDO. También tenemos acá pandero, sor Chiquiznaque, y también, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles; y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame; que, con un palmo de espada menos, hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Vase hacia la puerta de la calle; pero la Cariharta, que lo ha estado oyendo con el alma en la boca, sale aprisa de donde está encerrada, y le impide el paso.

CARIHARTA. ¡Ténganle, no se vaya; que hará de las suyas! *Asiéndole fuertemente de la capa.* ¡Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos!

MONIPODIO. Vuelve acá, Repolido, que te lo suplica la Cariharta; y no haya más.

Chiquiznaque y Maniferro aguardan la resolución del otro bravo.

REPOLIDO. *Cediendo al ruego de la Cariharta y de Monipodio.* Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos, y más cuando ven que se enojan los amigos.

MANIFERRO. No hay aquí amigo que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

MONIPODIO. Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos.

CHIQUIZNAQUE. No hay reñir entre amigos.

REPOLIDO. Somos amigos.

MANIFERRO. Somos amigos.

Con estas palabras se dan las manos. La Gananciosa rompe a cantar con alegría una tonada de seguidillas, como deseosa de sellar con fiesta aquellas paces.

GANANCIOSA.

Rufo a lo valón…
Por un sevillano rufo a lo valón…
tengo socarrado todo el corazón…

VARIOS. ¡Viva! ¡viva!

MONIPODIO. ¡Acabe la cuestión en coplas!

VARIOS. ¡Viva! ¡viva!

ESTUDIANTE I.º. ¡Daca la escoba!

MONIPODIO. ¡Daca esas tejoletas!

El estudiante 1.º usa la escoba a modo de guitarra, llevando el son del canto con ella, y Monipodio lleva el contrapunto repicando con gran ligereza las tejoletas puestas entre sus dedos.

VARIOS. ¡Ea! ¡ea!

GANANCIOSA.

Por un morenico de color verde
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

VARIOS. ¡Viva! ¡viva!

GANANCIOSA.

Riñen los amantes: hácese la paz;
si el enojo es grande, es el gusto más.

A esta sazón, llaman otra vez a la puerta, suspendiendo a todos.

MONIPODIO. ¡Silencio! ¡Con gran priesa llaman a la puerta!

GANANCIOSA. Silbatillo será, con la canasta del almuerzo.

MONIPODIO. *Preguntando, desde el palio.* ¿Quién es?

TAGARETE. *Dentro.* ¡Tagarete soy, centinela desta mañana! ¡Abra vuesa merced!

MONIPODIO. Abre, Ganchuelo. ¿Qué podrá ser ahora?

Obedece éste, y vuelve con Tagarete en seguida, el cual es esperado con ansiedad por la concurrencia.

TAGARETE. *Agitado.* ¡Señor Monipodio, al cabo de la calle ha asomado el Alcalde de la Justicia, y delante dél vienen el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales! *Vase de estampía.*

Confusión, alboroto, espanto, votos e interjecciones; huida; dispersión.

CHIQUIZNAQUE. ¡Voto va!

GANANCIOSA. ¡Válganos la Virgen!

CIEGO. ¡Válganos el diantre!

MANIFERRO. ¡Mala peste en ellos!

MONIPODIO. ¡Nos ha soplado algún canuto!

REPOLIDO. ¡Yo les marcaré la cara a esos neutrales!

ESPORTILLERO. ¡Aún con buenos pies escapamos!

UN VIEJO. ¡A nuestro escondite, compañero!

ESCALANTA. ¡Salgamos por el corralillo al mesón!

MONIPODIO. ¡Dios sobre todo!

Cariharta. ¡A la azotea!

Estudiante I.º. ¡Al tejado!

Monipodio. ¡Por vida del Alcalde y de su corchetada!

Los Esportilleros y el Estudiante 2.º huyen por la puerta de la calle; los dos Viejos, por la del fondo; el Ciego, la Gananciosa, la Escalanta y sus bravos, por la de la izquierda; y por la escalera, el Estudiante 1.º, la Cariharta, el Repolido y Monipodio, renegando de la madre que lo parió.

Quédanse solos Rinconete y Cortadillo, los cuales se han estado quedos durante la borrasca, confusos y azorados sin saber qué hacerse, esperando ver en qué paraba todo.

Rinconete. Ahora me explico bien, hermano Cortado, los rezos de la vieja Pipota, y las candelicas y el agua bendita, y la estampa de Nuestra Señora… ¡Todo es poco en esta santa casa!

Cortadillo. Y aún más que hubiera. Pero escapemos nosotros también, no paguemos culpas que no son nuestras.

Rinconete. ¿Por dónde?

Cortadillo. Por donde nuestro padre Monipodio, que tiene de ser lo mejor. ¿Quién llega?

Rinconete. El mozo que anunció el peligro.

Vuelve Tagarete, y al pie de la escalera grita:

Tagarete. ¡Señor Monipodio, el Alcalde y su gente se han pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna! ¡Estense tranquilos! *Vase corriendo, como antes.*

Rinconete. Nuestra es la suerte, hermano. No haya que temer azotes ni ansias tan de pronto.

Cortadillo. Sea en buen hora.

Rinconete. Pero, por lo que he visto ya, me hago promesa, y aun quiero que os la hagáis vos también, de no durar mucho en esta vida, tan perdida y tan mala.

Cortadillo. Sea como fuere, Rinconete y Cortadillo, hermano, serán famosos en el mundo. *Abraza a Rinconete y luego se dirige al público.*

Los dos picaros que un día
en una venta se unieron,
y estrecha amistad hicieron
camino de Andalucía,
hanse trocado, a fe mía,
en caballeros andantes,
que, gozosos y arrogantes,
corren el mundo y la historia,
ganando, a su paso, gloria
para Miguel de Cervantes.

FIN

MARIANELA

ADAPTACIÓN ESCÉNICA EN TRES ACTOS DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO DE PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el **Teatro de la Princesa** el 18 de octubre de 1916

Al glorioso creador de
MARIANELA
ofrenda de admiración
y cariño.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Marianela.	Margarita Xirgu.
Florentina.	Josefina Santaularia.
Sofía.	Rafaela Satorres.
Señana.	Pascuala Mesa.
La Mariuca.	María de las Rivas.
La Pepina.	Vita Giral.
Teodoro Golfín.	Francisco Fuentes.
Pablo.	José Rivero.
Celipín.	Amparo Álvarez,
Don Francisco Penáguilas.	Pedro Cabré.
Carlos Golfín.	Federico Górriz.
Don Manuel Penáguilas.	Francisco Barraycoa.
Sinforoso Centeno.	José Lucio.
Tanasio.	Ramón Puga.

MARIANELA

ACTO PRIMERO

Huerta de la casa de don Francisco Penáguilas en Aldeacorba, cerca de las minas de Socartes, al norte de España. A la izquierda del actor, la puerta de entrada. Al foro, limitando el paraje, una tapia casi cubierta de madreselvas. Inmediata a ella, una fuente grande. A la derecha se supone la casa-habitación, con la que la huerta comunica. Allá, en el fondo, en la lejanía, los campos verdes, las montañas azules. —Sillas y bancos rústicos. —Es por la tarde, en el mes de septiembre.

La escena está sola. Transcurridos unos instantes tranquea la puerta Teodoro Golfín. Es un hombre de mediana edad, de complexión recia, basto de facciones y de mirar osado y vivo. Trae su bastón al hombro y el sombrero en la punta.

TEODORO. Adentro, que está la puerta abierta. *Alzando la voz.* ¡Ah de la casa! *Mirando a la derecha.* ¡Quieto, *Choto;* quieto! ¿No me conoces todavía? ¡Buenas tardes, Pablo! *Pablo responde desde dentro.*

PABLO. ¡Oh! ¡Buenas tardes, señor don Teodoro! Voy allá. Déjame, *Choto*. Anda, vete a buscar a la Nela.

TEODORO. *Contemplando a Pablo mientras se aproxima.* ¡Lástima de muchacho! Belleza varonil, privilegiada inteligencia, suprema sensibilidad… ¡y ciego! La luz que les falta a sus ojos parece como que aviva más y

enciende la de su alma. ¡Qué trágicas imperfecciones nos muestra a cada paso la vida!

Sale Pablo por la derecha. Es un mozo de veinte años, suave, derecho; de cuerpo sólido y airoso; de noble y serena hermosura; con la cabeza inmóvil, y los ojos clavados y fijos en sus órbitas. Se apoya en un palo.

PABLO. ¡Cuánto bueno por esta casa, señor doctor!

TEODORO. Ya le dije a usted la otra noche que íbamos a ser muy amigos.

PABLO. A gran honra lo tengo. *Se estrechan las manos.* Teodoro. He salido del establecimiento minero con mi hermano y con mi cuñada, y a los cuatro pasos ya se han sentado a descansar a la sombra de un roble. ¡Perezosos! Ahora vendrán. Allí los he dejado. Yo tenía prisa por estirar las piernas, y aquí me tiene usted.

PABLO. ¿Va usted a pasar allá dentro, o llamo a mi padre?

TEODORO. ¿Qué hace por allá dentro el patriarca de Aldeacorba?

PABLO. Trajinar, como siempre. Cuando no en la huerta en el pajar, en el gallinero, en el establo, en el corralillo… sabe estarse quieto.

TEODORO. Pues déjelo usted en sus afanes. Debe respetarse el trabajo de todo el mundo. Charlemos nosotros, que nada mejor tenemos que hacer por ahora.

PABLO. Siéntese usted, señor don Teodoro.

TEODORO. Ahora me sentaré, amiguito. Me agrada curiosear por la huerta. ¡Primorosa la tiene el patriarca! Como a nieta la cuida.

PABLO. Eso dice todo el que la ve.

TEODORO. ¿Por qué le llaman a su padre de usted el patriarca? Aunque me lo figuro.

PABLO. Por lo que usted piensa: porque es muy afable y muy generoso, y no hay cuestión entre estas gentes en que él no tercie para arreglarla de buena manera. Es el propietario más respetado del país. De ahí el sobrenombre.

TEODORO. ¿Nació en esta casa, verdad?

PABLO. Sí, por cierto. Y a su vuelta de América, adonde fué de joven, cuando tuvo dineros, la remozó y la alegró como usted puede verla. Esta casa infanzona y dos o tres más son todo lo que queda del lugar de Aldeacorba de Suso. Lo demás ha sido expropiado por los explotadores de las minas, en diversos años, para beneficiar el terreno. Todo debajo de nosotros es calamina. Nuestros abuelos vivían sobre miles de millones sin sospecharlo. Y usted, ¿se aburre demasiado en Socartes?

TEODORO. Yo no me aburro nunca, amigo mío. Sé admirar; y el hombre que sabe admirar no se aburre. Por dondequiera encuentro maravillas que me hablan de Dios y de su grandeza. Además, si en Socartes no llevo aún ni seis días, ¿cómo quiere usted…?

PABLO. Eso sí.

TEODORO. Anteayer recorrí otra vez con mi hermano casi todo el trayecto que anduve, guiado por usted, la noche que vine.

PABLO. ¿A la Terrible ha vuelto usted?

TEODORO. Deseaba verla también de día. Y no sé cuándo me ha estremecido más. Es imposible que usted pueda imaginarse, sin verla, lo que es una mina agotada. Bien le cuadra el nombre: ¡la Terrible! Aquellos fantasmas de piedra, informes y espantosos, se me figuran una orgía de demonios petrificados. También estuve en la Trascava.

PABLO. ¡Ah!, ¡la Trascava! ¡Tremendo agujero! La Nela y yo, en nuestros paseos, nos sentamos a su borde muy a menudo. La Nela dice y jura que oye palabras; que las distingue claramente… Yo, la verdad, no escucho sino un murmullo interminable, extrañó; triste o alegre, creo que según el ánimo que llevo.

TEODORO. Es claro. Ni con la Terrible ni con la Trascava hago yo buenas migas, no obstante mi curiosidad.

PABLO. ¿Y ha recorrido usted, como aquella noche, algunas galerías subterráneas?

TEODORO. Todo, todo. Y eso que tampoco he nacido yo para respirar bajo tierra. Prefiero la Terrible, y aun la Trascava misma. Siquiera vemos el cielo encima de nosotros.

PABLO. Usted, sí. Pero yo, si no fuera porque a veces el aire es escaso y la humedad grande, quizás preferiría a todos los demás esos lugares subterráneos. Como vivo en perpetuas tinieblas, hallo allí cierta compenetración de la tierra con mi propio ser. Paseo por aquellos túneles tenebrosos como usted por las más alegres campiñas.

TEODORO. *Observando con atención e interés los ojos del joven.* Una vez más me hace usted fijarme en su desgracia. ¿Lo han reconocido a usted ya algunos médicos?

PABLO. Sí, señor. Y no tengo esperanza. Es de nacimiento mi mal. No tengo esperanza.

TEODORO. ¡Quién sabe!, ¡quién sabe, amigo mío!…

PABLO. No… Y bien comprendo, señor don Teodoro, que la parte más maravillosa del universo es esa que me está vedada.

TEODORO. ¡Quién sabe! A quererlo Dios… Pablo. No tengo esperanza.

TEODORO. Su misericordia es infinita.

Silencio. El doctor observa aún las pupilas del ciego. Lejos, hacia el fondo, se oye después cantar a Marianela.

PABLO. ¿Oye usted, don Teodoro?

TEODORO. Sí. ¿Quién canta?

PABLO. La Nela.

TEODORO. Es verdad. Ya la oí también la otra noche. ¿No se acuerda usted?

PABLO. Más bien creí que usted no se acordase.

TEODORO. ¿Cómo no? Me interesó mucho esa muñeca. ¡Buen lazarillo tiene usted!

PABLO. El mejor de todos. Óigala, doctor. ¡Qué ajena está ella a que la escuchamos! ¡Qué voz tan bonita! Óigala usted… *Los dos prestan oído a la canción unos instantes.*

TEODORO. Me gusta mucho la música popular de estas tierras del Norte. No se me olvida una tarde, allá en América que escuché a un mozo segador una canción parecida a ésa… tan acariciadora, tan suave… y me hizo llorar. *Cesa el canto.*

Pablo grita, llamando a Marianela.

PABLO. ¡Nela!… ¡Nela!… ¡Ven por la huerta, que aquí te espero! *Al doctor*. Y mientras viene, con permiso de usted don Teodoro, yo le voy a avisar a mi padre.

TEODORO. Yo iré donde él esté, si no…

PABLO. No, señor, no; mejor es esto. ¿Quién me dice que no anda por allá en mangas de camisa, hecho una facha?

TEODORO. Si es por eso sólo, voy yo a buscarlo en mangas de camisa también.

PABLO. *Riendo.* ¡Sí que estaría chusco! ¡Qué buen humor tiene usted siempre! *Se va por la derecha.*

Golfín saca un cigarro de su petaca, y fuma. Llega poco después Marianela. Es una niña que parece mujer, o es una mujer que parece niña. Su cabeza menuda, de cabellos sueltos y cortos, rizados con nativa elegancia, remata con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Su nariz es picudilla y no falta de gracia; negros y vividores los ojos, donde brilla comúnmente una luz de tristeza; la boca, chiquita, sonríe de continuo con aire melancólico. Viste una falda sencilla y no muy larga, y rae descalzos los ágiles y pequeños pies, familiarizados con las piedras y con los abrojos. Todo en su persona revela abandono y pobreza. Tiñe su tez y ropas como un leve y rojizo matiz, no sólo debido al sol y al aire, sino también al polvillo de la calamina. Habla siempre con humildad y modestia.

MARIANELA. Buenas tardes, señor Golfín.

TEODORO. Ven con Dios, Nela.

MARIANELA. ¿Y Pablo?

TEODORO. No sé. He sido yo quien te ha llamado.

MARIANELA. ¿Usted?… Pues mi amito le ha prestado su voz, entonces.

TEODORO. ¿La conoces bien?

MARIANELA. No la confundo con ninguna. No hay otra que mejor me suene.

TEODORO. Pues espérate, que ahora saldrá él. No he vuelto a hablar contigo, desde aquella noche en que me serviste de guía.

Marianela. No, por cierto. Ayer, yendo yo con Pablo, lo vi a usted desde lejos pasar por la cabaña de Remolinos. Iban con usted su hermano el señor don Carlos, y don Ulises, el jefe de las máquinas, el inglés. Y usted llevaba el bastón al hombro y el sombrero allá arriba.

Teodoro. *Riendo.* ¡Mira qué observadora eres, mujer! Así camino mucho, Marianela. Se lo conté a Pablo y se rió también como usted se ríe.

Teodoro. ¿Qué edad tienes tú, Marianela?

Marianela. Dicen que tengo dieciséis años.

Teodoro. ¡Dieciséis años! Atrasadilla estás, hijita. ¿Con quién vives?

Marianela. Con el señor Centeno, el capataz de ganado en las minas.

Teodoro. ¿Y quién es tu padre?

Marianela. ¿Mi padre?

Teodoro. ¿No le has conocido quizás?

Marianela. No me acuerdo de él… *Con candoroso orgullo.* Pero dicen que fué el primero que encendió las luces en Villamojada.

Teodoro. ¡Cáspita! ¡El primer farolero!

Marianela. Sí, señor; eso dicen.

Teodoro. ¿Y tu madre?

Marianela. Mi madre dicen que vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. *Me tuvo* un día de Difuntos, y después se fué a criar a Madrid.

Teodoro. ¡Vaya con la buena señora!

Marianela. Y a mí me crió una hermana de mi madre, que era también soltera, según dicen. Y mi padre, cuando se iba a farolear, me llevaba en el cesto, junto con los tubos, y con la aceitera, y con las mechas… Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente, puso el cesto sobre el antepecho, y yo me salí fuera y me caí al río. Pero no me ahogué.

Teodoro. Ya lo veo.

Marianela. Porque caí entre piedras. ¡Divina madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.

Teodoro. Y ahora también lo eres.

Marianela. Ahora no: ahora soy un fenómeno.

Teodoro. ¡Muchacha! ¿Hace mucho tiempo que vives en las minas?

Marianela. Dicen que hace ya trece años. Dicen que mi padre me recogió después de la caída; y que cayó enfermo, y que mi madre no le quiso asistir porque era muy malo, y que él entonces se fué al hospital, donde dicen que se murió.

Teodoro. En paz descanse.

Marianela. Entonces dicen que mi madre vino a las minas a trabajar, y dicen que un día la despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente…

Teodoro. ¿Sabes, hija, que dicen unas cosas de tu padre y tu madre que no hay más que pedir?

Marianela. ¡Qué quiere usted, señor! Eso dicen. Y dicen que mi madre se fué entonces a un agujero muy grande que hay allá arriba…

Teodoro. ¿Acaso la Trascava?

Marianela. La Trascava: ese mismo. Y se metió dentro.

Teodoro. ¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! No habré vuelto a salir.

Marianela. No, señor: allí dentro está. Yo algunas veces la oigo que me llama.

Teodoro. *Tomándole cariñosamente la cara.* ¡Chiquilla! Ésas son imaginaciones.

Marianela. No, señor, no; que la oigo.

Teodoro. Calla, tonta. ¿Y qué haces tú en las minas, Nela?

Marianela. Yo nada, señor. Si yo no sirvo para nada.

Teodoro. ¿Que no sirves? No seas tan modesta, mujer.

Marianela. Todos lo dicen: que no sirvo más que de estorbo. Y es la verdad: en cuanto cargo un peso, por pequeño que sea, me caigo al suelo. Y si me pongo a hacer una cosa difícil, me desmayo en seguida.

Teodoro. Todo sea por Dios… Vamos, que si dieras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

Marianela. Pero ¿no oye usted que yo no sirvo para nada?

Teodoro. ¿De modo que eres una vagabunda?

Marianela. No, señor, porque acompaño a Pablo.

Teodoro. Pues ya ves tú si sirves. Parece buen muchacho Pablo.

Marianela. *Con entusiasmo.* ¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Pobre amito mío! Sin vista tiene él más talento que todos los que ven.

Teodoro. Sí que es muy despejado y simpático. Dime: y a ti, ¿por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

Marianela. Dicen que a mi madre, que se llamaba la señá María Canela, le decían Nela. Yo me llamo María.

Teodoro. Mariquita.

Marianela. María Nela me llaman, y también la hija de la Canela. Unos me dicen nada más que la Nela y otros Marianela.

Teodoro. ¿Y tu amo te quiere mucho?

Marianela. Sí, señor: es muy bueno. Él dice que ve con mis ojos, porque como yo le llevo a todas partes, y le digo cómo son todas las cosas…

Teodoro. Todas las cosas que no puede ver.

Marianela. Sí, señor; yo se lo digo todo. Él me pregunta cómo es una estrella, y yo se la pinto de tal modo con mis palabras, que para él es lo mismito que si la viese. Lo mismito. Y le explico cómo son las hierbas, y las nubes, y el cielo, y el agua, y los relámpagos, y las veletas, y las mariposas, y el humo, y los caracoles, y el cuerpo y la cara de las personas y de los animales… y lo mismito que si lo viese todo. Y le digo lo que es feo y lo que es bonito, y él dice que se entera mejor que cuando se lo explica nadie.

Teodoro. Veo que no es flojo tu trabajo. ¡Lo feo y lo bonito! Ahí es nada… Óyeme, Nela: ¿te alegraría a ti mucho que tu amito recibiera de Dios el don de la vista?

Marianela no contesta nada. Mira con admiración y sorpresa a Golfín, y exclama luego:

Marianela. ¡Divino Dios! Eso es imposible.

Teodoro. Imposible, no; difícil, sí.

MARIANELA. ¡Divino Dios! *Pausa.*

TEODORO. ¿Sabes leer, Marianela?

MARIANELA. No, señor. Si ya le digo a usted que yo soy una cosa inútil.

TEODORO. ¡Vaya! ¡Pues yo voy a encargarme de hacerte una mujercita de provecho! Y voy a empezar ahora mismo. Ten ahí.

MARIANELA. ¿Qué me da usted, señor?

TEODORO. Dos duros.

MARIANELA. ¿Para qué?

TEODORO. Para que te compres unos zapatos.

MARIANELA. ¡Si yo ando bien descalza! Mire *Corretea por la huerta.*

TEODORO. Pues hay que aprender a andar calzada. ¡Y hasta a bailar, si me apuras mucho!

MARIANELA. ¡Bailar yo con zapatos! ¡Qué risa! En fin. Dios le pague la voluntad. ¡La Nela con zapatos! ¡Madre!

Por la derecha sale inopinadamente Celipín Centeno, chicuelo de unos doce años, obrero de las minas. En la mano trae una vara. Al hallarse frente al doctor se quita con todo respeto la gorra.

CELIPÍN. ¡Anda! ¡Qué sorpresa!

MARIANELA. ¡Celipín! ¿De dónde vienes tú?

CELIPÍN. Buenas tardes.

TEODORO. Buenas tardes, amigo.

MARIANELA. ¿De dónde vienes? ¿Qué se te ha perdido en esta casa?

CELIPÍN. Me mandó madre con unos cacharros para la cocinera del señor don Francisco.

MARIANELA. *Al doctor, que mira al chicuelo.* Este es Celipín, don Teodoro. Celipín.

TEODORO. ¡Ah! Muy señor mío.

MARIANELA. El hermano pequeño de la Mariuca y la Pepina, y de Tanasio. Los hijos de la Señana y de don Sinforoso, los capataces que me tienen a mí recogida.

TEODORO. Ya, vamos, ya.

MARIANELA. Celipín y yo nos contamos muchos secretillos. Porque somos vecinos de alcoba.

TEODORO. ¿Dormís pared por medio?

CELIPÍN. ¡Pared por medio dice, Nela! En la cocina de la casa dormimos los dos: yo en un jergón… y ésta, como es mujer, entre dos cestas.

TEODORO. ¿Cómo entre dos cestas?

CELIPÍN. Lo que usted oye: entre dos cestas de las que hace Tanasio. Cuando asoma la cabeza para hablar conmigo, me parece un galápago talmente.

MARIANELA. Pues muy a gusto que duermo allí.

TEODORO. Y si te acostaran sobre espinas, dirías lo mismo. ¡Pobrecita Nela! —Pero, hombre, ¿y mi gente? Ya es mucho descanso…

Vase por la puerta de la huerta, impaciente por la tardanza de los suyos. Celipín lo contempla con gran admiración. Cuando desaparece, exclama:

CELIPÍN. Míralo, Nela; míralo. Personaje más personaje, ¿lo has visto tú nunca? Pues era más pobre que las hierbas del campo. Y su hermano don Carlos, el ingeniero, otro personaje. Y los dos son hijos de uno que barría las calles en Madrid. ¡Anda con ésa! Ya ves tú si por muy bajo que se nazca, cuando hay carbón en la chimenea, ¡córcholis!, no sube el humo hasta las nubes.

MARIANELA. ¿Por qué me dices eso?

CELIPÍN. ¿Por qué ha de ser, Nelilla? Porque cada día que pasa, menos me conformo a ser una bestia. ¡Y mirando a estos hombres!… Celipín no ha venido al mundo para servir de vagoneta en las minas. Si mis padres no me sacan de allí, yo me escapo una noche.

MARIANELA. ¡Madre de Dios bendita! Tú estás loco.

CELIPÍN. No estoy loco, ¡córcholis!, no estoy loco. Es que en las condenadas minas me muero. Allá no somos gentes, somos burros de carga. Sin querer se vuelve uno borrico. Anteayer me miré al espejo de la Pepina, y me vi ya las orejas tamañas. ¡Córcholis!, ¡a mí no me crecen más las orejas! ¡Yo no paro en borrico! ¿Te ríes?

MARIANELA. Me hacen gracia tus *fantesías,* Celipillo.

Celipín. Pues yo algunas noches bien que lloro. Dormida estás tú y a mí me corren lágrimas. ¿Qué trabajo es aquel de las minas? ¿Es de hombres aquello? Coger una cesta llena de mineral, y echarla en un vagón; empujar el vagón hasta los hornos; revolver con un palo el mineral que se está lavando… *A punto de llorar*. ¡Córcholis! ¡Al que pase muchos años en esos trajines nada más, se le vuelven los sesos de calamina! Yo no, yo no. Yo quiero aprender a leer, y a escribir, y a firmar, y a discurrir, y a ser hombre de pesquis. ¿Son éstas *fantesías*, Nela? ¿Son *fantesías*?

Marianela. No te apures: no llores, Celipe. Tú ya sabes que yo te ayudo, si eres bueno y no dices mal de tus padres. Celipín. De mi padre no digo yo sino lo que dicen otras personas: que tiene la cabeza lo mismo que el martillo- pilón. Y en cuanto a mi madre… si digo que es avara y más que avara, ¿qué digo yo que no se sepa?

Marianela. Sí, Celipín; sólo que los demás son los demás… y nada les importan tus padres; pero tú eres su hijo.

Celipín. ¡Córcholis!, ¡pues no lo parezco! ¿Es trato de hijo este que me dan? ¡Más cuidan a las sesenta mulas que a ti y que a mí!

Marianela. Mira, Celipín, o te callas esas picardías, o no te digo una cosa que va a alegrarte mucho.

Celipín. ¿Qué cosa, Nela? Dímela, y no hagas caso de mis maldiciones. Celipín es bueno.

Marianela. ¿Cuánto dinero te tengo dado ya?

Celipín. Cuarto a cuarto, al pie de treinta y siete reales. Aquí los llevo muy bien guardaditos en el seno.

Marianela. Pues ensancha el bolso, que ya verás lo que voy a darte esta noche.

Celipín. ¿Una peseta, como el otro día?

Marianela. Mucho más. ¡Dos duros!

Celipín. ¿Dos duros, Nela?

Marianela. Dos duros, Celipín. Me los ha dado don Teodoro para unos zapatos. Pero yo no quiero zapatos: para ti son.

CELIPÍN. ¡Ay, Nela, Nelilla! ¡Qué buena eres! ¡Eres una real moza! ¡Eres más buena que María Santísima!

MARIANELA. Te los doy porque sé que no son para vicios.

CELIPÍN. No son para vicios, ¡córcholis!; no son para vicios. Son para hacerme hombre de provecho. ¡Porque yo tengo mucho talento, Nela! Me lo siento aquí dentro de la cabeza haciéndome *burumbún*, *burumbún*, como el agua de la caldera de vapor. A veces el ruido no me deja dormir. Y yo me pienso que son las ciencias que se me entran y andan ahí dentro volando a tientas como los murciélagos diciéndome que las estudie. Y las estudio, ¡córcholis!, ¿no he de estudiarlas? ¡Y voy a ser médico, como don Teodoro! ¡A mí no me crecen más las orejas en Socartes! ¡Voy a ser médico! Hasta luego, Nela. No me riña madre si me entretengo demasiado. Hasta luego.

MARIANELA. Anda con Dios, hombre.

CELIPÍN. ¡Tú te alegrarás de protegerme!

Dicho esto, se quita la gorra, la cuelga a un extremo de la vara que trae, se echa la vara al hombro, y se va por la puerta de la huerta sintiéndose moral y físicamente un Teodoro Golfín. Éste, que vuelve a tiempo de verlo marchar, no puede menos de reírse ante su donosa caricatura. Sin comprender del todo, le interroga a Nela con un gesto.

MARIANELA. *Respondiendo al gesto de Golfín.* Que quiere ser médico… y le copia a usted la postura.

TEODORO. *Riéndose bondadosamente.* ¡Qué demonio! ¡Pues por algo se empieza!

MARIANELA. *Fantesías* no le faltan, no.

TEODORO. *Reparando hacia la derecha.* Pero, ¿qué veo? ¡Si están aquí mis señores hermanos! ¡Ya podía yo esperarlos por esa otra parte!

MARIANELA. Es que han entrado por la casa.

TEODORO. Ya, ya.

MARIANELA. A doña Sofía le gusta mucho ver el escudo de la puerta.

Sale por la derecha don Francisco Penáguilas, seguido a pocos pasos de Sofía y de Carlos Golfín. Don Francisco, el padre de Pablo, es un señor obeso, bigotudo, entrecano, de simpático y encarnado rostro y afable mirar;

de aspecto entre soldadesco y campesino. Sofía, la cuñada de Teodoro, es una señora con pujos de elegante, no mal parecida, y un si es no es impertinente, altiva y fastidiosa. Carlos Golfín, su marido, es un bendito: hombre pacífico, estudioso, callado, gran admirador de su hermano Teodoro, a quien sólo en lo moral se parece.

DON FRANCISCO. ¡Mi señor don Teodoro!

TEODORO. ¡Amigo mío! ¿Le he hecho a usted ponerse de tiros largos?

DON FRANCISCO. Tanto no. Nada más que adecentarme un poquillo. Estaba con los mozos en el pajar, ayudándoles a meter el heno… ¡Je! Marianela: a la puerta de la casa te aguarda Pablo. Idos a dar vuestro paseo; pero volved antes de anochecido, que ya refresca.

MARIANELA. Sí, señor. Buenas tardes.

TEODORO. Vaya con Dios la señorita Nela.

La Nela le sonríe, y se aleja por la derecha.

SOFÍA. ¿Y qué hacías tú aquí solo en la huerta, chiflado?

TEODORO. Pues dejar un rato de pelear contigo, y escuchar a la Nela.

SOFÍA. ¡Que tiene mucho que escuchar! ¡Cuando digo que estás chiflado!

CARLOS. Don Francisco, ya rompieron las hostilidades otra vez. ¿Lo está usted viendo? Mi mujer y éste son el perro y el gato.

DON FRANCISCO. Ea, pues vamos a sentarnos aquí un ratito en sana paz. ¿No, doña Sofía? Siéntese, siéntese…

CARLOS. La tarde está hermosa.

TEODORO. Y la huerta vendiendo salud.

PON FRANCISCO. ¿Tomarán un vasito de leche?

SOFÍA. Muchas gracias. Ya merendamos antes de salir.

PON FRANCISCO. Como ustedes gusten. Ahora son ustedes los amos de esta casa. Les voy a enseñar una fotografía que he recibido hoy, para que vean la sobrina que tengo. *Saca del bolsillo varias cartas y de una de ellas un retrato, que muestra orgulloso.* ¿Qué tal?

Sofía. ¡Ah! Florentina. Es muy guapa muchacha. Lástima que aquellas endiabladas modistas de Santa Irene de Campó la vistan de máscara.

Teodoro. A ver. ¡Lindísima criatura! ¿Sobrina de usted, don Francisco?

Pon Francisco. Hija única de mi hermano Manolo.

Teodoro. Mírala, Carlos: parece una virgen de Rafael. ¿Florentina se llama?

Carlos. Yo la conozco, sí: Florentina. Y está parecidísima en el retrato. Pero lo mejor que tiene no sale: el color. ¿Sabes, Teodoro? Es un rosa tostado… un moreno encendido…

Teodoro. Por algo he pensado yo en Rafael. Es una alhaja. Enhorabuena, don Francisco. Felicite usted a su hermano de parte mía.

Pon Francisco. *Recogiendo el retrato y guardándolo con amor.* El bueno de Manolo… ¡Hombre más feliz!… *Suspira con extraña nostalgia.* ¡Ay!…

Sofía. Siéntate, Teodoro. No seas mal educado. Siempre te ha de gustar distinguirte.

Teodoro. No quiero sentarme, Sofía. Levántate tú.

Sofía. Es que me pone nerviosa verte de pie.

Teodoro. Es que te conviene ponerte nerviosa, a ver si adelgazas un poco.

Carlos. ¡Ja, ja, ja!

Sofía. Ríele la gracia al hermanito, hombre.

Pon Francisco. Haya paz, haya paz…

Sofía. No es posible; si en todo me lleva la contraria.

Teodoro. En todo no, Sofía. Por ejemplo: tú piensas que esta tarde vienes muy guapa… y yo también. *Risas.*

Don Francisco. La galantería desarmó al enemigo.

Teodoro. Se engaña usted: es un armisticio aparente.

Sofía. ¿Conque aquí de charla con la Nela?

TEODORO. Con la Nela; no me busques las pulgas. Y muy complacido. En serio: es una criatura interesantísima. De una humildad, de una modestia, de una bondad nativa…

DON FRANCISCO. ¡Oh! ¡Si viera usted lo que quiere a mi Pablo!

SOFÍA. Sí, pero da fatiga verla tan esmirriada y tan andrajosa… Algunas veces me pregunto: ¿para qué vivirán estos seres? ¿Ni qué puede una hacer por ellos?

TEODORO. Yo, por lo pronto, le he dado a la Nela dinero para un par de zapatos.

SOFÍA. ¡Ave María Purísima! ¡Qué extravagancia! ¡Zapatos a la Nela! Le durarán dos días.

TEODORO. ¡Pues le daré para otros cuando se le rompan! Yo, señora mía, dispongo de mi dinero libremente. ¡Como usted del suyo! ¿No le va usted a comprar a su perrito un impermeable y unos chanclos de goma? *Nuevas risas.*

SOFÍA. Mira, Teodoro, métete cuanto quieras conmigo pero no te metas con *Lili*.

CARLOS. ¡Cuidado, Teodoro; cuidado con *Lili*! ¡Es el hijo!

SOFÍA. ¡Haberme dado otro!

DON FRANCISCO. ¡Je!

TEODORO. ¿Ves tú? En eso tienes mucha razón, aunque vaya contra mi hermano. Has estado muy soso, Carlos. No se casa uno con mujer tan guapa para que sólo tenga un perrito.

CARLOS. Recibo el palmetazo… con algunas reservas mentales. *Risas.*

SOFÍA. ¡Qué par de hermanos éstos! Y a propósito, don Francisco: ¿sabe usted lo que mi cuñado me decía esta mañana?

DON FRANCISCO. ¿Qué?

SOFÍA. Verá usted qué teoría: que no debe haber padres sin hijos, ni hijos sin padres; y que todos los matrimonios sin hijos deben adoptar uno.

TEODORO. ¡Y lo sostengo!

SOFÍA. Pero yo le contesté que los solterones recalcitrantes, como él, deben adoptar dos.

TEODORO. Y no me opuse. Y es ésa una de las pocas cosas razonables y verdaderamente caritativas que te he oído.

SOFÍA. Alto ahí, Teodoro, que he visto la insidia: ojito con mis caridades.

TEODORO. Tus caridades —perdóname que te lo diga, cuñada—, tal vez no existirían si no las defendiera el oropel de la vanidad.

SOFÍA. ¿Qué dices?

CARLOS. Esto se agrava, don Francisco.

TEODORO. Ya sé de tus rifas, y de tus funciones de teatro, y de tus corridas de toros… Pero no es esa la caridad pura. Tú y tus amigas, rara vez os acercáis a un pobre para saber de su misma boca, ya la causa de su miseria, ya qué clase de miseria padece. Porque hay también dolores que no se alivian ni con la limosna del ochavo ni con el mendrugo de pan.

CARLOS. Bien dicho, Teodoro: muy bien dicho.

SOFÍA. ¡Claro! El aplauso del hermanito no podía faltarle.

TEODORO. Porque me comprende; porque sabe de esas angustias de la orfandad y del abandono… ¡Hemos dormido tantas veces él y yo en los huecos de algunas puertas! Sin amparo, sin abrigo, sin familia… ¿Verdad, Carlos?

CARLOS. Verdad, Teodoro.

SOFÍA. Por Dios de los cielos, cuñado, no vayas a empezar el cuento de la Buena Pipa…

CARLOS. Déjalo hablar, Sofía. Don Francisco lo oirá con gusto.

DON FRANCISCO. A buen seguro, sí, señor.

TEODORO. Le llama mi cuñada el cuento de la Buena pipa a nuestra historia, a la historia de dos hijos del pueblo.

SOFÍA. ¡Jesús me valga! Es inevitable.

TEODORO. Dicen muchos que ciertas cosas deben callarse por modestia. Yo no tengo modestia: yo tengo el orgullo de ser quien soy, y de proclamar que de niño he pedido limosnas con éste; que por las calles de Madrid hemos ido descalzos, como ahora va la Nela por la zona minera de Socartes.

SOFÍA. ¡Qué cosas tienes!

TEODORO. Yo no sé qué extraordinario rayo de energía y de voluntad vibró dentro de mí. Tuve una inspiración. Comprendí que delante de nuestros pasos se abrían dos sendas: la del presidio, la de la gloria. Cargué en mis hombros a mi hermano, y dije: «Padre nuestro que estás en los cielos, sálvanos…». Ello es que nos salvamos.

DON FRANCISCO. A la vista está.

TEODORO. Yo aprendí a leer, y enseñé a éste; yo fui recadero en una tienda; yo serví a cien amos; yo guardaba todas las propinas; yo compré una hucha; yo reuní para comprar libros… ¿Te acuerdas, Carlos, de cuando entramos los dos a pedir trabajo en una barbería de la antigua calle de Cofreros?

CARLOS. ¡Y ninguno habíamos cogido nunca una navaja ni unas tijeras en la mano!

SOFÍA. *Muy desazonada*. Pero ¿a qué viene ahora recordar esas niñerías?

TEODORO. Entré en los Escolapios como Dios quiso. Un bendito padre me dió buenos consejos y me ayudó con sus limosnas… Sentí afición a la Medicina. Adelante, adelante… Yo velaba estudiando; yo estudiaba durmiendo; yo deliraba, y limpiando las ropas del amo a quien por entonces servía de ayuda de cámara, repasaba en la memoria las piezas del esqueleto humano.

SOFÍA. Bueno, no hay guiñapo que no saques hoy a la calle.

TEODORO. ¡Mejor! Entretanto, Carlos, tu marido, se enamoraba de las matemáticas como de una novia. ¡Iba para ingeniero! Yo le enseñé la Química como pude… pronto se aficionó a los pedruscos… Que cuarzo, que pirita, que manganeso… ¡A la Escuela de Minas con él! Cuando me pedía pan, yo le respondía: «¿Pan has dicho? ¡Tómalo untado en Aritmética y Álgebra! ¿Postres dijiste? ¡Toma Física!». ¡Ay qué horas!, ¡qué días sin luz!, ¡qué noches de insomnio! Adelante, siempre adelante. Si yo tuviera escudo, no le pondría otra divisa. Pasaron años, años… Al fin, desde lejos, vimos el puerto de refugio después de grandes temporales… Dios sonreía dentro de nosotros. ¡Bien por los Golfines! Yo comencé a estudiar los ojos con la ambición de dominar ese pequeño mundo… Carlos salió triunfante de la

Escuela de Minas… ¡Vivan los hombres de voluntad! Aprendan de nosotros todos los pobres, todos los desamparados, todos los niños perdidos y vagabundos… ¡Esta historia de los Golfines se debía enseñar en las escuelas!

SOFÍA. Alábate, pandero.

TEODORO. ¡Y sí que me alabo!

CARLOS. Si hay héroes en el mundo, uno de ellos es él.

DON FRANCISCO. Es verdad, es verdad… Yo estoy enternecido de oírle.

CARLOS. ¿Sí, eh? Pues hágase usted fuerte, porque precisamente este héroe le prepara a usted una gran emoción.

DON FRANCISCO. ¿Una gran emoción, don Carlos?

CARLOS. Sí.

DON FRANCISCO. *Adivinando.* ¡Ay, si fuera la que constituye la ilusión de mi vida!

TEODORO. Ésa es.

DON FRANCISCO. ¿Qué me dice usted, amigo mío?

TEODORO. Calma, calma. Desde que llegué aquí, tengo puestos mis ojos en los de su hijo Pablo. Si nada le he indicado a usted en estos días, ha sido temeroso de despertar una esperanza que luego se desvaneciera. Pero le he observado atentamente, y una secreta confianza ha nacido en mí. Dos meses hace, se me ha ofrecido en Nueva York un caso de circunstancias exteriores análogas, y, recordándolo, se ha encendido mi fe. Un muchacho, ciego de nacimiento como Pablo, simpático y noble como Pablo, como él lleno de inteligencia y de alma, goza ya de la vista. Mis manos se la dieron.

DON FRANCISCO. ¡Jesús!

TEODORO. Mañana quiero examinar bien los ojos de Pablo; reconocerlos escrupulosamente. Si de mi examen resulta fortalecida mi naciente esperanza, yo lo diré. Y en ese caso, señor patriarca de Aldeacorba, ¿intentaríamos la operación?

DON FRANCISCO. Sin duda.

CARLOS. Es dolorosa, y luego de ella puede quedar su hijo tan ciego como estaba.

DON FRANCISCO. Cúmplase la voluntad de Dios. Pero si usted me dice que hay siquiera un rayo de esperanza, ¿quién no se acoge a él? Adelante, adelante…

TEODORO. Ha pronunciado usted mi palabra.

PON FRANCISCO. Pero ¿no comprende usted que la obscuridad de esos ojos es la de mi vida? ¿De qué me sirven el bienestar y las riquezas si él no ha de ver nada de cuanto tengo? Sobre mi casa, sobre mis campos y sobre mi huerta, cae a todas horas, entenebreciéndolos, la sombra de sus ojos.

CARLOS. Ea, ea, pues alentemos, señor don Francisco; que Dios permitirá que muy pronto lo alumbre todo el sol. Yo, después de Dios, creo en mi hermano.

PON FRANCISCO. ¡Oh, señores! Si Dios quiere que mi hijo vea, yo, después de rezarle a Dios, le rezaré siempre a don Teodoro.

TEODORO. Adelante, adelante. *A braza al patriarca*.

SOFÍA. Bueno, y ahora entro yo. Quede aquí el asunto. Don Francisco está muy conmovido. No curemos a un enfermo y tengamos otro. Además, es tarde.

CARLOS. Sí, sí; Sofía dice bien. Dejemos tranquilo a don Francisco.

DON FRANCISCO. ¿Tranquilo ya?… Imposible.

TEODORO. Amigo mío, hay que sacar fuerzas de flaqueza.

DON FRANCISCO. Yo lo procuraré.

SOFÍA. Pues vámonos para casita, que se hace de noche.

CARLOS. Hasta mañana, don Francisco.

TEODORO. Hasta mañana.

DON FRANCISCO. Vayan con Dios, señores míos. ¡Bendita sea la hora en que se aparecieron en mi casa!

SOFÍA. Buenas tardes.

DON FRANCISCO. Vayan con Dios, vayan con Dios…

TEODORO. Hasta mañana.

Los dos hermanos y Sofía se van por la puerta de la huerta. Don Francisco queda unos instantes en ella despidiéndolos. Luego, enjugándose

los ojos, se vuelve hacia la casa.

Don Francisco. ¿Querrá el cielo darle a mi vejez esta gran alegría? ¡Ay! Días de prueba son los que me aguardan. *Dirigiéndose al perro, que allá dentro juega.* ¡Choto!… ¡Choto!… ¡Cómo salta *Choto*!… ¿Qué sucederá, *Choto*?, ¿qué sucederá? *Desaparece por la derecha.*

Queda la huerta sola. Cae sobre ella la tarde, llenándola de misterio y de paz. A poco vuelven cogidos de la mano Marianela y Pablo. Vienen del campo, por la izquierda.

Marianela. Hoy no nos reñirá tu padre: hemos dado la vuelta bien pronto.

Pablo. Y eso que hemos salido más tarde que nunca. No te vayas tú todavía.

Marianela. No me voy, no.

Pablo. Siéntate aquí conmigo.

Marianela. Sí. Allí está *Choto*. El muy gandul, que no ha querido acompañarnos hoy.

Pablo. *Jovialmente*. Tendría que hacer en casa. O querría enterarse de algo. ¿Es ya de noche, Nela?

Marianela. Aún no, niño mío. Pero ya se ve en el cielo la primera estrellita. Parece que nos está mirando. Ésa me gusta a mí más que todas.

Pablo. *Elevando sus ojos a lo alto con tristeza profunda.* ¿Es verdad que existís, estrellas? *Silencio.* Antes me formaba yo idea del día y de la noche, ¿cómo dirás tú, Nela?

Marianela. ¿Cómo? Dímelo, Pablo, que ello ha de ser cosa bonita.

Pablo. Pues era de día cuando hablaba la gente, y era de noche cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Pero ahora comparo de otro modo. Es de día cuando estamos juntos tú y yo; es de noche cuando me dejas, cuando nos separamos.

Marianela. ¡Ay, divina Madre de Dios! A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo.

Pablo. Voy a pedirle a mi padre que te deje vivir en mi casa para que nunca te separes de mí.

Marianela. *Batiendo palmas.* ¡Eso, sí; eso! ¡Pídeselo esta noche! *Contentísima, se recoge sus faldas y rompe a bailar.*

Pablo. ¿Qué haces, Nela?

Marianela. ¡Bailar de alegría!

Pablo. ¿Estás bailando?

Marianela. ¡De contento, Pablo; de contento! ¿No he de bailar, con esa ocurrencia que has tenido? ¡Que yo viva contigo siempre!… ¡que no nos separemos nunca!…

Pablo. Eso quiero yo.

Marianela. ¿Y ves tú lo que te he dicho tantas veces? Ahora me he puesto aquí a bailar porque estoy solita contigo. Junto a ti soy otra distinta. Se conoce que tú me das de esa luz que llevas por dentro, y que es más brillante que la del sol. Y canto, y bailo, y me río, y a todo me atrevo, y ele nada me asusto, y hablo de todo, y te lo explico todo, y todo lo comprendo, y no me cambio por ninguna princesa. ¿Quién me conoce luego? *Abrazándolo con candor*. ¡Ay, señorito mío! ¡Lo que te quiere Marianela!

Pablo. Pues, ¿y el ciego, lo que quiere a su lazarillo? *Le toma las manos y se las acaricia.* Oye, Nela, ¿qué has hecho de las flores que cogiste antes?

Marianela. ¡Madre de Dios! ¡Las he perdido!

Pablo. ¡Qué picara!

Marianela. Pero no te apures, que aquí en tu huerta están las más bonitas de todo el mundo, y ahora mismo te voy a hacer un ramo.

De acá y de allá, corta, rápidamente flores diversas y luego se las ofrece a Pablo agrupadas.

Pablo. Anda, sí: me gusta tenerlas en mis manos. Aunque no las veo, creo como que las oigo, Nela.

Marianela. Tonto, si las flores no cantan ni hablan… Pablo. Eso será para vosotros, los que podéis gozar mirándolas. A los que no las vemos, nos guardan ellas esta compensación.

Marianela. *Poniéndole entre las manos las que ha cogido.* Toma: ahí tienes un ramo precioso.

Pablo. ¿Ves tú? Parece que ellas me lo dicen… Dentro de mí hay una cosa… yo no puedo expresarte qué… una cosa que responde a ellas. ¡Ay, Nelilla mía!, se me figura que por dentro yo veo algo.

Marianela. Como yo cuando cierro los ojos. Si todo lo del mundo lo llevamos por dentro. Vamos a ver, Pablo: ¿sabes tú lo que son las flores?

Pablo. *Acercándose al rostro las que le ha dado Nela:* pues… las flores… son unas sonrisillas que echa la tierra. Eso decía mi madre, que era andaluza.

Marianela. No, simple. Las flores son las estrellas de la tierra misma.

Pablo. ¡Vaya un disparate! ¿Y qué son las estrellas? Marianela. Las estrellas son las miradas de los que se han ido al cielo.

Pablo. Entonces las flores…

Marianela. Son las miradas de los que se han muerto y no han ido al cielo todavía.

Pablo. No, no; no creas desatinos. Nuestra religión nos enseña que el espíritu se separa de la carne y que la vida mortal se acaba.

Marianela. ¿Qué sabes tú, doctorcillo de tres al cuarto? Como el otro día, que me quisiste hacer creer que el sol está quieto y que la tierra da vueltas y vueltas a la redonda. ¡Bien se conoce que no los ves! ¡Madre del Señor! Que me muera en este momento si la tierra no se está más quieta que un peñón, y si el sol no va corre que corre detrás de la luna, de la que está prendado.

Pablo. ¡Qué tonta!

Marianela. Señorito mío, no se la eche de tan sabio, que yo he pasado muchas horas de noche y de día mirando al cielo, y sé como está gobernada toda esa máquina. La tierra está abajo; el cielo está arriba; el sol está en el cielo llenándolo todo. El sol es el palacio de Dios; que por eso se mueve, para que esté Dios en todas partes, como dicen que está. Y en el cielo está siempre la Virgen María, nuestra madre amorosa, que nos mira a todos de día y de noche por medio de todas las cosas bonitas que hay en el mundo. ¿Más claro? Todo lo demás son mentiras que dicen los libros.

PABLO. ¡Ay, Nela! Tus disparates, con serlo tan grandes, me cautivan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de tu imaginación. ¡Qué lástima que vivas así! He de pedirle a mi padre otra cosa: que te enseñe a leer. Yo no veo lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo… ¡Hace ya año y medio! Parece que fué ayer cuando empezaron nuestros coloquios, nuestras caminatas… Y ni fué ayer, ni hace año y medio, Nela: hace miles de años que te conozco. ¡Qué gran relación hay entre lo que los dos sentimos! Ahora has dicho mil disparates, y sin embargo, yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión me conmuevo y me entusiasmo oyéndote. Se me antoja que hablas dentro de mí.

MARIANELA. ¡Madre de Dios! ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

PABLO. ¿Qué?

MARIANELA. Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo tan sólo, y que mis ojos no servirían para nada si no sirvieran para guiarte y decirte cómo son todas las cosas de la tierra.

PABLO. *Irguiéndose vivísimamente, y buscando con afán a su compañera.* Dime, Nela… *La chiquilla aguarda la pregunta.* ¿Y cómo eres tú? *Marianela siente una puñalada, y calla.* ¿No respondes? ¿Cómo eres tú, Nela? Porque yo creo que eres la mujer más bonita que existe. Pero ¿me oyes? ¿Estás ahí?

MARIANELA. Sí, tonto; aquí estoy. Háblame cuanto quieras. *Instintivamente le coge de las manos las flores que le dió, y se entretiene en combinar sus colores.*

PABLO. Anoche me leía mi padre un libro que trata de la belleza y de la forma. Mi padre me lee siempre que puede libros de mil materias. Dice que no quiere que yo sea dos veces ciego. El autor del de anoche afirma que la belleza es el resplandor de la bondad y de la verdad. Por eso eres tú bonita como nadie. ¿Verdad, Nela, que eres tú muy bonita? No quieres responderme. Eres también modesta. Si no lo fueras no serías tan repreciosa como eres.

Marianela. *Adornándose con las flores los cabellos.* Cuando niña, dicen que no era fea… Ahora…

Pablo. Ahora tu belleza ha crecido. No me engañas. ¿Cómo es posible que tu bondad, tu gracia, tu inocencia, que han sido capaces de alegrar mis tristes días, no estén representadas en la misma hermosura? Dice mi padre que los que no vemos no podemos comprender la forma. *Exaltándose.* Idea extraviada; falsa idea, Nelilla… La forma no puede ser nunca la máscara de Satanás encubriendo el rostro de Dios. Nela, Nela mía, ven acá: quiero tenerte junto a mí y abrazar tu preciosa cabeza. ¿Te has ido? ¿Dónde estás?

Marianela, que se ha sentido presumida por primera vez, ha ido a la fuente y se ha mirado en ella con anhelo. El desencanto ha entristecido su alma. Desde allí le responde a Pablo.

Marianela. Aquí, niño; aquí estoy… En la fuente… mirándome en el agua…

Pablo. Pues ven a mi lado.

Marianela. *Arrojando al agua las flores.* ¡Madre mía! ¿Por qué no soy como Pablo dice?

Pablo. ¿Qué hablas, Nela?

Marianela. Nada, señorito. Decía que el agua se ha puesto a temblar, porque se han caído en ella las flores, y ya no me veo. *Acercándose a él.* ¿Y ese libro que te leía tu padre dice que soy bonita?

Pablo. ¡Lo digo yo, que te conozco; que te veo brillar dentro de mí, como un astro celeste en estas sombras en que vivo! Mariquilla, compañera mía, ven acá. *Estrechándola de un modo delirante contra su pecho.* Chiquilla bonita, ¡te quiero con toda mi alma! ¡Quiéreme tú, o me muero!

María se suelta de los brazos de Pablo y éste cae en profunda meditación. Silencio. Ella, atraída como a un abismo, vuelve a mirarse en las claras aguas de la fuente, de las que se aparta otra vez con dolorosa angustia y desilusión infinita. Torna entonces al lado de su compañero, buscando su amparo y su calor.

Marianela. Pablo, niño de mi corazón, yo te quiero a ti más que a nadie. Porque tú vives, vivo yo contenta. Mi vida es tuya, porque eres tú

quien me la da. *Con desvarío.* ¡Y ese libro que tu padre te lee es el único libro que no miente! ¡Yo soy hermosa, muy hermosa!…

Pablo. *Con vehemencia.* ¡Sí!

Marianela. ¡Quién te diga lo contrario, te engaña! ¡Yo soy muy hermosa! *Nuevo silencio.*

Don Francisco llama desde dentro a su hijo.

Don Francisco. ¿Pablo?

Marianela. Tu padre.

Don Francisco. ¡Pablo! ¿Estás ahí?

Pablo. Aquí estoy, padre: con la Nela.

Sale por la derecha don Francisco, y se llega a Pablo, conmovido y gozoso.

Don Francisco. Te esperaba impaciente, hijo.

Pablo. ¿Es tarde?

Don Francisco. No, no… Es que te guardo una buena nueva.

Pablo. ¿A mí, padre? ¿De qué?

Don Francisco. *Esforzándose en aparecer sereno.* De tu desgracia, de tus ojos… Quiero yo ser quien te la diga primero que nadie.

Pablo. ¿Don Teodoro, acaso…?

Don Francisco. Sí… ¡Cómo lo adivinas!

Pablo escucha a su padre con ansiedad. Marianela con indecible sentimiento, en que se confunden la alegría y el temor.

Pablo. ¿Qué?

Don Francisco. Ha venido a verme… hemos hablado largo rato… quiere reconocerte mañana… Me ha citado un caso análogo al tuyo, resuelto felizmente… Me ha dado esperanza por ti…

Pablo. ¡Padre!

Don Francisco. Sí, sí; me ha dado esperanza, hijo mío.

Pablo. Nela, ¿tú oyes esto? *La Nela calla.* ¿Dice usted que mañana, padre…?

Don Francisco. Mañana, sí… mañana te reconocerá despacio… Vamos adentro ahora… La noche está fresca… hay relente…

Pablo. Nela, Nela; ven con nosotros. ¡Qué alegría!

Marianela. No, señorito… Yo me marcho ya… Me riñen luego allá, si tardo.

Pablo. Pero ¿te vas contenta, como yo?

Marianela. Sí, sí… como tú… lo mismo que tú…

Don Francisco. Anda, Pablo, vamos adentro.

Pablo. Hasta mañana entonces, Mariquilla. Ven temprano. ¡Gran día mañana para nosotros!… ¡Ay, Nela! ¿Te veré algún día?

Marianela. La Virgen hará ese milagro. Hasta mañana, señorito.

Pablo. Hasta mañana, Nela.

Don Francisco. Ven, hijo; ven. *Se aleja con él por la derecha.*

Marianela, a solas con su conturbado espíritu, llora súbitamente; solloza. Luego, como si se acusara preguntándose, exclama:

Marianela. ¿Por qué lloro yo de esto? *Maquinalmente la arrastran sus pasos hacia la puerta de la huerta, pero sus ojos no dejan de mirar con melancolía hacia el sitio por donde Pablo se marchó.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Exterior de la humilde morada de los Centenos, en Socartes, situada a la izquierda del actor. Adosado a una pared que da frente al público, un asiento de piedra. Hacia la derecha se supone el establecimiento minero. Es una mañana de octubre.

Sentado a la puerta de la casa en una silla tosca, Sinforoso Centeno se esfuerza en leer el «Diario». Este atrevido intento le cuesta mil muecas y visajes. Si además no contase como auxiliar con el dedo índice de la mano derecha, estaría perdido. De la cabeza de Centeno ya tenemos noticias por el benjamín de la casa.

SINFOROSO. *Deletreando casi.* «Noticias de sociedad.— Desde anteayer se encuentra entre nosotros el eminente juriscon… con… consulto… don Alejandro Miraflores. Los miembros de la asociación La Atalaya piensan obsequiarle con un almuerzo ín… íntimo. Bienvenido, y sea enhorabuena». *Sopla sofocado. En seguida vuelve a su única fuente de cultura.* «Viajeros distinguidos.— Continúan en Socartes, y aún permanecerán allí algunos días, el rico propietario de Santa Irene de Campó, don Manuel Penáguilas y su bellísima e interesan… interesantísima hija Florentina. El ob… objeto de este viaje, como ya indicamos, fué el de asistir a una arries… arries… arriesgada operación qui… qui… quirúr… quirúrgica, que había de serle practicada al joven don Pablo Penáguilas, y la cual realizó felizmente hace varios días el insigne Teodoro Golfín, gloria de la ciencia española. De desear es que el resultado de la operación sea enteramente satisfac… satisfac… satisfactorio». *Sopla nuevamente y se limpia el honrado sudor. Sale Marianela de la casa,*

triste y meditabunda, en dirección a la derecha. ¿Adónde vas tú? ¿A Aldeacorba?

MARIANELA. No, señor. Ahora voy al establecimiento. Me manda Señana a decirle una cosa a doña Sofía.

Sinforoso da su asentimiento con un gruñido.

En Aldeacorba estuve anoche a preguntar por mi señorito.

SINFOROSO. Aquí en el *Diario* hablan de él. ¿Hoy es cuando dicen que le levantan el vendaje?

MARIANELA. Hoy; sí.

SINFOROSO. ¡Qué manos de hombre! *La Nela sigue su camino y desaparece. Él continúa su especial gimnasia de lector.* «Próxima boda.—En las casas aristocrá… aristocrá… aristocrá… crá…». *Suelta un hondo suspiro.* ¡Ay! «En las casas aristocrá… aristocrá… aristocrá…».

Señana, su augusta consorte, de quien también sabemos ya, sale de la casa y se acerca a él, con una peseta en la mano.

SEÑANA. Sinforoso.

SINFOROSO. *Agradeciéndole la interrupción, que lo aparta un momento de la trágica letra de molde.* ¿Qué quieres?

SEÑANA. Muerde esta peseta. Suena bien, pero no me gusta.

SINFOROSO. *Después de morderla.* Es buena.

SEÑANA. Trae acá. *Guárdasela codiciosamente en un bolsillo que esconde bajo dos o tres faldas.* El miércoles iremos al mercado de Homedes, a comprarle un refajo a la Mariuca.

SINFOROSO. Bueno.

SEÑANA. Quiero ir yo contigo; porque, si va ella, como es moza, la tienta el diablo y gasta más. *Gruñe Sinforoso identificado con su costilla.* La Pepina puede pasar todavía con el que tiene. Óyeme.

SINFOROSO. ¿Qué?

SEÑANA. A Tanasio le he puesto en su apartijo los tres reales que se le quitaron.

SINFOROSO. ¿Se lo has dicho?

SEÑANA. Ya se lo diré. Tanasio es un alma de Dios. No así el Celipín condenado. ¡Qué revoltoso es y qué humos tiene! ¿Hablaste con Mamerto?

SINFOROSO. No.

SEÑANA. ¡Pues no lo dejes, hombre! Ya han venido con dos quejas de Celipín: que no está en el trabajo, que se distrae pensando en los mosquitos… Y no se figure el arrapiezo que si lo despiden y no gana un jornal lo van a alimentar sus padres. ¡Vagos en casa, no! Caridades ya hacemos bastantes con la Nela.

SINFOROSO. Bien; yo veré a Mamerto. Y en último caso le daré dos sopapos a Celipín.

SEÑANA. No; pegarle no. Que trabaje, que arrime el hombro; que se quite de *fantesías*. Los pobres tenemos siempre que ser pobres. Pobre naciste, pobre moriste. Y si no, que pida limosnas. *Mirando al fondo, hacia la izquierda.* ¡Repara, Sinforoso, quién viene hacia acá!

SINFOROSO. ¿Quién?

SEÑANA. ¡La señorita Florentina y su padre!

SINFOROSO. *Levantándose.* ¡El señor don Manuel Penáguilas!

SEÑANA. ¿Irán al establecimiento?

SINFOROSO. ¿Y ellos qué tienen que hacer en las minas? Señana. Hombre, en las minas, lo que se dice en las minas, nada. Pero allí viven doña Sofía y don Carlos. O puede que vengan de la ermita, de hacer una promesa.

SINFOROSO. Tú lo has acertado; que la señorita Florentina dicen que es muy dada a rezar.

Aparecen en esto, por el último término de la izquierda, don Manuel Penáguilas y Florentina. Ella es la muchacha, ante cuyo retrato recordó Teodoro Golfín a las vírgenes de Rafael. Aunque viste de señorita, tiene todo el atavío de su persona un aire popular. Ni dama ni aldeana completamente Para expresar este gracioso término medio nació la palabra «pueblerina». Él, don Manuel, su padre, es un hombre de edad madura, de cara arrebolada, y que parece echar de sí rayos de satisfacción como el sol los echa de luz. Viste un poco ostentosamente, magnificado con varios objetos decorativos: gran cadena de reloj, sortijas, botón en la solapa, etcétera. En

cuanto al hablar, tiene la costumbre de repetir la última frase de sus párrafos o discursos.

DON MANUEL. ¡Hija mía, no comas ya más moras silvestres, que te van a hacer daño!

FLORENTINA. ¡Qué te van a hacer daño a ti!

DON MANUEL. No sé qué gusto les sacas a las dichosas moras. Límpiate la boca, mujer.

FLORENTINA. *Obedeciéndolo.* Ya está limpia la boca, papaíto.

DON MANUEL. Buenos días, Señana y Sinforoso. Señana. Buenos días, don Manuel; buenos días, señorita.

SINFOROSO. Felices.

FLORENTINA. Buenos días.

SEÑANA. ¿Cómo tan de mañana por estas alturas los señores?

Florentina Hemos ido a la ermita temprano. Venimos de allí.

SEÑANA. Yo lo pensé y se lo dije a éste.

SINFOROSO. Sí; sí que me lo dijo.

FLORENTINA. Una limosna y una oración más. Todo es poco para rogarle a Dios que mi primo vea. Por mucho que le demos, lo que le pedimos es tanto…

SINFOROSO. Cierto, señorita; muy cierto.

SEÑANA. Pero Dios querrá…

DON MANUEL. El pandero está en buenas manos… está en buenas manos.

FLORENTINA. Desde que le hicieron la operación —hoy hace ocho días — no quieran saber la ansiedad en que vivimos todos en casa. ¡Ay, Virgen María!

DON MANUEL. Bueno, bueno, no te impresiones otra vez; que pasas de un extremo a otro… Tan pronto la veo llorar y afligirse pensando en el primito, como salir corriendo detrás de una mariposa… ¿No querías saber dónde vive la Nela? Pues aquí vive.

FLORENTINA. Ah, sí… esta es la casa. Ella me la enseñó desde lejos la otra tarde. ¡Pobre Marianela! Es más buena que el pan bendito. La quiero yo como a nadie hasta ahora. Quiero decir de un modo distinto que a los demás. ¿Está ahí?

SEÑANA. No, señorita. Hace un rato que la he mandado yo al establecimiento.

FLORENTINA. *Con súbito arranque de alegría.* ¡Allí va! *Echa a correr hacia la derecha, llamando a la Nela y desconcertando a don Manuel.* ¡Nela! ¡Nela!

DON MANUEL. Pero, Florentina, ¡por amor de Dios! ¿Qué niñerías haces?

SINFOROSO. Y se ha engañado la señorita: aquella que va allí no es la Nela.

DON MANUEL. ¿Además no es la Nela? No, si no tiene reflexión ninguna. Es un pájaro, un pájaro… *Llamándola.* ¡Florentina! ¡Hija mía! —Esa chicuela, con aquello de ser el lazarillo de Pablo, le ha vuelto el juicio… le ha vuelto el juicio.

SEÑANA. ¿La Nela?

DON MANUEL. La Nela, sí. Habla… ¡qué sé yo qué!… habla de protegerla en mil formas…

SEÑANA. ¿A la Nela?

DON MANUEL. Sí, sí; a la Nela. Quiere engarzarla en oro, quiere ponerla en los altares, quiere… ¡qué sé yo lo que quiere!, ¡qué sé yo lo que quiere! Y no hay contradecirla: lo hace. Se le ha puesto en la cabecita, y lo hace. Mi hija es así… es así… Mi hija es así… Nada: es así… es así…

Vuelve Florentina por donde se marchó.

FLORENTINA. Pues no era la Nela.

DON MANUEL. Si por eso te gritaba yo, hija del alma.

FLORENTINA. Pero yo quiero ver su cuarto.

SEÑANA. *Contrariada.* ¿Su cuarto?

FLORENTINA. Su cuarto, sí. Donde ella duerme, donde reza por la ventura de todos nosotros. *Entrándose de rondón en la casa.* ¿Es por aquí?

SEÑANA. *Corriendo tras ella.* ¡Pero, señorita, si esto es una miseria!…

DON MANUEL. *A Sinforoso.* ¿Usted lo ve? No hay quien la sujete. Es así… es así.

SINFOROSO. *Como por máquina.* Sí, señor; es así.

DON MANUEL. Y sobre ese carácter tan… tan espontáneo —no hay otra palabra— y tan… tan bondadoso —no hay otra palabra— ponga usted la natural excitación de estos días… Ella es ingenua, pero no tiene pelo de tonta… Tonta no…, tonta no… Es un retrato de su madre. Y lo comprende y lo adivina todo: si su primo Pablo abre los ojos a la luz… —¿Se hace usted cargo, amigo Centeno?— él joven, y guapo, y cariñoso… ella… ella… usted la ha visto, un cielo, una gloria de criatura… ¿A qué hablar más? ¡El sueño de Francisco y mi sueño, que parecían irrealizables y se realizan! Y así está Florentina… y así estoy yo también, ¡qué carape! Y así está mi hermano Francisco… y así estamos todos… *Conmoviéndose.* Todos, todos… así estamos todos. Sinforoso. Sí, sí, señor… Yo… Vamos… Ya comprendo, ya… En todo el contorno de las minas se habla ya de esa boda.

Salen de la casa Florentina y Señana. Florentina herida en lo más tierno de su corazón compasivo:

FLORENTINA. ¡Jesús! ¡Qué espanto!, ¡qué tristeza! Señana. Ya se lo anuncié a usted, señorita: que estas miseriucas no eran para sus ojos.

FLORENTINA. Ni debían ser para los de ningún cristiano. ¡Desdichada Nela! Volvamos a Aldeacorba, papá.

DON MANUEL. Vamos donde tú quieras, hija mía. Florentina. Yo remedio esto. ¿Cómo dices tú que se llaman los que quieren que todos seamos iguales en el mundo?

DON MANUEL. Mira, Florentina, no empieces con tus socialismos… déjate de monsergas… déjate de monsergas.

FLORENTINA. Socialistas: eso. ¡Generala de los socialistas voy a hacerme yo!

DON MANUEL. No digas desatinos: el mismo Dios ha establecido diferencias entre los hombres…

Florentina. A tu prójimo como a ti mismo, es lo que ha dicho Dios… Dios no puede querer que una criatura humana viva como una bestia. Vámonos, vámonos. Quédense con Dios.

Señana. Él vaya con ustedes.

Sinforoso. Que lo pasen bien los señores.

Don Manuel. Adiós; buenos días.

Florentina. *Cogiéndose amorosamente a su padre y yéndose con él por el primer término de la izquierda.* ¿Por qué razón hemos de tener unos tanto y otros tan poco?

Don Manuel. Pero ¿me vas a pronunciar otro discurso socialista de aquí a casa?

Florentina. ¡Y me has de oír aunque te tapes los oídos! ¡Si hubieras visto cómo vive la Nela!, ¡dónde duerme!… ¡Si hubieras visto eso!…

Cuando desaparecen hay una larga pausa, durante la cual sigue Señana con los ojos cargados de envidia y de cólera la dirección de la hija y del padre. Al cabo rompe a hablar.

Señana. ¡Sí, sí, la Nela… la Nela!… ¡Ahora todo se lo vamos a colgar a la Nela… a la sabandija de la Nela! ¡Y a la familia que no la ha dejado morirse de hambre, y que le da un techo, ni memorias! ¡El señorío… el señorío!… ¡Bueno está el señorío! Vicios y pecados por de dentro… faroleo por de fuera… Un mendrugo de pan que le dan a un pobre quieren que salga en el *Diario*… ¡El señorío!… Sinforoso, anda tú a las cuadras. Mira a ver cómo está de la pata mala la mula tuerta. *Métese en la casa refunfuñando.*

Sinforoso se va por el segundo término de la izquierda, convencido de la razón que asiste a su mujer.

Sinforoso. Vamos a ver cómo está de la pata la mula tuerta.

Reaparece la Nela por el primer término de la derecha. Se encamina perezosamente a la casa, y al ir a entrar en ella, retrocede, con gesto de hastío y de cansancio. Ensimismada, va maquinalmente a sentarse en el banco de piedra. Teodoro Golfín, que la ha seguido a poca distancia, aparece entonces y se le acerca.

Teodoro. ¿En qué estás pensando, Mariquilla?

Marianela. *Levantándose sobresaltada.* ¡Don Teodoro! No le había visto. ¿De dónde sale usted?

Teodoro. Siéntate, siéntate.

Marianela. No, señor…

Teodoro. Vengo siguiéndote los pasos.

Marianela. ¿A mí?

Teodoro. A ti. Estoy enamorado de Marianela. Una de estas noches voy a venir a darte serenata con guitarras y con panderos.

Marianela. *Sonriéndole con gratitud.* ¡Madre de Dios!

Teodoro. Pero primero tengo que reñirte, por muy enamorado que esté.

Marianela. Pues ¿qué he hecho?

Teodoro. Malgastar el dinero que te di para unos zapatos.

Marianela. ¡Ah!

Teodoro. ¿Adónde han ido a parar mis dos duros? ¿Te callas? ¿Es que se los ha quedado entre las uñas la urraca de Señana?

Marianela. No, señor. Como yo ando bien sin zapatos… se los di a Celipín, que está juntando para comprar libros.

Teodoro. ¿Hola? Siempre habías de sacrificarte. Menos mal esta vez. ¿Celipín es ese chicuelo que quiere ser médico?

Marianela. Sí, señor: ése. Dice que si no estudia se va a volver de piedra, y que él no ha nacido para marmolillo. Teodoro. ¡Oh! Sus benditos padres son capaces de convertir en piedra hasta las mariposas de colores. Y todo, si lo vas a ver, por codicia, que los hace más estúpidos de lo que son. Un aldeano que les toma el gusto a los ochavos es la bestia más innoble que existe: tiene todas las malicias y sutilezas del hombre, y una sequedad de sentimientos que espanta. Contando por los dedos llega a reducir a números la conciencia.

Marianela. Cada uno es como lo ha hecho Dios, don Teodoro…

Teodoro. ¿Qué ha de haber hecho Dios así a estos bárbaros? Por lo que toca a tus zapatos, Nela, vendrás conmigo a una zapatería. Yo creo que te

hacen tanta falta, cuando menos, como los libros al futuro doctor. *Pausa*.

Marianela. *Con voz turbada.* ¿Va usted a Aldeacorba? Teodoro. Allá voy. Pero, ya que hemos pegado la hebra, vamos a echar tú y yo un parrafillo. Me sentaré, para que te sientes. *Lo hace.* Como te he quitado a tu amito unos días, es natural que yo te acompañe y te dé palique, porque no te aburras demasiado sin él… Si vieras, Nelilla… Él tampoco se halla sin ti. Todos los días me pregunta por Nela.

Marianela. Yo voy también todos los días a preguntar por él.

Teodoro. Lo sé. Cuando le diga luego que he estado aquí contigo, va a tenerme envidia.

Marianela. ¡Qué bueno es usted!

Teodoro. Anoche estaba el pobre muy excitado. Hablaba sin tregua, deliraba… Imposible hacerle callar. Es claro. Era la víspera del día de hoy, en que se descubre el misterio; era la esperanza inmediata de la próxima aurora… *Queda reflexionando.*

Marianela. ¡Pobre ciego mío!

Teodoro. No me quiero engañar, Nelilla, pero ya me siento acariciado por el triunfo. También la ciencia sueña, porque también tiene fe en Dios. ¡Qué júbilo el de todos si este gran milagro se realiza! Es como la resurrección de un muerto; la creación de un mundo. Y tu amito, que veía con tus ojos, verá en adelante con los suyos cuantas maravillas tú le pintabas, y se convencerá por sí mismo de la verdad de tus explicaciones. Y esto para él ha de ser una inmensa alegría.

Marianela. *Tristemente.* Algunas cosas que yo no le he podido explicar no son, por desgracia, como él se imagina que son.

Teodoro. Ése será un motivo para que discutas con él en tus nuevos paseos.

Marianela. Si Pablo recobra la vista —y la Virgen María sabe cómo se lo he pedido yo—, mis paseos con él se acabaron.

Teodoro. ¿Por qué?

Marianela. Porque sí…

Teodoro. Porque sí, no es una razón.

Marianela. Porque nada tendré ya que hacer al lado suyo. Yo era su guía, su lazarillo… nada más. Ahora no le faltarán otras compañías.

Teodoro. Es que él no querrá prescindir de la tuya, Marianela. *Ésta baja los ojos. Teodoro la observa en silencio Pausa.* Dime: ¿por qué te escondiste antes?

Marianela. *Temblorosa.* ¿Antes… cuándo?

Teodoro. Cuando oíste que te llamaba por ahí la señorita Florentina.

Marianela. Yo no me escondí de ella…

Teodoro. Sí: te vi yo. No lo niegues.

Marianela. Me escondí, porque no sabía quién me llamaba.

Teodoro. He creído notar que le tienes tú cierta antipatía a la señorita forastera.

Marianela. ¡Madre de Dios! ¡Yo, no! No, don Teodoro; no crea usted eso.

Teodoro. Pues lo que es a Pablo no le cayó muy bien en un principio. Apenas quería hablar con ella. No le fué simpática.

Marianela. Eso me lo dijo él a mí el primer día que los tres juntos salimos de paseo, mientras la señorita corría y saltaba lejos de nosotros. Pero luego me dijo también que debía de ser muy hermosa. ¡Como es tan buena!… Cuando Pablo la vea por sus ojos…

Teodoro. Si lo permite Dios.

Marianela. *Con aplomo.* Sí, sí: verá usted como sí.

Teodoro. ¿Sabes, Nelilla, que me anima tu seguridad?

Marianela. *Fija en su pensamiento.* La primera vez que yo vi a la señorita Florentina, creí que era la misma Virgen María Inmaculada, que se me aparecía en mitad de los campos, que venía hacia mí y que me hablaba con palabras de los cielos y de la tierra juntas. ¿Cómo no he de quererla yo? Había soñado con la Virgen aquella noche… caminaba hacia casa de Pablo soñando todavía… y de pronto, por entre unas ramas, ¡ella!… ¡la Virgen!… y era la señorita Florentina… Nunca podré olvidarlo.

Teodoro. ¡Pobre Marianela! *Acariciándola.* ¡Qué batallas libra tu corazón! ¿Vamos allá? ¿Quieres acompañarme?

Marianela. *Medrosa.* ¡No!

Teodoro. ¿No quieres saber en seguida si Pablo ve o no ve?

Marianela. Lo que quiero es que vea.

Teodoro. Dentro de unos minutos no habrá duda. ¡Momento supremo, Mariquilla! Yo, que al operar tuve pulso firme, ánimo sereno, conciencia clara y corazón tranquilo, ahora temo que voy a temblar, a estremecerme… cuando ya sólo tengo que levantar las vendas de unos ojos. ¿Penetrará en ellos la luz del sol, o seguirán para siempre en perpetua sombra? Anda, acompáñame.

Marianela. Déjeme usted aquí, don Teodoro. Luego iré.

Teodoro. Pues aquí te dejo, si ese es tu gusto.

Marianela. Dios lo bendiga a usted y le ayude.

Teodoro. Adiós. *Vase por la izquierda resueltamente.*

Marianela permanece unos instantes como petrificada, viéndolo alejarse. Luego cae de rodillas en tierra, y exclama así con arrebato místico.

Marianela. ¡Madre de Dios piadosa, lleva la luz a aquellos ojos que son míos, aunque yo me muera! *Desfallece, y queda al fin sentada en el suelo. Su imaginación no descansa; su atribulado espíritu lucha con la terrible realidad.* Señora de los cielos, ¿por qué no me hiciste bonita? ¿Por qué, cuando nací, no me miraste desde tu trono? Una sola persona me quiere en el mundo… y me quiere porque no me ve. ¿Qué será de mí cuando me vea y deje de quererme? Porque ¿cómo es posible que me quiera viendo este cuerpo chico, esta figurilla sin gracia, esta cara fea, este pelo descolorido? No, no es posible que me quiera, no… Mientras no me ha visto, me ha querido como quieren los novios a sus novias… me ha dicho muchas veces que para él no hay otra mujer en la tierra, que yo seré la compañera de toda su vida… Señora madre mía, ya que vas a hacer el milagro de darle vista, que yo más que nadie deseo, haz conmigo también el de volverme hermosa, o mátame, porque para nada estoy en el mundo. Yo quiero que él vea. Daré mis ojos porque él vea con los suyos; daré mi vida toda; pero ¡hazme hermosa a mí, Virgen mía! *Desvariando, como si acariciara sobre su pecho la cabeza de Pablo.* ¡Ay, cieguecito de mi alma! ¡Nadie te quiere como yo! Quiere

mucho a la Nela… a la pobre Nela, que no es nadie… Quiérela mucho… pero no abras los ojos, no la mires… ciérralos, así, así… *Llora calladamente.*

Por la derecha viene Celipín, que al verla se llega a ella con solicitud.

Celipín. ¿Qué es eso, Mariquilla? ¿Estás llorando?

Marianela. No… rezaba.

Celipín. ¿Qué más da, si lloras?

Marianela. Bueno, sí, Celipín… no te metas en eso. Cada uno tenemos nuestras penitas escondidas.

Celipín. ¡A quién se lo dices! Yo a ti nada te oculto, Nela. *Bajando la voz, con gracioso misterio.* Porque me acuerdo de que los hombres no deben llorar, me trago yo las lágrimas. ¡Córcholis!, ¡recórcholis! Pero te juro que me ahogan.

Marianela. *Olvidando sus cuitas por las de Celipín.* Pues ¿qué te pasa?

Celipín. Que hoy es el último día que trabajo en las minas… en ese presidio…

Marianela. ¿Hoy?

Celipín. Hoy. Mañana vuela el pájaro. Ya he juntado bastante dinero: ya tengo siete duros. Y *mía* tú lo que son las cosas, Nelilla: *mía* tú que me voy por mi voluntad; *mía* tú que yo les tengo rabia a estos lugares: pues, bueno, al pasar ahora por los talleres, y por los hornos, y por las máquinas de lavar, como me iba yo diciendo entre mí: «¡Ahí os quedáis! ¡Mañana ya no os verán mis ojos!», me entró una congoja y un ahogo, que en poco rompo a llorar como una criatura.

Marianela. Porque eres bueno, Celipín, y porque donde se nace, ¿sabes tú? —esto me lo ha dicho a mí Pablo—, por mal sitio que sea, tiene uno como si dijéramos las raíces… y duele el arrancárselas.

Celipín. Nelilla, no me acobardes tú con *reflisiones* que pueden ser del caso… ¡córcholis!, pero que no son muy del caso. Yo no lo dudo más. Ahora sí que quiero ser de piedra para no ablandarme. Mañana vuela el pájaro. Esta noche, cuando ronque padre, y ronque madre, y ronque Tanasio, y ronquen la Pepina y la Mariuca, Celipín, que estará velando, saltará por el ventanillo y se

echará al campo a esperar el día. Y cuando el día apunte, ¡hala!, ¡hala!, ¡hala!, sin parar, ¡a los Madriles del Rey de España! ¿Quieres algo?

Marianela. *Sonriéndose*. ¿Para el Rey?

Celipín. Ah, ¿me tomas a broma?

Marianela. No, que te tomo en serio, Celipín sino que me haces gracia.

Celipín. Más te hará verme con un sombrero de este porte, y una levita negra, y un bastón con puño de plata, y unos guantes —que no me los pienso quitar sino para tomar el pulso—, y una cadena de reloj, y unas gafas de oro…

Marianela. No te remontes tanto, Celipín, que todavía estás más pelado que un huevo. Vete poquito a poco… Y antes de meterte a curar enfermos, aprende a escribir, y ponle una carta a tu madre pidiéndole perdón.

Celipín. Calla, mujer… ¡Pues claro que la escritura es lo primero! Deja tú que yo coja una pluma en la mano, y verás qué rasgueo de letra y qué perfiles finos para arriba y abajo, como la firma de don Francisco Penáguilas… ¡Escribir! ¡A mí con ésas! A los cuatro días has de ver tú qué cartas pongo. Ya las oirás leer y verás qué *conceitos* los míos.

Marianela. Lo que yo te aconsejo, Celipín, es que, en jugar de ser médico, seas más bien ingeniero, como don Carlos. Porque ¡mira tú que sacar una piedra de la tierra y hacer de ella latón, como hace don Carlos!… Otros dicen que hacen plata, y oro, y brillantes… Aplícate a eso, Celipillo.

Celipín. ¡Quiá! No me da a mí el naipe por las piedras. Médico, médico, como don Teodoro; que echando una mano a este pulso, otra mano al otro, se llena uno de dinero el bolsillo.

Marianela. ¡Ay, si tú llegaras a ser como don Teodoro! ¡Qué talento de hombre! Y es más bueno todavía que lo que tiene de talento. A mí me echa unas miradas como las que se echan a las señoras.

Celipín. Todos los hombres listos somos así. Desengáñate: no hay saber como ése de cogerle a uno la muñeca y mirarle la lengua y decir al momento en qué hueco del cuerpo tiene aposentado el maleficio; ya verás, ya

verás cómo se porta don Celipín el de Socartes. Te digo que se ha de hablar de mí hasta en la Habana.

Marianela. Bien, bien; pero siempre has de ser buen hijo. Si tus padres no han querido enseñarte, es porque los pobres no tienen talento, como tú. Así que del dinero que tú ganes, les tienes que mandar a ellos todos los meses.

Celipín. Eso sí lo haré. *Mía* tú, aunque me voy de la casa, no es que yo quiera mal ni a padre ni a madre. Y espérate, que antes de mucho tiempo has de ver que viene un mozo de la estación cargado que se revienta de paquetes y más paquetes.

Marianela. ¿Y qué serán?

Celipín. Pues refajos para madre, pañuelos para la Mariuca y la Pepina, una guitarra para Tanasio, un gabán de pieles de conejo para padre… y ¡qué sé yo cuántas cosas más! A ti puede que te mande también unos pendientes.

Marianela. *Volviendo a reírse.* Muy pronto regalas. Celipillo. ¡Pendientes a mí!

Celipín. ¡Y pulseras de oro, y sortijas con piedras preciosas! Pero ¿tú no has oído hablar de los dinerales que ganan las eminencias? Ya me estoy viendo yo en mi cama tendido a lo largo, y durmiendo a cuerpo qué quieres —porque los estudios cansan mucho—, y de pronto: «¡Pum!, ¡pum!, que llaman a la puerta. —¿Quién es? —¿El doctor Celipín? —¡Está descansando! —¡Pues que se levante ahora mismo, que se muere de parto una doncella en el palacio de unos duques! —¡Pues allá va él a salvarla!».

La Señana asoma en este momento a su puerta, y entre perpleja e indignada escucha a Celipín.

Y salto de la cama, y me lavo aprisa, y me visto, y me echo perfumes, y en la calle me aguarda una carroza para llevarme al palacio a todo galope, y subo, y salvo a la doncella, que tiene un niño, y el marido que es duque me besa las manos… y por este estilo. ¡Figúrate tú si con la *fatura* que yo ponga luego te podré regalar a ti pendientes y a madre refajos!

Señana. *Saltando de golpe y dándole un susto a la pareja.* ¡Celipín, Celipín, que se van a acabar las palabras! ¡Que tu padre está harto y yo también!

CELIPÍN. ¡Madre!

SEÑANA. ¡Ni chistar! ¡Ahora mismo coges el cantarillo y vas ahí a la fuente por el agua para el almuerzo!… ¡Hala! ¡Y después del almuerzo, antes de volver a las minas, me has de limpiar la carbonera! ¡Aquí novelerías, no! ¡Hala, hala por el agua! ¡Ni chistar! *Celipín calla a regañadientes por no alzarse contra la autoridad materna, que en tan agria forma pisotea sus más doradas ilusiones, y se entra en la casa dispuesto a humillarse por última vez en su vida. Marianela no sabe dónde meterse. Y cuando cree que la Señana la va a emprender con ella a sofiones o a manotazos, recibe la tremenda sorpresa de verse tratada con cierta mansedumbre y dulzura.* ¿Oyes, Nela? Si vuelves más pronto del establecimiento, encuentras aquí a la señorita Florentina.

MARIANELA. *Confusa.* ¿Ha estado aquí?

SEÑANA. Con su señor padre. ¡Y qué preciosa y qué pulida es! ¡Y qué resuelta! Quieras que no, cuando se enteró de que tú no estabas, se coló en la casa a ver donde dormías y a registrarlo todo. ¿Te parece?

MARIANELA. Es muy buena la señorita Florentina.

SEÑANA. ¡Los aspavientos que hizo ella cuando vió las cestas! ¡San Antonio bendito! Pues ¿qué pensaba encontrar en casa de unos pobres: colchones de pluma y sábanas de holanda?

MARIANELA. Me quiere mucho.

SEÑANA. Eso barrunto yo. Y tú no pierdes nada con ese cariño. El que a buen árbol se arrima… ¿eh, Nela? *A Celipín que a esta sazón sale de la casa con el cantarillo y se va por el primer término de la izquierda.* ¡A ver si vienes en un santiamén, que se acerca la hora! ¡No te entretengas papando moscas por ahí! *A Marianela.* Tú déjate querer, chiquilla; déjate querer. Esos Penáguilas tienen muchos dineros. Cada año una herencia… Y puede que éste sea el premio que a nosotros nos reserva Dios por la caridad de haberte recogido en casa, no dejando que te murieras por esos caminos, sola como un perro… *A Sinforoso, que vuelve por donde se marchó.* ¿Cómo va la mula, Sinforoso?

SINFOROSO. Todavía cojea; pero va mejor. Tanasio le dará otra untura a la tarde.

SEÑANA. Le estoy contando a ésta lo de la señorita Florentina.

SINFOROSO. ¡Ah, sí! Nos la vimos llegar de pronto como una paloma.

SEÑANA. Pues ¿y la suerte del señorito ciego? ¡Vamos, que abrir los ojos a los veinte años en la vida, si es que llega a abrirlos, y hallarse lo primero con esa cara de mujer! *La Nela baja los ojos estremecida.* ¿Es suerte o no es suerte?

SINFOROSO. Y tú no has estado en lo mejor. Don Manuel me ha dicho a mí lloriqueando, que, como el ciego vea, boda tenemos con la señorita.

SEÑANA. ¡Bah! Eso no hacía falta que lo dijera nadie. Se cae de su peso mismamente. *Marianela, presa de una angustia indecible, da unos pasos y se sienta luego desfallecida en el banco de piedra. Señana la mira con extrañeza grande, que le comunica en voz baja y aparte a su ilustre esposo.* ¿Ves lo que es esa perra maldita? Estamos hablando de lo que más le importa, nos vuelve las espaldas, y se va como si no fuera con ella.

SINFOROSO. Más cuenta le tendría morirse.

SEÑANA. No; ahora no… Eso no. Déjate estar, que si a la señorita Florentina se le ocurre favorecerla… Déjate estar, déjate estar.

SINFOROSO. *Mirando a la derecha.* Ya vienen allí la Mariuca y la Pepina. *Gritando hacia el fondo.* ¡Tanasio! ¡Vamos a almorzar hijo!

SEÑANA. Vamos a almorzar, que bien lo tenemos ganado.

Éntrase en la casa, llena la estrecha mente de astutos planes de codicia y rapiña. Su marido la sigue como la sombra al cuerpo.

SINFOROSO. Vamos a almorzar.

La Nela queda sola un instante. Cruzando las manos y elevando al cielo los ojos, resume así las torturas de su alma atribulada.

MARIANELA. ¡Te quieren quitar lo que es tuyo! ¡Sólo tuyo! ¿Qué va a ser de ti, pobre Nela?

Se levanta y se encamina como sonámbula hacia la derecha. Tanasio, el primogénito de los Centenos, que es un completo idiota, aparece despaciosamente por la izquierda del fondo. Mira a la Nela, porque sus ojos tropiezan con ella en el camino, se rasca la cabeza granítica, a ver si salta

chispa, y como no salta, sin abrir la boca se mete en la casa en busca del primer pienso cotidiano.

Por la derecha salen entonces la Pepina y la Mariuca, dos garridas mozas, de firme andar y traza robusta, enrojecidas de pies a cabeza por el polvillo de las minas. Visten falda corta mostrando media pantorrilla y el pie descalzo. Van flechadas hacia la casa.

PEPINA. Nela, ¿qué haces?

MARIANELA. Nada…

MARIUCA. ¡Buena vida! ¡Dichosa tú, que no tienes fuerzas para el trabajo! *Se entran en la casa las dos hermanas.*

Marianela sigue hacia la derecha sin rumbo fijo, y desaparece.

PAUSA. *Desalado vuelve Celipín por la izquierda. Trae consigo una gran noticia. Suelta en el suelo el cantarillo, y corre de un lado para otro buscando a Marianela.*

CELIPÍN. ¡Vivan mil años los hombres sabios! ¡Nela! ¡Nelilla! ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? *Presta oído hacia la puerta de la casa. De pronto la divisa, hacia la derecha.* ¡Allí la veo! *Llamándola.* ¡Nelilla! ¡Nela! ¡Corre! ¡Ven acá! ¡Ven acá, córcholis! ¡Lo que va a alegrarse la Nela! ¡Vivan los hombres sabios!

Sale por la derecha la Nela.

MARIANELA. ¿Qué quieres, Celipín?

CELIPÍN. Ven acá. Prepárate a oír lo más grande del mundo. Acabo de encontrarme a don Carlos, el hermano de don Teodoro, que va para su casa llorando y riendo de pura alegría. Le decía a don Ulises, el inglés: «Después de Dios, mi hermano; después de Dios, mi hermano».

MARIANELA. *Con gran ansiedad.* Pero, ¿qué?…

CELIPÍN. ¿Que qué? ¡Que don Teodoro le ha quitado las vendas de los ojos a tu señorito, y cuenta don Carlos que tu señorito dió un grito muy grande, y que ve como tú y como yo!

MARIANELA. *Con inefable sentimiento.* ¡Madre mía!

CELIPÍN. Un milagro parece; ¿no es verdad?

MARIANELA. ¡La Virgen santísima lo ha hecho!

Celipín. ¡La Virgen y don Teodoro!, ¡córcholis! Y lo mismo fué enterarme yo, Nelilla, que eché a correr para acá en tu busca, a contarte a ti la novedad primero que a nadie. ¿Quién se ha de alegrar más que tú, que tanto quieres a tu señorito?

Marianela. *Entre lágrimas.* Nadie… más que yo, nadie.

Celipín. Y como tengo este talento que Dios me ha dado, se me ocurrió de pronto una idea que te voy a decir.

Marianela. *Balbuciente*. Dímela, Celipillo.

Celipín. ¡Que me acompañes tú a los Madriles!

Marianela. ¿Eh?

Celipín. ¡Que te vengas conmigo allá! Yo no soy ciego, ni necesito lazarillos; pero tu amito el ciego ya no los necesita tampoco. ¿De qué sirves tú ya en Socartes?

Marianela. De nada… es cierto.

Celipín. Mientras que allí en Madrid te pones a servir en una casa grande, al paso que yo estudio las ciencias, y uno con otro nos animamos, y nos ayudamos en las fatigas que puedan venir.

Marianela. *Con resolución.* Sí, Celipillo: estoy conforme. Has pensado bien. Vámonos ahora mismo.

Celipín. ¡Córcholis!, ¡no tan pronto! ¿Tú no ves que ahora nos cogerían? A la noche, como te dije antes.

Marianela. *Repentinamente desalentada.* ¿Y a qué he de marcharme yo, Celipín?

Celipín. ¿Vas a arrepentirte?

Marianela. Es que pienso que no te serviría sino de estorbo.

Celipín. ¡Es que se te ha ablandado el corazón! ¡Aprende del mío, que es más duro que una de las peñas de la Terrible!

Marianela. No, Celipillo; no… Yo me quedo. Para ti es tiempo todavía: para mí ya es tarde.

Celipín. Pero, ¡córcholis!, *reflesiona:* ¿qué vas a hacer aquí, si tu amo tiene ya su vista? ¿Vas a seguir en casa con mis padres, para hacerte un

guijarro?

Marianela. No sé…

Celipín. ¿Vas a vivir con tu señorito?

Marianela. ¡No!

Celipín. ¿Vas a irte al pueblo con la señorita Florentina?

Marianela. ¡No!

Celipín. Pues entonces, ¡córcholis!, ¡recórcholis!, ¿adónde vas?

Marianela. *Con nuevo arranque, después de pasarse la mano por la frente, como si quisiera quitarse de ella todo pensamiento de duda.* Contigo.

Celipín. ¿Conmigo, Nelilla? ¿Por fin te decides?

Marianela. Sí. Y ha de ser esta misma noche.

Celipín. Sin falta.

Marianela. Lejos, lejos de Aldeacorba y de Socartes… Tú tienes razón, Celipillo. ¿Para qué sirvo aquí, si ya ven los ojos de mi dueño?

Celipín. Pues ahora, mucho disimulo. Voy a entrar ahí dentro con el agua, como si tal cosa. Hasta la noche.

Marianela. Hasta la noche.

Celipín. ¡Vivan las mujeres valientes y vivan los hombres de coraje! *Coge el cantarillo y entra en su casa con aire de conquistador.*

Marianela. Lejos, muy lejos… O con Celipín… o a la Trascava con mi madre, que aún está más lejos… *Clavándose en el pecho las manos como garras.* ¡A Aldeacorba no vuelvo más! ¡Aquellos ojos no me verán nunca! ¡Ampárame tú, Virgen santa! ¡Madre de Dios, madre mía, señálame tú mi camino!

De improviso, por la izquierda, llega Florentina gozosa, anhelante, iluminada, irradiando alegría, como una luz que la circunda y la corona. La Nela, alucinada al verla, cae de rodillas a sus plantas.

Florentina. ¡Nela!

Marianela. ¡Señora de los cielos!

Florentina. *Acudiendo a ella, desconcertada un punto.* ¿Qué dices? Levántate, muchacha…

Marianela. Dame tu mano, Virgen mía… guía mis pasos tú… *Se levanta.*

Florentina. ¡Pero Nela! ¡Nela! *La abraza conmovida.* ¿Qué tienes? No me asustes… no desvaríes, por Dios… ¡Nela!

Marianela. *Como despertando de un sueño.* La señorita Florentina…

Florentina. Sí; yo soy. ¿Es la alegría la que te ha trastornado?

Marianela. Sí, la alegría; si…

Florentina. ¿Sabes ya lo que pasa?

Marianela. Sí… Celipín se lo ha oído a don Carlos…

Florentina. ¡Y yo vengo corriendo desde Aldeacorba a decírtelo a ti! ¿Por qué no fuiste con el doctor, a sufrir y a gozar todos juntos? ¡Qué momento, Nela, cuando le descubrieron los ojos a mi primo! Su grito, su gesto, nos sobrecogió a todos. Retrocedía espantado, cerrándolos como si le asustara ver…

Marianela. ¡Pobrecito!

Florentina. ¡Qué cosa! ¡Qué milagro de Dios! En seguida el doctor volvió a vendarlo, y él, excitadísimo, trastornado, febril, pidió con ansia que lo dejara ver de nuevo. Don Teodoro tuvo que complacerlo, para que se calmase… Y entonces, Nela, la primera cara que vió fué la mía. ¿Y qué dirás tú que se le ocurrió preguntar? «¿Es ésta la Nela?». ¡Claro!, creía que estabas allí con nosotros. Y cuando se enteró de que era yo su prima, comenzó a gritar: «¡Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina!». Y luego me dijo: «¿Qué tienes en tu cara, primita mía, que parece la misma idea de Dios puesta en carnes? De tu cara salen como unos rayos… Estás en medio de una cosa que debe de ser el sol…». Y el doctor, oyéndolo, secreteaba con mi padre: «Principia a hacerse cargo de los colores». Ven allí, ven conmigo; que Pablo quiere verte.

Marianela. ¡Quiere verme!…

Florentina. Es natural, muchacha. Mira si preguntó por ti antes que por nadie. Ahora está descansando. En la alcoba no entra más que mi tío. ¡Qué alegría la del buen señor! ¡Qué llanto de alegría! Temimos que perdiera el juicio. Yo me puse a rezar y no pude: no sabía estar quieta. Y entonces

pensé que mi mejor oración era venir en busca tuya. Y aquí me tienes. Me miras de un modo particular chiquilla… ¿Por qué no dices nada? ¿No estás tú también contenta, como yo? Marianela. ¿No he de estar contenta? Eso sí… Florentina. ¡Corriendo y saltando he venido!

MARIANELA. ¿Por mí?

FLORENTINA. Por ti, Nela: por ti, hermanita mía. Yo quisiera que en estos días nadie estuviese triste en el mundo; quisiera poder repartir mi alegría, echándola a todos lados como echan los labradores el grano cuando siembran; quisiera poder entrar en todas las habitaciones miserables, y decir: «¡Ya se acabaron vuestras penas: aquí traigo yo remedio para todos!». Pero como esto sólo puede hacerlo Dios, yo me conformo con hacer lo que alcanzan mis fuerzas. Nela, despídete de esta gente y de esta casa; di adiós a cuantas cosas han acompañado tu miseria y tu soledad, y vente conmigo. Marianela. ¿Yo? ¿Con usted?

FLORENTINA. Conmigo, sí. Yo he hecho a la Virgen una promesa, si le daba la vista a Pablo: la de recoger al pobre más pobre que encontrase, para hacerle completamente igual a mí; para ofrecerle, no sólo mi bienestar material, sino eso que vale más que todas las limosnas: la consideración, la dignidad, el nombre… Tú has sido hasta aquí la cariñosa compañera de mi primo, su lazarillo, su guía en las tinieblas. Él repite que ha visto con tus ojos y ha andado con tus pasos… Tú me perteneces, Marianela: mi pobre eres tú. Dejarás de serlo, y a mi lado serás mi hermana. Dame la mano. *La Nela obedece maquinalmente.* Ven conmigo. *La Nela se desprende de ella.*

MARIANELA. No…

FLORENTINA. ¿Qué no?

MARIANELA. No, señorita; no…

FLORENTINA. No me llames ya señorita. Te he dicho que vas a ser mi hermana. Marianela. Eso no es posible.

FLORENTINA. ¿No ha de serlo? ¿Quién lo puede estorbar? ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Qué te pasa? ¿Por qué tiemblas, Nela? Estás convulsa, das diente con diente… tienes frío… Ven conmigo, que yo te curaré.

MARIANELA. *Clavando sus ojos en el rostro de Florentina, con expresión de una congoja suplicante.* No puedo, señorita; no puedo…

Florentina. Pues haré que venga quien te lleve…

Marianela. Si es que no puedo ir, señorita… Pero no porque me falten los pasos… Yo la quiero a usted, yo la quiero con todo mi corazón; yo la adoro como a la santísima Virgen… Déjeme que le bese el vestido.

Florentina. ¿Qué haces, Nela? ¿Otra vez deliras?

Me das miedo.

Marianela. Pero allá no iré… allá no iré.

Florentina. ¿Por qué no has de ir allá, criatura? ¿Qué terquedad es ésa? Anda, dame la mano.

Marianela. *Rehusándola.* ¡No, no! No puedo, no puedo ir allá…

Florentina. Me asustas, Nela… no sé comprenderte.

Marianela. ¡Pues no soy mala, señorita, no soy mala! *Abrasándose a ella con ciego arrebato.* ¡Yo quiero para ti y para él todo lo bueno de la tierra!

Florentina. ¡Pues ven tú y lo compartirás con nosotros!

Marianela. *Apartándose rápida y bruscamente de ella casi de un salto, y huyendo hacia el fondo.* ¡No! ¡Eso no! ¡Ir allá, no! ¡Adiós, niña mía!

Florentina. *Atribulada.* ¡Pero, Nela! ¿Estás loca? ¿Huyes de mí? ¡Nela! ¡Hermana!

Marianela. ¡Adiós, niña mía; adiós! *Desaparece.*

Florentina. ¡Nela! ¡Nela! *Llorando.* Pero, Dios mío, ¿qué es esto? ¡Nela!

Marianela. *Dentro, lejos.* ¡Adiós, niña mía!

Florentina. ¡Nela! ¡Nela! ¿Por qué se va? ¿Por qué me deja así? ¿Por qué no quiere mi cariño?

Sale de la casa Señana, inquieta y curiosa.

Señana. ¿Quién grita? ¡Señorita Florentina! ¿Usted? Pues ¿qué sucede?

Florentina. La Nela que se escapa… que huye…

Señana. *Colérica.* ¿Qué huye? ¿Qué se escapa?

Florentina. *Afligidísima.* ¡Que rechaza lo que le ofrezco!, ¡que no quiere cosa ninguna al lado mío! ¿Qué le he hecho yo, sino quererla? *Se*

sienta en el banco llorando.

SEÑANA. *Hecha un basilisco increpa a gritos a la Nela.* ¡Ah, perra ladrona! ¡Este pago tenías tú que darnos a todos! ¡La hija de la Canela habías de ser! ¡Hipócrita! ¡Malina! ¡Viva o muerta daré yo contigo!

MARIANELA. *Aún más lejos.* ¡Adiós, niña mía!

FLORENTINA. ¡Qué ingrata!

SEÑANA. ¡La Canela!… ¡la hija de la Canela!…

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación que fué de la señora de Penáguilas, en la casa de éste, en Aldeacorba. Una puerta a cada lado y otra al foro. La de la izquierda del actor, que es la más grande, da a una terraza que conduce a la huerta, y la del foro al dormitorio de Florentina. Muebles sencillos, primorosos y bien dispuestos. Adviértese en la estancia el cuidado de una mujer hacendosa… y bonita. La cortina que hay en la puerta del dormitorio es de blanca batista, guarnecida de fino encaje. Por la puerta de la terraza penetran la luz y los gratos olores de la huerta. Es por la mañana, en octubre.

Don Francisco Penáguilas está asomado a la puerta de la terraza, mirando a la huerta.

DON FRANCISCO. Tarda don Teodoro… Está Pablo tan impaciente… *Pausa.* Hermosa mañana. La lluvia ha refrescado la atmósfera.

Dentro, hacia la derecha, se oye la voz de Pablo.

PABLO. ¿Papá?

DON FRANCISCO. Aquí me tienes, hijo mío.

Se aproxima a la puerta de la derecha, por donde Pablo sale. Trae vendados los ojos.

PABLO. ¿No viene todavía el doctor?

DON FRANCISCO. Por este lado no aparece. Y él ya sabes que siempre viene por la huerta. Como no quiera sorprendernos hoy entrando por el otro lado…

PABLO. Va a dar lugar a que me desespere y, sin su permiso, me quite yo la venda.

DON FRANCISCO. No, no; cálmate; que ayer lo hiciste y se incomodó mucho.

PABLO. De labios afuera: para tenerme a raya. Luego le escuché decirle a usted por lo bajo qué ya no había cuidado.

DON FRANCISCO. ¡Ah, tunante! Pues sí que hay alguno. Bien claro lo repite él uno y otro día: «No se pasa de la ceguera a la luz, no se entra en los soberanos dominios del sol, como quien entra en un teatro. También en este nacimiento hay dolor». Has de tener paciencia, chiquillo.

PABLO. ¿Más de la que tengo, papá? De todas las horas del día, no me dejan los ojos libres sino dos o tres. ¡Y es una iniquidad que lo tengan a uno tanto tiempo a oscuras! ¡Luz!, ¡luz! ¡Así no se puede vivir! ¡Yo me muero! Necesito mi pan de cada día, necesito la función de mis ojos…

DON FRANCISCO. Hora llegará, Pablo, en que la ejercites a tu placer… Sosiégate, por el amor de Dios… sosiégate. Reflexiona. Esa excitación tuya, esa irritabilidad después del milagro, son una blasfemia.

PABLO. ¡Padre!

DON FRANCISCO. Sí, hijo mío, sí: yo comprendo tus ansias. Pero en ti y en mí y en todos nosotros no debe existir hoy otro sentimiento que el de gratitud hacia Dios, que puso a nuestro paso un hombre como don Teodoro Golfín…

PABLO. Cierto, muy cierto; yo me arrepiento de mis arrebatos. Mientras dure mi vida, todas mis palabras deben ser oraciones… Pero ¿por qué no viene ya el doctor? Mi prima Florentina, ¿por qué no me acompaña? La Nela, ¿dónde está?

DON FRANCISCO. Tu prima ha salido con su padre: han ido a ver a doña Sofía. ¿Tú sabes la que van a armar entre unos y otros? ¡Y muy a mi gusto! Nuestra alegría debe difundirse como luz santa, alumbrar a todos, llegar a todas partes, hijo. Es necesario que haya un día, uno siquiera, en Aldeacorba y en Socartes, que nadie olvide nunca; ¡un día en que todos adoren a Dios por obra y gracia nuestra!

Pablo. *Con vehemencia.* ¡Sí, sí! Florentina se pasa horas y horas cortando patrones para hacer por su mano trajecitos a los niños de las familias necesitadas. ¡Qué buena es mi prima! Doña Sofía organiza yo no sé qué rifa benéfica…

Don Francisco. Una rifa, y una becerrada, y una riña de gallos, y una función de titiriteros… ¡No descansa aquella cabeza!

Pablo. Y el tío Manolo creo que les va a dar una gran comida en el campo a todos los trabajadores de las minas.

Don Francisco. ¡Ah, sí! Y don Carlos les ha ofrecido un jornal extraordinario este mes. Tenía que ser así, Pablo. Esta ventura nuestra debía tocar a todos los corazones.

Pablo. ¿Y la Nela?

Don Francisco. Hijo mío, no hay modo de cazarla.

Pablo. ¡Qué raro! Pero ¿cómo no ha venido ella espontáneamente? ¿Le han dicho que yo la llamo a todas horas? ¿No venía antes a preguntar por mí todos los días? ¿No sabe que ya veo?

Don Francisco. ¿No lo ha de saber? ¿Quién lo ignora en estos lugares?

Pablo. ¡Entonces! No me explico… ¿Por qué no viene Marianela? Es tan vergonzosa esa chiquilla, tan modesta, que temo que le dé reparo venir, porque no estoy solo, como antes…

Don Francisco. Seguramente es eso.

Pablo. Ah, pues es menester que la traigan, que la convenzan; que le digan que yo la quiero ver. Ha sido mi compañera mucho tiempo; yo la quiero mucho… No es posible que yo la abandone.

Don Francisco. Pero si fué la misma Florentina por ella, y no quiso venir… y huyó la muy ingrata.

Pablo. Ingrata, no: la Nela no puede ser ingrata.

Pon Francisco. Que te lo cuente Florentina; que se tomó un disgusto tremendo… Hizo la promesa de recoger a un pobre, y eligió a Marianela. La iba a tratar como hermana suya. ¿Qué más podía pedir tu lazarillo, Pablo?

PABLO. *Con emoción; con preocupación.* Es verdad… Ser hermana de Florentina… Vivir a su lado… Yo quiero hablar con la Nela, padre.

PON FRANCISCO. Bueno, si… a ver si podemos conseguirlo.

PABLO. ¡La pobre! *Pausa.* ¿Es bonita la Nela?

PON FRANCISCO. ¡La Nela! ¡Infeliz! Ya la verás, ya la verás… Bonita, tu prima Florentina. A su lado todas parecen feas.

PABLO. Fué la suya la primera cara que vieron claramente mis ojos. ¿Se acuerda usted, padre?

PON FRANCISCO. ¿Cómo si me acuerdo? ¡Mil años que viva, tendré aquel momento presente!

PABLO. Pues ¿y yo? ¿Y aquel otro primer momento en que salí del mundo de las tinieblas? ¿Cómo no recordarlo toda la vida? ¡Qué grito di más espantoso! Aún me resuena en el cerebro. El espacio iluminado era para mí como un abismo en que cala. Por instinto de conservación cerraba los ojos. ¡Qué absurdo!, ¿verdad? Entraban las imágenes en mi cerebro atropelladamente con una especie de brusca embestida: a mí me parecía chocar con todos los objetos. Las montañas lejanas se me figuraban como al alcance de la mano. ¡Qué excitación en mis nervios, en mi fantasía! ¡Qué sacudida, qué trastorno en todo mi ser!

DON FRANCISCO. Don Teodoro va a hablar del hecho en una revista de Ciencias. Dice que es el segundo caso de ceguera congénita que ha curado.

PABLO. ¡Oh! ¡Y yo lo leeré por mí mismo! ¡Bendito sea Dios que me ha concedido esta gracia! Mi interior está lleno de una hermosura que antes no conocía. ¿Qué cosas pudieron entrar en mí para causarme aquel terror? La idea del tamaño, que yo no concebía sino de una manera imperfecta, se me presentó clara y terrible.

DON FRANCISCO. ¿Y cuando viste aquel vaso de agua y dijiste que se te antojaba que la bebías con sólo verla?

PABLO. ¿Y cuando me presentó el doctor un espejo yo me quedé absorto mirando aquello que me parecía agua dura y quieta, y viendo allí mi imagen retratada? ¡Cuánto me río ahora de mi ridícula vanidad de ciego; de mi necio empeño de apreciar el aspecto de las cosas, sin vista! Creo que eternamente

me durará el asombro que me produjo la realidad. ¡La realidad! Acaso Dios quiso darme una lección tremenda, haciéndome ver antes que otro alguno el rostro de mi prima. ¿Qué podía saber de la fealdad ni de la belleza quien vivió en la sombra?

DON FRANCISCO. Refiriéndose a eso, un día, antes de resolverse a hacer la operación, me hablaba don Teodoro comunicándome sus dudas. Decía que era tu vida la vida interior; la vida de la ilusión pura; temía convertirte de ángel en hombre. Pero convino al cabo en que hacerte hombre era el deber de la Ciencia y el suyo.

PABLO. Sí, sí, ya son exactas mis ideas; ya aprecio en su verdadero valor las cosas; ya conozco la realidad. Y en toda la realidad del universo no hay hermosura comparable a la de los ojos de Florentina. ¿Verdad, padre?

DON FRANCISCO. Verdad mil veces. Y son más bellos todavía, por la luz que les presta su alma.

PABLO. Verdad también. Anoche me dijo que si la Nela no parecía, hoy recogía a otra pobre.

Aparece sigilosamente en la puerta de la terraza Teodoro Golfín, y hace a don Francisco una seña de que no le descubra. Después otra, indicándole que aleje a Pablo. Don Francisco las entiende las dos.

DON FRANCISCO. Temo que te hayas excitado mucho, hijo. ¡Pícaro palique! ¿Por qué no vuelves a tu cuarto?

PABLO. Más me excita la soledad.

DON FRANCISCO. Sí; pero yo quiero que cuando venga don Teodoro te encuentre allí.

PABLO. ¡Don Teodoro! ¡Lo que hoy rae está haciendo padecer don Teodoro! ¿Ha entrado alguien?

DON FRANCISCO. Aquí no, hijo mío. Anda, vete allá; que ahora iré yo, a darte compañía en silencio.

PABLO. Avíseme usted si llega Florentina. *Se marcha por la puerta de la derecha.*

DON FRANCISCO. *A Teodoro, con gran interés, así que así va Pablo.* ¿Qué hay?

TEODORO. Nada malo; no se inquiete usted. He cazado a la Nela.

DON FRANCISCO. ¡Por fin! ¡Cuánto va a alegrarse mi hijo!

TEODORO. No le diga usted nada todavía.

DON FRANCISCO. ¿No?

TEODORO. No. Déjeme usted a mí hablarle del caso.

DON FRANCISCO. Ah, bien.

TEODORO. Váyase usted con él, mientras yo acomodo y tranquilizo a Mariquilla, y luego baje al patio a buscarme, y hablaremos los dos.

DON FRANCISCO. Conforme. ¿Y cuándo le quita usted hoy la venda? Está muy nervioso.

TEODORO. Ya, ya. Tiempo hay de todo, don Francisco.

DON FRANCISCO. Lo que usted haga, está bien hecho. Hasta ahora. *Vase por donde Pablo.*

Teodoro desaparece unos momentos. Queda la escena sola. Luego vuelve, trayendo a Marianela de la mano:

Viene la muchacha como prisionera, avergonzada, recelosa, protestando en lo íntimo de su ser.

TEODORO. ¿Ves como no hay nadie? Llegamos a puerto seguro. Entra sin cuidado, chiquilla.

MARIANELA. *Temblorosa, asustada.* ¿Y Pablo?

TEODORO. Pablo no sale de su habitación sin permiso mío. No tienes nada que temer. Pero ¡qué bueno es esto! ¡La Nela, escondiéndose del pobre Pablo, y el pobre Pablo sin otro pensamiento que el de ver a la Nela!

MARIANELA. Pablo no quiere verme ya.

TEODORO. ¡Pues no habla de otra cosa!

MARIANELA. Pues no quiere verme.

TEODORO. ¿En qué te fundas para creerlo? *La Nela calla.* Ven acá. Quiero que hables conmigo con la confianza de otras veces. Haz cuenta de que soy tu padre.

MARIANELA. Yo no tengo padre.

TEODORO. Por eso. Pero, en fin, si lo prefieres, haz cuenta de que soy el cura de Villamojada que viene a confesar a la Nela. *La chiquilla sonríe con tristeza.* Acércate a mí. *Obedece, y cae delante de él de rodillas, como si de veras se fuese a confesar*. No, tonta; así no: con menos ceremonia. Me falta la sotana para permitir que te arrodilles. Siéntate a mi lado. Así, así. Sospecho yo que deseabas encontrar una persona con quien desahogarte; a quien contarle tus penillas. ¡Pobre Marianela! Estás demasiado sola en el mundo.

MARIANELA. Por eso quería quitarme de él.

TEODORO. ¡Qué disparate! ¿Ya eso ibas cuando te sorprendí en la boca de la Trascava?

MARIANELA. Sí, señor.

TEODORO. ¿Ibas a arrojarte a aquel agujero espantoso?

MARIANELA. Sí, señor. Primero pensé escaparme con Celipín; pero luego me resolví a irme con mi madre. Allí está mi madre.

TEODORO. ¿De dónde has sacado tal idea? ¿A unos cuantos huesos sin vida llamas tu madre? ¿Crees que ella sigue viviendo, pensando y queriéndote en aquella caverna? ¿Nadie te ha dicho que las almas, una vez que sueltan su cuerpo, jamás vuelven a él? ¿Nadie te ha dicho tampoco que tu madre cometió un gran crimen al darse la muerte? El mismo que ibas tú a cometer. ¿Qué bien pensabas alcanzar arrojándote allí?

MARIANELA. ¡Ay! Un bien que quizás usted no comprenda: el de no sentir nada de lo que ahora siento.

TEODORO. ¿Tan doloroso es, Nelilla?

MARIANELA. Para no pensar sino en la muerte, señor. Yo sé que los que se mueren y son buenos logran allá toda la ventura que aquí les falta.

TEODORO. Pero si yo te he conocido hace unos días gozosa y satisfecha, ¿cómo puede ser este cambio? ¿Cómo ahora no quieres vivir?

MARIANELA. ¡Vivir sí que quisiera!

TEODORO. ¿Quisieras vivir, e intentas matarte?

MARIANELA. ¡Pues quisiera vivir!

TEODORO. Pues vive, criatura. En esta casa te quieren todos. ¿Por qué rechazas la mano fraternal que te tiende la señorita Florentina?

MARIANELA. *Con energía.* ¡Porque esa mano es la que me mata!

TEODORO. ¿Qué dices?

MARIANELA. ¡Eso, eso digo!… ¡Lo que me ofrece la señorita Florentina es la muerte!

TEODORO. ¿La muerte llamas a una protección tan generosa? La muerte es la que tú ibas buscando en la Trascava.

MARIANELA. Por huir de esa otra. ¡Entre las dos, aquélla; mil veces aquélla!

TEODORO. Marianela, nunca te he visto de este modo… No sabía yo de tu rebeldía… *Tomándole una mano.* Estás febril, trastornada por el cansancio y el delirio… Los días que llevas de atormentado vagar te han traído a este estado de excitación y de locura. Serénate, muchacha… Todo se puede remediar. Respóndeme a esto: ¿eras tú dichosa antes de que yo llegara a Socartes?

MARIANELA. Sí, señor.

TEODORO. ¿Y cuándo has dejado de serlo?

MARIANELA. Cuando usted vino.

TEODORO. Pues ¿qué males he traído yo, criatura?

MARIANELA. Ninguno: no ha traído usted sino grandes bienes.

TEODORO. Yo he dado la vista a tu amo; ¿no me agradeces esto?

MARIANELA. *Entre lágrimas.* Mucho, sí, señor; mucho. Teodoro. Y Pablo te quiere. Día y noche no deja de llamarte. No parece sino que la luz de sus ojos no la quería sino para ver a la Nela.

MARIANELA. *Con despecho y brío.* ¡Para ver a la Nela! ¡Para ver a la Nela! ¡Pues no verá a la Nela! ¡La Nela no se dejará ver!

TEODORO. ¿Y por qué no?

MARIANELA. ¡Porque no! ¡Porque la Nela no quiere que la vean nunca aquellos ojos que han visto ya a la señorita Florentina! ¡Las cosas feas se deben morir!

TEODORO. No, hija mía; no. Ésa es una idea equivocada; absurda. Tú, por haber vivido en salvaje contacto con la naturaleza, es natural que

discurras así. Pero hay belleza superior a la de la hermosura; dones del alma, Nela, que ni son ajados por el tiempo ni están sujetos al capricho de los ojos. ¡Que las cosas feas se deben morir! *Bromeando.* ¡Ave María Purísima! ¿Tú me has mirado bien a la cara? ¿En dónde debería yo estar entonces? *Marianela sonríe.* Pero si eso es absurdo, ese grito de tu corazón me ha hecho ver en él tan claro como en los ojos de tu amito. Sí, Nelilla, sí; yo sé bien lo que a ti te ocurre…

MARIANELA. ¿Lo sabe usted?

TEODORO. *Mirándola a los ojos.* Como si lo estuviera leyendo. *La Nela, avergonzada, se cubre el rostro con las manos.* ¡Y es tan lógico que hayas dado ahí!… Eres sentimental, eres soñadora… Ni entre las cestas en que duermes está quieta tu fantasía. Has llevado con Pablo la vida libre y poética de la naturaleza, siempre juntos, en inocente intimidad… Él es discreto, apasionado, noble; su corazón y su inteligencia cautivan. No es extraño que te haya enamorado a ti, que eres una niña casi mujer, o una mujer que parece niña. ¿Lo quieres mucho; lo quieres más que a todas las cosas?

MARIANELA. *Sollozando* Sí, señor… lo quiero más que a todas las cosas que ha hecho Dios y que pueda hacer… Si mi amito se hubiera muerto, yo no viviría, porque también me hubiera muerto.

TEODORO. Y es claro: no puedes soportar la idea de que él te deje de querer.

MARIANELA. ¡No, no, señor!

TEODORO. Te ha dicho palabras amorosas, te ha hecho juramentos…

MARIANELA. ¡Aunque así no hubiera sido, no lo soportaría! Pero sí me los ha hecho, sí. Me ha dicho cien veces que yo sería su compañera por toda la vida. Y yo lo creí.

TEODORO. ¿Y por qué no ha de ser verdad?

MARIANELA. ¡Porque no puede ser! Fué verdad mientras él, allá en sus tinieblas, me tenía por bonita. Pero ahora…

TEODORO. *Traspasado de compasión.* Ahora… ya veo que yo tengo la culpa de todo.

MARIANELA. La culpa, no… porque usted ha hecho una buena obra… Es un bien que él haya sanado de sus ojos pero, después de esto yo debo desaparecer… No me verá no… No me comparará con la señorita Florentina, porque eso sería comparar el sol con un pedazo de espejo roto. ¿Por qué nací? ¿Por qué me hizo Dios fea, si había de darme este corazón? ¿De qué me sirve más que de tormento? Me empuja a aborrecer, y yo no quiero aborrecer. Por eso huyo… Ya ven los ojos de mi amo… ¿verdad?… pues yo en la sombra ahora, en las tinieblas, debajo de la tierra misma… donde su luz no llegue. *Silencio. La Nela llora acongojada.*

TEODORO. Dime: la protección de la señorita Florentina ¿qué sentimientos ha despertado en ti?

MARIANELA. ¡Miedo!… ¡Vergüenza!… ¡Vivir con ellos viéndolos juntos a todas horas… porque se casarán, se casarán!

TEODORO. Pero Florentina es muy buena; te querrá mucho…

MARIANELA. Yo la quiero también a ella; pero aquí, no; en Aldeacorba, no. *Con exaltación y desvarío.* Ha venido a quitarme lo que es mío… porque era mío, sí, señor… era mío. Florentina es como la Virgen… Yo le rezaría… pero ha venido a quitarme lo que es mío… ¡me lo ha quitado ya! ¿Adónde voy yo ahora? ¿Qué soy ni qué valgo? ¡Lo perdí todo! ¡Me voy con mi madre!

TEODORO. *Deteniéndola fuertemente por la muñeca.* Ven acá. Desde este momento, que quieras que no, te hago mi esclava. Te cazo con trampa en medio de los campos, fierecita silvestre. No has de hacer sino lo que te mande yo. Allá veremos si sé tallar este diamante. Yo descubriré otro nuevo mundo en tu alma. Yo te enseñaré que hay una preciosa virtud, la madre de todas, la humildad, cuyo germen vive dentro de ti, por la cual gozamos de vernos inferiores a nuestro prójimo… Yo te enseñaré que la abnegación y el sacrificio dan horas felices… ¡Pobre Nela! Has nacido en una sociedad cristiana, y ni siquiera eres cristiana… Pero todo lo sabrás; tú serás otra; tú dejarás de ser la Nela, yo te lo prometo. Adelante, adelante.

MARIANELA. *Como sugestionada por las palabras de Golfín.* Bueno… Sí, señor… Yo no me separaré de usted, seré su esclava, como usted ha dicho…

TEODORO. Así me gusta.

MARIANELA. *Con súbito miedo.* Pero ¡lléveme usted de aquí… vámonos de esta casa!

TEODORO. ¿Por qué, inocente?

MARIANELA. ¡Porque no quiero estar aquí! *Estremeciéndose de pronto y ahogando un grito.* ¡Oh!

TEODORO. ¿Qué? ¿Qué tienes, Nela? *Tocando su frente y sus manos.* Chiquilla, estás helada… ¿Qué te pasa, mujer? Marianela. *Con espanto y angustia.* ¡Viene!

TEODORO. ¡No!

MARIANELA. *Queriendo esconderse entre los brazos de Golfín.* ¡Sí, sí viene! ¡Es Pablo!, ¡es Pablo!

TEODORO. No, tontuela… no es Pablo… Cálmate… ¿No ves? *Señalando a la puerta de la terraza.* Es la señorita Florentina.

MARIANELA. *Separándose de él, amedrentada, inquieta turbadísima, la mirada baja.* ¡La señorita Florentina!

Llega Florentina, en efecto. Viene tocada de un sutil y negro velito, que realza su hermosura.

TEODORO. ¿Eh, qué tal?… ¿Soy buen cazador de mariposas?

FLORENTINA. *Sorprendida y alegre.* ¡Marianela! Marianela. *Mirándola con inefable expresión.* Señorita… Florentina. *Acercándosele cariñosa.* ¿Por fin has querido venir a vernos?

TEODORO. No, no; por fin he conseguido yo que venga. *Marianela baja los ojos.* Esta picarona se había vuelto loca y andaba errante por esos campos de Dios, comunicándose con el sol, con la luna, con los árboles y con las peñas, sus amigos y consejeros de toda la vida. ¿Verdad, Nela? Marianela. *Tímidamente.* Sí, señor; sí.

TEODORO. Pero ahora lo vamos a ser nosotros, que por lo menos hablamos más claro.

FLORENTINA. Y la queremos más, aunque la hayamos conocido más tarde. Y aunque ella no nos quiera.

MARIANELA. Yo sí los quiero a ustedes mucho. Florentina. ¿En dónde la ha encontrado usted?

TEODORO. Por ahí. Me dieron el soplo del sitio en que estaba…

FLORENTINA. ¿Quién?

TEODORO. El perro.

FLORENTINA. ¿*Choto*?

TEODORO. *Choto*. ¡Pregúnteselo usted!

FLORENTINA. ¡Y me contestará! Porque no le falta más que hablar a ese animalito.

TEODORO. Ni aun eso: habla también. Venía yo para acá distraído, cuando de repente veo que *Choto* se llega a mí, jadeando y dando brincos y vueltas y más vueltas. Yo, aunque sé algunas lenguas, en la canina estoy poco fuerte, y no le hice caso. Pero *Choto* entonces me empezó a insultar a ladridos, repitió con mayor anhelo sus vueltas a mi alrededor, y me vino a decir, con todas sus letras, que echara pie atrás y que lo siguiese. Y lo seguí en buen hora… y dimos con esta pajarita. Hay que recompensar a *Choto*.

Marianela está pálida, descompuesta, con señales de una espantosa alteración física y moral. Florentina lo advierte y se le acerca de nuevo con gran cariño.

FLORENTINA. Pero ¿qué te pasa a ti, Marianela? Tiemblas, tienes frío… ¿No la ve usted, doctor?

TEODORO. Sí, sí… Está agotada de cansancio y de fiebre… Necesita reposar primero que nada.

FLORENTINA. Pues aquí… en mi alcoba… *Cogiéndola de la mano.* Ven.

La Nela dirige una mirada a Teodoro.

TEODORO. ¿Qué quieres?, ¿irte mejor conmigo? *La Nela calla.* Con franqueza: ¿me quieres a mí más que a Florentina?

FLORENTINA. Dilo: yo no me enojo.

Sonríen Golfín y Florentina. Marianela mira a una y a otro sin contestar nada. Por último fija sus ojos en Golfín.

TEODORO. *Bromeando.* Se me figura que soy el preferido Sobre gustos no hay nada escrito, Florentina; pero, si ha de escribirse algo, que no sea esto.

MARIANELA. *Esforzándose en sonreírle a Florentina y tendiéndole débilmente una mano.* No se enoje usted.

FLORENTINA. No, tonta. Anda, ven a mi habitación. Ahí descansarás.

TEODORO. Sí, Nela: te hace falta dormir un poco… Déjate llevar por la señorita Florentina. Luego volveré yo a seguir charlando contigo, y a llevarte en mi compañía, y a contarte un cuento precioso.

FLORENTINA. Anda, ven. *Amorosamente conduce a su dormitorio a Marianela, que va profundamente abatida y marchita.*

TEODORO. *Viéndolas trasponer las blancas cortinas de la alcoba.* Si yo fuera pintor, pintaría ese cuadro. *Se asoma luego a la terraza.* Como pintaría ese arco iris, que ahora mismo nace ahí en el bosque de Saldeoro, y se apoya por el otro extremo tras de los cerros de Ficóbriga, junto al mar. *Lo contempla un punto. Después va a la puerta del dormitorio de Florentina y mira curiosamente hacia dentro.* La arropa con todo cuidado y la acaricia… Y ahora la besa. *Separándose de la puerta.* Exactamente igual que mi cuñada Sofía hace con su perrito. *Pausa. Medita paseando.* Es la misma bondad esta Florentina… Es más que la bondad: es la caridad misma, aposentada en una linda figura de mujer. *Espera un instante.*

Sale Florentina de su alcoba. Hablan a media voz.

FLORENTINA. Pronto dormirá. ¡Pobrecita! Su postración y su tristeza me dan miedo. ¿No, doctor?

TEODORO. La salvaremos, Florentina. Es inconcebible lo que sufre esa alma. ¡Soberano espíritu mal alojado! El cuerpecillo es miserable.

FLORENTINA. ¡Qué lástima!

TEODORO. ¿Dónde pensará usted que la cogí? Fortuna ha sido el encuentro de *Choto*.

FLORENTINA. ¿Dónde?

TEODORO. En la misma boca de la Trascava, resbalando ya hacia el abismo.

FLORENTINA. ¿Quería matarse?

TEODORO. Sí.

FLORENTINA. *Aterrada.* ¡Jesús!

TEODORO. Dice que su madre está allá dentro y que se iba a juntar con ella.

FLORENTINA. ¡Qué espanto! Pero ¿por qué quería matarse?

TEODORO. *Esquivando la contestación.* Ya nos lo explicará. En cuanto a Pablo, ni una palabra de esto Florentina. ¿No?

TEODORO NO. Podría dañarle. Sobrados motivos de excitación tiene él para que añadamos uno tan poderoso. Hoy lo dejo prisionero en su cuarto, en castigo de la barrabasada de ayer.

FLORENTINA. *Con vehemencia.* Pero ¿ya no hay peligro ninguno?

TEODORO. Ninguno. Sólo que conviene asustarlo para que sea prudente. Y ahora voy al patio, donde me aguarda el patriarca.

FLORENTINA. Está bien. *Vuelve a la puerta de su dormitorio y observa desde allí a la Nela.*

TEODORO. ¿Duerme?

FLORENTINA. Creo que sí.

TEODORO. Era natural. No tardaré en subir y trataremos de ella.

FLORENTINA. Hasta luego, entonces.

TEODORO. Hasta luego. *Vase por la puerta de la derecha. Queda sola la señorita de Penáguilas, cuyo ánimo parece conturbado por desconocidas emociones. Quítase el velito, que dobla y guarda cuidadosamente. Se asoma otra vez a su habitación, pendiente de la Nela. Al fin se pregunta.*

FLORENTINA. ¿Por qué huyó de mí esta criatura?… ¿Por qué después ha intentado matarse?… ¿Por qué me mira de ese modo?… *Siéntase junto a la puerta de la terraza, dominada por estas ideas.*

A poco, por la puerta frontera sale Pablo, descubiertos los ojos, y se dirige derechamente a ella con gozoso semblante.

PABLO. ¡Primita!

FLORENTINA. ¡Pablo! ¿Qué es esto? ¿Has visto al doctor?

PABLO. No; no lo he visto. ¿Ha venido ya?

Florentina. Sí. Pero ¿quién te ha quitado la venda?

Pablo. Yo solo.

Florentina. ¡Como ayer! Va a reñirte.

Pablo. Me defenderé. Me defenderás tú.

Florentina. Yo, no. Hay que hacer lo que él manda.

Pablo. Tú verás como tengo disculpa. No te enfades conmigo, aunque siempre me pareces bonita. Oye lo que ha sido. Estaba en mi cuarto, enteramente solo, esperando que llegara el doctor, pensando en ti, pensando en la Nela, hablando con todos sin hablar con ninguno, cuando entró Pachín buscando a mi padre.

Florentina. ¿Pachín?

Pablo. Pachín: ese pequeñuelo que lleva las vacas a la pradera.

Florentina. Si lo conozco, simple. ¡Pues charlo yo poco con Pachín!

Pablo. Bueno, pues aproveché su entrada para darle suelta a mi ansia de hablar, y figúrate que me pregunta: «Señorito Pablo, ¿usted no ha visto nunca el arco iris?».

Florentina. ¡Demonio de Pachín!

Pablo. «¡Pues ahora mismo hay uno muy hermoso en el cielo!». ¿Quién oye esto, Florentina, y no se quita de los ojos cien vendas que tuviese, para ver esa maravilla de la luz? Sentí una curiosidad infinita, superior a toda mi prudencia, y corrí al balcón. Quedé asombrado al ver el arco iris; mudo de admiración y fervor religioso. No sé por qué, mirándolo, evoqué la armonía del mundo. Ni sé por qué tampoco, ante la perfecta unión de sus colores, me acordé de ti.

Florentina. ¿De mí, Pablo?

Pablo. De ti, Florentina. Igual sensación tuve cuando te vi por vez primera. El corazón no me cabía en el pecho: quería llorar, lloré… y las lágrimas nublaron un instante mis ojos. Te llamé, no me respondiste… no estabas junto a mí… Cuando mis ojos pudieron ver de nuevo se había desvanecido el arco iris… Por eso he venido a buscarte.

Florentina. Para que nos riñan a los dos a la vez…

Pablo. No nos reñirán. Si yo estoy ya bueno.

FLORENTINA. Le echaremos la culpa de todo al arco iris.

PABLO. *Riéndose.* ¡Eso es! Dime: ¿dónde te has ido esta mañana?

FLORENTINA. ¡Vaya una pregunta indiscreta! ¿A ti qué te importa?

PABLO. ¿No me ha de importar, si son pasos tuyos? ¿Qué has hecho? Dímelo. ¿Has ido otra vez en busca de la Nela?

FLORENTINA. No; pero te aseguro que la Nela parece. Pablo. ¿Sí?

FLORENTINA. Sí. Muy pronto la verás. Le he encargado a *Choto* que la busque.

PABLO. ¡Qué ocurrencia! Pero, mira. *Choto* ha de encontrarla. Has hecho bien. Florentina. ¡No te digo!

PABLO. ¡Pobre Mariquilla! Tengo un ardiente deseo de verla. ¿La protegeremos, verdad? Hay que protegerla, Florentina. ¿No te parece?… Protegerla… *Pausa.* ¿En qué estás pensando, primita?

FLORENTINA. En la Nela. Temo por su razón… No se me olvida que la otra tarde me creyó la Virgen María y me besó el vestido.

PABLO. La Nela, en su ignorancia, te simboliza en la Virgen María toda idea religiosa, de belleza, de bondad y de perfección. Por eso te confundió con ella.

FLORENTINA. No digas herejías.

PABLO. ¡Infeliz muchacha! Tiene ideas muy extravagantes… La única luz que recibía su espíritu se la daba yo, que era ciego, que desconocía la realidad, y contribuía sin quererlo a aumentar sus errores. ¡Gracias a Dios, ya hay lógica en todas mis ideas, en todos mis afectos! ¡Florentina! Mira cómo tiemblo de dicha al lado tuyo.

FLORENTINA. Bien, bien… Déjame. Anda, ya que has visto el arco iris, vuélvete a tu cuarto, cúbrete los ojos, y no sepa nada de esto el doctor.

PABLO. Ahora me marcharé Cada día que pasa te encuentro más bonita que el anterior, lo que quiere decir que cada día descubro un imposible. Me parece que nunca te he visto bien hasta el momento en que te veo. ¡Si me cuesta trabajo creer que hayas existido durante mi ceguera! No, no; lo que me ocurre es que naciste en el momento en que se hizo la luz dentro de mí; que te creó mi pensamiento en el instante de ser dueño del mundo visible…

Florentina. *Llena de turbación amorosa.* Pablo…

Pablo. Escúchame, Florentina, o me muero. Tú te fundes con todo lo que pienso yo, y tu persona es como un recuerdo para mi alma.

Florentina. ¿Un recuerdo de qué?…

Pablo. ¿Lo sé yo acaso? Yo no he visto nada hasta ahora. ¿Habré vivido otra vida antes que ésta? Es posible… quizás… Lo único cierto, Florentina, es que yo, sin ver tenía noticias de esos ojos tuyos, y que no me importaría quedarme ciego nuevamente después de haberlos visto.

Florentina. ¿Quieres callar, Pablo?

En este instante asoma, tras las blancas cortinas del dormitorio, el rostro angustiado y lívido de la Neta, quien, desgarrada de dolor y sin fuerzas apenas para tenerse en pie, escucha las palabras de los enamorados.

Pablo. Tus ojos son lo más hermoso que ha hecho Dios. ¿Qué son ante ellos ni las flores más lindas, ni las aguas más transparentes, ni los montes azules, ni la misma luz descomponiéndose en los cielos? Yo creí enloquecer un día con la idea de ver: si me hubieran dicho, y yo hubiera podido comprenderlo en mis sombras, que iba a mirar mi imagen retratada en tus ojos, hubiera enloquecido. ¡Florentina, luz de mi vida, amor mío, quiéreme como yo te quiero!

Florentina. Pablo… ¿Qué es esto, Pablo?… ¿Qué pasa por mí?… *Separándose bruscamente de él, que la abraza.* ¿Quién?

Inopinadamente llega Teodoro por donde se marchó. De una rápida ojeada se hace cargo del cuadro y experimenta viva contrariedad.

Pablo. ¿Qué? *Viendo a Golfín, con gran desconcierto.* ¡Ah! Señor doctor…

Florentina, que al mismo tiempo que al doctor ve a la Nela, baja los oíos ruborosa.

Teodoro. *A Pablo, enérgicamente.* ¿Qué significa, Pablo?… ¿Por qué está usted así? Váyase a su cuarto ahora mismo y cúbrase inmediatamente los ojos.

Pablo. Perdóneme usted.

TEODORO. Son ya muchas imprudencias, Pablo. A su cuarto en seguida.

Pablo se vuelve para obedecer, y ve a la Nela, que instintivamente ha salido del dormitorio de Florentina, y que parece una estatua de la tristeza.

PABLO. ¿Eh?… ¿Quién…? *Absorto.* ¿Es ésta la pobre que has recogido, Florentina? ¿Es ésta quizás?… *Marianela da un paso hacia Pablo, tendiéndole su mano áspera y morena. Pablo la coge sólo un momento, y a su contacto lanza un grito desgarrador, en que grita toda su alma.* ¡Oh!

La Nela, como si se sintiese atravesado el corazón por agudo puñal, vacila y va a caer. Florentina la auxilia y la sostiene.

FLORENTINA. ¡Nela!

Teodoro observa mudo e inmóvil, pero íntimamente alterado; con la ansiedad predecesora de las grandes catástrofes de la vida. Hay un silencio trágico.

MARIANELA. *Respondiendo al fin, con voz apenas perceptible, al grito de Pablo y a su mirada atónita.* Sí… señorito mío… yo soy la Nela.

PABLO. Eres tú… eres tú…

TEODORO. Retírese, Pablo; se lo ruego. Se lo ordenaré si es preciso.

Pablo echa a andar de nuevo, sin poder desviar sus ojos de la Nela. Ésta entonces lo detiene llamándolo, más bien que con la voz con el gesto y con la mirada, que siente Pablo como si lo mirasen desde el fondo de una sepultura.

MARIANELA. Pablo…

Llegase Pablo a ella. Marianela le coge una mano, y tomándole otra a Florentina, las une, las besa con supremo amor, y las aprieta juntas contra su pecho. Y como si el esfuerzo realizado agotara las últimas energías de su grande espíritu y de su cuerpecillo mezquino y enfermo cae desplomada en tierra. Acuden a ella Teodoro y Florentina. Pablo retrocede con espanto.

FLORENTINA. ¡Nela! ¡Hermana mía!

TEODORO. ¡Marianela! ¡Tenía que suceder!

FLORENTINA. ¡Nela! ¡Nela! Pero ¿qué es esto?

TEODORO. ¡Esto es la muerte, Florentina!

PABLO. *Balbuceando.* ¡La muerte!…

FLORENTINA. ¿La muerte? Pero ¿qué la mata?

TEODORO. *Con desesperación.* ¡Los ojos que la vieron!

PABLO. *Transido de dolor, anonadado.* Los ojos que la vieron…

FLORENTINA. ¡Hermana mía! ¡Nela!

TEODORO. ¡Nela! ¡No hay remedio!, ¡es la muerte! La realidad que ha sido para él nueva vida, ha sido para esta infeliz dolor y asfixia, la humillación, la tristeza, los celos… ¡la muerte!

PABLO. *Expresando con infinita pena y amargura la tremenda conmoción de su alma*. ¡La muerte! ¡La mataron mis ojos!

FIN

Madrid, julio, 1916.

LA HISTORIA DE SEVILLA

ROMANCE

CON MÚSICA DE FRANCISCO BRAVO

Estrenado en el **Teatro Lara** el 7 de febrero de 1917

Hércules me edificó,
Julio César me cercó
de muros y torres altas,
y el Rey Santo me ganó
con Garci-Pérez de Vargas.

A PASTORA IMPERIO,
famosa sevillana, gentil
inspiradora de este romance,
con la admiración y la simpatía de
LOS AUTORES.

LA HISTORIA DE SEVILLA

Estaba er señó *Don Hércules*
aburrío en er planeta,
buscando un rincón de grasia
donde poné una taberna,
cuando ar pasá por er sitio
en que hoy está la Alamea
(que por eso desde entonses
yeva ya er nombre que yeva),
se paró como embobao,
respiró con toa su fuersa,
miró ar suelo, miró ar sielo,
y dijo: —¡*Gachó*, qué tierra!
Y ya está. Con cuatro tablas,
cuatro bancos, cuatro mesas,
dos barriles, una tisa,
un gato, dos ratoneras,
dose chatos, dose cañas
y dos carteles de feria,
abrió el establesimiento,
y así fué y puso en la muestra,
en latín, que era el idioma
que en tiempos se hablaba en *Serva*:

«Aquí hay jerez, hay casaya,
mansaniya sanluqueña,
vino blanco der Condao
y unas *tapas* que marean».
Tapas son boqueronsitos,
rajitas de cosas buenas,
asitunas, queso, gambas…
Empapantes, según Séneca,
que era de Córdoba, y tuvo
la grasia que tiene er Guerra.

Pos, señó, que sierto día
que estaba la tasca yena,
y había cola de marchantes
hasta la misma *Barqueta*,
pasó por ayí sirbando
un Don Nadie: ¡Julio Sesa!
Pasó hasiéndose er *panoli*,
como aquer que no se entera,
pero con er rabo’el ojo
leyó hasta er libro de cuentas
—que son las apuntasiones
que en er mostradó se yevan—.
Carculó que aquer negosio
era mayó que la *Venta*,
y agarrando por las plumas
a uno que estaba a su vera,
que era sus pies y sus manos,
le dijo en romana lengua:
—Vamos a meté la pata,

a armá bronca, a armá pelea,
a repartí cuatro *cosquis*
y a quedarnos con la tienda.
Y dicho y hecho. Y cuidao
que esto está en la historia bética,
y lo que dise mi boca
pué ponerse en la *Gaseta*.

Julio ensanchó aquer negosio
como hombre de gran sesera:
puso dominó, biyares,
juego de la rana, ersétera.
Puso cosina: dió *tapas*
calientes: menudo, armejas…
Como guerrero, inventó
la costumbre de la *espuela*,
que es convidá a los amigos
con una caña a la puerta.
Puso también camarotes,
que son cuartos de madera
donde van generarmente
las personas por parejas.
Puso papé matamoscas,
y no puso luz elértrica
ni timbres, porque er fluido
es una cosa moderna,
y a Julio no le podía
ni pasá por la cabesa.
Conque iba tan bien aqueyo,
que escamao y no le hisiera,

como ér se la hiso a *Don Hércules*,
un *vivo* otra jugarreta,
encargó a seis arbañiles,
marchantes de la taberna,
de levantá unas murayas
contra la gente de fuera.
Los hombres de más talento
a lo mejó son babiecas.
No contaba er pobresiyo
(Dios en su gloria lo tenga)
con que no hay podé en lo humano
que no se rinda ni vensa.
v er que hoy es grande, mañana
no tiene ni dos pesetas.
¿Hay más que oí aqueya copla
que a mí me enseñó mi abuela?

Cantando bajito.

Castiyos he visto yo
abatíos por la tierra:
nadie fantesías gaste,
que er mundo da muchas vuertas.

Y que los pueblos se agotan
con er vino y con la juerga,
y los demás *agotantes*
que mandó la Providensia.
Totá: que una mañanita
yegaron a la Alamea
unos cuantos niños godos
—góticos, pa que me entiendan—,

y como era gente joven,
y caprichosa, y resuerta,
le dieron ar pobre Julio
er canuto y la lisensia,
y se quearon por amos
una temporá completa.
Pero iba a durarles poco
la ganga, porque ya era
muchísimo er tole-tole
que movía la taberna,
pa que la envidia mardita
se cayara o se durmiera.
¡Pícara envidia! A los góticos
los tomó Alá entre las sejas,
y los echó a puntapiés
la babucha der Profeta;
Er Profeta fué Mahoma,
que un día de primavera
mandó a un *chavó* con turbante,
media luna y barbas negras,
a sortá en argarabía
sincuenta mil insolensias,
disiendo que ér se sartaba
a toa la patulea
de los góticos, y ar mismo
San Leandro: ¡er de las yemas!
Lo dejaron solo al hombre,
yamó a un pintó de ayí serca,
y cambió en sinco minutos

er letrero de la puerta:
«Se venden aquí arfajores,
arropías cordobesas,
asofaifas, artramuses
—chochos, disen en Utrera—,
arcuzcuz, asúca, arpiste,
ajonjolises y armendras».
al anunsio, prinsipiaron
a acudí por toas las puertas
de Seviya, ¡eche usté moros!
ca uno con sus dos dosenas
de moras, y una de nones,
bonitas como unas perlas.
Gente amiga der regalo,
tranquila, con poca priesa,
con vino duro abundante,
guitarras y castañuelas,
según la historia acredita
se dijeron en su jerga:
—*Jámala, jámala, jámala*;
lo que puesto en nuestra lengua,
sirnifica justamente:
—¡Vamos a vé quién nos echa!
yenaron a Seviya
de naranjos y parmeras,
de jardines y de fuentes,
de ajimeses y canselas,
y costruyeron la torre
más grasiosa, más esberta,

más arrogante, más fina,
más gitana, más soberbia,
más alegre, más sublime,
más grande, más hechisera,
que nadie en er mundo ha visto
contando ya a Adán y Eva.
Una torre —la Girarda—
(aunque no mienten las señas)
que parese que la han hecho
con luses en vez de piedras.
¡Hay que verla! Es bien sabio
que en Seviya er só se acuesta
más tarde y madruga más,
por verse más tiempo en eya.
la luna está esperando
que ér se ponga, con la idea
de desirle a la Girarda:
—¡Toma mi plata, prinsesa!
lo mismo que la luna,
hasen luseros y estreyas.
¡Hay que verla! Y basta ya
de la Girarda. ¡Hay que verla!
¡Así estaban los moritos!
Orguyosos de su empresa,
y echando moros ar mundo
como quien echa alhusema.
¡qué pregones se oían
por plasas y plasoletas!…
De entonses son los famosos:

Imitándolos.

¿Quién me compra una salea? …
¡Un jardín yevo en er braso!…
¡Calabasas y habichuelas!…

Bueno: pos así es la vía
con sus giros de veleta,
sus mudansas y sus cambios,
sus dichas y sus tristesas.
Los vaivenes de los mares
hasen de la roca arena.
Mahoma, con su chilaba,
tuvo que tomá soleta.
Porque San Fernando er Santo
(¡vaya una persona seria!)
viendo en tierra tan hermosa
tanta gente sin creensias,
se levantó una mañana
con la corona bien puesta,
y montándose en su jaca
más valiente y más ligera,
y ar son de sien mir tambores
y sincuenta mir trompetas,
tomó la oriya der río
publicando en sus banderas:
«¡O echamos de ayí a los moros
o no tenemos vergüensa!».
Lo bueno se lo disputa
la humanidá *pajolera*.
Y en poco más de unos meses

de batayas y contiendas,
con la ayuda de la Virgen
de los Reyes, que se cuenta
que ar rey se le aparesió
a la entrá de Castiyeja,
no dejó de punta a punta
de Seviya la agarena,
ni un turbante, ni una daga,
ni un jaique, ni una chinela,
ni… ¿cómo lo diré yo
pa desirlo bien de veras?
Vaya, no dejó… ¡ni er güeso
de un *dátile* pa la siembra!
Luego empesó a poné cruses
en torres y en asoteas;
ordenó que se cantasen
misas en toas las iglesias;
fundó la misa der Gayo,
que se dise en Nochebuena;
yamó a tos los cabayeros
cristianos de España entera,
y fué la siudá cristiana,
y cristiana se conserva.
Testigos de estas verdades,
—a un lao las cuchufletas—
son Santas Justa y Rufina
—las hermanas arfareras—,
er *Cachorro* de Triana,
la que está en la Macarena,

er Jesús der Gran Podé
y la de las sigarreras;
pa no sitá sino argunos
de los mir que se veneran.
Como que en Semana Santa
se oyen ayí unas saetas,
que al hereje más hereje
lo convierten a la Iglesia.

Cantando como antes.

Señora de los Dolores,
Madre y divina Donseya,
en donde pones tu planta
floresen las asusenas.

Los demás datos históricos,
ya vienen a está tan serca,
que son cosas que conosen
los chiquiyos de la escuela.
Arfonso er Sabio; er que dijo:
No madejado esta tierra.
En el escudo está puesto:
un *No*, un *Do*, y una *madeja*.
El hombre de las *partías*.
Fueron siete, pero buenas.
Y les yamaron *serranas*
Y porque las pensó en la Sierra.
Y Después Don Pedro, un muchacho,
Y un Periquito entre eyas,
que emparedaba a su padre
y que tostaba a su abuela.

Unos disen que un bendito,
y otros disen que una fiera,
a quien metió en un sapato
Mariquiya la Pequeña.
Por fin, Velázquez, Muriyo…
¡Na! ¡Dos pintores de puertas!
Martínez er Montañés,
un manco de la derecha
que hiso toritos de barro
y milagritos de sera…
Y de la gente de pluma
Y ¡vayan con Dios los poetas!
Y Nicolás er romansero,
y después Lope de Rueda,
y después Rodrigo Caro,
y después Fernando Herrera,
y ¡qué sé yo!… hasta er romántico
que le dijo a una asusena:
Porque son, niña, tus ojos
verdes como er mar, te quejas.
Que son ganas de quejarse
que tienen argunas hembras.
Y así roando, roando,
de eminensia en eminensia,
yegamos a mi persona
como quien baja una cuesta.
Pos bueno: de toa esa gente,
de toas las rasas esas
que en la grandiosa Seviya

vivieron, dejando hueya,
de tos, ¡qué cosa más grande!,
yevo yo sangre en las venas.
Y er que dude, si arguien duda
na más qué con mi presensia,
que se esté un ratito quieto,
y abra los ojos, y vea,
y los oídos, y oiga
esta dansa que ahora empiesa,
que es la historia de Seviya
metía en veinte *farsetas*.

Baila al son de la música.

La salía es de los tiempos
de *Don Hércules*. ¡Canela!

Esto ya es neto romano.
¡Si lo viese Julio Sesa!

Esto es su mijita *gótico*.
¡Filigranas de encajera!

Esto es más moro que er Papa…
y esto es morisco de sepa.
¡Vaya armíba! ¡Vaya arrope!
¡Vaya arcanfó! ¡Vaya esensia!

Esto es cristiano. ¿Hay cristiano
que un *repeluco* no sienta?

Y esto es mío. ¡Mío, mío!
¡Pastora con toa la mezcla!

Cesa el baile.

Y aquí termina *La historia*
de Seviya y sus grandesas.
¡Y viva España, que tiene
esa joya en su diadema!

FIN

Madrid, diciembre, 1916.

LOS OJOS DE LUTO

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **Teatro Infanta Isabel** el 17 de marzo de 1917

A ANTONIA PLANA,
bella mujer y admirable actriz,
a quien adorna el supremo encanto
de la modestia, sus amigos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
OLVIDO.	Antonia Plana.
CONSUELO.	María Banquer.
LEANDRO.	Emilio Díaz.

LOS OJOS DE LUTO

Cercanías de la ermita de San Roque, en un pueblecito andaluz, inmediato a las famosas aguas de Almarín, privilegiadas para la neurastenia.

Campo alegre y lleno de aromas: la primavera acaba de entrar. A la derecha del actor, un banco de piedra, tosco y abandonado.

Por la izquierda, hacia donde se supone la ermita, salen, paseando, Olvido y Consuelo, señora y doncellita. Olvido es joven, bella, interesante. Viste de negro, con algún discreto y coquetón asomo de próximo alivio. Consuelo es una de estas perlas que nacen en Andalucía y que son criaditas como podían ser reinas. Cuestión de suerte.

OLVIDO. *Después de disfrutar, en unos instantes de silencio, la delicia del sitio y del aire.* ¡Qué hermoso día! ¡Cuánta luz!… ¡Qué campo más bonito! Y ¡cuánto perfume!… Yo gozo mucho con el olfato.

CONSUELO. ¿Con qué?

OLVIDO. Oliendo estos olores, que parecen privilegio de Andalucía.

CONSUELO. Eso disen tos los forasteros: que aquí er campo huele mejó y más fuerte que en ningún sitio. ¿En Madrí no hay campo, verdá; no hay más que cayes?

OLVIDO. No, mujer, ¿de dónde sacas eso? Cuesta más trabajo que en este pueblo dar con el campo, pero hay campo.

CONSUELO. Ya me lo malisiaba yo. —¿Le ha gustao la ermita de San Roque a la señora?

OLVIDO. Mucho: por lo sencilla, por lo humilde… Yo no puedo con esas iglesias modernas, tan chillonas y tan recargadas. En estas ermitas entran más ganas de rezar; parecen más conformes con la idea de Dios.

CONSUELO. No se ponga usté malencólica.

OLVIDO. No temas.

CONSUELO. ¡Qué bien le están sentando a usté las aguas!

OLVIDO. A maravilla. Bendigo a mi médico, que me las descubrió. Yo no tenía la menor noticia ni de Almarín ni de los milagros de sus aguas. Y me han mejorado tanto de mis murrias, que ya ves: vine por quince días al balneario… y llevo más de un mes en el pueblo.

CONSUELO. Pa las personas que duermen malamente; los que tienen ataques piléticos; pa los que se ponen tristes sin desgrasia ninguna… hasta pa los que están una mijiya guiyaos, son aguas muy recomendás.

OLVIDO. De todo eso padezco yo un poquito.

Va a sentarse, y ante la imperiosa e inesperada advertencia de Consuelo, se detiene.

CONSUELO. ¡No se siente usté en ese banco!

OLVIDO. ¿Por qué, muchacha?

CONSUELO. ¡No se siente usté! *Con acento supersticioso.* Disen que la que se sienta una vez ahí ya no se casa nunca.

OLVIDO. *Riéndose.* ¿Eso dicen?

CONSUELO. Eso.

OLVIDO. *Espontáneamente.* Y ¿cómo me ha citado aquí ese hombre?

CONSUELO. ¿Qué?

OLVIDO. No hablaba contigo.

CONSUELO. ¡Ah! Miste cómo está er banco de verdina. Como que ninguna der pueblo se arrima ni a dos varas.

OLVIDO. Pero ¿qué fundamento tiene esa leyenda?

CONSUELO. ¿Habla usté ahora conmigo?

OLVIDO. Sí.

CONSUELO. Pos se cuenta, señora —esto es *muy antigüísimo*—, que se iba a selebrá una boda en San Roque; que la novia se sentó en ese banco a esperá ar novio… y que er novio no vino y la dejó plantá. Otros disen que aquí se dió un tiro un marido muy enamorao, cuando supo que lo engañaba su mujé. Y otros, que como la ermita es de San Roque, y a San Roque lo pintan siempre con calabasas… Er resurtao es que er banco tiene ese renombre: que la que se sienta en é, ya no se casa nunca.

OLVIDO. Comoquiera que yo me casé una vez y no pienso casarme otra… ¡ay!… me puedo sentar tranquilamente.

Lo hace.

CONSUELO. *Considerando ya irremediable la desgracia de su señora.* ¡Ah!… ¡Er chasco que se van a yevá unos cuantos!

OLVIDO. ¿Por mí?

CONSUELO. ¡Así que no trae la señora arborotaos a los señoritos der pueblo! ¡Qué trabajo me cuesta a mí yamarle a usté señora, siendo tan jovensita!

OLVIDO. *Suspirando.* ¡Ay!…

CONSUELO. No se ponga usté malencólica.

Pausa.

OLVIDO. ¿Qué hora será, Consuelo? Se me ha parado mi reloj…

CONSUELO. ¿Ar sentarse en er banco?

OLVIDO. Calla, tonta. ¿Qué hora será?

CONSUELO. Sobre las tres y media. Pero si quiere usté saberlo fijo fijo, se lo pregunto ar sacristán.

OLVIDO. No, no hace falta. Me ha cansado el paseo.

CONSUELO. Es que der pueblo aquí hay una tiraíta. Yo también lo noto en las piernas.

OLVIDO. Siéntate.

CONSUELO. *Alejándose recelosamente del banco.* ¡Ar momento me vi a sentá! Dispense la señora.

OLVIDO. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué risa!

CONSUELO. *Reparando hacia la derecha.* ¿Quién viene por ayí?

OLVIDO. ¿Quién viene? ¿Algún agüista?

CONSUELO. No, no, señora: es un señorito der pueblo. El hijo de doña Josefa Rincón.

OLVIDO. ¡Ah! sí: Leandro. Lo espero.

CONSUELO. ¿Que lo espera usté?

OLVIDO. Nos hemos citado en este sitio.

CONSUELO. *Perpleja.* ¿Y ha tenío usté er való de sentarse?

OLVIDO. Ahí verás; lo espero sentada.

CONSUELO. Es una proporsión er señorito ése.

OLVIDO. En el pueblo tiene donde elegir.

CONSUELO. Sólo que a é no le gusta ninguna. Y no será porque no las haya bonitas, ni porque eyas no afilen er gancho. A la cuenta lo que le pasa es que, como vive medio año en Madrí, está hecho a más finura y a más señorío. Y que es muy volandero.

OLVIDO. Yo, por mi parte… Figúrate: voy a hablar con él de un negocio…

CONSUELO. ¿De un negosio?

OLVIDO. Parece que es él quien administra los bienes de su madre.

CONSUELO. Sí, señora.

OLVIDO. Y a mí se me ha antojado comprar esa huerta que tienen a la entrada del pueblo.

CONSUELO. ¿La Huerta de los Dátiles?

OLVIDO. Justamente. Le está mi salud tan agradecida a Almarín, que quiero obligarme, adquiriendo en el pueblo una finca, a pasar aquí algunas temporadas.

CONSUELO. ¡Ay, qué bien! —Ya está ahí er señorito. Y se viene riyendo; como si viniera a vé a la novia.

OLVIDO. Pues mira si hay distancia.

CONSUELO. ¿Me deja usté a mí que me vaya mientras a hablá con er sacristán?

OLVIDO. Vete.

CONSUELO. Porque ha de sabé la señora que yo le gusto ar sacristán.

OLVIDO. ¡Vamos!

CONSUELO. Y que er sacristán me gusta a mí.

OLVIDO. ¡Entonces!…

CONSUELO. No me para más que la sotana. Eso de pelá la pava con un hombre que gasta sotana, me pienso yo que es í contra la iglesia. *Olvido ríe.* Con permiso de la señora.

Se va por la izquierda, decidida a que el sacristán olvide los altares un rato.

Pausa. Olvido inclina la cabeza y baja los ojos. Sin embargo el rabillo de uno parece como que se distrae hacia la derecha Sale Leandro. Es un señorito de la localidad que ha corrido mundo. O que cree él que lo ha corrido.

LEANDRO. Olvidito, muy buenas tardes.

OLVIDO. Buenas tardes, Leandro.

LEANDRO. ¡Qué puntual… y qué guapa!

OLVIDO. ¿Era éste el sitio que usted me propuso para que habláramos, no es cierto?

LEANDRO. Éste, precisamente, no. La verdad sea dicha. Yo le indiqué a usted los alrededores de la ermita; ¿recuerda?… Y esperaba hallarla en aquel otro banco.

OLVIDO. ¿Qué más da uno que otro?

LEANDRO. Parece que aquél está más en sombra…

OLVIDO. Hoy no pica el sol.

LEANDRO. Pero hace calorcillo.

Sopla el hombre como sofocado y se atusa el bigote más de lo regular.

OLVIDO. Lo veo a usted un poco nervioso.

LEANDRO. ¿Nervioso? ¡No, señora! ¿Por qué lo dice usted?

OLVIDO. ¡Qué sé yo!… Se me había figurado…

LEANDRO. Es natural que su presencia me haya causado algún efecto.

OLVIDO. Hombre, si hubiese sido inesperada, tal vez… Pero desde anoche ya ha podido usted hacerse a la idea…

LEANDRO. Hay realidades, Olvidito; hay realidades… que cuando se tocan… que cuando se tocan… que cuando se tocan…

OLVIDO. Pare usted de tocar. Y de hacer visajes. Me temo que va usted también a tener que tomar estas aguas.

LEANDRO. No, no… no, señora. ¡A menos que usted me las recete!…

OLVIDO. Si es por eso… Yo se las he de recetar a todo el mundo. En la tristeza de mi soledad, en el desasosiego de mi alma… ¡les debo tantísimo! Les debo la salud del cuerpo, que es, por lo menos, la mitad de la otra. Siéntese usted, Leandro.

LEANDRO. ¿Qué me siente?

OLVIDO. Sí. Digo, si quiere usted sentarse.

LEANDRO. Yo, sí… Con mucho gusto…

Se queda de pie.

OLVIDO. Pues no lo veo.

LEANDRO. Es que me sorprende que usted… No sé si me atreva… ¿Conoce usted la leyenda de este banquito?

OLVIDO. Me la ha referido Consuelo.

LEANDRO. Y ¿entonces? …

OLVIDO. Entonces, ¿qué?

LEANDRO. ¿Usted no cree en supersticiones, en leyendas?…

OLVIDO. Al contrario; porque creo en ellas me he sentado sin vacilar en este banco y no en aquel otro, amigo mío.

LEANDRO. *Tragando saliva.* Ya. *Silencio. Luego, de repinte, se decide y se sienta al lado de Olvido, bromeando.* ¡Sea lo que Dios quiera!

OLVIDO. ¿Y usted, cree o no cree en lo que de este banco se dice?

LEANDRO. Ni poco ni mucho. Pero me felicito de que usted crea. Está usted en el estado perfecto de la mujer: ¡viuda! ¡Qué encanto! —dicho sea

con perdón—. ¡No pierda usted jamás esta libertad de golondrina!

OLVIDO. ¿De golondrina?

LEANDRO. Sí: las alas negras, la… la pechuguita blanca… Además, la golondrina sube al cielo, baja a la tierra…

OLVIDO. En la tierra estamos, Leandro: dejemos el *sielo*. ¡Ay, el *sielo* he dicho! Por días se me pega el acento andaluz.

LEANDRO. ¡Bueno; que se le pegue!… Eso va ganando el acento. Yo, en cambio, lo pierdo por días.

OLVIDO. De todo tiene traza esta conversación menos de preliminar de un negocio.

LEANDRO. No lo crea usted: los tratos de negocios principian casi siempre por conversaciones a cien leguas de ellos… No parece sino que haya miedo de entrar en, el asunto.

OLVIDO. Usted lo sabrá. Yo hasta ahora no me he visto nunca…

LEANDRO. ¡Claro! Pues, sí, sí; volviendo a lo que hablábamos: conserve usted, Olvido, la libertad lograda a costa de su pena. ¡Dichosa libertad la del corazón! ¡Oh, las viudas!… ¡las viudas!…

OLVIDO. ¡Qué entusiasmo por las viudas, Leandro! ¿Le gustan a usted los ojos de luto?

LEANDRO. ¿Los ojos negros?

OLVIDO. No; los ojos de luto. Es otra cosa.

LEANDRO. Diga usted.

OLVIDO. Tiene un sentido original la frase. Un amigo mío, un poco chiflado o un poco poeta, dice que las mujeres no se ponen los ojos de luto sino por el amante o el marido. Ni aun por el novio. Muere el padre, muere el hermano, muere un tío carnal… y ellas visten de negro su persona y hasta su alma; pero los ojos siguen del color que tenían. Muere el marido o el amante… y entonces, sólo entonces, enlutan sus ojos. ¿Qué le parece a usted?

LEANDRO. Muy bien; muy bonito. Pero ¿no es hora ya de que los de usted se vayan aliviando?

OLVIDO. Por Dios, deje eso… Cambiemos la conversación. Ya conoce usted mi firme decisión, Leandro; mi pena imborrable…

LEANDRO. ¿Imborrable, Olvido? ¿Y lo afirma usted, que lleva ese nombre? El tiempo se encarga…

OLVIDO. No, Leandro, no; yo creo que no soy como muchas. Mis ojos seguirán de luto toda la vida.

LEANDRO. ¡Mejor! ¡Así me encantarán toda la vida a mí! *Olvido le sonríe.* Lo extraordinario es que se hayan emborrachado estando de luto.

OLVIDO. ¿Cómo dice usted?

LEANDRO. No es la primera vez que le hago a usted esta observación. Sus ojos de usted están borrachos: fíjese luego en casa, ante el espejo.

OLVIDO. ¿Borrachos? ¡Vaya un desatino!

LEANDRO. Tienen así como un mareo, una vacilación luminosa… Nada, que están borrachos. Y el derecho ha bebido una copita más que el otro.

OLVIDO. Me hará usted reír. Ea, ea, tratemos de la Huerta, que es a lo que aquí hemos venido.

LEANDRO. Yo, no.

OLVIDO. ¿Que usted no?

LEANDRO. No, señora.

OLVIDO. *Levantándose.* ¡Ah! pues, entonces, buenas tardes.

LEANDRO. ¡Olvido!

OLVIDO. ¡Leandro! ¿Qué equivocado concepto tiene usted de mí?

LEANDRO. No se enoje usted; no se ofenda conmigo. He dicho que yo no he venido aquí a tratar de la Huerta, porque considero que la Huerta es de usted, desde el momento en que usted la desea.

OLVIDO. Eso es muy galante, pero yo no lo puedo aceptar.

LEANDRO. Veremos.

OLVIDO. No, no veremos.

LEANDRO. Pues no veremos. Ello ha de ser todo a gusto de usted.

OLVIDO. ¡Jesús, qué hombre!

LEANDRO. Yo quiero que aprovechemos esta soledad, esta hora, para hablar de amor.

OLVIDO. ¡Ave María Purísima!

LEANDRO. Ya lo dije.

OLVIDO. ¡Para hablar de amor!… ¿Sabe usted lo que me pide, criatura? Esto sí que me ofende.

LEANDRO. ¡No!

OLVIDO. ¡Sí: me ofende! ¿Y es usted el que hace unos momentos me aconsejaba que no perdiera nunca mi libertad?

LEANDRO. E insisto en mi consejo: el amor no esclaviza, el que esclaviza es el matrimonio.

OLVIDO. No desbarre usted: no pierda yo la buena opinión que de usted he formado. El matrimonio es cosa bendita; pacto duradero, no sujeto a las contingencias y veleidades del amor mentiroso o liviano. ¡Qué dicha! Encontrar un compañero en la vida a quien poder decirle: «Dame la mano: ven conmigo. Juntos iremos hasta el fin, venga lo que viniere. ¡Partiremos por igual dolor y alegría!».

LEANDRO. *Impresionado.* Feliz mortal debió de ser su esposo, señora.

OLVIDO. Lo fué. Como yo.

LEANDRO. ¿Qué tiempo estuvo usted casada?

OLVIDO. Tres años.

LEANDRO. Y ¿no le ha quedado a usted ningún hijo?

OLVIDO. No he tenido ninguno.

LEANDRO. ¿Lo siente usted?

OLVIDO. ¡A par del alma!

LEANDRO. Me prometió usted la otra tarde enseñarme un día el retrato de…

OLVIDO. ¿De Enrique?

LEANDRO. ¿Se llamaba Enrique?

OLVIDO. ¿Mi marido? Sí. Enrique León. Va usted a verlo. *Abre un medallón que lleva pendiente del pecho y se lo muestra, después de besarlo.* Mire usted.

LEANDRO. *Atónito.* ¿Eh?

OLVIDO. ¿Qué?

LEANDRO. ¿Enrique León?

OLVIDO. Sí.

LEANDRO. *Sin poder contenerse.* ¡Éste no es Enrique León!

OLVIDO. ¿Qué está usted diciendo?

LEANDRO. ¡Que éste no es Enrique León!

OLVIDO. Pero ¿se ha vuelto usted loco, Leandro?

LEANDRO. ¡No, señora! ¡No pretenda usted burlarse de mí! ¡Éste no es Enrique León, sino Pepe Navarro, el arquitecto! ¡He vivido con él en Madrid más de un año, juntos a todas horas! ¿Por qué se turba usted?

OLVIDO. ¿Yo, Leandro?…

LEANDRO. Usted, sí: usted se turba, Olvido… Le tiembla a usted el color en la cara… ¿Qué es esto?

OLVIDO. ¡Ay, Dios mío!

LEANDRO. ¿Qué es esto?

OLVIDO. *Afligida.* Pues esto… esto… ¡Ay, Dios mío! ¡También ha sido casualidad! ¡Qué picara casualidad!

LEANDRO. ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Es Pepe Navarro, efectivamente?

OLVIDO. ¡Yo qué sé cómo diablos se llama!

LEANDRO. Pero ¿no aseguraba usted que era su marido?

OLVIDO. Sí, pero… ¡Ay, ay, ay!… Usted verá… ¡Virgen santa, lo que va usted a pensar de mí! Leandro, ¿estoy delante de un caballero?

LEANDRO. Sin duda.

OLVIDO. ¿De un hombre de honor?

LEANDRO. De honor; de honor. Palabra de honor. Soy un hombre de honor… que ahora mismo tiene muy mal sabor de boca.

OLVIDO. ¿Usted a nadie le confiará nada de esto?

LEANDRO. A nadie.

OLVIDO. ¡A nadie!

LEANDRO. Se lo juro a usted.

OLVIDO. Pues bien, Leandro, sepa usted la verdad: yo no soy viuda.

LEANDRO. *Acercándosele mucho con regocijo.* ¿Es usted casada?

OLVIDO. No, señor; soy soltera. *Leandro se retira instintivamente.* ¡No huya usted tan pronto, hombre de Dios!

LEANDRO. *Turbadísimo.* No, no, señora; no huyo… ¡Qué tontería! Digo, *no, señorita*, no huyo… Lo que es que estoy perplejo… que no sé lo que me sucede… que no acierto a dar en el clavo… ¡que no me explico, ¡vaya!, este simulacro de viudez! A… ahora me he puesto más nervioso que antes.

OLVIDO. Reflexione usted un momento y se lo explicará. ¿No es usted el hombre que adora los ojos de luto? Aquí no puede haber nada extraño más que mi atrevimiento. Óigame usted. Yo, en Madrid, tengo muchas amigas entre casadas, solteras y viudas. Las casadas, casadas están y son felices; a las solteras no les sale un novio ni para un remedio; las viudas van a casarse todas otra vez.

LEANDRO. *Comprendiendo con cierto terror.* Ya, ya, ya, ya, ya…

OLVIDO. ¿Va usted haciéndose cargo de mi artimaña? Yo, en Madrid, vivía con los nervios de punta; desesperada; llamando inútilmente al amor. El médico de casa me recetó estas aguas benéficas. Papá no podía acompañarme; mamá, tampoco… Entonces discurrí esta diablura. Vestí de negro, me enluté los ojos, y tomé el tren solita, con el propósito de hacerme acompañar aquí por una doncella que, es claro, ignorase completamente mi secreto. Al concluir mi hermano Antonio su carrera, se retrató con sus camaradas en un grupo: recorté de entre ellos el que me cayó más en gracia y tenía más bigote, que era éste, y lo metí en el medallón para darle verosimilitud a mi falso estado. ¡Hasta se ha ganado algunos besos!

LEANDRO. Ya, ya, ya…

OLVIDO. ¡Y en quince días que llevo en Almarín, de viuda inconsolable, me han salido ya más pretendientes que en todos mis años de soltera! ¡Así me han sentado las aguas! *Con rubor repentino.* Discúlpeme usted. *Vuelve al banco. Leandro se pasea, preocupado, inquieto. Se creería que trata de escaparse. Olvido lo observa. Pausa.* ¿Qué es eso? ¿Habla usted solo?

LEANDRO. ¿Hablo solo? Es posible.

OLVIDO. Pues aún estoy yo aquí.

LEANDRO. Ya, ya la veo.

OLVIDO. Y note usted si mi engaño está justificado o no: antes de descubrirlo, quería usted comerme; y apenas ha sabido usted que soy soltera, el campo le parece estrecho para correr.

LEANDRO. No, no por cierto, Olvido. No interprete usted a su antojo… Es que la revelación es insólita… desconcierta a una estatua de bronce. Deje usted que me recobre un poco… *Muy serio.* ¡Tiene gracia! ¡Tiene mucha gracia!

OLVIDO. Bueno, pero dígalo usted con otra cara, porque, si no, parece que no le ha hecho ninguna.

LEANDRO. *Riendo nervioso.* ¡Tiene, tiene gracia! Le advierto a usted, Olvido, que yo he pensado mucho en esta atracción indudable que sobre casi todos los hombres ejercen las viudas… ¿En qué cree usted que consiste? ¿En qué se apoya?

OLVIDO. ¡Ay, amigo mío! Se apoya en mil razones. Yo las he analizado todas antes de decidirme… a *enviudar*.

LEANDRO. Será curioso.

OLVIDO. La primera es que, al pretender a una viuda, el rival con que lucha el hombre… está bajo tierra. No le puede dar ningún disgusto.

LEANDRO. ¡Claro! Eso es.

OLVIDO. Y el hombre, generalmente vanidoso, se recrea con la suposición de que hasta que no ha llegado él no ha sentido aquella mujer el amor verdadero. Los hay muy pavos. ¡Y como el otro pobre no pía!…

LEANDRO. ¡Je, je!

OLVIDO. Luego, el instinto de conservación también contribuye…

LEANDRO. No comprendo.

OLVIDO. Pues es muy fácil. El hombre imagina que una mujer que ha enviudado una vez, lo natural es que no enviude otra. Y se acerca a ella, como diciendo sin decirlo: «Ahora te toca a ti la china». ¿No?

LEANDRO. ¡Je, je! No está mal observado, no.

OLVIDO. ¡Pues suelen darse chascos muy grandes! Además, Leandro, ¡con cuántas armas no cuenta la viuda que no puede esgrimir la soltera! ¿Qué juicio le hubiera merecido yo a usted si *de soltera* le doy esta cita? Con franqueza.

LEANDRO. Sí, sí… me hubiera parecido atrevidilla por lo menos.

OLVIDO. En cambio, con los ojos de luto…

LEANDRO. La he encontrado muy natural… muy natural… Una cosa muy natural.

OLVIDO. Y ¿dónde me deja usted el palique? A mí me recrea poner en la conversación una poquitita de picardía… de mostaza…

LEANDRO. ¿Sí, eh?

OLVIDO. ¡Señor, si una no se ha criado en ningún fanal! ¡Si está enterada de muchas cosas que tiene que fingir que no sabe! Bueno, pues *de soltera*, ni mostaza… ni picardía. Y, naturalmente, los muchachos nos toman por tontas. Y no somos tan tontas.

LEANDRO. No, no; usted no es nada tonta, no.

OLVIDO. Lo dice usted porque me ha conocido *viuda*. Y vea usted qué absurdo: los papás no quieren que una se permita la menor libertad, ni aún dentro del recato, y luego le echan a una en cara que no tiene gancho para los hombres. ¿No lo hemos de tener? ¡Y muy bien afilado! ¡Pero nos obligan a guardarlo en la cómoda! Las viudas, por el contrario, lo llevan colgado de la cintura, y sazonan su charla con sal, con pimienta, con mostaza, con cuanto necesitan, sin que nadie les censure por ello. A lo sumo, se dice: «¡Ay, qué *original* es esta Fulanita!». Una soltera un poco libre, asusta. «¡Jesús, qué niña! ¡se quiere meter por los ojos!». Una viuda más que libre, seduce. Lo que en una es defecto, es gracia en la otra. ¿En qué piensa usted?

LEANDRO. En eso; en todo eso; en la verdad de todo eso.

OLVIDO. Pues hay más todavía. A una mujer que pasa de los treinta se la califica de *solterona*, y no se le dedican sino desaires y frases despectivas. «A vestir imágenes», es lo mejor que oye. Una viuda de la misma edad, «¡está en punto de caramelo!». ¡Caramba! ¡si caramelo es una, caramelo es la otra!

LEANDRO. Más… más caramelo la soltera, porque… porque aún está envuelta en su papelito. *Olvido se ríe.* ¿Le ha hecho a usted gracia, eh?

OLVIDO. Me ha hecho gracia.

LEANDRO. Pues lo iba a decir en otra forma un poquitín más libre; pero he tenido en cuenta que…

OLVIDO. Sí; que *ya* soy soltera.

LEANDRO. Cabalito.

OLVIDO. Y la razón suprema que lleva a los hombres a la predilección por las viudas…

LEANDRO. Yo empiezo a modificar mis convicciones, no crea usted…

OLVIDO. *Mirándolo con zalamería.* ¿Tan pronto? La razón suprema de esa predilección estriba en el imán, en el incentivo de lo vedado. Una soltera dice ingenuamente: «¡Yo me quiero casar!». Una viuda dice: «¡Yo no quiero casarme!». Y a ésa es a quien persigue el hombre.

LEANDRO. Tiene usted muchísimo talento.

OLVIDO. ¡Quiá! No tengo más que corazón para sentir las cosas.

LEANDRO. Y es usted una actriz consumada: ¡con qué supremo arte ha sabido fingir la viudez!

OLVIDO. Pues, mire usted: no me agradaría quedarme viuda.

LEANDRO. ¡Ni a mí que se quedase!

OLVIDO. Por lo pronto, Leandro, descubierta la trama ya, no soy más que una solterita inocente. Le suplico a usted, pues…

LEANDRO. ¿Qué?

OLVIDO. No es discreto que continuemos aquí hablando solos.

LEANDRO. ¡Si para los demás es usted viuda!

OLVIDO. Pero para usted, no. Y ahora su opinión empieza a importarme.

LEANDRO. ¿De veras, Olvido?

OLVIDO. No le contesto a usted que no sé mentir, porque no va usted a creerme.

Vuelve Consuelo, los ve muy amarteladitos en el banco, y gratamente sorprendida saca la punta de la lengua. Luego, procurando que no se advierta su presencia, presta gran atención al diálogo.

LEANDRO. Bien; pero porque usted cambie inopinadamente de estado, yo no renuncio a hablar con usted.

OLVIDO. No se trata de eso, sino de que hablemos de otra manera. Yo *nesesito* quien me acompañe ya… ¡*Nesesito*! Otra vez el acento andaluz. Mañana volveré por aquí bien acompañada.

LEANDRO. ¿A esta hora?

OLVIDO. ¿Para qué la vamos a cambiar?

LEANDRO. ¡Pues yo me haré el encontradizo!

OLVIDO. ¡Perfectamente!

LEANDRO. Y ahora la dejo a usted, ya que me lo suplica. Sin contar con que me hace falta andar lo menos seis o siete kilómetros para entrar en caja. ¡Ha sido mucha voltereta! Porque… vamos… una soltera que acabe en viuda… a nadie puede sorprenderle; pero ¡una viuda que termine en soltera!… ¡Cáspita! ¡Para mí que es nuevo en la historia!

OLVIDO. ¡Ja, ja, ja! Y ¿le pesa a usted?

LEANDRO. ¡Qué locura!

OLVIDO. ¿Hasta mañana, entonces?

LEANDRO. Hasta mañana. ¡Cuando yo le dije a usted que era suya la Huerta!

OLVIDO. Aquí mismo, ¿eh?

LEANDRO. Aquí mismo.

OLVIDO. Y ¿en el banco de la leyenda?

LEANDRO. ¿Por qué no? ¡Vamos a terminar con ella nosotros!

OLVIDO. Por mí…

LEANDRO. Pues ¡por mí!… ¡Cáspita, qué nervioso estoy! Hasta mañana. *Se va resuelto por la derecha, haciendo mohines.*

OLVIDO. Hasta mañana. *Le dice adiós con la manita y* se *queda viéndolo ir.*

Consuelo. ¡Digo, digo! ¡Y desían der banco! ¡Si resurta ar revés!… *Sentándose como en una butaca.* ¡Lo que es yo no pierdo más tiempo!

Olvido. ¡Adiós!… *Pausa.* Es simpático. Y parece buen chico… ¡El tren de *viudas* que va a salir de Madrid cuando se sepa esto! *Obedeciendo a sus reflexiones:*

Solteritas sin fin, no tengáis duda:
al hombre más rebelde o más astuto,
se le vence con armas de viuda,
con los ojos de luto.

FIN

Madrid, marzo, 1917.

LA CASA DE ENFRENTE

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO

MÚSICA DE PABLO LUNA

Estrenada en el **TEATRO APOLO** el 20 de marzo de 1917

El vecino de enfrente
mira mi casa;
pero no ve la suya,
que se le abrasa.

COPLA POPULAR.

Y español que tal vez recitaría
quinientos versos de Boileau y el Tasso
puede ser que no sepa todavía
en qué lengua tos hizo Garcilaso.

IRIARTE

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SARITA.	Rosario Leonís.
MANOLA.	Rafaela Leonís.
HERMINIA.	Antonia Fuentes.
CHUCHÚ.	Carlota Paisano.
LA «MISS».	Teresa Saavedra.
JOSEFA.	Paquita Girona.
DON CÁNDIDO BORRAJAS.	Casimiro Ortas.
EL ABUELO CHOCHO.	Francisco Meana.
DON LUIS DE ESQUIVIAS.	Carlos Rufart.
CARMELO.	Cristóbal S. del Pino.
ARÍSTIDES.	Carlos Román.
CELESTINO.	Valeriano León.
EL LORO.	N. N.

La segunda representación de esta obra la recordaremos siempre con indignación y con vergüenza. Un público al que no sabríamos calificar, compuesto, al parecer, de gente culta y distinguida, profanó el teatro de Apolo con ocurrencias de burdel y vociferaciones y alaridos de plaza de toros. No se respetó nada ni a nadie. Apenas empezada la representación, artistas y autores fuimos arrollados por una ola de estúpida y salvaje grosería, que en vano trataron de contener, con aplausos dignos de gratitud, muchos espectadores ofendidos, como nosotros, por el insólito atropello. Sin querer se nos vino a las mientes la cerdosa aventura que le aconteció a Don Quijote.

Como única protesta decidimos inmediatamente retirar la obra del cartel, ya que no pudimos en tales momentos cortar el tristísimo e ignominioso espectáculo bajando el telón y devolviéndoles a aquellos energúmenos las monedas con que creían haber comprado el derecho a insultarnos a todos.

LOS AUTORES.

LA CASA DE ENFRENTE

Habitación contigua a una galería cerrada de cristales en la casa de don Cándido Borrajas, en Madrid. La casa es rica, está decorada a la moderna y pertenece a un barrio de los que ahora se llaman de *gente bien*. A la derecha del actor, un gran mirador con finos visillos; a la izquierda, una puerta que conduce al interior de la casa, y al foro, un intercolumnio que da paso a la galería. Detrás de los cristales de ésta se ve una terraza con profusión de plantas y flores. Muebles elegantes. En sitio preferente el retrato de una abuelita. Sobre las butacas, las sillas y el sofá, vistosos cojines. Algunas plantas. El suelo, de madera encerada, cubierto en el centro por una alfombra rica. Aquí y allá, en los muebles y aun en el suelo mismo, diferentes objetos de la señora y de las señoritas de la casa, tales como novelas y libros ilustrados, papeles y cuadernos de música, revistas y periódicos de modas, raquetas del juego del volante o del *tennis*, una guitarra, una sombrerera, dos o tres sombrillas, un juego de ajedrez, etc., etc.

Al frente, en la galería, presidiendo con gravedad el desorden de la casa y de la familia, un viejo loro, aposentado en dorada jaula. Es de día.

Don Cándido Borrajas, el cabeza de familia —poca cabeza—, alterna sus ocios enseñándole una canción al torito y atisbando desde el mirador lo que pasa en la casa de enfrente. Manola, la mayor de sus hijas, que se perece por lo chulo y por lo flamenco, canta a la guitarra. Herminia, la segunda, está de pie, tomando elegantes posturitas, las cuales son su flaco.

El papá viste batín o bata y zapatillas; las niñas, vaporosas batas de seda, que dejan adivinar sus encantos. Porque, en honor de la verdad, no le salieron mal a Borrajas. Se conoce que las pensó poco.

Música

DON CÁNDIDO. *Al loro, «que se fija mucho», repitiéndole las frases hasta la saciedad, para que las aprenda.*

Es de mala educación,
si se saca la petaca,
no ofrecer a la reunión.

MANOLA.

¡Qué matraca!

HERMINIA.

¡Qué pensión!

Don Cándido corre a su observatorio del mirador, y levantando disimuladamente un visillo, permanece unos instantes en acecho.

DON CÁNDIDO.

Aún no ha abierto su balcón.

HERMINIA.

El médico me ha dicho
que *après tous les repas*,
esté de pie dos horas,
si quiero adelgazar.

MANOLA.

Reniego yo del señorío,
si no he de hablar a aquel moreno
que ha puesto en el corazón mío
la dinamita de un barreno.

No me digan que no:
donde esté un mozo fino de barrio,
la pareja soy yo.

Don Cándido.

Volviendo junto al loro otra vez.

Lorito real:
aplícate un poco y aprende:
¡no me dejes mal!

Herminia.

Las piernas se me rinden
de tanto estar de pie;
me siento un momentito,
que *je suis fatigué*.

Manola.

No sé explicarte aquella cosa
que a mí me dió la otra mañana
cuando te vi con la pañosa
de los embozos verde y grana.

No me digan a mí:
donde esté una mantilla de encaje,
no hay sombrero ni *esprí*.

Don Cándido.

Es de mala educación,
si se saca la petaca,
no ofrecer a la reunión.

Manola.

¡Qué matraca!

Herminia.

¡Qué pensión!

Las dos.

¡Qué fastidio de lección!

Cesa la música.

Manola sigue rasgueando en la guitarra: Herminia coge un libro, adopta una nueva posturita elegante, y lee; Don Cándido torna al mirador, ansioso de ver algo extraordinario. Pausa. A poco se oyen dentro, hacia la izquierda de la galería, por donde luego sale, las voces del Abuelo Chocho. Es un viejecillo muy entero, nervioso y descarado, ex suegro de Borrajas.

Abuelo. ¡Nada, nada! ¡Es usted un sinvergüenza; un cochino! ¡Y la que le consiente a usted esas libertades, una pindonga! ¡Y no le digo a usted que por la puerta se va a la calle, porque va usted a salir por el balcón, de un puntapié mío!

Manola. ¡Ya escampa! ¡Cómo está hoy el abuelo!

Deja la guitarra.

Don Cándido. Sí que se mete la tarde en agua.

Herminia. A mí me descompone oírlo.

Don Cándido. El pobre señor ya chochea, pero no hay quien lo aguante. *Al Abuelo, que aparece a punto, rezongando. Trae bastón y sombrero.* ¿Qué sucede, abuelo? ¿Qué sucede?

Abuelo. ¡Que esto no es casa! ¡Que esto es una república! ¡El *chauffeur* no tiene vergüenza! ¡La cocinera no tiene vergüenza! ¡El mozo de comedor no tiene vergüenza! ¡Las doncellas no tienen vergüenza! ¡Aquí nadie tiene vergüenza!

Manola. ¿Nadie?

Abuelo. ¡Nadie! ¡La tengo yo; pero como yo no soy nadie en la casa, nadie tiene vergüenza! ¡Ni tú; ni tú; ni la madrastra; ni Chuchú; ni éste! ¡Ni el

loro!

EL LORO. ¿Hola?

DON CÁNDIDO. ¿Eso es todo lo que sabes decir, sinvergüenza?

HERMINIA. Cálmate, por Dios, abuelito…

ABUELO. ¡No me da la gana! Si tuvierais vergüenza, ¿estaríais sin vestir a las horas que son de la tarde?

MANOLA. *Levantándose decidida.* ¡Vaya! Me voy a poner de veinticinco alfileres, para darte gusto.

ABUELO. ¿A mí, o al abogadete que vendrá luego?

MANOLA. ¡*Claroco! Se va por la puerta de la izquierda.*

ABUELO. ¡*Claroco*! ¡Qué bonita expresión! ¡Da gloria lo bien que educas a tus hijas! ¡Como a la nena le agradan las chulerías, se le ríen las gracias!

DON CÁNDIDO. ¡*Claroco*!

ABUELO. *A la otra.* ¿Y tú, qué estás leyendo?

HERMINIA. Una novela.

ABUELO. ¿Francesa, verdad? ¡Qué peste de libracos franceses! *Le quita el libro y lo tira lejos.* ¡Aprended primero el castellano!

HERMINIA. Abuelo, ¡vaya unas maneras!

ABUELO. ¡No merecéis otras!

HERMINIA. Está bien. *Se va tras de su hermana.*

DON CÁNDIDO. ¿Vas a salir, abuelo?

ABUELO. Ahora mismo.

DON CÁNDIDO. Pues te voy a encargar una cosa. He visto el otro día… —el caso es que no me acuerdo dónde; pero tú me lo encontrarás— un encendedor modernísimo, de nuevo sistema…

ABUELO. ¡No compro más encendedores! ¡Te he traído siete! ¡Búscalos en tu casa! ¡Lo primero que tiene que saber un amo de casa es lo que hay en ella! ¡Te roba toda la servidumbre!

DON CÁNDIDO. ¡Pues, señor, cuando te levantas de esa vena hay que meterse en el cuarto de baño! *Márchase por la puerta de la izquierda*

también.

ABUELO. ¡Sí, sí, sí!… ¡Si el viejo chochea, si está loco!… ¡Si no dice más que tonterías! *A Sarita, que viene por la izquierda de la galería, en traje de calle. Es joven, guapa, fresca y apetitosa.* ¡Oh! ¡La señora de la casa!… ¡Digo, de la calle; porque está más tiempo fuera que dentro!

SARITA. ¿Ahora me toca a mí?

ABUELO. ¡La segunda esposa de ese nunca bien ponderado majadero a quien tuve por yerno siete años!

SARITA. La segunda esposa, sí, señor. Para servir a usted en lo que se le ofrezca.

ABUELO. ¡No se me ofrece nada! A la calle, ¿eh?

SARITA. Sí, señor; a la calle. A mis cosas…

ABUELO. ¡Oh, los trapos! ¡Oh, las modistas! ¡Oh, las tiendas!… ¡Qué socorridos encubridores!…

SARITA. ¡Jesús! No se sulfure usted, abuelo. Siempre ha de andar así… Yo no voy a compras ahora…

ABUELO. ¡Qué casualidad!

SARITA. Voy a ver al dentista.

ABUELO. ¡Otro que tal baila!

SARITA. Pues, ¿quién si no él ha de arreglarme un hueso que tengo dañado en la boca?

ABUELO. ¡A otro perro con ese hueso, Sarita, que éste es perro viejo! ¡Abur! *Se va de estampía por la derecha.*

SARITA. Vaya usted con Dios. Paciencia. Las personas a cierta edad se ponen insufribles. Paciencia. *Se asoma a los cristales de la galería y mira hacia abajo.* Antes faltaría el sol… Ya está ese pícaro de Carmelo en la ventana del estudio… Simpático, es simpático. Ya me ha visto. *Saluda.* ¿Que si sube? ¡Sí!… *Se retira, despidiéndose con la mano.* ¡Dichosos hombres! ¡Cómo aprietan algunas veces el cerco! Este andaluz es tan zalamerillo… Y luego, que yo… yo… ¿Qué le voy a hacer, si es heredado? Mi madre, mi abuela, mi bisabuela… Todo el arbolito.

Música

No lo puedo remediar:
he nacido tan coqueta,
que ni el yugo me sujeta…
¡Tengo que coquetear!

Cuando voy a confesar
y el buen padre me censura,
yo le digo; Padre cura,
¡tengo que coquetear!

Es un vicio feo,
pero me entretiene,
y ése es mi recreo.

Nada me detiene;
nada me contiene;
nunca titubeo.

Como que yo creo
que mi sangre tiene
mal de coqueteo.

¡Por eso mareo
a todo el que viene
y a todo el que veo!

Coqueteo
con el guapo, con el feo,
con los listos con los torpes, con los firmes, con los cojos,

Coqueteo
con el dulce balanceo,
con la risa, con la boca, con las manos, con los ojos…
¡Coqueteo!

Ya sé yo
que la vereda es muy mala…
¡no que no!
que hay quien la empieza y la rueda,
porque resbala, resbala
como seda
la vereda…

Como si temiera al abismo.

¡Oooooh!…

Pero es superior a mí
este afán y este deseo:
¡coqueteo
desde el día en que nací!

No lo puedo remediar:
he nacido tan coqueta,
que ni el yugo me sujeta…
¡Tengo que coquetear!

Cuando voy a confesar
y el buen padre me censura,
yo le digo: Padre cura,
¡tengo que coquetear!

Cesa la música.

Por la puerta de la izquierda sale Chuchú, seguida de su «Miss». Chuchú, la hija menor de Borrajas, es una pollita preciosa. La «Miss», en cambio —¡oh suprema ley de los contrastes!—, es un espantapájaros verdadero. Las dos vienen en traje de calle. La «Miss» lleva un sombrero de hule, impermeable y paraguas. Si llueve, no se moja.

CHUCHÚ. Bueno, mamá, yo me largo a casa de Niní.

SARITA. ¿A casa de Niní?

CHUCHÚ. Tenemos merienda. Van a ir también Quica Sánchez, Lulú Romero, Coco Martínez y Chichi Casavilla.

SARITA. Pues anda con Dios. ¿Diste ya tu lección de francés?

CHUCHÚ. *Oui*.

SARITA. ¿Y la de inglés?

CHUCHÚ. *Yes*.

SARITA. ¿Y la de alemán?

CHUCHÚ. *Ja*.

SARITA. ¿Es aplicada, *miss*?

LA «MISS». *Expresándose en castellano con dificultad.* Un día sí y otro no.

EL LORO. ¿Hola?

CHUCHÓ. Lorito, *tu est très méchant*.

SARITA. Óyeme, nena: ahora que recuerdo. *Con malicia.* ¿Suele ir a las meriendas de casa de Niní Tolito Peláez?

CHUCHÚ. ¡Vamos! ¡Te veo venir, mamá! ¡Estate tranquila, que no es por *áhi*!

SARITA. ¿No?

CHUCHÓ. ¡Miau! ¡*Pa* el gato! Ya le dije ayer que *ahuecara*. No hay mendrugos. *Despidiéndose.* Conque hasta lueguito. *Al loro.* «*Au revoir, monsieur le perroquet*». *A don Cándido, que vuelve por la izquierda de la galería, oportunamente.* «*Adieu, mon cher papa*».

DON CÁNDIDO. *Adieu, ma chère* Chuchú.

SARITA. Adiós, nena; adiós.

CHUCHÓ. ¡*Saluqui*!

LA «MISS». *Perpleja. ¿Saluqui*?

Se va Chuchú por la derecha, seguida de la «Miss», que busca la palabra en un diccionario de bolsillo.

DON CÁNDIDO. Luego dice el abuelo que las tengo mal educadas: con quince años… y sabe tres idiomas ya. Bueno, y el español, que no cuenta.

SARITA. Es monísima.

DON CÁNDIDO. Monísima… *Va maquinalmente al mirador, y atisba de nuevo.* La que más recuerda a su madre… Monísima…

De repente da un grito destemplado que estremece a Sarita. ¡Ya!

SARITA. ¡Ay!

DON CÁNDIDO. ¡Ya! ¡Ya está ahí!

SARITA. Candidito, que me has asustado… Creí que era otra cosa.

DON CÁNDIDO. ¡Mírala, mírala en el balcón! ¡Mírala!

Sarita obedece, aunque sin poner en el asunto el interés que su marido.

SARITA. ¡Ah! sí… Es verdad.

DON CÁNDIDO. ¡Qué hermosa está hoy! ¡qué bien se viste!

SARITA. Demasiado vivo el color de la blusa.

DON CÁNDIDO. ¡Ella sí que es demasiado viva! ¡Y guapa, hasta cansarse de decirlo! ¡Pero tan… tantarantán como guapa! ¡Qué cogote tiene la indina!

SARITA. ¡Candidito!

DON CÁNDIDO. Arréglate, arréglate el sujetaabuelos. Parece que me ha oído la muy… ¡Cómo se relame para darle color a los labios!…

SARITA. Candidito, que veo que el que se relame eres tú…

DON CÁNDIDO. ¿Yo? ¡No me hables! ¡Indignado me tiene esa mujer! ¡Ahora sale el viejo! ¡Míralo, míralo, Sarita!

SARITA. ¡Pobre hombre!

DON CÁNDIDO. ¡Pobre hombre! ¡Pero esto no quedará así! ¡Yo no puedo verlo con paciencia! ¡Qué tranquilo va é calle arriba!

SARITA. ¡*El Caballero del Verde Gabán*!…

DON CÁNDIDO. En la higuera, como dicen los clásicos de Manola. ¡Me indigna, me indigna la traición! Desde hace un mes que se mudó ahí esa gente yo he criado más bilis.

SARITA. Vas a tener que ir a Marmolejo.

DON CÁNDIDO. ¡Me indigna la traición! ¡No en balde soy de la *Liga de Caballeros Impecables, Investigadores del Hogar Ajeno*! Él dobla la esquina… y ella se mete dentro después de tirarle un besito, para que se vaya más confiado. Y ahora… a esperar al pollastre. *Le da como una náusea de indignación.* ¡Brrrrr!… ¡Se me revuelve… se me revuelve…! ¡Se me revuelven muchas cosas! Pero ¿que ese infeliz no tenga un buen amigo que le abra los ojos?

SARITA. ¿Qué más buen amigo que tú, que sin conocerlo le has mandado ya dos anónimos, Candidito? ¡Lo que es que el hombre vive en la luna!

DON CÁNDIDO. ¡En los mismos cuernos de la luna!

SARITA. Estate quieto.

DON CÁNDIDO. ¿Eh?

SARITA. Estate quieto. *Le arranca una cana del bigote.*

DON CÁNDIDO. ¡Ay!

SARITA. Perdona, pero estaba muy descarada.

DON CÁNDIDO. ¡Qué manía! ¡Me vas a dejar el bigote picado de viruelas!

Sarita le entrega la cana mimosamente, y él le da un soplo y la echa al aire.

SARITA. Oye una cosa, que no quiero que se me olvide, pichón.

DON CÁNDIDO. ¿Qué quieres, palomita?

SARITA. ¿Has pedido informes de los muchachos del estudio?

DON CÁNDIDO. ¿De quiénes?

SARITA. De Aristides, de Celestino, de…

DON CÁNDIDO. No, no; no me he vuelto a acordar de semejante cosa.

SARITA. Pues ten en cuenta que nos visitan a diario, porque vienen pretendiendo a tus hijas.

DON CÁNDIDO. ¿Y eso?

SARITA. Aristides, el escultor, el que tiene abajo el estudio, ha puesto los ojos en Herminia…

DON CÁNDIDO. ¿Hola? Me he parecido al *perroquet*.

SARITA. ¿Te sorprendes? Pero ¡si le está haciendo un busto y todo!

DON CÁNDIDO. ¡Ah! ¿Le está haciendo un busto y todo?

SARITA. ¿No te han enterado las chicas? ¿No bajan las chicas al estudio a eso, calamidad?

DON CÁNDIDO. ¡Ya decía yo! ¿A qué bajarán las chicas al estudio? Y bajan a eso.

SARITA. Pues el Celestino, el abogado, el madrileñito…

DON CÁNDIDO. El de las sortijillas en el bigote; en eso me he fijado, sí.

SARITA. Viene por Manola. Como los dos son tan metidos en chulería y tan verbeneros… parece que se atraen. Cada oveja…

DON CÁNDIDO. ¡Claro! Cada ovejo…

SARITA. Oveja.

DON CÁNDIDO. Oveja, oveja. Le tengo que preguntar al médico por qué cambio yo tanto las vocales. Dime, ¿y el andaluz? ¿Le gusta Chuchú al andaluz? A mí me es más simpático que ninguno.

SARITA. *Disimulando.* ¡Ah! sí; Carmelo es muy simpático. Pero ése no creo que traiga mira particular. Viene por acompañar a sus amigos… Chuchú todavía es una muñeca… Y el tal sevillanito una bala perdida.

DON CÁNDIDO. ¡Pero con la sal por arrobas! Vamos a ver si entra el pollastre. *Vuelve a curiosear tras de los visillos.*

En este momento sale por la derecha de la galería Josefa, doncella de no mal palmito ciertamente.

JOSEFA. Señora.

SARITA. ¿Qué?

JOSEFA. El señor Martínez.

SARITA. Que pase.

Se marcha la doncella; Sarita se retoca con coquetería; don Cándido mira ensimismado a la casa de enfrente.

Llega Carmelo, muchacho andaluz de buen porte, palabrero y desenfadado.

CARMELO. ¡Bendiga Dios a la mujé más bonita de España!

SARITA. *Señalándole a su marido.* Carmelo…

CARMELO. ¡Esto soy yo capaz de publicarlo en un periódico! *Le besa la mano.* ¡Don Cándido! *Don Cándido no se entera.* ¡Don Cándido!

DON CÁNDIDO. ¿Eh? ¡Ah! ¡Hola, amigo!

CARMELO. Me alegro de verlo a usté bueno, compadre.

DON CÁNDIDO. ¿Y sus camaradas?

CARMELO. Ahora suben. ¿Qué hasía usté ahí metío en los visiyos?

DON CÁNDIDO. *En tono misterioso.* Viendo si entraba el traidorzuelo en la casa de enfrente.

SARITA. No piensa en otra cosa.

CARMELO. ¿Y entraba?

DON CÁNDIDO. Entrará, entrará.

SARITA. Pues el que más mira, menos ve, Candidito. Pierdes las mejores. ¿Tú no sabes que la casa de enfrente se comunica por los jardines y por los patios con el 98?

DON CÁNDIDO. ¡Re…! ¡Se me iba a escurrir una palabrota! ¿Qué me dices?

CARMELO. La pura verdá; ahora caigo yo en eso. Más de una vez he visto yo entrá y salí por er 98 a un vesino de la casa de enfrente.

DON CÁNDIDO. ¡Pu…! ¡Tente, lengua! ¡Ya me explico por qué algunos días se me ha escapado a mí el pollastre! Con permiso. Voy a ver desde mi despacho… Con permiso ¡Ah traidor, libertino, canalla!…

Marchase a escape por la derecha de la galería, con la obsesión más cómica. Sarita y Carmelo se sonríen maliciosamente.

CARMELO. ¡Los hay que son fieras!

SARITA. *Fingiendo un miedo que no siente.* ¡Chito!

CARMELO. Pero, si no se entera aquí, ¿se va a enterá desde er despacho? ¡Aprovechemos la ocasión!

SARITA. Carmelo, por Dios, no sea usted imprudente.

CARMELO. ¡Si estamos solos!

SARITA. Una casada no lo está nunca.

CARMELO. *Bajando la voz.* ¿Va usté esta noche a casa de Pepita Sánchez?

SARITA. Sin falta.

CARMELO. Pos ayí seguirá la *sinta*. En la buya nadie se fijará en nosotros.

EL LORO. ¿Hola?

SARITA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué oportuno ha estado el lorito!

CARMELO. Mentira parese que tenga humó. ¡Me da una lástima er bicho ése!

SARITA. ¿El lorito?

CARMELO. ¡Ese y tos eyos! ¿No hay argunos que viven sien años?

SARITA. Y ¿qué?

CARMELO. Usté carcule: ¡sien años solo, metío en una jaula, sin ve a una *lora*!

SARITA. ¡Por eso vivirán los cien años!

CARMELO. ¡También es posible! Porque si las *loras* son tan malas como argunas mujeres…

SARITA. Vaya, vaya, aquí se queda usted. Hasta luego, que me espera el dentista.

CARMELO. Hasta luego. ¿Se está usté arreglando esa boca?

SARITA. Es usted de lo que no hay.

Vase por la derecha de la galería, sin dejar de mirarlo.

CARMELO. *Cuando se queda solo, frotándose las manos de júbilo.* Carmelo, eres el amo. Esto ya está en casa. Y el otro, mientras, asechando con mucho cuidao si entra un granuja en la casa de enfrente. ¡Ja, ja, ja!

EL LORO. ¡Ja, ja, ja!

CARMELO. ¡Lorito!

Bailando y cantando.

> *¡Ay, garrotín, ay, garrotán!…*

Llegan por la derecha Celestino y Arístides. Celestino es un señorito madrileño muy pagado de su persona, pinturerito y achulado. Arístides no reconoce patria; es sencillamente un sinvergüenza que hace esculturas.

ARÍSTIDES. ¡Contento está el hombre!

CELESTINO. ¡Tan contento como va ella!

CARMELO. ¿Va bailando también? ¿La habéis visto?

CELESTINO. Y la cara que lleva no miente. ¡Chócala!

ARÍSTIDES. ¡Chócala!

CARMELO. ¡Camino como sobre rueas!

> *¡Buen lanse, viven los sielos!*
> *¡Estos son los que dan fama!*

que dijo Juan, mi paisaniyo.

CELESTINO. Bueno, pues a ver qué tal te portas ahora con nosotros, cuando salgan el padre y las chicas.

CARMELO. Ni media palabra; a los quites, er mataó. Y que a don Cándido no nesesito más que mentarle la casa de enfrente, y acude ar trapo que es un gusto.

ARÍSTIDES. En resumen: que la familia es nuestra.

CELESTINO. Por *áhi*. Y que caemos en blando. Cada día me convenzo más de la *pasta* que tienen.

CARMELO. De la buena pasta der papá, yo respondo.

CELESTINO. Pues de la otra *pasta* pregunta en Bolsa. ¡Un horror! No pasa año sin que se les muera un pariente en las Pampas y les mande los cupones por kilos.

ARÍSTIDES. ¿Veis lo que yo os digo a todas horas? El desinterés del artista siempre logra un premio. A mí me fascinó de Herminia solamente la belleza, la línea, la escultura… ¡Y me encuentro con que está *forrada*! ¡Bien vengan los billetes! ¡Son el premio de mi desinterés!

CELESTINO. Míralo como quieras. El caso es que hemos acertado un pleno. ¡Y que además no es chula mi Manola! ¡Me colma el gusto! ¡Mi madre! ¡El adiós que le voy a dar a la abogacía! Señor, como que no ha nacido un hombre con este frente, estas espaldas y este canto, para hacer el primo en el mundo.

CARMELO. La vanidá *física* que tiene este poyo; y es una rama pa echá los huesos de las aseitunas.

CELESTINO. ¡El que habla, y lo cazaron con reclamo!

Ríen los tres.

ARÍSTIDES. *Dirigiéndose a Don Cándido, que aparece por donde se fué y va hacia el mirador.* ¡Ilustre Don Cándido!…

CELESTINO. ¡Amigo don Cándido!…

DON CÁNDIDO. ¡Señores míos!… ¡Pero, oiga! ¿y mi mujer?

CARMELO. Se ha marchao a casa der dentista.

DON CÁNDIDO. ¿A casa del dentista?

CARMELO. Ahora se está arreglando la boca.

ARÍSTIDES. ¡Qué coquetería!

CARMELO. ¡Arregla aqueya boca!… ¿Eh, don Cándido?

DON CÁNDIDO. Hombre, eso es bonito. Y ¿a qué dentista va?

CELESTINO. Pero ¿usted no lo sabe?

DON CÁNDIDO. Yo no me ocupo de eso. Y lo pregunto porque hace varias noches que me está fastidiando a mí la muela del juicio… *Encarándose con Carmelo.* Mire usted; debo de tenerla picada; mire usted…

Abre la boca y pone los ojos en el techo. Carmelo se asoma un instante a aquel antro. Arriba, a la izquierda.

Carmelo. ¿A la izquierda?

Don Cándido. Sí, arriba… junto a la corona de oro…

En este momento vuelven, precisamente por la izquierda Herminia y Manola, ataviadas con elegantes vestidos, que revelan el distinto gusto de las dos hermanitas. En cuanto las ven se llegan a saludarlas los galanes, incluso Carmelo, que deja a don Cándido con la boca abierta.

Manola. ¡Tanto bueno!

Celestino. Eso es lo que venimos buscando.

Herminia. Arístides…

Arístides. Reina…

Carmelo. Manolita… Herminia… ¡Viva España!

Manola. ¿Qué tal?

Herminia. ¿Qué tal?

Cambian saludos afectuosos, en tanto que don Cándido, creyendo que Carmelo lo observa, dice:

Don Cándido. ¿Hay caries? De cuando en cuando me da unas punzadas… No la confunda usted con la de junto; es la del juicio; la última… Arriba, a la izquierda… ¿Hay caries? ¿Ve usted caries? *Bajando la cabeza.* ¿Eh?… ¡Ah, vamos!

Carmelo. *Volviendo a él.* Usté me dispense. Salieron tan a punto las niñas…

Don Cándido. ¡Hombre, por Dios! ¡Naturalísimo!…

Celestino y Manola, y Aristides y Herminia, a partir de aquí y a un guiño de Carmelo, pasean arrullándose por la galería, apareciendo y desapareciendo a discreción. Carmelo entretiene a don Cándido.

Carmelo. Y ¿Qué?

Don Cándido. ¿Qué, qué?

Carmelo. ¿Ha comprobao usté que la casa de enfrente tiene dos puertas?

DON CÁNDIDO. ¡Ya lo creo!

CARMELO. ¿Ha entrao ese mosito?

DON CÁNDIDO. No, señor; no ha entrado todavía: pero he visto salir por el 98 al matrimonio del segundo.

CARMELO. Lo que le dijo a usté Sarita y yo confirmé.

DON CÁNDIDO. ¡Justo! Al mejor cazador se le va una liebre.

CARMELO. Pero, bueno, amigo Borrajas: vamos a echá un párrafo sobre este negosio.

DON CÁNDIDO. ¡No que no! De nada con más interés. Me quitan el sueño esos vecinos. Siéntese usted aquí. No sé si usted sabrá que soy vocal de la *Liga de Caballeros Impecables…*

CARMELO. Lo sé.

DON CÁNDIDO. *Investigadores del Hogar Ajeno*.

CARMELO. ¡Una chirigota!

DON CÁNDIDO. Ahí le duele.

CARMELO. Conformes. Y usté, pa la pista que sigue, ¿tiene argún dato más que habé visto entrá de contrabando a un hombre cuando se va er marido?

DON CÁNDIDO. ¿Le parece a usted poco? ¡Pero tengo más! ¡Muchos más! Ya comprenderá usted que yo no soy un botarate ni un hombre ligero.

CARMELO. Ya, ya.

DON CÁNDIDO. Yo soy un tío de mucho quinqué, como dicen los chulos. *A esta sazón, entre las cuatro narices de las dos parejas enamoradas no cabe ni un papel de fumar: tan uniditos hablan.* ¡La que a mí se me escape, piense lo que quiera Sarita!… ¡Lo que yo no vea!…

CARMELO. Ya, ya.

Las parejas desaparecen del todo durante el siguiente relato.

DON CÁNDIDO. *Con regocijo íntimo.* Imagine usted que una tarde pasada, bien entre dos luces, por un espejo que puse adrede en el balcón de mi dormitorio, vi a la señora del pobre señor y al pollastre, muy amartelados en una *chaise longue*, y la muy tunanta queriendo comérselo materialmente.

CARMELO. ¡Porra! Y usté ¿desde dónde los veía?

DON CÁNDIDO. Desde abajo de mi cama. Me metí allí como un verdadero *detective*. Por cierto que entró el gato, y se llevó un susto que no ha vuelto más por la alcoba. Y yo otro. Creí que me avanzaba… Bueno: en el espejo, ¿comprende usted?, se reflejaba toda la escena. Él estaba donde estoy yo y ella donde está usted. Usted es ella. *Reproduce el cuadro como puede.* De cuando en cuando le cogía la cabeza así…

CARMELO. ¿Él a ella?

DON CÁNDIDO. Ella a él. Y luego cambiaban. Y vengan besos, y vengan manitas por la frente, y venga atusarle el bigotito, y vengan carcajadas… ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! Un asco. Me salí de debajo de la cama, me sacudí las pelusas que se me habían pegado, y ni corto ni perezoso le escribí un anónimo, que era una bomba, al *Caballero del Verde Gabán*.

CARMELO. ¿A quién?

DON CÁNDIDO. Al marido. Las chicas le han puesto ese mote, porque tiene un impermeable color de lagarto. Él se llama don Luis de Esquivias. Bueno, pues ¿usted me ha contestado al anónimo?

CARMELO. Pero a un anónimo, ¿cómo va a contestarse?

DON CÁNDIDO. Quiero decir que se ha encogido de hombros; como si le hubiera rascado las narices; ¡como si la mujer fuese la mía! ¿Qué tal? ¿No hay para enfurecerse?

CARMELO. ¡Vaya! Pos na, na; duro en los anónimos, hasta que se entere ese papanatas.

DON CÁNDIDO. ¡No hay otro camino! Tres le he mandado ya.

CARMELO. ¿Tres?

DON CÁNDIDO. ¡Tres! Uno escrito con la mano izquierda, otro con la derecha, y otro con las dos manos: a máquina.

CARMELO. ¡Ah! Y ¿los tres ar marido?

DON CÁNDIDO. No; uno a la mujer. ¡Porque este es otro cuento! ¡Me encontré una noche en plena Plaza del Callao al descarado del pollastre del brazo de una golfa!

CARMELO. ¡Caracoles!

Don Cándido. Bajo la voz para que no se enteren las chicas. Así, así. Y eso ya me pareció un verdadero colmo. Malo es que se la pegue al del *Verde Gabán*, ¡pero que se la pegue a la adúltera al mismo tiempo!… ¡Hombre! ¡Hay que ser de estuco para no delatarlo! ¡Póngase usted en mi lugar!

Carmelo. Ya, ya procuro…

Don Cándido. ¡Y ahora no quisiera yo más que dar con alguien que conociera al pollo ese! Porque sabiendo quién es él… *Se llega al mirador, levanta el visillo, mira hacia la calle y lanza un grito de triunfo.* ¡Ah!

Carmelo. ¿Qué?

Don Cándido. ¡Lo va usted a ver por sí mismo! ¡Allí viene!

Carmelo. ¿Quién?

Don Cándido. ¡El traidor! ¡Qué oportunidad!

Carmelo. ¿El traidor?

Don Cándido. ¡A ver si casualmente lo conoce usted!

Carmelo. A verlo.

Mira también hacia la calle. Las dos parejas, que en este momento están ocultas, ríen allá dentro a más y mejor.

Don Cándido. Aquel delgadito, que se quiere hacer invisible. Repare usted qué pegado a la pared avanza.

Carmelo. Sí, sí… ya lo veo. ¡Y sé quién es, don Cándido!

Don Cándido. ¿Qué sabe usted quién es?

Carmelo. Espere usté que me sersiore. Vamos a verlo entrá en la casa.

Las risas se renuevan dentro. Don Cándido, contagiado de ellas, ríe también nerviosamente. Mientras tanto, el Abuelo Chocho vuelve de la calle por la derecha de la galería, se hace cargo de lo que allí sucede, y se va por la puerta de la izquierda diciendo, entristecido:

Abuelo. ¡Muy gracioso!… ¡todo muy gracioso!… ¡Para echarse a llorar!

Don Cándido. ¡Ya entró!

Carmelo. Pos es Enrique Lorensague: no me cabe duda.

Don Cándido. ¿Quién?

Carmelo. Enrique Lorensague. Hijo der general Lorensague.

Don Cándido. ¡Oh! ¡*Eureka! ¡eureka*! ¡Hoy es un día dichoso!

Carmelo. Un muchachiyo muy simpático…

Don Cándido. ¡Como todos los pillos!

Carmelo. Muy calaverón, muy afisionao a las fardas… Yo lo conosí en una juerga.

Don Cándido. ¡Ah, sinvergüenza, bandolero, salteador de hogares honrados!…

Carmelo. ¿Le parese usté que le pongamos ar marido otro anónimo, disiéndole er nombre del infame?

Don Cándido. ¡Bravo! ¡Idea soberana! ¡Me la ha quitado usted de la cabeza!

Carmelo. ¡Es que usté me ha comunicao a mí su indirnasión! ¿Vamos ar despacho?

Don Cándido. Vamos, vamos sin perder tiempo. Verá usted: cogiendo yo la pluma así, me sale una letra muy curiosa. Venga usted conmigo.

Carmelo. *A las parejas, que ahora están presentes.* ¡Quejarse der maestro!

Sigue a Borrajas, el cual se ha ido por la derecha de la galería, ciego de júbilo.

Música

Manola.

No vaya usted tan aprisa,
que va usted a tropezar.

Celestino.

La culpa es de esa sonrisa,
que a un santo le hace pecar…

aun en misa.

Manola.

¡Qué risa!

Celestino.

¡La mar!

Manola.

Ni vaya usted a creer
que yo me creo esas cosas;
que estoy harta de saber
que son las más mentirosas
las palabras del querer.
¡Hay que ver!

Celestino.

Pues escúcheme usted, salero,
por la gracia de su papá:
yo seré muy zaragatero,
muy jocoso, muy palabrero,
pero ¿embustero?
¡Quiá!

Ni yo quiero,
ni va a querer mi mamá.
Y comprenda usted, lucerito,
rosa fresca pitiminí,
fina esencia de lo bonito,
que estoy loco por su palmito,
que me derrito,
¡sí!

¡Necesito
que usted se apiade de mí!

MANOLA.

¿Conque sí?

CELESTINO.

¡Conque sí!

MANOLA.

Acabaré por hacerme,
con sus piropos, de miel.

CELESTINO.

Acabaré por creerme
que disloco a este clavel.
¡Hay que verme!

MANOLA.

¡Qué gracia la de él!

Las palabras del amor
son puntitas de alfileres,
que con gusto y sin dolor
nos prenden a las mujeres
en el ladito mejor.

CELESTINO.

¡Vaya flor!

Siguen hablando bajo.

ARISTIDES.

Princesita de un cuento de niños

me parece usted.

HERMINIA.

Son sus ojos, que ven en las cosas
lo que nadie ve.

ARÍSTIDES.

¡Quién pudiera cuajar en el barro
su forma ideal!

HERMINIA.

¡Ay, por Dios, que escuchando esas flores
no sé qué me da!

ARÍSTIDES.

Y si quieta y estática
es usted una Venus,
cuando danza en mis brazos
tan alada la encuentro
que me parece, Herminia,
que aprisiono un ensueño…

HERMINIA.

Calle, por Dios, Arístides,
que no sé lo que siento,
ni sé qué extraña música
palpita ya en mi cuerpo…

ARÍSTIDES.

La propia que al artista
le suena muy adentro…

Danzan amartelados, al ritmo de un vals exquisito, y desaparecen por la galería.

CELESTINO.

Ya que esos dos se arrancan
por lo romántico,
demos los dos seis vueltas
por algo clásico.

Bailan también, al son de un aire popular, y desaparecen en la galería por el lado opuesto. Aparecen luego, danzando aún, Herminia y Arístides. Poco después vuelve Carmelo y simultáneamente Manola y Celestino. Las parejas, al ver a Carmelo, suspenden un momento el baile.

ARÍSTIDES. ¿Qué?

CELESTINO. ¿Qué?

MANOLA. ¿Y papá?

HERMINIA. ¿Y papá?

CARMELO. No hay cuidao: está poniendo en limpio un anónimo. *A Chuchú, que llega a punto por la derecha de la galería, seguida de la «Miss»*. ¡Ven acá, Chuchú! ¡Ya tengo yo pareja! ¡Siga er baile!

CHUCHÚ. ¡Anda, qué bueno!

CARMELO. ¡Y vamos con el *¡Huyuyuy!* que es er baile de moda!

Bailan las tres parejas el «¡Huyuyuy!», baile desenfrenado y alegre. La «Miss» contempla el cuadro en pie, junto a la jaula del torito, con cara de vinagre malo.

Luego cesa la música.

Todos aplauden satisfechos y ríen.

ARÍSTIDES. ¡Viva la alegría! ¡La alegría es la fuerza del mundo!

CARMELO. ¡Ole!

ARÍSTIDES. ¡La tarde está llena de luz! ¡Propongo que tomemos un refresco en mi estudio!

TODOS. ¡Bravo! ¡Bien! ¡Bravo! ¡Ole!

ARÍSTIDES. Mientras Herminia *posa* un rato, y yo le doy al busto dos toques más, Manola y Chuchú lo preparan.

ELLAS. ¡Aprobado! ¡aprobado!

ELLOS. ¡Hecho!

CELESTINO. ¡Para luego es tarde!

TODOS. ¡Al estudio! ¡al estudio!

MANOLA. *Miss*: dígale a papá que estamos en el estudio con estos señores.

LA «MISS». Bien.

MANOLA. Que si quiere, que baje.

LA «MISS». Bien.

CARMELO. Y si no se quiere molestá, que no baje.

LA «MISS». Bien.

MANOLA. Y cuando se lo diga usted, vaya por Chuchú.

LA «MISS». Bien.

CHUCHÚ. ¡Pero tampoco corre prisa mayormente!

LA «MISS». Bien.

CELESTINO. Esta *miss* me parece a mí que está descompuesta!

Ríen todos, y se van en animada y bulliciosa conversación por la derecha de la galería. La «Miss», gruñendo en inglés unas palabras que no hay quien entienda, desaparece por el lado contrario.

A poco vuelve por la puerta de la izquierda el Abuelo Chocho. Melancólicamente mira hacia todas partes, y exclama, como resumiendo la soledad en que se ve.

ABUELO. ¡La madrastra en la callé… las chicas en el estudio de esos desalmados… los criados bailando al son que les tocan… y el otro simple escribiendo anónimos a la casa de enfrente! ¿Quién conoce la mía?

Música

Me dicen cascarrabias,
me llaman viejo chocho,
porque rabiando vivo,

porque les riño a todos;
pero a mis solas sufro;
pero escondido lloro.

Llora, abuelo,
llora, abuelo, por tu casa,
que se pierde, que se hunde,
que se acaba…

No lo abaten
vendavales ni borrascas:
la carcoma es quien la pudre
quien la mata.

¡La grandeza en que nací!…
¡El honor que me alentó!…
La gloria en que envejecí,
¿dónde dió?

¡El amor de lo que fué!…
¡La ilusión del qué será!…
La casa en que me crié,
¿dónde está?

La de enfrente ¿qué me importa,
si la mía abandonada
se desploma?
¡Quién pudiera, quién, hacerte
espejo en que se miraran
las de enfrente!…

¡La grandeza en que nací!…
¡El honor que me alentó!…
La gloria en que envejecí,
¿dónde dió?

¡El amor de lo que fué!…
¡La ilusión del qué será!…
La casa en que me crié,
¿dónde está?

Se aleja por la izquierda de la galería, y cesa la música.

Un momento después vuelve a salir por la derecha, ahora más preocupado y nervioso que nunca, el cabeza de fósforo de la familia.

Don Cándido. ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Por supuesto, tenía que ocurrir un buen día! ¡Un mal día! ¡Tenía que ocurrir!… ¡El drama eterno: el marido que llega y sorprende…! Va a cogerlos fritos: ¡fritos! Y yo, que estaba esmerándome en el nuevo anónimo… ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Un disparo ya? No; no ha sido un disparo… ha sido un coche. ¡Jesús, Jesús! Mañana sale esa casa en los periódicos. Fritos, fritos: los coge fritos. ¡Y hay que ver lo que aquí significa fritos!…

Llega Josefa por la derecha de la galería.

Josefa. Señor.

Don Cándido. *Sobresaltado.* ¿Eh?

Josefa. ¿Señor?

Don Cándido. ¡Ah, que eres tú, monada!

Josefa. ¿Qué le ocurre?

Don Cándido. Nada, tontilla. *Intenta tomarle la cara.*

Josefa. Quietas las manos.

Don Cándido. ¡Lo que me haces sufrir, picarona!

JOSEFA. Ahí está un caballero que quiere verle a usted.

DON CÁNDIDO. ¿A mí? ¿Quién? ¿No te ha dado tarjeta?

JOSEFA. No, señor: pero me ha dicho que anuncie a don Luis de Esquivias.

DON CÁNDIDO. ¿A don Luis de Esquivias? ¡No puede ser, muchacha!

JOSEFA. Pues ése es el nombre que me ha dado.

DON CÁNDIDO. ¡No puede ser! Si a don Luis de Esquivias acabo yo de verlo entrar por el 98… Tú te has confundido, princesa. *Se le acerca melosamente y la abraza. Ella no opone resistencia.* Anda, sal ahí fuera y entérate bien… Tú te has confundido…

JOSEFA. Pero, ¿soy yo sorda?

DON CÁNDIDO. Pues verás cómo te has confundido… y no es don Luis de Esquivias.

Don Luis de Esquivias, que un minuto antes ha aparecido en la galería, por la derecha, dice gravemente:

DON LUIS. Sí, señor, sí: es don Luis de Esquivias.

JOSEFA. ¿Lo está usted viendo?

Don Cándido se separa turbadísimo de Josefa, que se retira. Don Luis de Esquivias lo mira de arriba abajo. Es un señor cuya cabeza parece recortada de un cuadro del Greco. Viste de chaqué. Habla con serenidad y nobleza. Ni un solo momento es ridículo.

DON CÁNDIDO. ¿Don… don… don Luis de Esquivias?

DON LUIS. Para servirle, señor mío. ¿Y yo tengo el honor de hablar…?

DON CÁNDIDO. Conmigo: Cándido Borrajas… *Atoradísimo.* «*Asseyez vous, monsieur*».

DON LUIS. Dispense: vamos a entendernos en castellano.

DON CÁNDIDO. Sí, sí… si éstos son resabios de la educación de las chicas.

DON LUIS. ¿De la educación?

DON CÁNDIDO. ¡Esta casa es una Babel! ¿Quiere usted que pasemos a mi despacho?

DON LUIS. No deseo sino hablar con usted sin testigos. ¿Estamos aquí solos?

DON CÁNDIDO. Usted lo ve.

DON LUIS. Pues aquí mismo, entonces.

DON CÁNDIDO. Aquí mismo. *Asseyez vous* ¡Y dale! ¡Se me ha metido en la cabeza! Tome usted asiento. Si encuentra dónde… Todo lo han dejado por medio esas chicas… Deje usted el sombrero.

DON LUIS. Sí, señor. Mil gracias.

Siéntanse los dos. Don Luis está sereno e impávido. El otro, excitado e inquieto.

DON CÁNDIDO. Bien; usted dirá a qué debo… a qué debo la… a qué debo el…

DON LUIS. Señor de Cerrajas…

DON CÁNDIDO. Borrajas.

DON LUIS. ¡Ah! Discúlpeme.

DON CÁNDIDO. No hay de qué… Viene a ser lo mismo. Agua de…

DON LUIS. Señor de Borrajas…

DON CÁNDIDO. Señor *Caballero del Verde Gabán…*

DON LUIS. ¿Cómo?

DON CÁNDIDO. ¡Huy!

Pausa. Se miran.

DON LUIS. ¡Vamos! Ya comprendo… Se me nombra así en esta casa.

DON CÁNDIDO. No…

DON LUIS. Sí… Es muy natural… Donde hay muchachas… donde hay señoras… es sabido: el mote al vecino el apodo al visitante enojoso, suelen estar prestos.

DON CÁNDIDO. ¡Je!

DON LUIS. Yo soy quien menos puede extrañarlo. ¿Sabe usted cómo le llama a usted mi esposa? Con perdón.

DON CÁNDIDO. ¿Cómo?

DON LUIS. *Dulcificando la frase con toda cortesía.* «*El Papamoscas de Burgos*».

DON CÁNDIDO. *Imitándolo.* Pues no soy de Burgos.

DON LUIS. Pues será sencillamente por lo otro. Donde las dan las toman… Así como así hemos tenido suerte usted y yo: entrambos motes no pueden ser más clásicos. De todos modos, y aun cuando ello sea un pasatiempo del todo inocente, convengamos en que es censurable.

DON CÁNDIDO. *Sintiéndose momentáneamente clásico.* ¡Eslo!

DON LUIS. Usted se llama Borrajas y yo Esquivias. Al grano, pues.

DON CÁNDIDO. Al grano. Le confieso a usted que siento impaciencia…

DON LUIS. Voy a satisfacerla en seguida. Y cuente, señor mío, que jamás en los días de mi vida pasé por trance como éste. Y aun lo habría evitado, si no confiase en que es usted un caballero.

DON CÁNDIDO. ¡Soilo!

DON LUIS. Así lo creo yo a pie juntiñas. Si la pregunta que voy a dirigirle a usted le ofende en lo más mínimo, dela por no salida de mi boca.

DON CÁNDIDO. Ha… hable usted.

DON LUIS. Yo he recibido un par de anónimos distintos que afectan a mi honra. *Don Cándido traga saliva.* Por indicios que no he menester declararle, presumo que los dos salieron de esta casa. ¿Los ha escrito usted, por ventura? *Don Cándido suda como un pollo.* ¡Invoco su caballerosidad!

DON CÁNDIDO. *En actitud de héroe, adoptada en un instante de energía.* ¡Sí, señor!

DON LUIS. ¿Los ha escrito usted?

DON CÁNDIDO. ¡Sí, Señor! De mi puño… ¡de mis puños y letras!

Don Luis lo mide atentamente con la vista, da un paseo, y exclama después:

DON LUIS. Menos malo. Grave es la acusación formulada en ellos: ventilamos aquí mi felicidad y mi honra; pero, pues estoy en la fuente donde nacieron los anónimos, siquiera sabré la verdad. *Da otro paseíto.*

DON CÁNDIDO. (Este *greco* me va a dar la tarde).

DON LUIS. ¿Cómo?

DON CÁNDIDO. No… nada… que parece que hace aquí algún calor… ¿Quiere usted que abra las vidrieras de la galería?

DON LUIS. Por mí, no. Gracias.

DON CÁNDIDO. ¿No tiene usted calor?… Es natural… Bien comprendo su malestar, su… su… Es lo más grave que le puede ocurrir a un hombre… Por eso yo… yo me he atrevido… Yo no creo que el anónimo bien intencionado sea un arma vil…

DON LUIS. Dígame usted todo cuanto sepa. ¿Es cierto que apenas doblo yo todos los días la esquina de la calle entra un hombre en mi casa?

DON CÁNDIDO. Es cierto.

DON LUIS. ¿Siempre el mismo?

DON CÁNDIDO. El mismo siempre.

DON LUIS. ¿Es cierto que lo ha visto usted en coloquio… demasiado íntimo con mi esposa?

DON CÁNDIDO. Es cierto.

DON LUIS. Pero ¿cómo ha podido usted ver tamaña felonía? ¡La verdad; toda la verdad!

DON CÁNDIDO. ¡Por un espejo que coloqué frente al balcón! Yo me metí debajo de mi cama —¿usted se hace cargo?— y en la luna se reflejó la escena… ¿La describo? Abrazos… besos… ¡todas las complacencias del amor!

DON LUIS. ¡Basta! ¡Las señas de ese hombre!

DON CÁNDIDO. Alto… morenito… veinte o veintidós años a lo sumo… ¿Qué más? ¡Sé como se llama también!

DON LUIS. ¿Cómo se llama?

DON CÁNDIDO. *Haciendo memoria.* Se llama… se llama… ¡Pues se me ha olvidado!

DON LUIS. Yo se lo diré a usted: Enrique Lorenzague.

DON CÁNDIDO. ¡Zague, zague, zague! ¡Él es! ¡Y en este momento está ahí: en su casa de usted! ¡Ha entrado por el 98!

DON LUIS. ¡Sí, señor! ¡En este momento está en mi casa! De ella vengo yo y allí queda.

DON CÁNDIDO. ¿Allí queda, eh?…

DON LUIS. Sí, señor; allí queda.

Pasea como meditando su determinación.

DON CÁNDIDO. Calma, señor *Caballero del Verde Gabán*, mucha calma.

DON LUIS. Señor *Papamoscas de Burgos*…

DON CÁNDIDO. ¿Eh?

DON LUIS. Óigame usted atentamente.

DON CÁNDIDO. Soy todo oídos.

DON LUIS. Enrique Lorenzague es hijo de mi esposa.

DON CÁNDIDO. ¿Eh?

DON LUIS. Hijo único de mi esposa, viuda diez años ha del general Lorenzague. *A don Cándido se le sale un silbido que repite el loro.* Las caricias que usted sorprendió eran de madre a hijo, y no de mujer liviana a amante traicionero como usted, sin duda contagiado de la atmósfera en que respira…

DON CÁNDIDO. ¿Eh?

DON LUIS. Creyó ver desde debajo de su cama, puesto en cuatro pies.

DON CÁNDIDO. ¿Cómo en cuatro pies?

DON LUIS. ¡O en cuatro manos! ¿Cómo se expresa en español la postura que usted tomó para fisgar por el espejo?

DON CÁNDIDO. ¡A gatas!

DON LUIS. Pues a gatas se engañó usted, y de pie ya, procedió con ligereza incalificable.

DON CÁNDIDO. Soy… soy el primero en lamentarlo, señor de Esquivias… y al propio tiempo en alegrarme… Pero comprenda usted que las

apariencias… las apariencias… Porque ¿cómo podía yo imaginar…? ¿Cuántos años tiene su esposa?…

DON LUIS. ¡Indiscreto!

DON CÁNDIDO. Es que con mis hijas he discutido… ¡Parece una muchacha!

DON LUIS. Pero ¿a usted qué jinojo le importa?

DON CÁNDIDO. ¡Ese jinojo!…

DON LUIS. ¡Ese y cien más merece usted por su conducta, majadero!…

DON CÁNDIDO. ¡Ese majadero!…

DON LUIS. Perdone: retiro el vocablo. Un punto me ha faltado el dominio sobre mis nervios. Pero ya repuesto, no vacilo en aconsejarle a usted lealmente que mire más por su casa y por su familia, y se deje de cuidar de la del vecino.

Oportunamente llega Sarita de la calle.

DON CÁNDIDO. ¡Ah!

DON LUIS. Señora…

SARITA. Caballero…

DON CÁNDIDO. Mi esposa.

DON LUIS. Le beso los pies.

DON CÁNDIDO. El señor de Esquivias, el vecino de la casa de enfrente…

SARITA. *Sonriendo.* Ya, sí.

DON CÁNDIDO. Que ha venido a ponerme de hoja de perejil, en lenguaje castizo.

SARITA. ¿Cómo?

DON CÁNDIDO. Sí, hijita, sí; hemos estado tocando el violón…

SARITA. Tú más que nadie, Candidito.

DON LUIS. *Con intención.* Es posible.

SARITA. Esté usted seguro.

DON LUIS. *Despidiéndose.* Señora… Caballero…

SARITA. ¿Se marcha usted?

DON LUIS. Ya nada tengo que hacer en esta casa. Me voy a la mía, desde cuyos balcones, por cierto, suelo ver también en la de enfrente escenas pintorescas, cuya interpretación no se me ha ocurrido nunca, por si era equivocada, escribir en anónimos. Además, señora, creo que harto hay siempre que guardar en la propia casa, para perder el tiempo husmeando lo que se guisa en ninguna otra.

DON CÁNDIDO. Ya lo oyes.

SARITA. Ya lo oyes tú.

DON LUIS. Bueno es que lo oigan los dos. Mi casa, señores, es todo lo contrario que esta casa. La presiden la modestia y el orden; su lujo es la limpieza; la lealtad, su decoro; su atmósfera, la del amor y el respeto mutuos. Yo llevo a ella mis pensamientos más nobles, y ella me da las horas más felices. Es para mí también sosegado refugio en los afanes de la vida. Cuando yo oigo decir, verbigracia, que a tal o cual padre de familia lo sorprendió alguien alguna vez enamorando a una criada, profanando el hogar, me quedo con tanta boca abierta.

Don Cándido se hace el distraído. Luego, sin saber lo que dice, pregunta:

DON CÁNDIDO. ¿Quiere usted tomar el té con nosotros?

DON LUIS. Gracias. Si ya los dejo… No extrañen que les haya dicho lo que he dicho, a quienes tan torpe idea habían formado de mi casa. Mi esposa, finalmente, es discreta sobre toda ponderación; y por lo mismo que es joven aún y yo peino canas, tiene para ellas, no ya respeto y amor, sino culto: ni con el pensamiento las ofende; ni a solas delante del espejo coquetea.

Ahora es Sarita la que no se quiere enterar.

De pronto, allá abajo, en el estudio de Arístides, se oyen las animadas y vibrantes notas del «¡Huyuyuy!».

DON CÁNDIDO. ¿Qué es eso? ¿Qué música es ésa, Sarita?

DON LUIS. El *¡Huyuyuy!*… el baile de moda, que nació en el arroyo y se ha enseñoreado de los salones. Deben de estar bailándolo en el estudio del escultor sus hijas de usted y sus amigos.

DON CÁNDIDO. Quizás, quizás…

DON LUIS. Algunas tardes me ha dicho mi esposa que se baila aquí.

SARITA. Será cuando yo salgo…

DON CÁNDIDO. ¡Ah! sí, seguramente… ¡Pues buena es ésta!…

DON LUIS. No sé. Harto me he detenido… Señora… Señor… Ya saben ustedes dónde tienen su casa. *Respondiendo a una amable sonrisa del matrimonio.* ¡Aquí!

Don Cándido y Sarita se ponen serios. Don Luis, después de una nueva reverencia, da media vuelta y se marcha por donde vino, dejando al matrimonio confuso. Asoma por la puerta de la izquierda el Abuelo Chocho, que los contempla gravemente, aumentando su turbación. Continúa sonando hasta el final la música del «¡Huyuyuy!». Borrajas no sabe qué hacer y ordena los muebles. Sarita, mortificada, tal vez arrepentida de algo, deja cuanto en las manos trae y se quita el sombrero que arroja con mal humor sobre un mueble. Luego grita:

SARITA. ¡*Miss! ¡Miss*!

DON CÁNDIDO. *Secundándola a tontas y a locas. «¡Miss! ¡Miss!».*

Aparece la «Miss», seria como un ajo, en la galería.

SARITA. Baje usted por las señoritas al estudio.

DON CÁNDIDO. *Muy grave.* Baje usted al estudio por las señoritas.

LA «MISS». Bien. *Retírase hacia la derecha.*

EL LORO. ¿Hola?

ABUELO. Ha tenido que venir de fuera, para preocuparos, quien os diga lo que yo os repito constantemente: que ya sabéis cuál es vuestra casa: ¡ésta!

Callan los dos, impresionados.

FIN

Fuenterrabía, agosto, 1916.

Madrid, enero, 1917.

LO QUE TÚ QUIERAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO LARA** el 3 de mayo de 1917

A RAFAEL RAMÍREZ.

Recuerdo de buena amistad.

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFINA.	Rafaela Abadía.
CLARA.	Carmen Herrero.
RAMÓN.	Rafael Ramírez.

LO QUE TU QUIERAS

Gabinete elegante en casa de Ramón, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Sobre una mesita, un aparato de teléfono. Es de noche. Luces.

Suena insistentemente el timbre del teléfono. A poco sale por la puerta de la derecha Ramón en traje de casa. Es hombre de mediana edad, contento de la vida.

RAMÓN. *Hablando por el aparato.* ¿Quién? ¿Quién es? ¿Quién me llama? —¡Ah! ¡Federico! —Bien, gracias, ¿y tú? —¿Y Aurora? —No, no salimos esta noche; podéis venir. Quería Finita que fuéramos a la Princesa; pero nos quedamos en casa. —A pesar del abono. Ya te explicaré. —No, no; no es cosa de salud… Es que no quiero encontrarme allí con un sujeto… Telesforo, ¿sabes?… —¡Justamente! *Muy quedo.* Me espera con el sable afilado. ¡Y no tiene gracia! Bajo la voz para que no se entere la Central. —¡Ja, ja, ja! Así como así, yo celebro con este motivo acostarme temprano. Figúrate: como mañana tenemos que madrugar para la cacería… —¡Claro! Adiós. A los pies de Aurora. *Deja el aparato.* ¿Qué iba yo a hacer cuando llamó éste? ¡Ah, sí! ¿Diego? *Se retira por donde vino.*

Un momento después sale por la puerta de la izquierda Josefina, la dulce esposa de Ramón, llamada comúnmente Finita. Viste un elegante traje de teatro.

JOSEFINA. ¿Con quién hablaría Ramón por teléfono? Esos amigotes de la Peña y del Club no lo dejan. ¡Dichosas cacerías! Tanta pena como me dan a mí los animalitos… Y lo nerviosa que me ponen los disparos de armas de fuego. *Estremeciéndose.* ¡Uf! Le avisaremos a Encarnita. *Toca el timbre del*

aparato telefónico y se dispone a hablar. ¿Central? ¿Central? Salamanca, noventa y seis. Hágame el favor. *Deja el aparato y va indolentemente a la puerta de la derecha. Desde ella mira al interior y dice con malicia diabólica.* Me parece que Ramón se ha puesto el batín y las zapatillas. *Vuelve al aparato llamada por el timbre que suena.* ¿Es la casa de los señores de Garrido? —Bien; pues dígale usted a la señorita Encarna, de parte mía, de la señora de Suárez, que no deje de ir a la Princesa, que necesito verla allí esta noche. —Sí, sí, habrá recibido una esquela en que le digo que nos quedaremos en casa; pero luego he podido convencer al señor, y por fin, vamos al teatro. Dígaselo así a la señorita; que no falte. —Adiós. *Deja el aparato y vuelve a pasear indolentemente, tarareando una cancioncilla cualquiera.*

Aparece en esto Ramón por la misma puerta que antes, y, al ver a su esposa tan emperejilada, se queda de una pieza.

RAMÓN. ¡Chica!

JOSEFINA. ¿Qué? ¿Te parezco muy guapa?

RAMÓN. No…

JOSEFINA. ¿Cómo qué no?

RAMÓN. Sí, muy guapa; pero no es eso.

JOSEFINA. Pues ¿qué es, que has puesto esa cara de asombro?

RAMÓN. Que me sorprende verte vestida.

JOSEFINA. ¿Iba a andar desnuda por la casa, Ramón?

RAMÓN. Medio desnuda vas, no te creas; porque el escotito…

JOSEFINA. ¡Ah! ¿lo encuentras exagerado? No… La moda picara. Pero si quieres me pondré una flor aquí en medio.

RAMÓN. No discutamos el escote ahora. ¿Por qué te has vestido, si nos vamos a quedar aquí?

JOSEFINA. ¿Qué nos vamos a quedar aquí?

RAMÓN. *Sulfurándose.* Pero ¿te haces de nuevas, y de sobremesa lo convinimos?

JOSEFINA. No te enfades, Moncito; no te enfades.

RAMÓN. ¡Adiós mi dinero!

JOSEFINA. ¿Qué?

RAMÓN. ¡Que me llamas Moncito!

JOSEFINA. ¿Y qué?

RAMÓN. ¡Que cuando me llamas Moncito y no Ramón!… ¡Le temo más a un Moncito tuyo!… ¡Pobre Moncito! Yo me entiendo. *Pasea.*

JOSEFINA. ¡Ay, Moncito, qué pronto te enfurruñas! Y no estoy yo para desplantes esta noche. ¡Me ha puesto más nerviosa el café!…

RAMÓN. Y a mí va a ponerme, Finita.

JOSEFINA. ¿A ti? ¡Si tú no lo has tomado!

RAMÓN. ¡El que has tomado tú!

JOSEFINA. ¡Ah, ya!… ¡Qué manera más delicada de decirme que sientes conmigo!

RAMÓN. ¿Cómo no?

JOSEFINA. ¡Ea! pues vamos a ver si nos explicamos, empezando porque yo no he de hacer más que lo que tú quieras… *Ramón la mira.* Lo que tú quieras, lo que tú quieras. Yo entendí que tú, por no sé qué causa, preferías ir a otro teatro en vez de ir a la Princesa; pero que no saliéramos, no lo he entendido ni un instante. *Vuelve a mirarla él.* Nada, nada; ni un solo instante; no me eches esos ojos.

RAMÓN. Está bien. Finita, está bien; será que hablo yo en griego y que oigo en chino; porque tú, después de mis razones, me has dicho que lo que yo quisiera, y que no saldríamos, y que nos quedaríamos encantados los dos, y que tú te alegrabas porque yo tenía que madrugar…

JOSEFINA. ¿Sí, eh? ¿Yo he dicho todo eso? ¡Si seré distraída!… Y después de decir todo eso me he vestido para el teatro… ¡Si seré distraída!… ¡Lo que es la costumbre de los miércoles!

RAMÓN. No; no es la costumbre de los miércoles; porque la costumbre de los miércoles es que cenes ya vestida, pimpollo.

JOSEFINA. O que me vista luego; según. Decía yo lo de la costumbre de los miércoles, porque no sé qué le sucede a una que no piensa más que en el teatro cuando llega la hora, y parece como que todo la empuja al teatro. Pero,

en fin, no hay que hablar más de ello. Yo no estaba en mí cuando te dije eso que tú dices que te dije de sobremesa…

RAMÓN. Eso que me dijiste.

JOSEFINA. Lo que tú quieras; eso que te dije y que yo no recuerdo. Yo no estaba en mí; pero no hay más que hablar del asunto; nos quedamos, ya que tu gusto es ése.

RAMÓN. Mi gusto, no, Finita.

JOSEFINA. Lo que sea, tonto.

RAMÓN. Lo que sea, no; lo que es.

JOSEFINA. ¡Pues lo que es! Y ¿se puede saber lo que es? No te sofoques, hombre. ¡Qué poquísimo aguante te ha dado Dios! Vamos a ver: ¿qué es? ¿Por qué no quieres llevarme a la Princesa esta noche, y prefieres que nos aburramos en casa? Entérame ya de una vez de ese tremendo obstáculo que impide (porque debe de ser tremendo) —no te rasques—, de ese tremendo obstáculo que impide, sin justificación ninguna —no te pasees—, de ese tremendo obstáculo que impide que esta noche vayamos a la Princesa. No soples. *Ramón sopla más.* ¡No soples!

RAMÓN. Si no soplo, sorbo. ¡Algo necesito hacer con el aire!

JOSEFINA. ¡Jesús! ¿Me habré casado con Eolo y no lo sabía? ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. *Procurando reprimir sus nervios y hablar con calma.* Mira, Finita; te he repetido lo menos siete veces.

JOSEFINA. Y una más, ocho.

RAMÓN. No me interrumpas.

JOSEFINA. Perdona, Moncito.

RAMÓN. Ni me llames Moncito.

JOSEFINA. ¿No me llamas tú a mí Finita?

RAMÓN. ¡Bueno! Te he repetido siete veces…

JOSEFINA. Y ésta, ocho…

RAMÓN. Que un amigo mío, un buen amigo mío, que se juega hasta las pestañas, me aguarda esta noche en el teatro para darme un sablazo de cinco mil pesetas, con que salir de una deuda grave que tiene. Ya me ha dado

varios, y no estoy por hacerle el juego más tiempo; pero me cuesta una violencia enorme decírselo a él cara a cara. Lo veo, se me aflige, se me echa a llorar, me invoca la amistad de nuestros padres, que fueron como hermanos, y me saca las cinco mil pesetas. ¡Y no quiero, hija mía! ¿Hay o no hay razón para que nos quedemos esta noche sin el teatro, aunque sea miércoles?

JOSEFINA. ¡Psché!…

RAMÓN. ¡Ah! ¿psché?…

JOSEFINA. Sí… ¡Psché!… En rigor, no la hay.

RAMÓN. ¿Que no la hay? Pero ¿tú te figuras que yo soy Rothschild?

JOSEFINA. No; pero te caes de bobo, Ra-moncito. ¿Has oído el *Ra*?

RAMÓN. Sí, sí; lo he oído todo, *Jo*-se-finita.

JOSEFINA. Te caes de bobo. ¿No comprendes tú que ese amigo, que te conoce el flaco, te perseguirá a todos lados hasta sacarte las cinco mil pesetas?

RAMÓN. ¡Quiá! Es un caso urgente. Buscará esta noche otra víctima. Y yo mañana por la mañana me voy de caza.

JOSEFINA. ¡Ay, los animalitos! No les hagas mucho daño, Ramón.

RAMÓN. Descuida. ¿Conque tengo o no tengo razón, amor mío?

JOSEFINA. Sí, sí; bien pensado… ahora que me entero… Porque lo que es antes no me enteré. Y que, aunque fuera un absurdo, un desatino, ¿qué importa? Es tu voluntad, es tu capricho, es tu mandato… ¿A qué estoy yo más que a hacer lo que quieras tú, lo que tú quieras?

RAMÓN. Me alegro de que seas tan razonable.

JOSEFINA. Ahora, que nos quedamos en casa con una condición.

RAMÓN. Tú dirás.

JOSEFINA. Ni gramófono, ni pianola.

RAMÓN. Bien.

JOSEFINA. Ni me has de leer los fondos de los periódicos.

RAMÓN. Conformes.

JOSEFINA. Estoy harta de frases: «¡Hacia la ruina!». «Inmoralidad y moralidad». «¡Ellos y nosotros!». «¡El abismo a los pies!». Oye, qué feas son

esas zapatillas.

RAMÓN. Tú me las compraste.

JOSEFINA. De día. Y con la luz artificial toman un color que subleva.

RAMÓN. ¡Ay, ay, ay!

JOSEFINA. ¿Qué hay?

RAMÓN. ¡Nada! ¡El abismo a los pies!

JOSEFINA. ¡Quítate ahora mismo esas zapatillas, por Dios!

RAMÓN. Y tú, ¿no te quitas ya el traje ése?

JOSEFINA. Primero tú las zapatillas.

RAMÓN. Anda, mujer, no seas machacona. Vístete de casa, y bajaremos un ratito al entresuelo.

JOSEFINA. *Como picada de una avispa.* ¿Al entresuelo?

RAMÓN. Sí.

JOSEFINA. ¿Al entresuelo? ¡No, Ramoncito; no! ¡Eso sí que no! ¡Llévame a cualquier parte, si te has arrepentido de dejarme aquí; pero no me lleves al entresuelo!

RAMÓN. Basta, Finita; se acabó. No he dicho nada del entresuelo.

JOSEFINA. No, no se acabó; no se acabó, porque te conozco.

RAMÓN. ¡Sí se acabó!

JOSEFINA. ¡No se acabó!

RAMÓN. ¡Pues no se acabó!

JOSEFINA. Me llevas a un *cine*, me llevas a un café, me llevas a cualquier teatrucho, me llevas a la Plaza de Oriente, a coger frío; al entresuelo, no.

RAMÓN. Pero si yo no tengo empeño, muchacha…

JOSEFINA. ¡Es que aunque lo tuvieras! ¡Qué familia! ¡Qué gente!

RAMÓN. ¡Dale, bola!

JOSEFINA. Me carga el padre, me carga la madre, me carga la suegra, me cargan las niñas, me cargan los muebles, me cargan los cuadros, me cargan los timbres… ¡No soples!

RAMÓN. ¿Te vas a acatarrar?

JOSEFINA. ¡No soples! Y, en fin, decidamos una cosa u otra. ¿Qué hacemos? Discurre algo, hombre de Dios. No te hagas la víctima inocente. Estás como un tomate; parece que te va a dar una congestión de un momento a otro…

RAMÓN. ¡Y no es lo malo que lo parezca, sino que me dé!

JOSEFINA. No me asustes, Moncito. Anda, no seas malo. Discurre algo para pasar la noche. Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras.

RAMÓN. ¿Lo que yo quiera?

JOSEFINA. Como siempre.

RAMÓN. Ya lo veo, sí. Pues si has de hacer lo que quiera, cámbiate de traje ahora mismo.

JOSEFINA. *Después de mirarle las zapatillas.* Lo que tú quieras. ¿Cuál me pongo?

RAMÓN. El que más te agrade.

JOSEFINA. No, no; el que tú quieras.

RAMÓN. Pues el azul con los botones encarnados.

JOSEFINA. Te has ido a estrellar en el azul, que está en el tinte.

RAMÓN. ¡Mire usted por dónde!… Pues ponte el otro; el verde con los botones negros.

JOSEFINA. También está en el tinte. ¿Es desgracia?

RAMÓN. ¡Caray! ¿Cuál no está en el tinte?

JOSEFINA. Ninguno más.

RAMÓN. Pues ponte uno cualquiera de los otros.

JOSEFINA. ¿Te gusta el morado?

RAMÓN. ¿El morado? Mira: es el que más me va esta noche. Póntelo.

JOSEFINA. Como tú quieras. Ahora mismo. Vendré con el traje morado, y luego haremos lo que tú quieras, lo que tú quieras y lo que tú quieras. *Desde la puerta de la izquierda le sopla un beso, y se va después.*

RAMÓN. ¡Ay, Moncito!… ¡Moncito!… ¡Moncito!…

Por la puerta frontera llega Clara con los periódicos de la noche.

CLARA. Señor: los periódicos.

RAMÓN. Déjelos ahí. Y vaya usted al tocador de la señora, que se va a mudar de vestido.

CLARA. ¿No van los señores al teatro?

RAMÓN. No.

CLARA. ¿Qué no?

RAMÓN. ¡Qué no!

CLARA. ¿Se ha puesto mala la señora?

RAMÓN. No.

CLARA. ¿Y el señor?

RAMÓN. No.

CLARA. ¿Qué no?

RAMÓN. ¡Qué no! Ande usted a lo que le he dicho. *A una mirada de ella a sus pies.* ¿Tampoco le gustan a usted las zapatillas?

CLARA. Yo no he abierto mis labios, señor; pero ya que el señor me lo pregunta, sepa el señor que todo lo contrario; que me tienen enamorada. ¡Como que le pienso comprar unas Líales a mi Saturnino!

RAMÓN. ¡Ah! ¿sí? ¡Pues yo le regalaré a usted éstas… y todos contentos!

CLARA. Muchísimas gracias.

RAMÓN. No hay de qué. Vaya usted, vaya usted ya con la señora.

CLARA. ¿Despido el coche, entonces?

RAMÓN. Sí.

CLARA. ¡Pobre señora! ¡Qué contrariedad!

RAMÓN. ¡No es cuenta de usted!

CLARA. Hablaba para mí, señor.

RAMÓN. Pues otra vez hable usted más bajo.

CLARA. Perdone el señor. *Vase por la puerta de la izquierda.*

RAMÓN. ¡Qué mujer más simple! Compadezco al heredero de mis zapatillas. ¡Y Finita hechizada con sus simplezas! *Coge los periódicos y ojea los fondos.* «¡Pobre España!». «¡Prevaricación e hipocresía!». No soples, Moncito. «El cráter del volcán». ¡Vaya! Que no los vea siquiera, porque volveremos a empezar, y ya parece que ha pasado la nube. *Los oculta.*

Vuelve Josefina. Trae puesto el traje que se llevó, un abrigo adecuado y un adorno en el pelo.

JOSEFINA. Chico, no me decido a desnudarme; me voy a enfriar.

RAMÓN. *Desesperado, considerando perdida la batalla.* ¡Oh!

JOSEFINA. La dichosa calefacción de mi departamento no existe. O está descompuesta.

RAMÓN. ¡Y te has puesto eso en la cabeza para abrigarte!

JOSEFINA. ¡Ah! ¿me he puesto…? ¡Pero qué distraída soy!… Chico, allí dentro no se puede parar… Mi tocador es una nevera.

RAMÓN. Sí; pero supongo que hará menos frío que en la Plaza de Oriente, adonde querías que te llevase…

JOSEFINA. Que me llevases a dar un paseo; no a mudarme de ropa. Cuando te pones así no sabes lo que dices.

RAMÓN. ¡No!

JOSEFINA. ¿Te has incomodado?

RAMÓN. ¡Quiá!

JOSEFINA. Pues tienes las orejas rojas como pimientos.

RAMÓN. ¡Las mandaré al tinte también!

JOSEFINA. ¡Ay, qué chusco! Ahora me has hecho gracia, Moncito.

RAMÓN. ¡Como que yo los miércoles tengo mucha gracia!

JOSEFINA. ¡Los miércoles, dice! ¡Pues sí que tienes gracia!

RAMÓN. ¡A raudales!

Pausa. Se sientan los dos rumiando cada cual su monólogo. Se miran luego. Atraviesa la escena Clara, contemplándolos. Muy sonriente, se atreve

al cabo a preguntar:

CLARA. ¿Despido o no despido el coche?

JOSEFINA. ¡Claro que sí! ¿No le ha mandado a usted el señor despedirlo? ¡Aquí no se hace más que lo que el señor manda!

CLARA. Está bien. *Vase por la puerta de la derecha.*

JOSEFINA. ¿Hay mujer más entrometida? Si no me la hubiese recomendado tu hermana Gloria, ya la habría plantado en la calle.

RAMÓN. ¡Ah! pues si no es más que por eso, plántala. Yo hablaré con Gloria.

JOSEFINA. Sí; con el genio que tiene… ¡En seguida me busco yo un disgusto de familia por una cosa así!

RAMÓN. Tú eres muy sensata.

Pausa. Cada uno tararea una musiquilla.

JOSEFINA. Taratarí, taratarí…

RAMÓN. Taratará, taratará…

JOSEFINA. ¿Te aburres?

RAMÓN. No.

JOSEFINA. Yo, sí.

RAMÓN. Lo siento. Ya no te distraes a mi lado.

JOSEFINA. No creo que estés haciendo juegos malabares para distraerme.

RAMÓN. No.

JOSEFINA. Nos acostaremos tempranito, como en los pueblos.

RAMÓN. Sí.

JOSEFINA. ¿Sí?

RAMÓN. Sí. ¿Qué hora será?

JOSEFINA. La que tú quieras.

RAMÓN. Muy amable.

Nueva pausa.

JOSEFINA. La verdad es que por aburrida que sea la obra de la Princesa… ¿Tú tienes la seguridad de que va ese amigo tuyo esta noche?

RAMÓN. ¡Absoluta!

JOSEFINA. ¿Quién te lo ha dicho?

RAMÓN. ¡El bolsillo, en primer lugar! Sobre que es abonado, nena.

JOSEFINA. ¿No lo eres tú y no vas, nene? Yo creo que ese hombre, en todo caso, al llegar al teatro a primera hora y no verte allí, se ha marchado a ver si da contigo en otra parte. O es una urgencia, o no. Como que estoy tentada de pensar que a estas horas en ningún sitio puedes estar tú más seguro de que no te encuentre que en la Princesa. *Ramón se levanta de un salto.* ¿Adónde vas? Ya te he dicho que discos, no.

RAMÓN. ¡Pues aplícate el cuento, mi vida! *Pasea muy nervioso.*

JOSEFINA. ¡Qué bien te sacó el sastre el último frac! Te favorece mucho el cuerpo… ¿Qué haces con los brazos?

RAMÓN. ¡Gimnasia sueca!

JOSEFINA. ¡Ja, ja, ja! *Como reflexionando.* Verdaderamente que es una lástima. Porque la comedia que nos dan esta noche dicen que es preciosa. ¡Y que está puesta con un lujo!… ¡Unos trajes, unas decoraciones!… ¿Has leído en el periódico que hoy van los reyes? Y la piececilla del final creo que es para morirse de risa.

RAMÓN. En casa, ¿hay sinapismos?

JOSEFINA. ¿Lo preguntas por mí?

RAMÓN. ¡Lo pregunto porque los voy a necesitar!

JOSEFINA. ¡Ay!, qué gracia. Sí que tienes gracia los miércoles, Moncito.

RAMÓN. ¡Hoy debe de ser martes, 13!

JOSEFINA. Por cierto que estoy en Belén. Tengo que telefonearle a Encarnita que no me espere; que no vamos a la Princesa.

RAMÓN. Ya ella lo habrá advertido.

JOSEFINA. ¡Es verdad! ¿Cómo es posible que esté a estas horas en su casa? Pues esto sí que es grave: ¡el susto que se va a llevar, habiéndole yo dicho que iré sin falta, cuando se encuentre nuestro palco vacío! ¡Jesús, Jesús! ¡No quiero ni pensarlo! ¡Con la imaginación que tiene esa criatura! Lo

menos que piensa es que hemos chocado en el automóvil y que nos hemos hecho astillas. ¡Jesús, Jesús! ¡Tan delicada de los nervios como está la pobre!… ¡Jesús, Jesús! ¡Qué responsabilidad para nosotros!

RAMÓN. *Estallando.* ¡Basta, Finita; basta ya!

JOSEFINA. ¿Qué?

RAMÓN. ¡Basta ya! *Se acerca a la puerta de la derecha y llama con vos estentórea.* ¡Diego!

JOSEFINA. ¿Eh?

RAMÓN. ¡Diego!

JOSEFINA. No des voces, hombre.

RAMÓN. *Más fuerte aún.* ¡Diego! ¡Sácame el frac, y la camisa, y los calcetines, y los zapatos!

JOSEFINA. Pero, ¿te vas a vestir, Moncito?

RAMÓN. ¡Naturalmente!

JOSEFINA. ¿Para qué?

RAMÓN. ¡Para ir a la Princesa contigo, paloma!

JOSEFINA. ¿Vamos a ir, por fin a la Princesa? ¿Ya no le temes a tu amigo?

RAMÓN. ¡Te temo mucho más a ti! ¿No comprendes, Finita, que si nos quedamos en casa voy a tener el recuerdito de esta escena adorable hasta el día de mi muerte, que será algunos años antes que la tuya?

JOSEFINA. Poco a poco, Moncito; poco a poco. Alharacas y supercherías, no. Yo soy muy pacífica y muy clara. Si me llevas a la Princesa es por tu gusto; porque quieres tú.

RAMÓN. Pero, ¿cómo ha de discutirse eso? ¿Hay más que haber oído nuestra conversación? Vamos a la Princesa porque yo quiero, nada más: ¡nada más que porque yo quiero!

JOSEFINA. Cabalito.

RAMÓN. Tengo ahora mismo una viva satisfacción en ponerme ese frac que me hace tan buen cuerpo; y como ya se habrá ido nuestro coche, es para mí un placer indefinible tomar un *pesetero*, donde podemos coger, desde una

pulga hasta las viruelas. Además, llegar tarde al teatro y enterarme a medias me colma las medidas del gusto; y si en el teatro me pesca el amigo de marras, que me pescará, y tengo que darle las cinco mil pesetas, mi placer tocará en lo voluptuoso. ¿Puede dudar nadie que vamos a la Princesa porque quiero yo? Voy a vestirme sin perder un minuto. ¿Qué botonadura me pongo?

JOSEFINA. ¡La que tú quieras!

RAMÓN. ¡Encantado! *Vase por la puerta de la derecha por no ahogar a Finita.*

JOSEFINA. ¡Ay!… Durillo de pelar estaba… Pero lo pelé. *Por la misma puerta de la derecha vuelve Clara, con cara de satisfacción. Se queda mirando a Josefina.* ¿Qué? ¿Por fin no despidió usted el coche? *Clara niega con la cabeza, sin dejar de sonreírse.* Ha hecho usted muy bien.

CLARA. ¿No ve la señora que una ya conoce la casa? Desde el primer momento comprendí yo que el señor había de empeñarse en llevar a la señora al teatro.

JOSEFINA. ¡Y lo ha conseguido! Tráigame usted mi bolso.

CLARA. Al instante. *Vase por la puerta de la izquierda, saboreando su triunfo.*

JOSEFINA. ¡Ay!…

Los hombres, ya corderos o ya fieras,
harán siempre, mujer, lo que tú quieras.

FIN

Madrid, marzo. 1917.

LECTURA Y ESCRITURA

ENTREMÉS

Escrito ex profeso para Leocadia Alba y Mercedes Pérez de Vargas, y estrenado en el **TEATRO LARA** el 27 de octubre de 1917

A JUAN DE LOS RÍOS Y QUINTERO
escultor realista, enamorado del natural,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TOMASA.	Leocadia Alba.
MARTINA.	Mercedes Pérez de Vargas.

LECTURA Y ESCRITURA

Salita baja, en una casa de partidos, en Sevilla. Puerta a la derecha del actor, y ventana a la izquierda, que da a un patinillo. Muebles modestos. Una mesa con tintero y carpeta.

La inquilina del cuarto, Tomasa García, sevillana de unos cincuenta años, tranquila y graciosa, lee una novela de su predilección, bien ajena a la visita que le aguarda. De pronto, allá dentro, hacia la derecha, se oye que llaman al portón.

TOMASA. ¿Quién será ahora? ¿Juan ya? No; pa Juan es temprano. No son ni las sinco… *Se levanta con calma y deja su libro sobre la mesa muy bien puestecito, mientras llaman otra vez al portón.* ¡Ya voy! Ésta, por las señas, va a sé la pajarita de la asera de enfrente. Pos no me hase grasia. Er trato con siertas personas quita más que da.

Vase y vuelve a poco, acompañada de la pajarita, flor silvestre de un pueblo sevillano. Se llama Martina y es preciosa, pero no sabe leer ni escribir, como se verá más adelante. Viste con relativo lujo de natural buen gusto; calza bien y viene de mantoncillo negro. En la mano trae una carta escrita y otra por escribir.

MARTINA. ¿Está usté solita?

TOMASA. Sola en mi sólo cabo.

MARTINA. ¿Y don Guan?

TOMASA. ¿Quién?

MARTINA. Don Guan.

TOMASA. ¿Quién es don Guan?

MARTINA. Su esposo.

TOMASA. ¡Ah, Juan! Con er don y con tu manera de desirlo, ni yo lo conosí.

MARTINA. Hablo tan malamente, vesina…

TOMASA. Pos *don Guan*, como tú le yamas, anda en su negosio, correteando toa Seviya pa colocá los vinos que trabaja. A vé si le dises a tu marqués que te regale una o dos cajitas.

MARTINA. ¡Vaya! ¿De qué marca es?

TOMASA. Pero ¿ya no te acuerdas?

MARTINA. A mí se me orvida to de un día pa otro. No tengo memoria. Apúntamelo usté en un papé.

TOMASA. Bueno. Y ¿qué viento te trae? Niña, yo te tuteo sin darme cuenta. Dispénsame.

MARTINA. ¡Caye usté, por Dios! De tú; porque no hay trato de más confiansa. Tres veses na más hemos hablao nosotras, y a mí me pae usté mi madre.

TOMASA. No, niña, no; no tanto, no tanto…

MARTINA. Se lo juro a usté.

TOMASA. Si digo que no quiero serlo. Me basta con los míos: un sorterito y dos casadas, que dan más guerra de la que conviene.

MARTINA. Igualito que usté desía mi madre antes de que yo me escapara.

TOMASA. Sí; porque después no querrías oírla.

MARTINA. Me daba lo mismo. Y a eya tamién. ¿No ve usté que primero que yo se escapó mi hermaniya Manuela?

TOMASA. ¡Ah, vamos; no le cogió de susto!

MARTINA. ¡Cogerle! Lo heredao no se roba. Mi madre de sortera tamién se escapó con mi padre.

TOMASA. Mal asiento que tiene la familia.

MARTINA. Eso será. Pero ¡qué poca educasión! La miro a usté en pie y no le digo que se siente. Siéntase usté, señora.

TOMASA. Grasias. Siéntate tú también.

MARTINA. Con permiso. Verá usté a lo que vengo. Usté sabe que yo he pasao dos años en Madrí.

TOMASA. No sabía una palabra. ¡Te conozco de hase tres días!…

MARTINA. Es verdá. Pos sí, señora. Dos años justos y dos meses. Con un hombre que me tenía mu bien. Y no me dejó por na malo: me dejó por bruta.

TOMASA. ¿Por bruta?

MARTINA. Él era diputao y *habraba* en el *Congleso*.

TOMASA. Ya.

MARTINA. Y como yo soy tan serrí… se conose que se cansó de oírme. Bueno, pos en Madrí conosí en un baile a un muchacho, que no la engaño a usté si le digo que es el único hombre a quien yo quiero.

TOMASA. ¿Y él a ti?

MARTINA. Tamién me quiere mucho; pero no tiene dos pesetas.

TOMASA. ¡Vaya por Dios!

MARTINA. ¡Es más simpático y más tunante!… Tiene mu buena sombra. De por aquí tamién. Su madre vive en Cadi. ¡Lo que me he reío yo con ese hombre! Él argunas veces iba a mi casa aprovechándose de cuando er diputao tenía *terpelasión*. Como eso se anunsia en los periódicos…

TOMASA. Y ¿dises que no te dejó por na malo?

MARTINA. ¡Si ér no se enteraba!

TOMASA. ¡Ah, entonses…!

MARTINA. Y que yo le juro a usté una cosa; que me era iguá que se hubiera enterao. Peó pa é. A mí ha de está queriéndome un prínsipe, ¡un prínsipe!, y como se presente mi Pepe, se luse er prínsipe. Esta casa hay que tomarla con esa gotera.

TOMASA. ¿La gotera se yama Pepe?

MARTINA. Pepe.

Tomasa. Los Pepes salen finos. En fin, ayá tú. Pero bueno: ¿qué pito toco yo en esa historia?

Martina. Es verdá, que me he escarriao. Escuche usté. Hasía sinco meses que mi Pepe no me escribía, y hoy me ha escrito.

Tomasa. Sea enhorabuena.

Martina. Me escribe a casa de *Caliche*, que es un buen amigo. Y quiero que usté me lea la carta.

Tomasa. ¿Yo?

Martina. Porque yo no sé leé más que lo *impleso*. Y pa eso, a trompicones. Y *Caliche*, ni tampoco lo *impleso*.

Tomasa. Pero, niña, ¿y yo qué sé las cosas que ese hombre te dirá?

Martina. No, eso no; es mu desente. Es un hombre mu fino. Ni hablando entre sus amigos dise picardías.

Tomasa. Prefiere haserlas. Pero ¿y si lo sabe el amigote que ahora te protege?

Martina. ¿Quién se lo va a desí? ¡Si por eso vengo yo a usté, señora! En toa la vesindá, es usté la única persona de que yo me fío.

Tomasa. Iguar me pasa a mí. Pero, a pesar de tu confiansa, niña…

Martina. *Suplicante.* ¡Anda usté!…

Tomasa. ¡Ponte tú en mi caso!

Martina. ¡Anda usté!… Usté es mu buena: toma usté la carta.

Tomasa la coge maquinalmente. Al pasar la vista por el sobrescrito experimenta una gran sorpresa.

Tomasa. ¿Eh?

Martina. ¿Qué? ¿No entiende usté la letra, quisá? Es mu menuíya.

Tomasa. *Disimulando su turbación.* No… Sí… sí la entiendo. *Lee.* «Señorita Martina Carmona». ¿Carmona te yamas?

Martina. Carmona por mi padre y Fiyo por mi madre. Mi Pepe me dise que toas las tormentas van a Carmona. Chuflas de é.

Tomasa. *Deseando quedarse sola un momento.* Oye, niña, como esto que voy a hasé contigo es cuasi cuasi un crimen… vamos a asegurarnos… no

sea que nos cojan de pronto. ¿Tú serraste bien er portón?

MARTINA. Sí, señora.

TOMASA. Y ¿quién se fía de tu cabesa? Yégate a verlo, y echa er serrojo por si acaso.

MARTINA. ¡Sí, señora! *Deja el mantoncillo, y la obedece.*

Apenas se va, Tomasa saca el pliego del sobre y lo examina con particular emoción, mezcla de curiosidad y de zozobra.

TOMASA. ¡Pero ésta es la letra de mi hijo! ¿Le paese a usté?… ¡Vaya!… ¡No me cabe duda ninguna!… *Leyendo.* «Madrí, 7 de mayo…». «Te recuerda y te quiere siempre, tu Pepe». ¡Mi hijo! ¡Su Pepe es er mío! ¡Mi Pepe!… Miste por dónde voy a enterarme yo de la vida que yeva en Madrí. ¡Qué cosas!… *Dando un gran suspiro.* ¡Ay!… ¡Que no me lo conozca en la cara!

Vuelve Martina a esto.

MARTINA. Estaba serrao.

TOMASA. *Con una sonrisa inconsciente.* ¿Estaba serrao? Ea, pos vamos ayá. Vamos a vé qué te escribe tu Pepe.

Se acomodan las dos.

MARTINA. Yo tengo que aprendé a leé lo escrito. Usté va a enseñarme.

TOMASA. ¿También yo? Escúchame: ¿es sortero?

MARTINA. ¡Sortero!

TOMASA. Y ¿qué hase en Madrí ese muchacho? ¿No me has dicho que está su madre en Cádiz?

MARTINA. Eso me ha dicho é. ¡Pero averigüe usté la verdá!

TOMASA. ¿Miente?

MARTINA. ¡Más que habla! ¡Es más charrán! ¡Más listo! Y ¡más guapo!…

TOMASA. *Ingénuamente.* ¿Verdá que es muy guapo?

MARTINA. ¿Eh?

TOMASA. Cuando tú lo dises tan convensía…

MARTINA. Si, señora, sí que es mu guapo. Tiene mu bonita coló, mu buenos ojos, mu buen pelo y mu buenos dientes.

TOMASA. Y ¿qué hase, que hase ayí?

MARTINA. Estudiá.

TOMASA. ¿Estudiá?

MARTINA. Er va a la Escuela de Ingenieros. Pero me pae a mí que estudia poco.

TOMASA. ¿Te *pae* a ti, eh?

MARTINA. Bueno: a su madre le escribe que se mata estudiando. Argunas veses se lo ha escrito delante *mía*. Y su madre, a la cuenta, está siega por é, porque se cree to lo que le dise.

TOMASA. ¡O hase que se lo cree, pa que no lo deslome su padre! Las madres sabemos nuestro ofisio. Vamos, vamos a vé la carta.

MARTINA. Anda usté, sí.

TOMASA. *Leyendo.* «*Gaseosa* de mi vida». ¿*Gaseosa*? ¿Qué es esto?

MARTINA. ¿Será chuflón? ¿No se acuerda toavía? Me yama *Gaseosa*.

TOMASA. ¿Por qué?

MARTINA. Porque un día en un *restauran* fi yo y le dije: «Convídame a una gaseosa». Y ér me dijo: «Tómala». Y yo entonse pedí un puré, y chuletas, riñones, y un *antrecó*, y plátanos, y un flan, y subió la cuenta a las nubes. Desde aquer día me yama *Gaseosa*.

TOMASA. Y sí que fué un refresco. Y a la madre le pediría dinero pa unos libros.

MARTINA. Ya lo pué usté jurá.

TOMASA. *Suspirando.* ¡Ay! *Volviendo a leer. «Gaseosa* de mi vida: aun cuando te he escrito ya dos cartas y no te has dignado contestarme…».

MARTINA. ¡Mentira!

TOMASA. ¡Uh! «… ahí va ésta, a vé si corre mejor suerte. ¿Qué es de tu cuerpo? ¿Ya no te acuerdas de los buenos amigos? ¿Ese marqués te ha puesto automovi o te yeva en un carrito de mano?».

MARTINA. ¿No tiene ánge?

TOMASA. Psché… «Anteanoche soñé contigo. Nos había tocao la Lotería».

MARTINA. ¡Granuja!

TOMASA. ¡Granuja! «Desperté tirándome de los pelos».

MARTINA. ¡Ja, ja, ja!

TOMASA. «Es presiso que convensas a tu protertó pa que te traiga aquí por San Isidro, aprovechando la rebaja de trenes…». *Suelta espontáneamente la risa.* ¡Ja, ja, ja!

MARTINA. ¿Le ha hecho a usté grasia, eh?

TOMASA. Me la ha hecho, sí; me la ha hecho. Tiene grasia tu Pepe. ¡Ja, ja, ja! «Madrí está presioso este mes de mayo… y a ese amigo, aunque no vaya ar Congreso, como el otro, ya le buscaremos nosotros las *terpelasiones*». ¡Ja, ja, ja!

MARTINA. ¡Qué arrastrao!

TOMASA. «A mí me temo que me van a dá otras calabasas; pero esto no se sabe en Cádiz». ¡Se sabe en Seviya!

MARTINA. ¿Verdá que es mu serrano?

TOMASA. No, no, esto no tiene ánge, niña. Er mosito corriéndola en Madrí, y los pobres padres sacrificándose pa haserlo un señorito y darle una carrera… No tiene ánge, no.

MARTINA. Bueno; acaba usté.

TOMASA. «Adiós. Hasta la tuya. No dejes de escribirme. Pídele a una amiga que te ponga la carta. Te recuerda y te quiere siempre, tu Pepe».

MARTINA. Me quiere, me quiere a mí ese hombre. Es la verdá lo que me dise. Anda usté, vamos a contestarle.

TOMASA. ¿A contestarle?

MARTINA. Sí, señora: aquí traigo er papé. Y er sobre ya con er seyo pegao.

TOMASA. *Vacilando un punto.* ¡Vamos a contestarle! Ya he pasao lo más malo…

MARTINA. Le vi a poné mu poco. ¡Es usté argo buena!

TOMASA. Y tú, en cambio, qué mala, engañando a ese cabayero que tanto te mima.

MARTINA. ¿No engaña é a su mujé cormigo?

TOMASA. Mira, tienes rasón: ¡que se fastidie!

MARTINA. Y ¡si viera usté con er que lo engaño!

TOMASA. *Después de mirarla entre halagada y pesarosa y disponiéndose a escribir*. Dime lo que pongo.

MARTINA. Queridísimo Pepe de mi arma.

TOMASA. *Escribiendo.* «Queridísimo Pepe de mi arma».

MARTINA. *Llamando en vano a las ideas.* No me se ocurre na. ¿Se le ocurre a usté argo?

TOMASA. ¡Muchísimas cosas! Pero no son de este momento.

MARTINA. Bueno, póngale usté: Pepe, resibí tu apresiable…

TOMASA. «… tu apresiable…».

MARTINA. Pepe, qué alegría me has dao, acordándote de tu *Gaseosa*.

TOMASA. «… *Gaseosa*».

MARTINA. Pepe, quiero que me mandes treintisinco pesetas… —*Tomasa la mira*— pa comprarme un borso que he visto, mu bonito.

TOMASA. *Dejando de escribir*. ¿Cómo, cómo?

MARTINA. Pa comprarme un borso que he visto, mu bonito.

TOMASA. Ya, ya me enterao. Pero ¡pídele er dinero a…

MARTINA. ¿A quién? ¿A don Tiriya? No, señora. Ese borso es un capricho mío, y me lo compro yo con dinero de mi Pepe.

TOMASA. ¡De su madre!

MARTINA. Er dinero de su madre es suyo.

TOMASA. ¡Hasta que su madre se aburra!

MARTINA. No se aburre: ¡si la tiene embobá!…

TOMASA. ¡Piyo!… *Mientras escribe.* «… treinta y sinco pesetas…». Un poquiyo caro se me figura er borso; pero, en fin… ¿Qué más?

MARTINA. Na más. Con Dios, Pepe. Que me escribas, Pepe. ¡Ah, sí! ¡Lo de San Isidro! ¡Ajolá pudiera í a verte, Pepe!

TOMASA. *Repitiendo la frase, que hace también suya.* «¡Ajolá pudiera í a verte, Pepe!».

MARTINA. Pepe, le darás espresiones a Gloria, si la ves, y a Antonia, si la ves. Y a Pardiyo, si lo ves.

TOMASA. ¿Quién es Pardiyo?

MARTINA. Su sastre. ¡Más grasioso!

TOMASA. ¿También er sastre tiene grasia?

MARTINA. Er sastre está sembrao. ¡Sembrao! Carcule usté que si le yeva a mi Pepe, es un poné, diez duros por un terno ér le hase una cuenta de quinse, que es la que mi Pepe le manda a su madre.

TOMASA. Y ¿a eso le yamas tú está sembrao? ¿Cómo, cómo se yama er sastre?

MARTINA. Pardiyo. Luis Pardiyo.

TOMASA. Pos se debía de yamá Luis Candelas. Concluye, niña.

MARTINA. Y tú, Pepe, resibe muchos besos y er corasón de esta que lo es, Martina. Ponga usté mi nombre, que yo firmaré luego. Yo sé firmá.

TOMASA. Entonses ponlo tú.

MARTINA. No, señora; si yo lo que sé hasé es er garabateo.

TOMASA. ¡Bah! Según eso, también sabe firmá er chiquiyo de mi comadre, que tiene cuatro meses. Ten ahí: firma.

MARTINA. Escriba usté primero er sobre. Señó Don José Muriyo.

TOMASA. *Escribiendo.* «Señor Don José Muriyo y Garsía».

MARTINA. ¿Garsía? ¿Usté qué sabe?

TOMASA. ¡Jesús, qué tonta! Es que conozco yo a un Muriyo y Garsía, y distraídamente… ¿Qué señas?

MARTINA. Cormenares, 7, segundo. Madrí.

TOMASA. Listo. Firma tú ahora, como dises.

MARTINA. Déjame usté.

TOMASA. Anda.

Tomasa la deja y Martina echa la rúbrica.

MARTINA. Mu enreao me ha salío er garabato.

TOMASA. Por enredos no queda.

MARTINA. *Después de secar el garabato y de guardar el pliego en el sobre*. ¡Ajajá! ¿Cómo le pago yo a usté esta amabilidá, Tomasa? ¿Cómo le pago yo esta lertura y esta escritura?

TOMASA. No te preocupes de eso. ¡Ya me las pagarás, ya me las pagarás! Por lo pronto dile a tu marqués que le compre vino a mi marido.

MARTINA. Apúntame usté la marca en un papé y yo vendré por eya mañana.

TOMASA. Eso iba a decirte: que vengas mañana y charlaremos. Me interesa a mí ya tu Pepe, y me gustará que me cuentes cosas suyas.

MARTINA. Superió. Pa mí, en hablando de é, la gloria. A esta carta le vi a dá sincuenta besos antes de echarla. Y me voy ya, no se escape er correo. *Besa la carta con ardor*.

TOMASA. Trae acá.

MARTINA. ¿Pa qué?

TOMASA. Pa besarla yo por el otro lao. *Lo hace.*

MARTINA. Eso es chufla de usté. Hasta mañana.

TOMASA. Hasta mañana.

MARTINA. ¡Más contenta me voy!… *Marchase rebosando felicidad.*

TOMASA. ¡La cara que va a poné tu Pepe, cuando crea que resibe carta de su madre, por la letra der sobre, y se encuentre con que es de la *Gaseosa*!… ¡Vaya una gaseosa! En fin, yo no iba a está de nones, y la copla lo dise:

Er pago de los hijos
es engañarnos,
y er premio de las madres
disimularlo.

FIN

Fuenterrabía, septiembre, 1917.

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **Teatro Infanta Isabel** el 6 de noviembre de 1917

AL DOCTOR
DON JUAN QUINTERO Y PÉREZ,
gran amigo de la verdad y de las verdades,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BARBARITA.	Joaquina del Pino.
VIRGINIA.	Mercedes Pardo.
TULA.	Rafaela Lasheras.
MÓNICA.	María L. Moneró.
MARÍA MARTÍN.	Magdalena Abrines.
MARÍA BEDOYA.	Carmen Cachet.
MARÍA CORDERO.	Concha Zeda.
DON CLEMENTE.	Rafael Ramírez.
LÁZARO.	José García Aguilar.
ALBERTO.	Alejandro Maximino.
CHORRITO.	Francisco Alarcón.
CASTAÑEDA.	Pedro González.

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

ACTO PRIMERO

Habitación contigua a la biblioteca y cuarto de trabajo de don Clemente Alba, escrupuloso historiador y cronista honorario de Puebla de las Mujeres. Puerta de cristales a la derecha del actor, y dos a la izquierda, de cristales asimismo, pero más chicas. La del primer término da a la biblioteca y cuarto de trabajo de don Clemente; la del segundo, al resto de la casa. La de la derecha conduce a la calle. Al foro, ventana de antepecho, con cortina, y vista a un jardincito. A uno y otro lado de ella, estanterías bajas, llenas de libros decorativos, sobre las cuales, amén de diferentes cacharros, hay un busto en yeso de Herodoto y otro del Padre Mariana. Entre las dos puertas de la izquierda, un viejo bargueño recientemente retocado. Varias sillas y un sillón de vaqueta colocado cerca de la ventana, junto a una mesita auxiliar. En las paredes, sencillos cuadros de asuntos históricos. Suelo de ladrillos, aljofifado.

Es por la tarde. Acaba mayo o principia junio. Nos ha sido imposible, a pesar de nuestras investigaciones, puntualizar la fecha de la acción.

Don Clemente, cincuentón desaliñado y simpático, sentado en el sillón frailuno, sorbe, más que lee, con los ojos las páginas de un libro, con cuyo autor habla en voz alta de cuando en cuando. En la mesita auxiliar tiene dos o tres libros de consulta, cuartillas y lápiz.

DON CLEMENTE. Me parece, me parece, mi famosísimo historiador don Ponciano del Carril y del Prado, que te he cogido una vez más los dedos de tu ligereza con la puerta de mi erudición… Huelo los gazapos… ¡los huelo! No contabas tú conmigo setenta años ha. *Pausa. Se le ilumina el rostro, y sonríe.* Pero ¿de dónde sacas eso, desventurado? ¿De dónde sacas eso? A ver, a ver… ¡pruebas! ¡pruebas! Nada de afirmaciones gratuitas… *Nueva pausa.* ¡Jesús! ¡Jesús, qué desatino! Don Ponciano, estás loco.

Un momento después sale Mónica, la más joven de las criadas de la casa. Viene del interior con una carta en la mano para el correo. Es agraciada y tiene un novio carabinero ausente, a quien no conocemos ni de vista. El gusto de ella, pues, no nos es posible elogiarlo; el del carabinero, sí. Se diría de Mónica que lleva el alma en las pestañas, según lo que las mueve en los móntenlos de agitación del ánimo.

Le habla a don Clemente, y don Clemente le responde más atento al libro que a ella.

MÓNICA. Zeñorito. *Pausa* ¡Zeñorito!

DON CLEMENTE. ¿Qué hay?

MÓNICA. Que como Juana y Manuela están arriba en la azotea lavando y planchando, me ha dicho doña Barbarita que no me mueva de la caza.

DON CLEMENTE. Pues no te muevas.

MÓNICA. Es que le he escrito una carta a mi novio, y quería í en un zarto a echarla ar correo. Como está ahí a la esparda…

DON CLEMENTE. Espera a que venga la señorita.

MÓNICA. Es que la zeñorita no me conziente que tenga novio… y yo le he dicho que he reñío con é.

DON CLEMENTE. ¡Vamos! Mintiendo siempre.

MÓNICA. ¿Me da usté permizo pa que vaya?

DON CLEMENTE. Ve…

MÓNICA. Usté no ze ha enterao. ¿Me da usté permizo?

DON CLEMENTE. Ve, mujer, ve; pero vuelve en seguida.

MÓNICA. Al istante. Y usté luego no le diga a la zeñorita que he zalío.

DON CLEMENTE. ¿Eh?

MÓNICA. No ze lo diga usté, porque zi ze entera de que he zalío, estando laz otras arriba, me da la cuenta.

DON CLEMENTE. Hija mía, veo que te huele la cabeza a pólvora.

MÓNICA. Usté no ze lo diga.

DON CLEMENTE. Descuida por mí.

MÓNICA. Y lo peó es que mi padre me ha amenazao con picarme pa arbóndigas zi pierdo esta caza.

DON CLEMENTE. Anda, anda ya. De ti depende no perderla.

MÓNICA. Yo no tardo un minuto. La cancela la dejo abierta, pa que usté no tenga que incomodarze.

DON CLEMENTE. Bueno, sí; bueno… *Dando un golpe en la mesa.* ¡Cogite! ¡cogite! ¡cogite!

MÓNICA. *Volviéndose a él, asustada.* ¿Qué?

DON CLEMENTE. No es contigo, muchacha.

MÓNICA. Pos er zusto me lo he yevao. *Se marcha a la calle.*

DON CLEMENTE. ¡Te caíste por fin de boca, don Ponciano del Carril y del Prado! ¡Ni ésta es la historia de Puebla de las Mujeres, ni tú eres más que un badulaque! ¿De manera que don Andrés del Río, corregidor que fue de Puebla, vivió en mil setecientos sesenta y cinco en el número dos de la calle de la Verónica? ¡Hace falta frescura! ¡Cogite, cogite! ¡Pero si la casa número dos de la calle de la Verónica se construyó en pleno reinado de Carlos IV! ¡Si es una casa memorable, don Ponciano Tragaldabas, que no del Carril! ¡Hace falta frescura! A la cuenta, este historiador tenía una mujer tan embustera como la mía… y le hacía caso. Vaya, vaya… notita al margen. ¡Te voy a hacer harina! ¡La verdad es una nada más! A cada don Ponciano del Carril y del Prado le llega su don Clemente Alba. ¡Te voy a hacer cisco! *Escribe con fruición en una cuartilla.*

Llega de la calle Virginia Ayamonte, preciosa muchacha, de habladores ojos y boca de guinda, de quien hoy por hoy tiene pendientes sus miradas el pueblo entero. Es el pimpollito de moda. Si hubiese en Puebla Juegos

Florales, Virginia Ayamonte sería la reina de la fiesta por general sufragio. Viste de claro y trae mantón de espuma puesto a modo de chal.

VIRGINIA. Hola, don Clemente.

DON CLEMENTE. *Metido en su cuartilla y creyendo que es Mónica quien le habla.* Pronto has dado la vuelta, mujer.

VIRGINIA. ¿Cómo?

DON CLEMENTE. Anda, anda; vete a la cocina.

VIRGINIA. ¿Qué está usted diciendo?

DON CLEMENTE. ¿Eh? ¡Ah, caray! Perdóname; te había confundido. ¿Qué te trae por mi casa? ¿Vienes a ver a Barbarita?

VIRGINIA. Sí, señor.

DON CLEMENTE. Pues aún no ha vuelto de la calle. Pero espérala; no tardará.

VIRGINIA. Sí; la esperaré. Me iré a la sala.

DON CLEMENTE. No, tonta; quédate aquí conmigo.

VIRGINIA. No quiero sacarlo a usted de su lectura.

DON CLEMENTE. ¿Qué más da? Te advierto que algunas veces me conviene. Porque me meto en ella como en un pozo, y no sé dejarla. Siéntate, siéntate un ratito.

VIRGINIA. Ya leo, ya, lo que publica usted en la *Puebla Artística*.

DON CLEMENTE. ¿De veras lo lees?

VIRGINIA. ¿Por qué había de engañarlo a usted, don Clemente?

DON CLEMENTE. ¡Oh! Pues esa será la verídica historia de este pueblo; de tu ilustre cuna. Aquí no sabe nadie dónde ha nacido; porque se tenía por el Evangelio de la misa el absurdo librote de don Ponciano, que está lleno de errores y de dislates.

VIRGINIA. ¿Y cuándo llega usted a los moros?

DON CLEMENTE. ¿A los moros? ¡Friolera! Tardaré todavía. Puebla, como colonia romana, ofrece páginas muy curiosas. Ya verás, ya verás… Hubo aquí una célebre Augusta con un geniecito… Ya verás, ya verás…

VIRGINIA. Pues a mí los que más me gustan son los moros.

DON CLEMENTE. Psche… Probablemente, porque los habrás visto en alguna zarzuela.

VIRGINIA. *Observando el bargueño.* Oiga usted, ¿es nuevo este mueble? Hasta ahora no me he fijado yo.

DON CLEMENTE. Como que no ha estado aquí hasta ahora. Digo, lleva ya una semana.

VIRGINIA. ¡Ah, vamos; sí! Éste es el famoso bargueño de que les he oído hablar a las tres Marías. Sólo que yo, como usted, estoy tan en mis cosas…

DON CLEMENTE. Ya era de extrañar que te sorprendiera del todo. ¡Qué poblacho éste! No se mueve una mosca sin que se comente hasta en la iglesia. ¡Cuánto y más un bargueño!

VIRGINIA. Es un mueblo lindísimo. De esto no se hace ya, don Clemente.

DON CLEMENTE. Es una alhaja de familia. Data del siglo XVI. Mi hermano Roque, como mayor, lo conservaba. Pero ahora ha quitado su casa de Écija, se ha ido a vivir a una fonda en Sevilla, y me lo ha enviado a mí.

VIRGINIA. Pues no es ésa la historia que a mí me han contado.

DON CLEMENTE. ¿No? Pues ¿qué te han dicho?

VIRGINIA. Que procede de una almoneda que ha habido en París, en casa de un duque que se ha arruinado en Montecarlo.

DON CLEMENTE. ¡Jesús, qué patraña! ¿Tú ves? Así se escribe la Historia. ¿Quién te ha dicho eso?

VIRGINIA. ¿Eso? ¿Quién me ha dicho a mí eso? Lázaro me lo ha dicho.

DON CLEMENTE. ¿Y a Lázaro, no sabes?

VIRGINIA. Me parece que ha sido Barbarita.

DON CLEMENTE. ¡Ah, mi mujer! Ya no pregunto más. Imaginación desenfrenada. Para ella no cuenta la realidad. Lo que inventa, es lo que cree a pies juntillas que ha pasado. No sé quién dice que yo soy la Historia y Barbarita la Poesía.

VIRGINIA. Adolfo Adalid, el marido de Juanita La Rosa.

DON CLEMENTE. Eso es. Pues nada, hija, la verdad del bargueño es la que te he contado yo. Nada de Montecarlo.

VIRGINIA. Pues así son las cosas. *Pausa.* Se tarda Barbarita…

DON CLEMENTE. Sí, sí se tarda… ¡Charlando en cualquier parte! ¡Inventándole otra historia al bargueño!

VIRGINIA. Le quiero decir que no cuente conmigo para la rifa de la Virgen.

DON CLEMENTE. ¿Ah, no?

VIRGINIA. No. Regalaré un cacharro, pero no iré a vender papeletas. *Suspirando.* ¡Ay! No tengo humor de rifas, don Clemente.

DON CLEMENTE. Lo creo; porque como rifas todas las noches con tu novio… ¡Je!

VIRGINIA. Por desgracia. *Se sienta, pensativa. Nueva pausa.* ¿Se ha enterado usted de la última?

DON CLEMENTE. No; pero será como la penúltima.

VIRGINIA. No, señor; no: anoche acabamos del todo.

DON CLEMENTE. ¡Je! ¡Qué ilusiones te haces!

VIRGINIA. *Entre lágrimas.* No se ría usted, que yo tengo un nudo en la garganta. ¡Anoche no le faltó más que pegarme un tiro!

DON CLEMENTE. ¡Como todas las noches! ¡Si eres una novia en estado de sitio! ¿Es que te olvidas de una para otra? ¡Si yo no he visto unos amores más tumultuosos! Salís a pelotera o a riña diaria. Por las noches os ponéis como trapos, y luego no podéis vivir el uno sin el otro, y os buscáis cada día en una casa del pueblo para hacer las paces.

VIRGINIA. Esta vez no, esta vez no… Usted lo verá.

DON CLEMENTE. ¡Esta vez lo mismo! Y lo malo es que la gente toma parte activa, y se pasan las horas disputando si la razón es tuya, si es de él, si no es de ninguno; si él te hizo llorar, si tú te encrespaste, si te amenazó con la pistola… ¡Jesús! No es que Lázaro y tú seáis novios; ¡es que pueblo entero está en relaciones!

VIRGINIA. Sí, señor; ésa es la verdad: nos traen en lenguas demasiado. Pero ya se acabó; ya no habrá más comidilla por nuestra causa.

DON CLEMENTE. Así sea. Descansarás tú, descansará él, descansarán los bandos de Ayamontes y de Portillos, descansaremos los neutrales… ¡Je! Y tú te echarás otro novio y él otra novia, ¡y a vivir!

VIRGINIA. ¡Cállese usted, por Dios! ¡Si Lázaro se echa otra novia yo me muero!

DON CLEMENTE. Ta; ta, ta, ta… ¡Qué salida! Pero, criatura de Dios, ¿por qué de veras no termináis definitivamente? Un esfuerzo, y te ahorrarás muchísimas lágrimas. ¿No estáis viendo que no congeniáis?

VIRGINIA. Sí congeniamos, sí…

DON CLEMENTE. ¿A qué le llamas congeniar?

VIRGINIA. ¡Pues sí congeniamos, sí, señor! ¡Por lo mismo reñimos todos los días!

DON CLEMENTE. ¡Caray! Ni Aristóteles aclara eso.

VIRGINIA. Pues es como la luz. Mi hermana Tula cree lo que usted: que Lázaro y yo somos como el agua y el fuego. Pero no es así: somos iguales, exactamente iguales. Si él es celoso, yo también lo soy; si él es vehemente, yo lo soy tanto como él; si él es franco, yo soy la verdad misma… y los dos somos apasionados, y exigentes, y tercos; ¡y los dos nos queremos mucho!… ¿En qué puede consistir que peleemos tanto?

DON CLEMENTE. Mira, hija, quizás en esa misma identidad estribe el secreto… Dos líneas paralelas no se encuentran nunca; y el verdadero amor consiste en encontrarse…

VIRGINIA. No tiene explicación, don Clemente; esto es contra la lógica. En mi cabeza hay una madeja, y no logro desenredarla por más que me afano… Mil veces me pregunto: —¿Estará el mal en la raíz; en pretender un imposible; en querer unir a estas dos familias, que desde tiempo inmemorial se aborrecen?

DON CLEMENTE. Quizás, quizás…

VIRGINIA. Digo esto, porque veo la lucha terrible que sostengo en mi casa. Mi hermana Tula mira a Lázaro como al demonio…

DON CLEMENTE. Ya, ya…

VIRGINIA. Mi madre, se resigna y calla; pero poco menos que Tula…

DON CLEMENTE. ¡Oh! ¡Doña Dolorcitas!… ¡Tiene su alma en su almario!

VIRGINIA. El resultado es que yo sufro mucho… y él también. Y cuando así sufrimos, es por algo; es porque nos queremos de corazón, ¿no, don Clemente? Yo le juro a usted que, diga lo que quiera, siempre que a mis solas me planteo en serio el problema de terminar con Lázaro… ¡ay, Virgen! ¡no sabe usted la angustia que me da! Me parece que me quitan el corazón y que me atan de pies y manos para que no vaya en busca suya.

DON CLEMENTE. Malo, malo está ese negocio. Pero te advierto que de amor todavía no se ha muerto nadie.

VIRGINIA. ¡No me diga usted eso!

DON CLEMENTE. No sólo te lo digo, sino que además…

VIRGINIA. *Estremeciéndose de pronto.* ¿Eh?

DON CLEMENTE. ¿Qué ocurre?

VIRGINIA. ¡Ahí está Lázaro!

DON CLEMENTE. ¿Lázaro?

VIRGINIA. Sí; lo he sentido hablar… Yo dejé la cancela entornada, como me la encontré…

DON CLEMENTE. *Con malicia.* ¿Y no vendrá porque tú lo has citado?

VIRGINIA. ¡Don Clemente!

DON CLEMENTE. ¿No será mi casa la elegida para las paces que tocan hoy?

VIRGINIA. ¡Le juro a usted que no! ¡Por mi madre! Ni lo he citado, ni quiero verlo.

Lázaro habla dentro, hacia la derecha.

LÁZARO. ¿Don Clemente?

DON CLEMENTE. ¡Pues sí que es él!

VIRGINIA. ¡Que no quiero verlo, por Dios! ¡Lo que pensarían en mi casa!…

DON CLEMENTE. Métete ahí, en la biblioteca.

VIRGINIA. ¡Sí!

DON CLEMENTE. Yo lo despacharé al instante.

VIRGINIA. ¡Sí, sí!

DON CLEMENTE. Ten cuidado, que está a oscuras y todo revuelto.

VIRGINIA. ¡Por Dios, que se vaya en seguida! *Éntrase turbadísima en la biblioteca, y cierra tras de sí.*

DON CLEMENTE. ¡Diablo de muchachos!… El pan nuestro de cada día… *Olfateando.* Y esta picara ha dejado un perfume… Como lo note el otro… *Sacude con el pañuelo el aire para disipar el olor*.

En esta faena lo sorprende Lázaro, de quien ya tenemos algunos informes.

LÁZARO. ¿Qué hace usted, don Clemente? Buenas tardes.

DON CLEMENTE. ¡Ah, tú! Hijo mío, las moscas… No me dejan vivir. Ven con Dios.

LÁZARO. *Respirando a todo pulmón.* ¡Ay, qué dicha!

DON CLEMENTE. *Escamado.* ¿Cómo?

LÁZARO. ¡Qué dicha, don Clemente! En ninguna casa respiro más a gusto que en la de usted.

DON CLEMENTE. Me alegro.

LÁZARO. Aquí sé que no se me engaña.

Don Clemente se rasca una ceja.

DON CLEMENTE. Y ¿cómo por aquí a estas horas?

LÁZARO. Vengo a despedirme de usted.

DON CLEMENTE. ¡Caray! ¿Te vas a suicidar?

LÁZARO. En serio.

DON CLEMENTE. En serio: me lo has dicho en un tono… Y como abusas tanto de la pistolita…

LÁZARO. Completamente en serio. Después de la noche más negra y más amarga que he pasado en mi vida, he resuelto marcharme de aquí.

DON CLEMENTE. ¿De dónde? ¿De mi casa?

LÁZARO. No, señor; de Puebla. Ya no sufro más, ni le busco más componendas a lo que no tiene ninguna. No necesito advertirle a usted que

me refiero a mis relaciones con Virginia.

DON CLEMENTE. Ya, ya.

LÁZARO. Voy a poner tierra por medio, no hay otro recurso. Me voy a Madrid, o a Barcelona, que está más distante; y no volveré hasta que sepa que Virginia se casado con otro. A contadas personas pienso decir adiós Usted es la primera de todas.

DON CLEMENTE. Guacias, muchacho; gracias.

LÁZARO. Dejo las viñas y el cortijo en manos de mi padre, y yo me dedicaré a mi carrera, que para algo la tengo. ¡No he de vivir papando moscas!

Van a abrazarse, cuando los sobrecoge un grito de dolor de Virginia. Pero de dolor físico.

VIRGINIA. *Dentro.* ¡Ay!

LÁZARO. ¿Eh?

DON CLEMENTE. ¿Qué?

VIRGINIA. ¡Jesús, María!

LÁZARO. ¿Es ésa Virginia? ¿Está ahí?

DON CLEMENTE. No… sí… No sé…

Sale Virginia del escondite, desconcertada, pálida; aturdida por un golpe que se ha dado en la frente, el cual le ha causado una leve heridita; una rozadura, de donde brotan gotitas de sangre, que ella enjuga con su pañuelo.

LÁZARO. ¡Virginia!

VIRGINIA. ¡Lázaro!

DON CLEMENTE. ¿Qué es eso, chiquilla?

VIRGINIA. Nada, no es nada… un golpe… el susto…

LÁZARO. ¿Cómo que no es nada, y tienes sangre?

VIRGINIA. Sí; pero no es nada…

DON CLEMENTE. Ya te advertí que tuvieras cuidado… ¿Quieres colonia?

VIRGINIA. No, no; si no es nada; de veras… En casa me daré…

DON CLEMENTE. Pero ¿cómo ha sido?

VIRGINIA. Me senté en la butaca a tientas… oí de pronto a éste…

LÁZARO. ¡Siempre yo!

VIRGINIA. Me levanté de un salto, y en el pico de una puerta de la estantería, que estaba abierta… ¡Ay!

LÁZARO. ¿Te duele?

VIRGINIA. No, no me duele, no… Me voy, me voy a casa.

DON CLEMENTE. Tranquilízate antes…

LÁZARO. Bebe un poco de agua, mujer… ¿No quieres?

VIRGINIA. No, no… Me voy a casa… Me voy, me voy…

DON CLEMENTE. ¡Válgame el Señor!… Anda, yo te acompañaré…

VIRGINIA. No, no… no se incomode usted, don Clemente… Si son dos pasos… *Viendo a Mónica, que oportunamente aparece por donde se fue.* Que me acompañe Mónica.

DON CLEMENTE. Bueno, sí… A tiempo llega. Anda, Mónica, acompaña a la señorita a su casa.

MÓNICA. ¿Ze ha hecho usté zangre, zeñorita? ¿Ze ha caío usté?

VIRGINIA. No, no ha sido nada. Ven conmigo.

DON CLEMENTE. ¡Por vida de los doce apóstoles!

Se marcha Virginia, acompañada de don Clemente y de Mónica, que mira a todos extrañada.

Lázaro queda solo, mucho más sobreexcitado y nervioso de lo que llegó.

LÁZARO. ¡Maldita sea mi estampa! ¡Cómo enreda el demonio las cosas!… ¿Para qué habré venido yo aquí esta tarde? ¿Y qué haría aquí Virginia? ¡Yo que no quería verla más!… ¡Maldita sea mi estampa!

Vuelve don Clemente, y al encontrárselo manoteando le pregunta:

DON CLEMENTE. ¿Ahora eres tú el que espanta las moscas?

LÁZARO. ¿Eh?

DON CLEMENTE. ¿Sabes que ésa se ha podido romper la cabeza?

LÁZARO. ¡Pobrecita! ¡Pero qué desgracia más simple! Oiga usted, ¿y cómo estaba aquí?

DON CLEMENTE. Porque vino en busca de Barbarita, y al sentirte se metió ahí dentro…

LÁZARO. ¿Es gaita o no es gaita? ¡Y habrá que oír a Tula, cuando la vea llegar así!

DON CLEMENTE. ¿A quién? ¿A su hermana? ¡Dios nos libre de ella!

LÁZARO. Mujer que más me subleve no existe. Me saca de quicio con sus ínfulas de razonable; ¡porque no he conocido persona que desvaríe más! ¡Habrá que oírla ahora!

DON CLEMENTE. ¡Cómo te pondrá, Dios bendito! ¡Hasta de ese chichón te hará a ti responsable!

LÁZARO. ¡Seguro! ¡No me traga; no me tragará nunca! ¡Ni yo quiero verme en su estómago! Cuando me encuentra alguna vez en la calle, se pone verde, lívida. Yo creo que ni echándola al mar, que la echaría de mejor gana que lo digo, se apaga el odio que me tiene.

DON CLEMENTE. Es una tarasquita, como diría el Padre Julián.

LÁZARO. ¡Y además, ya es ella, ella sola, la encargada de mantener, para que no se extinga jamás, este odio de las dos familias, este rencor tradicional entre Ayamontes y Portillos, vergüenza y rémora de nuestro pueblo!

DON CLEMENTE. No, eso no; si no fuera Tula, sería otra rama de uno de los troncos. Yo he nacido aquí, y la primer noción que tuve del odio entre personas fueron esos dos bandos. Me casé con Bárbara; hemos vivido muchos años ausentes de Puebla, y al volver al rincón, cansado yo de explicar Historia a la chiquillería, hallé que nada había cambiado aquí, y menos que nada ese semillero de disgustos. Por lo visto es enfermedad incurable.

LÁZARO. ¡Yo me hacía la ilusión de acabar con ella uniéndome a Virginia!

DON CLEMENTE. Y quizás sería tu matrimonio el único remedio cabal. «*Similia similibus curantur*». O un clavo saca otro clavo, si lo prefieres. O aquello de que la mancha de la mora… Porque el origen de esta malquerencia fue precisamente una jugarreta de amor. ¡Y ya tiene fecha: tres siglos y medio! Parece ser que un Ayamonte le sopló la dama a un Portillo…

LÁZARO. ¡Me lo ha contado usted ya setenta y tres veces!

DON CLEMENTE. Perdóname la setenta y cuatro, hombre. Monomanías históricas.

LÁZARO. Perdóneme usted a mí la pata de gallo. Estoy que brinco. ¿No me ve usted brincar? Tengo una corriente eléctrica por la espalda.

DON CLEMENTE. ¡Por vida de…! Sosiégate, chiquillo; sosiégate.

LÁZARO. Yo me enamoré de Virginia como un loco… Sin duda ninguna, me acercó a ella la misma división de las dos familias…

DON CLEMENTE. Claro, sí… Lo vedado…

LÁZARO. Y a la primera persona que le hablé después que ella y yo nos entendimos, fue a su hermano Alberto.

DON CLEMENTE. El militar.

LÁZARO. Sí, el militar. El otro es un zángano. Un viaje hice a Sevilla, en donde estaba de guarnición, para hablar con él.

DON CLEMENTE. ¿Pero ahora está en Puebla?

LÁZARO. Con licencia por unos días. Y me vio llegar, y me abrió generosamente los brazos, y nos alegramos los dos con la idea de que estos amores fueran el principio del fin.

DON CLEMENTE. ¡Me lo has contado ya setenta y tres veces; pero no me importa oírtelo otras tantas! Los historiadores tenemos mucha más paciencia que los enamorados. ¡Je!

LÁZARO. Bueno: pues el mismo Alberto ya es otro. En cuatro días lo han vuelto como un guante. Es decir, que a un hombre que en Sevilla discurre y procede de una manera racional, en cuanto pisa Puebla de las Mujeres se le va el sentido común y es un beduino. Así es que esto no tiene soldadura. Es mal incurable, como dice usted. Me voy, me voy. Lo que he pensado es lo mejor, me voy. ¿No le parece a usted, don Clemente?

DON CLEMENTE. Hijo… yo no te digo que te vistas, pero ahí tienes la ropa.

LÁZARO. ¡Natural, natural, natural!… ¡Tierra, tierra por medio!

DON CLEMENTE. Y agua, si es posible.

LÁZARO. ¡Natural!… ¡Y fuego, y aire! ¿Le ha referido a usted Virginia…?

DON CLEMENTE. ¿Qué?

LÁZARO. El zipizape último: el de anoche.

DON CLEMENTE. ¡Oh!

LÁZARO. Yo comprendo que estuve algo brusco, que di el espectáculo, que perdí los estribos… Hasta se desmayó…

DON CLEMENTE. ¡Pateta!

LÁZARO. Sí, sí; se desmayó y todo. Pero no lo puedo remediar, don Clemente; soy de esta arcilla; tendría que volver a nacer para ser de otro modo. Y nada me desboca en el mundo como una mentira, por insignificante que sea.

DON CLEMENTE. ¡Jesús!

LÁZARO. Y le advierto a usted que luego he meditado, y he visto que ella me mintió por evitar otro zipizape más gordo. ¡Pero ni aun así paso por la mentira! ¡El hombre que pasa por la primera mentira de una mujer, ya está perdido para siempre!

DON CLEMENTE. ¡No lo creas! Ese arranque tuyo es atávico.

LÁZARO. ¿Cómo?

DON CLEMENTE. Atávico; que viene de atrás… que trae cola.

LÁZARO. Ya, ya sé lo que es atávico; pero…

DON CLEMENTE. Vengamos al asunto. Te voy a decir una cosa, aunque te la haya dicho, no setenta, sino cien mil veces. Todas son pocas. Los hombres tenemos, en ocasiones, precisión de mentir en la vida social…

LÁZARO. ¡Yo, nunca!

DON CLEMENTE. Tú también. Óyeme. Las mujeres, en cambio, mienten por ley de naturaleza. Es cosa de la sangre: un microbio…

LÁZARO. Atávico también.

DON CLEMENTE. Desde Eva. Si no mienten, se mueren. Ahora, que hay dos géneros en sus mentiras: las leves y las graves. De las que sueltan mentiras graves, Dios nos libre; las que no las sueltan más que leves, como mi Barbarita, benditas sean, Lázaro. Barbarita no es capaz de engañarme en nada que me pueda ofender; pero contar una sola cosa tal y como ha sido, o

dos veces del mismo modo, no lo esperes de ella. ¡Tenía que tocarle a un historiador! Es el placer de la mentira inútil. Barbarita se desayuna, verbigracia, con café con leche y pan tostado; pues si a la salida del comedor te la encuentras, te dice: «¡Qué rico estaba hoy el chocolate con bizcochos!». ¿Hay quien se explique esto?

LÁZARO. Yo, no.

DON CLEMENTE. Ni nadie. Pero pídele al santo de tu devoción, si te casas, que no te toque una de las otras.

LÁZARO. ¡Yo no me caso ya, porque no me caso con Virginia!

DON CLEMENTE. ¡Jesús!

LÁZARO. ¡Si todo se arreglara en la vida a tiros!…

DON CLEMENTE. ¡Huy, huy, huy!… ¡Qué mal te veo chiquillo! Anda, vámonos a tomar el aire por ahí… Daremos un paseo, y luego te dejaré en tu casa.

LÁZARO. Sí, señor. Yo necesito desahogarme; hablar mucho, mucho, mucho…

DON CLEMENTE. Estoy dispuesto a oírte. Me hago cargo de lo que te pasa. Ven por aquí: nos saldremos por el postigo, para no encontrarnos a nadie.

Coge de sobre una silla sombrero y bastón, y se va charlando con Lázaro hacia el interior de la casa. Queda la escena sola unos momentos. Llega luego de la calle Barbarita, la dulce cuanto imaginativa esposa de nuestro historiador. Viene de chal. Su actitud es reveladora: algo le acaban de decir que ha puesto en juego su fantasía y en tensión sus nervios delicados.

BARBARITA. ¿Clemente? ¿Clemente? No, no está. *Dirigiéndose a la misma puerta por donde ha llegado, dice:* Pasa Chorrito.

Y pasa Chorrito, quien descubre a la legua su noble oficio de zapatero remendón.

CHORRITO. Con permiso de usté, señorita Bárbara.

BARBARITA. No me gustan chismes en la calle ni en el portal. Aquí no nos ve nadie. Cuéntame lo que tú hayas visto.

CHORRITO. Pero no se asuste usté, doña Barbarita, que ya la tormenta ha pasao.

BARBARITA. ¿Y lo que ha podido pasar? Cuéntame lo que tú hayas visto.

CHORRITO. Sí, señora.

BARBARITA. La verdad, Chorrito; la verdad, por grave que sea.

CHORRITO. Como se la diría un sentinela a su coroné. Oiga usté lo que han visto mis ojos. Justamente mi mesiya está colocá en medio e la plasuela a los cuatro vientos, y no se me escapa un mosquito.

BARBARITA. Por eso te he llamado.

CHORRITO. Pos de lo que yo pueo atestigüá es de lo siguiente: acababan de soná en la iglesia las sinco, cuando por la esquina der Comersio aparesió la señorita Virginia Ayamonte.

BARBARITA. ¿Sola?

CHORRITO. Sola… y andando con er pasito corto y los ojitos bajos. Atravesó la plasoleta —por más sierto que ar pasá por junto a mi mesiya me dió las buenas tardes—, yegó a la puerta de esta casa, miró pa un lao y pa otro, y entró como si entrara en la suya. La cosa más naturar der mundo: nadie hubiera pensao na extraordinario, por muy *detertive* que fuera.

BARBARITA. ¿Y luego?

CHORRITO. Aguarde usté: sorté la chabeta y er martiyo, me puse a untá de serote unos cabos…

BARBARITA. Omite los detalles, por Dios: ¿no ves lo impaciente que estoy?

CHORRITO. Y en esto —no había pasao un cuarto de hora— levanto la vista y diviso ar señorito Lásaro, que por la caye Claveyinas venía flechao pa acá. Venía como si le picara er sarpuyío en la esparda, y hasiendo mojines. Ya sabe usté que se las tira de nervioso.

BARBARITA. Sigue, sigue; que tengo el corazón en la garganta.

CHORRITO. Pasó también a la vera mía; pero, ar revés que la señorita Virginia, no se dirnó de saludarme. Ni farta. En las cosas más chicas se ve la

educasión de las personas. No es que yo les deba la mesiya a los Ayamontes: es que la verdá es la verdá.

BARBARITA. ¿Y entró aquí también?

CHORRITO. ¡Vaya si entró! Como una bala. Como er tren en un tune: sirbando, echando humo y con los faroles ensendíos. Por más sierto que Juaniya la de los merengues, que lo vio como yo, se me asercó con estas palabras: «Hoy tocan ahí las pases». Y yo lo confirmé, señorita. ¡Es una ersena tan corriente!… Con que cuár no sería la sorpresa que los dos nos yevamos, cuando ar minuto —¡ar minuto, señorita Bárbara!— vimos salí huyendo a la señorita Virginia, blanca como la sera, sangrando de la frente, y echá camino de su casa.

BARBARITA. ¡Corazón de Jesús!

CHORRITO. Si miento en argo, señorita, que me caiga aquí muerto como una pelota. Mónica, que iba con eya, me hiso señas como de una cosa muy grande…

BARBARITA. Ah, ¿iba con ella Mónica? Y ¿dónde está Mónica? *Llamándola.* ¡Mónica!

CHORRITO. Quisás no haya vuerto toavía.

BARBARITA. ¿Cómo qué no?

CHORRITO. La habrán entretenío en la otra casa preguntándole pormenores…

BARBARITA. ¡Mónica! ¡Mónica! Sí, puede que no haya vuelto… ¿Y él? ¿Y ese infame, dónde se ha metido?

CHORRITO. Cuando no está aquí… habrá tomao soleta por la puerta farsa. En que huye, delito tiene.

BARBARITA. ¡Infame! ¡Más que infame! Pero ¿y mi marido? ¿Cómo ha podido consentir…? No, ya me lo figuro; es tan pánfilo, que se quitaría de en medio para que hicieran las paces a gusto; y el otro, al encontrarse solo con ella, aprovechó el instante… ¿No crees tú, Chorrito?

CHORRITO. Lo que haya pasao dentro de la casa no lo sé, por más que lo presuma; mis referensias son de lo que he presensiao. Santo Tomás es mi padrino.

BARBARITA. ¡Pues yo sí sé lo que ha pasado aquí! ¡Si lo está pregonando él hace mucho tiempo! ¡Si no se le cae de la boca la amenaza de siempre! ¡Si anoche mismo iba diciendo por la calle —que lo oyó Concha Puerto— que este noviazgo lo iba a acabar a tiros! Por supuesto, ya que la herida ha sido leve, yo casi lo celebro: así se terminan unas relaciones tan antipáticas.

CHORRITO. Verdá que sí. ¡Miste un Portiyo yevándose la fló de los Ayamontes!… ¡Vamos! ¡Con la sangresita que tienen… que vienen de os turcos… que don Clemente me lo ha dicho a mí!…

BARBARITA. Y bien que lo declaran sus obras. Ya ves lo de hoy. No haría más un bandolero de la sierra. ¡Ay, qué alegría va a tener mi sobrino!

CHORRITO. ¿Quién? ¿Er señorito Anacleto?

BARBARITA. ¡Ése; que bebe los vientos por ella!

CHORRITO. ¡Pos ése sí que se la merese! ¡Más simpático es! ¿En dónde está ahora don Anacleto?

BARBARITA. En Cádiz; pero yo le voy a poner un telegrama.

CHORRITO. Tres duros me dió a mí por unas medias suelas. No se me orvida. ¡Ése es un hombre, y no este mar genio de aquí, que una vez que fue consejá le yamó inmundisia a mi establesimiento, y atentó contra er pan de mis hijos! Tampoco se me orvida.

BARBARITA. ¡Ahora las pagará todas juntas! Pero ¿y esa Mónica? *Viéndola llegar por la puerta del interior de la casa.* ¡Mónica!

Mónica, que ya venía asustada, se asusta doble, no sólo con el grito y la inesperada presencia de su ama, sino con la alteración que en ella advierte. Con las pestañas levanta aire.

MÓNICA. ¡Zeñorita!

BARBARITA. ¡Ven acá, hija; ven acá! ¿Llegas ahora mismo de aquella casa?

MÓNICA. Zí, zeñora… ¡No he zalío más que a ezo!… ¿Quién ze lo ha dicho a usté?

BARBARITA. Chorrito, que te vio con la señorita Virginia. Ven acá.

CHORRITO. Oye, ¿la hería sangra mucho?

MÓNICA. Zí zangra, zí zangra…

BARBARITA. ¡Corazón de Jesús! Habla, Mónica, habla, por los clavos de Cristo. Dime todo lo que ha ocurrido aquí desde que yo me fui a la calle.

MÓNICA. Zí, zeñora… Yo, como usté me mandó, no me he movío de caza.

BARBARITA. Por eso, por eso quiero oírte. ¿Manuela y Juana están en la azotea?

MÓNICA. Zí, zeñora.

BARBARITA. ¿Y el señorito se ha marchado?

MÓNICA. Zí, zeñora.

CHORRITO. ¡Por er postigo con el otro! ¡A esconderlo! Argo tenía que hasé don Clemente. ¡Es tan bueno, er pobre!

BARBARITA. Cállate ahora tú, y que Mónica nos lo cuente todo…

MÓNICA. ¿Yo?

BARBARITA. Tú, sí, tú; la única persona que aquí estaba.

MÓNICA. Zí, zí; yo estaba aquí; yo no he zalío.

BARBARITA. ¡Pues habla ya! Llegó la señorita Virginia; le abriste la cancela tú…

MÓNICA. No, zeñora…

BARBARITA. ¿Qué no?

MÓNICA. Zí, zeñora…

CHORRITO. ¡No tiembles, mujé; si tú no vas a í a la carse!

BARBARITA. Cállate, Chorrito, no la asustes… ¿Cómo quieres que esté la pobre, con todo lo que ha visto? Ven acá, tonta; ven acá. *Imponiéndole con absoluta naturalidad a Mónica la verdad que ella sueña.* Entró la señorita Virginia, y un rato después entró también el señorito Lázaro, furioso.

MÓNICA. Zí, zeñora…

BARBARITA. Mi marido los dejó solos a los dos…

MÓNICA. Zí, zeñora…

BARBARITA. Empezó él a gritar como un energúmeno, y a poco, ¡pum!, el tiro. ¿No es esto?

MÓNICA. Zí, zeñora…

BARBARITA. *Rápidamente, al zapatero.* ¿Eh? ¿eh?

CHORRITO. ¡Na más que se ha caío ese poyo de la bisicleta!

MÓNICA. *Aliviando su conciencia un poco.* Bueno, zeñorita… yo er tiro no lo oí…

BARBARITA. ¿Cómo qué no? ¿Pues dónde estabas? *Guiñándole con disimulo al zapatero.* ¿Lo ha oído Chorrito y no lo has oído tú?…

MÓNICA. ¿Lo ha oído Chorrito?…

BARBARITA. No niegues, no ocultes, que lo que te conviene es decir la verdad.

MÓNICA. ¡La verdá!… Pos la verdá es que yo lo que oí fue azí como un gorpe… A mí no ze me pazó por la idea que fueze un tiro…

BARBARITA. ¡Claro es! A ti menos que a nadie, hija de mi alma. ¿Cómo podías tú creer que un tal caballero…? ¡pues ha sido un tiro nada más!

CHORRITO. ¡Un tiro!

BARBARITA. ¡Fortuna que la bala daría en una horquilla y resbaló! ¡Gracias, gracias por todo, Virgen del Amparo! A mí va a ser preciso hacerme una taza de tila…

MÓNICA. *Deseando quitarse de en medio.* ¡Voy ayá!

BARBARITA. Espérate un poquito.

MÓNICA. Zí, zeñora…

BARBARITA. Y acaba, acaba de contarnos…

MÓNICA. Zí, zeñora… Yo… yo yegué aquí ar rulo… y me encontré a la zeñorita Virginia con una hería en la cabeza, y procurando irze… No quería que la acompañara er zeñorito, y entonces me dijo a mí que yo fuera con eya. Y también me lo dijo don Clemente… Y fui… Y por er camino, y ezo que es tan corto, a poco ze desmaya la pobrecita. Y cuando yegamos a zu caza, en la misma cancela la dejé, porque eya no quizo que yo entrara dentro…

CHORRITO. ¡Pa evitá la declarasión!

BARBARITA. ¡Como que, al fin y al cabo, el otro es su novio!

MÓNICA. Pero yo escuché desde er zanguán, y usté no zabe el escándalo que ayí ze armó cuando vieron hería a la zeñorita. ¡Lo que doña Tula gritaba! ¡Qué cozas decía aqueya boca! Conque yo, azustá, me vine corriendo, me entré por er postigo, y aquí me tiene usté.

BARBARITA. ¡Ay! ¡ay! ¡Qué día de luto ha podido haber en este pueblo! Yo me voy a llegar un instante a esa casa… Pero, ¿y mi marido? Lo primero es hablar con él. Chorrito, anda con Dios. Dios te ha puesto en esa mesilla esta tarde.

CHORRITO. Oyendo er cuento he estao, y no lo creo toavía, señorita. Hay cosas que se le resisten a uno, como las medisinas amargas. Mándeme usté siempre.

BARBARITA. Adiós, y muchas gracias, Chorrito.

Marchase aprisa al interior de la casa.

MÓNICA. *Deteniendo a Chorrito.* ¿Usté no le habrá dicho a la zeñorita que antes me vio zalí pa er correo?

CHORRITO. ¿Yo qué interés iba a tené en comprometerte, muchacha? ¡Ar contrario! Yo, ar que quiero que le den boliyas, y por eso me alegro de lo pasao, es al otro; ar turco. ¡Que se largue a la tierra de sus abuelos a vendé gorros y babuchas! *Se va a la calle.*

MÓNICA. *Aturdida por las circunstancias mira a todas partes, y no sabe si quedarse allí o si irse a la azotea a comentar con sus compañeras lo sucedido.* ¡Jezús mío, qué rebomba! ¿Quién lo podía penzá?… Y lo que toca er tiro… yo er tiro no lo oí… Pero ¿cómo lo había de oí zi estaba en er correo? ¡Zi yega a enterarse la zeñorita!… Bueno, yo pude yegá en la ocazión, y oírlo también, como er zapatero… *Dando un salto de pronto.* ¿Quién es?

De la calle viene Castañeda, el director propietario de «Puebla Artística» y la persona más infeliz de La comarca. Es viejo y además hombre de pocos ánimos. En la mano trae un rollito de papeles.

CASTAÑEDA. Gente de paz, gente de paz… Buenas tardes.

MÓNICA. Tenga usté buenas tardes.

CASTAÑEDA. ¿Y la señora?

MÓNICA. Ahora mismo ze ha ido ayá dentro… ¿Quié usté que le avize?

CASTAÑEDA. Escucha, escúchame… ¿Qué es lo que me ha dicho el remendón? ¿Qué Portillo le ha disparado esta tarde aquí dos tiros a su novia?

MÓNICA. Uno, uno na más; na más que un tiro.

CASTAÑEDA. Él me ha dicho que dos.

MÓNICA. Pos yo no he oído más que uno.

CASTAÑEDA. ¡Qué enormidad! ¡Qué enormidad! No, yo he tenido siempre por un desequilibrado a ese mocito… ¡Qué enormidad! ¡Hombre! ¡el bargueño de marras! No lo conocía. ¡Bonito mueble es!

MÓNICA. El arzobispo de Burgos ze lo ha regalao a don Clemente.

CASTAÑEDA. ¿El arzobispo de Burgos?

MÓNICA. Ezo me ha dicho a mí doña Barbarita. Aquí zale.

Por donde se marchó vuelve Barbarita, efectivamente.

BARBARITA. Amigo Castañeda.

CASTAÑEDA. Amiga mía. *Le estrecha la mano con efusión.* Todavía estoy helado.

BARBARITA. ¿Ha visto usted?

CASTAÑEDA. ¡Calle usted, señora! Yo venía tan ajeno, figúrese usted, a traerle a Clemente las pruebas del capítulo que esta semana damos en la revista, y en la cancela me cruzo con el zapatero, y me encaja a quema ropa la novedad. ¡Un espanto! Pero, ¿en qué siglo vivimos, Barbarita?

BARBARITA. Qué sé yo, qué sé yo… A mí van a tener que sangrarme. Pues ¿y a esta infeliz, que desde el jardín ha presenciado el cuadro?

CASTAÑEDA. Ah, ¿tú has presenciado…?

MÓNICA. ¡Y van a tené que zangrame también!

BARBARITA. Ella fue, además, quien acompañó a su casa a Virginia, bañada la cabeza en sangre…

CASTAÑEDA. ¡Qué espanto! ¡Qué locura!

BARBARITA. Calcule usted: mi marido estaba en la azotea echándoles de comer a los palomos. Llegó ella, llegó él sacó la pistola… y no la ha dejado en el sitio porque hay Providencia.

CASTAÑEDA. ¡Qué enormidad! ¡Qué enormidad!

En semejante guisa a la de Barbarita viene presurosamente de la calle Tula, con la más implacable ira pintada en el semblante. Cuando habla de sus contrarios los Portillos, quisiera infundir un rayo en cada palabra. Su pronunciación es marcadamente andaluza; sus eses echan chispas. En cuanto la ve Barbarita, se abalanza a ella con los brazos abiertos.

BARBARITA. ¡Tula!

TULA. ¡Barbarita! *Se abrazan. Tula sigue hablando así que la emoción del encuentro se lo permite.* ¡Qué barbaridad! ¿Dónde se vio nunca nada por el estilo? ¡Qué barbaridad! Hola, Castañeda, buenas tardes.

CASTAÑEDA. Señora mía… ¿También a usted se lo ha contado el zapatero?

TULA. ¡El zapatero, y la de los merengues, y diez personas más, de mi casa aquí!

BARBARITA. ¡Como que esto va a ser un reguero de pólvora!

TULA. ¿Pero es que tamaña villanía podía permanecer oculta ni siquiera un segundo? ¡Un Portillo tenía que ser el héroe! Luego dice mi madre que si yo soy más intransigente que ninguno de la familia. ¡A orgullo lo tengo! ¡Piratas! ¡Vampiros, que viven de la sangre del pobre! ¡Negreros, que vendieron esclavos! ¡Matatías! Con dificultad se encontrará en el mundo una persona más razonable que yo; pero cuando se me toca a este registro, me ciego. Es superior a mí; me ciego, me ciego.

BARBARITA. Cálmate, Tula; cálmate…

CASTAÑEDA. Cálmese usted, señora.

TULA. No puedo, no puedo. Si es superior a mí. Pídanme ustedes que no respire, y me será más fácil. ¡Y qué cosas tiene el corazón! ¡Si supieras mi pesadilla de la última noche! ¿Querrás creerlo, Bárbara? ¡La misma escena que ha debido de haber aquí! Me desperté sonámbula en la cocina, había ido por un cuchillo para vengarme de él.

BARBARITA. Como que esta tragedia la estábamos esperando todos.

CASTAÑEDA. ¡Pobre Virginita!

BARBARITA. Pobre… y dichosa ya, don Claudio.

TULA. Ésa ha sido mi misma exclamación: ¡pobre y dichosa! Sentimos al unísono, Barbarita. ¡Pobre… y dichosa!

CASTAÑEDA. Cierto, sí, porque si el noviazgo se concluye…

TULA. ¿Qué significa si se concluye? ¿Qué es eso de si se concluye?

BARBARITA. ¿Qué dice usted, hombre de Dios?

TULA. ¿Pero habla usted todavía en hipótesis?

CASTAÑEDA. No… yo no… yo… yo…

TULA. ¡Por las Siete Llagas! ¡El revólver de Lázaro, desviado de la frente de mi hermana por el dedo de Dios, ha librado a los Ayamontes del baldón tremendo de emparentar con los Portillos! ¡En mi familia nunca ha habido homicidas!

MÓNICA. *A quien ya le duelen las pestañas de tanto parpadeo.* Zeñorita, ¿me da usté a mí permizo pa que yo me vaya?

BARBARITA. ¿Adónde?

MÓNICA. A rayá er pan pa las croquetas.

BARBARITA. No. Donde te vas es al cuidado de la cancela. Y si alguien llega, avísame.

MÓNICA. Zí, zeñora. *Se marcha a respirar un poco en otra atmósfera menos cargada, y a que las pestañas le descansen.*

BARBARITA. Oye, Tula: ¿y Virginia, qué dice?

TULA. ¡Oh, Virginia! ¡Pobre hermana mía!

CASTAÑEDA. Pobre… y dichosa.

TULA. Justo, justo. La infeliz llora sin consuelo. Y es tan generosa, y está todavía tan enamorada de ese… de ese… —no encuentro un epíteto con bastante desprecio— de ese… hombre —llamémosle hombre— que aún lo quiere salvar. Ha inventado un cuento ridículo…

BARBARITA. ¿Qué dice? ¿qué dice?

TULA. ¡Mentiras inocentes!… Que no estaba citada con él aquí…

BARBARITA. ¡Vamos!

TULA. Que vino a advertirte no sé qué cosa de la rifa… que entró en un cuarto oscuro y tropezó con una puerta de cristales…

BARBARITA. ¡Bah!

CASTAÑEDA. ¡Qué simpleza!

BARBARITA. ¡Qué papa! Lo primero que se le ha ocurrido.

TULA. Pues ha insistido tanto, que me ha hecho venir a ver a Clemente según ella el único testigo del hecho, para que él…

CASTAÑEDA. Pero si Clemente estaba en el palomar; ¿no es eso, Barbarita?

BARBARITA. Eso me ha dicho Mónica. Lo que hay es que Virginia, la infeliz, confía en que mi marido, que siempre ha tenido debilidad por Lázaro, buscará el medio de desfigurar la verdad y de echarle tierra al asunto. Esto es como la luz del sol.

TULA. ¿Pero qué le habrá podido enamorar a mi hermana de esa sabandija? Es malo, es traicionero, es torvo, es antipático. Es feo, es chico, es negro, es contrahecho; es un pájaro frito. ¡Si lo estoy viendo en la cazuela! Me ciego, me ciego. Soy una persona muy razonable, pero me ciego hablando de él. ¡Qué horror! ¡Tener yo un sobrino de semejante estampa!

BARBARITA. O varios.

TULA. ¡Cállate! ¡No me asustes! ¡Qué horror!

Vuelve Mónica con el anuncio de nuevos personajes.

MÓNICA. Zeñorita.

BARBARITA. ¿Qué quieres?

MÓNICA. Que ahí están la zeñorita María Martin, la zeñorita María Bedoya y la zeñorita María Cordero.

BARBARITA. ¡Ah, las tres Marías! ¡Que entren!

CASTAÑEDA. ¡Las inseparables!

BARBARITA. ¡Que entren! ¿Por qué no han entrado?

MÓNICA. Como me dijo usté que le avizara…

BARBARITA. ¡Vamos, mujer! Diles que entren.

MÓNICA. Ya mismo. *Vase corriendo.*

BARBARITA. Éstas traerán noticias.

TULA. Más correntonas no las hay.

BARBARITA. A ver qué se dice.

TULA. A ver qué se miente.

BARBARITA. Sí; porque hay que temerle a este pueblecito.

CASTAÑEDA. Pues, señor, me he encontrado en pleno foco de noticias…

BARBARITA. *Adelantándose a recibir a las tres Marías nombradas por Mónica, tres muchachas inseparables, como ha dicho el señor Castañeda, y muy lindas. Vienen a cuerpo, rebosando curiosidad.* ¿De cuándo acá habéis hecho antesala en mi casa, simples?

MARÍA MARTÍN. Eso pregúnteselo usted a Mónica. Buenas tardes.

MARÍA BEDOYA. Buenas tardes.

MARÍA CORDERO. Buenas tardes.

TULA. Buenas tardes, niñas.

CASTAÑEDA. Buenas tardes.

MARÍA MARTÍN. ¿Ves tú, María Cordero? No es verdad, porque está aquí Tula.

MARÍA CORDERO. Hija, yo, lo que le han dicho a María Bedoya.

BARBARITA. ¿De qué?

TULA. ¿De qué?

MARÍA BEDOYA. ¿De qué va a ser? María Martín, tú también lo has oído en la botica.

MARÍA MARTÍN. En la botica lo que estaban diciendo es distinto. En la botica estaban diciendo…

TULA. Pero ¿en qué botica?

MARÍA MARTÍN. En la de Barrado.

TULA. ¡Ahí en la de Barrado!

MARÍA MARTÍN. A ésa es a la que se le llama la botica.

MARÍA BEDOYA. La otra es la Farmacia Moderna.

BARBARITA. ¿Qué estaban diciendo? ¿qué estaban diciendo?

MARÍA MARTÍN. Un horror; una atrocidad.

MARÍA CORDERO. Y eso es mentira, porque María Bedoya ha visto a Lázaro.

TULA. ¿A Lázaro?

BARBARITA. ¿Tú has visto a Lázaro?

MARÍA BEDOYA. Sí, señora, que he visto a Lázaro. Al ir en busca de éstas.

TULA. ¿Pero ese hombre está paseando su hazaña por las calles?

BARBARITA. ¿Y con quién iba Lázaro?

MARÍA BEDOYA. Cuando yo lo vi, ya iba solo.

BARBARITA. ¿Cómo que ya iba solo? Pues ¿con quién iba antes?

MARÍA MARTÍN. A mí me ha dicho el del puesto de fósforos que lo vio del brazo de don Clemente.

TULA. ¿Del brazo de don Clemente?

BARBARITA. ¡Tate!

CASTAÑEDA. Pero, bueno, sepamos de una vez lo que se dice en la botica.

BARBARITA. De lo que se diga en la botica no hay que fiarse poco ni mucho.

CASTAÑEDA. Conformes; pero, ¿qué se dice?

BARBARITA. ¡Allí son *portillistas* de siempre!

TULA. ¡Convictos y confesos!

MARÍA MARTÍN. Pues estaban diciendo que Virginia…

MARÍA CORDERO. No, que Lázaro…

MARÍA MARTÍN. No, mujer, que Virginia; déjame acabar.

TULA. ¿Es ésa la voz de mi hermano Alberto?

BARBARITA. Sí; la voz de Alberto es.

MARÍA MARTÍN. Pues ¿no estaba en el campo?

TULA. En el campo estaba. ¡Y es él! ¡es él! ¡Es Alberto!

CASTAÑEDA. ¡Vaya! ¡Me quedo sin enterarme de lo que contaba en la botica!

Sale Alberto en traje de campo, seguido de Mónica. Es un buen mozo; varonil, decidido y simpático. Viene alterado inquieto.

ALBERTO. A la paz de Dios.

TULA. ¡Alberto!

ALBERTO. Felices, Barbarita.

BARBARITA. Dios te guarde.

CASTAÑEDA. Buenas tardes, mi capitán.

ALBERTO. Buenas tardes, señor Castañeda. Salud, niñas.

MARÍA MARTÍN. Hola, Alberto.

MARÍA CORDERO. Hola.

MARÍA BEDOYA. Hola.

TULA. Alberto, tú sabes ya lo sucedido. No me engañan tus ojos.

ALBERTO. Te diré. Sé lo que me ha contado Virginia.

TULA. ¡Pues no sabes nada!

ALBERTO. Al llegar del campo me he encontrado en casa un revuelo…

TULA. ¿Quién estaba allí?

ALBERTO. Mucha gente. Y ahora entraban dos o tres señoras y el cura Sánchez. Virginia tiene encima una pesadumbre mortal… Le pregunté; se turbó mucho; le vi una rozadura en la frente, un chichón…

BARBARITA. ¿Se le habrá alojado la bala?

ALBERTO. ¿Qué bala? ¡Por Dios, no hagamos folletines!

BARBARITA. No, no son folletines, Alberto…

TULA. No son folletines; son hechos, de los que hay testigos.

MARÍA MARTÍN. Por lo que contaban en la botica…

MARÍA BEDOYA. Calla tú.

ALBERTO. Precisamente a mí no me ha satisfecho la explicación que Virginia me ha dado. Lo que deduzco de ella es que entre los novios ha sucedido algo anormal, algo muy violento, algo que excede a sus ordinarios rifirrafes y peloteras.

TULA. ¡Y tanto! ¡Y tanto!

ALBERTO. Lo que sea, ha pasado aquí. Por eso he venido, Yo, de Lázaro, a pesar de todo, tengo buena opinión.

TULA. ¿Qué hablas?

ALBERTO. Lo que oyes. Ni lo defiendo ni lo acuso. Primero he de enterarme de la verdad, para juzgar después. ¿Dónde está don Clemente, que según Virginia es el único que puede sacarme de dudas?

TULA. ¡Ah, don Clemente! ¡Cómo se acoge a don Clemente!

BARBARITA. Mira, Alberto: Virginia, la pobre, no sabe qué decir… Ponte tú en su caso, en su tribulación… Y habla de Clemente, porque tiene más fe en la bondad y en la indulgencia de Clemente que en nada. Pero lo que ha ocurrido aquí, sólo lo ha visto Mónica.

ALBERTO. ¿Mónica?

La miran todos. Mónica tiembla como la hoja en el árbol, y se ve hecha albóndigas sin remedio.

TULA. Y en cuanto al tiro, también lo oyó Chorrito el zapatero.

ALBERTO. ¿Cómo el tiro? Pero ¿qué tiro es ése?

TULA. Ah, pero ¿ahora estás ahí?

BARBARITA. El tiro, el tiro.

MARÍA MARTÍN. Eso del tiro es lo que decían en la botica.

MARÍA BEDOYA. Eso.

MARÍA CORDERO. Eso.

Castañeda respira al cabo.

MARÍA MARTÍN. Decían que la encontró hablando en la ventana de esta casa con Antonio Marino, y que en un arrebato de celos…

BARBARITA. ¡Valiente paparrucha! ¡Pero qué cosas inventa la gente!

TULA. ¡Esos sí que son folletines!

MARÍA MARTÍN. Yo, lo que decían.

MARÍA BEDOYA. Ésta, lo que decían.

ALBERTO. Bueno, bueno, bueno; hable usted, Barbarita, porque si no voy a volverme loco. Dice mi hermana que Chorrito; dice usted que Mónica…

BARBARITA. Chorrito es testigo de la calle, y Mónica de casa. Verás. En dos palabras, porque comprendo tu inquietud. Estaba Mónica limpiando el polvo de la biblioteca de Clemente… *Mónica da con las pestañas en el techo.* Llegó Virginia hecha un mar de lágrimas. Él venía siguiéndole los pasos. Ella se aterró, se sobrecogió y dio un grito; al grito, salió Mónica; Lázaro entonces, viéndose perdido, le apuntó a Mónica con la pistola; Mónica huyó, sin voz para pedir socorro, y él, en este instante, disparó el arma contra Virginia, con tan buena fortuna, que sólo le rozó la frente y le quemó el pelo. ¿Es esto, Mónica?

Mónica ha desaparecido.

BARBARITA. ¿Dónde está Mónica?

TULA. ¿Dónde está Mónica?

MARÍA BEDOYA. ¿Y Mónica?

MARÍA CORDERO. ¿Y Mónica?

MARÍA MARTÍN. ¿Y Mónica?

ALBERTO. ¡Se la tragó la tierra!

CASTAÑEDA. ¡Se la tragó!

BARBARITA. Bueno, es igual. Esto es lo que ha pasado, con puntos y comas.

MARÍA BEDOYA. ¡Jesús, qué horror!

MARÍA CORDERO. ¡Qué miedo, hija mía!

MARÍA MARTÍN. Yo tengo los pelos de punta.

CASTAÑEDA. Ha sido realmente una enormidad.

TULA. ¿Has perdido el habla, capitán Ayamonte?

ALBERTO. Casi, casi. Les confieso a ustedes que no doy crédito a mis oídos, y que todo esto se me antoja una pesadilla. Pero vengamos a la realidad. Si ustedes suponen que la herida que tiene Virginia en la frente se la ha causado una bala de revólver, están en un error completo.

TULA. ¿Cómo?

BARBARITA. ¿Cómo?

CASTAÑEDA. ¿Qué?

MARÍA MARTÍN. Pues en la botica…

TULA. ¿Y Chorrito?

BARBARITA. ¿Y Mónica?

ALBERTO. Calma; un poco de juicio. Yo puedo aceptar hasta que Lázaro haya amenazado con el revólver a mi hermana, por más que se me figure muy grave; que haya sonado un tiro aquí, ya que hay quien dice que lo ha oído; pero toda otra cosa es inadmisible, un desvarío de la imaginación.

TULA. ¿Sí, eh? Pues ¿tú sabes lo que te digo yo? Que no serás digno del apellido de nuestra familia, ni de llevar al cinto la espada que llevas… cuando vas de uniforme, si ese desalmado no duerme esta noche en la cárcel.

BARBARITA. ¡Y yo estoy con Tula!

ALBERTO. Sí, en un calabozo; con grillos y cadenas. Yo sé bien lo que tengo que hacer. Desde luego, hermana, puedes tranquilizarte; las relaciones entre Virginia y Lázaro Portillo han pasado a la historia.

TULA. ¡No faltaría más!

ALBERTO. Eso, te lo juro. Y cuenta que yo fui siempre su primer abogado. Pero desde ahora seré su mayor enemigo. No es cosa de seguir más tiempo viendo a Virginia en constante susto y en constantes lágrimas, ni de que se muera cualquier día, porque ese niño tenga el genio áspero. Ahora, ¡de esto a que vuelen bueyes!… En fin. Dios dirá. Hasta luego a todos. Buenas tardes.

TULA. ¿Adónde vas, Alberto?

ALBERTO. ¿Adónde he de ir? A buscar a don Clemente y a buscar a Lázaro.

TULA. ¿A Lázaro también?

ALBERTO. ¡Claro, mujer; claro! ¡Para que me diga la verdad!

BARBARITA. Pero ¿tú crees que va a decírtela?

ALBERTO. Yo le hablaré de modo que no se atreva a desfigurarla.

TULA. ¡Más sangre, no, Alberto!

ALBERTO. Hija mía, hasta ahora ha habido muy poquita. Serénate. Lo dicho, buenas tardes.

BARBARITA. Buenas tardes.

MARÍA MARTÍN. Adiós, Alberto.

CASTAÑEDA. ¡Calma, mi capitán; mucha calma!

TULA. ¡Dios Todopoderoso! ¡Señor mío de las Siete Llagas, identifícalo conmigo! ¡Ay, Barbarita!

BARBARITA. ¡Ay, Tula!

TULA. Yo estoy a punto de un ataque de nervios. Acompáñame a casa.

BARBARITA. Sí, hija, sí; yo también, por mi parte, deseo ya ver a Virginia.

MARÍA CORDERO. Pues vámonos nosotras, María Martín, que tu madre espera.

MARÍA MARTÍN. Nos iremos juntas las cinco.

TULA. No, niñas; me habéis de dispensar. Yo saldré con Barbarita por el postigo. No quiero llamar la atención.

MARÍA MARTÍN. Ah, bueno, bueno.

BARBARITA. Id con Dios, entonces.

MARÍA MARTÍN. Condiós.

MARÍA BEDOYA. Condiós.

MARÍA CORDERO. Que se alivie Virginia.

TULA. Muchas gracias.

BARBARITA. Dificililllo va a ser llegar hasta tu casa sin tropezar con nadie.

MARÍA MARTÍN. De esta hecha, concluyen. Mira tú si era verdad o de la botica.

Barbarita y Tula se marchan por la puerta del inferior, y las tres Marías, comentando el suceso, por la de la calle.

Castañeda, que ha extendido la mano tres o cuatro veces, queriendo despedirse de unas y otras, no ha conseguido que ninguna de ellas le haga caso.

CASTAÑEDA. ¡Pobres mujeres!… ¡Qué aturdidas están! La verdad es que ha podido haber aquí un drama tan en tonto… Y haga el cielo que no se

encone lo pasado.

Llega Mónica por la puerta del exterior.

MÓNICA. Ah, ¿usté no ze ha ido?

CASTAÑEDA. No; pero me voy, me voy ya. ¿Tú serás capaz de cumplir un encargo?

MÓNICA. Mándeme usté.

CASTAÑEDA. Vas a entregarle este paquetito a don Clemente, de parte mía. Ya sabe él lo que es. Y le dices, fíjate…

MÓNICA. Zí, zeñó.

CASTAÑEDA. Que mañana, a las siete de la mañana vendrá el muchacho de la imprenta. ¿Has comprendido? Que mañana, a las siete de la mañana, vendrá el muchacho de la imprenta. ¿Me oyes?

MÓNICA. Zí, zeñó; zino que me parecía que arguien hablaba por ahí dentro.

CASTAÑEDA. ¿Pero estás en mi encargo?

MÓNICA. Zí, zeñó: que mañana, a las ziete de la mañana, vendrá er muchacho de la emprenta. No pué zé más zenciyo…

CASTAÑEDA. Sí, sí; pero con estos dramas… Quédate con Dios.

MÓNICA. Usté lo paze bien.

CASTAÑEDA. ¡La cara que va a poner mi mujer cuando yo le diga…! *Se marcha a la calle.*

Mónica coloca el rollito de pruebas sobre la mesita auxiliar y cuando va a irse al interior de la casa sale por aquella puerta don Clemente, hablando solo, con toda la indignación de que es capaz su bondadoso espíritu.

DON CLEMENTE. ¡Qué absurdo! ¡qué delirio! ¡Son locas, locas!

MÓNICA. ¡Anda! ¡Zi está aquí don Clemente!

DON CLEMENTE. ¡Pero locas de atar! ¡Que fantasía más calenturienta! ¿Pues no dicen que Lázaro le ha disparado un tiro a Virginia?

MÓNICA. *Haciéndose presente.* ¡Y er zapatero dice que lo ha oído! ¡Pa que lo zepa usté!

Don Clemente. ¿Sí, verdad? ¡Pues al zapatero y a cuantos afirmen que han oído ese tiro, que aquí no ha disparado nadie, son a los que yo voy a meter presos! ¡Corre de mi cuenta!

Mónica. ¡Yo me tengo que confezá mañana! *Vase adentro.*

Don Clemente. ¡Ay, don Ponciano de mis culpas! Te absuelvo, en parte. ¡Qué difícil es ser historiador en esta Puebla de las Mujeres!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Han pasado tres días y es por la mañana.

Vienen de la calle las tres Marías. Las acompaña Mónica. María Martín trae en la mano un ejemplar de «Puebla Artística». La cara de Mónica revela una secreta preocupación.

MÓNICA. Pazen ustedes y le avizaré a la zeñorita.

MARÍA MARTÍN. Dile que no tenemos prisa ninguna: que acabe lo que tenga que hacer.

MÓNICA. Ahora poco estaba viendo un periódico. *Se va al interior.*

MARÍA MARTÍN. A ver qué dice don Clemente cuando lo lea aquí.

MARÍA CORDERO. Ya lo habrá leído, chiquilla.

MARÍA MARTÍN. Pero a ver qué dice.

MARÍA BEDOYA. Lo que siempre. Negará la verdad, como Virginia y como Lázaro.

MARÍA MARTÍN. Mira que Virginia se ha encastillado en que no pasó más que lo que ella cuenta, y quiere que el pueblo comulgue con ruedas de molino. ¡A mí me da una rabia cuando la oigo!…

MARÍA BEDOYA. Y a mí.

MARÍA CORDERO. A mí no, porque me pongo en que lo hace por defenderlo a él.

MARÍA MARTÍN. Sí; para echárselas de enamorada.

MARÍA BEDOYA. Cuando es ella la que tiene la culpa de tanta riña.

MARÍA CORDERO. Ella y él.

MARÍA MARTÍN. Ella, ella, que coquetea mucho.

MARÍA CORDERO. No, hija; él, que es insoportable. Si a mí me tocara un hombre con esos prontos…

Sale don Clemente de la biblioteca.

DON CLEMENTE. ¿Quién picotea por aquí? ¡Hola! ¡las tres Marías!

MARÍA MARTÍN. Para servir a usted, don Clemente.

DON CLEMENTE. ¿Sabe Barbarita que habéis venido?

MARÍA BEDOYA. Ha ido a avisarle Mónica.

DON CLEMENTE. ¿Cómo va esa rifa?

MARÍA CORDERO. Mejor que ningún año.

MARÍA BEDOYA. Se creía Virginia que si ella no vendía papeletas no iba a venderse una.

MARÍA MARTÍN. A propósito de Virginia. ¿Ha leído usted la *Puebla Artística* de hoy?

DON CLEMENTE. No: todavía no: la tendrá Barbarita.

MARÍA MARTÍN. Pues entérese usted de lo que pone en los *Ecos de Sociedad*: la primera noticia.

DON CLEMENTE. ¿Alguna boda?

MARÍA MARTÍN. No está mala boda. Entérese usted. ¿O quiere usted que yo se la lea?

DON CLEMENTE. Léemela tú.

MARÍA MARTÍN. *Leyendo, muy ufana de ello.* «Ecos de Sociedad. La verdad en su punto».

DON CLEMENTE. ¡Adiós mi dinero! Pero ¿es sobre la *tragedia* del otro día?

MARÍA MARTÍN. Pues ¿sobre qué va a ser?

DON CLEMENTE. ¡No me la leas entonces, María Martin! ¡Me voy antes de oírla!

MARÍA MARTÍN. Si es muy cortita, don Clemente. *Leyendo* «La verdad en su punto».

DON CLEMENTE. No me lo harás bueno, Castañeda.

MARÍA MARTÍN. «Contra todo lo que se ha fantaseado y propalado durante las primeras cuarenta y ocho horas subsiguientes al ruidoso suceso acaecido en la tarde del lunes en casa de una ilustre personalidad, podemos afirmar la verdad del caso, que hoy está ya en la conciencia de todo el mundo. La leve herida que se causó en la frente la bella señorita heroína de aquél…».

DON CLEMENTE. Sigue.

MARÍA MARTÍN. «No fue en manera alguna producida por el proyectil que contra ella disparó la crispada mano que armaron los celos…».

DON CLEMENTE. ¡Jesús!

MARÍA MARTÍN. «El proyectil en cuestión fue a incrustarse en un muro…».

DON CLEMENTE. ¡En el nombre del Padre!

MARÍA MARTÍN. «… Y la señorita de *** se hirió tropezando en un mueble al huir aterrada del insólito e inesperado ataque. Quede la verdad en su punto».

DON CLEMENTE. ¡Vaya! ¡Tijeretas han de ser! ¡Estamos frescos!

MARÍA MARTÍN. Cuando el río suena…

MARÍA BEDOYA. No valen disimulos, don Clemente.

DON CLEMENTE. ¿Queréis callar? ¡Jesús, qué jaleo! ¡Por si era poco lo que la gente lleva y trae la dichosa historia, se le ocurre a ese cerebro de mosquito darle la autoridad de la letra impresa en una gacetilla! ¡Es memo de remate! Me va a oír luego en el Casino.

MARÍA MARTÍN. Pero ¿por qué se empeña usted en llevarle la contra a todo el mundo?

DON CLEMENTE. Hija mía, ¿por qué todo el mundo se empeña en llevármela a mí, que soy el único testigo de lo sucedido? ¡Es mucha obstinación! ¡En tres días lo he referido diez millones de veces! ¡Hasta en cruz me he puesto para que me crean! No; y no lo cuento más. Voy a publicar un pliego de aleluyas, a ver si corre mejor suerte.

MARÍA CORDERO. ¡Ay, un pliego de aleluyas, dice!

MARÍA BEDOYA. Pues mira, se presta el asunto.

DON CLEMENTE. ¿Cómo si se presta?

A casa de don Clemente
llega Virginia inocente.

Sueltan la risa las muchachas.

El zapatero la mira
y ya cuaja una mentira.

Dan en el Ayuntamiento
las cinco en este momento.

Lo hago, lo hago. Ya veis si tengo facilidad.

MARÍA MARTÍN. Sí que estaría gracioso.

Por la puerta del interior aparece en esto con aire triunfal Barbarita, que trae otro ejemplar de «Puebla Artística», abierto por la página que es de suponer.

BARBARITA. ¡Clemente! Buenos días, niñas.

MARÍA MARTÍN. Buenos días, Barbarita.

MARÍA CORDERO. Buenos días.

MARÍA BEDOYA. Buenos días.

BARBARITA. Mira esto.

DON CLEMENTE. Ah, ¿tú también?

BARBARITA. Mira, mira.

DON CLEMENTE. ¡Si lo he visto ya!

BARBARITA. ¿Y ahora, qué dices?

DON CLEMENTE. ¿Eh?

BARBARITA. ¿Qué dices ahora?

DON CLEMENTE. ¡Que te cuenten éstas; voy a publicar unas aleluyas!

Y Barbarita se empeña
en que es verdad lo que sueña.

Nuevas risas.

BARBARITA. No, no; sin chirigotas: ¿qué dices?

DON CLEMENTE. ¡Caray! ¿qué he de decir? ¡Lo mismo que antes!

BARBARITA. ¿De manera que lo ves en el periódico todavía discutes?

DON CLEMENTE. ¡Es que antes que en el periódico lo he visto en esta sala, mujer!

BARBARITA. Sí, sí: pues ve tú a convencer a la gente.

DON CLEMENTE. ¡Ta, ta, ta, ta!… Y el infeliz de Castañeda —porque mala intención no puedo atribuirle— viene ahora con la gacetilla de Dios a echar leña al fuego.

Óyese dentro la voz de Tula, entre airada y gozosa.

TULA. ¿Don Clemente?

DON CLEMENTE. ¿Quién?

BARBARITA. ¡Tula, con dos números!

DON CLEMENTE. ¡Adiós! ¡Me voy a la azotea!

BARBARITA. No, no; quédate aquí; quédate.

MARÍA MARTÍN. Si se escapa usted es cuando le quitamos ya la razón por completo.

Llega Tula por la puerta de la calle, con otro ejemplar de lo mismo.

TULA. ¿Don Clemente? Santos y buenos días a todos.

BARBARITA. Ven con Dios.

MARÍA MARTÍN. Buenos días.

TULA. *Presentándole con arrogancia a don Clemente la noticia impresa.* ¿Eh?

DON CLEMENTE. Ya, ya. Conozco el documento.

TULA. ¿Lo conoce usted?

DON CLEMENTE. Llega usted la tercera a enseñármelo. *Rara avis*.

TULA. Sin latines. ¿Quién tenía razón?

DON CLEMENTE. ¡Qué gracia! ¡La tenía yo, y sigo teniéndola!

TULA. Ah, ¿sí?

BARBARITA. De ahí no hay quien lo saque.

MARÍA BEDOYA. No hay quien lo saque.

MARÍA MARTÍN. Se ha encerrado…

TULA. Pero ¿no lo está usted viendo en letra de molde?

DON CLEMENTE. Pero ¿me van ustedes a volver el juicio? ¡Así lo viera tallado en mármol, señora! ¡Los periódicos los escriben los hombres!

TULA. ¿Qué quiere usted decir?

DON CLEMENTE. ¡Que eso para mí tiene el mismo valor que si se lo hubiera oído decir a Castañeda en el Casino! ¡Está equivocado, y rectificará!

TULA. ¡Ah, no; no sueñe usted con rectificaciones!

BARBARITA. ¡No rectificará!

MARÍA MARTÍN. ¡No rectificará!

MARÍA CORDERO. ¡No rectificará!

MARÍA BEDOYA. ¡No rectificará!

DON CLEMENTE. Peor para todos, si no rectifica. Y es posible que tengan ustedes razón. Porque Castañeda, hombre modesto y humildísimo, en cuanto imprime una tontería ya la ve a otra luz, y se vuelve altivo y presuntuoso, y la defiende con dientes y uñas. Es más: así como mi mujer cree que no pasa más que lo que ella imagina, Castañeda cree que lo que él imprime es lo que pasa. Pero, en fin, si no rectifica, como no sería serio que yo dejase rodar la bola sin mi protesta, enviaré una carta al *Diario*…

TULA. ¡En el *Diario* encontrará usted franca acogida! ¡Es de los Portillos!… ¿Para qué voy a decir más? Pero yo me encargo de que corra la *Puebla Artística*. Ya le he certificado a mi hermano Alberto cinco ejemplares. No piense el capitán que le vale la fuga.

DON CLEMENTE. Señora, el capitán no se ha fugado.

TULA. ¡Sí se ha fugado!

DON CLEMENTE. ¡No se ha fugado!

BARBARITA. ¡Sí se ha fugado!

DON CLEMENTE. ¡Bueno!

MARÍA MARTÍN. *Envolviendo en un suspiro la frase.* ¡Sí se ha fugado!

DON CLEMENTE. Lo que ustedes gusten. A Alberto le ha ocurrido sencillamente que habló con Virginia, que habló con Lázaro, que habló conmigo…

BARBARITA. ¡Y lo engañaron entre los tres!

DON CLEMENTE. ¡Dale, bola! Supo el hombre la verdad, y se fue a Sevilla. ¡Hizo divinamente! ¡Quién lo hubiera seguido! ¡Como que si sigue aquí, sale a duelo diario! Y vamos a variar de conversación, que me estoy poniendo nervioso.

MARÍA MARTÍN. Nosotras nos marchamos. Barbarita, veníamos a decirle a usted que el reloj del alcalde de Huelva le tocó anoche a Pepe Lora, y ha vuelto a regalarlo.

BARBARITA. Sí, ¿eh? ¡Mira Pepe Lora!

MARÍA CORDERO. Pepe Lora es bruto, pero es rumboso.

MARÍA BEDOYA. ¿Usted va luego por allí?

BARBARITA. De cuatro a cinco.

MARÍA MARTÍN. Pues hasta la tarde.

MARÍA BEDOYA. Hasta la tarde.

BARBARITA. Hasta la tarde.

MARÍA MARTÍN. Con Dios, Tula.

MARÍA CORDERO. Con Dios, don Clemente.

TULA. Id con Dios.

DON CLEMENTE. Id con Dios, niñas; id con Dios.

Se van a la calle las tres Marías.

TULA. ¿De modo, señor don Clemente, que en usted a pesar de la letra impresa, seguimos teniendo un enemigo?

DON CLEMENTE. No, sino un amigo de la verdad. ¡Por Dios crucificado, Tula! Usted, que es una criatura tan razonable siempre…

TULA. Por eso; por lo mismo que soy tan razonable, voy a decirle a usted mi definitiva opinión sobre el caso.

DON CLEMENTE. A verla.

TULA. Quiero suponer que la verdad es la que usted afirma; quiero creerlo…

DON CLEMENTE. ¡Como que es la verdad!

BARBARITA. ¡Je!

La mira don Clemente.

TULA. Lo creo desde ahora. Aun le concedo a usted que Lázaro entró aquí y se hincó de rodillas ante mi hermana.

DON CLEMENTE. No; eso no pasó.

TULA. Yo se lo concedo a usted de buen grado.

DON CLEMENTE. Muchas gracias, Tula.

TULA. Pues bien: creyendo lo uno y concediendo lo otro, yo, Tula Ayamonte y Agustino, viuda de Canseco, le seguiré diciendo a quien quiera oírme que la verdad es ésta. *Golpea el periódico.* ¡Ésta, y sólo ésta!

BARBARITA. ¡La que es!

DON CLEMENTE. ¿Quieres callar tú, Barbarita?

TULA. Y lo diré hoy, y mañana, y el mes que viene, y el año que viene, y el siglo que viene.

DON CLEMENTE. Bien; pero…

TULA. ¡Y en la hora de mi muerte continuaré sosteniendo lo mismo!

DON CLEMENTE. ¡Y se condenará usted, e irá al infierno de cabeza!

TULA. ¡Pues en el infierno repetiré que Lázaro disparó contra Virginia!

BARBARITA. Y yo en el purgatorio.

TULA. *Bajando la voz.* Y he sido yo —sépalo usted, si no lo sabe— quien le ha sugerido a Castañeda la idea de publicarlo. Que ¿por qué? ¡Porque siendo ésta la verdad, la sima abierta entre Portillos y Ayamontes se hace más profunda que nunca, y ya no corre mi desdichada hermana ningún peligro de unirse a quien no la merece! ¿Ha comprendido usted?

DON CLEMENTE. Del todo. Está clarísimo. Usted allá con su conciencia.

TULA. ¡Con mi conciencia!… Del infierno no he de pasar, y ya le he dicho a usted mis intenciones… Bárbara, ¿tú le escribiste a tu sobrino?

BARBARITA. ¿A Anacleto? Sí; hoy a primera hora.

Don Clemente vuelve a mirarla. Luego la escucha sorprendido.

TULA. ¿Contándoselo todo?

BARBARITA. Todo. Con pelos y señales. Y recargando algunas tintas. Cuatro pliegos cruzados.

TULA. ¡Ajajá! Que venga, sí; que venga. Que oiga mi hermana en estos momentos palabras de amor de otro hombre. Y ya dejo a ustedes. Hasta luego.

DON CLEMENTE. Vaya usted con Dios.

BARBARITA. Hasta luego.

TULA. Me salgo por la puerta falsa.

Márchase.

DON CLEMENTE. ¡Qué arpía de mujer! ¡Se comprende que reventara Canseco! Y oye, oye una cosa, Barbarita: ¿es verdad que le has escrito a Anacleto?

BARBARITA. No.

DON CLEMENTE. Entonces, ¿por qué se lo has dicho? Barbarita. Porque me cogió de repente.

DON CLEMENTE. ¡Bueno va!

BARBARITA. Y porque de hoy no pasa que le escriba. Don Clemente. Te guardarás muy bien de contarle ninguna bola.

BARBARITA. Le contaré lo que ha ocurrido, ce por be. Tú verás la carta.

DON CLEMENTE. Eso es lo mejor. No quiero que salga de aquí nada que pueda perjudicar al otro pobre.

BARBARITA. ¡Ave María, Clemente! Parece Lázaro hijo tuyo.

DON CLEMENTE. Mujer, lo quiero bien. Es de los pocos con quien se puede hablar en Puebla… Ha sido muy desgraciado en estos amores con Virginia…

BARBARITA. ¡Anacleto le da cien vueltas! ¡Y ése sí que la hará dichosa!

DON CLEMENTE. ¡Ojalá!

BARBARITA. Voy a proponerle que se pase con nosotros otra temporadita.

DON CLEMENTE. Bueno.

BARBARITA. ¿Estás conforme?

DON CLEMENTE. Sí, hija. Que venga cuando guste; ésta es su casa. Pero que no se traiga el gramófono, como el año pasado.

BARBARITA. Ah, no temas. Yo se lo encargaré. Ahora no vendrá más que por Virginia ¡Cómo la quiere!… Le diré que está encantadora. Y muy triste. Y que se ha querido tomar un veneno.

DON CLEMENTE. ¡Anda con esa!

BARBARITA. Por idealizarla un poquillo.

DON CLEMENTE. ¡Y por mentir, que te alimenta! Como ayer tarde, que me pusiste colorado a cuenta del bargueño. ¡Lo voy a regalar!

BARBARITA. ¡Eso sí que no! ¿Por qué te puse colorado?

DON CLEMENTE. Cal en un lazo que me tendió doña Belén Zurita. ¿A qué le has dicho que me ha costado treinta mil reales?

BARBARITA. ¿Y qué vas tú perdiendo con eso?

DON CLEMENTE. ¿A qué le has dicho que perteneció, a Felipe II?

BARBARITA. ¡Hijo mío, porque no hace más que refregarme todos los días su sillería Luis XV!

DON CLEMENTE. ¡Vaya una razón!

BARBARITA. No he tenido otra. Y, en fin de cuentas ¿el mueble no ha podido ser de Felipe II?

DON CLEMENTE. Ya; eso sí…

BARBARITA. ¡Pues mientras lo averiguan!…

DON CLEMENTE. ¡Adelante! Menos mal que no es un embuste anacrónico.

Sale Mónica por la puerta del interior, dispuesta a sacar a luz la procesión que lleva por dentro.

MÓNICA. Zeñorita Bárbara.

BARBARITA. ¿Qué quieres?

Mónica. Que desde ayé tengo que decirle a usté una coza.

Barbarita. ¿Y a qué has aguardado?

Mónica. A determinarme.

Barbarita. Pues dime, dime ya lo que sea.

Mónica. Zeñorito don Clemente.

Don Clemente. ¿Qué hay?

Mónica. Que desde ayé también tengo que decirle a usté la misma coza.

Don Clemente. ¿A mí? ¡A mí no te dirijas para nada, embustera! ¡Te van a ahorcar por embustera!

Mónica. *Lloriqueando.* ¡Ay, zeñó; no me azuste usté, que estoy mala!

Don Clemente. De una indigestión de embustes será.

Barbarita. ¡O de un atracón de sandía!

Mónica. No, zeñora. No es de ezo. Desde ayé no pazo bocao.

Barbarita. Bueno, pues di ya lo que te sucede.

Mónica. Han de zabé los zeñoritos que ayé de mañana fui a confezarme.

Don Clemente. ¿Hola?

Mónica. Zí, zeñó. Estaba yo queriendo confezarme desde que pazó aqueyo.

Don Clemente. ¡Y falta te hacía!

Barbarita. Calla tú; a ver por dónde se descuelga.

Mónica. Pos fui y me confezé, con un tembló que ni hablá me dejaba, y le dije ar padre mis pecaos; tos mis pecaos… ¡tos, tos mis pecaos! Y er padre principió a reñirme; y yo me eché entonces a yorá, y le dije que estaba arrepentía… y ér fue y me mandó que en el azunto de la zeñorita Virginia, que era er pecao más grande que yo yevaba, dijeze la verdá, y la verdá, y la verdá.

Las pestañas se ponen en juego.

Barbarita. La verdad ya la has dicho.

DON CLEMENTE. ¿Qué había de haberla dicho, si temía que tú la despidieses, y que su padre la picara para unas frituras? ¿No es así?

MÓNICA. Zí, zeñó. No me riña usté, zeñorita. La verdá es que yo estaba en la caye cuando zonó er tiro que usté me dijo que yo oí, y que me fartó való pa decirle a usté que no lo había oído.

DON CLEMENTE. ¡Ahí entra la verdad de la historia!

BARBARITA. Sí, sí…

MÓNICA. No me riña usté, zeñorita. Yo zalí con permizo de don Clemente.

DON CLEMENTE. Justo.

MÓNICA. Fui a la tienda por azafrán…

DON CLEMENTE. ¿Cómo por azafrán? ¡Fuiste al Correo a echar una carta para tu novio! ¿Ya te has olvidado del cura?

MÓNICA. *Muertecita de miedo.* Eza es la verdá, zeñorita… Fui ar Correo a echá una carta pa mi novio… ¡No me riña usté, que lo quiero mucho! Pero er zeñorito me dijo que le diría a usté que yo no había zalío de caza…

DON CLEMENTE. ¡Voy a tener que confesarme yo también!

BARBARITA. No te vendrá mal, no… Y eso que para lo que sirve… Suponiendo que sea verdad que ésta se ha confesado…

MÓNICA. Zí, zeñora, que me he confezao. Zi no me cree usté a mí, pregúntezelo usté ar padre cura.

BARBARITA. ¿Con qué cura ha sido?

MÓNICA. Con er padre don Ezequié.

BARBARITA. ¡*Portillista*!

DON CLEMENTE. ¡Barbarita, por Dios!

BARBARITA. ¿Y sabes tú lo que yo te digo, mosquita muerta? Que cuando vas tú, yo he vuelto hace ya un rato. Siempre que quieras que se te crea la verdad sobre alguna cosa, dila en el momento preciso, y no tres días después. Tres días después nadie va a creerte. Porque en tres días hay tiempo de recibir muchos consejos y de prestarse a muchas composturas.

DON CLEMENTE. ¡Ya escampa!

MÓNICA. Zeñorita, yo…

BARBARITA. A la cocina, a la cocina.

MÓNICA. Mire usté que me dijo er padre…

BARBARITA. ¡A la cocina! El padre, y tú, y todos, se empeñan en vestir a su gusto el muñeco, y ya es un poco tarde para disfrazarlo.

DON CLEMENTE. ¡Inútil, inútil!… Ni curas, ni papas… No la reduce nadie. El mejor día se te va a descarar Herodoto.

BARBARITA. ¿Quién?

DON CLEMENTE. Herodoto. O el Padre Mariana.

BARBARITA. Pues tampoco me morderé la lengua.

MÓNICA. *Viendo a Virginia llegar cuando ella va a marcharse.* ¡Aquí está la zeñorita Virginia!

BARBARITA. ¿La señorita Virginia?

DON CLEMENTE. Y viene por ahí… Repara qué favorecida está la puerta del postigo desde que hay estas trapisondas. ¡Y yo no logro leer tres páginas seguidas!

Sale Virginia y se va Mónica, no tan tranquila como ella creía que iba a irse después de su declaración.

BARBARITA. Hola, preciosidad.

VIRGINIA. Buenos días, Barbarita. Buenos días, don Clemente.

DON CLEMENTE. Ven con Dios, heroína de novela.

VIRGINIA. *Indignada.* Pero ¿ha visto usted la paparrucha que trae la *Puebla Artística*?

DON CLEMENTE. Cuéntaselo a tu hermana.

VIRGINIA. ¿Por qué?

DON CLEMENTE. Porque ha sido la inspiradora.

BARBARITA. Mira, Clemente: mira, Virginia: ni Tula, ni nadie. No me hagáis saltar. Las cosas son las cosas: lo verde es verde, lo negro es negro y lo blanco es blanco, si se tienen los ojos en su sitio.

VIRGINIA. ¡Pero, Barbarita, por todos los santos del cielo!… ¿Cómo quiere usted que yo le jure…? ¡A mí ya me faltan las fuerzas!

DON CLEMENTE. Déjala, déjala. A ésta hay que dejarla, Virginia.

BARBARITA. Sí; es lo mejor. ¡A ésta… y a medio pueblo!

DON CLEMENTE. En cuanto a la papa de la revista, no te apure. A pesar de Tula. Ahora mismo me voy a llegar al Casino, donde estará Castañeda jugando al ajedrez, y allí lo cojo frito: o rectifica o perdemos las amistades. Simplemente. Sí; porque las palabras pueden volar; pero lo impreso, impreso queda.

VIRGINIA. ¡Y creo que además han telegrafiado a Huelva y a Sevilla!…

DON CLEMENTE. ¡Es natural!… ¡La pelota rodando!… Pues, nada, nada; yo voy allá al momento.

VIRGINIA. Sí, sí: vaya usted.

DON CLEMENTE. Valga por lo que valga, allá voy. Hasta luego, nena.

BARBARITA. Hasta luego. ¡Bastante vas a conseguir! Virginia. Adiós, don Clemente.

DON CLEMENTE. Me iré yo también por la puerta falsa, para desesperación del zapatero, que de este modo no me ve salir. *Vase.*

BARBARITA. *A Virginia.* Una de sus mil tonterías: no lo ve el zapatero, pero lo verá doña Tránsito, que son seis zapateros juntos.

VIRGINIA. Bueno, Barbarita, y ahora que estamos las dos solas: ¿usted por qué se empeña en sostener lo que no ha sido?

BARBARITA. ¿Y tú, infeliz, por qué te empeñas en lo otro? Virginia. ¡Porque es la verdad!

BARBARITA. Pero ¿no comprendes que nadie ha de creerte?

VIRGINIA. ¡Ese es mi tormento; que veo que hasta los que dicen que me creen ponen un gestito de duda!

BARBARITA. ¡Claro!

VIRGINIA. ¿Qué ha de ser claro, Barbarita? ¿Por qué ha de ser claro?

BARBARITA. ¡Porque un día sí y otro también, Lázaro y tú habéis andado poco menos que a tiros! ¡Y esto lo sabe toda Puebla!

VIRGINIA. ¡Ay, Señor, Señor!…

BARBARITA. No llores; si debes alegrarte.

VIRGINIA. ¡No me lo diga usted también! ¡Bastante esfuerzo hago para no escuchar a mi corazón, que se subleva contra todos! ¡Nadie sabe cómo yo quiero a Lázaro!

BARBARITA. Yo, sí.

VIRGINIA. ¡Ni usted ni nadie! ¡Él y yo solos lo sabemos!

BARBARITA. Esas relaciones no tienen hechura, Virginia; son un disparate… ¡Y después de la última campanada!…

VIRGINIA. ¿Otra vez? ¡Es lo que más me irrita! Mi hermano Alberto, para irse a Sevilla, me arrancó la promesa de que yo no volvería nunca más a hablar con ese hombre. Barbarita. Ya lo ves: tu hermano.

VIRGINIA. Dios es testigo de la violencia que me costó ofrecérselo; pero Dios sabe también que fui sincera. Pues mire usted: tentada estoy, como el pueblo no ceje en atribuirle a Lázaro lo que no ha hecho…

BARBARITA. ¿Adónde vas, chiquilla?

VIRGINIA. ¡Tentada estoy de faltar a lo prometido y de seguir en amores con él, para darles a todos en la cabeza!

BARBARITA. ¡Jesús!

VIRGINIA. ¡Es muy duro, Barbarita, es muy duro, me sabe a mí a hiel y a vinagre, que sobre sacrificar lo que sacrifico, le dé yo crédito al hacerlo a una calumnia de la gente!

BARBARITA. ¡Una calumnia!…

VIRGINIA. ¡Una calumnia, sí! ¡Y lo menos con que me conformo es con que él se entere de que lo defiendo!

BARBARITA. Él está al cabo de la calle, mujer. Si no te conociera.

VIRGINIA. No, señora, no; porque así como a mi casa va la gente a hablarme mal de él y de su familia, con él hará lo propio. ¡Me horroriza lo que se inventará! ¡lo que le dirán que yo digo!

BARBARITA. Tranquilízate… Si lo que te desasosiega más que nada es eso, medios hay… Con que llegue a sus oídos esta conversación… ¿Quieres

tú que se la cuente yo misma?

VIRGINIA. ¿Usted?

BARBARITA. No te fías de mí.

VIRGINIA. No se moleste usted, ¡pero si empiezo por desconfiar de los míos!

BARBARITA. Sí, claro está: se te antojan los dedos huéspedes… enemigos de Lázaro… ¿Y si fuera Clemente a verlo?

VIRGINIA. ¿Y a contarle esto que yo digo?

BARBARITA. Sí.

VIRGINIA. ¡Me daría un consuelo muy grande! Yo quería pedírselo… y no me había atrevido delante de usted.

BARBARITA. ¡Inocente! Pues, nada, nada; en cuanto vuelva le diré que se llegue a tu casa. ¡Y tú le encargas lo que quieras!

VIRGINIA. Dios se lo pague a usted.

BARBARITA. Todo, menos volver a lo pasado, hija mía. No te enojes.

VIRGINIA. Bueno, sí; bueno… ¡Qué suplicio! *Silencio.* En fin, me marcho ya.

BARBARITA. ¿Ya?

VIRGINIA. Sí, señora. No se piense mi madre, si tardo, que me he encontrado a Lázaro por ahí y que me ha cortado la cabeza.

BARBARITA. ¡Qué graciosa eres! Yo también voy a salir un instante. A casa de Santita, que tiene otra vez a Pilarcita con catarro. *Llamando desde la ventana.* ¡Mónica! ¡Trae mi chal! Coge unos catarros esa chiquilla que no me gustan nada. Se la debían llevar a la sierra una temporadita.

VIRGINIA. ¿Le dirá usted eso a don Clemente?

BARBARITA. ¡Ya lo creo! ¿No te lo he ofrecido? Descansa en mí.

Viene Mónica con el chal pedido por la puerta del interior, y después de dárselo a Barbarita se retira por la de enfrente.

MÓNICA. Aquí tiene usté er chá, zeñorita.

VIRGINIA. Pues yo me marcho por aquí.

BARBARITA. Pues anda con Dios. ¡Y alegra ese semblante!

VIRGINIA. Lo que es eso…

BARBARITA. ¡Demonio de hombre!… ¡Tengo más ganas de que desaparezca!…

Se van las dos, cada una por puerta distinta: Barbarita por la de la calle y Virginia por la del postigo. Queda la escena sola. Momentos después vuelve a salir Virginia sobrecogida temblorosa. Lázaro la sigue a pocos pasos, y aparece tras la primera frase de ella.

VIRGINIA. ¡La Virgen Santísima me valga! ¿Es que lo quiere Dios?

LÁZARO. No me huyas, Virginia. Te juro que en todo pensaba menos en encontrarte.

VIRGINIA. Yo tampoco sospechaba que tú vinieras.

LÁZARO. Ha sido una casualidad. Vagaba por ahí, y he dado en esta casa inconscientemente.

VIRGINIA. Pues yo no: yo vine a lo que vine.

LÁZARO. Dios lo habrá querido.

VIRGINIA. No sé.

LÁZARO. ¿Te pesa?

VIRGINIA. ¿Y a ti?

LÁZARO. A mí, no. No es que no me pesa: es que me alegro. Con lo que sucede y con lo que se dice, Virginia, era ya indispensable que habláramos. Y mira por dónde, gracias a la casualidad o a la Providencia, nos vemos aquí frente a frente.

VIRGINIA. Yo, por mí, aunque lo deseara, no lo habría buscado. Pero, eso sí: no quería quedarme sin que supieras una cosa.

LÁZARO. ¿Cuál?

VIRGINIA. Que te he defendido.

LÁZARO. Lo sabía.

VIRGINIA. ¿Por quién?

LÁZARO. Por nadie. A escuchar a la gente, habría creído que me atacabas. Pero te escuchaba a ti misma, que siempre vas conmigo.

VIRGINIA. ¿Estás seguro?

LÁZARO. Ya ves cómo he sabido que me defendías.

VIRGINIA. ¡Dichoso pueblo! ¡Dichosa gente! ¡La infamia que han urdido entre todos!

LÁZARO. Atizada por el deseo de separarnos; por el odio de nuestras casas; por el odio de mucha gente, que nosotros hemos de pagar. Si no, no habrían llegado a suponer tantas atrocidades.

VIRGINIA. Quizás nosotros mismos tengamos un poco de culpa… Nuestro carácter, nuestra vehemencia, nuestras riñas…

LÁZARO. Quizás; no lo discuto.

VIRGINIA. Pero esa culpa nuestra no ha nacido nunca del odio. ¿Verdad, Lázaro?

LÁZARO. ¿No ha de ser verdad? *Mira inquieto a una y otra puerta, temiendo que alguien llegue.* ¿Estamos solos? ¿No hay en la casa nadie?

VIRGINIA. Nadie. Don Clemente y Barbarita han salido.

LÁZARO. Entre nosotros, cuanto haya pasado hasta ahora, ha tenido una misma raíz: los celos. Celos inverosímiles, absurdos, pero leales: hijos de un cariño absorbente del mutuo deseo de no respirar siquiera el uno sin noticia del otro. ¿Es así?

VIRGINIA. Has hablado como si te dictara yo. Y esos celos harán padecer, harán sufrir, harán llorar, pero nunca ofenden.

LÁZARO. Sin embargo, hay que reconocerlo: ¡cuántas noches nos hemos separado ofendidos, verdaderamente ofendidos, llorando tú, rabiando yo, y jurándonos que era aquella la última vez que nos veíamos!

VIRGINIA. Para acostarnos y no dormir en toda la noche pensando sólo en lo infundado del disgusto, y soñar con que amaneciese… para volver a vernos. Hay que reconocerlo también; ¿no, Lázaro?

LÁZARO. También; también. Algo hay, sin duda, en nuestro cariño, que al mismo tiempo nos atrae y nos separa.

VIRGINIA. Quizás recogemos en nuestras personas un reflejo de ese rencor que divide a las dos familias…

LÁZARO. Tal vez nos hemos enamorado de un imposible, y pagamos nuestra temeridad o nuestra ceguera.

VIRGINIA. Tal vez: lo he pensado, lo he dicho cien veces…

LÁZARO. El tiempo hablará. *Pausa.* Tu hermano Alberto no se fue a Sevilla hasta arrancarte la palabra de que reñías definitivamente conmigo.

VIRGINIA. ¿Quién te ha contado eso?

LÁZARO. Nadie, tampoco. Pero ¿es cierto o no?

VIRGINIA. Es cierto… por desgracia.

LÁZARO. ¿Por desgracia?

VIRGINIA. ¿Voy a decir que por ventura?

Nueva pausa. Lázaro la mira y pasea, callado. Luego le pregunta:

LÁZARO. ¿Sabes que me marcho de Puebla?

VIRGINIA. Sí.

LÁZARO. ¿Y a ti, quién te ha contado eso?

VIRGINIA. Nadie.

LÁZARO. ¿Entonces?

VIRGINIA. ¿Cómo sabes tú lo que le prometí a mi hermano? ¿Cómo sabes que te he defendido?

LÁZARO. Es diferente.

VIRGINIA. Yo creo que es igual. ¿A dónde piensas irte?

LÁZARO. Eso ya no lo sabes.

VIRGINIA. Eso no… porque tú no lo sabes tampoco.

LÁZARO. ¡Claro! *Entregándose a su sinceridad.* ¡Como que es un viaje estúpido, desatinado, negro! ¡Un viaje para huir de ti! ¿Hay aberración parecida? ¡De ti, a quien quiero con toda mi alma! ¡De ti, que eres la única mujer a quien querré en el mundo!

VIRGINIA. ¡Lázaro!

LÁZARO. ¡Ese tiro que la gente de Puebla dice que te he dado debiera dármelo yo mismo, por imbécil!

VIRGINIA. No grites, loco. Ni digas esas tonterías, que me asustan.

LÁZARO. ¡No son tonterías! ¡Alguna vez he pensado en serio acabar así!

VIRGINIA. ¡Calla!

LÁZARO. Y no lo he hecho… pues no lo he hecho por no darle ese alegrón a tu hermana Tula.

VIRGINIA. ¡Vamos!… Pero ¿ves?… Ya salió mi hermana; ya salió la familia… ¡Qué tormento!

LÁZARO. ¡Lo de siempre!… ¡Imposible! ¡imposible! ¡Cuando no es una cosa es otra! ¡Entre la familia y el pueblo no podemos vivir!

VIRGINIA. El último disgusto que tuvimos, recuérdalo, ¿por quién fue sino por tu padre?

LÁZARO. ¿Y el anterior, que creíamos entonces que iba a ser el último, por quién fue sino por tu hermanar? Virginia. ¡Y no salimos de este cepo! ¡Y hoy es por los tuyos, y ayer fue por los míos, y mañana será por los que adulan a mi gente o por los que viven de la tuya, y nunca ha de ser porque nosotros no nos queramos! ¿Es esto justo? ¿Por qué es esto? ¿Por qué nos hemos de separar así? *Silencio.* ¿En qué piensas?

LÁZARO. En lo mismo que tú: en que nos torturamos ridículamente por lo que es tan fácil de remediar.

VIRGINIA. No lo será mucho, cuando no lo hemos remediado todavía.

LÁZARO. Hay cosas que tiene uno delante de los ojos, y no las ve hasta que algo se las descubre o se las señala. Al oírte ahora, se ha iluminado mi conciencia. ¿Qué nos perturba? ¿Qué nos daña? ¿Qué nos impide ser dichosos? ¿Tu gente? ¿La mía? ¿El pueblo? ¡Pues vámonos de aquí!

VIRGINIA. ¡Lázaro! ¿Qué dices?

LÁZARO. ¡Que huyamos!

VIRGINIA. *Aterrada,* ¡No, no, Lázaro; eso no; eso no!

LÁZARO. ¿Por qué no? ¡Desprecia temores infantiles preocupaciones indignas de que les sacrifiquemos nuestra felicidad!

VIRGINIA. ¡Cállate, cállate!

LÁZARO. ¡Mira que de este instante depende nuestra vida! ¡Mira que yo te quiero mucho! *Las manos de Virginia buscan instintivamente las de él.* ¡Mira que acaso es Dios quien nos ha juntado aquí hoy!

VIRGINIA. ¡Huir!… ¡huir!… ¡No, Lázaro; no!

LÁZARO. ¡Sí, Virginia: para ser dichosos!

VIRGINIA. ¡Qué horror! ¡qué vergüenza! ¡Me ofendes!

LÁZARO. ¡Te quiero!

VIRGINIA. ¡Yo también a ti! ¡Pero eso nunca, nunca!…

LÁZARO. ¡Estás ofuscada, Virginia!

VIRGINIA. ¡No, no! ¡Qué escándalo, Dios mío!

LÁZARO. ¿Mayor que el que hay? ¡Esta gente no merece que pensemos en ella! ¡Parece que la ventura y la alegría de todos está en separarnos! ¡Y lo conseguirán, si tú te acobardas! ¡Huyamos esta noche!

VIRGINIA. ¡No es que yo me acobarde; es que me repugna la idea… que me abochorna!… *Se cubre el rostro con las manos.* ¡No; no!…

LÁZARO. Pero ¿por qué no? Considéralo sin miedo alguno. ¡Nuestra unión acabará de una vez para siempre con el infierno de miserias que nos ha exasperado hasta ahora! ¡Esta fuga será primero piedra de escándalo, pero después será bendita! *A Mónica, que en mal hora acierta a asomar tras de la ventana.* ¡Como le soples a alguien que me has visto aquí, te corto las orejas!

MÓNICA. *Espantada.* ¡Pierda usté cuidao! *Desaparece como por tramoya.*

Lázaro vuelve a cerciorarse de que ni Barbarita ni don Clemente los escuchan.

LÁZARO. Virginia, tú me quieres mucho, ¿verdad?

VIRGINIA. ¡Más que a nadie en el mundo!

LÁZARO. Pues piensa que, si no nos acogemos a esta resolución, no seremos nunca el uno del otro. Yo tendré que marcharme del pueblo, y tú te quedarás aquí desesperada.

VIRGINIA. ¡Es tan grave lo que me propones!… ¡Escaparnos juntos!…

LÁZARO. ¡Elige entre eso o separarnos ya para siempre!

VIRGINIA. ¡Eso no!

LÁZARO. ¡Pues eso iba a ser! ¡Tú misma se lo has prometido a tu hermano Alberto!

VIRGINIA. *Abrazándosele con arrebato.* ¡No; no!

LÁZARO. ¡Bendita seas! *Misteriosamente.* Esta noche, a las doce, estaré yo con mi cochecillo en el callejón de espaldas de tu casa.

VIRGINIA. A las doce…

LÁZARO. Sí. Te apartas naturalmente de la tertulia, cruzas el jardín… y en un vuelo, conmigo.

VIRGINIA. *Estremeciéndose.* ¡Virgen mía!

LÁZARO. ¡Dos minutos después, los dos solos en el campo libre! ¡Nadie ya dará con nosotros! ¡No me mires así: no dudes de la honradez de mi alma! ¡En la primera iglesia que encontremos, con la luz del amanecer, habrá un sacerdote que nos bendiga y que nos absuelva!

VIRGINIA. *Conmovida.* ¡Lázaro!

LÁZARO. ¡Alma mía!

VIRGINIA. Pero ¿y mi madre, Lázaro? ¿Y mi madre?

LÁZARO. Pero ¿y tú, Virginia?

VIRGINIA. ¡Será lo que Dios quiera!

LÁZARO. Ahora, separémonos.

VIRGINIA. ¡No te vayas!

LÁZARO. Sí, sí; ya que Dios nos ha favorecido —porque, no lo dudes, es Dios—, que no nos sorprendan, que no nos cojan. Y de aquí a la noche, disimulo.

VIRGINIA. ¡El cielo me ayude!

LÁZARO. ¡A fingir, a mentir, a engañar al pueblo, para que todos se gocen en su triunfo! ¡Tú dirás que es cierto que yo disparé contra ti, y yo diré que voy a terminar a balazos con todos los Ayamontes vivos!

VIRGINIA. ¡Por Dios!

LÁZARO. ¡Eso, eso hemos de decir, para que además nadie sospeche nuestro propósito!

VIRGINIA. ¡Haga Dios que mi turbación no me delate!

LÁZARO. ¡Mi cariño te ha de prestar aliento!

VIRGINIA. *Acogiéndose apasionadamente a él.* Lázaro; ¿tú has visto bien lo que me has pedido?

LÁZARO. ¡Nunca tendrás que reprochármelo!

VIRGINIA. ¿Me querrás siempre?

LÁZARO. ¡No me preguntes lo que sabes antes que yo!

VIRGINIA. *Con sobresalto súbito.* ¡Por aquí viene alguien!

LÁZARO. ¡Pues ya llega tarde quien sea! ¡Ánimo, y seremos dichosos! ¡Hasta luego!

VIRGINIA. ¡No; me voy yo!

LÁZARO. Mejor es; sí… ¡A las doce!

VIRGINIA. ¡Dios mío!

Vase atribulada por la puerta del interior.

LÁZARO. ¡Esto es hecho! ¡O ahora, o nunca! ¡Irá, irá… es seguro que irá! ¡Esto es hecho!

Por la puerta de la calle sale Barbarita, que se sorprendente mucho al hallar a Lázaro allí.

BARBARITA. ¡Lázaro!

LÁZARO. ¡Señora!

BARBARITA. ¿Tú en mi casa?

LÁZARO. ¿Tan raro es que venga?

BARBARITA. No, pero… con lo que ha ocurrido…

LÁZARO. Sosiéguese usted, que hoy no traigo revólver.

BARBARITA. Pues, mira, no lo eches a broma.

LÁZARO. Los tiros míos son para las mujeres coquetas.

BARBARITA. ¡Cuidadito con lo que dices!

LÁZARO. No he nombrado a nadie. ¿Y don Clemente?

BARBARITA. Salió hace un rato. Pero te buscará muy pronto, porque me consta que alguien quiere darle… un encarguito para ti.

LÁZARO. Pues si es de quien presumo, y 10 que presumo, que no se moleste.

BARBARITA. Según eso…

LÁZARO. Según eso, me he cansado al fin de ficciones y de niñerías. Si ahora a la joven se le ha encogido el corazón, que le den tila en casa. ¡Conmigo ya no juega más! ¡Como que yo quería ver a don Clemente para todo lo contrario que ella! Le agradezco mucho su bondad y sus deseos conciliadores; pero estoy decidido a que la verdad vuele a los cuatro vientos.

BARBARITA. ¿La verdad?

A esta sazón aparece detrás de la ventana, como antes Mónica, nuestro combatido don Clemente. Las primeras palabras que escucha lo dejan atónito.

LÁZARO. ¡La verdad, la verdad! ¡Y la verdad no es otra que la que corre de boca en boca desde el primer instante!

BARBARITA. *Victoriosa.* ¡Ah! ¡Qué convencida estaba yo!

LÁZARO. Fue una mala hora, con fortuna. Exacerbado, ciego, le disparé a Virginia. Y no la dejé seca, porque me tembló el pulso.

DON CLEMENTE. *Saltando, irritadísimo.* ¡Pero oye, oye, tarambana!

LÁZARO. ¡Don Clemente!

BARBARITA. ¡Tú eres el que tiene que oír!

DON CLEMENTE. ¡Hasta aquí podía llegar la mentira!

Retírase, alterado, hacia la puerta del interior, por la que sale a poco.

LÁZARO. ¡Me va a poner de vuelta y media!

BARBARITA. ¿Por qué? ¿No anda él siempre en busca de la verdad? ¡Pues que se resigne a escucharla!

LÁZARO. ¡Tiene usted razón!

DON CLEMENTE. *Yéndose decidido a Lázaro.* ¡Vamos a ver si me repites en mis barbas la patraña ésa!

LÁZARO. Don Clemente…

BARBARITA. ¡No lo acobardes con tu cara feroche!

DON CLEMENTE. ¡Calla tú! ¡Vamos, niño, vamos: repíteme a mí que es verdad ese cuento chino que hoy trae la *Puebla Artística*!

BARBARITA. Tú comprenderás que a la altura a que está el asunto…

DON CLEMENTE. ¡Que te calles, te digo! ¡Conque vengo yo de tener un altercado con el tal Castañeda…!

BARBARITA. ¿No rectifica, eh?

DON CLEMENTE. ¡No rectifica aunque lo emplumen!

LÁZARO. ¡Naturalmente!

DON CLEMENTE. Ah, ¿naturalmente?

BARBARITA. ¡Naturalmente, sí!

DON CLEMENTE. ¡Pero, hombre!…

LÁZARO. No se enfade usted, don Clemente. Perdóneme la inconsecuencia, o, si usted quiere, la deslealtad, la falta a lo acordado entre nosotros. He comprendido que es un error insigne disimular mi culpa, y la proclamo a pecho descubierto.

DON CLEMENTE. ¿Eh? *Percatándose de improviso de que en la actitud de Lázaro hay intríngulis.* Te juro por mi honor, chiquillo…

LÁZARO. Además —permítame usted que termine—, así es como me salvo del todo y me alejo ya eternamente de ese castigo de mujer, que iba a ser mi ruina. Sobre falsa, es tonta, es necia, es bruta. ¡Gracias a Dios somos incompatibles!

BARBARITA. ¿Qué tal? ¿Le podré ya escribir a Anacleto la verdad de la historia?

DON CLEMENTE. ¡Escríbele a San Anacleto!

BARBARITA. Amigo, amigo, alguna vez había de tocarle al historiador ser el equivocado. Hasta ahora.

Llena de júbilo, se marcha por la puerta del interior.

DON CLEMENTE. *Dirigiéndose con los brazos abiertos al galán, luego de mirar con precaución hacia todos lados.* ¡Bueno, de ti depende que yo duerma esta noche en mi casa o en una de orates!

LÁZARO. *Bajando la voz.* ¡Silencio!

DON CLEMENTE. *Lo mismo* Descuida: nadie nos escucha. ¿Me quieres explicar este jeroglífico?

LÁZARO. A usted nada más, porque sólo usted lo merece.

DON CLEMENTE. Di.

LÁZARO. *Con la mayor cautela.* Esta noche nos escapamos juntos de Puebla Virginia y yo.

DON CLEMENTE. *Tras de abrir un palmo de boca.* ¡Amordázame, si no quieres que grite!

LÁZARO. ¡No, por Dios, don Clemente! Convencidos de que el veneno del pueblo, y de nuestras casas es el que nos ahoga, huimos de aquí, engañando a todos.

DON CLEMENTE. ¡Bravo!… Digo, bravo, no… porque… Vamos, porque. En fin, muchacho, que vacilo al oírte. Y eso que… Precisamente en estos días, en que las pasiones se han revuelto más, me he persuadido de que, en rigor, erais victimas del ambiente que respirabais.

LÁZARO. ¡Justo, justo! ¡Lo ve usted como yo! Nos casaremos en la ermita de Santa Lucía. ¡El cura va a tener un buen desayuno!

DON CLEMENTE. ¡Qué caramba! ¡Procedéis como enamorados! ¡Dios os protegerá!

LÁZARO. ¡Seremos dichosos, y extirparemos de una vez la raíz de un odio repugnante y estúpido!

DON CLEMENTE. ¡A ello, a ello! ¡El odio es corrosivo y no debe imperar! ¡A ello!

LÁZARO. ¡Mañana, para nosotros, todo será alegría!

DON CLEMENTE. Bueno, Tula revienta.

LÁZARO. ¿No le digo a usted que todo va a ser alegría?

DON CLEMENTE. ¡Y qué gracia tiene que nosotros mismos, los héroes del hecho, desfiguremos la verdad!

LÁZARO. ¡Así se escribe la Historia, don Clemente!

DON CLEMENTE. Así, así se escribe… la contemporánea; la historia que vivimos; la que toca a nuestros intereses, a nuestras pasiones, grandes y pequeñas… ¡Pero ahí está el mañana aguardando!…

LÁZARO. ¡Ahí está! ¡Oh, mañana, mañana!…

DON CLEMENTE. Esta misma farsa va a durar ya nada más que unas horas… las sombras de una noche. La verdad brillará con el sol… El mañana es siempre el día de los historiadores.

LÁZARO. Bien lo demuestra usted con su Historia de Puebla.

DON CLEMENTE. ¿Te acuerdas del prólogo? ¡El mañana!… Unas veces, como ésta, ese mañana es el día siguiente; otras veces, es algunos siglos más tarde… Pero la verdad, Lázaro, engendra mariposas eternas, mariposas de luz, que salen de las larvas que se arrastran por todos los caminos del mundo… Sólo pensando así se puede amar la Historia.

LÁZARO. ¡Don Clemente, deme usted un abrazo!

DON CLEMENTE. ¡Y veinte, hijo mío!

LÁZARO. Recibirá usted noticias nuestras.

DON CLEMENTE. Las deseo con el corazón.

LÁZARO. ¡Virginia le dirá a usted que es feliz, y yo que no me cambio por nadie! ¡Salud!

DON CLEMENTE. ¡Salud y buenaventura, chiquillo!

LÁZARO. ¡Adiós, don Clemente!

Vase a la calle rebosando satisfacción. Don Clemente aún lo saluda con la mano, viéndolo irse.

DON CLEMENTE. ¡Diablo de novios, y qué bien discurren de cuando en cuando! *Se vuelve como para marcharse al interior, y se da de cara con Mónica, que a tiempo sale.* ¿Eh? ¿Qué haces aquí tú?

MÓNICA. *Sobresaltada.* ¡Na!

DON CLEMENTE. ¿Has visto algo?

MÓNICA. ¡Na!

DON CLEMENTE. ¿Has oído algo?

MÓNICA. ¡Na!

DON CLEMENTE. ¡Pues como digas luego que algo has visto u oído, te cuelgo de un farol!

MÓNICA. ¡Pierda usté cuidao!

Se va por la otra puerta, santiguándose, y con un trepidar de pestañas realmente inverosímil.

Sale Barbarita del interior.

BARBARITA. ¿Clemente?

DON CLEMENTE. Sí; aquí estoy.

BARBARITA. Acabo de escribirle a Anacleto.

DON CLEMENTE. Muy bien.

BARBARITA. Una carta cortita, pero de substancia. Le digo la cosa tal y como pasó.

DON CLEMENTE. Muy tuyo.

BARBARITA. Con sus cominitos de mi parte. Ya me conoces.

DON CLEMENTE. ¡Uh!

BARBARITA. En lugar de un tiro, pongo tres. ¡La salsa! Con la idea de interesarlo más. ¡Quiere a Virginia como un tonto!

DON CLEMENTE. Como un tonto.

BARBARITA. ¡Pasado mañana lo tenemos aquí!

DON CLEMENTE. Pues, oye, rectifico mi advertencia de antes. Si no le has dicho nada, dile que se traiga el gramófono.

BARBARITA. ¿Ah sí?

DON CLEMENTE. Sí… porque siempre distrae. ¡Y aquí el día tiene tantas horas!…

BARBARITA. Ahora mismo se lo voy a decir. *Encamínase a la puerta del interior.*

DON CLEMENTE. *Aguantando a duras penas la risa.* ¡Puf!

BARBARITA. ¿Te ríes?

DON CLEMENTE. No…

BARBARITA. Pues ¿quién se ha reído?

DON CLEMENTE. Habrá sido Herodoto, el padre de la Historia.

Barbarita mira instintivamente, sin comprender, a su marido y al busto de Herodoto. Don Clemente la mira a ella con malicia. Mientras, cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto, 1917.

PIPIOLA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO LARA** el 7 de febrero de 1918

A la memoria de nuestro
amigo de la infancia
ÁNGEL JOSÉ CABREJO,
alto y nobilísimo espíritu.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pipiola.	María Palou.
Nina Valdelara.	Hortensia Gelabert.
La Marquesa María.	Leocadia Alba.
Marciana.	Amalia Sánchez Ariño.
Otilia.	Rita Lozano.
Manolita, doncella.	Carmen Tejeda.
Alejandro.	Luis Peña.
Don Félix Pimentel.	Emilio Thuillier.
El Tío Rómulo.	Salvador Mora.
Jesús.	José Mora.
Marianito Aldaz.	José Balaguer.
Un criado.	Miguel Gómez.

PIPIOLA

ACTO PRIMERO

Primorosa habitación en una guardilla, en Madrid. Ventanitas al foro, tras de cuyos limpios cristales se ven macetas de geranios. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. La de la derecha conduce al pasillo que da a la escalera, en el que se suponen la cocina y una pequeña alcoba, donde duerme, medita y crea Rómulo, tío de Pipiola, nuestra heroína. La puerta de la izquierda es la del dormitorio de ésta y de su madre, la señora Marciana.

En la estancia hay orden y limpieza. Muebles, los precisos: maniquí, con un traje medio acabado; máquina de coser, costurero, tabla para cortar, sillas, etc. Es por la tarde, en el mes de octubre.

El tío Rómulo, a quien en el barrio le llaman «el padre Adán», por lo desaseado, repasa unos papeles, sentado ante una silla que le sirve de mesa. Viste con abandono y desaliño, tapa su media calva con una boina procedente de la primera guerra carlista, y se apoya al andar, por causa de una picara ciática de la pierna derecha, en una vieja muletilla.

TÍO RÓMULO. *Dando un golpe sobre sus papeles, con triunfal llamarada en los ojos.* ¡Me caso con el globo terráqueo! ¡Éste es de los grandes! ¡De los grandes! *Se frota las manos satisfecho.* ¿Dónde he echado el puro? *Lo busca y no lo encuentra.* ¡Por vida!… No sé nunca dónde lo dejo. *Llaman dentro a la puerta de la guardilla.* Ya está ahí la muñeca. *Vase por la*

puerta de la derecha, y a poco vuelve, acompañado de Jesús. Pasa, pasa; déjate de cumplidos. Creí que era la chica.

Marciana pregunta desde su dormitorio:

MARCIANA. ¿Quién es?

JESÚS. Servidor, señora Marciana. Buenas tardes.

MARCIANA. Buenas tardes, Jesús.

Este Jesús, electricista de un teatro, es lo que se llama un alma de Dios; modesto, simpático y cuidadoso de su persona.

TÍO RÓMULO. Siéntate.

JESÚS. Gracias. ¿Y la Juanita?

TÍO RÓMULO. No tardará en venir. ¿Cómo tú por aquí a estas horas?

JESÚS. Porque se ha suspendido el ensayo. En los teatros, ya se sabe: en cuanto llega el decorado de las obras nuevas principian los grandes tropezones. Los autores de la que se ensaya quieren que en un cuadro salga el sol de verdad, y en otro la luna y las estrellas, y el escenógrafo, ¡natural!, me pide batería roja, batería verde, batería azul, batería blanca… ¡qué sé yo! Conque al pasar ahora para la tienda de mis padres, por las bombillas, dije para mí: «Subiré un instante». ¿Y usted, qué discurre? Porque usted siempre está maquinando.

TÍO RÓMULO. Soy un cerebral. *Palmoteo, en sus papeles.* ¡Esto que tengo aquí es muy grande! ¡Pero muy grande! De los proyectos más grandes que me han salido del melón.

JESÚS. Y se le habrá ocurrido a usted en el catre.

TÍO RÓMULO. ¡Y que lo digas! En el catre. Es donde yo trabajo a gusto. Por lo menos la inspiración me salta en el catre. No te rías, que voy camino de la estatua.

JESÚS. ¿Edison o Marconi?

TÍO RÓMULO. No te rías. Uno da con su tecla cuando menos se lo figura. Siendo yo portero en el 19 de la difunta calle de San Miguel, estaba a un kilómetro de estas invenciones; pero se muere mi cuñado Manolo —el próximo noviembre hará seis años—, y me dice Marciana: «Rómulo, deja la portería y vente a vivir con la chica y conmigo, que bueno es siempre que

haya un hombre allí con nosotras». Y dicho y hecho: me vine aquí, y en esta bendita ociosidad, ya sin aquellos cuidados del que entra y el que sale —porque el susodicho 19 era de alivio—, cada vez que me tumbo en el catre se me ocurre un proyecto. Nada, que el colchón es un talismán; mira tú qué cosa. Estoy sentado aquí echando cuentas, es un suponer, y me fallan los cálculos: al catre. Y en un cuarto de hora resuelvo la telegrafía sin hilos. ¡Fenómenos!

JESÚS. ¿Y de qué clase es el nuevo proyecto? Porque usted maniobra en muchos campos.

TÍO RÓMULO. ¿Éste? Una chirigota. ¿No te he dicho que de los grandes? Levantar en Madrid una barriada obrera, con casas con termo-sifón inclusive, sin que cueste un cuarto.

JESÚS. ¿El termo-sifón?

TÍO RÓMULO. ¡La barriada!

JESÚS. ¡Atiza!

TÍO RÓMULO. Pues ¿qué te figurabas tú? ¡Una barriada obrera sin gastar un cuarto! *Golpeando los papeles.* ¡Aquí está!

JESÚS. Llévelo usted en seguida a la Casa del Pueblo.

TÍO RÓMULO. Vísteme despacio que estoy de prisa. Todavía tengo que dormirlo.

JESÚS. ¿Que dormirlo o que tenderlo, señor Rómulo?

TÍO RÓMULO. Chufléate.

JESÚS. ¿Quiere usted fumar?

TÍO RÓMULO. Hombre, sí. Se te estima el ofrecimiento. No sé dónde he echado mi puro… Caro lo gastas, oye.

JESÚS. Los vicios, buenos, o no tenerlos. *Pausa.* Voy a tenerme que marchar sin ver a la Juanita.

TÍO RÓMULO. Ya debía estar aquí.

JESÚS. ¿Dónde ha ido?

TÍO RÓMULO. A tomar encargos en una casa nueva que le ha salido en la calle de Velázquez.

JESÚS. Entonces puede que por eso: como es casa nueva…

TÍO RÓMULO. La casa ni quita ni pone. Ella habla con un ventilador. El asunto es hablar. Y qué, ¿no te ha sacado todavía de penas?

JESÚS. No, señor. Todavía no sé de mi suerte.

TÍO RÓMULO. ¡Pero, hombre!

JESÚS. Como lo oye usted.

TÍO RÓMULO. Mi sobrina es de estudio; ya se lo digo yo a su madre.

JESÚS. Su sobrina de usted es la mocita más preciosa, más apañadita y más buena que puede soñar para su casa hombre honrado y modesto, como yo. Pero lo que mucho vale, mucho cuesta, dice el refrán.

TÍO RÓMULO. Eso no: para todo hay refranes. Por ejemplo: más vale llegar a tiempo que rondar un año.

JESÚS. Lo cierto es que yo bajo muchas veces las escalas de esta casa haciéndome entre mí la ilusión de que la Juanita va a acabar por quererme; de que principia a sentir por mí esa predilección y ese cariño que llevan a la Vicaría. Y otras veces, en cambio, me voy a la calle cabizbajo y triste, como si me faltara el aliento para vivir, porque se me imagina que la importo menos que un romance. En estas altas y bajas vivo esperando, señor Rómulo. Y honradamente le declaro a usted una cosa: que si al fin y al cabo, lo que yo tengo de oír de boca de la Juanita ha de ser un no, prefiero seguir en esta incertidumbre toda mi vida. La esperanza de un día me alivia de la desilusión del otro. Y hay verdades que matan.

TÍO RÓMULO. Es de estudio, es de estudio.

Silencio. Jesús se pasea.

JESÚS. Bueno; mientras ella viene, voy a aprovechar el tiempo yo llegándome a la tienda. Sí. Dentro de media hora volveré.

Sale Marciana por la puerta de la izquierda.

MARCIANA. ¿Qué es eso? ¿Se marcha usted, Jesús?

JESÚS. Sí, señora Marciana; pero volveré de aquí a poco.

MARCIANA. Entonces, hasta luego.

JESÚS. Hasta ahora.

Tío Rómulo. Ve con Dios, hombre; ve con Dios.

Se va Jesús por la puerta de la derecha.

Marciana se asoma un momento como a despedirlo. Es Marciana una madrileña de casta y raza, guapetona, de noble y simpática cabeza, que empieza a canear. Así que se ve sola con el tío Rómulo, exclama:

Marciana. No sé yo por qué esa caprichosa hija mía no le hace ya caso a este hombre.

Tío Rómulo. ¿Lo sabrá ella?

Marciana. ¿Dónde va a dar una chica costurera con otro más juicioso, más decente, más formalito, más guapo más prendado de ella, ni con más posibles, que todo hay que decirlo?

Tío Rómulo. No te canses, Marciana. Tu Juanita, la Pipiola, tiene una princesa en el cuerpo.

Marciana. Déjate de pamplinas, Rómulo. Lo que tiene la Juanita es finura de gustos; pero nada más. Como la tengo yo; como la tuvo su padre, que esté en gloria. ¿No se puede ser pobre y fino?

Tío Rómulo. Sí, Marciana, sí; pero hay finuras de finuras. Si tú oyeras a tu hija los domingos en el Museo del Prado, cuando me hace a mí que la lleve, las cosas que dice, sobre todo delante de los cuadros de las princesas y las reinas… Yo soy un hombre que ha leído alguna cosa; yo no soy un analfabeto… Pues bueno: me quedo con la boca abierta escuchándola.

Marciana. Ésas son luces naturales.

Tío Rómulo. Luces naturales y algo más; porque si te fijas, no hay libro ni papel que caiga en sus manos que ella no lo devore. Y la hubieras oído también el otro día, cuando estuvo aquí el señorito Alejandro, que tuvieron una discusión sobre el divorcio, entre burlas y veras, a consecuencia de ese escándalo que ahora ha habido en la aristocracia, y la Pipiola lo arrinconó. Pero que lo arrinconó, nada más. ¡Si llego a ser taquígrafo, le copio los razonamientos! No parecía una modistilla, sino el padre Rivadeneyra.

Marciana. Luces naturales, te repito. Pero ¿es eso un estorbo para las relaciones con Jesús, que es de lo que se hablaba?

Tío Rómulo. Más bien lo es que no lo es. Y lo que yo te quiero decir con todo esto es que debemos andar con ojo; porque la chica va y viene más cada día que pasa, y tiene un palmito que detiene al sol en su curso, y muchos monos en la guardilla… y lo mires por donde lo mires, no es más que la hija de una lavandera.

Marciana. ¡Y a mucha honra! ¡Qué salida! Hija de una lavandera, sí, señor… Como que del oficio de su madre la viene a ella la limpieza en todas sus acciones… Eso, no, Rómulo; eso, no. Honrada, donde esté la primera.

Tío Rómulo. ¡Vaya! No me entiendes.

Marciana. De más que te entiendo; pero no te quiero entender. Ahí debe de estar su señoría.

Vase a abrirle la puerta.

Un instante después vuelve con Pipiola, la cual viene un poco nerviosa y excitada, por todo lo que se verá. Es gentil, airosa y bonita; de expresivos ojos; de atractiva y pintoresca locuacidad. Viste con modestia, al uso de las de su oficio. En la mano trae unos periódicos de modas.

Pipiola. ¡Jesús, lo que he charlado! ¡Ay, qué templadito está esto! Hace fresco en la calle. Hola, tío.

Tío Rómulo. Hola, palomita.

Pipiola. ¿Qué hora es? ¿Me he tardado mucho?

Marciana. Pero ¿de dónde vienes?

Pipiola. ¡Toma! ¡De donde fui: de la calle de Velázquez! ¡Madre, qué casa! Ahora contaré. ¡Qué mamá, qué niñas, qué gato!… Ahora contaré.

Éntrase en su alcoba a dejar los periódicos y a ponerse un delantalito.

Tío Rómulo. Ya tienes cinematógrafo para una hora. Dos mil metros de cinta.

Marciana. Y muy a mi satisfacción. ¿También está mal eso?

Tío Rómulo. Pero ¿quién lo critica, Marciana?

Pipiola. *Gritando dentro indignadísima.* ¡Tío Rómulo!

Tío Rómulo. ¿Qué?

Pipiola. ¡Tío Rómulo!

Tío Rómulo. *Adivinando.* ¡El puro! ¡Mi puro!

Sale Pipiola. Entre los dedos, cogido con asco, como si fuera un bicho, trae un puro a medio fumar, que más parece una escobilla.

Pipiola. ¿Quién le manda a usted dejar en mi cuarto esta porquería? ¿A qué ha entrado usted en mi cuarto?

Tío Rómulo. Trae, trae acá que lo apure.

Pipiola. ¡Está usted fresco! *Abre una de las ventanitas y lo arroja a la calle.*

Tío Rómulo. ¡No lo tires, mujer!

Pipiola. Baje usted a cogerlo, si tiene ganas.

Marciana. ¡A ver si le da a algún transeúnte!

Pipiola. Así subirá la pareja y se llevará al tío a la cárcel, por cochino. ¡Puf! ¡Qué peste me ha dejado en los dedos! *Vuelve a entrar en su alcoba.*

Tío Rómulo. Pues no tiene gracia maldita. ¡Lástima de puro! Ríñela tú, Marciana.

Marciana. ¿Yo qué la he de reñir por eso? En todo caso a ti, que eres un adán.

Tío Rómulo. ¡Vamos!

Marciana. Como que no pareces hermano mío. Mira que ropa tienes encima… No sé cómo puedes vivir con tanta mugre.

Tío Rómulo. ¡Vaya! A ver dónde has visto tú un hombre de talento que se cuide del físico.

A soma Pipiola a la puerta de su habitación, lavándose manos.

Pipiola. Pues tú no tienes una idea. ¡Casa más especial! Por supuesto, de gente simpática. Sobre todo la madre, al padre no lo he conocido. La madre es una señora muy digna; de muy buena presencia; pero ¡más habladora!…

Tío Rómulo. ¿Más que tú?

Pipiola. ¡Qué va! ¡Y de lo más curioso!… Las hijas, no. Las hijas hablan menos. Y no son feas, ¿oyes?; pero son muy flacas. Es claro, no hay blusa que les siente bien.

Éntrase en la alcoba.

MARCIANA. Como que ahora las señoritas parecen alambres. Y es la moda. En muchas casas no hay más conversación que la del peso. «Yo he perdido un kilo; yo he ganado tres…».

TÍO RÓMULO. La humanidad es caricaturesca. Te dejo sola con la película.

MARCIANA. ¿Vas a la calle?

TÍO RÓMULO. No. Voy a mi cuarto. A trabajar un poco. De pie no se me ocurre nada de provecho. *Bosteza, medio desperezándose.*

MARCIANA. ¡Gandul!

TÍO RÓMULO. ¿Gandul? ¿Creéis vosotras que no hay más trabajo que el corporal?

Vase por la puerta de la derecha con sus papeles.

Marciana se sienta a esperar a su hija. Ésta sale al punto, y se sienta también, junto a ella.

PIPIOLA. No te he dicho nada del gato. ¡Más rico! Y me tomó apego. No había quien lo apartara de mí. Bueno, pues a la señora le he entrado por el ojo derecho. Y es gente de posibles. Una buena casa. Tengo que darle las gracias a doña Manuela. La señora todo se volvía decirles a las hijas: «Pero ¡qué muchacha más mona! Pero ¡qué modosita es! Pero ¡qué mona! ¿Verdad que es muy mona?». Así: no te exagero. Yo estaba como un pavo.

MARCIANA. ¿Y dices que te preguntó muchas cosas?

PIPIOLA. Ahora verás. Se ha enterado de todo. «¿Con quién vive usted?». «Con mi mamá, señora. Y con un hermano de mi mamá». «¿Y qué es su mamá?». «Lavandera, señora. Lava en casas muy principales: en ésta, y en ésta, y en ésta…». «¿Y su tío de usted?». «Mi tío es inventor, y nos acompaña». Esto les chocó mucho. «Vive con nosotras desde que murió mi papá, que era carpintero». ¡Zapato! ¡qué familia más preguntona! Son de Cádiz.

MARCIANA. ¿Y de Ramoncito, no las dijiste nada?

PIPIOLA. ¡Ya lo creo! No ha quedado ni el fondo del cofre. ¡Si por todo me preguntó la señora! Que si tengo novio, que si voy a misa, que si me

confieso… Parecía una suegra tomando informes.

Marciana. Gente desocupada.

Pipiola. Pues de Ramoncito les dije que es hermano mío, el único que tengo; que está en América, en Nueva York… que es algo perdis…

Marciana. ¿Y por qué las dijiste eso?

Pipiola. Porque se me vino a la boca: porque no sé mentir.

Marciana. Es que, sin mentir, bien podías ya haber hecho mejores ausencias del chico. Porque, hija mía, creo yo que lo que días atrás nos contó aquí mismo el señorito Alejandro…

Pipiola. ¡También se lo dije! Todo, todo. Por cierto que cuando se enteraron de que nada menos que el duquesito de Olmeda había estado aquí a traernos noticias de Ramón, las tres niñas me echaron los impertinentes. No, no: dos nada más. Una no los gasta.

Marciana. ¡Ay, qué bueno está eso! Cuenta, cuenta.

Pipiola. ¡Figúrate! ¡Se me llenó la boca dándoles pormenores! Que tú fuiste bastantes años lavandera de los señores duques en el Palacio Viejo; que me llevabas allí contigo; que Alejandro y yo jugábamos juntos en el jardín y en las caballerizas; que nos queríamos como hermanos; que a mí me mimaban mucho los señores; que eran mis Reyes Magos; que la señora duquesa fué la que me puso Pipiola… En fin, que quiere decir que no me dejé nada en el tintero. Y de pronto, la mamá, que me oía embobada, me preguntó: «¿Sabe usted francés?».

Marciana. ¿Y qué la respondiste?

Pipiola. La verdad: que ni una palabra. Me costó un sofoco. Ya ves que yo no tengo obligación; que soy costurera y no diplomática… Pues me costó un sofoco.

Marciana. ¿Y por qué te lo preguntaría?

Pipiola. Yo lo he pensado, y puede ser que fuera con la idea de que acompañase a las señoritas.

Marciana. ¿Sí, eh?

Pipiola. ¡Y eso sí que me gustaría, puñales!

Marciana. ¿Te gustaría eso?

Pipiola. ¿No me había de gustar? A las señoritas de compañía les dan mucho lado. La alemana de casa de Garci-Rojas se sienta con los señores a la mesa. Y yo sé que su padre ha sido trapero en Berlín. Conque ¡a ver qué vida! *Se pega en la boca con enojo.*

Marciana. ¿Qué haces, tonta?

Pipiola. Que no me gustan las chulerías, madre. ¡A ver qué vida! *Se vuelve a pegar en la boca.* Está muy ordinario. *Suspirando.* ¡Ay!… Vamos a dar unas puntadas antes que se vaya la luz. *Coge una labor y se sienta junto al costurero.*

Marciana. Oye, ¿y la casa estará muy bien puesta?

Pipiola. Muy bien puesta, en lo que yo he podido ver Demasiados muebles. En el recibimiento tienen un reloj estos largos, que debe de ser una joya. Y un arcón antiguo.

Marciana. ¿Y qué has convenido con ellas?

Pipiola. Pues ir los lunes y los martes. Los viernes se quedan en casa. Vamos, reciben. También tienen un retrato de un señor viejo, de uniforme, con muchas bandas y muchas cruces… Algún abuelete.

Marciana. Llaman. Será Jesús.

Pipiola. Verdad, que hoy no ha venido.

Marciana. Ha estado antes, y quedó en volver.

Pipiola. Entonces, él será; porque suponer que no vuelva…

Marciana. ¡Qué mal tratas a ese pobre chico!

Pipiola. ¿Mal? No. ¿Cómo quieres tú que lo trate? Lo trato con afecto… Lo que no hago es tirarle besos cuando se marcha.

Marciana. Ni es menester tampoco ¡No exageres!

Pipiola. ¡Entonces!… Las cosas quieren tiempo. Sobre todo, las cosas graves. Más terreno va ganando, quizá, de lo que él presume… Ábrele, ábrele.

Vase Marciana a abrir. *Poco después se la oye hablar dentro.*

Marciana. ¡Anda! ¡qué sorpresa! ¡Hoy es día de gala en mi casa! Pase usted, pase usted, señorito…

PIPIOLA. *Levantándose con curiosidad.* ¿Quién es?

Aparece en la puerta de la derecha Alejandro. Lo sigue Marciana. Alejandro, hijo único de los duques de Olmeda, es un joven de porte noble y aristocrático.

ALEJANDRO. *Sonriéndole a la costurera.* ¡Pipiola!

PIPIOLA. ¡Zapato! ¿El señor duque aquí otra vez?

ALEJANDRO. Otra vez aquí el señor duque.

PIPIOLA. ¡Y sin haber puesto colgaduras! ¡Y sin avisar a la charanga! ¡Y sin que repiquen en la parroquia!

ALEJANDRO. No es para tanto.

MARCIANA. Usted dispense, señorito: es para eso y muchísimo más…

PIPIOLA. ¡Dios mío! ¡Habrá que oír luego a la portera! ¡Tú no sabes la que armó el otro día en el barrio cuando se dió cuenta de tu visita!…

ALEJANDRO. ¿Qué me dices? Pues mira: ¡no me disgusta a mí intrigar!

PIPIOLA. Pues lo has logrado. ¡Vaya una novela la que fraguó la buena mujer!

ALEJANDRO. Sí; me figuro. El aristócrata, la obrerita, la seducción, el abandono luego…

PIPIOLA. Hombre, eso es muy antiguo. Y muy cursi.

ALEJANDRO. Por lo mismo, muchacha. Un folletín de portería.

PIPIOLA. Ella echó por otro camino. Que si una herencia misteriosa; que si un hermanito de contrabando; que si la muerte de una monja hermana de mi padre… ¡Ja, ja, ja!

MARCIANA. ¡Buena bruja está la portera!

PIPIOLA. Y como a ti ya por estas calles se te conoce bien… ¿He dicho algo?

ALEJANDRO. Que se me conoce bien por estas calles.

PIPIOLA. Sí; hazte el «longui»… *Se pega en la boca otra vez.*

ALEJANDRO. ¿Qué es eso?

PIPIOLA. Nada; decía que en el 44 de esta calle lo venden tinto: en el entresuelo, por más señas. Has tenido buen gusto. ¡Y qué coche le mandas,

hijo! ¡Cómo se lo envidio a la muy…!

ALEJANDRO. ¡Bah!

MARCIANA. Pero, chica, ¿a ti quién te mete…? Señorito, no la haga usted caso, y siéntese usted… que estamos en Babia… Como que todo podíamos esperarlo menos esto.

ALEJANDRO. ¿Pues no prometí el otro día traerles la carta de mi madre?

PIPIOLA. Perdona: prometiste mandárnosla.

ALEJANDRO. Es verdad, sí. Pero luego lo pensé mejor… Me habla de muchas cosillas delicadas, y he preferido venir de nuevo a leerles a ustedes lo que les importa.

PIPIOLA. ¡Y que me alegro yo poco del cambio! Aunque sea porque el 44 te coge cerca.

MARCIANA. ¡Ay, señorito, Dios se lo pague a usted! ¿Tiene usted ahí la carta?

ALEJANDRO. Sí, Marciana, sí; ahora la leeremos. *Curioseando la estancia.* ¡Pero qué primor de guardilla, Pipiola!

PIPIOLA. No digas, hombre: limpita nada más.

ALEJANDRO. ¿Y te parece poco? La limpieza en las casas pobres es donde tiene mérito. ¡Y qué dos ventanitas más cucas, más alegres!… Tienen toda la luz de tus ojos, Juanita.

PIPIOLA. Será porque me asomo mucho. Desde ellas te veo pasar algunos días calle arriba…

ALEJANDRO. ¿No te traen ya nada los Reyes Magos?

PIPIOLA. Ya pasé de la edad.

ALEJANDRO. Pues lo que es los zapatos, bien los tomarían por cosa de niños.

PIPIOLA. ¡Qué galante está el tiempo, oye! ¿Lo da el barrio? *Deteniéndolo, cuando va a asomarse a su dormitorio.* Aquí sí que no tienes que mirar para nada.

MARCIANA. ¿Por qué no, chica?

PIPIOLA. Porque no.

MARCIANA. Ahí dormimos nosotras, señorito.

ALEJANDRO. Lo he supuesto.

MARCIANA. Y en ese otro pasillo está la cocina y la habitación de mi hermano Rómulo.

PIPIOLA. El padre Adán. A ése no le alabarías la limpieza. ¡Le daba yo un fregado de honor!…

ALEJANDRO. ¿Y dónde está el hombre?

MARCIANA. ¡Trabajando!

PIPIOLA. Y tan ab… y tan embebido en sus números, que no te ha sentido siquiera. Ab… ab… ¿Cómo se dice lo que yo iba a decir? Ab…

ALEJANDRO. ¿Absorto?

PIPIOLA. No.

ALEJANDRO. ¿Abismado?

PIPIOLA. No.

ALEJANDRO. ¿Abstraído?

PIPIOLA. ¡Abstraído: eso! ¡Qué palabreja para una guardilla! ¡Zapato! ¡Abstraído!

ALEJANDRO. Famosísimo de veras es el tío Rómulo. El otro día me habló de un proyecto magno. No sé qué combinaciones diabólicas para que toque la lotería sin jugar.

PIPIOLA. Sí; ahora le ha dado por ahí: porque se haga todo sin dinero. Está como una cabra. Menos mal que la *oficina* en que trabaja es cómoda.

ALEJANDRO. Pues oigan ustedes lo que mi madre me cuenta de Ramón. *Saca su cartera, y de ella una carta de tres o cuatro pliegos.*

MARCIANA. A ver, a ver…

PIPIOLA. ¿Desde la misma Nueva York te escribe?

ALEJANDRO. Desde muy cerca. En rigor, desde allí Desde una finca que a diez kilómetros de la capital tiene mi tío Plácido.

PIPIOLA. Pero ¡mira que viajan tus padres!…

MARCIANA. Mujer, deja que lea…

Pipiola. Tan pronto en Londres, tan pronto en París, tan pronto en Córdoba, ahora en Nueva York…

Alejandro. Este viaje lo han hecho contra mi voluntad. Mi tío Plácido es un egoísta, que se ha afinado y empedernido con los años, y empezó a apurarlos escribiéndoles cartas sentimentales… Que se sentía muy solo, que iba a morirse sin verlos más… que ya podían hacerle la última visita… Y ellos, que necesitan poco para ponerse en movimiento, embarcaron en el primer transatlántico… y allí están. En fin, Marciana, que la veo a usted impaciente. Escuche usted a mi madre hablar de su hijo.

Pipiola. ¡Del nene dichoso! Mirarla; ya se le está cayendo la babita.

Marciana. Cuando tengas hijos entenderás esto.

Alejandro. Dice así. *Buscando en la carta lo que desea leer*. Aquí me describe una fiesta española que ha dado en su casa *Mr*. Anderson, y que ha debido de ser espléndida. Y graciosa también. Goya ha hecho el gasto.

Pipiola. ¿Quién?

Alejandro. Goya.

Pipiola. Ah, el pintor de la Maja.

Alejandro. Aquí está lo del chico. *Lee*. «El domingo pasado vino a visitarnos el hermano de Pipiola; Ramón. No lo hubiéramos conocido; está hecho un real mozo».

Marciana. ¡Como que es talmente su padre!

Alejandro. «… está hecho un real mozo».

Marciana. ¿Lo pone dos veces, señorito?

Alejandro. No; pero como le ha gustado a usted…

Marciana. ¡El señorito!…

Alejandro. «Me dió gozo verlo. Es un ejemplo vivo de lo que en algunas personas influye el cambio de ambiente y de costumbres. Venía de traje gris, cuello alto, muy erguido, sin barba ni bigote, pulcro, correcto… hecho un yanqui».

Pipiola. ¿Qué te parece?

Alejandro. «Indudablemente ha sentado ya la cabeza. Trabaja en el taller de un pintor escenógrafo, tiene un buen sueldo, y el maestro, que es

español también, lo estima bastante. Me ha suplicado que yo se lo escribiera a Marciana, porque dice que a él no lo creen…».

PIPIOLA. Ni en cruz que se ponga.

ALEJANDRO. «Y yo iba a hacerlo; pero he perdido las señas que me dió».

MARCIANA. *Enjugándose los ojos.* No sabe la señora duquesa lo que yo la agradezco… Dios se lo pague. Póngaselo usted así, de parte mía. Mire usted, señorito Alejandro, el chico es bueno… ¿usted me comprende?… pero es de cera, y donde cae, lo moldean a gusto. Y aquí dió con unas compañías muy malas.

PIPIOLA. Ése es el Evangelio, ¿sabes? Ramoncito es así, da con santos, y reza; da con gente mala, y es capaz de poner una bomba.

ALEJANDRO. ¡Ay!… fruta de estos tiempos. Hombres sin voluntad… abúlicos… como nos llaman los doctores… los doctores de *El rey que rabió…* Enfermos, si vas a mirarlo Hasta que encuentran un asidero, una luz, un camino…

PIPIOLA. Tú tienes un íntimo amigo malito de ese mal.

ALEJANDRO. Es posible.

PIPIOLA. Pero yo creo que se le curaría fácilmente.

ALEJANDRO. Es posible también.

Pausa.

PIPIOLA. Nos hemos quedado como en misa.

ALEJANDRO. Callando, se suele hablar a veces, Pipiola. Y me marcho ya. Aquí se está muy bien; pero me marcho ya Dejo a ustedes.

PIPIOLA. Anda con Dios, hombre.

ALEJANDRO. Cuando mañana o pasado le escriba a mi madre, le daré cuenta de esta visita.

MARCIANA. Y a la señora y al señor, muchísimos recuerdos; y que les queremos muchísimo; y que los recordamos siempre; y que aquí estamos para servirles.

PIPIOLA. Y que a ti te vemos pasar con frecuencia, porque estás estudiando el plano del barrio. ¿Eh?

ALEJANDRO. ¡Esta Pipiola!…

PIPIOLA. Anda, anda; vete ya; no disimules, que se te van los pies para el 44.

ALEJANDRO. Psché…

PIPIOLA. ¿Ah, sí? ¿Ya andamos en el capítulo de psché? Pronto has llegado. ¡Pero, ahora que me acuerdo! ¿En qué estás pensando, Juanita? ¡Si yo tengo que decirte una cosa!

ALEJANDRO. ¿De qué?

PIPIOLA. ¡Alrededor del 44! No sé si tú te habrás dado cuenta; pero se te siguen los pasos hace varios días.

ALEJANDRO. ¿A mí?

PIPIOLA. A ti.

ALEJANDRO. ¿Quién?

PIPIOLA. ¿Quién podrá ser? ¿O quieres que te regale el oído?

MARCIANA. Mira, chica, no seas imprudente.

ALEJANDRO. Déjela usted. Si anda por los cerros de Úbeda. ¿Quién es quien me espía? ¿A quién aludes?

PIPIOLA. A la persona por quien tuviste un desafío el mes pasado.

ALEJANDRO. ¿También sabes eso?

PIPIOLA. ¡Si lo publicaron los periódicos con peros y seriales! «El D. de O. y don J. de A.». ¡Pues sí que estaba oscura la fuga de letras!

ALEJANDRO. Pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

PIPIOLA. ¿Conque no?

ALEJANDRO. Mi desafío fué con un individuo a quien en una discusión le llamé majadero.

PIPIOLA. Pero ¿por qué se lo llamaste?

ALEJANDRO. ¡Porque lo es de pies a cabeza! Aunque después de la mojiganga del duelo, comprendí que el único majadero era yo.

PIPIOLA. Sí, sí. Se lo llamaste porque aludió de mala manera a la que te sigue los pasos.

ALEJANDRO. ¡Que no, chiquilla! En eso sueñas.

Pipiola. ¡Soñaban!

Alejandro. Es decir, no se… ¿De quién me estás hablando?

Pipiola. ¿Lo digo?

Alejandro. Dilo.

Pipiola. ¿De quién ha de ser? ¡De Nina Valdelara, como la llamáis! ¡De la condesa de Valdelara! Por ésa fué tu duelo. Ésa, ésa es la que te espía; ésa es la que quiere averiguar en qué alero escondes el nidito; ésa es la que tiene la culpa de que tú no te hayas casado; ésa.

Alejandro. ¡Bah, bah! ¡Calumnias miserables! No hagas caso tú también del mentir de la gente. ¡Calumnias!

Pipiola. ¿Calumnias, y te he visto yo con ella en un coche?

Alejandro. ¿Cuándo?

Pipiola. Esta primavera pasada, en la Castellana, una noche muy fría, en una berlina de la Peña. Martín se llamaba el cochero; tú lo llamaste. Niégamelo.

Alejandro. *Riéndose*. ¡Jesús, María!

Pipiola. Y el conde en la higuera. Encima de la higuera, porque lo que es debajo…

Alejandro. Has visto visiones, Pipiola. Te engañaron tus ojos. Ya sabía yo de antiguo que eran muy embusteros.

Pipiola. ¡Sí, sí!

Marciana. Pero no la haga usted caso, señorito. ¡Si tiene ahora menos fundamento esta chica que cuando se mecían ustedes en el columpio del Palacio Viejo!

Pipiola. ¡Sí, sí; y un merengue!

Alejandro. Bueno, bueno; quédate con Dios.

Pipiola. Adiós, hombre. ¡Si me oyese la portera llamarte de tú!

Marciana. *Sintiendo que alguien llega*. ¿Se ha levantado Rómulo? ¿Dejaría yo el portón abierto? ¿Quién es? *Llega don Félix Pimentel por la puerta de la derecha, disimulando en lo posible que la escalera lo ha rendido. Es un viejo amigo de Alejandro. Atusándose cuidadosamente, cree*

que se quita años de encima; y con la extremada limpieza de su persona y ropas pretende hacer menos ostensible su falta de dinero. Es fama que en sus tiempos fué un don Juan Tenorio. Ahora brilla aún al reflejo de las glorias pasadas.

DON FÉLIX. Buenas tardes…

MARCIANA. Buenas tardes.

ALEJANDRO. ¡Ay, don Félix!

PIPIOLA. Muy buenas tardes.

DON FÉLIX. *De mal temple, a Alejandro.* Hombre… cuando se le dice a un amigo… que lo espere a uno a la puerta de una casa… sube uno a la casa… y se detiene cinco minutos… o diez… ¡pero no dos horas, como llevas aquí!

ALEJANDRO. ¡Ja, ja, ja! Perdóneme usted la distracción. Se me había olvidado que existía usted… y que me estaba esperando a la puerta.

PIPIOLA. Ah, ¿pero lo esperaba usted a la puerta?

DON FÉLIX. Sí, joven; sí. ¡Y se me han quedado los pies fríos como granizos!

MARCIANA. ¡Vaya por Dios!

PIPIOLA. ¿Y por qué no subió contigo, Alejandro?

ALEJANDRO. Porque teme a las escaleras.

DON FÉLIX. ¡No hay tal! ¡Pero si de todos modos había de subirlas!…

ALEJANDRO. Bueno, bueno: perdóneme usted; se lo repito. Y dígame luego si en presencia de esta muchacha, y siendo usted quién es, no me disculpa y no me absuelve.

DON FÉLIX. Veamos. *Saca del bolsillo una primorosa fundita de piel, y de ella una lente, con la que mira a Marciana y a Pipiola.* Disculpado… y absuelto.

PIPIOLA. ¡Ja, ja, ja!

DON FÉLIX. Nada, absuelto. Solamente que yo, en tu lugar, me asomo a una de estas ventanitas… que ignoraba que fuesen del cielo, y le digo al de abajo que puede marcharse… porque yo no me muevo de aquí.

PIPIOLA. ¡Jesús!

ALEJANDRO. ¡Bravo, don Félix! Usted siempre en la brecha.

DON FÉLIX. ¿Son hermanas?

MARCIANA. ¡Por Dios, caballero! ¡Écheme usted otra vez el cristal!

ALEJANDRO. Son madre e hija.

DON FÉLIX. ¡Diantre! Pues no sé a cuál de las dos felicitar más cordialmente: si a la hija, por tener esta madre, o a la madre, por tener esta hija.

PIPIOLA. A las dos igual.

ALEJANDRO. Te advierto. Juanita, que don Félix boga en las aguas del madrigal como los camarones en el río.

DON FÉLIX. ¡No estás tú mal camarón de río, buena pieza!

ALEJANDRO. *Desentendiéndose de la malicia.* Los presentaré a ustedes. Ésta es Marciana y ésta es Pipiola.

DON FÉLIX. ¡Ah, Pipiola! ¡Mucho me has hablado tú de Pipiola!

PIPIOLA. ¿Bien o mal?

DON FÉLIX. Antes de conocerla a usted, creía yo que me hablaba bien en extremo; ahora veo que casi casi me hablaba mal.

ALEJANDRO. ¿No te digo?

PIPIOLA. ¡Sí que es la misma galantería este señor!

DON FÉLIX. Preséntame, hombre.

PIPIOLA. A mi madre, bueno; a mí, no es preciso. Yo sé quién es usted hace tiempo.

ALEJANDRO. ¿Hola?

DON FÉLIX. ¿Sí? ¿Quién soy?

PIPIOLA. Don Félix Pimentel.

DON FÉLIX. Para servirla.

PIPIOLA. Usted era íntimo amigo del señor marqués de Casa María, y a la muerte del señor marqués se quedó en casa de la señora marquesa de secretario.

DON FÉLIX. Ciertamente.

MARCIANA. No, si esta hija mía, como se toque a marqueses y a duques, está más enterada que de los chismes de la vecindad.

ALEJANDRO. ¿Nos marchamos, don Félix?

DON FÉLIX. Tú dispones. Como si quieres irte hacia abajo, primero, y aguardarme en la puerta… cinco minutos. ¡Por tu reloj!

Todos se ríen.

ALEJANDRO. No, no; que Pipiola tiene mucha imaginación, y usted… todavía…

DON FÉLIX. ¡Todavía!… ¡Qué antipático me es ese adverbio! *Despidiéndose.* Marciana… Pipiola…

MARCIANA. Ya sabe usted dónde tiene su casa.

DON FÉLIX. Y ustedes donde tienen un amigo más.

De improviso vuelve Jesús, a quien sorprende y embaraza un tanto ver a Alejandro allí.

JESÚS. Buenas tardes.

ALEJANDRO. Buenas tardes.

DON FÉLIX. Felices. *Lo mira con la lente.*

MARCIANA. Pase usted, Jesús.

ALEJANDRO. Adiós, Marciana.

MARCIANA. Que usted siga bien, señorito Alejandro.

DON FÉLIX. Queden todos con Dios.

ALEJANDRO. Mis recuerdos al gran arbitrista.

MARCIANA. De su parte de usted.

PIPIOLA. Y a ver cuándo nos favorece otro día el señor duque…

Se van en parejas por la puerta de la derecha Pipiola y Alejandro y Marciana y don Félix. Éste todavía se detiene un momento y le dice a Marciana, a guisa de piropo:

DON FÉLIX. ¡Diantre, diantre!… ¡Me va a costar más bajar las escaleras que subirlas!…

Jesús queda solo.

Jesús. *Después de una pausa, pensativo.* Habrá venido con la carta que les ofreció.

Nueva pausa. Marciana vuelve.

Marciana. Luego dicen del señorito que si es orgulloso que si es huraño, que si es intratable… Usted lo ha visto. Hasta aquí ha subido a traerme noticias de mi Ramón. Y ahora nos preguntaba quién era usted.

Jesús. ¿Y qué le ha contestado usted, señora Marciana?

Marciana. Que es usted un buen amigo nuestro.

Jesús. ¿Nada más?

Marciana. Ni me gusta ir más allá de donde debo, ni quedarme corta, Jesús. Las cosas en su punto. Puede que la Juanita le esté diciendo lo que yo no le he dicho.

Jesús. La Juanita, no.

Pausa.

Marciana. *A un movimiento de impaciencia de Jesús.* Cuando pega la hebra esa chica…

Sale Pipiola.

Pipiola. Que me vengan a mí con que es altanero, y presumido, y vanidoso… Bueno como el pan sí que es. ¿Qué necesidad tenía de molestarse de esta manera? Ah, me ha preguntado por usted, Jesús.

Jesús. ¿Sí? ¿Qué le ha preguntado?

Pipiola. Lo que es usted.

Jesús. *Con cierta emoción.* Y usted, ¿qué le ha dicho?

Pipiola. Pues lo que es usted: electricista de un teatro.

Jesús. Claro… sí… Lo que yo no sabía era que la amistad entre ustedes y ese señorito fuese tan grande… Porque estos aristócratas…

Pipiola. Como hermanos nos hemos criado. Que mi madre le diga a usted… *Vuelve a su labor.* Siéntese usted, Jesús.

Marciana. Lavandera de los señores duques en el Palacio Viejo, como le dicen en el barrio a su casa, he sido yo más de diez años. A la Juanita la llevaba en brazos al principio.

Jesús. ¿Y por qué dejó usted la casa?

Marciana. ¡Amigo!… Novelas de la vida. No fué por mi culpa. La prueba está en lo que nos quieren los señores. Pero un criado de ellos, pies y manos del señor duque, del padre, me empezó a cortejar… Vivía mi marido… hágase usted cuenta. Y yo, por evitarles a los señores un disgusto, puse un pretexto… y me despedí de la casa. Porque los ricos, con todo su dinero, y los pobres sin él, unos y otros no tenemos más que un tesoro, que es la honradez de la conciencia; ¿usted me comprende?

Jesús. Y me da gusto el escucharla.

Marciana. Sin eso no se va contento a parte ninguna. *Silencio.*

Pipiola. Me parece que estoy viendo a Alejandro…

Jesús. ¿A quién?

Pipiola. Al señorito: a éste que se ha ido ahora. Me parece que lo estoy viendo escaparse del aya inglesa que lo cuidaba y bajar por mí a los lavaderos para jugar conmigo. Era tamaño así, muy travieso, con unos ojillos muy alegres y una cabeza muy revuelta… Vamos, lo estoy viendo.

Jesús. Le agradaba jugar con usted.

Marciana. Era su distracción favorita. Calcule usted: una criatura sola en la casa, sin otros hermanos, y ésta, que aunque esté mal que yo la alabe, era monísima…

Jesús. Y se ha perfeccionado con los años, señora Marciana.

Pipiola. Algunas veces le decía la señora duquesa a su hijo: «Como seas malo, no juegas hoy con Pipiola». Una de las cosas que más nos gustaban a los dos, era cuando Juan, el cochero, nos subía juntos en alguno de los caballos y nos llevaba a la pila a darle de beber. ¡Qué risa! ¡Y qué susto pasábamos, en medio de la diversión! ¡Cómo nos cogíamos el uno al otro! Juan, con aquellos zapatones de madera, haciendo ruido adrede en las losas del patio… ¡Qué risa!

Marciana. ¿Y el día que te vistieron de monja las criadas? ¡Los besos que te dió la señora!

Pipiola. Aún vivía la abuelita. ¿Y ve usted esta cicatriz que tengo aquí en la frente? Pues es de un batacazo que di. Jugábamos a las procesiones: yo

era la Virgen…

Marciana. Y se cayó desde una chimenea que levantaba casi dos metros.

Pipiola. ¡El apuro y el llanto que nos entró a Alejandro y a mí cuando vimos sangre!

Marciana. ¡Como que se pudo quedar en el sitio!

Pipiola. Gracias que, como yo era la Virgen, hice un milagro. Ya ha llovido, ya, desde entonces. *Breve pausa.* Pues, señor, los días acortan que es un gusto. Empieza a oscurecer a las cinco. *Se levanta a encender la luz.*

Jesús. *Adelantándose.* No se moleste usted, Juanita.

Pipiola. Muchas gracias.

Marciana. Sí que no hay día para nada, hija. Voy yo con permiso…

Jesús. Usted lo tiene.

Marciana éntrase en su dormitorio. Pipiola continúa cosiendo. Jesús se acerca a ella.

Pipiola. ¿Qué hay, Jesús?

Jesús. Nada nuevo: embobado oyéndola a usted.

Pipiola. Si usted no dice nada nunca…

Jesús. ¿Y qué quiere usted que yo diga? El embobamiento corta las palabras, como el frío.

Pipiola. ¡Jesús!

Jesús. Me llamo.

Nueva pausa.

Pipiola. Sigue usted sin abrir la boca.

Jesús. Iba a volver sobre esa amistad con el señorito. Iba a preguntarla…

Pipiola. ¿Si continuó mucho tiempo?

Jesús. Eso es.

Pipiola. Poco: hasta que se lo llevaron a él a un colegio de Londres. Él se ha educado en Inglaterra. Por cierto que pasaron los años, y la primera vez que me encontró en la calle, me reconoció. Tendría yo trece y él tendría

dieciséis. Bueno, pues se acercó a saludarme, y usted no sabe lo que se incomodó porque le hablé de usted, porque le llamé señorito.

JESÚS. ¿Pero se hablan ustedes de tú?

PIPIOLA. ¿No lo ha visto usted?

JESÚS. No me he fijado mayormente. Ahí tiene usted: lo que no he podido yo conseguir todavía.

PIPIOLA. Es que no nos hemos tratado de niños, Jesús.

JESÚS. Por desgracia. Pero, a pesar de eso, ya hay confianza entre usted y yo para tutearnos. Sólo que usted es una ingrata; y aunque le consta lo honrado de mis intenciones, y me ve día por día suspirando por un suspiro suyo, ha tapado usted el botecito de la miel, hija mía… ¡y qué cara me vende usted cada cucharada!

PIPIOLA. Simpático, es usted simpático.

JESÚS. No me importa parecérselo a nadie más que a usted.

PIPIOLA. No, pues a mí no me gustaría que le fuera usted antipático a nadie.

JESÚS. ¿Por qué?

PIPIOLA. ¡Toma! Por lo que pudiera tronar.

JESÚS. Pero ¿puede tronar?

PIPIOLA. Mire usted al cielo, a ver si hay nubecillas de agua.

JESÚS. No se burle usted de un hombre sencillo, Juanita; de un hombre que no sabe decir todo lo que siente por usted, porque es tanto… que no atino con las palabras.

PIPIOLA. *Tras una pausa y mirándolo fijamente.* Habrá que pensar eso.

JESÚS. ¿Más todavía?

PIPIOLA. Cuanto más, mejor. ¿Llamaron?

JESÚS. Sí. Yo saldré a ver…

PIPIOLA. ¡Por Dios!

JESÚS. ¿Qué menos?

PIPIOLA. Muchas gracias.

Va Jesús a ello. Dentro se le oye decir a poco:

JESÚS. Pasen ustedes. Pasen.

Pipiola se asoma a la puerta con curiosidad.

PIPIOLA. Pero ¿quién es? *Sorprendidísima.* ¡La Valdelara! ¡Zapato! ¿Qué busca esta señora aquí?

Salen por la puerta de la derecha Nina Valdelara y su amiga Otilia. Son bellas y elegantes las dos. Nina está en la madurez de su belleza. Tiene hermosos ojos, investigadores y profundos. Se detienen en la puerta un punto, fatigadas de las escaleras. Jesús las sigue. Marciana, al olor de la inesperada visita, asoma luego en la puerta de su dormitorio, y allí permanece escuchando, ni dentro ni fuera de la habitación.

NINA. Muy buenas tardes.

OTILIA. Buenas tardes.

PIPIOLA. Muy buenas. Pasen las señoras… ¿Les ha cansado la escalera, verdad? Es claro. Vive una en las nubes… Tomen asiento. Siéntense y descansen un poco.

NINA. ¡Ay!… muchas gracias.

OTILIA. Muchas gracias.

Se sientan las dos.

PIPIOLA. Como las señoras no tienen costumbre…

NINA. *A Otilia, después de observar bien a Pipiola.* Nous avons trouvé la tourterelle.

Pipiola golpea el suelo con el pie, ligeramente contrariada, y es toda oídos.

OTILIA. Tu crois?

NINA. Sans doute. L’as-tu bien regardée?

OTILIA. Très jolie, n’est-ce pas? Réellement charmante.

NINA. Sur tout, en ayant compte du goût actuel de mon ami. Il est allé de la blonde à la brune. Il aime maintenant les yeux noirs.

OTILIA. Oh là là!

Ambas miran con algo más que curiosidad a la muchacha que exclama con naturalidad absoluta:

PIPIOLA. No he entendido ni una palabra de lo que han dicho ustedes.

Las dos sueltan la risa.

NINA. Dispense usted. Le decía yo a mi amiga que creo que venimos equivocadas; que hemos llamado en otra puerta.

OTILIA. Sí, sí; yo creo lo mismo.

PIPIOLA. Ustedes podrán explicarme…

NINA. Leímos ayer en un periódico…

PIPIOLA. Ah, sí…

NINA. Que hay en esta guardilla un enfermo necesitado y solo, y que las personas que lo socorran harán una verdadera obra de caridad.

PIPIOLA. ¿Y vienen ustedes a socorrerlo?

NINA. Justo.

PIPIOLA. Pues es dos puertas más allá de la mía, en un recodo que hace el pasillo. Yo guiaré a las señoras con mucho gusto. Y conste que no se han equivocado más que a medias; porque el anuncio lo he puesto yo.

NINA. ¿Usted?

PIPIOLA. Yo.

OTILIA. ¿Usted?

MARCIANA. *Desde su observatorio.* Ella, ella.

NINA. ¿Eh?

MARCIANA. Buenas tardes, señoras.

NINA. Muy buenas tardes.

OTILIA. Buenas tardes.

PIPIOLA. Es mi madre.

Le sonríen las dos.

NINA. ¿Y cómo ha sido el anunciar usted…?

PIPIOLA. Me tocaron seis duros a la lotería, y se me ocurrió gastar una parte en el anuncio ése. El enfermo es un pobre señor que ha tenido posición y dinero y hoy se ve en la desgracia. Oculta su nombre. Él no sabe que yo lo he reconocido. Tuve más pena de su situación, por lo mismo que fué y no es… y llevé al periódico el anuncio sin darle cuenta a nadie. Y estoy muy

contenta. Ayer me enteré de que un señor le mandó dinero, y una señora un par de mantas. Y hoy vienen ustedes.

OTILIA. ¿Y quién es, quién es él?

PIPIOLA. Cuando él no quiere que se sepa, yo no debo decirlo. Sería «colarse». *Pégase más fuerte que nunca en los labios, dando ocasión a una mirada de las dos amigas entre sí.* Yo lo conocí en la primera casa rica donde fui a coser hace ya varios años.

NINA. ¿Es usted costurera?

PIPIOLA. Para servir a usted. Para servir a ustedes. ¿La señora condesa no me recuerda?

NINA. No… ¿Usted me conoce?

PIPIOLA. ¿Tengo el honor de hablar con la señora condesa de Valdelara?

NINA. Sí…

PIPIOLA. Yo creí que la señora condesa se acordaría tal vez de mí. Por más que no tiene nada de particular no haber reparado en mi insignificancia. Pero la señora condesa me ha visto en casa de doña Manuela Valdés y en casa de los señores de Camarguillo.

NINA. No, pues no caigo… Soy muy mala fisonomista.

OTILIA. *Por el traje del maniquí.* ¿Has visto, Nina? ¿Has visto qué traje más elegante?

NINA. Sí; muy elegante es.

PIPIOLA. Creación mía. Yo no me ciño nunca a los modelos, ni aun cuando quieran mis clientes. Siempre pongo un poquito de mi cosecha. Y luego les gusta. El adorno de éste es de encaje negro. Y aquí lleva una flor. Y aquí un broche. Hay que sacar partido de las modas.

NINA. *A su amiga, volviendo al francés, que impacienta a nuestra heroína:* Je n’ai pas besoin d’autres renseignements.

OTILIA. Non?

NINA. Non. Nous avons frappé juste. Je viens de confirmer tous mes soupçons. A coup sûr, c’est l’aventure du fameux malade qui à tout fait. Il est si romanesque!… Tu sais? Ça m’attaque les nerfs!

OTILIA. Naturellement!

NINA. Mets-toi à ma place. Être supplantée par une petite couturière de rien du tout! C'est abominable!

Pipiola se ha puesto también muy nerviosa, porque no se entera, y su amor propio se siente ajado.

Por la puerta de la derecha sale en esto, en mangas de camisa, estirándose como un gato después de la siesta, el tío Rómulo. Su salida causa la indignación de hija y madre y la contrariedad de Jesús.

PIPIOLA. ¡Tío Rómulo!

MARCIANA. ¡Pero, Rómulo!

PIPIOLA. ¿Qué manera de presentarse…?

TÍO RÓMULO. ¿Eh? *De repente ve la visita, y huye avergonzado.* ¡Ah! Ustedes dispensen.

PIPIOLA. ¡Vamos!

JESÚS. Sus distracciones…

PIPIOLA. Es un tío mío que está un poco tocado. Disculpen las señoras…

OTILIA. No hay de qué.

NINA. El pobre señor no sabía… En fin, Otilia, vámonos, que ya hemos molestado bastante.

PIPIOLA. Molestia ninguna, señora. Las acompañare a ustedes a la guardilla del enfermo.

OTILIA. Bien.

NINA. Gracias. *Despidiéndose*. Buenas tardes.

OTILIA. Muy buenas tardes.

MARCIANA. Que lo pasen bien las señoras.

JESÚS. Buenas tardes.

PIPIOLA. Iré yo delante, con su permiso.

V ase por la puerta de la derecha, seguida de Otilia y Nina Valdelara.

Marciana se llega a la puerta a verlas desde allí marcharse Jesús, que durante la escena ha admirado el gracioso desenfado de Pipiola y su

genialidad, medita melancólicamente.

MARCIANA. *Volviéndose a Jesús.* ¡Qué olor han dejado más fuerte!…

JESÚS. *Ensimismado.* No es para mí…

MARCIANA. ¿Qué dice usted, Jesús?

JESÚS. Señora Marciana, que no es para mí esa flor que tiene usted por hija.

MARCIANA. *Compartiendo la tristeza del mozo.* ¿Usted cree que no?

JESÚS. Lejos de ella, algunas veces llego a soñar que me la merezco; pero al lado suyo hay ocasiones en que me siento menguar y menguar, hasta verme convertido en enano. ¡Puñales!… como dice ella… No es para mí, no es para mí.

Viene el tío Rómulo un poco menos indecoroso que antes.

TÍO RÓMULO. ¡Me caso con el globo terráqueo! ¡Qué entradita hice!… ¿Sabéis quién es una de esas señoras?

MARCIANA. Una es la condesa de Valdelara, ¿no?

TÍO RÓMULO. ¡La misma! La que dicen que ha tenido que ver con el señorito Alejandro.

MARCIANA. ¡Cabal! Hoy se ha hablado aquí de eso. ¡Vaya un paso si llegan a encontrarse!

TÍO RÓMULO. Yo me hubiera alegrado, no te figures.

MARCIANA. ¿Por qué?

TÍO RÓMULO. Ahí verás. *Hace un ademán y un gesto expresivos.*

MARCIANA. Pero ¿tú sentiste antes al señorito?

TÍO RÓMULO. ¡No, que no iba a sentirlo! ¡Cómo vivimos en un palacio!

MARCIANA. ¿Y por qué no viniste a la visita, hombre?

TÍO RÓMULO. Ahí verás.

MARCIANA. No sé lo que piensas. Probablemente todo eso que dices será un cuento chino. Te dormirías como un lirón. Y si no, mira la facha en que saliste cuando estaban aquí esas señoras.

Vuelve muerta de risa Pipiola.

PIPIOLA. ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Toma fisgoneo! ¡Diez duros les ha costado la gracia!

JESÚS. Pero ¿no venían ellas a tiro hecho?

PIPIOLA. ¡Y un merengue! El tiro era otro. Ellas apuntaban al número 44, y han dado aquí. Alguien a la cuenta ha visto entrar al duquesito el otro día, y ha tomado el rábano por las hojas. ¡Y éstas se han creído que era yo la del 44! ¡Agua fresca de la tinaja! ¡Qué risa! ¡Y mi anuncio caritativo les ha valido para plantarse aquí! ¡Magnífico! Pero ya han pagado las puertas. ¡Diez duros menos en el bolso!

MARCIANA. Pero, chica, ¿te quieres estar quieta, que mareas?

PIPIOLA. Pues ¿y el toque de no conocerme? ¿Será tonta? ¡De memoria me sabe! Pero sin duda *no viste bien* conocerme a mí. ¡Ah! Y mañana me compro yo una gramática francesa. Y me hago amiga de la *manicura* de ahí enfrente. Y me enseña a hablar. No, que se juega al tute.

JESÚS. Bueno, yo me retiro.

MARCIANA. ¿Tiene usted qué hacer?

JESÚS. Sí; tengo que pasar por el teatro. Buenas tardes.

PIPIOLA. Vaya usted con Dios.

TÍO RÓMULO. Adiós, Jesús.

MARCIANA. ¿Hasta mañana?

JESÚS. Hasta mañana.

Vase por la puerta de la derecha.

Pipiola ha notado la preocupación de Jesús.

PIPIOLA. ¿Qué le pasa al electricista?

MARCIANA. No sé.

TÍO RÓMULO. Yo sí.

PIPIOLA. ¿Qué le pasa?

TÍO RÓMULO. Que es hombre, que te quiere mucho, y que tiene sangre en las venas y vista en los ojos.

PIPIOLA. Explique usted ese rompecabezas.

TÍO RÓMULO. Como el agua es de claro, paloma. La segunda visita del aristócrata al sotabanco le ha sentado peor que un badilazo en los nudillos.

PIPIOLA. Pues para rato tiene. ¿Y por qué le ha sentado tan mal?

MARCIANA. Eso; ¿por qué?

TÍO RÓMULO. Parecéis bobas hija y madre. ¿Por qué ha estado aquí la condesa de Valdelara? Porque creía que tú eras la pajarita del 44, ¿no?

PIPIOLA. Sí; la amiga de Alejandro. ¿Y qué?

TÍO RÓMULO. ¡Que se ha anticipado a lo que sueña el señorito! ¡contra! Ni más ni menos. Ya lo dije.

PIPIOLA. ¿Eh?

TÍO RÓMULO. ¡Que por eso va triste Jesús!

MARCIANA. ¡Rómulo!

TÍO RÓMULO. ¡Marciana! ¡Yo tengo más mundo que vosotras! ¡Me caso con el globo terráqueo! ¿De dónde el hijo de unos duques va a poner los pies en una guardilla si no es con un busilis? ¡Que no tuviera la Juanita ni el talle que tiene ni esos ojos, y a ver si venía con las cartas el señorito o venía su administrador o un lacayo! ¡A mí con papeles! ¡He sido portero antes que arbitrista!

Marciana, a la insinuación del tío Rómulo, mira con asombro a Pipiola, no atreviéndose a interrogarla. La muchacha herida en su honor y en el más noble y puro de sus afectos, se rebela enérgicamente contra la insidia.

PIPIOLA. ¡No, madre; no! ¡Que no! ¡Le digo a usted que no, tío Rómulo! ¡Eso no! Alejandro me mira a mí… me mira… ¡qué sé yo!… como a una hermana pobre… ¡Usted tendrá mucha experiencia de cosas malas; pero de esto nada sabe usted! ¡No, madre; no!… ¿Verdad que no? *Se acoge a ella y llora entre sus brazos.*

MARCIANA. No, no; te equivocas, Rómulo; te equivocas.

PIPIOLA. *Separándose de su madre y mirando ofendida al tío Rómulo.* ¡Se equivoca usted! *Éntrase en su cuarto.*

TÍO RÓMULO. *Titubeando ante la honrada actitud de las dos.* Así sea.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el hotel de la marquesa María, en Madrid. Despacho que fué del ilustre literato y diplomático marqués de Casa María. Al foro, y a la derecha del actor, sendas puertas, que conducen, respectivamente, al interior de la vivienda y al recibimiento. A la izquierda, un intercolumnio, que da paso a la biblioteca. Chimenea en un chaflán, entre la pared de la derecha y la del foro. Muebles españoles. Hacia la izquierda de la habitación, una mesa. Sobre ella, un retrato del marqués, en fotografía. Cuadros al óleo, de buena pintura. En las puertas y en el intercolumnio, ricas cortinas. El suelo, alfombrado. Cojines en los sillones y al pie de ellos. Es de día, en noviembre. En la chimenea arde abundante leña.

Ha pasado un año en la vida de Pipiola. La marquesa María, vieja setentona, avellanada y pulcra, de noble continente, contempla, sentada en un sillón frailuno, la llama del hogar. Gusta la señora de pasar cuanto tiempo puede en la estancia donde trabajaba el compañero de su vida.

Por entre las cortinas que cierran el hueco de comunicación con la biblioteca sale don Félix, de batín. En una mano trae un tomo grande de comedias, y en la otra una amarillenta cuartilla manuscrita. Viene gozoso.

Don Félix. Marquesa. Pepita.

Marquesa. ¿Qué hay, Pimentel?

Don Félix. ¡Un hallazgo!

Marquesa. ¿Un hallazgo?

Don Félix. ¿Se acuerda usted de aquel romance que el pobre Luis echaba de menos en sus últimos días?

MARQUESA. ¿Un romance?… ¡Ah, sí! ¡El de la enamorada!

DON FÉLIX. ¡Justo!

MARQUESA. Que sintió mucho no haberlo incluido en sus obras completas, porque lo había perdido y no lo recordaba de memoria. ¿Has dado con él por ventura?

DON FÉLIX. Sí, señora; aquí está. Entre las páginas de un tomo de Lope de Vega lo he hallado.

MARQUESA. ¿Tú o don Dominguito?

DON FÉLIX. Yo, yo.

MARQUESA. A ver… ¿Dónde tengo las gafas?

Mientras las busca y se las pone, dice don Félix:

DON FÉLIX. Es un romance primoroso; una joya. Notará usted que no me duermo como bibliotecario.

MARQUESA. Después de almorzar todos los días te duermes. Desde aquí te oigo yo. ¡Je! Y no roncas; silbas.

DON FÉLIX. ¡Qué ganas de meterse conmigo!

MARQUESA. *Cogiendo la cuartilla y mirándola con emoción.* El mismo, el mismo… el de la enamorada… Lo leyó un Año Nuevo.

DON FÉLIX. ¡Oh! ¡Aquellas cenas literarias que se daban aquí!… ¡El pobre Pepe Santa Roca, Sancho Rodrigo los dos Ernestos, Casa González!… ¡Oh!… ¡Y Panchita Rando, y Mariquita Vega, y la Peñaflor, y la Monte Verde y Justita Martínez!… ¡Ay!…

MARQUESA. Calla, Félix, calla, que casi no quedamos más que tú y yo.

DON FÉLIX. ¡Cómo pasan los años, Pepita!

MARQUESA. ¿Los años? ¡Cómo pasan los siglos!

Por la puerta del recibimiento sale un criado, y anuncia:

CRIADO. Señora marquesa: la señora condesa de Valdelara.

MARQUESA. *Muy sorprendida.* ¡Santa Rita! ¿Quién se quiere morir? Que pase. *Se retira el criado.* Mira, Pimentel, déjame esto guardado en el mismo libro; aquí, sobre la mesa. Lo veré luego.

DON FÉLIX. Sí, señora. *Obedece y se va a sus dominios.*

La marquesa espera unos instantes a que aparezca Nina Valdelara, que llega por la puerta de la derecha en traje otoñal, alegre, fragante y decidida.

NINA. ¡Pepita de mi alma! ¡Lo que deseaba ver a usted!

MARQUESA. Pícara, picarona; no digas embustes.

NINA. ¿Me llama usted picara porque vengo?

MARQUESA. Te llamo picara por lo que has dejado de venir. Siéntate. Hace más de un año que no te veo.

NINA. No tanto, no…

MARQUESA. A mí me ha parecido un año…

NINA. Usted es muy buena.

MARQUESA. ¿Y Eusebio?

NINA. Bien… Es decir, bien… con sus achaques, como siempre. Él es quien más me ata. Ahora tiene reuma en la boca. Le bailan casi todos los dientes.

MARQUESA. Mira, si le bailan, es señal de que todavía tiene dientes… tiene dientes… suyos. ¡Je!

NINA. Pero le van a durar muy poco. ¡Qué fastidio de males! Cuando no es una tecla es otra.

MARQUESA. Menos mal que no se te pegan a ti, que estás espléndida como una magnolia.

NINA. De bastante me sirve.

MARQUESA. No seas verde, Nina. Ni te quejes, no te castigue Dios. Ya te advertí yo que lo pensaras mucho; que era un enlace muy desigual… ¿Y por qué no te ha acompañado aquí ese vejestorio?

NINA. Lo he dejado ahí enfrente con el dentista. Luego iré a recogerlo.

MARQUESA. Pues veníos juntos a tomar conmigo una taza de té. Estáis a dos pasos. A esta casa ya no viene nadie, hija mía. Desde que murió mi pobre Luis… nadie quiere nada conmigo. Soy una vieja inútil o impertinente, como todas las viejas.

NINA. No diga usted eso, Pepita. *Fijándose en el retrato del marqués.* ¡Qué bien está el marqués en ese retrato!

Marquesa. Ah, sí. Es el último. No puede estar mejor. Káulak se lo hizo cuando entró en la Academia Española.

Nina. *Sofocada.* ¡Lo que hace aquí es un calor irresistible! Tiene usted la casa a una temperatura de horno.

Marquesa. ¡Je! Todo el que viene se queja de lo mismo.

Nina. Como que esto es África. ¿Calefacción de vapor, por supuesto?

Marquesa. Sí; pero además enciendo las chimeneas de leña, porque a mí la leña es la que me abriga. Y además me distrae.

Nina. ¡Así está la casa! Puede que por eso no venga la gente.

Marquesa. Eso dice Juanita.

Nina. ¿Quién?

Marquesa. Juanita. Una muchacha que me acompaña ahora. Muy mona y muy discreta, por cierto.

Nina. Sí; algo he oído…

Sale don Félix, de chaqué.

Don Félix. Condesa… *Le besa la mano.*

Nina. ¡Oh, Pimentel! ¿Qué tal?

Don Félix. Encantado de verla. ¿Y el conde?

Nina. Así, así…

Don Félix. ¿Nieva en la calle?

Nina. ¡No! ¡Si hace un gran día!

Don Félix. Lo digo, condesa, porque al sonreír usted me pareció que le había nevado en la boca.

Nina. ¡Ah! Debí esperar la flor, conociéndolo.

Marquesa. Y que con la edad se le recrudece la vena. ¡Las veces que habrá preguntado la misma tontería!

Nina. Genio y figura… De modo, Pepita, que se ha echado usted señorita de compañía, ¿no es eso?

Marquesa. ¡Claro! Como estoy empezando a vivir.

Don Félix. ¿A quién se refiere?

MARQUESA. A la damita de honor, como tú la llamas. Nina. ¿Por qué la llama usted así?

DON FÉLIX. Pues, porque… porque se me figura más galano.

NINA. *Afectando que ignora de quién se trata.* Es joven, ¿eh?

MARQUESA. Y muy buena chica.

DON FÉLIX. Y preciosa, por añadidura.

MARQUESA. De familia humilde. Ella era costurera modistita. La madre es lavandera. Lava en casas grandes Cuando el pasado invierno cayó enfermo de gravedad en el Palacio Viejo Alejandro Olmeda, mi ahijadillo, con los padres en Nueva York, solo, entre criados —que ya tú sabes lo que son criados—, esta muchachita, ligada a la casa por yo no sé qué recuerdos de la niñez, se puso a la cabecera de la cama del pobre chico, y puede asegurarse que a sus extremosos cuidados les debe la piel.

NINA. ¿Sí, verdad?

MARQUESA. Como te lo cuento. Yo envié a asistirlo a Sor Juana de los Apóstoles, y a los dos o tres días vino a decirme: «Señora marquesa: con aquella criatura allí, ni su madre hace taita».

DON FÉLIX. *Pegando entusiasmado la hebra.* Y hay que pensar en todo; hay que ver la enfermedad de que se trataba: ¡fiebres tíficas! ¡Un mal contagioso; un caso gravísimo, condesa! Veinte días estuvo entre la vida y la muerte Alejandrito. ¡Y ni un instante desmayó esa mujer! Yo lo vi: a mí no me lo ha contado nadie. ¡Qué entereza de alma, qué resistencia corporal! No bastaban advertencias ni ruegos para que descansase: ella había de intervenir en todo. ¡Una heroína; una verdadera heroína! ¡Y cómo la embellecía el sufrimiento!… A ratos, no sé si de su frente o de sus ojos despedía un resplandor celestial… Me exalto, me exalto hablando de esa nena.

NINA. Ya, ya veo…

MARQUESA. Sí; en Pimentel tiene un apologista…

NINA. Basta que se trate de faldas…

DON FÉLIX. ¡Oh, no! El más puro entusiasmo, condesa; el más puro.

MARQUESA. Pues, como te contaba: libró el pellejo el pobre chico, y en cuanto materialmente pudo tenerse en pie, lo mandaron los médicos a su casa

de la sierra de Córdoba. Los padres, avisados, volvieron en seguida de Nueva York, y desde Cádiz, donde desembarcaron, se fueron a Córdoba con él. Y allí han pasado cerca de un año.

NINA. ¿Y allí siguen?

DON FÉLIX. Ya no. Precisamente hace cinco días llegaron a Madrid los duques. Juanita ha estado a verlos. Y alejandrino, que se detuvo en una montería, si no ha llegado anoche, llegará esta noche o mañana.

NINA. Ya.

DON FÉLIX. *Con malicia.* ¿No sabía usted nada de esto, condesa?

NINA. *Disimulando.* Nada absolutamente.

MARQUESA. Y como Pimentel me había oído a mí cien veces lamentarme de mi soledad, suspirar por una persona que me acompañara, y Juanita lo había subyugado, se fijó en ella y me la propuso. Yo la conocí, me agradó… y aquí la tengo hace varios meses. Me habla de todo, me distrae __es muy lista—, me acompaña, me escribe algunas cartas —porque a éste ya le va temblando el pulso—, me lee periódicos y libros… me entretiene las horas.

DON FÉLIX. Pero lo verdaderamente extraordinario de esa criatura —al fin mujer; y digo mujer en el sentido más elogioso de la palabra— ha sido su transfiguración, su acomodación a este nuevo ambiente en que ahora vive. Era una modistilla, ¿verdad? Pues la ve usted y es una señorita. Con el mismo desenfado que por su guardilla anda por esta casa. Igual respira aquí que allí.

NINA. *Echándolo a broma.* ¡Pues no deja de ser un milagro; porque aquí no respira nadie! ¡Qué calor, Pepita! Yo me ahogo. Y a usted, señor don Félix, lo encuentro muy sacado de cuello.

DON FÉLIX. ¿A mí?

NINA. Sí; con esa joven; con ese prodigio… con esa santa. Se trasluce que es santa de su devoción.

DON FÉLIX. Si no envenena usted la frase, desde luego.

NINA. ¡Oídos que tal oyen! El mejor día, de madrigal en madrigal, le espeta usted una declaración inflamada.

DON FÉLIX. ¡Por los clavos de Cristo, Nina!

NINA. ¿Teme usted que le diga que no?

DON FÉLIX. No es eso…

MARQUESA. ¡Temerá que le diga que sí!

NINA. ¡Ja, ja, ja!

MARQUESA. ¡Cómo te gustan las verduras, «indina»!

Por la puerta del foro llega en este momento Pipiola. Viste con graciosa sencillez. Trae un jarroncito con flores, que coloca en la mesa ante el retrato del marqués.

DON FÉLIX. Aquí la tenemos.

PIPIOLA. *Saludando a Nina.* Señora…

MARQUESA. Ven acá, así que dejes eso. Voy a presentarte. —Me pone flores delante de todos los retratos de Luis—. Ven acá. La señora condesa de Valdelara…

PIPIOLA. Mucho celebro la ocasión de saludarla nuevamente…

MARQUESA. Ah, ¿tú la conocías?

PIPIOLA. Sí, señora. Tenía ese gusto.

NINA. ¿Sí?

PIPIOLA. ¿Se ha olvidado la señora condesa? ¿No me recuerda? Es natural, en medio de todo: de donde me vió a donde me ve… A cualquiera le pasa.

NINA. Pues sí, sí; no…

PIPIOLA. La señora condesa estuvo un día por equivocación en mi guardilla. Hará cosa de un año. Iba la señora a dar una limosna en otra guardilla de junto…

NINA. Sí; es posible… Ahora tengo una idea… Sí, sí… *A la marquesa, apelando al francés.* Elle est vraiment gentille. Et elle a l’air très intelligente. Ma félicitation, marquise, et à vous aussi, monsieur l’apologiste.

MARQUESA. *Extrañada.* ¿Y por qué me hablas de pronto en francés?

PIPIOLA. *Que si es muda revienta.* C’est une habitude de madame la comtesse. Je m’en souviens. *Nina se desconcierta al oírla.* Lorsqu’elle monta chez moi avec une de ses amies, elle parla aussi français tout à coup. *A Nina,*

despidiéndose Madame, enchantée de vous saluer. A votre service… *Aturdida por su triunfo.* Bonsoir… bonjour…

MARQUESA. ¿Qué te parece? ¿No te decía yo que era un alhaja? Pero no te vayas, mujer. Estate aquí un ratito.

DON FÉLIX. No nos prive usted tan pronto de la luz de sus ojos… Deje a oscuras por unos momentos el resto de la casa.

NINA. *Burlescamente.* ¡Ejem! ¡ejem!

PIPIOLA. Como mande la señora marquesa; pero aún me quedan que poner otras flores…

MARQUESA. No importa; siéntate.

PIPIOLA. Estoy bien de pie.

MARQUESA. Siéntate.

Pipiola obedece. Pausa.

PIPIOLA. Pues yo no olvido la visita de usted a mi guardilla; entre otras razones, porque la asocio a un buen recuerdo. Ha de saber la señora condesa, que no parece sino que le llevó al caballero necesitado la buena suerte.

NINA. ¿Sí?

PIPIOLA. Sí, señora; desde aquel día le menudearon mucho los socorros.

NINA. ¡Vaya!

DON FÉLIX. Como que ya ha levantado cabeza. Sé de quien se trata. Ese infeliz tuvo mucho más dinero que yo… y llegó, por calavera, hasta pedir limosna. ¡Dios nos libre! Tronadito, pero no tanto.

MARQUESA. Mírate, mírate en ese espejo El día que yo falte…

DON FÉLIX. No hablemos de cosas tristes, marquesa. Oiga. Juanita: la condesa le puede facilitar a usted las papeletas para ir al Congreso.

PIPIOLA. ¡Es verdad!

NINA. ¿Le interesa el Congreso?

MARQUESA. Le interesa todo; es más curiosa que una mona.

PIPIOLA. Me interesa… lo que no conozco, que es mucho.

NINA. Esa teoría es peligrosísima.

DON FÉLIX. ¡Je!

MARQUESA. No seas picante.

NINA. ¿Nunca ha estado usted en el Congreso?

PIPIOLA. Puedo decir que nunca. Sólo una vez, muy niña, me llevó a la tribuna pública mi tío. Lo recuerdo, pero no lo puedo juzgar.

NINA. Ahora quizás se aburra usted. Son unas sesiones muy sosas. No hay escándalo, que es lo que a nosotras nos divierte.

PIPIOLA. Yo leo los extractos en los periódicos. ¿Y a que no sabe usted lo que más me choca?

NINA. ¿Qué?

PIPIOLA. El tratamiento. «Su señoría por aquí, su señoría por allá…». No me suena. Sobre todo cuando se insultan unos a otros. «¡Su señoría no sabe lo que dice! ¡Su señoría es un traidor! ¡Su señoría se ha quedado con cinco millones!». ¿En dónde está la señoría? No me suena.

Risas de todos.

DON FÉLIX. ¡Muy bien! Hay chispa, hay chispa.

NINA. Tiene gracia.

MARQUESA. Con estas ocurrencias me divierte a mí. Y además es una gran cómica.

NINA. ¿También eso?

MARQUESA. Todo lo imita, todo… Y dice los versos por maravilla. ¡Si la hubieras oído anteanoche recitarme el monólogo de *La cadena rota*, de mi pobre Luis!…

NINA. ¿Por qué no se dedica al teatro?

PIPIOLA. ¡Jesús! Dios me libre.

NINA. ¿No le gustaría ser actriz, con esas cualidades?

PIPIOLA. Ni pizca.

DON FÉLIX. ¿Por qué?

PIPIOLA. Porque no las tengo, por más que diga la señora, y porque no me agradan las farsas. ¡Es horrible! ¡Ser emperatriz toda una noche… y luego irse a dormir a una casa de huéspedes! De ser emperatriz, serlo de veras, ¿no?

NINA. Evidentemente.

MARQUESA. ¡Je!

DON FÉLIX. Es un argumento de fuerza. No se me había ocurrido nunca.

Sale por la biblioteca Manolita.

MANOLITA. Señora.

MARQUESA. ¿Qué hay?

MANOLITA. Está ahí la madre de la señorita Juanita.

PIPIOLA. ¿Mi madre?

MANOLITA. Que dice que la señora la ha mandado llamar. Por la escalera del jardín ha subido.

MARQUESA. Sí, sí. Ve tú a verla, Juanita, y dile que me espere un momento.

PIPIOLA. Con permiso, señora condesa. *A la doncella.* Manolita: hable usted por teléfono con la casa Hernández. Diga que vengan a recoger los almohadones que han traído; que no es eso lo que se encargó.

MANOLITA. Sí, señorita.

Pipiola se marcha por la biblioteca y Manolita por la puerta del foro.

NINA. *A la marquesa.* Vaya usted con Juanita, si quiere.

MARQUESA. No, tonta. ¡No faltaría más! No hay prisa ninguna. Es que le pienso consultar a la madre ciertos planes de casamentera que acaricio…

NINA. Ah, ya. ¿Le ha buscado usted parejita a la perla?

MARQUESA. Sí; un brillante. ¡Je! Un protegido mío: el hijo de Escudero; de mi administrador de Ávila. Un buen partido para ella. La ha visto dos veces y está que coge moscas… Cosas de muchacho.

NINA. Pues a don Félix parece que se le ha alargado la cara…

DON FÉLIX. ¿Qué dice usted, condesa? No, no… Vuelvo a repetirle que mi entusiasmo por esa muchacha es puro… nítido. No diré platónico, porque yo he tenido siempre una desdichada idea de Platón.

NINA. Bien; no quiero ser inoportuna. Me marcho, que el asunto es de peso. Hable usted en seguida con *la señá* Pascuala, o como se llame la lavandera.

DON FÉLIX. Marciana se llama. ¡Guapísima!

MARQUESA. Pero, mujer, ¿no te digo que no tengo prisa ninguna?

NINA. Si es que yo mientras voy en busca de mi marido, y volvemos los dos a tomar el té.

MARQUESA. Ah; así, sí; así me conformo. Pero ¿no me engañas?

NINA. No, señora. Si no puede o no quiere venir Eusebio, porque está molesto con los dientes, le dejaré el coche y vendré yo.

MARQUESA. ¡Ajajá!

NINA. Hasta luego.

MARQUESA. Anda, te acompaño desagradecida. Pimentel, que venga esa mujer aquí, que el resto de la casa está helado.

NINA. ¡Sí que es aprensión!

DON FÉLIX. A los pies de usted, Nina.

NINA. Hasta luego, don Félix.

MARQUESA. *Yéndose por la puerta de la derecha con Nina. Y* si salgo al recibimiento, es porque es la caldera del barco. Hija, ya no tengo sangre en las venas… Tú, en cambio, echas fuego; no hay más que verte… ¡Qué colores!

DON FÉLIX. *Mirando por entre las cortinas de la biblioteca.* Ah, si están aquí… Pase, Marciana; pase.

Levanta una de las cortinas y aguarda a que pasen Marciana y Juanita.

Marciana viene que cruje de limpia y bien puesta.

MARCIANA. Buenas tardes. Se ha molestado usted; muchas gracias.

DON FÉLIX. ¿Cómo vamos, Marciana?

MARCIANA. Yo bien, ¿y usted?

DON FÉLIX. No se pasa mal; ¿verdad, Juanita? ¿Y el tío Rómulo?

MARCIANA. Una miaja más decente le tengo ahora. *Sin poder reprimirse.* ¡Chica, qué calor hace aquí!

PIPIOLA. Eso es porque vienes de la calle.

MARCIANA. Por lo que sea. Yo me *asfisio*. Don Félix, ¿esto es sano?

DON FÉLIX. ¡Mire usted la cara de Juanita!

MARCIANA. Sí que da gloria verla. Pero yo me *asfisio*. Y en cada habitación que entro, más calor que en la que dejo atrás.

DON FÉLIX. Tranquilícese usted; ya no hay otra. La visita va a ser aquí.

MARCIANA. Pues aquí «la diño».

PIPIOLA. *Pegándole cariñosamente en la boca.* ¡No digas esa frase!

MARCIANA. ¿No?

PIPIOLA. No.

DON FÉLIX. Ya viene la señora. *A Pipiola.* ¿Usted sabe de lo que va a tratarse en esta entrevista?

PIPIOLA. Mejor que usted.

DON FÉLIX. Mejor que yo lo sabe usted todo, menos una cosa en el mundo.

PIPIOLA. ¿Cuál?

DON FÉLIX. En qué grado la admiro.

MARCIANA. ¡Pero qué almibarado está usted siempre!

PIPIOLA. Para apreciar eso hay que vivir al lado suyo.

DON FÉLIX.

«Yo soy como la abeja,
que en los rosales
toma la miel que deja
luego en panales.
Y a su colmena
del dulce de las flores
va siempre llena.»

MARCIANA. ¿Digo, eh? ¡Hasta versos!

PIPIOLA. Es colmena que no se agota. Y me quito de en medio, que no quiero estorbar. En el jardín estoy.

MARCIANA. ¿Te vas, chica?

PIPIOLA. Pasito a paso.

Márchase por la biblioteca.

La marquesa vuelve por donde se fué.

MARQUESA. ¡Hola, Marciana!

MARCIANA. Señora marquesa… ¿Cómo está usted?

MARQUESA. Bien, ¿y usted?

MARCIANA. Para servirla.

MARQUESA. Siéntese usted. Aquí, junto a la lumbre… *Marciana mira a Pimentel, pidiendo auxilio.*

MARCIANA. Donde me mande la señora…

DON FÉLIX. Yo creo que Marciana tiene de por sí bastantes calorías; ¿no, Marciana? Aquí estará mejor.

MARCIANA. Sí, señor, sí; se agradece.

MARQUESA. Donde usted quiera; siéntese donde quiera. Me olvido de los años que tengo, y me empeño en poner a todo el mundo a la parrilla.

DON FÉLIX. Hasta luego. *Retirase a la biblioteca.*

MARQUESA. Pues verá usted, Marciana, para lo que la he mandado venir. Yo siempre he sido un poquillo casamentera, ésta es la verdad; he disfrutado arreglando bodas. Y no he tenido mala mano, no. Pero desde que mi pobre hija se metió en el convento —aquel golpe mató a su padre…

MARCIANA. Sí, señora, sí; ya la Juanita me ha referido…

MARQUESA. No sé ver a una chica soltera sin pensar con quién la casaría. Chochera de vieja… o amor de madre que aún me queda en el corazón y reclama su empleo… ¡Lástima de mi Lola! Yo debía tener nietos, Marciana.

MARCIANA. Es verdad, señora marquesa. Mire usted, yo —en paz sea dicho del Santo Padre—, ni frailes ni monjas he querido nunca.

MARQUESA. Bueno, pues esta Pipiola de usted me tiene hechizada.

MARCIANA. ¡Señora marquesa!

MARQUESA. La verdad, la verdad: me tiene hechizada. Es una chiquilla modelo. Dios la ha dotado bien; pero ella lo aprovecha. Que idiomas, que

lecturas, que piano, que labores… ¡Qué afán el suyo de mejorarse, de pulirse!… Un contento.

MARCIANA. Señora marquesa, muchas gracias.

MARQUESA. La verdad, la verdad… Pues bien: días atrás ha venido a entregarme cuentas el hijo de mi administrador de Ávila, que es perito agrónomo. Un muchacho muy seriecito, muy guapo —muy guapo, no; pero no es feo; y el hombre y el oso… —muy cumplidor de sus deberes, muy hombre— que eso, en nuestros días, va siendo también una cosa rara—, y al que yo, por gratitud al padre, le pienso dejar unos cuartitos el día que cierre el ojo.

MARCIANA. Que Dios quiera que tarde mucho.

MARQUESA. Dios lo quiera; pero no puede tardar mucho. Además… me aguardan…

MARCIANA. Ya entiendo a la señora.

MARQUESA. Sigamos con el chico. ¿Usted está abrasándose de calor?

MARCIANA. Sí, señora; no sé disimularlo.

MARQUESA. Abreviaré. Yo he pensado en ese chico para Juanita.

MARCIANA. Dios se lo pague a usted, señora marquesa.

MARQUESA. Él la ha visto y se ha enamorado como un cadete. Tiene, tiene gancho la picara. ¿Quiere usted que me ponga las medias azules… y…? ¿Eh? ¿eh?

MARCIANA. Señora marquesa, lo que usted haga está bien hecho. ¡Vamos! ¿Qué voy a decir yo? ¡Consultarme a mí!…

MARQUESA. Es usted su madre, Marciana.

MARCIANA. Su segunda madre es usted. Pero sí la debo prevenir a la señora que no extrañe si la Juanita sale con alguna pata de gallo.

MARQUESA. No saldrá.

MARCIANA. No se fíe usted. La Juanita es de estudio, como dice mi hermano Rómulo. Es de estudio.

MARQUESA. De estudio, ¿eh?

MARCIANA. Y en este particular de los noviazgos tiene un cerrojito en la frente. Lo corre… y ¡vaya usted a averiguar lo que allí dentro pasa!

MARQUESA. Bueno es saberlo, sí… Un cerrojito… un cerrojito…

MARCIANA. Es muy voluntariosa, y no se aviene, como otras chicas, a razones de nadie, sino a su gusto. Con muy buenas palabras planta a un archipámpano si no le peta. Eso sí: del último *cerrojazo* que dió me alegro yo ahora; ni que decir tiene; porque una proporción como ésta…

MARQUESA. No, no es despreciable. La parejita sería cabal.

MARCIANA. Pues en sus manos de usted queda el pandero… Yo bendigo la hora en que la Juanita pisó esta casa. ¿Qué más he de decirla a usted?

MARQUESA. Bueno, bueno; pues a ver si yo le pongo el cascabel al gato. Ea, y váyase usted ya, que me está dando pena y envidia verla sudar de esa manera… ¡Je!

MARCIANA. Como una/no está hecha más que al braserito…

MARQUESA. Anda, anda con Dios. Y ya procuraré tenerte al corriente…

MARCIANA. Muchísimas gracias por todo, señora marquesa. Dios le premie a usted lo que hace por mi hija.

MARQUESA. Por ahí, por la biblioteca; por donde has venido…

MARCIANA. Ya, ya sé. Buenas tardes, señora marquesa Buenas tardes. Muchísimas gracias, muchísimas gracias…

Se va muy contenta, y un si es no es aturdida, y soñando con respirar el aire fresco de la calle.

MARQUESA. Adiós, adiós… ¡Pobre mujer! ¡Qué sofoquina lleva! En cambio yo… ¡Dichoso mes de las castañas! ¡Qué frío viene siempre!… *Aproximándose a la lumbre.* ¡Vaya con Juanita! De estudio, de estudio, como dice su tío…

Vuelve por la biblioteca Pipiola.

PIPIOLA. ¿Qué le ha dado usted a mi madre, que va tan oronda, y me ha pedido que no sea casquivana y que le haga a usted caso?

MARQUESA. ¡Ah! Es un secreto entre tu madre y yo.

PIPIOLA. ¿Sí? ¡Y yo!

MARQUESA. ¿Y tú? Pues tú, ¿qué sabes?

PIPIOLA. Más que el perito agrónomo.

MARQUESA. ¡Anda con ésa! ¿He soñado en voz alta, niña? Pipiola. No, señora; se lo ha contado usted a don Félix. Marquesa. ¡Ah, soplón! Bueno, ya hablaremos despacio. Pero no eches el cerrojito.

PIPIOLA. ¿Eh?

MARQUESA. Yo me entiendo. Ahora voy a ver si aún queda un rayito de sol en la galería.

Se marcha por la puerta del foro.

PIPIOLA. ¡Pobre señora! ¡Cuánto le debo a su bondad!… ¡Y siempre haciendo castillos en el aire llevada de lo que me quiere!… Dios se lo pague. *De improviso siente hacia la derecha una voz amiga. Al oírla se estremece. No sabe si irse o si quedarse; su ánimo vacila, asaltado por íntimo júbilo y extraño temor. Tiembla, sonríe… El corazón le salta en el pecho,* ¿Eh? ¿Quién habla? ¡Ahí está!

Sale don Félix de la biblioteca.

DON FÉLIX. ¿Monologueamos, Pipiola?

PIPIOLA. ¡Don Félix! ¡Ahí está!

DON FÉLIX. ¿Quién, nena?

PIPIOLA. ¡Alejandro!

DON FÉLIX. ¿El duquesito?

PIPIOLA. ¿No lo oye usted?

DON FÉLIX. Sí, sí por cierto.

PIPIOLA. ¡Cómo no me engañaba yo!

DON FÉLIX. *Para sí.* ¡Y cómo lo ha olido la otra pájara! Voy a recibirlo. *Vase por la puerta de la derecha.*

PIPIOLA. Pero ¿quién lo entretiene? *Maquinalmente se arregla los cabellos.* ¿Adónde vas, tonta?… ¿No lo esperabas?… ¿Por qué no entra ya?… ¿Qué hace?…

Tras una breve pausa, aparece por la puerta de la derecha Alejandro. Don Félix lo sigue, satisfecho. Alejandro, al ver a Pipiola, corre a ella y le estrecha las manos con emoción.

ALEJANDRO. ¡Pipiola!

PIPIOLA. ¡Alejandro!

DON FÉLIX. ¡Él era, él era!…

PIPIOLA. ¿Ve usted como era él? ¡Qué bueno estás! ¡Qué bien te has puesto! ¡Pareces otro, otro!…

DON FÉLIX. ¡Otro, otro enteramente!

ALEJANDRO. Sí que me siento bien; muy bien. Más fuerte que nunca.

DON FÉLIX. *Con cierta nostalgia.*

> «¡Juventud, divino tesoro!…».

PIPIOLA. ¿Quién conoce al espectro aquél? ¿Eh, don Félix?

DON FÉLIX. Gracias… a las gracias.

ALEJANDRO. ¿Y mi madrina?

DON FÉLIX. ¿Pepita?

ALEJANDRO. Sí.

DON FÉLIX. En el oratorio seguramente. ¿La llamo?

ALEJANDRO. ¡Sí! *Deja sobre la mesa sombrero y guantes.*

PIPIOLA. No… no la llame usted, don Félix… Yo acompañaré a Alejandro mientras ella reza… Ya sabe usted que no le gusta que se la distraiga de sus devociones… Además. Alejandro y yo tenemos que hablar muchas cosas… ¿Verdad, resucitado?

ALEJANDRO. ¡Digo! ¡Ya lo creo!…

DON FÉLIX. Bien… bien… pues los dejo a ustedes, ¡qué demonio! El onceno… ¿eh?

ALEJANDRO. Usted no estorba nunca, don Félix. ¿Da mucho que hacer la secretaría?

DON FÉLIX. Hijo, como yo a mi vez tengo secretario, ¡figúrate!… Tú sabes bien, Alejandrillo, que secretaría y biblioteca no son para mí sino la

túnica decorosa que encubre mi penuria presente…

ALEJANDRO. Modestia y humildad de usted.

Pipiola no puede disimular su impaciencia.

DON FÉLIX. ¡Bibliotecario yo!

ALEJANDRO. ¿Por qué no, don Félix?

DON FÉLIX. ¡Bibliotecario yo, que he mirado siempre los libros con tan supersticioso respeto! ¡Ay!… Mis libros de estudio han sido otros… rosados… suaves… de varia y sabrosa lectura… ¡Y qué caritas me salieron algunas encuadernaciones!… En fin, Pipiola está impaciente por charlar contigo. Hasta luego, hasta luego.

ALEJANDRO. Vaya usted con Dios.

Éntrase don Félix en la biblioteca.

Pipiola y Alejandro se miran atentamente, sonriéndose.

PIPIOLA. ¡Me parece mentira esto!

ALEJANDRO. A mí me parece una verdad muy grata.

PIPIOLA. Eso no es que lo parece, sino que lo es.

ALEJANDRO. Tú también has cambiado, Pipiola.

PIPIOLA. ¿Para mejorar?

ALEJANDRO. ¡Quién lo duda!

PIPIOLA. *Batiendo palmas.* ¡Ole! ¡ole!

ALEJANDRO. ¿Sigues contenta aquí?

PIPIOLA. Más cada día. Esta madrina tuya es de oro. Me quiere mucho. Siempre quiere tenerme a su lado.

ALEJANDRO. Es muy buena Pepita.

PIPIOLA. Marquesa de verdad; que hay algunos títulos de pega. ¡Cómo se aprende a ser señora en su compañía!

ALEJANDRO. ¡Y lo que es frío no lo pasarás nunca!

PIPIOLA. ¡Nunca!

ALEJANDRO. Se gana el cielo en esta casa.

PIPIOLA. Eso le digo yo.

Silencio. Pipiola espera de su amigo palabras elusivas.

Alejandro. *Contemplándola.* ¡Pipiola… Pipiolilla!… Tenía muchas ganas de verte.

Pipiola. ¿Sí? ¿Cuándo has llegado?

Alejandro. Anoche. ¿Querrás creer que en el camino me puse a recordar tu cara y no pude? ¡No acertaba a representarte en mi memoria!

Pipiola. ¡Qué raro, oye!

Alejandro. ¿Te hace gracia?

Pipiola. Maldita.

Alejandro. *Riendo a boca llena hasta contagiar a Pipiola.* ¡Ja, ja, ja!

Pipiola. Siéntate.

Alejandro. ¿Qué más da? Deja.

Pipiola. Has de saber que te he presentido.

Alejandro. ¿Cuándo?

Pipiola. Esta mañana.

Alejandro. ¿Telepatía?

Pipiola. ¿Qué? Siempre te gusta desconcertarme con palabras nuevas.

Alejandro. No, mujer. Ni es nueva la telepatía. Con esa palabra se expresa la misteriosa comunicación que existe a veces entre almas lejanas.

Pipiola. ¿Qué me cuentas? Ya sospechaba yo que eso tenía que llamarse de algún modo. ¡Y vaya una temporadita de telepatía la que llevo yo!… Telepatía… Es bonito.

Alejandro. ¿Te ha gustado?

Pipiola. Sí. Pues es verdad que te presentí esta mañana y esta tarde, por un fenómeno, adquirí la seguridad de que hoy vendrías a verme… A vernos.

Alejandro. ¿Qué fenómeno?

Pipiola. Un cometa: una estrella de rabo.

Alejandro. No sé…

Pipiola. Ni falta. ¿Qué te han dicho tus padres de mí?

Alejandro. Mucho y bueno.

Pipiola. ¿De veras? ¡Qué alegría!

Alejandro. Están que no saben dónde ponerte.

Pipiola. A mí me faltó tiempo para ir a verlos en cuanto llegaron. Me dió tu madre un beso de cinco minutos. No se me olvidará. A tu padre lo he encontrado muy viejo.

Alejandro. No te creas: se conserva fuerte. Son las barbas blancas las que lo envejecen al parecer.

Pipiola. Más vale así. Ah, mira. *Le muestra los pendientes que lleva.* ¿Conoces esto?

Alejandro. ¿Las orejas?

Pipiola. El adorno.

Alejandro. ¿Regalo de mi madre, quizás?

Pipiola. Algo más que regalo.

Alejandro. ¿Por qué?

Pipiola. Porque eran suyos. *Un punto de silencio.* Yo no quise tomarlos, ¿sabes?… Pero ella se empeñó… ¡y valían tanto para mí!… No me los quito. ¡Lo que lloró!… ¡lo que lloramos juntas!… ¡Y qué sano es llorar de alegría!… ¡Ay, el Palacio Viejo!… ¡Cuántas cosas!… ¡Qué historia! Tú y yo, de pequeños, jugando reunidos… deseando los días en que iba mi madre… en que iba mi madre a lavar… Luego, tus males, tus fiebres, tu vida en peligro… yo a tu cabecera… Después, mi visita de hace unos días a tus padres… ¡Cuántas cosas!… Si yo tuviera talento para escribir una novela, la llamaría *El Palacio Viejo*. Tu madre me dijo que nunca más te dejaría solo. ¿En qué estás pensando? ¿No me oyes?

Alejandro. Sí, mujer. Sino que me ha chocado eso de la estrella de rabo que me dijiste antes.

Pipiola. *Con desencanto.* ¡Bah!

Alejandro. ¿Qué cometa es ése?

Pipiola. Si lo llego a saber, no te lo nombro. Uno de ojos inquietos que siempre te persigue.

Alejandro. Ya, vamos. ¿Ha venido, quizás?

PIPIOLA. No hace un cuarto de hora.

ALEJANDRO. Pero esa mujer…

PIPIOLA. Es tu heraldo, hijo mío. O tu sombra, si te gusta más.

ALEJANDRO. Tanto como mi sombra…

PIPIOLA. Hoy la he hecho rabiar un poquitillo.

ALEJANDRO. ¿Tú? ¿Por qué?

PIPIOLA. Venganzas.

ALEJANDRO. ¿Y qué tienes tú que vengar de ella?

PIPIOLA. *Turbándose.* Hombre… cuentas pasadas… Alguna vez me ha querido humillar. Aquí la tendrás a tomar el té dentro de un rato.

ALEJANDRO. ¡No!

PIPIOLA. Sí, sí. Podrás darte el gusto de verla, si quieres.

ALEJANDRO. ¡Al contrario! Te agradezco el aviso. No me echará la vista encima. Y me alegro de que la casa tenga dos puertas.

PIPIOLA. *Con mal disimulado interés.* ¿Te ha escrito a Córdoba?

ALEJANDRO. Sólo un par de veces…

PIPIOLA. ¿Nada más?

ALEJANDRO. Nada más.

PIPIOLA. ¡Basta que tú lo digas!

ALEJANDRO. Mira, vamos a dejar esta conversación.

PIPIOLA. Yo no la he buscado.

ALEJANDRO. *Después de observar a Pipiola.* Pues sí, Juanita; la verdad: me ha escrito Nina varias veces.

PIPIOLA. No tienes que jurármelo. ¿Y te ha hablado alguna de ellas de mí?

ALEJANDRO. ¡No!

PIPIOLA. ¿Me desprecia? ¿Ni siquiera me agradece lo que hice por tu vida?…

ALEJANDRO. No; no es eso… Digo, yo no sé… *Intencionadamente.* Cuando más me ha escrito ha sido a última hora… con motivo de mis

supuestos amores con la hija menor de los Villasolanos: con Margarita.

PIPIOLA. *Inmutada.* ¿Ah, sí?

ALEJANDRO. *Sin dejar de observarla.* Sí… No hay nada cierto… es claro… No niego yo que rodando los días pueda haberlo… La muchacha es muy de mi gusto… Pero hasta ahora sólo se trata de una aproximación de las dos familias… Y la gente, que está deseando ocuparse siempre de los demás… Sólo que yo, en nada, y menos en eso, obedezco a impulsos extraños… Tú me conoces: me gusta ser dueño de mí: responder a mis reflexiones y a mi corazón… y no a los ajenos. No me dejo dominar por nada…

PIPIOLA. *Con sentimiento.* Por nada…

ALEJANDRO. Ni por nadie.

PIPIOLA. *Sin voz apenas.* Ni por nadie…

ALEJANDRO. Algunas veces pienso que yo tal vez no me case nunca.

PIPIOLA. *Un poco despechada.* Mira: así complacerás a tu amiga. No desea otra cosa. Y quizás tú, sin darte cuenta, y tan dueño como presumes ahora ser de ti, obedeces a ese deseo. ¡Bien hice en llamarla cometa! ¡Cómo influye en tu vida!

ALEJANDRO. *Bromeando.* ¿En mi vida, muchacha? ¡Pero qué seria te has puesto de pronto!

PIPIOLA. En tu vida, sí; te la pasas analizándote… y equivocándote.

ALEJANDRO. Analizándome… equivocándome… ¡Qué lenguaje! ¿Estoy hablando con Pipiola? ¿Es ésta Pipiola?

PIPIOLA. *Reprimiendo sus lágrimas.* Pipiola, sí… que será flor de tierra humilde… pero te quiere mucho.

ALEJANDRO. *Levemente desconcertado.* Tonta, si ya lo sé… ¿A quién se lo dices? *Extremando el tono afectuoso.* Pero desecha tus temores, chiquilla… No causará mi perdición esa mujer. Ya ves, me importa tanto… que me voy a París mañana.

PIPIOLA. ¿Qué te vas a París?

ALEJANDRO. Mañana.

PIPIOLA. ¿Solo?

Alejandro. ¡Qué disparate! Mis padres van conmigo.

Pipiola. ¿Y tal vez los Villasolanos?

Alejandro. Creo que sí: que irán a pasar una temporada.

Pipiola. *Con gravedad.* Pronto nos dejas, hombre.

Alejandro. ¡Psché!…

Pipiola. ¡Con la ilusión con que yo te aguardaba!

Alejandro. Y hacías bien. Tú no sabes cómo yo te quiero, Pipiola; qué índole de afecto me liga a ti… Yo lo desconocía. Creo que ha nacido para nosotros dos. No es ni cariño de hermano, ni amistad de amigo, ni amor de hombre, ni culto a lo que fué, ni gratitud reciente… Es un sentimiento singular que de todos esos participa, sin ser ninguno enteramente ni el conjunto de todos ellos… Lo he sentido llenarme el corazón después del sacrificio heroico que te llevó a mi alcoba de enfermo, Pipiola… Yo quisiera que tú lo comprendieses; que tú lo estimases en su esencia…

Pipiola. *Llorando para sus adentros.* Lo entiendo, señor duque; lo entiendo sin trabajo ninguno. ¡Es tan sencillo, con parecerte a ti tan extraordinario!… Yo también, por mi parte, me siento ligada a ti desde aquellos días por un afecto que no es el de siempre; por un sentimiento… nuevo también en mi corazón, que nada sabía de él hasta ahora tan viejo como el mundo…

Alejandro. ¿Qué?

Pipiola. Señor duquesito de Olmeda, voy a anunciarle a mi señora la marquesa María su llegada de usted.

Alejandro. Pipiola, no seas niña: no me hables así. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Pipiola. Pues ¿cómo quieres que te hable?

Alejandro. Como antes me has hablado; como siempre.

Pipiola. Pues te diré entonces lo mismo que al llegar te dije: que me pareces otro… otro… *Vase por la puerta del foro, ocultando su emoción y sus lágrimas.*

Alejandro. ¡Pipiola! *La va a seguir y se detiene contrariado y confuso.* ¡Dios me valga!… Debí temer esto; debí sospecharlo… debí

prevenirlo, sobre todo… Se transparentaba en sus cartas este sentimiento… *Pasea desasosegado; se sienta; se levanta.* ¡Pobre criatura! ¡Qué ilusiones!… ¡Yo tengo más culpa que nadie!… ¿Y ha de ser a mí a quien deba su desencanto y sus lágrimas?… ¡Pobre Pipiola! No no… volveré a hablar con ella… hablaré también con mi madrina… *Mirando hacia la puerta de la derecha.* ¿Quién? *Viendo a Nina, que aparece por ella en este momento.* ¡Ah! *Reprime un movimiento de disgusto.*

NINA. ¡Hombre! ¡Ya quiso Dios! *Ávidamente recorre la estancia con la vista.* ¿Estás solo?

ALEJANDRO. No.

NINA. ¿No?

ALEJANDRO. Hay una persona aquí junto.

NINA. Pues que se tape los oídos.

ALEJANDRO. ¡Condesa!

NINA. ¡Condesa!…

ALEJANDRO. Por Dios, Nina, sea usted prudente aquí.

NINA. ¡Sea usted prudente!… ¡Miren qué comedido y qué discreto ha salido de su enfermedad!

ALEJANDRO. Nunca fuí de otro modo. *Asómase inquieto a una y a otra puerta.* No hay por qué publicar lo que a ninguno de los dos nos honra.

NINA. Ni yo pretendo publicarlo. Pero si sueño con verte y hablarte hace tanto tiempo, y te hallo aquí, no hay consideración que me detenga. Ya ves cómo no he necesitado que me digas que pasas por Madrid para dar contigo.

ALEJANDRO. Ya, ya lo veo.

NINA. Era lógico pensar que aquí te hallaría.

ALEJANDRO. ¿Por qué era lógico?

NINA. ¿Habías tú, tan agradecido y tan caballeroso, de no venir primero que a nada a besarle las blancas manos a tu Santa Isabel?

ALEJANDRO. No quieras burlarte de quien merece la estimación y el cariño de todos.

NINA. ¡Ave María! ¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Cuidar a un enfermo!… ¡Cualquier mujer hubiese hecho lo mismo!

ALEJANDRO. El caso es que quien lo hizo fué ella.

NINA. ¡Cien veces lo hubiera hecho yo, a no estar atada de pies y manos!

ALEJANDRO. Pues porque te sujetan esas ligaduras es por lo que debes callar. A lo menos aquí.

NINA. ¿Y quién me responde a mí de verte luego, si hace ya un año que me huyes?

ALEJANDRO. Hace ya un año que puse fin a esta loca aventura.

NINA. Que quisiste ponérselo.

ALEJANDRO. No; que se lo puse.

NINA. ¡Ca! ¡Te engañas! ¡Mientras yo viva, no! Es muy cómodo, Alejandro, querer dejar cuando conviene, o por cansancio o por hastío, lo que se persiguió como un sueño de dicha, y tachar ahora de criminal y deshonroso lo que entonces parecía lícito y disculpable. ¡No! ¡no!

ALEJANDRO. ¡Calla! ¿Es ocasión ésta… es sitio éste…?

NINA. ¡Para mí cualquier sitio es bueno! Y éste, quizás, mejor que ningún otro.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

NINA. ¡Tú sabes por qué!

ALEJANDRO. ¡No delires!

NINA. Pues júrame que hemos de vernos antes de tu marcha a París.

ALEJANDRO. ¿Para qué?

NINA. ¿Para qué? ¡Después de esa pregunta, soy yo quien te jura que no te irás sin verme!

ALEJANDRO. Por Dios, Nina… estás fuera de ti… ¿Qué locura es ésta?

NINA. *Conmoviéndose.* ¡La de una mujer que defiende la felicidad de su vida! ¡Ésa es esta locura!

ALEJANDRO. No llores, por Dios… cálmate… Va a venir Pepita… Cálmate.

NINA. Prométeme que nos veremos mañana.

ALEJANDRO. No.

NINA. Sí.

ALEJANDRO. ¿A qué repetir otra vez la misma escena?

NINA. No será la misma: será otra.

ALEJANDRO. En el fondo será la misma… ¡La renovación del mismo tormento!

NINA. ¡Aunque así sea!… ¡Necesito verte… estar contigo!… No seas implacable, Alejandro… Dame una hora para los dos.

ALEJANDRO. ¡Una hora arrastra muchas!

NINA. ¡Ojalá! Espera mi carta.

ALEJANDRO. *Conformándose.* Bueno, mujer; bueno.

NINA. ¿Irás donde te diga?

ALEJANDRO. Iré.

NINA. ¿Palabra de honor?

ALEJANDRO. *Con ironía.* ¡Palabra de honor!

NINA. Entonces…

ALEJANDRO. Silencio.

Vuelve por la puerta del foro Pipiola, quien al ver a Nina palidece. Nina, a su vez, no resiste con serenidad la presencia de la muchacha.

PIPIOLA. ¡Ah! Señora… *Dirigiéndose a Alejandro.* Ahora sale la señora marquesa.

ALEJANDRO. Pues, mira, me vas a disculpar con ella ¿sabes? *Coge los guantes y el sombrero.*

PIPIOLA. ¿Cómo?

NINA. ¿Se va usted?

PIPIOLA. ¿Te vas?

ALEJANDRO. Sí…

PIPIOLA. Viene en seguida.

ALEJANDRO. No obstante… me he detenido mucho… Dile que me perdone… que mañana volveré con más tiempo…

PIPIOLA. ¿Mañana? ¿No te ibas a París?

ALEJANDRO. Aunque así sea… Eso no quita… Dile también que tengo que hablarle largamente.

PIPIOLA. Va a sentir que te marches sin verla, Alejandro; va a enfadarse…

ALEJANDRO. Sé tú mi defensora.

PIPIOLA. Bien.

ALEJANDRO. Háblale de cuanto hemos hablado. Adiós; hasta mañana.

PIPIOLA. Hasta mañana.

ALEJANDRO. Adiós, condesa. A los pies de usted.

NINA. Adiós, Alejandro.

PIPIOLA. ¿Por dónde te vas?

ALEJANDRO. Por aquí… Saldré por el jardín. Conozco bien la casa. *Márchase por la biblioteca.*

Pipiola y Nina cruzan una mirada.

NINA. *A Pipiola, con impertinente sequedad.* Pues va de encargos. Dígale usted a la señora de parte mía, que me excuse de tomar esta tarde el té con ella; que ya le explicaré el motivo. *Le vuelve la espalda y se va por la puerta de la derecha.*

PIPIOLA. Bien, señora. Se lo diré con mucho gusto. *Asómase a la biblioteca llena de recelos.* Se marchan los dos… ¡Y yo que le agradecía que se fuera estando ella aquí!… ¿Se habrían citado en esta casa?… No; eso no…

Sale por la puerta del foro la marquesa.

MARQUESA. ¿Alejandro?

PIPIOLA. Acaba de marcharse, señora.

MARQUESA. ¿Qué oigo? ¿Sin verme?

PIPIOLA. Escuche usted. Me ha encargado que le diga a usted que lo perdone; que mañana volverá despacio.

MARQUESA. ¡Cosa más extraña!

PIPIOLA. Sospecho que le contrarió que lo hallara aquí la señora condesa.

MARQUESA. Pero ¿ha estado ya la condesa otra vez?

PIPIOLA. Y también desea que usted la disculpe. No puede tomar el té con la señora.

MARQUESA. ¡Oh!… ¿Qué es esto?… ¡Me abandonan todos como un trasto inútil!… ¿Ves de lo que siempre me quejo, Juanita? Ya no me quiere nadie; nadie… ¡Vamos, que irse ese tunante sin darme un abrazo!…

PIPIOLA. Mañana le ajusta usted las cuentas.

MARQUESA. Pero ¿tú crees que vuelve mañana?

PIPIOLA. ¿No ha de volver?

MARQUESA. No vuelve; no vuelve… Ya no me quiere nadie; nadie… Soy una estantigua… una momia… Ya no me quiere nadie…

PIPIOLA. Alguien la quiere a usted todavía.

MARQUESA. ¿Tú?

PIPIOLA. Yo.

MARQUESA. Por lo menos eres muy zalamera. Y mira tú lo que son las cosas: ahora casi celebro que nos hayan dejado solitos esos dos… *Bajando la voz con mucha gracia*, ¡golfos!… Tal para cual. Él es un pica en todo… tú lo sabes, y ella… ¡ella es muy verde; mucho! Conque vamos a hablar tú y yo de lo que nos importa.

PIPIOLA. ¿De qué?

MARQUESA. De lo que nos importa. Siéntate, siéntate. No te hagas la disimulada, que esto no es ya para ti ninguna sorpresa. *Pipiola no acierta a velar la gran tristeza que inunda su alma.* ¿Qué cara es ésa, niña? Alegra esa cara; no me pongas gesto de pésame. Y oye. Ya estoy de acuerdo con tu madre. Aquel muchacho a quien te presenté el otro día… *Pipiola baja los ojos llenos de lágrimas.* Pero qué, ¿lloras?… Sí; lloras… ¿Qué tienes, nena?

PIPIOLA. Señora marquesa… protectora mía… madre mía… yo voy a confesarme con usted.

MARQUESA. ¿Qué dices?

PIPIOLA. Yo necesito que usted sepa lo que me pasa. Pero no se incomode usted conmigo ni me riña: óigame primero.

Marquesa. Me asustas, Juanita; me asustas.

Pipiola. No, no se asuste; lo que quiero es que no me riña ni me tome por loca.

Marquesa. A ver… dime; que ya estoy en ascuas.

Pipiola. Yo le agradezco a usted sus propósitos sobre mi porvenir, que tanto me hablan de su cariño…

Marquesa. ¡Adiós! ¿Echaste el cerrojito famoso?

Pipiola. Óigame usted. Yo no olvidaré nunca su voluntad, su interés de madre; pero no puedo obedecerla.

Marquesa. ¿Por qué?

Pipiola. Porque quiero a otro hombre.

Marquesa. Ya. Nada me habías dicho hasta ahora.

Pipiola. Nada. Ni a nadie. Ni a él.

Marquesa. Eso es más extraño. Pero, en fin, veamos… Muy importante es que a ti te guste; pero no lo es menos que te merezca, como el mío. ¿Lo conozco yo?

Pipiola. Sí, señora.

Marquesa. ¿Quién es? *Pipiola calla.* ¿Quién es?

Pipiola. *Temblándole el rubor en las mejillas.* Alejandro.

Marquesa. *Estupefacta.* ¿Mi ahijado?

Pipiola. Sí, señora.

Marquesa. ¿El hijo de los duques de Olmeda?

Pipiola. Ése.

Marquesa. Pero… pero… ¿pero tú has perdido el juicio, criatura?

Pipiola. Perdóneme usted.

La marquesa se levanta alterada, llena de contrariedad y disgusto.

Marquesa. ¡Jesús, qué disparate! ¡En mi vida he oído otro disparate! ¡Vaya, vaya!… ¿Por qué no picaste más alto, hija mía? ¿Tú sabes quién es él? ¿Y tú sabes quién eres tú, infeliz? ¡Vaya! ¡Hasta los gatos quieren zapatos! Mi protección bondadosa te ha desvanecido… te ha llenado la cabeza de humo… Dale salida, niña; dale salida… Destapa esa chimenea, por

el amor de Dios… ¡Jesús! ¡Jesús! No vuelvo de mi asombro… Ya, ya voy entendiendo todo tu heroísmo de curandera…

PIPIOLA. *Irguiéndose con dignidad.* Le suplico a usted que no piense eso.

MARQUESA. ¿Te escuece?

PIPIOLA. Me ofende, señora; que no es lo mismo.

MARQUESA. ¿Hola, la niña?

PIPIOLA. Temí todo esto, y empecé por suplicarle a usted que no me tomara por loca. Le ruego que me escuche hasta el fin.

MARQUESA. Bueno; te escucharé… no me opongo… Como el que oye un cuento de disparates… Tú sabes que me gustan… ¡Vaya, vaya!…

PIPIOLA. A la alcoba de Alejandro enfermo me llevó el cariño de hermanos que desde niños había entre nosotros. Cuando todos huían de su cabecera, temerosos de contagiarse del mal que lo abrasaba, que era mal de muerte, acudí yo. No bastaron a contenerme ni ruegos de mi madre, ni reflexiones, ni amenazas, ni conveniencias. Sacrifiqué mi vida, mi pudor, mi fama de mujer honrada… ¡Pero mi hermano el señorito se moría! ¡Mi hermano! ¿Lo oye usted? ¡Mi hermano! Cuando se dió cuenta de que yo velaba al lado suyo, le oí murmurar: «Ya no me muero solo». Y me miró… como hubiera mirado a su madre, que estaba tan lejos.

MARQUESA. Sí, sí; si ya lo sé; si conozco toda la historia; si por ella te traje a mi casa; si yo soy la primera que se hace lenguas… Pero bien está, bien está ahí… Basta, basta… quieto el campanario. Lo mismo que tú hiciste, pudo hacerlo una hermana de la Caridad: Sor Juana de los Apóstoles, a quien yo mandé…

PIPIOLA. ¡No, señora!

MARQUESA. ¿Qué no? ¡Qué amor propio!

PIPIOLA. Sor Juana de los Apóstoles habría obedecido exactamente, escrupulosamente los mandatos del médico; pero quitarle la fiebre a Alejandro, no con medicinas, sino con la fuerza del deseo de que viviera, sólo yo. Y no descansar, no dormir un instante, por el temor de que durante el sueño llegase la muerte, sólo yo.

MARQUESA. Hija mía, si vieras qué mal suena la alabanza de las propias acciones… ¿Ni qué tiene que ver todo eso con el amor de que me has hablado?

PIPIOLA. ¿No ha de tener que ver, señora, si ahí están sus raíces? Alejandro, más de una vez, volviendo los ojos llenos de gratitud hacia mí, me dijo: «Pipiola, eres mi hermana». Pero hubo un día, señora marquesa, en que, acariciándome los cabellos con la mano, me dijo: «Pipiola, eres mi esposa».

MARQUESA. ¡Su esposa!

PIPIOLA. Y me miró de un modo, que mientras yo viva tendré aquellos ojos delante. Así nació este amor. Desde entonces fuimos dos los enfermos; dos los que en la alcoba delirábamos. Una noche, en el insomnio de la calentura, me pidió un beso y se lo di. ¡Se lo di sin miedo a la muerte, que estaba en su boca!

MARQUESA. ¿Y qué? ¿Y qué? ¿En un beso pedido y dado con esa inconsciencia enfermiza te atreves a fundar tus quimeras?

PIPIOLA. ¿Mis quimeras?

MARQUESA. ¡Tus quimeras! Pues ¿cómo quieres que las llame?

PIPIOLA. *Rindiéndose momentáneamente, a pesar suyo.* ¡Ay! ¡Es verdad! ¡Mis quimeras! ¡Las ha llamado usted por su nombre! Él deliró unos días… y yo he seguido delirando después. Hoy lo he visto. Esta tarde lo he visto.

MARQUESA. ¡Claro!

PIPIOLA. Llegó Alejandro… ¡Mi alma lo esperaba con una fe!… Pero, ¡ay!, su alegría al verme, ¡qué distinta de la de mi ilusión!

MARQUESA. Claro, claro… Y el muchacho ¿se ha dado cuenta de ello?…

PIPIOLA. Sí…

MARQUESA. Y, naturalmente, como es bueno y te quiere bien, se habrá marchado entristecido… habrá querido alejarse para que te serenes…

PIPIOLA. Quizás…

MARQUESA. ¡Qué drama más en tonto!

PIPIOLA. Pues, sin embargo, señora marquesa, alguna disculpa tengo yo; no todo es delirio en mi delirio. ¡Por algo alentaban hasta hoy mismo mis ilusiones! ¡Por algo vivía mi esperanza! Días pasados, cuando llegaron los señores duques, corrí al Palacio Viejo. A la meseta de la gran escalera salió risueña a recibirme la madre de Alejandro.

MARQUESA. La duquesa.

PIPIOLA. ¡La madre de Alejandro, señora! Subí de un vuelo, me abrió los brazos y me estrechó en ellos… «¡Hija!» —me dijo—. Fué su única palabra.

MARQUESA. ¡Naturalmente!… ¡Hija!… Te llamó hija, una palabra familiar… de cariño… ¿Cuántas veces no te lo llamo yo? Y con lo pasado, y con lo que tú hiciste, que no hay que quitarle su mérito…

PIPIOLA. Pues si la madre apretándome contra su pecho me llama hija, y él en momentos de dolor y de angustia me llama esposa, ¿por qué no he de serlo?

MARQUESA. ¡Bah, bah, bah!… No te ciegues; no te despeñes otra vez. ¿No acabas de decirme tú misma que él está a cien leguas de todo esto?

PIPIOLA. Sí, señora… pero ¡qué sé yo!… ¡qué sé yo!… Él, acaso sin darse cuenta, se me acerca y huye… Él no ha sabido nunca ni adónde va ni lo que quiere… ¿Quién le asegura que lo que fué amistad no ha cambiado también en su pecho? Sólo que lo envuelven y lo acobardan tantas cosas… es tan de todos… Su casa, su nombre, su origen… mi propia humildad… ¡A saber lo que haría si dejara volar libre a su corazón!

MARQUESA. ¡Mira, Juanita, mira; lograrás que me indigne; que me enfade de veras contigo! ¿Qué idea tienes tú, desgraciada, de la sociedad en que vives? ¿Crees tú que no hay más que porque sí inventar un cuento de amor, y cátate a la hija de la lavandera casada con un grande de España? ¿Qué insensatez es ésa? ¿Qué absurdo es ése?

PIPIOLA. ¡No lo sé! ¡Pero mayor insensatez y mayor absurdo se me figuran a mí esas bodas que concierta el azar o la conveniencia, en que falta el amor, y en que no hay más vínculos entre esposa y marido que la nobleza de la sangre o la igualdad de los dineros!

MARQUESA. ¡Juanita!

PIPIOLA. ¡Eso no es grave; eso no es espantoso! ¡Lo tremendo, lo inicuo es que yo, por ser yo, ponga los ojos en un hombre a quien quiero más que a mi vida! ¡Ni tampoco es horrible que haya una mujer casada siguiendo sus pasos, espiando su sombra, alejándolo de nuevos amores, animada por la perversa ilusión de hacerlo enteramente suyo algún día… así que muera quien lo estorba!

MARQUESA. ¡Calla!

PIPIOLA. ¡Hermoso cimiento para la felicidad de una vida!

MARQUESA. ¡Calla! ¡Te mando que calles!

PIPIOLA. ¡No, no! ¡La esposa de Alejandro Olmeda soy yo sola; yo sola! ¡Él me lo llamó cuando no oía más voces que las de su alma y su conciencia! ¡Yo haré que vuelva a oírlas!

MARQUESA. ¡Que calles, te mando!

PIPIOLA. ¡La dicha de ese hombre me pertenece! ¡Es mío! *Conmoviéndose.* ¡Ha querido Dios que nuestras vidas corran juntas!… ¡Si él fuera rey, yo subiría a su trono!… ¡Mi corazón tiene los secretos del suyo!… ¡Sola yo lo quiero… sólo a mi lado será dichoso!… ¡Ay de mí!… *Deshaciéndose en lágrimas.* Perdóneme usted ahora, señora marquesa… perdóneme usted… y luego arrójeme de su casa, si quiere… pero perdóneme… perdóneme… *Se echa en los brazos de la marquesa, que sin querer participa de la emoción de Pipiola.*

MARQUESA. Vamos, vamos… no seas inocente…

Don Félix asoma por la biblioteca con gran asombro y curiosidad.

DON FÉLIX. ¿Qué? ¿Qué es ello?

MARQUESA. Esta tontuela… esta niña… esta Pipiola… *La acaricia maternalmente.*

DON FÉLIX. Sí, sí… algo entreveo… algo me figuro… ¡Pues acaban de llegar por el jardín los padres de Alejandro!

PIPIOLA. ¡Jesús!

MARQUESA. ¡Los padres de Alejandro!… ¡Madre de Dios! ¡Y en este momento! No, no; yo no tengo ahora la cabeza para visitas… y menos para ésa. Recíbeles tú, Pimentel. Luego iré yo, si acaso… Entretenlos hasta que yo

me tranquilice… Diles… diles que estoy en el oratorio… No, no; diles que estoy durmiendo; mejor será, sí… diles que estoy durmiendo…

Don Félix. ¿Y si me preguntan por ella?…

Marquesa. *Acariciándola de nuevo.* Ah, si te preguntan por ella, diles… diles que está soñando.

Don Félix, enternecido, contempla a las dos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo, seis meses después, en el mes de mayo. Es por la tarde.

Don Félix hojea un periódico ilustrado, perezosamente. Sale de la biblioteca Manolita.

MANOLITA. Ya di con usted.

DON FÉLIX. ¿Me buscabas?

MANOLITA. Sí, señor. Quería saber la señora si estaba usted en casa o si había usted salido.

DON FÉLIX. Pues ve y dile que no he salido; pero que no estoy en casa tampoco.

MANOLITA. ¿Y eso?

DON FÉLIX. Porque en cuanto te veo, Manolita, me transporto a un país imaginario.

MANOLITA. ¡Vaya! Siempre con sus cosas, don Félix.

DON FÉLIX. Y tú con las tuyas, primavera. ¿Qué hay por fin del novio?

MANOLITA. Pues que nos arreglamos otra vez.

DON FÉLIX. Lo suponía. Me parece absurdo no arreglarse contigo. Y más aún a principios de mayo.

MANOLITA. Ahí viene la señora.

Sale por la puerta del foro la marquesa.

MARQUESA. De palique, ¿eh? Podía estar aguardándote.

DON FÉLIX. La he entretenido yo, Pepita.

MARQUESA. Ya, ya. *A la doncella.* Anda, anda, vete; no lo encandiles más, que puede ser tu bisabuelo.

DON FÉLIX. ¡Pepita!

Se va Manolita sonriéndose.

MARQUESA. Le das conversación a una caña, con tal que tenga faldas.

DON FÉLIX. ¡Porque puede ser caña dulce!

MARQUESA. Calla, viejo verde. ¿Cuándo te vas a llegar por Juanita?

DON FÉLIX. Cuando venga el coche. Lo he citado a las cinco y media. Además, como esperamos a ese muchachito… a Marianito Aldaz…

MARQUESA. A ese muchachito yo lo recibiré. Tú, en cuanto llegue el coche, te largas por la niña. ¡Ay! Este golpe que me ha dado esa picara me va a quitar del mundo. ¡Qué desengaño! ¡Con lo que yo la quiero!…

DON FÉLIX. Calma, calma, Pepita; calma… No hay que prejuzgar…

MARQUESA. ¿Prejuzgar? Juzgo de los hechos, de lo pasado… ¿Por qué se ha ido de aquí Pipiola? ¿No sabe el sitio que yo le había dado en mi corazón?

DON FÉLIX. ¡Y tanto!

MARQUESA. Pues ¿por qué se ha ido, encerrándose en un silencio absurdo y lastimándome de esta manera?

DON FÉLIX. Ella hablará al fin; pero si ella no habla yo acertaré a deletrear su pensamiento. Tengo una clave muy segura.

MARQUESA. ¿Qué has de tener tú? Te las echas de que conoces a las mujeres… y siempre se han divertido contigo.

DON FÉLIX. Es posible. Quizás nadie conoce, y yo menos que nadie, a las mujeres de que se enamora; pero bien puede conocer a las que enamoran los demás. No es lo mismo estar en el escenario representando, que en las butacas con los gemelitos.

MARQUESA. Ello es que Pipiola, después de aquel delirio suyo, de aquella confesión de su amor imposible, desatinado, loco, habló conmigo

resignada, serena, tranquila; convencida de su insensatez; arrepentida de su desvarío; y aquello pasó como una tormenta, como una mala hora.

Don Félix. O pareció pasar.

Marquesa. Pasó, pasó. No presumas de zahorí ni de lince, que gastas lente. Pasó, pasó.

Don Félix. No lo discuto; pero es posible que haya dado la vuelta. ¿Por qué, si no, se fué Pipiola de esta casa al día siguiente de la fiesta en el Palacio Viejo, donde volvieron a encontrarse ella y Alejandro?

Marquesa. No sé, no sé… Pero ¿quién podía imaginarse?… El otro, con novia, después de los meses de París; Juanita, desimpresionada… Sin embargo, tú recordarás que yo dudé mucho antes de dejarla ir a la tal fiestecita…

Don Félix. Peor hubiera sido impedírselo, dada la invitación de los duques, tan cariñosa, tan halagadora para ella…

Marquesa. Eso me decidió. Hubiera sido quitarle un gusto, un placer muy grande, y hacerla pensar en lo que a ninguno debía pasarnos por la cabeza… ¡Qué disparate!

Don Félix. Y no obstante, querida Pepita…

Marquesa. ¿Qué sucedió aquella noche allí? ¿Qué pudo suceder? Tú dices que Juanita desapareció de los salones lo menos media hora…

Don Félix. Lo menos. Y no logré saber dónde estuvo. Y cuidado que la busqué.

Marquesa. ¿Y Alejandro, mientras…?

Don Félix. Charlando con todas, menos con su novia. Ésta es la verdad.

Marquesa. Ay, ay, ay… *Pausa.* ¿Y no estaremos desorientados, Pimentel, y vendrá de otro lado el viento? ¿Nos sacará de dudas la visita de Marianito Aldaz? ¡Si el cielo lo quisiera!…

Don Félix. No lo creo yo así; pero tampoco me atrevo aún a asegurar nada. Y cuenta que ese chico se enamoró de ella de un modo fulminante. La carta que le ha dirigido a usted solicitando la entrevista bien nos lo demuestra.

MARQUESA. Sí, sí… la carta es casi un explosivo. ¿Y tú lo conceptúas buen muchacho, digno de…?

DON FÉLIX. Excelente. No es posible que no lo sea, siendo tan sincero y tan candoroso. Es de una vehemencia que hace reír.

MARQUESA. ¿Está enterado del humilde origen de Juanita? Porque, aun cuando los Garci-Alares no son de abolengo, de todas maneras…

DON FÉLIX. Tal vez no; tal vez no esté enterado… Ello dirá.

MARQUESA. ¡Ay, Señor! ¡Qué cosas!… ¡qué mundo más revuelto!…

Por la puerta del recibimiento sale un criado y anuncia:

CRIADO. El señor Aldaz, a quien aguarda la señora.

MARQUESA. Ahí lo tenemos ya. Que pase.

Se retira el criado.

DON FÉLIX. Es muy simpatiquillo; usted lo va a ver.

MARQUESA. ¿Y cómo anda de pelaje, de fachita?

DON FÉLIX. Bien, bien… Elegante, fino…

Se presenta Marianito Aldaz, joven que acredita con creces cuanto de él se ha dicho. Habla con mucho fuego, descubriendo siempre el hondo de su alma.

MARIANITO. Marquesa… *Le besa la mano.* ¡Cuánta amabilidad en recibirme!

MARQUESA. ¡Por Dios! Mucho gusto…

MARIANITO. Don Félix…

DON FÉLIX. Hola, Marianín. Siéntate.

MARQUESA. Siéntese a mi lado, amiguito.

La marquesa lo observa con curiosidad. Él está deseando destaparse; pero hay una pausa durante la cual busca inútilmente una frase acertada con que empezar la conversación.

MARIANITO. Hace una hermosa tarde… ¿Cómo no han salido ustedes a dar un paseo?

MARQUESA. Porque lo esperábamos a usted.

MARIANITO. Es verdad. Ya dije la primer tontería.

MARQUESA. No.

MARIANITO. Sí, sí, señora. Discúlpeme usted. Voy a decir muchas. Estoy emocionadísimo, turbado…

DON FÉLIX. Sosiégate, hombre.

MARIANITO. Eso quisiera yo.

DON FÉLIX. La marquesa es toda bondad… te oirá muy complacida… Yo los dejo a ustedes hablar. Hasta luego.

Vase por la puerta del foro.

MARIANITO. Adiós, don Félix. ¿Conoce usted, señora, el objeto de mi visita?…

MARQUESA. Algo, algo se me alcanza; algo me ha dicho Pimentel…

MARIANITO. Siempre tan amable. Bueno, pues… En cuatro palabras. Yo tuve el honor de contarme entre los invitados a la fiesta que hace quince días dieron los duques de Olmeda en el Palacio Viejo. Yo era feliz. Había concluido mi carrera de ingeniero una semana antes, y veía el mundo color de oro y rosa. ¡Por nadie me cambiaba! Sonreían dentro de mí la vida, la fortuna, la juventud, las ilusiones… Era feliz completamente. Y mire usted por dónde, de pronto, en medio del brillo, del esplendor de aquella fiesta inolvidable, surge a mis ojos una mujer desconocida, y todo mi ser se funde repentinamente en esta idea: como no me quiera esa mujer, soy el hombre más desgraciado de este mundo.

MARQUESA. ¡Jesús María! ¡Qué cambio!

MARIANITO. Un cambio radical, marquesa; un cambio absoluto.

MARQUESA. ¿Y ese prodigio de mujer quién era: Pipiola? Marianito. ¿Cómo?

MARQUESA. ¿Juanita? La llamamos familiarmente Pipiola.

MARIANITO. ¡Pipiola! Muy bonito nombre. Yo he de llamárselo también. Pues sí: era Pipiola.

MARQUESA. ¿Y se hizo usted presentar a ella?

MARIANITO. ¡Como que si no me hago presentar en seguida, me muero allí y doy el espectáculo! Me muero… me muero… No es una frase, no. Me acometió un temblor nervioso…

Marquesa. ¿Y quién lo libró a usted de la muerte?

Marianito. ¿Qué?

Marquesa. ¿Quién lo presentó a Pipiola?

Marianito. Alejandro. Se lo supliqué de rodillas. Alejandro, como usted sabrá, es amigo de Juanita desde la infancia…

Marquesa. Sí, sí…

Marianito. ¡La tutea!

Marquesa. ¡Claro!

Marianito. ¡Tutear a esa mujer! ¡Qué ventura! En lugar de decirle: «Siéntese usted, Juanita», decirle: «Juanita, siéntate».

Marquesa. ¡Je!

Marianito. ¿Es muy ridículo lo que he dicho?

Marquesa. No, hijo; nada… Gracioso nada más.

Marianito. Pues bien: hablé con Pipiola; y si su presencia me había cautivado, sus palabras me pusieron grillos y cadenas. Pero ¡qué grillos! De su boca no salían palabras, salían lucecitas… lucecitas blancas y de colores…

Marquesa. ¡Qué entusiasmo!

Marianito. Hubo un momento en que a poco me echo a llorar, marquesa.

Marquesa. ¿Sí? ¿Por qué?

Marianito. ¿Lo cuento?

Marquesa. Cuéntalo, cuéntalo… Ya te he tuteado yo a ti; dispénsame.

Marianito. ¡Por Dios! ¡Si me alegro en el alma! Verá usted lo que me pasó. Me hablaba ella de que, cuando niña, frecuentaba el Palacio Viejo. Yo, incautamente, le pregunté si su madre y la duquesa eran muy amigas.

Marquesa. ¡Oh! ¡Qué plancha!

Marianito. ¡Horrible! ¿Se ha hecho usted cargo ya? Entonces ella, con una sonrisa que era un pedacito de cielo, me declaró su pobre origen… Yo comprendí que había metido la pata y solté en tres minutos todas las sandeces de un mes. No exagero. No daba pie con bola.

Marquesa. ¡Je!

MARIANITO. Pretendí recordar las muchas mujeres históricas que habiendo nacido en cuna humilde conquistaron luego, por sus méritos y virtudes, tronos y aun altares, y no di más que con la Virgen María, que fué costurera.

MARQUESA. Buen ejemplo, bueno…

MARIANITO. En mi vida me he hecho un lío más espantoso. Una majadería tiraba de otra. Pretendí echarlo a broma, y le dije que nuestra madre Eva también fué una mujer modestísima, porque no tenía ni un mal refajo que ponerse… En resumen, que me desacredité para veinte minutos. Pero, por fortuna, con mi azoramiento le di pie a Juanita para que, entre lágrimas de íntimo orgullo, me contase su vida toda. Y le juro a usted que, cuando la oí sentirse ufana de haber nacido en humildes pañales, me subieron lágrimas a los ojos; antes lo he dicho. Aquel rasgo la hacía dos veces admirable para mí. Me habló con pasión de su madre. Me refirió que la bondad de usted la tiene al presente con un tío suyo en una posesión de Salamanca, donde son mitad guardas y mitad administradores.

MARQUESA. Justo, justo.

MARIANITO. Seguimos charlando de su cuna, de su transformación, de su mérito… Animado por su elocuencia comunicativa, le dije entonces lo único de que me quedé satisfecho, porque le descubría lo mejor de mi alma. Le dije que conocía a muchos caballeros que esconden su ascendencia, como pesarosos de venir de muy bajo, los cuales no saben, por lo visto, que el origen de casi todas las aristocracias está en el pueblo. Esto, marquesa, ha llegado a ser en mí una manía. De familia aristocrática soy. Mi hermano Julio, el primogénito, indaga y estudia constantemente, con el afán de hallar en nuestro árbol abuelos magníficos; yo, en cambio me complazco de cuando en cuando en topar con alguno que en sus tiempos labró la tierra.

MARQUESA. ¿Y así se lo dijiste a Juanita?

MARIANITO. Poco más o menos, así. ¿Le parece a usted bien?

MARQUESA. Para dicho a ella, discretísimo.

MARIANITO. Le hizo mucho efecto, y me miró de un modo particular. Por si acaso era lo que yo quería, me atreví a aludirle al tema que más me preocupaba, al de los amores —¡se me antojaba inverosímil que tan linda

mujer no fuese amada ya!— y me arrojé luego a preguntarle concretamente, casi por señas, porque la voz no me respondía, si tenía novio. Respiré tranquilo cuando me contestó que no. Aquella noche no dormí; soñé despierto. A la mañana siguiente la vi cruzar como una mariposa por entre las flores de este jardín. Después… no he vuelto a verla. ¿Dónde está?

Marquesa. Acabó tu cuento y entra el mío. ¡Dónde está! A saber si tú la embrujaste. Porque ello es que, horas después de esa mañana en que la viste en el jardín, me anunció su determinación de dejar mi casa, y la llevó a efecto. Le pedí razones, y no me las dió. Le lloré… y nada consiguió mi llanto. Me dejó… se fué… se fué la ingrata.

Marianito. Pero ¿adónde?

Marquesa. Lo más extravagante; lo más raro. Como su madre no está aquí, se fué a casa de un carcamal a quien ella socorrió en malos días, y que ahora ha heredado unos cuartitos.

Marianito. ¡Cosa más extraña!

Marquesa. Todo es singular en esa criatura.

Marianito. Me he quedado sin pulso, marquesa.

Marquesa. Recóbrate. Tú comprenderás que yo no dejo así las cosas, niño. Pipiola es ya algo mío; más de lo que ella misma pueda pensar; ¡esta casa la ha dejado vacía!… Tengo derecho a inquirir en su vida, a vigilar sus pasos, a velar por ella… Tengo, además, afán de hacerlo, porque mi viejo corazón la necesita… La necesita, la necesita…

Marianito. ¿Y va usted a hablarle?

Marquesa. Luego; dentro de un rato. Félix irá a buscarla de orden mía. Ya ella está conforme en venir.

Marianito. ¡Qué suerte! ¿Y podré yo verla?

Marquesa. Tú, mejor mañana. Así que yo la entere… así que le arranque el secreto de esta descabellada resolución… y así que logre disuadirla de ella. Mira, vente a almorzar mañana aquí.

Marianito. ¡Marquesa!

Marquesa. ¿Qué?

Marianito. ¿Cómo pagarle a usted lo que hace conmigo?

Marquesa. ¿Cómo? Muy sencillo muy fácil. Conquistándome a Pipiola para ese amor tuyo, tan simpático.

Marianito. ¡Ay, marquesa! ¡Qué más quisiera yo que pagarle así! ¡Vaya un sacrificio!

Marquesa. Te voy a enseñar una cosa.

Marianito. ¿Qué?

Marquesa. *Mostrándole una pequeña fotografía que hay sobre la mesa en un marquito.* Fíjate. ¿La conoces?

Marianito. ¿Es ella? ¿Es Juanita?

Marquesa. De tres años. Su madre me lo regaló.

Marianito. ¡Está graciosísima! ¡Qué graciosa está! ¡Caramba! ¡Le iba a dar un beso!

Marquesa. ¡Dáselo!… A esa edad…

Marianito. Sí; pero…

Marquesa. Pero ¿qué?

Marianito. Nada. Iba a decir la tontería mayor de la tarde. ¡Está saladísima en el retrato! *Lo deja.* Y no molesto más. Hasta mañana entonces, ¿no?

Marquesa. Sí; hasta mañana.

Marianito. ¿A la una?

Marquesa. A la una y media.

Marianito. ¡La voy a venerar a usted!

Vuelve don Félix por donde se marchó.

Don Félix. Pepita.

Marquesa. ¿Todavía estás aquí?

Don Félix. Sí; aún no es la hora. La Valdelara la aguarda a usted en la galería.

Marquesa. ¿La Valdelara? Voy a verla. Despide tú a este enamorado galán. ¡Je! Hasta mañana, don… don Romeo.

Marianito. Hasta mañana. ¡Obligadísimo!

Se va la marquesa por la puerta del foro.

DON FÉLIX. Vuelves mañana, ¿eh?

MARIANITO. Sí, señor; ¡a almorzar!

DON FÉLIX. ¿Hola?

MARIANITO. ¡No probaré bocado! Los nervios… ¿Chaqué o americana?

DON FÉLIX. Americana, americana…

MARIANITO. ¿Estará ella?

DON FÉLIX. Eso no ha nacido profeta que lo profetice.

MARIANITO. Y usted que tanto la conoce, ¿qué me augura? No me mire usted con esos ojos, don Félix.

DON FÉLIX. ¡Ay, Marianín! El corazón late en nuestro pecho para sonar en otro…

MARIANITO. ¡Gran verdad!

DON FÉLIX. Pero pocas veces logra oírse.

MARIANITO. ¿Por qué lo dice usted? ¡Ese pesimismo me aniquila! ¡me desploma!

DON FÉLIX. No seas tan vehemente.

MARIANITO. ¿Tengo algún rival? ¿Sabe usted si la quiere otro hombre?…

DON FÉLIX. Sospecho de uno.

MARIANITO. ¡Maldita sea mi estampa! ¡La suya!

DON FÉLIX. Mañana te diré algo más preciso durante el almuerzo.

MARIANITO. ¿Va usted a adquirir datos hoy mismo?…

DON FÉLIX. Tal vez.

MARIANITO. ¿Cómo?

DON FÉLIX. Sin preguntarle nada a nadie; porque, en amor, todo el mundo miente. ¡Pero no pongas esa cara, chiquillo! ¡A tus años!… ¿Quién dijo rival? ¿Es cobarde? ¡Se le asusta! ¿Es superior? ¡Se le vence! ¿Es preferido? ¡Se le mata! ¡Pues hombre!

MARIANITO. ¡Bravo, don Félix; bravo! ¡Se le mata! Me retiro con esta agradable impresión.

Llega por la puerta de la derecha Alejandro. La presencia de Marianito Aldaz le contraría. Pimentel lo observa.

DON FÉLIX. ¡Caray! ¡Alejandro!

MARIANITO. ¡Alejandro!

ALEJANDRO. Hola, Aldaz. Felices, don Félix. *A Marianito.* ¿Usted por esta casa?

MARIANITO. ¿No le aseguré a usted aquella noche? —¡aquella noche: no hay más noche que aquélla!— ¿no le aseguré a usted que mi vida era ya una idea fija? ¡Pues *voilá*!

ALEJANDRO. Sí, es cierto… sí… ¿Y la marquesa?

DON FÉLIX. En la galería con la Valdelara.

ALEJANDRO. ¿Con la Valdelara?

DON FÉLIX. ¿Te sorprende?

ALEJANDRO. No.

DON FÉLIX. Ha venido por noticias de no sé qué médico…

ALEJANDRO. Ah, sí; que el conde está delicaducho…

MARIANITO. Adiós, Alejandro. Ya me iba…

ALEJANDRO. Adiós.

MARIANITO. Don Félix…

DON FÉLIX. Te acompaño; anda.

MARIANITO. ¡De ninguna manera!

DON FÉLIX. Anda, anda. Obediencia es cortesía. Marianín.

MARIANITO. A ver si me averigua usted eso.

DON FÉLIX. Casi seguro estoy.

MARIANITO. ¡Un diluvio de detalles para mañana!

Se marchan juntos por la puerta de la derecha. Queda Alejandro solo unos instantes. Pasea en silencio. Luego exclama:

ALEJANDRO. Pero ¿habrá sido capaz ese majadero…? *A don Félix, el cual vuelve dispuesto a descubrir astutamente la verdad de todo lo que piensa sobre Pipiola y Alejandro.* Diga usted, Pimentel, ¿a qué ha venido Marianito?

DON FÉLIX. Ya puedes figurártelo, después de los extremos de la otra noche… ¡de aquella noche!… ¡No hay más noche que aquélla!

ALEJANDRO. ¡Majadero!

DON FÉLIX. No, no creas… no tan majadero. ¿Te lo parece a ti?

ALEJANDRO. ¡Se ha empeñado en hacernos creer que siente una pasión volcánica por Pipiola! ¡Y la ha visto una noche!

DON FÉLIX. ¿Qué oigo, Alejandro? Para enamorarse de Pipiola o de cualquier mujer, ¿no basta un segundo? ¿no basta la luz de un relámpago?

ALEJANDRO. Eso, a los poetas. Y no creo yo que Marianito…

DON FÉLIX. El amor transforma, tú lo sabes. De un tonto hace un discreto… de un discreto hace un tonto… Sobre que yo no conceptúo a ese muchacho nada tonto. Ingenuo, sencillo, candoroso, infantil, si me apuras; pero tonto, no. Y tu madrina piensa lo mismo.

ALEJANDRO. ¿Sí, eh?

DON FÉLIX. A tal punto, que en su chochera por Pipiola —porque chochera es, no lo dudes— la veo muy dispuesta a tenderle una mano y a protegerlo.

ALEJANDRO. ¡Psché!… Tiene la chifladura de los matrimonios…

DON FÉLIX. Pero, en último caso, Alejandro, aunque Marianín valiera menos de lo que vale, ¿no será siempre un premio de la lotería para Juanita? Veamos las cosas como son: no nos ofusquemos porque a la marquesa se le haya metido Juanita en el alma. ¡Medrados estaríamos!

ALEJANDRO. Mire usted: sin que yo comparta esas debilidades de mi madrina, sé bien lo que vale Aldaz y lo que vale Pipiola. Dejo a un lado las diferencias de posición social y de clase.

DON FÉLIX. ¡Friolera! ¡Eso no se puede dejar a un lado muchacho!

ALEJANDRO. Para comparar imparcialmente, sí, señor. Pipiola es mujer de muy superior jerarquía moral que Marianito. No verlo, es negar la evidencia.

DON FÉLIX. Pero, de todos modos, insensato, y aun pasando esa hipótesis, ¿no es bastante compensación para ella la superior jerarquía social de quien la pretende?

ALEJANDRO. Yo no me refiero sino a las almas.

DON FÉLIX. Único modo de tener alguna razón… en apariencia.

ALEJANDRO. Ha cambiado usted mucho en su juicio sobre Pipiola.

DON FÉLIX. Te engañas. Ni un ochavo moruno he cambiado. Distingamos, tú. Yo lo que no hago es confundirlos términos. En el terreno del madrigal seré siempre un vasallo rendido, porque el madrigal es vapor de poesía, se disipa irisado en el aire, a nada compromete… pero en la realidad de la vida, ante hechos graves, de peligrosa trascendencia hay que hacer acopio de juicio, Alejandro. Pipiola no es más que una muñeca de bazar que ha tenido suerte.

ALEJANDRO. ¡Alto allá!

DON FÉLIX. Lo que oyes: una muñeca que ha tenido suerte; que en vez de caer en una casa pobre y en manos de chiquillos traviesos que le sacaran el serrín de las tripas, ha caído aquí, donde se la ha afinado y pulido un poco, y donde se le han puesto vestiditos de seda y zapatitos de terciopelo y de raso.

ALEJANDRO. Don Félix; amigo Pimentel; aunque me dobla o me triplica usted la edad…

DON FÉLIX. ¡Hombre, hombre!

ALEJANDRO. ¿No quiere usted que nos pongamos en la realidad de las cosas? Aunque me triplica usted la edad, en este momento no me engaña; no consigue engañarme.

DON FÉLIX. Ni lo pretendo, nene.

ALEJANDRO. Sí, señor. Su intención no sé cuál será, por más que tal vez la vislumbro; pero usted no es sincera al hablar así de Pipiola.

DON FÉLIX. ¡Absolutamente sincero!

ALEJANDRO. ¿Cómo ha de serlo usted, si estoy cansado de escucharle los más apasionados elogios?

DON FÉLIX. El madrigal tiene sus fueros, ya lo he dicho.

ALEJANDRO. Déjeme usted de tonterías. Y sea cualquiera la intención de usted, yo no vacilo en afirmarle una y cien veces todo lo que pienso de esa criatura. La suerte de ella no es accidental, sino fundamental y rara en el mundo: es la suerte de haber nacido bella, inteligente, buena, generosa,

abnegada, noble, firme, tenaz, con una voluntad que yo envidio… y con un atractivo poderoso que, como usted en una ocasión me decía, a la vez es imán y es luz.

DON FÉLIX. ¿Yo te he dicho eso?

ALEJANDRO. Y no se me ha olvidado. Pipiola, como las reinas, es quien es por la gracia de Dios. Por esta gracia sobresale dondequiera que va. La otra noche, en mi casa, ¿quién lució más que ella?

DON FÉLIX. ¡Cristo Padre! ¡Si te oyera tu novia!

ALEJANDRO. No me oye. Escuche usted. Me refirió un paso que me pintó de nuevo su espiritualidad y su gracia. Y cuidado que el hecho no puede ser cosa más simple. Bien es verdad que los hechos son según quien los realiza.

DON FÉLIX. Y según quien los ve.

ALEJANDRO. No sé si advertiría usted aquella noche que Juanita desapareció de los salones un rato largo.

DON FÉLIX. ¿No lo había de advertir? ¡Como todo el mundo! Y aun hubo quien notó que su *eclipse* coincidió casualmente con otro de Marianín Aldaz.

ALEJANDRO. ¡No, señor; no hubo tal coincidencia!

DON FÉLIX. Chico, a mí así me lo han dicho.

ALEJANDRO. ¡Pues ha mentido quien lo haya dicho así!

DON FÉLIX. ¿Te molestas?

ALEJANDRO. Me enfadan las ligerezas de la gente. Entérese usted de la desaparición de Pipiola. Se ahogaba en los salones. Luchaba entre la expectación que causó su presencia —con mayor o menor disimulo se clavaron en ella todas las miradas femeninas—, y la emoción suprema de hallarse en mi casa, en el Palacio Viejo, de modo tan distinto que en su niñez. Ella misma me lo contó, ya digo. La abrasaba el calor, la trastornaban los halagos, la conmovían los recuerdos, la aturdía la charla… Sintió un vivísimo deseo de soledad y se deslizó por la galería. Al verse sola, la acometió una comezón invencible de recorrer todo el palacio en que jugó conmigo de niña, en que después me salvó de la muerte. Y dicho y hecho. Como una

sonámbula, riendo y llorando, anduvo por la planta baja —los patios, los salones, el comedor, los lavaderos… ¡Qué evocaciones, qué memorias!… ¿Comprende usted? Vagó por el jardín un poco… Estaba embelesada. Luego se metió en el cuarto oscuro con que nos amenazaban de niños mis padres. Se rió entre sus sombras, considerándose castigada en aquel momento. Subió a la capilla; rezó… Y asegura que al pasar de vuelta de su correría por la sala grande de los retratos, uno de mis abuelos, el que más miedo le daba cuando niña, le preguntó sorprendido de su atavío: «¡Pipiola! ¿eres tú?».

DON FÉLIX. ¿Le habló el retrato?

ALEJANDRO. Eso afirma ella con adorable acento de fe. Con que dígame usted ahora si una mujer vulgar, del montón, es capaz de sentir aquel fuerte impulso de heroína novelesca, y de llevar a cabo una aventura —¿cómo lo diré yo para que usted me entienda del todo?— una aventura tan silenciosa, tan sentimental, tan… romántica.

DON FÉLIX. *Tras de mirarlo maliciosamente.* Bueno, pues yo no soy tu abuelo, ni tú eres Pipiola; pero parodio la pregunta de tu abuelo: «¡Alejandro! ¿eres tú?».

ALEJANDRO. Y eso ¿qué significa?

DON FÉLIX. Que no te conozco. Tú, el hombre de una palomita por trimestre…

ALEJANDRO. ¿Adónde va usted a parar?

DON FÉLIX. A ninguna parte. Por mi desgracia, ya no voy a ninguna parte. Pero te veo desatentado con Pipiola y no concibo cómo no tomas el primer tren y te la llevas a París una temporada.

ALEJANDRO. ¿Qué?

DON FÉLIX. ¡O a Roma o a Sevilla! ¡Si vieras tú lo que se arrepiente uno luego de no haber aprovechado ciertas gangas!

ALEJANDRO. ¿Qué? ¿Y a un hombre que es capaz de ofenderme con tamaña bellaquería he pretendido yo hablarle al alma?… *Indignado.* Señor don Félix Pimentel, es usted un miserable y un mamarracho.

DON FÉLIX. Un mamarracho y un miserable… que se ha enterado, quizás a costa de parecerlo, de lo que se quería enterar.

ALEJANDRO. ¿Y de qué se quería usted enterar?

DON FÉLIX. De lo que me he enterado.

Asoma el criado en la puerta de la derecha y se retira luego.

CRIADO. El coche, señor.

DON FÉLIX. ¡Ah! El coche. Llega oportunamente. Vamos por la niña.

ALEJANDRO. ¿Por quién?

DON FÉLIX. Por Pipiola, hombre: no te hagas de nuevas, que lo sabes.

ALEJANDRO. ¿Yo?

DON FÉLIX. Tú. A ver si al fin quiere confesarnos la criaturita por qué se marchó de esta casa, y por qué se obstina en dejarla definitivamente. ¡A ver! Hasta ahora.

ALEJANDRO. Yo me habré marchado cuando usted vuelva.

DON FÉLIX. ¿A que no?

Vase por la puerta de la derecha. Alejandro, ensimismado, lo ve irse. Luego pasea los ojos por la estancia, distraído. Al cabo se deja caer con abandono en una butaca.

ALEJANDRO. *Concretando todo su sentir.* ¡Qué angustia la de un pensamiento vacilante! *Queda abstraído.*

Por la puerta del foro sale Nina, en dirección a la de la derecha. Al reparar en Alejandro se detiene sorprendida y confusa. Alejandro la mira sin verla.

NINA. ¿Eh? Soy yo.

ALEJANDRO. *Levantándose.* Ah, Nina. Perdóname.

NINA. ¿No me habías conocido?

ALEJANDRO. Sí. Sino que estaba en otro mundo.

NINA. Y yo bien ajena a que había de encontrarte aquí. Me marchaba… Pero no extraño que me hayas desconocido… ¡Si yo misma no me conozco! Soy otra.

ALEJANDRO. No lo creas; mírate al espejo.

NINA. Por fuera, acaso… ¡Ay! No se somete al corazón al tormento a que yo he sometido al mío, para seguir siendo la misma.

ALEJANDRO. Es verdad. Por dicha para ti y para mí, mis palabras de despedida tuvieron eficacia.

NINA. Tus palabras no; tu conducta. Y luego, mi conciencia.

ALEJANDRO. ¡Pero a qué alegría más serena y más honda nos trae siempre todo sacrificio!

NINA. ¿Dónde has leído eso?

ALEJANDRO. En mi vida.

NINA. ¿En tu vida, Alejandro? ¿Qué has sacrificado en la vida tú? No te engañes.

ALEJANDRO. Ni tú me juzgues tan frívolo. Nina. ¿Crees que renunciar a tu amor no me ha costado a mí amargura, violencia?

NINA. No finjas, hombre. Mi amor para ti no fué sino un capricho, un pasatiempo. Pero, aunque quieras desentenderte, tendrás mientras vivas el remordimiento de haberme hecho caer. Esa malsana complacencia me queda en mi abandono. Y ahora me dices…

ALEJANDRO. Ahora te digo lo mismo que te dije al partir, cuando nos separamos, cuando pusimos fin a nuestra demencia: que cada día me torturaba más, me hería más vivamente, la ofensa continua, solapada, traidora, al noble amigo que me habría confiado sus brazos y su casa. Mucho podían en mi corazón tu belleza, el cariño tuyo, la ilusión con que a ti me acercaba, las horas de crimen inolvidables, sabrosas y amargas a la vez, aunque únicas… pero, créeme, Nina, al cabo triunfó de todo esta verdad: la de que no he nacido yo para echar cieno en la honra de nadie.

NINA. ¡Oh! ¡Qué delicadeza en el hastío!

ALEJANDRO. ¡En el hastío, no!

NINA. Llámalo como quieras. Eso mismo, conseguido antes de obligarme a pecar, habría podido yo tomarlo por el sacrificio de que antes hablabas… pero, después, subleva el escucharlo. Es inicuo; es de un cinismo sin disculpa.

ALEJANDRO. Todos los delitos de amor la tienen ciego de amor me acerqué yo a ti.

Nina. ¡Qué lástima! ¡Se te cayó la venda cuando hastiaste!… Y entonces te entraron los escrúpulos, y oíste la voz de tu deber. Un poco tardía. ¡Necia de mí, que caí en tus redes, y ofendí, por un amor mentido, al hombre a quien le di mi mano de esposa! Tú me acechabas dondequiera; en tus ojos tropezaban incesantemente los míos; tú me alucinaste con razonamientos de una moral de circunstancias; tú invocabas a cada duda mía los fueros del amor infinito, libre, abogando siempre por el amor y jamás por el deber ni por la honra; tú te mofabas torpemente de la vejez que ahora quieres poner sobre tu cabeza… Pero, en fin, pasó; pasó ya. Perdona el último chispazo, Alejandro. Hablemos de otra cosa.

Alejandro. Eres muy injusta conmigo; el amor que me arrastró a ti no fué nunca una farsa; como no lo han sido tampoco mis remordimientos de más tarde.

Nina. Que por lo visto son más poderosos que el amor cuando lo han vencido.

Alejandro. Lo que quieras. Al fin ha de ser lo que quieras…

Nina. ¡Qué seguro estás ya de que no he de querer lo que tú no quieres!… Bien me conoces. Y si he vuelto sobre lo pasado, advierte que ha sido por casualidad, por este fortuito encuentro aquí… He venido a esta casa a algo muy distinto que a verte. Por cierto que, ya que te he hallado, tú quizás puedas informarme de lo que no ha podido la marquesa.

Alejandro. Di.

Nina. ¿Sabes si está en Madrid Salas Beltrán?

Alejandro. ¿El médico?

Nina. Sí.

Alejandro. Me parece que está en Granada. Creo que lo han llamado a una consulta.

Nina. ¿Volverá pronto, entonces?

Alejandro. Seguro; tiene muchos quehaceres en Madrid: el hospital, la cátedra, las visitas… ¿Deseas verlo?

Nina. Sí. El médico de casa no acierta… Y yo, día por día, noto que aquel hombre se postra y se abate… *Silencio.* ¡Ay, Alejandro! ¡Qué anhelo

tan distinto el que palpitaba hace un año en el último rincón de mi conciencia!… Dios me perdone. *Con miedo de su propio recuerdo.* Porque tú lo sabes, sin que lo hayamos hablado nunca: a los dos nos estorbaba su vida, y yo deseaba… deseaba… ¡Qué crimen! Y cuando he visto que acecha de cerca la muerte, he sentido tan gran horror de aquel deseo… que he llegado a ofrecerle a Dios mi vida por la suya. Mi expiación y mi deber están ahora en salvarlo… La traición se ha vuelto sacrificio.

ALEJANDRO. No te atormentes más… tranquilízate. Eres muy buena, Nina.

NINA. En algunos momentos me mira de un modo que me estremece. Y aterrada ante sus ojos yo, me pregunto entonces: ¡Dios mío! ¿lo sabe?

ALEJANDRO. ¿Lo sabe?

NINA. Ésa es mi cruel incertidumbre. Ya ves si soy otra. Compara esta duda angustiosa con aquel cinismo que a ti te maravillaba, con aquella audacia de hielo para hacerle ver lo negro blanco, prevalida de su ciega confianza en mi bondad… ¡Oh! ¡qué espanto! Si con mi amor de ahora no logro alejar de su espíritu la menor sospecha, merezco el infierno.

ALEJANDRO. ¡Ay, Nina! ¡Qué difícil es ser dichoso!

NINA. ¡Quién lo dice!

ALEJANDRO. Uno que no lo es.

NINA. ¿Tú, joven, independiente, rico, mimado por la suerte, gustando las primeras mieles de un amor nuevo?… *A un gesto de él.* ¿Qué te pasa? ¿Te contraría que te hable de tu novia? Sí que dicen que no la atiendes mucho… ¿Hay ya desavenencias? Pronto es…

ALEJANDRO. ¡Cómo te gozas en herirme!

NINA. No lo creas. Si te hiero, será porque no sea verdad lo que supongo; no porque haya estado en mi ánimo. Te quiero bien, a pesar de todo. ¿No eres feliz, me has dicho?

ALEJANDRO. No lo soy.

NINA. ¿No te gusta tu novia? ¿No la quieres?

ALEJANDRO. No.

NINA. ¡Tan linda muchacha!

ALEJANDRO. ¡Oh! Muy linda, sí; para que la copie un pintor entre gasas, plumas y encajes; para que un escultor haga de ella la más divina estatua, y cuadro y escultura vayan a un museo universal, en donde los hombres venideros puedan decir a una, admirando tan completa belleza: «Así fué una mujer que no tuvo alma».

NINA. *Melancólicamente.* ¡No tiene alma!…

ALEJANDRO. ¡No la tiene!

NINA. ¡Envidiable mujer!

ALEJANDRO. Ni más pensamiento que encontrarse hermosa y recrearse en sí misma; ni más ideal que el de llevar siempre sombreros y vestidos que no lleven otras. Un lazo, un broche que le copie una amiga, es para ella un agravio de muerte. No sé, no sé cómo he podido decirle nunca que la quiero.

NINA. Porque en la fuga no sabe uno dónde se mete; se tropieza, se cae… Y tú ibas huyendo cuando te encontraste a esa mujer.

ALEJANDRO. ¿Huyendo?

NINA. Huyendo.

ALEJANDRO. ¿De ti no sería?

NINA. De mí no tanto como de Pipiola.

ALEJANDRO. ¿De Pipiola? ¿Qué dices?

NINA. La verdad.

ALEJANDRO. No, Nina, no; yo en Pipiola no he pensado nunca.

NINA. Tú no piensas más que en Pipiola.

ALEJANDRO. No me atribuyas a mí tus pensamientos.

NINA. Si fueron míos alguna vez fué porque advertí que eran tuyos, y teníamos que compartirlos.

ALEJANDRO. Estas y otras cosas dieron ocasión a que la infeliz se forjara ilusiones.

NINA. Estas y otras cosas nacieron porque tú le hiciste soñar con lo que vas a darle al cabo.

ALEJANDRO. ¡Qué delirio!

Nina. El tuyo, si aún te obstinas en engañarte. Pipiola es tu amor; Pipiola es la obsesión de tu vida; Pipiola es tu alegría y tu tormento. Porque luchas con lo que tienes que luchar; porque Pipiola ha sido en tu casa lo que ha sido. Pero eso se lima, eso se desvanece, eso se acaba… En el mundo hay ya ideas para defender hasta lo indefendible… ¡Cuanto y más lo que trae de su mano el amor! Eres suyo, eres suyo; eres de Pipiola; ¡es ella quien te me ha robado! ¡Tú le darás tu corazón! ¡Ojalá fuese yo Pipiola!

Alejandro. ¡Nina!

Nina. No te acerques; déjame. Respeta estas cenizas. Yo ya no soy sino una mujer resignada. *Llora.*

Alejandro. *Exaltándose.* ¡Yo, en cambio, soy un hombre que no se sabe resignar! Si me oigo, no me quiero oír; si callo, el corazón me grita. ¡Reniego de ser cobarde, y lo soy!

Nina. Ésa es la venganza de mi amor muerto. ¡Inocente venganza! Estás enamorado… y sufres.

Alejandro baja los ojos en silencio.

Se oye hablar dentro a Pipiola y a don Félix.

Alejandro. ¿Quién?

Nina. Ella. ¿No conoces la voz?

Alejandro. Pues adiós, Nina.

Nina. ¿Te vas?

Alejandro. Sí.

Nina. ¿No quieres verla?

Alejandro. No.

Nina. ¿Ves cómo te engañas?

Alejandro. Ni le digas que me has hallado aquí.

Nina. Vete tranquilo, hombre. Adiós.

Alejandro. Adiós. *Turbadísimo, se entra en la biblioteca.*

Nina lo ve ir, se rehace luego, y se encamina a la puerta de la derecha a tiempo que llegan Pipiola y don Félix. Pipiola viste con su modestia habitual, pero viene de sombrerito.

NINA. ¡Oh! Juanita…

PIPIOLA. Condesa…

NINA. Me alegro de verla.

PIPIOLA. Mil gracias. Yo también celebro…

NINA. Sé a lo que viene usted. He hablado con la marquesa. *Velada la voz por la emoción.* Quédese usted en esta casa, donde la quieren mucho. ¡Ay!… ¡Quién estuviera en su lugar!… Adiós.

PIPIOLA. Adiós.

NINA. Adiós, Pimentel.

DON FÉLIX. Pero ¿ha llorado usted, condesa?

NINA. *Ocultando el rostro.* No…

Vase. Pimentel la sigue.

PIPIOLA. *Impresionada por las palabras de Nina.* ¿Por qué me ha dicho que querría hallarse en mi lugar?… Sí, sí; mi amor no me engaña. Yo tengo razón contra todos.

Vuelve don Félix.

DON FÉLIX. ¿Qué ceño es ése, señorita? Ni que te hubiera traído a una cárcel. Sonríe siquiera una vez, aunque no sea más que para alegrar estas cuatro paredes, entristecidas por tu ausencia. *Pipiola sonríe.* Quítate el sombrero; descubre esa linda frente abatida… Dios sabe por qué.

PIPIOLA. *Obedeciéndolo.* Sí; voy a dejarlo.

DON FÉLIX. ¡Ajajá! Ahora vendrá Pepita. Y ya has oído también a la condesa. Pues así piensa todo el mundo que bien te quiere. La sombra de esta casa es sol para ti. ¿No lo crees?

PIPIOLA. No puedo dudarlo.

DON FÉLIX. ¡Entonces!… Yo, por mi corazón juzgo de lo que pasará en el de la marquesa María. Viniste aquí, y me enamoré de ti, como todos. Pero el hombre de los galantes devaneos de antaño, y de los madrigales a flor de piel, se ha visto sorprendido de pronto con que es una ternura nueva, desconocida, la que por tu amor le nace en el pecho… Sí, Pipiola, sí; yo no sé si te quiero como un abuelo o como un padre, pero te quiero de modo muy

distinto que quise nunca a las demás. He aquí una transformación real de mis madrigales, con que yo no contaba.

PIPIOLA. *Estrechándole conmovida la mano.* ¡Don Félix!

DON FÉLIX. Te deseo, y creo que tendrás, todo el bien con que sueñas. *Maquinalmente levanta una de las cortinas de la biblioteca y mira hacia dentro. Al ver algo que ve, hace un gesto significativo.* En fin, niña, voy a advertir a la marquesa de tu llegada. *Éntrase por la puerta del foro.*

Un instante después sale Alejandro de la biblioteca, inquieto y curioso. Tan abstraída está Pipiola, que no nota que se le acerca.

ALEJANDRO. *Tratando de velar su emoción en la apariencia de una broma.* ¡Pipiola! ¿eres tú?

PIPIOLA. *Sacudiéndose como quien de improviso despierta.* ¿Eh? ¡Alejandro!… *Mira a un lado y a otro.* ¿Adónde me ha traído don Félix?

ALEJANDRO. ¿Por qué lo dices?

PIPIOLA. Primero, Nina Valdelara… en seguida, tú… a ninguno de los dos pensaba encontrarme.

ALEJANDRO. A mí me ha llamado mi madrina.

PIPIOLA. ¿Y la has visto?

ALEJANDRO. Aún no. Pero sospecho lo que quiere: preguntarme por ti.

PIPIOLA. ¿A ti?

ALEJANDRO. ¿A quién mejor?

PIPIOLA. Sí… creerá que tú sabes por qué me marché de su casa.

ALEJANDRO. No, no.

PIPIOLA. ¿No?

ALEJANDRO. Digo que me figuro que ahora se trata de otra cosa.

PIPIOLA. ¿Reservada?

ALEJANDRO. Para ti, nunca. Seguramente me va a pedir referencias de cierto jovenzuelo, que parece ser que la otra noche, en el baile de casa, perdió la cabeza…

PIPIOLA. ¿Perdió la cabeza? ¿Y tu madrina te va a preguntar tal vez si te la has encontrado tú?

ALEJANDRO. *Sonriéndose.* No creo. Entre otras razones porque todo Marianito, en una pieza, ha estado aquí hace media hora.

PIPIOLA. *Con alegría que turba a Alejandro.* ¿Ha estado aquí?

ALEJANDRO. Sí… hablando con ella… Yo lo topé al llegar… Por las trazas, iba muy contento.

PIPIOLA. ¡Pobre Marianito!

ALEJANDRO. ¿Lo compadeces?

PIPIOLA. Muy de veras. ¡Es tan simpático, tan bueno tan sincero!… Y dice que no puede vivir sin mí… ¡y va a vivir sin mí! ¿No merece mi compasión, Alejandro?

ALEJANDRO. Sin duda. ¡Vivir… sin lo que no se puede vivir!…

Pausa.

PIPIOLA. Pero no creo que tu madrina te llame para eso. Y aun no estoy segura de que te haya llamado.

ALEJANDRO. ¡Pipiola!

PIPIOLA. Como he visto aquí a la condesa…

ALEJANDRO. ¡Bah! ¡Infeliz mujer! ¡Ésa sí que es digna de lástima!

PIPIOLA. ¡Qué pronto arreglas las cosas con la compasión!

ALEJANDRO. Cuando no queda otro remedio…

PIPIOLA. Se pone antes del daño. Alejandro, es lo que suele decir don Félix: ¡qué mal arreglo tienen algunos desarreglos! ¿Verdad?

Sonríe de nuevo Alejandro. Ella ríe después.

ALEJANDRO. ¿Estás contenta?

PIPIOLA. Ahora; de repente.

ALEJANDRO. ¿Y cómo remediarás tú el daño que vas a causarle a Marianito?

PIPIOLA. Como no ha sido por mi voluntad…

ALEJANDRO. ¡Ah, la voluntad!

PIPIOLA. Hoy por hoy es mi musa.

ALEJANDRO. Yo quisiera que fuese también la mía; pero la llamo y huye.

PIPIOLA. Como les pasa a los malos poetas. Llaman a las musas para engañarlas, y ellas lo conocen… y no les hacen caso. Sé tú noble cuando la llames, y acudirá a tu voz. *Se miran.* ¡Qué raro es que la marquesa tarde!…

ALEJANDRO. Ya vendrá, mujer. ¿Te aburres en mi compañía?

PIPIOLA. De toda la vida; ya lo sabes.

ALEJANDRO. Cuando venga, ¿vas a consentir que esté yo presente?

PIPIOLA. No.

ALEJANDRO. ¿Tan seco?

PIPIOLA. O más, como insistas. Lo que yo le he de decir a la marquesa será una confesión muy íntima, muy entre las dos… No puede haber testigos en ella. La marquesa conocerá hoy la razón de mi salida de esta casa, para mí bendita; de mi voluntario alejamiento; de lo que ella califica de mi rebeldía, de mi obcecación y, lo que más me duele de todo, de mi ingratitud. Porque se encastilla en llamarme ingrata, voy a confesarle… lo que yo sola puedo entender.

ALEJANDRO. ¿Y si yo también lo entendiera?

PIPIOLA. ¿Tú?

ALEJANDRO. ¿Y si lo hubiera adivinado?

PIPIOLA. Hablaríamos ahora de modo muy distinto.

ALEJANDRO. Pues de ese modo hemos de hablar.

PIPIOLA. ¿Qué dices?

ALEJANDRO. Oye. A ver si me equivoco. Tú eras dichosa en esta casa. Tú, después de aquella despedida en que nos ofrecimos una amistad única, nueva y generosa, saturada de un singular perfume, ahogaste con dolorosa resignación aquellos sueños locos de que te hice yo despertar. Paladeaste la alegría de un deber cumplido. Se serenó tu alma: volviste a reír como antes.

PIPIOLA. Es cierto.

ALEJANDRO. Pero la vida siempre nos guarda sorpresas para poner a prueba aun las que juzgamos como nuestras más firmes conquistas. La otra noche, en el palacio de mis padres, donde tan nuevas emociones te embargaron, se vino a tierra, de improviso, toda la obra de tu resignación.

PIPIOLA. Es cierto.

ALEJANDRO. ¿Qué fué lo que así removió tu ser, hasta el punto de que acaso alentaron en él con nuevos latidos sentimientos vencidos ya? ¿Un hecho, una persona, una frase? *Pipiola calla y lo mira luego.* Una persona fué. Te hirió su presencia, te helaron sus palabras, instintivamente comparaste… y la injusticia te rebeló contra aquello. «¿Por qué ha de ser así?» —casi lo llevabas escrito en la frente… o leí yo el reflejo de lo que llevaba en la mía—. «Junto a ella va a ser desgraciado, y todos están conformes en que lo sea; junto a mí sería venturoso… y nadie quiere verlo».

PIPIOLA. *Con anhelo, con ímpetu, con elocuente brío.* ¡Ésa, ésa es la verdad; eso es lo que me sublevó de un golpe: verte al lado de aquella mujer tan distinta de ti, que podía hacerte suyo y anularte ya de por vida! Entonces fué mi voluntad, mi voluntad, ¿lo oyes?, mi musa de ahora, la que se irguió en mí como soberana con este grito: «¡Nada hiciste con salvar su cuerpo de la muerte, si no salvas también su espíritu, que vale más! ¡No eres quien eres si los dejas unirse!».

ALEJANDRO. ¡Pipiola!

PIPIOLA. Yo podía y puedo renunciar a una dicha que quizás no me corresponde; pero mientras aliente y crea que está en mi mano el ahuyentar de ti la desgracia, ¿cómo es posible que no dé hasta mi vida en el empeño? Yo siempre te he mirado como criatura de mi predilección, de un mundo sólo mío, a quien nunca debía herir la infelicidad… Capricho, ensueño, quimera, disparate —ponle tú el nombre que te guste—, eso eres y serás para mí… ¿Comprendes ahora por qué me marché de esta casa? ¡Porque aquí mi protesta ofendía! Yo necesitaba revolverme y gritar, y aquí se me imponían la pasividad y el silencio.

ALEJANDRO. ¿Revolverte y gritar?

PIPIOLA. ¡Sí, hombre! Yo estaba dispuesta a separarte de quien no te merece, fuera como fuera; yo iba a abrir con violencia tus ojos, aunque te ofendiese la verdad; yo pensaba acudir a tus padres; yo habría sido capaz, por arrancarte de aquella enemiga, de emplear cuantas armas tiene una mujer en sus manos, en sus ojos, en su boca, en su corazón… Este infierno de planes que ardía en mí como una calentura, ¿podía ser dentro de esta casa? Ni podía

ser, ni debía ser, ni aquí hubiera habido para ellos perdón, ni disculpa, ni comprensión siquiera… Y, sobre todo, traerían irremisiblemente consigo sinsabores y lágrimas a quien me amparó noblemente y me dió calor de madre entre sus brazos… Por esto me marché… no; por esto huí… Más que marcha, fué fuga… ¿Adónde? Donde pude. ¿Qué había de acometer primero? ¡Yo qué sabía aún! Pero mi marcha ya era un grito extraño, que no había de perderse en el aire; que alguien tenía que oír.

ALEJANDRO. Yo: solamente yo.

PIPIOLA. En rigor sólo tú me importabas. Por eso, al ver que me adivinas, me he estremecido victoriosa. Y es, Alejandro, que aunque yo te quiera como me pidas tú, como quiera la suerte, una vida va a compás de la otra; y aunque distantes, marchan juntas, juntas… en perpetua comunicación misteriosa; y cuando en tu corazón sea de noche, noche será en el mío.

ALEJANDRO. En mi corazón amanece ahora, gracias a ti. Sería yo el hombre más necio de la tierra, si en este instante no me dejase llevar de la voz íntima, imperiosa, perenne, que hace tiempo suena en mi alma. ¡Basta ya de habilidades de la conciencia! ¡Basta ya de prejuicios insoportables! Nada me importa nada, ni nadie tampoco; y te hablo por primera vez dejando triunfar el egoísmo de un amor al que no renuncio.

PIPIOLA. ¡Alejandro!

ALEJANDRO. Cada día, antes de ahora, he sufrido una sacudida de la realidad: hoy ha sido la de los celos.

PIPIOLA. ¿La de los celos?

ALEJANDRO. ¡Sí: los he sentido; los he disimulado, he querido no reconocerlos, pero los he sentido! ¡Y qué luz traían! ¡Cómo he visto la verdad a su llama! ¡Y cómo me han gritado en el corazón!: «¡Ciego! ¡ciego! ¡vas a perderla! ¡Si no te la roba ese hombre, será otro!».

PIPIOLA. ¡Benditos celos, que así te hacen hablar!

ALEJANDRO. ¡Ven a mí, Pipiola, compañera desde la cuna; ven a mí: te quiero! ¿Qué importa que la tuya fuese tosca y la mía dorada, si a los dos nos durmieron con el mismo cuento de dormir, que nació del pueblo y se lo enseñó tu madre a la mía? ¡Te quiero!

PIPIOLA. Quizás desde entonces. ¡Y qué recóndita esperanza tenía yo en esta hora! Aun en los instantes en que con mayor convencimiento renunciaba a ti, la sentía alentar no sé dónde…

ALEJANDRO. Pues ya ves que no alentaba en balde… ¡Ven a mí; ven a mí! No escondas la frente con modestia. Tu heroica voluntad me salva. Soy yo el que de ti necesita: yo, el enfermo, el de los pasos vacilantes, el hombre sin rumbo, soy quien se acoge a ti, a tus brazos seguros y ágiles… alas de paloma que se orienta en la altura. *La abraza enamorado. Pipiola lo rechaza con rubor e inquietud.* Y ahora aguarda aquí. Ya que ella no viene —sin duda ese zorro viejo de Pimentel la ha entretenido— voy yo en busca de mi madrina. Vendré con ella, y entre tú y yo venceremos todos sus escrúpulos. *Contempla un punto con embeleso a Pipiola y se va por la puerta del foro.*

No ha hecho más que trasponer el umbral, cuando se abren las cortinas de la biblioteca, y sale la marquesa María seguida de don Félix. Como lo han oído todo, fácil es suponer la expresión de cada semblante. En el caduco espíritu de la señora reina una verdadera tempestad de ideas y de afectos contrarios.

MARQUESA. ¡A mí que no me busque para nada ese loco! ¡ese pillo! ¡ese descastado!

PIPIOLA. ¡Ah!

MARQUESA. ¡Ah! ¡ah! ¿Te espantas, eh? ¿De esto te espantas? ¿No creías que me estaba enterando, verdad? ¡Malo será escuchar detrás de las cortinas —¡ah! ¡ah!— pero es peor mil veces besuquearse en una casa como ésta! ¡Baja, baja los ojos, hipocritona! ¡Y no aguantes la risa; si te estoy viendo el disimulo! ¡si te baila la alegría en el cuerpo!… ¡Ni me hables, porque no he de oírte! ¡Bastante he oído ya! ¡Ánimas benditas! ¡qué escándalo! ¡Esos padres!… ¿Qué dirán esos padres?… ¡Todo será poco! ¡Y me achacarán a mí culpas que no tengo! ¡Jesús! ¡Jesús! Necesito rezar, confesarme… Llévame al oratorio, Pimentel; dame el brazo, no tropiece y me caiga; y lo pierda todo de un golpe… ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué revolución!…

PIPIOLA. Perdóneme usted…

MARQUESA. ¡Perdóneme usted! ¡No, no te perdono, rata sabia; no te perdono! Te daré un beso, pero no te perdono.

PIPIOLA. ¡Sí!

MARQUESA. ¡No, no; tampoco quiero darte el beso!…

DON FÉLIX. *Solemnemente.* ¡Se lo daré yo!

MARQUESA. ¿Tú?

DON FÉLIX. ¡Por mi fe de caballero, que será paternal!

MARQUESA. Ven acá, ven acá, ingratona… Miren qué cara: parece que nunca ha roto un plato. Ven acá… ¡Te debía dar de azotes!… *La besa.* ¡No, no es que esté conforme con esto, no; no es que transija!… ¡Dios me libre!… Es que al fin y a la postre… *Enterneciéndose.* Mira, Pimentel, llévame con mis santos, que no quiero llorar por remate.

DON FÉLIX. Vamos con los santos.

Encamínase la marquesa a la puerta del foro, del brazo de don Félix, mirando siempre a la muchacha.

MARQUESA. ¡Nada, que se le puso en lo alto de la veleta, y no sopló más viento que el que ella quiso! ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué trastorno! ¡qué desbarajuste!… ¡Jesús! *Se marcha con don Félix.*

Pipiola sola sonríe y resplandece. Sus ojos, embellecidos por las lágrimas, que en ellos tiemblan y de ellos no se quieren ir, tropiezan con el retratillo que su madre le regaló a la marquesa. Lo toma en la mano, lo mira, y evocando la frase del noble abuelo de Alejandro, exclama con inefable orgullo y alegría:

PIPIOLA. ¡Pipiola! ¿eres tú?

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, septiembre, 1916.

Madrid, diciembre, 1917.

PESADO Y MEDIDO

MONÓLOGO

Estrenado por Rogelio Juárez en el **TEATRO DE SAN MARTÍN**, de Buenos Aires, el 9 de abril de 1918

PESADO Y MEDIDO

Despacho, ni lujoso ni humilde, ni elegante ni cursi, ni grande ni chico, en casa de don Secundino Arriba y Abajo, en Madrid.

No es ni por la mañana ni por la tarde: es al mediodía.

Don Secundino es un señor de cincuenta años, cómicamente triste, que usa bisoñé. Viene de la calle, con vivas muestras de cansancio, de disgusto y de indignación.

DON SECUNDINO. No me quedaba más que ver. ¡Hasta la Justicia, de parte de los criminales! ¡Qué mundo! ¡Qué vida! ¡Nunca lo pude esperar de Astrea! ¡Mujer al fin! *Sopla sofocado.* Esto es cólera. *Vuelve a soplar*. Cólera, cólera… *Pasea en silencio. Luego tira el sombrero al suelo con rabia*. ¿Qué haces, Secundino? No te conozco… *Coge el sombrero y lo arregla cuidadosamente, dictándole:* Tú no tienes la culpa, infeliz. ¡Bastante has hecho toda la mañana con soportar esta olla de grillos que llevabas debajo! *Lo deja en una silla. Sopla nuevamente.* Cólera; estupefacción; asombro… ¿Qué podrá pasarme ya a mí que me desconcierte o que me sorprenda? ¡Nada! Me dicen que un camello ha preguntado en la portería si yo vivo en el segundo izquierda de esta casa, y me parece una cosa muy natural. Ante mí se ha desplomado el mundo. Las leyes de la Lógica no existen; son un mito, una farsa; humo, polvo, ceniza… ¡Caballeros, qué chasco el mío! La Lógica acaba de resultarme una *cupletista* sinvergüenza. Así, así; sinvergüenza. *Al público.* Si quieren ustedes compartir conmigo la tribulación, van a oírme. Precisamente yo necesito un desahogo. Todo el

mundo presta atención; nadie se mueve; algunas señoras me miran con lástima… Luego es evidente que me quieren oír. Gracias de antemano.

Yo, señores, pasé mi primera juventud, y aun mi segunda y mi tercera —porque en vano trataría de ocultar que ya soy madurito—, buscando respuesta a estas preguntas: ¿Es el matrimonio el estado perfecto del hombre? ¿Debe casarse el hombre? ¿Debo casarme yo? ¿A qué edad debe casarse el hombre? ¿A qué edad debo casarme yo? Son tan arduas complejas y dificultosas, que me han llevado, como dejo dicho, tres juventudes, y no las he contestado en definitiva hasta hace cuatro meses, que me leyeron la famosa Epístola en San Andrés de los Flamencos. ¡Ay, San Pablo!

Devoto, más que devoto, esclavo de la Sindéresis, siervo de la Razón y de la Lógica, consulté un montón de estadísticas: ¡el noventa y siete por ciento de ellas favorables al matrimonio! Desprecié el tres por ciento. Y pensé después; mírate en el espejo de tus amigos, que, puesto que lo son, algo de semejante ha de haber entre ellos y tú; compulsa, analiza, aquilata, pesa, mide… Y pesé y medí. Dos amigos míos estaban casados y eran dichosos; otros dos, que permanecían solteros, se habían comprometido, enredado con sendos pendones (la palabra suena un poco mal, pero es exacta y está en el Diccionario de la Academia), y no eran felices; y un quinto amigo, en fin, disfrutaba de los dos estados: tenía esposa y pendón. Consecuencia: yo debía casarme. ¿A qué edad? ¡En seguida! Sí; porque pesando y midiendo había perdido un tiempo precioso. Sobre que ya tenía cuarenta años y pico, y me iba a ser difícil casarme más joven de lo que era. Sin embargo, y para consolarme de esta dificultad, mi natural sindéresis me decía: el matrimonio prematuro es expuesto: sobra fuego y falta experiencia; el matrimonio tardío es peligroso: sobra experiencia y falta fuego. Es menester casarse cuando una cosa compense a la otra: ni exceso de experiencia, ni exceso de fuego, ni exceso ninguno. Mitad y mitad. Mitad se le llama en el matrimonio a la parte complementaria. Mi mitad, mi cara mitad… Como que, en rigor, el matrimonio es eso: una persona a quien parten por la mitad. Y no se tome esto en sentido equívoco. Consulté de nuevo estadísticas, comparé, medité, profundicé, pulsé, pesé y medí. Y me di con la badila en los nudillos. Prosigamos.

Era inconcuso; era axiomático: yo tenía la edad justa para casarme; yo debía casarme. ¿Con quién? ¿Cómo debía ser mi novia? ¿De dónde debía ser mi novia? ¿Qué edad debía tener mi novia? Mi primera duda fué ésta: Secundino, ¿tú tienes *tipo* de mujer? *Da un paseíto.* Entiéndase lo que quiero decir: si yo tenía concepto fijo, imagen soñada, ideal… Y de deducción en deducción, de consecuencia en consecuencia, llegué a estas consecuencias finales. ¡Ahora estoy tocando las consecuencias! Mi esposa debía ser una mujer modesta y bonita; de mediana posición social; sin madre, a ser posible, y de tener madre, que no tuviese padre; que no hubiese nacido en ninguna de las regiones extremas de España: esto es: que no había de ser ni gallega, ni catalana, ni andaluza; que tuviese diez o doce años menos que yo, y que no fuese ni completamente una lugareña ni absolutamente una cortesana. ¡Pesado y medido, señor! Bueno: pues esta mosca blanca la encontré en Getafe. «¡Ella es!», gritó mi ser entero al verla.

Adelante. Redacté *ipso facto* una declaración preciosa y la guardé durante nueve meses. No había que precipitarse: había que estudiar el carácter de mi elegida y las condiciones de su ascendencia. A lo mejor, los organismos se repelen y los caracteres no casan. Me preocupaban altamente los hijos. Yo me casaba para tenerlos. ¿Me los daría aquella mujer? ¿Cuántos me daría? De su complexión cabía esperarlos con fundamento legítimo: sus curvas eran harto elocuentes; estaban llenas de promesas… Por otra parte, una hermana suya tenía dos; su madre había tenido tres; mi hermano el mayor tiene siete, y el segundo, cuatro; yo, que soy el pequeño, bien podía esperar uno o dos siquiera. Pero, bien: ¿serían perfectos estos hijos? ¿Serían saludables? ¿Serían guapos? ¿Cómo serían? Estudié los antecedentes de ambas familias con toda escrupulosidad; me analicé la sangre dos veces; me valí de un ardid para que ella se la analizara asimismo, y el resultado de mis investigaciones y vigilias fué triunfal, admirable: Matilde Torrejón y Burguillos debía ser la esposa de Secundino Arriba y Abajo. ¡Habíamos nacido el uno para el otro! Si ella era *predominantemente* sanguínea, yo era *predominantemente* linfático; si ella era vehemente y risueña, yo era calmoso y grave; ¡todo equilibrado, señores! Si ella tenía un tío flemático y grueso, yo tenía uno nervioso y flaco; y si hubo un loco en su familia, en la mía hubo un tonto, que no ha sido el único, por lo visto. ¡Todo equilibrado, todo compensado!

Consulté, por último, con mis confesores (tengo dos: uno en Madrid y otro en provincias); copié la carta de declaración de nueve meses antes, porque la tinta se había puesto parda y el papel amarillo; se la remití a la dama de mis pensamientos con un ramo de lilas, y esperé tranquilo la respuesta. Y fué satisfactoria. Y en los dos años que duraron nuestras relaciones —un año por cabeza— no hubo entre nosotros un sí ni un no, como era natural que ocurriese. Antes de ir al altar nos confesamos mutuamente flaquezas y defectos. Yo tenía más defectos que ella. Ella tenía… menos flaquezas que yo. Yo le declaré, entre varias cosas no tan interesantes, que usaba bisoñé. *Se lo quita y se queda como un melón.* Ella fué tan angelical, que me confesó que lo había notado desde el primer día. Lo mismo, exactamente, me ocurrió con la pintura del bigote: también la había notado, y también me lo dijo. Esto me halagó sobremanera, porque me revelaba un alma sin dobleces. ¿Qué nos quedaba por decidir ya, en medio de tamaña ventura? Una sola cosa importante: si su madre había de vivir o no con nosotros. Y he aquí que en este punto preciso todas las estadísticas, todas las referencias están conformes en que una suegra presente en la casa es cien veces menos tolerable que una suegra por correo o por telégrafo. *Mamá*, pues, se quedaría en Getafe. Yo siempre le llamé mamá, con una ternura que nadie ha sabido agradecerme. Nos casamos, para concluir, como dos tortolitos y al partir el tren que había de conducirnos a Guadalajara le apreté por primera vez la mano derecha más de lo justo. Ella me sonrió y… Basta.

Conocidos estos prolijos antecedentes, ¿quién podría pensar sino que mi matrimonio había de servir de ejemplo en el mundo? Pues ¡buen ejemplo nos dé Dios! Mi desencanto ha sido enorme; mi caída, *de latiguillo.* Esta mañana me he encontrado en la mesa de noche una carta de la perjura, en que me dice que se escapa con el secretario y la doncella, ¡porque no pueden aguantarme! ¡A mí! ¡A mí! ¡El espejo de la cortesía; que le pasaba tarjeta a mi mujer para entrar en su alcoba! ¡Ay! Creí que soñaba al leer aquellos pavorosos renglones, y me di una ducha. ¡Pero no soñaba! ¡Se habían escapado los tres! ¡Abrumador conflicto! ¿Qué debía hacer yo? ¿Qué determinación tomaría? ¿Los buscaba? ¿No los buscaba? ¿Daba parte? ¿No daba parte? ¿La mataría? ¿No la mataría? ¿Mataría al secretario? ¿Me mataría yo? ¿No mataría a ninguno? ¿Qué hacer, Dios mío? Una inspiración, un impulso no sentido

nunca, me llevó a la casa de un famosísimo jurisconsulto: Valdivieso. Me encerré con Valdivieso en su despacho y he estado con él, dale que le das, cinco horas. Lo llamaron para almorzar, dos veces: inútil. Ladró el perro: inútil. Oí a la familia discutir si ponían o no ponían una escoba detrás de la puerta: inútil. Yo no me daba por aludido. Le expuse el caso a Valdivieso ce por be, detalle por detalle, pelo a pelo —ya ustedes me conocen un poco—; él cerraba los ojos, sin duda para recoger mejor su atención, y de cuando en cuando se quejaba de los riñones; y al cabo de las cinco horas (¡esto mana sangre!) el intérprete de la Ley se puso de pie repentinamente ¡y me dijo, con todas sus letras, que mi esposa, mi secretario y la criada habían hecho bien en escaparse por no aguantarme a mí! ¡El intérprete de la Ley me dijo esto! Una congestión pasó por el despacho. Afortunadamente no me dió.

Salí a la calle. No podía presumir que en la calle me esperaba la última lanzada. Me topé a un amigote andaluz, a quien odio con mis cinco sentidos, por incompatibilidad de caracteres. Me abrazó con mil zalamerías; me espetó que era muy dichoso; que se había casado; que tenía dos hijos como dos soles, y que su mujer era una manzana… No sé lo que pasó por mí. «¿Dónde conociste a esa manzana?» —me atreví a preguntarle. Y me contestó con su ligereza de siempre: «¡En er tren!». «¿En él tren?». «¡En er tren! ¡en er tren!

Las cosas de la vía, Secundino. Si en lugá de meterme en un vagón me meto en otro, no me caso». Y se echó a reír y se puso a tocar los palillos. ¿Cabe, dada mi situación, burla más sangrienta, befa más cruel? ¿Comprenden ustedes ahora el desquiciamiento moral de que les hablaba al principio y de que soy víctima? ¡La Lotería Nacional tiene más lógica que la tabla de logaritmos! Una desolación; un espanto. Me faltan las fuerzas. Necesito almorzar para discurrir en razón. Si alguno de ustedes quiere acompañarme, entre plato y plato le daré lectura de los estatutos y del reglamento interior que yo había establecido en mi casa. Nadie me contesta. Ésto me alarma grandemente. Buenas tardes. Por primera vez entra en mi cabeza la idea de que pueda tener razón Valdivieso. Buenas tardes, señores. *Coge el sombrero y se encamina a la puerta, dando un suspiro de dolor.* ¡Ay! *En la puerta se detiene y exclama así:*

Voy desolado, abatido,

roto el fiel de mi balanza…
¡Ay, Lógica, te has lucido!
¡Si decido la venganza,
ni la peso ni la mido!

Madrid, marzo, 1917.

LA CUERDA SENSIBLE

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **Odeón**, de Madrid, el 22 de abril de 1918

A MARÍA GÁMEZ,
actriz con cien actrices en el corazón
y mujer con cien mujeres en los ojos,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESTELA.	María Gámez.
AURELIA.	Encarnación Díaz.
MAXIMILIANO.	Alberto Romea.

LA CUERDA SENSIBLE

Pequeña playa, llamada «de los locos», en Garranga, pueblecillo de pescadores de la costa cantábrica. Es una mañana de septiembre.

Estela, sentada en un banquito, toma el sol y aspira las brisas marinas hojeando un libro de versos. Sobre la arena tiene una sombrilla y un bolso con labor. Es guapa y está triste, lo cual equivale a ser dos veces guapa. Nació en Andalucía y ha vivido algunos años en Buenos Aires. Conserva al hablar el acento argentino.

ESTELA. ¡Qué poeta más contradictorio, más raro! Porque dise cosas bonitas; pero dise también muchísimas pavadas. *Lee:*

> «Hombres locos que en guerra monstruosa
> parece que queréis matar la vida;
> nada conseguiréis si en una rosa
> dejáis una crisálida escondida,
> y de ella sale una mujer hermosa.»

Esto está bien. *Lee nuevamente:*

> «Quiero hacer una rima: ya está hecha.
> Es no más que tu nombre y una fecha.»

Esto es una pavada. ¡Su nombre y una fecha!… Y luego si te vi no me acuerdo, a pesar de la fecha. Una pavada. *Deja el libro, mira al horizonte, suspira y coge la labor.* De los versos al ganchiyo y del ganchiyo otra vez a los versos. ¡La vida así sí que es una pavada!

Pausa. Sale por la derecha Aurelia, amiga y confidente de Estela.

AURELIA. Mucho frecuentas tú la playa de los locos.

ESTELA. Tanto como tú.

AURELIA. Yo voy dando un paseo; quiero llegar hasta las rocas. Ya sabes que me gusta andar después del baño. ¿Vienes conmigo?

ESTELA. No; me quedo aquí. Tengo peresa.

AURELIA. ¿No te has bañado hoy?

ESTELA. No. Tuve peresa.

AURELIA. ¿Ni has ido a la tertulia del toldo?

ESTELA. Me dió peresa.

AURELIA. Vaya, que hoy no estás más que para la playa de los locos.

ESTELA. Que es lo más lindo de Garranga. Por su situasión… y porque no viene casi nadie. ¡Bendita soledad!

AURELIA. ¿Hay pocos locos, según eso?

ESTELA. No es que haya pocos, sino que están muy repartidos en el mundo. No habían de venir todos a Garranga a veranear.

AURELIA. Hace un rato he visto pasar a uno hacia arriba que tiene fama en la colonia.

ESTELA. Ese que tú dises no es loco; pero me va a volver a mí. Yo también lo he visto pasar. ¡Demonio de hombre! ¡Ay!

AURELIA. ¡Te he dicho tantas veces que era peligroso tu juego!…

ESTELA. ¿A qué le yamas juego?

AURELIA. Porque tu hermana Obdulia fuese víctima de un hombre malo, que hasta enterrarla no paró, ¿has de erigirte tú en vengadora de ella con los demás hombres?

ESTELA. Y ¿cómo no, Aurelia?

AURELIA. Pero ¿qué culpa tienen los demás?

ESTELA. Ninguna, es claro; pero son hombres y se asercan a mí… como el otro se asercó a mi hermana… para destrosarle la vida. El que a mí se yegue yevará su castigo; por el recuerdo de la pobre Obdulia… y por las intensiones que a mi lado lo puedan guiar.

AURELIA. Mujer, algunos se han acercado a ti con buenas intenciones.

ESTELA. Así le paresieron a Obdulia las de su marido. No insistas, Aurelia: la desventura de mi hermana ha sembrado en mí la desconfiansa de todos. Sobre que me divierte mucho eso a que tú le yamas mi juego: coquetear con eyos, ofuscarlos, engreírlos, trastornarlos enteramente hasta que caen a mis pies echando yamas por los ojos… y entonses… ¡qué risa! volverles la espalda con mucha flema y coger la perrita para besarla en el hosico. ¡Les da un coraje!

AURELIA. Lo creo sin que lo jures.

ESTELA. Algunos se me ponen furiosos. Más furiosos cuanto más me río. Sólo uno, que era muy payaso, tuvo grasia y me empesó a ladrar.

AURELIA. Y el loco que te trae tan interesada, ¿qué ha hecho?

ESTELA. Nada, todavía.

AURELIA. ¿No te toma en cuenta?

ESTELA. Me toma y no me toma en cuenta, que es lo malo.

AURELIA. Y ¿no será tal vez que él se halle en tu mismo caso respecto a las mujeres?

ESTELA. No sé… A veses lo he pensado no creas… Pero, no sé, no sé…

AURELIA. El hecho es que te quita el sueño.

ESTELA. No, no tanto… no me quita el sueño. Pero tampoco me lo da.

AURELIA. Llámale hache.

ESTELA. Maximiliano es un enigma, una esfinge. Aquí lo juzgan loco por lo extravagante de su vida y costumbres; pero ¡qué ha de serlo! Yo más bien creo que padese un ataque crónico de cordura. Yo he tratado a infinidad de hombres: primero, de muchacha en Andalusía; luego, en la Argentina, donde casi me recrié; después, en París, en Madrid, en mil partes… Bueno; pues todos los hombres a quienes he tratado me han descubierto siempre, tarde o temprano, lo que se yama el punto flaco, la cuerda sensible: una vanidad, un entusiasmo, una afisión… una ventanita a que asomarse… y donde poder cogerlos frititos.

AURELIA. ¿Y ese loco-cuerdo no tiene ventanita ninguna?

ESTELA. Si la tiene, da a un patio interior. Porque yo lo he visto por las cuatro fachadas y no se la encuentro. Me desespera, ¿sabes? Y mira que he conversado con él más de quinse días y que he tocado todas las teclas: el mar, el campo, el sielo, el arte, el amor, las mujeres, los hombres, la casa, el vino, las corridas de toros, la aviasión, la guerra, los viajes… ¿Qué quiere desir todas las teclas? Pues de todo te habla lo mismo; en el mismo tono; sin alterarse ni sofocarse nunca. Es como la caja de un gramófono, que resibe igual todos los discos que le ponen; tanto se le da de unas soleares de Amalia Molina como del brindis de *Amleto* por Titta Ruffo. ¡Qué hombre! ¡Reniego del día que vino a veranear a Garranga!

AURELIA. Y ¿se te ha de ir sin que logres asomarlo a su ventanita; sin averiguar su cuerda sensible?

ESTELA. ¡*Voilá* mi desesperasión! Me han dicho que se va el domingo, y estoy desolada. ¡El gustaso con que yo le volvería a ese hombre la espalda para besarle el hosiquito a la perra!

AURELIA. Calla, que allí viene.

ESTELA. ¿La perra?

AURELIA. El perro. Te dejo con él.

ESTELA. No, mujer; no te vayas ahora.

AURELIA. Y ¿qué hago yo aquí más que estorbar? Hasta luego. Mira, mira la facha que trae.

ESTELA. ¡Qué he de mirarlo! Anda con Dios, mujer.

AURELIA. Adiós. Buena suerte. *Vase hacia la izquierda.*

ESTELA. ¡Buena suerte, sí; buena suerte!… Veremos lo que quiere Dios.

Vuelve a coger el libro. A poco lee:

«Adondequiera que miro
una mariposa veo,
que me halaga en cada giro
la esperanza o el deseo.»

Otra pavada. *Continúa leyendo para sí. De pronto dice:* ¿A ver?

«Envío de unos claveles.

A…»

Esta A con puntitos de los poetas ¡me pone más nerviosa!… Es una dedicatoria tan socorrida…

«En pago de unos claveles
que tuve en mis labios presos,
ahí van ésos:
porque los amigos fieles
cambian claveles por besos…»

Vamos, esto está bien. Sobre todo si la famosa A… no es más que una. *Lee de nuevo:*

«Miraba al cielo pensando
que de ti me separaba…
y me sorprendí llorando
de pensar lo que pensaba.»

Esto está mejor. Ya se le pueden perdonar algunas pavadas a este poeta.

Par la izquierda aparece en esto Maximiliano, en una guisa sorprendente, impropia de un galán, pero muy propia de él: en mangas de camisa, con pantaloncillo de franela muy usado, alpargatas sobre la carne, americana al brazo, y cubierto con un sombrero de segador.

MAXIMILIANO. Estela, buenos días.

ESTELA. ¿Quién? ¡Ah! buenos días. Creí que era el bañero.

MAXIMILIANO. Pues soy yo. Pero no tengo inconveniente en ser el bañero. El bañero de usted.

ESTELA. ¿De dónde viene usted de esa facha?

MAXIMILIANO. De junto a las rocas: de tomar el baño de sol.

ESTELA. Hasta en eso es usted extraordinario. Todo el mundo viene aquí a bañarse en el agua: usted, en el sol.

Maximiliano. Que me imite quien quiera. Le advierto a usted que es una costumbre sanísima. Me escondo allá, donde no llega nadie, me quedo en el traje de Adán… y caigan rayos sobre mí. Rayos solares, por supuesto. Tengo la espalda que parece caoba.

Estela. ¿La espalda nada más? Todo usted creo yo que es de madera.

Maximiliano. De madera, no; pero soy fuerte. Vengo de buena casta. Y, en fin, algo hay que hacer para pasar las horas mortales. ¿Usted leía?

Estela. Sí. Y hasía ganchiyo. Para pasar las horas también.

Maximiliano. ¿Quiere usted que la acompañe un rato?

Estela. ¿Cómo no?

Maximiliano. ¿No le da a usted vergüenza de que la vean conmigo así?

Estela. En todo caso debe darle a usted de que lo vean así… conmigo.

Maximiliano. Pues a mí no me da. Hecho. *Se tumba en la arena.*

Estela. Pero siéntese aquí, en el banco.

Maximiliano. Aquí estoy más cómodo.

Estela. Ya, ya. Y revuélquese como mi perrita, si le viene en gana.

Maximiliano. Si lo hiciera delante de usted, sería un mal educado. Lo cual no significa que su perrita de usted lo sea: señalo simplemente la diferencia que existe entre la perra y yo.

Estela. Entendido, entendido. Hase un gran día, ¿verdad?

Maximiliano. Espléndido. Esparce salud.

Estela. De brisa y de sol, ¿eh? Son los que yo prefiero en Garranga. ¿Y usted?

Maximiliano. Yo no suelo tener preferencias.

Estela. Ya lo he advertido.

Maximiliano. Ni me disgustan esos que ordinariamente se llaman malos días. Estando yo bueno, me importa un bledo que los días estén malos. Que llueve: cojo el impermeable, y venga agua. Que escampa: cuelgo el impermeable, y venga sol. Esto es todo.

Estela. Ya escampa, ya. Y diga usted: ¿es sierto eso que disen?

MAXIMILIANO. ¿Qué dicen?

ESTELA. Que se nos marcha usted el domingo.

MAXIMILIANO. ¿Que irte les marcho yo? No, no, no; de ninguna manera. Yo me marcho el domingo, en efecto; pero de aquí, del pueblo, no me marcho de nadie.

ESTELA. Es lo que he querido desir. Pero ¿quién le asegura a usted que al irse de Garranga no se le va también a alguna persona?

MAXIMILIANO. No lo creo. ¿Es que he dado algún flechazo sin enterarme? Cuénteme usted, cuénteme usted…

ESTELA. Si usted no se ha enterado, criatura, ¿qué interés voy yo a tener en abrirle los ojos?

MAXIMILIANO. Bueno; como usted quiera. Me es igual.

ESTELA. Lo que sí me atreveré a indicarle es que si se quedara todo septiembre, al final me lo agradesería. Porque aquí la otoñada es delisiosa.

MAXIMILIANO. *Desde ya* le agradezco a usted la indicación, como usted dice algunas veces: *desde ya*.

ESTELA. Resabios de mi estada en el otro mundo.

MAXIMILIANO. Pero el otoño es bello en cualquier parte. Sus maravillosas puestas de sol, ¿dónde no cautivan? El sol lo mismo se pone aquí que en Tembleque.

ESTELA. Lo mismo: eso sí. Y lo mismo se cae la hoja aquí que en Rusia. ¿Y adónde se dirige usted ahora, amigaso? Si lo sabe. ¿O le da igual también?

MAXIMILIANO. Me da igual. Pero voy primero a Extremadura. Tengo allí unos terrones y un castillo viejo, y unos me aconsejan que los venda y otros que no los venda. Me es igual.

ESTELA. ¡Jesús, hijo mío!

MAXIMILIANO. ¿Qué?

ESTELA. ¡Que no sé cómo se puede ser tan indiferente! *Se levanta*. Me está usted poniendo nerviosa.

MAXIMILIANO. No soy yo: es el aire; creo que tenemos anunciada galerna.

ESTELA. Sí, sí está anunsiada. Y vendrá. Y va a ser en seco, que son las más desagradables de todas.

MAXIMILIANO. Por lo demás, mi encantadora amiga, rectifique usted su concepto de mí: de indiferente no tengo ni una uña.

ESTELA. ¿Cómo no, si todo le da igual? Es usted absolutamente insensible.

MAXIMILIANO. ¡Error de errores! ¡Profunda y grandemente sensible, Estela!

ESTELA. ¡Qué disparate!

MAXIMILIANO. Pero soy, además, un hombre muy equilibrado.

ESTELA. Muy equilibrista.

MAXIMILIANO. Muy equilibrado. Y cuya sensibilidad está propicia a todas las cosas de este mundo. ¡El día que me apasione hasta la locura por una sola cosa, perderé el encanto de apreciar las demás! ¡Dios me conserve el equilibrio!

ESTELA. No lo pierde usted así como así.

MAXIMILIANO. A Dios gracias.

ESTELA. Pues yo le deseo a usted un batacasito desde el alambre.

MAXIMILIANO. ¿Por qué?

ESTELA. ¡Porque me sulfura esa flema; porque me sublevan sus teorías!

MAXIMILIANO. ¿Ah, sí? Pues eso se arregla muy bien, sin necesidad de mi batacazo. Cambiando de conversación sencillamente.

ESTELA. Me temo que no baste.

Ella pasea y Maximiliano se levanta.

MAXIMILIANO. ¿Usted va a permanecer en Garranga hasta octubre?

ESTELA. *Ça dépend…*

MAXIMILIANO. ¿Y eso?

ESTELA. Mi hermano Hermenegildo, que se casó el año pasado, me escribe que muy prontito va a ser padre, y desea que yo me encuentre en el

fausto suseso.

MAXIMILIANO. ¿Tiene usted un hermano recién casado?

ESTELA. Sí, señor: en Granada. Con una mujer hermosísima.

MAXIMILIANO. ¿Y va a tener un hijo muy pronto?

ESTELA. Usted figúrese… Era de presumir.

MAXIMILIANO. *Con noble emoción.* ¡Un hijo! ¡Dichoso ese hombre!

ESTELA. *Sorprendida.* ¿Eh?

MAXIMILIANO. ¡Dichoso mil veces ese hombre! ¡Va a tener un hijo!

ESTELA. ¿Cómo?

MAXIMILIANO. ¡Un hijo! ¡Supremo ideal de la vida!

ESTELA. Habla usted con un entusiasmo… con una emoción…

MAXIMILIANO. Pues son sinceros; como todo en mí. Tener un hijo es realizar el ideal de la vida. De la mía, a lo menos.

ESTELA. *Sin poder contenerse.* ¡Ay, qué *cuerdita* más de mi gusto!

MAXIMILIANO. ¿Qué dice usted?

ESTELA. No… nada.

MAXIMILIANO. ¿También la pone nerviosa esta conversación?

ESTELA. Sí, sí… También me pone… Pero de otro modo. Venga acá y vamos a conversar sobre ese tema que tanto lo ilusiona a usted.

MAXIMILIANO. ¡Oh! Es tema favorito. Es mi flaco; es mi cuerda sensible.

ESTELA. *Riéndose.* ¡Caramba, caramba!

MAXIMILIANO. ¿De qué se ríe usted?

ESTELA. Del descubrimiento. Pero es una risa particular… muy particular. ¡Miren no haber puesto el dedito en la yaga hasta ahora! Venga, venga acá; acomódese a mi ladito y charlemos.

MAXIMILIANO. Con mil amores.

ESTELA. ¿Dónde andará la perra? ¿Es así que el sueño de su vida…?

MAXIMILIANO SÍ. Es ése; el que va a ver logrado su hermano de usted: el de tener un hijo. Al morir mi padre, de quien heredé este equilibrio que a

usted la irrita y la desconcierta, y que al fin y al cabo no es más que salud del cuerpo y del alma, me dijo estas palabras consoladoras: «Yo no me muero, porque sigo viviendo en ti. Tú continúas mi vida. Procura tú no abandonar el mundo sin dejar también quien herede tu sangre, tu nombre y tu espíritu». Y eso anhelo: tener un hijo y repetirle antes de morir las mismas palabras de mi padre.

ESTELA. Y ¿a qué aguarda usted ya?

MAXIMILIANO. ¡Ay, amiga mía!…

ESTELA. Porque, aunque usted es joven, le conviene dejar al hijo cresidito, ¿no?, para que se haga cargo bien de lo que usted le recomiende.

MAXIMILIANO. Cierto. Pero, ¿usted se imagina quizás que es tan fácil…?

ESTELA. Hombre… le diré a usted… yo… En fin, mire usted… el mundo está yeno de ejemplos…

MAXIMILIANO. No me ha entendido usted, Estela.

ESTELA. Pues explíquese. ¿Qué puede estorbar que realise un sueño tan legítimo un hombre como usted, soltero, rico, independiente, saludable, que tiene la espalda de caoba?… ¡Encontrará a rasimos las muchachas que quieran casarse con usted!

MAXIMILIANO. He ahí el obstáculo.

ESTELA. ¿Cuál?

MAXIMILIANO. El casamiento.

ESTELA. ¿No quiere usted casarse?

MAXIMILIANO. ¡Sí!

ESTELA. ¡Entonses!…

MAXIMILIANO. Es usted una mujer inteligente y libre, y acaso me comprenda.

ESTELA. Cuidado, ¿eh?

MAXIMILIANO. No hay cuidado. Cuando se habla con esta honradez de un ideal tan puro, no hay cuidado. En dos palabras: yo no quiero casarme para tener un hijo, sino al revés.

ESTELA. ¿Al revés?

MAXIMILIANO. Yo quiero tener un hijo… y luego casarme.

ESTELA. ¡Virgen de la Regla! ¡Qué airosidad!

MAXIMILIANO. ¿Por qué? No me juzgue usted de ligero como todas, Estela. Óigame. Yo, si no tengo un hijo, no realizo el fin de mi vida. ¿Cómo he de unirme a una mujer con lazo eterno sin saber si me va a dar o no el hijo de mi alma?

ESTELA. Hombre, hombre, eso es muy escabroso… Pero, fíjese… Basta elegirla bien para casarse confiado y tranquilo.

MAXIMILIANO. No basta: hay mil ejemplos contradictorios. Ponga usted que me caso a ciegas y no nace mi hijo. ¿Qué hago?

ESTELA. Aguardar un poquito, señor.

MAXIMILIANO. Aguardo un año, dos, cinco, siete —no se puede estirar mucho el plazo—, y el heredero sin venir. ¿Qué hago?

ESTELA. ¡Aguantarse, como tantos matrimonios sin hijos!

MAXIMILIANO. ¡Eso es! ¡Y mi ideal perdido y mi vida rota! Y si por encima de todo me empeño en lograrlo, considere usted los delitos que he de cometer: engañar a la que elegí por compañera; faltar a la fe jurada ante Dios; tener un hijo adulterino, que viene al mundo para ser vilipendiado por la sociedad…

ESTELA. Mire, mire, Maximiliano; no siga, no desbarre…

MAXIMILIANO. ¡Cuánto más natural y lógico no es tener primero el hijo… y casarse en seguida!

ESTELA. Milagro hubiera sido que no saliese usted con una pitada de las gordas. No me hable más del caso, no. Vaya, vaya por ahí en busca del nene, y no se aflija, que no le faltarán partidos.

MAXIMILIANO. Un ruego, Estela: no me ofenda con tamaña suposición. El hijo que yo tenga ha de merecer una madre. ¡Una madre!

ESTELA. ¡Y se pone tan serio!

MAXIMILIANO. ¡Naturalmente, señorita! Ése es otro escollo en que tropiezo. Quizás el más grave. Casado ya, y convencido de que mi mujer no me da un hijo, ¿a qué solterita que se estime en algo le insinúo yo siquiera…?

ESTELA. Pero, ¿se ha atrevido usted a insinuárselo a alguna, aun estando soltero?

MAXIMILIANO. Nada menos que a tres.

ESTELA. Y ¿habrá usted salido por el balcón las tres veses?

MAXIMILIANO. Peor todavía: me ha costado tres desafíos.

ESTELA. ¡Claro!

MAXIMILIANO. ¡Claro, porque no hay lógica! Mi fin, ¿no es casarme? En rigor, ¿no es ése mi fin?

ESTELA. Todo lo que usted quiera; pero ¿y del prinsipio, qué me dise? ¡Qué *chanchada*!

MAXIMILIANO. Pero, Estela…

ESTELA. ¡A mí me deja usted ahora mismo, o le doy un sombriyaso en la cabesota! ¡Qué tipo! ¡Y paresía una figura de sera!

MAXIMILIANO. ¡Señorita!

ESTELA. ¡No me diga usted más!

MAXIMILIANO. ¡Por el amor de Dios!

ESTELA. ¡Que se vaya usted camino de su casa!

MAXIMILIANO. ¡Dios mío, qué desilusión tan terrible! ¡Creí que tendría usted otra línea psicológica, más flexibilidad de espíritu!

ESTELA. ¡Y yo creí que tendría usted más vergüensa!

MAXIMILIANO. ¿La he ofendido a usted?

ESTELA. No lo sé. Váyase de mi vista.

MAXIMILIANO. ¿Me perdona usted en todo caso?

ESTELA. Sí. Pero váyase de mi vista.

MAXIMILIANO. ¡Qué lástima! ¡Tan hermosa, tan atractiva, tan buena… y no me entiende! ¡Y yo empezaba a amarla!… A los pies de usted, bella enemiga.

ESTELA. Beso a usted… No; no le beso a usted nada.

MAXIMILIANO. *Volviendo atrás cuando va a irse.* ¿Me permite usted una pregunta?

ESTELA. ¿Qué quiere usted?

MAXIMILIANO. Es una tontería.

ESTELA. Ha dicho usted tantas, que una más…

MAXIMILIANO. Por eso. ¿Usted sabe lo que significa Garranga?

ESTELA. ¿El nombre de este sitio?

MAXIMILIANO. Sí. Es palabra eúskara.

ESTELA. Y ¿qué significa?

MAXIMILIANO. Pues… el ganchito del anzuelo.

ESTELA. ¡Qué sonso!

MAXIMILIANO. Ya le previne… *resién* que era una tontería. Y puesta a ello, ¿me quiere usted contestar a otra pregunta?

ESTELA. Con tal que sea un poco menos simple…

MAXIMILIANO. Ésta es mera curiosidad infantil. Cuando nazca el hijo de su hermano, ¿cómo se llamará?

ESTELA. Si es niño, Julio, como mi padre.

MAXIMILIANO. ¡Julio!… Me gusta el nombre. Muchas gracias.

ESTELA. No las merese.

MAXIMILIANO. ¡Julio!… ¡Julio!… *Le hace una reverencia y se va.*

Ella lo ve alejarse entre rencorosa e interesada.

ESTELA. ¡Habrase visto frescura de hombre!… ¡Casi me ha hecho yorar! ¡Y cómo lo toma; como si fuera lo más yano del mundo! ¡Jesús con la cuerda sensible! ¡Vaya, vaya, a desimpresionarme y a olvidarlo! *Se sienta y hojea el libro.* ¿Pues no tiemblo como asogada?… ¿Será ese hombre castigo de Dios a mis coqueteos vengativos?… ¡Y ha dicho que empesaba a amarme!… *Lee:*

«Escucha el rumor del mar
y el silencio de los cielos;
que ellos en su eterno hablar
les dirán a tus anhelos
lo que quieras escuchar.»

Madrid, abril, 1918.

LOS MARCHOSOS

SAINETE

Estrenado en el **Teatro de la Infanta Isabel** el 3 de mayo de 1918

A JOSÉ MARÍA PERALES,
en recuerdo de una frase profética,
SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Patrocinio.	Joaquina del Pino.
Pasión.	Mercedes Pardo.
Clarita.	Carmen Cachet.
La Pirri.	Concha Zeda.
La Niña del Rizo.	Magdalena Abrines.
El Barón de la Gavilla.	José del Portillo.
El Coronel Solera.	Francisco Alarcón.
Don Ángel Custodio.	Enrique Navas.
Don Floro el Supremo.	Rafael Ramírez.
Don Rosendo el Notario.	Alfredo Aláiz.
Jerónimo.	José García Aguilar.
Marcelo.	Antonio del Pino.
Quirriqui.	Antonio Estévez.
Pincha-Uvas.	Alejandro Maximino.
Pérez el del Viso.	Víctor Codina.
	Enrique Navas (hijo).

El Niño del 7.

LOS MARCHOSOS

Antesala en casa de Patrocinio Otero, famosa cantadora retirada, en Sevilla. Balcón a la derecha del actor y sendas puertas al foro y a la izquierda. Por la del foro, hacia la derecha, se va a la calle, y hacia la izquierda, al comedor y a la cocina. Muebles modestos. Cromos en las paredes. El suelo, esterado. Es a media tarde, en un buen día de marzo ventoso.

De la calle viene el Barón de la Gavilla, acompañado de Clarita, que le ha abierto el portón. Es este barón un viejo aristócrata, arruinado en zambras y francachelas, a quien ya no le queda otro caudal que el de sus lágrimas, las cuales, por cierto, se le agolpan a los ojos con frecuencia conmovedora. Clarita es la criada de Patrocinio, y «se cae de bonita», al decir de su ama. Tanto, que le sorprende mucho hallarse en presencia de un hombre sin oír inmediatamente alguna flor.

CLARITA. Pase usté adelante, señó barón.

BARÓN. ¿Y Patrosinio, nena?

CLARITA. En la cosina está, con Narda la der Puerto, que ha venío a haserle unas torrijas. Durses de Cuaresma. ¿La yamo?

BARÓN. Sí; yámala. *Se sienta abatido.*

CLARITA. ¿Y antes no me dise usté na?

BARÓN. Hija, hoy no tengo humó de piropos.

CLARITA. ¡Miste qué contratiempo!

BARÓN. Yama a Patrosinio.

CLARITA. *Gritando.* ¡Señita Patrosinio!

BARÓN. Así la hubiera yamao yo, mosita.

CLARITA. ¿Usté? ¡Usté no trae fuersas ni pa eso!

BARÓN. Verdá que no las traigo.

CLARITA. ¿A que no sabe usté lo que esta mañana me ha dicho er cartero?

BARÓN. ¿Qué te ha dicho?

CLARITA. Que ojalá me escriba arguien tos los días: para verme é. Y luego, que por traerme a mí las cartas es capaz de darme una perra gorda en lugá de tomarme una chica.

Sale por la puerta del foro Patrocinio, de clásica bata.

PATROCINIO. ¿Quién es?

BARÓN. Yo, Patrosinio, yo: la desgrasia andando.

PATROCINIO. ¡Hola, señó barón! ¿Qué traemos?

BARÓN. Vergüensa me cuesta desírtelo, hija mía. A estas horas, las sinco e la tarde, estoy con un vaso de agua.

PATROCINIO. ¡Vaya por Dios!

BARÓN. Sí, hija sí: er barón de la Gaviya viene a tu casa a pedirte una tasita e cardo con una hojita e yerbabuena.

PATROCINIO. ¡Vorteretas der mundo!

BARÓN. ¿Vorteretas? ¡Sartos mortales!

PATROCINIO. Es verdá.

BARÓN. Anda, tráeme er cardo, y Dios te lo pague, hija mía.

PATROCINIO. ¿Le echaré un huevesito, no?

BARÓN. Bueno, sí: la clara y la yema.

PATROCINIO. Naturarmente: er cascarón se tira.

BARÓN. Hija, es que como a veses tomo la yema sola… Además, Patrosinio, ¡si no sé lo que hablo! ¡Si anoche me he quedao a dormí en casa de *Repique, er* siyero! ¡Si la que traigo puesta es una ropa que me ha dao Domingo, er que fué mi ayuda de cámara! ¡Yo: er barón de la Gaviya, que regalaba ternos nuevos; que tos los días estrenaba unas botas!

CLARITA. ¡Jesús, qué martirio!

Barón. ¡Yo, que ensendía los sigarros puros con biyetes de mir pesetas, y que cuando me estaba grande un sombrero le metía en la badana paper del Estao! *Al recuerdo de su grandeza contiene un sollozo preñado de lágrimas.*

Patrocinio. ¡Qué vamos a haserle, barón!… Sosiéguese usté, que ya le vendrán días mejores.

Males que acarrea er tiempo,
quién pudiera penetrarlos…

Pero, señó barón, ¿y por qué no se aviene usté a lo que le propone Anger Custodio, mientras pasa la nube?

Barón. ¿A qué?

Patrocinio. A que ca uno de sus amigos le señale a usté una cantidá fija…

Barón. Caya, Patrosinio, cáyate, que me estás matando; ya se lo he dicho a Anger Custodio. Yo de los amigos armito la ropa, y la cama, y er coche, y un peaso e pan, y hasta una ruea de calentitos… ¡pero la moneda, no; la moneda, no! ¡La limosna de dinero me quemaría las manos!

Patrocinio. Bueno está. Hay manías de tos los colores. Clarita, sar tú a vé quién es, que han yamao ar portón. Y yo voy a traerle a usté er cardo en seguía. Y una copita de jerez pa remate.

Clarita y Patrocinio se van por la puerta del foro, cada una hacia un lado.

Barón. Es pan de fló esta Patrosinio.

Pausa. Llega Pasión por la puerta del foro. Clarita sigue por el pasillo hacia la izquierda. Pasión es una bella mujer, en la flor de la vida. Viene de toquilla y delantalito.

Pasión. ¿Se puede pasá?

Barón. *Levantándose.* Pase usté, señora.

Pasión. Buenas tardes.

Barón. Buenas las tenga usté. *A una mirada de ella.* ¡Lo menos se ha figurao usté que soy quisás un escribiente de la Audiensia!

Pasión. No, señó.

BARÓN. ¡O un sereno de día!

PASIÓN. No, señó; yo tengo er gusto de conoserlo. Usté es er barón de la Gaviya.

BARÓN. Sí, señora; pa servirla a usté. *Poniendo el alma en un suspiro.* ¡Ay!…

PASIÓN. ¡Pos si es usté en Seviya más renombrao!…

BARÓN. Y usté ¿quién es; una vesinita de Patrosinio?

PASIÓN. Sí, señó. Quinse días hase que vivo en er pisito de junto. Pero nos hemos hecho muy amigas.

BARÓN. ¿Es usté quisás del ofisio de eya?

PASIÓN. No, señó; ni canto ni bailo. Soy una mujé de mi casa.

BARÓN. Ya. *Rememorando.* ¡Cómo cantaba Patrosinio! ¡Qué poderío er suyo! La Alondra le yamábamos los de mi trinca. ¡Aqueyo se fué! Cuando Anger Custodio, su amigo, la retiró, yo se lo dije: «Te yevas pa ti solo la cantaora de más rumbo que ha pisao tablas». ¡Qué seguiriyas gitanas desía!… ¡Jesús! La suya, la «grande»:

Aunque no nos veamos
en un año ni en dos,
compañerito, a la mano se viene
lo que está de Dios.

Le acomete el llanto de nuevo y apenas puede acabar la copla. Enjugándose las lágrimas lo halla Patrocinio, que vuelve con el caldo y la copita de jerez.

PATROCINIO. Señó barón, ¿otra te pego? ¡Por vía der yanto! ¡Le vamos a poné a usté Jeremías! ¡A yorá váyase usté a la Cuna! ¡Hola, Pasión!

PASIÓN. ¡Hola, Patrosinio!

PATROCINIO. Tranquilísese usté antes de tomá er cardo, no le vaya a sentá malamente.

BARÓN. Muchas grasias, hija. ¡Qué primorosa te hecho Dios! Paese de oro er cardo que me traes. ¿Ustedes gustan?

PASIÓN. Grasias: que aproveche.

Barón. ¡Resusita a un muerto! ¡Aquí sí que encaja bien aqueyo de «vaya cardo»!

Patrocinio. Ea, pos ahora, la copita.

Barón. La copita. *Oliéndola.* «Tío Pepe».

Patrocinio. Er mismo.

Barón. ¡Uno de los mejores parientes que me van quedando!

Pasión. Pos también da dijustos.

Patrocinio. ¿Que si los da?

Barón. *A Pasión.* Cuéntemelo usté a mí, que he sío dueño de tres bodegas famosas. ¡La causa e mi ruina!

Patrocinio. Eso no, señó barón; eso no. No le eche usté la curpa de to a las bodegas. Y miste que yo estoy harta de vino: veo una boteya y veo ar demonio. Pero usté se arruinó por fachendoso, por juerguista, por queré lusí más que nadie. La onsa de usté había de sé en toas partes la primera; los coches de usté tenían que armá más ruío que ningunos; la quería de usté había de poné er mingo en tos laos. Y eso se paga.

Barón. ¡Ya lo creo que se paga! ¡Porque se paga me veo sin dos pesetas!

Patrocinio. Y aireó suyo siempre —¿lo oye usté, Pasión?— una ristra de gorrones y de *marchosos* que le sacaban hasta los tuétanos.

Barón. ¡Es verdá, es verdá!… ¡Y que ahora me ven por la caye y toman er tranvía!

Patrocinio. ¡*Chipén*!

Yo vine de rico a pobre
por asares de fortuna,
y he visto que crese y mengua
la amistad como la luna.

Yo, como por mi ofisio he padesío tan de serca a esa clase e gente, ¡les tengo, una inquinia!… Bueno, si Anger no me quita a mí der tablao, espicho. Yegué a tomarles a las juergas lo que se yama repunansia. Es hoy en día, y cuando Anger se emperra por ahí con los amigos y me yama a cantó arguna noche,

me sienta peó dejá la cama que si yo fuea un médico… Cuando los hombres se meten en esa *marcha*, están perdíos.

PASIÓN. Perdíos. Ya no hay pa eyos más que er vino, y las malas mujeres, y las francachelas… No viven pa otra cosa. Y no valen súplicas, ni reflesiones, ni yoros, ni consejos…

BARÓN. ¿Habla usté, acaso, por esperiensia propia?

PASIÓN. Desgrasiadamente. ¿Quién me iba a desí a mí que iba yo a casarme con un *marchoso*? Por supuesto, yo ¿qué sabía der mundo?

BARÓN. ¿De manera que es usté casá?

PASIÓN. Poquito.

BARÓN. ¿Cómo poquito?

PASIÓN. Porque a los dos años de matrimonio me harté de *marcha* y me separé. Y así yevo ya quinse meses.

PATROCINIO. Con dos hijos que tiene que hay pa volverse loca.

BARÓN. ¿Dos hijos tiene usté?

PASIÓN. Sí, señó. Argo había de agradeserle a mi esposo.

PATROCINIO. Usté quisá conozca a esa alhaja.

BARÓN. ¿Quién es él?

PASIÓN. Jerónimo Rota se yama.

BARÓN. ¿Jerónimo Rota? ¡Vaya si lo conozco! ¡Jeronimiyo! Camina, camina cuesta abajo… Y es lástima, porque es un muchacho de muy buena familia.

PASIÓN. La familia es lo único bueno que tiene; pero a mí no me vale.

BARÓN. *Pirandón* y calavera es como no hay en Seviya cuatro. Un trueno, una bala perdía.

PASIÓN. ¡Lástima y no se perdiera antes de darme a mí! En fin, pasiensia. Dios es varón… y paese que se pone siempre de parte de eyos…

Sale Clarita por la puerta del foro.

CLARITA. Señita Pasión.

PASIÓN. ¿Qué quieres?

CLARITA. Por la ventana de la cosina me ha dicho Frasquita que vaya usté, que está esperándola er chalán.

PASIÓN. ¡Ah! sí; que le voy a vendé unos trastos. Ahora vorveré. Con permiso.

BARÓN. Vaya usté con Dios.

PASIÓN. Ahora vorveré. *Se marcha por la puerta del foro.*

PATROCINIO. Tú, Clarita, yévate esto.

CLARITA. Sí, señora. *Coge taza y copa, y se va por la misma puerta, hacia el lado contrario.*

BARÓN. *Reflexivo.* ¡Bendito sea Dios! ¿Y que ese niño loco deje plantá a una mujé tan guapa pa enredarse con Antonia la Susia, que no vale tres caracoles y que da asco verla?

PATROCINIO. Señó barón, eso es lo mismo que hiso usté en sus tiempos, que ninguna lo comprendíamos, cuando dejó usté a su señora, que era una prinsesa, por Carolina la Gruya, que era un cangrejo moro.

BARÓN. *Sollozando.* ¡No me hables, por tu salú, de cosas tristes!

PATROCINIO. Porque lo de Anger Custodio conmigo es harina de otro costá. Empesando porque me conosió a mi antes que a su señora.

BARÓN. ¡No me hables, no me hables! Me ha dao pena de esa muchacha. ¡Quisás por los mismos remordimientos Patrosinio! Me ha dao mucha pena, mucha pena…

PATROCINIO. Yo estoy viendo a vé si los junto.

BARÓN. ¿Eh?

PATROCINIO. A eya no le he dicho ni una palabra. Pero a mí se me figura que ese Jerónimo, más que malo, es simple; del úrtimo que yega… Y voy a intentá er sé yo la úrtima. Son un doló esos niños; y esa mujé se merese otra suerte.

BARÓN. ¡Qué corasón has tenío siempre, hija mía!

PATROCINIO. Anger me ha dicho que se reúne ahora con é casi toas las tardes.

BARÓN. ¿Con Jerónimo?

PATROCINIO. Sí, señó. Jerónimo está inorante de que su mujé es mi vesina. Y Anger me lo va a traé por aquí, quisás esta tarde, pa que nos veamos las caras él y yo.

BARÓN. La intensión te sarve; pero to er que se mete a arreglá matrimonios sale con las manos en la cabesa. Se convierte en suegra de repente.

PATROCINIO. Ayá veremos.

Llega por la puerta del foro don Ángel Custodio, cincuentón alegre, campechano y simpático.

BARÓN. ¡Hombre! Hablando de ti estábamos ahora.

DON ÁNGEL. Felises, Gustavito.

PATROCINIO. ¿Quién te ha abierto? Tú no has yamao.

DON ÁNGEL. Salía Pasión cuando yo entraba.

PATROCINIO. ¿Vienes solo?

DON ÁNGEL. No.

PATROCINIO. ¿Has visto a Jerónimo?

DON ÁNGEL. Sí.

PATROCINIO. ¿Lo traes, quisás?

DON ÁNGEL. Oye lo que ha pasao. *Al Barón.* Hablamos de Jerónimo Rota.

BARÓN. Ya, ya estoy «puesto».

PATROCINIO. Sí, ya le he contao yo…

DON ÁNGEL. Verás la que te espera. Ese moso, que siempre encuentra argún pretesto pa andá de jarana, yeva ya tres o cuatro días con un forastero, enseñándole toa Seviya. Bueno; ¡toa Seviya!… La Seviya de é. Enseñándole los cormaos, las ventas… y las casas de buena sosiedá.

PATROCINIO. ¡Mar tiro le peguen! Y ¿quién es ese forastero?

DON ÁNGEL. Uno de Madrí. Ha venío con la comisión encargá de elegí er ganao pa la corría de la Prensa. Don Floro… no sé cuántos. Un *postinero*

de la corte. Ar Padre Eterno le ofrese un destino. Pa é no hay na imposible. Y según viene el hombre de alhajas, paese un escaparate der Monte e Piedá. En er deo chico no se le ve más que la uña.

BARÓN. *Sollozando y llorando repentinamente.* ¡Sus cosas!

DON ÁNGEL. ¿Qué es eso, Gustavito?

BARÓN. ¡Que me ha hecho grasia tu salía!

PATROCINIO. Pos paresía to lo contrario.

DON ÁNGEL. Eso iba yo a desirle.

BARÓN. Hijo, estoy neurasténico.

PATROCINIO. Totá: que por traé a Jerónimo has tenío que convidá también ar forastero.

DON ÁNGEL. ¡Y *aínda mais*!

PATROCINIO. ¡Adiós! ¡Ya está aquí la mangla!

DON ÁNGEL. Entérate.

PATROCINIO. ¡No me digas más: se formó la pelota! ¡La ensarta de *marchosos* que viene pa aquí!

DON ÁNGEL. ¡Mujé, compromisos y asares!… ¡Entérate! Después e to, tú tienes la curpa, por ese empeño con Jerónimo. Veníamos solitos los tres, y a la puerta de *La Campaniya* tropesamos ar coroné Solera y a don Rosendo, que se nos agregaron. ¿Íbamos a desirles que estorbaban? Tomamos entonses er tranvía, pa evitá más encuentros, y en er tranvía, Quirriqui.

PATROCINIO. ¿Quirriqui también? ¿También ese arma mía?

DON ÁNGEL. No para la cosa en Quirriqui. En la misma esquina de la caye, saliendo der 7, la Niña der Riso, la Pirri y Pincha-Uvas.

PATROCINIO. ¡Lo que dije: la mangla! No es na la que me cae: Pincha-Uvas, la Pirri, la Niña der Riso, Quirriqui, er Notario, Jerónimo, er señó de Madrí, er coroné Solera, ¡con esa voz de rana que me saca de quisio…! ¡La mangla! Pero ¿cómo te vi a desí, Anger Custodio, que no quieo juergas ni *marchosos* en casa? ¿No sabes que quieo viví tranquila?

DON ÁNGEL. Pero, Patrosinio, ¿pueo yo remediarlo? ¡Tú conoses mejó que nadie lo que son estas cosas! Y yo no le pongo mala cara a ningún amigo.

BARÓN. Sí, mujé; míralo despasio. Anger Custodio es un cabayero.

PATROCINIO. ¡Bueno está!

DON ÁNGEL. Me he adelantado pa avisarte… *Mirando a la calle desde el balcón.* Ya los tienes ahí.

BARÓN. Pos yo me escondo en la cosina, y cuando entren tos me escabuyo… No tengo el ánimo pa fiestas.

PATROCINIO. Usté está en su casa, señó barón. Vaya usté donde guste.

BARÓN. La prosesión der niño perdío. *Marchase por la puerta del foro.*

PATROCINIO. *A su amigo.* Dos cosas voy a prevenirte: ¡de las torrijas, ni te acuerdes! ¡Porque me van a dejá sin una! ¡Y como descubras que tenemos en la despensa un jamón serrano, te saco los ojos!

DON ÁNGEL. ¡Patrosinio, por Dios!…

PATROCINIO. ¡Te saco los ojos!

DON ÁNGEL. Pero, mujé, ¿no comprendes que eso es imposible?

Pasa Clarita por el pasillo del foro, de izquierda a derecha.

PATROCINIO. Imposible, ¿por qué?

DON ÁNGEL. ¡Er notario atraviesa con el orfato un muro!

PATROCINIO. ¡Pos esta tarde, como si estuviera resfriado!

DON ÁNGEL. ¡La otra mañana me olió er talón der ferrocarrí de unas tortas, que yevaba yo guardao en la cartera! ¡Er talón!

PATROCINIO. ¡Pos tú te las compones como te dé la gana: er jamón no lo prueban! ¡Te hases de mié y te comen las moscas!

Éntrase por la puerta de la izquierda.

DON ÁNGEL. ¡No, que le vamos a dá a la reunión paper secante y agua!… Las mujeres, como no se haga su gusto, y na más que su gusto… ¡Condenás fardas!… ¡Si no tuvieran la música que tienen!… *Yendo al encuentro de los amigos, que ya empiezan a asomar en el foro, con ruido y alegría.* ¡Pase, pase la buena gente a honrá esta chosa!

La buena gente, o dígase la mangla, en opinión de Patrocinio, va apareciendo por el siguiente orden, y desde luego como en país conquistado. Aquí y allá dejan bastones y sombreros. Rompe fila don Rosendo el notario, condiscípulo de don Ángel, y hombre risueño y desaliñado. Le sigue el coronel Solera, carcamal que se tiñe de todos colores. Su voz seca, que impacienta por lo desagradable, más que voz humana es extraño sonido, no se sabe si de carraca, de molinillo de café, de comienzo de disco de gramófono o de todo ello junto. Persiguiendo a Clarita sale luego Quirriqui, sobrino del coronel Solera, cuya reputación de «marchoso» emula. Después vienen los ya nombrados Jerónimo Rota y don Floro, conocido en la Corte y Villa por don Floro el Supremo. A las alhajas a que don Ángel ha hecho alusión deben sumarse las dos sortijas del bigote, que son dos rosquetes. Por último, completan el cuadro la Niña del Rizo y la Pirri, cantadorcillas de la última hornada, y Pincha-Uvas, el más joven de la reunión, que es un señoritín con hechura de banderillero. Aunque el conjunto es pintoresco, sin duda ninguna, no es posible dejar de compadecer a Patrocinio.

DON ROSENDO. ¡La invasión de los bárbaros en Roma!

CORONEL. ¡Los cabales, los cabales; venimos los cabales! ¿Lo sabe la patrona e la casa?

DON ROSENDO. ¿Han avisao los gansos der Capitolio?

DON ÁNGEL. ¡Esta tarde no ha habío más ganso que yo! ¡Pase, pase to er mundo!

CLARITA. *Huyendo sin huir de Quirriqui.* ¡Señorito, señorito; ríñale usté a este señorito!

DON ÁNGEL. ¿Por qué? ¿Por que no te ha dicho bonita bastantes veses?

CORONEL. El arrastrao nene, en cuanto ve unas fardas pierde pies.

QUIRRIQUI. *Abrazándola.* ¡Es que esta Clarita va a sé la causa e mi suisidio!

CLARITA. Digo, ¿eh?

DON ÁNGEL. ¡Hombre, Quirriqui, ten en cuenta que estás en mi casa!

QUIRRIQUI. ¡Si por eso lo hago! ¿No ve usté que en la de mi padre no me dejan?

Risas.

CORONEL. ¿Qué te paese? ¡Va a salí más punto que su tío!

DON ROSENDO. ¡Se las yeva, se las yeva de caye!

DON ÁNGEL. ¡Bueno, que se las yeve de caye; pero que no se las yeve de casa! ¡De mi casa a lo menos!

Nuevas risas.

QUIRRIQUI. *A Clarita.* ¡Ven acá tú, mi arma! ¡Los *sacais* presiosos en er mundo!

DON ÁNGEL. ¡Adelante, señó don Floro, que está usté entre amigos!

DON FLORO. Y que lo diga ustez, don Ángel. Estar en Seviya y estar entre amigos, son la misma cosa. Si la amistaz tuviese casa solariega, la tendría en Seviya.

JERÓNIMO. ¡Ole!

CORONEL. ¡Ole los faroles bien tiraos!

DON ROSENDO. ¡Ése ha sío un faró de retreta!

DON FLORO. Señores míos, yo no tengo la culpa de que en la ciudaz del Betis salga todo hiperbólico.

PINCHA-UVAS. *Cantando.*

Venga tela, venga tela,
venga tela de la fina…

NIÑA. ¡Los hombres con grasia!

LA PIRRI. Por aquí. *Se lleva dos dedos al cuello, por debajo de la mandíbula, a modo de cuchilla, para significar que degollaría de buena gana a Pincha-Uvas. Es ademán que repite frecuentemente.*

DON ÁNGEL. ¡Sentarse! ¡sentarse!

CORONEL. ¡Así que sarga la maestra!

DON ÁNGEL. ¡En esta casa no hay cumplidos! ¡Sentarse! Siéntese usté, don Floro.

DON FLORO. Estimando.

Unos se sientan y otros no.

JERÓNIMO. Oiga usté, don Ange: le venía yo disiendo a don Floro, que a ésa corría de la Prensa en Madrí es mesté que vayamos tos juntos.

PINCHA-UVAS. Ya está Jerónimo enredando.

DON ÁNGEL. Por mí, hecho. Dejo la «fábrica» de asitunas y lo dejo to. ¡Primero es la devosión que la obligasión! Únicamente me costará trabajo convensé a mi mujé. Sobre to si huele que le saco biyete a ésta.

DON FLORO. Ustedes lo piensan despacio; y cuando se decidan, golpe de teléfono a Madriz.

DON ROSENDO. Pero, bueno…

DON FLORO. *Sin dejarlo hablar*. Nada: golpe de teléfono a Madriz: Salamanca, diez y siete cuatro: don Floro García: salimos para ver la corrida quince socios. Quien dice quince dice los que resulten. Y a otra cosa.

CORONEL. Bien, pero será presiso ocuparse del hospedaje…

DON FLORO. No hay que pensar en nada: lo dicho: golpe de teléfono: don Floro el Supremo: salimos quince, veinte, veinticinco… Y a otra cosa.

DON ÁNGEL. Pero ¿cómo se va usté a hasé cargo de tanta gente?

DON ROSENDO. Yo, por mí, tengo ayí familia.

DON FLORO. Ustez no tiene ayí familia.

DON ROSENDO. ¿Cómo que no?

DON FLORO. Ayí no hay más familia de nadie que este cura. Nada: lo dicho: golpe de teléfono. En Alcázar de San Juan ya habrá comisiones. A otra cosa.

PINCHA-UVAS. En lo que sí habrá que pensá es en er baú pa los tintes der coroné.

CORONEL. *Mosqueado. A* otra cosa, poyo; a otra cosa.

DON FLORO. Y poquitas bromas con los retoques personales, que el que más y el que menos se da una miajita de «coba». Y si no, que arroje una piedra el que esté libre de pecado.

DON ÁNGEL. ¡No, por Dios; que no va a quedá un cristá vivo en casa!

Risas.

JERÓNIMO. *Tocando uno de los temas predilectos de la reunión.* Coroné, con franquesa; que don Floro tiene curiosidá en saberlo: ¿en qué bataya peleó usté por primera vez?

DON ÁNGEL. Hombre, Jerónimo, eso está averiguao: ¡en Ronsesvayes!

DON ROSENDO. No, no; unos disen que en Ronsesvayes y otros que en Guadalete. Pero fué en Guadalete.

DON FLORO. *Comprendiendo la broma.* ¡Ah, vamos!

DON ROSENDO. Yo le daré a usté un romanse de la época en que se habla de unas palabras que tuvieron er coroné y don Opas.

CORONEL. ¿Ha visto usté las cosas que hay que aguantarles a estos resién nasíos?

JERÓNIMO. Pero, bueno, chuflas aparte; que er coroné diga la verdá.

CORONEL. Pos la verdá es que la primera bataya en que peleé se me ha orvidao. La que no se orvía es la úrtima.

JERÓNIMO. ¿No?

CORONEL. ¡No; porque fué anoche con mi mujé! *Nuevas risas.* ¡Con mi mujé! ¿Eh, don Floro? ¿Usté *chanela* de eso, o está usté en estao de meresé?

DON FLORO. *Chanelo* de eso.

CORONEL. ¡Pos ríase usté de Ronsesvayes, y de Guadalete, y de Lepanto! ¡Dos espuertas de tejoletas se ha yevao er basurero esta mañana!

DON FLORO. ¿De tejoletas?

CORONEL. Sí: de peasitos de platos. ¡Acabamos con la vajiya!

Risas otra vez. Porque el concurso suele reír todo intento de chiste, tenga o no tenga gracia.

Vuelve Patrocino por donde se marchó, con cara de Pascuas, y es recibida con gran júbilo.

PATROCINIO. ¿Se metió la tarde en agua, verdá?

CORONEL. ¡Patrosinio!

JERÓNIMO. ¡Patrosinio!

DON ROSENDO. ¡La Mezquita e Córdoba!

QUIRRIQUI. ¡Nadie; no ha salío nadie!

PINCHA-UVAS. Cantando.

> *¡Ole con ole, con ole,*
> *ole con ole, salero!…*

NIÑA. Buenas tardes, maestra.

LA PIRRI. Buenas tardes.

DON ÁNGEL. Ven acá, Patro: tengo er gusto de presentarte a don Floro er Magnífico, de Madrí.

DON FLORO. El Supremo. Servidor de ustez.

PATROCINIO. Selebro conoserlo.

QUIRRIQUI. ¿Qué tiene usté que desí del ama de la casa?

DON FLORO. Pues que vea ustez el inconveniente de ponderarle a uno mucho una cosa: que luego le resulta mejor todavía.

QUIRRIQUI. ¡Ole San Isidro! ¡Eso es *marcha*!

DON ÁNGEL. ¡Bien! ¡bien!

CORONEL. ¡Los hombres finos!

DON ROSENDO. ¡Este don Floro es Garsilaso de la Vega!

PATROCINIO. *Muy* amabilísimo sí que es.

DON FLORO. Corto de vista es lo que no soy. Una pregunta aislada. Catedral: ¿a usted la gustan los espárragos de Aranjuez?

PATROCINIO. ¡Ay, muchísimo! ¡Ya lo creo!

DON FLORO. ¿Y la fresa?

PATROCINIO. ¿La fresa? Todavía más, si cabe.

DON FLORO. Bueno, pues a otra cosa.

PATROCINIO. ¿Cómo?

DON FLORO. A otra cosa.

PATROCINIO. Pero ¿qué me quié usté desí?

DON FLORO. Nada: a otra cosa. A ustez la gustan los espárragos de Aranjuez y la fresa, y me he enterado yo, el Supremo. A otra cosa.

PATROCINIO. Ea, pos a otra cosa.

DON ÁNGEL. ¡A otra cosa!

Todos repiten la misma muletilla simultáneamente, con cierta zumba que no deja de advertir el interesado.

CORONEL. ¡A otra cosa!

DON ROSENDO. ¡A otra cosa!

QUIRRIQUI. ¡A otra cosa!

PINCHA-UVAS. ¡A otra cosa!

NIÑA. ¡A otra cosa!

LA PIRRI. ¡A otra cosa!

CORONEL. Y esa otra cosa, ¿no podría sé que nos bebiéramos una *manguarita*?

PINCHA-UVAS. ¿Cómo?

CORONEL. ¡Que nos bebiéramos una *manguarita*!

PINCHA-UVAS. Y eso ¿qué es?

CORONEL. Poyo, ¿es usté de Lugo?

PINCHA-UVAS. No, señó, que soy seviyano; pero no sé qué es eso.

CORONEL. ¡Camará qué seviyanito!

PINCHA-UVAS. Oye, Quirriqui, tú que eres sobrino de tu tío: ¿qué es una *manguarita*?

QUIRRIQUI. ¡Qué sé yo!

PINCHA-UVAS. ¡De Lugo, coroné! Clarita, yégate por una *manguarita* a la tienda.

CLARITA. ¿Por qué?

PINCHA-UVAS. ¡Por una *manguarita*!

CLARITA. Y ¿qué es eso?

PINCHA-UVAS. ¡Coroné, otra de Lugo!

PATROCINIO. Mira, Pincha-Uvas, no tengas guasa. Ahora vendrá er vino, coroné.

CORONEL. ¿Er vino? Tú me has entendío, ¿no es verdá? Escuche usté, nene: ésta no es de Lugo. ¿Qué vino vas a darnos?

DON ÁNGEL. Una mansaniya ligera.

Patrocinio. ¡La der 7!

Coronel. ¡La der 7 no, que es marvavisco!

Patrocinio. ¿Marvavisco?

Coronel. ¡Marvavisco!

Patrocinio. ¡Así se le aclara a usté la voz!

Risas generales.

Pincha-Uvas. ¡Está visto que no es de Lugo, coroné!

Coronel. Ese crío se va encontrá con lo que no espera.

Patrocinio. Y como er vino sólo no ha de beberse, mandaremos también por unos sordaítos de Pavía.

Niña. ¡Superió!

La Pirri. ¡Bien pensao!

Jerónimo. ¡Esto se complica, don Ange!

Don Ángel. ¡Vengan complicasiones así!

Don Rosendo. Los sordaos de Pavía, yo como notario lo sertifico, son los únicos que ya obedesen ar coroné.

Coronel. No lo crea usté, compadre; que se me sublevan en las tripas casi siempre.

Don Ángel. *A don Floro.* Los sordaos de Pavía —usté lo sabrá— son unas tajaíyas de bacalao frito…

Don Floro. Sí, hombre, sí; en Madriz también los tenemos de guarnición.

Don Ángel. ¿Conose usté er cuento del inglés que los comió aquí por vez primera?

Don Floro. No recuerdo.

Don Ángel. Pos na, se dise…

Jerónimo. *Bajo a Quirriqui.* (¡A quedarnos muy serios tos cuando lo acabe!)

Quirriqui comunica disimuladamente al concurso el propósito, excepción hecha de don Floro, mientras don Ángel cuenta el chascarrillo.

DON ÁNGEL. Se dise de un inglés que se comió uno entero de los antiguos, de los grandes; y se relamió con er bacalao, y le cayó pesá la masa en que lo fríen. Y ar preguntarle un amigo lo que le paresia, contestó —*Con entonación de inglés de teatro*—: «Me ha gustado el soldado, pero me ha hecho daño el uniforme».

DON FLORO. ¡Je!…

Es el único que se sonríe. Los demás se quedan cómicamente silenciosos y serios. Don Ángel se da cuenta de la broma.

QUIRRIQUI. Y ¿qué más, don Ange? Siga usté.

DON ÁNGEL. ¿Ah, sí? ¡Me la gané por torpe!

DON FLORO. Cayó ustez en la trampa, amigo. *Grandes risas.*

CORONEL. ¡Como que se ha descorgao con un cuento más viejo que yo!

DON ÁNGEL. ¡No exagere usté, coroné!

CORONEL. ¡Pero, hombre, si ese chascarriyo se lo contaba ya Adán a la serpiente!

DON FLORO. ¡Adán a la serpiente! ¡Está chusco!

PATROCINIO. *Al coronel.* ¿Usté lo oyó?

CORONEL. ¡No, hija mía!

PATROCINIO. ¡Pos no hable usté nunca de memoria! *Se ríen todos.*

DON ROSENDO. *A don Ángel.* ¡Buen cañonaso ha disparao la maestra! ¡Agustina de Aragón se quea en pañales!

PATROCINIO. Anda, Clarita, ven conmigo.

CORONEL. Si la mandas ar 7, que pida de mi parte una cuentesiya que tengo ayí, y que me la traiga er niño luego.

PATROCINIO. Sí, señó.

CORONEL. Y a propósito der 7: atiende a un buen gorpe antes de irte. Entérate, Ange; que éste es bueno.

PATROCINIO. Vamos a vé, vamos a vé.

NIÑA. *A la Pirri.* A mí er coroné me hase mucha grasia.

LA PIRRI. Por aquí.

Jerónimo. *A Quirriqui, como antes.* (Cuando concluya, una carcajá que lo deje parao.)

Quirriqui vuelve a prevenirlos a todos.

Coronel. Estaba la otra noche en un cuarto der 7 Juan er gitano…

Pincha-Uvas. ¿Quién?

Coronel. Juan er gitano. Serían las tres de la madrugá.

Pincha-Uvas. ¿Qué hora?

Coronel. Las tres de la madrugá. Estaba mi hombre solo…

Pincha-Uvas. ¿Solo, solo?

Patrocinio. ¿Quiés no sé cargante, Pincha-Uvas?

Coronel. Solo en su solo cabo, nene; con un chatito e mansaniya delante, muy pensativo, como si estuviea resorviendo un problema, y en esto yego yo y le pregunto —atiende gorpe—: ¿En qué piensas, Juaniyo, tan solo y tan ensimismao? —Y va y me dise, mirándome muy serio, esta sentensia —: ¡En lo bien que está un hombre sin su mujé! ¿No tiene grasia?

La reunión estalla unánimemente en una carcajada estrepitosa que desconcertaría a Viriato, no ya al coronel. Hay quien se aprieta los ijares y quien se tumba en una silla. Se oyen frases de: «¡Qué sombra! ¡Qué chiste! ¡Qué buen gorpe! ¡Yo me pongo malo!», etcétera, etc. El coronel, naturalmente, se traga la partida.

Don Floro. Ustez ha logrado más éxito que don Ángel Custodio.

Coronel. Hay que tené correa. Ahora la china me ha tocao a mí. Me metí en la boca der lobo.

Patrocinio. Está, está barata la asaúra. Ven, Clarita, que vas a í por los sordaos. ¿Arguno tiene capricho de otra cosa?

Don Floro. Aquí digo yo que no habrá más caprichos que los de ustez.

Quirriqui. ¡Muy bien dicho!

Pincha-Uvas. ¡Ole! O ¡ele! como disen ustés en Madrí. ¿Por qué disen ustés «ele» en lugá de «ole»?

DON FLORO. *Amostazadillo.* Decimos «ele», decimos «ole», y decimos ¡«hule»!

DON ÁNGEL. ¡Bien contestao, don Floro!

CORONEL. A ese poyo va a habé que tirarlo por er barcón.

DON FLORO. *A don Rosendo, que olfatea como un galgo.* ¿Qué hace ustez, amigo?

DON ROSENDO. Averiguá lo que me conviene. ¿En la cosina están ermelando torrijas?

PATROCINIO. Es posible.

Risas.

DON ROSENDO. Y en la despensa, ¿no hay un jamón serrano resién venío?

PATROCINIO. ¡No, señó!

DON ROSENDO. ¡Vaya!

PATROCINIO. ¡Lo que huele usté es er güeso del úrtimo, que está ayí corgao, y que es lo que me ha dejao la reunión! *Huevas risas de todos.* Vámonos, Clarita.

Se marchan las dos por la puerta del foro, hacia la derecha.

QUIRRIQUI. ¡Una *clarita* pa aprovecharse en un día de agua!

PINCHA-UVAS. Coroné, ¿por qué no nos cuenta usté otro gorpesito?

CORONEL. Será usté servio, poyo; pero usté solamente. Aquí hay muchas personas y me da cortedá. Va usté a vé un gorpe bueno.

DON ÁNGEL. Pos mientras Patrosinio dispone er vino y los *empapantes*, vamos a asomarnos a la asoteíya: y así la ve don Floro.

CORONEL. Hombre, sí; buena idea. Verá usté qué masetas e claveles tiene esa mujé. Paesen plumeros los claveles.

DON FLORO. Encantado yo. Vamos a la azotea. Como buena seviyana es apasionada de las flores. Tomo nota.

DON ÁNGEL. Rosendo, Jerónimo, Quirriqui; vamos ayá.

DON ROSENDO. Vamos, vamos.

Quirriqui. Oiga usté, don Ange: ¿se ha mudao la vesina de las patiyas? ¡Valiente mujé!

Se van por la puerta de la izquierda, conversando animadamente. A Jerónimo lo detiene Pincha-Uvas, que queda en escena con la Pirri y la Niña del Rizo.

Pincha-Uvas. Un momento, Jerónimo.

Jerónimo. ¿Qué pasa en Cádiz?

Pincha-Uvas. ¿De dónde ha salío ese madrileño?

Jerónimo. ¡Toma! ¡De Madrí! Yo estoy aquí siendo su guía.

La Pirri. ¿Y yeva un cuaderno pa apunta las cosas que ofrese?

Jerónimo. Yeva un libro de caja.

Niña. ¡Se las tira de Jesú der Gran Podé!

La Pirri. ¡Yo iba a cantarle una saeta!

Se presentan en la puerta del foro, con Patrocinio, Pérez el del Viso y Marcelo. El uno es guitarrista de profesión y trae del brazo la guitarra, como si fuera su mujer. El otro es un muchacho rico, hijo de labradores. Viste de campo.

Patrocinio. Pasá, pasá: ahí tenéis a las dos.

Marcelo. Grasias, Patrosinio.

Patrocinio sigue por el pasillo, hacia la izquierda.

Jerónimo. ¡Caramba, Marselo!

Marcelo. Dios te guarde, Jerónimo. Salú, niñas.

Niña. Salú.

La Pirri. Salú.

Pérez. Buenas tardes.

Pincha-Uvas. Buenas tardes, maestro.

La Pirri. Ven con Dios.

Pincha-Uvas. ¿Qué hay por esta casa?

MARCELO. Detrás de estas prendas venimos.

JERÓNIMO. ¿Quién te ha dao er soplo?

MARCELO. Antonio Castiya: en er 7. ¿Estáis aquí muy comprometías?

NIÑA. No. ¿Por qué?

MARCELO. Pa que nos fuéramos ahora mismo ahí a mi finca: a *La Romera.* Andá: en la esquina tengo dos coches.

JERÓNIMO. ¿Hay jaleíto en *La Romera*?

MARCELO. Mi padre, que está orsequiando a unos portugueses. Hemos derribao cuatro o sinco beserras, se ha toreao un poquiyo, se ha empinao er codo, y ahora a to er mundo le pide er cuerpo argo de guitarra y de *cante*. Y yo, como la finca está ahí a la mano, cogí los coches, eché pa acá, he levantao a Pérez de la cama…

PÉREZ. ¡Me acosté esta mañana a las ocho!

MARCELO. Abajo nos aguardan la Petenera y er Cojito…

PÉREZ. ¡Que se han acostao esta mañana a las nueve!

MARCELO. Ahora iremos a *Er Rasimo de Uvas* por Caralimpia…

PÉREZ. ¡Que no se ha acostao!

MARCELO. Y aquí he dao con ustedes dos. No farta nadie. ¿Nos vamos los cuatro?

NIÑA. ¡Digo! ¡Ya lo creo! ¡Por nosotras!… ¿Verdá, Pirri?

LA PIRRI. ¿A qué está una? Y que estos viejos son unos permasos.

PINCHA-UVAS. Pero no irse sin desí con Dios.

JERÓNIMO. Espérate. *A Marcelo.* ¿Quieres tú saludá a don Ange Custodio?

MARCELO. En este caso quiero y debo.

PÉREZ. Y yo con mucho gusto.

JERÓNIMO. Pos ahí en la asoteíya lo tenéis. Entrá.

MARCELO. Na más un istante.

Se va con Pérez por la puerta de la izquierda.

PINCHA-UVAS. Y tú ¿qué tramas? Porque a ti hay que temerte.

JERÓNIMO. ¿Qué ha de sé? Cuando pasan rábanos… Los he metío ahí pa que comprometan a Pérez a tocá la guitarra. Apuramos aquí er consonante, y luego nos vamos a *La Romera* con Marselo. Ya los días van siendo más largos… Y como pa divertirse nadie ha puesto una vaya entre er día y la noche… Voy a meté er palo en candela. *Éntrase tras los otros.*

PINCHA-UVAS. ¡Este *pajolero* es de goma! ¡No lo he visto nunca cansao!

NIÑA. Y a mí me pasa lo que a é: una vez que me meto en *marcha*, no me rinde nadie.

LA PIRRI. Pos a mí, ahora, si no fuera porque se trata de Marselo, que sabe gastarse la luz, no me oían er pito los portugueses.

PINCHA-UVAS. *Cantando.*

> *Con er fado treinta y uno,*
> *con er fado treinta y dos…*

LA PIRRI. ¡Qué mal ánge tienes!

A la puerta de la izquierda asoma el Coronel.

CORONEL. Adentro, niñas; que Pérez va a hasé filigranas pa que lo oiga don Floro.

NIÑA. ¡Se salió Jerónimo con eya!

LA PIRRI. Vamos a oí a Pérez, que es una novedá pa nosotras.

PINCHA-UVAS. Vamos a oí a Pérez.

Se van las dos muchachas. A Pincha-Uvas, que va a seguirlas, lo detiene un punto el Coronel.

CORONEL. Primero me va usté a escuchá a mí las dos palabras que le he prometío: er gorpe.

PINCHA-UVAS. A la orden, mi generá.

CORONEL. Coroné: er coroné Solera. Retirao, pero dispuesto a entrá en artivo pa pegarle a usté cuatro bofetás y no dejarle una muela en su sitio.

PINCHA-UVAS. Ya sería un poco menos.

CORONEL. O un poco más, criatura. A esos amigos, que son tan hombres como yo, les tolero to lo que quiean desirme: que me tiño er pelo,

que me lo destiño, que estuve en el arca de Noé o que me he hecho unos dientes postisos con dos dosenas de botones de hueso. Se lo tolero to, como eyos a mí, porque nos sale der coraje; porque somos de la misma quinta, ¿se entera usté? Pero a usté es otra cosa, niño. Usté es un poyito pión, con la cáscara pegá a los fardones, y tiene usté que comé toavía mucho trigo pa arsá la voz en er gayinero. Y na más. Ya está usté avisao.

PINCHA-UVAS. Pero, oiga usté, mi coroné…

CORONEL. Voy a oí a Pérez, que es más interesante. A hasé gárgaras, poyo.

PINCHA-UVAS. Las gárgaras más le convienen a usté que a mí. Yo tengo la voz muy clarita.

CORONEL. ¿Cómo?

PINCHA-UVAS. Ya lo he dicho.

CORONEL. ¡Pos ya lo he dicho yo también!

Le vuelve la espalda y se va por donde llegó. A Pincha-Uvas le entra primero mucha risa, y exclama luego:

PINCHA-UVAS. ¡Es la primera vez que se me ha encarao un hombre prehistórico!

Vase tras él.

Queda la escena sola un momento. Luego pasa por el pasillo del foro, de izquierda a derecha, el Barón, como hombre que quiere desaparecer sin ser sentido ni ser visto. Pero en seguida vuelve atrás, atraído por la guitarra de Pérez, que oportuna mente empieza a sonar, y asoma de nuevo en la puerta, donde se detiene a escucharla. Poco después de aparecer, exclama con sincero entusiasmo:

BARÓN. ¡Ole! *Enterneciéndose por segundos.* ¡Ole! *Casi entre lágrimas.* ¡Ole, ole! *Maquinalmente lo llevan los pies hacia Pérez.* ¡Esa sirena… esa sirenita!… ¡Y es Pérez, Pérez!… ¡no pué sé más que Pérez!… ¡Lo he visto nasé!… ¡Es Pérez… es Pérez! ¡Son las manos de Pérez!… *Se enjuga los ojos.*

Por la puerta del foro vuelve inopinadamente Pasión, la vecinita.

PASIÓN. ¿Quién habrá dejao abierto er portón?… ¿Hola? ¿Tenemos ayá dentro guitarra?

BARÓN. Sí, hija; sí… Han yegao unos amigos de Anger Custodio… *Acordándose de pronto de algo.* Por sierto que…

PASIÓN. ¿Qué?

BARÓN. Na, hija; na… Con su permiso. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

PASIÓN. Ese hombre tiene un torniyo flojo. La desgrasia lo ha trastornao. *Prestando atención a la guitarra.* Toca bien er que sea. ¡Miste a qué casita he venío yo a mudarme! Er sino. Pero toca bien er que sea.

Pausa. La guitarra continúa sonando. Por el pasillo del foro, de derecha a izquierda, pasan Clarita y el Niño del 7, el cual lleva ocupadas las manos con dos cucuruchos de los suculentos soldados de Pavía y un trocito de tiza detrás de la oreja derecha.

CLARITA. Anda pa alante, niño; que no tienes edá toavía pa desí esas cosas.

Cuando menos lo espera Pasión, sale por la puerta de la izquierda Jerónimo, avisado por el Barón de que alguien le aguarda. Al encontrarse de manos a boca con su mujer, se inmuta y se trastorna. Pasión, sorprendida también, logra rehacerse al punto.

JERÓNIMO. ¿Quién? ¿Tú?

PASIÓN. ¡Jerónimo!

JERÓNIMO. Pero ¿eras tú?

PASIÓN. ¿Cómo?

JERÓNIMO. Er barón me ha dicho que aquí querían hablarme…

PASIÓN. No lo diría por mí, de seguro.

JERÓNIMO. Pos no sé por quién. ¿Tú sabías que estaba yo ahí?

PASIÓN. ¡Qué preguntas tienes! ¡Si lo yego a sabé no entro! Ahora, que mi asombro no ha sido tan grande como er tuyo.

JERÓNIMO. ¿Por qué?

PASIÓN. Porque donde haya guitarreo y vino probable bien se puede presumí que estés tú.

JERÓNIMO. ¡Bah!

PASIÓN. ¡Bah!

JERÓNIMO. ¿Y tú, qué hases aquí?

PASIÓN. ¿Dónde?

JERÓNIMO. En esta casa.

PASIÓN. ¿A ti qué te importa?

JERÓNIMO. ¿Qué?

PASIÓN. Hase ya más de un año que no tenemos na que vé el uno con el otro. Yo, por mí, en tanto tiempo, ni siquiera te he visto.

JERÓNIMO. Ésa es otra cuestión. ¿Por qué estás aquí que es lo que te pregunto?

PASIÓN. ¿Es que me pides cuentas, o es curiosidá?

JERÓNIMO. ¡Las dos cosas!

PASIÓN. No; a las dos cosas no respondo.

JERÓNIMO. ¡Bueno, pos es curiosidá!

PASIÓN. Así, sí. Soy amiga de Patrosinio. Vivo en er pisito de aquí ar lao. Como no tengo más que lo que me mandan mis padres… ¿Hay distansia, ¿eh?, de la casa en que nos casamos a ésta en que me encuentras ahora?

JERÓNIMO. ¡Mardita sea mi suerte!…

Por la puerta de la izquierda asoma el Barón.

BARÓN. ¿Queréis bajá la voz una mijita, que está tocando ese maestro?

JERÓNIMO. Es verdá: nos hemos descuidao.

BARÓN. Y ya tú lo conoses, Jerónimo; le molesta er vuelo de un mosquito.

JERÓNIMO. Sí, señó, sí; si ha sío una distrasion.

Se retira el Barón, después de mirarlos curiosamente. Pérez sigue tocando. Pausa.

PASIÓN. *Dispuesta a irse y en voz queda.* En fin, adiós. No quiero estorbá. Vete con tu gente.

JERÓNIMO. *También en voz queda.* Escucha una palabra.

PASIÓN. Di.

JERÓNIMO. ¿Y mis hijos?

PASIÓN. ¿Tus hijos?

JERÓNIMO. Mis hijos, sí.

PASIÓN. Los míos, dirás.

JERÓNIMO. ¿No son míos también?

PASIÓN. No lo parese.

JERÓNIMO. ¡Pos míos son!

PASIÓN. Pos no lo parese.

JERÓNIMO. ¿Te contó Juana que el otro día me los encontré?

PASIÓN. No.

JERÓNIMO. ¿Que no?

PASIÓN. Le he encargao a Juana y a to er mundo que no me hablen de ti cuando te vean borracho. Y así no me hablan nunca.

JERÓNIMO. *Malhumorado.* ¡Lo que tú quieras! ¡Mar fin tenga mi arma!…

Vuelve el Barón con la misma copla.

BARÓN. Hombre, hasé er favó, que Pérez se está poniendo nervioso.

JERÓNIMO. Pero, barón, ¿se oye toavía? ¡Si estamos hablando casi por señas!

BARÓN. ¡Tendrá resonansia er pisito! Como es nuevo… *Vase.*

JERÓNIMO. *Con súbito arrepentimiento, yendo a su mujer* Pasión, perdóname.

PASIÓN. *Esquivándolo.* ¿Qué hablas?

JERÓNIMO. ¡Perdóname! Ya es hora de que vayas pensando en perdonarme.

PASIÓN. ¡Vamos, quita! Déjame salí.

JERÓNIMO. *Estorbándoselo.* ¡No quiero!

PASIÓN. ¡Que me dejes, Jerónimo!

JERÓNIMO. ¡Que no!

PASIÓN. ¡Vaya! *Se aparta de él, contrariada, y se sienta en silencio.*

Jerónimo la mira, más seducido por su belleza a cada instante, y se sienta asimismo. Mientras devora su disgusto, también callado, enciende un cigarrillo y fuma. En la habitación no se oye ni la respiración del matrimonio. El Barón, no obstante, celoso de la tranquilidad de Pérez, asoma por tercera vez, imponiendo silencio.

BARÓN. ¡Ssschsss!…

JERÓNIMO. *Saltando.* ¡Caray! Pero ¿suena también el humo der pitiyo?

BARÓN. Hijo, yo no tengo la curpa… *En este momento acaba Pérez de tocar. Aplausos y jaleo allá dentro.* ¡Ea, ya concluyó! ¡Ya podéis hablá a vuestro gusto! *Retírase.*

JERÓNIMO. Me alegro. ¡Perdóname, Pasión!

PASIÓN. Mira, Jerónimo; no me hagas más papeles, que me sé de memoria. Yo ya no te quiero.

JERÓNIMO. ¿Qué?

PASIÓN. Que no te quiero; que acabaste con mi cariño; que no te quiero. Si argún día te perdono, será por mis hijos. Pero antes de eso te tienes que yevá un año o dos siendo una persona de bien, un hombre de vergüensa; vorviendo a tus quehaseres, a tu sentro, y a sé mirao como es debido por to er mundo. Me lo he jurao yo sola, y se lo he jurao a mi madre y a la Madre de Dios: ¡más hijos de un borracho no tengo! *Jerónimo tira el cigarrillo con rabia.* No, ¡si gestos y pantomimas no han de fartarte!… A cómico te ganan pocos.

Sale por la puerta del foro Clarita.

CLARITA. Está la mesa der comedó disiendo comerme y beberme. El ama me ha dicho que lo avise.

JERÓNIMO. Bueno.

CLARITA. *Acercándosele, en busca de lo de costumbre.* ¿Usté tampoco me dise hoy na?

JERÓNIMO. *Distraído.* ¿Qué?

CLARITA. ¿No me dise usté na?

JERÓNIMO. No, hija; déjame ahora.

CLARITA. *Sorprendidísima.* ¿Ay? ¡Qué esaboríos vienen hoy los hombres!

Vase por la puerta de la izquierda.

JERÓNIMO. A esta niña la mira un perro y quié que le ladre de armirasión.

PASIÓN. Y tú no le has ladrao porque estoy yo delante Jerónimo. ¡Bah!

Dentro, el aviso de que Clarita es portadora promueve la natural algarabía. Al que más y al que menos se le hace allí la boca agua. El bullicio crece y se acerca.

PASIÓN. Esa gente viene pa acá. Yo no quiero vé a nadie. Adiós, Jerónimo.

JERÓNIMO. Espérate un minuto.

PASIÓN. ¡Si no quiero vé a nadie!

JERÓNIMO. ¡Pos métete ahí, en er barcón, mientras pasan!

PASIÓN. ¡Jesús! *Obedece a regañadientes.*

JERÓNIMO. Más guapa está que nunca. *Se sitúa ante el balcón y presencia, impaciente, el animado desfile de los «marchosos».*

Por la puerta de la izquierda van saliendo sucesivamente, en dirección del comedor. Vienen delante don Ángel Custodio, Marcelo y la Pirri; luego, la Niña del Rizo y Pincha-Uvas; después, Pérez el del Viso y don Rosendo; detrás de ellos, Clarita y Quirriqui, y últimamente, don Floro y el Barón, seguidos del coronel Solera.

DON ÁNGEL. Vamos, Jerónimo, vamos ar comedó; que van a tomá una copa estos amigos antes de irse.

JERÓNIMO. Ahora voy, don Ange; ahora voy.

MARCELO. Una copa na más, que nos esperan.

DON ÁNGEL. Ya, ya me hago cargo.

LA PIRRI. Oye, ¿está ayí Perales?

Marcelo. Ayí está.

Pincha-Uvas. *Cantándole a la Niña del Rizo.*

Por ti,
las horitas de la noche
me las paso sin dormí.

Niña. ¡Grasia! ¡grasia! ¡Viva mi niño!

Don Rosendo. *Abrazando al guitarrista.* ¡Los templarios de Roma, amigo Pérez! ¡Qué solitos nos vamos queando!

Pérez. Es verdá, don Rosendo; es verdá.

Don Rosendo. Jerónimo, ¡vamos a darle un trago e vino ar Julio Sesa de la guitarra!

Pérez. ¡Don Rosendo, no me ponga usté colorao!

Jerónimo. Ya, ya voy.

Don Rosendo. ¡Al Arderramán, al Hernán Cortés, ar Carlos V de la sejuela!

Pérez. ¡Qué don Rosendo éste! ¡La historia que sabe!

Quirriqui. *Colmándole las medidas a Clarita.* ¡Y soy yo, yo, quien te regala un hoté en er paseo de coches!

Clarita. Y ¿qué más?

Quirriqui. ¡Y un automovi, y un miló, y una manolita!

Clarita. Y ¿qué más?

Quirriqui. ¿Qué más? ¡Que cambio la Girarda de sitio, si es capricho tuyo!

Clarita. Y ¿qué más?

Don Floro. *Del brazo del Barón.* Nada, barón, nada: a otra cosa. ¿Ustez tiene interés en el asunto?

Barón. Carcule usté: ¡me daría la solusión de esta vejez tan triste!

Don Floro. Pues nada, cuando yo esté en Madriz, golpe de teléfono recordándomelo. Y voy personalmente a ver al ministro, y no tengo más que decirle: «Juan, esto es cosa mía. Esto hay que hacerlo, Juan».

BARÓN. ¡No sabe usté lo que sería pa mí!

DON FLORO. Téngalo ustez por descontado. A otra cosa.

CORONEL. ¡Los últimos serán los primeros! *A Jerónimo.* ¿Vamos pa ayá, paisano?

JERÓNIMO. Ahora, ahora voy.

CORONEL. ¿Qué es eso? ¿Hay pajarita en er barcón?

JERÓNIMO. Eso es cuenta mía.

CORONEL. A propósito de cuentas, hombre. *Al Niño del* 7*, que pasa por el foro en sentido contrario que antes.* ¡Niño! ¡Niño!

NIÑO. Mande usté.

CORONEL. ¿Te ha dao el amo la cuenta der coroné Solera?

NIÑO. Sí, señó. ¿Es usté?

CORONEL. Pero ¿toavía no me conoses, guasón?

NIÑO. Buscándolo a usté andaba. Tenga usté. *Le da la cuentecita.*

CORONEL. ¡Camará! ¿Setenta y sinco pesetas, niño? ¡Vaya un banderiyero que nos ha resurtao Juan Migué! ¿Te enteras, Jerónimo? ¡Setenta y sinco pesetas por cuatro boteyas de vino de la hoja y ochenta cáscaras de armejas! ¡Porque yo no encontré ni un bicho! Y además se quearon ayí pa otro. En fin, no es cosa de discutí una miseria. Niño, dile a Juan Migué que le queo muy agradesío. Pocos peses asoman la cabesa, pero er que la asoma, ayí parma. ¡Compadre con la tienda! Le yaman er 7, pero es er desgarrón. ¿Eh, Jerónimo? En lugá der 7, er desgarrón. Er desgarrón, er desgarrón, no er 7: er desgarrón.

JERÓNIMO. ¡Coroné, eso no tiene grasia, aunque lo repita usté más que la letanía!

CORONEL. Menos grasia tiene que me claven. Toma, niño, toma: seis reales que es la cuenta, y quinse duros de propina.

NIÑO. No se armiten propinas.

CORONEL. ¡Tampoco se armite a Diego Corriente detrás de un mostradó! ¡Le voy a recomendá la tienda a mis relasiones! *Vase al comedor*

decidido, y probablemente a repetir el golpecito del desgarrón. Er desgarrón, er desgarrón en vez der 7; er desgarrón.

Niño. *A Jerónimo.* ¡Como que lo que quié el amo es que no vaya, porque ahuyenta con esa voz que tiene a tos los marchantes! *Se va por donde vino.*

Jerónimo. *Abriendo el balcón.* Ya pasaron: sar cuando quieras.

Pasión. *Saliendo.* Anda con eyos, hombre; no te sacrifiques por mí.

Jerónimo. Primero, escúchame dos palabras.

En este momento atraviesan por el pasillo del foro, hacia la derecha, la Niña del Rizo, la Pirri, Pérez y Marcelo.

Marcelo. Aprisita, que es tarde.

Niña. ¡Yegamos en un cuarto de hora!

Pérez. Los coches nos yevan volando.

La Pirri. ¡Valiente sueño vi yo a echá en er camino!

Pérez. Pos ¿y yo?

Marcelo, que al pasar ha visto a Pasión y a Jerónimo, se detiene un punto.

Marcelo. ¿Tú te quedas, Jerónimo? *A Pasión.* Buenas tardes.

Pasión. Buenas tardes.

Marcelo. ¿Te quedas?

Jerónimo. Sí.

Marcelo. Mía que te vas a arrepentí luego.

Jerónimo. No, hombre. Tengo que hasé.

Marcelo. ¿Que tienes que hasé? *Acercándosele.* ¿Es tu quehasé con esta buena mosa? Yévala ayí, si quieres: no hay inconveniente ninguno. Una mujé tan guapa va a todas partes. Yévala, yévala. ¡Caracoles si es guapa!

Jerónimo. ¿Quiés dejarme, Marselo?

Marcelo. Dispensa, hombre. Como hablamos antes de irnos juntos a *La Romera…* Pero, en fin, las cosas, a gusto. Quéate con Dios.

Jerónimo. Adiós.

Marcelo. Buenas tardes, niña.

Pasión. Buenas tardes.

Marcelo. *A Jerónimo, interesado, ya en la misma puerta del foro.* Oye, ¿quién es eya?

Jerónimo. ¿Qué dises?

Marcelo. ¿Quién es esa mujé?

Jerónimo. La mía.

Marcelo. ¿Cómo?

Jerónimo. La mía.

Marcelo. ¿Tu mujé? Pero ¿tú eres casao?

Jerónimo. Sí, hombre, sí: soy casao. Y ésta es mi mujé.

Pasión. Sí, señó, sí; aunque pase por sortero, es casao. ¡Se publicaron tres amonestasiones!

Marcelo. Pos yo no me enteré de ninguna, señora. Usté me dispense. Y tú también, Jerónimo.

Niña. *Gritando desde dentro.* ¡Marselo!

Marcelo. ¡Ayá voy! Buenas tardes.

Jerónimo. Adiós.

Pasión. Vaya usté con Dios.

Marcelo. Tos los días se ha de vé argo nuevo. *Vase.*

Pasión. *Tras una pausa.* Muérete de vergüensa ahora mismo, si conservas arguna.

Jerónimo. Der resurtao de este encuentro contigo y de este gorpe, er tiempo te hablará.

Pasión. Pos a vé lo que dise er tiempo; porque yo no me fío.

Jerónimo. A vé. Adiós.

Pasión. Adiós.

Jerónimo. ¿Les darás un beso a mis hijos?

Pasión. Les doy muchos.

Jerónimo. Digo de mi parte.

Pasión. Cuando te lo merezcas.

Aparece en la puerta del foro Patrocinio, y dice, mirando a la pareja:

PATROCINIO.

Fuentesiya cristalina,
arroyito caudaloso;
para dos que bien se quieren,
caminos largos son cortos.

¿Las pases?

PASIÓN. No, señora.

PATROCINIO. ¿No?

JERÓNIMO. No quiere eya.

PASIÓN. No; no quiero.

JERÓNIMO. Ya lo está usté oyendo, Patrosinio. Buenas tardes.

PATROCINIO. Pero ¿se marcha usté?

JERÓNIMO. Me marcho.

PATROCINIO. ¿Sin tomá una copa en er comedó?

JERÓNIMO. Sin tomá una copa.

PASIÓN. Se la darán luego en *La Romera*.

JERÓNIMO. ¿En *La Romeral?* Er tiempo dirá. Buenas tardes.

PASIÓN. Adiós, hombre.

PATROCINIO. Vaya usté con Dios.

Se va Jerónimo.

PASIÓN. ¡Qué hipócrita es!

PATROCINIO. ¡Qué sé yo qué le diga a usté! Pa mí que va tocao.

PASIÓN. Er lanse que le ha pasao con su amigo desconsierta a un poste.

PATROCINIO. ¿Sí, eh?

PASIÓN. El amigo no sabía que él era casao, y me ha confundío delante *suya* con una cuarquiera.

PATROCINIO. Sí que ha sío castigo. Prinsipio requieren las cosas, Pasión.

Pasión. Por mis hijos me alegraré.

Allá dentro, lejos, se oye a Pincha-Uvas gritar más que cantar esta «soleá»:

Pincha-Uvas.

¡Eso es quitarme la vía:
eso es echarme a la caye
como cosita perdía!

Apenas comenzada, exclama Patrocinio, mientras la acaba el otro:

Patrocinio. ¡Adiós mi dinero! ¡Ya ha empesao a cantá Pincha-Uvas! ¡Ya tenemos jaleo hasta las tres de la mañana!

Pasión. La compadezco a usté.

Patrocinio. Pos como me pidan a mí que yo cante, desde su casa va usté a escuchá una seguiriya que en mis tiempos cantaba yo cuando los amigos me pedían la «grande». A usté se la dedico.

Pasión. Y ¿cómo dise?

Patrocinio.

Aunque no nos veamos
en un año ni en dos,
compañerito, a la mano se viene
lo que está de Dios.

Queda Pasión impresionada al oírla. En el comedor se ha iniciado el jaleo con todos los caracteres pronosticados por Patrocinio. Mientras cae el telón, Pincha-Uvas sale por «soleares» otra vez, con la siguiente:

Pincha-Uvas.

Yo tengo mu mala nota:
no sargo de una garita
cuando me encuentran en otra.

FIN

Madrid, 26 de marzo de 1918.

SECRETICO DE CONFESIÓN

ENTREMÉS

Estrenado en el **Teatro de la Comedia** el 15 de junio de 1918

A CARMEN JIMÉNEZ,
de quien el arte
se ha enamorado,
como todo el mundo,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Zequiela.	Carmen Jiménez.
Benita.	Pepita Jiménez.
El Cura.	Pedro Zorrilla.
Gabino.	Juan Espantaleón.

SECRETICO DE CONFESIÓN

En casa del cura de Canales, pueblo aragonés. Habitación humilde. Puerta y ventana al foro, que dan al huerto. Puerta a la derecha del actor, que comunica con la calle. Es por la larde, en primavera.

Salen por la puerta de la derecha Zequiela y Benita. Benita es la criada del cura. Zequiela es la casada más guapa de Canales. Viene atribulada, llena de confusión.

BENITA. Pasusté.

ZEQUIELA. Gracias. ¡En qué atolladeros se ve una!

BENITA. ¿Qué le sucede?

ZEQUIELA. Algo muy tremendo. Pero no es de tu encumbencia, Benita. ¿No está el siñor cura?

BENITA. Sí que está.

ZEQUIELA. ¿Ande?

BENITA. En el güerto, sembrando un corrico de garbanzos que de Vera del Moncayo le han mandau pa muestra.

ZEQUIELA. Pus anda y dile que está aquí Zequiela la de Gabino, que necesita hablale.

BENITA. Sí, siñora.

ZEQUIELA. ¿No tendrá vesita, verdá?

BENITA. Nenguna, que ’o sepa. Si hay alguien con él es el boticario, que viene mucho; ¡pero ése no es vesita, porque le habla de tú!

ZEQUIELA. Güeno, güeno, avisa al siñor cura de mi parte.

Benita. Sí, siñora. Muy atrebuladica viene usté.

Zequiela. Atribuliada vengo. No es pa menos el caso. Ascucha, Benita.

Benita. ¿Qué quiusté?

Zequiela. Que si hay alguien con el siñor cura, le des el recadico en riserva.

Benita. Pierda usté cuidau. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha. En seguida se la oye gritar.* ¡Siñor cura! ¡Aquí está Zequiela la de Gabino, que quié hablale!

Zequiela. A la cuenta está solo. Hi entrau con buen pie. El Siñor me libre pronto de esta pesaumbre. ¡Y to por culpa de las fechurías de los hombres, que son unos rabisalseros y unos propasaus! Lo más prencipal es que Gabino no llegue a sabelo. *Queda ensimismada.*

Aparece por la puerta del foro el Cura, de sotana y sombrero de campo, y al hombro un azadón.

Cura. ¿Eres tú, Zequielica?

Zequiela. Yo mesma.

Cura. ¿Qué tronada te trae por mi casa?

Zequiela. Un mal nigocio.

Cura. ¿Un mal negocio?

Zequiela. Un mal nigocio, siñor cura. Sentirla incomodalo.

Cura. No, hijica; no. En mi oficio, más topo con malos negocios que con buenos. *Deja el azadón y el sombrero, se sacude las manos y se limpia el sudor de la frente.* Siéntate, mujer.

Zequiela. Gracias. *No se sienta.*

Cura. Me ha hecho sudar la faenica.

Zequiela. El sudor del trebajo. Dios lo bendiga a usté, siñor cura. Es usté un santico de los altares.

Cura. Siéntate.

ZEQUIELA. Gracias. *Lo hace.*

CURA. Y vamos a ver qué demonios te ocurre.

ZEQUIELA. Los dimoños andan en el ajo, sí, siñor.

CURA. Por fuerza han de andar, si el negocio es malo, como dices.

ZEQUIELA. Miusté qué tembleque traigo en to mi cuerpo.

CURA. Es verdá. Y estás heladica.

ZEQUIELA. Y con los ojos enritaus de llorar.

CURA. Apacíguate ya, criatura; que para todo hay remedio y alivio en el mundo, si no es para la muerte. Habla. *Zequiela calla.* Habla ya. *Zequiela no puede.* ¡Vamos, habla, mujer!

ZEQUIELA. ¡No puedo, siñor cura! Tengo un ñudo en el garganchón.

CURA. Pues tira a desatalo. ¿Qué te ocurre, vaya; que te ocurre?

ZEQUIELA. Un caso de concencia.

CURA. Ya me lo figuraba.

ZEQUIELA. Un secretico de confesión.

CURA. ¡Zequiela!

ZEQUIELA. ¡Siñor cura!

CURA. Pues eso, a la iglesia. En el confesonario estoy todas las mañanicas.

ZEQUIELA. Y yo hubiá ido allá mañana mesmo, a no ser la urgencia del caso.

CURA. ¿La urgencia?

ZEQUIELA. Sí, siñor.

CURA. ¿De esta tarde a mañana?

ZEQUIELA. Sí, siñor. Porque yo quiero que el siñor cura me dé su consejo antes que Gabino güelva del campo.

CURA. Y ¿cuándo vuelve?

ZEQUIELA. A la tardada. Se jué a metá de día, y en cuántico se jué, a solas yo con mi atrebulación, me dije pa entre mí: Zequiela, tan y mientras que va y güelve Gabino, vete a hablar con el siñor cura pa que te saque de este atolladero. Y aquí estoy.

CURA. Ea, pues di ya; no te coja la vuelta templando.

ZEQUIELA. ¿Estamos solicos?

CURA. Solicos. Descuida, mujer.

ZEQUIELA. *Con gran esfuerzo.* Pus ha de saber usté, siñor cura… ha de saber usté… ¡Si es que no doy con la exprisión!… Güeno, siñor cura: mi marido es muy bruto.

CURA. ¿Ése no será el secretico, verdá?

ZEQUIELA. ¡No, siñor!

CURA. Porque eso podrá ser inorao en el Peñón de Gibraltar; pero ¡lo que es en tierra aragonesa!…

ZEQUIELA. Sí, siñor, es cosa sabida. Pero entavía es más bruto. Él mesmo lo pregona: «¡Yo soy más bruto de lo que paezco!». Y esto empiora la custión.

CURA. Sigue, sigue diciendo.

ZEQUIELA. Ha de saber el siñor cura —vergüenza me cuesta confesalo—, ha de saber el siñor cura que Rupertico el de la Remigia me requiebra de malos amores.

CURA. ¿Rupertico? ¿Ese gorrión *tropezonero*?

ZEQUIELA. ¡Ese gurrión!

CURA. ¡Pero si no le apunta el bozo!

ZEQUIELA. Pus ¿qué quiusté? ¡Él se las echa de muy hombre! ¡Como es tan mocetón!…

CURA. Sigue, sigue.

ZEQUIELA. Andequiera que voy he de tropezalo: paice mi sombra. Hasta en la iglesia mesma me persiguen sus ojos, y me cuertan la devoción. Y ha tuvido el atrevimiento, siñor cura, una vez que Gabino hizo noche juera de Canales, de pasar en ronda por mi casa y echame unas coplicas. Y jura y perjura que ha de quereme aunque lo ahorquen; y jura y perjura que tengo de ser suya tarde u trempano. ¿Le paice a usté?

CURA. ¡Sí que andan los demonios en la danza, sí!

ZEQUIELA. ¡Pus entavía falta lo más pior!

CURA. Dios nos ayude, Zequielica.

ZEQUIELA. La noche pasada, en el bautizo del último chico de Demetria la de Colás, que jué de muchos envitaos, con engaños me llamó a la güerta pa enseñame la luna, y me dió un beso.

CURA. ¿Hola, hola?

ZEQUIELA. Sí, siñor cura; sin que yo pudiera impedílo. Me apretujó con juerza de repente, y me dió un beso. *Señalándose las mejillas.* Aquí y aquí.

CURA. ¡Ésos son dos besos, Zequiela!

ZEQUIELA. ¡Toma, ya lo sé! ¡Y los que me dió aluego!

CURA. Pero ¿hubo más?

ZEQUIELA. ¡Que si hubo! Arrebatau por la calor del vino y por sus malas intinciones, me llenó toa la cara. ¡Si hubián quedau señales!… Pero el mal estuvo en el primero.

CURA. Y tú ¿qué hiciste?

ZEQUIELA. En cuanto que pude, de un empentón lo batí al suelo. Y me golví al bautizo. Y al llegar a mi casa me lavé la cara que sé ’o las veces, con ansia de arrancame la piel. Yo no soy una mujer mala: yo quiero a mi marido… y me esazona y me priocupa que Gabino se entere y haiga en Canales un estrapalucio.

CURA. No se enterará, porque a ese mocete yo lo amonestaré esta tarde misma. Y si preciso es, le pondré un bozal. Para que no hable.

ZEQUIELA. Y otro pa que no bese.

CURA. De modo y manera, que él ha de callar y tú lo mismo. Conque cuenta que el secretico queda aquí enterrao y no lo sabremos nunca más que los tres.

ZEQUIELA. Los tres y mi madre.

CURA. ¿Se lo has dicho a tu madre?

ZEQUIELA. ¿No se lo había de icir, si me vió llorando como una Magalena?

CURA. Ya. ¿Y es ella quien te recomendó que vinieras a verme?

ZEQUIELA. Sí, siñor; ella mesma. Después de consúltalo con mi padre.

CURA. Según eso, ¿tu padre también lo ha sabido?

ZEQUIELA. ¿Que si lo ha sabido? ¡Güeno es él pa ocultale na de la casa! ¡Lo hubiá usté visto, siñor cura, queriendo ir en busca de Rupertico pa vengame! Paicía un mozo de la última quinta.

CURA. ¿Y fué?

ZEQUIELA. No, siñor, que no jué; se lo quitó de la cabeza el siñor Ambrosio, el esterero, que llegó de supito.

CURA. ¿Ah, sí? Pero ¿no se enteraría de lo que pasaba?

ZEQUIELA. Estaba ya enterau.

CUBA. ¿Cómo, cómo? ¿Por quién, Zequielica?

ZEQUIELA. Por Niceto, el cabo e los ceviles.

CURA. ¡Recontra! —el Señor me perdone—. Y el cabo, ¿por quién lo sabía?

ZEQUIELA. Barrunto, que por la droguera, ¿sabusté?, que vió to el paso del güerto detrás del ciruelo.

CURA. ¡Pues si lo ha visto la droguera… y si a más lo sabe tu padre, y tu madre, y el señor Ambrosio, y la Guardia civil…!

ZEQUIELA. ¡Como que en to Canales no se habla de otra cosa! ¿No vusté que Rupertico apostó en la taberna, menutos antes de la ciremoña del bautizo, delante e tos los mozos, que aquella noche había de besame?

CURA. Pues ¿sabes lo que te digo, Zequiela? ¡Que sí que me has venido con un secretico!

ZEQUIELA. Pa usté lo era. Y mi intinción es que usté me aconseje cómo tengo de valeme ’o pa que Gabino no llegue siquiera a sospechalo.

CURA. No sé… no sé qué aconsejarte, mujer… Déjame que lo reflexione. Enrevesao es el asunto. Porque de cuantos hay ya sabedores de él, no me fío más que del silencio de uno solico.

ZEQUIELA. ¿Cuál, siñor cura?

CURA. El ciruelo. Y, bien mirao, qué sé ’o, qué sé ’o… Porque el ciruelo callará, ¡pero las ciruelas!…

ZEQUIELA. ¡La Virgen del Pilar me ampare!

Cura. No hay mejor madrina. Yo se lo rogaré por ti.

Sale en esto Gabino por la puerta de la derecha, desconcertando a Zequiela y al señor Cura. En la mano trae un garrote.

Gabino. ¿Se pué pasar?

Zequiela. ¡Gabino!

Cura. ¡Gabino!

Gabino. No me esperabas, ¿eh?

Zequiela. ¿Cómo había de esperate?

Gabino. ¿Ni usté tampoco, siñor cura?

Cura. Tampoco.

Gabino. Pus aquí estoy. Digo, me paice que aquí estoy.

Cura. Ya, ya.

Gabino. ¿A qué has venido a casa del siñor cura, Zequiela?

Zequiela. A traele unas cebollicas.

Gabino. Mucho cuidau con las cebollicas, que hacen llorar.

Cura. ¡Gabino!

Gabino. Siñor cura, que mi mujer no mienta, que eso es pecau.

Cura. Razón tienes.

Gabino. Zequiela ha venido aquí hoy a lo que ’o vengo: a pedile paicer al siñor cura. Me hago cargo del desgusto de ella, como del desgusto de usté. Ella es güena y me quiere, y este cariño tié muchos invidiosos. Y la otra noche, en el güerto de casa e Demetria, ya usté sabe lo que pasó. Y Zequiela tamién lo sabe.

Zequiela. *Llorosa.* De más que lo sé.

Gabino. Mi fama está en lenguas, y la de mi mujer lo mesmo. Agravios no le aguanto yo a nengún nacido. ¿Qué hago, siñor cura?

Cura. Me alegro de este paso que das. Sólo por él mereces ya un abrazo mío. *Lo abraza.*

GABINO. Gracias, siñor cura.

ZEQUIELA. Y otro mío.

GABINO. El tuyo lo dejas pa luego.

CURA. Lo que has de hacer ahora, Gabino, es irte a tu casa con tu mujer, y esperar sosegao a que ’o te avise. A Rupertico le impondré el castigo que manda la Iglesia, y luego te pedirá perdón, y será tu amigo. Y todos en paz, edificaos con el ejemplo.

GABINO. Me paice bien.

ZEQUIELA. *Perpleja.* ¿Te paice bien?

GABINO. Ya he dicho que me paice bien.

ZEQUIELA. Es el consejo del siñor cura.

GABINO. Por él he venido. Pero, ¿y si antes de eso, siñor cura, topase ’o a Rupertico en una calle sola y le abriera la cabeza en piazos?

CURA. ¿Qué dices, Gabino? ¡Si hicieras eso, te condenarías!

GABINO. ¡Pus >m’hi condenau!

CURA. ¿Qué?

ZEQUIELA. ¿Qué?

GABINO. ¡Que pa su casa se lo llevan ahura chorriando sangre y sin respiración!

ZEQUIELA. ¿Le has cascau?

GABINO. ¡No, que ha sío groma!

ZEQUIELA. ¡Me alegro!

CURA. Entonces, pollino, ¿a qué me pides consejo a mí?

GABINO. Pa ver si estábamos de acuerdo, siñor cura. En las cosas graves…

CURA. Pues ya has visto que no.

GABINO. Ya, ya lo he visto… De habelo sabio a tiempo… En fin, lo siento por el mozo. Lo hecho, hecho está: ya no tiene remedio. Y ahura me llevo a Zequiela a casa, como usté me ha mandau, y allá aguardaremos que llegue Rupertico cuando usté lo mande. Y gracias por el consejo, siñor cura. Y usté desimule si he faltau.

CURA. No hay de qué. Después de tu venganza, no se ha de hacer menos que abrazaros Rupertico y tú de buen grado en la misma plaza de Canales.

GABINO. Por mí no quedará.

ZEQUIELA. ¡Yo quió besale a usté las manos, siñor cura!

GABINO. Y a más, aquella noche saldré de ronda, y pasaré por la casa de Rupertico, y echaré esta coplica, que le canté a mi mujer el día que nos casamos.

ZEQUIELA. ¡Deja eso ahura!

GABINO. ¡No quiero!

ZEQUIELA. ¡Que lo dejes, hombre, que no está el siñor cura pa coplicas!

GABINO. Sí que está. Y que se ice pronto. ¿Quiusté oíla, sí o no?

CURA. Sí, hombre; sí.

GABINO. ¿Tú lo ves, mujer?

CURA. ¿Qué dice la coplica?

GABINO. Na más que esto:

Yo escogí pa mí solico
la moceta más cabal:
que se encargue otra cabeza
quien me la quiera quitar.

Abraza satisfecho a su mujer, y el Cura se santigua.

FIN

Madrid, abril, 1918.

LA NIÑA DE JUANA
O
EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

ENTREMÉS

Estrenado en el **TEATRO DE CERVANTES**, de Sevilla, el 5 de octubre de 1918, en función organizada para contribuir con sus productos a la erección en aquella capital del monumento a Cristóbal Colón.

A JOSÉ LAGUILLO,
espíritu generoso y entusiasta,
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Niña de Juana.	María Palou.
Juana.	Leocadia Alba.
Herrerita.	Luis Manrique.

LA NIÑA DE JUANA
O
EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Habitación modesta en una casa de partidos, en Sevilla. Puerta al foro y otra a la izquierda del actor. Es por la mañana.

Sale Herrerita por la puerta del foro. Es un mozo del pueblo, cajista de imprenta, audaz y decidido.

HERRERITA. Buenos días. Nadie aquí tampoco. La casa misteriosa: no suena er timbre, er portón está abierto y no hay arma viviente. *Alzando la voz.* ¡Buenos días! Na, no contestan. Tocaremos las parmas.

La Niña de Juana habla desde dentro.

NIÑA. ¿Quién es?

HERRERITA. ¡Gente de paz!

NIÑA. ¡Espere usté un instante! Pero ¿usté por dónde ha entrao?

HERRERITA. ¡Por er portón!

NIÑA. Y ¿quién le ha abierto a usté?

HERRERITA. ¡Estaba abierto!

NIÑA. ¡Vaya!

HERRERITA. Paese voz de mosita. Será arguna hija de Pisarro.

Pausa. Por la puerta de la izquierda aparece la Niña de Juana, muy peripuesta de mantón y flores, por lo que luego se dirá.

NIÑA. Buenos días.

HERRERITA. ¡Canela! Buenos días.

NIÑA. Usté ¿quién es? ¿Qué se le ofrese a usté? *Herrerita, embobado mirándola, no le responde.* ¿Se ha quedao usté mudo?

HERRERITA. Le diré a usté: me farta la respirasión.

NIÑA. ¿Toavía de la escalera? Pos no son tantos escalones.

HERRERITA. ¿No, verdá? ¡Pos yo no he subío nunca más arriba!

NIÑA. ¡Vaya! *Poniéndose seria.* Usté dirá lo que se le ocurre.

HERRERITA. ¿Lo que se me ocurre? To lo que se me ocurre no me atrevo a desírselo a usté.

NIÑA. ¡Lo que se le ofrese, señó; que habla usté demasiao!

HERRERITA. De eso tiene la curpa mi ofisio, ¿sabe usté? Yo soy cajista de la imprenta de *Er Liberá*; me paso to er día componiendo palabras en silensio, y no parese sino que me las trago, porque luego, cuando prinsipio a hablá, tengo tantas palabras en er cuerpo, que no me caya nadie.

NIÑA. Na de ese cuento me interesa a mí. Usté ¿qué es lo que quiere?

HERRERITA. To, menos que usté se incomode conmigo. Don José Pisarro ¿vive aquí?

NIÑA. No, señó, que vive aquí junto.

HERRERITA. ¿Aquí junto?

NIÑA. En er portón de ar lao.

HERRERITA. ¡Lo que siento yo que no viva aquí!

NIÑA. Pos ya le he dicho a usté donde vive.

HERRERITA. Sí; aquí junto. ¿Usté sabe si estará ahora en su casa?

NIÑA. Lo que sé es que se va usté poniendo bastante pesaíto.

HERRERITA. No me lo diga usté. Y usté me dispense. Pero hágase usté cargo. ¿Usté no viene de mirarse al espejo? ¡Pos entonses…! ¿No es naturá que yo no quiera irme?

NIÑA. *Sonriendo, a pesar suyo.* ¡Vaya!

HERRERITA. Yo yegué aquí en busca de don José Pisarro, pa darle una rasón de parte e mi regente, y bendigo la hora en que me equivoqué de portón. Si en er camino me hubiera encontrao una mariposita blanca, tomo

esta equivocasión a buen agüero. Lo que no me parese bien, con permiso de usté, es que en esta casa se quede ni un minuto la puerta abierta.

NIÑA. Se ve, se ve que tiene usté muchas palabras en er cuerpo.

HERRERITA. ¿Y rasón, no tengo en lo que digo? Porque lo mismo que he entrao yo por casualidá, entra un mal ánge…

NIÑA. ¿Más mal ánge?

HERRERITA. ¿Tengo yo mal ánge?

NIÑA. Ahora la der mal ánge ha sío mi mamá, que se ha yegao por un coche ahí, a la plasa, y no ha serrao er portón ar salí.

HERRERITA. Y ¿a eso le yama usté mal ánge? ¡Pos no ha tenío poca grasia la señora! ¿Conque por un coche? ¿Van ustés de fiesta, o es que se va usté a retratá?

NIÑA. Eso que usté ha dicho.

HERRERITA. Yo he dicho dos cosas.

NIÑA. Pos es la der retrato.

HERRERITA. ¿Se va usté a retratá? ¡Pa retratarse está usté, hija mía!

NIÑA. ¡Y dale!

HERRERITA. Me vi a meté a fotógrafo.

NIÑA. ¿Usté? Le da a usté por los ofisios cayaos.

HERRERITA. Sí; pero de fotógrafo, a lo menos, si la retrato a usté, podré desirle: «Quietesita; la cabesa más baja; míreme usté a mí; sonríase usté ahora…».

NIÑA. *Volviendo a sonreírse.* Y una sonrisa tan forsá, ¿qué vale?

HERRERITA. Yo me entiendo.

NIÑA. Pos yo, a los fotógrafos, en cuantito se vuerven de espardas, les saco la lengua. *Lo hace.*

HERRERITA. ¡Ay, qué grasiosa! Y ¿es un caprichito der novio quisás er retrato éste?

NIÑA. ¿A usté qué le importa? ¿Se quié usté ya í a vé ar vesino?

HERRERITA. Es verdá, que tengo que í a vé ar vesino. Se me había orvidao. Muchas gracias por er recordatorio.

NIÑA. No las merese.

HERRERITA. Oiga usté, y ya que estoy aquí, y que estoy tan a gusto, ¿no le podríamos dá ar vesino unos gorpesitos por er tabique pa que ér viniera? Yo creo que hasta me lo agradesería.

NIÑA. No nos tratamos nosotras con ése señó.

HERRERITA. Pos con la vesindá conviene tratarse, porque a lo mejó una noche se pone uno malo…

NIÑA. *En ademán de irse.* ¡Vaya! ¡Que usté lo pase bien!

HERRERITA. Por su salú de usté, no se vaya de esa manera. Soy yo er que se va.

NIÑA. Ea, pos andando.

HERRERITA. En cuantito usté me perdone la molestia.

NIÑA. No hay de qué.

HERRERITA. Otra vez las grasias. Y ahora, una súplica, antes de irme der to. Si es menesté, me hinco.

NIÑA. No hase farta; eso déjelo usté pa la iglesia.

HERRERITA. ¿Es usté la Niña de Juana, como le disen; de Juana la bordadora?

NIÑA. Sí, señó.

HERRERITA. Por muchos años.

NIÑA. ¿Quién se lo ha dicho a usté?

HERRERITA. Usté, ahora mismo.

NIÑA. ¡Qué grasia!

HERRERITA. ¿Le ha hecho a usté grasia? ¡Vamos!

NIÑA. Sí, señó; eso me ha hecho grasia. No lo niego. Porque ha sío una pregunta muy tonta la mía: «¿Quién se lo ha dicho a usté?». Cuando yo acababa de desírselo.

HERRERITA. Pos en la misma puerta e la caye, una mujé bizca, con er pelo aniyao…

NIÑA. Sí; Antonia la Sarmuera.

HERRERITA. No la conozco. Me preguntó: «¿Va usté a vé a la Niña de Juana?». Le contesté que sí, y me dijo: «¡Pos vaya usté con Dios!».

NIÑA. Sí; me quiere mucho. Aquí ha estao hase un rato echándome flores.

HERRERITA. Conque yo, al oírla, tomé detayes. Paresía que me lo daba er corasón. «¿Por qué me lo pregunta usté?» —le dije—. Y va y me responde. «Porque hoy se ha puesto que da gloria verla». Y no me ha engañao.

NIÑA. Va a vení mi madre… y va a reñirme.

HERRERITA. Por mi causa, no. Punto finá. ¿La Niña de Juana tendrá, naturarmente, un nombre propio?

NIÑA. ¡Claro! ¡En la pila no me iban a poné la Niña de Juana!

HERRERITA. A vé si lo asierto antes de que vuerva su mamá de usté con er coche.

NIÑA. No se haga usté ilusiones en eso: ni en dos horas lo asierta usté.

HERRERITA. ¿Es tan raro?

NIÑA. Sí, señó, que es rariyo.

HERRERITA. Vamos a probá.

NIÑA. ¡Lo que tiene usté es una sangre más gorda!…

HERRERITA. A gusto que estoy. ¿A que asierto er nombre de usté?

NIÑA. ¿A qué no?

HERRERITA. ¿Me ha dicho usté que es raro, verdá?

NIÑA. Rariyo.

HERRERITA. Pero será bonito, desde luego.

NIÑA. A mí me gusta.

HERRERITA. ¿Cleopatra?

NIÑA. ¡Jesús!

HERRERITA. ¿Dursinea?

NIÑA. ¡Jesús!

HERRERITA. ¿Eloísa?

NIÑA. No se canse usté. Si hubiéramos apostao, pierde usté er dinero. Me yamo América.

HERRERITA. ¿América?

NIÑA. América Marín: servidora.

HERRERITA. ¡América!… ¡Sí que es bonito er nombre!… ¡América!… ¡Se tenía usté que yamá argo por el estilo! ¡Y várgame Dios, qué *temblique* me ha entrao!

NIÑA. ¿*Temblique*? ¿Por qué?

HERRERITA. ¡Qué sé yo! ¡Una cosa particulá!… ¡Porque entre er nombre de usté y er mío hay un no sé qué que viene a juntarlos!…

NIÑA. ¿Ah, sí? ¿Se yama usté Colón?

HERRERITA. Un pelo me farta.

NIÑA. ¿Cómo es eso?

HERRERITA. Me yamo Cristoba.

NIÑA. ¡Qué casualidá!

HERRERITA. Cristóbal Herrera, pa servir a usté. En la imprenta me disen Herrerita. Y tenga usté entendío que mi tocayo Cristóbar Colón, la mañana der 12 de ortubre de 1492 —ya ve usté si estoy enterao—, no sintió de seguro una alegría tan grande ar descubrí su América, como yo esta mañana, también de ortubre, ar descubrí la mía.

NIÑA. ¿Cómo la suya?

HERRERITA. Y la diferensia no es más que ésta —de argo me ha de serví la istrursión que tengo—: aqueya mañana, un trianero que iba con mi tocayo, ar divisá la costa primero que ninguno, dió un sarto y gritó: «¡Tierra!». Y yo esta mañana, ar descubrirla a usté, he dao por dentro veintisinco sartos y he gritao: «¡Sielo!». ¡Miste si hay distansia de aquer descubrimiento ar mío! ¡La distansia que hay de la tierra ar sielo, na más!

NIÑA. ¡Pero parese que se ha vuerto usté loco!

HERRERITA. To er que se enamora lo parese.

NIÑA. ¿Qué está usté disiendo?

HERRERITA. Las cosas, por su nombre. Como usté por er suyo y yo por er mío. Una América pa un Cristoba. Vamos a vé: ¿a qué hora sale usté a la caye?…

NIÑA. Yo no sargo nunca a la caye.

HERRERITA. ¿Ah, no?

NIÑA. ¿Qué se me ha perdío a mí en la caye?

HERRERITA. Pos esta mañana va usté a salí.

NIÑA. A lo der retrato. Y le arvierto a usté que lo menos yevamos un año pensándolo mi madre y yo.

HERRERITA. ¿Pa quién va a sé er retrato, si pué saberse?

NIÑA. Pa nosotras. Y pa mi abuela, que vive en er Puerto, y quiere verme cómo estoy.

HERRERITA. Y usté ¿no va ar Puerto?

NIÑA. Y a mí ¿qué se me ha perdío en er Puerto?

HERRERITA. Pero ¿usté no sale si no es pa busca argo que se le haya perdío?

NIÑA. Cabalito.

HERRERITA. Vamos, que es usté de esas seviyanas que no se pasean por las cayes más que er día der Corpus.

NIÑA. Sí, señó.

HERRERITA. Como la Custodia.

NIÑA. Y er Viernes Santo.

HERRERITA. Como la. Soledá. ¡Así hase farta yamarse Cristoba pa descubrirla a usté!

Dentro se oye a Juana, de improviso.

JUANA. ¡Niña! ¡Niña!

NIÑA. ¡Mi madre!

HERRERITA. ¡Atahuarpa!

NIÑA. ¿Qué?

HERRERITA. ¡Atahuarpa! Er nombre de un caudiyo indio que les dió mucha guerra a los españoles, y que se me ha venío a la memoria yo no sé

por qué.

Y llega Juana por la puerta del foro, muy emperejilada también y con el genio muy revuelto.

JUANA. Ya está ahí er coche, niña. *Viendo al muchacho.* ¿Eh?

HERRERITA. Buenos días, señora.

JUANA. Buenos días.

NIÑA. Éste señó, que vino equivocao, tocó er timbre… y como no suena…

JUANA. No suena, no; no suena. Er timbre no suena. ¡Ni va a soná en muchísimo tiempo! Si es usté amigo del amo de la casa, dígaselo usté.

HERRERITA. No, señora; no soy su amigo.

JUANA. ¡Pos se ha empeñao en que yo pague la compostura der timbre, y no me da la gana de pagarla! ¡Que la pague é, que pa eso cobra bien los arquileres!

HERRERITA. ¡Naturá, señora!

JUANA. ¡Y si no, que la pague el obispo! ¡Yo no la pago!

HERRERITA. El obispo no querrá pagarla tampoco.

JUANA. ¡Pos yo, primero que pagarla, me mudo! Y usté, ¿qué traía?

NIÑA. Venía preguntando por don José Pisarro…

JUANA. ¿Er vesino de junto?

HERRERITA. Sí, señora.

JUANA. ¿Lo va usté a vé?

HERRERITA. Ahora mismo.

JUANA. ¡Hombre! Me va usté a hasé un favó.

HERRERITA. Con muchísimo gusto, señora.

JUANA. Le va usté a desí de mi parte —porque yo no lo trato, ni ganas —, que si no quiere buscarse conmigo un dijusto gordo, no me tire más coliyas delante e mi portón.

NIÑA. Mamá, ¿er señó cómo va a desirle…?

HERRERITA. A mí no me cuesta ningún trabajo. Y hasta le recomendaré que fume en pipa.

JUANA. Se agradese. Y le va usté a añadí que tenga er pundonó de poné visiyos en los cristales, que cuestan baratos; porque er primer día que vuerva yo a vé en camisa a su señora, me asomo ar barcón y suben dos munisipales por eya.

HERRERITA. Se lo diré con las mismas palabras.

NIÑA. Pero ¿qué bicho te ha picao en la caye, mamá?

JUANA. ¿Tú sabes la que he tenío con er cochero?

HERRERITA. *Rascándose la cabeza.* ¿También con er cochero?

JUANA. ¡Como que los hay muy granujas, señó! ¡Lo menos se creía ése que soy yo una *gruya* que acaba de yegá der pueblo! Que si la tarifa, que si er domingo, que si la hora… Pero, anda, que me he descarao. Lo he puesto en vergüensa delante e la gente. Hasta er cabayo ha vuerto la cara pa oírme.

HERRERITA. Pos yo, señora, con permiso de usté…

JUANA. Vaya usté con Dios. Y a vé si le da usté mi encargo ar vesino.

HERRERITA. ¡Ya lo creo! ¡Si yo tampoco tengo trato con él! Sino que me han mandao de mi imprenta.

JUANA. ¿Es usté cajista?

HERRERITA. Cajista.

JUANA. ¡Uh! ¡Qué ofisio más susio y más arrastrao! Y usté disimule.

HERRERITA. Uno se lava luego. Pos en *Er Liberá*, señora, me tiene usté a su disposisión.

JUANA. ¿En *Er Liberá*? ¿Trabaja usté en *Er Liberá*?

HERRERITA. Desde hase cuatro años.

JUANA. ¡Ya podía *Er Liberá* meterse con el Ayuntamiento y desirle cómo está esta caye! ¡Que es una vergüensa! ¡No yueve, y se ahoga usté de porvo; yueve, y es un fangá! ¡Si va a seguí así, que nos dé permiso el arcarde pa sembrá papas en la asera!

NIÑA. Pero, mamá…

JUANA. ¡Pero, hija! ¡Tú, como no sales de casa nunca, y la casa está que se puén comé migas en er suelo…! *A Herrerita.* Porque estas pisás son de usté.

HERRERITA. *Alzando un pie maquinalmente.* Sí, sí, señora: mías; usté perdone.

JUANA. Se ha podío usté limpia en er ferpudo de la puerta.

HERRERITA. Entré sin sabé dónde entraba, señora… Y tocante a eso de la caye, ya le diré yo ar diretó que le dé ar teniente arcarde un puntasito en er periódico…

JUANA. ¡Buena prenda está er teniente arcarde! ¡To lo que le farta de arcarde le sobra de teniente, porque no se entera de na de lo que se le dise! ¡En la taberniya de la esquina se pasa las tardes bebiendo chatos y hablando de toros!

HERRERITA. ¡Je! En fin, no quiero entretenerlas más tiempo… Que ustedes sigan buenas.

JUANA. Condiós.

NIÑA. Vaya usté con Dios.

Se va Herrerita por la puerta del foro.

JUANA. ¿A qué huele ese hombre? A aseite de las máquinas debe de sé. ¡Uf! Voy a mi cuarto por er portamonedas nos vamos a escape a la fotografía, que está corriendo er gas.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

NIÑA. ¡Jesús con mi madre! ¡Qué genio! Ha espantao ar muchacho.

Vuelve Herrerita, sorprendiéndola.

HERRERITA. *En voz baja.* Dos palabras entre usté y yo.

NIÑA. ¡Ah!

HERRERITA. América, presiosa; *non plus ultra*; pa perdé er juisio; yo soy Colón y Hernán Cortés en una piesa; ¡pero Atahuarpa me va a hasé sudá sangre!

NIÑA. Y ¿qué jeroglífico es ése? A mí hábleme usté claro.

HERRERITA. ¿Claro? ¿Cuántos retratos se va usté a encargá?

NIÑA SEIS.

HERRERITA. Pos encárguese usté uno más, por mi cuenta.

NIÑA. ¡Al istante! Eso hay que mereserlo, hijo.

Herrerita. ¿Sí, verdá? Haremos méritos entonses. Dios la bendiga a usté.

Niña. Y a usté lo guíe la Magdalena.

Herrerita. ¡Poco me alegro yo de yamarme Cristoba! *Vase satisfecho.*

Niña. Tiene simpatía.

Al público:

En mi casa me descubre
por un milagro de Dios…
¿Será fiesta pa los dos
esta mañana de ortubre?

FIN

Fuenterrabía, septiembre, 1918.

DON JUAN, BUENA PERSONA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el **TEATRO DE LA COMEDIA** el 30 de octubre de 1918

A LUIS RUIZ DE VELASCO
buena persona, buen escritor y buen amigo,
SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Amalia Graziela.	Carmen Jiménez.
Elisa.	Aurora Redondo.
Helia.	Adela Carbone.
Ricarda.	Irene Alba.
Doña Nona.	Pascuala Mesa.
Dulcenombre.	Carmen Andrés.
Julia.	Carmen León.
Don Juan.	Manuel González.
Hormiguero.	Juan Bonafé.
Cardona.	Pedro Zorrilla.
Valentín Graziela.	Juan Espantaleón.
Antoñito.	Mariano Asquerino.
El Capitán.	Enrique Moreno.
Troncoso.	Francisco Pereda.
Arístides.	Pepito Jiménez.
	Fortunato García.

Suárez.

DON JUAN, BUENA PERSONA

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, elegante y risueño, en casa de don Juan de la Vega, en Madrid. A la izquierda del actor, una mamparita que da al bufete (don Juan es abogado), y al foro y a la derecha, sendas puertas, que dejan ver otras habitaciones. Muebles sencillos, de fino gusto, como elegidos por quien tiene la vista bien acostumbrada: mesa auxiliar, librería, butacas, sillas, etc., etc. Primorosos cuadros.

Es por la mañana, en otoño. Coincide, pues, el principio de la comedia con la caída de la hoja.

Antoñito, pasante en el bufete de don Juan, joven listo y simpático, repasa unos papeles, apoyado en la mesa.

Julia, doncellita que presume de manos, de pies, de ojos y de dientes, hace pasar por la puerta de la derecha a Elisa, que de nada presume, pero que pudiera presumir de mucho. Es mujer como de treinta años, y viste con modesta elegancia.

JULIA. Pase la señora.

ANTOÑITO. ¿Quién? ¡Ah! ¡Elisa! ¿Cómo está usted?

ELISA. Bien, ¿y usted, Antoñito?

ANTOÑITO. A sus órdenes. ¿Viene usted en busca del jefe?

ELISA. Sí.

ANTOÑITO. Pues no está. ¡Cuánto va a sentirlo! ¿Trae usted mucha prisa?

ELISA. ¿Ha de tardar?

ANTOÑITO. Sospecho que sí, por una comisión que me ha dado. Le preguntaremos a Hormiguero. Julia, avísele usted a don Pascual. *Deteniendo a Julia, que se dirige hacia la izquierda.* ¿Adónde va usted?

JULIA. Al bufete, ¿no?

ANTOÑITO. Don Pascual estará en su despacho.

JULIA. Es verdad. ¿Dónde tendré yo la cabeza?

ANTOÑITO. En el mecanógrafo.

JULIA. ¡Ja, ja, ja! *Ríe, halagada; luce sus dos filas de perlas con tal motivo, y se va hacia la izquierda por la puerta del foro.*

Elisa sonríe.

ANTOÑITO. Es tonta.

ELISA. Eso me ha parecido.

ANTOÑITO. Debilidades de don Juan… Pues ahora nos dirá Hormiguero… ¿Y las nenas de usted, Elisa?

ELISA. Muy ricas las dos. Una, en casa… y otra, ya en el colegio. Crecen que me avergüenzan.

ANTOÑITO. Pero ¡si puede usted pasar por hermana suya!… ¿Cuál se parece más a usted?

ELISA. Ninguna… porque dicen que las dos son preciosas.

ANTOÑITO. Entonces se parecen las dos.

ELISA. ¡Jesús! ¡Cómo está la mañana!… Ya se ve que es usted predilecto del jefe…

ANTOÑITO. ¿Porque sé admirar?

ELISA. Porque sabe usted galantear.

Por donde se fué Julia llega Hormiguero, secretario particular de don Juan, hombre afable, cortés, solicito, curioso; incansable averiguador de lo humano y de lo divino. Su prematura calva (pues apenas pasa de los

cuarenta) obedece, sin duda alguna, a ese constante afán. Julia viene tras él, y continúa por el foro hacia la derecha.

HORMIGUERO. Elisita, a los pies de usted.

ELISA. ¡Hola, Hormiguero insigne! ¿Cómo vamos?

HORMIGUERO. Viviendo.

ELISA. A Sara la encontré el otro día. ¡Tan guapa siempre!

HORMIGUERO. ¡Quién habló!… ¿Busca usted a don Juan?

ELISA. Sí. ¿Tardará mucho?

HORMIGUERO. Es más que probable. Lo ha citado a las doce la marquesa de Santamor, y aún no son las doce…

ELISA. ¿La marquesa de Santamor? Pero ¿todavía vive esa señora?

HORMIGUERO. Todavía.

ELISA. Luego dicen que las razas decaen… Y ¿ahora se ha dedicado don Juan a la arqueología?

HORMIGUERO. No sea usted maliciosa: es un asunto de bufete. Por cierto que le va a dar un grave disgusto a la marquesa.

ELISA. ¿Don Juan? ¿A la marquesa? ¿Es posible?

HORMIGUERO. ¡Y tan posible! ¡Figúrese usted que, para el asunto de que se trata, le tiene que pedir la fe de bautismo!

ELISA. ¡Horror!

ANTOÑITO. Un documento de la guerra de la Independencia.

HORMIGUERO. No, no exageremos demasiado: la marquesa de Santamor nació el 28 de febrero de 1844. El mismo día en que se estrenó *Don Juan Tenorio*.

ELISA. Hormiguero nos había de dar el dato preciso. ¡Qué tesoro de hombre!

HORMIGUERO. Donde esté usted, la palabra «tesoro» es patrimonio suyo.

ANTOÑITO. *A Elisa.* ¿Predilecto del jefe también?

ELISA. ¡Qué duda cabe!

Viene por la puerta del foro, de la parte de la derecha, dispuesta para salir a la calle, doña Ramona Echezarreta, señora chapada a la antigua, tía carnal de don Juan. Trae velo. Su presencia sorprende a Elisa.

DOÑA NONA. ¿Don Antoñito?

ANTOÑITO. Señora. Esperándola a usted estoy. *Presenta a las damas, que se han saludado con una inclinación de cabeza.* Doña Ramona Echezarreta, viuda de Olivares; tía de don Juan. La señora viuda de Castelo.

DOÑA NONA. Señora…

ELISA. Tanto gusto…

DOÑA NONA. Usted extraña verme aquí. Se lo he conocido en la cara al llegar.

ELISA. Sí, verdaderamente…

DOÑA NONA. Mi señor sobrino, mi don Juanito de mi alma, que quiere que pase una temporadita con él. ¡Cosas suyas!… Y como a los tunantes no se les puede negar nada que pidan…

ANTOÑITO. Desde ayer está con nosotros.

DOÑA NONA. ¿Su esposo de usted era don Virginio Castelo?

ELISA. Sí, señora.

DOÑA NONA. Fué amigo de uno de mis hijos. Yo creo recordarlo. ¿Viene usted a ver al abogadete?

ELISA. Con mal tino, porque no lo encuentro. Un pícaro seguro de vida, que no quieren pagarme.

ANTOÑITO. ¡Ah, pero lo pagarán muy pronto, o no hay justicia!

DOÑA NONA. Ya lo oye usted. Mi sobrino lo sacará adelante. Cuando las clientes son guapas, se inspira mucho.

ELISA. Gracias por el favor…

HORMIGUERO. Dispénseme usted que le llame la atención, doña Nona, pero no debe entretenerse demasiado. A usted le gusta que el *auto* vaya despacito…

DOÑA NONA. Sí, sí, es verdad; dice usted muy bien. Con permiso de esta señora, vámonos ya, don Antoñito; que los trenes no llegan a tiempo más

que cuando una llega tarde a la estación.

ANTOÑITO. Usted me manda.

DOÑA NONA. Adiós, doña Elisita.

ELISA. Adiós, señora.

HORMIGUERO. No se detengan por el equipaje.

ANTOÑITO. ¡Ah, claro que no!

Se va con doña Nona por la puerta de la derecha.

HORMIGUERO. Es muy simpática doña Nona, ¿verdad?

ELISA. Mucho; muy simpática. Y está muy fuerte. Yo la suelo ver asomada al balcón de su entresuelito… Vivimos casi enfrente la una de la otra.

HORMIGUERO. Casi enfrente. Y eso que ella vive en el quince y usted en el cuarenta y seis. Pero ¿no se sienta usted, Elisita?

ELISA. No; si me marcho… En vista de que ese hombre puede tardar… Diga usted, Hormiguero, una curiosidad antes de irme, si no es indiscreción: ¿a qué se debe la estancia de esta señora aquí? ¿A quién va a esperar con Antoñito?

HORMIGUERO. Pero ¿usted no tiene antecedentes?…

ELISA. Ninguno; en absoluto.

HORMIGUERO. ¿Ninguno?

ELISA. ¡Si hace lo menos quince días que no hablo con don Juan! Sobre que él es tan reservado…

HORMIGUERO. Pues yo la informaré a usted de lo que ocurre.

ELISA. Vaya, me sentaré un poquito entonces.

HORMIGUERO. La bondad de don Juan es inagotable, y toma mil formas. De Barcelona llega hoy a Madrid una señorita, que se va a hospedar en esta casa diez días, quince, veinte, un mes… ¡qué sé yo!…

ELISA. Sí que es raro. Y ¿quién es esa señorita?

HORMIGUERO. Amalia Graziela se llama.

ELISA. ¿Graziela?

HORMIGUERO. ¿Le suena el apellido?

ELISA. Un poco.

HORMIGUERO. Es hija única de un famoso Valentín Graziela, amigote un tiempo de don Juan, mala cabeza, aventurero… Uno de estos hombres que por la noche se arruinan y son millonarios al día siguiente. Bueno, pues a raíz de un batacazo de los suyos, viudo ya, levantó el vuelo y se fué a Buenos Aires.

ELISA. ¿Con la niña?

HORMIGUERO. No, señora; no. La niña, que a la sazón tendría catorce años, quedó recogida en Barcelona por una tía suya, hermana de la madre, un poco maniática: doña Tomasina Lirón y Mendoza; que dicen que dormía con los ojos abiertos.

ELISA. Como las liebres.

HORMIGUERO. Eso dicen.

ELISA. Y ¿qué? ¿Ha muerto esa señora quizás?

HORMIGUERO. Ha muerto: hace cuarenta días. No, cuarenta y uno; que hoy es jueves. Y se conoce que la niña le avisó por cablegrama a su señor padre, que se quedaba en Barcelona sola y desamparada; y Valentín le escribió a don Juan, recordando su antigua amistad y sus buenas prendas, y suponiéndolo casado…

ELISA. ¡Santa María de la Cabeza!

HORMIGUERO. O diciendo que lo supone; es igual. El caso es que le ha escrito, y que le ruega encarecidamente que se haga cargo de su hija hasta que él, en breve plazo, vuelva a España.

ELISA. Total: que a este don Juan, cuando no las busca por su cuenta, vienen las aventuras a buscarlo.

HORMIGUERO. Esta vez no, Elisa.

ELISA. ¿Qué no? ¿Qué edad tiene esa joven?

HORMIGUERO. Diecinueve años: los ha cumplido el día del Corpus justamente.

ELISA. ¡Diecinueve años! Y, por supuesto, ¿será bonita?

HORMIGUERO. ¡No, señora: fea como un demonio!

ELISA. ¿Qué es fea?

HORMIGUERO. ¡Como un demonio! ¡Por eso le aseguraba yo a usted que nada de aventuras!

ELISA. ¿La conoce don Juan?

HORMIGUERO. Sí, señora. La conoció hace tiempo, en su casa; en una ocasión en que Valentín, el padre, estuvo enfermucho.

ELISA. *Sonriendo con maligna satisfacción.* ¡Ah, vamos!… ¿Qué piensa usted?

HORMIGUERO. Nada nuevo, Elisita; que usted, por el contrario, es preciosa. Y note usted la condición de nuestro amigo. Cuando recibió la carta de Graziela, tentado estuvo de no aceptar el delicado encargo: pensaba en el error de Valentín, en que él vive solo con un ama de llaves, en la fama que tiene de galanteador, de amoroso… etc., etc. Pero, al considerar que la infeliz chiquilla era fea, huérfana de madre, casi de padre, sin bienes de fortuna… y que además estaba entristecida de momento por la muerte de la tía maniática, triunfó en su corazón el sentimiento que siempre lo vence, el de la piedad… y aguardando estamos a la viajera.

ELISA. Es bueno; es muy bueno.

HORMIGUERO. ¿Don Juan? ¡El mejor de los hombres! ¿Qué más quiere usted? ¿No ha sacado con este motivo de su entresuelito a doña Nona, para darle a la casa, mientras esa señorita esté en ella, todo el decoro necesario? ¡Es único! ¡Es único!

ELISA. Ciertamente; único. Con ser tan bueno, aún es más delicado que bueno, ¿verdad? Ha hecho el milagro de ser Don Juan… y buena persona.

HORMIGUERO. ¡Con doña Nona nos hemos reído!… No quería venir; decía que no quería condenarse… Porque imaginaba esta casa como un infierno suelto… ¡Un entrar y salir a todas horas de pajaritas y tunantas!… ¡Je, je!

ELISA. ¡Mal conoce esa señora a su sobrino!

HORMIGUERO. ¡Oh!

ELISA. El respeto social lo guarda como pocos afortunados.

HORMIGUERO. ¡Uh!

ELISA. Y de sus conquistas, lo que se sepa… será lo que las mujeres pregonen. En fin, Hormiguero, mil gracias.

HORMIGUERO. ¿Se va usted?

ELISA. Sí, señor; ya le he entretenido bastante.

HORMIGUERO. Por eso no, Elisita.

ELISA. Hará usted el favor de decirle a don Juan…

HORMIGUERO. Pierda usted cuidado. ¿Volverá usted?

ELISA. Así que pasen unos días. Mis recuerdos a Sara.

HORMIGUERO. De su parte. *Vase por la puerta de la derecha, acompañando a Elisa. Al momento se le oye decir:* Pase, Capitán, pase. En seguida vengo.

Y pasa el Capitán, que viste de paisano, porque no es militar ni cosa parecida. Toca en el medio siglo, y miente más que habla.

CAPITÁN. ¡Canario, qué guapa está la viudita del pobre Castelo! ¡Guapa! ¡Guapa! ¿Tiene alguna suerte este sinvergüenza? *De una caja de cigarros coge uno y lo enciende.* ¡Buen tabaco fuma este sinvergüenza! ¡Bueno! ¡Bueno! *Se guarda otro cigarro con la mayor naturalidad.*

Vuelve Hormiguero.

HORMIGUERO. ¿Qué hay, Capitán?

CAPITÁN. ¿No está en casa ese sinvergüenza?

HORMIGUERO. ¿Qué sinvergüenza?

CAPITÁN. El jefe.

HORMIGUERO. No, señor; no está en casa.

CAPITÁN. ¡Pues me ha fastidiado el ángel mío!

HORMIGUERO. ¿Quería usted algo, además de ese puro?

CAPITÁN. ¡Vaya si quería! ¡Las faldas, amigo Hormiguero; las faldas dichosas!

HORMIGUERO. ¡Ah, las faldas!…

CAPITÁN. ¿Dónde le echaría yo la vista encima?

HORMIGUERO. Lo que es hoy, qué sé yo. Creo que almuerza en El Escorial con unos amigos…

CAPITÁN. ¿Amigos?

HORMIGUERO. Amigos, sí.

CAPITÁN. ¡Miau! Le dejaré dos letras, entonces.

HORMIGUERO. Como usted guste. Ahí puede usted ponerlas.

El Capitán se sienta a ello. En seguida empieza un plieguecillo y lo rompe.

CAPITÁN. Vísteme despacio que estoy de prisa. *Empieza otro y lo rompe también.* ¡Vaya! ¡Hoy no sé escribir!

HORMIGUERO. Vuelva usted mañana.

CAPITÁN. ¡Qué buen humor nos ha dejado la viudita!

HORMIGUERO. ¡Siempre!

CAPITÁN. ¡Bah! Desisto de la carta. Le va usted a decir a Juan que esta noche lo veré en el Victoria.

HORMIGUERO. ¿En el Victoria?

CAPITÁN. Sí. Digo en el Victoria, porque él seguramente no faltará.

HORMIGUERO. ¡Ah! no sé.

CAPITÁN. ¿No sabe usted, y trabaja la niña? ¡Miau! Hombre, y usted que es su persona de confianza, le debía aconsejar que abandonara eso. No está a su altura.

HORMIGUERO. ¡Dios me libre a mí de meterme!…

CAPITÁN. Tiene usted razón: hay cosas delicadas… Yo, como siempre les he hecho fú a las comiquitas… Una me pescó y… ¡No me quiero acordar! En fin, gracias a Dios, está en Lima.

HORMIGUERO. No puede estar más lejos.

CAPITÁN. Pues todavía está cerca. Adiós, Pascualito.

HORMIGUERO. Adiós, Capitán.

CAPITÁN. Ando loco toda la mañana y no encuentro gardenias.

HORMIGUERO. Es muy difícil, en octubre…

CAPITÁN. Ya lo sé… ¡pero la niña quiere hoy gardenias!

HORMIGUERO. ¡Ah! son atroces.

CAPITÁN. Lo eterno femenino, que dijo Byron.

HORMIGUERO. Goethe, si usted gusta.

CAPITÁN. ¿Goethe? ¡Es igual!

HORMIGUERO. Para Goethe, no.

CAPITÁN. ¡Habrá que pintar las gardenias! Hasta luego.

HORMIGUERO. Hasta luego.

CAPITÁN. No se le olvide mi recado.

HORMIGUERO. No se me olvida, no.

CAPITÁN. Muchas gracias. *Se va por donde vino.*

HORMIGUERO. ¡Un hombre dichoso, creyendo que es verdad que necesita encontrar hoy unas gardenias… que hay quien espera las gardenias… y que él tiene dinero para pagarlas! ¡Miau!

Sale don Juan por la puerta del foro. Viene de la parte de la derecha. Es un buen mozo, de porte fino y señoril, de cordial mirada, expresión risueña y suaves ademanes. Aunque contemporáneo de Hormiguero, está muy lejos de calvear, como él; pero, en cambio, en sus cabellos y en su largo bigote apuntan indiscretas canas.

DON JUAN. ¡Hola, secretario!

HORMIGUERO. ¿Terminó usted ya con el vecino?

DON JUAN. Ya. Es muy gracioso. Luego hablaremos de él. Bajará con Dulcenombre a saludar a la forastera. ¿Se fueron a la estación mi tía y Antoñito?

HORMIGUERO. Sí. Y ha estado un rato Elisa.

DON JUAN. ¿Elisa? ¿A saber del seguro?

HORMIGUERO. Del seguro, sí. Y de paso… *Maliciosamente.* De paso a adquirir noticias de la forasterita.

DON JUAN. ¿De la forasterita?… ¿Por dónde se ha enterado…?

HORMIGUERO. No sé… Pero, aquí *inter nos*, yo su intención la he visto: se quedó muy tranquila cuando le advertí que era fea.

DON JUAN. Y a ella ¿qué más le da?

HORMIGUERO. *Recogiendo velas.* Sí… claro… a ella ¿qué más le da? Bueno, yo no le dije que estaba usted arriba.

DON JUAN. Muy bien hecho.

HORMIGUERO. Sino que había usted ido a ver a la marquesa de Santamor. La amiga más vieja de que me acordé en aquel instante.

DON JUAN. No había necesidad ninguna…

HORMIGUERO. No; necesidad no había ninguna, ya comprendo… También ha venido el Capitán.

DON JUAN. ¡El gran Capitán!

HORMIGUERO. Cogió dos puros, rompió dos pliegos, soltó dos bolas y se largó.

DON JUAN. ¿Nada más que dos bolas?

HORMIGUERO. Nada más.

DON JUAN. Habrá estado muy poco tiempo.

HORMIGUERO. Dos minutos.

DON JUAN. ¿Ha habido cartas?

HORMIGUERO. Algunas, sí. Cuatro.

DON JUAN. Vamos a verlas.

Don Juan se sienta con abandono. Hormiguero saca de un cajón de la mesa las cartas, y las va abriendo.

HORMIGUERO. Ésta es del ministro de Marina, diciéndonos que toma nota preferente…

DON JUAN. ¿De qué?

HORMIGUERO. De lo de Ramitos.

DON JUAN. ¡Ah! ya. Mándesela usted luego con un saludo.

HORMIGUERO. Esta otra —no conozco la letra— la firma… ¡ah! Heliodoro Carranque.

DON JUAN. ¡Dale, machaca! ¡Qué pesado!

HORMIGUERO. Y por lo visto finge la escritura para que no rompamos la carta sin abrirla.

DON JUAN. Contéstele usted otra vez que no, que no y que no; que de ese asunto no me encargo. O vaya usted a decírselo personalmente. ¡Es un pleito odioso! ¡Siete hermanos, varones todos, además, disputándose cuatro casuchas!… Yo no necesito de mi carrera, ni soy abogado si no es de causas nobles o que a mí me lo parezcan, al menos; de causas cuya defensa me deje alguna satisfacción delicada, algún íntimo halago, algún perfume…

HORMIGUERO. Justamente por esas cosas, sobre todo por lo del perfume, le han puesto a usted en las Salesas «el abogado del Amor».

DON JUAN. Ya, ya. Siga usted con las cartas.

HORMIGUERO. Ésta es de señora.

DON JUAN. A verla. *Mirando el sobrescrito.* No caigo…

HORMIGUERO. Ni yo tampoco. De seguro no es de mis tiempos. *La abre y lee:* «Santander, 17 de octubre…».

DON JUAN. ¿Santander? ¿Quién firma?

HORMIGUERO. Aurora Galea.

DON JUAN. ¡Aurora Galea!… ¡Qué respiro! ¿Quién se acuerda ya de eso?

HORMIGUERO. Yo. Yo me acuerdo ahora mismo, don Juan. Al marido de esta señora lo trasladamos de Ávila a Santander, porque los médicos le recomendaron los baños de ola.

DON JUAN. Sí; para los nervios.

HORMIGUERO. De esto hace ya ocho años. El favor se lo debió usted a Lorena, que fué ministro cuarenta y ocho horas y dejó el traslado en el testamento.

DON JUAN. ¡Qué mujer más guapa!…

HORMIGUERO. Y ¡qué marido más amable!

DON JUAN. ¿Recuerda usted? Él mismo hacía innecesario mi disimulo.

HORMIGUERO. Él mismo; sí, señor.

DON JUAN. ¡Con qué soltura nos dejaba solos!

HORMIGUERO. ¡Con qué elegancia se hacía el distraído!

DON JUAN. Y ¡con qué candor me agradecía todos los regalos que yo le enviaba a ella!

HORMIGUERO. ¡Je, je! ¿Conoce usted los versos de Góngora?

DON JUAN. ¿Cuáles?

HORMIGUERO. Los de aquella letrilla célebre…

Que esté la bella casada
bien vestida y mal celada,
bien puede ser:
mas que el bueno del marido
no sepa quién dió el vestido,
no puede ser.

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡El pobre Chunchún, como le llamaba Aurorita!

HORMIGUERO. Usted se portó muy bien con él.

DON JUAN. Lo mejor que pude, como siempre. A ver qué dice ella.

HORMIGUERO. *Lee:* «Amigo Juanito: aunque en todo pensarás tú ahora menos en recibir carta mía, yo me tomo la libertad de ponerte estas cuatro letritas, al rescoldo de nuestra antigua amistad, para pedirte un favorcito, para mí muy grande y muy pequeñito para ti». No escribe mal esta mujer… Eso del rescoldo…

DON JUAN. Y es muy melosa… Me la evocan los diminutivos.

HORMIGUERO. «Juanito, el mayor de mis hijitos, tiene ya diecisiete años».

Don Juan se levanta como por resorte, y pasea.

DON JUAN. ¡Diecisiete años!… Vuela el tiempo.

HORMIGUERO. ¿Sigo?

DON JUAN. Siga usted.

HORMIGUERO. «… diecisiete años. Está hecho un hombrecito. Va a Madrid, a unas oposiciones, y yo le he dicho que te visite y se ponga en tu mano. Sin padrinos nadie se bautiza, y tú lo puedes recomendar muy bien, porque tienes muchas simpatías en todas las esferas. ¿Lo harás, Juanito?».

DON JUAN. ¡Lo haré; lo haré!…

HORMIGUERO. «Yo de ti no lo dudo… ¡Tengo tantas pruebecitas de tu buen corazón!…». ¡Hem!…

DON JUAN. No me subraye usted las cosas, Hormiguero…

HORMIGUERO. Ha sido involuntario, don Juan… *Lee:* «Te lo pide una madre de familia, que nunca se olvida de ti… Gracias, muchas gracias, Juanito. Tu afectísima, Aurora Galea».

DON JUAN. *Suspirando.* ¡Ay!… Nada; lo de siempre. Vendrá el niño, se le recibirá como su madre espera, se le ayudará…

HORMIGUERO. A última hora no tendrá dinero para la casa de huéspedes…

DON JUAN. ¡Como si lo estuviera usted viendo!…

HORMIGUERO. Ni para el billete de vuelta…

DON JUAN. Sí, sí… El programa cabal. ¡Todo se hará por Pepa María! —como decía mi abuelo—. Pero, en fin, es mi sino, sin duda. El rescoldo, el rescoldo… Don Juan, compasivo… Don Juan, esclavo de sus esclavas… ¡Cosa más grande!… ¡No he sabido acabar definitivamente con ninguna! A usted le consta. Lo menos que me queda es un lazo así. Que de lo demás, no se hable. Me comen, me comen…

HORMIGUERO. Yo que usted fundaba un Montepío.

DON JUAN. Pero ¿es que no lo tengo fundado ya? ¿Queda alguna otra carta?

HORMIGUERO. Una de Lisboa. Conociéndolo a usted, se la he reservado para postre.

DON JUAN. ¿De quién? Puede ser de dos, pero será de Alicia.

HORMIGUERO. De Alicia es. Y dice: «Mi querido Joancito».

DON JUAN. Querido no dirá.

HORMIGUERO. Es cierto. *Rectificándose.* «Mi queirido Joancito».

DON JUAN. Eso sí.

HORMIGUERO. «Cosa mala nunca moere. Te queiro mocho».

DON JUAN. Ya lo sé.

HORMIGUERO. «En lo coal te iscribo esta carta par desirte que siento neste momento una gran alegría. ¿Pois quieres que yo te diga por qué? Pois yo te lo digo. Es porque ants de fin de mes es posible que voelva a Ispania y pas quins días en Madrí».

DON JUAN. ¡Adiós mi dinero!

HORMIGUERO. «Istoy empasiente por volverte a ver, y tengo una grande elosión, no sé si enfondada. Te queiro mocho». Insiste en que lo quiere a usted mocho.

DON JUAN. Menos mal.

HORMIGUERO. «Diseo ardentemente oir de noevo las palabras dolses de tu bocita…».

DON JUAN. Basta ya. Hormiguero.

HORMIGUERO. Ya llegamos al fin. «… y eso que vivo con el tumor de que tú ya no te acoerdes ni un pocito de esta tu niña que te adora, Alisia».

DON JUAN. ¡Cualquiera se olvida de ti, aun viviendo cien años! Mujer más atrayente, más bonita, más apasionada y más loca, no he conocido nunca. Pálida, de cabellos negros, de ojos muy brillantes, color de vino moscatel…

HORMIGUERO. ¡Je, je! Éste no perderles enteramente el rastro a las que fueron… ¿eh, don Juan?…

DON JUAN. Sí; cueste lo que cueste, constituye una delectación muy sabrosa. ¡No hay dos mujeres ni dos rumbos iguales! ¡La vida, la vida!… En cambio, me produce no sé qué especie de melancolía la desaparición total, absoluta, de una mujer que me haya enamorado siquiera una hora. ¿Qué será de aquélla?… ¿Dónde estará?… ¿Se acordará de mí?… ¿Se habrá muerto?…

HORMIGUERO. Sí, señor, sí; eso es inquietante… Uno, en su modestia, también comprende…

DON JUAN. ¿Le he contado yo a usted alguna vez cierta calaverada mía en el Monasterio de Piedra?

HORMIGUERO. Seguramente, no.

DON JUAN. Pues ahí ve usted lo que decíamos: de aquella mujer no he vuelto a tener ni sombra de noticia. Se fundió en el aire. Era griega. Se

llamaba Helia.

HORMIGUERO. ¿Cómo?

DON JUAN. Helia. Interesantísima criatura. Toda luz y espíritu… como si no fuera de carne humana. Su marido era un hotentote. Daba angustia ver aquella mariposa a su lado. No se concebía semejante unión. Parecía un monstruo que hubiese cazado una ninfa en la misteriosa corriente de aquel río. Una noche supe por mi criado que había sido vendida como una esclava. No me hizo falta más. Yo la venía mirando con un amor que ella comprendía… Nuestras celdas estaban cercanas. Aceché un momento en que el marido la dejó sola, y entré como un relámpago en la suya. Tenía yo veinticinco años en aquella fecha. Era un poco caballero andante. Tembló al verme; se estremeció como una luz. Caí a sus plantas, y le dije: «¡Señora, si quiere usted la libertad, yo estoy pronto a dársela!». Palideció, lloró… se dejó caer en mis brazos. Sentimos entonces al hotentote que llegaba, salté por la ventana al jardín… y hasta ahora. A la mañana siguiente había desaparecido la pareja.

HORMIGUERO. ¡Qué rabia! Pero es muy curioso… Y ¡qué mal sabe quedarse con la miel en los labios!… ¿no?

DON JUAN. ¡Y aquella miel!… ¡Helia, Helia!… En fin, a otra cosa, Hormiguero. ¿No hay novedad ninguna?

Troncoso, empleado de Don Juan, sale por la puerta del foro y entra en el bufete hojeando unos documentos.

HORMIGUERO. Ninguna. Como no sea el chalequito con que hoy se nos ha presentado Troncoso.

DON JUAN. Ése ya lo he visto. Y además en Troncoso no debe sorprendernos. Un hombre que enviuda, como él, y vuelve a casarse a los dos meses, tiene que hacer equilibrios con el luto.

HORMIGUERO. ¡Je, je! Bueno, voy a ver si trabajo un poco. ¿Manda usted algo más?

DON JUAN. Nada, por ahora.

HORMIGUERO. Bien. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, con las cartas.*

Don Juan pasea, hablando consigo.

DON JUAN. ¡Helia!… ¡Alicia!… ¡Aurora!… ¡Ay, ay, ay! ¡Cómo idealiza la distancia!… ¿Por qué habrá horas en que se siente en el corazón el pasado como una caricia? ¿Descontento del presente, quizás?… ¿Cansancio?… ¿Vejez?… No.

Vuelve Julia por la puerta del foro.

JULIA. Señorito. *Don Juan no la oye.* Señorito.

DON JUAN. ¿Qué quieres?

JULIA. La señora Romualda desea que vaya usted a ver cómo han quedado por fin los cuadros y la pila del agua bendita.

DON JUAN. ¿No ha sido a gusto de la señora?

JULIA. Sí, señor; pero dice la señora Romualda que se queda más tranquila si usted lo ve.

DON JUAN. ¡Bueno! Vamos a tranquilizar a la señora Romualda.

Por la puerta de la derecha asoma Arístides, criadito de la casa, con una tarjeta.

ARÍSTIDES. Don Juan.

DON JUAN. ¿Quién?

ARÍSTIDES. Esta señora.

Don Juan, al ver la tarjeta, hace un gesto de espanto cómico. Luego se dirige al chico bajando la voz.

DON JUAN. ¿Le has dicho que estoy?

ARÍSTIDES. No, señor; le he dicho que iba a verlo, que no sabía… *Se lleva un dedo a un ojo.*

DON JUAN. ¿Qué es eso?

ARÍSTIDES. Que aquí hay pestaña.

DON JUAN. ¿Ah, sí? ¡Vamos! *Ablandándose.* Y ¿quién no la recibe…? ¡Ay!… Dile que pase; que tenga la bondad de esperar un momento.

ARÍSTIDES. Bien. *Se retira.*

DON JUAN. Vamos a ver la pilita y los cuadros.

Se va con Julia por la puerta del foro, hacia la derecha.

Por la de este lado sale Ricarda, señorita de cierta edad —la edad cierta no hay quien la averigüe—, con pretensiones de excepcional y refinada. Viste con modestia y decoro, pero delatando en tal cual detalle elegante el esfuerzo de querer lucir. Es soltera y mártir.

RICARDA. *Después de pasear la mirada por el gabinete.* Siempre que entro en esta casa me da un escalofrío. *Le da.* Hoy me han dado dos. *Le da otro.* ¡Qué mal empleado está este hombre… en manos de tantas… de tantas!… ¡Ay!… Y en cambio…

Hormiguero va a salir del bufete; pero, al reconocer por detrás a Ricarda, da con rapidez media vuelta aterrado, y se mete dentro. Don Juan llega a poco por donde se marchó.

DON JUAN. Ricardita…

RICARDA. Don Juan…

DON JUAN. ¡Dichosos los ojos!

RICARDA. No diga usted eso. Si sus ojos fueran dichosos viéndome, buscarían alguna vez la dicha.

DON JUAN. Estoy siempre tan atareado… Pero siéntese usted.

RICARDA. Procuraré robarle poquito tiempo.

DON JUAN. ¿La mamá, buena?

RICARDA. Buena, en lo posible. Acartonadita, acartonadita…

DON JUAN. ¿Y usted, muy ocupada?

RICARDA. Así, así… Dos o tres lecciones de piano y alguna de francés. Mucho ruido y pocas nueces. Llamo nueces a las pesetas. ¡Ah, si no fuera por aquella herencia providencial, que nos rescató don Juan de la Vega, el Magnánimo, con M mayúscula!…

DON JUAN. Calle usted, Ricarda.

RICARDA. Es justicia. En mi casa, el nombre de usted, desde entonces, se pronuncia como el de un santo.

DON JUAN. Pues no lo soy, no; disto mucho… Es decir, santos hay que comenzaron su carrera así como yo.

RICARDA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, lo tiene usted todo! Oportunidad, ingenio… todo, todo. ¿Trabaja usted mucho en el bufete?…

DON JUAN. Más trabajo fuera del bufete, a decir verdad. En rigor, para mí, el bufete…

RICARDA. Sí.

DON JUAN. Hoy día casi lo mantengo y me importa por Antoñito.

RICARDA. ¿Por Antoñito Alonso?

DON JUAN. Vale mucho, me quiere, tiene afición, tiene porvenir… y me complazco en ayudarle.

RICARDA. ¿Y Hormiguero? ¿el célebre Hormiguero? ¿Continúa con su pasmosa erudición?

DON JUAN. Exacto.

RICARDA. ¡Qué hombre! Lo vario de ella es lo que a mí me hace reír. Lo mismo sabe cómo se llama el cura de la Paloma, que el número justo de habitantes de Navalcarnero, que el año en que nació Quintiliano, que cómo se fabrica el algodón pólvora… ¡Ja, ja, ja!

DON JUAN. Es inmenso.

RICARDA. Es un diccionario enciclopédico que se ha casado… ¿Qué le parece a usted la frase?

DON JUAN. Muy original.

RICARDA. Yo hago frases. Tengo esa facilidad, ese don…

DON JUAN. Ya, ya sé…

RICARDA. ¡El bueno de Hormiguero!…

Del bufete sale Troncoso, el del chaleco extraño. Trae varios pliegos.

TRONCOSO. Con permiso. Don Juan, ¿quiere usted firmar estos informes?

DON JUAN. Sí; deme acá.

TRONCOSO. Buenos días, señorita.

RICARDA. Buenos días.

DON JUAN. Este de Aranda lléveselo usted en persona.

TRONCOSO. Sí, señor.

DON JUAN. Dígale usted que esté tranquilo; que ya verá que, lo mismo moral que legalmente, pisa en terreno firme.

TRONCOSO. Bien.

DON JUAN. Los documentos que nos envió, ¿están ahí todos?

TRONCOSO. Menos la declaración de herederos, que se le devolvió anteayer a petición suya.

DON JUAN. Pues no deje usted de llevarle los demás también con el informe.

TRONCOSO. Sí, señor; sí.

DON JUAN. *Entregándole los pliegos firmados.* Ahí tiene.

TRONCOSO. Con permiso.

RICARDA. Adiós, Troncoso. Y aprovecho el momento para darle a usted mi más sentido pésame.

TRONCOSO. Muchas gracias.

Al hombre se le alarga la cara por puntos, e instintivamente se abrocha la americana para que no se le vea el chaleco. Don Juan le hace señas a Ricardita. Ésta no lo advierte.

RICARDA. Yo la estimaba mucho a la pobrecita. Nos veíamos poco, pero nos entendíamos muy bien desde lejos…

TRONCOSO. Sí, sí… *Deseando irse.* Con permiso.

RICARDA. ¿Qué tiempo estuvieron ustedes casados?

TRONCOSO. Cuatro… cinco… seis años y medio… No, no… cinco años y dos meses. Eso es. Con permiso.

RICARDA. Pues… en estos trances, ¿qué se ha de decir? No hay palabras… Recordarla siempre y resignarse… El recuerdo es un culto…

TRONCOSO. Claro… sí… muchas gracias. Con permiso.

RICARDA. Adiós, Troncoso; adiós.

El hombre se va al fin; pero, hasta que desaparece, lleva el temor de ser detenido una vez más por algún otro cumplido elegíaco.

DON JUAN. *Entre pesaroso y risueño.* ¿Usted no sabe lo que ha hecho, Ricardita?

RICARDA. ¿Qué he hecho?

DON JUAN. Ese hombre, a los dos meses de enviudar, ha vuelto a casarse.

RICARDA. *Oh, quelle gaffe, mon Dieu!*

DON JUAN. Él sabrá disculparla… Le tiene que pasar tantas veces…

RICARDA. Y a mí también. Mire usted que es sino; que es fatalidad. ¡Hago cada plancha!… *passez-moi le mot.* Doy con lo que le puede molestar a la persona que tengo delante, y lo suelto redondo. *Desolada.* Una verdadera especialidad.

DON JUAN. No…

RICARDA. Sí, señor, sí; es desgracia mía. Me presentan a un tuerto, y lo primero que le digo, es: ¡mucho ojo!

DON JUAN. Yo la miraba a usted intencionadamente…

RICARDA. *Interpretando la frase a su gusto.* ¿Ah, sí…? Pues no lo noté… ¿Seré simple?

DON JUAN. ¡Bah! No tiene importancia. Hablemos de otra cosa.

RICARDA. Hablemos del objeto de mi visita.

DON JUAN. Usted dirá qué tiene que mandarme.

RICARDA. En dos palabras. Antes de venir aquí he estado arriba.

DON JUAN. ¿Dónde?

RICARDA. En el segundo.

DON JUAN. ¿Ha estado usted con Dulce?

RICARDA. Y con su esposo. Me dijeron que acababa usted de estar allí… y me enteraron de la novedad que le aguarda.

DON JUAN. Cosas de la vida.

RICARDA. ¡Bonito lance! Y todavía si la señorita fuese agraciada… ¿no, don Juan?…

DON JUAN. Poco tiene la pobre que agradecerle a Dios; pero, en este caso, como usted comprenderá, Ricardita, me duele que pueda pensarse…

RICARDA. Ha sido una broma.

DON JUAN. Lindando con su especialidad.

RICARDA. No, por cierto. La broma culta es una sonrisa del espíritu.

DON JUAN. Muy bien. Adelante.

RICARDA. He sabido por Dulce que busca usted una persona que acompañe a esa señorita los días que permanezca en Madrid.

DON JUAN. Pensaba en ello; pero ya he resuelto que venga mi tía Nona a vivir esos días conmigo.

RICARDA. Bien. Lo cortés no quita a lo valiente. Doña Nona —a la gentileza de usted no podía escapársele— representa en esta ocasión la casa, el escudo familiar… el respeto al sexo; pero por su edad no está para trajines… Una persona distinguida que vaya con esa joven a tiendas, a visitas… que le entretenga las horas de soledad, que le disipe las nostalgias al piano… En fin, don Juan de la Vega, esa persona quisiera ser yo.

DON JUAN. *Espontáneamente.* ¡Manolita y su madre!

RICARDA. ¿Cómo?

DON JUAN. Que eso es una locura, Ricarda; una locura, que yo le agradezco; pero una locura.

RICARDA. ¿Por qué?

DON JUAN. Usted no se ha fijado… Usted… usted tiene muchos quehaceres…

RICARDA. ¡Los dejo tocos!

DON JUAN. ¿Y yo lo voy a consentir? Por su deseo de mostrarme a mí un agradecimiento cien veces probado, Ricardita… Porque ésa es la madre del cordero.

RICARDA. ¡Oh, no! Ésa es una razón entre muchas.

DON JUAN. No me convencería ninguna de ellas. Lo cual no quita que estime en su precio el ofrecimiento de usted.

RICARDA. De todos modos, yo no me resigno a la negativa, don Juan.

DON JUAN. *Viendo el cielo abierto, al reparar en los vecinos que llegan por la puerta de la derecha.* ¡Ah, los vecinos!

Y salen Cardona y Dulcenombre, inseparable matrimonio. Ella es bobalicona y pacífica, y él, por el contrario, inquieto y vehemente. Entre los

dos suman un siglo.

DULCENOMBRE. ¿Se puede?

DON JUAN. Pasen, pasen, que ya nos hemos visto todos.

RICARDA. Volvemos a encontrarnos.

DULCENOMBRE. No había conocido la voz. *A Cardona, que mira para el recibimiento.* ¿Qué miras tú, Gorito?

CARDONA. Nada, mujer… A ésta, si no la miro a ella, siempre se le figura que miro algo.

DULCENOMBRE. ¡Qué tonto! Es que me agrada saber lo que miras para mirarlo yo también.

CARDONA. ¡Qué tonta!

DON JUAN. En algún sitio hay que poner los ojos, Dulce.

RICARDA. A veces, sin embargo, no están los ojos en donde parece que están.

DULCENOMBRE. ¿Por qué lo dice usted?

DON JUAN. ¡Por nada! Es una frase de las que suele hacer Ricardita. ¿Quiere usted ver cómo se ha dispuesto la alcoba para esa muchacha?

DULCENOMBRE. ¿Cómo no, si he… si hemos bajado a eso? Pura curiosidad; porque lo que no hayan prevenido doña Nona y Romualda… Éste me lo decía.

CARDONA. Sí; yo se lo decía… Pura curiosidad.

DON JUAN. Ea, pues vamos.

DULCENOMBRE. *A su marido, que se ha puesto de pronto a mirar un cuadro como si no lo hubiera visto nunca.* Anda, Gorito.

CARDONA. Id vosotros, mujer. Yo no entiendo de ciertas cosas…

DULCENOMBRE. *Muy solícita.* Pero ¿te pasa algo?

CARDONA. No, hija mía.

DULCENOMBRE. Sí, sí; no me lo ocultes. A ti te pasa algo, Gregorio. ¿Qué te pasa?

CARDONA. ¡Nada absolutamente, mujer!

DULCENOMBRE. ¿El estómago, quizá? ¿La cabeza? ¿Qué sientes; mareos?

CARDONA. Pero ¿cómo voy a decirte las cosas, Dulce? ¡Llévatela, Juan!

DON JUAN. Sí, Dulcenombre, sí; venga usted allá dentro. No le pasa nada a Gregorio. Además, una ausencia de cinco minutos siquiera, conviene.

DULCENOMBRE. ¿Será burlón?

DON JUAN. Venga usted, venga usted.

RICARDA. ¿Y yo, estorbo?

DON JUAN. ¡Qué pregunta, Ricarda!

RICARDA. Como no me había usted indicado…

DON JUAN. ¡Porque no era preciso!

DULCENOMBRE. Pero ¿cómo va usted a estorbar?…

DON JUAN. Verán ustedes; hasta se ha comprado algún mueblecillo de lujo…

Se va por la puerta del foro, hacia la derecha, con Ricarda y Dulce. Esta última desaparece con los ojos puestos con ternura en su esposo. El cual, no bien se ve a solas, empieza a dar zancadas y manotazos, como preso puesto de pronto en libertad, y a respirar el aire a todo pulmón, como si tomara inhalaciones salutíferas.

CARDONA. ¡Ah!… ¡Ah!… ¡Qué dicha! ¡Ah!… ¡Al fin solo! ¡Ah!… ¡Ah!…

En esta graciosa expansión lo pesca Hormiguero, que a punto sale del bufete.

HORMIGUERO. ¿Qué es eso? ¿Qué hace usted?

CARDONA. ¡Respirar, amigo Hormiguero! ¡Respirar a mis anchas!

HORMIGUERO. ¿Se ha ido esa postema?

CARDONA. ¡Se ha ido! Aunque sea un momento, se ha ido.

HORMIGUERO. ¿Lo pone a usted nervioso?

CARDONA. ¡Me pone imposible!

HORMIGUERO. Como a mí; no puedo remediarlo. Antes la vi aquí y di media vuelta. ¡Es mucha pensión! Le ganó don Juan un pleitecillo, de agradecida se ha enamorado de él, y es de éstas que dicen: «¡O de ese hombre o de nadie!». ¡Pues de nadie, señora; ya lo está usted viendo!

CARDONA. Pero ¿usted de quién jinojos habla?

HORMIGUERO. De Ricarda Salvado.

CARDONA. ¡Qué disparate! ¡Yo hablo de mi mujer!

HORMIGUERO. ¡Hombre! ¡hombre!

CARDONA. ¡Hombre! ¡hombre! ¡En mi pellejo quisiera yo verlo a usted, querido amigo! Usted, como tiene una mujer prudente y discreta, porque esa Sara es un dechado…

HORMIGUERO. Sí, señor; y Dios me la conserve.

CARDONA. No comprende mi desesperación.

HORMIGUERO. ¿Desesperación?

CARDONA. ¡Y me quedo corto!

HORMIGUERO. Pero ¡si Dulce es una malva!

CARDONA. ¡Una malva que no me deja ni a sol ni a sombra! ¡Yo no dispongo de media hora mía desde que pedí la excedencia! ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Yo no paso un minuto sin Dulce! ¡A despertar con Dulce, a comer con Dulce, al teatro con Dulce, al paseo con Dulce, a tiendas con Dulce, a los toros con Dulce!… ¡Jinojos!

HORMIGUERO. No se queje usted nunca, amigo Cardona, de exceso de cariño… Y eso no es más que exceso.

CARDONA. ¡No lo sabe usted bien!

HORMIGUERO. Ni olvide usted que en la Epístola de San Pablo se dice textualmente…

CARDONA. ¡En la Epístola de San Pablo se habla de esclavas y de siervas, pero no se habla ni una palabra de sinapismos!

HORMIGUERO. No se sofoque usted de esa manera, querido Cardona. Cálmese usted.

CARDONA. ¡Deje usted que me desahogue, Hormiguero! Esto me alivia. Si de cuando en cuando no abriera la válvula, reventaba. Mire usted: yo era un hombre completamente feliz cuando iba a mi oficina. Adoraba en mi cónyuge.

HORMIGUERO. ¿Cónyuge?… Cónyuge no puede decirse.

CARDONA. *Perplejo.* ¿Cómo?

HORMIGUERO. Cónyuges, masculino plural; se refiere al marido y a la mujer juntos. No pueden separarse.

CARDONA. ¿Conque me estoy quejando de eso? ¡Déjeme usted seguir! Decía que yo adoraba en mi esposa. Pero un mal día tuve una pelotera grave con mi jefe y me dió un ataque de nervios en la oficina. De resultas estuve muy malo.

HORMIGUERO. Sí, hombre, si lo sé…

CARDONA. A lo que voy. Dulce, que por su parte adora en mí —¡no puedo negarlo!— me imploró cariñosamente que solicitara la excedencia… Como, a Dios gracias, disfrutamos de un buen pasar… Y la solicité. Temía ella por mi vida si volvía a repetirme el ataque fuera de casa… Y lo peor es que sigue temiéndolo… y se ha cosido a mí… ¡y ni el tranvía me deja tomar solo! ¡Valiente cataplasma! ¡Cataplasma, sí; no tuerza usted el gesto! ¡Las cataplasmas sirven para curar, pero son cataplasmas! Excuso decirle a usted que ahora soy yo quien teme que me repita en serio el ataque. ¡Pero al lado suyo!

HORMIGUERO. No hay que pensar en eso, Gregorio.

CARDONA. ¿Cómo qué no? ¡Es una esclavitud, Pascualito; es un centinela! Yo no he sido nunca un mal marido… En nada grave, grave, le he faltado jamás a mi mujer… pero, vamos, entre hombres todo cabe decirlo… una canilla al aire de cuando en cuando, ¿quién no la echa? ¿Eh? ¡Si es hasta necesario para la paz del matrimonio! ¿Eh?

HORMIGUERO. Yo, sobre ciertas cosas espirituales, tengo mi opinión personal… Porque, como decía Santa Teresa… ¿Usted no ha leído *Las Moradas*?

CARDONA. *Desconcertado. ¿Las Moradas?* ¿Quiere usted callarse, hombre de Dios?

HORMIGUERO. Es que la santa cree…

CARDONA. Un momento… Me parece que ha parado aquí un automóvil.

HORMIGUERO. Sí; sí ha parado, sí. Será la viajerita.

CARDONA. ¿Qué hora tenemos? ¿La una y cinco? Ella debe ser.

HORMIGUERO. *Rectificándole.* Debe de ser.

CARDONA. Eso digo; que debe ser ella.

HORMIGUERO. Debe de ser, insisto. No es igual *debe* que *debe de*.

CARDONA. ¿Y eso?

HORMIGUERO. *Debe ser* equivale a que tiene que ser por fuerza; supone obligación; y *debe de ser* supone duda. Puede que sea; ¿usted comprende?

CARDONA. Sí, señor; desde luego. Percibo el matiz. Mi mujer *debe* dejarme en paz.

HORMIGUERO. ¡Justo!

CARDONA. ¡Por lo demás, no tengo los nervios para tiquis miquis gramaticales! *Se va de estampía por la puerta de la derecha.*

HORMIGUERO. ¡Je, je! Está delicioso… No, y en el fondo tiene razón… *Prestando oído.* ¡Ah! ¡pues sí es la señorita que aguardamos! ¿Y don Juan? Voy a prevenirle… ¡Vaya un regalito de Pascuas que nos ha caído a todos!

Se encamina hacia el foro, cuando lo detiene la voz de Cardona, que vuelve todo alborotado.

CARDONA. Pero ¿quién ha sido el zampatortas?…

HORMIGUERO. ¿Eh?

CARDONA. ¿Quién ha sido el majadero que ha dicho que esa mujer es fea?

HORMIGUERO. ¿Cómo?

CARDONA. ¡Si es un lucero! ¡Un lucero!

HORMIGUERO. ¡Caray! ¡Pues se ha confundido don Juan! O será que, como la vió hace tiempo, a lo mejor en el desarrollo… De la madre de Nerón se cuenta que era muy fea de niña. ¡Y mire usted luego!… Esto ya es otra cosa. Vamos a ver, vamos a ver… *Cambia de dirección y se va a escape por la puerta de la derecha.*

CARDONA. ¡Ca! ¡Esa criatura ha tenido que ser siempre un lucero! ¡Un lucero! *Maquinalmente abre la mampara del bufete.* ¿Adónde vas, hombre? ¡Dios mío, qué muchacha! ¡Quiera Dios que Dulce me deje algún día bajar solo!

Pasa Hormiguero como una exhalación de la puerta de la derecha a la del foro, por donde se va entusiasmado a darle a don Juan la buena nueva.

HORMIGUERO. ¡Un lucero! ¡Un lucero!

Suárez, escribiente del bufete, asoma en esto por la mampara.

SUÁREZ. ¿Quería usted algo?

CARDONA. *Automáticamente.* ¡Un lucero!

SUÁREZ. ¿Qué?

CARDONA. ¡Una rosa! ¡Verá usted qué preciosidad, Suárez!

SUÁREZ. ¿Quién?

CARDONA. ¡La catalanita, que está ahí!

SUÁREZ. Pues ¿no decían que era tan fea?

CARDONA. ¡Una rosa! ¡Un lucero!

SUÁREZ. ¡Este don Juan!

Salen por la puerta de la derecha Antoñito, Amalia, doña Nona, Julia y Arístides, y por la del foro, a la vez, don Juan, Dulcenombre, Ricarda y Hormiguero. Antoñito, Arístides y Julia traen los bultos de mano de la recién llegada, la cual, en efecto, es muy bella e interesante. Viste de luto. En la mano trae un ramo de flores. La misma sorpresa que a Cardona produce su presencia a cuantos hasta ahora no la han visto, incluso al mundano don Juan.

ANTOÑITO. Por aquí, señorita…

DON JUAN. *Adelantándose a saludarla.* ¡Oh!… Señorita…

DOÑA NONA. Aquí tienes ya a la golondrina.

Amalia. Con voz turbada y débil. Señor don Juan…

DULCENOMBRE. *Admirada.* ¡Ah!

RICARDA. *Celosa.* ¡Oh!

DON JUAN. ¿Viene usted muy fatigada del viaje?… Siéntese usted… Le pido mil disculpas por no haber ido a recibirla.

AMALIA. ¡Por Dios!

DON JUAN. Era mi deber y mi gusto… pero un quehacer inaplazable… ¿No se sienta usted? Deseo que, desde el primer instante, considere que viene a su casa, y adquiera aquí una familiaridad absoluta… Le da a usted derecho a ella, primero que nada, el ser usted quien es y la amistad que un tiempo me unió a mí con su padre; luego, el fuero de su sexo, el de su belleza y el de su desventura…

AMALIA. Muchas gracias, don Juan… muchas gracias Ya sé por mi padre que es usted muy bueno… muy caballeroso… *Desvaneciéndose.* ¡Ah! *Déjase caer en una silla.*

DON JUAN. ¿Se pone usted mala, señorita?

AMALIA. No… no… es que estoy muy débil… no valgo para nada… El tren me marea… Y además… tantas impresiones… ¡Jesús!… *Pierde el sentido.*

DON JUAN. ¡Amalia!

DOÑA NONA. ¡Amalita!

ANTOÑITO. ¡Se ha desmayado!

HORMIGUERO. ¡Pobre criatura!

RICARDA. ¡La flechó!

Revuelo general. Simultáneamente todos quieren prestar su auxilio.

DON JUAN. ¡Agua! ¡un poco de agua!

DULCENOMBRE. ¡Aire! ¡aire!

DOÑA NONA. Aquí está mi abanico.

JULIA. Iré yo por el agua.

RICARDA. ¡Quitarle el velo!

ARÍSTIDES. Lo mejor es que huela vinagre.

HORMIGUERO. No es nada… un mareíllo leve…

CARDONA. El cansancio, el viaje…

ANTOÑITO. Ya temí yo en el coche…

SUÁREZ. ¡Vaya por Dios!

CARDONA. *A Suárez.* ¡Desmayada está aún más bonita!

DON JUAN. Amalia… Amalia…

DOÑA NONA. Amalita…

DULCENOMBRE. ¿No vuelve?

Troncoso asoma curiosamente por la mampara; don Juan abanica a la joven; Antoñito recoge del suelo las flores que dejó caer al desmayarse. Entretanto, baja el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Es por la tarde, en el mes de noviembre.

Ricarda, en traje de casa, dispone a su gusto los muebles y algunos cacharros de adorno.

RICARDA. Así, señor; así… Que se note una mano distinguida… moderna… Doña Nona, del siglo pasado; y esa Romualda, la pobre, cree que sabe algo de *ménage*, y huele a pardillo de dos leguas.

Sale Julia por la puerta del foro. Viene de la parte de la derecha.

JULIA. Señorita, ¿me llamaba usted?

RICARDA. Te llamé hace rato.

JULIA. Estaba atendiendo a la señorita.

RICARDA. ¿Todavía sigue en el tocador?

JULIA. Sí, señorita.

RICARDA. ¡Qué mal dice de la hermosura tanto aliño!… Yo nunca he sido así.

JULIA. Eso será que la señorita no se acuerda.

RICARDA. No tengo edad para haber perdido la memoria.

JULIA. Usted dispense.

RICARDA. Llégate al segundo, y anúnciales a los señores que la señorita Amalia no sale esta tarde, por si quieren bajar un ratito.

JULIA. Señorita, el recado ése lo ha llevado ya Arístides.

RICARDA. ¿El *botones*? Y ¿quién lo ha quitado de la puerta? ¿Quién ha ordenado eso?

JULIA. La señora Romualda.

RICARDA. ¡Claro! La *señora* Romualda había de ser. La infeliz no sabe mandar. Aunque la Romualda se vista de seda… Romualda se queda. *Se dirige hacia el foro. En la misma puerta se cruza con don Juan, que viene de la parte de la izquierda, y le dice confidencialmente, estrechándole con emoción una mano:* ¡Ay, don Juan! ¡Usted tenía toda la razón! ¡Estoy sufriendo mucho!

DON JUAN. *En tono muy distinto que ella.* ¡Yo también! *Ricarda se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, lanzándole a don Juan una mirada que debiera abrasarlo, y Julia por la derecha, aguantando la risa.* ¡Esto no le pasa a *nadie* más que a mí! ¿Qué consideración me obligaba a meter en la casa a esta cursi de todos los diablos?

Sale por la puerta de la derecha Arístides, con dos cartas.

ARÍSTIDES. Estas cartas, señor.

DON JUAN. ¿Del correo?

ARÍSTIDES. Sí, señor; de Madrid. El último reparto de hoy.

DON JUAN. ¿Vinieron por la contestación de la de esta mañana?

ARÍSTIDES. Sí, señor; hace un rato. Vino una mujer. Palpó el sobre y dijo: «Dos pesetas». Se conoce que tiene práctica.

DON JUAN. Bueno, bueno.

ARÍSTIDES. ¿Algo más?

DON JUAN. Sobra casi todo.

ARÍSTIDES. Dispense el señor. *Se marcha.*

DON JUAN. De Elisa… y de la Pajarita. Rabian de verse juntas… Y han venido juntas, sin embargo. Una blanca y otra de color. Vamos a ver primero por dónde sale este cohete. Aires andaluces. *Abre la azulada y la lee para sí.* ¡Je! ¡Qué tipo! Escribe como habla: es estarla oyendo. Con el encanto, además, de una ortografía suya exclusivamente. ¿Qué pone aquí? *Asoma por la derecha del foro Amalia. Al ver a don Juan abstraído en la lectura, sigue por el foro hacia la izquierda. En la mano lleva una rosa.* «… Un negocio

de… de…». ¡Ah! ¡«de asitunas»! ¡Cualquiera entendía!… ¡Bueno! Inesperada, como de costumbre. Iremos a verla. *Rompe la carta y la echa al cesto.* ¿Y la otra, que traerá? ¿Acuse de recibo sólo?… *La abre.* No: es algo más que eso. ¿A ver?… *Lee.* «Llegó a mis manos lo de siempre. Dios te lo pague. Y ¿sabes una cosa? ¿Me atreveré? ¿Por qué no? Si estuviera ante tus ojos quizás callaría. Con la pluma, lejos de tu persona, me atrevo. ¿Sabes una cosa? He tomado tu regalo esta vez con miedo; como nunca; con un temblor que parecía un presentimiento de algo muy triste para mí. ¿Por qué habrá sido esto? Tú acaso lo sepas… y yo acaso podría imaginarlo. Pero no quiero, no. No quiero pensar en tal cosa. Aunque ya no soy sino una amiga agradecida a tu bondad, no quiero pensar en tal cosa. ¿Ves? Estoy llorando. Adiós. No lo quiero pensar. Elisa. —Mis nenas me dijeron anoche que por la tarde te habían visto de lejos en el teatro». ¡Pobre Elisa! *Mete el pliego en el sobre, y se lo guarda en la cartera.* No cabe dudar que en Madrid se miente, se habla…

Vuelve Amalia en esto por la puerta del foro. Se ha aliviado graciosamente el luto. Su belleza parece florecer con los cuidados de la casa en que está. Es coqueta, zalamera, mimosa y consciente del turbador influjo de sus encantos, los cuales pone en juego con habilidad y complacencia. Habla con un tonillo particular, dulce y cariñoso.

AMALIA. ¿Era alguna mala noticia?

DON JUAN. ¿Qué?

AMALIA. Pasé antes por ahí, y lo vi a usted leyendo una carta con tanto ceño…

DON JUAN. ¡No!…

AMALIA. Me pareció a mí.

DON JUAN. Pues no tenía ninguna importancia. Era una carta de fórmula simplemente.

AMALIA. Ya.

DON JUAN. Del ministro de Instrucción pública.

AMALIA. ¿Del ministro de Instrucción pública?

DON JUAN. Sí.

AMALIA. Ya. *Mira con disimulo al cesto de los papeles.* Pues yo le traía a usted una rosa del ramo que me han enviado los vecinos… —¡qué amables! ¿eh?— y no me atreví a distraerlo. ¿Quién cree usted que se ha quedado con ella?

DON JUAN. ¿Quién?

AMALIA. Su secretario: don Pascual. No ha parado hasta que se la he puesto yo misma en la solapa. Bueno; luego le pondré a usted otra; no se encele del secretario.

DON JUAN. Muchas gracias. La reclamaré, si a usted se le olvida.

AMALIA. Pues voy a hacer que se me olvide. No más que por ver si usted se acuerda de reclamarla. Y ¿sabe usted, señor don Juan, que estoy contrariadísima?

DON JUAN. ¿Por qué?

AMALIA. Por la tardanza de papá. El *cable* de ayer me ha disgustado mucho.

DON JUAN. Al revés que a mí. Mientras más tarde en llegar a Madrid el benemérito autor de sus días, más tiempo estará usted en mi casa. Un poco de egoísmo.

AMALIA. La galantería no podía faltarle. Pero yo le temo al genio de papá, que está en ayunas de que usted no es casado.

DON JUAN. ¡Bah!

AMALIA. ¿Cómo se le metería en la cabeza que lo era usted?

DON JUAN. Es noticia que se ha publicado tres o cuatro veces, sin ningún fundamento. Se conoce que me tienen ganas.

AMALIA. Por algo será.

DON JUAN. Pero creo, Amalia, que, sin ser casado, he sabido rodearla a usted en mi casa de todos los respetos.

AMALIA. Y aun de todos los mimos.

Don Juan. De mimos no hable usted, porque usted mima más que nadie. Usted, callada, mima.

Amalia. ¿Ah, sí? Pues no me doy cuenta.

Don Juan. *Remedándola por halagarla.* ¿Ah, no?

Amalia. No. Pero usted es muy mal pensado. Por lo demás, no me sorprende que me halle usted mimosa. Habría yo de haber sido por naturaleza un puerco espín, y con la vida que he llevado me hubiera vuelto una tortolita. Usted sabe bien que las costumbres modifican la condición de las personas… ¡y yo he mimado tanto en este mundo!

Don Juan. ¿A quién, Amalia?

Amalia. ¿Me va usted a decir que le tiene envidia?

Don Juan. Justo.

Amalia. Pues no se la tenga. Mis mimos han sido para mi madre, enferma largos años, y para su hermana, cuando papá se marchó a Buenos Aires. De manera que la envidia de usted no está en su lugar. Envidie usted otra cosa cualquiera.

Don Juan. Por ejemplo, del porvenir.

Amalia. Bueno.

Don Juan. Sí, porque al presente, el digno de envidia soy yo.

Amalia. ¿Por la ganguita de tener en su casa una fea? Don Juan. ¡Por esa ganguita!

Amalia. ¡Lo graciosa que estuvo Ricarda el día que me dijo que usted esperaba en mí una visión, y andaba por la casa cazando moscas!

Don Juan. ¡Ah, sí! ¡Muy graciosa estuvo!

Amalia. Pues ya ve usted: mi prima, con quien usted me había confundido, tan fea y todo, se ha casado ya…

Don Juan. La suerte de las feas… Ríase, ríase usted, que su risa me encanta. Aunque sea para burlarse de mí.

Amalia. ¡Dios me libre! ¿Qué hay de particular en mi risa, don Juan?

Don Juan. Que a la vez detiene y atrae, Amalia.

Amalia. Y ¿por eso quiere usted que me ría?

DON JUAN. Por eso.

AMALIA. ¿Por eso?

Antoñito asoma por la mampara.

ANTOÑITO. Con permiso, don Juan.

DON JUAN. ¿El teléfono?

ANTOÑITO. Sí, señor.

DON JUAN. Lo suponía. ¿Calonge?

ANTOÑITO. No, señor. Sí, señor: Calonge.

DON JUAN. Un momento, Amalia.

AMALIA. ¡Los que usted necesite! La obligación…

DON JUAN. ¡Los pleitos de la gente!… *Éntrase en el despacho.*

AMALIA. *Deteniendo a Antoñito, que sigue a don Juan.* Creí que se había usted marchado ya, Antoñito.

ANTOÑITO. Tengo en estudio un asunto que me interesa enormemente, y no sé dejarlo. Un divorcio.

AMALIA. ¡Ah! ¿un divorcio? ¿Por causa del marido?

ANTOÑITO. ¿Cómo no? Hasta luego.

AMALIA. ¡Meta usted a ese hombre en la cárcel!

ANTOÑITO. ¡Si estuviera en mi mano!… *Vuélvese al bufete.*

Amalia, sola, coquetea consigo un momento. Luego, segura de su soledad, se deja llevar de una traviesa idea que le asalta. Coge del cesto de los papeles dos o tres pedacitos de la carta de la Pajarita, y los lee maliciosamente. «Guéspeda…». «Corazón…». «Asitunas…». ¡El ministro de Instrucción pública no sabe ortografía!

Llega Ricarda por donde se fué.

RICARDA. ¿Soy indiscreta?

AMALIA. Conmigo nunca, Ricardita. Además, estoy sola.

RICARDA. Sola no está nunca una muchacha de veinte años. La acompañan siempre sus pensamientos.

AMALIA. Eso sí.

RICARDA. Pues mucho cuidado con el rumbo que el corazón les dé… *Sigilosamente*. Este hombre es muy peligroso.

AMALIA. *Buscando en torno suyo, por burla*. ¿Cuál?

RICARDA. Tan peligroso como bueno. Yo he querido pasar unos días respirando su atmósfera, y voy a salir envenenada. Más de lo que vine. Cuando usted adquiera absoluta confianza en mí, podré serle muy útil. El amor que sin esperanza espera, es agua salobre. ¿Ve usted como hago frases?

AMALIA. Y muy poéticas. Ya se lo he dicho a usted.

En este momento sale por la puerta del foro Hormiguero, que viene de la parte de la izquierda, decidido y aprisa. Al ver a Ricarda, se para en seco, y gira sobre los talones para cambiar de dirección y escapar de ella, que lo ve y lo llama.

RICARDA. ¡Hormiguero! ¡Señor de Hormiguero!

HORMIGUERO. *Volviéndose*. ¿Eh?

RICARDA. ¡Que no nos comemos a nadie!

HORMIGUERO. No; si es que venía al bufete por un libro, y recordé de pronto que lo tengo allá, en mi despacho. ¡Je, je!

RICARDA. Y ¡qué florido lo veo a usted esta tarde!

HORMIGUERO. ¡Se vive!

RICARDA. ¿Quién ha sido ella? ¡Porque usted es tremendo! ¿Alguna camarera de un *tupi*?

HORMIGUERO. ¡Agua va! *Se marcha escapado. Amalia disimula su risa.*

RICARDA. *A Amalia*. Ojo también con este secretario, que ve crecer la hierba.

AMALIA. Tendremos ojo con los dos.

Sale doña Nona por la puerta del foro.

DOÑA NONA. Oiga usted, doña Ricardita.

RICARDA. Señora.

DOÑA NONA. ¿Ha sido usted quien ha mandado a Roque por clavos de adorno?

RICARDA. Precisamente yo. ¿Por qué, señora?

DOÑA NONA. Porque parece que en la despensa hay hasta seis o siete kilos de esos clavos. Me lo acaba de decir Romualda, que está por las nubes.

RICARDA. Mucho han tenido que bajar las nubes para llegar hasta Romualda. Pero eso es que Roque me ha entendido mal. Voy a ponerlo en claro. *Vase por la puerta del foro hacia la derecha.*

DOÑA NONA. *Viéndola irse.* A estas señoras, que ahora es moda que acompañen a las señoritas, les llaman *carabinas*, ¿no?

AMALIA. *Carabinas…* y otra porción de cosas.

DOÑA NONA. Pues ésta es la carabina de Ambrosio. ¡Qué mujer más inútil! Todavía tú y yo la sobrellevamos con disimulo; pero a Romualda se le ha montado en las narices, y el mejor día se va a acordar de que nació en la calle de Toledo, frente al parador de la Úrsula, y va a haber que alquilar balcones para oírla. Hace falta ser de jalea de membrillo para meterla aquí. Estando yo, ¿qué pinta ella? ¡Pero como para las faldas ha desterrado el no de su boca el don Juan de las Viñas éste!…

AMALIA. Para las faldas y para todo el mundo, ¿no cree usted?

DOÑA NONA. No, doña Cazurrita; ni tú tampoco. Para las faldas, para las faldas. Con todo el mundo es bondadoso; pero con las mujeres va más allá de lo debido. Menos mal que no las mete en casa, como yo temía. Pero es un mujeriego incorregible, desatentado. Todos los hombres son… como Dios los ha hecho; pero cuando dejan un enredillo, ¡se acabó! lo dejaron, y punto final. Él, no.

AMALIA. ¿Él, no?

DOÑA NONA. Entiéndelo tú, que no eres torpe; el enredillo acaba… pero queda transformado en amistad finísima… en relación afectuosa… en ¡qué sé yo los nombres que él pone a lo que no es más que una estela de faldas!

AMALIA. ¡Una estela de faldas!…

DOÑA NONA. ¡Tú verás! Y el diantre del hombre, que ha podido ya casarse muy bien tres o cuatro veces, lo echa todo a rodar con sus *clases pasivas*. En cuanto las novias, o las familias de las novias, se dan cuenta de

que lleva consigo una cadena de suspiros y de recuerdos, cuando no de algo más, ¡adiós las bendiciones!

Amalia. ¿Ah, sí?

Doña Nona. ¡Pues claro que sí! ¿Qué mujer sensata ha de conformarse?… La luna de miel gusta de lucir sin estrellas, niña. Y que son, como te digo, ciento y la madre.

Amalia. Son muchas, ¿verdad?

Doña Nona. ¡Ciento y la madre! Hasta en el otro mundo las tiene.

Amalia. ¿Cómo?

Doña Nona. Hace unos cuantos días se presentó aquí un tipo, mal fachado, con traza de golfo, que a mí me llamó la atención. ¿Cómo recibe mi sobrino a un hombre de esa estampa? Y Romualda me dió la clave. ¡Es un hermanito de una preciosidad de Antequera, que se murió!… Y el nene se ha dedicado a explotar su memoria, gracias al pánfilo de don Juanito.

Amalia. ¿Qué me dice usted?

Doña Nona. Lo que oyes. Viene, le recuerda a la muerta —que dice Romualda que era divina—, finge que llora, o Hora de verdad, le hace un pasaje de comedia… y el otro simple acaba por rascarse el bolsillo. *Pausa.* ¿En qué piensas?

Amalia. En eso.

Doña Nona. En eso, ¿eh? Tú quizás te preguntes: pero esta vieja, ¿a qué me cuenta a mí ciertas cosas? Y esta vieja cree que cumple un deber. Así se duerme con la conciencia más tranquila.

Amalia. No comprendo…

Doña Nona. Sí comprendes, doña Solapadita; sí comprendes.

Amalia. A mí me gusta enterarme de todo… Estos hombres tan enamorados tienen una vida muy novelesca… *Yendo a recibir a Cardona y a Dulcenombre, que aparecen por la puerta de la derecha.* ¡Vecinos! ¡Tanto bueno por aquí!

Dulcenombre. Lo bueno lo venimos buscando nosotros.

Cardona. Amalita… Señora…

Dulcenombre. Señora, buenas tardes.

Doña Nona. Bien venido el matrimonio modelo. ¡Siempre juntos como los ves, Amalia!

Dulcenombre. ¡Siempre!

Cardona. ¡Siempre! Y al que le pique, que se rasque; ¿no, doña Nona?

Doña Nona. ¡Que se rasque!

Cardona se rasca a hurtadillas.

Amalia. Un encanto las rosas, Dulce.

Dulcenombre. ¿Le han gustado?

Amalia. Pero me abochornan ustedes con tantas atenciones… Yo no sé qué hacer.

Dulcenombre. Eso no vale nada, Amalia.

Doña Nona. Sí, sí; la miman todos mucho. Usted y todos. Y tanto mimo, engríe.

Cardona. ¿Te enteras, Dulce? Tanto mimo, apesta.

Doña Nona. Yo no he dicho apesta.

Cardona. Porque usted está muy bien educada.

Dulcenombre. Mejor que tú. Llevas unos días muy revuelto.

Del despacho sale don Juan.

Don Juan. ¡Hola! Buenas tardes, pareja feliz.

Dulcenombre. Buenas tardes, don Juan.

Cardona. Ven con Dios, muchacho.

Don Juan. ¡Pesadez de bufete! Si no fuera por lo que es…

Amalia. Larguita ha sido la conferencia por teléfono… ¿Vamos allá, Dulce?

Dulcenombre. Vamos.

Cardona. Yo voy a fumar un cigarrillo con éste.

Dulcenombre. No fumes demasiado, Gorito.

Cardona. Si más que nada es por charlar.

Amalia. Sí, sí; quédense hablando de sus cosas.

Doña Nona. Llamaremos nosotras a doña Ricardita, para que nos toque el piano.

Cardona. Y ¡qué mal lo toca la condenada!

Doña Nona. Pero mientras lo toca, no hace frases. *Todos se ríen.*

Dulcenombre. ¡La pobre!…

Amalia. Y luego, Dulce, quiero yo que usted me enseñe ese punto de aguja tan bonito…

Se van las tres por la puerta del foro, hacia la derecha, conversando.

Cardona. *Tras un silbido de admiración.* ¡Qué desatino de mujer!

Don Juan. ¿Cuál?

Cardona. ¡La mía! ¡Quién estuviera en tu pellejo, don Juan de la Vega!

Don Juan. ¿Para qué?

Cardona. ¡Bandido! ¿Para qué? ¿En qué canto del poema te andas?

Don Juan. ¡No seas tú también majadero!

Cardona. ¿Yo también? ¿Luego hay muchos majaderos que te dicen lo mismo?

Don Juan. ¡Ponle puertas al campo!

Cardona. ¡Pónselas tú!

Don Juan. Pero, ¿en qué cabeza cabe, Gregorio?… ¡Bah! Por lo visto, nadie me conoce. ¡Una criatura hospedada en mi casa!…

Llega el Capitán por la puerta de la derecha.

Capitán. ¡Caballeros y amigos!

Don Juan. ¡Capitán!

Cardona. ¡Felices, Capitán!

Capitán. Voy a hablar por teléfono cuatro palabrillas.

Don Juan. Estás en tu casa, Capitán.

CAPITÁN. *Haciendo aspavientos ponderativos se entra en el despacho.* Chico, no me dejan vivir… ¡Una rubia!…

Cardona y don Juan sueltan la carcajada.

DON JUAN. ¡Qué famoso es!

CARDONA. ¿Y yo que le oía llamar el Capitán, y se lo llamaba por rutina, y hasta hace poco no he sabido por qué se le llama el Capitán?

DON JUAN. ¡Sí, hombre! ¡Porque con unos aficionados hizo una vez el Centellas de un modo desastroso!

CARDONA. ¡Eso me ha contado Hormiguero!

Sale Hormiguero del despacho.

HORMIGUERO. ¿Qué, qué le he contado yo? A la orden, querido Cardona.

CARDONA. Salud, Hormiguero. Lo del mote del Capitán.

HORMIGUERO. ¡Ah!, sí. Hoy viene magnífico. ¡Ya no puede con tantas aventuras! Me ha rogado que lo deje solo. Y a Antoñito también. ¡Y acaba de pedir comunicación con el trece trece!

CARDONA. ¿Con el trece trece?

HORMIGUERO. ¡Que es su zapatería! *Ríen todos.* Veremos luego con qué patraña sale.

CARDONA. Pero ¿está usted seguro?…

HORMIGUERO. ¡Segurísimo! «La bota de oro». Yo conozco mucho esa tienda. Allí también se calza Estévez, nuestro agente de Bolsa.

DON JUAN. ¿También?

HORMIGUERO. Sí, sí; allí se calza. Y tiene hormas suyas.

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡Este secretario!… ¿Un cigarrillo?

HORMIGUERO. Venga.

CARDONA. ¡Venga, qué diantre! *Cantando de pronto.*

> *Cuando veo unos ojitos negros,*
> *negros, negritos, como mi suerte…*

DON JUAN. ¡Querido Cardona: estás desconocido hace días!

Hormiguero. ¡Sí, por cierto!

Don Juan. ¡A ti te sucede algo dichoso! Tú ríes, tú cantas, tú bromeas…

Hormiguero. No reniega de Dulcenombre…

Cardona. ¡Ay, amigos míos! ¡El mundo da vueltas a diario!

Con mi «chaleco» gris, me acerco
a los rosales del jardín…

Hormiguero. Con mi *cabello*, dice Rubén Darío; no con mi *chaleco*.

Cardona. Ya lo sé. ¡Pero como Dulcenombre no quiere verme canas y me tiñe el pelo de azul… yo tengo que alterar el verso!

Hormiguero. ¡Ah! vamos. ¿Qué tinte usa usted? ¿La *Juvenolina*?

Cardona. ¡Qué sé yo! Es a gusto de Dulce.

Hormiguero. Pues le voy a recomendar uno nuevo, de industria catalana, que es la última palabra de la química. Está hecho de raíz de café, y da un castaño muy bonito.

Don Juan. Bueno, bueno; volvamos a los rosales del jardín. ¿A cuál te acercas, si puede saberse, Gregorio? ¿Qué rosita has cogido?

Cardona. Te diré: rosita, ninguna. Rosa, rosa. Yo no hago el cadete ni el ridículo. Me dedico a las contemporáneas.

Don Juan. ¿A las contemporáneas tuyas?

Cardona. Las contemporáneas de los hombres no son nunca las de su edad, sino las que tienen diez o quince años menos… Y ellas a nosotros y nosotros a ellas, nos perdonamos insensiblemente los agravios del tiempo… Los pelos teñidos, las arrugas, las patas de gallo, las muelas de oro… ¡todas las gracias de la edad!

Hormiguero. Un amigo mío, dado a los versos, que piensa como usted, ha hecho esta parodia de Campoamor:

«Las madres de las hijas que yo canto,
me gustan más… o por lo menos tanto.»

Cardona. ¿Le gustan más las madres que las hijas?

HORMIGUERO. Así dice.

CARDONA. A mí, no. A mí me gustan más las hijas. Pero con las madres voy más tranquilo.

DON JUAN. Y ¿quién es la víctima?

CARDONA. La víctima… ¡la víctima, a última hora, seré yo! *Con toda precaución y misterio.* Se trata de una *cupletista* que ya no está en activo, con la que he merendado un par de tardes: Coralito Vargas.

HORMIGUERO. ¡Ah, Coralito Vargas!

CARDONA. ¿La conoce usted?

HORMIGUERO. Sí, señor. Desde que era camarera en «El Napolitano». Muy guapa y muy fresca, don Juan. ¡Ya lo creo!

DON JUAN. ¡Miren el cautivo!

CARDONA. Yo traté un poco a esa muchacha en sus verdes años.

HORMIGUERO. Los años de Coralito siempre han sido verdes, si no lo toma usted a mal.

DON JUAN. Y ¿cómo te las has compuesto para burlar a tu carcelera?

HORMIGUERO. ¡Eso sí que es interesante!

CARDONA. ¡Ardides del juego son! ¿No me sorprenderá la carcelera?

DON JUAN. No temas; se la ha llevado Amalia a su gabinete.

CARDONA. Pues van ustedes a reírse. Como mi mujer se ha convertido de mujer en parche poroso, y está siempre adherida a mí, resulta que no tengo más ocasiones para mis trapicheos galantes que los entierros de los amigos.

DON JUAN. ¡Qué barbaridad!

HORMIGUERO. ¡Pero, hombre!

DON JUAN. ¡Eso no se puede oír en paciencia!

HORMIGUERO. ¡Eso es macabro!

CARDONA. Eso, en último caso, es *donjuanesco*, simplemente. Don Juan Tenorio invita todos los años a cenar en su casa al Comendador, ya difunto, y nadie se subleva. Continúo. Mi caso es muy distinto. Se murió días atrás la suegra de Borrajas, un antiguo compañero de oficina. Era deber mío asistir al entierro. Me despegué de Dulce, me puse la levita y la *canariera*, y

al tomar un simón en la calle de Ayala, ¡zas!, Coralito Vargas que sale de una casa de enfrente. «¡Hombre!… ¡Qué sorpresa!… ¡Tanto tiempo sin vernos!… ¿Qué tal? ¿Qué tal?…». ¡Las cosas naturales! Iba guapísima. Resumen: que opté, en el acto, por un cambio de vía.

HORMIGUERO. Sí; se comprende.

DON JUAN. Se comprende, sí. Es delito con atenuantes… ¡Una suegra!

CARDONA. ¡Claro! Y ¡qué suegra! Le amargaba la existencia a Borrajas. Él mismo me lo dijo, cuando le di el pésame: «¡Los dos hemos pasado a mejor vida!».

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. De manera que me llevé a Coralito a casa de Morán, la convidé a unos langostinos y a unas copas de *Fino gaditano*, y pasé dos horas deliciosas. Pero lo malo es que me ha quedado en el espíritu un germen venenoso, y ya me ha sorprendido más de una vez mirando a los conocidos que tienen mala cara, con intención perversa.

DON JUAN. ¡Oh!

HORMIGUERO. ¡Caray!

CARDONA. Un sentimiento así como si los fuera a heredar.

HORMIGUERO. ¡Ah, pues conmigo no cuente usted en mucho tiempo!

CARDONA. Hasta ahora me ha favorecido la suerte: no me puedo quejar. Los dos muertos han sido de poca importancia. La suegra de Borrajas y un usurero a quien odiaban en todos los ministerios de Madrid. La otra mañana se murió de repente, y se lo agradecí en el alma. Y como la práctica hace maestro, ya ese día me llevé en el bolsillo unos guantes grises y una corbatita colorada, para quitarle a la aventura aspecto funerario, y me transformé en casa de Morán antes de que llegara la palomita. ¡Otro hombre! La acompañé luego en el coche a su domicilio, volví después a caracterizarme de entierro… ¡y a vivir!

DON JUAN. ¡Bueno! ¡Don Juan Tenorio no tiene entre las suyas una página tan cínica como ésa! ¡El verdadero Don Juan Tenorio!

HORMIGUERO. ¡Ni el de Byron, ni el de Tirso, ni el de Moliere!

DON JUAN. ¡Ni tan cínica ni tan espeluznante!

CARDONA. Ustedes búrlense lo que quieran.

Vuelve el Capitán de su conferencia telefónica.

HORMIGUERO. ¡Capitán!

CAPITÁN. Las niñas de la Central me conocieron en la voz, y hemos tenido un rato de dimes y diretes.

HORMIGUERO. ¡Ya nos parecía a nosotros mucho tiempo para encargarse botas nada más!

CAPITÁN. *Sin enterarse.* ¿Alguno de ustedes quiere ir esta noche a Romea?

HORMIGUERO. Hombre, yo no; yo iré con mi mujer al cine.

CARDONA. Yo no saldré de casa.

DON JUAN. Yo creo que tampoco.

CAPITÁN. Pues, por si varían ustedes de opinión, sepan que el palco número siete estará ocupado por un par de mujeres que quitan la cabeza. Acabo de ofrecérselo. Dos hermanas.

DON JUAN. ¿Una morena y una rubia?

CARDONA. ¿Hijas del pueblo de Madrid?

CAPITÁN. No, no: las dos rubias y de Jerez de la Frontera. Mixtas. ¡Buenas mujeres! ¿Qué será que la sangre andaluza y la inglesa, mezcladas, dan esos tipos? Conque dicho queda: el que quiera ir, que tome mi nombre…

DON JUAN. Pero, ¿tú no vas?

CAPITÁN. No, chico; no. Me voy a meter en la cama ahora mismo. Me he enfriado un poco… estoy malucho.

CARDONA. *Sintiendo brotar el venenoso germen.* ¿Que está usted malucho?

Don Juan y Hormiguero cruzan una mirada y un gesto de indignación cómica.

CAPITÁN. No tengo el cuerpo en caja. ¡Figúrese usted: bebiendo *Pommery* hasta las seis de la mañana!… La broma estaba en no dejarlo hasta llenar de corchos mi chistera. ¡Disparates! ¡Salud, señores!

Se va por la puerta de la derecha.

DON JUAN. Adiós, Capitán.

HORMIGUERO. Que usted se alivie, Capitán.

CARDONA. Vaya usted con Dios, Capitán.

HORMIGUERO.

¿Cuándo aquí sin su presencia
tuvieron lugar orgías
que han hecho raya en la época?

DON JUAN. Lo que es intolerable, Gregorio, es que ya quieras hacer leña de todos los amigos. ¡Te ha asomado a los ojos un brillo siniestro cuando le preguntabas al Capitán si estaba malucho!

CARDONA. ¡Por lo que más quieras, cambiemos de conversación, que llega Dulce!

HORMIGUERO. ¡En seguida! ¿No fué usted, Cardona, quien habló de que quería ver el reloj de repetición de mi despacho?

CARDONA. Sí, yo fuí. Como lo oigo desde arriba y me hace tanta gracia…

DON JUAN. Sobre todo de madrugada, ¿no?

Vuelven por la puerta del foro Amalia y Dulcenombre. Ricarda viene también con ellas.

DULCENOMBRE. ¿Vamos, Gorito?

CARDONA. Vamos.

DULCENOMBRE. Don Juan, Amalia va a subir a casa un momento.

AMALIA. Cosas nuestras, don Juan; no tiene usted que poner esos ojos.

DON JUAN. ¿Yo?

RICARDA. ¿Se le ha ofendido a usted en algo, señor de Cardona?

CARDONA. ¡Ni con cien leguas, Ricardita!

RICARDA. Como no me saludaba usted…

CARDONA. Perdóneme: estaba distraído. Ya sabe usted que se la quiere.

RICARDA. ¿Adónde iba usted la otra tarde tan llamativo, de guantes grises y de corbata colorada?

Bomba. A Cardona le entra una tos congestiva que contagia, levemente a don Juan; Hormiguero acude a salvar a su amigo Dulce se alarma; Amalia no se da clara cuenta de lo que ocurre, y Ricarda, menos.

DULCENOMBRE. ¿Qué es eso, Gorito? ¿Qué tienes?

CARDONA. Nada, mujer, nada; no hagas caso.

DULCENOMBRE. ¿Cómo que nada, y se te van a saltar los ojos? ¡Eso es del tabaco! ¿Lo ves? ¡Por fumar! ¡Por fumar! ¡Maldito sea el tabaco!

HORMIGUERO. Venga usted allá, y le daré unos caramelos.

DULCENOMBRE. ¿No te pasa, hijito?

CARDONA. Sí, hijita mía; sí… Y no tiene la culpa el tabaco. Ha sido risa de una cosa que me dijo Ricarda…

RICARDA. ¡Ah, ya! No creí que había de hacerle tanto efecto. Lo que yo le he dicho, Dulcenombre…

Nuevas toses de don Juan, Cardona y Hormiguero, que impiden seguir hablando a Ricarda.

HORMIGUERO. ¡Venga usted, Cardona; venga usted por los caramelos!

CARDONA. ¡Sí, hombre; sí!

DON JUAN. Oiga, Ricardita.

RICARDA. Don Juan.

AMALIA. *Adivinando algo.* Ande, Dulce. Ahora subirá su marido.

DULCENOMBRE. Vamos. La tos no es de la risa, no lo crea usted; es de la tagarnina, que no se le cae de la boca. ¡Pero está enviciado!

Dulce y Amalia se van por la puerta de la derecha y Hormiguero y Cardona por la del foro, hacia la izquierda.

RICARDA. ¡Qué toses más ficticias! ¡Qué fuga! ¿Ha pasado algo?

DON JUAN. *Nervioso.* No lo sé.

RICARDA. ¿No lo sabe?

DON JUAN. No; no lo sé.

RICARDA. ¿Ni aun lo columbra?

DON JUAN. Columbro, Ricardita, que ha podido usted comprometer al bueno de Cardona.

RICARDA. *Mon Dieu!*

DON JUAN. Si llega a oír Dulce lo de la corbata y los guantes…

RICARDA. *Mon Dieu! Toujours la même chose!* ¡Este fatalismo de las planchas va a enterrarme! Voy a darle a ese caballero mil explicaciones. Pero no me mire usted con rencor, don Juan, que harta desgracia tengo. De aquí no me moveré hasta que me sonría.

DON JUAN. *Sonriéndole en el acto.* Ricardita, por Dios…

RICARDA. *Para sí, con el corazón traspasado.* ¡Qué pronto me ha dicho que me vaya! *Marchase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Hay desdicha como la de esa mujer?… ¿Qué iba yo a hacer ahora? ¡Ah! sí. *Llamando desde la mampara del bufete.* ¡Antoñito!

Vuelve Cardona por donde se fué.

CARDONA. Huyéndole vengo. ¿Qué te ha parecido la imprudencia?

DON JUAN. De su especialidad.

CARDONA. Fortuna que Dulce no paró mientes… Con la monomanía del tabaco…

DON JUAN. Sí; no advirtió lo que era. Pero, amigo mío, la traición debe temerle siempre a la casualidad.

CARDONA. ¡Calla! Sin sangre me quedé. ¡Hay para matar a esa tonta! No, y como Dulce reflexione y sospeche algo, y se me desplome mi nuevo mundo, al primer entierro a que voy es al de Ricardita. ¡Porque la mato yo! Hasta luego.

DON JUAN. Hasta luego.

Se marcha Cardona por la puerta de la derecha.

Antoñito sale del bufete.

ANTOÑITO. Mándeme usted, don Juan.

DON JUAN. Óyeme una cosa. *Antoñito sonríe.* ¿Me adivinas?

ANTOÑITO. No es la primera vez. ¿Se ha arrepentido usted ya de su fiereza?

DON JUAN. Cabalmente.

ANTOÑITO. Era inevitable.

DON JUAN. No sé, Antoñito; no sé reñir con las mujeres. Irás luego a decirle a Marta de parte mía que sí, que accedo a la entrevista que me pide; que de ningún modo quiero terminar con ella como enemigo.

ANTOÑITO. Bien. No iré al teatro, sino a su casa.

DON JUAN. Sí; mejor a su casa. ¡Estas mujeres que lloran tan bien, Antoñito!…

ANTOÑITO. ¡Ah! ¡Y con lo preciosa que Martita se pone llorando!

DON JUAN. ¿Te gusta a ti Martita?

ANTOÑITO. Mucho. Con permiso de usted.

DON JUAN. ¡Hombre!

ANTOÑITO. Y me trata con gran afecto.

DON JUAN. ¿Te ha dicho el porqué de nuestra ruptura?

ANTOÑITO. Me lo ha dado a entender claramente.

DON JUAN. ¿Amalia?

ANTOÑITO. Sí, señor.

DON JUAN. Ya ves qué disparate. Son unos celos que me ofenden. Y como yo, la verdad, buscaba ya la puerta de salida, me he apoyado en ellos…

ANTOÑITO. Sí, sí, señor.

DON JUAN. Era una aventura demasiado pública. Yo no sé amar… en el escaparate. ¡Estos vanidosos que alardean!… El amor se lastima de la exhibición y del escándalo… Quien publica los besos de una mujer, más tiene de rufián que de amante. Por eso les contesto yo a mis amigos, cuando en bromas o en veras me llaman Don Juan, por mi rara suerte con las faldas —que no niego, pero que no publico—, por eso les contesto que de Don Juan no tengo ni un pelo, ni una uña: ¡el nombre y gracias, como ironía de mi destino! ¡Yo burlador!… ¡Vamos! Antoñito, ¿qué crees tú que me sucede a mí si por mi causa gime una pescadora como la del Don Juan de Tirso, y oigo sus lamentos lejanos?

ANTOÑITO. Pues es como la luz. ¡Que en vez de huir, vuelve usted a ella, le enjuga las lágrimas… y le pone una tienda de anzuelos!

DON JUAN. ¡Tunante! ¿De manera que te gusta Martita?

ANTOÑITO. Ya se lo he dicho a usted.

DON JUAN. ¡Las lágrimas! ¡las lágrimas!… A las lágrimas de Martita temo yo. Pero iré, no obstante. Ya el puente está echado. Yo he tenido siempre gran fortuna al acometer, y una providencia para libertarme… Siempre han sido ellas las que me han abierto la jaula. O una ausencia fatal, o un temor a la sorpresa o al escándalo… algo, en fin, que ha hecho la separación amistosa. Quizás esto se deba a que yo, que a tantas he querido, he rechazado instintivamente para mi amor a las perversas, a las enredadoras, a las falsas, a las felinas… Con mujeres buenas ves el fondo del lago… Y todo es más fácil. Pero en este caso de Martita… Te digo que hay momentos en que casi se desea una traición.

Asoma Arístides a la puerta de la derecha.

ARÍSTIDES. Señor.

DON JUAN. ¿Qué?

ARÍSTIDES. Una señora que desea hablar con el señor.

DON JUAN. ¿No te ha dicho su nombre?

ARÍSTIDES. Dice que el señor no ha de recordarlo. Huele muy bien.

DON JUAN. *A Antoñito, confidencialmente.* ¿Elisa estuvo ayer aquí?

ANTOÑITO. Sí, señor; ayer por la mañana. La recibí yo mismo. Quedó en ponerle a usted dos letras.

DON JUAN. Sí. ¿Vió a Amalia?

ANTOÑITO. La vió y me dijo luego: «¿Ésta es la fea? ¡Buen embustero está don Juan!». Y yo le expliqué entonces…

DON JUAN. Pero no lo creería.

ANTOÑITO. No lo creyó.

DON JUAN. *A Arístides.* Que pase esa señora.

ARÍSTIDES. Bien. *Vase.*

DON JUAN. ¿Quedamos, Antoñito…?

ANTOÑITO. Sí, señor. *Éntrase en el bufete.*

DON JUAN. ¿Y ésta, quién será?

Helia, la esposa infeliz recordada por don Juan en el acto primero, sale por la puerta de la derecha. Es mujer de extraña belleza y de original atavío. Aunque griega, se expresa bien en castellano, pero conserva en su pronunciación un dejo extranjero, que le presta gracia.

HELIA. ¿Don Juan de la Vega?

DON JUAN. Yo soy, para servirla, señora. Pase usted.

HELIA. ¿Me reconoce? *Don Juan la mira.* ¡Oh!… No es posible.

DON JUAN. Como va cayendo la tarde, hay tan poca luz…

HELIA. *A don Juan, que hace ademán de ir a darla.* No, no encienda usted. He elegido esta hora ex profeso, ¿no?

DON JUAN. Perdóneme, pero no me conformo… *Da luz, y exclama entonces, volviendo a mirarla:* ¿Estoy soñando, Helia?

HELIA. ¿Me ha reconocido?

DON JUAN. ¡Si vi una vez lágrimas en sus ojos!

HELIA. Y ¿se acuerda de mi nombre también?

DON JUAN. Pues ¿no se acordaba usted del mío?

HELIA. De nuevo me hace usted dichosa. ¿Es imprudente que haya venido a verle aquí?

DON JUAN. Nunca.

HELIA. ¿Es usted libre aún?

DON JUAN. Libre: como entonces; como los pájaros que nos despertaban en el Monasterio de Piedra.

HELIA. ¡Oh!… Me alegro mucho.

DON JUAN. ¡Qué grata visita!… Siéntese usted. ¡Qué inesperada aparición!…

HELIA. ¡Al cabo de los inviernos que han pasado!

DON JUAN. Por usted sólo han pasado las primaveras.

HELIA. ¡Oh!…

DON JUAN. ¿Y usted, es ya libre?

HELIA. Mucho más que en el Monasterio de Piedra. ¿Se alegra usted?

DON JUAN. ¡Cuando fuí a ofrecerle la libertad aquella noche inolvidable!… ¿Murió su marido?

HELIA. ¡Ca!

DON JUAN. Entonces…

HELIA. Para no morir yo, acordé con él separarme del lado suyo. Y me he separado lo más posible, ¿no?

DON JUAN. ¿Cómo es eso?

HELIA. Porque lo he dejado con nuestros antípodas: en Nueva Zelanda.

DON JUAN. Ya. Bien hecho.

HELIA. Yo, señor don Juan, me casé con aquel ogro cargado de millones por salvar a mi casa de la ruina. Me sacrifiqué por mis hermanas y por mis padres.

DON JUAN. Lo supe, y el saberlo encendió mi amor.

HELIA. ¿Su amor?

DON JUAN. ¿Cómo se ha de llamar aquello?

HELIA. Su hidalguía. Don Quijote no amó a cuantas damas quiso libertar.

DON JUAN. Yo, sí. Amor de un instante, si usted quiere; pero amor.

HELIA. Lo celebro. No hay nada en la vida, por grande que sea, que no empiece por un instante.

DON JUAN. Siga con su historia, que me interesa mucho.

HELIA. Saltaré al epílogo. La imaginación de usted llenará lo que media entre aquella noche y esta tarde. Murieron mis padres, casaron mis hermanas, y entonces yo, con una perfidia que me desconocía, ¿no?, le hice a mi marido, para corresponderle, imposible la vida a mi lado; y a la postre hubimos de convenir en que nuestra unión era un atentado contra el amor y la naturaleza, y en que sólo la distancia entre los dos nos haría felices. Mientras más leguas, más ventura.

DON JUAN. ¡Brava resolución!

HELIA. Nadie sabe, si no lo pasa, qué especie de tormento es el de vivir encadenada a un ser a quien se aborrece y que repugna. La sola idea de que para llegar siquiera a tolerarlo se ha de violentar, asemejándolo al suyo, el espíritu propio, acongoja y subleva. *Silencio.* Desde que adopté mi determinación y la llevé a cabo, pensé volver a España. Y ya en España, ¿cómo no recordar a mi don Juan? Discúlpeme que en este momento le dé por mío. ¿Cómo no interesarme por su vida? ¿Cómo no buscarlo? Porque ha de saber usted, caballero, que aquel hecho suyo, tan bello y gallardo como insólito, dejó en mi corazón el perfume de su poesía para siempre; y en los momentos más dolorosos y graves de mi vida, a partir de él, evocando la juvenil aventura, ¿no?, me prestaba a mí misma el mejor consuelo. «No todos los hombres son como éste que lentamente me asesina —pensaba—: hay en el mundo algún don Juan que es capaz de una bella locura».

DON JUAN. Pues seguramente a esos recuerdos de usted respondían los míos, porque yo también la he recordado; y en estos años, muchas veces me he preguntado, no sin melancolía: «¿Qué habrá sido de aquella niña griega que desapareció de mis ojos como un relámpago?». Porque usted es griega, ¿verdad?

HELIA. Griega; sí, señor. De ascendencia española, pero griega. Nací en Creta, como el gran pintor Theotocópuli.

DON JUAN. ¿Sí? No sabía…

HELIA. Y soy además su más fervorosa apasionada. ¡El pintor de los caballeros españoles, encendidos por el ideal y por la fe!… ¡El pintor de las raras visiones!… ¡El pintor del espíritu atormentado!… Creta le dió la vida y Toledo le dió los pinceles… ¡Oh!… Ahora voy a Ríotinto, donde una de mis hermanas vive con su esposo, que es ingeniero inglés, y dentro de quince días iré a Toledo. ¡A Toledo!

DON JUAN. ¿Conoce la ciudad?

HELIA. Nunca he estado sino con la ilusión… Me ha cautivado sin haberla visto… Pero la adivino, la presiento… Creo que entraré por sus torcidas calles como si hubiese nacido allí.

DON JUAN. Y ¿será enojoso para la curiosa soñadora encontrar en alguna pintoresca encrucijada, en algún pasadizo oscuro, al pie de algún retablo, a un caballero que la acompañe y con quien conversar y soñar?

HELIA. ¡Oh!

DON JUAN. ¿A un caballero que la guíe la casa misma donde pudo vivir su pintor; a la calle donde moraba la monja que inspiró las *Tres fechas* al poeta sevillano; a una ermita que hay en la Vega con un Cristo que fué testigo de un falso juramento de amor; al torreón ruinoso, orilla del Tajo, evocador de la hermosa mujer por cuyos ojos perdió un rey a su patria…?

HELIA. ¡Oh! Don Juan… ¿Qué quiere que yo responda a tales preguntas? Tiemblo toda con una emoción que no más otra vez he sentido. En mi alma, se parece esta tarde de Madrid a aquella noche del Monasterio… Hasta creo que me da en el rostro la misma luna que entraba en la celda… Mi corazón sonríe… Don Juan, dentro de veinte días estaré en Toledo.

DON JUAN. Helia, yo también.

HELIA. Gracias.

Amalia acierta a pasar en este momento de la puerta de la derecha a la del foro. Se sobrecoge al ver a Helia, saluda tímidamente y se va. Don Juan y Helia se levantan.

AMALIA. ¡Ah! Dispensen…

Helia corresponde al saludo con una inclinación de cabeza Cuando Amalia desaparece, le pregunta a don Juan:

HELIA. ¿Hermana suya, acaso?

DON JUAN. Sí; hermana.

HELIA. Se le parece mucho, ¿no?

DON JUAN. No…

HELIA. Dejo a usted.

DON JUAN. No me atrevo a oponerme.

HELIA. Me voy dichosa. Ha sido premiado mi afán de venir aquí. ¿Hasta Toledo?

DON JUAN. Hasta Toledo.

Le besa la mano y se marchan por la puerta de la derecha. Don Juan torna poco después, abstraído.

Amalia, entretanto, vuelve a salir por la del foro, con curiosidad. Siente, más que ve, irse a la pareja, y aguarda a que don Juan llegue. En cuanto asoma se apresura a hablarle, sacándolo de su abstracción.

AMALIA. Lo espero a usted para pedirle mil disculpas.

DON JUAN. *Cambiando de expresión al verla.* ¿A mí? ¿Usted?

AMALIA. Sí, señor. ¿Qué menos? ¡Presentarme aquí de improviso!… He podido sorprender lo que no debiera…

DON JUAN. ¡Por Dios!

AMALIA. No me diga que no, don Juan. ¡Una conversación de usted con una señora tan guapa!… Aunque fuese asunto de abogacía.

DON JUAN. Lo era.

AMALIA. Ya me lo figuraba. ¿Quizás el recadito de Calonge?

DON JUAN. ¿De Calonge?… ¡Ah, no! Cosa muy distinta.

AMALIA. Pero siempre de la carrera.

DON JUAN. Sí.

AMALIA. A usted le entusiasma su profesión.

DON JUAN. ¿Por qué lo dice usted?

AMALIA. Por lo que le brillan los ojos en cuanto asoma un caso nuevo.

DON JUAN. No, pues el de esta señora no es nuevo.

AMALIA. Pues le brillan a usted los ojos como si lo fuera.

DON JUAN. Porque es un asunto que me apasiona.

AMALIA. ¡Ya!

DON JUAN. Un divorcio.

AMALIA. ¿Otro?

DON JUAN. ¿Cómo otro?

Amalia. Antoñito me ha dicho antes que está estudiando uno, y que no lo sabe dejar. ¿Es usted el abogado de los divorcios?

Don Juan. De las mujeres.

Amalia. Eso me gusta.

Don Juan. ¡Pobres mujeres!

Amalia. ¿Pleitean por pobres?

Don Juan. Las mujeres bonitas no son nunca pobres.

Amalia. ¿Y a las feas, no las defiende usted?

Don Juan. Algún que otro caso he tenido.

Amalia. Pero ¿habrá alguna diferencia en las minutas?

Don Juan. La hay. Debo, sin embargo, advertirle a usted que, en general, las feas no pleitean sobre lances de amor, que es mi cuerda.

Amalia. ¿El amor?

Don Juan. Y sus lances. ¡Allá otros letrados con la defensa de los que originen las demás pasiones! Yo me ciño a los del amor.

Amalia. Ya, ya se caldea.

Don Juan. ¿No he de caldearme? ¿Dónde hay satisfacción como romper cien lanzas por cien mujeres sin ventura?

Amalia. ¡Viva, viva don Juan!

Don Juan. La que mató a su amante por celos de otra; la que fué torpemente vendida; la que huyó con su novio temblando; la que se hastió de la grosería de su verdugo, que no de su esposo; la que rodó hasta el fango por hambre; la que se escapó del convento… ¡Qué sé yo! ¡Las defiendo a todas!

Amalia. Pero ¿todas esas mujeres tienen defensa?

Don Juan. ¿No la tienen los hombres, Amalia?

Amalia. Algunos, no.

Don Juan. Ni algunas tampoco; pero yo me recreo en encontrársela.

Amalia. ¡Claro! Y así tiene usted siempre la casa llena.

Don Juan. No todas las que ve usted aquí me traen pleitos.

Amalia. Pues usted nunca dice otra cosa.

DON JUAN. Porque cerca le andan. Algunas también vienen a visitarme sencillamente, ya por gratitud, ya por otro linaje de afecto… Y muchas, las más, vienen a pedir el consejo amistoso, la orientación en algún asunto particular, la opinión en el caso de conciencia…

AMALIA. ¡Jesús! ¡En el caso de conciencia! ¿También confesor?

DON JUAN. Pero ¿es que los abogados no somos confesores?

AMALIA. Mire usted: me alegro de saberlo.

DON JUAN. ¿Por qué?

AMALIA. Porque a lo mejor… algún día… si me nace un pecadillo en el corazón, o si lo cometo… teniendo el confesor tan a la mano…

DON JUAN. ¡Oh, si a usted le nace un pecadillo en el corazón y viene a confesármelo a mí!…

AMALIA. ¿Qué pasa?

DON JUAN. Que estoy seguro de saber comprenderlo.

AMALIA. ¿Y si no lo comprende?

DON JUAN. Usted me lo aclara.

AMALIA. Y ¿me pondrá usted mucha penitencia?

DON JUAN. Mirarme, nada más.

Amalia. Después de mirarlo con retinada coquetería. Es poca.

DON JUAN. Según sea el pecado.

AMALIA. ¡Figúrese!… ¡El pecado de una muchacha tan inocentona como yo!… ¿Qué podrá ser? Fijarse en algún hombre que le agrade… mirarlo acaso dándoselo a entender… apagar la luz de la alcoba en la noche pensando: «¡Ay, si me quisiera!…» despertar con el mismo anhelo… No digo nada de soñar con él, porque eso no es pecado… porque como no depende de la voluntad… ¡Con que ya ve usted qué cosazas!… Alrededor de eso tiene que ser todo.

DON JUAN. Al nacer el pecado, sí; pero ¿y luego?

AMALIA. Luego, si se agravara, sería culpa del cómplice… y ya, aunque la penitencia fuese mayor, la compartiríamos. ¿Qué me mira usted en la cabeza?

DON JUAN. No es en la cabeza: es en la frente.

AMALIA. ¿En la frente? Pues ¿qué tengo en la frente?

DON JUAN. Eso quisiera yo leer.

AMALIA. Oiga usted: lo de la frente dicen que asoma por los ojos; conque baje usted la vista un poquito a ver si se entera.

DON JUAN. Tendré que acercarme. Yo no sé leer en los ojos si no es de cerca; muy de cerca.

AMALIA. ¿Es usted miope?

DON JUAN. Para cierta lectura, sí.

AMALIA. Pues acérquese usted lo que necesite. O pídale a Ricardita las gafas que usa para el piano. Aunque mejor es que se acerque. Vaya, me acercaré yo para quitarle la vergüenza. ¡Pobre colegial; está asustadito!… Vamos a ver, don Juan: ¿qué dicen mis ojos?

DON JUAN. ¿Y los míos, qué le dicen a usted?

AMALIA. Yo también soy miope. Ni es de eso de lo que se trata. Ande, fíjese: ¿qué ve usted dentro de mis ojos?

DON JUAN. ¡Llamas!

AMALIA. ¿Llamas? ¡Qué miedo!

DON JUAN. ¿A qué?

AMALIA. A mí misma. ¿Y si cierro los ojos, ya no ve las llamas? *Los cierra.*

DON JUAN. ¡Pero veo el resplandor y siento el fuego!

AMALIA. ¡Qué miedo otra vez! ¿Iré yo a arder por dentro, don Juan? ¿Me abrasará este fuego?

DON JUAN. *Atrayéndosela con arrebato amoroso.* A ti, no sé. ¡A mí, sí!

AMALIA. *Separándose de él bruscamente, indignada y altiva.* ¡Don Juan!

DON JUAN. *Desconcertado.* ¿Eh?

AMALIA. ¡Señor don Juan! ¿Qué es esto?

DON JUAN. ¿Cómo?

AMALIA. ¿Qué le autoriza a usted a esto? ¿Una broma inocente lo lleva a ofenderme de este modo? ¡Y en su casa! ¡En su propia casa! ¡Esto sí que no

tiene defensa!

DON JUAN. Amalia… Amalita…

AMALIA. ¿Es ésta su hidalguía proverbial? ¿Es esto lo que yo merezco? ¿Es así como corresponde a la confianza de un leal amigo?

DON JUAN. Amalita, perdóneme usted… Óigame un instante…

Desde la puerta del foro pregunta Ricarda, que inopinadamente surge:

RICARDA. ¿Soy indiscreta?

DON JUAN. *Destemplado.* ¡Sí!

RICARDA. ¡Jesús, qué tono ! *Vase hacia la izquierda.*

AMALIA. No, don Juan, no; que entre: que venga. Quien se va, soy yo. Pero no de aquí, sino de esta casa.

DON JUAN. ¡Ah, no! Eso no será. Ni de esta casa ni de mi lado se irá usted sin oír mis disculpas. Yo no he sido dueño de mí, Amalia. Es usted demasiado bella para que no tenga conciencia del influjo que ejerce sobre los hombres. La atracción irresistible de sus ojos, la sugestión de su hermosura, la atmósfera en que vivo, el travieso hechizo de sus palabras, consiguieron ofuscarme un momento, al extremo de que llegué a olvidar no quién es usted, sino quien yo soy. Perdóneme usted. Le ruego a usted que me perdone. Perdonará usted a un caballero.

AMALIA. *Tras un infernal juego de ojos.* Está usted perdonado.

DON JUAN. ¿De labios afuera solamente?

AMALIA. De corazón adentro. Lo otro no sería perdonarle.

DON JUAN. Gracias.

AMALIA. Yo no hablo por hablar, como usted, que se ha olvidado de pedirme la flor aquélla…

DON JUAN. Perdón también por eso. ¿La mano de amigos?

AMALIA. La mano de amigos. Pero ¿tiembla usted?

DON JUAN. Usted también.

AMALIA. No, señor, no; es el temblor de usted que se me pasa. Vaya por el temblor: bese usted, que no tiene veneno.

DON JUAN. Gracias. *Le besa respetuosamente la mano.*

AMALIA. No hay de qué. Y, con permiso de usted ahora, le voy a decir a Ricardita cuatro embustes, porque ¡a saber lo que ella se estará imaginando!… *Se marcha por la puerta del foro, hacia la izquierda, fingiendo que no quiere mirar a don Juan.*

DON JUAN.

¡Buen lance, viven los cielos!…

Por la mampara del despacho surge nuevamente Ricarda.

RICARDA. ¿Y ahora, soy indiscreta?

DON JUAN. *Sin poder dominarse.* ¡Ahora más que nunca!

RICARDA. Pero ¿no está usted solo?

DON JUAN. ¡Qué he de estarlo!

RICARDA. *Un poco asustada.* ¿Eh?

DON JUAN. ¡Déjeme usted; se lo suplico!

RICARDA. Mil perdones… ¡Jamás lo he visto así! *Retírase.*

DON JUAN. ¡Jamás lo estuve! Y acaso ella entretanto se ría… *Dejándose caer en una butaca, abatido.* ¡Mísero don Juan de la Vega! ¡Cuántas veces doña Inés es don Juan!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Es por la mañana, en el mes de diciembre.

Julia sale por la puerta del foro, buscando un pañolito de Amalia.

Julia. Pues no está aquí tampoco. ¿A que lo ha perdido en la calle? Es tan distraída… *Hormiguero, que sale por la misma puerta, se detiene observándola.* Nada; no parece.

Hormiguero. Si me buscas a mí, monada, aquí estoy.

Julia. No, señor; usted no se pierde tan fácil.

Hormiguero. ¿Qué buscan entonces esos ojos?

Julia. Un pañuelo de la señorita.

Hormiguero. ¿Cómo es esa alhaja?

Julia. Blanquito, pequeñín, con una marquita celeste…

Hormiguero. ¿Representando, acaso, un corazón atravesado por una flecha?

Julia. ¡Qué va! La marca es una letra sola.

Hormiguero. *Saca de su bolsillo el pañolito, y se lo muestra.* ¿Será éste?

Julia. ¡Este mismo!

Hormiguero. Ahí lo tienes, encanto.

Julia. Pero ¡qué buen humor el de usted!

Hormiguero. Lo hallé en la salita y pensaba embromarla a ella.

Una cosa me he encontrado,
siete veces lo diré…

¡Ay, Julita! ¡Así todo lo que uno pierde lo encontrara tan pronto!

JULIA. ¿Usted lo dice por el pelo?

HORMIGUERO. ¡Lo digo por el sueño, que lo he perdido desde que estás en esta casa! *Se le acerca meloso.*

Oportunamente llega por la puerta del foro doña Nona. Hormiguero se separa de Julita en el acto.

JULIA. ¡Siempre ha de andar de broma este buen señor! *Se retira por la puerta de la derecha, satisfecha, pero turbada.*

DOÑA NONA. ¡Don Pascualito!…

HORMIGUERO. Señora mía.

DOÑA NONA. ¡Si a usted también va a atacarle el microbio… llevaré un pito por la casa!

HORMIGUERO. ¡Je, je! ¡Qué ocurrencias tiene doña Nona! ¡Un pito!… Muy gracioso. Por mí no será menester; no, señora. ¡Un pito, dice!… ¡Je, je!

DOÑA NONA. Lo que le juro a usted es que va a parecerme un sueño la vuelta a la paz de mi entresuelito… Gracias a Dios, con la llegada anoche del pájaro de América, la veo muy cercana. Se llevará a su hija, y yo nada tendré ya que hacer aquí.

HORMIGUERO. Comprendo, sí; comprendo que para usted ha sido una aventura…

DOÑA NONA. Y ¿qué juicio le ha merecido a usted ese hombre?

HORMIGUERO. ¿Valentín Graziela?

DOÑA NONA. ¿No le parece un tipo extraño?… Pájaro de cuenta se me figura a mí.

HORMIGUERO. *Bajando la voz.* Y lo es. Yo sé muchas cosas, doña Nona; ¡muchas cosas! Pero…

DOÑA NONA. Y ¿cómo cree usted que le sentará…?

HORMIGUERO. ¿Qué?

DOÑA NONA. Esto de que mi sobrino y la niña… Porque, aun cuando ninguno de los dos lo declara… ¡no hay más que verlos!

HORMIGUERO. Permítame usted que me reserve mi opinión en asunto tan delicado.

DOÑA NONA. ¡Bueno! Resérvesela usted. ¿Qué más da? A mi don Juanito le ha pasado lo que a tantos tenorios de caramelo o de alfeñique: son conquistadores de palomas duendas, de las que se vienen a la mano: una pastorcita, una monja… Pero en cuanto les sale al encuentro una hija de Eva, con todas las artes para defenderse y atacar… Por mi parte, le confieso a usted que ella vale la pena. Es mujer de fondo… ¡Y tanto! Más tiene debajo de tierra que encima. Sabe latín y griego. Pero vale la pena.

HORMIGUERO. La suerte se ha enamorado de don Juan, como un día me dijo Ricarda.

DOÑA NONA. Sí, señor, sí; la suerte lo protege y lo sigue. No es poca suerte pasarse la vida jugando con fuego, y ni siquiera chamuscarse. Ha estado expuesto a tropezar con alguna que hubiera dado buena cuenta de él.

HORMIGUERO. ¡Oh! ¡Ya lo creo! Sin embargo, ¡él tiene tanta habilidad!…

DOÑA NONA. Déjese usted de habilidades. Suerte, suerte. ¡Hay cada loba con las lanitas blancas!…

HORMIGUERO. ¿Que si hay? Y al propio don Juan le ha alcanzado una de esa ralea. ¡Yo sé muchas cosas! Mire usted: vive en este Madrid una prójima, con la que don Juan tuvo que ver algo, que es el espíritu de la venganza con faldas. ¡Mala mujer! Se zafó don Juan de ella, y no se lo perdona. Enreda, calumnia, compromete… ¡Mala mujer! Todos los años le ha de dar un disgusto. Y se llama Rocío. Ya ve usted qué contradicción. ¡Cuántos golpes suyos le he parado yo al jefe! ¡Uh! Precisamente en estos días… Pero, tente, lengua. Yo sé muchas cosas… que no debo decir.

DOÑA NONA. Me hago cargo de ello.

HORMIGUERO. Mi mujer, que tiene el defecto de ser curiosísima, me pincha lo increíble. Pues ni a ella misma le confío…

DOÑA NONA. Bien hecho, sí; bien hecho.

HORMIGUERO. Y a propósito: me dijo ayer que una de estas tardes vendrá a tener el gusto de saludarla a usted.

DOÑA NONA. Muy complacida yo. Me es muy simpática su mujer de usted, don Pascualito. Y ¡qué guapa! ¡Qué lunares aquéllos!

HORMIGUERO. Gracias en su nombre. Hasta después. Voy a pedir por teléfono una interesantísima referencia. Siempre en el yunque. ¡La que a mí se me escape!… *Éntrase en el despacho.*

DOÑA NONA. Adiós. *Maliciosamente.* ¿Y yo que creo que tú, que lo sabes todo, hay una cosa que no sabes? El Señor me perdone… pero ¡te quiere tanto don Juanito!… El Señor me perdone. *A Amalia, que sale de velito, por la puerta del foro.* ¡Hola, garza enjaulada!

AMALIA. Buenos días, doña Nona.

DOÑA NONA. ¿Adónde se va?

AMALIA. A la iglesia.

DOÑA NONA. A quitar la devoción a los fieles.

AMALIA. ¿Yo?

DOÑA NONA. ¡Vas tan bonita!…

AMALIA. A ver si saco novio allí.

DOÑA NONA. Tú no necesitas moverte de casa para sacar novio, hipocritona.

AMALIA. *Después de sonreírle.* Aquí viene papá.

Aparece por la puerta del foro Valentín Graziela. Viene de la parte de la izquierda. Es hombre de cincuenta años, fuerte y sanguíneo. Tiene el cabello negro y el bigote blanco y guiña nerviosamente un ojo. Viste con peculiar elegancia y limpieza.

Trae un gabán de entretiempo al brazo, y, estrujado en la mano, un sombrero flexible.

VALENTÍN. ¡Ah, señora! Muy buenos días. *Le besa una mano.* ¿Se ha descansado bien?

DOÑA NONA. Bien; ¿y usted, caballero?

VALENTÍN. Mejor que nunca. Se me juntaba todo para lograrlo. Los besos de mi hija, la casa de mi gran amigo… Sobre que yo rijo mi sueño, doña Petra.

DOÑA NONA. Nona: Ramona, si usted quiere.

VALENTÍN. Disimule usted; soy muy distraído. Especialmente en las cosas accidentales no me fijo nunca, y el nombre en las personas es accidental. ¿Qué más da Juan que Antonio? Decía, señora, que yo rijo mi sueño; duermo exactamente las horas que de antemano me propongo dormir.

DOÑA NONA. Pues no deja de ser una ganga.

VALENTÍN. ¡Victorias de la voluntad, cuando hay que combatir con todo en la vida!

AMALIA. ¿Te vas a la calle?

VALENTÍN. Sí, hija. ¿Quieres algo? Siento ansia de moverme… y siento la curiosidad de mi viejo Madrid. A ver cómo me encuentra él… y a ver cómo le encuentro yo. Voy también a darle un abrazo a otro amigo… ¡Cuántas cosas desaparecidas en plazo tan corto! ¡Cuántas cosas cambiadas!… ¡Ay, ay, ay! ¡Cuántas cosas!… *Hace que se conmueve y que se enjuga con los dedos un par de lágrimas.* Las ausencias son para el corazón como adelantos de la muerte… ¿Qué? ¿Ha dado mucho que hacer esta feúcha?

DOÑA NONA. Lo que es a mí, no.

AMALIA. Ni a nadie.

VALENTÍN. ¿Basta que ella lo diga?

DOÑA NONA. Sí basta; sí, señor; no se la siente. Es muy pacífica y muy suave. Da gusto. ¿Cómo ha podido usted vivir estos años separado de ella? ¿Cómo no se la llevó a la Argentina?

VALENTÍN. ¡Ah, señora! ¡Porque mi viaje era de náufrago! ¿A qué iba yo a aquel mundo desconocido? A luchar con fieras y con hombres; acaso a trajinar en los muelles, a pudrirme en las minas, a vestir harapos, a mal comer… Era muy oscuro el porvenir de mi viaje, para aventurarme a llevar sobre los hombros a una princesita de cristal… Por eso la dejé en España.

AMALIA. *Tristemente.* Sí; por eso.

Entre hija y padre se cruza una mirada significativa.

Doña Nona. ¿Y después, cuándo halló usted su norte? ¿Cuándo se acomodó?

Valentín. ¡Después! ¿Usted sabe? Me escribía mi cuñada incesantemente que no se la quitara; que era su luz; que no podía vivir sin ella… *La acaricia*. ¡Qué hacer! ¡Dejársela! Al fin y al cabo, era como su madre… Y que yo, doña Juana, no sé negar cuando se me toca al sentimiento. Vea usted qué condición para un hombre de lucha: en lugar de coraza llevo corazón.

Doña Nona. ¿Ha sufrido usted mucho allá?

Valentín. ¡Infinitamente, señora mía! La lucha moderna es agotadora, terrible. Nuestros abuelos pelearon con los indios, salvajes y fanáticos; los hombres del día tenemos que luchar con los siete pecados capitales civilizados. Hay diferencia en el combate. Pero, en fin, ya llegué a puerto de bonanza: ya estoy al lado de mi hija. Merezco este premio. Ahora me voy a desquitar de la ausencia de ella. ¡Estoy sediento de ser padre! Mi corazón va a gustar, concentrado, todo el cariño suyo que durante la forzosa separación no ha sentido sino de lejos. Ahora será mía: mía nada más. Durante uno o dos años será de mi amor, con un egoísmo de sediento. ¿Qué dices tú, muñeca?

Doña Nona. Ella no suele decir nada.

Amalia. Hasta que me toca decirlo. Cuando hablan los demás, me callo. Y como papá no deja meter baza…

Doña Nona. Mire usted si escurre la contestación.

Valentín. ¿Cómo, cómo?

Doña Nona. ¿Va usted a quedarse en España por ahora?

Valentín. Una temporadilla. Quince días… un mes… ¿no, chicuela? La llevaré a Sevilla, a Granada… ¡Un viaje de novios!

Amalia. Bueno, sí… Un mes será bastante.

Valentín. Eso creo…

Amalia. Digo bastante… para convencerte yo de mi gusto.

Valentín. Y ¿cuál es tu gusto, tirana?

Amalia. Que no vuelvas a América.

Valentín. ¡Brava salida! ¿Tú estás loca, criatura?

Amalia. ¿Por qué? ¿Porque quiero que te quedes aquí?

Valentín. Pero, ¿no comprendes, tontuela, que allí he echado mis nuevas raíces? ¿que soy un árbol que cambió de tierruca? ¿que lo que amasé con mi sudor allí está?

Amalia. Pero, ¿tú no comprendes que yo no quiero que nos separemos otra vez?

Valentín. Y ¿quién habla de separarnos, boba? Tú, ahora, vendrás conmigo.

Amalia. ¡Ah, no!

Valentín. ¿Cómo que no? ¿Qué dices?

Amalia. Que no salgo de España.

Valentín. ¡Muchacha! ¿Por qué?

Amalia. Por mil razones… A saber si habré echado aquí mis raíces, como tú allá las tuyas…

Valentín. *Disimulando su contrariedad.* ¡Donosa ocurrencia! ¡Las raíces de las ramas son siempre las mismas del tronco!

Amalia. Mientras la rama no se desgaje de él…

Valentín. ¿Qué quiere significar todo esto?

Amalia. Que ya me tocó la hora de hablar. ¿Lo ve usted doña Nona?

Doña Nona. Has tardado; pero veo que te explicas.

Amalia. Estas cositas graves hay que decirlas muy a tiempo, y aprovechando estos instantes de expansión y alegría.

Valentín. Pero, bueno; pero, bueno… ¿Ese deseo de quedarte en España es caprichoso, o tal vez obedece…? ¿Eh doña Nona?… No hace falta ser lince para… ¿Eh?

Doña Nona. Yo estoy como usted; lo que presuma, y nada más; nada sé de cierto.

Valentín. ¡Ah! Pues si hay en danza rondadores o enamorados, por ahora que perdonen por Dios. Ya me has oído antes, princesita; ¡los latidos de tu corazón son todos para mí en algún tiempo! Fortuna, que lo que sea no

pasará de ser una chiquillada… ¿Eh, señora mía? Yo me enteraré, yo me enteraré… No es éste el momento oportuno… Para ella ha podido serlo; pero para mí, no… Vaya, vaya, voy a tomar el aire… A sus pies, doña Petra. Digo, doña Nona… Es accidental.

Doña Nona. Adiós, Graziela.

Valentín. Hasta luego, chiquilla.

Amalia. Adiós, papá.

Valentín. ¡Ay, ay, ay! ¡Frentecitas de mujer!… ¡Abismos infantiles!… *Vase por la puerta de la derecha.*

Doña Nona. No creo que le haya hecho gracia tu salida.

Amalia. Ya se acostumbrará a la idea… ¡Un señor tan avezado a luchas tan grandes!… ¿Qué vale para él que yo me vaya o que me quede?

Doña Nona. Niña, no sé si tienes razón o no; pero me da tristeza oírte.

Amalia. Más le daría a usted si supiera por qué no me fui la otra vez, cuando murió mi madre.

Doña Nona. Él ha dicho…

Amalia. No fué por eso. Me quedé en España… porque la buena memoria de mi madre lo exigía de mí.

Doña Nona. *Comprendiendo.* Ya.

Amalia. Mi padre se llevó consigo a una mujer… a quien yo he jurado no volver a ver nunca.

Doña Nona. Basta. Son cosas entre ustedes… ¡Todo ha de tener cara y cruz! Anda, anda a la iglesia. *Yéndose ella por la puerta del foro.* ¡Ay, mi entresuelito… mi entresuelito!…

Pausa. Amalia, ensimismada un punto, sacude al cabo su cabeza, se arregla el velito y se encamina a la puerta de la derecha, cuando llega por ella don Juan.

Don Juan. ¡Amalia!

AMALIA. ¡Caballero!

DON JUAN. Tarde amanece hoy para mí.

AMALIA. ¿Y ésa, es coche o calesa? —como decía mi tía—. Pues hoy ha salido usted bien temprano.

DON JUAN. Sí; un negocillo… ¿Usted sale ahora?

AMALIA. Sí, señor; a la iglesia.

DON JUAN. ¿Sola?

AMALIA. Son dos pasos… Ni ¿quién va a comerme? Como nos ha dejado Ricardita…

DON JUAN. Por fortuna, Amalia. Para ella… y para nosotros. ¡Qué sino de mujer! ¡La musa de la inconveniencia! ¿Le dije a usted que se me despidió con unos versos?

AMALIA. No…

DON JUAN. Pues son notables. Poniéndome verde, además, aunque en lenguaje muy florido. Que pierdo de cerca… que la montaña, aterciopelada de lejos, tiene zarzas que hieren al llegar junto a ella… ¡La mar y los peces!

AMALIA. Sus frases. Tiene usted que enseñarme esos versos.

DON JUAN. ¿Para qué? Son tan ridículos, que dan lástima.

AMALIA. Bien. Hasta ahora. Voy a agradecerle a mi santín lo bien que ha llegado papá.

DON JUAN. Y ¿cuál es el santín de usted?

AMALIA. Un Santo Tomás chiquitín que hay en una capillita oscura que siempre está sola. Nadie le hace caso al pobrete. Ayer le mandé flores. Y hoy, después de las gracias, a última hora, le voy a pedir un favorcito. A ver si se ha fijado en mí.

DON JUAN. Seguro. ¿También relativo a su papá el favorcito?

AMALIA. No, señor; relativo a usted.

DON JUAN. ¿A mí?

AMALIA. A usted. ¿Para qué se ha metido en la boca del lobo? *A una sonrisa de don Juan.* ¿Qué sonrisita es ésa? ¿Qué mira usted tan descarado?

DON JUAN. La boca… del lobo.

AMALIA. No lo entiendo. Pues le voy a pedir a mi santín que deje usted de hacer una cosa.

DON JUAN. Pues excuse usted el intermediario, Amalita. Pídame usted a mí lo que sea.

AMALIA. Ya pensaba pedírselo; pero después de contar con el santo… para que influyera en usted.

DON JUAN. ¿Más que usted?

AMALIA. ¡Pobrecita yo!…

DON JUAN. Vaya, dígame lo que quiera. Concedido está desde luego.

AMALIA. No ande usted tan aprisa.

DON JUAN. Concedido está. En mí mando yo más que el santín y más que nadie.

AMALIA. ¡Qué soberbio! Y con mi santín no se meta.

DON JUAN. Bueno, Amalia: ¿qué es lo que quiere usted?

AMALIA. Si, después de todo, es una tontería. Sino que yo soy muy novelera, y por charlar… Ya ve usted qué cosa más grande se me ha ocurrido pedirle a usted: ¡que no vaya mañana a Toledo!

DON JUAN. *Con naturalidad, conseguida tras leve desconcierto que apenas asoma a sus ojos, pero que ella ve.* ¡Que no vaya mañana a Toledo!… ¡Bueno; pues no voy! Pero, ¿por qué?

AMALIA. El porqué ya se lo diré a usted pasado mañana.

DON JUAN. Conformes. ¡El viaje a Toledo!… Creí que sería otra cosa.

AMALIA. Ya le dije a usted que no valía la pena…

DON JUAN. Imagine usted; uno de tantos asuntos profesionales…

AMALIA. Sí; claro… Pero me parece a mí que le contraria…

DON JUAN. Aunque así fuera.

AMALIA. No, no; eso no. Si le contraría a usted lo más mínimo…

DON JUAN. ¡Ojalá me contrariase, para que el complacerla a usted fuera meritorio!…

AMALIA. ¡También yo tengo unas exigencias!… No me haga usted caso, don Juan; vaya usted a Toledo sin acordarse más de mi patochada.

DON JUAN. Usted dispense, Amalia; a Toledo no voy. Anúnciele usted al santito de la capilla oscura que no ha sido menester su intervención ni su influencia.

En este momento sale del bufete Antoñito, a dejar encima de la mesa unos papeles.

ANTOÑITO. Buenos días, Amalia.

AMALIA. Buenos días. Llega como enviado, ¿no, don Juan?

DON JUAN. ¿Por qué?

AMALIA. Porque se me ocurre, ya que usted se obstina en desistir de ese viaje, que como se trata de un asunto profesional, puede usted enviar a Antoñito, que es su ojito derecho.

DON JUAN. Le diré a usted…

ANTOÑITO. ¿Cómo?

AMALIA. Que don Juan necesitaba ir a Toledo a no sé qué cosa del bufete, y ha resuelto no ir, y yo me he permitido indicarlo a usted para que vaya en su lugar…

ANTOÑITO. Mil gracias.

AMALIA. Ya ve que me intereso por usted.

DON JUAN. Sí; pero el caso es, Amalia, que Antoñito no conoce el asunto.

ANTOÑITO. *Con viveza.* Sí, sí, señor; sí lo conozco.

DON JUAN. ¿Que lo conoces?

ANTOÑITO. Sí, señor. Y me gusta mucho, por cierto.

DON JUAN. ¡Ah!

AMALIA. ¿Qué extraña usted, con lo aplicado que es el chico?

DON JUAN. Entonces, bien, sí… puede ir él… puede ir él…

AMALIA. Y todos contentos. Ea, hasta ahora. Le voy a decir a mi santín que esta vez no tengo que molestarlo.

DON JUAN. Eso es.

ANTOÑITO. Vaya usted con Dios, y repito las gracias.

AMALIA. No hay de qué, Antoñito. ¡Las gracias!… Yo a don Juan. Hasta ahora. *Vase por la puerta de la derecha.*

Pausa. Don Juan y Antoñito se miran de repente.

DON JUAN. ¡Bien te has aprovechado de la ocasión, granuja!

ANTOÑITO. Don Juan, me pareció que era lo más discreto… Claro que pensando para mis adentros que jamás representaría yo ese papel…

DON JUAN. ¡Esta endiablada de Amalita!… ¿Tú sabes quién me espera en Toledo?

ANTOÑITO. Sí, señor; me habló usted del caso al día siguiente de estar ella aquí… ¡Deliciosa mujer!

DON JUAN. ¡Y mi encuentro con ella en Toledo, de lo más sabroso!… ¡Dulce y sabroso!… Pero Dios no lo quiere. ¡Rayo de luna es para mí!… En fin, veremos todavía… Tal vez un aplazamiento ingenioso… Quizá más adelante… Por de pronto, mañana tengo que enviarle una carta sentimental…

ANTOÑITO. De eso sí podría encargarme yo.

DON JUAN. ¿De qué?

ANTOÑITO. De llevársela. *Don Juan lo mira.* ¿No se fía usted de mí?

DON JUAN. En un caso análogo no me fiaría de mí mismo.

ANTOÑITO. ¡Ja, ja, ja!

DON JUAN. ¡Ay, Toledo, Toledo!

Llega Cardona por la puerta de la derecha, a tiempo de oír esta última frase.

CARDONA. ¿Qué? ¿Vas por fin mañana?

DON JUAN. No lo sé todavía.

CARDONA. Pues no dejes de ver el *Entierro del conde de Orgaz*.

DON JUAN. ¡Pero, hombre! ¿Que no piensas más que en entierros? ¡Es odioso el tema!

ANTOÑITO. Verdad que sí. Ya me han contado sus galanteos fúnebres…

CARDONA. ¡Ca! ¡Eso era antes!

DON JUAN. ¿Qué?

CARDONA. ¡Si este planeta es un *Tío Vivo*! ¿No te dije que a mí me pesaba aquello en la conciencia?

DON JUAN. Sí.

CARDONA. ¡Pues mira de qué modo más agradable se me ha resuelto!

DON JUAN. A ver.

CARDONA. No lo creo todavía. Parece un cuento inverosímil. Días pasados recibimos mi mujer y yo una invitación al bautizo de la primera chica de unos sobrinos nuestros. Y me dice Dulce de pronto: «Mira, Corito: discúlpame tú con los muchachos; yo al bautizo no voy. Tengo mala sombra en los bautizos. Respeta esta superstición. Vé tú solo, si quieres». «¡Vé tú solo, si quieres!». ¡Esto me dijo mi mujer!

DON JUAN. ¡Ah!

CARDONA. ¿Has comprendido? ¿Comprende usted, pollo? ¡Mi mujer no va a los bautizos! ¡Tiene mala sombra en los bautizos!

DON JUAN. ¡Claro! Y tú has trocado…

CARDONA. ¡Los entierros por los bautizos!

ANTOÑITO. ¡Diferencia va!

CARDONA. ¡Otro color, otra persona, otro mundo!… La conciencia tranquila, los muertos en paz… «Creced y multiplicaos»… Otra cosa, vaya; otra cosa. *A Antoñito.* La que me ha partido es la mujer de Manolo Reyes.

ANTOÑITO. ¿Pues?

CARDONA. ¡Ha tenido un par de gemelos!

ANTOÑITO. Y ¿no lo ha invitado a usted al bautizo, quizás?

CARDONA. Sí; pero los bautiza a los dos el mismo día. ¡A mí me hubiera convenido más hoy uno y otro la semana que viene!

ANTOÑITO. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. ¿Está Hormiguero en su despacho?

ANTOÑITO. Sí, señor.

CARDONA. Le voy a pedir datos para un articulillo…

Vase gozoso por la puerta del foro, canturreando su copla de conquistador.

Cuando veo unos ojitos negros,
negros, negritos, como mi suerte…

DON JUAN. Nació tipo cómico.

ANTOÑITO. Y es un carácter sostenido. Vamos a seguir enredando. *Se entra en el bufete.*

DON JUAN. *Pensativo.* ¡Amalia! ¡Amalia!… ¡Qué femenina travesura!… *Pausa.* ¡A cuántas cosas he de renunciar!… ¡Pero renuncio a todas!

Sale Hormiguero del despacho.

HORMIGUERO. ¿Don Juan?

DON JUAN. ¡Hola, Pascualito! Cardona iba en busca de usted.

HORMIGUERO. No lo he visto. Será para lo que ayer me indicó. Ahora iré al despacho. No sé qué datos quiere sobre la natalidad en Madrid.

DON JUAN. ¡Cualquier cosa!

HORMIGUERO. Yo también deseo verlo.

DON JUAN. ¿Sí?

HORMIGUERO. Sí. Tengo un roedor en la conciencia.

DON JUAN. ¿Pues?

HORMIGUERO. Le dije el otro día que no podía emplearse cónyuge en singular, y he visto que el Diccionario de la Academia lo autoriza.

DON JUAN. ¡Ah!, pues vaya usted a advertírselo sin perder tiempo.

HORMIGUERO. Antes he de hablar con usted de algo importantísimo.

DON JUAN. ¿Qué hay?

HORMIGUERO. A propósito de Valentín Graziela.

DON JUAN. ¡Ah!

HORMIGUERO. He recibido hoy mismo informes acerca de su persona y del objeto de este viaje suyo, y creo indispensable prevenir a usted.

DON JUAN. ¿Qué me cuenta? Mil gracias. Es usted asombroso, Hormiguero. ¡Se entera usted de todo!

HORMIGUERO. De todo. ¡He llegado a saber hasta algunas cosas… que parece mentira que yo las sepa!

DON JUAN. *Un poco pálido.* ¿Eh?

HORMIGUERO. *Con gran misterio.* Graziela va a recibir un anónimo, depositado esta mañana en el correo interior. Y yo sé de quién es el anónimo.

DON JUAN. *Tranquilizándose súbitamente.* ¡Ah, vamos! ¡Cualquiera imaginaba!… Ya, ya. ¿Conque un anónimo?

HORMIGUERO. Un anónimo… que no lo es para mí.

DON JUAN. ¡Asombroso, ya digo! ¿De quién sospecha usted?

HORMIGUERO. No es que sospeche; es que sé quién lo ha escrito, don Juan.

DON JUAN. ¿Alguna mujer?

HORMIGUERO. Justo.

DON JUAN. ¿Rocío?

HORMIGUERO. La misma.

DON JUAN. ¡Bah! Diga lo que quiera. Veamos qué noticias ha tenido usted de este condor que nos ha caído.

HORMIGUERO. Cóndor.

DON JUAN. ¿Qué?

HORMIGUERO. Cóndor, no condor. En España le llamamos cóndor, acaso influidos por Zorrilla; pero es cóndor *El buitre de los Andes*.

DON JUAN. Insisto, Hormiguero. Es usted un pozo sin fin. Dígame ya del buitre, que empiezo a impacientarme.

HORMIGUERO. ¡Y que le cuadra bien el calificativo! ¡Buitre: ave de presa!

DON JUAN. ¿Ah, sí?

HORMIGUERO. Y hoy por hoy, la presa es su hija.

DON JUAN. ¡Hormiguero!

HORMIGUERO. Le consta a usted que no le hablo nunca a humo de pajas.

Por la puerta de la derecha asoma en este instante Elisa, interrumpiendo la conversación.

ELISA. Dispense usted, señor don Juan, que entre sin anunciarme…

DON JUAN. *Fingiendo amabilidad, pero contrariado.* ¡Oh! ¡Elisita!…

ELISA. Conocí las voces… ¿Qué tal, Hormiguero?

HORMIGUERO. Bien, ¿y usted?

DON JUAN. Siéntate. *A Hormiguero.* Luego seguiremos nosotros.

ELISA. ¿Llego en mal momento, quizá?

DON JUAN. No.

HORMIGUERO. Hasta luego, pues. Me voy con Cardona. A sus pies, Elisa.

ELISA. Adiós, Pascualito.

Vase éste por la puerta del foro, hacia la izquierda.

DON JUAN. ¿Qué hay?

ELISA. ¡Que te rebosa la felicidad, hombre dichoso!

DON JUAN. ¿A mí? Será ahora.

ELISA. ¿Ahora, verdad? ¿Porque yo he venido?

DON JUAN. A la vista salta.

ELISA. Juanito, que nos conocemos.

DON JUAN. ¡Y tanto!

ELISA. Me he atrevido a llegar hasta aquí, a entrar a verte, porque antes he sabido que ella está en la calle.

DON JUAN. ¿Ella?

ELISA. Sí; aquel monstruo de fealdad que esperabas.

DON JUAN. ¿No te explicó Antoñito?…

ELISA. ¡Que nos conocemos, don Juan!

DON JUAN. No, pues en esa malicia te equivocas.

ELISA. ¿Qué más da otra equivocación?

DON JUAN. ¿Conmigo?

ELISA. ¡Me he equivocado en esta vida tantas veces!…

DON JUAN. Pero ¿conmigo?

ELISA. Contigo me bastará una sola. Y ésa, Juanito, aunque la he visto ya, todavía quiero taparme los ojos para no verla.

DON JUAN. Yo no la veo, por más que te escucho. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿Te he faltado, sin darme cuenta?… ¿No has recibido puntualmente…?

ELISA. *Desencantada.* ¡No es eso!

DON JUAN. ¿No es eso?

ELISA. Y tú lo sabes; sino que hábilmente me quieres indicar el espacio en que debo moverme, el sitio desde el cual he de hablarte… Pero hoy es otra cosa.

DON JUAN. No sé…

ELISA. Sí. Hoy me es necesario pisar un poquito fuera de la raya; entrar en tu recinto, como cuando era de los dos.

DON JUAN. ¿Qué dices?

ELISA. En la vida hay crisis, hay momentos…

DON JUAN. ¡Ah!

ELISA. En que el silencio puede ser un delito.

DON JUAN. Explícate.

ELISA. No vengo a otra cosa; no necesito ni deseo otra cosa.

DON JUAN. Pues habla, y nos entenderemos. *A un gesto de ella.* No debes dudarlo de una amistad como la nuestra, de vuelta de un amor.

ELISA. No insistas, hombre. ¿Me has oído que por fuerza he de extralimitarme un poquito? Aquel amor lo convertiste tú en amistad; yo no pude. Ni quise tampoco.

DON JUAN. Mal hecho.

ELISA. Feliz tú si puedes hacer cuanto quieres.

DON JUAN. Cuanto debo.

ELISA. Feliz tú. Las mujeres, para cumplir ciertos deberes que significan renunciación, somos más débiles que los hombres. «¡Espera, espera! ¡Disimula y espera!…». Esto es lo que mi corazón me decía. «Mientras sea de muchas, no es de ninguna, y puede volver a ser tuyo. Espera».

DON JUAN. Jamás presumí…

ELISA. Y si lo presumiste, no te agradó pensar en ello. Y procuraste hacer que no te oías a ti mismo. ¡Pero sabiendo siempre cómo te quise; cómo te quería; cómo te quiero!

DON JUAN. Cómo nos quisimos. La atracción fué mutua; el crimen, de los dos.

ELISA. Es verdad.

DON JUAN. Como fué de los dos la determinación de separarnos y concluir, cuando crecían tus hijas. Y de los dos fueron también las lágrimas del sacrificio. De los dos. Y de los dos el esfuerzo para separarnos. Tu dolor era el mío; recuérdalo bien.

ELISA. No necesito recordarlo. Es verdad cuanto has dicho. Pero un año después murió mi esposo… y tú escapaste.

DON JUAN. No, no; escapar, no, Elisa… Mi corazón había encontrado nuevo camino… ¡Es más frágil de lo que nos parece nuestro corazón! Separado amistosamente de ti. Conformes los dos… la vida había de seguir su marcha… La vida rueda, rueda… y yo… No, no; nada de escapar, Elisita… Cuando conocí tu desgracia, y supe que la viudez era para ti agobio… desamparo…

ELISA. Hiciste lo que yo nunca olvidaré… ¡Si por eso he esperado; porque fuiste bueno y generoso conmigo! ¿Por qué lo fuiste si ya no me querías? *Llora.*

DON JUAN. ¡Si ya no te quería!… Pero ¿vas a llorar? ¡No llores! ¿A qué viene esto? ¿A qué viene esta escena? ¡No llores!

ELISA. ¿Te duelen mis lágrimas?

DON JUAN. Por lo que te duelen a ti.

ELISA. Pues yo no quiero que te duelan. *Se enjuga los ojos.*

DON JUAN. Sosiégate.

ELISA. Óyeme. Me debes la verdad: te la pido. Esto es muy serio. Olvídate de habilidades ahora. Esto es muy serio.

DON JUAN. *Humorísticamente.* ¿Es que vas a casarte, Elisa?

ELISA. *Con gravedad y aplomo.* Si tú te casas, sí.

DON JUAN. ¿Si yo me caso?

ELISA. Si tú te casas con Amalia, sí.

DON JUAN. Pero…

ELISA. Ya te he pedido la verdad. Llegó la hora de saber si espero inútilmente o no; si mi esperanza es desvarío. A mi puerta ha llamado un hombre que, si no me enamora, me es grato al menos. Él me quiere con cariño leal. Puede salvar noblemente mi vida. Mi vida no, la de… Pero bien dije, sí: mi vida; porque ya mis hijas son mi vida. ¿Acepto el cariño de ese hombre?

DON JUAN. *Después de mirarla fijamente en silencio, le dice con nobleza.* ¡Acéptalo!

ELISA. *Con dolor.* ¡Esto es lo que yo quería oírte!

DON JUAN. *Turbado.* Pero ¿no es cierto lo que me has dicho?

ELISA. ¡Sí es cierto; por fortuna lo es! ¡Pero déjame llorar que no seas tú mi compañero! *Llora nuevamente.*

Pausa. Don Juan pasea preocupado. Una o dos veces la contempla, le va a hablar y no sabe.

DON JUAN. Vamos, tranquilízate…

ELISA. *Secándose las lágrimas.* Ya pasó.

DON JUAN. ¿Me guardará rencor, Elisa?

ELISA. Ahora no lo sé… No lo creo… *Se oye de improviso la voz de Amalia hacia la derecha. Don Juan se estremece. Ella lo nota.* ¿Qué? ¿Su voz?

DON JUAN. Sí.

ELISA. Adiós, entonces.

DON JUAN. No te marches. Si ella irá a su cuarto.

ELISA. Podría entrar… y no quiero verla. Adiós. Sé dichoso.

DON JUAN. Voy contigo. Ya te haré una visita.

ELISA. *Con amargura.* ¿Para qué?

Don Juan baja los ojos, y se va con ella por la puerta de la derecha.

Instantes después, por la misma puerta aparece Amalia, que mira con inquietud hacia dentro.

AMALIA. ¿Va llorando?… ¿Quién es?

Julia viene por la puerta del foro.

JULIA. Señorita. *Amalia no la oye.* Señorita.

AMALIA. *Distraída.* ¿Qué?

JULIA. La señora, que preguntaba si había usted vuelto.

AMALIA. ¿La señora?

JULIA. Sí, señorita: doña Ramona.

AMALIA. ¡Ah! bien, sí. Ahora voy.

JULIA. Está en el gabinete.

AMALIA. Ahora voy.

JULIA. Bueno, señorita. *Márchase por donde llegó.*

Vuelve Don Juan con faz dichosa, seguro de que Amalia lo espera.

DON JUAN. Sepamos, Amalia, cómo la ha recibido a usted el santín.

AMALIA. Con ganas de palique. Y lo primero que me ha dicho es que no fíe en usted, que hace llorar a las mujeres.

DON JUAN. ¿Eso le ha dicho?

AMALIA. Y yo acabo de ver que es verdad.

DON JUAN. Y ¿quién le asegura a usted ni al santín que sea yo el causante dentales lágrimas?

AMALIA. Yo sostengo que lo es usted.

DON JUAN. Indirectamente, a lo sumo.

AMALIA. Tanto monta.

DON JUAN. No, Amalita; no. Por mi voluntad no canso nunca lágrimas a las mujeres. Y si las causo, las enjugo.

AMALIA. Pues no gana usted para pañuelos.

DON JUAN. ¿Cree usted?

AMALIA. ¡Vaya! Viviendo un mes aquí… nadie puede creer otra cosa. ¡El abogado del Amor, Dios mío! ¿Éste es otro divorcio?

DON JUAN. Muy al contrario: boda.

AMALIA. ¿Boda? No comprendo…

DON JUAN. Elisa, la señora con quien usted me ha hallado…

AMALIA. ¿Se llama Elisa?

DON JUAN. Elisa. Ha venido a pedirme parecer sobre su casamiento.

AMALIA. Y ¿ha sido favorable?

DON JUAN. Sí.

AMALIA. ¿Por eso lloraba?

DON JUAN. Quizás. Ella soñó tal vez unirse a otro hombre, a quien hoy guía la felicidad por distinto camino. Y yo le he dicho la verdad. Debía decírsela. Así que sus lágrimas han podido nacer de la desesperanza, pero han nacido también de la gratitud.

AMALIA. ¡Pobre mujer! Me voy con doña Nona.

DON JUAN. No sin contestarme a una pregunta.

AMALIA. ¿A qué pregunta?

DON JUAN. A una que antes no le quise hacer porque salió Antoñito.

AMALIA. Diga usted.

DON JUAN. ¿Qué extraño interés tiene usted en que yo no vaya a Toledo?

AMALIA. ¡Ay, don Juan! ¡Usted quiere cambiar oro por cobre! ¿Cómo he de revelarle yo ninguna verdad a cambio de lo que sé que es una mentira?

DON JUAN. ¿Eh?

AMALIA. Confiéseme usted por qué iba a Toledo y a lo que iba, y por qué renuncia a ese viaje… y entonces puede que yo le complazca… Pero hablar usted turbio y yo claro… eso, no.

DON JUAN. Amalia, usted conoce bien el dique puesto por mi voluntad, por mi delicadeza, a mi verdadero sentir… Usted sabe la verdad que en el fondo de mi corazón palpita y arde, sin salir a los labios. Yo acaso adivino la que se esconde en el de usted. ¿Es que ha llegado por dicha la hora de que las palabras de una y otra suenen en el aire?

AMALIA. ¿He de decirlo yo?

De improviso, turbando a los enamorados, aparece por la puerta de la derecha Valentín Graziela, de mal talante. Al verlos frunce el ceño, y los mira conteniendo su cólera.

DON JUAN. ¡Valentín!

AMALIA. ¡Papá!

DON JUAN. Esta mañana salí tan temprano que…

VALENTÍN. Deja ahora eso. Tengo que hablarte a solas.

DON JUAN. Bien. Cuando gustes.

VALENTÍN. Ahora mismo.

DON JUAN. Vamos adonde quieras.

VALENTÍN. Aquí. Espérame. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Qué podrá ser, Amalia? Muy descompuesto viene…

AMALIA. Yo casi lo barrunto, don Juan…

DON JUAN. ¡Nos ha mirado de una manera!…

AMALIA. ¿Usted tiene que arrepentirse de algo?

DON JUAN. Yo, no.

AMALIA. Ni yo tampoco.

Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, mirándolo con vivo amor.

DON JUAN. ¡A ese hombre le han contado cualquier desatino!… Y ahora que recuerdo. Hormiguero tenía que decirme…

Llega en esto Hormiguero por la puerta del foro, precipitadamente.

HORMIGUERO. Graziela va para su cuarto que echa bombas…

DON JUAN. Sí, sí por cierto. Quiere hablar conmigo.

HORMIGUERO. Pues oiga usted primero lo que yo sé.

DON JUAN. Diga usted; en seguida.

HORMIGUERO. En cuatro palabras. Si soy indiscreto, discúlpeme la buena intención. *Con viveza creciente.* A Valentín Graziela nunca le ha preocupado su hija.

DON JUAN. Nunca.

HORMIGUERO. La dejó en España como quien deja una carga enojosa.

DON JUAN. Justo.

HORMIGUERO. Y si ahora se inflama o finge inflamarse en amor paternal, es porque quiere casarla en la Argentina con el hijo de un archimillonario. ¡Negocio redondo!

DON JUAN. ¿Qué dice usted? ¿Es verdad eso?

HORMIGUERO. Como el sol que alumbra. Se trata de un mancebo abúlico, degenerado, medio tonto, a quien ha embaucado ese logrero. Emilio Pareja se llama. El padre es de Asturias. Llegó a aquella tierra de promisión como tantos otros: desnudo y con hambre de trabajar. Y hoy su fortuna asombra. En su casa, en una vitrina, tiene guardados los zuecos con que pisó tierra americana, llenos de perlas y corales. Cuando viene a Europa deslumbra a todos con su lujo. En París le llaman «el rey de las propinas». *Le roi des pourboires*.

DON JUAN. Omita usted ciertos pormenores…

HORMIGUERO. Bien. Adora en su hijo, y el mozo, sobre estar, como le digo a usted, embaucado y aun explotado por Valentín Graziela, se pasa las horas muertas al presente contemplando con ilusión un retrato de Amalia.

DON JUAN. ¡Ah! ¡Pues aunque reúnan el hijo y el padre todo el oro con que soñaron los conquistadores, Amalia no sale de aquí!

HORMIGUERO. ¡Bravo!

DON JUAN. ¡Ni lo consentiré yo, ni querrá ella!

HORMIGUERO. ¡Bravo, bravo, don Juan!

DON JUAN. Pero usted, querido Hormiguero, ¿está seguro de lo que me dice? ¿Quién le ha contado a usted todo eso y quién se lo ha contado tan a punto? ¡No acaba usted de maravillarme!

HORMIGUERO. Es bien simple, don Juan. Mi primo Serapio, que vive en Buenos Aires, que me escribe en todos los correos, y que gusta de averiguarlo todo, como yo.

DON JUAN. ¿Es, por lo visto, afición de familia?

HORMIGUERO. Así parece. ¡Ahí aletea el buitre! ¡Me eclipso!

DON JUAN. ¡Infinitas gracias, Hormiguero!

HORMIGUERO. Cumplir un deber, no las merece. *Le tiende la mano.*

DON JUAN. ¿Qué?

HORMIGUERO. *Retirando la mano tendida.* No… que creí que me daba usted la mano.

DON JUAN. ¡Sí, señor! *Se la estrecha.* Repito.

HORMIGUERO. Mandarme. *Vase aprisa por la mampara.*

DON JUAN. *Levemente conmovido; pesaroso.* ¡Cada día más fiel!… ¡Cuánto le pesa a uno algunas veces!…

Por la puerta del foro reaparece Valentín Graziela, hecho un león.

DON JUAN. Aquí me tienes aguardando, sin saber qué pensar; sorprendido de tu extraña llegada, de tu brusquedad, de tu ceño.

VALENTÍN. ¡Di mejor de mi indignación y de mi cólera!

DON JUAN. ¿De tu cólera? ¿Debida a qué? Serénate. Yo te suplico que antes de hablarme te serenes.

VALENTÍN. ¡No puedo! ¡Estoy en la situación del hombre que se ve obligado a decirle a un amigo del alma que es un miserable!

DON JUAN. ¡Valentín! ¿Estás loco? ¿Estás ciego?

VALENTÍN. ¡Ciego y loco estoy, pero es de rabia y de indignación, como ya te he dicho! ¡Acabo de saber lo que por todo Madrid se corre y se publica en deshonor de mi hija y de mi nombre!

DON JUAN. ¿Qué?

VALENTÍN. ¡Acabo de saberlo, y al llegar y encontrarla contigo, de la manera que os he visto a los dos, me he convencido de la inicua verdad de

todo ello!

DON JUAN. Pero ¿qué es lo que se dice, mentecato, o qué supones tú?

VALENTÍN. ¡Cuando he hablado de deshonor, no creo preciso puntualizarlo en más palabras!

DON JUAN. ¡Valentín!

VALENTÍN. ¡Necio de mí, que te entregué confiado a mi hija! ¡Necio de mí, que no consideré primero cuánto cambian los hombres! Hoy, un amigo leal, ¡un amigo leal!, no un traidor, como tú, me ha abierto los ojos.

DON JUAN. Valentín, ten en cuenta que estás en mi casa. ¿Qué te ha dicho ese amigo leal? ¿Que yo he enamorado a tu hija? ¿Que la he seducido, tal vez? ¿Te ha dicho eso?

VALENTÍN. ¡Sí!

DON JUAN. Y ¿no le has cruzado la cara?

VALENTÍN. ¡No se la he cruzado!

DON JUAN. ¿Es que quieres que lo haga yo o es que deseas que empiece por la tuya?

VALENTÍN. Ésa es cuenta que arreglaremos luego. ¡No sabes aún a quién tienes delante!

DON JUAN. ¡Mejor quizás de lo que te figuras! Y el que sin duda ignora a quién tiene delante, eres tú.

VALENTÍN. ¡Lo ignoraba hasta hace muy poco! ¡Ya lo sé, por desdicha!

DON JUAN. ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Ni un minuto más con esta acusación infame sobre mi alma! ¡No, no! ¡La calumnia dirá lo que se le antoje, porque es invisible como aire nocivo y no se la puede sofocar; tú podrás también haberla creído, olvidando quién soy, pero la verdad vas a saberla de mi boca!

VALENTÍN. *Con sarcasmo.* ¡La verdad! ¡De tu boca!

DON JUAN. ¡La verdad! Por lo mismo que yo no tenía la esposa que imaginabas tú, antes de que tu hija entrase en mi casa supe traer a ella persona a quien respeto como a mi madre.

VALENTÍN. Mejor hubiera sido enviar a mi hija con esa persona.

DON JUAN. Ése es otro agravio. En primer lugar, mi tía vive muy estrechamente. Y en segundo lugar, mi renuncia a lo que me pedías tú en aquel trance no hallaba disculpa a mis ojos. Yo no tenía por qué encomendar a nadie lo que tú me confiabas a mí. ¡No tenía por qué; ya lo oyes!

VALENTÍN. ¡Ya, ya lo oigo! ¡Como no digas más que eso!…

DON JUAN. He de decir más. Te declaro que en los primeros días de la estancia de Amalia aquí, padecí una fiebre amorosa, una obsesión de su belleza…

VALENTÍN. ¿Hola?

DON JUAN. ¿Hola, qué? Deja que continúe. Aquel tormento de mis sentidos, que yo enfrené como debía, se convirtió luego en buen hora en un sentimiento muy hondo, a la vez violento y suave, grande, poderoso, noble siempre, desconocido en mi corazón. Yo seguía temblando delante de ella, pero se imponía ya a todo mi ser un íntimo mandato de respetarla.

VALENTÍN. ¡Huelga tanta retórica! ¿Vas a decirme ahora que te has enamorado de mi hija?

DON JUAN. ¡Te lo he dicho ya!

VALENTÍN. ¡Oídos que tal oyen! ¡Y tu proceder por las señas ha sido tan discreto, tan caballeroso, tan hidalgo, que ya se corre y se propala a los cuatro vientos…!

DON JUAN. ¡Calla!

VALENTÍN. ¿Cómo he de callar, si a medida que te escucho me convenzo de que la calumnia tiene razón?

DON JUAN. ¿Ves cómo desvarías?

VALENTÍN. ¿Ves cómo eres un miserable?

DON. Juan. ¡Templa tus palabras, Valentín, o he de olvidarlo todo! Y escúchame. Dices que la fama de Amalia anda en lenguas, y que yo soy el responsable.

VALENTÍN. ¡Lo digo y lo pruebo!

DON JUAN. ¡Yo pido para esas lenguas ascuas vivas que las carbonicen! Pero esto no remedia nada.

VALENTÍN. ¡Claro que no!

DON JUAN. Esto otro sí: dame por esposa a tu hija.

VALENTÍN. ¡En el nombre del Padre!

DON JUAN. ¿Qué?

VALENTÍN. ¡En el nombre del Padre! ¡Estos tenorios no reparan en nada! ¿Qué más quisieras tú, visionario? ¿Qué más quisieras tú?

DON JUAN. Pero, entonces…

VALENTÍN. ¿De manera que todo lo que se te ocurre es casarte con ella?

DON JUAN. ¿Qué más?

VALENTÍN. ¡Eso es! Y ¿crees tú que yo voy a entregarle mi hija, la hija de mi corazón, a un hombre cansado de vivir, podrido moralmente, con un pasado licencioso, con un presente que arrastra el pasado…?

DON JUAN. ¡Ah, ya lo veo! ¡No sigas, no te esfuerces; son verdad tus inicuos planes!

VALENTÍN. ¿Qué? ¡Mi único plan es la felicidad de mi hija!

DON JUAN. Y ¿quién podrá creerte? Mientras no necesitaste de ella, no te importó su felicidad. Ahora, que a tu codicia le conviene, despiertan, para usarlos de máscara, tus amores de padre.

VALENTÍN. Pero ¿qué cuento de las *Mil y una noches* es ése?

DON JUAN. No finjas, que lo sé. Esto sí que es verdad, y no lo que tú me has echado al rostro. ¡Pero aquí estoy yo, cerrándote el paso!

VALENTÍN. *Con desprecio.* ¿Tú?

DON JUAN. Yo. El hombre podrido moralmente, como me has llamado, es el que va a impedir esa villanía.

VALENTÍN. ¡Vuelvo a decirte que no sabes con quién estás hablando!

DON JUAN. Prueba a hacerme temblar.

Por la puerta del foro llega Amalia en este momento, atraída por las voces.

AMALIA. ¿Qué discusión es ésta? ¿Qué escándalo?

DON JUAN. ¡Amalia!

VALENTÍN. ¡Hija!

AMALIA. Doña Nona se ha asustado mucho… Papaíto, ¿qué ocurre?

VALENTÍN. ¡Pregúntaselo a tu conciencia!

AMALIA. ¿A mi conciencia? Bien tranquila está. Don Juan, ¿qué le ha dicho usted a mi padre que así se ha puesto?

DON JUAN. ¡Cuánto me alegra que haya venido usted! Lo que le he dicho a su padre, Amalia…

VALENTÍN. ¡He de decir yo primero cuanto me han dicho a mí!

DON JUAN. Perdona. A *Amalia, en voz baja, trémula, llena de pasión.* Lo que le he dicho, Amalia, es que… Lo que le he dicho es que te quiero; que te quiero con un amor nuevo, ambicioso, infinito, absorbente, dominador; que sueño con hacerte mi esposa.

AMALIA. *Conmovida.* ¡Don Juan!

DON JUAN. ¡Esto es lo que le he dicho!

VALENTÍN. ¡Eso, eso es lo que se ha atrevido a decirme!

AMALIA. *Turbada aún.* Pues cuenta que te ha dicho a ti lo que a mí no me ha dicho hasta ahora.

DON JUAN. Con palabras, no.

AMALIA. A las palabras me refiero. Y ¿por eso que le has oído te has enojado tú, papá?

VALENTÍN. Pues ¿cómo no, viniendo de tal hombre?

AMALIA. ¿De tal hombre? ¿Lo juzgas malo?

VALENTÍN. ¡Malo es poco: funesto!

AMALIA. Y siendo así, ¿cómo se explica que me mandaras a su casa?

VALENTÍN. ¡Porque es otro del que yo conocía! ¡Este hombre…!

AMALIA. Papaíto, ahora te ruego yo que mires bien lo que de él vayas a decirme, porque… porque yo lo quiero también.

DON JUAN. ¡Amalia!

VALENTÍN. ¡Amalia!

AMALIA. ¡Lo quiero también! Venzo mi rubor para confesártelo en su presencia… y para revelárselo a él en la tuya…

DON JUAN. ¡Bendita boca!

VALENTÍN. Pero ¿has perdido el juicio, infeliz?

AMALIA. Óyeme.

VALENTÍN. ¡No quiero oír más disparates!

AMALIA. Óyeme. No te pongas así, papaíto. Yo quiero a don Juan. Lo quise poco después de verlo. Y desde que lo quise, empleo en convertirlo a mí cuantos medios le presta a una mujer un amor como éste. Y lo he logrado. Y ya me quiere como a ninguna, él que ha querido a tantas…

VALENTÍN. ¡No seas necia en tu vida!

DON JUAN. ¡La necedad es tuya!

VALENTÍN. ¡Hablamos ella y yo!

DON JUAN. ¡Y yo la oigo con toda mi alma!

VALENTÍN. *Rebelándose.* ¡No, no! ¡Esto, no! ¡Tú no estás enamorada de este libertino!

AMALIA. ¡Sí!

VALENTÍN. ¡No! ¡Tú estás enloquecida, fascinada por lo que haya podido agradarte de su persona exteriormente, y por sus artes infernales de hombre mundano y mujeriego! ¡Pero cuando yo te hable de su pasado, cuando yo te lo pinte con vivos colores…!

AMALIA. ¡Su pasado!… ¡Su pasado!… ¿De su pasado quieres hacer un arma contra él? Pero ¡si es su pasado lo que me ha hecho quererlo más!

VALENTÍN. ¡Ave María Purísima!

AMALIA. ¿Qué piensas contarme? ¿Que ha sido de muchas mujeres? ¿Que no ha podido olvidar a ninguna? ¿Que a todas ellas las acaricia desde lejos? ¿Que no rechaza, que no desampara, que no abandona a las que quiso? ¿Que ha convertido en gratitud o en piadoso afecto lo que empezó en amor? Y ¿qué es todo eso en resumen sino íntima bondad? Y ¿vas tú a pretender que me aleje de su amor por ella, cuando es en ella, justamente, en lo que fundo el mío?

VALENTÍN. ¡Pero, hija de mi vida!… ¡Pero, Amalia!

AMALIA. En cambio, si me dijeras que quiso a muchas y a todas las dejó… como pudo; que de su pasado no quedaba ni rastro en su alma, yo te obedecería prontamente y huiría de él contigo. Digo mal: yo no tendría que huir, porque no habría llegado a enamorarme.

VALENTÍN. ¡Eres la primera mujer a quien le oigo tamaña locura!

AMALIA. ¿Locura? ¡Lógica del corazón, papaíto! ¡Prefiero temer, viéndolo prendado de mí, al recuerdo de cuantas quiso, a temerle a él por incapaz de querer a ninguna!

VALENTÍN. ¡Absurdo, absurdo, inaudito, fantástico! ¡No se puede creer en aberración tan insigne! ¡Te ha vuelto idiota, idiota; pero vivo yo para hacerte recobrar el juicio! ¡Esto no pasará adelante! ¡No pasará, no pasará!

DON JUAN. Y después de oírnos a los dos, ¿quién eres tú para estorbarlo?

VALENTÍN. ¡Soy quien soy! ¡Soy su padre!

AMALIA. *Con íntimo pesar*. Un poco tarde quieres venir a serlo.

VALENTÍN. ¿Eh?

AMALIA. A los quince años me dejaste sola en la vida: ¡ella formó mi alma! ¡Ella ha sido mi padre y mi madre! Tú, no sé lo que eres.

VALENTÍN. ¿Cómo, cómo? ¿Hase visto igual desacato? ¡Tu padre soy yo ante la ley, y de ello daré buena prueba! ¡No faltaría más! ¿Ha de regirse el mundo por la perversidad de un hombre y la insensatez de una chiquilla? ¡Medrados estaríamos! ¡Y ahora me voy de aquí, don Juan de la Vega, porque no quiero cometer un atropello! *Vase de estampía por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Merecemos esto?

AMALIA. No, a fe. A algo que desconocemos responde su ira.

DON JUAN. Yo sé a lo que responde.

Viene Cardona por donde se ha marchado Graziela.

CARDONA. ¿Qué le has hecho al Comendador, como le dice doña Nona?

DON JUAN. ¡Nada!

AMALIA. ¡Nada!

CARDONA. ¡Lleva unos ojos que asustan al demonio! ¡Va cárdeno! ¿Qué ha sido?

DON JUAN. Pues… que le he pedido a Amalia por esposa.

CARDONA. ¡Jinojos!

AMALIA. ¿Verdad que no es para enfadarse?

CARDONA. ¡Al contrario! ¡Para repicar de contento! Por mí, ¡ahí va una enhorabuena del alma! ¡Choque usted, Amalita!

AMALIA. Gracias, don Gregorio.

CARDONA. ¡Un abrazo a ti, barbián!

DON JUAN. ¡Y bien fuerte!

CARDONA. ¡A casarse a escape, a ser felices… y a tener muchos hijos!

AMALIA. ¡Don Gregorio!

CARDONA. ¡Hay que dar ciudadanos a la patria! ¡El amor fecundo es el único que tiene razón! ¡Nada, nada: a tener muchos hijos… y a bautizarlos a todos como manda la Iglesia!

AMALIA. ¡Claro es!

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. ¡Le voy a dar la nueva a Dulce, que va a alegrarse mucho!

DON JUAN. ¡No tanto como tú!

CARDONA. ¡Es difícil ! *Se aleja jubiloso por la puerta de la derecha, cantando:*

> *Cuando veo unos ojitos negros,*
> *negros, negritos, como mi suerte…*

Don Juan, que contenía su amorosa impaciencia, al verse solo con Amalia la coge con pasión de las manos y exclama:

DON JUAN. ¡Alma mía!

AMALIA. ¡Don Juan!…

DON JUAN. ¡Ven a mí!

AMALIA. *Separándose de él con dulzura.* No… aguarda… Porque soy más que todas, quiero ser distinta de todas… para hacer tu vida distinta de siempre.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, septiembre, 1918.

PEDRO LÓPEZ

EPISODIO DRAMÁTICO

Estrenado en el **TEATRO DEL CENTRO** el 21 de noviembre de 1918, en función organizada para contribuir con sus productos a la erección de la estatua de Pérez Galdós en Madrid

A ENRIQUE BORRÁS,

insigne intérprete de las más grandes figuras de la escena española, con admiración y simpatía,

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Adela.	Carmen Muñoz.
Pedro López.	Enrique Borrás.
Un Desconocido.	José González Marín.

PEDRO LÓPEZ

Comedor modestísimo en casa de Pedro López, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Al foro, una ventana de cristales queda a un dormitorio. Mesa camilla. Sobre una silla, un bolso de escuela del hijo de Pedro, y junto, un caballito de cartón. Es de noche. Del techo pende una bombilla de luz eléctrica, cubierta por una pantalla de papel, que da luz a la pobre estancia.

Adela, bella mujer de Pedro, sentada al lado de la camilla, hace labor.

ADELA. ¡Las nueve y media todavía! ¡Qué largas empiezan ya a ser las noches! Y ¡qué iguales todas!

Tras la ventana asoma Pedro, hombre humilde, de risueño y bondadoso semblante. Habla quedito.

PEDRO. Ya duerme.

ADELA. ¿Al fin? ¡Estaba tan nervioso!…

PEDRO. Mucho. Me ha costado contarle qué sé yo los cuentos. Agoté mi memoria. Últimamente —oye esto, Adela—, no sabiendo ya qué contarle, le conté la historia de la lotera de la esquina.

ADELA. ¡Ocurrencia es!

PEDRO. Mujer, ya la adorné a mi modo. La Lotería era el reino de Pipiripao; la lotera, la princesa de la Media Almendra, y el dependiente que se ha fugado con los décimos, el gobernador de la ínsula Maravillosa. ¡Ja, ja, ja! Esas invenciones le encantan. ¡Como tiene tanta imaginación!… Éste será poeta.

ADELA. ¡No lo quiera Dios, Pedro! ¡Lo prefiero director de un Banco!

PEDRO. ¡Ja, ja, ja! ¡Periquín director de un Banco! ¡Ja, ja, ja!

ADELA. A ver si lo despiertas.

PEDRO. No. Cuando coge el sueño, lo coge bien. Sale en eso a su padre. Y como la noche pasada tuvo frío, a los pies le he echado mi capa.

ADELA. ¿No lo sentirá cuando se la quites?

PEDRO. No pienso quitársela.

ADELA. Pero ¿vas a salir a cuerpo con la noche que hace?

PEDRO. No, mujer; no salgo. Me quedo dándote compañía.

ADELA. Yo te lo agradezco; pero lo que es así…

PEDRO. ¡Bah! Tras un día viene otro. *Se retira hacia la izquierda del actor, y luego sale por la puerta de este lado.*

ADELA. ¡Tras un día viene otro! ¡Siempre lo mismo! No sé, no sé lo que espera este hombre. Parece que vivimos en Jauja.

PEDRO. ¿Qué dices?

ADELA. Murmuraba de ti.

PEDRO. ¿Por qué? ¿Porque me quedo en casa? Y ¿dónde voy a estar más contento? Junto a ti; junto al niño. Lo demás del mundo me sobra.

ADELA. Es claro; y con el troquel que aquí tenemos para hacer moneda…

PEDRO. ¡Ah, el dinero, el dinero! ¡Ya vendrá el dinero!

ADELA. ¡Sí! ¡Según le enseñas tú el camino!…

PEDRO. Pues que no venga; él se lo pierde. ¡Habíamos de emplearlo tan bien!…

ADELA. Pero, Pedro, por amor de Dios, una vez siquiera ten juicio; pisa en la tierra y no en las nubes.

PEDRO. ¿Cómo en las nubes?

ADELA. ¿No ibas a ir esta noche al café a hablar con Mejía, a recordarle?…

PEDRO. Sí iba a ir, sí; pero lo he pensado despacio. Don Esteban me ha dado su palabra de que la administración de la casa es mía, y cualquier paso

que signifique duda o desconfianza, es una cosa fea por mi parte.

ADELA. Te quedarás también sin ello.

PEDRO. No, no. Cuando don Esteban me lo ha ofrecido…

ADELA. Te quedarás sin ello.

PEDRO. ¡Bueno! ¡Pues no estaría para mí!

ADELA. Es un consuelo siempre.

PEDRO. O se lo llevará otro más necesitado.

ADELA. ¿Más?

PEDRO. ¿Crees que no los hay?

Cuentan de un sabio que un día…

ADELA. Sí; no sigas; tus socorridos versos… Pero, mal de muchos…

PEDRO. No te enojes, mujer. Ni te lamentes demasiado tampoco. Dios aprieta, pero no ahoga. Lo esencial no nos falta… El que tiene un pedazo de pan y un techo bajo que vivir, y se queja, es injusto.

ADELA. ¡Un techo y un pedazo de pan!… He visto pocos hombres menos ambiciosos.

PEDRO. No lo creas… Yo ambiciono siempre, pero a mi modo… Lo primero es vivir en paz. Ya ves: en la oficina van a aumentarme el sueldo.

ADELA. ¡Buen puñado son tres moscas!

PEDRO. Muchos poquitos… Y esa administración de don Esteban no es grano de anís. Y nadie me la quita, no temas. Pero esta noche no voy al café, además de lo que te he dicho, porque soy un poco supersticioso… ¡y hoy me ha salido todo mal! ¡Ja, ja, ja!

ADELA. ¿Todo mal? Y ¿te ríes?

PEDRO. ¿Voy a rabiar, encima? ¡Sería otra desgracia! No te apures, no te apures tú.

ADELA. Sabes que no es por ti ni por mí, sino por nuestro hijo. Por él me apena esta vida tan pobre. ¡No sé lo que yo querría para él!

PEDRO. ¡Yo sí sé lo que querría para él y para ti! Ya vendrá, ya vendrá. Yo trabajo y sueño.

ADELA. Sí que sueñas.

PEDRO. Y trabajo.

ADELA. Trabajas, pero no nos luce.

PEDRO. ¡Ya nos lucirá!

ADELA. ¿Cuándo?

PEDRO. ¡Cuando deba lucirnos, qué demontre!

ADELA. ¡En esa esperanza se nos va a ir la vida!

PEDRO. ¡Habrá que creer entonces que no nos debe lucir hasta la otra!

ADELA. ¡Jesús, me descompones, Pedro! *Deja la labor*.

PEDRO. ¡Qué simple eres, Adela! No pierdas nunca la esperanza. La esperanza es la vida. El que espera, con sólo esperar, bendice a Dios. ¡No pierdas nunca la esperanza! ¿Que parece que nos sopla mal viento estos últimos años? ¡Ya cambiará el viento! Y será para bien. El porvenir nadie lo sabe.

ADELA. El porvenir hay que labrarlo.

PEDRO. Esperando y trabajando, lo labras. A lo mejor, detrás de un aparente revés hay un halago de la fortuna.

ADELA. Todavía no lo he visto. Tu viaje de hace unos meses a París era para ti una ilusión…

PEDRO. Sí, sí lo era… Y aquel generoso protector se me murió en los brazos… ¡Quién sabe si éste sería el fin de mi viaje!

ADELA. ¡Vamos! Estás loco.

PEDRO. ¿Loco? Loco no lo he estado más que una vez; cuando te quise. *La acaricia.*

ADELA. Quita, quita. *Sonriéndole.* He de acostumbrarme a la idea de que en esta casa no hay sólo un niño sino dos.

PEDRO. ¡Ojalá nunca me digas otra cosa!

ADELA. Llaman al portón. Será la chica, que salió a ver al novio. Por más que se suele llevar la llave.

PEDRO. Bien, bien; eso de ver al novio está bien; está bien.

ADELA. Y ¿habrá algo que esté mal para ti? *Vase por la puerta de la derecha.*

PEDRO. Nada, no consigo infundirle… Y yo, que no tengo remedio… ¡Más confiado cada día! *Se asoma a la ventana.* ¿Eh?… ¿Duerme? Sí. Temí que… Pero está en siete sueños. ¡El cuento de la lotera fué un arrullo!…

Vuelve Adela.

ADELA. No es la chica, Pedro; es un señor que quiere verte.

PEDRO. ¿A mí? ¿Un señor?

ADELA. Sí. Muy bien portado.

PEDRO. ¿Tú no lo conoces?

ADELA. No. Es fino, elegante…

PEDRO. ¿Me pongo la otra americana?

ADELA. No creo…

PEDRO. Pues dile que entre. ¿Quién será?

ADELA. No me ha dado su nombre, porque dice que te es desconocido.

PEDRO. ¿Será acaso?… Pero no, no.

ADELA. ¿Quién sospechas?

PEDRO. Nadie. Hazlo pasar; que no espere más tiempo.

ADELA. Sí. *Vase.*

PEDRO. Eso de que venga tan elegante… *Llevándose con sobresalto la mano al cuello.* ¡Caray! ¡qué susto! Creí que no tenía puesta la corbata.

Torna Adela con el Desconocido caballero, quien, efectivamente, parece persona distinguida.

ADELA. Pase usted.

DESCONOCIDO. Mil gracias. ¿Don Pedro López?

PEDRO. Para servirle, caballero.

DESCONOCIDO. Sentiría importunar a usted.

PEDRO. No, señor.

DESCONOCIDO. He elegido esta hora suponiendo que en las del día no lo hallaría en casa, por sus quehaceres. Necesito hablarle.

PEDRO. Estoy a la disposición de usted. Hágame el favor de sentarse.

ADELA. Con permiso.

DESCONOCIDO. Señora…

Vase Adela por la puerta de la izquierda. Instantes después aparece tras la ventana y la cierra en silencio.

PEDRO. Siéntese usted.

DESCONOCIDO. Gracias.

PEDRO. *A una mirada del Desconocido a la habitación.* ¿Repara usted en mi pobreza?…

DESCONOCIDO. No, señor; no la extraño.

PEDRO. Recibo a usted aquí… porque no tengo sitio mejor en que recibirle. ¡Je! Además, ésta es la única habitación templada de la casa.

DESCONOCIDO. Sí, aquí se está bien.

PEDRO. Mi mujer y yo le llamamos a este comedorcito, Alicante; a mi despacho, El Escorial… y al dormitorio, Burgos, porque da al Norte y es una nevera. ¡Je! ¡Chirigotas con que procura uno aliviarse el frío!

DESCONOCIDO. Señal de buen humor.

PEDRO. A Dios gracias. Conque usted me dirá, caballero… Ante todo, ¿con quién tengo el gusto?…

DESCONOCIDO. Disculpe usted que calle mi nombre, más que por nada, por innecesario, dada la índole de esta entrevista.

PEDRO. ¿Eh? No sé si debo…

DESCONOCIDO. Sería pueril… Yo podría decirle a usted, ya que no me conoce, un nombre cualquiera.

PEDRO. Me ha convencido usted.

DESCONOCIDO. Soy un desconocido que ha llamado a su puerta y que acaso le trae la fortuna.

PEDRO. ¿La fortuna?

DESCONOCIDO. Sí. Pocas veces llega tan silenciosa e impensadamente a una casa pobre o modesta. Lo que vamos a tratar aquí es grave; pero creo que para usted es tentador, halagüeño. Como que puede cambiar radicalmente el curso de su vida, hasta hoy azarosa, difícil, llena de fatigas y afanes; lo sé.

PEDRO. Le oigo a usted sorprendido, confuso… No sé qué pensar… A pesar de mi fe en lo imprevisto, que es grande… no sé qué pensar… En fin, siga usted; hable usted.

DESCONOCIDO. Sí, señor. Y sin ningún inútil rodeo. He comenzado por declararle a usted la gravedad del caso. Vayamos, pues, al fin cuanto antes. Tomemos el atajo. *Se miran.* Usted tiene en su poder unas cartas…

PEDRO. *Con alegría súbita.* ¿Es usted Feliciano Manuel?

DESCONOCIDO. *Sonriendo.* No, señor; pero usted es el hombre más candoroso de la tierra.

PEDRO. ¿Por qué?

DESCONOCIDO. Me congratulo de ello. Nos vamos a entender bien los dos.

PEDRO. Pero ¿por qué soy tan candoroso?

DESCONOCIDO. Porque mucho antes de lo que yo creía —no ha podido ser antes— me ha confesado usted que tiene en su poder esas cartas cuyo rastro sigo.

PEDRO. No, señor; dispénseme usted… Yo no he dicho tal cosa.

DESCONOCIDO. Literalmente, no; pero, al preguntarme si yo soy aquel hombre…

PEDRO. Claro; eso sí… Me vendió la alegría… Y ¿no es usted Feliciano Manuel, de veras? ¿No me engaña?

DESCONOCIDO. No tendría objeto. Ni lo soy, ni lo quiero ser. Pero sé la historia de esas cartas como él y como usted mismo.

PEDRO. Eso es más difícil.

DESCONOCIDO. Pues a ver si la historia es ésta.

PEDRO. A ver.

DESCONOCIDO. Usted, hace unos meses, fué a París, en compañía del duque de la Mena, como su secretario y hombre de confianza. A los pocos

días de llegar se sintió el duque en el hotel repentinamente atacado por la muerte; la cual, sin embargo, no llegó tan aprisa que no le diera tiempo al duque para confiarle a usted las cartas de que hablamos, y con ellas un solemne secreto.

PEDRO. ¡Usted es Feliciano Manuel!

DESCONOCIDO. Le juro a usted que no lo soy.

PEDRO. Pero ¿cómo es posible?…

DESCONOCIDO. De los labios del duque salieron estas terminantes palabras, depositando en manos de usted aquellas cartas misteriosas: «O entregarlas al propio Feliciano Manuel, o echarlas al fuego». Y usted juró que así lo haría.

PEDRO. Y así lo haré. *El Desconocido sonríe.* Pero si allí no hubo testigos, más que Dios, usted ¿cómo sabe?… ¿Quizás por Feliciano Manuel?…

DESCONOCIDO. ¡Jesús! No se torture usted en imaginar… Es imposible que comprenda, que acierte, que siquiera vislumbre por qué caminos ha llegado a mí este secreto. *Insidiosamente.* Sí le diré que, si en el mundo no hubiera espías y traidores, el mundo estaría medio deshabitado.

PEDRO. *Perplejo.* ¡Espías y traidores!…

DESCONOCIDO. Hasta aquí lo que sabe usted del asunto. Ahora le voy yo a revelar lo que tal vez no sepa. ¡Porque pensar que usted haya leído las cartas!…

PEDRO. ¡Antes cegaría! No se me confiaron para eso. Sin embargo, conozco el grave secreto que guardan.

DESCONOCIDO. Y yo.

PEDRO. ¿Usted?

DESCONOCIDO. Dígame si es éste. *Pedro lo oye con ansiedad. El Desconocido habla con gran aplomo.* Feliciano Manuel, el pobre diablo que arrastra en América una existencia vulgar y oscura, no se llama Feliciano Manuel. Su verdadero nombre, el misterio de su nacimiento, está en esas cartas, escritas con ternura de madre por mano aristocrática. Dueño de ellas, lograría ese hombre, en plazo más o menos breve, la posesión de honores y

riquezas que otra persona ostenta y disfruta hoy en Madrid. Esas cartas, pues, serán piedra de escándalo, motivo de vergüenza y de deshonor, fundamento de irritante despojo. Todo ello traerá consigo pleitos y querellas sin fin… lágrimas, amargura, despecho… lodo; convulsiones y catástrofes familiares. ¿Quién no se arredra al considerarlo? ¿Quién no piensa que se puede y aun se debe impedir?

PEDRO. ¿Qué?

DESCONOCIDO. El duque citó en París a Feliciano para entregárselas y aconsejarle acaso en este sentido… pero llegó la muerte antes de que él saliese de América. Hoy son de usted los inapreciables documentos.

PEDRO. No, señor; no son míos.

DESCONOCIDO. Son de usted, puesto que usted los tiene y los custodia.

PEDRO. ¡Pero no son míos!

DESCONOCIDO. Sea como quiera. Para mi intento, como si perteneciesen a usted. Yo deseo adquirir esas cartas.

PEDRO. *Levantándose de un salto.* ¿Qué dice?

DESCONOCIDO. Que quiero esas cartas; que aun teniéndolas por inapreciables, como me ha oído usted, les pongo precio. ¡Una suma que en la cabeza de un pobre no cabe!

PEDRO. Y ¿es usted capaz…? Y ¿usted presume que me conoce? Pero ¿cómo se atreve usted después de haberme mirado a la cara y de haberme escuchado un instante…? ¿Es que no asoma mi conciencia a mis ojos?… En otro lugar, la respuesta que le habría dado a usted hubiera sido más violenta y más rápida. En mi casa he de limitarme a lo dicho, añadiendo sólo que jamás creí que a nadie pudiera proponérsele tal infamia.

DESCONOCIDO. ¿Infamia?

PEDRO. ¡Infamia! ¿No se llama así?

DESCONOCIDO. No hemos de discutirlo. Ni me sorprende, es claro, la vehemente protesta de usted. Quizás yo, en su lugar, hubiera contestado lo mismo.

PEDRO. ¡Yo en el de usted no podría verme nunca!

DESCONOCIDO. Insisto en que no hemos de discutir ahora ciertas cosas… ciertas puerilidades… Ello es que unos y otros vivimos de sentimientos falsos, de fórmulas hueras de palabras vacías, que hay que barrer como hojarasca inútil —es necesario ese valor, amigo mío— cuando llega un caso decisivo en la vida, uno de estos supremos instantes… No me mire usted con esos ojos. ¿Usted sabe lo que dice de la conciencia un personaje shakespiriano?

PEDRO. Me basta con saber lo que siento yo de la mía.

DESCONOCIDO. Pues Shakespeare conocía bien a la humanidad. Y ese personaje a que me refiero dice que la conciencia hay que desterrarla de toda ciudad, como cosa peligrosa y nociva. Créalo usted: sus tribulaciones no nos traen nunca la ventura. No nos ceguemos con falsas luces; no nos aferremos a mantener rancios prejuicios, que ni dan de comer ni abrigan la casa…

PEDRO. ¡Silencio! ¡Le ruego a usted silencio, señor desconocido! ¡Y ya me alegra no saber su nombre! Desista usted de la intención que aquí le trajo, si quiere permanecer un minuto más en mi casa, donde podrá faltar todo, menos la honra.

DESCONOCIDO. ¡Bien, Pedro López; bien! No crea que no; me agrada oírle.

PEDRO. Lo celebro. Y cuente que callo más que hablo.

DESCONOCIDO. ¡Aún quedan en España, en el mundo, hombres de esta estirpe, de esta naturaleza moral!… ¡Quijotes candorosos! «¡Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo!». ¡Bien, Pedro López; bien!

PEDRO. ¿Es burla?

DESCONOCIDO. Jamás.

PEDRO. ¿Es compasión, tal vez?

DESCONOCIDO. Mucho menos.

PEDRO. Lo creo así: porque la compasión y la burla han menester superioridad para ser posibles. Y en este caso, entre usted y yo…

DESCONOCIDO. Habla usted como un héroe.

PEDRO. Pues no soy más que un hombre honrado.

DESCONOCIDO. Basta. Mi presencia lo mortifica a usted y voy a librarlo de ella en seguida. No renuncio a volver por aquí, si usted me lo permite.

PEDRO. Para esto, no.

DESCONOCIDO. De todos modos, no será la última vez que hablemos de ello. Los sentimientos son espontáneos, repentinos, súbitos… La reflexión es lenta… Pero antes de marcharme, algo quiero decirle aún. *A un gesto de él.* Son dos palabras nada más. Supongamos que ha llegado la hora, para usted dichosa, en que cumple escrupulosamente lo que juró y le entrega a Feliciano Manuel las cartas que le pertenecen. ¡Qué satisfacción más completa! ¡Qué alegría más sana y más honda! ¡Qué inolvidable hecho en la vida de usted! Acudirán lágrimas a sus ojos siempre que lo recuerde. Y Feliciano, al recibirlas, estrechará a usted en sus brazos, también conmovido; alabará la probidad de usted, y, para no herir su delicadeza, no le dará más que las gracias. ¡Digno epílogo de tal historia!

PEDRO. Digno, sí, señor.

DESCONOCIDO. En cambio, si las manos a que vinieran esas cartas fuesen las mías…

PEDRO. ¡Silencio, otra vez!

DESCONOCIDO. ¡Oh, entonces!…

PEDRO. ¡Silencio, o juro a Dios!…

DESCONOCIDO. Ya lo dije antes: ¡la suma no cabe en la cabeza de un pobre!

PEDRO. ¡Salga usted de mi casa ahora mismo!

DESCONOCIDO. No se subleve usted: ahora mismo. Lamento su ofuscación y su intransigencia. Discúlpeme. ¿Hasta cuándo?

PEDRO. ¡Hasta nunca!

DESCONOCIDO. *Después de sonreír.* Hasta pronto. *Vase por la puerta de la derecha. Pedro, aturdido, vacila un punto y se asoma luego a la puerta como a verlo partir.*

PEDRO. ¡Se fué!… ¡Gracias a Dios! ¡Me ha revuelto el alma! ¡Qué asco de hombre! *Corre a la ventana anheloso de comunicación con su Adela, quien asoma a ella inmediatamente* ¡Adela, Adela!

ADELA. Aquí estoy, sí.

PEDRO. ¿Has escuchado?

ADELA. ¿Cómo no, con tus gritos?

PEDRO. ¿He gritado mucho? ¿He despertado al nene?

ADELA. No.

PEDRO. Ven, ven, que hablemos.

ADELA. Allá voy, hombre; allá voy. Tranquilízate. *Se retira de la ventana y sale en seguida por la puerta de la izquierda.*

PEDRO. ¡Ese mal hombre me ha ofendido! ¡He sido un pazguato! ¡Lo he debido abofetear! ¡En mi casa, y aun en la iglesia, lo he debido abofetear!

ADELA. *Yendo a él con cariñosa solicitud.* Vamos, tranquilízate… ¡Qué rato has llevado, por Dios! Siéntate y serénate un poco…

PEDRO. ¿Verdad que lo he debido abofetear?

ADELA. ¿Para qué? Has hecho más que abofetearlo.

PEDRO. Sí, pero… *Crispando los puños.* ¡Parece que el corazón no se satisface sólo con palabras!

ADELA. Pues si hubieras hecho otra cosa estarías llorando ahora mismo de arrepentimiento. Te conozco bien. Cálmate; cálmate, o tendré que reñirte.

PEDRO. No, no me riñas tú. Ya me calmo. ¿Has visto qué enorme pesadilla? ¡Pero que en el mundo sucedan estas cosas! Ha venido a comprarme… No, no digo bien: ¡ha venido a comprar en mí la voluntad de un moribundo, que expiró tranquilo porque me tuvo a mí a su lado; porque me oyó jurar que le obedecería! Y me lo ha propuesto con frialdad increíble, con sonrisa en los labios, sin temblar, sin turbarse, sin enrojecer de vergüenza… ¡Ese hombre no es un prójimo mío! Pero ¿no te asombras tú de esto también?

ADELA. ¡Ya lo creo que me asombro!

PEDRO. ¿Verdad?

ADELA. De esto y de todo desde que él llegó. ¿No ves tú que a mí, a la vez, se me ha descubierto un secreto que yo ignoraba? ¿Cómo no me habías dicho nada de ese secreto?

PEDRO. Porque hubiese dejado de serlo, Adela.

ADELA. ¡Entre el marido y la mujer!…

PEDRO. Entiéndeme.

ADELA. ¡Entre tú y yo!

PEDRO. Tenía algo de confesión sagrada: un alma que se desligó de la tierra me lo había confiado… Era un secreto entre Dios y yo: aquí abajo no debía compartirlo con nadie. Ni contigo.

ADELA. En todo has de ser extremoso.

PEDRO. Por eso te quise.

ADELA. Pero ese hombre, ¿cómo se ha enterado de lo que creías que sólo estaba entre Dios y tú?

PEDRO. Lo ignoro totalmente. De espías y de traidores ha hablado él… Yo ignoro lo que sea. Por mí, estoy seguro de no haberlo revelado ni en sueños.

ADELA. Bien lo puedes estar. Yo, no obstante, sin acertar qué, tenía la sospecha de que algo me ocultabas desde tu vuelta de París.

PEDRO. ¿Ah, sí? ¿Tú sospechabas?…

ADELA. ¡Figúrate!… ¿Quién no lee en tu frente? ¿No te digo que eres un niño? Ahora, que supuse que sería quizás una de tantas disparatadas ilusiones como acaricias para verlas fracasar después.

PEDRO. Y ¿también te ha parecido de niño mi conducta con ese hombre?

ADELA. ¿Piensas tú que no lo ha sido quizás?

PEDRO. ¿Qué dices?

ADELA. No te alarmes. Digo que solamente un niño se lleva ese disgusto que tú, y deja ir a ese hombre sin averiguar con astucia la verdad de sus planes; sin inquirir quién sea; quién es el otro; a qué voluntad obedece; cuál había de ser su proposición; qué suma fabulosa…

PEDRO. ¡Calla, Adela; calla!

ADELA. ¡Déjame hablar, hombre!

PEDRO. ¿Querías tú que ese miserable imaginara un segundo de mí?…

ADELA. Pero ¿no lo ha imaginado días enteros para venir a verte?

PEDRO. ¡En mi presencia, no!

ADELA. Más te digo: en tu caso, yo me habría fingido quizás cómplice suyo, para enterarme del fondo de la historia, ¿comprendes?… para conocer contra quién van los tiros; quién ha de sublevarse luego; qué culpas hay; qué cosas ocultas, y aun para calcular cómo procurarán defenderse los enemigos, los que resulten… ¡qué sé yo! Y así, cuando llegase el que vive en América, como se llame, tú, no sólo le entregarías tu depósito, sino mucho más: le entregarías con él los medios para hacerse fuerte… Esto se le ocurre a cualquiera.

PEDRO. Yo no sé hacer éso.

ADELA. Ya, ya lo he visto. A poco más lo tiras escaleras abajo…

PEDRO. Y es lo que debí hacer desde luego.

ADELA. Sí; como siempre: el camino real para todo.

PEDRO. ¡Justo: el camino real!

ADELA. El corazón en la mano, el pecho por delante… Así te luce. Nos luce.

PEDRO. Deja esa cantinela ahora.

ADELA. Te engaña un amigo: «¡Más pierde él que yo!». Torna a ti, con mentido arrepentimiento: te falta tiempo para abrirle los brazos. ¡Y te vuelve a engañar!

PEDRO. Deja eso, Adela.

ADELA. Y ahora te ocurrirá lo que te ha anunciado ese hombre.

PEDRO. ¿Qué es lo que me ha anunciado?

ADELA. Que llegará el de América, te agradecerá tu honradez sin tacha, te besará las manos… y vaya usted con Dios. Él a su casa y tú a la tuya.

PEDRO. Y muy contento.

ADELA. Sí, pero…

PEDRO. Pero… ¿qué?

ADELA. Que sólo haciendo méritos para figurar en el Año Cristiano se pasa mal en este mundo.

PEDRO. ¿Qué me quieres decir? Yo no tengo aspiraciones de santo, Adela; yo no soy más que un hombre de honor.

ADELA. Sí; un hombre de honor, que no saldrá nunca de pobre.

PEDRO. ¡A costa del honor, jamás! Y me duele que tú, a quien tanto quiero, me hables ese lenguaje.

ADELA. Pero ¡si es que veo que te pasas esperando la vida, y siempre que la fortuna se te acerca, dejas que se te vaya!

PEDRO. ¡Adela!

ADELA. ¡Pedro! Ya que tanto me quieres, como dices…

PEDRO. Y ¿tú lo dudas?

ADELA. No; pero ya que me quieres tanto, acomódate un poco a las cosas del mundo y de los hombres; sacrifica por mí algo de tu egoísmo.

PEDRO. ¿De mi egoísmo? ¿Le llamas egoísmo a esto?… Y ¿quieres que sacrifique por ti?…

ADELA. ¡Por mí… y por ése que ahí duerme! Déjate de premios en la otra vida. Nadie ha venido a contarnos lo que pasa en ella; y, en cambio, en ésta que vivimos, a juzgar por la que yo llevo, es bien amargo lo que pasa.

PEDRO. ¡Te empiezo a escuchar con más asombro que a ése que se ha ido! ¡No sabes lo que dices, Adela!

ADELA. Bien que lo sé; pero tampoco extrañes que desvaríe. Son ya muchos años de esta cruz, de esta estrechez que agobia, de este quiero y no puedo, que es cien veces peor que la miseria misma…

PEDRO. ¡No ofendas a Dios!

ADELA. Dios sabrá comprenderme. La miseria tiene instantes de locura y de risa… ¡y de libertad!… Pero este castigo lento y medido, este potro continuo, este día gris a todas horas es abrumador, insufrible… ¡No puedo más, no puedo!

PEDRO. ¿Vas a volverme loco?

ADELA. Tú sales y entras; tienes siquiera el aire de la calle.

PEDRO. ¡Aire que no respiraría si no fuera para ti y para el niño!

ADELA. Sí; pero el caso es que lo respiras; que vives algún tiempo fuera de la cárcel… sea por lo que sea.

PEDRO. Por mis trabajos, por mi lucha…

ADELA. Y yo aquí mientras, siempre sola, encerrada siempre…

PEDRO. ¡Siempre no, Adela!

ADELA. ¡Casi siempre! ¡Han de repicar en la iglesia para que salga yo! ¡Si no tengo ni ropa!

PEDRO. ¿Eh?

ADELA. Y así un día… y otro… y otro… Y tú, a todos los apuros, la eterna canción de la esperanza… ¡Ya vendrá Jesús a ser nuestro huésped! Míralo bien, Pedro, y dime si me falta razón… ¿He de resignarme a que se agosten así mis mejores años? Si me respondes que sí, creeré que no me quieres.

PEDRO. ¿Que no te quiero yo?

ADELA. ¡Sí; que no me quieres; que nunca me has querido!…

PEDRO. ¡Jesús!

ADELA. ¡Que no sabes lo que es tenerle cariño a una mujer!

PEDRO. Pero, Dios mío, ¿es que voy yo a oír esta noche en mi casa todas las voces del infierno? ¡Es decir, que viene un desconocido a ofenderme, a comprar mi alma, y cuando busco en mi esposa, en mi compañera, el consuelo que da el sentimiento del deber compartido, hallo una mujer que habría querido que me vendiera para ofrecerle galas!

ADELA. ¡Galas, no!

PEDRO. ¡Galas, sí! ¡Estás hace un rato disfrazando tu pensamiento! Tienes mesa humilde, vivienda decorosa, amor de un hijo y amor mío, tan cierto y grande como lo es la mala pasión con que ahora lo desconoces y lo niegas. ¿Qué más quieres de un hombre honrado? ¡Habla! ¡Pero habla sin disfraces, que tal vez ha llegado el momento de que mi amor te juzgue por que te conozca!

ADELA. No grites así, Pedro. Callaré, si gritas.

PEDRO. ¿No he de gritar? ¿Te sorprende que contigo emplee por vez primera estos modos? Nunca lo pensé; yo me sorprendo también de emplearlos… ¡quizás he perdido el juicio!… ¡pero a ti lo debo! ¡a ti lo debo! ¿Qué me pides, mujer; qué me pides? ¿La deshonra dorada? ¿Las sombras en mi conciencia eternamente? ¿Eso quieres de mí para no negar que te quiero? ¿Eso exiges de quien no vive sino para quererte? ¡Ah, pues eso no te lo dará nunca este cariño! ¡No lo esperes de él! ¡Antes que intentarlo siquiera me mataría! ¡Me mataría —¿lo oyes?—; pero después de matarte a ti, por instigadora y por perversa! ¿Te parezco ahora un niño también?

ADELA. Me pareces lo que tú mismo has dicho: un loco. Por mí… ya que quizá fué locura el quererte algún día… seguiré llevando la cruz mientras pueda… pero ese inocente, que de nada es culpable… ¡ése será la pobre víctima de la locura de los dos! *Se marcha por la puerta de la izquierda, llorando.*

PEDRO. *Atónito.* ¿Llora? ¿Es que llora?… *Va a ir tras ella y se detiene.* Mejor es que la deje llorar… No; si no es mala… Si fuese mala, ¿habría yo podido quererla?… ¡Mujeres! ¡mujeres! ¡No saben a veces lo que les piden a los hombres!… *Se desploma, rendido, en una silla.* ¡Ay!… ¡Parece que llevo caminando un año entero!… ¡Me ha cansado esta hora por mil! *Adela habla en la alcoba con el niño.*

ADELA. ¿Te asustaste, tonto? No te asustes.

PEDRO. ¿Eh?

ADELA. No, no me reñía papá.

PEDRO. Hemos despertado al pequeño.

ADELA. Discutíamos de los Reyes Magos: yo, que quería que vinieran a regalarte; él, que no quería. No, no quería.

PEDRO. *Alterado.* ¿Qué le está diciendo esa mujer a mi hijo?

ADELA. Anda, duérmete, gloria. ¿Tienes frío? ¡Vaya por Dios! Allá veremos si los Reyes te traen con qué abrigarte; si tu padre les consiente venir.

PEDRO. ¿Cómo?… ¿Qué trágica ironía tienen sus palabras? ¿Qué intenta?

ADELA. No, hijo, no; a mí no me hace caso. ¡Pobrecita de mí!

PEDRO. *Con voz sorda.* ¡Calla!

ADELA. Mañana, tú, dile que quieres que los Reyes te traigan este año muchas cosas bonitas… ¡muchas cosas!

PEDRO. ¡Calla!

ADELA. Díselo, gloria mía; dile que, si yo no lo merezco, tú, sí. ¡Él puede mucho con los Reyes!

PEDRO. Pero ¿no callará esa mujer?

ADELA. Dile que tú no debes pasar frío; que tú tienes tanto derecho como otros niños a ser dichoso, a disfrutar con algo más que con nuestras caricias… y que él puede dártelo, si quiere.

PEDRO. ¡Tanto, no! ¡Ahora sí que vas a callar! *Lánzase frenético por la puerta de la izquierda hacia el interior.*

ADELA. Y si tú no consiguieras tampoco nada, yo, entonces… le diría… *Esta frase queda sin terminar.*

Silencio. ¿Qué ha ocurrido en la alcoba? Pausa.

Vuelve Pedro por donde se fué, lívido, convulso, retorciéndose nerviosamente las manos.

PEDRO. ¡Enmudeció con sólo verme los ojos!… ¡No ha hecho falta más!… ¡Gracias, Dios mío!… Castigarla, no; castigarla, no… ¡porque si le pongo una mano encima, la mato! ¡la mato!… ¡Matar yo a mi Adela!… ¡Dios mío!… *Por la puerta de la derecha reaparece en esto el Desconocido, sorprendiéndolo bruscamente.* ¡Qué! ¿Otra vez en mi casa? ¿Hasta dónde va a llegar su cinismo, su persecución? ¡Salga usted! ¿Quién le ha abierto la puerta?

DESCONOCIDO. Al llegar yo entraba una muchacha.

PEDRO. Y ¿por qué ha vuelto, si yo lo arrojé?

DESCONOCIDO. Por un irrefrenable impulso de mi espíritu; por un movimiento de simpatía hacia usted, caballero.

PEDRO. Pero ¿viene usted nuevamente a desconcertarme?

DESCONOCIDO. Todo lo contrario. Óigame usted.

PEDRO. ¡No quiero oírlo!

DESCONOCIDO. Óigame usted. Mi primera visita la comencé reservando mi nombre; ésta la empiezo declarándoselo a usted lealmente: me llamo Enrique Alcázar. Soy el único amigo que tiene en este mundo Feliciano Manuel.

PEDRO. ¿Cómo?

DESCONOCIDO. Por él, por las fraternales cartas que me escribe, sé cuanto usted ha visto, y de lo que no puede dudar. Vendrá pronto a España; pero, mientras viene, le inquieta el corazón que un azar haya depositado, en manos para él desconocidas, cosa tan grave como el secreto de su nacimiento y de su fortuna. No se ofenda: esto es natural. Feliciano Manuel ha luchado mucho con los hombres para tener fe en nadie. Y aunque por las palabras que usted le ha escrito adivina que es usted tal cual es, como las palabras pueden fingirse… La duda tremenda, la distancia… ¡Son muchos años soñando con esa revelación que lo ennoblece y que lo salva, para no temer a cada instante que corriese peligro la prueba! De ahí que me confiara a mí el encargo de averiguar qué clase de hombre era Pedro López. *Adela, cautelosamente, asoma a la ventana con invencible curiosidad, y desde ella escucha.* Y a mí se me antojó el medio más claro de conocer a Pedro López: venir a él con tentadores ofrecimientos. Pensaba yo sostener esta superchería algunos días más… pero no ha hecho falta: me ha bastado el primer encuentro con usted. He visto en su actitud y en su lenguaje honradez tan firme y cólera tan santa, que yo mismo, al salir a la calle, me he avergonzado de mi pobre astucia, y no he resistido al deseo inmediato de volver a usted, a pagar verdades con verdades. Mi amigo lo sabrá todo en breve, y esté usted seguro de que ha de responder con largueza a la ventura de encontrar en la vida un hombre así.

PEDRO. *Como si despertara de un sueño.* Caballero: todo lo que esta noche me ocurre se ofrece a mi conciencia como la visión febril de un insomnio. Yo no sé ahora mismo si es usted hombre o si es diablo; si es usted

el de antes o si es otra persona; cuándo me dijo la verdad o cuándo me mintió. De cierto, entre estas brumas de mi alma, no sé más que una cosa: que tanto me da que me brinde usted oro a manos llenas para que falte a mi deber, como que me deje vislumbrar una recompensa si con él cumplo. Mi deber es ajeno a esas pequeñeces; va dentro de mí, como el resorte vivo de mi alma. Es como la sangre de las venas: si se corrompe, muero. Y la única recompensa que quiero por él, la lleva en sí mismo. *Reparando de repente en Adela.* ¡Ah!… ¿Escuchabas tú? ¡Me alegro!… ¡Así le dirás esto a nuestro hijo, en lugar de lo que antes le decías!

ADELA. *Cubriéndose el rostro con las manos, llorosa.* ¡Perdóname!

PEDRO. Me pide perdón… y llora… y baja la frente.

DESCONOCIDO. Yo también le pido a usted perdón, amigo mío. *Le tiende una mano y Pedro se la estrecha.*

PEDRO. ¿También usted?… ¡Soy yo el único que no tiene por qué arrepentirse de nada!… ¡Ah! ¡Estoy contento!… ¡Así quiero vivir!

FIN DEL EPISODIO

Madrid, octubre, 1918.

CASTAÑUELA, ARBITRISTA

APROPÓSITO

Estrenado en el **Teatro de San Fernando**, de Sevilla, en junio de 1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosa.	Társila Criado.
Castañuela.	Enrique Morillo.
Clemente.	Manuel Hernández.

CASTAÑUELA, ARBITRISTA

Despacho lujoso y elegante en casa de Clemente Gómez, en Madrid… o en cualquier parte donde haya pobres. Es por la tarde, en mayo.

Clemente, sentado, lee un periódico. Sale Rosa. En la mano trae una tarjeta que en tiempo fué blanca.

ROSA. Señorito.

CLEMENTE. ¿Qué quieres?

ROSA. Otra vez este hombre.

CLEMENTE. ¿Cómo?

ROSA. Este hombre otra vez. *Le da la tarjeta.*

CLEMENTE. ¡Caramba, qué pelmazo! ¡Dichoso Castañuela de Dios! Dile que he salido.

ROSA. ¡Si me ha dicho que lo ha oído a usted estornudar!

CLEMENTE. ¡Pues dile tú que quien ha estornudado es otro!

ROSA. Es que ha visto salir a toda la familia.

CLEMENTE. ¡Pues habrá estornudado el perro! ¡Qué pesadez de hombre! Nada, que se ha propuesto que lo reciba y lo va a conseguir.

ROSA. ¡A mí me da más lástima!… Viene el pobrecito como para cogerlo con unas tenazas y echarlo a la basura.

CLEMENTE. Y, sin embargo, se anuncia por tarjeta.

ROSA. Porque será de buena familia.

CLEMENTE. Anda, dile que pase. Lo despacharemos en dos minutos.

ROSA. ¡Infeliz! *Vase por Castañuela.*

CLEMENTE. ¡Un sablazo más! ¡Como si lo estuviera viendo!

A poco se presenta Castañuela, nuestro héroe, mal trajeado, aunque no indecoroso.

CASTAÑUELA. ¿Da usted su permiso?

CLEMENTE. Adelante.

CASTAÑUELA. Muchas gracias. ¿Tengo el honor de hablar con don Clemente Gómez?

CLEMENTE. Servidor de usted.

CASTAÑUELA. Usted ya sabe quién soy yo por mi tarjetita.

CLEMENTE. Castañuela, arbitrista, dice.

CASTAÑUELA. El mismo. *Donnez-moi la carte*.

CLEMENTE. ¿Cómo?

CASTAÑUELA. Que me dé usted la tarjetita, porque es la última que me queda, y un ciento vale seis reales.

CLEMENTE. Tómela usted.

CASTAÑUELA. Gracias.

CLEMENTE. Y usted me dirá qué desea.

CASTAÑUELA. Sí, señor. Usted, señor Gómez, es una de las personas de más talento que hay en Madrid.

CLEMENTE. ¡Por Dios, señor de Castañuela!

CASTAÑUELA. No es adulación. ¡Pero yo tengo cincuenta veces más talento que usted!

CLEMENTE. ¡Caramba!

CASTAÑUELA. Así como suena: cincuenta veces más talento que usted.

CLEMENTE. No lo dudo un instante; sino que le luce a usted muy poco.

CASTAÑUELA. ¡Ah! Consecuencia de haber nacido en tierra ingrata. Ya usted conoce aquello de

> … *que Cervantes no cenó*
> *citando terminó el «Quijote».*

O lo otro de

> *… para todos fuiste madre*
> *y madrastra para mí.*

CLEMENTE. ¿Es usted malagueño?

CASTAÑUELA. No, señor; yo nací en una diligencia, entre Tembleque y Algodor. Mi patria es el camino. Desgraciado, ignorado, como tantos hombres de mérito. Vea usted qué pelaje. Cuando me quito estos pantalones… se arrodillan solos. La americana la voy a colgar, y echa a Correr la percha, por no verla. Y este sombrero —mírelo— era hace quince años un precioso *jipi…* y hoy apenas es un *jipío*. ¡Con la maravilla de cabeza que lleva debajo! ¡Jesús! ¡Valiente injusticia!

CLEMENTE. Pero, bueno, dígame usted ya —porque empiezan a impacientarme sus alabanzas propias— en qué consiste ese gran talento que Dios le ha dado a usted.

CASTAÑUELA. ¿Nos sentamos?

CLEMENTE. ¿Va a ser muy larga la conferencia?

CASTAÑUELA. Hasta que usted se canse. ¡Molestarlo no quiero ni tanto así!

CLEMENTE. Sentémonos, entonces.

CASTAÑUELA. Gracias.

CLEMENTE. Y usted dirá.

CASTAÑUELA. De esta sesera que usted ve, señor don Clemente, han salido y salen arbitrios a montones, capaces de salvar a España.

CLEMENTE. ¿Hola?

CASTAÑUELA. ¡Qué talento tengo! Y, sin embargo, nadie me conoce todavía. Yo sé que usted, como corazón generoso, se preocupa de las atenciones de la caridad.

CLEMENTE. Evidentemente.

CASTAÑUELA. La caridad es una boca insaciable.

CLEMENTE. Justo.

CASTAÑUELA. Siempre falta dinero: no bastan funciones, rifas ni donativos particulares…

CLEMENTE. No bastan.

CASTAÑUELA. Y ¿sabe usted por qué? Porque esos recursos son muy limitados. Son fuentes que se secan. Es menester buscar el agua de los ríos y de los mares, que no se acaba nunca. Usted se está riendo para dentro. Ríase usted para fuera, que yo no me enfado.

CLEMENTE. ¿No?

CASTAÑUELA. ¡Qué disparate! ¡De Colón se rieron en todas las cortes de Europa, y allí estaba el otro Mundo para él! A lo que iba: es preciso discurrir distintos recursos; salirse de la vulgaridad. Yo le voy a hablar a usted de dos impuestos extraordinarios de mi invención, que como se implanten en Madrid, se acabaron los pobres.

CLEMENTE. Eso habría que verlo.

CASTAÑUELA. Con probarlo basta. Escuche usted. Mis impuestos son los siguientes: impuesto sobre el *disgusto evitado*, uno; e impuesto sobre la *alegría súbita*, el otro. No aguante usted la risa.

CLEMENTE. No, no la aguanto: ya ve usted que me río con naturalidad. ¿Conque impuesto sobre el disgusto evitado?

CASTAÑUELA. ¿Parece broma, eh? Pues hay que fijarse. ¡Una millonada se recaudaría! Porque no habrá persona de conciencia que no contribuya. Eso sí: mis impuestos se fundan en la conciencia. Si no hay conciencia, estoy perdido. Parto de la base de que, todo el que tiene, quiere aliviar al menesteroso.

CLEMENTE. Así es.

CASTAÑUELA. Así debe ser, por lo menos. Impuesto del *disgusto evitado*. Para que usted lo comprenda bien, vayan dos ejemplitos: un caballero se fuma todos los días seis puros de a peseta, y el médico le ha dicho que fume menos, y así no le dolerá la cabeza, ni se le estropeará el estómago, ni se le originará la arteriosclerosis; pues en lugar de fumarse seis puros, se fuma tres, y las tres pesetas de diferencia las deja para la caridad todos los días. El estómago y la cabeza, buenos; las arterias más… más

souples, disgusto evitado… y la caridad satisfecha. ¡Y ahora sume usted fumadores a los que les hace daño el tabaco! ¡Y eche usted pesetas!

CLEMENTE. Sí, señor; es verdad. Muy bien, muy bien.

CASTAÑUELA. ¿Se va usted penetrando? Lo que digo del tabaco no lo digo del vino, para que no se asuste usted de la recaudación. ¿Hay chispa o no hay chispa?

CLEMENTE. Hay, hay chispa.

CASTAÑUELA. Ejemplo del disgusto evitado, en algo más modesto, pero también considerable. Una señora que pesa ciento veinte kilos tiene la manía de pesarse una vez por semana a ver si pierde peso. Como en lugar de perderlo lo gana, cada vez que se pesa se lleva un disgusto. Pues que se pese nada más que una vez al año, y las perras gordas de la báscula que las eche en los cepillos de la caridad. Así no tendrá más que un disgusto cada doce meses… en beneficio de los pobres. ¡Y piense usted al punto en la cantidad de señoras que hay que quieren pesar menos! ¡Un dineral!

CLEMENTE. Amigo Castañuela, choque usted esos cinco.

CASTAÑUELA. Con mucho gusto. ¡Pero le advierto a usted que no he empezado todavía! ¡Ésos son dos casos entre millares! Oiga usted, oiga usted. Este impuesto del disgusto evitado tiene un capítulo para recaudar una fortuna.

CLEMENTE. ¿Cuál?

CASTAÑUELA. La contribución de los solteros. ¿Eh? ¿Qué hay de esta chirigota?

CLEMENTE. ¿La contribución de los solteros? Y ¿eso pertenece al disgusto evitado?

CASTAÑUELA. ¿No ha de pertenecer? ¿Usted sabe los disgustos que se evitan los que no se casan?

CLEMENTE. ¡Ja, ja, ja! ¿Usted es casado, Castañuela?

CASTAÑUELA. Yo, no: mi señora.

CLEMENTE. ¿Cómo su señora?

CASTAÑUELA. Porque yo era viudo cuando contraje segundas nupcias.

CLEMENTE. ¿Y eso, qué?

CASTAÑUELA. Nada; que en la cédula de vecindad me sigo poniendo viudo… para hacerme ilusiones.

CLEMENTE. Y ¿ha tenido usted hijos?

CASTAÑUELA. Yo, no: mi señora.

CLEMENTE. ¡También su señora! ¿Y suegra, tiene su señora?

CASTAÑUELA. Ésa la tengo yo. Por cierto que con ella no me vale mi impuesto: los disgustos son inevitables. Pero no perdamos el hilo. Contribución de los solteros, por evitarse los del matrimonio. ¡Eso es de justicia pagarlo! ¿Usted quiere tener la comodidad de mirar a unas y a otras sin que nadie le dé un pellizco? ¿Usted no quiere pasear por las afueras a su costilla cuando la costilla necesite de esos paseos? ¿Usted quiere disfrutar de un sueño beatífico y que no se lo turbe ningún rorro echando los dientes? ¿Usted no quiere echar las muelas buscándoles zapatos y vestidos a la esposa y a los retoños, etc., etc.? ¡Pues aquí de mi contribución! Soltero de veinticinco años: una peseta al día para la caridad. Soltero de treinta: dos pesetas al día. Soltero de cuarenta: tres. Soltero de cincuenta: cuatro. Hay que ir apretando las clavijas gradualmente. A más años de soltería, mayor contribución.

CLEMENTE. Y ¿hasta qué edad impondría usted esas contribuciones?

CASTAÑUELA. Hasta los sesenta. ¡Porque el que se casa a los sesenta las paga todas juntas!

CLEMENTE. Señor de Castañuela: le reconozco complacidísimo el gran talento de que se jacta usted.

CASTAÑUELA. Es enorme: no me deja dormir. Y vivo en la sombra. Y este proyecto de la contribución sobre la soltería, como tantos otros que arden en mi caletre, vendrá el día menos pensado con el marchamo del extranjero, y todo será entonces abrir la boca de admiración. Y lo plantea el pobre Castañuela, arbitrista, y gracias a que usted lo elogie. Pero verá usted como el Gobierno no me llama. Adelante.

CLEMENTE. ¿Cuál es el otro impuesto extraordinario que ha ideado usted?

Castañuela. De ése estoy, si cabe, más orgulloso; porque es más delicado, más poético. ¿Dónde se ha visto nunca un impuesto poético? Pues este mío lo es.

Clemente. ¿Cómo le llamó usted, que no recuerdo?

Castañuela. Impuesto de la *alegría súbita*. ¿No lo comprende usted?

Clemente. La verdad: si usted no me lo explica…

Castañuela. Para este impuesto es necesario establecer cepillos profusamente en todas las calles de la población y aun en todas las casas, a fin de que cada cual pueda depositar su óbolo donde la alegría súbita le sorprenda.

Clemente. ¿Qué entiende usted por alegría súbita?

Castañuela. Esa emoción imponderable que no se paga con oro en el mundo y que no hay nacido que no experimente. Señor, ello lo dice: la alegría súbita. Una mocita está cosiendo a la ventana de su casa, pensando en su novio, que debe llegar de fuera al día siguiente. Y de pronto, ¡zas!, el novio, que anticipó el viaje. Alegría súbita: perra gorda al cepillo. Un estudiante se examina con el fundadísimo temor de que le van a dar calabazas. Le extienden la nota, y aprobado; alegría súbita: perra gorda al cepillo. Va usted por la calle con un amigo *tabarroso*, deseando quitárselo de encima, y consigue usted, disimuladamente, darle un esquinazo; alegría súbita: perra gorda al cepillo. Le sale a usted un negocio mejor que soñaba; le regalan a usted un jamón o una caja de vino; le toca a usted la Lotería; se le pone a usted bueno de repente el chiquillo que estaba malo; llueve después de una sequía pertinaz; ve usted a *ella* en el paseo con el sombrerito que a usted le gusta; se le va a usted su suegra inopinadamente a un balneario; pasa usted una peseta falsa: ¡alegrías súbitas! ¡O la humanidad es perversa e ingrata, o no hay cepillos que basten para tantísimas limosnas! ¡Oraciones acuñadas en calderilla! ¡Bravo! *Tocándose la frente y el corazón.* Aquí hay algo, hay algo, señor Gómez.

Clemente. No, no sólo hay algo, señor de Castañuela, sino mucho.

Castañuela. Mucho, mucho; ésa es la verdad. Aquí y aquí. ¡Lástima que me perjudique también mi ropa; mi pelaje! Si yo me presentara con un chaqué de *corte rápido*, botines tórtola y monóculo, otro gallo me cantaría.

Continúo. El impuesto de la alegría súbita, aplicado a la que tantas veces sienten las mujeres bonitas, daría también un resultado fabuloso. Dicho se está que todas las bonitas saben que lo son y están acostumbradas a ello; pero cada vez que se miran al espejo y lo recuerdan y confirman, no se cambian por nadie. Alegría súbita: contribución al canto. «¡Cómo me brillan hoy los ojos!»… Perra gorda. «¡Con qué buen color he amanecido!»… Perra gorda. «¡Qué salado está mi lunar esta mañana!»… Perra gorda. «¡Ay, qué bien me he puesto la mantilla!»… Perra gorda. «¡Qué graciosa estoy cuando me río!»… «¡Qué filita de dientes enseño!»… Dos perras gordas. Y así hasta lo infinito; porque no me voy a poner a contar las estrellas del cielo. ¡Una mina! ¡Claro que hay caras como para arruinar a fuerza de perras a los papás o a los maridos!

CLEMENTE. ¡Admirable, insigne Castañuela; admirable! Es usted genial.

CASTAÑUELA. ¿No se lo dije a usted?

CLEMENTE. Me encantan sus proyectos, por absolutamente originales; y ése de la alegría súbita merece un diploma de honor. ¿Será usted tan amable que me los envíe por escrito?

CASTAÑUELA. ¿Cómo no, señor Gómez? ¡Usted me hace feliz! ¡Ya encontró este nuevo Colón a su padre Marchena! Recibirá usted una exposición detallada de los dos impuestos: el del disgusto evitado y el de la alegría súbita, con todas sus derivaciones. Y para darle mayor solemnidad, la escribiré en papel de a peseta.

CLEMENTE. No hace falta.

CASTAÑUELA. A mí sí me hace falta. Dicho sea con perdón, me parece más serio. En papel de a peseta, sí. Y calculo que invertiré seis o siete pliegos entre todo.

CLEMENTE. ¿Seis o siete pliegos?

CASTAÑUELA. Sí, señor; total, seis o siete pesetas. Pero deme usted cinco nada más, y meteré la letra un poquillo.

CLEMENTE. Como guste. Tómelas usted.

CASTAÑUELA. Un millón de gracias, A estar ya establecido el impuesto de la alegría súbita, ahora mismo echaba yo en el cepillo cuatro perras gordas.

Vuelve Rosa con cara de júbilo.

ROSA. Señorito.

CLEMENTE. ¿Qué hay?

ROSA. Que lo llaman a usted por teléfono.

CASTAÑUELA. ¡Le deseo a usted una alegría súbita!

CLEMENTE. Pues la pagaré con una limosna; yo se lo fío… ¿Y tú, por qué te ríes, muchacha?

ROSA. ¡Porque acabo de hacer las paces con mi novio!

CASTAÑUELA. ¡Alegría súbita! ¡Los pobres van a hacerse ricos!

CLEMENTE. Por lo menos, bien podrían dejar de ser pobres.

Al público:

Se presentó Castañuela
con carácter de humorista,
mas debe fundar escuela
tan peregrino arbitrista.

Aprovechad lo escuchado,
y dad limosna inmediata
tras el disgusto evitado,
y tras la sorpresa grata.

FIN

Sevilla, junio, 1918.

LA CALUMNIADA

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el **TEATRO DE LA PRINCESA** el 21 de febrero de 1919

AL SR. D. JOAQUÍN BARRIERE Y PÉREZ,

insigne marino, que conoce de
España las grandezas y las
tristezas, sus sobrinos,

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Jimena.	María Guerrero.
Pureza.	María F. Ladrón de Guevara.
La Seglarita.	Julia Pacello.
María Dolores.	Elena Salvador.
Trinidad.	Avelina Torres.
Isidra.	Raymonde de Back.
Doña Asunción.	María Teresa Andriani.
La Tornera.	María Hermosa.
La Abadesa.	María Millanes.
La Hija del Marino.	Carmen García de la Parra.
Federico Anderson.	Fernando Díaz de Mendoza.
Florencio.	Emilio Valenti.
Valeriano.	Ricardo Vargas.
Pizarra.	José Santiago.
El Padre Domingo.	Manuel Santander.
	C. Díaz de Mendoza y

Pepichi.	**Guerrero.**
Don Augusto.	**Ricardo Juste.**
Mosié Busón.	**José Capilla.**
Calero.	**Felipe Corona.**
El Marino.	**Alfredo Cirera.**

Monjas y novicias

LA CALUMNIADA

ACTO PRIMERO

Compás de un cierto convento sevillano, denominado por el vulgo «de las Reliquias», y que el arte y la historia hicieron ya famoso. Fundado por una dama virtuosa y noble, cuyo nombre no es preciso decir, y cuyas cenizas reposan en el templo, fue desde su creación admirado y favorecido por nuestros más grandes y piadosos monarcas, los cuales le otorgaron mercedes y privilegios incontables. Hoy, en cambio, las infelices monjas arrastran una vida mísera, y el edificio está abandonado y maltrecho, lo mismo la iglesia y el interior de la santa casa que el destartalado y pintoresco compás en que nos hallamos; si bien este último pretende alegrar y disimular su pobreza con cal de Morón y arriates con flores.

La puerta de entrada, sobre la cual brilla, en carcomidos azulejos, el escudo de los Reyes Católicos, mira al público, y está en el primer término de la derecha del actor. Es grande, de dos hojas, y en una de ellas hay abierto un postigo por donde comúnmente se entra y se sale. Al pie del muro de la derecha, un arriate con un jazmín y un naranjo cuajado de fruta. Al foro, dos arcos: uno da paso a otros lugares del compás; el otro, al torno, por el cual se comunica con las Madres. Junto al primero, a la derecha, la vivienda de los porteros y demandaderos, y, cerrando por la izquierda el recinto, la del capellán, que remata en graciosa azotea.

Es mediodía, al comienzo de octubre.

María Dolores, mujer como de treinta y tantos años, agraciada y dulce, se ocupa en retocar un Niño Jesús de talla, sentada a la puerta de la vivienda del capellán. En una mesita auxiliar tiene todos los chirimbolos de su oficio. Ella misma nos dará luego más detalles de él y de sí.

De la casa de los demandaderos y porteros sale Trinidad, la portera y demandadera.

TRINIDAD. Pos, señó, mi marido se ha perdío esta mañana. Las dose ya, y no vuerve.

MARÍA DOLORES. Pero ¿usté sabe las cosas que yevaba que hasé? A mí me las dijo… y no sé cómo tiene cabesa.

TRINIDAD. Ni cabesa ni pies. Y que no consiente toma ninguna apuntasión: to ha de dejarlo a la memoria.

Llega Calero de la calle con varios sobres de oficio en la mano. Es un empleado del Palacio Arzobispal, que parece un cirio.

CALERO. Buenos días nos dé Dios.

MARÍA DOLORES. Buenos días.

TRINIDAD. ¡Hola, Calero! ¿Qué hay por aquí?

CALERO. Este ofisio pa la madre abadesa. *Le entrega un sobre de los que trae.* Y de parte de doña Clementina, la hermana der señor arsobispo, que cómo está la madre Corasón.

TRINIDAD. Dígale usté que ya está buena; que ayé la dió er médico de arta. Pa cuatro días, porque con la edá que tiene, y sin comé, usté carcule.

CALERO. ¿Come poco la madre?

TRINIDAD. Toas eyas comen poco. Y no es por gusto ni por penitensia; es que son treinta y tres… y no me dan más que un duro diario pa la compra.

MARÍA DOLORES. Están las pobres tronaítas.

TRINIDAD. ¿Qué quié usté que yo haga con un duro?

CALERO. *Suspirando.*

> «La Providensia y la fe
> tienen esta casa en pie.»

Vaya, buenos días.

Trinidad. ¿Se va usté ya?

Calero. Sí, señora.

«Esta casa es de orasión
y no de conversasión.»

Buenos días.

María Dolores. Usté lo pase bien.

Trinidad. ¿Adónde va usté ahora?

Calero. ¡Miste tos los pliegos que yevo!… A San Clemente, a Santa Clara, a Santa Ana, a Santa Inés, a Santa Paula, a Santa Teresa, a la Encarnasión, ar Socorro, a Santa Isabé, a San Leandro…

Se va enumerando lodos los conventos de Sevilla.

Trinidad. Toavía se queja, y se da una vida de fraile. De demandadero de monjas quisiera verlo yo. *Llégase al torno.* Deo grasias.

Tornera. *Dentro.* A Dios sean dadas.

Trinidad. Un ofisio der Palasio Arsobispá, madre Jesusa. *Gira el torno.* La hermana der señor arsobispo se ha interesao por la madre Corasón.

Tornera. Ya, ya lo he oído. ¿No ha vuerto su marido de usté?

Trinidad. No, madre; toavía no. A la cuenta yevaba muchos encargos.

Tornera. Es que anda er camino siete veses, como los perros. Y un mono en un barcón lo distrae.

Trinidad. Eso será, cuando usté lo dise. *Se aparta del torno.* ¡Es una trianera más grasiosa!…

Por el postigo aparece Jimena, heroína de este drama e hija de la excelsa Castilla. Es rubia, de ojos negros, y está en la madurez de la vida. Su mirada revela voluntad y pasión; sus cabellos parecen llamaradas del oculto fuego de su frente. Viste con elegante sencillez, y viene de peina y velito mañanero, a la sevillana.

Jimena. Santos y buenos días.

Trinidad. Buenos los tenga usté, señorita.

Jimena. *A María Dolores*. Buenos días.

María Dolores. Buenos días.

Trinidad. ¿A su visita de costumbre?

Jimena. Sí, señora.

Trinidad. Voy a avisarle a la madre tornera. ¿Va usté a la clavería?

Jimena. No; como las otras veces: al locutorio que hay al lado de la puerta reglar.

Va Jimena hacia el fondo por el arco de la derecha, y al torno, Trinidad, que llama en él y aguarda. El Padre Domingo, capellán del convento, hombre de mediana edad, jovial y campechano, viene del fondo a esta sazón y se detiene a saludar a nuestra amiga. No trae bonete.

Padre Domingo. ¡Felises, señorita!

Jimena. Muy felices, padre.

Padre Domingo. ¿A hablá con la primita, verdá?

Jimena. Mientras yo esté en Sevilla no he de perdonar ocasión.

Padre Domingo. Bien hecho.

Jimena. ¿Le veré al marcharme?

Padre Domingo. Seguramente.

Jimena. Entonces, hasta luego.

Padre Domingo. Hasta luego. *Va a sentarse a la puerta de su casita.*

Trinidad. *En el torno*. Deo grasias.

Tornera. A Dios sean dadas.

Trinidad. Madre tornera: la señorita que viene a vé a sor Elena de San Serafín, que la espera en er locutorio de la puerta de regla.

Tornera. Está bien. ¿Y ese castigo de hombre, no parese?

Trinidad. No, madre. Tenga usté en cuenta que las distansias de Seviya son muy largas.

Tornera. Más largo es su marido de usté. ¿A que va a habé que echá un pregón pa buscarlo?

TRINIDAD. Tendría que vé, madre tornera. *Se acerca al capellán y a su hermana, prometiéndose un rato de sabrosa murmuración.* Yo le digo más de cuatro cosas por oírla. Y escúcheme usté, padre Domingo: ya he averiguao quién es la señorita ésta.

PADRE DOMINGO. ¿Qué señorita?

TRINIDAD. Esta doña Jimena tan guapa que viene a hablá con sor Elena.

MARÍA DOLORES. ¿Que sabe usté quién es?

TRINIDAD. Sí, señora; por una casolidá me he enterao.

PADRE DOMINGO. A vé, a vé lo que usté sabe.

TRINIDAD. La otra tarde, en los Jardines de Muriyo, me paré un instante a saludá a don Másimo, er pintó que estuvo este verano pintando esto, y pasó eya. Venía como de Santa Cruz. Don Másimo se sorprendió de verla, y me dijo que la conosía. Una historia. Que es de una familia muy soná… —del apeyido no me acuerdo— hija de un señó muy famoso; que se enamoró de no sé quién, y a consecuensia riñó con su familia, después de no sé qué dijustos, y se fué a viví sola no sé dónde… Una historia.

PADRE DOMINGO. Sí; una historia de la que no sabe usté una palabra.

TRINIDAD. ¿Cómo que no? To me lo contó a mí don Másimo.

PADRE DOMINGO. ¡Pero si a usté se le ha orvidao…!

TRINIDAD. Pos yo buscaré a don Másimo pa vorvé a preguntarle. *Éntrase en su vivienda.*

El padre Domingo echa un cigarrillo.

PADRE DOMINGO. ¡Buena mañanita tenemos! ¡Bien prinsipia octubre!

MARÍA DOLORES. Bien prinsipia.

PADRE DOMINGO. ¿Cómo va esa escurtura?

MARÍA DOLORES. Terminándola estoy. Si no fuera por er cariño que le tiene la madre, no era pa detenerse mucho; porque… ¡vamos! que no es ningún portento.

PADRE DOMINGO. ¿De qué madre es?

MARÍA DOLORES. De sor Concordia.

Padre Domingo. ¡Infeliz! Casi no ve ni oye… Con ochenta años… *Pausa*. ¿Y Pepichi?

María Dolores. Arriba. Con el amigo de úrtima hora; er poeta; que por sierto ha estao dando unos gritos…

Padre Domingo. Leyéndole un drama, me parese.

María Dolores. Eso debe de sé, porque cuando dejaba de gritá pedía agua…

Padre Domingo. ¡Diablo de chiquiyo! ¡Qué fuerte le entra la amistá! Se enamora de los amigos como de las novias.

María Dolores. Y to ha de verlo der coló que lo ve el amigo que tiene.

Padre Domingo. Como su padre, que en gloria esté. Er pobre Palomino era del úrtimo que le hablaba.

María Dolores. Y ¡qué poca grasia me hase a mí ese poeta!

Padre Domingo. Pos júntate conmigo. Y eso que apenas he crusao la palabra con é. Pero me he dao cuenta de que es uno de estos tipos der día que niegan hasta la luz der só. Nadie ha hecho na en er mundo… hasta que ér se reunió con unos amigos a tomá café. Por eso siento que haya agarrao ar tontaina der sobriniyo.

María Dolores. Y ¡bien que lo ha agarrao! Sueña con é Pepichi. En ocho días que hase que se tratan, lo ha vuerto como un guante. ¿Estará mucho tiempo en Seviya?

Padre Domingo. ¿El amigote? ¡Qué sé yo! Paese que va a dá una conferensia en el Ateneo…

María Dolores. Yo no sé por qué —cuidao que ésta es una malisia de esas que una tiene sin motivo ninguno— me he figurao que entre ese hombre y esta señorita madrileña hay arguna cosa, arguna relasión… no sé qué. Y después der cuento que nos ha contao Trinidá, he vuerto a pensá en eyo.

Padre Domingo. Pero ¿en qué te fundas…?

María Dolores. ¿No te digo que en na? Cosas que se nos meten a las mujeres en la cabesa.

PADRE DOMINGO. Sí, sí. Cuestión de orfato femenino.

MARÍA DOLORES. Aquí viene Pepichi con é.

Salen a poco de la casita del capellán Florencio y Pepichi, encendidos, con los ojos brillantes, caldeados los espíritus por el entusiasmo literario. La presencia de Florencio es gallarda, no exenta de atractivo. Frecuentemente peina con sus manos los largos cabellos, echados hacia atrás. Viste con cierto desaliño original y de no mal gusto. Habla con vehemente elocuencia, en términos por lo común rotundas y definitivos, como hombre que nunca le concede superioridad a quien le oye, sea quien sea.

Pepichi es un chiquilicuatro de quien ya ha dicho lo suficiente su familia. Su hablar es marcadamente ceceoso y algo tartamudo.

PADRE DOMINGO. ¡Hola, cabayero!

FLORENCIO. Dios le guarde, padre Domingo. A su señora hermana ya he tenido el gusto de saludarla.

MARÍA DOLORES. Sí, ya nos vimos antes.

PADRE DOMINGO. ¿Vienen ustés der palomá?

FLORENCIO. Venimos del cuarto de Pepichi, ¡del gran Pepichi!

PEPICHI. ¡De mi cuarto! ¡Donde vi a poné una loceta con la fecha der día de hoy!

PADRE DOMINGO. ¡Porra! ¿En memoria de qué acontesimiento?

PEPICHI. ¡Oh! ¡Tú no zabes lo que ha habido ayí!

PADRE DOMINGO. ¿Qué ha habido?

FLORENCIO. Un poco de orgía literaria. Vino del espíritu, que también embriaga, sino que de la más noble manera.

PEPICHI. ¡Qué drama, tío Domingo; qué drama, tía Dolores; qué drama me ha leído este bárbaro! Cuando uno oye cozas azí le entran ganas de rompé las cuartiyas y de meterze a zapatero.

PADRE DOMINGO. ¡Je! Pero usté, amigo mío, ¿se satisfase leyéndole sus obras a un monicaco como éste?

Florencio. Algo habré visto en el monicaco, como usted le llama; por algo será, padre Domingo. Crea usted que los artistas percibimos siempre en donde hay o en donde no hay capacidad intelectual y cordial para comprendernos, *Aguila non capit muscas*.

Pepichi. *Ilustrando a sus tíos.* El águila no caza moscas.

Padre Domingo. Ya, ya.

Florencio. Este monicaco aparente no es un monicaco.

Padre Domingo. Basta que usté lo diga. Quisás tenga yo un genio en mi casa y no me habré enterao hasta ahora. Me alegraría, porque lo quiero mucho. ¿De manera, Pepichi, que tanto te ha gustao ese drama?

Pepichi. ¡Oh! ¡Zi todavía tengo escalofríos! ¡Qué originalidá! ¡Qué penzamientos máz audaces!

Florencio. Eso sí transpira la obra por todos sus poros: audacia. Y la audacia es aliento. En arte hay que volar a las cumbres o que resignarse a no batir las alas. El vuelo al tejado es ridículo. Las aves de corral, a la olla.

Pepichi. Ya, ya me lo dijo usté el otro día: o Zéspir o nada.

Florencio. Ni aun eso; o más que Shakespeare, o menos que nada. O soy capaz de tallar la figura en la misma montaña granítica, o me corto las manos y las entierro con mis propios muñones.

Pepichi. ¿Qué te parece?

Padre Domingo. Hijo, yo no entiendo… Ambisiosiyo… ambisiosiyo…

Florencio. El arte es la aristocracia de las aristocracias, padre.

Padre Domingo. No entiendo… ¡Un pobre capeyán de monjas!… Y ¿cómo se titula ese drama, mi amigo?

Florencio. «Patria».

Padre Domingo. ¡Ah! ¡Gran idea! Pero siéntese usté…

Pepichi. No puede.

Padre Domingo. ¿No puede?

Florencio. No, no puedo; todavía no puedo posar. Éste ya me conoce. Aún tiemblo, aún vibro… Como que vengo de remover, con la lectura de mi

drama a este mozo, toda mi sustancia.

PADRE DOMINGO. Bueno, pos siéntese usté cuando pueda.

FLORENCIO. Gracias, padre.

PADRE DOMINGO. ¿Conque «Patria», eh? Me agrada el asunto. ¿Canta usté a la patria?

FLORENCIO. No, señor; la niego.

PADRE DOMINGO. ¿La niega usté?

PEPICHI. ¡Ahí le duele!

FLORENCIO. Sí, señor: la niego. Tengo el valor de cristalizar en una obra un sentimiento que es de muchos, y que cobardemente disimulan todos.

PEPICHI. ¡Ahí, ahí le duele! Mi tío esperaba las décimas de Bernardo López García:

Oigo, patria, tu aflicción
y escucho er triste concierto…

Ecétera, ecétera…

María Dolores no quiere oír más y se entra en su casita.

PADRE DOMINGO. Repito que yo…

FLORENCIO. La patria, señor capellán, es un mito, una idea: no es en modo alguno una realidad. El padre Feijóo la encontraba en los libros y la echaba de menos en los hombres. Como espíritu de vuelo corto, no supo ver lo que esto significaba.

PEPICHI. Laz aves de corral, a la oya.

FLORENCIO. La patria de los humanos es la tierra. La otra patria, la que nos empeñamos en denominar ya España, ya Francia, ya Alemania, no existe; no ha existido jamás. La patria es un concepto que va con nosotros; es una deidad inseparable de nuestro corazón, ajena a las divisiones territoriales. La patria del hombre es el lugar donde se enamora, donde piensa, donde sueña, donde estudia… ¿Por qué hemos de considerar español a Luis Vives, que estudió y trabajó en Oxford, en Brujas, en Lovaina? ¿Por qué hemos de llamar español a Cervantes, que aprendió a reír en Italia y a llorar en Argel?

Padre Domingo. Digo yo que será porque escribió er *Quijote*… y porque nasió en Arcalá de Henares.

Florencio. ¡Bah! El nacimiento es casi siempre fortuito.

Padre Domingo. Sí; pero lo nativo paese que imprime un seyo.

Florencio. Según y conforme. Yo puedo ser más compatriota de un prójimo que haya nacido a millones de leguas de mí, que de otro que se h aya mecido en la misma cuna. No le dé usted vueltas.

Pepichi. ¿Eh, qué tal? ¿Es valiente?

Padre Domingo. Es valiente. Como que ya no me atrevo a preguntarle de qué tierra es.

Florencio. De la única que conocen los ojos humanos, padre Domingo. ¿Qué importa el cacho de lugar? Así expresa mi héroe, que tiene mucho de subjetivo, de autorretrato, el fondo de mi pensamiento: «Yo no nací el día en que nací, ni en el país en que nací: yo no nací el día en que rasgué las entrañas maternales: yo nací el día en que fui consciente de mi espíritu. Aquel día vi la luz. En donde me sorprendió aquel día, de allí soy».

Padre Domingo. Según eso, el héroe de usté cree que no les debe na ni a sus abuelos ni a sus padres.

Florencio. El dolor de vivir.

Pepichi. ¡Cuántas veces he penzao yo ezo mismo, zin podé concretarlo en palabras!

Florencio. Crees tú que lo has pensado. Las verdades eternas yacen dormidas en el alma de todos los hombres, hasta que un espíritu superior acierta a despertarlas, a revelárselas con tal diafanidad, que a cada uno le parecen suyas.

Pepichi. Justo, justo. A mí ze me ocurrió un día un penzamiento muy bonito, y luego rezurtó que era de Zalomón. Lo vi en una hoja de armanaque. Y lo der nacimiento ez una verdá como una caza; yo no nací tampoco er día que consta en la parroquia: yo nací un día…

Padre Domingo. Tú nasiste de noche, en el armasén de maderas que tenía tu padre en er Baratiyo. Deja que siga este señó. Diga usté, cabayero: y ¿dónde va a representarse ese drama?

FLORENCIO. ¡Ay, padre! No me hable usted de la representación, por Dios santo; no me recuerde usted esas espinas.

PEPICHI. No hay cómico en España capaz de entendé zu Demetrio.

PADRE DOMINGO. ¿Tú qué sabes?

PEPICHI. Me lo ha dicho él.

FLORENCIO. Y es cierto; no lo hay. Nuestros cómicos son una pared que se interpone entre la creación del poeta y el público.

PADRE DOMINGO. ¿Todos?

FLORENCIO. ¡Todos! Sin excepción ninguna.

PADRE DOMINGO. ¡Je! Y hablando de otra cosa, que me importa bastante: ¿usté cree que este niño escribirá argún día argo de provecho?

FLORENCIO. Desgraciadamente para él.

PADRE DOMINGO. ¡Porra!

FLORENCIO. Desgraciadamente. Nacer escritor en España es gran desventura. El hambre, el menosprecio, la cárcel, la persecución, cuando no el cepo al pensamiento… eso es todo lo que aquí aguarda a los escritores. Siquiera en los siglos pretéritos se les condenaba a la hoguera y morían con esa aureola. Hoy, ni aun eso tienen: los escritores políticos, de independencia y de valor, pagan sus arranques y su civismo en una triste celda, al lado de cualquier miserable; los demás no merecemos sino un frío desdén: el fuego de antaño se ha vuelto ceniza.

PEPICHI. ¡Cómo habla este hombre!

PADRE DOMINGO. A vé si se te pega a ti argo.

PEPICHI. Ze me pegará, ze me pegará.

PADRE DOMINGO. Yo le he dicho a Pepichi que tenga esto de la literatura como adorno; que escriba versos… pero que se dedique a otra cosa pa ganarse la vida. ¡Hay que poné er puchero a diario!

FLORENCIO. ¡Qué amargura me dan esas palabras de usted, tan ingenuas… tan simples… tan cruelmente sensatas!… ¡Vivir en un país en que hay que aconsejar que con el hacha para la leña de la cocina se corten las alas de un poeta!

PADRE DOMINGO. ¿Usté también escribe versos?

FLORENCIO. No, padre. Y muy a mi pesar. Yo sería un gran lírico primero que nada. Concibo la poesía, la forjo vagamente en mi alma, veo la imagen como se ve el color… pero ahí queda. Me falta el medio de expresión, el idioma. Yo no profano mis palpitaciones inefables pretendiendo encerrarlas en un molde tosco, duro, seco, mohoso… Me asombra que se puedan escribir versos en castellano… Versos, ¿eh?, misteriosas exudaciones del espíritu; no renglones cortos.

PEPICHI. ¡Bravo, maestro! ¿Verdá, tío? Ya decía yo: ¿por qué me costarán a mí los verzos tanto trabajo? ¡Y ez el idioma!

PADRE DOMINGO. Hombre, pos yo conozco versos españoles… y, la verdá, a mí argunos me paresen bonitos. Y me suenan a gloria.

FLORENCIO. No serán amorosos. El poeta amoroso no existe en nuestra lírica. Y ése es el verdadero poeta. Ni existe, ni puede existir, por causa del lenguaje. Al castellano le falta en absoluto delicadeza para la caricia; voz para lo íntimo, para lo vago; flexibilidad, ductilidad… eso que los franceses llaman *souplesse*.

PEPICHI. Espronceda plagió a Byron y Bécquer a Heine.

PADRE DOMINGO. ¿Te lo ha dicho también don Florensio?

PEPICHI. ¡Lo zé yo desde que iba a la escuela!

FLORENCIO. En España sólo ha habido un poeta amoroso, uno solamente, que realizó el prodigio de convertir en blanda cera el hierro de nuestras palabras.

PADRE DOMINGO. ¿Cuál?

FLORENCIO. Un pobre amigo mío: Dalmacio Coria.

PADRE DOMINGO. No sé…

FLORENCIO. No; ni nadie. Murió como mueren los genios en España: ignorado de todo el mundo.

PADRE DOMINGO. ¡Qué pena! ¿Publicó arguna cosa?

FLORENCIO. Nada absolutamente. ¡Bonito era él! Despreciaba al público.

PADRE DOMINGO. ¡Entonses!…

Florencio. Pero si es que aún hay otra razón suprema que impide aquí la formación y desenvolvimiento de los poetas cordiales.

Pepichi. Oye, tío, oye lo que va a decí ahora.

Florencio. Para cantar de amor, lo primero que se necesita es el objeto amado, la mujer. Y ¿dónde están las mujeres españolas? ¿Quiere usted decírmelo?

En este momento Pureza, la hija de Trinidad, que bien vale un viaje a la ciudad de la Giralda, cruza de la portería hacia el fondo, por donde se aleja. Se diría que la casualidad quiere ponerle un comentario mudo a las palabras de Florencio.

Padre Domingo. ¡Me deja usté con la boca abierta!

Florencio. Entiéndame usted, que es discreto, si bien un tanto socarrón. Los españoles tenemos la hembra o la esclava; pero la amante, ¿dónde está?

Padre Domingo. Yo, por mí… de eso sí que estoy rapao a navaja.

Florencio. Nuestra mujer es demasiado lógica en el amor; no arde más que a la llamarada de los celos; es instintiva, fisiológica, vulgar; nuestro diálogo con ella es siempre un monólogo… Carece esencialmente… Voy a decirlo en una frase mía que ha tenido fortuna: carece esencialmente de capacidad íntima para el espasmo espiritual… En este sentido niego que haya mujeres en España.

Padre Domingo. Acaso.

Florencio. Yo, como llevo en el alma una llaga incurable, y he sentido sobre mi sien el frío del cañón de una *browning*, por causa todo de una mujer bella que no sabía amar…

Padre Domingo. ¡Qué locura, señor don Florensio! No hay hermosura que merezca…

Pepichi. Ésta, zí. Ésta justifica cuarquier disparate.

Padre Domingo. *Atando cabos.* Pero ¿tú la conoses?

Pepichi. La conozco. Este hombre todavía la busca y la zigue.

Florencio. ¡Ay! ¿Cómo no, si a pesar mío ella tiene el timón de mi nave? Es muy hermosa. ¡Cuánto hablan sus cabellos rubios de un mentido

fuego!… Pero, en fin, éstas son páginas íntimas de mi vida… A veces suben en palabras a los labios como al rostro el rubor: sin poder impedirlo.

Padre Domingo. Pos yo, ya le digo: de materia amorosa no entiendo: no sé lo que podrán dá de sí las mujeres de España. Pero en otros asuntos le aseguro a usté que hay argunas que ven cresé la yerba. *Alude a la adivinación de María Dolores.*

Florencio. Es posible. No quiero aburrirle a usted más con mi charla un poco extravagante.

Padre Domingo. No, no me aburre; lo escucho con gran curiosidá…

Florencio. De todos modos. Además, me pongo a verborrear y se me olvida que me aguardan.

Padre Domingo. Eso es otra cosa.

Florencio. Adiós, padre.

Padre Domingo. Adiós, cabayero.

Florencio. Beso la mano que levanta la Hostia. *El padre lo mira perplejo y no sabe qué contestarle.* Hasta luego, Pepichi.

Pepichi. ¿Vendrá usté por mí?

Florencio. Dentro de media hora a lo sumo. Voy sólo al Ateneo a fijar la de mi conferencia de mañana.

Padre Domingo. ¿Da usté por fin mañana su conferensia?

Florencio. Sí, señor.

Padre Domingo. ¿Sobre qué tema, si no es indiscreto…?

Florencio. Sobre un tema inquietante y muy sugestivo: «La alegría de una tierra donde se muere más gente que en ninguna parte». Nada: cuatro paradojas, cuatro bengalas del ingenio… Nada. Acaso venga el año que viene y diga todo lo contrario. Hay que mover las aguas, desconcertar, excitar la actividad del pensamiento ajeno… impedir el embalsamamiento de las ideas. La cuestión es pasar el rato. Hasta ahora, muchachín. A sus órdenes, padre.

Padre Domingo. Vaya usté con Dios.

Pepichi, deslumbrado, acompaña a Florencio a la puerta y lo contempla desde ella cuando se va. Luego, acercándose a su tío, le pregunta:

Pepichi. ¿Qué te ha parecido el individuo?

Padre Domingo. ¿El individuo? Que, como se suele desí, si lo dejan hablá no lo ahorcan.

Pepichi. ¡Tiene mucho talento!

Padre Domingo. A creerlo a él…

Pepichi. ¡Ah! ¿no tiene talento?

Padre Domingo. ¡Mucho! To er que les quita a los demás.

Pepichi. ¿Ezo es to lo que ze te ocurre después de oí a eze hombre?

Padre Domingo. Se me ocurren infinidá de cosas; pero no me da la gana de discutí contigo. Me ha levantao doló de cabesa.

Pepichi. Bueno está. ¡Qué te alivies!

Padre Domingo. Grasias; igualmente. *Se va al interior de su casa.*

Pepichi. *Con desdén y lástima de su tío.* ¿Y que un gañán azí zea hermano de mi madre? ¡Vamos! ¡Antinomias!

Vuelve del interior María Dolores, riéndose.

María Dolores. ¡Ja, ja, ja!

Pepichi. ¿De qué te ríes, tía Dolores?

María Dolores. De lo que tu tío va disiendo.

Pepichi. ¿De mí?

María Dolores. No; de ti, no; de tu amigo. *Reanuda su trabajo.*

Pepichi. *Tragando saliva.* Tío Domingo er pobre no ve máz ayá de zus narices. Y es chato, encima.

María Dolores. Ni yo tampoco veo. Me fuí de aquí por no meterme en discusión con er sabio ése.

Pepichi. ¿Ah, zí?

María Dolores. Pero lo he estao escuchando. ¿Qué me miras con tanto asombro? ¿Me farta a mi quisás también eso que ér dise que no tienen las mujeres de España? ¡Pos dose años estuve yo casá con un artista —con un artista, no con un charlatán: ahí están sus obras— y fué a mi lao er más dichoso de los hombres! Cuéntaselo a tu amigo esta tarde.

Pepichi. *Tapándose los oídos.* ¡Bah, bah, bah! ¡Qué familia! ¡Vivo en er vacío!… ¡Zi me entienden más los palomos!… *Se entra desesperado en la casa.*

María Dolores. ¡Ja, ja, ja! ¿Será *pampli* er chiquiyo?

Asoma Valeriano por el postigo, como quien viene buscando a alguien a quien no ve allí.

Luego disimula, fingiendo que observa y admira lo pintoresco del recinto. Es un muchachillo simpático, de oficio ceramista.

Valeriano. *Después de unos momentos, y a una mirada de María Dolores.* Buenos días.

María Dolores. Buenos días.

Valeriano. Usté dispense. ¿Se puede pasá?

María Dolores. Pase usté donde quiera. ¿A quién busca usté?

Valeriano. No, no busco a nadie. Me yamó la atensión la puerta der compás, y he entrao a verlo. ¡Es muy bonito, muy bonito! ¡Qué bonito es!

María Dolores. Pero ¿usté no lo había visto nunca?

Valeriano. ¡Qué sé yo! Como en Seviya hay tantos rincones, siempre le sorprenden a uno. *Avanza hacia el fondo.* Esa parte también es presiosa. ¡Presiosa de veras! ¡Qué presiosa es! *Vuelve Pureza oportunamente del fondo hacia su casa. Sonríe al ver a Valeriano y él al verla a ella.* Pero ¡qué presiosa!

Pureza. ¿Eh?

Valeriano. Buenos días.

Pureza. Buenos días. *A María Dolores, turbada.* ¿Se fué ya ese hombre?

María Dolores. Ya se fué.

Pureza. ¿Por quién procura este señó?

María Dolores. Por nadie. *Maliciosamente.* Ha entrao a vé er compás.

PUREZA. Er compás tiene poco que vé.

VALERIANO. Ahora tiene mucho. *Silencio.* ¿Su madre de usté es acaso la sacristana?

PUREZA. No, señó; la portera.

VALERIANO. ¿La portera?

PUREZA. Y la demandadera también.

VALERIANO. ¿Y su padre de usté es er sacristán?

PUREZA. No, señó; ¡qué afán de sacristía!

VALERIANO. Su porqué tienen las cosas: mirándola a usté se va er pensamiento a los artares.

PUREZA. Pos si quiere usté vé a Petrolero, vive ahí a la vuerta.

VALERIANO. ¿A Petrolero?

PUREZA. Er sacristán.

VALERIANO. ¿Er sacristán se yama Petrolero?

PUREZA. Petrolero se yama.

VALERIANO. ¡Las cosas de Seviya!

PUREZA. Hombre, no; las cosas de su padre, que se yamaba Petrolero.

VALERIANO. No parese apeyido.

PUREZA. Pos lo es.

Nuevo silencio. Valeriano discurre otro tema de conversación.

VALERIANO. Er capeyán der convento sí vivirá aquí en er compás.

PUREZA. Eso pregúnteselo usté a su hermana.

VALERIANO. ¡Ah! ¿es esta señora su hermana? *A María Dolores.* ¿Es usté la hermana der capeyán?

MARÍA DOLORES. Sí, señó.

VALERIANO. Por muchos años. Y ¿vive usté con é?

MARÍA DOLORES. Desde que me quedé viuda. Con é y con un sobriniyo huérfano. Mi hermano ampara siempre a tos los náufragos de la familia.

VALERIANO. Y ¿es usté artista, por lo que estoy viendo?

MARÍA DOLORES. Artista era mi esposo. Hiso argunas imágenes, y restauró muchas.

VALERIANO. ¿Cómo se yamaba su esposo?

MARÍA DOLORES. Rogelio Caro.

VALERIANO. ¡Ah, don Rogelio!

MARÍA DOLORES. ¿Usté lo conosía?

VALERIANO. Sí, señora. ¡Ya lo creo que lo conosía! Un gran artífise; un gran restauradó. Ér fué quien restauró er San Juan de la Cruz que hay en las Teresas.

MARÍA DOLORES. Cabalito. Y yo le ayudaba en muchas cosas, y ar morí me dejó la afisión… y los bártulos. Mi hermano, por broma, me dise la Rordana. Y aquí me tiene usté componiendo un Niño Jesús.

VALERIANO. ¿Argún encargo?

MARÍA DOLORES. De las madres. Cada una de eyas tiene un artarsito y en el artarsito un Niño Jesús. Y es su recreo.

VALERIANO. ¿Er Niño Jesús?

MARÍA DOLORES. Sí, señó. Cada una cuida ar suyo; lo viste, lo adorna… Su recreo.

VALERIANO. ¡Las pobres!… *Mira luego a Pureza, que lo estaba mirando a él, y que entonces vuelve la cara.* ¿Y usté, mosita, cuida también argún Niño Dios?

PUREZA. *Ruborosa.* ¿Le importa a usté mucho?

VALERIANO. Cuando me determino a preguntarlo…

PUREZA. Pos no, señó; no cuido ninguno.

VALERIANO. Se han cambiao las tornas: es er Niño Dios quien la cuida a usté.

PUREZA. *A María Dolores.* Pero ¿usté oye esto?

MARÍA DOLORES. Una finesa.

Pausa. Valeriano no se quiere ir… ni Pureza quiere que se vaya. María Dolores mira a la pareja con simpatía.

VALERIANO. ¡Er compás es lo que se dise un encanto!… Y ¿cuántas son las madres?

MARÍA DOLORES. Treinta y tres.

VALERIANO. Ar convento le yama la gente er de las Reliquias, ¿no es verdá?

PUREZA. ¿Quiere usté que se lo apuntemos en un papelito?

VALERIANO. ¿Por qué dise usté eso?

PUREZA. Porque como la otra tarde preguntó usté lo mismo, y ya se le ha orvidao…

VALERIANO. ¿La otra tarde?

PUREZA. Sí, señó. Estuvo usté con un forastero viendo er compás, y la iglesia, y la sacristía, y toas las escurturas y tos los cuadros.

VALERIANO. *Un poco halagado al oírla.* ¿Se acuerda usté? ¡Qué buena memoria!

PUREZA. No tiene na de particulá. Como aquí apenas yega nadie, un perro que entre no se orvida.

VALERIANO. ¡Ah! claro. Un perro que entre…

MARÍA DOLORES. ¿Le gustó a usté er Cristo de Montañés?

VALERIANO. ¿No había de gustarme, señora? ¡Me pasmó! Como to lo que hisieron las manos de aquel hombre.

MARÍA DOLORES. Mi marido lo veneraba.

VALERIANO. Iguá me pasa a mí. Yo siempre que me pongo ante un Cristo de Montañés le reso a la vez a Montañés y ar Cristo. Sin profanasión. Yevé a ese forastero del otro día ahí ar monasterio de San Isidoro der Campo, y dijo tales cosas viendo er retablo del artá mayó y er sepurcro de Guzmán er Bueno, que creí que se había vuerto loco. Y le arvierto a usté que es un chileno muy inteligente, que le ha dao tres o cuatro vuertas ar mundo y está cansao de vé maraviyas. Pos yoraba de entusiasmo; na más.

MARÍA DOLORES. Ya ve usté. Y yo soy seviyana, esposa de mi esposo… y no he visto aqueyo.

VALERIANO. Porque siempre se estima poco lo que se tiene ar lao.

Pureza. Er que lo estime poco.

Valeriano. Es lo que suele susedé.

María Dolores. ¿Usté es artista?

Valeriano. Por artista me tengo.

María Dolores. ¿Escurtó?

Valeriano. Escurtó… lo que yamamos escurtó… la verdá, no me atrevo a ponérmelo en las tarjetas. Me paese demasiao. Soy seramista.

María Dolores. ¡Ah!

Valeriano. Hago cacharritos, figuriyas, jarrones… Afisión sí le tengo. Ahora mismo he hecho, por encargo der marqués de la Rosa, un sentro de mesa con una alegoría de las estasiones, que me ha resurtao grasiosiyo. Paese que tengo idea.

Pureza. Aquí está mi madre.

Sale a su puerta Trinidad.

Valeriano. ¿Su madre?… Bueno, pos no molesto más, que bastante monserga he dao.

Trinidad. Buenos días.

Valeriano. Buenos días. *A Pureza.* ¿De manera que dise usté que er sacristán vive aquí a la vuerta?

Trinidad. ¿Er sacristán? ¿Pregunta usté por Petrolero?

Valeriano. Sí, señora.

Trinidad. Pos, sí, señó; aquí a la vuerta vive. Conforme sale usté, a mano derecha, la puerta der rincón. No tiene pierdes: verá usté corgás en la paré quinse o veinte jaulas de cañas.

Valeriano. ¿Hase jaulas er sacristán?

Trinidad. Hase jaulas… y rinconeras de marquetería. Se las busca el hombre. ¡Está to tan malo!… Miste nosotros: mi marido es sereno, murguista, demandadero aquí… y pide la yave en los toros.

Valeriano. *Riéndose.* ¡Sí que son ocupasiones distintas! Con Dios, y muchas grasias.

Trinidad. Vaya usté con Dios.

PUREZA. Con Dios.

VALERIANO. ¿Cómo ha dicho usté?

PUREZA. Que con Dios.

VALERIANO. ¡Ah! con Dios. Entendí otra cosa. Con Dios.

MARTA DOLORES. Que usté siga bueno.

TRINIDAD. *Reparando en María Dolores y en Pureza, que se sonríen como entendiéndose.* ¿Qué? ¿Qué?

PUREZA. ¿Qué quiere desí qué?

TRINIDAD. Que yo no tengo un pelo de tonta… y que ustedes las dos se ríen de mí. Y tú te has puesto ahora mismo como una seresa.

PUREZA. ¿Yo?

TRINIDAD. ¡Tú! ¡Vamos a vé si lo der sacristán ha sío un achaque! *Se marcha a la calle decidida.*

PUREZA. Se ha malisiao mi madre otra cosa.

MARÍA DOLORES. No; se ha malisiao la verdá.

PUREZA. ¿Usté se cree que ese muchacho…?

MARÍA DOLORES. Yo me creo lo mismo que tú. Y er chiquiyo ha estao muy ocurrente.

PUREZA. ¿Verdá que sí?

María Dolores da por concluida su tarea y recoge los utensilios. Del fondo viene en esto Federico Anderson. Trae una gran cartera. Es joven, fino, aristocrático, de semblante luminoso y risueño. Aunque extranjero, habla el castellano mejor que muchos españoles.

MARÍA DOLORES. ¿Qué es eso? ¿Se acabó por hoy?

FEDERICO. Esta mañana, sí.

MARÍA DOLORES. Yo también. ¿Quiere usté vé a mi hermano?

FEDERICO. Si no le causo una molestia…

MARÍA DOLORES. Ar contrario: un gusto. Vi a avisarle.

FEDERICO. Gracias.

MARÍA DOLORES. No hay de qué. *Éntrase en la casita con el Niño Jesús y aun algunos de sus trebejos.*

PUREZA. ¿Qué me mira usté a mí tan fijamente?

FEDERICO. Que estoy desolado porque todavía no soy lo bastante andaluz. La veo a usted y no se me ocurre en seguida un piropo bonito. Es para tirarse desde el campanario de la Giralda.

PUREZA. ¡Qué guasón! ¿A usté le agradaría sé de aquí?

FEDERICO. Me agradaría… porque estoy seguro de que usted, tan orgullosa de su nacimiento y de su tierra, no ha de querer nunca más que a un sevillano; y yo gozaría mucho pelando la pava con usted.

PUREZA. ¡Cuando digo!… Es usté el inglés más burlón que me he echao a la cara.

FEDERICO. No soy inglés, Pureza.

PUREZA. O fransés.

FEDERICO. Tampoco soy francés.

PUREZA. Pos ¿no es usté estranjero?

FEDERICO. ¡Ah! ¿Y los extranjeros para usted han de ser franceses o ingleses? Bueno, bueno. He ahí una cosa nueva para mí.

PUREZA. Déjese usté de bromas. ¿No ha reparao usté, que tanto se fija, ar vení pa acá, en una señorita rubia que está en un locutorio?

FEDERICO. ¿No había de reparar, Pureza? Es imposible pasar cerca de ella y no mirarla.

PUREZA. Y con lo enamorao que es usté…

FEDERICO. Aunque no lo fuese. Es una belleza que alumbra sus alrededores y llama necesariamente la atención. ¿Quién es ella? ¿Usted sabe…?

PUREZA. Acá lo que sabemos es que es forastera…

FEDERICO. ¡Ah!

PUREZA. Que está en Seviya hará cosa de un mes, y que viene ar convento a hablá con sor Elena de San Serafín, que es prima suya… y la

monja más bonita que hay.

FEDERICO. Y ¿ha venido ya varias veces?

PUREZA. Tres con ésta.

FEDERICO. *Graciosamente preocupado.* ¿Querrá profesar esa criatura? ¡Sería horrible!

PUREZA. Eso debía usté de preguntárselo a eya.

FEDERICO. Le advierto a usted, Pureza, que la he seguido la otra tarde.

PUREZA. ¿Qué me cuenta usté, don Federico? ¿A que me está usté dando palique a mí pa espera a que sarga?

FEDERICO. Estoy esperando al capellán; no sea usted maliciosa.

PUREZA. Y ¿dise usté que la siguió?

FEDERICO. Sí; pero no se sorprenda demasiado: yo sigo todos los días a una sevillana.

PUREZA. Ésta no lo es.

FEDERICO. Pero está en Sevilla, y lo parece. La seguí tres o cuatro calles. Debe de ser viuda, o casada, con el marido lejos.

PUREZA. No, señó, que es sortera: eso sí lo sé yo.

FEDERICO. ¿Soltera? Extraña soledad la suya, entonces. Pero me alegro. Aquella tarde entró en una casa que tenía una cancela de encajes de hierro. Miré a los balcones instintivamente, y los vi cuajados de flores. No sé si es que brotaron cuando ella entró en la casa o si estaban allí desde antes… Me he quedado con esta duda.

PUREZA. Yo, en cambio, tengo ahora la segundé de lo que le dije a usté hase un momentito.

FEDERICO. No sé a qué se refiere.

PUREZA. A que está usté aquí na más que hasiendo tiempo pa que sarga.

FEDERICO. Es posible; y quizás yo mismo no me doy cuenta de ello. Malo es que usted lo haya observado, porque usted siempre tiene razón.

PUREZA. ¿De veras?

FEDERICO. Siempre. Posee usted el instinto de la verdad. Usted cree modestamente que no entiende de nada, y sabe, sin embargo, de todo.

PUREZA. ¿Yo? ¡Vamos!

Sale el padre Domingo. La muchacha, discretamente, se retira a la puerta de su casita.

PADRE DOMINGO. Aquí me tiene usté.

FEDERICO. ¡Oh, padre Domingo! Siempre tan complaciente. Quizás vuelva un ratillo a la tarde. Le entrego a usted el sagrado depósito. *Le da la cartera.*

PADRE DOMINGO. Se lo dejaré a María Dolores, por si cuando luego venga usté no estoy yo.

FEDERICO. Perfectamente.

Jimena aparece por donde se fué, en dirección a la puerta de la calle. Al ver al padre se detiene para despedirse.

JIMENA. Adiós, padre Domingo.

PADRE DOMINGO. Vaya usté con Dios, señorita. ¿Cómo está sor Elena?

JIMENA. Bien. ¡Y siempre riendo! ¡Me maravillo cada día más! Lo que es sentir o no sentir esa vocación, esa llama…

PADRE DOMINGO. Evidente. ¿Muchos días aún por Seviya?

JIMENA. ¡Sí! Lo menos otro mes.

PADRE DOMINGO. ¡Ah! Entonses nos veremos bastante. *Advirtiendo la curiosidad con que se miran Anderson y Jimena.* ¿Me permite usté que le presente a este cabayero?

JIMENA. ¿Por qué no?

PADRE DOMINGO. Creo que se alegrarán ustedes de conoserse.

FEDERICO. Sin duda.

PADRE DOMINGO. *Presentándolos.* La señorita doña Jimena Vélez de León, hija der famoso don Emiliano.

FEDERICO. ¡Oh! ¡Tengo un honor muy grande!…

PADRE DOMINGO. Don Federico Anderson, escritor estranjero, exselente amigo de los españoles.

JIMENA. Celebro mucho…

PADRE DOMINGO. Se pasa las mañanas y las tardes en er convento.

JIMENA. ¿Cómo?

FEDERICO. No es que me haya prendado de ninguna monja, aunque bien podría… Pero en ese caso el señor capellán no habría sido tan condescendiente conmigo.

PADRE DOMINGO. Probablemente, no.

Entre Pureza y Anderson se cruza una mirada significativa. A la mocita le causa risa y se quita de en medio.

FEDERICO. Estoy copiando unos documentos que me interesan y que las madres tienen en el archivo de la casa. El señor capellán me ha dispuesto una habitación donde trabajo aisladamente en una soledad de celda.

PADRE DOMINGO. ¡Y tanto! Como que está pasao el úrtimo rincón der compás, contigua a la iglesia, donde estuvo la primitiva casa de la fundadora. El emparedamiento, como entonses se le yamaba. Voy a dejá estos papeles y sargo en seguida.

JIMENA. Vaya usted.

PADRE DOMINGO. Siéntense, si gustan. *Entra en su casa.*

Jimena y Federico se miran con mutua complacencia.

FEDERICO. ¡Qué cosas dispone la suerte! ¿Quién me diría, cuando vine a trabajar al convento, que había de conocer aquí a una hija de Vélez de León, a la que ya había visto por esas encrucijadas sevillanas?…

JIMENA. *Sonriendo.* Sí que no es ésta la primera vez que nos vemos usted y yo… ¿Fué usted amigo de mi padre?

FEDERICO. No alcancé ese honor, señorita. Sabía de él y me interesaba su persona, tan singular, tan rara; y me atraía con gran curiosidad su trabajo callado, del que llegaban a mí preciosas referencias. Me han hablado mucho de su tertulia literaria; me han contado sinfín de anécdotas, llenas de intención y de sal… ¿Qué tiempo hace ya que murió?

JIMENA. Cerca de cuatro años. Su muerte, justamente fué la causa de que yo volviera a Madrid.

FEDERICO. ¿No vivía usted con él?

JIMENA. *Gravemente, con acento triste.* No, señor; vivía fuera de España: en París casi siempre. Llevaba ya bastante tiempo lejos de mi casa, separada de mi madre y de mis hermanos… y de él, por fuerza. *Con amargura.* ¡Novelas de la vida! Digo, novelas, no; historias.

FEDERICO. Dispense usted si con mi pregunta… si he sido inoportuno…

JIMENA. ¡No, por Dios! Al contrario. Me alegra que usted, que acabo de saber que ama a España, no ignore el nombre de mi padre ni desconozca su labor enteramente. Yo, en la actualidad, vivo para ella; me ocupo en ordenarla con gran cuidado. La recogí en mi casa, como herencia que me correspondía antes que ninguna. Mi madre y mis hermanos… En fin, esto a usted no le importa. En mi poder están todos los papeles de mi padre; sus trabajos inéditos, su caudal de investigaciones, sus apuntes, sus cartas…

FEDERICO. Serán un tesoro.

JIMENA. Creo sinceramente que lo son. Labor enorme, inédita en su mayor parte, de un hombre que tenía más ambición que fuerzas. Repasándola me estremezco y lloro mil veces. Porque es de mi padre, y por el patriotismo que rebosa. Le aseguro a usted que su lectura ha redoblado el mío, y soy ahora mucho más española que antes, porque además lo soy con entera conciencia. ¡Cuánto de mi patria he aprendido en él! ¡Cuánto ignoramos de ella! ¡Qué calumniada ha sido España! Y ¡cómo no hay fuerza más villana que la de la calumnia!

FEDERICO. ¡Con qué pasión ha dicho usted eso!

JIMENA. Por algo será. No he hallado una sola línea en todo lo escrito de mano de mi padre, que no estimule el amor nacional; en que no vibre la ilusión de nuestra grandeza, la devoción de nuestro ayer. ¡Qué dicha ser su hija!

FEDERICO. No es menor la de oír a una española expresarse así. No abundan.

JIMENA. ¿Usted es…?

FEDERICO. De mí hablaremos luego. ¿Piensa usted editar las obras de su padre?

JIMENA. Eso quisiera; de ello trato. Mi viaje a Sevilla se relaciona con ese propósito. Vive aquí un viejo amigo suyo, poseedor de una correspondencia íntima, en la que estoy hallando rasgos de mi padre que le explicarán al público muchas cosas.

FEDERICO. Labor es ésa para realizada sólo por una hija como usted.

JIMENA. Haré lo que pueda por su memoria. Reduzco a ello ya el fin de mi vida. Deseo que mis compatriotas conozcan el temple de alma de Vélez de León. Lo merece. Haré lo que pueda. Por aquello que dice uno de los Tellos de Meneses, de Lope:

El que su casa no aumenta
y la deja como estaba,
no es hombre digno de honor,
antes de perpetua infamia.

Yo no soy hombre, pero…

FEDERICO. Mejor es que no lo sea usted. ¿Es cierto que don Emiliano dejó un cabal estudio de Lope de Vega?

JIMENA. Cabal… hasta cierto punto; pero, desde luego, de lo más completo que dejó. En él volcó su alma. Decía mi padre que la de Lope era como un aura ambiciosa, que pasó por todos los lugares de España y de todos se llevó el perfume: desde las cuevas de Covadonga hasta las playas de Sanlúcar.

FEDERICO. Muy bien dicho.

JIMENA. El renegado que quiera amar a España que lea a Lope de Vega. No hay germen nacional que no esté en sus versos. A mi padre le oí yo muchas veces: «Como Lope hizo hablar a todos los hombres de la tierra, empezando en Adán, y los hizo hablar en español y con sentimientos españoles, Lope hizo española a la humanidad».

FEDERICO. Por eso son tan grandes España y Lope. Tal poeta para tal nación.

Vuelve el padre Domingo.

JIMENA. He pegado la hebra con este caballero…

PADRE DOMINGO. ¿No le dije yo a usté…?

FEDERICO. Por mi parte, lo que le debía de antemano al señor capellán del convento de las Reliquias es grano de anís para lo que le debo desde hoy.

JIMENA. ¡Qué galante!

FEDERICO. En ocasiones, es fuerza que lo sea la sinceridad.

Trinidad vuelve de la calle y entra en la portería, hablando entre sí.

TRINIDAD. ¡Miedo tenía su padre de que la niña parara en monja!… ¡Se va a tranquilisá muy prontito!

JIMENA. ¿Lleva usted mucho tiempo en España?

FEDERICO. Siete años corridos.

JIMENA. Casi no conserva usted ya acento extranjero.

FEDERICO. Y ¿qué falta me hace? Por lo mismo que quiero bien a España, he pretendido hablar el español como si lo fuese. El amor a un idioma es la prueba inequívoca del amor a un país. Los pueblos que quieran vivir con tres o cuatro idiomas no serán nunca grandes.

PADRE DOMINGO. Además, la madre de don Federico era española, señorita.

JIMENA. ¡Ah! ¿era española su madre de usted?

FEDERICO. De Cádiz. Mi padre, inglés; de Gibraltar. Yo nací en Los Ángeles, en Norteamérica. Y aún cuento en mi ascendencia una abuela alemana y un bisabuelo de «la bella Napoli». ¿Usted sabe lo que dice de mí un tal Pizarra de San Bernardo…?

PADRE DOMINGO. ¡Gran tipo!

FEDERICO. ¡Chamarilero y cicerone en una pieza!

JIMENA. ¿Qué dice?

FEDERICO. Que yo soy una *rebujina*. ¿Me ha salido con dejo andaluz?

PADRE DOMINGO. Como si lo hubiera dicho er propio Pisarra.

JIMENA. Y en Sevilla ¿hace mucho que está?

FEDERICO. Quince meses. Y eso que vine por quince días tan sólo. Pero no es el encanto de Sevilla, con serlo muy grande, lo que me ha detenido así, sino la fortuna que me ha guiado en mis investigaciones históricas. Trabajo en el Archivo de Indias. Preparo un libro de ardiente españolismo. Es ya deber mío el comunicárselo a usted.

JIMENA. ¿Tal vez sobre los conquistadores de América?

FEDERICO. Exactamente. Yo gustaría de escribir la historia de todos, verdadera epopeya humana. ¡Los hombres que llevaron a países salvajes o desiertos la civilización, la verdadera civilización: leyes piadosas, la escuela, el altar y la imprenta!… Que no busquen los maestros españoles héroes más grandes que mostrar a los niños que aquellos héroes, porque la Humanidad no los tiene.

JIMENA. No los tiene.

FEDERICO. Afirma de modo solemne un historiador español que «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias». Y yo he de terminar mi libro afirmando, a mi vez, que ni ha habido más grande nación que esta España, a quien se debe el hecho fabuloso, ni ya en lo por venir puede tampoco haberla, porque no hay otro mundo que descubrir y que civilizar.

JIMENA. Le oigo a usted —ya ve cómo estoy— conmovida… temblando de satisfacción y de gozo… ¡Si viera con qué emoción sigo sus palabras!

PADRE DOMINGO. ¡Qué siento yo que no esté aquí Pepichi!

JIMENA. ¿Quién?

PADRE DOMINGO. Nadie.

FEDERICO. Pues decía, señorita, que ya que mis fuerzas, por pobres, no me permiten escribir la epopeya magnífica, consagraré mi libro a dos héroes oscuros hasta ahora: un soldado y un misionero. Así lo titulo. El soldado, Martín de Salazar, que nació en Sevilla y murió, como Hernán Cortés, en Castilleja de la Cuesta, fué extraño ejemplo de resistencia y de heroísmo. Al morir, dejó su humilde ajuar a estas monjas, una de las cuales era hermana suya, y con él las sencillas memorias de sus hazañas, escritas a lo llano, con modestia sublime… El misionero, fray Alonso Garzón, natural de Ávila,

murió en Nuevo Méjico, y llevó el amor y la ternura de la religión de Jesús a tribus salvajes, que entre sus bárbaros ritos practicaban el de ofrecer a los dioses corazones humanos. Este misionero y aquel soldado son mis héroes.

Jimena. ¡Oh! ¡Qué hermosura! Y ¡cómo contrasta ese noble empeño de usted con el de muchos de mis compatriotas! Usted habrá observado el fenómeno. Ésos de que hablo parecen no responder sino a esta divisa: lo que denigra, es cierto; lo que enaltece, es falso.

Federico. Así lo creen o fingen creerlo. No hay que vivir en España el tiempo que hace que yo vivo para darse cuenta de esa gran verdad.

Jimena. Y ¿habrá nada más triste? No hay amor, no hay verdadero amor a España… ¿Ha leído usted unos artículos que se están publicando en la revista *Atlante*, de Nueva York?

Federico. No.

Jimena. Pues no los lea, si no quiere morirse de asco. Contienen todos los lugares comunes, toda la trágica vulgaridad de la leyenda negra; todas las calumnias que en tres siglos de odio y de envidia a España han caído sobre nosotros. Las páginas más bochornosas de la historia de todos los pueblos del mundo le merecen disculpa al articulista; sólo las de España son execrables para él. Firma un tal Demetrio.

Padre Domingo. *Asociando ideas.* ¿Demetrio?

Jimena. Sí, señor.

Federico. Es lamentable que tales patrañas aún encuentren vertedero donde caer.

Vienen de la calle Pizarra, el cicerone antes mencionado, y Mosié Busón, pajarraco extranjero. Éste se distingue por la mirada fatigada y atónita de un hombre que quisiera enterarse de todo y que difícilmente se entera de algo. Viste de chaqué, hongo duro de copa plana, botines y monóculo. No abandona una Guía y un libro de notas, donde escribe alguna cosa de cuando en cuando. Habla, lo poco que habla, con gran esfuerzo.

Pizarra. Pase usté, pase usté, cabayero. Buenos días, don Federico y la compaña.

Federico. ¡Oh, insigne Pizarra! Buenos días.

Padre Domingo. Ven con Dios.

Jimena. Buenos días.

Mosié Busón saluda con el hongo. Pizarra empieza sus funciones en el compás. Jimena, Anderson y el Padre Domingo atienden a la escena y hacen comentarios y ríen con discreción entre sí. Pizarra les guiña burlescamente alguna vez.

Pizarra. *A Mosié Busón.* Este convento que vamos a vé ahora es vurgarmente conosido por er de las Reliquias, porque parese sé que en ér dejaron sus reliquias todos los marnates y los santos varones que lo visitaron en la antigüedá. San Isidoro dejó una mitra; San Leandro, un báculo y la reseta de las yemas que yevan su nombre; San Fernando, un pendón, y Santa Teresa, las sélebres sandalias. Y así los demás, hasta Arfonso XIII. De Isabé la Católica se cuenta que entró aquí a cabayo, y que al enterarse de que aquer día presisamente se les había muerto a las Madres er borriquito que le daba vuertas a la noria, donó su cabayo pa ese servisio, y se fué andando hasta el Arcása, entre las aclamasiones de la murtitú. Er cabayo se conserva momificao en los sótanos der convento. Lo que tiene, que pa verlo es menesté una lisensia der cardená, que cuesta quinse duros. Refiere la leyenda que la fundadora de este convento, doña Társila de Guzmán, estuvo enamorada platónicamente de Don Pedro er Crué; pero este dato aún no se ha comprobado en la Historia. En er siglo XVI hubo una abadesa, gran escritora, hija naturá de Fray Bartolomé de las Casas, que escribió un drama religioso en latín, que luego le puso en lengua vurgá er seviyano Lope de Rueda, de ofisio batihoja y autó der paso de *Las asitunas*. *Trinidad sale a la puerta de su vivienda, en espera del momento en que sus servicios sean solicitados por Pizarra.* Estos patios tan alegres que usté ve aquí se yaman, como ya le he dicho, er compás. En eyos se encuentran los locutorios, er torno y las viviendas de los servidores de las Madres. Er nombre de compás obedese a que en esta casa se presisa entrá con mucho tiento. Éste fué restaurado en tiempos de Carlos III, de Carlos IV y de Carlos V, que por sierto reinó mucho

antes que Carlos III y que Carlos IV. ¡Las contradisiones de este país! Cuando usté quiera vamos a visitá la iglesia, donde hay un retablo de Alonso Cano que es la armirasión de to er que lo ve.

MOSIÉ BUSÓN. Vamos a la iglesia.

PIZARRA. Trinidá, acompañe usté a la iglesia a este cabayero.

TRINIDAD. Venga usté por aquí, señó.

PIZARRA. La señora le enseñará a usté to lo más curioso.

MOSIÉ BUSÓN. Bien.

TRINIDAD. Por aquí.

Se va por el fondo, hacia la izquierda, con Mosié Busón. Pizarra se aproxima al grupo de los otros tres personajes, quienes desean oírle a propósito del viajero.

PIZARRA. Vaya con Dios Mosié Busón, que ya va listo.

FEDERICO. ¿Cómo le ha llamado, Pizarra?

PIZARRA. Mosié Busón.

PADRE DOMINGO. Pero ¿se yama así?

PIZARRA. Su madre sabrá cómo se yama y en qué tierra lo trajo ar mundo. Yo le he puesto Mosié Busón, porque se traga to lo que le echo.

JIMENA. Ya lo hemos visto, ya.

PIZARRA. Es de lo más boyante que he tropesao en mi ofisio. Ayer tarde me lo encontré en er Parque de María Luisa, ar pie de una parmera, renegando en su jerga de un guardia que le había echao una murta porque cogió unas flores. Estaba negro. «¡Cosas de España!» —me desía después, en son de crítica—. Ya ve usté: echá murtas, cosas de España. ¿Estará enterao? ¡Las cosas de España son perdoná las murtas!

FEDERICO. ¿Entiende bien el español?

PIZARRA. Pa mí que se quea en ayunas de más de la mitá. Y lo que toca a hablarlo, cuando tropiesa por casualidá con una erre, suda sangre. Hase un rato, pa desirme que quería í a San Roque, se tuvo que agarrá a una ventana.

JIMENA. ¡Ja, ja, ja!

PIZARRA. Está atontao: yo no sé si de armirasión o de que no se entera. Pué que de las dos cosas. Creo que viene a escribí un libro aserca de España.

FEDERICO. ¿Sí, eh?

PIZARRA. Sí, señó. Y lo que es er capítulo de Seviya va a está sembrao. Desde ayé que yo lo cogí por mi banda… ¡Sembrao!

PADRE DOMINGO. Pero, hombre, y si te ha dicho eso der libro, ¿pa qué le cuentas tú disparates?

PIZARRA. ¡Pa no dejá sola la colersión de los que ér trae ya metíos en la cabesa! ¿Usté sabe las preguntas que desde ayé me ha hecho? No pasamos por un edifisio que no me diga: «¿Es la Inquisisión?». La Fábrica e Tabacos, la lnquisisión; er Museo, la Inquisisión; la Biblioteca Colombina, la Inquisisión… ¿Quié usté desirme dónde estuvo la Inquisisión, pa yevarlo ya y que duerma tranquilo?

FEDERICO. Yo no puedo sacarle de dudas, Pizarra.

JIMENA. Ni yo.

PADRE DOMINGO. Yo no sé más sino que a la caye de Bustos Tavera se le yamaba de la Inquisisión Vieja.

PIZARRA. Pero ¿qué más da? Lo mejó que hago es emborracharlo en la Venta Eritaña y desirle que ayí estuvo la Inquisisión. Yo me consertaré con Manolito.

FEDERICO. Asombra el desconocimiento de España que hay en el Extranjero. A mí hubo quien me aconsejó que no viajara por este país sin escopeta y sin puñales.

JIMENA. A mí me han preguntado si era verdad que en el paseo de las cuadrillas, en los toros, salía un capellán con traje de luces y bonete.

PADRE DOMINGO. ¡Avemaria Purísima!

PIZARRA. Este Mosié Busón sueña con los cuernos también. Entre la Inquisisión y los *toreadores* está sonámbulo. Pasa un cojo: «¿Er *Tato*?». No, hombre: ¡un cojo! ¿De dónde sale usté? Pasa un tuerto: «¿Manuel Domínguez?». No, señó: ¡un tuerto! ¡Como habrá muchos en su tierra! ¡Pero hasta en eso anda atrasao de notisias! Y esta mañana me ha preguntao qué se hasía con los cuernos después de las corrías.

Padre Domingo. Y ¿qué le contestaste?

Pizarra. No es pa dicho en este lugá.

Risas.

Federico. Pues por desatinos que se inventen, se han escrito más todavía.

Pizarra. Aquí vuerve ya el hombre. ¡Y que no levanta aire con los fardones der chaqué!

Federico. Pronto ha visto la iglesia.

Pizarra. ¡Despacha en un vuelo!

Vuelve, en efecto, Mosié Busón. Trinidad lo sigue, y a poco se mete en su casa.

Trinidad. Este señó me ha preguntao dos o tres cosas y yo no he sabío responderle.

Pizarra. No se apure usté; yo se las esplicaré por er camino. *A Mosié Busón.* ¿Le ha gustao la iglesia?

Mosié Busón. Sí. Barroca.

Pizarra. ¿Y er retablo, le ha gustao a usté?

Mosié Busón. También. Barroco.

Pizarra. ¿Y la capiya de la Virgen?

Mosié Busón. Barroca. *Hojea su librito.*

Pizarra. *A los demás.* ¡O to lo que no entiende es barroco, o no hay más que barroco en Seviya!

Mosié Busón. Escuche, Pizarra.

Pizarra. Mándeme usté.

Mosié Busón. Quiero hoy visitar Los Molares.

Pizarra. ¿Los Molares? Eso es un pueblo ar lao de Utrera.

Mosié Busón. Los Molares.

Pizarra. Un pueblo ar lao de Utrera.

Mosié Busón. Los Molares.

Pizarra. Usté lo que querrá será vé er castiyo.

MOSIÉ BUSÓN. El castillo, sí.

PIZARRA. Sí, porque er pueblo es muy alegre y muy blanquito; pero es una caye na más.

MOSIÉ BUSÓN. ¿Habrá un gran hotel?

PIZARRA. ¿Gran hoté en Los Molares? ¿A que es Mosié Busón er que se está queando con Pisarra?

MOSIÉ BUSÓN. ¿Qué dice?

PIZARRA. ¡Que grasias a Dios que haya una posá; que er pueblo es muy chico! *Mosié Busón sonríe desdeñosamente.* Se va en tren a Utrera, y en Utrera se toma un coche. Media hora de camino escasa.

MOSIÉ BUSÓN. ¿Encontraremos bandoleros?

PIZARRA. ¡No! ¡Qué disparate! No tema usté. Eso era a prinsipios der siglo pasao. ¡En tiempo de Manuer Domínguez! Ahora por los caminos no hay más que perros y la Guardia siví.

MOSIÉ BUSÓN. Bien. *Escribe en el librito.*

Pizarra, mientras tanto, dice a los otros:

PIZARRA. ¡Estoy ya hasta los pelos de sivilisación y de que piense que esto es África! ¡Y he pasao yo más mieo en París y en Londres a las seis de la tarde, que a las dos de la noche en una carretera de Andalusía!

MOSIÉ BUSÓN. ¿Vamos?

PIZARRA. Vamos cuando usté guste. Buenos días.

JIMENA. Buenos días.

PADRE DOMINGO. Adiós.

FEDERICO. Adiós.

Mosié Busón vuelve a saludar con el hongo y se va a la calle con Pizarra, que dice antes de irse:

PIZARRA. Yevamos andando tres horas. ¡No toma un coche ni soñando en la siesta!

FEDERICO. ¡Caricatura deplorable! Lo ignora todo, viene lleno de prejuicios estúpidos, no sabe castellano… y va a escribir un libro acerca de España.

JIMENA. Y muchos españoles harán más caso de ese libro que del de usted. *Despidiéndose.* Señor Anderson…

FEDERICO. *Estrechándole la mano.* Jimena… Muy honrado y muy contento de esta amistad.

JIMENA. Mil gracias. Muy ufana yo por mi parte. Adiós.

FEDERICO. Adiós.

JIMENA. Que usted siga bien, padre Domingo.

PADRE DOMINGO. Vaya usted con Dios, señorita.

Al ir a marcharse Jimena, llega Florencio. El encuentro, inesperado y repentino, desconcierta a los dos. Ella se reprime, y Florencio exclama:

FLORENCIO. ¡Jimena!

JIMENA. ¿Eh?

FLORENCIO. ¡Jimena!

JIMENA. *Ya con absoluto dominio de sí.* No recuerdo…

FLORENCIO. *Rehaciéndose, a su vez.* ¡Ah!… perdone. Me he confundido.

Jimena, ensombrecido el hermoso semblante, sigue su camino y se marcha, ocultando su turbación. El capellán le pregunta entonces a Florencio, con extrañeza:

PADRE DOMINGO. ¿Se ha confundido usté?

FLORENCIO. No, señor; no me he confundido. ¿No ha oído usted cómo la llamé por su nombre? Jimena. Es Jimena Vélez de León. Sé quién es, y sabe quién soy. Subo por Pepichi. *Éntrase en la vivienda del capellán.*

Éste lo mira y mira a Anderson, el cual ha presenciado el incidente con gran curiosidad y emoción. Cuando desaparece Florencio, se asoma a la puerta del compás, a punto de seguir otra vez a la misteriosa heroína.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Último espacio del compás, contiguo a la iglesia. En primer término, a la derecha del actor, un pasadizo que comunica con la parte del compás que ya conocemos. En segundo término, la puertecita de un locutorio. Al foro, la puerta reglar del convento, cobijada por amplio y rico guardapolvo, que sostienen firmes ménsulas de hierro forjado. A la izquierda, en el primer término, limitando el lugar, una puerta baja de arco, con celosía, que conduce a la iglesia y al cuartito en que Anderson trabaja. En segundo término, la puertecita de una vivienda humilde. En ángulo recto con ella, de frente al público, otro locutorio, en cuyo fondo se ve la doble reja que separa del mundo a las monjas, y tras la cual hay una cortina corrida. En los huecos, poyetes adosados a la pared y tal cual arriate. Aquí y allá ligeros arbustos.

Es por la tarde, a los quince días del acto anterior.

La Seglarita, mocita huérfana de grandes ojos que brillan con serena luz, cose sentada a la puerta de la vivienda de la izquierda. Viste pobremente. A su lado hay un par de sillas: o espera visita o la ha tenido ya.

Por la puerta de la celosía salen Pureza y don Augusto, caballero español con aire extranjero. Pureza está un poquito más compuesta que en el primer acto.

PUREZA. ¿Conque tanto le ha gustao a usté la iglesia de las Madres?

DON AUGUSTO. Extraordinariamente, niña. Con decirle que las alabanzas de usted me han parecido pálidas…

PUREZA. ¿Usté es la primera vez que viene a Seviya?

DON AUGUSTO. La primera.

PUREZA. Pos no será la úrtima. To er que viene a Seviya, se empica.

DON AUGUSTO. ¿Se qué?

PUREZA. Se empica. Se afisiona; le da la comesón de vorvé. Y es que en Seviya está lo mejó der mundo.

DON AUGUSTO. ¿Quién le ha dicho a usted eso?

PUREZA. Yo que lo sé.

DON AUGUSTO. ¡Ah, entonces!…

PUREZA. Y mi novio también me lo ha dicho.

DON AUGUSTO. Esa opinión sí que es indiscutible.

PUREZA. ¿Ve usté, señó? Esta grande es la puerta de regla; así la yaman. Como no haya obra en er convento, o arguna cosa extraordinaria, no se abre más que pa resibí a las novisias.

LA SEGLARITA. *Atenta a la conversación.* Hoy entra una.

PUREZA. Sí: es ahijada de este cabayero.

LA SEGLARITA. ¡Ah! *Se levanta, curiosa.*

PUREZA. *Por la Seglarita.* Esta muchacha tiene aquí dos hermanas.

DON AUGUSTO. ¿Dónde?

PUREZA. En er convento.

DON AUGUSTO. ¿Y ella no ha querido seguirlas? Ha hecho bien.

LA SEGLARITA. Yo sí hubiera querido, pero no tengo vocasión. Nos quedamos huérfanas, y mis hermanas, que son las mayores, desde entonses no pensaron más que en profesá. Yo, por viví serca de eyas, les pedí a las Madres que me arrendaran este nidito, y me ayudo con la costura.

PUREZA. Le arvierto a usté que, aunque no ha entrao, ésta es otra monja. En er compás le desimos la Seglarita.

DON AUGUSTO. ¿La Seglarita?

LA SEGLARITA. Er nombre que les dan las Madres a las novisias mientras prueban la vocasión.

PUREZA. Yo digo que no le fartan más que las tocas y enserrarse ahí dentro.

LA SEGLARITA. ¡Casi na me farta! Un convento es una cárse en vida. Me da miedo pensá en una puerta como ésa, que al año de entrá una por eya se le sierra pa siempre.

DON AUGUSTO. *Interesado.* ¿Suelen salirse antes del año algunas novicias?

LA SEGLARITA. Rara vez. La que entra, lo regulá es que tome el hábito. ¡Qué pena!

DON AUGUSTO. Y ¿en qué consiste la ceremonia de la entrada? Póngame usted en antecedentes, ya que he de venir luego…

LA SEGLARITA. ¿La de la entrada de una novisia quiere usté sabé, no la de la toma de hábito? Son cosas diferentes.

DON AUGUSTO. Eso es; sí. La de la entrada de una novicia.

LA SEGLARITA. Pos muy sensiya, cabayero. Por lo mismo impresiona más. Viene la muchacha con su madrina o su padrino, y también con arguna amiga que quiera despedirla. Las monjas no quieren que las acompañen los padres ni las personas muy ayegadas, para que la despedida sea menos triste. La *postulanta* yama tres veses a la puerta de regla. Se hinca de rodiyas y espera, hincada, hasta que la puerta se abre. La aguardan dentro la abadesa y toda la comunidá. Eya, entonses, se despide otra vez de las personas que la han traído, y entra en er convento. Se sierra la puerta… y se acabó.

DON AUGUSTO. *Con tristeza.* ¡Y se acabó!

Las dos mocitas contemplan al caballero. Del locutorio de la derecha sale Jimena, que se sorprende al verlo.

JIMENA. ¡Don Augusto!

DON AUGUSTO. ¡Jimena! ¿Usted en Sevilla?

JIMENA. Pues, ¿y usted?

DON AUGUSTO. Es verdad: lo mío es más raro. ¿Estaba usted en ese locutorio?

JIMENA. Sí, señor; hablando con una monja prima mía. ¿Y usted, viene a llevarse alguna?

Pureza y la Seglarita se apartan, sin dejar de atender al diálogo de Jimena y don Augusto, y de hablar entre sí. Cuando ven que la conversación

se prolonga, se sientan.

DON AUGUSTO. No; a traerla. Esta tarde ingresa en este convento una criatura angelical, ahijada mía, a quien quiero como si tuviera mi sangre. De Londres he venido, primero que a nada, a ver si podía disuadirla de su propósito, con mejor fortuna que su madre. Pero ha sido inútil.

JIMENA. ¿Es un caso de gran vocación?

DON AUGUSTO. De gran dolor; de gran desencanto.

JIMENA. ¡Pobre criatura! ¿Quién es ella? ¿Cómo se llama?

DON AUGUSTO. Isidrita Santa María. Ha vivido hasta hace muy poco en un pueblo de por acá… de cuyo nombre no quiero acordarme.

JIMENA. Y ¿qué dolor es el que la arrastra a una resolución así?

DON AUGUSTO. Una villanía: la calumnia infame de un novio despechado.

JIMENA. *Estremeciéndose.* ¡Oh!

DON AUGUSTO. Como en esta bendita España se puede calumniar impunemente… Él ha huido del pueblo; ella me ruega que no lo busque, y que lo perdone. La gente ha creído la infamia, con esa inconsciencia de la maldad, que es la gran tercera de la calumnia… Y ahí tiene usted el drama terrible: una vida deshecha, una casa vacía… y una madre que pierde a su hija. Es más: también la pierde un buen muchacho, enamorado de ella, que cree en su pureza y le ofrece su amor como reparación ante el mundo. Pero todo es en vano: se encierra en el convento.

JIMENA. *Turbadísima, con los ojos llenos de lágrimas.* Me ha hecho usted llorar… Llevo unos días tan excitada y tan nerviosa…

DON AUGUSTO. ¡Vaya por Dios, Jimena!

JIMENA. *Vivamente.* Sin motivo, sin causa, no se figure usted. Y ¿es esta tarde cuando dice usted que ingresa esa niña?

DON AUGUSTO. Esta tarde. Ahora voy por ella. He estado hablando un rato con la madre abadesa, haciéndole un poco de historia… Y usted, ¿qué me cuenta, desde que no nos vemos? ¿Qué la trae por Sevilla?

JIMENA. Asuntos de mi padre. Voy a ver si libro del olvido todo cuanto escribió.

DON AUGUSTO. ¿Piensa usted editar sus obras?

JIMENA. Sí, señor; aunque me arruine.

DON AUGUSTO. No lo creo.

JIMENA. Pues no lo dude usted. El espíritu de mi padre era muy español, y hoy no se lleva eso. Cada español se ha echado una especie de patria adoptiva en la nación extranjera que más le gusta. Pero ¡a quién se lo digo!

DON AUGUSTO. No obstante, aunque sólo sea para ayudar a usted en su aventura editorial, cuénteme entre los suscriptores.

JIMENA. Muchas gracias. Es un gran sacrificio el de usted. Porque si lee las obras, va a sufrir muchísimo.

DON AUGUSTO. Pues las pienso leer.

JIMENA. ¡Pues se tirará usted de los pelos! ¡Dios mío! ¡Leyendo a Vélez de León el español más antiespañol que conozco! ¿Se acuerda usted de nuestras peloteras nacionalistas en París, en casa de *madame* Rosemonde?

DON AUGUSTO. ¿Quién las olvidará? Y menos yo, que era siempre el vencido.

JIMENA. Por gentileza. ¡Qué manía la de usted! Desde Hendaya para acá todo le parecía ya insoportable. El paisaje, las gentes, el idioma, el humo del tren, los revisores, los pájaros, los hilos del telégrafo… ¿Qué quiere decir todo? ¡Ja, ja, ja! Se ponía usted frenético.

DON AUGUSTO. Un poco me van ya suavizando las canas.

JIMENA. ¿Se puede creer?

DON AUGUSTO. Sí; pero no cante usted victoria. Ni tampoco me juzgue demasiado mal. Nadie puede exigirme, en rigor, que yo quiera a mi patria.

JIMENA. ¿Nadie, don Augusto?

DON AUGUSTO. Nadie, Jimena.

JIMENA. ¿Ni por ser natural de la corte?

DON AUGUSTO. Y ¿qué más da? Efectivamente, nací en Madrid; pero aún estaba en el claustro materno —lo recuerdo muy bien— y ya oía a mis padres discutir si sería niño o niña; y lo discutían en inglés. Mi padre le

llamaba a mi madre Fanny, y mi madre a mi padre, Tommy. Y fuí varón, por suerte. Y cuando apenas sabía decir en español más que papá y mamá, me enseñaron simultáneamente inglés y francés. El español se conoce que era lo de menos. En la mesa, en mi casa, se hablaba inglés ordinariamente, y se menospreciaba y se criticaba a España, sobre todo cuando había visitas extranjeras. Era un extraño modo de halagar el amor patrio de las visitas. Nadie me señalaba nunca un héroe nacional, en ningún orden conocido, ni por casualidad ponía con amor en mis manecitas un libro castellano. Recuerdo que el *Quijote* no lo leí hasta los treinta años, en inglés. A Velázquez lo conocí en el Louvre. La educación, es claro, la recibí fuera de España: en Londres. Luego, en premio a mi aplicación de estudiante, me llevaron a visitar París, Berlín, Viena y Roma… Todo menos España. Aún no he visto —otro cualquiera se avergonzaría de confesarlo— Toledo, ni Granada, ni El Escorial… Mis padres no me llevaron nunca. ¡Eran tan malos los hoteles!… He pasado temporadas en Brujas, y desconozco Salamanca; no he pisado Aranjuez, y me sé de memoria Versalles; veraneo en Suiza, y hablo de oídas de las montañas asturianas y de las rías gallegas… Dígame usted si a quien así creció y vivió es lícito exigirle que sea modelo de patriotas. Que me pidan, por mucho, que no abomine de mi país; pero ¿que lo quiera? ¿Por qué? ¿Quién me enseñó a quererlo?

JIMENA. Es verdad, es verdad… La negación constante, el menosprecio, la ignorancia del propio suelo, no pueden llevar más que a este resultado. Noto, sin embargo, que ha cambiado su lenguaje de usted. Le mandaré, le mandaré los libros de mi padre.

DON AUGUSTO. De catecúmenos está llena la historia de la Iglesia.

JIMENA. ¿Habrá hecho Sevilla el milagro?

DON AUGUSTO. Todavía no hay milagro. Pero, en honor de la verdad, creo que es Sevilla capaz de hacer muchos. Adiós, Jimena. Muy complacido de este encuentro.

JIMENA. Adiós, don Augusto; que nos veamos. Yo estoy en una de las hospederías de la calle de Justino de Neve.

DON AUGUSTO. La buscaré a usted. Adiós.

JIMENA. Adiós.

DON AUGUSTO. *A Pureza.* ¿Vamos, niña?

PUREZA. Vamos.

Se va con don Augusto por el pasadizo. La Seglarita se acerca a Jimena, que ha quedado abstraída.

LA SEGLARITA. Se conose que a ese cabayero le duele mucho que su ahijada se meta monja.

JIMENA. Sí… Pero, más que el hecho, la causa. Voy a rezar un rato.

LA SEGLARITA. Vaya usté con Dios.

Sigue a Pureza y a don Augusto.

Jimena se encamina a la iglesia. Cuando va a abrir la celosía, sale por ella Federico Anderson.

FEDERICO. ¡Oh! ¡Amiga mía!

JIMENA. Amigo Anderson…

FEDERICO. *Jovialmente.* ¿Iba usted, quizás, a buscarme?

JIMENA. ¡No! Iba a la iglesia. ¿Usted viene de su celdita, de trabajar?

FEDERICO. De querer trabajar. Y ahora volveré. Sino que ha llegado Pizarra con no sé qué portento pictórico, y el señor capellán me ha rogado que vaya a verlo.

JIMENA. Pues siga su camino; por mí no se detenga usted.

FEDERICO. ¿Por quién mejor? Que aguarde Pizarra. Aunque dice que trae un Murillo, como ante mi vista tengo otro…

JIMENA. ¡Cristiano! Eso es digno de un mocito de la Macarena.

FEDERICO. Me voy andaluzando mucho. ¿Está ahí la Seglarita?

JIMENA. Acaba de irse. ¿Qué la quiere usted?

FEDERICO. Nada. ¿Y en los libratorios, no hay gente?

JIMENA. Ahora, nadie.

FEDERICO. Pues gocemos nosotros dos de esta tranquila soledad, que parece dispuesta para nosotros dos. El compás de los conventos es un sitio muy solo… pero siempre está acompañado. Sentémonos.

JIMENA. ¿Que nos sentemos?

FEDERICO. ¿Hay en ello algún inconveniente?

JIMENA. Ninguno.

FEDERICO. ¡Entonces!… *Se sientan.* Muchas gracias. ¡Qué silencio! ¡Qué paz más dulce!…

JIMENA. Medio profana, medio religiosa.

FEDERICO. Por eso es más interesante y penetra más. ¿No es cierto que invita este lugar a la reflexión… aun a la confesión misma? Tiene para mí este rinconcito del compás, sobre todo a esta hora de la tarde, deliciosa poesía, evocador misterio… Cuando me hallo en él, noto que mi alma vive más… Hay horas en que me paseo por aquí, y no siento mi cuerpo… no pesa… A través de las dobles rejas de los libratorios llega hasta mí como el perfume de amores marchitos, de pasiones que se extinguieron sofocadas; suaves resplandores de llamas de amor místico, exaltado y puro… ¡Qué noble ha de ser un amor humano nacido aquí!

JIMENA. ¿Un amor?

FEDERICO. Un amor. Y ¡qué bello! Porque las cosas que nacen donde no parece que han de nacer, son más bellas que si por la naturaleza del lugar fueran esperadas. ¿Ha llorado usted esta tarde?

JIMENA. Un segundo. ¿Se me nota?

FEDERICO. Yo, sí. Hay un algo nuevo en sus ojos.

JIMENA. ¡Qué no advertirá usted!…

FEDERICO. No; pues en general soy bien distraído. Quizás a ello deba el conservar toda mi atención para cuando mejor quiero emplearla.

JIMENA. *Tratando, a pesar suyo, de desviar la conversación.* ¿Cómo lleva usted sus trabajos?

FEDERICO. Mal.

JIMENA. ¿Mal?

FEDERICO. Muy mal.

JIMENA. ¡Pero Anderson!…

FEDERICO. No lo lamente usted, porque yo, aunque usted se pasme de oírmelo, no lo lamento.

JIMENA. ¡Sí que es raro!

FEDERICO. En apariencia. Ignorando el motivo… Óigame usted, Jimena. Óigame usted sin bajar los ojos. Yo, hasta hace quince días, me aislaba en el estudio y en el trabajo como si no estuviera en este planeta. El dato nuevo e imprevisto que hallaba en mi investigación me producía un júbilo tierno e infantil a nada comparable. Si entonces hubieran llegado a decirme que ardía mi casa, no hubiera oído al mensajero. De quince días acá, la imagen de una mujer hermosa distrae mi pensamiento y se lo lleva de los papeles tras de sí. Mi vista o mi mano puede estar materialmente en el libro que tengo delante o en las cuartillas en que escribo: mi alma está donde ella, aun cuando no sepa donde ella esté.

JIMENA. ¡Federico!…

FEDERICO. ¿Ha adivinado usted quién es esa mujer, no es así?

JIMENA. *Conmovida.* No he necesitado adivinarlo; me lo han dicho el temblor de su voz al hablarme, sus ojos, sus palabras…

FEDERICO. Sí, Jimena: deseaba ya esta confesión para descansar. Usted es quien llena mis horas, quien se ha llevado consigo mi reposo y se ha apoderado de mi fantasía, haciéndome soñar como un poeta. Han bastado nuestra primera conversación en este compás, que ya tenía un antecedente risueño; el paseo casual de noches pasadas por las calles desiertas; la excursión a Itálica, juntos; el dichoso encuentro en la Catedral… y a la par de todas esas cosas, Jimena, la belleza de usted, el no sé qué de su persona y de su espíritu.

Tengo en el alma puesto
su gesto tan hermoso,
y aquel saber estar adonde quiera;
el recoger honesto,
el alegre reposo,
el no sé qué de no sé qué manera…

¿Está usted llorando de nuevo?

JIMENA. Sí, Federico: estoy llorando… y tal vez por la misma causa que antes.

FEDERICO. ¿Cómo?

JIMENA. El amor que usted ahora me descubre remueve en mi corazón el dolor de mi vida, la tragedia de mi existencia errante… como hace poco los removía también, de súbito, la desconsoladora historia de amor de una muchachita, que me contó un amigo, sin sospechar que me estaba poniendo un espejo ante el alma. En aquellas lágrimas que entonces pude contener, pero cuyas huellas notó usted, sin embargo, y en estas otras que dejo correr para que usted las vea, y porque son más fuertes que mi voluntad, se ahogan para mí ya todos los amores… Soy una mujer sin ventura, Anderson… Aléjese de mí; olvídeme.

FEDERICO. ¿Qué es lo que estoy oyendo? ¡Ahora menos que nunca, Jimena! ¡Yo necesito conocer esa llaga escondida!

JIMENA. ¿Para qué?

FEDERICO. ¡Para quererla a usted mucho más!

JIMENA. No asegure usted lo que no sabe.

FEDERICO. ¡Embellece tanto la desventura!…

JIMENA. Quizás; pero ésta que yo padezco ennegrece, afea.

FEDERICO. ¡No!

JIMENA. ¡Sí!

FEDERICO. Yo deseo experimentarlo. Si no cree usted a mi amor indigno del suyo…

JIMENA. Más bien temo, y me duele ya, que ese amor de usted llegue a creerme indigna de sí.

FEDERICO. ¡Imposible! Pero, sea como quiera, con sus medias palabras me está usted causando una inquietud desconsoladora. ¡No me torture usted más tiempo! Mi imaginación ha tomado un vuelo vertiginoso. *Con ansia.* Dígame usted: ¿el hombre aquél, el hombre de aquel encuentro fortuito, cuando usted se marchaba de este compás la primera vez que nos hablamos…?

JIMENA. *Interrumpiéndolo.* ¡Cómo veo que es verdad lo que usted me quiere!

FEDERICO. ¿Aquel hombre… aquel hombre…?

JIMENA. ¡Aquel hombre es toda mi desventura!

FEDERICO. ¡Oh! ¡Ya sé yo por qué le odiaba desde que le vi! ¡Antes de conocerla a usted ya le odiaba! ¡Hable usted, Jimena! Es necesario.

JIMENA. Sí; ahora, sí.

FEDERICO. Hable usted.

Ella, triunfando de su repugnancia y de su dolor, refiere su drama: él la escucha con suprema ansiedad.

JIMENA. Ese hombre llegó a Madrid, y atrajo pronto hacia su persona la atención de las gentes. Su empaque simpático y su labia le abren fácilmente el camino. Antes de ahondar en su corazón, engaña a cualquiera. En Madrid se le rodeó en pocos días de una aureola de hombre nuevo, de espíritu sagaz y fino, de adalid de ideas regeneradoras. Madrid tiene, para levantar ídolos de barro, la misma prisa con que luego a veces quiere derribar los de piedra o de bronce. Con esa aureola llegó ese hombre a mi casa. Mi padre gustó siempre de acoger en ella a los jóvenes de talento… Era mi padre un trabajador pasivo… Soñaba con discípulos a quienes dejarles su tesoro espiritual…

Si no vencí reyes moros
engendré quien los venciera,

decía constantemente. Y le abrió a Florencio sus puertas y sus brazos. Yo le declaro a usted que me turbó su presencia desde el primer día: me atrajeron a la vez su persona y la audacia de su lenguaje, siempre original y pintoresco. Se mostraba entonces distinto que ahora: ahora lo niega todo; entonces lo exaltaba todo: era soñador, optimista. Respiraba el triunfo del momento y cantaba: ahora es el fracaso ya inevitable el que le hace rugir. En fin, me enamoró y le quise. *A un movimiento de Anderson.* Le quise: estoy diciendo la verdad.

FEDERICO. Siga usted.

JIMENA. Poco tiempo duró aquel amor mío, como fundado en un engaño. Al acercarme al hombre aquel; al tantear en su alma, hallé con pena

un gran vacío, que él simulaba llenar con ficciones. Carecía en verdad de todo sentimiento; no sabía ni podía admirar lealmente nada; le faltaba en absoluto el sentido moral. Estaba, como tantos, por encima del mal y del bien… Le arranqué, por fin, la burda máscara del rostro, y acabé por rechazarlo con asco, con miedo, con vergüenza de haberle querido… Entonces, como estalla un incendio latente al soplo de una ráfaga fuerte de aire, estalló el único fuego real que en sí lleva: la vanidad más insensata. Tiene la vanidad de cien hombres y de cien mujeres. En su vanidad halla la defensa de sus mayores extravíos: si miente o engaña, es superioridad del ingenio; si roba, es osadía de hombre extraordinario, locura, grandeza… Mi fiero desvío hirió en lo vivo esa vanidad monstruosa; y, en venganza, propaló por todo Madrid una vil calumnia.

FEDERICO. ¿Eh?

JIMENA. *Con gran esfuerzo.* Decía en todas partes, que yo… que yo había sido algo más que su novia.

FEDERICO. ¡Oh!

JIMENA. ¿Por qué ha querido usted, amigo mío, que le cuente esto?

FEDERICO. ¡Siga, siga usted hasta el fin!

JIMENA. Uno de mis hermanos, Enrique, lo abofeteó una noche en el Ateneo. Surgió el desafío: hirió a mi hermano gravemente: arreció el escándalo. Sobre la mancha de cieno cayó la de sangre, y parecía que aquella herida le daba la razón a él. La calumnia era ya agua derramada en el suelo, que nunca más podía recogerse. Fué un estigma de esclava grabado con fuego en mi cuerpo. Aquella infamia nadie la creía; pero nadie dejaba de creerla tampoco. Era una villanía, en voz alta; pero en voz baja era posible. Cuando en mi propia casa observé que era así, que hasta mi madre y mis hermanos recelaban, no pude resistir ni la amargura ni el agravio, y dejándome arrebatar a un tiempo de la ira, del despecho, de la vergüenza y del dolor, huí una noche de mi casa.

FEDERICO. ¿Y su padre?

JIMENA. ¡Oh, mi padre! ¡Bendito sea él! Fué el único que creyó en mí como en Dios. Hojeando a raíz de su muerte papeles suyos, en una labor de pronto interrumpida, encontré escritas estas palabras, que por miedo a

borrarlas no beso a cada instante: «Mi vida acaba aquí. Me mata el dolor de mi hija, que es el mío. Creo en ella contra todos, y maldigo a su difamador. Ni al morir le perdono». *Llora.*

FEDERICO. *Anonadado.* Jimena… amiga de mi alma… amor mío…

JIMENA. ¿Amor suyo?… ¿Aún?

FEDERICO. ¡Ahora más que nunca!

JIMENA. No, Federico; no se engañe… Usted no sabe a qué tormento se condena… Ya lo he probado, ya lo sé… Ese hombre me persigue como sombra implacable… envenena el aire que han de respirar los que lleguen a mí… Poco después de vivir sola, se me acercó un enamorado, con amor sincero, y le vi lentamente entristecerse, alejarse, escapar… En París, otro osó decirme: «Jimena, yo conozco su historia de usted, y paso por todo».

FEDERICO. ¡Qué horror!

JIMENA. ¡Pasaba por todo! ¡Yo no he sentido jamás tanta sangre en mi rostro, como cuando escuché aquel insulto! No lo dude usted, no… La duda germina, subsiste… el veneno se filtra en el alma… Es el agua derramada en el suelo… es el sello en las carnes… La calumnia es el poder más corrosivo con que cuenta la maldad de los hombres… Turba las más puras conciencias, oscurece los cerebros más claros… Por algo un personaje del sobrehumano dramaturgo inglés, le dice a un rey capaz de todos los crímenes: «¡Eres calumnia de las entrañas maternales!».

FEDERICO. *Atormentado.* ¡Calumnia!… ¡calumnia!…

JIMENA. ¿Por qué nos hemos encontrado hoy aquí? Déjeme ir al templo… déjeme ahora… Más que antes me hace falta rezar.

FEDERICO. No me atrevo a violentarla a usted… Vaya, vaya a la iglesia… Yo también he de pedirle a Dios toda la serenidad de mi alma, que sufre ahora la conmoción de una catástrofe.

JIMENA. Olvídeme usted… Es mi ruego: olvídeme usted… ¡Mire bien que yo entro en el templo, porque quiero apagar en una oración mi sed terrible de venganza! *Éntrase llorando por la puerta de la celosía.*

FEDERICO. *Después de verla desaparecer, abrumado.* ¡La primera idea que pasa por la frente es la de matar! *Pasea meditabundo, silencioso.*

Cálmate, corazón… ¿Quién llega?… No, que no me vean así. *Se esconde en el locutorio de la derecha.*

Simultáneamente salen por el pasadizo Pureza y Valeriano.

PUREZA. Anda, ven acá. Vas a desirme aquí, sin nadie que nos oiga, qué es eso tan grave que te quita er sueño.

VALERIANO. Te arvierto que es muy grave, Puresa.

PUREZA. ¿Muy grave y te ríes? ¿Qué es? *Él la mira hechizado, sin responderle.* ¿Qué es?

VALERIANO. Que he notao que te están cresiendo los ojos.

PUREZA. No tiene na de particulá: será de abrirlos en la puerta pa vé cuando vienes. Hoy has venío antes, pero has tardao más.

VALERIANO. ¿Cómo es eso?

PUREZA. Por las ganas que yo tenía de que vinieras, tonto.

VALERIANO. ¡Ole! Lo mismo estoy yo: mientras más tiempo paso en tu compañía, más te echo de menos cuando me voy. Que párese que había de sé ar contrario.

PUREZA. Er cariño es un mareo: toas las cosas las baila.

VALERIANO. Pero ¡de qué manera! A mí, antes de nuestras relasiones, se me hasía de noche trabajando, y toavía desía que había luz. Er maestro me gritaba: «¡Chiquiyo, suerta eso; que ya no se ven ni los burtos!». Y ahora, como vengo a verte cuando dejo de trabajá, ha de sé mediodía y ya estoy yo mirando pa er sielo y disiendo: «Pronto se va la luz esta tarde».

PUREZA. ¿Y er maestro te oye?

VALERIANO. ¡Vamos! Y me contesta que es que la luz se me ha venío ar compás de las Reliquias.

PUREZA. ¿Sabe que eres mi novio?

VALERIANO. Y ¿quién que hable conmigo una vez no lo sabe?

PUREZA. ¡Cuidao que nos queremos nosotros en poco tiempo! Mi madre me dise que estoy tonta. Se divierte conmigo.

VALERIANO. También er padre capeyán me ha sortao a mí una tosesita de guasa cuando entré esta tarde.

PUREZA. Porque hay que verlo, Valeriano: totá, son diez días.

VALERIANO. Yo he pensao en er caso y no tiene más que una esplicasión. Además de tu cara, que esplica trigonometría… que es lo más difisi de esplicá.

PUREZA. Y de tu simpatía, que también esplica argunas cosas.

VALERIANO. ¡Ole otra vez! Pos la rasón de este cariño tan grande de los d os está en er sitio en que nos hemos encontrao.

PUREZA. ¡Oye!

VALERIANO. Paré por medio de un convento no podía sé de otra manera. Treinta y tres monjas hay ahí que ninguna quiere a ningún hombre: to ese cariño desaprovechao, que andaba suerto por la armófera, es er que tú me tienes a mí. Lo has respirao en el aire.

PUREZA. Pueda sé que sea.

VALERIANO. *Con acento ponderativo.* ¡Er cariño de treinta y tres mujeres juntas pa un hombre solo! ¡Cuarquier cosa!

PUREZA. Bueno, pero ésa es la esplicasión de mi cariño. ¿Y la der tuyo?

VALERIANO. Poco más o menos iguá. Como les estoy dibujando un sócalo pa un patio a los frailes de Capuchinos, y voy ar convento tos los días, ¡me harto ayí de respirá cariño de fraile! Y er que han desperdisiao los sesenta y seis, es pa ti solita.

PUREZA. ¿Tú has contao los frailes?

VALERIANO. No; pero he carculao que son er doble que las monjas, porque yo te quiero er doble que tú a mí.

PUREZA. Ahí tienes tú una equivocasión de la que no te saco. *Del locutorio donde entró sale abstraído Anderson, y se va por la puerta de la celosía. Los muchachos se sobrecogen y guardan silencio mientras pasa.* Nosotros nos creíamos tan solos aquí, y estaba ahí don Federico. ¿Qué haría en er locutorio?

VALERIANO. Va muy pensativo, ¿verdá? Ar pasá nos ha mirao sin vernos.

PUREZA. *Después de asomarse curiosamente al locutorio.* Está enamorao.

VALERIANO. ¿Don Federico? ¿De quién?

PUREZA. De esa señorita de Madrí: de doña Jimena.

VALERIANO. ¿Quién te ha contao eso?

PUREZA. Ér mismo.

VALERIANO. ¿Y eya no lo quiere, quisás?

PUREZA. Tanto no me ha contao.

VALERIANO. Te lo pregunto porque a mí er sobrino der padre capeyán, Pepichi, me ha dicho que eya de quien está enamorá es de ese amigo suyo poeta.

PUREZA. ¿De quién? ¿De don Florensio? Tendría yo que verlo pa creerlo.

VALERIANO. Pos Pepichi sabe una historia…

PUREZA. Pepichi es un eco del otro; no te fíes.

VALERIANO. En fin, eyos ayá.

En el locutorio de frente al público, una monja descorre la cortina de la doble reja. Junto a ella está la hija del Marino, chicuela a quien las Madres educan.

PUREZA. Arguna visita viene a este locutorio. Siéntate aquí muy formalito. *Se sientan en uno de los poyetes. Sale por el pasadizo el Marino, acompañado de la Seglarita. Viste de americana, bufanda y gorra, y es hombre tosco, recio. La Seglarita trae al brazo unos paños de altar.*

LA SEGLARITA. ¿Conque na más que dos horas en Seviya?

MARINO. Dos horas na más. A las seis de la tarde nos vamos otra vez. Los marinos no debíamos fundá cariños en tierra.

LA SEGLARITA. Verdá que no. Ahí tiene usté a su niña.

MARINO. Muchas grasias, joven.

Entra en el locutorio y llega hasta la reja. Poco después se sienta. La interesante conversación del padre, la hija y la monja no se percibe; queda en el misterio del recinto. La Seglarita se acerca a los enamorados.

La Seglarita. *A Pureza.* ¿Tú sabes quién es éste?

Pureza. No.

La Seglarita. Pos éste es er padre de la educanda.

Pureza. ¡Ah!

Valeriano. ¿De qué educanda?

La Seglarita. De una niña que están educando las Madres. Digo, niña: casi es ya una mujé. Tiene quinse años. Y es muy bonita.

Valeriano. ¿Piensa profesá?

La Seglarita. Parese que no tiene vocasión. La trajo ar convento su madre por voluntá de la muchacha. La madre es una mujé de mala vida, y quería que la chiquiya siguiera por er mismo camino. Y la chiquiya le dijo que antes la mataban, y que se metía en un convento. Entonses a la madre la iluminó er Señó, y obedesió la voluntá de la hija. Y ya hay más de un año que está con las monjas. Sesilia se yama.

Pureza. Mira tú qué historia de pronto.

Valeriano. ¿Y er padre es ése?

La Seglarita. Ese mismo. Está separao de la madre, como es naturá. Es marino mercante. Y siempre que su barco para en Seviya, viene a visitá a la muchacha. Aunque traiga na más que er tiempo presiso, como hoy. Luego, las Madres le permiten que le dé un beso por la puerta de regla. Si se aguarda usté una mijita, usté lo verá.

Valeriano. Sí que me aguardaré, porque me ha gustao la novela.

La Seglarita. ¡Uh! En esta casa no se acaban nunca. Aquí hubo una niña que tomó el hábito a los tres años y murió a los noventa. Disen que en oló de santidá. Y una vez que estuvo er Nunsio de visita… Pero veo que Puresa no tiene gana de escuchá cosas der convento. Voy a poné estos paños en la gaveta. *Vase por la puerta de la celosía.*

Pureza. Es más monja que la Madre vicaria. Y tú, qué serio te has quedao.

Valeriano. No te creas, que tiene su busilis mi seriedá.

Pureza. ¿Te ha impresionao la niña der marino?

VALERIANO. Me ha impresionao er marino. *Suspirando.* ¡Ay!…

PUREZA. Escucha: ¿qué suspiro es ése?

VALERIANO. Mía tú por donde se han rodeao las cosas pa que yo venga a da otra vez en aqueyo tan grave.

PUREZA. Pos ¿no era que me cresían los ojos?

VALERIANO. Eso no es grave; eso es bonito. Y te lo dije pa no entrá en lo grave.

PUREZA. No me asustes.

VALERIANO. Cuidao, que no es ninguna cosa mala.

PUREZA. Dímela entonses. ¿A qué esperas?

VALERIANO. Vaya, te la diré.

PUREZA. No será muy buena cuando vas tan poquito a poco.

VALERIANO. Es según se mire. Verás. Ese cabayero chileno que me conosió en mi tayé, y que me ha hecho luego que lo guiara estos días por Seviya, tiene más dinero que pesa, mucha afisión a las cosas de arte y la idea de establesé en su país una gran fábrica de serámica seviyana.

PUREZA. ¡Bueno! ¡Que la establesca!

VALERIANO. Sí; pero er caso es que me ha tomao a mí mucha ley, y que quiere yevarme a Chile pa que sea yo er que dirija aqueyo.

PUREZA. ¿Adónde te quiere yevá?

VALERIANO. A Chile.

PUREZA. Y ¿en dónde está Chile?

VALERIANO. En América.

PUREZA. Pos le dises tú que se vaya solo.

VALERIANO. Eso se contesta muy fásil; pero es que me ofrese un capitá. ¡La fortuna!

PUREZA. ¡Pos que se la dé a otro que no tenga la novia en Seviya!

VALERIANO. ¡Lo que yo no ganaré aquí en sincuenta años!…

PUREZA. Mira, Valeriano, no me hables más de eso. ¿A ti te resurta una proposición así a los diez días de relasiones?

VALERIANO. ¿Que ha de resurtarme, mujé? ¿No me ves preocupao? Y si no mirara que es la fortuna… que es er porvení…

PUREZA. Er porvení tuyo está en tu tierra.

VALERIANO. ¿Tú qué entiendes?

PUREZA. Entiendo más que tú. ¡Que vengan los forasteros aquí a comprarte las cosas! ¿No eres tú seviyano? ¡Pos en Seviya! ¿Te farta pa comé en Seviya?

VALERIANO. No sólo de pan vive el hombre.

PUREZA. ¡Que no me hables más de eso, Valeriano! Tú no te vas a América. ¿Lo sabe tu madre?

VALERIANO. Sí.

PUREZA. Y ¿qué dise? ¿A que no te deja tampoco? ¿Qué dise tu madre?

VALERIANO. Que no le hable de eso; como tú.

PUREZA. ¿Estás viendo?

VALERIANO. Pero yo tengo que hablá con eya y contigo.

PUREZA. Conmigo, no.

VALERIANO. Contigo, sí, Puresa. Y mucho.

PUREZA. No te oigo. ¿Eso es lo que me quieres?

VALERIANO. Eso es lo que te quiero.

PUREZA. ¿Que me quieres, y quieres irte lejos de mí? ¡Vamos!

VALERIANO. Escucha.

PUREZA. No escucho. Habla con una siya.

VALERIANO. ¡Valiente geniesito!

PUREZA. Pa que te vayas enterando. Las yerbas malas cortarlas de raíz. *Se va decidida por la derecha.*

VALERIANO. ¡Pero, chiquiya!… Na; se ha vuerto loca. Se ha arborotao más que mi madre. ¡Y yo yevo tres noches sin dormí, dándoles vuertas al asunto!…

Por el pasadizo aparecen Pizarra y Pepichi. Pizarra trae una tabla

cubierta con un paño. Pepichi olfatea los locutorios y la vivienda de la Seglarita, como buscando a alguien. En su persona se observa algún detalle copiado a Florencio.

PIZARRA. ¿Qué es eso, Valeriano? ¿Te ha resurtao selosita?

VALERIANO. No.

PIZARRA. Pos cara de eso yeva.

VALERIANO. Pos no.

PIZARRA. Me alegro por ti. Habías hecho tu suerte. Yo, como soy una vírtima der mayor monstruo…

VALERIANO. ¿Sí, eh?

PIZARRA. ¡Mi mujé me huele hasta los biyetes der tranvía!

VALERIANO. ¡Ja, ja, ja! ¿Con qué ojeto?

PIZARRA. ¡Si lo supiera yo!… ¡Y a lo mejó me da unos sustos!… Estamos comiendo, es un poné, hablando de las cosas corrientes; der temple de la sopa, y de pronto me clava los ojos y me grita: «¡Catalina!». A vé si por casualidá se yama Catalina con la que supone que la engaño, y me desconsierto. La ha tomao por ahí, y no hay fideos tranquilos en mi casa.

VALERIANO. ¡Ja, ja, ja!

PEPICHI. Las mujeres zon animales de ideas cortas y de cabeyos largos.

VALERIANO. ¿Ah, sí?

PEPICHI. Lo dijo un gran filózofo.

VALERIANO. Y ¿no dijo na de los ojos ni de la boca? Pos se le fué er talento aquer día. Hasta luego, señores. *Vase en busca de su tormento.*

PIZARRA. Anda con Dios. Es simpático er chiquiyo éste. Y artista, artista. Tiene el ánge de los artistas.

PEPICHI. Hombre, ¿artista porque hace cazuelas?

PIZARRA. Argo más que casuelas hase. ¿Y tú, qué estás oliendo por tos los rincones? ¡Paeses er gato de una freiduría!

PEPICHI. Rastreo precizamente unas fardas.

PIZARRA. ¿Unas fardas aquí? Pocas hay.

PEPICHI. Ez un encarguito der maestro, que está arriba, en mi cuarto.

PIZARRA. Er maestro, como tú le dises, me paese a mí que abusa der disípulo. Er día menos pensao te va a dá una maleta pa que se la yeves a la estasión.

PEPICHI. Zi en la maleta va proza zuya, a mucha honra.

PIZARRA. Te veo con la maleta entonses. Pero, oye: ¿a quién persigue aquí ese… maestro?

PEPICHI. A una madrileña guapízima que zuele vení a vizitá a una parienta monja. Hace tiempo que la perdió de vista, y aquí la ha tropezao. A mí me ha dicho que es la mujé que ha roto zu vida.

PIZARRA. ¿Y ahora quié vé si se la compone?

PEPICHI. Zin broma, que por poco ze zuicida por eya, y le ha costao tres duelos. Y está temiendo er cuarto.

PIZARRA. ¿Sí?

PEPICHI. Zí. Porque zospecha que a don Federico le gusta la dama. Y no paza por eyo.

PIZARRA. ¡Ah! ¡Entonses ya sé yo la que es! Una rubia que paese una playa, de clara y de fresca.

PEPICHI. La misma. Y er maestro es grande en zus zelos, como es grande en todo. ¿Usté ze zonríe?

PIZARRA. Sí, hijo; sí. Dios te conserve la inosensia. ¿Quiés tú sabé lo que yo opino der maestro? ¡Maestro de no sé qué!

PEPICHI. Zerá curiozo.

PIZARRA. A tu tío acabo de desírselo. Er maestro es uno de estos hombres que tienen en todos laos un mes primero muy briyante, ¿te enteras tú? Ar segundo mes, ya no lo soportan más que dos o tres tontos, ¿tú me comprendes? ¡Y ar terser mes, no lo aguanta ni er peluquero! Ar tiempo, niño. Por eso no paran nunca en ninguna parte. En cuanto los calan, se van.

PEPICHI. No esperaba menos de zu discurzo. Es verdaderamente lamentable que haya que yamarle cabeza indistintamente a esto mío y a ezo que usté yeva sobre loz hombros.

PIZARRA. ¡Las cosas!

Vuelve la Seglarita por donde se marchó.

PEPICHI. A propózito, Zeglarita.

LA SEGLARITA. ¿Qué quieres?

PEPICHI. ¿Haz entrao por cazualidá en la iglezia?

LA SEGLARITA. Sí; un instante.

PEPICHI. ¿Quién hay ayí?

LA SEGLARITA. Mersedes y Juana argofifando, y Petrolero limpiando el artá de la Virgen.

PEPICHI. ¿Nadie más?

LA SEGLARITA. Nadie más. ¡Ah, sí! En una capiya está la señorita madrileña.

PEPICHI. Bazta.

PIZARRA. ¿Y a don Federico, lo has visto?

LA SEGLARITA. No; pero me figuro que está en su cuarto.

PIZARRA. Pos vamos ayá.

PEPICHI. ¿A vé zi ze traga la tablita?

PIZARRA. *Despreciándolo.* Quéate con Dios, *corruco*.

PEPICHI. *Saltando, molesto.* ¡Caray, qué graciozo! ¡El ingenio andaluz! ¿Cuándo ze le ocurre a usté otra coza distinta? ¿Hasta cuándo me va usté a está yamando *corruco*?

PIZARRA. Hasta que los *corrucos* se enteren y se enfaden conmigo.

PEPICHI. ¡Pos no me río tampoco! Er día que me diga usté un gorpe que me haga gracia, lo convido a *champán*.

PIZARRA. ¿A qué?

PEPICHI. A *champán*, que es lo que bebo ahora.

PIZARRA. ¡Hombre, y yo!

PEPICHI. ¿Usté?

PIZARRA. Yo. Toas las noches me tomo un vaso de vino de la hoja con una cucharaíta de marnesia, y ríete tú der coló y de la espuma.

PEPICHI. ¡Bah! ¿Lo ha dicho usté por gracia? ¡Pos zigo tan zerio!

PIZARRA. Ahora te voy a hasé cosquiyas. Ese vino y otros que tú bebes con tu maestro salen de España, van a Francia o a Ingalaterra, ayí les echan la marnesia que yo tomo, vuerven aquí bautisaos con er nombre estranjero… ¡y tú pagas los dos viajes, grandísimo primo! ¡Y así pasa con muchas cosas! *Haciendo aspavientos.* ¡Pero vienen de fuera!… ¡Mar fin tenga el hato de cursis que hay en este país! *Éntrase por la celosía.*

PEPICHI. *Muy nervioso.* ¿Le contesto?

LA SEGLARITA. No; no le contestes.

PEPICHI. Pos no le contesto. *Se va por la derecha.*

La Seglarita se detiene un instante, prestando oído hacia el convento.

LA SEGLARITA. ¿A vé?… Sí. Ya está la Madre Esclavitú cantándoles a las novisias. Tiene una voz der sielo. *Éntrase en su casa.*

Las cortinas de las rejas del locutorio en que está el Marino vuelven a correrse. El Marino sale, y se dirige a la puerta reglar, donde aguarda un punto. Ábrese luego una de sus hojas, y aparecen tras ella las dos figuras del locutorio: la monja y la hija del Marino. En el mismo umbral se besan y abrazan, en silencio, hija y padre. Ciérrase la puerta después, y el Marino se va por el pasadizo de la derecha, secándose con la mano los ojos. Por la celosía salen entonces Federico y Pizarra.

PIZARRA. Dispénseme usté, don Federico, si lo he sacao de sus cavilasiones.

FEDERICO. No hay de qué, Pizarra. Ya dejaba el trabajo; ya me iba.

PIZARRA. ¿De verdá?

FEDERICO. Sí, sí. Estoy muy distraído; me duele la cabeza un poco…

PIZARRA. Eso es lo peó. Yo tenía interés en que usté viera er cuadro…

FEDERICO. Y yo en verlo. Y para mí es Murillo; pero yo no soy gran inteligente.

PIZARRA. Mire usté, hasta ahora tos los que lo han visto opinan que es Muriyo, menos ese amigote nuevo der sobrino der capeyán.

FEDERICO. ¡Oh! Entonces ya se puede apostar a que es Murillo.

PIZARRA. Sí; porque es un tipo que no hase más que yevá la contra. ¿Usté no lo jama tampoco? *Calla, a un gesto de desabrimiento de Anderson.*

Silencio. Bueno, pos si no me nesesita, don Federico…

FEDERICO. ¿Está ahí ese hombre?

PIZARRA. Ahí está.

FEDERICO. ¿Vive en el compás, por acaso?

PIZARRA. Poco le farta. Se ha metío en un borsiyo a Pepichi, y son uña y carne. Y Pepichi acabará por limpiarle las botas. ¿Qué más quiere usté? ¡Ahora mismo lo ha mandao aquí, a vé si andaba en argún locutorio una mujé que le interesa!… No sé qué cuento me ha contao.

FEDERICO. Calle. Déjeme.

PIZARRA. Usté disimule.

FEDERICO. Adiós.

Queda abstraído. Pizarra se encamina hacia el pasadizo, observándolo con interés. Antes de marcharse, mira a la derecha, y exclama:

PIZARRA. ¡Siempre ha de habé por medio un animalito de pelos largos! *Se va.*

FEDERICO. *Sacudiendo su espíritu al hallarse solo.* ¡Ella tiene razón! ¡El veneno se filtra en el alma, se esparce en la sangre!… ¡Así no podré yo vivir! *Pasea.*

Sale por la derecha Florencio.

FLORENCIO. ¿Qué iba murmurando Pizarra?

Se ven a un tiempo él y Federico y se detienen frente a frente.

FEDERICO. ¡Oh!

FLORENCIO. ¡Oh! Señor Anderson…

FEDERICO. Señor de Misael…

FLORENCIO. *Desconcertado.* ¡Qué dichosa casualidad!

FEDERICO. ¿Cuál, señor mío?

FLORENCIO. Encontrarle aquí.

FEDERICO. No es mucho, cuando sabe que trabajo ahí dentro. Más extraño es verle a usted por este rincón.

FLORENCIO. Sí, no hay duda. Me agrada, sin embargo, siempre que vengo aquí, espaciar mi alma en la soledad, y ningún sitio más propicio a ella

que este rincón tranquilo. No creí hallar a nadie ahora.

FEDERICO. Pues estaba yo.

FLORENCIO. Ya lo veo.

FEDERICO. ¿Le contraría a usted haberme encontrado?

FLORENCIO. En modo alguno.

FEDERICO. ¿Venía usted, efectivamente, buscando soledad a este sitio?

FLORENCIO. Ya se lo he dicho a usted.

FEDERICO. Y ¿no le estorbo, entonces?

FLORENCIO. No me era tan indispensable la soledad. Además, señor Anderson, tiempo hay para todo. Y yo siempre converso con usted con muchísimo gusto… Por lo mismo que diferimos grandemente… Mi espíritu ama la controversia: soy un inadaptado. Pero ahora reflexiono: ¿no seré yo quien le estorbe a usted?

FEDERICO. Eso… usted lo verá.

Se miran con encono; se hablan con saña reconcentrada, que ambos procuran disimular, cada cual a su estilo.

FLORENCIO. ¡Bravísima respuesta!… ¡Bien, hombre; bien! ¡Qué sugerente y qué curiosa es su estancia de usted, señor Anderson, en esta luminosa Sevilla!… Los sevillanos acabarán por nombrarle a usted «el caballero enamorado de España».

FEDERICO. No digo que no. Soy las dos cosas: enamorado de España… y caballero. Y si no se le hubiera ocurrido a usted, lo adoptaría ya por sobrenombre.

FLORENCIO. ¿Si no se me hubiera ocurrido a mí? ¿Le ofende que así sea?

FEDERICO. En cosa para mí tan santa, rechazo todo indicio de burla.

FLORENCIO. No ha habido burla en mis palabras, señor Anderson.

FEDERICO. Aunque usted lo niegue, ha pretendido haberla, señor de Misael. Y yo hablo muy sinceramente. Estoy enamorado de España, es verdad. Admiro su pasado grandioso, y creo en el porvenir de esta raza noble, seria, hidalga, idealista…

FLORENCIO. ¡Caramba, caballero Anderson! ¡Qué entusiasmo! ¡En verdad que deploro, quizás por primera vez en mi vida, la falta en mi menguado corazón de esa fibra del amor patrio! Y lo deploro, porque si en él la hubiese, ahora mismo me habría enorgullecido de sus palabras. Pero, nada, es inútil: buceo y más buceo en este pedazo de carne, lo oprimo, lo estrujo… y no salta la gota de sangre de ese rojo de la bandera. No siento la tierra nativa. Jamás me ha conmovido el campanario de mi pueblo cuando he tenido la desgracia de volver a él. En cuanto a usted, casi estoy por aconsejarle que adopte otro mote.

FEDERICO. ¿Cuál, señor mío?

FLORENCIO. Se cae de su peso: «el patriota de la patria ajena». Lo que es usted, en suma.

FEDERICO. ¿Usted sabe lo que yo soy?

FLORENCIO. ¿Y usted, sabe lo que soy yo?

FEDERICO. A no haberlo sabido antes, lo sabría desde ahora. Lo que ha dicho usted del sentimiento de la patria no puede ser más elocuente: pinta de cuerpo entero a un hombre. Por lo que toca a mi patriotismo, he de decirle, aun a riesgo de que no me comprenda usted, que es la primera virtud de mi alma.

FLORENCIO. ¡Ya se conoce!

FEDERICO. La tierra en que nací es mi patria; es mi madre, y como tal la quiero. Esta otra tierra, que me cautivó con sus gracias y con sus virtudes, es mi amada, y como tal la canto. ¿Aprecia usted la diferencia? Aquélla meció mi cuna, guió mis pasos y engendró mi espíritu: mi vida es suya, si la quiere. Ésta me enamora como la mujer predilecta, y de ella hablo a todos, como hablan los enamorados de su amor Yo no sé si usted podrá entenderme, porque ignoro si estrujando ese pedazo de carne que dice que lleva en el pecho, saltarán de él las gotas de sangre de tales sentimientos nacidas; pero quien tenga madre que adorar, como yo, y sea capaz de enamorarse de una mujer, como yo, ¡ése me entenderá de seguro!

FLORENCIO. Y cualquiera, señor don Federico; no se excite usted demasiado. Esas *boutades* las entiende un chico de la escuela: responden a órdenes de la sensibilidad rudimentarios, primitivos… Tan primitivos que

acaso nuestro padre Adán ya escribiese de ellos en la corteza de los árboles del Paraíso. ¡Estamos tan distantes usted y yo en el ideal de la patria… y en todas las cosas!… ¡La Madre! ¡la Madre! ¡Magna idea! ¡Yo la pronuncio con letra mayúscula!

FEDERICO. Yo la siento.

FLORENCIO. Sueño, en mis delirios de redención de este rebaño que forman hombres y mujeres, sueño una Humanidad ideal, Madre toda ella. ¡Pero veo tan lejana la realización de este sueño mío!

FEDERICO. Señor de Misael: eso que usted llama su sueño, no pasa de ser una fórmula vana… una nube engañosa que dora el sol… Una cosa es la patria y otra el amor entre todos los hijos de la tierra: un amor cristiano que junte en el nombre de Dios las razas más diversas… los pueblos más distantes… Pero ¿qué tiene que ver eso con la patria de cada cual? En nombre de la Humanidad, aunque le ponga usted letra mayúscula, no es lícito dejar de ser patriota. Esa cantinela de usted es simplemente una emanación del egoísmo, para eludir los deberes y responsabilidades que nos trae consigo la patria.

FLORENCIO. ¡Bah, bah! ¡Responsabilidades! ¡deberes!… Los aceptaría todos, cuando hubiese nacido en esto que se llama patria, por mi voluntad… Pero esta discusión nos llevaría muy lejos… He perdido en un segundo el humor de enfrascarme en ella. Además, le pongo a usted nervioso; está visto… ¡Ja, ja, ja! No vale la pena de tomarlo así, créamelo… La esfera del pensamiento es infinita, como lo es la de las pasiones… Cabemos todos holgadamente. Dejo a usted. Me voy un rato al templo. Dios le guarde.

Anderson se subleva. Cuando Florencio va a trasponer ya la celosía, como si quisiera impedir que entrara en la iglesia, le grita:

FEDERICO. ¡Un momento!

FLORENCIO. ¿Eh?

FEDERICO. Un momento. Quisiera hacerle una pregunta.

FLORENCIO. Usted dirá.

FEDERICO. En la revista *Atlante*, de Nueva York, vienen publicándose unos artículos antiespañoles…

FLORENCIO. Son míos. ¿Era eso?

FEDERICO. Eso era. He tomado más de una vez la pluma para combatirlos acerbamente en un periódico sevillano, y quería saber…

FLORENCIO. Pues ya lo sabe. Si ahora que conoce al autor se siente usted más decidido a la protesta, moje su pluma en hiel y escriba, que me dará un placer inefable, señor Anderson. Ya le dije que amo la controversia.

FEDERICO. Yo, no; pero cuando hace falta, la busco; la provoco, si es menester.

FLORENCIO. ¡Pues nada, a ello! ¡Vengan ya tajos y mandobles sobre mis costillas antiespañolas! ¡Así escribiré veinte artículos, si había de escribir diez! ¡Me los paga muy bien la revista! Y eso que habrá usted advertido que están escritos al correr de la pluma; sin pensar siquiera; descubriendo Mediterráneos. No he hecho más que escuchar la voz universal que corre sobre este desdichado país, y recogerla en las cuartillas. Cabría decir que son artículos escritos al dictado.

FEDERICO. Al dictado de la calumnia.

FLORENCIO. ¿De la calumnia?

FEDERICO. ¿No se llama así? Pues ¿cómo se llama en castellano lo que se propala por verdad sabiendo que es mentira?

FLORENCIO. ¿A qué mentiras se refiere usted?

FEDERICO. ¡A muchas! ¡A todo el contenido de sus artículos!

FLORENCIO. ¡No basta decirlo: hay que probarlo!

FEDERICO. ¡Probado está! Si no lo sabe usted, apréndalo antes de escribir. Desde Quevedo acá van tres siglos de pruebas. Habla usted de la crueldad de los conquistadores españoles en las Indias, cuando ya la verdad histórica ha desmentido rotundamente esa crueldad. ¡La legislación española en las Indias la quisieran hoy para su honra los pueblos más cultos! Habla usted de que el fanatismo religioso aherrojó el arte en su país, y si me muestra usted arte más libre que el de Lope y Tirso, doblemente libre por ser teatro, yo me dejo cortar esta mano con que voy a contestarle a usted. Habla usted de que no existió la ciencia española, de que la cultura universal nada le debe a España, y se calla pérfidamente que en muchas Universidades del

mundo enseñaban maestros españoles. Habla usted de que en las hogueras de la Inquisición morían los pensadores y los sabios, y yo le desafío a que me cite un solo nombre que haga verdad esa negra leyenda. ¡Y de todo ello habla usted a vuela pluma, yo no sé si con inconsciencia o con maldad, porque se lo paga bien una revista del extranjero!… ¡No hay duda: es usted un gran hombre!

FLORENCIO. Se expresa usted ahora en un lenguaje, que no estoy dispuesto…

FEDERICO. Pero ¿no me ha oído usted comparar el amor que me inspira España con el amor que pudiera inspirarme una mujer? ¡Pues imagine, si una mujer me cautivara y alguien la calumniase, cómo le hablaría al difamador!

FLORENCIO. ¡Basta, señor Anderson: a las cuartillas con todo eso! ¡Vuelque usted en ellas todo ese rencor que me tiene, toda esa antipatía, todo ese odio, cuyo móvil, hasta este instante mejor disimulado, ha descubierto ya! ¡Yo sabré contestarle!

FEDERICO. ¡Confíe usted en que le ofreceré materia! ¡En el concepto de la patria caben apreciaciones y distingos; pero la verdad y la mentira son dos palabras transparentes! *Le vuelve la espalda y se va resueltamente por el pasadizo.*

FLORENCIO. ¡Mentecato! *Lo mira ir, apretando los puños.*

Corre luego hacia la celosía. Al llegar a ella siente a Jimena, que se acerca, y se recata en un rincón acechando su paso. Sale entonces Jimena en dirección al pasadizo, y él se le interpone exclamando con júbilo: ¡Ah! ¡Jimena!

JIMENA. *Espantada.* ¡Oh! *Huye de él.*

FLORENCIO. ¡No huyas!

JIMENA. ¿Qué es esto? ¿No he de huir?

FLORENCIO. ¡No huyas! ¡Te seguiré!

JIMENA. ¡Llamaré, entonces! ¡Quítate!

FLORENCIO. *Cerrándole el paso por la derecha.* ¡No; por aquí tampoco! ¡Has de oírme!

JIMENA. ¡Jamás!

FLORENCIO. ¡Aquí, o ahí dentro, o ante los altares, o en los infiernos, has de oírme!

JIMENA. ¡Cobarde! ¡Llamaré; gritaré!

FLORENCIO. ¡Peor para ti, si gritas!

JIMENA. ¡Cobarde!

FLORENCIO. ¡Sabes que no lo soy! Y he hecho correr que estaba fuera de Sevilla para que te confiaras, y sorprenderte.

JIMENA. ¡Una nueva hazaña! ¿Quieres que te odie y que te desprecie más todavía?

FLORENCIO. ¡Quiero enterrar tu desprecio y tu odio!

JIMENA. ¡Tendrías que enterrarme a mí! ¡Paso!

FLORENCIO. ¡No!

JIMENA. ¡Paso!

FLORENCIO. ¡Te juro que no! ¡Si tu odio no se extingue, Jimena, mi amor tampoco!

JIMENA. ¿A qué llamas amor, hombre maldito? ¡Tu maldad es la que no se acaba! ¡Calumniador! ¡Infame!

FLORENCIO. ¡Te calumnié para hacerte imposible otro amor que el mío!

JIMENA. ¡Eso es una farsa ruin!

FLORENCIO. ¡Esa es la verdad de mi alma!

JIMENA. ¡La verdad y tu alma no pueden vivir juntas!

FLORENCIO. ¡Mis hechos te prueban que no miento! ¡Te he seguido siempre! ¡Dondequiera que ha podido nacerte un nuevo amor, he estado yo para impedirlo!

JIMENA. ¡Por despecho villano, por rencor, por la rabia que te dió mi desprecio!

FLORENCIO. ¡Tu desprecio era tan injusto, que encendió mi amor hasta enloquecerme!

JIMENA. ¡Mentira!

FLORENCIO. ¡No es mentira: loco estoy por ti!

JIMENA. ¡Mentira! Ni ¿qué me importa nada tuyo?

FLORENCIO. ¡Quiéreme; perdóname! ¿Ni el perdón merezco de tu alma cristiana?

JIMENA. ¡La salvación de ella habían de ofrecerme por él, y no te lo daría! *Tratando nuevamente de huir*. ¡Paso!

FLORENCIO. ¡Es inútil! ¡De aquí no te vas sin que yo oiga de ti una palabra de piedad, de esperanza!

JIMENA. ¡Pues ésa, ni mintiendo para que me dejes escapar la pronuncio! ¡Prefiero este suplicio de oírte y de verte!

FLORENCIO. ¡Ah! ¡Pues tú me has de querer! ¿Qué remedio, si mataré el amor de todos los que a ti se acerquen?

JIMENA. Y ¿por eso te he de querer a ti, necio? Pero ¿qué ideas monstruosas engendra en tu cerebro la vanidad? ¡Quererte yo!

FLORENCIO. ¡Como me quisiste!

JIMENA. ¡Engañada!

FLORENCIO. ¡Pero me quisiste!

JIMENA. ¡Para maldecir ya eternamente la hora en que te vi! ¡Desiste de lo que pretendas! ¡Vete!

FLORENCIO. ¡No pretendo sino salvar mi amor y salvarte con él!

JIMENA. Pero ¿qué quieres, insensato? ¿Qué quieres? ¿Que yo misma haga verdad tu calumnia? ¿Que el mundo piense alguna vez, con razón, viéndome unida a ti, que aquello fué cierto? ¿que tu infamia no era infamia, sino verdad? ¿que tu boca y la mía estuvieron juntas? ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Quita, quita: déjame! ¡No quiero verte más! ¡Déjame salir! ¡Mira que aún no sabes qué mujer soy!

FLORENCIO. ¡Porque lo sé te quiero hacer mía!

JIMENA. ¡Qué espanto!

FLORENCIO. ¡Me fascina en ti cuanto hay en tu corazón y en tu alma que no hallo en los míos! ¡Tú puedes hacer de un náufrago de la vida, un hombre! ¡Ten piedad!

JIMENA. ¡No quiero!

FLORENCIO. ¡Tú desconoces hasta qué punto este monstruo de vanidad, como me llamas, pasa la vida despreciándose! ¡Camino a tientas, sin hallar nunca luz, ni siquiera muros en que apoyar las manos!… ¡Tú serías mi patria y mi fe! ¡Mi reposo en la vida! ¡Ahora te estoy abriendo mi corazón!

JIMENA. ¡Miedo me daría asomarme a él!

FLORENCIO. ¡Sálvame, Jimena! ¡Sólo tú me puedes salvar!

JIMENA. ¡Pues de mí no lo esperes!

FLORENCIO. ¡Es que sin ti voy a morirme!

JIMENA. ¡Es que yo no quiero morirme contigo!

FLORENCIO. ¡Ahora eres tú más mala que yo!

JIMENA. ¡Pues también esta maldad es obra tuya!

FLORENCIO. ¡Qué! ¿Viene gente?

JIMENA. ¡Sí! ¡A Dios gracias! *Sollozando.* ¡Ay de mí!…

FLORENCIO. Serénate.

Silencio. Se apartan. Por el pasadizo vienen don Augusto, a quien ya conocemos, Isidra, la muchachita dolorida que va a ingresar en la comunidad, y doña Asunción, amiga respetable que la acompaña en trance tan solemne. Ambas traen velo. Isidra es bella y delicada. Llegan los tres hasta el centro de la escena, callados, sombríos… A los labios de Isidra asoma tal vez una leve sonrisa melancólica. Pureza sigue a discreta distancia al grupo, y a ella, Valeriano, también a distancia. Aún dura entre los novios el pasado disgusto. La Seglarita, como llamada a toque de esquila, asoma a su puerta y es toda ojos.

Florencio, contrariado, se marcha al fin por el pasadizo, anhelando en vano que Jimena lo mire. La atención de ésta se ha reconcentrado de súbito en la interesante figura de Isidra. Rompe el triste silencio, diciendo como para sí:

JIMENA. ¡La niña calumniada!

Isidra. *Con voz débil.* Ya estamos aquí. He de yamar tres veses.

Llevándose tras de sí las miradas de todos, se acerca a la puerta de regla y llama tres veces. Híncase luego de rodillas y aguarda como en oración. La puerta se abre pausadamente a poco de par en par, descubriendo una sencilla estancia del convento, en la cual aparecen todas las monjas, tapados los rostros con los blancos velos, y dispuestas a recibir con la alegría más pura a la nueva hermana. La Abadesa, que está ante todas, sin trasponer el umbral, se dirige a la postulante.

Abadesa. Bien venida, hermanita. Despídase su caridad de las personas que aquí la han traído, y entre a gozar de la paz bendita de esta casa, donde Nuestro Señor la espera.

Isidra se levanta. Sonriendo entonces, como si la visión celeste de las monjas le hubiese dado en un instante a su abatido corazón una tierna y poética conformidad, va a abrazarse a doña Asunción, que no puede reprimir el llanto: un llanto callado y tranquilo.

Isidra. ¡Vamos! ¿Qué es esto, doña Asunción? ¿Lagrimitas ahora? ¿No quedamos en que iba usté a ser fuerte?

Doña Asunción. *Recobrándose y besándola luego.* Sí. Ya pasó. Discúlpame. Adiós, hija.

Isidra. Adiós. *A don Augusto.* Adiós, padrino.

Don Augusto. Adiós, nena. *La besa y la abraza también.*

Isidra, citando de nuevo se encamina a la puerta de regla para encerrarse en el convento, quizá eternamente, encuentra unos ojos que la miran con dolorosa angustia, y unos brazos que parece como si quisieran abrirse para recibirla; son los de Jimena. Misteriosamente atraída por ella, se deja abrazar y besar. Jimena le dice:

Jimena. Que sea usted dichosa, niña.

Isidra. Espero serlo más que en el mundo.

Entra al fin en la santa casa. La Abadesa y las demás madres la acogen en silencio, abrazándola blandamente. Mientras tanto, la puerta se cierra. Don Augusto, advirtiendo la tribulación de la madrina, la aleja de allí con palabras de afecto.

Don Augusto. Ea, venga usted, venga usted… Aún acaso tenga remedio… Venga usted…

Se va con doña Asunción por el pasadizo.

La Seglarita se retira a su casa como una sombra. Pureza, con imperioso arranque de amor, corre a Valeriano.

Pureza. ¡Perdóname tú lo de antes; pero no te vayas nunca de mi lao!

Valeriano. ¡Ni tú der mío!

Se cogen de las manos como si quisieran encadenarse para siempre.

Jimena, ensimismada, creyéndose sola, agita airosamente la gallarda cabeza, llena en tal punto de los pensamientos más siniestros, y exclama con bella rebeldía:

Jimena. ¡Oh, no! ¡Esto, nunca! ¡Esto, no! ¡Dame fuerzas, Dios mío, para luchar en la vida con todas las pasiones!

FIN DE ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación del convento «de las Reliquias» en que trabaja Federico Anderson. Puerta a la derecha del actor, y ventana con reja, al foro, que da a un patinillo. Una mesa, un sillón y dos sillas, y un brasero sobre un ruedo de pleita. En la pared de la izquierda, una cruz de palo. Colgados en esta pared y en las otras, sin ningún orden ni simetría, varios cuadros al óleo de mediana pintura y asunto religioso, en los que las Madres imaginan acaso poseer joyas de Murillo y de Valdés Leal.

Ha pasado un mes. Cae la tarde.

Sale Jimena con Pureza. Jimena, disimulando secreta inquietud; Pureza, velado el risueño semblante por una nube triste.

JIMENA. No; no está.

PUREZA. ¿Ve usté como no está? Aunque una no ande siempre ar cuidao, no es don Federico ninguna sombra pa que se entre por er compás sin que nadie lo vea.

JIMENA. Sí; pero esta tarde pudo entrar aquí por el templo.

PUREZA. Si yo he venío también dos o tres veses a darle una vuertesita a la copa… Sólo que cuando er padre Domingo se empeña en argo… ¡Hoy está más nervioso!…

JIMENA. A mí don Federico me dijo que iba a pasar más de medio día fuera de Sevilla. Sin embargo, a estas horas ya, es un poco raro que no haya vuelto. ¿Qué hora es?

Pureza. Las sinco. Ahora se van los días en un soplo. ¡Dichoso noviembre!… Es er mes más triste del año. ¡Ay!… Echaremos una firmita. *Mueve el brasero*. Hoy no ha calentao más que a las pinturas.

Jimena. Templa muy bien la habitación.

Pureza. Como es tan chiquitita… ¿Usté viene a vé la toma de hábito?

Jimena. No. Sí. Es ceremonia que no he visto nunca, y la Seglarita quedó en advertirme cuando la hubiese. Esta mañana me mandó aviso con Chinela.

Pureza. Sí; con er monasiyo. La muchacha que hoy toma el hábito es de Sanluca, hija de un comandante… Y usté no quiera sabé cómo está er comandante… Se le ahoga con un pelo. Ayé de mañana yoraba con nosotras. Porque es hija única. Pero dichosa eya.

Jimena. ¿Quién?

Pureza. Eya; la que va a sé esposa der Señó.

Jimena. Y ¿usted la envidia? Eso es nuevo.

Pureza. Señorita, hábleme usté de tú. Ya sabe usté que se lo he dicho.

Jimena. Y ¿tú la envidias?

Pureza. No; no señora, no la envidio. Digo, sí la envidio. Le envidio que tiene un novio que no le da dijustos.

Jimena. ¡Ah! ya. Y ¿qué disgustos te da a ti Valeriano, si no vive más que para ti?

Pureza. ¿Le paese a usté poco? ¡Mañana toma er tren pa Cádiz… y pasao mañana er barco pa Chile! Se le puso en la cabesa y lo consiguió. ¡No quiero ni pensarlo! ¡Miste que le he ensendío yo velas a la Virgen pa que esto no suseda!

Jimena. Pues cuando la Virgen lo consiente, será por el bien de los dos.

Pureza. Será… pero yo no tengo er talento de la Virgen pa comprenderlo así.

Jimena. ¿Qué tiempo lleváis ya de novios?

Pureza. ¡Casi na! Un suspiro, como aquer que dise. Hora más, hora menos, er tiempo que yevan usté y don Federico.

JIMENA. ¡Muchacha!

PUREZA. ¿Cree usté que no lo sé? Er mismo día que Valeriano me dió a mí a comprendé que yo le gustaba, me habló de usté don Federico de una manera que no había más que oírlo pa presumí lo que ha pasao. Cuando los hombres la quieren a una de verdá, hasta er coló se les pone distinto al hablá de una.

Llega de improviso la Seglarita, sorprendiendo a ambas.

JIMENA. ¿Eh?

PUREZA. ¿Quién? ¡Ah! que eres tú. Hija, no se te siente: paese que pisas argodón en rama.

La Seglarita, dulcemente excitada por el suceso del día en el convento, se dirige a Jimena.

LA SEGLARITA. Me ha dicho Chinela que ya tiene usté reservá su siyita en el artá mayó. Y luego se la pondrá junto ar coro pa que vea usté toda la seremonia como Dios manda.

JIMENA. Muchas gracias, mujer.

LA SEGLARITA. Ya ha yegao er prelado. La muchacha está divina con er traje de novia. ¡Tiene unos ojos negros más presiosos! Se le ven más con lo blanco der vestido y der velo. Y ¡trae una de flores!…

PUREZA. La fiesta Parese una boda.

LA SEGLARITA. Y lo es: una boda con Nuestro Señó. Le gustará a usté mucho. Primero er prelado, en el artá mayó, le echa una plática muy bonita. Y eya entonses hase la profesión de fe. Y luego er prelado le dise: «Ya no te yamas como te yamabas en er mundo, Carmen Rodríguez Pérez —es un poné —, sino que te yamarás sor Ana María de los Dolores». Y en una batea de piafa le traen el hábito. Y después le quitan las flores, y er manto, y las alhajas, y le cortan er pelo; y cuando ya vestida de monja entra por er coro, la van abrasando las madres una por una. Y mientras se escucha una música y se oyen unos cánticos religiosos que paresen voses de la gloria. Da mucha pena, pero gusta verlo.

PUREZA. Lo va usté a presensiá dentro de diez minutos, pero eya tenía que contárselo a usté.

La Seglarita. ¡Er día que tomó el hábito mi hermana Bernarda, yoré yo más!… ¡Pensá que iban a cortarle aqueya mata de pelo bronseao, que sin ponderá, cuando se la sortaba yegaba ar suelo!… ¡Yoré yo más!… *Impaciente.* ¿Se viene usté a la iglesia?

Jimena. Ahora, ahora iré.

La Seglarita. Va yegando muchísima gente. Yo cuidaré de su siyita. Puresa, aquí tienes a Valeriano.

Se va con su obsesión, cruzándose con Valeriano, que aparece. Trae capa.

Valeriano. Ya quiso Dios que diera contigo. Buenas tardes.

Jimena. Buenas tardes.

Pureza. Ya quiso Dios. ¿Te ha costao trabajo encontrarme, verdá?

Valeriano. Me ha costao trabajo.

Pureza. Pos ya verás cuando estés en Chile.

Valeriano. ¡No me nombres eso!

Pureza. ¡A vé! ¡No tengo más idea!… Arranca tú der pensamiento una cosa así. ¿Verdá, señorita?

Jimena. ¡Verdad, verdad, Pureza! ¡Como a mí! ¡como a mí! ¿Quién será capaz de arrancarme ahora del pensamiento esto que tengo en él? *Se abandona a su tribulación, y llora.*

Los muchachos la atienden solícitamente.

Pureza. ¡Señorita!

Valeriano. ¡Doña Jimena!

Pureza. ¿Qué le susede a usté?

Valeriano. ¿Qué le pasa?

Pureza. Ya me estaba yo malisiando que la prosesión le iba por dentro. ¡Era mucha cara de lágrimas! Desahóguese usté con nosotros, señorita. ¿Qué tiene usté?

Jimena. ¡Qué tengo! ¡qué tengo! ¡Si yo pudiera explicar lo que tengo! ¡Ganas de llorar mucho; ganas de irme y de quedarme!… ¡Una falta

angustiosa de alguien que no está aquí, y un temor de algo pavoroso, siniestro!…

VALERIANO. Sosiéguese usté.

PUREZA. ¿Quiere usté una poquita de agua?

JIMENA. No, hija; no… Lo que siento es darles este mal rato a ustedes, que necesitan hoy todos los momentos para los dos… Déjenme ustedes sola.

PUREZA. ¡Vamos, señorita!

JIMENA. Sí, anda, vete con él; déjame sola. Llévesela usted, Valeriano.

VALERIANO. Caye usté, por Dios; ¡qué disparate! Viéndola a usté de esta manera… Mándeme usté si de mí nesesita.

PUREZA. ¡Pos claro!

VALERIANO. Mándeme usté con libertá.

JIMENA. Muchas gracias. Dígame, Valeriano: usted que de Triana aquí tiene que atravesar toda Sevilla…

PUREZA. ¿Por qué no le habla usté también de tú?

VALERIANO. Caya ahora.

JIMENA. ¿Ha encontrado o ha visto por casualidad esta mañana o esta tarde…?

VALERIANO. ¿A quién? ¿A don Federico Anderson?

JIMENA. Justamente.

VALERIANO. No, no, señora; hoy no lo he visto. Y suelo verlo argunos días. Ayer mismo lo vi en er Triunfo.

JIMENA. ¡Hoy no lo ha visto nadie! ¿Ni ha oído usted nada de él tampoco?… ¿No sabe usted nada…?

VALERIANO. ¿Qué he de sabé yo que usté no sepa? Yo no sé más sino las murmurasiones que hay a cuenta de esos artículos defendiendo a España que en la prensa se están publicando… y que argunas personas disen que son de don Federico.

JIMENA. ¡Y lo son; lo son, aunque en cruz lo niegue!

VALERIANO. Pero ¿don Federico lo niega?

JIMENA. ¡A mí me lo ha negado hasta ahora! ¡Mentira inútil; pueril, como de un hombre que no sabrá mentir jamás! ¡Son suyos, son suyos!… ¡Yo tengo el secreto de la pasión que en ellos vibra y de la ráfaga de odio que zumba entre sus letras! Insulta al enemigo, le abofetea con la pluma, sin perder su aire de caballero… ¡Son de él, son de él! ¡Nadie escribiría de esas cosas con tanto amor y tanta saña juntos! ¡Son de él!… ¡Y ése es mi gran miedo!…

VALERIANO. Es claro; usté teme que el otro…

PUREZA. ¿El otro es don Florensio, quisás?

JIMENA. ¡El mismo! ¡Ese… ese desalmado es el otro! ¡El que me alejó de mi madre! ¡El que llenó de dolor mi vida! ¡El que pudo matar a mi hermano!… Y ¡qué sé yo, qué sé yo si a estas horas estarán esos dos hombres frente a frente!

PUREZA. ¡Virgen María!

Jimena mira a Valeriano, que rehúye su nitrada.

JIMENA. ¡Valeriano, usted sabe algo más!

VALERIANO. No, doña Jimena…

JIMENA. ¡Sí, sí; se lo estoy leyendo en el semblante! ¡Lo que sepa, dígamelo usted!

VALERIANO. Si no sé más que eso, señorita…

JIMENA. ¡Por el amor de Pureza, Valeriano; no me engañe! ¡Dígame todo lo que sepa!

PUREZA. Díselo, hombre. Más malo es tenerla en esta angustia.

VALERIANO. Si no he dicho más que lo que he dicho, porque de sierto no debo aseguré otra cosa. He hablao de lo que se murmura… Y entre to lo que se murmura, ya no lo niego, se habla también de un desafío…

JIMENA. ¡Oh! ¿Lo ve usted?

VALERIANO. Pero ¿y si son cosas de la gente?…

JIMENA. ¡No, no! ¡Esta vez la gente no se engaña! ¡Así acertara siempre en todo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Sálvalo! ¡Sálvalo, que con él salvas la verdad!

VALERIANO. Er padre capeyán quisás tenga más pormenores…

JIMENA. ¿Usted cree que el padre Domingo…?

PUREZA. Sí; por Pepichi…

VALERIANO. Como es inseparable del otro…

PUREZA. ¡Y eso es lo que er buen señó tiene hoy ensima! ¿Cómo no habré yo dao en eyo hasta ahora?

JIMENA. ¿Seguirá en su casa el padre Domingo?

VALERIANO. En la asotea estaba cuando yo entré.

JIMENA. ¡Voy a verlo! *Avanza resueltamente hacia la puerta, y de súbito se detiene un instante.* ¡Dios mío! ¡Me espanta Jo que pueda oír! Pero ¿por qué quiere ese hombre regar con sangre mi camino? *Vase rápidamente.*

PUREZA. ¡Pobre señorita! ¿Tú estás enterao de argo más?

VALERIANO. No; no hay más que eso, que ya es bastante. Disen que hoy se batían a muerte.

PUREZA. ¡Jesús!

VALERIANO. Pero como yo no tengo la sertesa, me he cayao. Son muchas las cosas que don Federico le ha dicho al otro. Tenía que no sé hombre pa aguantarse. Sobre to habiendo como hay una mujé entre eyos.

Lejanos acordes de órgano llegan al recinto, anunciando que ha comenzado en la iglesia la ceremonia religiosa.

PUREZA. Dios querrá evitá una desgrasia. Vámonos ayí.

VALERIANO. ¿Ayí? ¿Pa qué? ¿Pa tené que seguí hablando de lo mismo?

PUREZA. No, hombre; pa que no me eche de menos mi madre.

VALERIANO. Tu madre se creerá que estás donde esta tarde está toa la gente: en la iglesia, en la toma de hábito. Yo mismo lo creía, y entré en la iglesia antes de vení aquí.

PUREZA. ¡Qué bonita está la muchacha!

VALERIANO. Bonita tú, cuando te pongas un vestido así pa casarte conmigo. Menos santa, pero más bonita.

PUREZA. ¿Yegará ese día, Valeriano?

VALERIANO. ¿No tiene de yegá? Ayá arriba está escrita la fecha.

PUREZA. ¿En las nubes?

VALERIANO. Un poco más arriba. *Se le acerca amorosamente.*

PUREZA. ¿Pos no tengo miedo, chiquiyo? A mí este cuarto me da miedo. Como está junto al enterramiento de las monjas…

VALERIANO. ¿Miedo a mi lao, Puresa?

PUREZA. ¡A tu lao! ¡Qué poquito me va a durá!

VALERIANO. ¿Le yamas tú poquito a la vida entera? *Ella lo mira, sonriéndole tristemente.* Pero tienes rasón: una vida, por larga que sea, es corta pa quererte a ti. ¡Yo quisiera tené siete vidas como los gatos!

PUREZA. Hoy no me hases reí con tus ocurrensias. Estoy muy triste. ¿Me quieres mucho tú?

VALERIANO. ¿Que si te quiero? Formá: por ti hago lo que hago. A no sé por ti, quisás me hubiera conformao a seguí en Seviya, ganando tan sólo er jorná que me da mi maestro. Pero un hombre que tiene la suerte de tropesá contigo y de que tú lo quieras, y de nasé con una habilidá que no es cosa corriente, si no la aprovecha pa ti, es un mendrugo. Y además un ingrato con Dios.

Cesa la música del órgano.

PUREZA. No, si he yegao yo misma a está conforme; que paese mentira, Valeriano. ¡Miste yo, que casi der compás no me muevo, consentí que tú te vayas tan lejísimo! A los primeros días me desía la Virgen: «Si se va, no te quiere». Pero luego, poquito a poco, ha acabao por desirme to lo contrario: «Por lo que te quiere se va».

VALERIANO. Ni más ni menos. ¿Desearé yo irme? ¿Me gustará a mí dejá de verte y de oírte tos los días? ¡Si no fuera por lo que es!… Pero si ar lao de ese cabayero de Chile está mi fortuna, ¿quién la deja escaparse? ¿Quién no va a Chile y ar Perú y a la fin der mundo? Y tú verás vorverse la veleta. Ése será mi premio. Ahora la gente que conose mis trabajiyos y que más me estima —gente con muchos miyones arguna de eya—, haga yo lo que haga no sale de aquí: «¿Sabes que este chiquiyo es listo?». «Este

chiquiyo tiene mérito». «No es manco este chiquiyo». «Este chiquiyo va a valé». «Este chiquiyo… este chiquiyo…». ¡Caramba, pero este chiquiyo nesesita argo más que buenas palabras! Este chiquiyo tiene una madre a quien mantené; este chiquiyo tiene una novia pa casarse; este chiquiyo quié tené tres o cuatro chiquiyos…

PUREZA. ¡Vamos! ¡Que te cayes ahora!

VALERIANO. ¿Cómo me he de cayá? Y acuérdate de esto: yego a Chile, monto la fábrica, prinsipio a sortá presiosidades por los deos de la mano, asombro ar mundo, lo yeno con mi fama, y entonses, a toas horas, has de escuchá a esta misma gente: «¡Si eso estaba visto!». «¡Si lo dije yo!». «¡Si ese chiquiyo vale mucho!». «¡Si ha sío una lástima que se vaya de aquí!». ¡Bueno, pero si no se va, to se quea en el aire! ¡Y del aire no viven más que los camaleones!

PUREZA. Y tú no lo eres.

VALERIANO. Sabes que más de cuatro veses te lo he dicho: pa apresiá una cosa, hay que perderla. Lo que tenemos junto no nos damos cuenta de lo que vale. Por lo menos aquí. ¡Somos tan modestos nosotros… que hase farta casi siempre que nos empuje er viento der renombre de fuera!

PUREZA. Oye, Valeriano: y ¿cómo le vais a yamá por fin a la fábrica? ¿Lo habéis desidío?

VALERIANO. Esta mañana misma. ¡Sin nombre va a nasé! ¡Jesús! Yo lo he dao. Y no hubo discusión. ¿Cómo te figuras tú que vamos a ponerle?

PUREZA. ¿Cómo? Yo pa eso soy muy torpona. ¿Cómo?

VALERIANO. Puresa.

PUREZA. ¿Mi nombre?

VALERIANO. ¡Tu nombre! ¿Dónde lo hay más bonito?

PUREZA. ¡Pero eso es guasa tuya!

VALERIANO. Esto es lo más serio que te he dicho esta tarde. Puresa se yamará la fábrica. Y no sardrá de sus hornos un asulejo, ni una figura, ni un capricho, ni una jarra pa flores, que no yeve un seyo que diga: «Puresa». ¿Me acordaré de ti? ¿Que se hase la tasa de una fuente? ayí está mi novia. Que se pone una loseta en un campanario: ayí está mi novia. Que se yeva un ánfora a

un museo: ayí está mi novia. ¡Yo aprovecho er viaje pa que en er mundo entero sepan de tu nombre!

PUREZA. ¡Qué lástima que no pueda yo irme contigo!

VALERIANO. Es una lástima y no lo es. Yo, ¿qué más querría? Mirarte a toas horas. Pero aquí acompañas a mi madre… y tiras de mí. Dejo aquí mis raíses, en aqueyas tierras hago sélebre er nombre de Puresa, y cuando prinsipie a enterarse la gente de quién es Puresa, ¡las Américas se despueblan pa vení a mirarte la cara! Y ahí tienes er fina: un hombre solo… que se trae la simpatía de medio mundo pa su tierra.

PUREZA. Mucho humo yevas tú en er tejao, Valerianiyo.

VALERIANO. ¡Es que hay fuego en la casa! Y que to el humo es poco pa volá. ¿Tú no has visto los globos? ¡Aparte de que yevo un contrapeso en er corasón! ¿De qué yoras?

PUREZA. De lo que me dises… y de lo que pienso. De cariño yoro, Valeriano. *Óyense, como antes el órgano, dulces cantos monjiles.* Escucha. ¿No escuchas?

VALERIANO. ¿Qué?

PUREZA. Las monjas cantando. Ya acabó la toma de hábito. ¡Y no la hemos visto!

VALERIANO. Eyas en su mundo y en er nuestro nosotros.

PUREZA. Imposible. Parese que estén los dos tan serca. Esos cantos son de grasias a Dios porque entra en er convento otra hermana.

VALERIANO. Yo también se las doy ahora mismo, porque me ha puesto junto a ti. Dios está también aquí con nosotros. ¿No lo crees?

PUREZA. ¿No tengo de creerlo? To lo que tú me dises lo creo ya.

Valeriano la mira embelesado, temblando de amor. Luego se le acerca y le pregunta muy quedito:

VALERIANO. ¿Me darás un beso antes de irme? *Ella baja los ojos.* Me lo ofresiste ayé.

PUREZA. Pos he variao de opinión.

VALERIANO. Yo, no; yo sigo en la misma.

PUREZA. Te lo daré a la vuerta… y así vendrás más pronto a buscarlo.

VALERIANO. Y ¿pa qué lo vamos a dejá pa la vuerta?

Se le acerca aún más, como queriendo desvanecer con amor y delicadeza los escrúpulos de la mocita. Ella, entre vencida y ruborosa, le dice sin voz casi, y apartándose de él:

PUREZA. ¡Quita, que viene gente!

VALERIANO. ¿Que viene gente? ¿Quién viene?

PUREZA. Arguien que se ha parao junto a la ventana.

VALERIANO. A vé. *Se asoma a la ventana.* Yo no veo a nadie, chiquiya.

PUREZA. Pos yo juraría que sentí los pasos. Y esto ha sío un aviso de Dios. Íbamos a hasé argo que estaba mal hecho.

VALERIANO. ¡Ah! pero ¿lo íbamos a hasé?

PUREZA. Ya no sé lo que digo. Tengo mucha aprensión Valeriano. Estamos en pecao mortá.

VALERIANO. No es pa tanto, muchacha…

PUREZA. Vamos a la iglesia.

VALERIANO. Vamos a la iglesia; pero antes…

PUREZA. Déjate de antes ni de despué. Vamos a la iglesia… a encomendarle tu viaje a Dios.

VALERIANO. Vamos a la iglesia. *Tomándole una mano.* ¿Te acuerdas der primer día que la vimos juntos?

PUREZA. ¡Pa no acordarse es er día de hoy! Anda, ven conmigo.

Tira cariñosamente de él, mirándolo. Valeriano se deja llevar, como quien sabe que no lo arrastran a ningún precipicio.

La escena queda sola. Los tiernos cantos de las monjas se perciben ahora más claramente en medio del silencio que reina.

Poco después, embozado en extranjera capa, llega Anderson. Pasea los ojos por la habitación, inquieto, y cierra la puerta. Luego deja sombrero y capa, y cae en el sillón, abatido. Al cabo exclama:

FEDERICO. ¡No puedo más!… ¡Dios del cielo! ¿Soy yo el que era?… ¡Tendré que huir de aquí! *Cesan los cánticos religiosos. Se inclina sobre los papeles que hay en la mesa y los recoge febrilmente. De pronto se detiene ante una cuartilla.* ¡Oh! ¡Qué inesperado comentario! Las palabras de Quevedo con que iba a coronar mis artículos… *Lee, anheloso.* «¡Oh, desdichada España! Revuelto he mil veces en la memoria tus antigüedades y anales, y no he hallado por qué causa seas digna de tan porfiada persecución. Sólo cuando veo que eres madre de tales hijos, me parece que ellos, porque los criaste, y los extraños, porque ven que los consientes, tienen razón de decir mal de ti…». ¡Gran verdad escribió el gran satírico!… Pero yo… yo… ¡yo tal vez he ido más allá!… ¿Quién? *Viendo a Jimena, que en la puerta aparece.* ¡Jimena! *Corre a su encuentro.*

JIMENA. *Volando a él.* ¡Federico! *Se estrechan fuertemente las manos; se miran. Ella, con ansia de leer en sus ojos; él, con exaltación amorosa.* ¡Me engañaste!

FEDERICO. ¡Era mi deber!

JIMENA. ¡Pero mi corazón estaba contigo! ¡Veía la evidencia, aunque mil bocas me hubieran jurado lo contrario! Estás trémulo, muerto de fatiga… Reposa… Y dime, dime… ¿No vienes herido? ¡Te ha amparado Dios!

FEDERICO. ¡Si ha sido Dios o ha sido el diablo, ya me lo dirá mi conciencia!

JIMENA. ¡Federico!

FEDERICO. ¡No; Federico, no! ¡Este pecador que ahora te habla no es Federico Anderson!

JIMENA. ¿Qué dices?

FEDERICO. ¡No; yo no soy Federico Anderson; yo no soy aquel hombre bueno, de alma clara, de vida apacible, ennoblecida en el estudio y en el trabajo de la inteligencia; yo soy un miserable ser humano a quien el odio enloqueció! ¡Todas las pasiones, aun aquellas más viles de que siempre se halló virgen mi pecho, han entrado en él para alimentar ese odio y exacerbarlo! Oye esto, Jimena: ¡acabo de matar a un hombre!

JIMENA. ¡Jesús! *Se cubre el rostro con las manos.*

FEDERICO. ¡Reza, pero no llores!

JIMENA. ¡No lloro, no! ¡No lloro, porque el espanto rechaza las lágrimas; pero si llorase sería por el peligro en que has puesto tu vida por mí! Lo demás, ¿qué me importa? ¡Yo le pedí a Dios que te salvase, porque tú, con nuestro amor, defendías la verdad: mi honra y mi nombre! ¡Si las calumnias de él no lo hubieran sido, él te hubiera matado a ti! Pero, por mucho que se aborrezca y que se odie… cuando se ve la muerte… ¡Perdón, Dios mío; perdón para los dos!

FEDERICO. ¡Cómo me consuelo de oírte, en medio de mi angustia, de mi pesar, de mi desvarío!… Era ese desdichado una serpiente entre nosotros. Llegó a serme imposible resistir, no ya su presencia y el solo sonido de su nombre, sino hasta su recuerdo. Ni el sueño me dejaba tranquilo, y cuando abría los ojos, nada acudía a mi frente más que él. Acechaba entre las sombras mi despertar… Era la obsesión de mi espíritu… Me acompañaba a todas partes… Desconcertaba mi trabajo, amargaba mi amor, ¡lo veía hasta en tus ojos, Jimena! ¡O él o yo! —gritó un día con toda su fuerza mi alma. ¡O él o yo!— repercutía constantemente en mi cerebro, oscureciéndolo y trastornándolo. ¡O él o yo! —parecía repetir también en mis venas el ritmo de la sangre. Y como tenía tanto que vengar en la misma persona, impulsado por mi doble amor, cogí la pluma para rebatir fieramente sus calumnias contra tu patria, y vi al cogerla que era una espada para defender a una mujer. ¡O él o yo!

JIMENA. ¡Tú, siempre tú! ¡El bueno, el justo!

FEDERICO. ¡El enamorado! ¡Venció el enamorado! ¡La mano que se complacía en echar cieno sobre la historia, de tu España, ya está crispada y rígida! ¡La boca que propaló que tú fuiste su amante, que sabía del calor de tus besos…!

JIMENA. ¡Oh!

FEDERICO. ¡Contraída está ya también por la mueca del silencio eterno! ¡Dios, que está por encima de las conciencias de los hombres, que nos juzgue a los dos; pero yo no soy Federico Anderson!

JIMENA. ¿No lo has de ser? ¿Es que si no lo fueras te habrías apasionado así? ¡Porque eras capaz de lo que has hecho, ha sido posible esta locura;

locura tan generosa en su noble origen, que al nacer ya estaba perdonada! ¡Bendito seas tú, bendita tu existencia, consagrada por natural inclinación al más bello ejercicio del hombre: a buscar entre las tinieblas de la vida lo que enaltece, lo que redime, lo que alienta, lo que honra a los humanos! ¡Bendito seas tú!

FEDERICO. ¡Y tu boca mil veces bendita! ¿Qué va a ser de ella si él me mata a mí? —era mi único miedo cuando nos pusimos cara a cara.

JIMENA. Y ¿qué haré yo, amigo de mi alma, para merecer tanto cariño, tanto heroísmo, tanta fe? ¡Yo te juro aquí, en este instante de nuestras vidas, turbulento y penoso; yo te juro aquí ante esa cruz, que de mis labios no ha salido más que la verdad; que puedes creer en mí como en tu madre; que mi vida ya no es más que tuya, sólo tuya, y que yo me moriría si tú no la quisieras!

FEDERICO. *Dando un grito súbito, y retrocediendo espantado.* ¡Eh!

JIMENA. ¿Qué?

FEDERICO. *Presa de una alucinación, señalando al muro en que está la cruz.* ¡Mira, míralo!

JIMENA. ¿A quién?

FEDERICO. ¡A él! ¡Míralo!

JIMENA. ¡Federico! ¡Por Dios!

FEDERICO. ¡Míralo!

JIMENA. ¡Nada veo!

FEDERICO. ¡Es él! ¡es él! ¡Ha surgido al oírte jurar!… ¿No lo ves, Jimena?

JIMENA. ¡No, pobre atormentado! ¿Qué he de ver yo lo que sólo ve tu delirio? Vente, vente… Vámonos de aquí…

FEDERICO. ¡No! ¡Aguarda!… Pero ¿no lo ves?

JIMENA. ¡Vámonos, Federico!… ¡Estás enfermo… desvarías!…

FEDERICO. ¡Aguarda!… *Encarándose con la sombra, que él, sin duda, ve ante sus ojos.* ¿Qué me miras, negro fantasma, sombra fatídica, visible sólo para mí? ¿Es que vas a seguir turbando mi vida? ¿Qué me quieres? ¡Habla! ¡Ya ves que no te temo! ¿Vienes por mi perdón? ¡Si soy yo quien

necesita del tuyo! ¡Tú, que resides ya en las puras regiones del alma, puedes sin duda perdonarme; yo, que aún estoy atado a los rencores de la tierra, no tengo perdón para ti! ¡Tanto daño hiciste!

Jimena. ¡Federico, por Dios! ¡Por mi amor! ¡Vámonos! ¡Tranquilízate!

Federico. *Sin volver el rostro hacia ella.* ¡Tranquilo estoy! ¿No ves cómo no tiemblo? *A la sombra.* ¡En lo que dijiste contra tu patria has mentido! ¡En lo que dijiste contra esta mujer has mentido también! ¡Pero una patria tiene siglos para defenderse y triunfar, y una mujer no tiene más que una vida! ¡Y la de esta mujer es mía! ¿Lo ves? ¡Es mía! *Abraza delirante a Jimena, que está ya contagiada de la excitación de su amigo.*

Jimena. ¡Sí! ¡Tuya!

Federico. ¿Lo ves? ¡Mía! *Con estupor.* ¡Ah!…

Jimena. ¿Qué?

Federico. ¡Huyó la sombra al abrazarte!

Jimena. ¿Eh?

Federico. *Gritando con íntima alegría.* ¡Ah! ¡Huyó la sombra al abrazarte!

Jimena. ¡Fué de luz nuestro abrazo!

FIN DEL DRAMA

Sevilla, 1918.

Madrid, enero, 1919.

TEATRO ESPAÑOL

LA CALUMNIADA

Nadie ignora que nuestro teatro español, la manifestación más rica, varia y genuina de nuestra opulenta literatura, no es sólo un teatro nacional: es un teatro de raza. Lo fué desde que nuestra cultura alboreó en América, y sigue siéndolo actualmente.

La obra que en Madrid alcanza éxito recorre en triunfo, no ya los teatros de la Península, sino los de las naciones hijas de España. Y veces hubo en que la obra española no se estrenó en España, sino en nuestra América, y el público de Madrid refrendó solemnemente el fallo del público de Buenos Aires o del de Montevideo[2]. Y el público de Buenos Aires, como el de Montevideo, el de Méjico, el de Santiago de Chile, el de Lima o el de Cuba, recogieron la sal chulesca, el chiste andaluz, la intención *baturra* o el localismo catalán, gallego o vizcaíno, con la misma rauda percepción con que lo hubiera recogido cualquier público de la madre España. Prueba evidente de que entre los pueblos hispanos no sólo es común el habla, sino la psicología de la lengua, esa misteriosa llama atávica que arde en la palabra y con ella transmite, de generación en generación, lo que no se traduce a idioma extraño, el genio étnico, el que entre nosotros encarnó en un símbolo común a toda la estirpe: *Don Quijote*. Prueba evidente de que el medio de aproximación más activo, más eficaz, más calurosamente humano y comunicativo que existe entre todos los pueblos de habla española, es el Teatro, que transmite los usos, las costumbres, los chistes, los modismos, las emociones del alma española, las sales y agudezas de nuestro pueblo, las

palpitaciones de todo nuestro vivir a través de las venas y los nervios de toda la raza, y nos mantiene unidos como un inmenso ser que nació de una madre y sigue alentando con una sola alma. Así, *Raza Española* no sería digna de su nombre ni realizaría sus aspiraciones más vehementes, si no dedicase atención preferentísima al Teatro, que es como el nervio vivo de los pueblos hispanos.

Y como providencialmente, la suerte, propicia a nuestros patrióticos anhelos, ha querido que la primera obra dramática que ha conmovido a la opinión, después de creada *Raza Española*, haya sido una obra de afirmación nacional, una obra en que se juntan nuestras dobles aspiraciones de reivindicación española y de espiritual fusión de la estirpe. Tales anhelos coinciden en *La Calumniada*, de los justamente célebres hermanos Quintero, obra que acaba de ser magistralmente representada por los insignes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, a quienes el glorioso plebiscito del aplauso ha consagrado como actores, no sólo nacionales, sino de raza, como lo es nuestra dramaturgia.

Aún no se había estrenado *La Calumniada* cuando *Raza Española* reclamaba y obtenía de sus autores la honra de trasladar a sus páginas una escena, un fragmento del drama, que sintetizase el espíritu de noble españolismo que lo anima. Nuestros lectores van a gozar de ese vibrante trozo de diálogo, que nos excusa de todo encomio previo, y que viene sancionado por el nervioso aplauso del público español, que, al fin, despierta y hace causa propia, causa popular, nacional, la reivindicación de esta excelsa *Calumniada*, España, cuya glorificación, como en la simbólica obra, realizan al par españoles e hispanófilos, «Jimena» y «Federico», en la ficción; Menéndez y Pelayo y Huntington, Lummis y Juderías, en la realidad.

Los laureados autores de *La Calumniada* y el público, que acogió la obra con fervoroso aplauso, en que restalló magnífico el trueno del entusiasmo nacional, han vibrado al unísono con el sentir de *Raza Española*, que nace a la publicidad en un momento en que la sublime caridad de patria no es en la escena, como no lo es en el periódico ni en el libro, artificio de arenga tribunicia, sino caliente racha de pasión, racha resucitadora y profética que sacude reciamente las almas, despertándolas a la realidad en esta hora apocalíptica en que, entre la brava resaca del odio y del amor, se agrupan las

gentes que alientan con el gran soplo colectivo de una lengua, y resurgen con nueva vida las grandes naciones históricas, a la cabeza de las cuales estará siempre España, que tiene vinculada la inmortalidad en el habla magnífica, que es océano de espíritu y alma insumergible de tantas nacionalidades que son la juventud y el porvenir del mundo.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

Raza Española; Madrid, febrero, 1919.

RASGOS DE ESPAÑA

LA CALUMNIADA

La hermosísima, jugosísima, españolísima obra que ha poco han estrenado Serafín y Joaquín Álvarez Quintero en el teatro de la Princesa, con todo el esplendor que es propio de los gloriosos artistas María y Fernando, los maestros insuperados —de *La Calumniada* hablo—, ha dejado en mi espíritu una emoción que perdurará largamente. Jimena y Federico Anderson eran mis amigos antes de nacer al calor de la noble genialidad creadora. Ellos significaban en mis dolores de patriota una esperanza, un atisbo de regeneración. Los he visto, los he oído y los he saludado cordialmente. Jimena es el amor de lo propio, ese sentimiento que parece ahora entre los hispanos un anacronismo. Anderson es el impulso de la justicia, el respeto a la verdad, el homenaje a los méritos ajenos, la forma superior del entendimiento, algo inverosímil en los días de la Conferencia de la Paz. Un corazón que vibra en el deliquio de las familiares glorias añejas; una conciencia que se reviste con la majestad de la inmortal magistratura para fallar causas en las que no ha intervenido… Eso es el más elevado y generoso modo de ser del hombre… Los señores Álvarez Quintero, por haber osado, por haber amado, por haber reducido a sabias y artísticas fórmulas esa afirmación, merecen algo más que el aplauso. Correspóndeles el entusiasmo de la ciudadanía.

No soy crítico de la escena, y aunque lo pretendiera, serían mis páginas como intrusas en estas columnas de *ABC*, cada día más ilustres, en las que se ejerce el magisterio de la crónica dramática con tanto acierto. Esto que

escribo no es sino un eco de la vida, que corresponde a mis deberes de anotador de las realidades circundantes.

Así he de recoger mis impresiones, y las de la muchedumbre culta, respecto al bizarro empeño de los hermanos, que otra vez han sido la caballerosidad dicente. Reciban en mis toscas y vehementes palabras la tierna reverencia de innumerables españoles.

Ellos, los Quintero, han llamado a la Patria *La Calumniada*. Yo diría, y en modo alguno para rectificarlos, sino siguiéndoles, que es *La Ignorada*. Y aún añadiría que es *La Recluida*. Está en los archivos, está en las bibliotecas, está en la oculta sabiduría de unos cuantos eruditos. Es la princesa encantada de los viejos cuentos. Como Cuvier, por un pedazo de hueso, hallado en la isla de Francia, reconstituyó toda la fauna anterior al diluvio, el poeta adivinó a la suprema beldad por uno de sus cabellos negros que flotaban en el viento.

El compás del convento sevillano, denominado por el vulgo de las Reliquias, en donde la escena nos es representada, es algo más que el bello rinconcito de inefable poesía descubierto e inventado por los vates del Guadalquivir. Es la mansión vieja donde se guarda el oro de los pasados triunfos. Es la húmeda estancia, donde hay armarios rebosantes de manuscritos, narradores de lo que fué. Bastaría remover los legajos para que, con el polvo centenario, surgieran las figuras magníficas de los descubrimientos y de la evangelización americanos. Toda España está en ese compás, donde un capellán humilde y unas muchachuelas piadosas enlazan la grandeza pretérita y el descaecimiento actual.

El extranjero que fué a Sevilla para estudiar las antigüedades hispánicas y quedó preso en ellas, como aquel gran señor de Oriente de que habla Chateaubriand; el que llegó como enemigo a la ciudad de las geniales invenciones, y luego se proclamó siervo de ella, hermosa invención de los Quintero, dice con sencilla elocuencia conmovedora:

«¡Los hombres que llevaron a países salvajes o desiertos la civilización, la verdadera civilización, leyes piadosas, la escuela, el altar y la imprenta…! Que no busquen los maestros españoles héroes más grandes que mostrar a los niños que aquellos héroes, porque la Humanidad no los tiene…». «Ni ha habido más grande nación que esta España, a quien se debe el hecho

fabuloso, ni ya en lo por venir puede tampoco haberla, porque no hay otro mundo que descubrir y que civilizar».

Cuando se tiene autoridad, maestría, prestigio, para que sean tolerados y aplaudidos esos conceptos fundamentales de una reivindicación necesaria y justiciera, se ha llegado a una cima. Desde ella se domina y se enseña. Talento y valor: signos de los cerebros fuertes.

En una ciudad de la Argentina me encontré yo, en mis viajes, con el doctor Freyre, catedrático eminentísimo, autor de libros de crítica histórica, poeta, además, del más alto numen. Y él me dijo, en la confidencia fraternal con que nos comunicamos los escritores de España con los de la magna República:

—Echamos de menos aquí una labor activa, enérgica, incansable, de los eruditos de Madrid, Sevilla, Zaragoza, Salamanca… por la que los errores criminales con que os han ofendido a vosotros sean destruidos y reparados. Aquí hemos comenzado la campaña, utilizando los elementos que están a nuestro alcance. Yo he hecho viajes a España; he estado en el Archivo de Indias, y allí he encontrado, sin más que leve y fácil rebusca, pruebas fehacientes de que España, en su obra colonizadora, se inspiró sin cesar en los más puros ideales. Y he escrito esos volúmenes y seguiré escribiendo, y será honra para mí haber contribuido a desvanecer las iniquidades calumniosas.

Cuando volví a España, las palabras del doctor Freyre y las de otros eminentes argentinos hispanófilos, como el doctor Ecequiel S. Zeballos, famoso estadista y orador preclaro, me pusieron en la obligación de hablar con los académicos, con los estudiosos, transmitiéndoles lo que había oído y lo que había visto. Ignoro la eficacia de mis gestiones. Sólo sé que cumplí el deber que tenía.

Si aquí hubiera Gobiernos que representasen la virtualidad de la raza, ministros que leyeran, parlamentarios que sintiesen el influjo de la vieja ley, abundarían los fondos del presupuesto para que en breve plazo quedase analizada la augusta verdad. Sigue inédita.

Por eso aplaudo con cálido amor la lección que nos dan desde la escena los señores Álvarez Quintero. En la tribuna portentosa del teatro han hablado

ellos a millares de españoles. Quiera el cielo que entre los oyentes haya un espíritu fuerte que se encargue de ejecutar esa obra.

No olvidemos que en el estreno del drama quinteriano ocupaba su palco el rey.

J. ORTEGA MUNILLA

ABC, Madrid, 5 de marzo de 1919.

UN DRAMA PATRIÓTICO

LA CALUMNIADA

Los hermanos Álvarez Quintero han estrenado un nuevo drama. Se titula *La Calumniada* y reúne todas las cualidades que hacen de la dramaturgia de los ilustres escritores sevillanos una de las expresiones más altas y más finas de nuestra literatura moderna.

Hay en *La Calumniada* pintura de costumbres y tipos andaluces; episodios de honda ternura amorosa; gracia delicada a raudales; sentimiento de cosas trágicas de la vida, de las que no se expresan con gritos y exageraciones románticas; poesía del ambiente, ese encantador ambiente de *Las flores*, que aquí emana del compás de un convento de monjas y contribuye no poco a la unción estética del drama. (Para salir al encuentro de una posible pregunta, diré que se llama «compás», en buen castellano, «el territorio o distrito señalado a algún monasterio y casa de religión, en contorno o alrededor de la misma casa y monasterio», y, más corrientemente hoy, en Sevilla y en otras localidades, «el atrio y lonja de los conventos e iglesias», que en tierra sevillana suele ser de un encanto profundo).

Pero con ser tan señaladas todas estas cosas en la nueva obra de los Quintero, todavía se destaca en ella otro elemento que, teatralmente, y en el ánimo e inteligencia de los espectadores, se sobrepone a todos los demás. Ese elemento es el patriótico, la defensa de España contra las calumnias que la han llenado, y la siguen llenando, de quienes no la estudian o no la aman.

Los autores han querido que ése sea el efecto que su drama produzca en el público, y lo han conseguido. Hay en la obra dos calumniadas; mejor

dicho, tres, aunque una de ellas es episódica: dos mujeres y una nación. Aunque el drama de una de las mujeres toma gran vigor en el acto segundo y llega a un desenlace trágico en el tercero (y ciertamente, en el desarrollo de este conflicto pasional los autores han llegado a notas de las más dramáticas y vibrantes de su teatro), la otra calumniada, la nación española, le arrebata el interés de la acción, se sobrepone a ella y atrae principalmente la emoción de los espectadores.

Los Quintero han puesto frente a frente, para expresar el conflicto, uno de esos españoles descastados que, a título de modernistas, maldicen de su patria ante públicos extraños (uno de esos a quienes yo aludía en mi artículo «El español fuera de España») y un hispanista extranjero (¿norteamericano?) estudioso de nuestro pasado y nuestro presente, enamorado del pueblo y de la tierra de España, e indignado por las censuras injustas que a uno y otra dirigen quienes no los conocen o fingen no conocerlos. El español antihispanista se llama Florencio. El yanqui, Federico Anderson.

Se ha dicho aquí, a raíz del estreno de *La Calumniada*, que Florencio no era un tipo representativo, sino una excepción. Desgraciadamente, no es una excepción. Escriban o no en periódicos extranjeros, hay aquí todavía muchos Florencios, para quienes todo lo español (créanlo o no lo crean en el fondo de su alma) es malo, y toda leyenda desfavorable para nosotros, certísima. Contra eso llevo predicando hace muchísimos años, como saben bien mis lectores habituales. Sé, pues, a qué atenerme en ese punto. Cierto que no todos los Florencios que padecemos llegan a las exageraciones del de *La Calumniada*, cuyo antihispanismo se acucia con el aguijón de los celos amorosos; pero, sin llegar a esos extremos, hay muchas maneras de hacer daño a España y de mostrarse desconfiado de sus fuerzas presentes y divorciado de su historia, y esas maneras tienen más de un cultivador entre nosotros y en los que de España escriben para afuera. Pero no quiero repetir lo que sobre esto llevo dicho en trabajos anteriores. Quienes quieran comprobar que subsiste el mal apuntado, lean un artículo que con el título de «¿Es patriótica la censura?» ha publicado hace poco el periódico español de Nueva York *La Prensa*.

El público madrileño ha comprendido la verdad de lo que reflejan en su obra los Quintero, y cada día más (a medida que es más público y acude con

más libertad de espíritu) aplaude y subraya la intención patriótica de la obra. Quien más, quien menos, sabe que en la vida real, aquí y en América, hay disputas acaloradas por el patriotismo; que ese tema no es de Ateneo ni de revistas científicas, sino de la vida diaria, y que les llega al alma, muy a menudo, a los que son verdaderamente «españoles», y el no serlo no es siempre cosa de que se pueda culpar a quien la padece. Uno de los personajes del drama, don Augusto, explica en los siguientes términos su falta de patriotismo:

«—Efectivamente, nací en Madrid; pero aún estaba en el claustro materno —lo recuerdo muy bien— y ya oía a mis padres discutir si sería niño o niña; y lo discutían en inglés. Mi padre llamaba a mi madre Fanny, y mi madre a mi padre Tommy. Y fuí varón, por suerte. Y cuando apenas sabía decir en español más que papá y mamá, me enseñaron simultáneamente inglés y francés. El español se conoce que era lo de menos. En la mesa, en mi casa, se hablaba inglés ordinariamente, y se menospreciaba y se criticaba a España, sobre todo cuando había visitas extranjeras. Era un extraño modo de halagar el amor propio de las visitas. Nadie me señalaba nunca un héroe nacional, en ningún orden conocido, ni por casualidad ponía con amor en mis manecitas un libro castellano. Recuerdo que el *Quijote* no lo leí hasta los treinta años, en inglés. A Velázquez lo conocí en el Louvre. La educación, es claro, la recibí fuera de España: en Londres. Luego, en premio a mi aplicación de estudiante, me llevaron a visitar París, Berlín, Viena y Roma… Todo menos España. Aún no he visto —otro cualquiera se avergonzaría de confesarlo— Toledo, ni Granada, ni El Escorial… Mis padres no me llevaron nunca. ¡Eran tan malos los hoteles!… He pagado temporadas en Brujas, y desconozco Salamanca; no he pisado Aranjuez, y me sé de memoria Versalles; veraneo en Suiza, y hablo de oídas de las montañas asturianas y de las rías gallegas… Dígame usted si a quien así creció y vivió es lícito exigirle que sea modelo de patriotas. Que me pidan, por mucho, que no abomine de mi país; pero ¿que lo quiera? ¿Por qué? ¿Quién me enseñó a quererlo?».

Después de esto, todavía hay quien se asusta de que yo pida una intensificación, con programa determinado oficialmente, de la educación patriótica de nuestros jóvenes. Vean mis lectores *La Calumniada* y luego me dirán si no es necesario ese remedio.

RAFAEL ALTAMIRA.
Arte y Realidad, 1919.

EL CORAZÓN EN LA MANO

PASO DE COMEDIA

Escrito ex profeso para Matilde Moreno, y estrenado en el **TEATRO ESPAÑOL** el 12 de abril de 1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Inesita Pereira.	Matilde Moreno.
Arsenio.	Ricardo Calvo.

EL CORAZÓN EN LA MANO

Camarín de Inesita Pereira, actriz encantadora, en un teatro de Madrid. A la derecha del actor, la puerta de entrada, y a la izquierda, una de comunicación con el tocador. Muebles coquetones, retratos, flores, libros, luces, etc.

La escena está sola. A poco de alzado el telón llega Arsenio, señorito desocupado, a quien conocemos de verlo en los cuartos de todas las comediantas bonitas, especialmente en el de la Pereira. Viste de «smoking».

ARSENIO. ¡Hombre! ¡Qué suerte! ¡El cuarto solo! ¡Esta comedia es una maravilla! ¡No trae gente ni al escenario! ¡Una maravilla! *Se acerca al tocador*. ¿Se puede?

Inesita habla desde dentro.

INESITA. ¡No! ¿Quién es?

ARSENIO. Un amigo: el de todas las noches.

INESITA. ¡Ah! Arsenio.

ARSENIO. Arsenio. Le ha salido a usted como si pensara: «Ya está aquí este moscón».

INESITA. Ni más ni menos; ya está aquí este moscón.

ARSENIO. ¿De veras no se puede pasar?

INESITA. ¡No, hombre!

ARSENIO. ¿Ni usted puede salir tampoco?

INESITA. ¡Tampoco! ¡Cuando usted no puede pasar!…

ARSENIO. ¡Que siempre ha de contestarme usted lo mismo!

INESITA. ¡Siempre! Yo soy muy constante.

ARSENIO. Yo, no. Es decir, yo, también. Bueno, según los casos. Le advierto a usted que, con la luz del tocador, se transparenta la cortina y se ve todo.

INESITA. ¡Ah! ¿sí? ¡Pues mejor para usted!

ARSENIO. ¡No; peor! Vislumbrando lo que no se nos quiere enseñar, se sufre mucho.

INESITA. Pues vuelva usted la cara.

ARSENIO. Se sufre más.

INESITA. Pues haga usted lo que se le antoje.

ARSENIO. ¿Lo que se me antoje? Si me dejara usted…

INESITA. ¡Vaya! ¿Venimos alegrito?

ARSENIO. No venimos triste.

INESITA. ¿Dónde se ha cenado?

ARSENIO. En la Peña.

INESITA. ¿Con quién?

ARSENIO. Solo.

INESITA. ¡Qué aburrimiento!

ARSENIO. No lo crea usted. La soledad no siempre es aburrida. Algunas veces, cuando parece que se está más solo, es cuando se está más acompañado.

INESITA. ¿Hola? ¡Metafísico estáis!

ARSENIO. ¡Es que he comido!

INESITA. ¿Y por Apolo, no ha pasado usted antes que por aquí?

ARSENIO. Esta noche, no.

INESITA. Pasó usted esta tarde.

ARSENIO. Pasé y entré.

INESITA. Ya me lo figuro.

ARSENIO. Ahora vengo de la Comedia. Pero sólo he estado un instante en el palco. *Pausa*. ¿Sale usted o no sale?

INESITA. Heme aquí. *Sale resplandeciente, vestida para escena.*

El traje queda encomendado al gusto de la actriz; no siempre ha de ser el gesto o la frase lo que se le encomiende.

ARSENIO. ¡A Dios gracias! *Contemplándola.* Se explica, se explica… ¡Se explica todo!

INESITA. Explíquese usted.

ARSENIO. Se explica la tardanza; se explica que los espejos del tocador traten de retenerla a usted. ¡Hasta entre las lunas de los espejos las hay con desgracia y con suerte!

INESITA. Me dijo usted anoche eso mismo.

ARSENIO. Es posible; tan verdad era anoche como lo es ésta.

INESITA. Menos mal; lo ha enmendado usted un poquillo. *Le tiende una mano, que él le estrecha.* No esperaba que viniera usted hoy.

ARSENIO. ¿Por qué?

INESITA. Lo hacía en el Real.

ARSENIO. No; no baila la Esparcita.

INESITA. ¡Ah, vamos!

ARSENIO. Además, estoy encantado con esta obra que dan ustedes.

INESITA. ¡Ave María Purísima! Será usted el único. No viene al teatro… ni el sexteto, que tiene obligación.

ARSENIO. ¡Pues por eso estoy yo encantado con ella! ¡Porque no viene un alma a estorbarme! ¡Ojalá dure en el cartel!

INESITA. Dígaselo usted al empresario.

ARSENIO. A tanto no me atrevo; acabo de verle la cara en el vestíbulo… Me creí un momento en la exposición canina. Pero esta comedia, para mí, es cabal; porque, además de que no trae gente, está muy bien pensada.

INESITA. ¡Cristiano!

ARSENIO. Yo encuentro bien pensadas las obras que dejan a las actrices mucho tiempo en su cuarto.

INESITA. ¡Ah! Entonces ésta sí es una maravilla. ¡Yo en este acto no salgo hasta el final!…

ARSENIO. Ya lo sé. A mí, del teatro, lo que me gusta son las actrices. Me asombra que haya habido una época en que los papeles de mujer los hicieran hombres y fuera nadie a verlos. ¡Jesús!

INESITA. Calle calle…

ARSENIO. Ha debido usted ya decirme que me siente.

INESITA. ¡Qué lástima! ¿Necesita usted mi indicación?

ARSENIO. La necesito.

INESITA. ¡Pues espérela usted sentado!

ARSENIO. Eso quería; sentarme. *Se sienta junto a ella.*

INESITA. Mire usted qué natural nos ha salido esto.

ARSENIO. *Gozando de la soledad y recreándose en la belleza de Inesita.* ¡Está algo bien pensada esta obra!

INESITA. Vamos, no diga usted tonteras. Ni sea usted cruel. Es un tormento representar comedias así. Usted no sabe lo que yo sufro de salir a escena para decir todas las insulseces y todas las vulgaridades con pretensiones puestas en boca de este personaje. ¡Noto el ridículo sobre mí como pocas veces!

ARSENIO. Devuelva usted el papel.

INESITA. ¡Pobre autor! ¡Se muere! Cree que ha escrito un portento. Habla de Shakespeare como de un camarada. Le aseguro a usted, amigo Arsenio, que cada día estoy más harta de las pasiones del teatro, de esta lucha continua… ¡El teatro sería precioso para mí, representando siempre comedias artísticas, ante un público siempre culto!… ¡Pero cuando la profesión trae consigo todas las miserias de un negocio…! *Con amargura.* ¡Ay, ay, ay!…

ARSENIO. No la conocía a usted quejumbrosa.

INESITA. Disimulo mucho.

ARSENIO. Bueno es saberlo. ¿Se retiraría usted con gusto de la escena?

INESITA. ¡Ya lo creo! En cuanto me tocase el gordo de Pascuas.

ARSENIO. ¿Nada menos que el gordo?

INESITA. Nada menos.

ARSENIO. ¿Y si le tocase a usted un novio… aunque no fuese gordo?

INESITA. No; el novio lo prefiero delgado. Pero es menos probable que el premio.

ARSENIO. ¿Menos probable? ¿Es que no juega usted?

INESITA. Sí, señor; que pruebo fortuna de cuando en cuando; saco mis decimitos. Sólo que no me valen. ¡Ay! ¡La boda, en serio, de una actriz!… ¡Friolera!… Haga, haga memoria, a ver si usted conoce muchas… Los hombres, por lo general, no nos quieren más que para divertirlos. Entre nosotras no habrá, seguramente, dos historias iguales… pero hay muchas historias infortunadas…

ARSENIO. ¿Lo es la de usted, Inés? ¿Tiene capítulos dolorosos?

INESITA. ¡Mi historia!… Mejor será que hablemos de otro asunto, ¿no?

ARSENIO. No; que se inicia un tema muy de mi agrado.

INESITA. ¿Le agrada a usted hablar de las mujeres que no se casan porque no encuentran novio? Porque mi historia, en rigor, es ésa.

ARSENIO. ¿Que usted no encuentra novio, Inesita?

INESITA. Novio a mi gusto, entienda usted.

ARSENIO. Lo tendrá usted muy delicado.

INESITA. Será eso. A las mujeres que se quedan solteras no les pregunte usted nunca por qué no se casan; su respuesta siempre será la misma. En cambio, a los hombres, que tienen ancho campo donde elegir, sí debe preguntárseles.

ARSENIO. ¿A los hombres?

INESITA. A los hombres. Y yo voy a preguntárselo a usted ahora, ya que le agrada el tema. Dígame, curioso: usted, joven, bien parecido…

ARSENIO. Gracias, Inesita.

INESITA. Sin obligaciones, con dinero, con mucho dinero…

ARSENIO. ¡Psche!…

INESITA. Aburrido de no tener ocupación de día ni de noche, ¿por qué no se casa?

ARSENIO. *Suspirando.* ¡Ay!

INESITA. ¿Qué?

ARSENIO. ¡Ay!

INESITA. ¡Jesús, qué suspiros! ¿Es tan difícil la respuesta?

ARSENIO. Es difícil. Más difícil que tener los ojos cerrados delante de usted.

INESITA. Vaya, vaya, contésteme con formalidad, que a mí también me atrae la conversación. ¿Por qué no se ha casado usted, Arsenio? ¿Por qué no se casa? ¿Por qué no habla nunca de casarse?

ARSENIO. ¡Ea! Le voy a contestar a usted en serio; con franqueza; con el corazón en la mano. No me caso, Inesita, huyo del casamiento como de una mala tentación, porque tengo la seguridad absoluta de que engañaría a mi mujer a los seis días de matrimonio.

INESITA. ¡Criatura!

ARSENIO. Así, así. La absoluta seguridad.

INESITA. Pero ¿tan pronto? ¿A los seis días?

ARSENIO. ¡O a los cinco!

INESITA. ¡Por Dios! ¿Ni una semana de fidelidad?

ARSENIO. Ni una semana.

INESITA. Usted bromea, Arsenio. Eso es imposible.

ARSENIO. No, no bromeo, Inesita; lo tengo muy experimentado. Soy infiel por naturaleza. ¡Como el que nace cojo o chato, que no lo puede remediar!

INESITA. ¡Bah! ¡bah! ¿Y dice usted que no bromea?

ARSENIO. Le hablo a usted con el corazón en la mano. Créame usted, Inés; ésta es la verdad de mi corazón. Soy la inconstancia personificada. Tengo que pegársela a las mujeres; ¡es algo superior a mí! Y como soy un hombre de conciencia, me resisto a casarme.

INESITA. ¿A qué le llama usted conciencia?

ARSENIO. A lo que lo es. La prueba es que huyo de engañar a la mujer propia. Tocante a las demás… ¿usted me comprende?… como sé de antemano que ellas han de engañarme a mí, no tengo escrúpulo ninguno. Pero ¿a mi mujer? ¡Vamos! ¡No sería yo quien soy!

INESITA. Ya, ya voy yo viendo quién es usted.

ARSENIO. Un hombre íntegro; un hombre de conciencia, repito; un hombre de convicciones arraigadas también. Porque no soy yo solo; es que la fidelidad masculina no existe.

INESITA. ¿Que no existe? Si así fuera, y todos pensaran como usted, nadie se casaría.

ARSENIO. ¡Nadie! ¡Qué duda cabe! Y si se casan, es porque casi todos tienen la manga más ancha que yo, y porque, además, en el momento de casarse creen a ojos cerrados que van a ser fieles como perros *Reflexionando un punto.* Quizás haya debido emplear otro símil. En resumidas cuentas, no sé de un marido que no se la pegue a su mujer. Y yo no quiero entrar en esa cofradía de traidores.

INESITA. ¡Qué absurdo! ¡Hay miles!

ARSENIO. ¿Miles? Si yo descubriera uno solo se lo brindaría a su empresario de usted, para que se ganara un dineral enseñándolo por los pueblos.

INESITA. ¡Jesús, qué cosas oigo!

ARSENIO. Pero demos de barato que esto de la infidelidad general son visiones mías; no insisto en ello. Vengamos a mi caso, en el que nadie puede contradecirme. Yo lo sé a ciencia cierta; yo lo sé ya como si lo estuviera viendo; es fatal; es inevitable; yo engañaría a mi mujer… ¡en seguida!

INESITA. ¡Arsenio!

ARSENIO. ¡En seguida! Es que lo toco; es que lo masco. La engañaría con una amiguita de colegio, con una vecina de enfrente, con una de arriba, con una de abajo, con la modista, con la doncella…

INESITA. ¡Por Dios! ¿También en la casa?

ARSENIO. ¡También! ¿No le he dicho a usted que es superior a mí?

INESITA. Sí; como el que nace con joroba. Ya, ya. ¡Qué espanto! ¡Todas contra una!

ARSENIO. Eso es. ¿Usted cree que debo, pensando así, sintiendo así, enamorar a ninguna mujer para hacerla mi esposa? ¿decirle a ninguna que me quiero casar con ella?

INESITA. Lo que es a mí no me lo diga usted.

ARSENIO. ¿A usted no?

INESITA. ¿Y todavía me lo pregunta?

ARSENIO. Pues ahí tiene usted lo que son las cosas; a usted se lo hubiera yo dicho de muy buena gana.

INESITA. ¿A mí, Arsenio?

ARSENIO. A usted, Inesita. Y sigue en la mano el corazón. ¡A usted se lo hubiera yo dicho!

INESITA. ¡Oh! ¡Que me llamen a escena!

ARSENIO. No; que esperen un poco. Usted sería una esposa ejemplar: bella, cada día con un nuevo encanto, apasionada, dulce, fiel, cuidadosa de su casita, orgullosa de ella…

INESITA. Muchas gracias. Y, no obstante, usted me la pegaría, ¿verdad?

ARSENIO. Indiscutible.

INESITA. ¿Indiscutible? Pues no me conviene.

ARSENIO. Me hago cargo.

INESITA. *Después de una pausa, llena de atrevidas ideas.* Es decir, verá usted. Vamos a pensarlo despacio; vamos por partes.

ARSENIO. ¡Caramba! Esto me seduce.

INESITA. Tiene varios aspectos el asunto. Sí, sí; tiene varios matices. Hablemos los dos claro. Calma, calma. Vamos a ver, vamos a ver… Yo también me voy a poner el corazón en la manita.

ARSENIO. Parecerá otra rosa.

INESITA. El horno no está para madrigales.

ARSENIO. ¿No, eh?

INESITA. No.

ARSENIO. Conformes. Pues a ver lo que me dice ese corazoncito. El mío, ante el caso, de la mano en que estaba se me ha subido a las orejas.

INESITA. A una oreja, será.

ARSENIO. A las dos; es muy grande.

INESITA. Sí; tamaño sí tiene. Como que es una fonda, por lo visto.

ARSENIO. No divaguemos.

INESITA. No divaguemos. Usted me ha confesado que, a no ser por esos escrúpulos de su conciencia, de buena gana se casaría conmigo.

ARSENIO. ¡De muy buena gana!

INESITA. Pues, mire usted, yo, después de meditarlo un momento, aun conociendo a lo que me expongo, no tendría inconveniente en que usted me llevase a la Vicaría.

ARSENIO. *Con arrebato.* ¡Oh! ¡Inesita adorable! ¡Vamos ahora mismo! ¡Qué abnegación más santa!

INESITA. Un poco de sosiego. Pasito, pasito; no se alborote usted… Yo no sería esa esposa ejemplar que usted pintaba hace un instante; esa esposa modelo; pero siempre sería una mujer amante de su esposo; una mujer firme, fiel a la fe jurada. Porque así como usted ha nacido inconstante, yo he nacido con este sueño en mi alma: el de darle a un hombre que me quisiese mi vida entera. Se ha puesto usted un poquito pálido.

ARSENIO. Creo que sí.

INESITA. Una vez casada con usted, vaya por marido; con usted, a quien, se lo declaro noblemente, me inclina una especial simpatía… Sí, sí; el día que no hablo con usted parece que me falta algo… Éste es el Evangelio.

ARSENIO. ¡Inesita!

INESITA. Calma. Una vez casada, decía, ya podían venir a cortejarme todos los hombres de la tierra: los más ilustres, los más poderosos, los más artistas… ¡hasta los más tunantes, que suelen ser los más peligrosos en ocasiones! ¡Ya podían venir todos juntos! ¡Yo sería siempre fiel a mi maridito!

ARSENIO. ¿Sí?

INESITA. ¡Sí!

ARSENIO. ¡Qué grandeza de alma!

INESITA. Ahora…

ARSENIO. ¿Eh?

INESITA. Ahora, si se me presenta, por casualidad un primo mío, capitán de Lanceros de la Reina, que está en Melilla…

ARSENIO. ¿Eh?

INESITA. Entonces…

ARSENIO. ¿Entonces, qué?

INESITA. ¡Entonces no respondo de mí!

ARSENIO. ¡Inesita!

INESITA. Le hablo a usted también con el corazón en la mano. Fué el primer hombre que me hizo asomarme, temblando, a una celosía, porque sentía sus pasos en la calle; fué el primer hombre que recogió para sí una rosa que a mí se me cayó del pecho; fué el primer hombre que me habló sin palabras; sin palabras, que, sin embargo, sonaron en mi oído…

ARSENIO. ¡Ah, no, no!…

INESITA. ¿Cómo qué no?

ARSENIO. ¡Como que no!

INESITA. ¿No acepta usted ni aun esta remota posibilidad de traición por mi parte?

ARSENIO. ¡Que he de aceptar yo eso!

INESITA. ¡Qué egoísmo! ¡Me amenaza usted con traicionarme con media humanidad, y no tolera ni la sombra de un hombre que está lejos de aquí… y a quien pueden pegarle un tiro los moros el día menos pensado!

ARSENIO. ¡Que se lo peguen ya!

INESITA. ¡No, señor; que no se lo peguen! ¿Por quién? ¿Por uno de tantos como se acogen a la ley del embudo?

ARSENIO. ¡Mire usted qué demonio de primito, cuando ya casi nos habíamos puesto de acuerdo!…

INESITA. ¡Muy cómodamente para usted!

ARSENIO. ¿Lancero de la Reina me ha dicho usted que es ese hombre?

INESITA. Sí; lancero de la Reina. Muy guapo. Y muy bueno.

ARSENIO. Y ¿está en Melilla?

INESITA. Está… ¡está en los infiernos! Debía estar en Melilla.

ARSENIO. ¿Debía estar?

INESITA. Sí. Pero, por desgracia, no está en ninguna parte.

ARSENIO. ¿Qué? ¿No existe?

INESITA. No, señor; no existe. Lo he inventado yo. No se encuentra un lancero guapo, y primo, así como así.

ARSENIO. *Respirando gozoso.* ¡Ah! ¡Qué dicha! ¡Se me ha quitado de encima, no un lancero, un cuartel! Pero ¿a qué ha venido esta burla?

INESITA. Pero ¿es que usted cree que se pueden tomar en veras las teorías amorosas de usted? No, Arsenio, no; esas teorías no tienen fundamento alguno; no responden a ningún latido del corazón; son cosas del ingenio, de la fantasía… frivolidades, discreteo, gracia, buen humor… El día que se encuentre usted frente a una mujer que sea capaz de enamorarlo de veras, usted verá cómo se disipan, cómo insensiblemente se le desvanecen a usted, si no es que usted mismo, avergonzado, las espanta… Y entonces sí, entonces hablará usted con el corazón en la mano; pero no será el corazón de usted, sino el de ella; y por ser el de ella, usted lo cuidará como si fuese el suyo, mejor que si lo fuese; y querrá que guarde siempre el calor del pecho; y llorará de pena si por su ligereza o por su descuido cae al suelo una sola gota de sangre.

ARSENIO. *Turbado.* Inés, amiga mía, eso debe de ser así, tal como usted lo ha dicho, porque yo empiezo a comprenderlo… a sentirlo quizás… ¿Estaré delante de la mujer que ha de realizar en mí esa transformación, ese milagro? ¿que ha de convertirme en constante? ¿que ha de lograr que yo quiera a una sola?

INESITA. Me parece que no.

ARSENIO. *Apasionadamente.* ¿Qué no?

INESITA. Lo ha preguntado usted como para que me parezca que sí.

ARSENIO. Contésteme usted sin evasivas.

INESITA. No puedo. Esas preguntas, si alguien ha de contestarlas, es usted mismo. *Suena un timbre.* Me llaman a escena.

ARSENIO. ¡No se vaya usted ahora!

INESITA. Y ¿qué he de hacerle? Mientras no pesque el premio gordo en una forma u otra… Pero antes le voy a decir a usted unos versos de una comedia que estamos ensayando.

ARSENIO. ¿Quiénes? ¿Usted y yo?

INESITA. No, señor; mi compañía y yo.

ARSENIO. Y ¿son oportunos aquí?

INESITA. Por algo los he recordado. Usted juzgará:

Queriendo desligarse eternamente,
viven el corazón y el pensamiento…
Mas la verdad es una solamente;
y brilla, cuando brilla, en el momento
que piensa el pecho y la cabeza siente.

Arsenio la mira con atención y embeleso. Ella, sonriéndole, va hacia la puerta del cuartito. Cae el telón.

FIN

Madrid, marzo. 1919.

FEBRERILLO EL LOCO

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el **Teatro Lara** el 28 de octubre de 1919

Al señor **D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA,**
corazón generoso y
espíritu elevado y fecundo,
con admiración y gratitud,
LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Aurelia.	María Palou.
Doña Mínima.	Leocadia Alba.
Florencia.	Hortensia Gelabert.
Laura.	Isabel Faure.
Remigia.	Elisa Méndez.
Tirso.	Emilio Thuillier.
Guzmán Araujo.	Luis Manrique.
Don Albino de Juan.	Salvador Mora.
Don Roque.	Alfonso M. de Tudela
Honorito.	José Balaguer.

FEBRERILLO EL LOCO

ACTO PRIMERO

Salita en casa de doña Mínima Oria, viuda de don Estanislao Febrero, en Madrid. Puerta al foro, que conduce a las habitaciones interiores, y otra a la izquierda del actor, que da al recibimiento. A la derecha, un balcón. Sillería de caoba, tapizada de damasco o de yute; mesa-camilla, con falda y tapete de terciopelo; sobre una consola, dos floreros y un reloj cubiertos con fanales; alfombra de moqueta, cortinas adecuadas a la sillería; una gran araña de cristal en el centro del techo, y en la pared, revestida de papel oscuro, dos retratos al óleo que representan, a lo que rezan los letreros que llevan al pie, a Santa Ana y a San Pablo. Por la habitación y por los muebles han pasado cuarenta años, fecha del casamiento de la señora; pero es menester decirlo para que se crea, según se conserva todo ello. En la actualidad viven en la casa suegra y nuera, y, para que todo sea sorprendente, se llevan bien.

Es al anochecer de un domingo de Carnaval. La araña está ya encendida.

Doña Mínima, sentada a la camilla, hace solitarios; Florencia, su nuera, escribe una carta. Doña Mínima pasa un poco de los sesenta años y viste de negro; Florencia no llega a La mitad, y es bella y discreta.

Doña Mínima. Nada, no me sale. ¡Pues no ha de poder más que yo!

Florencia. ¿Qué?

Doña Mínima. El solitario que me ha enseñado don Albino, que no me sale nunca. Se me ha atravesado.

Pausa.

Florencia. ¿Quiere usted algo para la mona?

Doña Mínima. Mándale un beso de la abuela.

Florencia. Ya le mando un millar.

Doña Mínima. Pues dile que así que pase el Carnaval iremos a verla al colegio una tarde.

Florencia. También se lo digo. Iremos el día de su cumpleaños: de hoy domingo, en ocho.

Doña Mínima. ¿Cuántos cumple ya Anita?

Florencia. ¡Ay! ¡No me obligue usted a recordarlo!

Doña Mínima. ¿Doce?

Florencia. ¡Trece!

Doña Mínima. ¿Te molesta la cifra?

Florencia. No, señora, no: la cifra me es igual Me molesta que no sean cinco en vez de trece.

Doña Mínima. ¡Ah, claro!

Florencia. Viviría mi marido.

Doña Mínima. ¡Pobre hijo de mi alma! Y tú tendrías ocho años menos.

Florencia. ¡Friolera!

Doña Mínima. Bien dice don Albino que el tiempo es el único reloj que no se para nunca. Esta noche he soñado yo con don Albino.

Por la puerta de la izquierda sale Remigia, criada de la casa; moza tan feliz desde que se fué de su pueblo, Loeches, y dejó de ver a su familia, la del tío Terrones, que está siempre con la sonrisa en el semblante.

Remigia. Ahí está don Roque.

Florencia. Mira, a tiempo llegas. Baja en un momento y echa esta carta en el estanco de la esquina.

Remigia. O en un tranvía, ¿no?

FLORENCIA. Es igual.

REMIGIA. El tranvía la lleva más pronto. *Se va con la carta y con la sonrisa.*

FLORENCIA. ¡Qué servicial es esta chica!

DOÑA MÍNIMA. Mucho. Y ¡qué contenta está ella en Madrid! No se la ve sino risueña. Ha de decirte que ha roto dos platos, y te lo dice con cara de Pascuas.

Sale don Roque por la misma puerta que Remigia. Es un cincuentón, egoísta redomado. Usa gorro.

DON ROQUE. ¡Hola!

DOÑA MÍNIMA. ¡Hola!

FLORENCIA. ¡Hola, tío Roque!

DOÑA MÍNIMA. ¿Fuiste tú quien llamó antes con los nudillos en la pared del comedor?

DON ROQUE. Sí; yo fui. Para que pasaras a casa si no estabas entretenida en algo.

DOÑA MÍNIMA. Pues iba a pasar, a ver qué querías; pero se me fué el santo al cielo.

DON ROQUE. ¡Qué más da, boba! No era nada urgente.

FLORENCIA. Está usted muy contento, ¿verdad?

DON ROQUE. Lo estoy; lo estoy. ¿Me sale a la cara?

FLORENCIA. Le sale a usted, sí.

DON ROQUE. Estoy, estoy contento. ¡Ya podía no estarlo! Para un padre, ¿cabe mayor satisfacción que tener una luja y casarla a gusto?

DOÑA MÍNIMA. ¿A gusto del padre?

DON ROQUE. ¡Por supuesto! ¡A gusto del padre! Para un padre… Estoy contento; muy contento. Me gusta el novio… me gusta la posición del novio… me gusta la familia del novio… Estoy contento. Y a propósito de mi contento quería yo hablarte. Mínima.

DOÑA MÍNIMA. ¿Ah, sí?

DON ROQUE. Para eso te llamaba.

DOÑA MÍNIMA. ¿Pues?

DON ROQUE. Como hoy ha sido el paso oficial de pedir a Aurelia, y como Honorito vendrá de aquí a poco, y vendrá don Albino, por de contado, ¿qué te parece a ti si *remojáramos* la cosa?

DOÑA MÍNIMA. Muy bien; me parece muy bien.

DON ROQUE. ¿Y a ti, sobrina?

FLORENCIA. A mí, también; me parece muy natural.

DON ROQUE. Nada de locuras ni de exageraciones… Unos emparedados, unas pastas, unas copitas de jerez… ¡Que no pase la fecha en blanco!

DOÑA MÍNIMA. Bueno; sí.

DON ROQUE. Y aquí mejor que ahí en mi casa, ¿no encuentras?

DOÑA MÍNIMA. Donde tú dispongas, ya que tú eres el padre y estás tan contento.

DON ROQUE. Creo que lo estamos todos.

DOÑA MÍNIMA. Sí, hombre, sí, claro; estándolo tú…

DON ROQUE. Pues aquí, aquí lo celebraremos desde luego. Aquí, en rigor, es donde hacemos siempre la tertulia; mi hija casi vive aquí más que ahí; aquí la conoció su novio…

DOÑA MÍNIMA. Aquí, aquí; no hay que dudarlo ni un segundo.

DON ROQUE. Entonces queda todo ello a tu elección, ¿eh, Mínima?… a vuestra elección ¿eh, Florencia? Las mujeres para estas cosas sois las únicas. Ya digo: unos emparedados, unas pastas, jerez fino de ése que yo prefiero… A vuestra elección.

DOÑA MÍNIMA. Pierde cuidado, hombre.

DON ROQUE. Estoy contento; estoy contento; contentísimo.

Vuelve Remigia por la misma puerta, con otro anuncio.

REMIGIA. Ahí está el médico.

DON ROQUE. ¿Qué?

REMIGIA. Que ahí está el médico.

DON ROQUE. Pues ¿quién hay malo en esta casa?

Doña Mínima. Malo, nadie; los nervios de ésta…

Florencia. Hoy, sin embargo, no lo he llamado yo. Pero dile que pase, Remigia.

Remigia. Sí, señora. *Se marcha.*

Don Roque. Detesto a los médicos; y detesto muy especialmente a los médicos que viven en la propia casa, arriba o abajo. Con el aquél de que están cerca, se les avisa a cada triquete; y aunque no se les avise, vienen ellos, como sucede ahora; y abusan de la vecindad.

Florencia. No, pues este muchacho no abusa.

Don Roque. Todo el que puede abusar, abusa; es lo humano. Y ya que ha venido, le voy a sacar yo dos recetas que me hacen falta. Hasta ahora. ¡Bien, hombre; bien! Estoy contento; estoy contento. *Vase.*

Doña Mínima. *A Florencia.* Todo el que puede abusar, abusa; es lo humano.

Florencia. Está contento.

Doña Mínima. Sí; está contento. Va a casar a su hija a gusto de él… y yo convido al padrino y al novio. Está contento. ¿Lo hay más egoísta? En este Roque se afinó la casta de los Febreros. Y cuidado que mi marido fué de caballería. Pero el hermanito es de artillería de montaña. No, y el mismo Juan, tu esposo —yo, porque fuera hijo mío, no me ciego—, también tenía bemoles.

Florencia. Juan era otra cosa: un poco terco, reservado… pero no dejaba de ser generoso.

Doña Mínima. ¡La sangre mía que llevaba en las venas!… Sin embargo, le tiraba más la del padre. Ahora, que ni con Estanislao, ni con éste, ni con ninguno, he discutido yo jamás. Ha sido mi táctica: punto en boca. Que me dicen que vuelan los bueyes: ¡vuelan! Punto en boca. ¡Son muchos Febreros! Valen por todo el año.

Asoma en la puerta de la izquierda Guzmán Araujo, el anunciado médico. Es joven, fino, afectuoso, cordial.

Guzmán. ¿Se puede, señoras?

Doña Mínima. Adelante.

GUZMÁN. ¿Qué tal, doña Mínima? ¿Qué tal, Florencia?

DOÑA MÍNIMA. Vamos pasando bien.

FLORENCIA. Sí; no podemos quejarnos…

DOÑA MÍNIMA. Lo dejo a usted con su enferma… de vicio. Yo, doctor, como nunca he sabido lo que es eso de los nervios de punta… ¡Los pelos de punta sí se me han puesto algunas veces!

GUZMÁN. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MÍNIMA. ¡Estoy contenta! Voy a mandar por emparedados, pastas y jerez. A mi elección, es claro. ¡Estoy contenta! *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

GUZMÁN. ¡Qué humor el de esta doña Mínima!

FLORENCIA. Es notable. Siempre diciendo que se lo calla todo… y no se calla nada. Siéntese usted.

GUZMÁN. Al bajar de casa recordé que ayer andaba usted alteradilla, y me dije: voy a entrar un momento a verla.

FLORENCIA. Muchas gracias. Ya por de pronto ha aprovechado la visita el tío Roque, ¿no?

GUZMÁN. ¡Ah, sí! Me ha pedido un par de recetas. Lo que da uno. Siempre que me ve hace lo mismo.

FLORENCIA. Discúlpelo usted.

GUZMÁN. ¿Quién se ocupa de eso? Ni crea usted que es él sólo el que tiene médico a salto de mata. Yo tengo muchos clientes en el tranvía.

FLORENCIA. ¡Ja, ja, ja! ¿Va usted ahora a las máscaras?

GUZMÁN. ¡No, por Dios! Precisamente he estado aguardando a que oscurezca para salir.

FLORENCIA. Pues ¿no es usted el médico que receta las diversiones?

GUZMÁN. A quien las necesita, sí; pero diversiones a cara descubierta.

FLORENCIA. A mí tampoco me agradan las máscaras. Y no es de ahora: ni en mis quince.

GUZMÁN. Total, hace seis años.

FLORENCIA. Lo que usted quiera.

GUZMÁN. Conque, ¿cómo va ese valor?

FLORENCIA. El valor, bien. Nunca me ha flaqueado. Ya le he dicho a usted otra vez que no soy cobarde.

GUZMÁN. Sí, pero no basta que usted lo diga. Ayer lo fué usted, sin ir más lejos.

FLORENCIA. ¿Por qué?

GUZMÁN. Porque hubo lágrimas.

FLORENCIA. Las lágrimas son siempre un consuelo, Guzmán.

GUZMÁN. Pero nacen generalmente de un desconsuelo, Florencia. Bien venidas sean, cuando vienen; pero es menester evitarlas.

FLORENCIA. Eso sí. Yo tan pronto lloro como río.

GUZMÁN. Pues tampoco es sano reír sin fundamento.

FLORENCIA. ¡Ay, amigo Araujo! Crea usted que algunas veces, con tal de reír…

GUZMÁN. Ya dimos, en la llaga: está usted triste.

FLORENCIA. Lo estoy. No sé por qué, y sí sé por qué; pero estoy triste. Compadézcame usted en serio.

GUZMÁN. Lo que quiero es curarla. Esa cura de la compasión es enfermiza. Por lo mismo que de lo que padece usted es del espíritu.

FLORENCIA. Sí; salud de la otra sí tengo, a Dios gracias.

GUZMÁN. He aquí una paradoja, ¿ve usted? Su propia salud es su enfermedad.

FLORENCIA. No…

GUZMÁN. Sí. Y es preciso que no lo sea. Hay que cambiar de vida, Florencia; hay que darle al alma algo de lo que pide: recreo, libertad… horizonte… No pasea usted nunca… Madrid está espléndido, lleno de gracia, de alegría… Tampoco va usted nunca al teatro…

FLORENCIA. ¡Quién habla en esta casa del teatro!

GUZMÁN. ¡Pues hay que hablar! Hay que sacudir el aburrimiento, la atrofia mortal de estas horas ociosas que pasa usted… Una amiga, un libro…

FLORENCIA. ¡Libros aquí!

GUZMÁN. ¡Libros aquí! La gente vulgar que desdeña los libros no sabe lo que pierde. ¡Son unos amigos tan leales!… Siempre pagan bien. Yo le voy a mandar a usted unos pocos: versos, viajes, novelas…

FLORENCIA. Novelas ya hago yo algunas por las noches.

GUZMÁN. ¡Escríbalas usted!

FLORENCIA. Si supiera escribir… Pero no le escribo más que a mi chica, y en la última carta que he recibido de ella me corrige dos faltas de ortografía.

GUZMÁN. No está mal. ¡Terrible maestra! Acaso debiera usted empezar por sacar a la nena del colegio y traérsela consigo.

FLORENCIA. Todavía es pronto. Allí está mejor. Prefiero este sacrificio de no tenerla al lado.

GUZMÁN. Sí; ya comprendo… Esta casa, la casa de junto… *Reservadamente.* ¡Qué mal hace usted en vivir con ellos!…

FLORENCIA. ¡Ah! Al morir mi marido así lo acordaron… Mi ánimo, entonces, no estaba para reflexionar ni para resolver libremente… Don Roque se erigió en mi padre, en mi administrador… yo dejé hacer a todos… y aquí estoy. No; y me llevo bien con mi suegra.

GUZMÁN. Pues, con todo, ése es el origen del mal. Viviendo con la madre del que fué su marido…

FLORENCIA. Deje usted eso.

GUZMÁN. Déjeme usted que no lo deje. Viviendo con ella, insensiblemente se habitúa usted a no pensar siquiera en algo que por su juventud y por su belleza parece que la reclama a usted.

FLORENCIA. ¡Oh! ¡Qué disparate!

GUZMÁN. ¿Disparate?

FLORENCIA. La mujer viuda que piensa en nuevo matrimonio es… ¡No quiera usted saber lo que es! Oiga usted a don Roque.

GUZMÁN. Dios me libre. Ya hago bastante con no cobrarle las recetas. ¡Estaba por envenenarlo en unas píldoras!

FLORENCIA. Tanto, no.

GUZMÁN. ¡Ah! pues lo merece. La pena del talión es muy justa; y él a todos ustedes les envenena el aire.

FLORENCIA. Ahí viene su hija.

GUZMÁN. ¿Aurelia?

FLORENCIA. Sí; la he sentido.

GUZMÁN. ¡Buen oído tiene usted! Porque a Aurelia no se la siente. Yo le llamo la mujer sin ruido. Parece una monja.

FLORENCIA. Lo es casi.

GUZMÁN. Una monja que se va a casar.

FLORENCIA. Sí.

La expresión del médico cambia súbitamente Luego pregunta:

GUZMÁN. Diga usted: ¿es cierto que la han pedido hoy?

FLORENCIA. Sí; esta mañana.

Breve pausa. Por la puerta de la izquierda llega Aurelia. El médico la ha pintado bien. Silenciosa y humilde, sencilla y suave, tiene, en efecto, aire monjil, sin asomo de afectación ni de hipocresía. Peina su cabello en dos crenchas iguales, y viste con modestia, al gusto casero. Si no le preguntan, rara vez habla: como si se creyera siempre delante de reyes.

AURELIA. Muy buenas tardes, Araujo.

GUZMÁN. Buenas tardes, Aurelia. ¿Cómo está usted?

AURELIA. Bien, ¿y usted?

GUZMÁN. Bien. Trabajando mucho. A su padre de usted lo he saludado hace un instante.

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. ¿Se lo ha dicho a usted?

AURELIA. No; pero me dió una receta, y supuse…

FLORENCIA. ¿Una nada más?

AURELIA. Nada más.

FLORENCIA. Pues Guzmán le ha entregado dos.

AURELIA. No sé… Puede que la otra sea para su escribiente, que padece del hígado.

GUZMÁN. ¡Desde luego! En una hay ruibarbo. ¡Es para el escribiente!

FLORENCIA. Padece del hígado, sí.

Silencio. Guzmán mira siempre a Aurelia con simpatía.

GUZMÁN. ¿Qué hay de nuevo, Aurelia?

AURELIA. Nada de particular.

FLORENCIA. ¡Mujer!

GUZMÁN. ¿Nada de particular?

AURELIA. Nada.

GUZMÁN. *Dirigiéndose a Florencia.* Pues no eran ésas mis noticias.

AURELIA. ¿A qué se refiere?

FLORENCIA. ¿A qué ha de ser? ¡Al suceso del día! ¿Estás en Babia?

AURELIA. ¡Ah, ya! Estoy en Babia, efectivamente. Le contesté a usted sin pensar…

GUZMÁN. Ya me pareció a mí.

AURELIA. Después de todo, dije lo que debía: nada de particular… Una cosa así, que ya se sabe y ya se espera, no es nada de particular…

Silencio otra vez. Los tres reflexionan un punto. Guzmán varía luego el rumbo de la conversación.

GUZMÁN. Pues yo, aquí, luchando con mi enferma sana.

AURELIA. Verdaderamente: la enferma sana es.

FLORENCIA. Se ha empeñado en curarme con imposibles.

GUZMÁN. Muy al contrario: le aconsejo que cambie de vida…

FLORENCIA. Un imposible.

GUZMÁN. Que pasee, que lea, que vaya al teatro, que viaje…

FLORENCIA. Imposible, imposible…

GUZMÁN. Que se enamore nuevamente…

AURELIA. ¡Imposible!

FLORENCIA. ¿Usted oye?

GUZMÁN. Lo que es imposible, amigas mías, es estrangular una vida a los treinta años. Imposible y opuesto a la naturaleza. Abra usted las ventanas

de su corazón, y deje usted que entren por ellas el sol, el agua, el aire, los pájaros… ¡Y el amor con ellos! Aprovéchese usted de que estamos en febrerillo el loco, mes que hace girar como ninguno la rosa de los vientos. *A Aurelia, en quien advierte la intención de hablar*. ¿Qué iba usted a decir?

AURELIA. *Arrepintiéndose.* No… nada… Siga usted.

GUZMÁN. Por hoy ya no digo una palabra más sobre el caso.

Viene Remigia de la izquierda, por la puerta del foro.

REMIGIA. Señorita Florencia.

FLORENCIA. ¿Qué quieres?

REMIGIA. Me ha dicho la señora que vaya usted al comedor un momento, con permiso de este señor.

FLORENCIA. Dile que ya voy.

REMIGIA. *A Aurelia, sin dejar su cara de júbilo.* Señorita Aurelia: el jerez no he podido traerlo del que le gusta a su papá, porque está cerrada la tienda, porque se ha muerto el amo.

AURELIA. Bien, bien; anda allá dentro.

Se retira Remigia.

GUZMÁN. Y usted, Florencia, no se detenga aquí por mí. Me voy ya.

FLORENCIA. Adiós, entonces. Y mil gracias por su interés.

GUZMÁN. Démelas usted cuando me haga algún caso.

FLORENCIA. *Sonriéndole melancólicamente.* Imposible. *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

GUZMÁN. Adiós, Aurelia.

AURELIA. Adiós, Araujo.

GUZMÁN. *Fijándose en la pulsera de Aurelia cuando le da la mano.* ¿Es ésta la pulsera… quizás?

AURELIA. ¿Qué?

GUZMÁN. La pulsera… del día de hoy.

AURELIA. Sí; ésta es.

GUZMÁN. No había reparado hasta ahora.

AURELIA. ¿Le gusta?

GUZMÁN. Mucho. Como elegida por su novio.

AURELIA. ¿Qué me quiere decir?

GUZMÁN. Que es hombre de gusto bien demostrado.

AURELIA. Pues se equivoca usted, porque no la ha elegido Honorito.

GUZMÁN. ¿No? ¿Quién ha sido, entonces?

AURELIA. Su tío: don Albino.

GUZMÁN. *Con ligera zumba.* ¡Ah, don Albino!… Debí figurármelo. En fin, Aurelia, muchas felicidades.

AURELIA. Gracias.

GUZMÁN. Ya tiene usted dueño.

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. Adiós. *Le da nuevamente la mano.*

En este instante aparece por la puerta de la izquierda doña Mínima.

DOÑA MÍNIMA. ¿También está usted pulsando a ésta?

GUZMÁN. *Riéndose.* No, doña Mínima; es que me despido.

DOÑA MÍNIMA. Ya lo sé. Vengo a decirle a usted adiós. Ha sido visita de médico.

GUZMÁN. De vecino. Me son muy simpáticas las vecinas del principal.

DOÑA MÍNIMA. ¿Derecha?

GUZMÁN. E izquierda.

DOÑA MÍNIMA. Pues también me han dicho que se lo son a usted las del segundo. Derecha e izquierda también.

GUZMÁN. Según el alcance que le hayan dado a la referencia.

DOÑA MÍNIMA. Ya, ya. Cuidadito ahora, no vaya usted a caerse de espaldas.

GUZMÁN. ¿Cómo?

DOÑA MÍNIMA. Usted verá. *Se asoma a la puerta de la izquierda y dice:* Laura, pase usted.

Y pasa Laura, la cual es una lindísima criatura, modista de oficio. Viene salpicada de papelillos de colores. Tiene clara conciencia de su belleza, de

la que espera mucho en la vida. ¡Coquetea con el aire!

Laura. Buenas tardes. Digo, ya, casi buenas noches.

Aurelia. Buenas noches.

Guzmán. Buenas noches.

Doña Mínima. ¿Qué tal, amiguito?

Guzmán. Que si no me previene usted, doy el espectáculo.

Laura ha comprendido que se alude a ella, y se esponja de gozo.

Doña Mínima. ¡Je!

Guzmán. Adiós; buenas noches. *Se marcha.*

Doña Mínima. Adiós.

Aurelia. Adiós. *Quédase abstraída.*

Laura. Buenas noches. ¿Este caballero —usted disimule la curiosidad— es el conde del Cisne?

Doña Mínima. No. Es un médico que vive en el primero: don Guzmán Araujo.

Laura. ¡Ah! sí; lo he oído celebrar. Es muy sonado ahora. Pero no me le figuré tan joven.

Doña Mínima. Dicen que vale. Es especialista en enfermedades nerviosas… sobre todo de la mujer. Es fino elegante, les echa piropos… En fin, él pone nerviosas a las clientes, y luego las cura.

Laura. Tiene muy buen tipo.

Doña Mínima. Aurelia. *Ésta no la oye.* ¡Aurelia! ¿Estás embalsamada?

Aurelia. ¿Eh?

Doña Mínima. ¿Tú sabes quién es esta señorita?

Aurelia. ¿La modista, quizás?

Laura. Para servir a usted: Laura Calpini.

Aurelia. Muchas gracias.

Doña Mínima. ¿Vamos a ver aquellos trapos?

AURELIA. Véalos usted con ella, tía Mínima, y elijan ustedes lo que les agrade, y haga usted lo que quiera. Yo no entiendo de eso. Me voy allá dentro con Florencia. Adiós, señorita. *Vase por la puerta del foro.*

LAURA. Vaya usted con Dios.

DOÑA MÍNIMA. ¡Bueno! ¡Parece que soy yo la que va a casarse!

LAURA. ¡Ah! ¿esa señorita es la que va a tomar estado?

DOÑA MÍNIMA. Sí, hija mía; ésa es. ¿Lo disimula, no es verdad? ¡Pues hoy la han pedido!

LAURA. ¡Qué raro que no esté más alegre! Porque yo creo que si hay día feliz para una mujer, después del de la boda, digo, antes, es el día en que la piden a una. ¡Jesús, cómo me pondría yo si a mí me pidieran! En fin, rarezas, caracteres… De todo ha de haber en la vida. ¿Es joven el novio?

DOÑA MÍNIMA. Veinticinco años.

LAURA. ¿Y rico?

DOÑA MÍNIMA. Rico. Y lo que será con el tiempo. Porque es hijo único, sobrino único, ahijado único, primo único… Recogerá, recogerá cuartos de muchas alcancías.

LAURA. Ahora lo entiendo menos. Y la novia, ¿es sobrina de usted?

DOÑA MÍNIMA. Sobrina política; hija de un hermano de mi marido, que vive ahí junto. Pero usted vendrá a coser aquí; a mi casa. En la de mi cuñado parece que no hay sitio. El cuarto es igual que éste, y ellos son dos y dos criadas, como nosotras; pero ahí no hay sitio. Lo que usted decía: caracteres.

LAURA. Las cosas y las casas, como dice mi padre.

DOÑA MÍNIMA. Pero yo, de esto, ni chistar. ¡Bonito es mi cuñado! Y vamos a lo de la boda.

LAURA. Estoy a las órdenes de usted.

DOÑA MÍNIMA. Pues verá usted, joven: yo tengo allá en mi cómoda, de cuando me casé —¡que ya ha llovido!— una colección de blondas de seda, de encajes de hilo, de retales de holanda finísima, de cintas, de chales, de terciopelos, de ¡qué sé yo!… Y se me ha ocurrido ver si con algo de ello, o con todo, se le pueden aviar algunas galas a esta muñeca que va a casarse.

Porque, ¿qué hacen allí ya aquellos trapos muertos de risa… como no sea reírse de mi vejez?

Laura. Sí, señora; sí: de seguro que podremos sacar mucho partido.

Doña Mínima. Pues ande usted, vamos allá. A ver si la sorprendemos con alguna cosa.

Laura. Yo me esforzaré; discurriré imposibles, si hace falta.

Doña Mínima. Deje usted aquí el paraguas y el bolso. ¿Llovía ahora?

Laura. No, señora; pero está el aire muy revuelto.

Doña Mínima. ¡Buena la han puesto a usted de papelillos!

Laura. Pues ya ve usted: de mi casa aquí he venido derecha. Pero los hombres… Y no es que una los llame, no; es que se acercan ellos. Y en estos días todo el mundo abusa.

Doña Mínima. Es lo humano. Venga usted por aquí.

Laura. Por donde usted me mande.

Se van hacia la derecha por la puerta del foro.

Por la de la izquierda vuelve don Roque, acompañando al ya nombrado don Albino, persona adinerada, simpática, bien hablada y correcta, pero esencialmente vulgar. Tiene el prurito de la observación. Goza en esta casa y dondequiera de autoridad omnímoda, porque si no gozara de ella no podría respirar. Don Roque lo adula cuidadosamente.

Don Roque. Pase usted, don Albino: pase usted. Entra usted en su casa; ¡en una de sus casas!

Don Albino. Gracias, mi querido don Roque. Está esto muy bien templadito.

Don Roque. Sí que está agradable.

Don Albino. Con este tibio calor del clásico brasero, que yo —la civilización me perdone— prefiero siempre a la calefacción de vapor.

Don Roque. ¡Dónde va a parar una cosa con otra!

DON ALBINO. ¡A mí la calefacción de vapor me produce dolor de cabeza! ¿Querrá usted creerlo?

DON ROQUE. Y a mí. Y me enfría los pies.

DON ALBINO. A mí eso, no.

DON ROQUE. Pues a mí, sí. Siéntese usted, que se ha fatigado un poco de la escalera. ¡Estas casas del Madrid viejo no tienen ascensor!

DON ALBINO. Ni falta, don Roque; ni falta.

DON ROQUE. Ni falta; dice usted muy bien.

DON ALBINO. ¡Yo no utilizo nunca el ascensor! Además, ¿no ha observado usted que el peligro de las escaleras no está en subirlas, sino en bajarlas?

DON ROQUE. ¡Sí, sí; es verdad! ¡Eso es verdad!

DON ALBINO. Como en la vida, amigo: bajar es lo grave, y no subir.

DON ROQUE. Asomó el pensador.

DON ALBINO. ¡Bah!… *Halagado en su vanidad, hace su gesto característico en estas ocasiones, el cual consiste en fruncir la boca y dilatar la nariz, aspirando por ella entonces todo el aire que puede.* ¿Qué perfume hay aquí, don Roque? ¿No huele usted?

DON ROQUE. Sí; no es de casa; esté usted tranquilo. Será, tal vez, del mediquito de ahí arriba, que se perfuma como una tiple, y ha venido hace rato.

DON ALBINO. Ya. Pero ¿y las señoras? ¿Dónde se han metido las señoras?

DON ROQUE. Probablemente andarán por el comedor, disponiendo ese agasajillo…

DON ALBINO. ¡Ah, sí! ¡Bravo, bravo!

DON ROQUE. ¡Hay que levantar las copas en familia por la juventud!

DON ALBINO. ¡Bravo, bravo! Yo estoy, si cabe, más contento que usted, don Roque. Quiero yo a ese diablo de Honorio, no como sobrino, sino como hijo. Y es muy natural. Guadalupe y yo no hemos tenido descendencia; los padres de él no tienen más hijo que ése, y lo han confiado a nuestro cariño desde que era así. Mucho más tiempo ha vivido Honorito con nosotros aquí,

que allá en el rincón provinciano con ellos. Mi mujer lo adora; yo he puesto en él mis cinco sentidos. Porque el muchacho lo merece, además. ¡Qué bueno! ¡qué dócil! ¡qué estudioso! Usted lo sabe. Ya conoce usted el dicho mío, en que lo pinto usando del chiste a la moda: Honorio es… el *honorio* de la familia.

DON ROQUE. ¡Justo! ¡Justo! ¡El *honorio* de la familia! ¡Está muy bien!

DON ALBINO. Pero ese muchacho de veinticinco años, con dos carreras —que no le van a servir para nada, pero que las tiene—, carece de toda picardía: es un angelote. Hay que darle las cosas hechas. Y ¡claro es! inocentón y con dinero… usted imagine los abismos que le rodeaban.

DON ROQUE. Al lado de usted, no.

DON ALBINO. La juventud es juventud, don Roque. Yo bendigo el día en que conocí a Aurelia y pensé en ella para mi sobrino.

DON ROQUE. Me honra usted con esas palabras.

DON ALBINO. Pues han salido de mi corazón. Aurelia, como vulgarmente se dice, es un ángel, un tesoro de candor y de castidad. Un ángel.

DON ROQUE. Gracias, gracias.

DON ALBINO. Y, además, preciosa. *Riéndose de antemano de su ocurrencia.* En fin, mi celoso administrador, no le digo a usted más: si llego yo a encontrármela en mis verdes abriles…

DON ROQUE. *Complaciéndose en adivinarlo.* ¡Es usted el que se casa con ella!

DON ALBINO. *Echando el resto.* ¡Y no me caso con mi mujer! ¡Ja, ja, ja!

DON ROQUE. ¡Ja, ja, ja! Asomó el satírico.

DON ALBINO. *Como si descubriera el Nuevo Mundo.* ¿No ha observado usted que siempre que hay alguna víctima nos reímos todos?

DON ROQUE. ¡Sí, señor; es lo humano!

DON ALBINO. Como cuando la gente pone ejemplos, que siempre le adjudica al prójimo la parte fastidiosa y se queda con la agradable.

DON ROQUE. *Obligándolo a lucirse.* No entiendo del todo.

DON ALBINO. Sí, hombre. «Que *te* embarcas y *te* vas a pique; que *te* casas y *te* la pega tu mujer; que *te* dan las viruelas…». Y en cambio: «Que *me* toca la lotería; que *me* cae del cielo una herencia; que *me* convidan a almorzar…». Etcétera, etcétera. ¡Ja, ja, ja! Hasta en hipótesis, al prójimo, contra una esquina.

DON ROQUE. Es lo humano.

DON ALBINO. *A Aurelia, que llega por la puerta del foro.* ¡Aurelita! ¡Dichosos los ojos que vuelven a verte!

AURELIA. ¡Hola, don Albino!

DON ALBINO. Tiene usted una hija, don Roque, que supera siempre, en presencia, a la evocación imaginativa, en ausencia. Esto es: lo real vence con ella a lo ideal.

DON ROQUE. ¡Cómo habla este hombre!

AURELIA. ¡Por Dios, don Albino, no me abochorne usted!

DON ALBINO. ¡Ya le subió el pavo!

AURELIA. ¿No ha de subirme? Yo no soy más que una pobre muchacha… del montón: calladita, vulgar. A mí no se me siente. Y eso quiero. Yo no tengo nada de extraordinario. Es usted quien lo pone en mí cuando me mira Me adorna usted con sus ojos, con su pensamiento, con su cariño.

DON ROQUE. ¡Cómo escucha!

DON ALBINO. ¿Eh?

DON ROQUE. ¡Cómo escucha usted, don Albino!

DON ALBINO. Según lo que escuche. A las veces es más difícil escuchar que hablar.

DON ROQUE. ¡Qué cosas me ha dicho de ti!… Se me llenaron los ojos de agua.

DON ALBINO. No le he dicho, en resumen, sino que soy un casi padre, casi suegro y casi enamorado tuyo. *Acariciándola.* ¡Feúcha!

DON ROQUE. *Lo mismo.* ¡Bobilla! Mereces la suerte que tienes.

DON ALBINO. Verdad.

Salen por la puerta del foro doña Mínima y Laura.

LAURA. Pues entonces, hasta mañana a las nueve, ¿no?

DOÑA MÍNIMA. Eso es.

LAURA. Buenas noches.

DON ALBINO. Buenas noches.

DON ROQUE. Buenas noches.

LAURA. *Cogiendo su bolso y su paraguas*. Con permiso. Muy buenas noches.

DON ALBINO. Muy buenas noches.

DON ROQUE. Muy buenas noches.

AURELIA. Vaya usted con Dios.

Se va Laura por la puerta de la izquierda. La sigue doña Mínima. A los dos hombres les ha causado la costurerita gran impresión. Aurelia se ha sentado aparte, junto a la camilla.

DON ALBINO. Ésta lo ha dicho: ¡vaya usted con Dios!

DON ROQUE. Sí; ésta lo ha dicho. ¡Guapa moza!

DON ALBINO. «Buenas noches… Muy buenas noches…». Nos ha dejado… ¡a buenas noches!

DON ROQUE. ¡Ja, ja, ja!

DON ALBINO. *A don Roque, picarescamente*. ¡Y era ella la del perfume!

DON ROQUE. ¡Ella era!

DON ALBINO. ¡Y usted se lo atribuyó al mediquito! ¡Qué guapa es la muchacha! ¿Quién es?

DON ROQUE. Supongo que una modistilla… *A dona Mínima, que torna*. Oye, Mínima, ¿esa joven es la costurera que esperábamos?

DOÑA MÍNIMA. Sí.

DON ALBINO. ¡Muy guapa!

DON ROQUE. ¡Muy guapa!

DOÑA MÍNIMA. Y parece dispuesta. Un poquito intrépida quizá. Me la manda Adelaida Saráchaga. Está educadita: es hija de familia venida a

menos.

DON ALBINO. ¡Todas las familias venidas a menos tienen chicas guapas! ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MÍNIMA. Y que lo diga usted. Éstas son seis hermanas preciosas. Al padre, un mixto de catalán y de italiano, le entró la manía de establecer en muchas poblaciones grandes hoteles, y se arruinó.

DON ROQUE. *Relamiéndose.* Y ¿qué has convenido con la chica: que desde mañana vaya a casa?

DOÑA MÍNIMA. *Saliéndole, al encuentro* ¡No; que venga aquí! ¡En tu casa no hay sitio! Ya tratamos de ese particular.

DON ROQUE. ¡Bien, bien, bien!

DOÑA MÍNIMA. *Señalándoles a Aurelia.* Mirad aquélla: ¡parece que se ha quedado viuda!

DON ALBINO. ¡Ah, doña Mínima; esa preocupación y esa gravedad también la honran!

DON ROQUE. ¡Eso mismo iba yo a decir!

DOÑA MÍNIMA. Bueno; pues en el comedor nos esperan las copas y los dulces. ¿Vamos?

DON ROQUE. ¡Así que venga el héroe, mujer!

DOÑA MÍNIMA. ¿Quién, Honorito? ¡Si ya está ahí! Ha llegado ahora. Sólo que está dejando en el perchero una porción de trastos: el paraguas, la bufanda, los chanclos, el abrigo… Se cuida, se cuida.

DON ROQUE. ¡Hace bien!

DON ALBINO. ¡Bien hace! Este febrerillo es muy traidor.

Aparece Honorito, el feliz mortal elegido por su padrino para casarse con Aurelia. Es hombre a quien todo le sonríe en la vida; pero él no se entera de nada.

HONORITO. Santas y buenas noches.

DON ALBINO. ¡Hola, buena pieza!

DON ROQUE. ¡Hola, hijito!

HONORITO. *Acercándose a Aurelia.* ¡Hola, mujer!

AURELIA. ¡Hola, hombre!

DON ROQUE. ¿Llueve?

HONORITO. No. El viento se ha llevado las nubes. Hace fresco. Pero aquí se está bien. *Estornudando.* ¡Ah… chis!

DOÑA MÍNIMA. ¡Jesús!

DON ROQUE. ¿Te habrás constipado?

HONORITO. No. Es el cambio de temperatura, que siempre me hace estornudar. Como a los gatos.

Se sienta a la camilla y remueve el brasero para entrar en calor.

DON ALBINO. *Jovialmente, a doña Mínima y a don Roque.* ¿No opinan ustedes conmigo que nos debemos ir alejando discretamente nosotros tres?

DOÑA MÍNIMA. Sí, señor; a ver si se sueltan los novios.

DON ROQUE. Muy bien, muy bien.

DON ALBINO. Pues nada, a ello; como quien no quiere la cosa; con suavidad, con disimulo… Porque yo he observado que los que van a casarse en abril, ya gustan de quedarse solos en febrero… Lo he observado, lo he observado…

Y riendo bajito la gracia de la agudísima observación, se marchan los tres hacia la izquierda, por la puerta del foro.

HONORITO. ¿Qué hay de nuevo?

AURELIA. Lo que tú traigas de la calle.

HONORITO. ¿De la calle? La cabeza bomba con tanto ruido de máscaras. Comparsas de estudiantes, comparsas de cojos, comparsas baturras… ¡Y unos disfraces más chillones!… Yo no sé qué jugo le saca la gente a vestirse de mamarracho. Yo prohibía el Carnaval. Pero, oye, ¡se han ido!

AURELIA. Sí; se han ido.

HONORITO. ¡Qué célebres! ¡Se han ido!

AURELIA. Seguramente, al comedor.

HONORITO. ¿Al comedor?

AURELIA. Papá ha querido solemnizar el día de hoy tomando reunidas las dos familias una copa de vino.

HONORITO. ¡Ah, ya! Está bien. Sólo que yo no bebo; ya lo sabes.

AURELIA. ¿Ni hoy tampoco, por excepción?

HONORITO. ¡Figúrate! Yo, qué más querría. Pero soy abstemio. Me envenena una gota.

AURELIA. Pues no es cosa de que te envenenes. Beberé yo por ti y por mí.

HONORITO. ¡Y yo brindaré por nuestra felicidad con agua del Lozoya! ¿No se resentirá tu padre?

AURELIA. ¡No, hombre! Si te hace daño el vino…

HONORITO. Ha gustado mucho tu sortija.

AURELIA. Me alegro. Tu pulsera, también.

HONORITO. Un poquillo grande me está. Se me sale.

AURELIA. Te regalaré un ajustador.

HONORITO. Bueno. A la tía Guadalupe le ha encantado.

AURELIA. ¿Está mejor la tía?

HONORITO. Sí; si no tiene nada. Miedo a la calle. Es una enferma de profesión, como dice el tío Albino. Que está bien la frase.

AURELIA. *Mirando al retrato de Santa Ana.* A mí me recuerda a mi abuela.

HONORITO. ¿A tu abuela?

AURELIA. No en la cara: en sus cosas; en sus achaques…

HONORITO. Y ¿por qué señalas a Santa Ana?

AURELIA. ¿Cómo por qué señalo? ¿En qué mundo vives?

HONORITO. ¿Eh?

AURELIA. ¿Tú no sabes que ésa es mi abuela?

HONORITO. ¿Santa Ana? ¿Santa Ana es tu abuela?

AURELIA. Y San Pablo, mi abuelo. ¿Nunca te lo he contado? ¡Sí, hombre!

HONORITO. No sé. Puede que sí. Pero estaría yo distraído.

AURELIA. Es probable. Mi abuelo, el padre de mi padre, no quiso dejar más retratos de mi abuela Anita y de él, que estos dos, vestidos de Santa Ana y San Pablo.

HONORITO. ¡Qué célebre!

AURELIA. Porque decía mi abuelo que a los santos siempre se les respeta en las casas, mientras que de los retratos de los viejos se burla todo el mundo, empezando por los chiquillos y la parentela.

HONORITO. ¡Vaya un hombre listo! *Riéndose.* Oye: ¿te parece a ti que nos retratemos nosotros dos, tú de Santa Aurelia y yo de San Honorio, por si acaso?

AURELIA. Me parece más prudente esperar todavía…

HONORITO. ¡Claro! ¡Hasta ver si dejamos quien pueda burlarse!… *Aurelia baja la mirada. Él la contempla.* Sí; yo creo que sí. Total, que voy a entrar en una familia de santos.

AURELIA. Ni más ni menos. Tienes que ser muy bueno conmigo… para no desentonar en la familia.

HONORITO. Por eso no temas. Ya verás qué bien vamos a llevarnos. Yo soy un hombre muy pacifico. No tengo genio. Voy a dejar chico a San Pablo.

AURELIA. Estos retratos estoy viéndolos yo desde que vine al mundo. Como estos muebles; como los de mi casa… ¡Qué sé yo los años que hace que viven estos dos cuartos mi Padre y mi tía!

HONORITO. ¿No se han mudado nunca?

AURELIA. Que yo recuerde, nunca.

HONORITO. Como en un convento. Otra tía tuya es monja, ¿no?

AURELIA. Sí; tía Casilda.

HONORITO. ¿Hermana de tu madre?

AURELIA. No: de mi padre. Mi madre fué hija única como yo.

HONORITO. ¡Qué célebre! ¿Y tu padre es el mayor de sus hermanos?

AURELIA. No: el segundo El mayor, varios años mayor, era Estanislao, el marido de la tía Mínima. Luego, mi padre; luego, Ramona; luego, Tirso, y luego, Casilda, la menor, que es la que está en las Huelgas, de Burgos.

HONORITO. ¿A ti también te dió una vez por meterte monja?

AURELIA. Y ¿a qué muchacha no le da… en las grandes tristezas? Cuando murió mi madre, creí que para mí se acababa el mundo.

HONORITO. Pero tu padre te lo quitó de la cabeza.

AURELIA. Sí. Y como mi madre me aconsejaba a toda hora la obediencia a mi padre…

HONORITO. ¿Sí, eh?

AURELIA. Obediencia ciega, absoluta…

HONORITO. ¿Lo querría mucho?

AURELIA. Adoraba en él. No veía sino por sus ojos. Para ella era artículo de fe cuanto decía mi padre. Para mí no lo es menos. ¿Quién como él ha de desearme y procurarme lo mejor de la vida?

HONORITO. Eso sí es verdad.

AURELIA. Además, es condición mía; he preferido siempre dejarme llevar a llevar yo…

Mira a Honorito, esperando respuesta. Pero en esto acierta a detenerse en la calle una estudiantina tocando un pasodoble con bandurrias, guitarras y panderetas, y el hombre se distrae y principia a tararearlo. La música se oye lejos, hacia la izquierda, siempre a igual distancia.

HONORITO. ¡Hombre, una comparsa! ¿Oyes, Aurelia?

AURELIA. Sí.

HONORITO. Es bonito ese pasacalle. Tiaro-laro-rero-riro-rá… *Pasea tarareando.*

Aurelia, sentada, la mano derecha en la mejilla, lo contempla sin ilusión. Así los sorprende Florencia, que viene del comedor por la puerta del foro.

FLORENCIA. Pero ¿para esto los han dejado a ustedes aquí?

HONORITO. ¿Eh? ¿Qué?

FLORENCIA. ¿Cuántos años hace que se han casado ustedes?

HONORITO. ¿Cómo?

FLORENCIA. ¡Vamos, vamos, vengan allá, a ver si se animan! ¡Qué pareja más sosa!

AURELIA. Razón tienes. Vamos a beber esa copa de vino.

HONORITO. Yo no bebo: yo soy abstemio.

FLORENCIA. ¡Pues se la echaremos a usted por la coronilla!

HONORITO. ¡Qué célebre!

FLORENCIA. *Abrazando cariñosamente a Aurelia por la cintura.* Anda, vamos allá.

AURELIA. Vamos, sí; vamos.

Por la puerta de la izquierda sale Remigia.

REMIGIA. Señorita Florencia.

FLORENCIA. ¿Qué quieres?

REMIGIA. ¿Me deja usted bajar a la calle a ver la comparsa, que está tocando orilla de la cacharrería?

FLORENCIA. Bueno, sí, baja; pero no te alejes de la puerta.

REMIGIA. No pase usted cuidado. *Se va corriendo.*

FLORENCIA. Anda, Aurelia.

Las dos mujeres, enlazadas, se marchan por la puerta del foro, hacia el comedor. Detrás de ellas, abstraído, tarareando la música, se marcha también Honorito.

HONORITO. Tiaro-laro-rero-riro-rá…

La estudiantina continúa oyéndose. Breve pausa. De repente vuelve Remigia, huyendo, entre risueña y asustada, de una máscara que la persigue. Es ésta un hombre embozado en larguísima capa, más extranjera que española, calado hasta las orejas un sombrerazo flexible, y disfrazado el rostro con unas disformes narices que rematan en cejas y bigotes grotescos. Habla en voz baja, sin cuidarse de disimular la suya, y con audacia y resolución.

REMIGIA. ¡Una máscara, señorita; una máscara!

MÁSCARA. ¡Ven acá! ¡No huyas! ¡No te asustes!

REMIGIA. ¡Si es que me da miedo! ¡Ja, ja, ja!

MÁSCARA. No temas, Remigia. ¡Porque tú eres Remigia!

REMIGIA. Remigia soy. ¿Me conoces tú?

MÁSCARA. Te conozco.

REMIGIA. ¿Y tú, quién eres? *Mirándolo mucho.* Tú eres… tú eres… ¡Tú eres Masimino!

MÁSCARA. ¡Ca! Tú no me conoces a mí. ¿Dónde está la señora?

REMIGIA. En el comedor.

MÁSCARA. ¿Con quién?

REMIGIA. Con la señorita Aurelia, con don Roque, con otro caballero…

MÁSCARA. Pues diles que hay aquí una máscara que desea saludar a todos.

REMIGIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Tú eres Masimino!

MÁSCARA. ¡No soy *Masimino*, Remigia!

REMIGIA. ¡Sí eres Masimino!

MÁSCARA. Te vas a convencer de que no. *Le da un duro.* Toma.

REMIGIA. ¡Un duro! ¿Para mí?

MÁSCARA. Para ti.

REMIGIA. ¡No eres Masimino!

MÁSCARA. ¿Lo ves? ¡Anda, Remigia; corre, Remigia; anúnciame, Remigia! ¡Una máscara que los conoce a todos! ¡Hasta a Santa Ana y a San Pablo!

REMIGIA. ¡Ja, ja, ja! *Vase por la puerta del foro hacia la izquierda. Se la oye decir, alejándose:* ¡Doña Mínima, aquí hay una máscara! ¡Una máscara! ¡una máscara muy graciosa!

MÁSCARA. *Dando zancadas por la habitación y observándola.* ¡Igual! ¡Todo igual! ¡Siempre igual! ¡Parece que en esta casa no ha vivido nadie!

Por la puerta del foro van llegando sucesivamente, desconcertados y curiosos —el hecho, allí, no es para menos—, y por el orden que indica el

diálogo, Florencia, Aurelia, don Albino, don Roque, doña Mínima, Honorito y Remigia. La máscara se encierra en un absoluto mutismo: pero se acerca a todos según le hablan, los mira fijamente, como desafiando su curiosidad, y hasta los asusta con algún desplante inesperado. Todos, pasada la primera impresión, conllevan bien la broma y se ríen del lance, excepto don Roque, que desde el primer instante pone cara de palo.

FLORENCIA. Pero ¿qué es lo que dice esa boba? ¿Quién es? ¡Jesús, Dios mío! ¡Mira, Aurelia, mira qué mamarracho!

AURELIA. ¿Eh? ¡María Santísima! Pero ¿cómo le han abierto la puerta? ¿Quién será este hombre?

DON ALBINO. ¿Es cierto el anuncio de la fámula?

FLORENCIA. ¡Y tan cierto!

DON ALBINO. ¡Hola! ¡Tenemos aquí a Tomé Cecial! No, no te acerques, mascarita, que no te conozco.

DON ROQUE. Pero ¿es posible?… A ver, a ver… ¿Qué significa?… ¿A qué vienes aquí, máscara?… ¿A qué vienes aquí?

AURELIA. ¡Si no habla una palabra, papá!

FLORENCIA. ¿Eres mudo?

DON ALBINO. ¡O mudo o demasiado cauto!

DOÑA MÍNIMA. No, pues no me hace gracia… ¿Quién es? *Retirándose de la máscara con cómico susto.* No me hace gracia; no me hace gracia.

HONORITO. ¡Corcho! A mí tampoco me hace gracia.

DON ROQUE. ¡Ni a nadie!

MÁSCARA. *Con voz de tiple.* ¡A ti menos que a nadie!

FLORENCIA. ¡Hombre! ¡Ya habló!

AURELIA. ¡Ya dijo algo!

DON ALBINO. ¿Sabes, mascarita, que tienes poco ingenio?

DON ROQUE. Pero ¿cómo se le ha dejado entrar?

REMIGIA. ¡Se coló de rondón cuando yo abrí para ir a la calle! ¡Ja, ja, ja! ¡Menudo susto me llevé!

DOÑA MÍNIMA. Éste va a ser el peletero de la esquina, que es un fresco.

HONORITO. A mí se me está figurando… Pero no, no es.

FLORENCIA. ¡Habla, hombre; habla! ¡Di cualquier cosa! ¡Prueba a ver si te conocemos o no!

Aléjase la música de la estudiantina.

DON ROQUE. No; mejor será que no diga nada. Lo que va a hacer ahora mismo, si no se descubre, es irse por donde ha venido. Mira, máscara: a mí me revienta el Carnaval, y las bromas de Carnaval, y me repugnan los hombres que se tapan la cara.

AURELIA. Papá, por Dios, no lo tome usted así.

MÁSCARA. *En su voz natural.* ¡Déjalo, Aurelia! ¡Si peor que esta cara le va a sentar verme la mía!

AURELIA. ¿Eh?

DOÑA MÍNIMA. ¿Quién es?

DON ROQUE. Esa voz…

MÁSCARA. *Desembozándose y quitándose el disfraz y el sombrero.* ¡No puedo más! ¡Qué calor me dan las narices! ¡Soy yo: mírenme todos; soy yo!

Turbación, sobresalto, extrañeza, asombro, alegría. Es Tirso Febrero, apodado entre los suyos Febrerillo el Loco; hombre fuerte, impetuoso, alborotador. Al descubrirse deja al aire una cabeza poblada de abundante cabello, revuelto y plateado, y un bigote ligero y fino. Sus ojos son investigadores y traviesos. Suele hablar a voces y con exagerados gestos y ademanes.

DON ROQUE. ¡Mi hermano!

DOÑA MÍNIMA. ¿Tú? ¿tú?

AURELIA. ¡Si es el tío Tirso!

FLORENCIA. ¿Quién? ¿El tío Tirso?

DON ALBINO. *A don Roque.* ¿Es su hermano?

DON ROQUE. Sí.

HONORITO. ¡Qué célebre!

TIRSO. Yo: yo mismo. Febrerillo el Loco. Aquí estoy otra vez.

DOÑA MÍNIMA. *A brozándolo, conmovida*. Pero, ven acá, loco, más que loco… Mírame temblar… ¡Te creíamos muerto!

TIRSO. ¡Pues ya ves que vivo, a Dios gracias!

DOÑA MÍNIMA. ¡Este hábito negro lo llevaba por ti!

TIRSO. ¡Vístete mañana de colorado! ¡Aurelia, sobrina dame un abrazo tú!

AURELIA. *Riéndose entre lágrimas*. ¡Tío Tirso!…

TIRSO. ¡Qué guapa estás, criatura! ¡Cómo no te veo desde la edad del pato!… ¡Enhorabuena, Roque! ¡Vaya una hija!

DON ROQUE. ¡Pero, hombre, Tirso, eres incorregible!

TIRSO. ¡No me gruñas!

Se abrazan.

DON ROQUE. ¿A qué ha venido esta patochada? ¿No te da vergüenza? ¡Pareces un chiquillo!

TIRSO. ¡Y lo soy! Bueno, ¿y esta otra dama tan bonita?

DOÑA MÍNIMA. Pero ¿no la conoces?

FLORENCIA. No; no me conocía.

AURELIA. Es Florencia; la viuda de Juan.

TIRSO. ¡Ah… sí!… ¡Pobrecillo Juan! ¡Qué desgracia! ¡Morirse… teniendo esta mujer!

DON ROQUE. ¡Bah, bah, bah!

TIRSO. ¡No gruñas, hombre, por los clavos de Cristo! ¿Sobre que estás feo y viejo, vas a gruñir? ¡Porque cuidado que estás viejo y feo!

DON ROQUE. ¡Tengo la edad que tengo, y no hago chiquilladas como tú!

TIRSO. Únicamente ante ti puedo hacerlas ya. ¡Pareces mi abuelo!

DOÑA MÍNIMA. No le hagas caso, Roque. No tiene compostura este galopín.

DON ROQUE. No tiene compostura… ni otra cosa.

TIRSO. ¿Vergüenza?

DON ROQUE. Seriedad, por lo menos.

DOÑA MÍNIMA. No empecemos ya. Dejadlo siquiera para mañana. Don Albino, los voy a presentar a ustedes.

DON ALBINO. Con mucho gusto.

DOÑA MÍNIMA. Don Albino de Juan…

DON ALBINO. Para servir a usted.

DOÑA MÍNIMA. Mi cuñado Tirso… Febrerillo el Loco, de quien algunas veces le hemos hablado.

TIRSO. Seguramente mal.

DON ALBINO. No… no…

DOÑA MÍNIMA. Este señor es un gran amigo de Roque.

TIRSO. Lo compadezco a usted con toda mi alma.

DON ALBINO. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MÍNIMA. Y este pollito…

HONORITO. Servidor de usted.

DOÑA MÍNIMA. Es sobrino y ahijado de este caballero… y prometido de Aurelita.

TIRSO. ¿Sí, eh? ¿Esas tenemos? *Suspirando.* ¡Ay, jinojo! ¡Cómo aflige el ánimo ver que aman ya las que uno ha llevado en volandas! *A Honorio.* ¿Cómo te llamas tú?

HONORITO. Honorio. Honorito me dicen…

TIRSO. *Después de mirar a los novios alternativamente.* Pues oye un favor y un disfavor, Honorito: has elegido tú mejor que ella.

HONORITO. ¡Qué célebre!

Risas generales, excluido, naturalmente, don Roque. Aurelia, desde este momento, trata en vano de reprimir la suya. Honorito también.

DON ROQUE. ¡Eso; sí! ¡Sobre que ha dicho una inconveniencia, ríanle ustedes la gracia!

AURELIA. Pero, papá…

DOÑA MÍNIMA. Pero, Roque…

DON ROQUE. ¡Nada! ¡Lo sabéis de toda la vida! ¡Es contra mis nervios! Usted dispense, don Albino.

DON ALBINO. No; ya me hago cargo yo… Choque de caracteres…

DON ROQUE. ¡Me asombra que seamos hermanos!

TIRSO. ¡Y a mí mucho más!

DON ROQUE. ¡Que no te rías, Aurelia!

TIRSO. Pero, majadero, ¿va a llorar porque haya venido su tío? ¡Qué acogida tan cariñosa me dispensas! Y ahora que caigo: abajo tengo un satélite con dos maletas; ¿le mando subirlas aquí o me voy a la posada del Peine?

DOÑA MÍNIMA. ¿Quieres callar, demonio?

TIRSO. ¡Como ése me recibe de uñas!…

DOÑA MÍNIMA. Pero yo no. Que te suban aquí las maletas. Ya te acomodaremos. Aquí, digo, Roque; aquí. ¡Porque en tu casa no habrá sitio!

DON ROQUE. Allá tú.

TIRSO. Ven, Remigia; ven conmigo a la puerta. ¡Ya ves que he caído como una bomba, Remigia! Vuelvo. ¡Ah! ¡Un instante! Capítulo primero: advierto a todos que estoy sin blanca; pueden registrarme si lo dudan. Pero no vengo a pedir dinero. ¡No en mis días! Vengo a que me lo den sin pedirlo para que me vaya. Anda, Remigia. *Marchase por la puerta de la izquierda con la criada.*

AURELIA. *Sin poder contenerse.* ¡Ja, ja, ja!

DON ROQUE. ¿Cómo te voy a decir que no te rías, Aurelia? ¿Harás que me enfade?

AURELIA. *Humildemente.* No, papá…

DON ROQUE. De nuevo le pido a usted disculpa, don Albino.

DON ALBINO. ¡Oh! Pláticas de familia…

DON ROQUE. Es superior a mí. A usted le sorprenderá, ciertamente, que yo reciba en esta forma a un hermano a quien creíamos muerto. Ya le explicaré a usted… Tengan la bondad de venir a casa usted y Honorito, que quiero hablarles.

DON ALBINO. Estamos a la disposición de usted. ¿Honorito?

DON ROQUE. Y ¡en qué día! ¡en qué día! Vengan, vengan a casa.

DON ALBINO. Con la venia de estas damas; ¿no?

DOÑA MÍNIMA. Vayan, vayan ustedes…

DON ALBINO. Pero, cálmese usted, don Roque.

DON ROQUE. No puedo, no puedo, don Albino.

HONORITO. *Aturdido, siguiéndolos maquinalmente.* No puede; no puede.

Se van por la puerta de la izquierda don Albino y don Roque, y Honorito detrás de ellos.

DOÑA MÍNIMA. ¡Válgate Dios! Ya la tenemos enredada. Siempre han sido el perro y el gato tu padre y él.

FLORENCIA. Yo he necesitado taparme la cara para que no me viese reír el tío Roque.

AURELIA. Yo no lo he podido remediar…

DOÑA MÍNIMA. Y es inútil intentar avenirlos; genio y figura… Tu padre, desde que iba a la escuela, ya era *don Roque*, y ese otro, hasta que se muera, aunque viva cien años, será *Febrerillo*. ¡Vaya usted a ponerlos de acuerdo!

FLORENCIA. Y ¿dónde lo colocaremos, mamá?

DOÑA MÍNIMA. En el despacho; como siempre.

FLORENCIA. Es verdad; lo mismo que cuando vino Ramona.

DOÑA MÍNIMA. Lo mismo. Allí se le pone cama y lavabo… Anda; ya está ahí: que Remigia lleve allá el equipaje.

FLORENCIA. Voy. *Se va por la puerta de la izquierda.*

AURELIA. ¿Se enfadará papá si me quedo aquí mucho tiempo?

DOÑA MÍNIMA. Se enfadará de todos modos; de manera que quédate hasta que él te llame.

AURELIA. Bueno; me quedaré. No diga el tío Tirso…

Vuelve Tirso por donde se marchó. Al ver solas a la tía y la sobrina, pregunta:

Tirso. ¿Qué es eso? ¿Y mi hermano, y el otro caballero?

Doña Mínima. Se han ido un instante.

Tirso. ¿Y tu novio?

Aurelia. Se ha ido con ellos.

Tirso. Será porque se lo han llevado; si no, no me lo explico. Oye, antes que se me olvide; ya me dirás qué regalo de boda quieres que te haga. Tira por largo, ¿eh?

Doña Mínima. ¿Te parece? Pues ¿no dices que vienes sin blanca?

Tirso. Eso lo he dicho para asustar a Roque. ¡Una broma de Carnaval! Perdóname, Aurelia. ¡Aunque tú te casarás por dejar de aguantarlo!

Aurelia. *Como reconviniéndolo cariñosamente.* ¡Ay, tío Tirso, tío Tirso!…

Doña Mínima. Sosiega un rato, hombre de Dios. Siéntate. No paras.

Tirso. No paro, no; no sé estarme quieto, felizmente. Y por dentro menos que por fuera.

Doña Mínima. ¡Galopín! ¡Badulaque! ¡Buen susto nos has dado! Eso sí; puede pasarse por la alegría. Yo te rezaba entre mis muertos. Ya te lo he dicho: este luto me lo puse por ti.

Tirso. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien sé yo que eres tú quien me quiere en la casa! De ti no digo nada, sobrina, porque no me puedes querer.

Aurelia. ¿Por qué no?

Tirso. Porque no me conoces. ¡Y por lo que de mí te hayan dicho!…

Doña Mínima. ¿Qué ha sido de tu vida estos años? Vamos a ver: ¿de dónde sales? ¿Cómo has vivido? Cuenta, cuenta.

Vuelve Florencia por la puerta del foro y se sienta a oírlo también.

Tirso. ¡Uh! ¡Es historia larga! ¡Es el cuento de la Buena Pipa! Ya os iré relatando aventuras un día y otro. Hay para rato. ¡He sido hasta presidente de una República!

Doña Mínima. ¡En el nombre del Padre! ¿Se te puede creer, Febrerillo?

TIRSO. ¡Se me puede creer, jinojo! ¡No que no! Bien sabes que yo nunca miento. ¡Pero me satisface que dudes! ¡Ya te has olvidado de mí! ¡Lo que me halaga que no se me crea!…

AURELIA. ¿Le halaga a usted?

TIRSO. ¡Claro, simplona! ¡Ésa es la prueba de que lo que hago o lo que digo no es vulgar ni corriente! El mejor elogio que quiero para mis acciones es ése: que parezcan mentira.

DOÑA MÍNIMA. Pues, mira, por lo general te sales con ella.

TIRSO. Sí he sido, sí, presidente de una República… de cuatro gatos. ¡Amo a las tierras vírgenes! Sólo que me quisieron asesinar y le dejé el puesto al conspirador, que era uno que se me vendía por amigo. Le dejé el puesto, y ésa fué mi venganza.

FLORENCIA. ¿Dejarle el puesto?

TIRSO. Sí; porque lo han escabechado a él hace un par de meses. Por traidor. ¡Me alegro! También he fundado una escuela, en la que impuse un método de enseñanza personalísimo. ¡Me adoraban aquellos cafres! ¡Lo que yo he gozado enseñándolos a leer y explicándoles a mi manera las maravillas de este mundo! ¡Jinojo! Por nadie me cambiaba. Es mi ambición, es mi locura, es mi destino, si queréis; llego a un pueblo: no hay escuela, yo soy maestro de escuela; no hay teatro, yo soy comediante; no hay imprenta, yo fundo un periódico… Sacudo el espíritu de las gentes, logro que se den cuenta de que tienen alma, hablo un lenguaje nuevo, paso por loco… y de la noche a la mañana me voy a otro lado. Pero no importa; sé que he dejado un germen: algo nacerá de lo que eché en el surco.

DOÑA MÍNIMA. Y ahora ¿dónde estabas… sembrando?

TIRSO. En Asunción del Paraguay. Allí me casé.

DOÑA MÍNIMA. ¿Que te has casado, Tirso?

FLORENCIA. ¿Que se ha casado usted, tío Tirso?

AURELIA. ¿Que se ha casado usted?

TIRSO. Sí; pero ya estoy viudo. ¡Me puedo volver a casar! *Ríen las tres mujeres.*

DOÑA MÍNIMA. Ésa no cuela, Febrerillo.

TIRSO. ¿Cuál? ¿La viudez o el casorio?

DOÑA MÍNIMA. El casorio.

TIRSO. Pues, chica, es cosa que se puede creer sin dificultad; ¡lo hace medio mundo! ¡Pobre Consolación! Fué aquél un casamiento… romántico. *A Aurelia.* Tu padre no lo comprendería. Me interesó aquella mujer… y la quise. Alumbré los últimos años de una vida truncada en flor y llena de sombras. Pero, bien, éstas son páginas demasiado íntimas. No se debe hablar de ellas.

FLORENCIA. ¿A qué ha venido usted a España?

TIRSO. ¡Ay! Otro lance romántico.

AURELIA. Cuéntenoslo usted.

TIRSO. ¿Quieres tú que lo cuente?

AURELIA. Sí.

TIRSO. Es muy doloroso. Un compañero mío, compañero de luchas y miserias, menos fuerte y menos afortunado que yo, harto de sufrir, desencantado, triste, muerto el espíritu, quiso acabar del todo y se pegó un tiro en la cabeza.

AURELIA. ¡Jesús!

DOÑA MÍNIMA. ¡Ave María!

FLORENCIA. ¡Pobre hombre! ¡Lo que a mí me impresiona el suicidio! Yo no sé si es cobardía o valor, como dicen; pero me impresiona enormemente.

TIRSO. No es ni valor ni cobardía, Florencia; es la locura de muchos momentos de dolor concentrada en uno.

FLORENCIA. ¡Pobre hombre!

TIRSO. Le escribí a su madre la tremenda desgracia… como puede escribirse una tragedia así… La madre es una infeliz mujer que vive en un pueblecito de la Mancha; en Fernancaballero. Me contestó llena de gratitud, y su carta, toscamente puesta, tenía tantas lágrimas entre sus renglones, que tiró de mí. Y me ofrecí a llevarle todos los recuerdos de su hijo que conservaba en mi poder: varios libros, algunas cartas, papeles de trabajos no terminados, el reloj, la cartera, el retrato de una mujer… Reliquias. Y eso me empujó a

España. Y de Fernancaballero vengo ahora. *Suspirando.* ¡Ay ay ay!… Siempre buscando a Dios, como yo digo.

AURELIA. ¿Buscando a Dios?

TIRSO. Siempre.

DOÑA MÍNIMA. *A Florencia y Aurelia.* A mi padre le llamaban mucho la atención las salidas de éste; y no me hablaba una vez de él que no me dijera: «En el mundo hacen falta esos locos».

TIRSO. ¡El gran don Eloy! Lo recuerdo como si lo tuviera delante: con su traje de terciopelo color de pasa y sus babuchas moras.

DOÑA MÍNIMA. ¡Si vieras lo que se le parece la nena de Florencia!

TIRSO. ¿Sí, eh? ¿Te quedó una chiquilla? ¿Dónde está?

FLORENCIA. La tengo interna en un colegio.

TIRSO. A ver si la conozco antes de marcharme.

AURELIA. ¡Más rica es!

TIRSO. ¿Y tú, cuándo te casas?

AURELIA. *Ruborosa.* Aún no se ha fijado la fecha.

DOÑA MÍNIMA. Pero hoy justamente la han pedido.

TIRSO. ¿Hoy? ¡Mira con qué pie llego!

FLORENCIA. Cuando usted vino se estaba celebrando eso en el comedor.

TIRSO. ¡Jinojo! ¡Interrumpí la fiesta!

DOÑA MÍNIMA. Poca fiesta había.

TIRSO. ¡Bueno, mujer; bueno! ¿Querrás mucho a tu novio?

AURELIA. Figúrese usted.

TIRSO. ¡Ea! ¡Pues vamos a ver si entre los dos aumentáis la familia, que se va acabando! ¡Ya sabes que a mí me da por ser maestro de escuela! ¡No te pongas colorada, mujer!

FLORENCIA. ¿Ésta? De mirarla.

TIRSO. ¿Tenéis ya padrino?

AURELIA. Sí.

DOÑA MÍNIMA. ¡Digo! ¡Don Albino de Juan!

TIRSO. ¿Acaso este señor que aquí estaba?

DOÑA MÍNIMA. Justo. Tío del novio.

TIRSO. Don Albino… Don Albino… Cara tiene de llamarse Albino.

Se ríen las tres de nuevo.

DOÑA MÍNIMA. Es un señor muy circunspecto, muy razonable, siempre en el justo medio de todas las cosas… Te lo prevengo porque, como tú eres así, y este don Albino todo lo lleva bien menos el desentono, las pitadas, las patas de gallo…

TIRSO. ¿Sí, eh?

FLORENCIA. ¡Sí!

TIRSO. ¡Mal año para don Albino!

DOÑA MÍNIMA. ¡Febrerillo, por él amor de Dios! Ten presente que aquí se le escucha como al Evangelio; que es una autoridad en esta casa.

FLORENCIA. Es un señor muy especial. Persona influyente, por supuesto. Consejero de no sé cuántas cosas.

DOÑA MÍNIMA. Así nos aconseja aquí a todos.

FLORENCIA. Anda en la vida con balancín, para no caer de un lado ni de otro. Su ausencia me perdone. Si compra, por ejemplo, veinte acciones de un periódico de ideas republicanas, procura en seguida comprar la misma cantidad de otro periódico monárquico.

DOÑA MÍNIMA. Para neutralizar tendencias, dice él.

TIRSO. Y para comer a dos carrillos, digo yo.

DOÑA MÍNIMA. ¡Lo estaba esperando!

AURELIA. ¡Tío!

DOÑA MÍNIMA. ¿Ves tú? Esas frescas son las que te hacen intratable, te dan mala fama y te llevan a vivir separado de la familia, errante, como un nómada, como un gitano…

TIRSO. No: esta vida la elegí por mi gusto; por vocación, como si dijéramos.

FLORENCIA. ¿Usted se marchó de la casa al morir los padres?

TIRSO. Sí, hija. No pude soportar el espectáculo a que dió ocasión el reparto de la pequeña herencia. Cuando vi a mis propios hermanos disputarse como fieras de distinta casta lo que no era fruto del trabajo de ninguno de ellos, lo que ninguno había ganado por sí, para no morirme de pena o de asco desdeñé lo que pudiera corresponderme, y levanté el vuelo. Desde entonces me llaman Febrerillo el Loco.

DOÑA MÍNIMA. Y bien puesto estuvo por aquella locura. Debiste quedarte aquí, mediar, influir con tus hermanos, apagar codicias…

Llega Remigia por la puerta de la izquierda.

REMIGIA. Señorita Aurelia.

AURELIA. ¿Qué?

REMIGIA. Dice Baltasara que dice don Roque que vaya usted allá.

AURELIA. Ahora mismo.

REMIGIA. La cama ya está en el despacho, señorita Florencia.

FLORENCIA. Bien.

Se marcha Remigia.

AURELIA. Hasta después, tío Tirso.

TIRSO. Adiós, lucero.

AURELIA. ¡Lucero!

TIRSO. Pero ¡te encuentro un poco triste!…

AURELIA. No… Hasta después. Bien venido.

TIRSO. Anda con Dios.

AURELIA. Hasta luego.

FLORENCIA. Adiós.

DOÑA MÍNIMA. Hasta luego.

Vase Aurelia por la puerta de la izquierda. Tirso la mira mientras se va. Después se vuelve a las dos mujeres, como interrogándolas sin palabras. Florencia, por su parte, esquiva la respuesta y dice con forzada sonrisa:

FLORENCIA. Voy a ocuparme del arreglo del cuarto.

TIRSO. He venido a trastornar la casa.

Florencia. Pues hay que agradecérselo a usted. Vivimos… demasiado quietas. *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

Doña Mínima. Dice bien. *A Tirso, que también mira con curiosidad a Florencia, confidencialmente:* Ninguna de las dos es dichosa.

Tirso. ¿Ninguna de las dos?

Doña Mínima. Ninguna.

Tirso. ¿Y eso no puede remediarse? *Doña Mínima hace un gesto de resignación. Él agrega:* Sí; sí podrá remediarse. *Con resolución.* ¡Debe remediarse!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Es el día 21 de marzo, a media tarde.

Laura, sentada cerca del balcón, se ocupa en hacer una primorosa cofia de blancos encajes y cintas de raso. Sus bellos ojos van de la labor a la puerta de la izquierda, por la cual, sin duda, aguarda alguna aparición interesante.

Sale doña Mínima luego por la puerta del foro. Viene de la derecha.

DOÑA MÍNIMA. ¡Jesús! ¡Qué vendaval! ¡Vamos a volar todos! ¡Cómo zumba la chimenea de la cocina!

LAURA. ¡Buena entradita hace la primavera!

DOÑA MÍNIMA. Es verdad, que entra hoy. Con ruido viene. Y ¿usted no se va al bautizo de la sobrinita? Mal día le hace. Que la tapen bien.

LAURA. Ahora me iré, señora. Me engolosino cosiendo estas monadas.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué nombre le van a poner a la criatura?

LAURA. El de la madre: Evangelina. *Llega Remigia por la puerta de la izquierda.*

REMIGIA. Señora.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué hay?

REMIGIA. Ahí está don Albino.

DOÑA MÍNIMA. Que pase aquí.

REMIGIA. ¡Viene muy enfadado!

DOÑA MÍNIMA. Y. ¿tú te ríes de eso?

REMIGIA. No, señora: me río de que a la portera le han robado el gato, y cree que ha sido Venancio, el tabernero, que los guisa por liebres. *Vase.*

DOÑA MÍNIMA. ¡Bah, bah! Y usted, Laura, deje ya la costura y márchese con su familia.

LAURA. Bien; sí, señora. Primero voy con su permiso al comedor, a beber un poco de agua. *Éntrase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DOÑA MÍNIMA. Pocas ganas tienes tú de ver cristianar a Evangelina. ¡Vaya usted a saber!…

Aparece en la puerta de la izquierda don Albino, tal y como lo dejamos en el primer acto, pero con ojeras.

DON ALBINO. ¿Doña Mínima?

DOÑA MÍNIMA. ¡Don Albino! Pase usted y siéntese.

DON ALBINO. Gracias, amiga mía.

DOÑA MÍNIMA. Me ha advertido Roque, por el patio que quería usted hablarme…

DON ALBINO. Sí, señora. *Pausa.* No sé cómo empezar. Estoy desconcertado… violento…

DOÑA MÍNIMA. Algo se le conoce… ¿Qué ocurre? No me alarme usted.

DON ALBINO. ¡Qué ocurre! Mi boca, en esta casa, no se ha abierto hasta ahora, por mi voluntad, sino para decir cosas agradables… Pero hoy traigo una comisión enojosa, que en vano intentaría vestir con palabras de oro.

DOÑA MÍNIMA. ¿Y eso?

DON ALBINO. Además, la oratoria es —usted lo sabe— el vehículo de las ideas para convencer al pueblo soberano; pero cuando el pueblo se halla previamente convencido, la oratoria huelga.

DOÑA MÍNIMA. ¿El pueblo aquí soy yo?

DON ALBINO. Exactamente. Hechos y no palabras, doña Mínima. Sobriedad. Es inevitable que a ese importuno huésped, que en mal hora entró aquí hace ya veintitantos días, le diga usted que hemos decidido que abandone esta casa.

Doña Mínima. ¡Válgame el Señor! ¡Qué escopetazo, don Albino!

Don Albino. Es inevitable.

Doña Mínima. ¿Inevitable? Pero ¿en qué puedo fundar yo una resolución tan extrema? Le aseguro a usted que no esperaba…

Don Albino. *Levantándose en alas de la inspiración.* ¡Doña Mínima: la casa del orden, de la honestidad y de la compostura, en modo alguno puede albergar dignamente a quien empieza por disfrazarse con máscara grosera para asaltarla; a quien alimenta en su persona los siete pecados capitales… y alguno más, de añadidura!

Doña Mínima. Baje usted la voz.

Don Albino. *Bajándola, sobresaltado.* ¡Ah! pero ¿está ahí?

Doña Mínima. Sí, señor; allá dentro.

Don Albino. Don Roque me había dicho que no estaba.

Doña Mínima. Es muy suyo. Pero sabía que estaba.

Don Albino. No alcanzo… *Volviendo a sentarse junto a dona Mínima.* Pues bien, señora: continuemos en tono confidencial. Después de todo, yo he observado que, en la vida, las cosas graves se dicen *sotto voce*. Febrerillo el Loco, ese hombre díscolo y rebelde, ha alborotado las tranquilas conciencias de todos nosotros, y ha revuelto los corazones. Aurelia no es Aurelia: aquella criatura, engalanada de silencio, lámpara de llama siempre igual, como yo le decía, es otra: ríe, llora, va, viene, discute con su padre… ¿Qué es esto? El mocosuelo de mi sobrinito…

Doña Mínima. ¿El moco qué?

Don Albino. ¡El mocosuelo! Ese mocosuelo, antes tan formalito y tan ecuánime, ¡ha dado una vuelta de campana! ¡Lo ha fascinado ese perturbador! ¡Se tutea con él! Lleva una vida desordenada; casi no se ocupa de la que le elegimos por compañera; se recoge a las tantas de la noche; bebe vino —¡él, abstemio congénito!—; no tiene más conversación que la de cancionistas y costureras, y hasta se me engalla a las veces.

Doña Mínima. ¿A usted también?

Don Albino. A mí, señora. Nadie lo creería. ¡Pues anoche se atrevió a decirme que estoy anticuado! ¡Y eso no se ha cocido en su mollera! ¡Son

ideas del otro bergante!

DOÑA MÍNIMA. Yo estoy en ascuas, don Albino. Temo que salga él… y nos coja aquí conspirando. Si a usted le parece…

DON ALBINO. Desde luego.

DOÑA MÍNIMA. Pasaremos a casa de Roque, y allí, con él, acordaremos lo que haya de hacerse. Que no sé qué será; no lo sé, no lo sé…

DON ALBINO. Sí: encuentro juicioso que nos traslademos ahí junto. Desde el punto y hora en que nos ronda el enemigo… ¡Ah! ¡También tenemos que hablar de la modista!

DOÑA MÍNIMA. ¿De qué modista?

DON ALBINO. De esta Venus… con brazos que viene aquí. He sabido cosas muy serias.

DOÑA MÍNIMA. ¿De Laura?

DON ALBINO. De ella y de los suyos. Parece que el padre, pájaro de cuenta, y las hijas, que todas tienen buen palmito, se dedican a buscar, de común acuerdo, maridos convenientes. Ven una buena presa, la niña en cuestión se hace la frágil y la apasionada… y termina la aventurita con la presencia del padre, del juez… y de dos testigos.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué me cuenta usted?

DON ALBINO. Ya creo que se han casado así tres de ellas. ¿Qué jovenzuelo rico no se deja engañar por la vanidad de ser algo tenorio?

DOÑA MÍNIMA. Y ¿usted teme…?

DON ALBINO. ¡No, no, señora! A tal punto, no. Pero, yo he observado… yo he observado… No me atrevo a decirle a usted lo que sobre este particular he observado yo.

DOÑA MÍNIMA. ¡Silencio!

Por la puerta del foro sale calmosamente Tirso. Viene de la izquierda.

TIRSO. ¡Oh! Buenas tardes, señor De Juan: ¿cómo lo pasa usted?

DON ALBINO. Bien, ¿y usted, señor De Febrero?

TIRSO. ¡No me cambio por nadie; soy dichoso! ¡Vivo estos días en un mundo ideal! ¡Hace mucho tiempo que no paso una temporada más feliz!

¡Estoy como el pez en el agua!

DON ALBINO. Reciba usted mis plácemes más cumplidos.

TIRSO. Los acepto con gratitud.

DON ALBINO. ¿Vamos, doña Mínima? No extrañe usted que me retire, porque me iba ya cuando usted ha salido.

DOÑA MÍNIMA. No sé qué quiere Roque…

TIRSO. Yo, sí.

DON ALBINO. *Cortando por lo sano.* Buenas tardes.

TIRSO. Buenas tardes.

DOÑA MÍNIMA. Hasta ahora, Tirsillo.

TIRSO. Adiós, Mínima. Paciencia y barajar.

DON ALBINO. Pase usted, señora.

Se marchan por la puerta de la izquierda doña Mínima y don Albino.

TIRSO. *A grandes voces, para que don Albino se entere.* Pero ¡qué bien se vive en esta santa casa!

Vuelve Laura del comedor.

LAURA. ¿Ve usted cómo era él?

TIRSO. Él era. Lo trae usted sin sueño, Laurita.

LAURA. ¿Yo? ¿Quiere usted callar?

TIRSO. No me ha entendido usted. Lo trae usted sin sueño… porque se lo ha quitado usted a su sobrino.

LAURA. ¡Jesús, María!

TIRSO. La verdad es que es lástima que el muchacho esté ya casi con el yugo en el cuello; porque para usted era que ni pintado: rico y tonto…

LAURA. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué cosas dice este don Tirso!…

TIRSO. ¿Se parecen a las que piensa usted?

LAURA. ¡Ja, ja, ja! Pero ¿cómo quiere usted que a mí me pase por la cabeza una cosa así? Ahora, que si él me mira… yo no voy a volver la cara.

Desatenciones, no. Eso no está en mí.

Por la puerta de la izquierda llega Honorito como una bala, con gabán, paraguas y sombrero.

HONORITO. ¡Hola!

TIRSO. ¡Hola, hombre!

LAURA. Felices tardes. *Se pone a recoger su costura, haciéndose la desentendida.*

HONORITO. Felices.

TIRSO. ¡Llegas como al reclamo, chico! Hablábamos de ti.

LAURA. ¡Pero don Tirso!… ¿Va usted a abochornarme? Honorito, no le haga usted caso.

Se retira, coqueteando, por la puerta del foro, hacia la derecha. Se lleva la labor.

TIRSO. ¡Chico, cómo te envidio!

HONORITO. ¿A mí?

TIRSO. ¡La criatura es para un príncipe loco!

HONORITO. ¡Qué célebre!

TIRSO. ¡Y la traes de cabeza!

HONORITO. ¿Tú crees?

TIRSO. ¡De cabeza! ¡Ay, si yo estuviera en tu pellejo!…

HONORITO. Calla, hombre; calla. ¡Para un príncipe loco, dice!…

TIRSO. Mira: en el último viaje que yo hice a Méjico, iba en el barco un principito japonés, y llevaba una amiga por el estilo de ésta. Me la recuerda mucho. En serio.

HONORITO. ¡Ah, no; si como guapa!… Y voy a serte franco. ¡Me está sucediendo con Laurita una cosa que no me ha sucedido con ninguna mujer! ¡Sueño con ella! Y a veces pienso: «Me voy a encontrar a Laurita». Y me la encuentro, ¿sabes? ¡Y ahora tomo más el tranvía, por ver si va ella! ¡O por ver si sube! En fin, cosas raras. Porque lo de mi novia ¡es tan distinto!… Bueno, ¿a qué he venido yo?

TIRSO. A ver a Laurita.

HONORITO. No, hombre; no seas majadero. Ya sé, ya sé. Salía yo de hablar con Aurelia a tiempo que entraba doña Mínima y mi padrino. ¿Ha estado aquí?

TIRSO. ¡Naturalmente!

HONORITO. ¿Por qué naturalmente?

TIRSO. ¡Porque tiene la mosca en la oreja, simple! ¡Porque teme que te derrita la modistilla!

HONORITO. ¡Vamos! Mi tío es idiota. ¡Qué gracia me hizo ayer tu pregunta de si se da la ducha con botines! ¡Ja, ja, ja!

Se presenta Laura por la puerta del foro, dispuesta ya para la calle.

TIRSO. ¿Por fin se va usted al bautizo?

LAURA. Sí; a ver si llego… Lo malo es que… *Va al balcón y levanta un visillo para mirar si llueve.* ¡Lo que yo me temía! Lloviendo ahora. ¡Vaya un tiempo antipático!

HONORITO. Mejor es que llueva, porque así calma el aire.

LAURA. Sí; pero yo no he traído paraguas.

HONORITO. *Azoradísimo.* ¿No… no… no ha traído usted paraguas?

LAURA. No, señor.

HONORITO. Yo… yo puedo ofrecerle a usted este mío.

LAURA. Muchas gracias; pero ¿y usted?

HONORITO. Yo… yo me mojo.

LAURA. ¡Eso es: y me riñen a mí!

HONORITO. ¿Qué hacer, entonces?

TIRSO. ¡Se le ocurre a cualquiera, señor! ¡Estás hecho un seminarista! ¡Mira que el conflicto! ¡Sal con ella y acompáñala hasta el primer tranvía o hasta el primer coche!

HONORITO. ¡Pues es verdad! ¡Este hombre todo lo resuelve en seguida! Falta que ella quiera, sin embargo.

LAURA. ¿Por qué no?

HONORITO. ¿Usted me permite que la acompañe?

LAURA. ¿Por qué no? No siento más que la molestia…

HONORITO. ¡Ninguna! ¡Yo lo hago encantado!

LAURA. Gracias. Es usted muy amable. Pues, verá usted; entonces… preferible es que salga usted primero, y que me espere al volver la esquina, para no salir juntos; porque si nos ve salir juntos la portera…

HONORITO. Sí, sí; bien pensado. Tiene usted razón. Si nos ve juntos la portera… Tiene usted razón. Pues hasta ahora mismito. En la esquina estoy; en el primer portal.

LAURA. Allá iré yo en seguida.

TIRSO. ¡Déjale el paraguas a ella! De aquí a la esquina, si ha de mojarse alguien, lo galante es que te mojes tú.

HONORITO. También es verdad. ¡Qué punto es éste! Tenga usted el paraguas. Hasta ahora.

LAURA. Hasta ahora.

TIRSO. Anda con Dios, hombre; anda con Dios. ¡Quién tuviera tus años!

HONORITO. ¡Qué célebre! *Se va por la puerta de la izquierda, aturdido.*

TIRSO. Ahí lo tiene usted; yo no lo invento; no da pie con bola.

LAURA. ¡Vaya, don Tirso; vaya!

TIRSO. Pero ¿es mentira?

LAURA. Me hará usted pensar en lo que no he pensado nunca.

TIRSO. ¿De veras? ¿Nunca?

LAURA. Pero ¡qué tremendo es usted! Hasta mañana si Dios quiere.

TIRSO. ¡Sí querrá! Hasta mañana.

LAURA. Adiós.

TIRSO. ¡Mis afectos a su papaíto!

LAURA. De su parte. *Vase por la puerta de la izquierda, humedeciéndose los labios.*

TIRSO. ¡Esto marcha, Tirso; esto marcha! ¡Cuando yo no busco a Dios, Dios me busca a mí! ¡Entre los dos no vamos a dejar en esta casa títere con cabeza!

Sale Florencia en traje de calle por la puerta del foro. Viene de la derecha.

FLORENCIA. Pero ¿qué gritas, hombre? ¡Y estás solo! ¡Creí que discutías con una docena de personas!

TIRSO. ¡Y quizás no te engañes! Tú no las ves, pero andan por aquí. ¡Estoy contento! —como dice mi hermano Roque cuando hace alguna de las suyas—. ¡Estoy contento!

FLORENCIA. ¡No lo puedes negar!

TIRSO. Y es sencillamente porque estoy bueno del cuerpo y del alma. El cuerpo no lo siento… y el alma sí. ¡Salud completa!

FLORENCIA. Me da gusto verte siempre optimista.

TIRSO. ¡Oh! Es que el fondo del optimismo, parienta mía, no es otra cosa que la confianza en una justicia superior.

FLORENCIA. Y ¿tú la tienes?

TIRSO. ¡Absoluta! ¡Ciega! ¡La has de ver brillar como un lucero sobre la cabeza de don Albino I, el Razonable!

FLORENCIA. ¡Ja, ja, ja!

Inopinadamente llega por la puerta de la izquierda Aurelia, un tanto temerosa.

TIRSO. ¡Aurelia!

FLORENCIA. ¡Aurelia!

AURELIA. ¡Chist!

TIRSO. ¿Tú aquí?

FLORENCIA. ¿Qué milagro es éste?

TIRSO. ¿Te ha levantado ya tu señor padre la prohibición terrible de venir a esta casa?

AURELIA. ¡Ni por pienso!

FLORENCIA. ¡Entonces!…

TIRSO. ¡Anatema! ¡Te vas a condenar, criatura!

AURELIA. Es que se ha encerrado en su despacho con don Albino y la tía Mínima, y yo he aprovechado la coyuntura para venir a verle a usted.

TIRSO. ¡Dios te lo pagará, chiquilla! ¡Abrázate a mí, como un rosal a un roble viejo!

AURELIA. *Abrazándolo cariñosamente.* ¡Ja, ja, ja!

FLORENCIA. Bueno, va a caer un bólido, va a salir una estrella de rabo, va a haber temblor de tierra… ¡Algo extraordinario se avecina! ¡Santísima Virgen! ¡Aurelia desobedeciendo a su padre!

AURELIA. *Tímidamente.* Es que en esto, Florencia… en esto no ha tenido razón.

TIRSO. ¡Ni la ha tenido nunca en nada, qué jinojo!

FLORENCIA. No grites, hombre.

TIRSO. ¡La razón y mi hermano Roque son dos paralelas!

AURELIA. Vamos, tío Tirso, no vaya usted a hacer que me arrepienta de esta escapadilla.

TIRSO. ¡Qué has de arrepentirte, infeliz! ¡Cada día menos! ¡Mi contacto te salvará!

AURELIA. Vamos, vamos… *A Florencia.* Y ¿tú vas a la calle?

FLORENCIA. Sí. A ver a Anita.

AURELIA. ¡Ah! a ver a Anita.

TIRSO. ¡Quiá! Ahora es ella la hipócrita.

AURELIA. Yo jamás lo he sido.

TIRSO. ¿Jamás? Dices bien; pero te han obligado a parecerlo. Secuestraron tu alma, y se te durmió en la prisión… Tu alma no parece lo que es.

AURELIA. Quizás… Es posible, tío Tirso… Porque yo, algunas veces, he creído como sentir o querer sentir cosas contrarias a lo que veía a mi alrededor… a lo que se me imponía como bueno y como indiscutible.

TIRSO. No me lo jures. Tu vida está llena de silencios tristes, Aurelia.

AURELIA. Más de un día, escuchándolo a usted en casa, he pensado en esto.

TIRSO. ¡Y lo que te rondaré, morena! Lo he observado, sobrinita; lo he observado. ¡No ha de ser vuestro don Albino el que lo observe todo aquí!

AURELIA. Y ¿tú de veras vas a ver a tu hija?

FLORENCIA. Sí.

TIRSO. ¡No!

FLORENCIA. ¡Pues no! Te diré la verdad.

TIRSO. ¡Conspiramos! Como don Albino y tu padre.

AURELIA. ¿Conspiran ustedes?

FLORENCIA. Conspiramos.

TIRSO. ¡Ésta era una viudita cargada de pólvora, y afortunadamente he venido yo al lado suyo a servir de mecha!

FLORENCIA. ¡Tirso, por Dios! ¡Qué manera de decir las cosas!

TIRSO. ¡Metáforas!

FLORENCIA. ¡Ya lo sé! Pero ¡qué metáforas! Sí, Aurelia, sí; como penitencia, ya basta; como sumisión, ya creo que es excesiva. He resuelto no seguir viviendo aquí. ¡Bendigo el domingo de Carnaval en que llegó este hombre!

TIRSO. ¿Te enteras? Bendice mi llegada.

AURELIA. *Ansiosa.* Deje usted a Florencia explicarme…

FLORENCIA. ¿Lo necesitas? ¿En ti misma no hallas la explicación? Tirso te ha dicho que tu vida está llena de silencios. La mía también… Pero tus silencios y los míos entre sí se escuchaban. La resignación era mutua, y la protesta íntima muy semejante. ¿Es verdad?

AURELIA. Habla tú; sigue hablando.

FLORENCIA. ¿Qué más? Este hombre me ha dado el valor que a mí me faltaba, haciéndome ver la realidad. Su voz ha conseguido en mí lo que ninguna. Después de todo, era natural que así fuera. Al oírlo, mi alma ha roto las nieblas, se ha asomado al cielo y ha respirado un aire distinto… He visto también clara toda la responsabilidad de mi vida quieta; he pensado en mi hija, que será muy pronto una mujer, como tú y como yo, y me rebelo ante la idea de que su vida pueda ser igual a la tuya o la mía, si la dejo encadenada a esta casa. ¡No, no!

AURELIA. Te escucho temblando, Florencia.

FLORENCIA. Temblando te hablo yo a ti también, ya que es tu padre a quien más acuso sin nombrarlo.

AURELIA. ¡Mi padre!

FLORENCIA. Tu padre, Aurelia. Perdóname, pero es la verdad. Por condición, por experiencia fría, porque tiene de la vida un mezquino concepto, por lo que sea, quiere reducirla a la seguridad material, y sólo se preocupa de ella. Su codicia, su corto horizonte, son capaces de ahogar a todas las almas que vivan a su lado.

TIRSO. ¡Así es la verdad!

FLORENCIA. De mí no le importa sino el dinero que él cuidó que cayera en sus redes: que yo viva o muera, ¿qué más da? ¡Sobre todo que no venga el hombre que pueda arrebatarle con mi mano lo que él baraja! Tú recuerdas que a los tres años de quedarme viuda no faltó quien me hablara segunda vez de amor. Bien sabe Dios que mi corazón no estaba entonces inclinado a aceptarlo; pero ¡de qué modo se le recibió en esta casa! ¿Lo recuerdas?

AURELIA. Sí.

FLORENCIA. ¡Qué cosas escuché! Pero ¿cómo puedo maravillarme de que mi felicidad le sea indiferente, si no vacila frente a lo dudoso de la tuya?

AURELIA. ¡No; eso, no! Mi padre me quiere; me quiere mucho. Mi padre cree sinceramente que seré dichosa.

FLORENCIA. ¿Y tú, lo crees? *Aurelia no le contesta y baja los ojos.* Otro silencio, más triste que ninguno. Tú te resignas, ya lo veo; por cariño; por la memoria de tu madre; por miedo; por respeto; porque careces de arranque moral para la rebeldía, como yo hasta ahora; y más que por nada, y esto es lo doloroso, porque ahora no puedes ni entrever siquiera lo que va a ser tu vida; ni sabes tampoco lo que tu vida vale, cuando la das así. Y todo ello, ¿con qué fin, Dios mío? ¡Con el de que vengan a esta casa los dineros del tío, del sobrino y de los padres juntos! ¡Oh! Parece imposible.

AURELIA. Calla, Florencia; calla.

TIRSO. Déjala seguir, si algo más tiene que decirte; que te está salvando.

AURELIA. ¿Usted también?

TIRSO. ¿Cómo yo también? ¡Yo, el primero! ¿Es que ella te hubiera dicho todas estas cosas si no vengo yo con aquellas desaforadas narices que a ti te hicieron tanta gracia? ¡Jinojo! ¡No podía yo presumir lo a tiempo que llegaba, sobrina! Oye a Florencia; óyeme a mí. Vuela una noche, aleja tu espíritu de esta casa, y júzgate. Y luego medita el paso a que te llevan… y piensa en el camino hasta el fin. ¡No hay razón ninguna que te obligue a tal sacrificio!

AURELIA. ¿Ninguna?

TIRSO. ¡Ninguna! Busca a Dios en tu alma, y verás cómo no lo encuentras en las horas vacías de la inacción, del cálculo egoísta, de la riqueza estéril; sino en las horas de noble ambición y de ensueño, de cariño fecundo, de amor logrado y merecido, de bondad y de fe. Búscalo, búscalo… *Breve silencio. Las dos mujeres lo oyen impresionadas.* La jornada, no olvides esto, por corta que se nos antoje, es larga y penosa, y la prolonga angustiosamente la desventura. Necesitamos oír sin tregua, en la fatiga del camino, como una música increada, marcha o himno que nos anime a andar… ¡Mísero del mundo el día en que sólo acompañe a los hombres en su viaje el tintineo del oro!

AURELIO. Eso no puede ser.

TIRSO. Pues ese derrotero lleva el mundo, Aurelia. Es trágico para los idealistas; pero es así. Jamás padeció la vida de los hombres fiebre más alta de bárbaro materialismo que la que alcanza ahora. Hoy sólo se construyen firmes y sólidos, desafiando los tiempos, los edificios mercantiles. Hasta las iglesias se hacen frágiles y raquíticas. Tente mientras cobro. ¡Se conoce que en lo por venir se rezará en los Bancos!… Pero tú… tú tienes alma y debes sentir de otro modo. ¿Me entiendes? Sí me entiendes. Lo que se siente bien, se entiende bien.

FLORENCIA. *Yendo a Aurelia.* ¿Estás llorando, Aurelia?

AURELIA. Sí.

TIRSO. Llora, llora: es tu alma, que vive. *A Florencia.* ¡Ni a soñar ni a llorar se atrevía!

Pausa breve.

AURELIA. *De improviso, asustada.* ¿Eh? ¡Dios mío! ¡Mi padre!

FLORENCIA. ¿Tu padre?

AURELIA. ¡Sí! ¡De seguro! ¡Ahí está!

TIRSO. Pues no temas nada.

FLORENCIA. Mejor es que te vayas adentra. Vete a mi alcoba.

TIRSO. ¡No!

AURELIA. ¡Sí! *Obedece la indicación de Florencia llena de miedo, y se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

FLORENCIA. *A Tirso, con perfecta naturalidad.* ¿Quieres algo para la calle?

TIRSO. Nada, parienta encantadora.

Aparece violentamente don Roque por la puerta de la izquierda. Está más amarillo que el mes pasado. Es la bilis. Tendrá que utilizar, sin remedio, la receta de su escribiente.

DON ROQUE. ¿No está aquí mi hija?

FLORENCIA. ¿Aurelia?

TIRSO. Pero ¿no es verdad que le has prohibido venir aquí, porque mi aliento es corrosivo?

DON ROQUE. ¡Bah! Como no está en casa…

FLORENCIA. ¿Sabe usted? Quizás haya subido al tercero, a ver a la chica de Laborda. No sé qué tenían que contarse. ¿Quiere usted que mande a Remigia…?

DON ROQUE. Sí, mándala. Que le diga que la llamo yo; que baje al instante.

FLORENCIA. ¿Eso sólo, tío Roque?

DON ROQUE. Eso sólo. *Mira con algún recelo a los dos y se marcha por donde vino.*

FLORENCIA. *Después de cerciorarse de que salió de la casa don Roque.* Se la tragó.

TIRSO. ¡El trabajo que me cuesta a mí oír un embuste y no echarlo por tierra!

FLORENCIA. A veces son imprescindibles, tío Tirso.

TIRSO. No lo discuto. Para vosotras, las mujeres, desde luego. Y ¡con qué habilidad le has dicho a Roque que está en el tercero su hija, porque sabes tú que él no sube al tercero! ¡Ay, madre Eva! ¡Buena semilla echaste tú también!

FLORENCIA. En fin, yo me voy. Entera a Aurelia de mi mentirilla y que corra a su casa.

TIRSO. No irá tan aprisa como desea mi hermano.

FLORENCIA. ¡Prudencia, por Dios!

TIRSO. ¡Prudencia a Febrerillo! Vete tranquila por tu parte.

FLORENCIA. ¡Pues adiós, aliado! *Le da la mano.* ¡No sabes todo el bien que te debo!

TIRSO. Creo que sí.

FLORENCIA. Si salvas a Aurelia como a mí, entre San Pablo y Santa Ana va a haber que poner a Febrerillo el Loco.

TIRSO. Enfrente, más bien.

FLORENCIA. ¡Ja, ja, ja! Hasta luego. *Vase a la calle.*

TIRSO. Hasta luego. ¡Está fragante la viudita!… No le hago el amor, porque se teñiría mi acción de un matiz interesado que me repugna. *Llégase a la puerta del foro y grita:* ¡Aurelia! *Recordando que no debe gritar.* ¡Jinojo! ¡Qué indiscreto! ¡Qué torpe! *En voz más baja.* ¡Aurelia! ¡Aurelia! ¡Vía libre! ¡Por poco me oye Roque desde su casa! ¡Y es que no sé fingir!

Vuelve Aurelia.

AURELIA. ¿Se fué papá? ¿Qué ha dicho?

TIRSO. Nada absolutamente, chiquilla. No tiembles.

AURELIA. No puedo remediarlo, tío Tirso. ¿Y Florencia?

TIRSO. Se marchó también. Le ha dicho a tu padre que tú estarías probablemente con una amiguita del tercero; que mandaría a Remigia por ti.

AURELIA. Entonces voy ya a casa.

TIRSO. Serénate un poco primero. No conozca tu padre la verdad y nos excomulgue.

AURELIA. Sí; bien. Me esperaré un poquito. ¿Adónde iba Florencia, se lo ha dicho a usted?

TIRSO. A buscar casa para ella y su hija.

AURELIA. *Emocionada.* ¡Se va de aquí!

TIRSO. Se va de aquí. Y a propósito de Florencia: ¿qué amor es ése a que aludió en la conversación que antes tuvimos?

AURELIA. *Preocupada.* No sé…

TIRSO. Sí sabes; sino que ahora mismo estás en otra cosa. Habló como de un pretendiente a quien aquí recibieron con metralla.

AURELIA. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Un señor Martínez Bellido, no sé qué de ferrocarriles…

TIRSO. ¿Vive ese señor en el barrio de Salamanca?

AURELIA. Creo que sí. ¿Por qué?

TIRSO. Porque da la casualidad de que Florencia busca su pisito por el barrio de Salamanca. Allá por las alturas del Hipódromo… Aquellos aires le convienen mucho a su hija.

AURELIA. *Sonriéndose.* ¡Qué mal pensado! Y ya me voy.

TIRSO. No me dejes solo, muchacha. Escúchame.

AURELIA. ¡Tío Tirso!…

TIRSO. Un segundo no más. Dime: ¿fué feliz Florencia en su matrimonio con tu primo? La verdad.

AURELIA. No, señor; no lo fué.

TIRSO. Ella dice que sí.

AURELIA. Porque es muy buena y lo disculpa…

TIRSO. Ésa era mi sospecha. Y ya ves cómo se delataba hace poco al hablarte a ti.

AURELIA. Juan era silencioso, huraño… muy frío…

TIRSO. Por mis impresiones, debió de ser uno de estos maridos que equivocan la idea del matrimonio; de éstos cuyas mujeres viven con ellos, pero no en ellos… ¿Me engaño, sobrina?

AURELIA. Yo de eso nada sé.

TIRSO. ¡Pobre Florencia! Ciertamente, es cosa muy triste

la soledad de dos en compañía.

¡Un día, y otro, y otro… unidos, sin estarlo; hablándose, pero sin oírse… y así… hasta la muerte! Y como único remedio posible, el divorcio, amarga medicina, solución que no alcanza a serlo: algo así como una herida mal curada. Es muy triste; muy triste. ¡Pobre Aurelia! Digo, ¡pobre Florencia!

Silencio. Llega oportunamente Guzmán Araujo. Desde la puerta de la izquierda pregunta:

GUZMÁN. ¿Se puede pasar?

TIRSO. ¡Hombre! ¡Ya lo creo!

AURELIA. ¡Araujo!

GUZMÁN. ¿Interrumpo a ustedes?

TIRSO. ¡No, señor!

GUZMÁN. ¿Y doña Mínima?

TIRSO. En casa de mi hermano.

GUZMÁN. ¿Y Florencia, mi enferma?

TIRSO. Está mejor.

GUZMÁN. ¿Ha salido?

TIRSO. Hace dos minutos. Y usted la ha visto en la escalera, y ella le ha dicho a usted que si andaba de prisa encontraría aquí a Aurelia… y por eso ha venido usted.

AURELIA. ¡Tío!

GUZMÁN. *Turbado.* Desconcierta usted a la estatua de don Álvaro de Bazán, que es de bronce.

TIRSO. ¡Amigo mío, es que llevo un rato aguantando embustes, y ya no puedo más! Pero celebro que haya usted venido, porque hace días que necesito consultar a un médico, y quiero hablarle. En mi celda estoy.

GUZMÁN. Voy allá en seguida.

TIRSO. ¡Tampoco es puñalada de pícaro!

Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.

Aurelia y Guzmán se miran confusos, inquietos, palpitante el ánimo. Ella no se determina a quedarse ni a irse; él no acierta a hablar y quiere hablar.

AURELIA. Vaya usted… vaya usted…

GUZMÁN. Ahora… Un instante…

AURELIA. No puedo… Mi padre me espera…

GUZMÁN. Un instante… Ha oído usted que he entrado aquí porque sabía que usted estaba.

AURELIA. Eso ha sido una broma del tío Tirso.

GUZMÁN. Ésa es la verdad.

AURELIA. Entonces… debo irme.

GUZMÁN. Tal vez… Pero yo debo suplicarle a usted lo contrario.

AURELIA. ¡Guzmán!

GUZMÁN. Un instante… Olvide usted en este instante lo que las circunstancias le pintan como su deber, y óigame.

AURELIA. Ahora no me es posible.

GUZMÁN. Temo que, si no es ahora, ya no pueda ser nunca.

AURELIA. ¿Eh? ¿Si no es ahora, nunca?

GUZMÁN. Así lo temo. Y es indispensable que usted me oiga.

AURELIA. Pero ¿qué me tiene usted que decir, Guzmán?

GUZMÁN. Lo que acaso usted haya leído en mis ojos… y en mis silencios en presencia de usted…

AURELIA. ¡En sus silencios!…

GUZMÁN. Lo que no me hubiera atrevido a decirle sin la providencial intervención de ese hombre. Por él he sabido con certeza algo que sin duda yo adivinaba.

AURELIA. ¿Qué ha sabido usted? ¿Qué le ha dicho ese loco?

GUZMÁN. Que no es usted dichosa.

AURELIA. Y ¿quién es capaz de juzgar de la dicha de nadie?

GUZMÁN. De la desdicha, acaso sea difícil; pero la dicha despide una luz que vemos todos.

AURELIA. Bien, Guzmán… yo no puedo escuchar nada de esto…

GUZMÁN. Y ¿quedará usted ya tranquila sin escucharlo?

AURELIA. *Consternada.* ¡Dios mío!… ¿Dónde estás?…

GUZMÁN. En la sinceridad del alma.

AURELIA. *Con resolución, tras unos momentos de íntima y angustiosa lucha.* ¡Hable usted! ¡Quiero oírle!

GUZMÁN. ¡Ah!… ¡Gracias! Sinceridad por sinceridad. ¿No ha advertido usted desde que la conozco mi profunda simpatía hacia su persona?

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. Y ¿no ha pensado usted que de esa simpatía había de nacer otro sentimiento mayor y más profundo?

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. Y ¿no ha cerrado usted los ojos para no ver una cosa ni otra, porque ya no era usted del todo libre?

AURELIA. Sí.

GUZMÁN. Y ¿lamentó usted alguna vez, a solas, en la penosa abstracción de su espíritu preso, que no nos hubiéramos conocido antes?… *Aurelia inclina la cabeza y calla.* Yo, sí. Y usted, también. No le pido a usted el esfuerzo ni la violencia de decírmelo. ¿Qué lenguaje hay más elocuente que ese rubor de usted, al que yo le debo tantas revelaciones? Es inútil que usted calle, Aurelia: habla él con palabras de rosa.

AURELIA. *Sin voz apenas.* ¡Guzmán!…

GUZMÁN. Y así hemos vivido más de un año, escondiendo y disimulando nuestro amor… *Aurelia lo mira.* Nuestro amor, sí. Y nos alejábamos en lugar de unirnos, y este amor hubiera muerto sin revelarse a no llegar a esta casa Febrerillo el Loco. Intimé con él: lo quise en un segundo. Me comunicó el ardor activo de su alma generosa. Hablamos de usted; le oyó el corazón, sediento de oírle, y fueron sus palabras leña al fuego. Yo no podía ya vivir en paz sin llegar a este instante. Lo esperé y lo busqué todos los días, y lo he hallado al fin. ¡Ya descanso, Aurelia; ya descanso! Pase lo que pase,

ya no tendré que arrepentirme de timidez o de cobardía. ¡Ya descanso! Por mí no queda.

AURELIA. *Entre lágrimas.* ¡Basta, Guzmán, basta; que estoy sufriendo el tormento de los tormentos! ¡Mi alma se desquicia y se rompe! ¡Quise oírle a usted, pero nunca creí que había de oírle tanto!… ¡Separémonos!… No puedo hablar ahora… no quiero tampoco… ¡no sé! ¡Separémonos!… *Con espanto súbito.* ¿Quién viene?

GUZMÁN. Doña Mínima.

AURELIA. *Sollozando.* ¡Ay! ¡Creí que era mi padre! *Siéntase, abatida.*

GUZMÁN. Pues es esta buena señora. Cálmese usted.

Vuelve por la puerta de la izquierda doña Mínima, que, al ver lo que ve, se hace cruces.

DOÑA MÍNIMA. ¡Santa Bárbara bendita!

GUZMÁN. ¿Truena, doña Mínima?

DOÑA MÍNIMA. ¡Caen rayos! ¡Usted verá si truena!

AURELIA. ¿Qué pasa?

DOÑA MÍNIMA. ¿Te parece poco? ¡Tú aquí, contra la voluntad de tu padre; tu padre, furioso, porque cree que te entretienen arriba; Florencia, en la calle, bastante levantada de cascos; tu novio, contestándole de mala manera a su padrino; Febrerillo, diciendo y haciendo despropósitos desde que se levanta!… ¿Qué Babel es ésta? ¡No hay duda, no hay duda! ¡Está de moda la revolución!

GUZMÁN. Está, está de moda. ¡Quiera Dios que no nos trastorne inútilmente!

DOÑA MÍNIMA. *A Aurelia.* ¡Tu padre!… Bueno, hay que oírlo. ¡Bonito te lo vas a encontrar! ¡Echa venablos! Entre Tirso y él habrá una muy gorda antes que se vaya ese demonio. Y el gran don Albino, creyendo que todo lo arregla, porque *él ha observado* que, por mucho que llueva, siempre escampa. ¡Claro, señor! ¡Si no sería el diluvio! Y yo, en medio de este torbellino, teniendo que tragármelas todas; sin despegar mis labios. ¡Estallo el mejor día!

GUZMÁN. Bien, señora; voy a ver a su cuñado de usted, que quiere consultarme…

DOÑA MÍNIMA. ¿También está nervioso?

GUZMÁN. Y ¿quién no?

DOÑA MÍNIMA. Pues ya puede usted darse prisa, porque… porque… ¡Calla, Mínima, calla, que es tu sino!

GUZMÁN. Adiós, Aurelia. *Le tiende una mano, que ella le estrecha conmovida. Doña Mínima observa el cuadro con asombro.*

AURELIA. Adiós, Guzmán.

GUZMÁN. ¿Pensará usted en lo que me ha oído?

AURELIA. ¿Podré ya pensar en otra cosa?

GUZMÁN. Adiós.

AURELIA. Adiós.

DOÑA MÍNIMA. *Comprendiendo.* ¡Ánimas benditas! Y ¿me preguntaba usted si tronaba? Lo dicho, lo dicho: ¡la revolución, la revolución!

GUZMÁN. ¡Está de moda! *Marchase hacia la izquierda por la puerta del foro mirando a Aurelia, que lo mira a su vez.*

DOÑA MÍNIMA. *Después de un gesto indescriptible.* Pero, muchacha, ¿es esto un sueño?

AURELIA. ¡No!

DOÑA MÍNIMA. ¿Tú estás en tu juicio?

AURELIA. ¡Ahora, sí!

DOÑA MÍNIMA. ¿Ahora, sí?

AURELIA. ¡Sí! ¡Ahora, sí! *Acercándosele animosa, sobreexcitada, y hablando con vehemencia y calor entre lágrimas de una alegría por ella ignorada hasta entonces.* ¡Yo no me conozco; yo no sé quién soy; yo no soy la que era; yo, desde hace unos instantes, soy otra! ¡Siento en mi alma una nueva luz, y por mis venas corre sangre distinta! ¡Veo ante mí cosas que no he visto jamás! ¡Ahora río y lloro sin que nada lo impida ni lo detenga! ¡Si soy la misma, he conseguido un nuevo ser; si mi alma era la que ahora siento en mí, estaba muerta, y ha resucitado!

DOÑA MÍNIMA. *Conmovida.* ¡Niña! ¡Aurelia! ¿Qué es eso?

AURELIA. ¿Qué ha de ser, señora? ¡El espanto de una vida absurda, de una penosa esclavitud, que veo que se va para siempre, como una nube negra!

DOÑA MÍNIMA. *Oyéndola con íntimo gozo, no obstante su gran turbación.* ¿Para siempre?

AURELIA. ¡Para siempre, sí! ¡Yo tengo ya valor para todo! ¿No le digo a usted que soy otra? ¿Por qué razón ni por qué ley he de ligarme eternamente a quien no quiero? ¿Por qué he de unirme a un hombre incapaz de quererme a mí? ¿Por qué se resignaba mi alma a este sacrificio de su vida? ¿Qué veneno me hacían respirar? ¡Ya te encontré, Dios mío! ¡Esto acabó; esto se acabó! ¡No seré, no seré de ese hombre! ¡Tirso dice bien; las almas quietas son como las aguas pantanosas! ¡Ay! ¡Pero ya mi alma halló su cauce y corre libre! ¡Ya te encontré, Dios mío!

DOÑA MÍNIMA. ¡Tirso! ¡Tirso! ¡Él nos ha traído esta convulsión! ¡O esta bendición, o lo que esto sea!

AURELIA. ¡Esta bendición!

DOÑA MÍNIMA. ¡Así quiere tu padre perderlo de vista! ¡No ve el momento en que deje mi casa!

AURELIA. ¡Ah, pues no se irá!

DOÑA MÍNIMA. ¿Cómo que no se irá?

AURELIA. ¡No se irá!

DOÑA MÍNIMA. No delires, Aurelia. Tú serás ya otra, pero tu padre no ha cambiado: sigue siendo el mismo. Y acaba de encargarme a mí que le diga a Tirso que, sin apelación, líe sus bártulos y se vaya con viento fresco.

AURELIA. ¿Eso quiere mi padre?

DOÑA MÍNIMA. ¡Eso ordena! Es un atropello, una infamia, una picardía; pero donde hay patrón no manda marinero.

AURELIA. Y ¿usted cree que él se irá?

DOÑA MÍNIMA. No lo sé. Creo que sí; que se irá. ¡Pero será con bulla!

AURELIA. ¡Yo le rogaré que se quede!

DOÑA MÍNIMA. ¡Aurelia! ¡Contra lo que manda tu padre! Sí que eres otra, sí.

AURELIA. ¿Qué va a ser de mi si él nos deja?

DOÑA MÍNIMA. Pues ¿y el valor de que alardeabas?

AURELIA. ¡No me faltará, si es preciso!

De repente, por la puerta de la izquierda aparece Honorito, en la guisa de antes.

HONORITO. ¡Caracoles!

AURELIA. ¡Honorio!

DOÑA MÍNIMA. ¡Bueno va!

HONORITO. Todo lo esperaba yo menos verte aquí. ¿Te ha autorizado ya tu padre?…

AURELIA. *Con gravedad.* No.

HONORITO. Y ¿has venido?

AURELIA. Ya ves.

HONORITO. No me entra.

AURELIA. Necesité hablar con el tío Tirso, y vine.

HONORITO. ¡Ah! con Tirso. ¡Qué célebre es! Yo también voy a verlo ahora, porque… *Deteniéndose en la pendiente.* Bueno, por nada. Oye, tú estás muy seria.

AURELIA. Lo estoy.

HONORITO. Y usted también, señora.

DOÑA MÍNIMA. También.

HONORITO. *Con la conciencia inquieta.* ¿Les han contado a ustedes algún *chismaco*?…

AURELIA. Nada de eso.

HONORITO. No; como la gente oye campanas…

AURELIA. Nada de eso. Honorio, dejaste una mujer y hallas otra distinta.

HONORITO. ¿Qué dices?

Aurelia. He tomado una firme resolución, que se refiere a ti y a mí. La tía Mínima te enterará de ella.

Doña Mínima. ¿Yo?

Aurelia. Usted, que es muy buena y me quiere mucho.

Doña Mínima. ¡Mucho! Pero ¿por qué he de ser yo la que dé hoy todas las noticias desagradables?

Honorito. ¿Cómo? Pues ¿qué ocurre?

Aurelia. Ahora lo sabrás.

Honorito. ¡Es que empiezo a alarmarme, Aurelia!

Aurelia. Si la tía Mínima no quiere decírtelo, ven a casa y lo sabrás por mí. Yo, primero, he de decírselo a mi padre.

Honorito. Pero oye, oye; estás casi llorando… ¿Es cosa triste lo que pasa?

Aurelia. Cosa triste, lo que iba a pasar. Hasta luego. *Se va por la puerta de la izquierda.*

Honorito. *Desconcertado.* Yo no entiendo jota. *A Doña Mínima, confidencialmente.* Oiga usted, con franqueza: ¿es que ha venido alguien con el cuento de lo de la modista?

Doña Mínima. ¿Eh? ¿Qué cuento es ése?

Honorito. ¡Eso… un cuento! Nada, nada… Bromas de Febrerillo, que dice que Laurita me ha puesto los puntos.

Doña Mínima. ¿Laurita?

Honorito. Sí: la costurera.

Doña Mínima. ¿Dice Febrerillo que te ha puesto los puntos?

Honorito. ¡Eso dice él! Ya usted lo conoce.

Doña Mínima. Pues ándate con ojo, no te ponga también las comas.

Honorito. ¡Qué célebre!

Doña Mínima. Muy célebre, sí. Toda la familia es muy célebre.

Honorito. Y a la cuenta, Aurelia… Ya me dió a mí en la nariz que se trataba de eso. Está celosilla, ¿verdad?

Doña Mínima. ¡No, hombre!

HONORITO. No, hombre. ¡Claro! Ella es mujer de muy buen sentido. ¿Qué meollo tenía que yo…? ¡Un individuo que se va a casar el mes que viene!

Los ojos de Doña Mínima se nublan.

DOÑA MÍNIMA. ¿Tú crees que te vas a casar el mes que viene?

HONORITO. ¡Natural!

DOÑA MÍNIMA. ¿Natural?

HONORITO. ¡Natural! ¡Cómo no me coja un automóvil! Qué bonitas luces tiene el brillante de la sortija, ¿verdad?

DOÑA MÍNIMA. Muy bonitas: pero las vas a lucir poco tiempo.

HONORITO. ¿Eh?

DOÑA MÍNIMA. Sí, hijo mío, sí; sorpresas de la vida. Nadie sabe por la mañana lo que le va a suceder por la noche. Ni aun entre nosotros, en esta familia, para quien todos los días venían siendo iguales.

HONORITO. Me está usted hablando en griego, doña Mínima.

DOÑA MÍNIMA. Pues oye en castellano, pichón: Aurelia ha ido a decirle al que iba a ser tu suegro que ha determinado no casarse contigo.

HONORITO. ¡Señora!

DOÑA MÍNIMA. ¿Lo entiendes?

HONORITO. ¡Entiendo las palabras… pero no lo entiendo!

DOÑA MÍNIMA. Pues así es.

HONORITO. Pero ¿qué venate le ha dado?… ¿A qué obedece?… ¿Qué dice ella? ¡Vaya una campanada! No, no; voy ahora mismo a que me explique… ¡Quedaría yo en ridículo!… Voy allá, voy allá… ¡Digo! ¡y con las camas encargadas!… A usted ¿qué le ha dicho? Porque a usted ha tenido que decirle…

DOÑA MÍNIMA. A mí me ha dicho, en suma, que hasta ayer fué una, y desde hoy es otra.

HONORITO. ¡Qué célebre!

DOÑA MÍNIMA. Y yo deduzco que, como la que se iba a casar contigo era la de antes, y ya no existe, pues… te quedas con las camas encargadas…

y sin novia.

HONORITO. ¡No! ¡no! ¡Eso hay que razonarlo! ¡Yo no soy un pelele!

DOÑA MÍNIMA. Mira, Honorito: no te canses. Ni le des más vueltas al asunto: Aurelia… no te quiere para marido.

HONORITO. ¡Señora! ¿No me quiere y se iba a casar? ¿Qué hechura tiene eso?

DOÑA MÍNIMA. Ninguna. Pero no te quiere… y se iba a casar.

HONORITO. ¡No me quiere! ¿Conque no me quiere? Le prevengo a usted que no es la primera vez que lo oigo. Tirso, que tiene mucho mundo, ya me lo había dicho también. Y hasta me ha dado algunas bromas de mal gusto.

DOÑA MÍNIMA. ¿Sí, eh?

HONORITO. Sí, señora… Aludiendo al día de mañana… ¿Usted comprende?… ¡Una cosa muy desagradable! Claro que a eso yo le respondía… ¡Anda con Dios!

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué?

HONORITO. ¡Mi padrino y don Roque! ¡*Tableau*!

DOÑA MÍNIMA. El Señor nos tenga de su mano.

Las primeras palabras las dicen dentro, y luego salen por la puerta de la izquierda: don Roque, agitado, fuera de sí, más pálido que nunca y sin gorro; don Albino, rojo como la grana, medio congestionado por los disgustos y el esfuerzo mental consiguiente.

DON ALBINO. ¡Calma! ¡Calma, don Roque!

DON ROQUE. ¡No podré tenerla, don Albino!

DON ALBINO. ¡Calma! ¡Mucha calma!

HONORITO. *Maquinalmente.* ¡Calma! ¡Calma!

DON ALBINO. ¡Ah! ¿estás tú aquí?

HONORITO. No; que estoy en la calle. ¡Qué pregunta!

DON ALBINO. ¡Calma!

DON ROQUE. Mínima: tú ¿le has hablado ya… a ése?

DOÑA MÍNIMA. Aún no. Ahora iba. Me he detenido con… este otro.

DON ROQUE. ¡Ah, Honorito! ¡Honorito! ¡Dame un abrazo!

HONORITO. Sí, señor.

Se abrazan.

DON ALBINO. *Contemplándolos.* Así, así.

DON ROQUE. ¡Las aguas volverán a su curso! ¡Yo te lo fío!

HONORITO. *Enternecido.* ¿Es verdad que no hay razón ninguna…? ¿Qué dice Aurelia?

DON ROQUE. Aurelia está loca. Mejor dicho: está enloquecida por la maldad. ¡Pero yo te respondo de que recobrará el juicio!

DON ALBINO. ¡No faltaría otra cosa! Es mi frase: por mucho que llueva, siempre escampa.

HONORITO. ¿Usted cree?

DON ROQUE. *A doña Mínima.* ¿Está ahí eso?

DOÑA MÍNIMA. Ahí está.

DON ROQUE. ¿Solo?

DOÑA MÍNIMA. Solo. Porque había con él… otra persona, y ya la he sentido marcharse.

DON ROQUE. ¡Pues ten la bondad de decirle que venga, que voy a tirarlo por el balcón!

DOÑA MÍNIMA. Violencias no, Roque.

DON ROQUE. ¡Yo sé bien lo que tengo que hacer! ¿No estoy en mi casa, por ventura?

DOÑA MÍNIMA. Para eso, no. Estás en la mía. No lo olvides.

DON ROQUE. ¿Hola?

DOÑA MÍNIMA. ¡Hola!

DON ROQUE. Bien: que venga Tirso.

DOÑA MÍNIMA. Vendrá. ¡Y a ver si escampa, don Albino! *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

DON ROQUE. ¿Usted oye? ¿Se ha convencido usted? ¡Hasta mi cuñada se nos ha vuelto! ¡Ese bribón los ha ganado a todos!

DON ALBINO. Menos a usted y a mí, piedras angulares. Honorito, déjanos tú.

HONORITO. Yo voy a decirle a Aurelia cuatro cosas.

DON ALBINO. Nada de eso, Honorito; nada de eso. No agriemos la cuestión. No intervengas tú para nada.

HONORITO. ¿Cómo que no intervenga?

DON ALBINO. Como que no intervengas. Es lo prudente. Y lo delicado, además. Aurelia ha quedado presa de una crisis nerviosa muy aguda…

HONORITO. ¡Pobrecilla!

DON ALBINO. Que no te vea: lo discreto es que no te vea. Márchate a casa tranquilamente, y compra de paso la piperazina para la tía.

HONORITO. Pero ¡qué cosas tiene usted!

DON ALBINO. *Picado.* ¿Qué cosas tengo, niño?

HONORITO. ¿Usted cree que estoy yo ahora para irme tranquilamente a casa ni para comprar piperazina? ¿Usted cree que yo soy de celuloide? ¿No me ve usted las orejas, señor? ¡Ya me voy yo cansando de que se me tome a mí por un *simpirili*! ¡Mi novia me quiere plantar en vísperas de boda, y me voy a ir a casa tranquilamente! ¡Qué ocurrencia! ¡Adonde me voy… ya lo sé yo! ¡Y mucho que lo sé! ¡Buenas tardes! ¡Qué célebre! *Marchase por la puerta de la izquierda de estampía, con la imagen de Laurita en la imaginación. ¡Va derecho al bautizo de Evangelina! No hay más que seguirlo para convencerse.*

DON ROQUE. ¿También Honorito?

DON ALBINO. *Aún no repuesto del sofión.* Pero ¿no se lo había yo dicho a usted? ¡Estamos anticuados, don Roque! ¡Qué arrogancia de criaturita! ¡Increíble! ¡O se desquicia el mundo… o me desquicio yo!

DON ROQUE. *Apretando puños y dientes.* ¡Le juro a usted… le juro a usted!…

Por la puerta del foro sale Tirso. Viene de la izquierda.

TIRSO. ¿Qué hay, caballeros? ¿Otra vez por aquí los dos? ¿Qué se me quiere? ¡A juzgar por el temblor de Mínima, se creería que tratan ustedes de fusilarme!

DON ALBINO. Una cuestión previa, amigo mío: yo, con todo género de salvedades, me permito advertirle a usted que el asunto de que aquí hemos de hablar no tolera chanzas.

TIRSO. Pero ustedes, sí. Y como todavía no hemos entrado en el asunto, porque yo no he hecho más que llegar…

DON ROQUE. ¡Tirso!

TIRSO. ¡Roque! ¡Revienta ya, si quieres! ¿Qué paseos de fiera son ésos? ¿Qué ojos? ¿Qué rabia contenida? ¡Descarga toda la tormenta que me amenaza! ¡Acabemos!

DON ROQUE. ¡Acabemos, sí!

TIRSO. Pues anda, empieza por donde te dé más coraje. Siéntate. Siéntese usted, señor don Albino. ¡Ah! ¿no se sientan? Yo, sí. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

DON ROQUE. ¡Que una vez más tengo que renegar de que lleves mi sangre!

TIRSO. ¡Oh! Yo, no. Lo que hago es lamentarlo. Pero lo quiso Dios, y por algo habrá sido. La historia de la humanidad está llena de luchas fratricidas.

DON ALBINO. Me hallo, por lo visto, entre Caín y Abel.

TIRSO. Casi, casi. Caín soy yo, desde luego. Pero no se alarme usted por Abel, don Albino, que no hay a mano ninguna quijada de burro.

DON ALBINO. *Tragando saliva.* Insisto en mi advertencia previa, respecto de las chanzas.

TIRSO. No, si lo he dicho en serio.

DON ROQUE. ¡En serio voy a hablarte yo! ¡Lo que has hecho en mi casa es infame, es inicuo, es traidor, es cobarde, es ruin!

TIRSO. ¿Es humano, entonces?

DON ALBINO. ¿Humano?

TIRSO. Según Roque. Las acciones humanas tienen para él todos esos rasgos característicos.

Don Roque. Esperaba la baladronada; no me sorprende. Vives de ellas.

Tirso. ¿Y tú, de qué vives?

Don Albino. ¡Calma! ¡Calma!

Don Roque. No te importa de lo que viva yo. Vivo de mi esfuerzo, de mi trabajo, de mi previsión, de mi inteligencia, de mi dinero.

Tirso. Y un poco del mío, ¿no? Acuérdate.

Don Roque. Del tuyo, no. Según tus teorías, el dinero que no se gana con el propio sudor no nos pertenece. De modo que aquel dinero a que aludes ahora no era tuyo.

Tirso. Ni tuyo tampoco, ¡jinojo! Y sin embargo, tú te aprovechas de él.

Don Roque. No divaguemos. Repito que no te importa a ti de lo que yo viva. ¡A mí me importa, en cambio, defender la paz de mi casa, la moralidad y el honrado sosiego de mi familia, y tú has venido a perturbarlos, a socavarlos, a destruirlos!

Don Albino. ¡A querer destruirlos!

Tirso. ¡Estás hablando de memoria, Roque! Yo no he venido aquí a nada de eso que en tu delirio me atribuyes. Yo tuve que volver a España, y vine a veros.

Don Roque. ¡En mal hora se te ocurrió!

Tirso. Aurelia piensa de otro modo.

Don Roque. ¡Aurelia es una cándida mujer! ¡Y ése es tu crimen: haberla infernado, conociéndolo!

Tirso. ¡Poco a poco! ¡Si le llamas infernar a una mujer a sacudirle el alma para que despierte y no camine a ciegas, sí la he infernado!

Don Roque. ¿Lo ves?

Tirso. Pero no olvides una cosa, majadero: que nada nuevo traje a su conciencia. Yo soy un demonio y ella un ángel, ¿verdad? ¡Pues ese ángel había ya vislumbrado cuanto este demonio ha querido que vea! ¡Todo estaba latente en el fondo de su corazón! ¡Y aceptaba su entristecido ánimo la resignación de una infelicidad perenne, amasada por ustedes dos, que, por las trazas, hasta del espíritu quieren hacer papel moneda!

DON ROQUE. ¡Bah!

TIRSO. ¿Le agrada a usted más este lenguaje, don Albino?

DON ALBINO. No tengo nada que responderle: usted no me ofende ni me mortifica. Frente a usted me considero inmune.

TIRSO. Como yo frente a usted. Estamos muy lejos el uno del otro para temer ningún contagio.

DON ALBINO. Precisamente. A veces, en una misma habitación hay entre dos seres miles de leguas de distancia.

TIRSO. ¡Las que iba a haber entre Aurelia y Honorio!

DON ALBINO. ¡Eso es lo que paladinamente rechazo: el supuesto de que entre el padre de Aurelia y yo amasábamos su desventura!

TIRSO. ¡Pues, señor mío, sólo ustedes dos podían no verla!

DON ALBINO. ¡Pues ni la veíamos ni la vemos!

TIRSO. ¡Pues o están ustedes ciegos o les conviene estarlo!

DON ROQUE. ¡Tirso!

DON ALBINO. Déjelo: no me ofende.

DON ROQUE. ¡Me ofende a mí!

TIRSO. ¡No te ofendo: te hiero en lo más vivo! ¡Con la verdad, te acuso! Tu ruindad es capaz de desfigurarlo todo en tu conciencia. Y usted, infatigable observador, ¿no ha observado nunca que la aspiración de todas las almas en la tierra es hallar sus iguales? ¿No ha observado usted que las de Aurelia y Honorio son de temple distinto, y ya nacieron divorciadas? ¿No ha observado usted que jamás habían de fundirse en un mismo anhelo? ¡Pues si solamente observa usted que el primer pitillo marea y que el bostezo es contagioso, dedíquese a otra cosa menos a observar en la vida!

DON ROQUE. ¡Basta, Tirso! De ningún modo estoy dispuesto a consentir lo que la irreprochable urbanidad de este gran amigo está consintiendo. ¡Basta!

TIRSO. ¡Pues basta! ¡Si yo no hubiera ni empezado, Roque! ¡Pero tú me has llamado aquí!

DON ROQUE. Efectivamente: te he llamado para hacerte saber, si lo habías olvidado, como parece, que en mi casa gobierno yo…

TIRSO. ¿En tu casa?

DON ROQUE. ¡Y en esta casa! Y como gobierno yo, te exijo que te vayas de ella.

TIRSO. ¿Nada más?

DON ROQUE. Nada más.

TIRSO. Si hubieras empezado por ahí, nos habríamos ahorrado palabras inútiles. Según eso, Roque, cuanto antes me vaya, mejor.

DON ROQUE. ¡Muchísimo mejor!

TIRSO. Entonces, para complacerte a pedir de boca, me voy ahora mismo.

DON ROQUE. ¿Ahora mismo? No serías capaz.

TIRSO. ¡Vas a verlo! ¡Si aquí ya no me queda nada que hacer, imbécil!

DON ROQUE. *Yendo a él.* ¿Imbécil?

DON ALBINO. *Interponiéndose.* ¡Calma! ¡Manténgase usted digno del momento! ¡Calma!

DON ROQUE. Gracias, don Albino…

DON ALBINO. Esto se terminó: retírense Caín y Abel. *A Tirso.* ¿Usted nos da su palabra de honor de que deja esta casa?

TIRSO. ¡Ahora mismo!

DON ALBINO. Oído esto, don Roque, váyase a la suya a serenar su ánimo, procurando olvidar este amargo trance.

DON ROQUE. Sí; acepto la idea. Como de usted, al fin. Adiós, Tirso.

TIRSO. Adiós, Roque. Adiós, don Albino.

DON ALBINO. Beso a usted la mano.

TIRSO. Febrerillo el Loco va a desaparecer nuevamente. No lo verás más; lo darás por muerto otra vez: se lo tragó la tierra o se hundió en las aguas. Pero si algún día vuelve a aparecer, ten por seguro que no será en tan dichosa ocasión como ha sido ésta. No extrañes si la estela de mi paso es larga y profunda. Adiós.

DON ROQUE. Adiós.

TIRSO. ¡Asómate al balcón y me verás salir! *Se va por la puerta del foro y Don Roque por la izquierda. Don Albino, que cree que ha triunfado, saborea su triunfo.*

DON ALBINO. Vencimos, vencimos. ¡Loado sea Dios! El embate era inevitable; pero vencimos.

Llega Florencia por la puerta de la izquierda, curiosa y alterada.

FLORENCIA. ¡Ah, don Albino! ¿Qué lleva el tío Roque, que va lívido y hablando solo?

DON ALBINO. Nada.

FLORENCIA. ¿Nada?

DON ALBINO. Nada ya. Resultas de un violento choque con su hermano; pero nada ya. Vencimos, Florencia. Venció el orden.

Doña Mínima viene por la puerta del foro, también alterada y curiosa.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué ha sucedido, don Albino?

DON ALBINO. Nada; eso estaba diciéndole a Florencia. Serénese usted. Venció el orden. Vencimos.

DOÑA MÍNIMA. ¡Ay, Señor!

DON ALBINO. Tembló la casa, sacudida por el terremoto; pero todo queda como estaba. El instantáneo movimiento no ha dejado huellas, gracias a Dios. Ésta es mi profecía, señoras: Aurelia recobrará la serenidad de su ánimo dulce; Honorio se hará cargo de lo ocurrido y se someterá de nuevo a mi obediencia. Se casarán cuando habíamos dispuesto, y serán dichosos. En cuanto a ese malaventurado agitador, no merece más comentario que aquellas palabras que a cierto valentón dedica Miguel de Cervantes:

> *Caló el chapeo, requirió la espada,*
> *miró al soslayo, fuese… y no hubo nada.*

DOÑA MÍNIMA. ¿Nada, don Albino?

DON ALBINO. Nada, doña Mínima.

FLORENCIA. Pero ¿se va?

DON ALBINO. Se va. Y yo también ahora. Dejo a ustedes. Pero no muy lejos: aquí junto donde presumo que hago alguna falta. Hasta luego, señoras.

DOÑA MÍNIMA. Adiós, don Albino.

FLORENCIA. Adiós.

DON ALBINO. Tranquilidad… normalidad… serenidad. Ya digo: *Fuese… y no hubo nada*.

Se marcha por la puerta de la izquierda, tan convencido por su parte.

DOÑA MÍNIMA. *Así que desaparece don Albino.* ¡Que Dios te conserve la vista!

FLORENCIA. Pero ¿me quiere usted decir, mamá…?

Doña Mínima le contestaría a Florencia si no viera en tal punto algo tan extraño que no lo ha visto nunca: a Remigia, que aparece por la puerta del foro, compungida y llorosa.

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué te ocurre, chiquilla?

FLORENCIA. ¿Qué tienes tú?

DOÑA MÍNIMA. ¡Sí que es nuevo verte esa cara! ¿Qué tienes?

REMIGIA. ¡Que don Tirso me acaba de dar cinco duros!

FLORENCIA. Y ¿por eso te afliges?

DOÑA MÍNIMA. ¿Serás tonta? ¡No, y si te da un sopapo vienes riéndote!

REMIGIA. ¡No lloro por los cinco duros, doña Mínima! ¡Lloro porque se va!

DOÑA MÍNIMA. ¡Ah! ¡Porque se va!

FLORENCIA. Pero ¿por qué se va?

Vuelve Tirso oportunamente a sacarlas de dudas. Trae al brazo la capa, y el sombrero en la mano. Remigia, sin dejar su aflicción, se retira por la puerta de la izquierda.

TIRSO. ¡Me voy porque molesta mi persona y porque ya sembré! ¡Buena ha estado la sembradura!

DOÑA MÍNIMA. ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

TIRSO. ¡No te apures, Mínima, que no se ha perdido el viaje! Luego mandaré por mis trastos; esta noche no duermo aquí, para que descansen a gusto don Albino y Roque. ¿Verdad, Florencia, que no se ha perdido el viaje?

FLORENCIA. ¡No se ha perdido, no!

DOÑA MÍNIMA. Pues ¿tú sabes lo que cree don Albino?

TIRSO. ¿Qué cree ese grande hombre?

DOÑA MÍNIMA. Que aquí no ha pasado nada, como suele decirse.

TIRSO. ¡Nada! ¡No ha pasado nada! ¡He pasado yo! ¡Y es probable que esté ahora mismo riéndose de mí! Bueno, la risa de don Albino tiene eco: parece que cuando él se ríe de alguien, alguien se ríe de él más allá. Yo lo he observado.

FLORENCIA. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MÍNIMA. No, pues yo no me río; no puedo reírme. Han debido pasar las cosas de otra manera.

TIRSO. Y eso ¿qué importa, Mínima, si el porvenir es halagüeño?

DOÑA MÍNIMA. ¡Ojalá!

TIRSO. No lo dudes. Yo soy zahorí. Escucha: ahora, ante todo, enferma Roque del berrenchín… y lo perturban los remordimientos. Deja hacer a Aurelia, y Aurelia, ¡claro! ¿a qué médico ha de llamar? ¡A Araujo! Y mientras los dos asisten al padre, se arraigan sus amores.

DOÑA MÍNIMA. ¡Jesús!

TIRSO. ¡Ya lo verás; ya lo veréis! Luego, Florencia se emancipa y da con un pisito precioso para vivir sola con su nena, libre del tirano común. Y el día menos pensado, se tropieza en la calle a aquel ingeniero de marras…

FLORENCIA. Pero ¿quién te ha contado…?

TIRSO. ¡Ya lo verás; ya lo veréis! Después Honorito concluirá por caer en las redes de rosa de la costurera…

DOÑA MÍNIMA. ¿Qué?

FLORENCIA. ¿Qué?

TIRSO. ¡Ya lo veréis! Entrará Calpini en escena, acechará el momento preciso, y ¡cátalos casados!

DOÑA MÍNIMA. ¡Avemaría Purísima!

FLORENCIA. ¡Tirso!

TIRSO. ¡Ya lo veréis! ¡El dinero de don Albino en manos de todos los Calpinis va a llevar buen aire! ¡No se apolillará, de seguro! ¡Y entretanto, dondequiera que caiga Febrerillo el Loco, seguirá sembrando sin rendirse! ¡A una cosecha sigue otra! ¡A una aspiración, otra nueva! ¡Siempre buscando a Dios! ¡Yo estoy seguro de que cuando Dios me conozca personalmente va a decirme: «Tú eres de los míos»!…

FLORENCIA. Eres de lo que hay poco: ésa es la verdad.

DOÑA MÍNIMA. ¡No! ¡Y pasará todo como él lo ha dicho! ¡Pero de mí no has dicho nada! ¿Qué va a ocurrirme a mí?

TIRSO. ¡Eso es lo más claro! ¡Que irás a diario a ver a Florencia y a su hija para hablar mal de Roque! ¡Pero sin chistar!

DOÑA MÍNIMA. ¡Como si lo estuvieras viendo!

TIRSO. *Reparando en Aurelia, que llega por la puerta de la izquierda ansiosa y desolada, y yendo a ella con los brazos abiertos.* ¡Aurelia!

AURELIA. ¡Tío Tirso! ¿Se va usted, verdad?

TIRSO. Sí.

AURELIA. ¡Lo había adivinado! Pero ¡no se vaya de España; no se aleje mucho de nosotros! ¡Yo necesito sentirlo a usted cerca de mí… dándome valor; defendiéndome!

TIRSO. Ya queda aquí quien te defienda. Y el valor debes buscarlo en ti misma. Pero ¡no me alejaré por ahora, no! ¡Sabréis de mí todos! ¡Me sentiréis cerca!

Las tres mujeres se le agrupan, despidiéndolo con cariño.

DOÑA MÍNIMA. Tirsillo, serás loco; pero te haces querer.

FLORENCIA. Te haces querer. Yo no te he conocido hasta ahora, y me duele tu marcha. ¡Te debo mucho!

AURELIA. ¡Yo más que tú; yo más que nadie!

DOÑA MÍNIMA. ¡Bien decía el abuelo: «En el mundo hacen falta estos locos»!

AURELIA. ¡Hacen falta; hacen falta!

TIRSO. ¡No es que hagamos falta nosotros; es que sobra otra gente! ¡Son muchos contra pocos, jinojo! ¡Salud! *Márchase decidido.*

Doña Mínima se enjuga las lágrimas. Florencia abraza a Aurelia, la cual sigue con la mirada la marcha de Tirso, como si quisiera no dejar de verlo.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, septiembre. 1919.

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

Estrenada en el **TEATRO INFANTA ISABEL** el 12 de febrero de 1920

A FEDERICO PIÑAL Y ALONSO,
con un recuerdo que no cabe en palabras,
SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Quica.	María Gámez.
Doña Munda.	Joaquina del Pino.
Hilaria.	Nieves Suárez.
Natalia.	Blanca Jiménez.
Berenguela.	Carmen Posadas.
Tomasita.	Isabelita Plaza.
Celso.	José García Aguilar.
Pipo Santaella.	Pedro Sepúlveda.
Horacio.	Francisco Alarcón.
Lisardo Infante.	Antonio del Pino.

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

ACTO PRIMERO

Gabinetito en el entresuelo de una casa nueva y aislada, en un extremo de Madrid. Balcón a la derecha del actor. Sendas puertas a la izquierda y al foro, la primera de las cuales da al recibimiento del cuarto. Muebles modernos, elegantes y finos; cuadritos alegres; libros primorosos. Teléfono. Estufilla eléctrica. Todo revela en la habitación cuidado y buen gusto.

Es al anochecer, en un día de principios de enero. Por los cristales del balcón entra el último resplandor de la tarde.

En la calle, lejos, un músico ambulante toca al violín la «Serenata» de Franz Drdla. La escena está sola unos instantes. Luego, Hilaria, portera de la casa, madrileña simpática y guapetona, que para ser curiosa reúne la doble condición de ser mujer y de ser portera, sale por la puerta de la izquierda y da luz al gabinetito. Después cierra el balcón.

HILARIA. De abril parece la tarde más bien que de enero. Es mucho Madriz éste: en el verano, días de frío y en el invierno, de calor. *Echa una ojeada al cuartito y luego dice:* Todo igual. ¡Claro! ¿Quién va a mover trasto ninguno si no entra alma viviente? Ratones no hay… Cerraremos la alcoba y el comedorcito… ¡y un día más que ayer! *Se va hacia la izquierda por la puerta del foro.*

Queda otra vez la escena sola y continúa oyéndose el violín en la calle. A poco, por la puerta de la izquierda, asoma doña Munda, de manteleta o chal. Es la vecina que vive al lado; señora de más de cincuenta, fina y afectuosa, y muchísimo más curiosa que la portera, bien que disimulándolo con ingenio.

Doña Munda. *Sorprendida al ver el cuartito, en el que entra por primera vez.* ¡Vaya si está lindo! *Lo observa todo rápidamente.* ¡Lindo de verdad! No falta detalle. Es, sin duda, lo que he pensado yo. *Súbitamente preocupada.* ¿Será ella, Dios mío? Yo lo averiguaré sin preguntarlo. Pero, por sí o por no, bien hecho está lo hecho.

Hilaria. *Dentro.* ¿Quién?

Doña Munda. ¿Hilaria? ¿Portera?

Hilaria. *Volviendo a salir.* ¿Quién?

Doña Munda. Yo: soy yo.

Hilaria. ¡Ah! Señora.

Doña Munda. Tenía que darle a usté un recadito, la había visto a usted entrar aquí…

Hilaria. Ya.

Doña Munda. Y como yo creía que este cuartito estaba desalquilado…

Hilaria. ¡Señora! ¿Ustez creía eso?

Doña Munda. ¡Imagine usted! Vivo hace quince días en el de junto y no tropiezo a nadie nunca, ni oigo llamar, ni oigo ningún ruido…

Hilaria. ¡Pero a estar desalquilao tendría papeles!

Doña Munda. No me he fijado en los balcones.

Hilaria. Ya. Pues no, señora; no está desalquilao. En mayo se alquiló; ya ve ustez.

Doña Munda. ¿Ah, sí? Me alegro. Y me va usted a dar el nombre del inquilino, para mandarle mi tarjeta.

Hilaria. ¿El nombre?

Doña Munda. Sí, señora. A mí me gusta tratarme con la vecindad. Como vivo sola con mi criada… a lo mejor se ofrece… Y que el trato no

estorba.

HILARIA. ¡Claro! Entre vecinos… Pero, lo que es aquí, como no se trate ustez con la estufilla elétrica…

DOÑA MUNDA. ¿Pues? ¿Es misántropo el inquilino?

HILARIA. ¿Cómo ha dicho ustez?

DOÑA MUNDA. ¿Huye del trato de las gentes?

HILARIA. Así parece, no se figure ustez que no. Yo no diré que sea eso que ustez ha dicho; pero más tiene de fantasma que de persona. ¿Ustez cree que yo le conozco?

DOÑA MUNDA. ¿No?

HILARIA. ¡No, señora! ¡Y soy la portera de la casa!

DOÑA MUNDA. No me lo explico. Y me pone usted en cuidado; porque, francamente, no saber junto a quién vive una…

HILARIA. No; no, señora, no; tocante a eso, no. No pase ustez miedo. Una es que yo no le conozca, y otra que no sea de fiar. ¡Pues bueno es el azministrador, don Frutuoso!… ¡Anda! ¡Lo más chinche!… ¡Plantó a los del tercero porque no iban a misa!… Y que es lo que dice mi marido, que es cochero y conoce el mundo: el señorío se huele. De modo que eso, no; esté ustez tranquila. Ahora, si tiene ustez curiosidaz…

DOÑA MUNDA. ¿Yo? Ninguna.

HILARIA. Yo, sí. Mucha. Me come. Pero me aguanto ¡A ver! ¡Qué remedio!

DOÑA MUNDA. Bueno, pues… —que esto quería decirle a usted… que a esto entré aquí…— cuando venga la señorita Carmen, mi sobrina, que no se vaya; que yo vuelvo en seguida. Estoy en el segundo.

HILARIA. Sí, señora.

DOÑA MUNDA. Hasta luego, ¿eh?

HILARIA. *Deteniéndola, con gana de palique sobre el cuarto.* ¿No quiere ustez ver el comedor y la alcobita?

DOÑA MUNDA. ¡Ave María! Sería una indiscreción por mi parte. Entré creyendo el cuarto desalquilado, ya se lo he dicho a usted.

HILARIA. Y ¿quién va a saberlo?

DOÑA MUNDA. De todos modos…

HILARIA. Mire ustez que la alcoba es digna de verse. Está de rosa. Y ¡una de lunas y de encajes!… Pregúntele ustez a la Tomasita.

DOÑA MUNDA. ¿A quién?

HILARIA. A mi chica; la mayor; la que estudia el baile. ¡Se vuelve loca en este piso! Es lo que le dice a su novio: «Así tiés tú que ponerme la casa».

DOÑA MUNDA. Este gabinetito es un primor. *Intencionadamente.* Delata la mano de una mujer fina y cuidadosa.

HILARIA. ¡Quiá!

DOÑA MUNDA. ¿Cómo?

HILARIA. Que aquí no ha entrao ninguna mujer.

DOÑA MUNDA. ¿Es posible?

HILARIA. Como ustez lo oye. Este cuartito le ha puesto un señor ya metido en años.

DOÑA MUNDA. ¿El inquilino, entonces?

HILARIA. No, señora. ¿No ha oído ustez que yo no le conozco al inquilino? Ese señor ha puesto el cuarto, pero no es pa él. El cuarto me da a mí en la nariz que es pa un señorito que vino una noche en automóvil con ese otro señor. Subieron sin quitarse las gafas, como dos visiones; estuvieron aquí diez minutos; volvieron a bajar; pitaron en el *auto* carretera arriba, y hasta hoy. Al *chófer* no le pude sacar palabra. Pa mí que era inglés. Esto fué en junio; bien me acuerdo: víspera de San Pedro. Pues, desde entonces, tos los meses viene el señor que puso el cuarto, sube, me pide el recibo del mes, me lo paga, le da dos bromas a la Tomasita si la encuentra al paso, que sí la encuentra, me da a mí lo mío… y hasta el mes siguiente.

DOÑA MUNDA. *Con aplomo.* Uno de esos dos hombres entra aquí por las noches cuando duerme usted.

HILARIA. ¡Entraban! ¡Me lo diría el sereno! ¡Y se notaría… en algún pormenor! Ustez misma, desde su cuarto, lo hubiera sentido.

DOÑA MUNDA. Es verdad.

HILARIA. Pa que to sea misterioso, señora, ni los recibos están a nombre de ese caballero que me los paga.

DOÑA MUNDA. Lo estarán al del verdadero inquilino.

HILARIA. ¡Quiá! ¿Se va a llamar don José López el inquilino de este cuarto?

DOÑA MUNDA. ¿Por qué no?

HILARIA. ¡Vamos! ¡No ha visto ustez la alcoba!

DOÑA MUNDA. ¡Ah! Si don José López no puede disfrutar de esa alcoba… ¿Sabe usted el segundo apellido?

HILARIA. No, señora. Y que un día que vino el padrón, y que yo se lo di a ese caballero pa que lo llenase, él lo estuvo llenando de chufla, y le colgó al López ¡qué sé yo la de alhajas!… Chufla to. Él se reía pa dentro mientras se las ponía; y luego nos tirábamos de risa leyéndolo la Tomasita y yo. ¡Hombre! Aquí está la prenda.

DOÑA MUNDA. ¿Quién?

HILARIA. La Tomasita: mi chica.

En efecto, viene Tomasita por la puerta de la izquierda. Es una agraciada madrileñita. Nadie creería, al ver cómo viste y calza, que es hija de porteros.

TOMASITA. ¿Madre?

HILARIA. Pasa, pasa.

TOMASITA. Buenas tardes, señora.

DOÑA MUNDA. Buenas tardes.

TOMASITA. Ya decía yo: mucho se entretiene mi madre en el cuartito; no debe de estar sola.

HILARIA. Y tú ¿qué traes?

TOMASITA. ¡Toma! Que me tengo que ir a la academia, y no quiero dejar sola la portería.

HILARIA. Ya, ya voy. *A doña Munda*. Sale el mes que viene.

DOÑA MUNDA. ¿Cómo?

HILARIA. Que sale el mes que viene.

TOMASITA. Sí, señora: doy leción diaria.

DOÑA MUNDA. ¿De baile?

TOMASITA. Sí, señora: de baile. Salgo el mes que viene. Ahora voy a la academia de la calle Jardines. Llevo ya seis meses de estudio.

HILARIA. Dice su maestro que va a ser una notabilidaz.

TOMASITA. Lo que seré ya lo veremos. Ilusiones sí tengo muchas. Y ambición. Porque, una de dos: o soy estrella o me vuelvo a mi casa. De *telonera* no me quedo.

HILARIA. Mire ustez, señora: dice Horacio…

DOÑA MUNDA. *Un poco asombrada de que la portera cite Horacio.* ¿Quién?

HILARIA. Horacio: mi marido.

DOÑA MUNDA. ¡Ah!

HILARIA. Dice que por eso la deja salir: porque ve que la chica tiene aspiración y que no se contenta con ser cualquier cosa. A lo primero se oponía, porque en las tablas veía él un peligro pa ésta; pero es lo que le dijo Dimas, el boticario de aquí atrás: «Convénzase ustez, señor Horacio: la vergüenza, en todas las profesiones se puede tener, y se puede *no* no tener».

DOÑA MUNDA. Y se puede *no* no tener. Esa frase convence a cualquiera.

TOMASITA. Pues eso le sucedió a papá: que se convenció. Y por fin salgo el mes que viene.

HILARIA. *Desconcertada de improviso al sentir que alguien llega.* ¿Quién es?

TOMASITA. ¿Quién?

HILARIA. *Asomándose a la puerta de la izquierda.* ¡Virgen! ¡El señor del cuarto!

TOMASITA. ¿El señor? Me alegro de que venga.

HILARIA. Yo, no.

Preséntase en esto Pipo Santaella, que trae en la mano y en los bolsillos varios paquetitos encantadores. Es hombre de mediana edad, jovial y corrido. Le contraría la presencia de aquel «terceto» de jaldas allí.

Pipo. ¿Eh? Buenas tardes.

Hilaria. Buenas tardes, señor.

Tomasita. Buenas tardes.

Doña Munda. *Sonriéndole.* Muy buenas tardes…

Hilaria. *Turbada.* La señora, señor… la señora…

Tomasita. Es la señora que vive al lao…

Hilaria. La inquilina de la derecha…

Pipo. Muy señora mía.

Doña Munda. Beso a usted la mano, caballero.

Pipo. A los pies de usted.

Doña Munda. Entré un momento a hacerle a Hilaria una advertencia, creyendo el cuartito desalquilado…

Pipo. ¡Ah! sí… Claro; sí… Casi, casi…

Doña Munda. Y al enterarme de que está alquilado, le pedí el nombre del inquilino para pasarle mi tarjeta; pero ya no lo necesito…

Pipo. ¿Y eso?

Doña Munda. ¡Cómo pasan los años!… ¿Verdad? Usted no me recuerda.

Pipo. No… Sí, señora… No; no, señora; francamente, no la recuerdo a usted.

Doña Munda. Ni es extraño.

Pipo. Además… no esperaba encontrarme… Estoy perplejo todavía…

Hilaria. Señorito, yo le diré a ustez…

Pipo. Luego hablaremos. Decía usted, señora…

La portera y su hija, aparte, atienden con vivo interés al diálogo. Por fin van a saber algo de lo que tan preocupadas las traía.

Doña Munda. Que no es extraño que usted no me recuerde. Nos conocimos hace cerca de veinte años.

PIPO. ¡De veinte años!

DOÑA MUNDA. En casa de Aguilar Martí.

PIPO. ¡Ah! ¡En casa de Aguilar Martí!… ¿Vive Aguilar Martí?

DOÑA MUNDA. ¡Ya lo creo! La que murió fué ella: Susana. Pero él volvió a casarse. Y ahora está de magistrado en Sevilla.

PIPO. *Un tanto nervioso.* Ya, ya.

DOÑA MUNDA. Yo me marché de España. He vivido más de diez años en el extranjero, en diversos puntos, rodando un poco. Soy la viuda de Flores.

PIPO. ¡Ah!

DOÑA MUNDA. De Pepe Flores.

PIPO. ¡Sí, sí: Pepe Flores! ¡El gran Pepe Flores! Y ¿es usted la viuda de Flores? ¿Se murió Pepe? ¡Qué tontería! ¡Pobre Pepe! Ya, ya me acuerdo de usted… ya me acuerdo de usted… ya me acuerdo de usted… *Es mentira: no tiene la menor idea ni de la viuda ni del difunto.* ¡Qué tiempos!… ¿Eh, señora?

DOÑA MUNDA. Usted está muy bien: está igual que entonces.

PIPO. *Mirando a Tomasita.* ¡Qué más quisiera yo!

DOÑA MUNDA. La prueba es que en cuanto entró lo he reconocido. *Como evocando.* ¡Santaella!… ¡Pipo Santaella!…

HILARIA. *Maquinalmente.* ¿Pipo?

DOÑA MUNDA. *Sin hacer caso.* Discúlpeme usted que lo nombre con esta familiaridad.

PIPO. ¡Por Dios, señora! Es mi nombre de guerra. Así me llaman todos los íntimos.

DOÑA MUNDA. Lo sé. Como a mí Munda.

PIPO. Munda: eso es: igual… *Deseando terminar la conversación.* ¡Je!… ¡Qué cosas! Bien, bien…

DOÑA MUNDA. *Despidiéndose cortésmente.* Pues… usted perdone este allanamiento de morada, casual e involuntario.

PIPO. No hay de qué, amiga mía. Al revés: lo celebro…

DOÑA MUNDA. Yo también celebro, por mi parte, que sea un amigo antiguo el inquilino misterioso; mejor dicho, un antiguo amigo, para que el adjetivo le suene a usted mejor.

PIPO. ¡Qué amable! Muy amable. Pero eso de inquilino… Le diré a usted… Digo, no quiero detenerla… no le diré a usted nada.

DOÑA MUNDA. Ni yo tampoco he de preguntarle. Adiós, Santaella. Ya sabe que me tiene aquí al lado.

PIPO. Gracias; ya lo sé… Usted a mí me tiene… me tiene… Usted a mí me tiene en todas partes.

DOÑA MUNDA. Sí, sí; por lo que veo… *Aludiendo maliciosamente al nidito.* Genio y figura…

PIPO. No; no, señora; no… A Jo mejor las apariencias… ¡Je!…

DOÑA MUNDA. Adiós. Dos palabras aún. ¿Vive su madre, Santaella?

PIPO. Sí, señora; a Dios gracias.

DOÑA MUNDA. Y viva muchos años. En Valladolid, siempre.

PIPO. Siempre en Valladolid.

DOÑA MUNDA. Higinia casó.

PIPO. Casó.

DOÑA MUNDA. Lo leí en Buenos Aires. Victoria continúa soltera.

PIPO. Sí; Victoria continúa soltera.

DOÑA MUNDA. Sigue viviendo con la mamá: en Valladolid.

PIPO. Sí; en Valladolid: con la mamá.

DOÑA MUNDA. El ahijadito ya he visto que es teniente de Caballería.

PIPO. Sí; de Caballería.

DOÑA MUNDA. ¡Digo si vuela el tiempo!… Dentro de nada, general.

PIPO. ¡Je!…

DOÑA MUNDA. En fin, adiós, Pipo. Todo lo esperábamos los dos, menos encontrarnos aquí hoy.

PIPO. ¡Todo! Es cierto, es cierto.

DOÑA MUNDA. El mundo es un pañuelo, como yo repito con frecuencia.

PIPO. ¡Un pañuelo!

DOÑA MUNDA. Hilaria, no olvide usted lo que le he encargado para mi sobrina.

HILARIA. Descuide la señora.

DOÑA MUNDA. *A Pipo.* Mi sobrina: ¡la hija de Pompeyo!

PIPO. ¡La hija de Pompeyo!

DOÑA MUNDA. ¿Usted se acuerda de Pompeyo?

PIPO. ¿Cómo no? ¡Pompeyo!… ¡El célebre Pompeyo!… Sale poco de casa, ¿verdad?

DOÑA MUNDA. ¡Si murió hace tres años!

PIPO. ¡Ah! ¿Con que murió? ¡Pobre Pompeyo! Así yo decía: ¡no veo a Pompeyo por ninguna parte!

DOÑA MUNDA. Adiós, vecino.

PIPO. ¿Vecino?

DOÑA MUNDA. ¡Vecino! Adiós.

PIPO. Adiós, señora… *V ase doña Munda por la puerta de la izquierda. Pipo la ve marcharse, y luego exclama lleno de confusión.* ¡Que me ahorquen si sé quién es esta señora! ¡Y conoce a mi familia mejor que yo! *Da una rápida vuelta y se encara con Hilaria de repente.* Pero ¿no me había dicho usted que ahí al lado vivía un sacerdote?

HILARIA. Sí, señor; y vivía. Pero antes de Navidades se mudó. Se fué a Toledo, a una capellanía de monjas. Y a la cuenta esta señora doña Raimunda tenía pedido ya este cuarto. Parece ser que es muy amiga del azministrador.

PIPO. Y de mi familia, por lo visto.

HILARIA. Conoce a mucha gente. Pero vive sola. Y apenas la visita nadie más que esa sobrina de que ha hablao, que es maestra de escuela.

PIPO. ¡Sí; la hija de Pompeyo!… Pompeyo… Pompeyo… Mal ando ya de la memoria.

HILARIA. Es una señora muy fina. Y, faldas por faldas, por lo que yo voy maliciándome, entre el cura y esta señora, la vecindaz de esta señora le conviene a ustez más. Es lo que dice la frutera…

PIPO. No me importa. Oiga usted lo que yo le digo.

HILARIA. Mándeme el señor.

PIPO. Dentro de un rato subirá un señorito resueltamente. Trae llavín.

HILARIA. Trae llavín.

PIPO. Contesta usted a sus buenas tardes, y nada más.

HILARIA. Nada más.

PIPO. Poco después llegará una señora. Ni las buenas tardes. Y procure usted que ni el gato esté en la escalera.

HILARIA. Entendido: ni el gato. ¿Manda uztez algo más?

PIPO. Nada más. Digo, sí; que en lo sucesivo, cuando entre usted a arreglar el cuartito, cierre el portón, para que nadie más vuelva a meterse en terreno vedado.

HILARIA. Dispense el señor; lo de hoy no volverá a pasarme. Ha sido *un casual*. Anda, Tomasita; no estorbemos.

TOMASITA. Ahora voy, madre; que le voy a decir una cosa a don Policarpo.

HILARIA. Dile que sales el mes que viene.

TOMASITA. Alrededor de eso es.

HILARIA. Pero no le molestes mucho.

Vase por la puerta de la izquierda. Pipo se ha desembarazado del gabán y de los paquetitos. Luego mira el reloj y enchufa la estufilla eléctrica.

PIPO. Vamos a ir templando el ambiente. Tú ¿qué me querías, Tomasita?

TOMASITA. Pues… ya usté se ha enterao. Salgo el mes que viene. Y aquello del mantón no se ha de quedar en palabras.

PIPO. ¡Qué disparate! Anteayer me estuve ocupando de ello con una prendera amiga mía: Petra *la Ilusoria*.

TOMASITA. ¿Sí, eh? Muchas gracias, don Policarpo.

PIPO. ¿Qué tal lo llevará tu novio?

TOMASITA. ¿El mantón? Soy yo quien va a llevarle.

PIPO. Mi regalo digo, preciosa.

TOMASITA. ¡Ah! ¡Cómo quiere usté que lo lleve! ¡Agradeciéndolo!

PIPO. ¿Te quiere mucho?

TOMASITA. Unas miajas.

PIPO. ¿Y tú a él?

TOMASITA. No se queja de mí.

PIPO. No le conozco yo a tu novio. ¿Qué es tu novio?

TOMASITA. ¿Mi novio? Pues… pues es joven.

PIPO. ¡Ah! ¿Es joven? ¿No es más que joven?

TOMASITA. Por ahora, nada más.

PIPO. No es mucho, pero es una buena carrera. Dos tengo yo, y cambiaba ahora mismo mis títulos por ese de tu novio.

TOMASITA. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. ¡Cómo lo envidio, Tomasita! Novio tuyo… y joven.

TOMASITA. ¡Está usté bueno!

PIPO. ¡Estás tú bastante mejor!

TOMASITA. ¡Ja, ja, ja!

A tiempo de oír esta risa, aparece en la puerta de la izquierda Celso. Es un muchacho inteligente, rico, que tal vez peca de vanidoso y que vive lo que se llama la «vida dorada».

CELSO. ¡Buenas tardes!

PIPO. ¡Hola!

TOMASITA. Muy buenas tardes. Con permiso. *Se va por la puerta de la izquierda, mirando con interés a Celso. Lo ha reconocido, y va a decírselo a su madre.*

Celso la mira ir a ella, sonriendo. Un instante cree que la ha flechado. Pipo, le dice:

PIPO. Ésta es la chica de la portera.

CELSO. ¡Me gusta!

PIPO. Y a mí.

CELSO. ¿Qué hacía aquí contigo?

PIPO. ¡Nada! Digo, sí; reclamarme un mantón… que pienso que le regales tú.

CELSO. Cosa hecha. Tú mandas, Pipo. Eres inmortal. ¿Cómo pagarte… esto?

PIPO. ¡Je! ¿Has venido en el tranvía hasta la glorieta?

CELSO. No; he preferido un *pesetero*. ¡Está la casita admirablemente situada! ¡Es un hallazgo, Pipo! En un extremo de Madrid, aislada en la calle —llamándole a esto calle—, la llanura enfrente, el farol más cercano a diez metros… ¡Una maravilla! ¡Déjame que te abrace! ¡Y cuenta, desde luego, con el mantón para Amparito!

PIPO. Para Tomasita.

CELSO. ¿Tomasita? Creí que era Amparito.

PIPO. Amparito es la de la calle de San Ildefonso. En chicas de portera no hay quien me dispute la copa.

CELSO. Pues mira; además del mantón, vas a regalarle otro perfume del que usa, porque ha dejado aquí un olor del diablo.

PIPO. ¡Qué exagerado eres! ¡Y huele a rosas la muchacha!… Pero eso se remedia muy pronto.

CELSO. ¿Abriendo el balcón?

PIPO. ¡Qué tontería! ¿Vas a enfriar el nido? ¡Ya verás! Yo estoy en todo siempre. *Vase hacia la izquierda por la puerta del foro.*

CELSO. ¡Lo que goza ese hombre en estas andanzas! Son media vida para él.

Vuelve Pipo perfumando el aire con un pulverizador lleno de agua olorosa.

PIPO. ¿Eh, qué tal?

CELSO. ¡Bravo! ¡bravo! ¡Eres inagotable, Pipo!

PIPO. ¿A qué huele ahora?

CELSO. ¡Qué sé yo! A lo que debe oler: a aurora de faldas.

PIPO. ¡Je! ¡A aurora de faldas!… ¿Esa frase es tuya?

CELSO. ¡Y tuya! No, si ya me lo dijo Roberto Costa: para esos tejemanejes, Pipo.

PIPO. Él tiene alguna prueba… Los muebles de su estudio se los busqué yo. ¿Sabes de dónde son casi todos? ¡De la almoneda de los Casa-Lucías!

CELSO. ¡Vaya tumbo!

PIPO. ¡Qué lástima de casa! Un día me encontré en una prendería de Tudescos el retrato de don Marcial.

CELSO. ¡Ave María Purísima!

PIPO. Y el autógrafo de Jovellanos que tú habrás visto en mi despacho, era de ellos también: de los Casa-Lucías.

CELSO. ¡Cómo se pierden algunas casas!

PIPO. ¡Oh! Y ¡cómo lo pregonan los muebles! Yo, que entro y salgo en muchas de Madrid, y que soy un gran *fisonomista* de muebles, ¡descubro cada cambio; recibo cada sorpresita!… Hay un sillón Renacimiento que lo he ido viendo sucesivamente en casa de Azucena Peláez, en casa de los Campollanos, en casa de la China, en la Ribera de Curtidores, en la Academia de Jurisprudencia… y *chez moi*.

CELSO. ¿Tiene ruedas?

PIPO. Se las voy yo a poner, para que se vaya de mi casa. Es muy incómodo. Pero ya ves qué contradanza. Algún día pienso yo publicar las memorias del Hotel de Ventas escritas por un despertador.

CELSO. ¡Ja, ja, ja! Eres sorprendente; eres grande. ¡Muy grande!

PIPO. Muy grande, ¿eh?

CELSO. ¡Muy grande!

PIPO. Y, sin embargo, soy chico para tu confianza. ¡Chúpate ésa!

CELSO. No, Pipo; no.

PIPO. Sí, Celso; sí. La prueba es que me utilizas, me buscas, porque te soy preciso… me mimas, me acaricias… ¡me adulas!… pero no me confías tu secreto.

CELSO. ¡Oh!

PIPO. ¿Quién va a venir aquí?

CELSO. *Halagado.* ¡Oh!…

PIPO. ¡Oh! ¡oh!… No te escudes más ante tu cómplice, si es verdad que me estimas. ¿No estás seguro de mi discreción?

CELSO. ¡Segurísimo!

PIPO. ¡Pues habla ya, ingrato! ¡Y desahoga conmigo esa vanidad que te sale a los ojos! Dulce debe ser la fruta, rara si las hay, cuando tanto la escondes. ¡Tú, el niño de moda, el principito encantado de las solteras, el diputadito mimado, gracias al cual ha subido en la Cámara el presupuesto de los caramelos…!

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. ¡El joven galante, el distinguido *sportsman*, que no goza si no está en el escaparate… a la vista de todos!… ¿Cómo explicarse este misterio excepcional? La aventura no es como todas; la perla es de precio. ¡Bandido!

CELSO. ¡Ja, ja, ja! ¡Estás rabiando por enterarte!

PIPO. Porque quiero darte una nueva satisfacción.

CELSO. ¿Cuál?

PIPO. ¡La de contarlo! ¡Estás rabiando por decírmelo!

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. ¿Es o no es?

CELSO. Hombre… puestas así las cosas… Mira, Pipo… ésta es la verdad: ciertas aventuras, si nadie ha de saberlas nunca, pierden lo mejor de su gracia. Yo, al menos, pienso así. Pero ésta, ésta… ésta precisamente no se puede saber; no se debe saber.

PIPO. ¿Ni siquiera por Pipo… que si se empeña la averigua?

CELSO. ¡Ah, granuja!

PIPO. Es una broma, como comprenderás.

CELSO. Ya lo sé, bobo. Pero quiero corresponder a tu lealtad de todas maneras. Vas a enterarte de lo que sólo sabemos ella y yo.

PIPO. Y Dios, que lo ve todo desde arriba.

CELSO. Temo que esto no quiera verlo Dios.

PIPO. ¡Miserable! ¿Es casada?

CELSO. Es casada.

PIPO. Pues punto en boca, Celso. No sigas adelante. Yo soy quien soy. Ni una palabra más. No me digas el nombre de esa mujer: dime, si acaso, el del marido.

CELSO. Ni uno ni otro, para tranquilidad de mi conciencia y de la tuya. Te voy a enseñar una postalita, contando, es claro, con que en punto a reserva eres…

PIPO. ¡Un candado de letras! Y tú sólo conoces las cifras que ha de abrirlo.

CELSO. Pues mira, Pipo; mira. *De su cartera saca una postal, que le muestra ufano.* Mira, y felicítame.

PIPO. *Asombrado.* ¡Zambomba!

CELSO. ¿La conoces?

PIPO. ¿No la he de conocer? Pero… pero ¡no me cabe en la cabeza! ¿Es Natalia Infante?

CELSO. Natalia Infante.

PIPO. ¡Celso!

CELSO. ¿Merece la reserva?

PIPO. ¡La exige! Bien decías. Toma, toma; que me quema en la mano.

CELSO. *Toma la postal y la contempla. Luego la deja cuidadosamente sobre un mueble.* ¡Ah!… ¡Por fin; por fin!… Y cuidado que aún estoy a mitad de camino.

PIPO. ¿Qué dices? ¿A mitad de camino llamas a esto?

CELSO. Sí. Porque ella ha accedido a venir aquí, ésa es la verdad; pero viene fiando en mi palabra de honor de que he de respetarla. Viene a hablar conmigo, con una libertad que ni en su casa ni en ninguna otra parte podemos tener; viene a pedirme que la olvide; viene a suplicarme que no la hostigue con mi persecución, que no la turbe con mis ojos, que me aleje de ella; viene a confiarme su desventura, pero a que la respete; viene a sincerarse, viene a llorar…

PIPO. ¡Pobrecita!

CELSO. No te burles, hombre.

PIPO. Me sonrío simplemente.

CELSO. ¡Es la verdad lo que estoy diciendo!

PIPO. ¡Qué duda cabe! Pero yo me sonrío.

CELSO. Te confieso que he llegado a estar loco de impaciencia, excitado, fuera de mí, nervioso, con liebre… con una obsesión de todas las horas, sin poder pensar más que en ella. Era para mí ya cuestión de amor propio, ¿comprendes, Pipo?… puntillo de hombre…

PIPO. Ya, ya.

CELSO. Porque no he tropezado nunca con una mujer que más vacile, que más tiemble, que más te engañe, a su pesar; que más veces conceda y que se arrepienta más veces… ¡Me ha vuelto el juicio!

PIPO. Y ¿estás seguro de que hoy viene?

CELSO. Sí; hoy viene. *Mira su reloj*. Aún falta mucho tiempo. Viene, viene. Pero ¡en cuántos momentos he recordado, ante lo inseguro de mi victoria, aquellos versos de Manuel del Palacio, que tú me enseñaste!…

Cazador que a caza vas
de mujer o de león,
¡ay de ti si no le das
en mitad del corazón!

PIPO. ¡Qué bien dicho está eso! Sin embargo, tú, si no le has dado en la mitad del corazón, le has rozado un poquillo.

CELSO. ¡Naturalmente! ¿Accedería a mi cita, si no; la disculpe y la vele ella como quiera?

PIPO. ¡Y tal mujer! Porque en Madrid tiene fama de virtuosa.

CELSO. ¡Bien ganada por cierto! Han sido muchos los que la han codiciado en balde.

PIPO. ¡Muchos!

CELSO. A mí, últimamente, ¿quién crees tú que me ha ayudado más a convencerla?

PIPO. ¿Quién? ¿Infante?

CELSO. Infante. El marido. Extremó su desvío, su mala conducta… sus modos… y a río revuelto…

PIPO. Ese Infante siempre me pareció a mí un botarate.

CELSO. ¡Y lo es! ¡Y hay que celebrar que lo sea! *Recreándose otra vez en la postalita.*

Cazador que a caza vas
de mujer o de león…

¡Mira que es guapa!

PIPO. Es guapa, es guapa.

CELSO. ¡Qué ojos más dulces y qué boca más luminosa! Sí, sí: mira con los labios y besa con los ojos.

PIPO. ¡Justo! ¡Y habla con la nariz!

CELSO. Ríete, ríete.

PIPO. Es que te veo muy metido en poesía.

CELSO. ¡Estoy enamorado, Pipo!

PIPO. ¿Tú?

CELSO. ¡Yo! Y a propósito de poesía: yo traía para ella un librito de versos… *Se palpa los bolsillos de la americana y luego va a buscarlo al gabán, que dejó antes en una silla.* ¿Dónde me lo guardé…? ¿En el gabán acaso? ¿A que lo he perdido?

PIPO. ¡Pero, hombre!

CELSO. ¡Nada, que lo he perdido! ¡Qué cabeza la mía!

PIPO. ¿Qué libro era?

CELSO. El *Intermezzo*, de Enrique Heine. Un capricho suyo. Pero primorosamente encuadernado, con su nombre en oro… ¡Por vida de!…

PIPO. ¿Te lo habrás dejado en el coche?

CELSO. ¿En el coche? No. Es decir, es posible…

PIPO. ¿Dónde lo tomaste?

CELSO. Al paso, en la calle de Peligros… Pero antes de venir aquí estuve en tres o cuatro partes. ¡Vaya usted a saber!…

PIPO. Si ha sido en el coche y el cochero se ha dado cuenta…

CELSO. Oye: ahora caigo en que lo dejé charlando con la portera, como amigos. Me pareció oír que se tuteaban.

PIPO. Ni una palabra más. Pipo en funciones. *Vase por la puerta de la izquierda, corriendo.*

CELSO. ¡Diablo de contratiempo! Sentiría… ¡Es claro que puedo ofrecerle mil iguales… pero la gracia estaba en traérselo hoy! *Mira nuevamente el reloj.* Aún tarda ella. *Pasea desasosegado. Se asoma a la puerta de la izquierda.*

Vuelve Pipo radioso.

PIPO. ¡*Eureka*!

CELSO. ¿Ha aparecido?

PIPO. Hombre, todavía no; no seas tan vehemente. Pero el coche está ahí. Y el cochero está merendando en la taberna. Porque resulta —¡las cosas de la vida!— que ese cochero que te ha traído aquí es marido de Hilaria.

CELSO. ¿De la portera?

PIPO. De la portera.

CELSO. ¡Ah! Ya me explico la sonrisa de él cuando le di las señas de esta casa.

PIPO. ¿Se sonrió?

CELSO. Y preocupado como yo venía, no dejó de hacerme pensar. ¡Se me antojaban los dedos huéspedes! Y ya ves lo que era.

PIPO. Bueno, pues Hilaria se ha llegado a llamarlo. Ahora bajo yo a hablar con él… y puede que aparezca el librito.

CELSO. Sí, Pipo, sí; has tenido una inspiración genial. ¡El libro parece!

PIPO. Así sea. Voy a ver.

No necesita molestarse en bajar la escalera, porque, gorra en mano, llega Horacio oportunamente. Es hombre calmoso, que se escucha hablando, y muy cortés a lo popular.

HORACIO. Pa servir a los señoritos. Buenas tardes.

PIPO. Buenas tardes.

HORACIO. ¿Están buenos los señoritos?

CELSO. Buenos, muchas gracias.

PIPO. Oiga usted.

HORACIO. Mande el señorito. Me he permitido de subir, porque me ha dicho la Hilaria que los señoritos tenían que hablarme.

CELSO. Efectivamente. ¿Quiere usted ver si me he dejado un paquetito en la berlina?

HORACIO. En la berlina, no, señor.

CELSO. ¿Está usted seguro?

HORACIO. Segurismo. En la berlina no se ha dejao nada el señorito. Yo soy un *visual*. El señorito se refiere a un paquetito blanco, atao con una cintita de seda rosa, del tamaño prósimamente de una cartera de caballero…

CELSO. Cabal.

HORACIO. Que el señorito lo llevaba en la mano cuando tomó el coche.

CELSO. Justo.

HORACIO. Por más señas, que una puntita de la cinta rosa iba sujeta al papel blanco con un sello verde. Me parece que soy un *visual*.

CELSO. Sí, señor; en eso no hay duda.

PIPO. Y ¿ha visto usted, por casualidad, dónde se lo ha dejado, ya que no ha sido en la berlina?

HORACIO. En la tienda de flores de la Carrera de San Jerónimo.

CELSO. ¡Es verdad; allí ha sido!

HORACIO. Tan ha sido allí, que yo vide entrar al señorito con el paquetito en la tienda y lo vide salir sin él.

CELSO. Sí, sí; es evidente. Allí está. Me lo dejé en el escritorio cuando me senté a poner unas señas.

PIPO. ¿Qué hacemos entonces? ¿Me llego yo por él en la misma berlina?

CELSO. Anda, sí; llégate.

HORACIO. Como si no quiere incomodarse el señorito, y quiere que yo vaya a recogerlo y luego se lo traiga aquí al señorito. Como si el señorito quiere que lo recoja y se lo lleve a su domicilio. ¿El señorito sigue viviendo ahora en Juan de Mena?

CELSO. Sí.

HORACIO. Yo he servido mucho al señorito cuando vivía en Ayala.

CELSO. ¿Ah, sí?

HORACIO. Sí, señorito. *Maliciosamente.* ¡He llevao al señorito muchas tardes a la calle de Santa María!…

CELSO. *Sonriendo.* ¡Ah!

HORACIO. Yo soy un *visual…* y el pescante relaciona mucho. El pescante es una portería con ruedas. Al señorito también le he servido bastantes veces.

PIPO. ¿También a mí?

HORACIO. También. Persona que yo veo, la *ficho*. Lo da el oficio. Y que la propina dilata la pupila, señoritos. Por cierto que a este señorito no le he llevao nunca a ningún entierro.

PIPO. ¡Je! ¡Sí que es usted un *visual*! ¡Como que no he ido ni a uno solo! Es un *número* que me salto siempre.

HORACIO. Se lo oí decir una noche al señorito.

PIPO. Yo a los amigos los acompaño mientras puedo servirles de algo. Entierritos, no. En fin, ¡no pienso ir ni al mío!…

CELSO. ¡Hombre!

PIPO. Irán mis despojos, porque los llevarán mis amigos y deudos; pero mi alma libre se guardará mucho de ir. Ya se irá a mejor sitio, ya.

HORACIO. ¿A Parisiana, como la otra noche?

PIPO. ¿Eh? ¿Fué usted quien me llevó a Parisiana?

HORACIO. ¡A ver! ¡Y bastante bien acompañao que iba el señorito! Sin faltar. ¡Pues me reí yo poco a la salida, cuando quería el señorito que la madre de ella se subiera conmigo al pescante!

PIPO. ¡Pero, hombre!

CELSO. ¡Ja, ja, ja! ¡No se puede tener nada oculto!

HORACIO. Yo se lo digo a mi mujer, que es muy curiosa: tú, en tu cajón de la portería, te quiés enterar de to lo que pasa y no te enteras; y yo, junto a la alquila, aunque no quiera, tengo que enterarme de to. ¡Contrastes!… Especialmente cuando principian las manuelas, va uno en la Central de Teléfonos. Pero, en fin, haber nacido obispo. El humor, por eso, no falta.

PIPO. Ya lo advertimos, ya.

HORACIO. En habiendo salú, señoritos… Y hasta el presente, gracias a Dios… La mujer y las chicas van saliendo adelante. La Tomasita me ha dicho que ha reconocido al señorito.

CELSO. ¿A mí?

HORACIO. Sí, señorito; sí. Dice que de ver al señorito en las *varietés* y en las cacerías de los periódicos ilustrados.

PIPO. ¿*Visual* también la niña?

CELSO. ¡Tiene a quien salir!

HORACIO. Pues yo soy un hombre que ha dicho: Horacio, ya que estás en el mundo, y que tiés que pasar la vida llorando o riyendo, elige. ¡Pues a reír tocan! ¡Eso qué duda tiene! ¿Discurro mal, señoritos? Como que si va a decir verdá, yo no recuerdo de haberme visto triste más que en una época de mi vida; pero triste pa romper a llorar. ¿Saben los señoritos cuándo? Cuando el alcalde nos puso chistera en vez de gorra. ¡Tomé yo mal aquello! Chiquillerías de los hombres, tal vez.

PIPO. Bien, bien; vamos a lo que importa.

HORACIO. ¿Estoy molestando a los señoritos?

CELSO. De ninguna manera; pero yo tengo impaciencia por recobrar…

HORACIO. Tranquilícese el señorito: el paquetito está en la tienda de las flores. El señorito lo tendrá en su poder de aquí a un rato.

PIPO. Pues vamos por él.

HORACIO. Abajo aguardo yo al señorito. Y na tengo ya que decirles a los señoritos: cualquier cosa que se les ocurra tocante al cuarto, lo mismo la Hilaria que un servidor estamos a servirles. Aquí, en confianza —y los señoritos dispensen si me traslimito—, no se dirijan pa cosa ninguna al

azministrador, que es de cuidao. Muy leído y muy *escribido,* eso sí; pero hay que pedirle las cosas en papel de oficio. Tié muchos humos. ¡Se cree un *superviviente*! Y la Hilaria y un servidor sabemos ya buscarle las vueltas. ¿Estamos?

CELSO. Estamos.

HORACIO. Dispénsemen los señoritos. A la orden de los señoritos. Abajo espero al señorito. *Se marcha por donde llegó.*

PIPO. ¡Caray con el *visual*!

CELSO. ¡Qué pesado!

PIPO. ¡Je! Y ya lo has oído: ¡el administrador se cree un *superviviente*!

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

PIPO. Bueno: al asunto. Si efectivamente damos con el libro, ¿te lo mando aquí?

CELSO. Sí; mándamelo con un chico de la Peña.

PIPO. ¿O te lo traigo yo?

CELSO. Mejor sería.

PIPO. Pues siempre lo mejor. Oye, antes de irme. Entérate. *Mostrándole sus encantadores paquetitos.* Violetas, emparedados, pastas, *marrones, Tío Pepe* y «*Veuve Cliquot*».

CELSO. ¡Bravo!

PIPO. En el aparador tienes té y azahar. Y el infiernillo eléctrico.

CELSO. ¡Eres inmenso, Pipo! ¡Mereces la estatua!

PIPO. Me contento con tu amistad.

CELSO. ¡Ésa la tienes toda!

PIPO. Gracias. ¡Pero no iré a tu entierro, ya lo sabes!

CELSO. No importa: yo iré al tuyo.

PIPO. ¡Je! ¡Un abrazo!

CELSO. ¡Un abrazo! Y ahora… que venga esa mujer.

PIPO. ¡Vendrá! *Vase gozoso por la puerta de la izquierda.*

Momentos antes, el violinista callejero ha empezado a tocar en el mismo sitio la «Rêverie», de Schumann. Celso, al quedarse solo, se siente más inquieto y nervioso que antes estaba.

CELSO. ¡Bien, hombre; bien!… ¡Bien!… ¡Perfectamente bien!… ¡Bien, bien!… Ese Pipo… ¿Qué iba yo a hacer ahora?… ¡Ah! sí. *Coge el pulverizador que trajo Pipo y perfuma el cuarto otra vez.* Lo mejor será que perfume toda la casa. *Vase a ello por la puerta del foro, y luego vuelve por la de la izquierda, ya sin el pulverizador.* ¡Magnífico! ¡magnífico! *Mira el reloj de nuevo.* Ahora… ahora… Ahora, al comedor estas chucherías. No; las flores aquí. *Coge los otros paquetitos, y al ir a marcharse con ellos por la puerta del foro, se detiene prestando oído hacia el balcón.* ¿Un coche? Sí. No; es un carro. No, que es un coche. *Se acerca al balcón.* Pero no puede ser ella todavía. *Pausa.* Pasa de largo. *Vase por la puerta del foro. A poco retorna. Mira indeciso a un lado y otro sin saber qué hacer.* ¡Ah! la postal. *La coge y va a guardársela en la cartera.* No. Aquí. Aquí. *La coloca en un mueble.* Que presida la conversación. Hará reír a ella la historia de cómo ha llegado a mis manos. Le pondremos las violetas delante. En este jarroncillo. ¡Ajajá! *Saca su pitillera para fumar, coge un cigarrillo, se arrepiente, lo vuelve a la pitillera y se la guarda. Pasea, sin palabras, barajando en su espíritu las primeras que ha de decirle a la mujer a quien espera. Ensayo inútil: siempre se dicen otras luego. Tararea unos instantes al compás del violín. Se sienta. Se levanta, en seguida. Vuelve entonces a sacar el reloj, y luego se lo aplica al oído como si creyese que no anda. Inconscientemente le da cuerda.* ¡Bien, bien, bien!… *De pie coge un libro y lo hojea sin leer nada. De pronto dice:* ¿Otro coche? Sí, otro coche. ¿Será?… *Torna a aproximarse al balcón.* Aún es pronto; pero… *Pausa: tiene el corazón en el oído.* Sí; ahora, sí. Ha parado a la puerta. Ella es. Sentiría que subiera o bajara alguien… *Lleno de emoción, vase corriendo por la puerta de la izquierda a recibir a la señora de sus pensamientos. Las notas de Schumann llenan de suspiros el aire. Queda la escena sola unos segundos. Después, por la misma puerta de la izquierda, y seguida de Celso, aparece una dama elegante que recata cuidadosamente su rostro. Trae velillo. Él le dice:* Ante todo cálmese usted; no tema usted nada. Estamos en un rincón del mundo. Siéntese usted, siéntese usted… *Ella obedece silenciosa. Él, entonces, tembloroso,*

anhelante, cierra la puerta de la izquierda, y desde ella misma, con voz trémula y alegres ojos, pregunta: Pero ¿es verdad esto, Natalia?

La dama, al oírlo, le contesta, levantándose resueltamente.

QUICA. No; si no soy Natalia.

CELSO. *Desconcertado.* ¿Eh?

QUICA. Si soy yo: Quica.

CELSO. ¡Quica!

QUICA. Quica, sí; Quica. *Se alza el velillo, descubriendo su bello rostro.* Míreme usted bien; asegúrese: Quica. No es Natalia; es Quica. No sueña usted: soy yo; soy Quica.

CELSO. ¡Quica! Pero ¿qué es esto, Quica?

QUICA. Esto… esto son muchas cosas, Celso. Pero ahora le repito yo a usted sus propias palabras. Cálmese usted; serénese usted; siéntese usted. Estamos en un rincón del mundo. ¡En un rincón del mundo… donde va usted a oír lo que no ha oído todavía en ninguna parte!

Habla con calor y vehemencia. Está excitada e impaciente Celso la ve y la oye azoradísimo, temeroso.

CELSO. Bien, bien… pero… bien… bien…

QUICA. Regular nada más. ¿No se explica usted mi presencia? ¿No entiende usted cómo en lugar de Natalia estoy yo aquí?

CELSO. No; no lo entiendo; la verdad, no lo entiendo.

QUICA. Ni necesita usted jurarlo: tiene usted puesta una cara de estúpido bien elocuente.

CELSO. ¡Por Dios, Quica!…

QUICA. Disculpe usted mis arrebatos, Celso: estoy fuera de mí; estoy llena de indignación; de una indignación que no se parece a ninguna. Me doy cuenta, con todo, del chasco de usted. ¡Estos chascos ponen muy mal sabor de boca! En vez de estar oyendo ahora mismo a Natalia palabritas de miel, oye usted a una amiga de ella que le llama estúpido. ¡Hay para matarme!

CELSO. ¡Quica!

QUICA. Discúlpeme usted. Y si no quiere, no me disculpe: me es indiferente. Sobre que le advierto desde ahora que no va a ser sólo ese piropo el que va usted a oírme. Esta tarde se los merece usted todos.

CELSO. Bien; usted dirá. Insultándome, o sin insultarme, o como se le antoje, usted dirá.

QUICA. ¡Bendita sea la Virgen del Amparo!

CELSO. ¿Eh?

QUICA. ¡Bendita sea! A su inspiración debo el haber ido esta mañana a casa de Natalia. Tenía que ser yo, su amiga de siempre, quien la salvara de esta catástrofe.

CELSO. ¡Ah! pero ¿ha sido usted quien ha impedido…?

QUICA. Yo; sí, señor; yo. Péguela usted conmigo, si gusta. Pero sepa usted que además hay enterada de ello otra persona.

CELSO. ¿Otra persona?

QUICA. Otra persona, sí; otra persona. ¿Qué pensaba usted? ¿Que esto era un misterio absoluto? ¿Que maniobraba usted en las tinieblas? ¿Que no se le sentían a usted los pasos? ¡Está usted fresco! ¡Yo no he visto en mi vida un hombre más tonto!

CELSO. En este instante, Quica, no soy más que un hombre angustiado.

QUICA. ¡Angustiado!… ¡Hecho un basilisco es lo que está usted! Aquí la angustia huelga. No van los aires por el camino de los tiros ni de las venganzas. Sosiéguese usted.

CELSO. ¿Acabará usted de decirme lo que me interesa? ¡Por el amor de Dios!

QUICA. ¡Ya lo creo! Pero no me pida usted orden en lo que diga, porque el estado de mi ánimo no lo permite. Yo no he ensayado ante el espejo, como usted ensaya el día que en el Congreso tiene que hablar de algo. Con todo, procuraré ir por partes. ¡Ay!… Pero ¿habrá pasmarote? ¡Ni siquiera me dice que me siente!

CELSO. Se lo dije a usted cuando entró.

QUICA. Cuando entré se lo dijo usted a Natalia.

CELSO. Bueno; siéntese usted, Quica.

QUICA. Muchas gracias, Celso. Ahora no me da la gana de sentarme; ya me sentaré cuando quiera.

CELSO. Bien hecho; a su gusto. Quédese usted de pie.

QUICA. Ahora es cuando me siento.

CELSO. ¡Vaya! ¡Terminará usted por volverme loco!

QUICA. No se haga usted ilusiones. Ningún tonto se ha vuelto loco nunca. ¡Ay!… ¡Bendita sea la Virgen del Amparo!… En fin, no quiero achicharrarle a usted la sangre más tiempo.

CELSO. ¡Gracias a Dios!

QUICA. Estuve esta mañana en casa de Natalia. Usted sabe que somos íntimas; que Natalia para mí no ha tenido nunca secretos. Pues bien: me vió llegar y se arrojó llorando en mis brazos. Tenía un secreto para mí. Éste. Yo conocía las tristezas de ella, la desilusión de su matrimonio, la entereza con que se ha resistido siempre a faltarle a él… Conocía también, de algún tiempo a esta parte, el asedio de usted, que llegó a serle intolerable a la desventurada… *Estallando de súbito.* ¡Son ustedes los hombres los bichos más malos que se ha entretenido Dios en criar! ¡Zascandiles, vanos, egoístas, presuntuosos, majaderos! ¡Uf! ¡Qué asco!… Si no la suelto, no puedo seguir.

CELSO. Adelante; adelante. Los hombres somos la hez de la creación, la escoria del mundo. Adelante. Yo no hago más excepción que la de su esposo de usted, que santa gloria haya.

QUICA. Yo, ni ésa.

CELSO. Adelante.

QUICA. Adelante.

CELSO. Natalia…

QUICA. La infeliz Natalia, que es la mujer más buena que ha nacido…

CELSO. ¡Y la más hermosa!

QUICA. Muchas gracias por la fineza.

CELSO. Dispénseme usted; no sé lo que hablo.

QUICA. No; si le doy las gracias porque al llegar me ha confundido usted con ella.

CELSO. ¡Estaba ciego!

QUICA. ¡Ah! ¿Y porque estaba ciego me confundió? ¡Eso sí que ya no tiene compostura! No da usted una, amigo. ¿Y este pelele quiere ser ministro algún día?

CELSO. No abuse usted demasiado de mi confusión… Apiádese de mí.

QUICA. ¡Apiádese!… Bueno; vamos a seguir con la historia. Natalia me confesó cándidamente que iba a venir aquí… y cuáles eran sus propósitos: suplicar, llorar… ¡La pobre! ¡Qué engañada estaba! Entonces yo, como si fuese su hermana o su madre, le aconsejé que no viniera, si no quería perderse.

CELSO. ¿Usted ha hecho eso?

QUICA. ¡Claro que sí! Pero atienda usted a este golpe. Ella ha recibido un anónimo por el correo interior en el que se le dice: «Ten cuidado, que se te vigila».

CELSO. ¡Diablo! Y ¿quién habrá podido escribirlo?

QUICA. ¿No lo presume usted?

CELSO. No, señora.

QUICA. Verdaderamente está usted en la luna. Elevado en la adoración de su propio ser, no se entera de lo que le rodea. ¿Usted sabe quién vive ahí junto?

CELSO. *Desconcertado.* ¿Quién vive?

QUICA. Hijo, que le ha salido a usted como de un centinela, y no es para tanto la cosa.

CELSO. ¿Quién vive? ¿No es un sacerdote?

QUICA. Pero ¿de dónde sale usted?

CELSO. ¡Eso me dijo Pipo!

QUICA. ¡Pues ese perro no ha sabido bien lo que olfateaba! Ahí vive una señora muy respetable, distinguidísima, viuda, con muchas relaciones… y que fué uña y carne de la madre de la pobre Natalia.

CELSO. ¡Dios!

QUICA. De esa señora, seguramente, es el anónimo.

CELSO. ¡Dios de Dios!

QUICA. No puede usted tener más cerca la policía. Ni la policía, ni la deshonra y la desesperación de Natalia. Porque a Natalia la sonrojaría que cualquier persona supiera su mal paso; pero que doña Munda lo vislumbre siquiera, le horroriza. Considere usted: el marido de doña Munda fué un calavera que derrochó su capital y el de su mujer en viajes fantásticos, en caprichos inverosímiles; y la buena señora vive hoy de una pensión vitalicia que le consiguió precisamente la madre de Natalia.

CELSO. ¡Ánimas benditas!

QUICA. Conque piense usted si ha sido Dios o ha sido el diablo quien le ha buscado a usted este nidito.

CELSO. ¡Pobre Natalia! ¿Y usted, Quica, por dónde se ha enterado…?

QUICA. ¡Ah! Por una de estas curiosas casualidades que entretejen la vida. La sobrina de esa señora ha sido novia de un muchachito mecanógrafo, copista de teatros, pariente de una costurera que va a mi casa. En cuanto Natalia me dijo el nombre de esta calle, recordé yo haberlo oído recientemente; y de recuerdo en recuerdo, atando cabos, dimos con la verdad.

CELSO. ¡Oh!… ¡Oh!… ¡Lo que no comprendo es que se le haya ido por alto a Pipo! ¡Ahorco a Pipo!

QUICA. No, hombre, no; no ahorque usted a Pipo. Ahórquese usted.

CELSO. ¿Por fiarme de Pipo?

QUICA. ¡No, señor; por mala persona! Lo de menos hubiera sido que Natalia viniese aquí y que lo descubriera doña Munda, por mucha importancia que ahora le dé Natalia a esto; lo grave, lo tremendo, lo irremediable estaba en el daño que se le habría hecho a su conciencia, turbada para siempre ya. Yo la conozco bien. Al subir esos diez escalones que conducen a este entresuelito tan monín, hubiera perdido la única fuerza que le queda en la vida para no desesperarse del todo y aun para volver a ser dichosa. ¡Quién sabe!… Y esto se lo dice a usted una mujer viuda, que ha probado lo que vale esa fuerza. ¡Qué diferencia, ¿eh?, de esta catilinaria al cuadrito que usted soñaba para estos instantes! ¿Ha traído usted bombones? ¿El *champagne* está puesto en hielo?

CELSO. *Mirándolo con saña.* ¡No se burle usted!

QUICA. ¡Ah! ¿quiere usted que lo compadezca todavía? ¡Angelito!

El timbre del portón del cuartito suena. Los dos se sobrecogen; especialmente Celso.

CELSO. ¿Llaman?

QUICA. Sí; sí llaman.

CELSO. Es extraño. Aquí no debe subir nadie.

QUICA. Algún vecino equivocado, quizás…

CELSO. No creo. *Suena otra vez el timbre.* Pero ¿cómo ha dejado la portera…? ¡Ah! ¡Puede que sea Pipo! Sí, sí; debe de ser Pipo, que me trae una cosa. Un momento, ¿eh?

Vase por la puerta de la izquierda.

QUICA. *Respirando a sus anchas.* ¡Ay!… ¡Las ganas que tenía yo de descararme así con este hombre! ¡Por presumido!… *Mirándose en un espejillo que saca de su bolso y retocándose con coquetería.* ¡Sí que he echado buenos colores en la marimorena! No sé cómo no ha visto él la procesión que anda por dentro. Ya la verá, ya.

Vuelve Celso.

CELSO. Pues, señor, he pisado hoy una mala hierba.

QUICA. ¿Qué hay ahora?

CELSO. Estoy de malas, Quica.

QUICA. ¿No era ese amigote?

CELSO. No, no, señora: ha sido la portera. Parece que ha habido un accidente de automóvil aquí a la espalda, en el cruce de las dos carreteras…

QUICA. ¿Sí, eh? ¿Grave?

CELSO. Creo que no; que no es grave. Pero hay una muchacha herida, el automóvil está inútil, y van a subir a hablar por teléfono con no sé quién. Se han enterado por la portera de que aquí hay teléfono…

QUICA. Sí, sí…

CELSO. Nos iremos ahí dentro mientras tanto… Y usted dispense…

QUICA. ¡Quite usted! ¿Cómo se niega una cosa así?

CELSO. ¡Claro!

QUICA. ¡Y dice usted que está de malas! ¡Lo que está es de suerte! Porque ¡mire que si le coge este lance en el idilio!…

CELSO. ¡Entonces no entra ni la Guardia civil! Ande usted: pasemos ahí al comedorcito, que ya suben.

QUICA. Vamos, vamos.

CELSO. Me llevaré estas cosas.

Quica se entra por la puerta del foro, hacia la izquierda. Celso se detiene a recoger el bolso de ella y el manguito. Entonces oye hablar en el recibimiento y se estremece de cabeza a pies, quedándose luego como petrificado.

LISARDO. *Dentro.* ¿Por dónde, portera?

HILARIA. *Lo mismo.* Por aquí, señorito.

Abre la puerta de la izquierda y deja paso a Lisardo Infante, marido de Natalia, joven, fuerte, acometedor, impetuoso. Celso ahoga un grito. Lisardo se sorprende de hallarlo y avanza hacia él.

LISARDO. ¡Calle! ¡Galiana!

CELSO. ¡Infante!

LISARDO. ¡Qué sorpresa! ¿Vive usted aquí?… *Fijándose en el gabinetito.* Es decir… ¡Bueno! Usted me perdona, ¿verdad? Vengo a incomodarlo. Ya le habrá dicho la portera…

HILARIA. Sí; sí, señor; ya le he dicho yo al señorito…

CELSO. Sí; ya me ha dicho… Déjenos, Hilaria.

HILARIA. Aquí fuera estoy pa lo que se ocurra. *Se va; pero sin duda se queda detrás de la puerta.*

CELSO. Un herido, ¿no?

LISARDO. Una herida: Mercedes; la de Pepe Sala. Creo que es poca cosa. Pero viene con nosotros la madre, y ¡ha empezado a dar unos gritos!… ¡Bueno! ¡Hay Providencia! ¡Hemos nacido hoy! La culpa la tengo yo por dejar que guíe esa mala bestia de Paulino Ramal. Me ha hecho cisco el coche. Menos mal que podemos contarlo.

CELSO. Menos mal.

LISARDO. En fin, con permiso de usted. *Va al teléfono.* Voy a pedir un *auto* al Casino para que nos lleve ahí a la Clínica de Carlos Aedo, que está más cerca y que me merece más confianza que la Casa de Socorro.

CELSO. Sí, sí; lo que usted quiera.

LISARDO. Perdone usted el *numerito*. Comprendo que lo estoy fastidiando a usted.

CELSO. No, no…

LISARDO. Por lo menos lo he asustado.

CELSO. Eso sí; asustarme, sí… Creí que era algo más…

LISARDO. Ha podido serlo. *Al teléfono.* Central. Central. Mayor, 43-50. Sí, señora: 43-50. El *chauffeur* también está magullado. Y Paulino se ha hecho un chichón en la mollera. Pero no ha llegado a salir serrín. *Espera un momento a que le hablen del Casino. Pasea en tanto la mirada por el cuartito, y sonríe, mientras Celso hace esfuerzos por serenarse. Luego continúa hablando al teléfono.* ¿Casino de Madrid? Soy yo: Lisardo Infante. Sí: Lisardo Infante. ¿Me oye? Bien. ¿Puede mandarme a escape, al vuelo, un *auto*? Un *auto*, sí. A… *A Celso.* ¿Cómo se llama el sitio éste?

CELSO. Avenida del General Marlá.

LISARDO. *Al teléfono.* A la Avenida del General Marlá. Es para conducir a un herido por un accidente de mi coche. Que venga volando. Gracias. Adiós. *Deja el aparato.* Y otra vez perdón, Galiana.

CELSO. Calle usted, Infante.

LISARDO. Usted sabe lo que son estas cosas.

CELSO. No hable usted una palabra más…

LISARDO. Gracias. *Le estrecha la mano.* Es que yo, como se dice en las comedias, lo comprendo todo.

CELSO. No, no… pues se equivoca usted… No hay caso.

LISARDO. *Señalando a las prendas de Quica.* ¿Con que no hay caso? ¡Vaya! El onceno…

Va a irse, y al estrecharle nuevamente la mano, tropiezan sus ojos con la postalita de su mujer, a lo cual se dirige entonces, no queriendo dar crédito a lo que mira.

CELSO. *Aterrado y casi para sí.* ¡El retrato!…

LISARDO. *Cuando se cerciora de que la postal es de Natalia, volviéndose, trémulo, hacia Celso e interrogándole con la actitud.* ¿Eh?

CELSO. *Maquinalmente.* ¿Qué?

LISARDO. *Sin voz casi.* Es Natalia.

CELSO. Sí… pero…

Sale Quica por la puerta del foro a impedir que le dé a su amigo un ataque. Viene sin abrigo y sin sombrero, luciendo sus cabellos dorados, y tranquila y risueña como si estuviera en su casa.

QUICA. Pero, nada: nada absolutamente.

CELSO. ¡Quica!

LISARDO. ¡Quica!

QUICA. Este hombre, por respeto a mí, va a mentir muy mal y va a hacer que piense usted cualquier desatino.

LISARDO. Pero…

QUICA. Mi presencia ¿no se lo explica todo?…

CELSO. ¡Quica!

QUICA. *Tú… tú* te callas.

LISARDO. Sí; sí, señora… Y ahora me contraría doblemente…

QUICA. No se apure usted. Es usted un hombre de honor, y eso me basta. Nadie sabrá que usted me ha visto aquí.

LISARDO. Nadie: esté usted segura.

QUICA. Entonces… ¿a qué decir más? Con verlo basta, ¿no? Celso y yo… ¿usted comprende?… Si no nos hemos casado todavía ha sido… ha sido para no aborrecernos demasiado pronto.

LISARDO. ¡Quica, por Dios!

QUICA. Los matrimonios que conozco me hacen hablar así. *Lisardo baja la cabeza.* Otra causa de este misterio véala usted en el respeto a la familia

del que fué mi marido. Mi viudez es demasiado reciente. Pero este cariño entre Celso y yo es honrado, Lisardo. Por eso me he atrevido a traer a esta casa, que es la mía, un retrato de mi amiga más entrañable y los de los seres a quienes más quiero yo. En el comedorcito tengo a mis padres. Pase usted a verlos, si gusta.

LISARDO. De ningún modo, Quica. No me ofenda usted suponiendo que dudo de lo que me dice. Dios le pague su aparición. ¡En un segundo no sé lo que pasó por mí! Dejo a ustedes… Estoy desquiciado… No quiero molestarles más. Adiós; adiós. Y gracias por todo; muchas gracias.

QUICA. ¡Que no lo sepa nadie, Lisardo!

LISARDO. ¡Se lo juro a usted!

QUICA. ¡Ni Natalia!

LISARDO. ¡Ni Natalia! Fíe usted en mí. Adiós. *Vase, turbadísimo, por la puerta de la izquierda.*

QUICA. Adiós.

CELSO. Adiós.

QUICA. *Advirtiendo la confusión de Celso.* ¡Hombre, acompáñelo usted a la puerta; no sea usted doctrino!

CELSO. ¡Es verdad! *Se va corriendo tras Lisardo.*

QUICA. *Casi llorando y casi riendo.* ¡Gracias otra vez, Virgen mía del Amparo! ¡Me has levantado de vena esta mañana!… ¡Jesús! ¡Jesús!… Pero hay ocasiones en que a las mismas mujeres nos cuesta trabajo fingir.

Vuelve Celso. Se dirige a Quica como un resucitado, lleno de emoción y de gratitud.

CELSO. ¡Quica! ¡Amiga mía! ¡Cuánto le debo a usted!

QUICA. ¡El pellejo!

CELSO. ¡Me ha salvado usted de una tragedia!

QUICA. ¡Y a Natalia!

CELSO. ¡Oh! ¡Natalia! ¡Qué espanto si llega a estar aquí!

QUICA. ¡Ah! ¡Si llega a estar aquí! ¿Ahora tiembla usted, traidorzuelo?

CELSO. ¿No he de temblar, Quica?

Quica. ¡Ay, Celso… yo también!

Se estrechan las manos mirándose con profunda emoción e interrogándose sin palabras.

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinetito en casa de doña Munda, igual al de al lado, que ya conocemos, con la sola diferencia de que está a la izquierda del actor el balcón, y la puerta que da al recibimiento, a la derecha. Esto, en cuanto al lugar. Los muebles, en cambio, son enteramente distintos: no cuadran bien entre tales paredes; requerirían más amplio y vetusto escenario. Hay una butaca antediluviana, una tarima con brasero, sillas de viejo estilo, piano y lámpara contemporáneos de ellas, cuadros antiguos de grabados y al óleo, y cortinas de yute.

Es media hora después del acto primero. La lámpara aparece encendida.

Doña Munda sale por la puerta de la derecha, de vuelta de su visita al piso segundo. Viene preocupada.

Doña Munda. ¿Qué podrá ser lo que ha sucedido?… Me ha metido en aprensión esa mujer. Estoy en ascuas. Voy a llamarla aquí con cualquier pretexto, y algo más sacaremos en limpio. *Se sienta en su butaca y llanta.* ¡Berenguela! *Pausa.* ¡Berenguela! Esta Berenguela se pierde en este cuarto, como si fuera el Palacio Real. ¡Berenguela!

Sale Berenguela por la puerta del foro. Es, hace algún tiempo, criada de doña Munda, con la que se permite todo género de confianzas. Nació en tierra de Burgos.

Berenguela. ¿Señora?

Doña Munda. ¡Te he llamado tres veces!

Berenguela. ¿Sí, verdad? Pero ¿no hay timbre en esta pieza?

Doña Munda. Sí, hay timbre; pero yo no he tenido ganas de tocarlo. ¿Dónde estabas metida?

Berenguela. Limpiando la plata en el comedor.

Doña Munda. Bien; pues busca a la portera y dile que venga.

Berenguela. ¿A la señora Hilaria?

Doña Munda. Sí.

Berenguela. ¿Que venga?

Doña Munda. Sí.

Berenguela. Me choca.

Doña Munda. Pues a pesar de eso, que venga. Escucha primero. Mientras yo he estado arriba, ¿has oído tú algo aquí junto?

Berenguela. No, señora. Mientes, Berenguela. He oído el timbre de la puerta y el timbre del teléfono. ¡Qué invención ésta de los timbres!

Doña Munda. Ya. Pues avísale a Hilaria.

Berenguela. Sí, señora. *Vase por la puerta de la derecha.*

Doña Munda. Puede que todo sean figuraciones mías… Puede que mi cariño a Natalia me lleve a ver visiones… A veces, una falsa pista… Pero no, no; van juntándose ya muchos datos… En fin, yo he de descubrir la verdad, aunque la escondan en un sótano.

Vuelve Berenguela con Hilaria.

Hilaria. *Desde la puerta.* ¿Da ustez su permiso?

Doña Munda. Entre usted, Hilaria; entre usted.

Hilaria. ¿Qué manda la señora?

Doña Munda. Quería advertirle a usted… La primera vez que vuelva por aquí ese señor a quien saludé antes en el cuarto de al lado…

Hilaria. ¡Ah! Don Pipo.

Doña Munda. Dígale usted que yo deseo hablarle. Y si por casualidad no estoy aquí cuando él llegue, que me aguarde un momento.

Hilaria. Sí, señora. ¡Claro! Va ustez a preguntarle… ¡Natural! Es lo que dice el estudiante que vive en la buhardilla: «El misterio del cuarto entresuelo…». Y está ustez inquieta.

Doña Munda. No…

Hilaria. ¡Pues hay pa inquietarse, señora! ¡Mire ustez que el paso de hace un rato!… ¡Ha sido una cinta!

Doña Munda. ¿Sí?

Hilaria. ¡Una cinta! Ate ustez pormenores. Don Pipo me había dicho a mí, así que ustez salió del cuartito: «Luego va a venir un caballero, y después del caballero vendrá una señora. ¡Chitón, Hilaria! ¡Ni aunque estornuden diga ustez Jesús!».

Berenguela. ¡Jesús!

Hilaria. Y así fué. Él llegó antes y ella luego, cuando ya se había marchado don Pipo. La Tomasita le vió a él y le reconoció. Es un señorito deputao. Se llama don Celso Galiana.

Doña Munda. *Sobrecogida.* ¡Ah!… Don Celso Galiana…

Hilaria. ¿Ustez le conoce también?

Berenguela. ¡Ya lo creo!

Doña Munda. ¿Qué sabes tú?

Berenguela. ¡Sería la primera persona a quien usted no conociese!

Doña Munda. Calla.

Hilaria. Pues verá ustez, señora. Yo, entonces, eché a volar la loca de la casa. Porque es lo que dice la Alfonsa, la tabernera: «¿Secreto, y ella y él? ¡Hay pastel!».

Doña Munda. ¿La tabernera dice eso?

Hilaria. Sí, señora.

Doña Munda. Pues parece de Séneca.

Hilaria. ¿De quién?

Berenguela. ¡De otro amigo! ¡Si conoce a medio Madrid!

Doña Munda. Calla, Berenguela.

Hilaria. Y no llevaba ahí la parejita ni un cuarto de hora, cuando pasó lo del automóvil.

Doña Munda. No sé qué es lo del automóvil.

HILARIA. Como la señora estaba en el segundo, no se enteró. Pues ha habido un accidente ahí a la vuelta, y un señorito vino con Eladio el guardia, que le habían dicho que había teléfono en el entresuelo de la izquierda, pidiéndome por Dios que le dejara subir pa dar un aviso. ¡Vea ustez qué compromiso pa una! Pero yo, ¿qué iba a hacer, señora? En un caso así… Los accidentes son los accidentes.

DOÑA MUNDA. ¡Claro! En un caso así, no es posible andar con miramientos.

HILARIA. Y subió el señorito del *auto*, y resultó que era amigo del otro señorito.

DOÑA MUNDA. ¡Qué casualidad! ¡El del *auto* amigo de Galiana!… Sí; como Galiana es una persona tan conocida…

HILARIA. Y llamó por teléfono pidiendo otro *auto*, que vino a escape y se los llevó a todos ahí a la Clínica de esa calle nueva. Y yo, que me había quedao detrás de la puerta, por si hacía falta pa cualquier cosa, me enteré del nombre del señorito.

DOÑA MUNDA. Sí; don Celso; ya me lo ha dicho usted.

HILARIA. No, señora; me enteré del nombre del otro señorito; del del teléfono; del del coche: don Lisardo Infante.

DOÑA MUNDA. *Estremeciéndose.* ¿Eh?

HILARIA. Don Lisardo Infante: así dijo al pedir el *auto.* ¿Le choca a la señora? ¡Se ha puesto blanca la señora!

DOÑA MUNDA. No…

HILARIA. ¿Es que la señora le conoce también?

BERENGUELA. ¡Digo!

DOÑA MUNDA. Mira, Berenguela, vete al comedor. Sigue con la plata.

BERENGUELA. Ahora me iré. Así que vea en lo que para esto.

HILARIA. Pues esto para en que, de pronto, yo no sé lo que pasó allí que en dos minutos no se oyó ni una mosca. Cuando en medio de este silencio, la señorita, que a la cuenta se había escondido, salió del escondite… y resultó que también conocía al Infante y el Infante a ella.

DOÑA MUNDA. *Sin aliento casi.* ¡Hilaria!…

HILARIA. A ella la dicen un nombre que no parece de persona: la dicen Quica.

DOÑA MUNDA. ¿Quica?

HILARIA. Quica, sí.

DOÑA MUNDA. *Súbitamente alegre.* ¡Ah!… ¡Quica!… ¡Quica!…

BERENGUELA. ¿Lo ve usted? ¡También conoce a Quica!

HILARIA. Este nombre le ha caído a la señora mejor que el otro.

DOÑA MUNDA. Es posible… Pero ¡qué cosas me cuenta usted, Hilaria, y qué serie de coincidencias ha habido aquí!… En fin, usted estará satisfecha; porque ya sabe usted, hasta con nombres propios, la historia del «misterio del cuarto entresuelo», como le llama el estudiante de arriba… Enhorabuena… y gracias. Gracias… ¡Gracias a Dios! Hasta luego. ¡Ah!… *Como quien se ha quitado un peso de encima, se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

HILARIA. Hasta luego. ¡Ella sí que sabe nombres propios! Es lo que dice mi marido: esa doña Munda es un libro de señas.

BERENGUELA. Un libro de señas talmente. Porque delante de mi señora no se habla de nadie de quien ella no pueda dar informes.

HILARIA. Y no pregunta nada y se entera de todo.

BERENGUELA. Usted sabe que algunas noches vamos las dos al paraíso del Real. Pues hay que oírla. No asoma una persona en un palco, que ella no diga: «¿Hola? ¿Tú por aquí?». Y aquello de: «¡Hombre, está ése en Madrid! Yo lo hacía en Barcelona». Y lo otro de: «Esta noche no viene Fulanita porque va a la Princesa». O si no: «¡Qué pronto se alivió del luto la Perengana!». Y cosas tan chuscas como saber que un abrigo de lujo, es un caso, se lo ha regalado a la señora Tal Su Majestad la reina. Porque, ¡andá!, ¡de las cosas de Palacio sabe también más que un alabardero! Y lo que ella no sabe se lo averigua su sobrina, que parece, de la policía.

HILARIA. ¿La maestra de escuela?

BERENGUELA. Sí. Muchas noches se ponen las dos aquí a leer los periódicos, y es una comedia. «Se ha muerto éste; se ha casado el otro; se ha fugado aquélla; cumple años Juan; está de días Pedro; ha nacido un niño; le

van a poner como a su padre; le debían de poner como a su abuelo». ¡Le digo a usted que me acuesto con dolor de cabeza!

Hilaria. Bueno, me voy ya, que he dejao sola la portería.

Berenguela. Adiós, señora Hilaria.

Hilaria. Adiós. *Se marcha por la puerta de la derecha.*

Berenguela. *Moviendo el brasero.* Malo andas tú. La señora deja que te apagues y luego me da a mí la culpa.

Hilaria habla dentro.

Hilaria. Pase ustez, señora. Sí está la señora; sí está.

Berenguela. ¿Quién es?

Sale Quica seguida de Hilaria.

Quica. Buenas tardes.

Hilaria. Esta señora, que iba a llamar aquí cuando yo salía, y que desea ver a tu señora.

Berenguela. ¿Quién le digo que quiere verla?

Quica. Dígale usted… Dígale usted que soy una amiga de los inquilinos de al lado.

Berenguela. Ya sabrá ella quién es. *Vase por la puerta del foro.*

Hilaria está devorando con los ojos a Quica. Quica la mira a ella, y ella entonces se retira prudentemente por donde llegó, cerrando tras de sí la puerta. Huelgan los comentarios.

Hilaria. Con permiso de la señora.

Quica queda sola, observando la habitación.

Quica. Pared por medio, ¡qué casas tan distintas!… *Pausa.* Adelante, Quica; adelante. Estás de suerte. *Sonríe. Se le alegran diabólicamente los ojos, que parecen dos negritos que bailan.* Ahora, ante todo, arrancarle a esta buena señora la menor duda, la menor sospecha respecto de Natalia. ¡El cuartito de la aventura misteriosa!… ¡Ay, Celso, Celso!… ¡Entre la Providencia y Quica te están tejiendo una tela de araña!… ¡Ay, Quica, Quica!… ¡No se puede dudar que estás que hablas sola!… ¡Ay, Virgen del Amparo!…

Por la puerta del foro vuelve doña Munda. Al hallarse con Quica exclama:

DOÑA MUNDA. ¡Quica! ¿Usted?

QUICA. Yo misma, doña Munda. ¿Cómo vamos?

DOÑA MUNDA. Bien, ¿y usted?… Pero ¡qué sorpresa! ¡Usted por mi casa!… Siéntese usted, Quica… Se ha anunciado usted de una manera tan particular…

QUICA. Ahí está la gracia. No crea usted que no me he reído. Ya hablaremos; ya le contaré.

DOÑA MUNDA. ¡Qué guapa está usted, hija mía! Pero ¡qué guapa!

QUICA. ¿Y me lo dice usted, doña Munda?…

DOÑA MUNDA. ¡Jesús! Yo ya he pasado. Conque, a ver, a ver… ¿A qué debo el gusto?… Porque me tiene usted impaciente.

QUICA. Es natural. Una *amiga de los inquilinos de al lado* mete en curiosidad a cualquiera. ¡Vaya si se han hecho folletines a cuenta del cuartito! ¡Lo que ha desbarrado esa portera!… Y Pipo Santaella —usted conoce a Pipo, ¿verdad?…

DOÑA MUNDA. ¿Quién no lo conoce?

QUICA. Ha contribuido a la obra novelesca con la gracia de Dios. Pipo tiene los siete saleros.

DOÑA MUNDA. Siempre ha sido un buen peine.

QUICA. Yo he gozado lo que no es para dicho. ¡Me divierten enormemente estas fábulas! ¡Que la gente se lo figure todo… menos lo que es! Hoy mismo he venido recatadamente, tapándome hasta el pelo. He pasado por la portería como una sombra… ¡Ja, ja, ja! Pero ya, al enterarme de quién era la nueva vecina de junto, me dije: Quica, vamos a ponerle a la novela punto final.

DOÑA MUNDA. No crea usted que no lo agradezco.

QUICA. Ese cuartito lo hemos tomado y amueblado Celso y yo —luego hablaré de Celso—, valiéndonos de Pipo Santaella, que sirve para todo, y con destino a una ahijadita mía que se va a casar esta primavera que viene.

DOÑA MUNDA. La sobrina de Telesforo, ¿no?

QUICA. *Un poco asombrada.* La sobrina de Telesforo, sí. ¿Usted la conoce?

DOÑA MUNDA. Sí. Y estoy enterada del noviazgo. Se va a casar con un tal Nicanor Amarante. Buen partido. Casa bien la chica. Sea enhorabuena.

QUICA. Sí, sí… casa bien.

DOÑA MUNDA. Lo he sabido todo por una verdadera casualidad. El mundo es un pañuelo. Una sobrina mía, hija de Pompeyo Diana, es íntima amiga de un señor que lleva la correspondencia extranjera… en no sé qué Banco —ahora hay un Banco en cada esquina—, y por él he tenido noticias directas…

QUICA. Ya.

DOÑA MUNDA. A Telesforo hace un siglo que no lo veo.

QUICA. No es raro; siempre está de viaje.

DOÑA MUNDA. Sigue viviendo con Genoveva, por supuesto.

QUICA. Sí; con Genoveva.

DOÑA MUNDA. A ella sí la vi no hace mucho. ¡Qué bien se conserva esa mujer!

QUICA. ¡Oh! Es un prodigio.

DOÑA MUNDA. Nadie dice la edad que tiene.

QUICA. Nadie. ¡Ni ella!

DOÑA MUNDA. ¡Ella, ni con un puñal en el pecho!

Ríen las dos.

QUICA. Pues para esa futura parejita es cabalmente el nido puesto con tanto cariño por Celso y por mí. Yo la quiero a ella mucho. Será nuestro regalo de boda. Y ahora entro con Celso; que no he dejado de advertir cierto pasmo de usted las dos veces que lo he nombrado. Se trata de Celso Galiana.

DOÑA MUNDA. Sí, ya supongo… No somos amigos, pero lo veo con alguna frecuencia. Sobre todo lo veo en el Real, en el palco de Natalita.

QUICA. ¡Son íntimos! ¡Él es muy amigo de Lisardo!

DOÑA MUNDA. ¿Muy amigo?

QUICA. ¡Mucho! ¡Por Lisardo justamente conocí yo a Celso! Lisardo me lo presentó. Y hasta es un poco responsable de nuestras relaciones. No sé si algún día necesitaré pedirle cuentas.

DOÑA MUNDA. Pero…

QUICA. Sí, doña Munda, sí; Celso y yo… pensamos en la Vicaría… ¡Nuevas hojas!… Aún no es cosa resuelta, pero es más que probable que yo *reincida* en el matrimonio. ¡No me fijé bien la otra vez en la Epístola de San Pablo, y voy a ver si la oigo de nuevo y se me pega un poquito más!

DOÑA MUNDA. Me alegro mucho, Quica. ¡Cuántas satisfacciones me está usted dando! ¡Cuántas!… Más de las que usted puede presumir. Y en cuanto a ese deseo de nuevas hojas… yo lo aplaudo. Y lo hallo lógico en toda mujer que tan joven se queda viuda. Si le fué bien, es natural que ame el matrimonio, que no desconfíe; y si le fué mal, es más natural todavía que sueñe en uno nuevo… para ver si le va mejor.

QUICA. Mi cálculo es otro.

DOÑA MUNDA. ¿Cuál?

QUICA. ¡Que peor de lo que me fué es imposible que me vaya!

DOÑA MUNDA. ¡También es un punto de vista!

QUICA. Pero ¡qué casualidad, doña Munda! ¡Al cabo del tiempo que no nos veíamos, coincidir hoy aquí a charlar de estas cosas!…

DOÑA MUNDA. Hija, ya se lo he dicho a usted: si es que este mundo cabe en la palma de la mano. No me canso de repetirlo. Yo me convencí de esta verdad el día que desembarqué con mi marido en Montevideo, y la primera persona a quien topé en el muelle fué un tal Pinacho, de Carmona, que me debía veinticinco duros. Cuando me vió aquel hombre, yo creí que se moría del susto.

QUICA. Ciertamente, es muy chico este mundo; muy chico. Nos tropezamos y nos estorbamos a cada paso, a cada instante… y, sin embargo, ¡qué poquitas veces se encuentran dos personas que se debieran encontrar!

DOÑA MUNDA. Eso es porque nadie está a gusto con su suerte.

QUICA. No sé por qué será; pero no se encuentran. Oiga usted las lamentaciones de tantos y de tantas… ¿Por qué nos habremos conocido? ¿Por

qué te conocí tan tarde? ¿Por qué fuiste tú y no aquel otro? ¿Por qué no sería aquélla y no ésta? ¡Quién naciera de nuevo para buscarte! Pero ¿dónde estás, que yo no te veo? Pero ¿no me oyes, y sin cesar te llamo?… ¡Y así mil historias! Este mundo es a veces muy grande y a veces muy pequeño… ¿Qué necesidad tenía yo de haberme encontrado en ninguna parte a mi marido? Y, en cambio, en cambio…

DOÑA MUNDA. En cambio, ¿qué?

QUICA. Nada. ¡Y protestan los hombres serios, los hombres graves, de la superstición! Estupidez, majadería, ignorancia… Pero ¿cómo no ha de existir la superstición en esta vida, donde en echar por una calle a echar por otra estriba que la pase usted llorando o riendo? Si al ministro de la Guerra le da un calambre en la mano derecha y no firma el traslado a Jerez del que fué mi marido, a estas horas sería yo dichosa. ¡Y no le dió el calambre!

DOÑA MUNDA. Pero ¿no lo es usted ya a estas horas?

QUICA. ¡Oh!…

DOÑA MUNDA. Va usted a unirse a un hombre joven, simpático, rico, de posición brillante, mimado de todos, enamorado sin duda ninguna de usted…

QUICA. ¡Ay!…

DOÑA MUNDA. No se queje usted ahora de su suerte.

QUICA. Tiene usted razón, doña Munda: mi suerte es envidiable…

DOÑA MUNDA. Pues ¿y la de él?

QUICA. ¡Ah! ¡La de él… la de él!… Pero ¿quién sabe todavía? De eso hablábamos ahí al lado él y yo hace unos minutos.

DOÑA MUNDA. ¿Él ha estado ahí también?

QUICA. Y aún está. Hemos venido a darle al nidito en colaboración los últimos toques. Mañana o pasado traeremos a verlo a los tórtolos.

DOÑA MUNDA. Un favor tengo yo que pedirle a Galiana.

QUICA. ¿Sí? ¿Quiere usted pedírselo ahora mismo? Ande usted con él. Hoy está para ello. Tiene un buen día.

DOÑA MUNDA. No sé si deba… Me iba a valer de Pipo.

QUICA. Pues entre Pipo y yo, doña Munda… yo soy mejor intermediaria. Vamos a mandarlo a llamar.

DOÑA MUNDA. ¡Quica!

QUICA. ¡Faltaría otra cosa! Se lo presento a usted y yo me voy a ver a Natalia. Y usted le pide sin ambages. No importa que en mi nombre apriete usted bien los tordillos.

DOÑA MUNDA. Es usted el demonio.

QUICA. Ande usted, llame a su criada.

DOÑA MUNDA. Bien. ¡Berenguela! ¡Berenguela!

QUICA. ¡Jesús, qué nombre más heroico!

DOÑA MUNDA. ¡Berenguela!

Por la puerta del foro sale Berenguela.

BERENGUELA. ¿Seguimos sin timbre, señora?

DOÑA MUNDA. Sí; seguimos sin timbre.

BERENGUELA. A ver. *Toca el del gabinete.* ¡Pues mire usted si suena éste!

DOÑA MUNDA. ¡Pues no me da la gana de tocarlo! Vas a pasar ahí junto…

QUICA. Y al caballero que le abrirá el portón le dice usted que tenga la bondad de venir aquí, que hay dos señoras aguardándolo.

BERENGUELA. Está bien.

DOÑA MUNDA. ¿Te has hecho cargo?

BERENGUELA. ¿Es que soy la tonta de mi pueblo?

Se va por la puerta de la derecha.

QUICA. Mal genio tiene Berenguela, doña Munda.

DOÑA MUNDA. Mal genio tiene, sí. Es una servidora excelente: honrada, fiel como una perra limpia… Pero me riñe mucho.

QUICA. ¡Qué gracia!

DOÑA MUNDA. No me pasa una.

QUICA. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MUNDA. La sobrellevo porque es impagable. Me sirve muy bien, y puedo salir confiada, dejándola aquí dentro. Aún tengo en mi casa algunas cosidas de valor… restos del naufragio… *Suspirando.* ¡Ay!… ¿Dijo usted que iba a ver a Natalia?

QUICA. Sí, señora; ahora voy allá. A formar plan para la noche.

DOÑA MUNDA. Pues dígale usted de mi parte que siquiera una vez al año… venga a confesarse con esta vieja. ¡Qué olvidada me tiene!

QUICA. ¿Sabe ella que vive usted aquí?

DOÑA MUNDA. No; no se lo he dicho todavía… ¿Para qué, si no viene nunca? Y yo la quiero… ¡No sabe Natalita cómo yo la quiero! ¡Le debo tanto a la otra Natalia!…

QUICA. ¡Ah, la madre! ¡Qué gran señora es! ¡Y ha debido de ser hermosísima!…

DOÑA MUNDA. ¡Oh! Natalita no es ni su sombra. La recuerda, se le parece… pero no, no… *Se presenta Celso en la puerta de la derecha, en la mano el sombrero y los guantes. Berenguela viene con él.* Pase usted, señor mío…

QUICA. Pasa, pasa.

BERENGUELA. ¿Era este caballero, verdad?

QUICA. Este mismo era.

BERENGUELA. *A doña Munda.* Mire usted si me había hecho cargo. *Se retira por la puerta del foro.*

DOÑA MUNDA. *A Quica.* ¿Lo ve usted? No puedo descuidarme ni en tanto así.

QUICA. *A Celso, que está desconcertado; que no pisa en terreno firme.* Tengo el gusto de presentarte, Celso, a la señora viuda de Flores…

CELSO. Señora…

DOÑA MUNDA. Beso a usted la mano… Siéntese usted.

QUICA. Nuestros ahijaditos no han podido ser más afortunados en la vecindad que les toca en suerte.

DOÑA MUNDA. Es usted muy amable, Quica.

QUICA. Digo la verdad.

CELSO. La verdad nada más.

DOÑA MUNDA. Yo he sido muy amiga de su padre de usted. En tiempos ya lejanos… En la última página de mi álbum me escribió unos versos muy galantes.

CELSO. Su flaco; los versos.

DOÑA MUNDA. A Merceditas ya sé que la han pedido.

CELSO. ¿A mi hermana?

DOÑA MUNDA. Sí; lo leí la otra noche.

QUICA. Pero se retrasa unos meses la boda.

DOÑA MUNDA. Sí; por el luto de él. ¡Qué desgracia más tonta la del pobre Arturo! ¡Esas motocicletas van a acabar con medio Madrid! ¡Chisme más antipático!

QUICA. No, doña Munda; no se sabe dónde está la muerte.

CELSO. ¡No se sabe nada de nada!

DOÑA MUNDA. Algo se sabe de algunas cosas…

CELSO. ¡Ah!

QUICA. Cuidado, amiga mía, que este hombre… este hombre de mundo se ruboriza cuando se le alude a mi persona.

CELSO. ¡Je!

QUICA. Bueno, y yo me marcho.

CELSO. ¿Te… te vas?

QUICA. Sí. Esta señora tiene que pedirte un favor, y tú tienes que hacérselo.

CELSO. ¡Ojalá esté en mi mano!

QUICA. Aunque no lo esté. Buscas la mano en que pueda estar y la guías.

CELSO. Pero… tú, ¿adónde vas ahora?

QUICA. A casa de Infante; voy a ver a Natalia. Aquí se lo dejo a usted, doña Munda.

Doña Munda. Yo lo detendré poco tiempo.

Quica. Oye: si decidimos ir luego a algún teatro te lo avisaré por una esquelita.

Celso. Bueno; sí.

Quica. Y si no, mañana a estas horas vente como hoy al cuartito de los ahijados.

Celso. Bueno.

Quica. ¡No acaban de gustarme los dos cuadritos del comedor!

Celso. ¡Ni a mí tampoco!

Quica. Hasta mañana, entonces, o hasta lueguito.

Celso. Adiós. Hasta lueguito.

Doña Munda. ¿Me permite usted que la acompañe?…

Celso. ¿Cómo no, señora?

Doña Munda. Un momento. Pase usted, Quica.

Quica. Muchas gracias.

Se van las dos por la puerta de la derecha. Quica le sonríe a Celso y lo saluda con la manita. Celso le sonríe a ella, sin ser dueño de sí: le sale una mueca en vez de una sonrisa. Aún no está repuesto de la impresión, cuando vuelve Quica un instante a remachar el clavo.

Quica. Me dejaba el bolso. *Bajo a él.* Esta señora se ha tragado todas las papas. No salga usted de lo convenido: el cuartito es para mi ahijada… y usted y yo nos queremos como dos fieras. *Le vuelve la espalda y se va.*

Celso. *Desazonado, inquieto.* ¡Mucho le debo a esta mujer; pero me parece que ya está forzando el consonante! ¡No hacía falta ninguna crearnos esta situación para alejar toda duda respecto de Natalia! ¿Cómo va luego a desenredar la madeja? ¡Las mujeres son temerarias, locas!

Reaparece doña Munda por donde se fué, interrumpiendo el monólogo de Celso, a quien mira con gran complacencia antes de hablarle.

Doña Munda. ¡Buena elección, amigo!

Celso. ¿Eh?

Doña Munda. ¡Buena elección! Guapa, joven, inteligente… y con muy amargos recuerdos del primer marido.

Celso. *Automáticamente.* Del primer marido…

Doña Munda. Siempre son cimientos para la felicidad del segundo. Pero siéntese usted.

Celso. Con mil amores. Y usted me dirá en qué puedo servirla.

Doña Munda. Ya hablaremos. No es nada de particular… ¿Tiene usted prisa?

Celso. No; no, señora; no.

Doña Munda. He creído verlo a usted impaciente.

Celso. ¡De ningún modo! No deseo sino atender a usted. ¡Una cosa que me pide Quica en esta forma!…

Doña Munda. Ya ha sabido ella lo que ha hecho para que yo quede contenta.

Celso. ¡Je!

Doña Munda. ¡Es de lo más simpático esa muchacha!… ¡Y más buena que el pan! Con todo ese aire de travesura y de cabeza a pájaros. ¡Más buena!… De corazón lo felicito a usted, Celso.

Celso. Muchas gracias, señora.

Doña Munda. Y me felicito a mi vez. Pocas cosas me han producido a mí una satisfacción tan íntima como la noticia de estos amores.

Celso. Me confunde usted con su amabilidad.

Doña Munda. No, no… No es un cumplido, Galiana. Es que hay ocasiones, hay hechos… Disparates que se le meten a una en la cabeza… En fin: ni usted puede entenderme del todo, ni yo puedo ser más explícita; pero lo felicito a usted y me felicito.

Celso. Otra vez las gracias.

Doña Munda. Y vamos a mi pretensión. Es poca cosa. *Berenguela asoma en esto por la puerta de la derecha.*

Berenguela. Señora.

DOÑA MUNDA. ¿Qué quieres?

BERENGUELA. Aquí hay una señora que desea ver a usted.

DOÑA MUNDA. ¿Una señora?

BERENGUELA. Sí, señora; sí. Parece que está muy agitada. Y eso que ha venido en automóvil.

DOÑA MUNDA. Pero ¿no te ha dicho…? Yo no espero a nadie. ¿Quién podrá ser?

La respuesta se la da la propia Natalia, presentándose.

NATALIA. Yo, doña Munda; yo.

Viene, en efecto, anhelante, angustiada. La presencia de Celso la turba aún más. Él se estremece. Doña Munda la recibe con alegría, no exenta de sorpresa y de confusión.

DOÑA MUNDA. ¡Natalia!

CELSO. ¡Natalia!

NATALIA. Yo, yo misma… Perdone usted si la importuno…

DOÑA MUNDA. ¡Es un milagro verte por aquí! Hace un instante te nombrábamos Quica y yo… ¿No has encontrado a Quica?

NATALIA. ¿A Quica? No, señora.

DOÑA MUNDA. Pues en tu busca se ha marchado ahora mismo.

NATALIA. ¿En mi busca?

DOÑA MUNDA. Sí. Vete, Berenguela.

BERENGUELA. Ya me iba, señora. *Márchase por la puerta del foro.*

NATALIA. ¿Qué ha pasado? ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?

DOÑA MUNDA. ¿Cómo qué ha pasado?

CELSO. ¿Qué quiere usted decir, Natalia?

NATALIA. ¡No sé lo que quiero decir!… Vengo muerta… Ha llegado a casa sobresaltado Luisito Román —su *auto* me ha traído— a pedirme noticias…

DOÑA MUNDA. ¿De qué?

CELSO. Noticias ¿de qué?

NATALIA. De Lisardo… ¡No me engañen ustedes!… De un accidente que ha tenido su coche aquí cerca…

CELSO. ¡Ah!

DOÑA MUNDA. ¡Sí!

NATALIA. Ha venido por él un *auto* del Casino… ¿Está herido, verdad?

CELSO. ¡Qué disparate!

DOÑA MUNDA. ¡No!

NATALIA. ¡No me engañen ustedes!

DOÑA MUNDA. ¡Que no está herido, tonta!

CELSO. Yo he hablado con él…

NATALIA. ¿Usted, Celso?…

CELSO. Yo, Natalia.

Extraña mirada se cruza entre los dos. Doña Munda la advierte. Después acaricia a Natalia, procurando tranquilizarla.

DOÑA MUNDA. Sí, mujer; sí. Sosiégate. Tu marido está bueno y sano.

CELSO. El accidente no ha tenido importancia.

NATALIA. ¿Me dicen ustedes la verdad?

CELSO. ¡La verdad!

DOÑA MUNDA. ¡La verdad!

NATALIA. *Sollozando.* ¡Ay, Dios mío! ¡No quieran imaginar los instantes que llevo!… Luisito Román iba aterrado… las referencias del Casino eran graves… ¡Jesús!… ¡Jesús!… *Llora.*

DOÑA MUNDA. Vamos, cálmate, nena…

CELSO. Yo comprendo su tribulación… Las noticias se desfiguran de boca en boca… Y si ha supuesto… Pero no, no, Natalia; esté usted tranquila. *Subraya sus palabras con una intención que él cree que sólo entiende la acongojada esposa, pero que no deja de percibir también la avisada e inquisidora doña Munda.* Yo, precisamente… Lisardo llegó de pronto ahí al lado… donde, por fortuna, nos hallábamos Quica y yo… Utilizó el teléfono… pidió al Casino un coche para ir a la Clínica inmediata… Porque, sí, ha habido… una persona herida… Pero él no, él no… ya digo…

Natalia lo vuelve a mirar. Luego pregunta:

NATALIA. ¿Estarán en la Clínica todavía?

CELSO. Es lo más probable.

NATALIA. ¡Voy a verlo!

DOÑA MUNDA. ¿Para qué, simple?

CELSO. ¿Cree usted aún que la engañamos?

NATALIA. No, Celso, no; pero voy a verlo. Sólo viéndolo me quedaré tranquila.

DOÑA MUNDA. Haz lo que quieras, pero yo que tú… Procura primero serenarte… ¿Quieres un poco de azahar? ¡Qué susto te han dado más en tonto! Tiemblas toda, muchacha… ¿No te aseguramos que no hay por qué?

NATALIA. Sí, sí los creo a ustedes… pero no puedo remediarlo. *Mira a Celso de nuevo.* Es superior a mí lo que siento. Voy allá.

CELSO. Yo, señora, me atrevería a suplicarle a usted que la acompañase…

NATALIA. ¡Sí!

DOÑA MUNDA. Por mí, figúrate… Muy gustosa. Si te empeñas en ir…

NATALIA. ¡Sí, sí, señora!

DOÑA MUNDA. Ea, pues vamos. Voy a calzarme y a echarme un abrigo… y ya estoy aquí. ¿Berenguela?

Se va por la puerta del foro, prometiéndose mucha luz de la soledad en que deja a Celso y a Natalia.

Y con razón se la promete la buena señora. Natalia, al hallarse de repente sola frente a Celso, intenta irse tras doña Munda. Celso la detiene con un gesto, con un ademán. Luego hablan los dos con temor, con zozobra, en voz baja, recelando a cada instante ser sorprendidos.

CELSO. Natalia, amiga mía…

NATALIA. ¡Ni una palabra, Celso!

CELSO. Es preciso.

NATALIA. ¡Ni una palabra! Y menos aquí.

CELSO. Pero ¿cómo he de callar ante usted, y en estos momentos?… Yo necesito sincerarme… enterarla…

NATALIA. ¡Ni una palabra, Celso! Bastante nos hemos dicho ya. Bastante significa que yo, al creerlo herido, primero que nada haya querido verlo.

CELSO. Sí; pero no es eso ahora… Es que yo… Es que usted debe saber antes de marcharse y encontrarlo…

NATALIA. ¿Qué?

CELSO. ¡Lo que ha pasado ahí!

NATALIA. No entiendo…

CELSO. Quica, al verme a mí sorprendido de pronto por ese hombre, nos salvó a los dos, a usted y a mí, declarándose mi enamorada… mi prometida, mejor dicho.

NATALIA. ¡Oh!

CELSO. ¡Somos ella y yo quienes nos veíamos ahí al lado!

NATALIA. ¡Pobre Quica!

CELSO. Esto, sin duda, es lo que ella ha ido ahora a prevenirle a usted…

NATALIA. Pero ¿y él, Celso?…

CELSO. Lo creyó. ¿Cómo no creerlo, oyendo a una mujer honrada que lo confiesa? Además, Natalia: yo lo vi en sus ojos, en su semblante: le importaba creerlo, le alegraba creerlo… ¡necesitaba creerlo!

NATALIA. ¡Ah! ¡Él también ha recibido su castigo! ¡Quizás por primera vez en la vida, su alma y la mía, aunque por causas diferentes, han sentido de la misma manera!… Dios ha sido tan bueno que nos ha advertido a los dos a la vez. A los tres, acaso.

CELSO. No sé, Natalia.

NATALIA. ¿Se atreverá usted todavía…?

CELSO. No sé… Ni es ésta la hora de dilucidarlo… Aún dura en mi ánimo la conmoción del golpe tremendo… aún dura el desquiciamiento de mi

conciencia. Claramente he visto la responsabilidad de nuestro crimen… de mi crimen, si tanto quiere usted…

NATALIA. ¡Baje usted la voz, por piedad; cállese!… ¡Van a sorprendernos!…

CELSO. No; nadie nos escucha… Ni nadie puede sospechar… No sé, Natalia; no sé lo que será de mí, de mis ideas… Quizás lo presumo… Porque, a pesar de todo, no obstante cuanto ha pasado por mi corazón en esta hora, al verla a usted siento que todo ello se desvanece rápidamente, sin que de nada valga mi voluntad, y sólo se levanta en mi alma el amor a usted…

NATALIA. ¡Silencio, Celso!

CELSO. La imagen de usted, reinando en mí… el deseo único de no vivir sino para usted…

NATALIA. ¡Silencio! ¡Si usted dice que ha adquirido clara conciencia del alcance del crimen a que me arrastraba, yo la he adquirido de mi deber! ¡Ni podía ser de otra manera! Mi esposo —así me dieron la noticia— estaba herido gravemente. ¿Dónde? Ahí. *Señala con pavor hacia la derecha.* Y ahí lo asistían… ¿Podía Dios hacer más para castigarme y para salvarme al mismo tiempo? Piense usted lo que pasó por mí… Y piense usted luego de qué manera tan distinta de como iba a entrar he entrado en esta casa.

CELSO. Tiempo al tiempo, querida amiga. Ahora no discernimos claramente… Tiempo al tiempo… Él sabe curar ciertas heridas… que quizás no son tales heridas, sino un espejismo del miedo… Porque…

Un imperioso ademán de Natalia lo obliga a callar. Doña Munda, dispuesta para salir a la calle, vuelve por la puerta del foro.

DOÑA MUNDA. Aquí me tienes. *Mira a los dos, que aún tiemblan, y que, a su pesar, no logran serenarse del todo.* Aquí me tienes, niña.

NATALIA. Vamos.

DOÑA MUNDA. *A Celso.* Yo deploro que la primera vez que ha venido usted a mi casa…

CELSO. No hay que hablar, señora… Lo imprevisto… fuerza mayor… Pronto tendré el honor de volver a ella.

DOÑA MUNDA. Así lo deseo… y así se lo suplico.

CELSO. Adiós, señora.

DOÑA MUNDA. Adiós.

CELSO. Muy agradecido a su bondad. Por teléfono voy a prevenir en la Clínica…

DOÑA MUNDA. Bien.

CELSO. Adiós, Natalia.

NATALIA. Adiós, Celso.

Vase Celso por la puerta de la derecha. Doña Munda lo acompaña hasta ella y lo despide desde allí. Luego se vuelve hacia Natalia, la cual ve en los ojos de la señora una caricia y un reproche unidos, que la conmueven y la rinden. Instintivamente va a ella y la abraza, llorando y escondiendo el rostro.

DOÑA MUNDA. ¡Ah!… ¡Cómo no me engañé!… Y creí cuanto me dijo Quica, y respiré contenta y di gracias a Dios… Pero, luego, al verte frente a frente de él, volvieron mis malas ideas… volvió la verdad…

NATALIA. *Con rubor y arrepentimiento.* La verdad… sí. ¡Vamos a ver a mi marido!

DOÑA MUNDA. Vamos. Y no llores. Alégrate de esto que ha pasado. Es luz que ha entrado en tu conciencia: te has visto como realmente eres… y así te muestras a los demás.

NATALIA. Sí; pero yo temo, doña Munda…

DOÑA MUNDA. No temas nada. Esto no lo sabrá ni la tierra. Quica y Celso seguirán su comedia cuanto sea necesario… Anda a abrazar a tu marido. De aquí allá hablaremos.

NATALIA. Sí.

La lleva doña Munda hacia la puerta de la derecha y se va tras ella.

Por la del foro sale Berenguela, muy en su papel.

BERENGUELA. ¡Madre de Dios, cómo han dejado esto! En cuanto vienen visitas, bailan los muebles. *Los ordena a su modo.* ¡Y éstas son las

personas de clase! Si se hubiesen educado a la antigua española, dejarían las cosas donde las encuentran. ¿Quién es? ¿Quién anda ahí? *Se presenta Hilaria por la puerta de la derecha a sacarla de dudas.* ¡Señora Hilaria!

HILARIA. *Con la fiebre de su curiosidad más alta que nunca: cuarenta y décimas.* ¡No te asustes, mujer! Escucha.

BERENGUELA. Pero ¿por dónde ha entrado usted?

HILARIA. ¡Por el portón!

BERENGUELA. ¿Tiene usted llave?

HILARIA. Lo ha dejao abierto la señora.

BERENGUELA. ¿Que lo ha dejado abierto?

HILARIA. Se conoce que de tan metida como va en el asunto de la otra señorita…

BERENGUELA. ¡Qué te parece! Y luego, mucho de: «Berenguela, ojo con la vitrina; Berenguela, que no entre *Nicolás* en la sala…».

HILARIA. ¿Quién?

BERENGUELA. *Nicolás*: el gato. La señora le llama *Varillas*, pero yo le digo *Nicolás*. ¡Y se va a la calle, y me deja el portón abierto! ¡Me va a oír cuando vuelva!

HILARIA. No es pa que te pongas así, mujer. La señora creería que lo cerraba. Pero yo empujé, y estaba abierto. Y ya lo he cerrao. Escucha: esa señorita iba llorando; yo lo he visto.

BERENGUELA. No sé, señora Hilaria.

HILARIA. Yo sí. Y la Tomasita también lo ha visto. Y cuando tu señora sale tan de repente de casa, algo gordo tié que ser ello. ¿Qué podrá ser, tú?

BERENGUELA. No sé, señora Hilaria.

HILARIA. Pero aquí ¿no han hablao…?

BERENGUELA. Sí; pero yo no escucho detrás de las puertas.

HILARIA. Y eso ¿por qué?

BERENGUELA. ¡Porque soy de Burgos!

HILARIA. ¡Ah! Pues yo escucho, y soy de Madriz.

BERENGUELA. Pues hace usted mal, señora Hilaria.

HILARIA. Pues es la mejor manera que tengo de enterarme de lo que no me importa.

BERENGUELA. Y si no le importa a usted, ¿por qué quiere enterarse?

HILARIA. ¡Andá! ¡Por gusto! Y también porque es mi obligación. ¿Crees tú quizás que lo que está sucediendo aquí hoy me puede a mí tener tranquila? Una portera tié que verlo todo. Es lo que dice el que trae los sifones al principal izquierda: «Las cosas malas no se sabe que pasan hasta que han pasao».

BERENGUELA. Bueno, y a usted, tan cumplidora de su obligación, la están llamando ahora mismo en la escalera, y usted aquí de gorja.

HILARIA. ¿Qué me están llamando?

BERENGUELA. Sí, señora; a voces. Sino que se conoce que usted no oye bien más que lo que no debe oír.

HILARIA. ¡Jesús, hija, qué genio! Y ¡qué humos que te gastas! ¡Rediez con la de Burgos! ¿Hacia dónde cae Burgos?

BERENGUELA. ¡Qué ignorancia! ¡En Castilla la Vieja, señora! ¡El solar del Cid, nada menos!

HILARIA. Bien, mujer; bien. Voy a ver quién me llama, ahora volveré a que me expliques más despacio eso del solar. *Vase por la puerta de la derecha.*

BERENGUELA. ¡Vaya una mujer fastidiosa! No hace buenas migas conmigo, no.

Hilaria habla dentro, como antes.

HILARIA. Pase ustez, pase; si me ha dejao el encargo de que pasara ustez.

BERENGUELA. ¿Eh? ¿A quién mete aquí esa chismosa?

Vuelve Hilaria por donde se marchó, con Pipo Santaella. Éste trae en la mano el librito de marras.

HILARIA. Pase ustez.

PIPO. Pasaré, pero… Buenas tardes.

BERENGUELA. Buenas tardes. Mi señora ha salido.

HILARIA. Calma, la de Burgos. Tu señora ha salido, efectivamente; pero me tiene encargao a mí que en cuanto volviera por la casa este señor tuviera la amabilidaz de subir a verla; y en el caso de que la señora, por *un casual*, hubiera salido, tuviera la amabilidaz de esperarla. Este señor es amigo de la señora.

PIPO. Sí, sí; ¡digo! ¡Doña Munda!… ¡La hija de Pompeyo!… ¡Uh!

HILARIA. Conque tenga ustez la amabilidaz de sentarse.

BERENGUELA. Sí, señor; siendo así, siéntese el señor.

PIPO. Antes voy aquí al lado… Es decir, no sé… Óigame, portera. La… Aguarde usted un segundo. Dígame usted, joven.

BERENGUELA. ¿Señor?

PIPO. ¿Usted sabe si tardará en volver la señora?

BERENGUELA. No puedo decirle al señor.

HILARIA. Pero ¿no sabes dónde ha ido?

BERENGUELA. No, señora; yo no sé nada.

HILARIA. Yo sí: porque oí las señas que le dió al *chófer*, pa mí que no tarda, caballero. Ha ido a la Clínica de aquí cerca; adonde han ido a curar a los del acidente.

PIPO. ¿De qué accidente?

HILARIA. Eso le iba a contar a ustez cuando entró; pero se me atropellaron las cosas. ¿Ustez no sabe na del acídente; ni de lo que ha pasao en el cuartito…?

PIPO. ¿En el cuartito? ¿Ha pasado algo?

HILARIA. Le diré a ustez, como pasar…

PIPO. A ver, a ver…

Berenguela escucha el diálogo de Hilaria y de Pipo como si fuera Laín Calvo.

HILARIA. En media hora… ¡vamos!… ¡qué montón de cosas! Oiga ustez. A poco de marcharse ustez vino… vino quien ustez sabe.

PIPO. Bien; sí, sí…

HILARIA. Muy tapadita, muy arrebuja… No pudimos verla más que las piernas. Y eso ahora no es llamativo.

PIPO. Adelante; al grano.

HILARIA. Al grano. A los diez minutos de llegar ella —¡si no habrían pasao diez minutos!— el acidente de automóvil ahí a la vuelta, y el amo del coche que sube al cuartito a hablar por teléfono.

PIPO. ¡Caray! ¿El amo del coche?

HILARIA. Sí, señor; el amo del coche. Don Lisardo Infante se llama.

PIPO. *Dando un salto, del susto.* ¿Eh? ¿Don Lisardo Infante?

HILARIA. El mismo: don Lisardo Infante.

PIPO. ¡Portera, usted no sabe lo que dice!

HILARIA. ¡Vaya si lo sé!

PIPO. ¡Usted no sabe lo que dice! ¿De dónde ha sacado usted ese nombre?

HILARIA. De ninguna parte, señor; de él mismo, que lo tuvo que decir por teléfono pa pedir otro coche al Casino.

PIPO. ¡Zambomba! ¡Qué catástrofe! Diga usted, ¿y mientras?… ¿Usted estuvo allí presente?

HILARIA. ¡Como si hubiera estao!

PIPO. ¿Y en el cuartito estaban entonces mi amigo y… y…?

HILARIA. Sí, señor; y…

PIPO. Y ¿no se escondieron?

HILARIA. No, señor: ¡si resultaron ser muy amigos todos!

PIPO. ¿Muy amigos?

HILARIA. ¡Vaya! Y saltó ella y le dijo al Infante —yo lo oí tan claro como le oigo a ustez— que su amigo de ustez y ella se entendían; pero que se lo habían ocultao hasta entonces no sé por qué causa.

PIPO. *Tembloroso.* Portera, portera… usted delira… y va usted a conseguir que delire yo… Hilaria, usted va mucho al *cine*, y está envenenada por aquélla atmósfera… ¡Usted tiene además una enfermedad en la vista!…

HILARIA. ¡Quiá! No, señor.

PIPO. ¡Y otra en el oído!

HILARIA. ¡Qué no, señor! ¡Que oigo y veo, no más que quisiera, pero ¡bueno! lo que es menester pa distinguir lo negro de lo blanco! Como oí también el nombre de ella. *Bajando la voz.* Le dicen Quica.

PIPO. ¿Quica?

HILARIA. Quica.

PIPO. Pero ¿ahí no ha entrado más que una señora?

HILARIA. Nada más.

PIPO. Y ¿le llamaron Quica?

HILARIA. Quica.

PIPO. ¡Ay! ¡Respiro! ¡Gracias a Dios! ¡Qué susto me he llevado! ¡Ahora me explico que no haya habido un terremoto! ¡Quica!… ¡Quica!… ¡Quién podía sospechar!…

HILARIA. Pues, señor, ¡tan mal como cae siempre un nombre, tan bien como cae el otro!

PIPO. *Atónito.* ¿Habrá habido un cambio de papeles?…

BERENGUELA. Llaman.

HILARIA. Llaman; sí.

BERENGUELA. Voy a ver quién es.

HILARIA. Vamos a ver quién es.

Una tras otra se van por la puerta de la derecha.

PIPO. *Tratando de desenredar la madeja que tiene en el caletre.* ¡Caray qué desconcierto! No acabo de entender lo ocurrido… Lisardo ahí, cuando Celso esperaba… ¡Jesús!… En lugar de ella, Quica… ¿Y la postal que me enseñó el otro? No lo entiendo. ¿Y esta señora, qué querrá decirme? La esperaré; la esperaré… De aquí no me muevo hasta que venga… No sea cosa… *Sale Horacio por la puerta de la derecha.* ¡Hola, Horacio! ¿Qué hay? ¿No era la señora?

HORACIO. No, señorito. Era Juan el fumista, que viene a ver no sé qué del horno. Y la Hilaria ha pasao aquí junto porque la ha llamao el señorito.

PIPO. Pero ¿el señorito sigue ahí?

HORACIO. Sí, señorito. Ha abierto el portón y ha llamao a la Hilaria.

PIPO. Y ¿está solo?

HORACIO. Yo en la voz no he podido apreciar si hay alguien adentro…

PIPO. ¡Claro! He dicho una majadería.

HORACIO. Pues yo venía a preguntarle al señorito si necesita el coche; porque si el señorito ya no lo necesita, yo iría a cumplir con otro señorito…

PIPO. No, no; deje usted al señorito ése por ahora.

HORACIO. Es que ayer casi quedé con él en que hoy le llevaría a la estación.

PIPO. ¡Es que puede que tenga usted que llevarme a mí! Yo no sé a qué estación; pero puede… Según veo las cosas…

HORACIO. Bien, bien; el señorito está primero que nadie. Pipo. Gracias.

HORACIO. Don Celso, entonces, no se ha enterao toavía del encuentro. Si el señorito no le ha visto…

PIPO. ¿De qué encuentro?

HORACIO. Del encuentro del paquetito que se dejó en la tienda de las flores.

PIPO. No; no sabe nada todavía. Me ha metido aquí su mujer de usted en cuanto me ha visto, y me ha dicho que esta señora tiene que hablarme y que la espere… Y como anda revuelto el aire…

HORACIO. El acídente de automóvil ha venido a mezclarse a lo otro, y ha asustao un poco a las mujeres. Pero, no; no es por *áhi*.

PIPO. ¿Que no es por *áhi*?

HORACIO. Que no es por *áhi*.

PIPO. Pues ¿por dónde es?

HORACIO. El pescante es un catalejo. Desde que yo traje a don Celso a esta casa, ya barrunté quién era la paloma. Sin faltar.

PIPO. ¿Cree usted?

HORACIO. Estoy seguro. ¡Segurismo! ¡Si lo que no descubra un cochero!… El señorito dirá si me he equivocao. ¿Es rubia?

PIPO. *Tras de vacilar un instante, como si de Natalia fuese su pensamiento a Quica.* Sí; es rubia.

HORACIO. ¿Está en buena edad?

PIPO. Sí.

HORACIO. Viuda, con una cara muy graciosa, dos ojos muy gachones, habitante en la calle de Zurbano… que oye decir Quica y vuelve la cara… ¿Qué hay de esto?

PIPO. Pero ¿cómo ha podido usted acertar…?

HORACIO. Porque yo, señorito, no soy un *visual* solamente, sino que soy también un *retrospetivo*. Y ato cabos.

PIPO. A ver.

HORACIO. El verano pasao, esa señora doña Quica y una hermana suya casada, Dorotea de nombre, si no recuerdo mal…

PIPO. Dorotea, sí.

HORACIO. Estuvieron tomando el fresco en mi coche, allá por el Hipódromo. Y hablaron de hombres… y de que ella, la rubia, debería de volverse a casar. Y salió a cuenta el nombre de don Celso. Y entonces la señora empezó a dar suspiros y a decir que eso sí valía la pena de embarcarse de nuevo… y a confesar que le gustaba unas miajas… Conque blanco y migao… *A Pipo, que está paralizado por el estupor.* ¿Qué le sucede al señorito?

PIPO. Que estoy pensando si me he vuelto idiota esta tarde o si lo soy desde que nací. ¡Es una duda que tengo que resolver cuanto antes!

HORACIO. ¡Las mujeres! ¡Dichosas mujeres!… Pa entenderlas hace falta ser tan equilibrao como un servidor. Yo le llamo equilibrao al hombre a quien no le gusta más que una mujer.

PIPO. ¡Pues somos muchos los desequilibrados!

HORACIO. Sí, señor. Pero yo no lo soy. Porque a mí no me gusta más que la Hilaria. Y yo al seso débil le tengo mucha simpatía, sin embargo, no piense el señorito que no. ¿El señorito no sabe por qué? Pues porque las

mujeres no nos tutean a los cocheros nunca. Vea el señorito qué detalle. Ninguna señora se sube en mi coche y me dice: «Arrea pa los toros». Y, en cambio, no se sube un pollo tomatero que no me grite: «¡Arrea, tú!…». ¡Arrea, tú!… ¡Niño, que peino canas!… ¡Que es la primera vez que nos vemos!…

De improviso, por la puerta de la derecha llegan Celso e Hilaria.

CELSO. ¡Pipo!

HILARIA. ¿Ve ustez cómo está aquí?

PIPO. ¡Celso! ¡Dame un abrazo!

CELSO. *Abrazándolo.* ¡Sí! ¡Ya ajustaremos cuentas! Déjenos, Hilaria. Y usted también, Horacio. Y aguárdenos, ¿eh?, que vamos a tomar el coche en seguida.

HORACIO. A la orden de los señoritos. Anda tú, maestra. *Se va con Hilaria.*

PIPO. ¡Chico, qué revuelta! Y a propósito…

CELSO. A propósito, sí. Ante todo, ¿pareció el libro?

PIPO. Pareció. Aquí lo tienes.

CELSO. Gracias. *Se lo guarda.*

PIPO. No hay de qué.

CELSO. *Indignado, pero sofocando la voz.* ¡Y también tengo que dártelas muy cumplidas por ese hallazgo de entresuelito que me alquilaste; ese rincón del mundo; esa cueva de Arias Montano! ¡Te luciste, alma mía!

PIPO. ¿Sí, eh?

CELSO. ¡Te has desacreditado para siempre! ¡Vaya un nido oculto en la fronda! ¡Me has traído a la Puerta del Sol!

PIPO. ¡Hombre!

CELSO. ¡Hombre! *Bajando aún más la voz.* ¡Aquí, precisamente, separada del nido por un tabique, vive una señora que es la Agencia Fabra!

PIPO. Y ¿tengo yo la culpa?

CELSO. ¿La voy a tener yo, majadero? ¡Me conoce a mí, te conoce a ti, la conoce a ella, conoce a su familia, conoce a la mía, conoce a Poincaré, conoce a todo el mundo!

PIPO. ¡Ya lo sé, ya! ¡Pero ésas son quiebras del juego, don… don… don Juanete! ¡Cuando *don José López* tomó su cuartito, aquí vivía un cura!

CELSO. ¡Aquí vivía un cura!…

PIPO. ¡Sí, señor; un cura! Y ya que te alborotas y te revuelves con una ingratitud incalificable, después de haberme dicho que era inmenso como el Océano, vas a oírme también.

CELSO. Pues vámonos al coche.

PIPO. No; aquí. Yo he de esperar a esta señora. Te tenía por un vanidoso, pero no por un sinvergüenza.

CELSO. Al revés que yo a ti.

PIPO. ¡Es que yo, desde hoy, te tengo ya por un sinvergüenza vanidoso! ¡Ya sé, ya sé que la mujer a quien tú esperabas no es la que me dijiste!…

CELSO. *Acogiéndose a la afirmación de su amigo, para salvar así ante él, tanto el nombre de Natalia como su amor propio.* ¡Claro que no! ¡Es preciso tener sobre los hombros una olla en vez de una cabeza, para haberlo creído!

PIPO. ¡Sí; pero tú bien que me enseñaste una postalita para que lo creyera!

CELSO. ¡Eso mismo te prueba lo burdo de mi broma!

PIPO. ¿De tu broma?

CELSO. ¡De mi broma! Pues ¿qué podía ser aquello más que una broma? ¡Una mujer como ésa iba a venir a una cita de amor!… ¡Vamos, hombre!

PIPO. No le haces mucho favor a la que ha venido.

CELSO. Y ¿qué sabes tú la que ha venido y a lo que ha venido?

PIPO. ¿Conque no? ¡Pues a pesar de tu broma, y de tu disimulo, y de todas tus artimañas, lo sé! ¡Sé con quién son tus amoríos!

CELSO. ¿Con quién?

PIPO. ¡Con Quica!

CELSO. *Desconcertado.* ¿Con Quica?

PIPO. ¡Con Quica! ¡Niégamelo!

CELSO. ¿Te lo ha dicho ella? ¡Pero esa mujer se ha vuelto loca!

PIPO. ¡No me lo ha dicho ella!

CELSO. Pues ¿quién te lo ha dicho?

PIPO. ¡El aire!

Berenguela asoma en la puerta del foro y dice, señalando a la de la derecha:

BERENGUELA. La señora Hilaria está escuchando detrás de esa puerta.

PIPO. ¿Qué?

BERENGUELA. Que está escuchando detrás de esa puerta la señora Hilaria. *Se retira.*

La señora Hilaria grita desde dentro:

HILARIA. ¡No es verdaz!

PIPO. Pues parece que sí.

CELSO. Pipo, vámonos a la calle. Fuera de bromas y de gansadas. ¿Por quién sabes tú…? Necesito que hablemos en serio.

PIPO. ¡Ay, querido amigo!… Las paredes oyen… los pescantes oyen… las ondas hertzianas no se recogen sólo en las estaciones oficiales… ¡Las hay también establecidas por el azar dondequiera!…

CELSO. Explícame ese jeroglífico.

PIPO. Este verano se paseaba Quica con su hermanita Dorotea tomando el fresco… y le declaraba entre suspiros, *sotto voce*, que para *fresco…* tú.

CELSO. ¿Qué?

PIPO. ¡Y que estaba perdidita por tus pedazos!

CELSO. *Ante quien inesperadamente se descorre un velo.* ¡Ah!… ¡Oídos que tal oyen!…

PIPO. ¿De qué te ha servido el ocultármelo?

CELSO. De nada… de nada… ¡absolutamente de nada!

Sorprendiendo a los dos, llega por la puerta de la derecha Quica, un si es no es inquieta. De Berenguela y de Hilaria no se vuelve a saber: lo probable

es que estén en la cocina discutiendo acaloradamente.

PIPO. *Voilà*.

CELSO. ¡Quica!

QUICA. ¡Hola, Santaella! ¿Usted aquí? ¿Y usted, Celso? A mí me ha sucedido un chasco… Fuí a ver a Natalia Infante, como le dije a usted, y en su casa me han asegurado que ella ha venido aquí.

CELSO. Y es verdad: ha venido aquí.

QUICA. Nos habremos cruzado en el camino. Allí hay gran alarma con motivo del accidente de automóvil. Ha llegado la noticia de un modo fantástico. Infante estaba despachurrado en la carretera; el *chauffeur*, hecho cisco; de Paulino Ramal no se ha encontrado más que el bisoñé… En la casa ha habido dos o tres pataletas; todos están oliendo algo: vinagre, éter… ¡Jesús!

CELSO. He ahí la razón por la cual ha venido Natalia. Y ahora mismo la ha acompañado doña Munda a la clínica del doctor Aedo, para que vea por sus propios ojos a Lisardo y se tranquilice.

QUICA. ¡Ah, vamos!… ¡Me tranquilizo yo también! ¿Sabe usted que está la tarde de emociones fuertes? ¿Hoy qué es, que lo voy a apuntar?

PIPO. Jueves, cinco; víspera de los Reyes Magos.

QUICA. Y ¿por qué me lo dice usted con esa sonrisita? Pipo. Porque ésta es la mejor que tengo.

Quica mira a Celso, que la está contemplando a ella con extraño interés.

De improviso, aparece por la puerta de la derecha doña Munda.

QUICA. ¡Doña Munda!

CELSO. ¡Doña Munda!

PIPO. Señora…

DOÑA MUNDA. ¡Cuánto honor para esta humilde casa!… Nunca se vió tan favorecida…

QUICA. ¿Y Natalia?

DOÑA MUNDA. Natalia ya ha quedado tranquila, y con su esposo, que ha quedado tranquilo también. En el coche me han traído hasta casa. Y he

visto entre ellos lo que nunca esperaba ver. Cuando se encontraron en la clínica, se abrazaron de un modo que conmovía… Lloraban los dos…

Quica. ¿Lloraban los dos?

Doña Munda. Los dos. Ella era más natural que llorase. Pero ¿y él? ¿Por qué lloraba él, siempre tan frívolo o tan brusco con ella? ¡Qué sé yo! Pensé, al verlos, si algo tendrían que perdonarse mutuamente.

Quica. Acaso.

Doña Munda. Sea lo que quiera, presumo, adivino que hoy comienza para ese matrimonio una nueva luna. Pero no una luna de miel, de besos y caricias, sino una luna de luz más templada y más noble. Se me figura a mí que los ha estrechado un mismo sentimiento, un mismo miedo de perderse. No sé por qué, creo yo que hoy nace para ellos la felicidad verdadera.

Quica. ¡Ojalá! Ella la merece. Él, quizá, alcance a merecerla. ¿Por qué no? *Con brío y exaltación cordiales; con gracia, mirando a Celso.* Y si a alguien le pesa esa felicidad, ¡que se muera!

Pipo. *Un tanto perplejo ante el arranque.* ¿Que se muera?

Doña Munda. *Lo mismo.* ¿Que se muera?

Todas las miradas van a Celso, que entonces, grave y sinceramente, exclama, dando así respuesta a la intención de Quica:

Celso. Si a alguien le pesa esa felicidad, ¡que se muera!

Quica. *Con un gran suspiro.* ¡Ay!… ¡Sí que son emociones fuertes!

Conmovida, se deja caer en una silla. Doña Munda le estrecha una mano que ella le tiende.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPÍLOGO

La misma decoración del primer acto. Es de noche. La luz de la luna, penetrando por los cristales del balcón, ilumina la estancia.

Quica, que antes de ir al teatro ha pasado por el entresuelito, está sentada punto al balcón y aguarda. Su imaginación no descansa un instante. Habla sola otra vez… porque no tiene más remedio.

QUICA. Pues, señor, el mundo al revés… ¡Pero al revés del todo! ¡Yo… esperando aquí a un hombre que no me quiere!… ¡Que no me quiere! Sin embargo, por algo estoy aquí… Que no me quiera hoy no es decir que no pueda quererme algún día… mañana o pasado… ¡Ay! ¡Qué nochecita la de ayer!… Sin pegar un ojo. Así tengo los nervios… ¿Y él, habrá dormido? ¿Qué consejo le habrá dado a él su almohada? A mí, la mía me ha aconsejado muchos disparates. El primero de todos, éste. Pero ¡quién sabe! Dentro de un disparate puede estar la felicidad. ¿No es un disparate casarse, y todas nos casamos, buscándola?… *Pausa.* ¡Hermosa noche!… ¡La luna de enero!… *Reaccionando.* Mira, Quica, romanticismos, no; aquí hemos venido a algo práctico. Deja la luna para luego. *Levantándose de repente.* ¡Ahí está él! Me escondo. Si me ha obedecido la portera y nada le ha dicho, veré si habla solo también como yo. *Vase por la puerta del foro.*

A poco, por la de la izquierda, sale Celso. Viene de «smoking». Tal vez piense acompañar a Quica luego al teatro. Da luz al gabinete. Después cierra el balcón y se quita sombrero y capa. Parece preocupado. Pasea.

CELSO. Pues, señor, ¡vaya una aventurita!

¡Aprended, flores, de mi

lo que va de ayer a hoy!…

En el mismo cuartito… esperando también a una mujer… y, a pesar de ello, ¡de qué manera tan distinta estoy nervioso! Pero ¡de qué manera tan distinta!… Los muebles se me figura que se ríen de mí.

¡Oh, dulces prendas, por mi mal halladas!…

¡Vaya! He venido clásico. ¿Y ella?… ¿Qué querrá ella? ¿Cuáles podrán ser sus intenciones? ¡Es tan extraño esto!… ¡Aunque sea verdad que algún día pensó en mí!… ¿Pretenderá llevar adelante…? ¡Ah!, pues se equivoca la viudita, ¡se equivoca!… La ratonera que ella me pone es de oro, ¡pero es ratonera!… Se equivoca, se equivoca… ¡Yo no soy ningún palomino atontado! ¡Se equivoca completamente! *Cogiendo de pronto unos guantes que hay sobre una silla.* ¿Qué es esto? ¿De quién son estos guantes?

Vuelve Quica oportunamente, sorprendiéndole.

QUICA. ¡De la trapera!

CELSO. ¡Quica! Pero ¿estaba usted ahí?

QUICA. ¡Por lo visto!

CELSO. ¡No me ha dicho nada la portera!

QUICA. ¡Es que yo le dije a la portera que no le dijese a usted nada! Quería asustarlo a usted.

CELSO. Yo no me asusto de lo bonito.

QUICA. Muchas gracias. Quería ver también si hablaba usted solo.

CELSO. Pues sí; sí hablo solo, a veces. Monologueo bastante.

QUICA. Desde que entró usted aquí no ha parado, al menos.

CELSO. ¿Me ha oído usted?

QUICA. ¡No que no!

CELSO. Pero no me habrá entendido nada.

QUICA. Poca cosa; palabras sueltas… Viudita… ratonera… palomino atontado… Palabras sueltas nada más.

CELSO. Sí… palabras sueltas…

QUICA. Como en un cruce de teléfonos. *Fingiendo la voz débil y lejana propia del ejemplo que pone.* Palomino atontado… ratonera… viudita…

CELSO. Ya, ya, ya. ¡Esa Hilaria!…

QUICA. No la pague usted con Hilaria, que no tiene la culpa. Y vamos nosotros a cuentas. En primer lugar…

CELSO. En primer lugar, Quica, déjeme usted que la contemple, que la admire…

QUICA. Y ¿no podemos hablar entretanto?

CELSO. Yo, no.

QUICA. ¿Usted no puede admirar y hablar a la vez?

CELSO. No… no, señora; no me sale la voz. Cuando la admiración es de esta índole, no me sale la voz.

QUICA. ¡Ah, amigo! ¡No contaba yo con producir este efectazo! He dado el golpe. Calle, calle y mire todo el tiempo que necesite. Usted me avisará. *Pasea, coqueteando, ante él. Él sonríe, contemplándola. Pausa.* ¿Ya?

CELSO. Todavía no.

Nueva pausa.

QUICA. ¿Y ahora?

CELSO. Aún es pronto; pero haré un esfuerzo, en obsequio a usted.

QUICA. Sí, señor; hágalo. Hágalo, hágalo; yo se lo pido a usted además. Porque a mí no me toma el pelo ninguno de Trujillo. ¿No es usted de Trujillo?

CELSO. Sí, lo soy, y lo tengo a gala. Pero sepa usted que ninguno de Trujillo, y menos yo, es capaz de eso a que usted le llama tomarle el pelo.

QUICA. La frase no es muy parlamentaria —aunque ustedes, en el Parlamento, las emplean peores—; pero aquí no hay taquígrafos.

CELSO. Ni hacen falta. Es tan singular esta entrevista nuestra, que a mí no se me olvidará ni una sola palabra de las que usted me diga.

QUICA. Es posible. Sobre todo, algo de lo que me va usted a oír creo que le causará la impresión bastante para no olvidarlo en algún tiempo.

CELSO. Usted dirá.

QUICA. El marido de Natalia sospecha.

CELSO. ¡Quica! ¿A pesar de cuanto le dijo usted ayer aquí?

QUICA. A pesar de todo. El hombre se tranquilizó, reflexionó acaso… Además, yo temo que haya dado con alguna prueba.

CELSO. ¡Diablo!

QUICA. De ahí esta cita aquí; de ahí la urgencia de que cambiáramos usted y yo impresiones a solas.

CELSO. Una prueba… una prueba… Prueba material no ha podido encontrar ninguna ese hombre. No existe; no la hay.

QUICA. ¿Está usted seguro?

CELSO. De esto que digo sí. Pero de nada más puedo estarlo, después del sinnúmero de casualidades, que se dieron ayer y que parece que hace tiempo nos rondan.

QUICA. Yo, anoche mismo, para asegurarme de que mi obra, nuestra obra, había logrado un éxito absoluto, volví a hablar de usted y de mí con Lisardo. Y observé que me escuchaba mirándome con algún recelo, con incredulidad, con sorna… Lisardo no me cree.

CELSO. ¿No?

QUICA. No me cree… y es lógico, después de todo, que no me crea. Dada la confianza con que nos tratamos, se sorprende el hombre, sin duda ninguna, de no haber advertido jamás entre usted y yo un chispazo siquiera de este cariñazo que yo le dije ayer que nos teníamos en secreto. ¡Porque usted siempre ha estado junto a mí como un pájaro frito!

CELSO. Y era necesario que así fuese, si usted se fija aun aceptando lo del pájaro frito. Si yo soy un hombre de honor y sostengo secretas relaciones con una señora —por causas atendibles—, ¿cómo no había de extremar mi disimulo?

QUICA. Bien. Pase que así fuera. Ésa podría haber sido una razón para Lisardo, hasta ayer. Pero ¿quién le dice a usted que ayer mismo, que esta misma mañana no ha venido ese hombre a enterarse hábilmente por la portera

—que ya sabemos todos que es reservadísima— de si es cierto o no es cierto que nosotros dos nos vemos aquí como en nuestra casa?

CELSO. *Impresionado.* Es verdad. Eso sí es verdad. Si él ha sospechado…

QUICA. ¡Tiene la traición que tapar muchos agujeritos!

Pansa. Celso pasea, reflexionando. Quica lo mira socarronamente.

CELSO. ¿Vamos a preguntarle a la portera…?

QUICA. ¡Hombre, no! Porque si Lisardo no ha venido, no hay necesidad ninguna de meterla en la danza; y si ha venido, ya no tiene remedio.

CELSO. ¿Cómo qué no? ¡Prevenirnos en este caso!

QUICA. Deje usted a la portera en paz. Éste es asunto que hemos de resolver entre nosotros; los dos solitos, cara a cara.

CELSO. La verdad, Quica: aquí hay un dilema clarísimo. Si Lisardo averigua que nuestros amores son una farsa, el caso no tiene solución satisfactoria. Yo pecharé con las consecuencias.

QUICA. Usted… y Natalia, la pobre.

CELSO. Y ¿cómo remediarlo? Ahora, si esa sospecha de Lisardo, a que usted se refiere, no existe, o alienta y vive con poquísima fuerza, fácilmente podemos destruirla.

QUICA. ¿Cómo?

CELSO. ¿Cómo ha de ser? Sosteniendo durante algún tiempo la comedia ayer empezada.

QUICA. ¿Durante algún tiempo?

CELSO. Sí; durante algún tiempo. El que preciso fuera. Un mes, dos, tres meses… fingiremos ese cariño.

QUICA. ¡Lo fingiremos!…

CELSO. Sí.

QUICA. ¿Le saldrá a usted la voz?

CELSO. ¿Por qué no, Quica?

QUICA. No nos va a resultar la comedia. Usted no siente su papel ni poco ni mucho.

CELSO. ¿Usted el suyo, sí?

QUICA. ¡Sí, señor! ¡Pero no se pavonee usted por eso! ¡Es que las mujeres fingimos cuando tenemos que fingir! ¿No me vió usted ayer, mamarracho? ¡A poco más le tomo a usted la carita! En cambio, a usted le temblaban las piernas, le castañeteaban los dientes, se le pusieron los vellos de punta, estaba blanco como el papel, sudaba… ¡Qué irrisión de hombre! No, no, no… no me embarco en la farsa; no me fío en absoluto de usted.

CELSO. Perfectamente. Después de todo, hace usted bien. Quica: yo tampoco me fío. Me repugnan ciertas situaciones.

QUICA. ¡Sí! ¡Usted tiene la epidermis muy delicada! ¡Engañar usted a Lisardo Infante simulando que me quiere a mí!… ¡Vamos!… ¡Le pide una a los hombres unos sacrificios!…

CELSO. *Picado.* Pues ése me costaría menos esfuerzo que fingir que la quiero a usted delante de Natalia.

QUICA. ¡Pues ella se lo agradecería a usted muchísimo! Porque ya ha visto claro en su deber de esposa… y porque nunca lo ha querido a usted para nada. No se sonría vanidosamente, no. No es que ella lo quisiera a usted; es que el otro no la quería. ¡Que es muy diferente, caballerito! Pero ahora ya está convencida de que su traición hubiera sido hielo para todas las horas.

CELSO. Quica, no hemos de discutir nosotros eso. No hay que volver sobre lo que ayer quedó resuelto en su conciencia y en la mía. Vengamos a nuestra situación. Para evitar que la comedia empezada nos falle, representémosla desde lejos. Yo me ausento una temporada de Madrid… y al cabo de ella, *terminamos…* por cartas. No seremos los primeros amantes o novios que rompen en vísperas de unirse. Entonces, cuando vea usted a Lisardo, le dirá, con esa naturalidad que tan bien le cuadra: «Aquello terminó». Y yo, cuando me lo encuentre por ahí este verano, le diré lo mismo: «Terminó aquello». Por mal comediante que yo sea, una frase la sabré decir. Y quedarán las aguas tranquilas. ¿Qué le parece?

QUICA. *Disimulando su despecho.* ¡Admirable!

CELSO. ¿De veras?

QUICA. ¡Admirable! No se ofenda usted, Celso; pero no esperaba tanto de su inventiva. ¡Eso no es un rayo de luz: eso es una antorcha! ¡Y las aguas

tranquilas, como usted dice! ¡Tranquilas, tranquilas! ¡Se verán las chinitas del fondo y los pececitos de colores! No hay más que hablar: la solución que usted da se ha impuesto. Usted le dirá a él: «Acabé con Quica, por loca». Y yo: «Acabé con Celso, por tonto».

CELSO. ¡Como usted quiera!

QUICA. ¡El toque está en darle a la mentira carácter de verdad!

CELSO. En ese caso, yo no podré decir que acabé con usted por loca.

QUICA. ¿Cree usted que no lo estoy?

CELSO. Lo que yo le diga a Lisardo respecto de usted, será muy diferente, muy diferente… será muy diferente.

QUICA. ¡Bravo! ¡Precioso *latiguillo*!

CELSO. ¿Se burla usted?

QUICA. Me admiro. Ahora soy yo la admiradora.

Dentro, hacia la izquierda, se oye un golpe, como de una silla que se ha caído. Sobrecogidos se miran los dos.

CELSO. ¿Qué ha sido eso?

QUICA. ¡Qué sé yo! Pero ¿hay alguien ahí?

CELSO. Nadie.

QUICA. ¿Nadie? ¡Alguien tiene que haber!

CELSO. No se asuste usted, que no hay nadie.

QUICA. ¡Es que si no hay nadie me asusto más!

CELSO. Deje usted; voy a verlo.

QUICA. ¡Espere usted, hombre! Piense usted antes…

CELSO. ¿Qué?

QUICA. Si fuera…

CELSO. ¿Quién?

QUICA. *En voz baja.* ¡Lisardo!

CELSO. ¡Por Dios, Quica! ¡Qué desatino!

QUICA. ¿Desatino? ¡No crea usted que lo es!

CELSO. ¡Conseguirá usted sugestionarme!

QUICA. ¡Es que hasta ahora no he querido decirle a usted nada; pero he venido aquí con la aprensión de que seguían mi coche!

CELSO. ¿Eh?

QUICA. ¡Al entrar, vi como el bulto de una persona tras un árbol de enfrente!…

CELSO. ¡Quica!

QUICA. ¡Sí, Celso; sí! ¡Ay, Virgen del Amparo! ¡Si fuera él!… ¡Si acaso ha comprado a la portera!… ¡Si nos ha oído!…

CELSO. Vaya, Quica, vaya: eso no es más que una alucinación de usted, hija del temor. Cálmese. Voy a ver lo que sea. *Se va por la puerta de la izquierda.*

QUICA. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Que no sea Lisardo! ¡Pero, sí, sí, va a ser Lisardo! ¡Dios va a castigarme! ¡Ya me ha pasado alguna vez: invento una mentira… y luego me sale verdad! ¿Para qué habré inventado yo que Lisardo sospecha?

Vuelve Celso por la puerta del foro.

CELSO. ¿Ve usted cómo era miedo suyo?

QUICA. *Asustada.* ¡Ay!

CELSO. ¡Quica, por Dios vivo!

QUICA. ¡Es que lo esperaba a usted por esa otra puerta!

CELSO. ¡Es que le he dado la vuelta a la casa!

QUICA. Y ¿no había nadie?

CELSO. Sí.

QUICA. ¿Ve usted? ¿Quién?

CELSO. ¿Quién había de ser? ¡La portera!

QUICA. ¡Ah! ¡La portera! ¡Maldita mujer, qué susto me ha dado!

CELSO. Cálmese usted, por Dios… Ya pasó… el peligro… ¿Quiere usted un poco de agua?

QUICA. No.

CELSO. Una taza de té: puedo hacérsela a usted en un vuelo.

QUICA. *Con risa nerviosa.* ¡Ja, ja, ja!

CELSO. ¿De qué se ríe?

QUICA. ¡De figurármelo a usted con el infiernillo! ¡Ja, ja, ja!

CELSO. Pues si quiere usted verme…

QUICA. No, no: de veras. Muchas gracias.

CELSO. ¿Y una copita de *champagne*, no le sentaría?

QUICA. ¿Del que pensaba usted beberse ayer? ¡Antes bebo ácido sulfúrico! Y ¿a qué ha subido la portera, me quiere usted decir?

CELSO. A oler, como siempre. A ella nunca le falta un pretexto. Creyendo que no estábamos; por si había dejado alguna luz encendida… ¡Cualquier cosa!

QUICA. ¡Jesús!

CELSO. Conque tranquilícese usted del todo. Y borre de su frente la visión de Lisardo. Esté usted segura, como yo lo estoy ya; como lo estaba antes de que usted me hablase de su recelo, fruto de una imaginación excitada por los novelescos lances de ayer. Esté usted segura. Doña Munda vió en los hechos con sagaz mirada. En la vida hay lecciones que aprovechan para fundar una vida nueva. Sobre algo que se derrumba en nosotros se puede alzar algo más fuerte.

QUICA. ¿Lo cree usted así?

CELSO. Así lo creo.

QUICA. Yo también. Desecho todos mis temores. ¡Vayan al diablo mis temores! Natalia y Lisardo serán dichosos. Fué tremenda la sacudida que sufrieron los dos. A ella le dijeron que su marido se moría aquí… ¡aquí! Él vió… ¡aquí también! un retrato de ella, y pasó un minuto capaz de volver del revés a la piedra más dura.

CELSO. Es cierto. Así se lo dije yo a Natalia. Lisardo se asió, como a una tabla un náufrago, a la idea de que era usted mi amante o mi amada… porque si no era usted, podía ser su esposa. Este pavor lo ha convertido enteramente. Creyó aquello; siempre lo creerá, no podrá ni querrá dejar de creerlo.

QUICA. Sí, sí; serán dichosos… ¡serán dichosos!… ¡Con una dicha que yo nunca tuve!

CELSO. ¿Nunca?

QUICA. ¡Nunca! Ahora sí tengo la de haber contribuido a la de Natalia.

CELSO. Y yo.

QUICA. ¿Usted? ¡A la fuerza ahorcan!

CELSO. Es usted graciosísima. Pero espero que sabrá hacerme la justicia, por liviano que me suponga, de creer que si yo hubiera visto feliz a su amiga habría echado por otro camino. Fué su desventura precisamente la que la embelleció a mis ojos y avivó mi deseo. Palabra de honor. No soy un hombre malo, Quica.

QUICA. Ni bueno.

CELSO. Ni bueno.

QUICA. Un poquillo tonto, presumidote, amigo de lucir… Sobre todo, un poquillo tonto.

CELSO. Sea: un poquillo tonto.

QUICA. O tal vez a mí me lo parece, porque yo me considero más lista que usted.

CELSO. ¡Y lo es! ¡Infinitamente más lista!

QUICA. ¿Me está usted dando la razón, como a los borrachos?

CELSO. Lo que estoy ya es dispuesto a complacerla a usted en todo esta noche.

QUICA. ¿A que no?

CELSO. ¿A que sí?

QUICA. ¿Pida lo que pida?

CELSO. Pida lo que pida. ¿Qué es lo primero que va usted a pedirme?

QUICA. *Después de hacerle esperar la respuesta.* Que me ayude usted a ponerme el abrigo.

CELSO. Pero ¿se va usted?

QUICA. ¡Claro que me voy!

CELSO. ¡No se vaya usted todavía!

QUICA. Comprenda usted, Celso, que ya… ya no debo estar aquí ni un minuto.

CELSO. ¿Ni un minuto? Un minuto siquiera.

QUICA. Además es muy tarde.

CELSO. ¿Qué hora es?

QUICA. *Mirando su reloj de pulsera.* ¿Las siete? ¡Calle! ¡Se ha parado!

CELSO. ¿Se ha parado? ¡Ese relojito de usted sí que es tonto!

QUICA. ¿Por qué?

CELSO. ¡Pararse… ahí!…

QUICA. ¡Eso es muy fuerte, Celso!

CELSO. ¡No!

QUICA. Ande, ayúdeme a ponerme el abrigo.

CELSO. No debo insistir más…

QUICA. No; porque está usted para complacerme, según ha dicho.

CELSO. ¿Adónde va usted?

QUICA. Al Real. ¡Ensanche sus pulmones! Ya lo dejo a usted libre de Quica. Puede usted volver a su monólogo: «Ratonera… viudita… palomino atontado…».

CELSO. ¡Ja, ja, ja!

QUICA. Quedamos… en que usted se ausenta de Madrid… y en que reñiremos por cartas.

CELSO. ¡Ausentarme yo de Madrid!… ¡Reñir con usted!…

QUICA. Reñir… como *novio…* Seremos dos novios que siguen amigos…

CELSO. *Viendo a Quica pasear por el gabinetito los ojos.* ¿Qué hace usted?

QUICA. Darle al cuartito el último adiós… Me hago la ilusión de que lo hemos perfumado un poquito, purificado… ¿no es verdad? ¡Y creo que hemos de recordarlo siempre con simpatía usted y yo! Se me figura.

CELSO. No lo dude usted.

QUICA. Cuando ayer entré aquí, un músico ambulante tocaba en la esquina al violín la «*Rêverie*» de Schumann… Lo tomé a buen agüero, porque siempre que oigo por casualidad esa música me salen bien las cosas. Como ahora lo encuentre le voy a decir que la toque. Adiós, Celso.

CELSO. Adiós, Quica. ¡Ah! Un instante.

QUICA. ¡No hay ya más instantes!

CELSO. ¡Sí!

QUICA. ¡No!

CELSO. Hemos olvidado un detalle, Quica.

QUICA. ¿Cuál?

CELSO. Justamente a propósito del cuartito. ¿Será por fin para su ahijada?

QUICA. ¡No!

CELSO. ¿Por qué no?

QUICA. Porque no. Esa fué una mentira mía a doña Munda.

CELSO. Pero si según usted lo hemos ennoblecido y perfumado, ¿qué mejor destino podemos darle en recuerdo de esta aventura, base de la felicidad de un matrimonio casi divorciado antes de ella, que regalárselo a unos novios llenos de ilusiones?

QUICA. No me decido a contestarle a usted de plano. Ya discutiremos el asunto en nuestra correspondencia antes de romper. ¡Quién sabe!… ¡A mi ahijada, es claro, le caería como un premio gordo! Y siendo de ella yo podría volver a él tranquilamente, y… Veremos, veremos. Adiós ahora.

CELSO. Una palabra todavía.

QUICA. ¡Se acabó! Buenas noches.

CELSO. ¡Si es una pregunta no más: la última!

QUICA. ¡Pero ha de ser la última!

CELSO. La última de esta noche.

QUICA. Venga ya.

CELSO. Gracias. Y el caso es… el caso es que no sé cómo hacerla.

QUICA. ¡Ay, qué pavo! ¿Timidez a estas alturas, hijo?

CELSO. Timidez, sí… Nuestra situación ha cambiado mucho… Y además, ¡me ha llamado usted de ayer a acá presuntuoso tantísimas veces!… En fin, oiga usted, pero no se ría.

QUICA. Eso va a ser difícil.

CELSO. Pues oiga usted, aunque se ría. *Con emoción, con cuidado, con tacto.* Ayer tarde, momentos antes de su vuelta de usted al cuartito de doña Munda, un amigo nuestro, engañado, como ya lo están todos, respecto de la aventura de este otro cuartito, me dijo que él había descubierto la verdad por modo misterioso… Y aludió entonces a cierta confidencia de una mujer, que bien pudiera llamarse Quica, tenida con una hermana suya, que tal vez se llama Dorotea, en la que la una revelara a la otra un secreto de amor… de predilección por un hombre… que llevaron al oído de nuestro amigo las ondas hertzianas…

QUICA. *Compartiendo la emoción de Celso.* Las ondas hertzianas…

CELSO. ¿Soñaba nuestro amigo?

QUICA. La preguntita, Celso…

CELSO. ¿Soñaba?

Quica, tras breve lucha de su corazón y de su espíritu, se resuelve gallardamente a quemar las naves.

QUICA. ¡No, señor; no soñaba!

CELSO. ¡Quica!

QUICA. ¡No soñaba! Yo podía haberle contestado a usted con una risa llena de júbilo, con un juego de ojos que le dijera sin palabras lo que usted me pregunta. Pero eso sería muy vulgar; eso no sería digno de mí en este momento. La novela que desde ayer estamos viviendo, llena de episodios inesperados, me autoriza a algo más y me empuja a declarárselo a usted. No temo ponerme colorada, porque ya lo estoy. Si usted, en cambio, se pone pálido, tanto mejor para los dos. Es cierto; es cierto. He pensado en usted muchas horas…

CELSO. ¡Quica!

QUICA. He seguido con alegría sus triunfos sociales; me he envanecido no sé por qué de ellos; he vivido, sin que usted lo advirtiera, muy cerca de usted… ¡Tan cerca… tan cerca, que en más de una ocasión he padecido y he llorado!… Yo he hecho por agradarle a usted, por que usted se fijara en mi persona, cuanto le es lícito a una mujer que no es una frívola coqueta… ¡Y usted, pasando siempre junto a mí como un palomino atontado! ¡Ahora sí que

encaja bien esto! ¡Sí, señor, sí; pavonéese usted ya todo lo que pueda! He pensado en usted, he soñado en usted: ¡veía en usted un reverso tan seductor de otra persona… de cuyo nombre no quiero acordarme!… A mí me trajo a este entresuelito solamente un impulso de amistad, de conciencia: se lo juro a usted. ¡Pero, a pesar mío, ayer, al insultarlo a usted con aquel coraje, hablaban los celos! ¡Los celos! ¿Se ha enterado usted, monigote? ¡Los celos! ¿Está contestada su pregunta? ¡No hable usted, que va a decir una tontería! ¿Está contestada? ¿Sí? ¡Pues ya descanso! ¡Piense usted ahora de mí lo que se le antoje! ¡Que estoy loca, inclusive! ¡Que estoy educada en Nueva York, donde dicen que se habla más claro que aquí! ¡Júzgueme usted según le plazca! Pero este mundo es muy pequeño y muy grande: como un corazón… Y yo no he querido, al oír la pregunta de usted, esa última pregunta de esta noche, dejarla sin respuesta, y que, por haberla dejado, llegara algún día en que los dos pensáramos con remordimiento: «Nos encontramos y no nos vimos»; y en que yo pudiera decir: «Te llamé, y no me oíste». ¡Ay!… ¡No puedo más!… Buenas noches, Celso… Hasta mañana si Dios quiere. Que usted descanse. *Vase a escape por la puerta de la izquierda.*

CELSO. ¡Quica! *Corre tras ella.* ¡Quica! *Desaparece un punto y torna en seguida.* ¡Va como un rayo esa mujer!… ¡Qué cosas me ha dicho!… ¡Extraño final de una aventura! *Corre al balcón y abre las puertas de madera. Levanta un visillo y mira al exterior.* ¡Ha vuelto la cara hacia arriba!… Pero ¿sigue andando?… ¿Por qué no toma el coche? *Se quita del balcón.* ¡Verdaderamente ha estado hermosa! ¡Qué cosas me ha dicho!… ¡Es una mujer extraordinaria!… Vamos al Real. *Se pone aprisa capa y sombrero.* El mundo es pequeño y es grande… como un corazón… *Principia a sonar en la calle, tocada al violín, la «Rêverie» de Schumann.* ¡Ah!… ¡La *Rêverie* de sus presagios!… ¡Qué Quica ésta!… ¡Para eso echó a andar calle arriba!… ¡Vamos al Real!

Apaga la luz y se marcha por la puerta de la izquierda tarareando la música. La luna, entonces, queda como reina y señora de la estancia, pintando las sombras de los muebles. El músico callejero continúa tocando. Un momento está la escena sola. Luego cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, enero, 1920.

LA FLOR EN EL LIBRO

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el **TEATRO NOVEDADES**, de Barcelona, el 17 de septiembre de 1920

A nuestros queridos amigos
IRENE ALBA *y* **JUAN BONAFÉ**,
alegría de la escena española.
SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pascuala.	Irene Alba.
Pascual.	Juan Bonafé.

LA FLOR EN EL LIBRO

Gabinete elegante, en casa de Pascual y Pascuala, en Madrid. Sendas puertas al foro, a la derecha y a la izquierda. Es de noche.

Pascuala y Pascual, que andan por los cuarenta y tantos años, llevan quince de matrimonio. No tienen hijos. La mayor parte de los días, rabian.

Sale Pascual, en traje de casa, por la puerta de la derecha del actor, dado a todos los mengues.

PASCUAL. ¡Cristo Padre, qué día llevamos hoy! ¡Como la noche vaya a seguir así, me echo a la calle aunque caigan rayos! ¡Mejor, si caen rayos! ¡A ver si hay uno que me divorcie! *Pasea agitadísimo.* ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Esto no es vida! ¡Ni hay ley humana ni divina que obligue a este tormento! ¡No creo que sufra más un domador de fieras metido en la jaula! *Con terror súbito.* ¡Ahí viene otra vez! ¡No quiero verla ahora!

Pascuala lo llama desde dentro.

PASCUALA. ¡Pascual!

PASCUAL. ¡No quiero oírla! ¡Hoy tiene voz de despertador!

Vase por la puerta de la izquierda escapado. A poco, por la de la derecha, aparece Pascuala en estado muy semejante al de Pascual. Algo más nerviosa, porque las señoras son más sensibles.

PASCUALA. No está aquí. ¡Se fué! ¡Me huye! ¡Me huye! ¡Ya, hasta me huye, como si estuviese apestada! ¿Qué he hecho yo, Señor, para merecer esta vida? ¡Esto no es matrimonio: esto es encerrar en una casa a una perra y a un gato! ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Mi paciencia ha llegado al

límite! *Ladra dentro un perrillo faldero.* ¡Muérdele, *Aníbal*! ¡Muérdele! ¡Ay, qué coraje tengo!

Vuelve Pascual por la puerta del foro.

PASCUAL. Ese perrito va a morir de un puntapié mío.

PASCUALA. ¿Sí, eh? ¡Pues aquel día vas tú a la cárcel!

PASCUAL. ¡Encantado!

PASCUALA. ¿Estás aquí peor?

PASCUAL. ¡Cuando te digo que encantado!… Pero tranquilízate un poco, si puedes, que acaba de llegar la vecina.

PASCUALA. ¿Quién? ¿Dorotea?

PASCUAL. Dorotea; sí.

PASCUALA. *Descompuesta.* ¡Ah, pues que se vaya!

PASCUAL. ¡Schsss!…

PASCUALA. ¡No me quiero callar! ¡Que se vaya!

PASCUAL. ¡Schsss!…

PASCUALA. ¡Viene a sonsacarte, a ponerte los ojos en blanco, a burlarse de mí en mis narices!…

PASCUAL. ¡Ave María Purísima! *Cierva precipitadamente las tres puertas.*

PASCUALA. ¡Si tú te sientes estudiantil, vete a su casa, que la bruja de la mamá cuidará de hacerse la dormida!

PASCUAL. ¡Schsss! ¡No digas despropósitos!

PASCUALA. ¡Y, si no, convídala a un *cine*, que está a oscuras, y la oscuridad lo protege todo! Pero ¡en mi casa, no! ¡En mi cara, no! ¡En mis narices, no!

PASCUAL. ¡En el nombre del Padre!

PASCUALA. ¡Y de todos los santos del cielo!

Se oye un portazo en el interior. Ladra otra vez «Aníbal».

PASCUAL. ¡Ya se fué! No se ha atrevido a entrar. Habrá escuchado la marimorena…

PASCUALA. Tanto mejor; así no vuelve.

PASCUAL. Pero ¿qué te propones, Pascuala? ¿Adónde vamos a parar por este camino… vida mía? Sobre que no podemos aguantarnos solos, ¿vas a impedir el paso a la gente que viene a poner una tregua en nuestras trifulcas?

PASCUALA. A la gente sin vergüenza, desde luego.

PASCUAL. ¡Bah, bah! Mide tus palabras alguna vez. No insultes a una pobre muchacha que en nada te ha ofendido.

PASCUALA. ¡Hola! ¡Te picas! ¡Mira cómo saltaste!

PASCUAL. ¡Y lo que tengo que saltar! ¡Lo que es al lado tuyo!…

PASCUALA. ¡Ah! ¿Te hago yo saltar?

PASCUAL. ¿Saltar? ¡Y hasta bailar en el alambre!

PASCUALA. ¿Qué diré yo entonces, si a eso vamos? Me contrarías en todo; no me das un gusto; si yo digo blanco, tú no sabes decir más que negro; si yo digo que llueve, tú que escampa.

PASCUAL. ¡Bah!

PASCUALA. Sí, ¡bah, bah! ¡Mira cómo no me llevas a Sevilla, que es lo último que te he pedido! Ha bastado que yo te muestre empeño en ir, decidido empeño, para que tú tengas que hacer en Madrid cien cosas importantes. ¡Tú! ¡Un vago de real orden, que no ha sabido nunca más que monear, ahora no puede moverse de Madrid porque yo quiero que me lleve a Sevilla! ¡Definitivo! ¡Concluyente!

PASCUAL. Te he dicho, y me he cansado de repetírtelo, que vayas tú con tu hermana a Sevilla, ya que a mí, por fuerza, y bien que lo deploro, me es imposible ahora moverme de Madrid. ¡Me duele la nuez de argumentarte!

PASCUALA. Eso quisieras tú, precioso: que te dejara el campo libre; para que mientras yo me aburro en Sevilla sola con mi hermana, baje aquí la vecina todas las noches a distraerte a ti. ¡Miau!

PASCUAL. ¡Muy bien ese maullido! ¡Muy aristocrático! ¡Muy elegante! ¿Lo has aprendido del *chauffeur* o de la cocinera?

PASCUALA. Oye, pero ¿es que estábamos en Versalles y yo no había caído? Porque hace dos minutos te saliste del comedor mandándome a la porra.

PASCUAL. ¿Te mandé yo a la porra?

PASCUALA. ¡Sí!

PASCUAL. Y ¿has ido?

PASCUALA. ¡Y he vuelto! Y ya estoy aquí nuevamente.

PASCUAL. ¡Aquí estás hace quince años! ¡Quince años!

PASCUALA. ¡Quince años! ¿Que lo lamente yo?… ¡Quince años mirando al despertar esa cara!

PASCUAL. ¡Quince años haciéndome el dormido para no ver ésa!

PASCUALA. Continúas en Versalles.

PASCUAL. Tú me has enseñado el camino.

PASCUALA. Pero ¿de qué me enamoraría yo de este hombre? Ésta es mi obsesión. Talento, no tiene; figura, no tiene; gracia, no tiene. ¿Qué tiene?

PASCUAL. ¡La peor sombra que ha tenido mortal!

PASCUALA. Porque diste conmigo, ¿no?

PASCUAL. ¡Claro! Y ¡cómo di! ¡De boca!

PASCUALA. ¿Sí, eh? ¡Pues peor pudieras haber caído, mamarracho!

PASCUAL. ¡Peor es muy difícil! ¡Qué majadería hicimos al casarnos, Pascuala! ¡Es preciso reconocerlo! ¡No es posible hallar dos personas que rabien más de verse juntas! ¡Así no hemos tenido hijos!

PASCUALA. ¡Más vale!

PASCUAL. Más vale, sí; porque si llega a nacernos un niño parecido a mi suegro, ¡lo mato!

PASCUALA. ¡Que más quisieras tú!

PASCUAL. ¡Lo mato!

PASCUALA. Mira, Pascual, tengamos en paz la fiesta.

PASCUAL. ¿A qué le llamas fiesta?

PASCUALA. No mezclemos en nuestras disputas a las personas de la familia; mira que si yo doy en calificar a tus hermanas, voy a jugar a apurar una letra. Ya sabes tú cuál es.

PASCUAL. ¡Pascuala!

PASCUALA. ¡Pascual!

PASCUAL. ¡Pascual!… ¡Pascuala!… ¡Qué bonito! Esta sandunguera coincidencia de nombres también contribuyó a la negra majadería. Nos cayó en gracia… Casi nos dió a entender que habíamos nacido el uno para el otro… ¡Miau! Ahora me toca a mí maullar. ¡Pascual!… ¡Pascuala!…

PASCUALA. Tú me lo escribiste en un abanico…

PASCUAL. ¡Lástima de aire!

PASCUALA. *Evocando.*

Escucha aparte un momento:
tú Pascuala, Pascual yo,
me iré de tú pensamiento,
pero de tu nombre, no.

PASCUAL. ¡Qué ingenioso estuve!… ¡Bien nos hemos rascado a cuenta del madrigalito!

PASCUALA. ¡Rascado!… Sigues *dieciochesco*.

PASCUAL. ¿Por qué no me pondrían Ciríaco?

PASCUALA. Otro espejuelo fué que habíamos venido al mundo el mismo día.

PASCUAL. Sí; diez de agosto: San Lorenzo, ¡que murió en parrillas, precisamente! Y, sin embargo, yo lo envidio.

PASCUALA. ¿Que lo envidias, dices?

PASCUAL. ¡Naturalmente! Murió el desdichado como un mártir… ¡y ahora está en la gloria! ¡Pero yo sigo en las parrillas! ¡Llevo en las parrillas quince años! ¡Y lo que cuelga!

PASCUALA. *Ofendida.* ¿Lo que cuelga?… En cuanto a eso, te diré: a tiempo estás.

PASCUAL. ¿Cómo?

PASCUALA. A tiempo estamos.

PASCUAL. ¿Qué?

PASCUALA. Que a tiempo estamos de terminar este suplicio.

PASCUAL. ¿Hablas en serio?

PASCUALA. ¿No me ves la cara? Ni es ésta la primera ocasión en que pienso tal cosa.

PASCUAL. Sigue, sigue.

PASCUALA. No tenemos hijos a quien dar el mal ejemplo de una separación; en cambio, continuamente nos damos a nosotros mismos el bochornoso espectáculo de estas escenas de *vaudeville*. Y lo que es aún peor: no nos podemos resistir en paciencia; hemos llegado a sernos antipáticos; somos como el agua y el fuego. El agua eres tú.

PASCUAL. Sigue.

PASCUALA. ¿Te gusta?

PASCUAL. Sigue.

PASCUALA. Hay que reconocerlo, como tú afirmabas hace cinco minutos: es una lamentable equivocación nuestro matrimonio. ¡El madrigalito de los nombres es una estupidez! Pues bien; tengamos el valor de cortar por lo sano: separémonos. ¿Tú te sonríes?

PASCUAL. No he sido dueño de mis músculos.

PASCUALA. Separémonos. Si continuamos viviendo unidos, nos envenenará lentamente el odio y cometeremos el día menos pensado una violencia. Hay que quemar las naves: tú por un lado y yo por otro.

PASCUAL. Cabalito.

PASCUALA. Tú por un lado y yo por otro. ¡Se acabó!

PASCUAL. ¡Se acabó!

PASCUALA. Todo, como comprenderás, por mi parte, antes que seguir siendo un estorbo al lado tuyo; antes que seguir viviendo junto a un hombre que confiesa que por las noches se hace el dormido para no verme a mí la cara.

PASCUAL. Estás hablando como un libro. Te aplaudo sin reservas. ¡Ya era hora! Yo también lo he pensado cien veces; pero quería reservarte a ti la iniciativa. ¡Ya era hora! No hay otra solución; no hay otra medicina para curar un mal tan incurable. Tú por un lado y yo por otro. ¡Muy bien! Tú a la derecha, yo a la izquierda. ¡Admirablemente!

PASCUALA. Pues punto concluido.

PASCUAL. Punto concluido.

PASCUALA. Las cosas graves requieren muy pocas palabras y mucha decisión. Ahora mismo se lo voy a escribir a mi hermana.

PASCUAL. ¿Vivirás con ella?

PASCUALA. Viviré con quien se me antoje.

PASCUAL. ¿Ah, sí?

PASCUALA. ¡Claro que sí!

PASCUAL. Según y cómo, Pascualita.

PASCUALA. ¿No vivirás tú también con quien te dé la gana?

PASCUAL. Yo… yo probablemente me iré a una fonda.

PASCUALA. ¡Sí! ¡La vida de soltero! ¡Y te enredarás con cualquier zapatilla! ¡Te conozco perfectamente!… Y lograrás al fin tener… lo que no has tenido en estos quince años de presidio: ¡el adorno que tienen todos tus cuñados!

PASCUAL. ¡Pascuala!…

PASCUALA. Amargan las verdades, ¿eh? Pues a nadie culpes. *Se sienta a una mesita a escribir.*

PASCUAL. *Reprimiéndose.* Calma, calma… No haya más réplicas… No volvamos atrás por mano del diablo… ¡Guarda, que es podenco!

PASCUALA. *Repitiendo en alta voz la carta que escribe.* «Querida hermana: la fecha de hoy es memorable para mí. Ya llegó el día que tú estabas temiendo. Harta, al cabo, de vivir en compañía de un hombre ingrato, esquivo, majagranzas, grosero…».

PASCUAL. Calma, calma…

PASCUALA. «… Mal educado, hipócrita, sinvergüenza, inmoral…».

PASCUAL. *Canturreando:*

> *Marina, yo parto*
> *muy lejos de aquí…*

PASCUALA. «… De un hombre de hielo, de un hombre… absurdo, que ni siquiera ha sabido darme un lujo…».

PASCUAL. *Canturreando de nuevo:*

Porque voy a gastarme en botica
lo que me has hecho tú padecer…

PASCUALA. ¡Silencio!

PASCUAL. Silencio.

PASCUALA. *Con cierta emoción mal contenida.* Un poco de dignidad en esta hora crítica, botarate; no es de burla el caso. Además, cuando quieres tener gracia, no la tienes, y cuando no la quieres tener, tampoco Déjame que concluya.

PASCUAL. Concluye.

De un pequeño estante coge un libro al azar y se sienta a leer con aire distraído. Pausa. Pascuala suspende la carta. Se enjuga unas lágrimas y da un suspiro. Luego continúa.

PASCUALA. ¡Todo sea por Dios!

PASCUAL. *Entre sí, mientras ella escribe.* ¡Hombre! ¡Mire usted qué libro he cogido!… *Halla una flor disecada entre sus hojas.* ¡Ya tiene años esta flor!… Yo mismo la puse en esta página… *La mira a ella. Al punto se rehace.* ¡Bah! ¡bah! ¡Nada de sentimentalismos! El momento es de reflexión y energía. *Deja el libro.* Cualquier flaqueza sería un disparate. *Se va por la puerta de la izquierda.*

Pascuala lo ve irse. Después se levanta.

PASCUALA. ¿Qué libro leía? A él se le ha mudado el color. *Coge el libro y lo hojea.* ¡Ah, sí!… *Luego da con la flor disecada.* ¡Dios mío, qué recuerdo!… No ha sido el libro, ha sido esta flor la que le ha hecho mella. *Suspirando.* ¡Ay!… ¡Ya ha llovido, ya!… *Deja el libro donde él lo dejó y se asoma cautelosamente a la puerta del foro.* ¿Qué hace ahora?… ¡Acaricia al perrito!… Es mucho más cobarde que yo. *Pausa. Lo observa.* ¡Ahora pone un cuadro derecho!… ¡Y dice que se va a una fonda!… Ya vuelve. *Torna a sentarse y a escribir.*

Sale Pascual por la puerta del foro.

PASCUAL. ¿Aún no has terminado?

PASCUALA. *Escribiendo.* «En fin, mañana me iré ya para siempre de esta casa, que pusimos con tanta ilusión, con tanto esmero —¡él mismo colgó todos los cuadros!…—, donde, a pesar de ello, no hemos logrado la soñada ventura. Hasta mañana, hermana mía. Espérame con los brazos abiertos… *Lloriqueando.* ¡Estoy ansiosa de cariño! El perro, me lo llevo, naturalmente. El loro se lo dejo a él, para que no se aburra».

PASCUAL. ¿Acaba ahí?

PASCUALA. Aquí acaba.

PASCUAL. ¿Me la das a leer?

PASCUALA. ¿Por qué no?

PASCUAL. Trae.

PASCUALA. Toma.

Pascual, sin leerla, rompe tranquilamente la carta. A ella, ante el hecho, le da una congoja tragicómica.

PASCUAL. ¿Qué es eso? ¿Qué te ocurre?

PASCUALA. ¿Tiene faltas de ortografía?

PASCUAL. ¡Si no la he leído!

PASCUALA. ¡Como me has roto tantas cartas por eso!

PASCUAL. Pues ésta, no.

PASCUALA. Entonces…

PASCUAL. Es que no quiero que se la envíes a tu hermana.

PASCUALA. ¿Pues?

PASCUAL. Porque he cambiado de resolución.

PASCUALA. ¿Y si yo no he cambiado?

PASCUAL. Yo procuraré convencerte.

PASCUALA. ¡Pascual! ¿Te has vuelto loco?

PASCUAL. Hace un instante, sí. Y tú también.

PASCUALA. *Tímidamente.* Acaso… Y ¿qué te ha vuelto a la razón?

PASCUAL. La cosa más inesperada y más sencilla, una flor en un libro.

PASCUALA. ¿Romanticismo, Pascual?

PASCUAL. No, sino realismo, Pascuala. ¡El más fuerte realismo! La prueba es que he vuelto a la realidad. Esa flor en el libro es, cuando menos, un momento elocuente, dichoso, de la dicha más noble; un momento que vale por mil… La flor era tuya; el libro era mío; juntos leíamos una página; juntos disecamos la flor para dejarla en ella… Y ahí lleva quince años.

PASCUALA. Verdad. Antes de ser el uno del otro, cuando soñábamos que entre los dos no hubiese ni tuyo ni mío, esa flor fué la primera cosa de los dos.

PASCUAL. Verdad. Y esa flor no ha sido sola en nuestra vida. Su vista me ha hecho recordarlo… Mi corazón tiene buena memoria…

PASCUALA. Y el mío también… aun cuando los dos la pierden con bastante frecuencia…

PASCUAL. En estos quince años de que renegábamos antes, ¡cuántas flores hemos disecado, sin disecarlas y sin guardarlas en los libros!…

PASCUALA. ¡Cuantísimos instantes dichosos!… Menos que peloteras, pero más dignos del recuerdo.

PASCUAL. ¡Dios nos libre de acordarnos así de las peloteras!

PASCUALA. ¡Instantes dichosos!… ¡Cuando yo me sentaba a tocar el piano y tú me escuchabas sin cansarte!…

PASCUAL. ¡Sí!

PASCUALA. ¡Cuando te sentabas tú y te ladraba *Aníbal*!…

PASCUAL. ¡Ya, ya! ¡Los planes de viajes… los cien parajes en cuya vista nos deleitamos juntos… las chucherías compradas dondequiera!…

PASCUALA. ¡Aquella fotografía vestidos de moros en la Alhambra!…

PASCUAL. ¡Oh!

PASCUALA. ¡Qué bien te estaba a ti la barba corrida!

PASCUAL. ¡El regreso a la casa… la comida casera… los muebles, las cosas familiares… las sábanas propias!…

PASCUALA. ¡La ilusión del hijo… tantas veces desvanecida!

PASCUAL. ¡Ay!

PASCUALA. ¡La vez que se formalizó… y que tuvimos gresca a cuenta del nombre que había de ponérsele!

PASCUAL. ¡Grescas las hemos tenido a cuenta de todo!

PASCUALA. ¿Y cuando yo estuve tan mala, te acuerdas?

PASCUAL. Me acuerdo.

PASCUALA. ¡Muy grave!

PASCUAL. ¡Gravísima! ¡Te llevaste dos días sin hablar!

PASCUALA. *Con mimo.* ¡Rencoroso!

PASCUAL. ¡Tonta!

PASCUALA. ¿Y cuando tú pasaste las viruelas y yo te daba con un pincelito en las postillas para que no te quedaran señales? *A un movimiento de él.* ¡No me vayas a decir ahora que has pasado las viruelas mil veces!

PASCUAL. No; no. Te iba a decir cosa bien distinta. Te iba a decir que todos esos instantes felices, y aún los que, sin serlo, nacen del cariño que dió vida a los otros, tejen una red invisible en estas uniones de hombre y mujer, y no hay forma de escapar de ella ni fuerza que la quiebre. Ocasiones hay en que parece que se ha roto, y ella y él se separan, y los hilos pegados a sus carnes, que sin verlos se llevaron ambos en la huida, se atraen con poder misterioso, se atan y se anudan, y vuelven a juntar a los que se alejaron juzgándose libres… ¡Son las infinitas horas del vivir cara a cara, nutriéndose del mismo aire, suspirando unidos, forjando sin sentir cadenas de risas y de lágrimas!…

PASCUALA. ¡Qué talento tiene mi esposo!

PASCUAL. ¿Talento? No. Sentido común. No siento más que ofuscarme de cuando en cuando.

PASCUALA. Por culpa mía.

PASCUAL. Quizá.

PASCUALA. ¿Quizá?

PASCUAL. Sí. Pero esta noche he tenido yo la culpa de todo.

PASCUALA. De todo, no.

PASCUAL. De todo, sí.

PASCUALA. Como quieras: no he de contrariarte.

PASCUAL. Ni yo a ti tampoco. En prueba de ello, y ya que es tu deseo más vehemente…

PASCUALA. ¿Qué?

PASCUAL. ¡Te llevaré a Sevilla!

PASCUALA. ¡No, rico!

PASCUAL. ¡Sí, rica!

PASCUALA. Pero ¡si yo no tengo el menor interés en ir a Sevilla! *Pascual la mira y luego busca algo.* ¿Qué haces? ¿Qué buscas?

PASCUAL. ¡El libro donde está la flor!

PASCUALA. *Riendo.* ¿Para tirármelo a la cabeza?

PASCUAL. En otra situación, acaso. Pero ahora, no. Ahora lo buscaba para leerte los versos en cuya página está la flor que nos ha reconciliado esta noche.

PASCUALA. ¡Si los sé de memoria, bobo! Oye. A ver si son éstos:

¿Te acuerdas, amada? ¿Te acuerdas?
Señales de mutuo cariño,
tus manos suaves, mis manos ardientes,
sembraron de flores un libro…

PASCUAL. ¡Pascuala!…

PASCUALA. ¡Pascual!…

Se estrechan las manos.

FIN

El Escorial, agosto, 1920.

LA DEL DOS DE MAYO

SAINETE

CON MÚSICA DE TOMÁS BARRERA

Estrenado en el **Teatro Apolo** el 5 de noviembre de 1920

A SALVADOR AZPIAZU

Tu nombre está ligado a nuestro corazón
por muchos indelebles recuerdos…
La fecha en que terminamos este sainete
lo une más íntimamente todavía…

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ALMUDENA.	ROSARIO LEONÍS.
MARINA.	LUISA QUIRÓS.
DOÑA TEODORA.	ELISA MOREU.
DÁMASA.	MARÍA MONTES.
MACARIA.	AMALIA SUÁREZ.
UNA «CANTAORA».	AMPARO BORI.
UNA NIÑA.	LUCÍA HERNÁNDEZ.
SANTITOS.	CASIMIRO ORTAS.
CARMELO.	JUAN FRONTERA.
CORONILLA.	MIGUEL A. MIHURA.
APOLINAR.	CARLOS RUFART.
PEPETE.	EDUARDO GÓMEZ.
UN MARINERO.	RAFAEL AGUDO.
UN SOLDADO.	FERNANDO G. FRESNO.
UN GUARDIA CIVIL.	VICENTE GARCÍA VALERO.
	ANTONIO SEGURA.

Un Ciego.

Macario. **Manuel Bayo.**

Un sexteto de músicos callejeros y algunos transeúntes

LA DEL DOS DE MAYO

Portal de una casa modesta en un viejo barrio de Madrid. Al foro, la puerta de entrada, que deja ver una calle estrecha y de escaso tránsito. A la izquierda del actor, en primer término, el arranque de la escalera, y, de frente al público, una puertecilla del colmado de *El Dos de Mayo*. Sobre ella una claraboya por donde llegan a veces al portal los ruidos interiores. Un letrero reza en la pared, en lugar bien visible, y precedido de una mano indicadora: «Entrada a *El Dos de Mayo*». A la derecha, en segundo término, la portería, y en primer término, el humilde comercio de Apolinar, pintoresco y gracioso; tras un mezquino mostradorcillo con atributos de taller, hay en la pared una muestra que dice: «Se componen abanicos, paraguas y sombrillas», y bajo ella un estante que hace veces de escaparate y de depósito. Un taburete para uso de Apolinar y un par de sillas para el público. Colgados en lugar conveniente, dos cuadros con muestras de una fotografía establecida en el último piso.

Es por la mañana, en primavera.

Música

Apolinar, el abaniquero, lija el palo de una sombrilla, canturreando mientras una seguidilla que aprendió de su bisabuelo. Dámasa, la portera, monda patatas a la puerta de su chiribitil.

APOLINAR.

Ya viene por las Rondas
José Primero,

con un ojo postizo
y el otro huero.
Tira, tirana,
no me busques pendencias
por la mañana.

DÁMASA. ¡Contentito amanece el día, señor Apolinar!

APOLINAR. ¡Lo mismo que anocheció el de ayer, señora Dámasa!

DÁMASA. ¡Pues que mucho dure!

APOLINAR. ¡Y usté que lo vea!

Aparecen en la calle, y se detienen ante la puerta, un Ciego y una Niña. El Ciego, acompañándose de un guitarro, canta:

CIEGO.

Una jota es una gota
de sangre de un corazón,
y el corazón de que brota
tiene sangre de león.

APOLINAR. Esa jota no es de estos tiempos.

CIEGO.

Moceta del Dos de Mayo:
asómate a tu balcón,
que este ciego del Moncayo
quiere echarte una canción.

APOLINAR. Ésa sí es del presente. Y al padre de la moceta le sabe a gloria.

Pasa la Niña al portal con un platillo, y Apolinar le da limosna. Luego entra en el colmado, donde hay bulla. Hasta el portal llegan unas «soleares» que canta allá dentro una «Cantaora».

DÁMASA. También en el colmao amanecen contentos.

APOLINAR. El mes de mayo, que trae siempre alegría.

CANTAORA. *Dentro.*

Mira si es mala mi suerte:
te quiero y he de olvidarte;
me gustas y no he de verte.
Contigo
en er desierto africano
encuentro sombra y abrigo.
Sin ti,
en los palasios del rey
me tenía de morí.

Jaleo, palmas y oles.

La Niña sale del colmado y vuelve junto al Ciego, a quien le echa en el bolsillo las limosnas que trae. El Ciego entonces canta:

CIEGO.

Son tus ojos pendencieros
ventanas de la pasión:
las fraguas de los chisperos
llevas en el corazón.

APOLINAR. ¡Y a mucha honra!

El Ciego se va con la Niña calle arriba. Cesa la música.

DÁMASA. ¡Cuidao si hay músicos callejeros en este Madrí!

APOLINAR. ¡Más que pobres!

DÁMASA. Ya siento yo que mi marido no haya sacao ninguna habilidá de ésas. Ni es ciego, ni es manco, ni es cojo, ni es mudo… En fin, que es un hombre inútil. Paciencia.

APOLINAR. ¿En qué se ocupa ahora el señor Eusebio?

DÁMASA. ¿Ahora? Un mes lleva queriendo pasar un billete falso.

APOLINAR. ¡Ya es trabajo ése!

DÁMASA. No tengo más que una esperanza con él: que le atropelle un *auto* y que me indenicen.

APOLINAR. Pues eso, el mejor día.

DÁMASA. El mejor día: usté lo ha dicho.

Se va con sus patatas. Apolinar canturrea por lo bajo. Por la puertecilla del colmado sale Coronilla, el dueño de él, andaluz de casta.

CORONILLA. Buenos días, compadre Apoliná.

APOLINAR. Buenos días, compadre Coronilla. ¿Tié usté fiesta ahí dentro?

CORONILLA. No, señó. Dos parejas de aperreaos, que después de los tumbos de la noche, han entrao a tomá café. ¿Nos cortamos nosotros la bilis?

APOLINAR. Yo no tengo bilis, compadre; pero vamos allá.

CORONILLA. *Llamando a la puerta del colmado.* ¡Niño! Hay que entonarse er cuerpo. ¡Niño!

Sale del colmado Pepete. Es el encargado de la tienda. Trae una servilleta al hombro y ocultas a la espalda las manos.

PEPETE. Er niño no está. Lo han mandao por tabaco esos loros. ¿Qué se ofrese?

CORONILLA. Tráenos dos copitas de cazaya.

PEPETE. ¿Dos copitas?

CORONILLA. Sí. De casaya.

PEPETE. ¿De casaya, eh? ¿Servirán estas dos? *Le presenta las que trae en las manos.*

APOLINAR. ¡Ja, ja, ja!

CORONILLA. ¿Qué le paese a usté er pájaro, compadre?

APOLINAR. Que adivina los pensamientos.

PEPETE. En cuanto pasa el amo de la tienda ar portá, miro yo a los barriles y me hasen señas las caniyas: la der casaya, la de la mansaniya, la der coñá… Según la hora. De salú sirva, cabayeros.

APOLINAR. Gracias.

Va a marcharse Pepete, cuando llegan de la calle Macarla y Macario, del brazo, y se detiene al verlos. Son dos recién casados del pueblo, que de la iglesia vienen a retratarse. No levantan un metro del suelo. Ella es fea y bigotuda. Él, más feo que ella, y chato. El hongo que trae se le cuela, hasta las orejas. El ramo de azahar de ella es digno de la fotograba.

MACARÍA. Aquí es.

MACARIO. ¡Portera! ¡Portera!

PEPETE. ¡Agua ya!

Asoma Dámaso.

DÁMASA. ¿Quién es?

MACARÍA. ¿En qué piso vive el retratista?

DÁMASA. En el último, porque no hay otro.

PEPETE. ¿Se van ustés a retratá?

MACARIO. Sí, señor.

MACARÍA. Venimos de casarnos.

PEPETE. Ya, ya se comprende. Que sea enhorabuena.

MACARIO. Gracias. *A ella.* Anda, paloma.

PEPETE. ¿Se yama Paloma la joven?

MACARIO. No, señor, no; es un decir mío.

MACARÍA. Me llamo Macaria. Y él, Macario. Que también ha sido casualidá. Buenos días.

Suben a la fotografía los novios. Así que se han ido, todos se ríen de ellos.

DÁMASA. ¿Qué le paece a usté la parejita, señor Apolinar?

APOLINAR. ¿A mí? ¡Que los entierren juntos!

PEPETE. ¿Que los entierren o que los ensierren?

CORONILLA. ¡La seriedá que habrá nesesitao er cura pa no sortá la risa!

APOLINAR. ¡Lo que hay que pedirle a Dios es que no salgan a la calle el doce de octubre!

CORONILLA. ¿Er dose de ortubre?

APOLINAR. Sí; ¡la fiesta de la Raza!

Nuevas risas.

PEPETE. Cuando bajen, mándemelos usté, que voy a convidarlos. *Se vuelve a la tienda entonando por lo bajo alguna coplilla.*

La portera se retira también, después de asomarse a la calle un instante.

APOLINAR. Es chusco el encargao nuevo.

CORONILLA. Sí; tiene grasia. No es un *desangelao*.

APOLINAR. ¿Andaluz, por supuesto?

CORONILLA. Se lo hase; pero es montañés. Sólo que ha estao en Seviya media osena de años, y ya parese de Triana. Es simpático. Entiende er negosio. Tiene buena muleta.

APOLINAR. Y pone banderillas también.

CORONILLA. A usté no habrá sío. En mi tienda no se les ponen banderiyas más que a los que yo no quiero que vuervan.

APOLINAR. Pues a mi cuñao le cobraron el otro día dos reales por un polvorón.

CORONILLA. ¡Tendría papé de plata!

Llega de la calle doña Teodora, de velo.

DOÑA TEODORA. ¡Felices!

APOLINAR. ¡Doña Teodora, buenos días!

CORONILLA. Buenos días.

APOLINAR. ¿Cómo tan tempranito en la calle?

DOÑA TEODORA. Ahí verá usté. Estas mañanitas de mayo no tienen precio en este Madrí de mi alma. Pero hoy no he salido solamente a gozarla ni a oler en los puestos de flores.

APOLINAR. ¿Y eso?

DOÑA TEODORA. Me ha sacao a la calle una flor de más precio que todas.

APOLINAR. ¿Mi chica?

DOÑA TEODORA. Usté lo ha dicho. ¿Dónde está ella?

APOLINAR. Arriba, con su madre. ¿Qué la quiere usté?

DOÑA TEODORA. Que la traigo un presente. *Le muestra un estuche.* Mire usté qué alhaja.

APOLINAR. ¡Soberbios pendientes, doña Teodora!

DOÑA TEODORA. Antiguos; de mérito.

APOLINAR. Mire usté, compadre.

CORONILLA. ¡Superiores!

DOÑA TEODORA. Son lindos, ¿verdá? De una duquesa eran. Se dice el milagro, pero no el santo. Me los vendieron anoche mismo, y en seguida pensé: «Pues lo que es éstos no son pa el público. Éstos ya tienen dueño. De una duquesa han sido, pero van a ser de una reina».

APOLINAR. ¡Doña Teodora!

DOÑA TEODORA. ¿Digo mal? ¿En qué orejas han de lucir más que en las de la moza del Dos de Mayo, como la llaman?

APOLINAR. ¡Qué buena es usté con nosotros!

CORONILLA. A mi compadre se le cae la baba; ¡místelo!

DOÑA TEODORA. Pues ¿y a mí? ¡Si es que hace ocho días que estamos los dos que no nos cambiamos por nadie! ¿Es o no es verdá?

APOLINAR. Es el Evangelio de la misa.

DOÑA TEODORA. Como que sin decírnoslo mayormente, señor Coronilla, Apolinar y yo hemos llevao algunos años soñando con esto que ha cuajao hace una semana. Él pensaba en mi hijo pa su chica, y yo en su chica pa mi hijo. ¡Y ya está arreglao!

APOLINAR. ¡Y ya se terminaron en mi casa los disgustos que a toas horas nos daban las relaciones de ella con el otro! ¡Condenao estudiante!

DOÑA TEODORA. ¡Y ya se acabó mi preocupación de la suerte que correría mi Santitos! Santitos y mi establecimiento, que to ha de declararse. Porque Santitos es un alma de Dios…

CORONILLA. Lo yeva en la cara.

APOLINAR. Es un angelote.

Doña Teodora. Un inocente. Y se la da cualquiera. Necesita a su lao una persona que vele por lo suyo; que le abra los ojos. En mi tienda, como en todas las tiendas de antigüedades, hay muchas porquerías; pero hay también cosas que valen las pesetas. Y compramos y vendemos y cambiamos, y la gente está siempre dispuesta a darnos el pego. Y el día que yo faltase, si Santitos no estuviera bien acompañao, ¡vamos, ni que decir tiene!… ¡La ruina! ¡Gato por liebre a todas horas! Porque ayer mismo estuvo un señor conde a venderme una daga, que él decía que era florentina, del Renacimiento, y yo le dije que era un cuchillo pa partir repollo. Así se lo dije. Y se quedó admirao de mi competencia. Bueno, pues si le toca el caso a mi Santitos, compra la daga.

Coronilla. ¡La compra, la compra!

Apolinar. Y da por ella lo que le pidan.

Doña Teodora. Y luego hay que matarlo con ella a él. Mientras que Almudena…

Coronilla. ¡Armudena es capaz de clavársela en la barriga ar que se la presente!

Doña Teodora. ¡Ay, qué salao es este Coronilla! No diré yo tanto. En fin, voy a subirla los pendientes a esa chica y a comérmela a besos.

Apolinar. Ahora voy yo también.

Doña Teodora. ¿Va usté a subir?

Apolinar. Dentro de un instante.

Doña Teodora. Hasta luego, señor Coronilla.

Coronilla. Usté lo pase bien.

V ase arriba Doña Teodora.

Apolinar. Contenta y satisfecha está ella, pero más lo estoy yo. ¡Yo estoy que bailo seguidillas boleras!

Coronilla. Ya, ya lo sé.

Apolinar. No hemos hablao bastante de estas cosas, compadre. ¡Diferencia va de casar a mi hija con un estudiantino charrán, como el tal Carmelo, hijo de unos porteros, sin más bienes que el día y la noche, a casarla con ese Santitos, hijo único de esta señora, con su cartillita en el Monte de

Piedá y un comercio tan lucrativo!… ¡Y de mazapán de Toledo él, por añadidura! ¡Vamos! Lo toco y no lo creo.

CORONILLA. ¿Nos tomamos otro copaso, compadre?

APOLINAR. No; muchas gracias. El descanso y el consuelo de mi vejez será ese matrimonio.

CORONILLA. ¿Otro copaso?

APOLINAR. No. Porque a mí, en mi comercio, lo que me produce algunos cuartejos no es más que el retoque de los abanicos, y ya se me van apagando los candiles pa esas filigranas. Y ésta es otra. Bien es verdá que a Santitos le conviene al lao una mujer como Almudena; pero Almudena, por su parte, necesita también junto a ella un hombre de las condiciones de Santitos: dócil, buenazo, manejable… Porque yo seré el último chispero, como usté dice, pero ella… ella sí que no es de este siglo, ¿verdá? Ella es propiamente una maja… una maja…

CORONILLA. ¡Una maja capaz de majá a medio mundo!

APOLINAR. ¡Con sangre de fuego! Y si se junta con otro que tal, arde la casa el mejor día.

CORONILLA. Por los cuatro costaos.

APOLINAR. En fin, compadre, yo le bauticé a usté la tienda con el nombre de *El Dos de Mayo*, y ha tenido suerte.

CORONILLA. Verdá que sí.

APOLINAR. Yo le bauticé a usté también un chico, poniéndole Luis Pedro Jacinto Javier, por Daoiz y Velarde, el teniente Ruiz y el general Castaños, y el chico está como un pimpollo.

CORONILLA. Verdá también.

APOLINAR. Pues ahora quiero yo que usté sea el padrino de ese casamiento.

CORONILLA. ¡Y de lo primero que nazca!

APOLINAR. ¡Hecho!

CORONILLA. Dicho na más, hasta er presente. ¿Otro copaso?

APOLINAR. ¡Que no, hombre! Quédese usté aquí al cuidao dos minutos mientras yo voy arriba.

CORONILLA. Váyase usté tranquilo.

APOLINAR. Dos minutos. *Sube.*

CORONILLA. ¿Está argo engañao mi compadre? ¡Pos no tienen que pasá muchas cosas antes que se casen Armudena y Santitos!…

Macaria y Macario bajan de la fotografía satisfechos.

MACARÍA. Oye, Macario: ¿tú has pestañeao?

MACARIO. Yo, no. ¿Y tú?

MACARÍA. Yo, sí. Con este ojo. Pero me ha dicho el retratista que eso no sale.

CORONILLA. ¿Quién ustés pasá ar cormao a tomá una copita?

MACARÍA. Se agradece; pero a éste no le gusta el vino.

MACARIO. Ni a ésta tampoco.

MACARÍA. ¡Que también es casualidá! Pero yo no lo escupo.

CORONILLA. ¡Vamos! ¡Un día es un día!

MACARÍA. Tié razón el señor. ¡Atrévete, Macario!

MACARIO. ¡Pa luego es tarde!

MACARÍA. ¡Qué bien nos vamos a llevar! *Entran en el colmado, garosos.*

CORONILLA. ¡Pepete! ¡A vé qué le das a esta pareja! Esos dos sí que se han casao ya. ¡Y bien casaos! Lo que yo digo siempre, señó: ca uno con su ca una. To lo demás es a contrapelo. Por durse que sea un arcausí, ¿lo va usté a sembrá con unos claveles? ¡Qué disparate! *A Marina, bella mujer, de mantón negro, que a-parece rápidamente en el portal, como buscando a alguien y con cara de pocos amigos.* ¡Marina! ¿Tú por esta casa?

MARINA. Yo por esta casa. ¿Es chocante?

CORONILLA. ¿Qué buscas aquí?

MARINA. ¿Es que no sabe usté lo que busco? ¡A la del Dos de Mayo, que me quita a mi hombre; pa arrancarla el moño!

CORONILLA. ¡Marina!

MARINA. ¡Marina de guerra!

Tras la puertecilla del colmado asoma cautelosamente el rostro Carmelo, y presta oído.

Coronilla. Pero ¡si eso ya se acabó; si tu hombre y Armudena han tarifao hase ya ocho días; si Armudena tiene ya otro novio!…

Marina. ¡Ésas son comedias!

Coronilla. ¿Comedias? ¡Pos arriba está la madre de é!

Marina. ¡Pues a pesar de eso, son comedias! ¡Carmelo me ha dao a mí anoche la absoluta, y de eso nadie tié la culpa más que esta mujer! Dígaselo usté de mi parte: que vendré a verla cuando esté sola: ¡a ver cuál de las dos tié el pelo más agarrao! ¡Que salimos en los papeles es viejo! *Se va de estampía.*

Coronilla. Cuando digo yo… ¡Cuarquiera le enfría la mecha a ese petardo!

Sale Carmelo, después de preguntar:

Carmelo. ¿No tié pararrayos la tienda?

Es un estudiante de Medicina madrileño, un tanto chulillo, pero que se hace más chulo de lo que es.

Coronilla. ¡Carmelo! ¿Usté ha visto…?

Carmelo. He oído na más. Y me ha bastao. Anoche la di la absoluta, como ha dicho ella; pero voy a tener que darla algo más.

Coronilla. ¿Cuatro palos bien daos?

Carmelo. Cuatro tiros, que es lo que se merece. ¡Es mi perdición; es mi tormento! Es la causa de que yo no estudie y es la causa también de tos mis disgustos con Almudena, que pa mí es el oxígeno… Si yo no fuera un hombre culto, ya habríamos tenido un crimen pasional. ¡Me lo está buscando esa golfa! Pero no es por *áhi*. Soy un hombre culto. El doctor Suárez: especialidá en pupilas.

Coronilla. Pero, vamos a vé, vamos a vé… ¿Usté y Armudena no han peleao?

Carmelo. ¿Y eso qué, pa dejar de querernos? ¿Usté ha visto que dos que se quieran con alma no peleen nunca?

Coronilla. Yo lo que he visto es que Armudena tiene ya otro novio.

CARMELO. ¿Otro novio? ¡Bastante cosa se me da a mí! ¡Eso es un simulacro!

CORONILLA. ¡Qué sé yo! A mí se me figura que es argo más. Y que van las cosas ligeras. ¡Hasta regalitos hay ya de por medio!

CARMELO. ¡Pamplinas! ¡Vamos, que mi novia casándose con un pelele! ¡Tendría que ver!

CORONILLA. Pos yo le digo a usté que no se fíe: que no es esto tan simulao como usté se piensa. Hay muchas mujeres, y Armudena es de ese linaje, capases de casarse por despecho; porque rabie otro hombre.

CARMELO. ¡Pero eso es darse con la badila en los nudillos!

CORONILLA. ¡Pos se dan muy a gusto! Lo sé por esperiensia. Una novia mía se casó con un chupatintas por que yo rabiase.

CARMELO. Y ¿usté rabió?

CORONILLA. Ése es otro cantá. Ha rabiao mucho más er marío.

CARMELO. ¡Pues lo que es Almudena no es pa otro! ¡Que no se compongan! Va a ser preciso arrimarla un fósforo a esta tela de araña. Esta tarde hablo yo aquí con Almudena.

CORONILLA. ¿Aquí?

CARMELO. Aquí.

CORONILLA. Trabajillo va a usté a costarle.

CARMELO. ¿A mí? Menos trabajo que empeñar los libros, que ya se empeñan solos. Y al abaniquero, a este castizo de don Apolinar, yo le daré un asunto pa un país. ¡Va a ser goyesco! ¡Pa que diga que soy un fresco de la Florida! ¡Siempre con que no estudio! ¡Claro que no estudio, señor! Pero ¿quién estudia en el mes de mayo queriendo a esa mujer? ¡Si eso es un timbre de gloria pa su hija! Sin contar con que los hombres listos necesitamos estudiar muy poco. En cambio, los zoquetes tién que quemarse las cejas. ¡Por eso estudian tanto los catedráticos!

CORONILLA. ¡Ja, ja, ja!

CARMELO. Y el tío de las sombrillas sin enterarse. No se merece la bija que Dios le ha dao. Es un tarugo. ¿Quién baja?

CORONILLA. Pué que sea er tarugo.

CARMELO. Pues como yo con quien tengo que hablar es con la astilla, lo dejo pa después. Dele usté recuerdos a su compadre. *Se va a la calle decidido.*

CORONILLA. A mi compadre… Mi compadre está soñando despierto… En fin… ¡Anda! ¡Si no es é! ¡Si es eya!… ¡Menudo encuentro iban a habé tenío!

En efecto, es Almudena la que baja. Su sola presencia justifica cuanto de ella se ha dicho. Viene a situarse junto al mostrador, silenciosa y ceñuda.

ALMUDENA. Buenos días, Coronilla.

CORONILLA. Buenos días, Armudena. *La mira.* ¿Qué le pasa a usté?

ALMUDENA. Que no traigo ganas de palique.

CORONILLA. Entonses quéese usté con Dios.

ALMUDENA. *Por las dos copitas de aguardiente.* Llévese usté esta peste pa su tienda.

CORONILLA. ¿Peste? ¡Pos no huele muy bien!… No pague usté su mal humó con quien na le ha hecho.

ALMUDENA. Falta que tenga yo mal humor.

CORONILLA. ¡Ah! ¿lo tiene usté bueno? Me habrá mareao el aguardiente.

ALMUDENA. Le he dicho a usté que no quiero conversación.

CORONILLA. Y yo no he hecho más que contestarle a usté a lo que me ha dicho.

ALMUDENA. ¿Cuándo se muda usté de casa?

CORONILLA. Cuando deje usté de sé bonita.

ALMUDENA. Entonces, pronto; porque con esta vecindá me darán las viruelas.

CORONILLA. ¡Revacúnese usté, por si acaso! *Ella le vuelve bruscamente la espalda.* Malamente ha sentao er regalito de la suegra.

ALMUDENA. Eso es cuenta mía.

Coronilla. *«¡Sonsoniche!». Se mete en el colmado deleitándose con el olor de las dos copitas.* ¡Peste le yama a esto!… ¡Ya la hubieran querío los de Otranto! ¡O los de Bombay!

Música

Almudena. *Desahogando su corazón.*

¡Malditos sean los hombres!
¡Mal hayan las que les quieren!
¡Malditos sean los celos!
¡Mal haya quien los padece!

Si llevar me dejara
del coraje que siento,
de la rabia que paso,
de la furia que tengo,
yo no sé lo que haría,
por vengar mi tormento,
con quien tiene la culpa
de este mal que padezco:
darle hiel en el vino
y en el agua veneno,
y pudrirle la sangre,
y privarle del sueño.

Pero ¡ay! que no hay en el mundo
remedio para mi mal:
que quieren llorar mis ojos
y no les dejo llorar.

¡Malditos sean los hombres!
¡Mal hayan las que les quieren!
¡Malditos sean los celos!
¡Mal hayan quien los padece!

Cesa la música.

Sale Pepete del colmado, con intención de aprovecharse de la soledad de Almudena.

PEPETE. *Después de contemplarla a distancia, sin conseguir que ella lo mire*. Niña, eché usté pa acá esos faroles, que vi a ensendé un sigarro. *Almudena lo mira con desprecio. Él chupa entonces el cigarro como si hubiese ardido a la mirada de ella.* Ya está. Muchas grasias. De lejos quema usté, presiosa. *Suspirando.* ¡Ay ay ay!… Las paredes de mi arcoba se escalichan de lo que suspiro yo por las noches. *Silencio.* Se me ha apagao er sigarro otra vez. *Acercándosele.* Convénsase usté, niña: ni el estudiante, ni Santitos; yo, Pepete; el encargao de *Er Dos de Mayo*. ¡Porque sí; porque hay sandunguera grasia en este cuerpo! Usté lo pensará.

ALMUDENA. Si a to el mundo le hiciera usté la gracia que a mí, las veinticuatro horas del día estarían doblando en las iglesias. ¡Madre, qué funeral de hombre!

PEPETE. ¿Funerá?… Pos en Seviyiya… en Seviyiya esto es *marcha*.

ALMUDENA. ¡Pues aquí es *marcha* fúnebre!

Corta el diálogo la inesperada aparición de un Marinero, un Soldado y un Guardia civil, que pasan hacia la fotografía; andaluz el primero, aragonés el otro y castellano el último.

SOLDADO. Mareao me trae mi novia con el retrato. A ver cómo hi salido.

GUARDIA. *Señalando uno de la muestra.* ¿Es así como éste?

SOLDADO. No; que a éste no se le ve más que un ojo. Es como éste.

GUARDIA. ¿Se le ven los dos ojos?

SOLDADO. ¡Los dos! ¡Me cuesta lo mismo!

MARINERO. ¿Habéis reparao en aqueya mujé? Ésa no estaba aquí el otro día.

GUARDIA. No estaba, no.

SOLDADO. ¡Viva España! ¡Si me gusta más que mi novia!

MARINERO. Fuera está er so, pero ar bajá le compro yo un paraguas. ¡Vaya si se lo compro!

SOLDADO. ¡Viva España!

GUARDIA. Vamos, vamos arriba.

Suben sin dejar de mirar a Almudena.

PEPETE. Me he esperao aquí por si se metían con usté esos patosos.

ALMUDENA. Y ¿de cuando acá cree usté que se asustan los hombres de los gatos?

PEPETE. Niña…

ALMUDENA. ¡Vaya, largo ya, que no hay sobras! ¡A la tienda, a comer raspas de pescao!

PEPETE. ¡Rosa!… ¡Rosa… no me hable usté de espinas! ¿Y ese gorpe?

Llega de la calle oportunamente Santitos. No hay más que ver su aire bonachón y pacifico para comprender que es el reverso de su novia. Se dirige a ella enamorado, sonriente.

SANTITOS. ¡Hola, nena!

ALMUDENA. ¡Hola, salao!

SANTITOS. ¡Ay, salao! No empiezas a hablar, y ya me haces dichoso. Buenos días, Pepete.

PEPETE. Buenos días, amigo. Con permiso de usté le estaba yo disiendo a este escándalo de mujé que tiene usté por novia, que ca día se pone ar levantarse un juego de ojos más bonito. *Gritando, hacia el colmado.* ¡Voy! Unos permas que tenemos ahí hase dos horas.

ALMUDENA. Se habrán contagiao.

PEPETE. ¿Eh?

ALMUDENA. Hablaba con éste.

Se vuelve Pepete a la tienda cantando bajito.

SANTITOS. Es *marchosillo*, ¿no?

ALMUDENA. Sí. Y se está tomando muchas libertades, ¿te enteras?

SANTITOS. ¿Ah, sí? ¡Caray!

ALMUDENA. Le vas a tener que dar cuatro tortas.

SANTITOS. ¿Cuatro tortas? ¡Las pone en el escaparate! ¡Ja, ja, ja!

ALMUDENA. Siéntate. ¡Qué tarde has venido!

SANTITOS. Ya lo sé. Perdona. Y ha sido por afeitarme solo. Pero si a ti te parece tarde, ¿qué no ha de parecerme a mí, princesa de los ojos negros?

ALMUDENA. ¿Me quieres mucho?

SANTITOS. ¡Más que a nadie en el mundo! Te quiero desde que te conozco. Te quería antes de lejos, y ahora de cerca estoy tonto por ti.

ALMUDENA. Mira, Santos, que yo al querer le pido mucho.

SANTITOS. ¡Pide hasta cansarte!

ALMUDENA. ¡Mucho! ¡mucho!

SANTITOS. ¡Te digo que pidas!

ALMUDENA. ¿Has mirao por el camino a alguna mujer?

SANTITOS. Mire a la que mire, no te veo más que a ti.

ALMUDENA. Pero ¿has mirao a alguna?

SANTITOS. Chica, no me acuerdo. Una billetera me ofreció en la esquina un trece mil… y ¡es claro!… ¡tuve que mirarla!… ¡Ja, ja, ja! No seas niña: no tengas tú celos.

ALMUDENA. Tendrías que cambiarme la sangre.

SANTITOS. ¡Ole mi chisperilla!

ALMUDENA. ¿Cuándo nos casamos, Santitos?

SANTITOS. Cuando tú quieras, gloria.

ALMUDENA. ¡Pronto!

SANTITOS. ¡Pronto!

ALMUDENA. ¡Muy pronto!

SANTITOS. ¡Muy pronto!

ALMUDENA. ¡Mañana, si es posible!

SANTITOS. Mañana no va a ser posible. ¡Pero cómo me gusta que te quieras casar conmigo a los ocho días de ser mi novia!

ALMUDENA. ¡Es que cuanto antes me case contigo, antes le digo al otro lo que le desprecio!

SANTITOS. ¿Eh?

ALMUDENA. ¡Lo que le aborrezco, lo que le odio!

SANTITOS. ¿Crees que ya no lo ha visto él? Deja al otro: no te acuerdes más del santo de su nombre.

ALMUDENA. ¡No puedo remediarlo! ¡Maldito sea su corazón!

SANTITOS. Vamos, vamos, tontuela…

ALMUDENA. ¡El hombre que teniendo amores conmigo le da el brazo a otra y pasa con ella a mi vista, me ofende de muerte! ¡Ni en cruz le perdono!

SANTITOS. *Después de soplar*. ¡Bah, bah! Tranquilízate. Aquí me tienes a mí pa quererte y hacerte dichosa. Seremos muy felices. Pa mí ya en el mundo no hay más que hombres. Sueño contigo a todas horas, encanto. Y durmiendo ¡no quieras saber!… Esta noche he soñao una cosa… ¡Ja, ja, ja! Vas a reírte. Verás lo que he soñao esta noche.

ALMUDENA. ¿Qué has soñao? ¿Conmigo?

SANTITOS. Contigo. Con los dos. Verás. Convencido de que en el comercio de antigüedades no daba pie con bola, se me ocurrió venderlo y poner una vaquería. Y la puse. ¡Pero lo gracioso es que en la vaquería… ¡ja, ja, ja!… en la vaquería no vendía más que leche de burras! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cosas se sueñan! ¿No te ríes?

ALMUDENA. Estaba pensando en otra cosa.

SANTITOS. ¡Vaya! ¿En qué estabas pensando?

ALMUDENA. ¡En una cosa que la voy a pedir a la Virgen de la Almudena!

SANTITOS. ¿Puedo dártela yo sin que molestes a la Virgen?

ALMUDENA. No.

SANTITOS. ¿Qué la vas a pedir?

ALMUDENA. Que cuando yo vaya por la calle contigo, no nos encontremos a Carmelo jamás.

SANTITOS. ¡Y dale con Carmelo!

ALMUDENA. Porque si llegamos a encontrárnosle un día, tú le tienes que hacer pedazos.

SANTITOS. ¿Yo?

ALMUDENA. ¡Tú, sí; tú! ¡Por vengarme! ¡Le has de abofetear; le has de pisotear las entrañas!

SANTITOS. ¡Caray!

ALMUDENA. ¡Júramelo, Santitos!

SANTITOS. Te lo juro, pero no es menester. ¿Tú no la vas a pedir a la Virgen que no nos le encontremos? Pues descuida, que no hemos de encontrarle. La Virgen es muy complaciente. Yo también se lo pediré. ¡Para marchar en todo de acuerdo contigo!

ALMUDENA. ¡Ladrón! ¡ladrón!

SANTITOS. Deja ya eso. ¿Ha venido mi madre?

ALMUDENA. ¡Ladrona!

SANTITOS. ¿Mi madre?

ALMUDENA. ¿Qué dices, hombre?

SANTITOS. ¿Ha venido mi madre?

ALMUDENA. Sí: arriba está.

SANTITOS. Pues me vas a dispensar un segundo. Voy a enseñarla una antigualla. Me han llevao en venta un esmalte, que a mí me parece una calcomanía pegá en un cenicero. Y no he querido comprarlo en firme sin que ella lo vea.

ALMUDENA. Has hecho bien.

SANTITOS. En seguida bajo. Aprovecha tú mientras el tiempo pa pedirla esa gracia a la Virgen. ¡Ay! ¡qué hermosa estás! *Sube.*

ALMUDENA. ¡No puedo resistirme a mí misma!

Música

Vuelve Marina en la misma disposición que antes, y al ver a Almudena se dirige a ella y se le encara dispuesta a lodo.

Marina.

¡Ya quiso Dios del cielo!

Almudena. *Sorprendida.*

¿Qué?

Marina.

¡Ya era hora
de que yo me encontrase
con usté sola!

Almudena.

Y ¿usté qué tiene
que decirme a mí sola
ni ante la gente?

Marina.

Cuando vengo a buscarla,
quizás que tenga.

Almudena.

O es que se ha confundido
quizás de puerta.
¿De dónde y cuándo
piensa usté que yo alterno
con estropajos?

Marina.

Usté no; pero el hombre

que fué su novio,
por esta estropajosa
se vuelve loco.

Almudena.

Nadie lo duda.
¡Como que Dios los cría
y ellos se juntan!

Marina.

Menos desprecio, reina;
menos desdenes;
porque está usté soñando
con que él me deje.
Y en cuanto a eso,
despierte usté, ministra:
¡la vida es sueño!

Almudena.

El hombre o el trapo
que tanto la gusta,
hace tiempo que con las tenazas
lo eché a la basura.
Elija un trapero
que tenga buen gancho,
¡y recoja orgullosa pa honrarse
lo que yo he tirao!

Marina.

¿Es caridá o es envidia?

Almudena.

¡En todo caso, vergüenza!

Marina.

¡Hay quien tiene un saco de eso!

Almudena.

¡Pues mienten las apariencias!

Marina.

El hombre muy hombre
que es rey de este cuerpo,
hace tiempo que quiere un ricito
pa un dije de pelo.
Es ley de su gusto
que sea de ese moño,
¡y si no se me da por las buenas,
lo arranco o lo corto!

Almudena.

¡El corazón por la boca
te saco, si das un paso!

Marina.

¡Vamos a ver si es tan fiera
la fiera del Dos de Mayo!

Vienen a las manos. Acuden al tumulto Dámasa y Santitos, que baja a tiempo. Logran separarlas, y entre los dos se llevan a la calle a Marina. Un momento antes aparece Pepete por la puertecilla que da al colmado, y se mantiene al paño observando el fin de la pendencia.

Almudena.

¡Maldita sea tu sangre!
¡Perra! ¡ladrona!

Marina.

¡Te he de dejar sin pelo!

Almudena.

¿Sí? ¡Toma!

Marina.

¡Toma!

Dámasa.

Pero ¿qué pasa?

Santitos.

¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Almudena!

Almudena.

¡Ladrona! ¡Mala!
¡A la calle este bicho!

Marina.

¡Jesús, qué miedo!

Dámasa.

¡Vamos! ¡Basta! ¡Señora!

Santitos.

¡Calma! ¿Qué es esto?

Almudena.

¡Fuera! ¡A la calle!

Marina.

¡Ni la Virgen te libra!

ALMUDENA.

¡Yo he de buscarte!

Cesa la música.

PEPETE. *Llegándose a Almudena con solicitud.* ¿Qué ha sío, gitana? ¿Qué ha pasao aquí?

ALMUDENA. Y a usté ¿qué le importa?

PEPETE. ¿Que no me importa y le toca a usté? Pero ¿usté se ha figurao que es *jonjana* to lo que yo le digo? ¡Si nuestro sino está escrito ayá arriba!

ALMUDENA. ¡A ver si me deja usté en paz!

PEPETE. *Acercándosele más aún, en actitud de conquistarla.* ¿En paz a usté, que es una declarasión de guerra?

¡Ajolá me den un tiro
con pórvora de tus ojos…
con balas de tus suspiros!

¡Venga usté acá, mi arma!

ALMUDENA. *Rechazándolo violentamente.* Pero ¿se atreve usté a tocarme, so mono?

PEPETE. *A punto de caer al suelo del empellón.* Niña, niña, que ésas son palabras mayores… Si no mirara que es usté una mujé…

ALMUDENA. ¡Ahí tiene usté a un hombre! *Señala a Santitos, que llega en esto de la calle. Trae dos arañazos en la cara, el nudo de la corbata deshecho, y viene limpiando el sombrero con el pañuelo.*

SANTITOS. ¡Caray!

PEPETE. ¿A un hombre?

ALMUDENA. ¿No lo está usté viendo?

SANTITOS. ¿Otra bronca? Chica, tú dirás.

ALMUDENA. ¡Pártele el corazón a este mico, que ha querido abrazarme!

SANTITOS. ¿Que ha… que ha querido abrazarte? ¿Que usté ha querido…?

Pepete. No, señó; mi intensión no era ésa. Pero ya que eya lo asegura, yo no desmiento nunca a una hembra tan juncá. ¡Vaya por el abraso!

Almudena. ¿Qué haces ya que no te le comes?

Santitos. Que… ¡que no me gustan los salmonetes!

Pepete. Ni a mí los porvorones, poyo.

Santitos. Los polvorones, ¿eh? *Yendo a él de veras, un poco excitado.* ¿U… us… usté no sabe que Almudena es mi novia?

Almudena. ¡Lo sabe!

Santitos. No me jalees, que no lo necesito.

Pepete. ¡Lo sé!

Santitos. Y ¿ha intentao usté abrazarla, a pesar de ello?

Almudena. ¡Sí!

Pepete. Cuando eya lo dise…

Santitos. ¿Aprovechando que no me hallaba yo presente?

Almudena. ¡Sí!

Pepete. Si quié usté que consume la suerte en presensia de usté…

Santitos. ¡Adelante usté na más un paso hacia ella, y va usté a tomarle el gusto a un polvorón!

Pepete. Voy ayá.

Santitos. *Agarrando una silla para acometer a Pepete.* ¿Qué va usté allá?

Pepete. *Retrocediendo.* Carma. Lo he pensao mejó. Yo no quiero perjudicá a mi amo con un escándalo en la casa. Y aquí, además, iban a separarnos en seguía. Nos veremos en otro lao. Pa encontrarse dos hombres siempre hay tiempo. Y muchos sitios que no sean éste.

Santitos. ¡Qué duda cabe! Pero pa abrazar a mi novia no va usté a tener ocasión ni sitio.

Pepete. ¡Jajay! *Se entra en el colmado.*

Santitos. *Remedándolo en son de burla.* ¡Jajay! *Volviéndose luego a Almudena, y hablándole con el aliento entrecortado.* Se… se achicó el

marchoso… ¡Se achicó!… ¡Pues hombre!… ¡Faltaría otra cosa!… Se achicó… se achicó…

Almudena. Sí; pero que no quede aquí esto. Has de marcarle, para memoria, dos chirlos en la cara.

Santitos. ¿Dos… dos chirlos?… Como tú quieras… Ya veremos… Que me busque él… Estos guapos de oficio… se creen que porque uno sea blando de genio…

Almudena. ¡Jesús, cómo estás! ¿Es que de veras has pasao un susto? ¿Quies que vaya por azahar a la botica?

Santitos. No, niña, no; es que me he agitao un poco… Se me han revuelto los humores… No estoy acostumbrao… ¡A cualquiera le pasa! Esto no es de todos los días…

Almudena. ¿Quién te ha arañao?

Santitos. ¿Quién había de ser? ¡Esa fiera que reñía contigo!

Almudena. ¡Santos! ¿Te has dejao arañar por una mujer?

Santitos. ¡No, hija; no me he dejao! ¡Me ha arañao ella sin que yo me deje! ¡Era una furia!

Almudena. ¡Batí! ¡A mí no ha podido arañarme! ¡Y soy mujer!

Santitos. Cállate, que baja tu padre. Disimula. No hay que decirle nada de esto. Arréglame el nudo de la corbata.

Obedece ella por no darle un nuevo sofión. Oportunamente baja Apolinar y sorprende el cuadro. Sonríe satisfecho y se le acerca.

Apolinar. ¡Vaya una escena pa un Wateau!

Santitos. ¿Eh? ¡Señor Apolinar!

Apolinar. ¿Estamos de idilio?

Santitos. ¡De idilios! ¡Uno detrás de otro!

Apolinar. Os dejo entonces y voy a entregar este abanico que he terminao de restaurar. A estas horas de la mañana no suele venir aquí nadie. *Coge su sombrero y va a irse, pero se detiene un momento a mostrarle el abanico a Santitos.* Hombre, quiero enseñártelo. Verás una obra de arte. Es antiguo: goyesco. De la marquesa de Santoral. Lo heredó de su abuela. Lo he retocao con mis cinco sentidos. Mira qué país. ¿Eh?

En este punto vuelve Dámasa, y viendo distraídos y separados de Almudena a Santitos y a Apolinar, la llama disimuladamente y la hace entrar con ella en la portería.

SANTITOS. ¡Precioso! ¡Muy bonito abanico!

APOLINAR. La pradera de San Isidro a fines del siglo dieciocho.

SANTITOS. Sí.

APOLINAR. Majos y majas, castañeras y petimetres… Éste del castoreño y la capa grana dicen que es don Francisco Goya, que está aquí buscando modelos. *Se descubre respetuosamente. Santitos lo imita.* Y éste del sombrero de medio queso y la casaca negra, don Ramón de la Cruz, el gran sainetero de la época. *Vuelve a descubrirse y a imitarlo Santitos.*

SANTITOS. Ya, ya.

APOLINAR. Mira qué dos majas, Santitos; desafiándose como dos leonas. ¿Eh? ¡Se las ve que las hierve la sangre! De esto queda muy poco.

SANTITOS. ¡Pero queda algo todavía!

APOLINAR. Madrí decae. Pues atiende a estos dos chisperos. Les decían chisperos a los herreros del barrio de Maravillas. No sé si lo sabes.

SANTITOS. No, no lo sabía; no, señor: oigo hablar de chispas y de chisperos, pero sin darme clara cuenta.

APOLINAR. ¡Míralos; míralos! De seguro se conciertan pa ir a algún fandango de candil, de aquellos célebres, que siempre acababan a oscuras y a trastazos. De esto tampoco hay ya.

SANTITOS. Aunque se pierdan algunas costumbres no importa. No puede haber de todo siempre.

APOLINAR. ¡Sí, hombre; sí! Desaparece lo pintoresco, lo castizo. ¡Malditas sean la pelliza y la gorra! Que recuerde aquel tiempo apenas queda ya más que mi hija… y te la llevas tú, hombre afortunao. Pero ¿dónde está ella?

SANTITOS. Me parece que ha entrao ahí en la portería.

APOLINAR. Pues la ocasión la pintan calva, Santitos. Echa conmigo pa *El Dos de Mayo*.

SANTITOS. ¿Pa *El Dos de Mayo*?

APOLINAR. Sí, hombre; estoy contento esta mañana. Te quiero convidar. Vamos a que nos dé Pepete un copazo, como dice el compadre.

SANTITOS. ¿Pepete? ¿Un copazo?

APOLINAR. Sí, a lo castizo: un copazo.

SANTITOS. Vamos allá… ¡Mientras no sea un botellazo!…

APOLINAR. Anda, anda. Ya se acabaron también aquellas tazas de Talavera con el Cristo en el fondo… ¡Hasta verte, Cristo mío!

SANTITOS. Sí, señor, sí; la devoción también decae.

APOLINAR. Anda.

Entran en el colmado los dos. En seguida reaparece Almudena.

ALMUDENA. ¿Y mi padre? ¿Y Santitos?… Habrán salido juntos… *Pausa.* ¿Por qué te has alegrao, Almudena, de lo que te han dicho, si no hace diez minutos querías matarle a él? ¡Que esta mañana ha venido a verme!… ¡Que ha plantao a esa mujer por mi causa!… ¿Por qué te has alegrao, Almudena?

Bajan el Soldado, el Marinero y el Guardia civil con buen humor y risas.

SOLDADO. *Mirando su retrato.* Hi salido una miaja asustadico. Paice que estoy frente al coronel.

GUARDIA. ¡Ja, ja, ja!

MARINERO. *Llegándose a Almudena.* Niña, en aguas de Cádiz tengo yo una fragata pa que se fugue usté conmigo.

SOLDADO. ¡Viva España!

ALMUDENA. ¡Y yo aquí una sombrilla pa partírsela a usté en la cabeza!

SOLDADO. ¡Viva España!

MARINERO. ¡Ole las mujeres con sangre!

SOLDADO. Mal geniecico tiene, tú.

ALMUDENA. ¡Descaraos! ¡Sinvergüenzas!

GUARDIA. Bueno, joven; que no es pa tanto.

ALMUDENA. ¡Que no es pa tanto!… En cuanto ven a una mujer sola… ¡Sinvergüenzas he dicho!

SOLDADO. ¡Viva España!

MARINERO. Como usté me quiera, yo me meto en las Ursulinas pa educarme a su gusto.

GUARDIA. Anda, vámonos, tú, que no está la joven pa finuras.

ALMUDENA. ¡Más que sinvergüenzas!

GUARDIA. ¡Y dale! ¡Que no se le ha faltao a usté, joven!

ALMUDENA. ¡No sé lo que será pa usté faltar! ¿Quién les ha llamao pa que me den conversación? ¡Ea! ¡ea! ¡a la calle los tres ahora mismo, o empiezo a gritar y armo aquí la del Dos de Mayo y los pongo coloraos a los tres! ¡Lástima de uniformes!

SOLDADO. ¡Viva España!

Santitos, que ha ido a salir del colmado, y ha escuchado las últimas palabras, exclama con los pelos de punta:

SANTITOS. ¿El Ejército, la Marina y la Guardia civil? ¡No en mis días! *Da media vuelta y se vuelve al colmado.*

MARINERO. Así me gustan a mí los barcos: con mucho carbón en las máquinas.

GUARDIA. Anda, déjala y vámonos, no haya una tontería. Habrá peleao con el novio y está de mal humor.

SOLDADO. Y gracias a Dios que la hizo mujer y no hombre. ¡Miá, Faustino, que si esta moceta llega a ser coronel!

MARINERO. ¡Pos mía que cuando yegue a suegra!

SOLDADO. ¡Viva España!

Se van los tres riéndose.

ALMUDENA. Pero ¿y ese Santitos?… ¿Dónde anda? ¡Cuando más falta me hubiera hecho!…

Baja doña Teodora.

DOÑA TEODORA. ¿Estás sola, Almudena?

ALMUDENA. ¿No lo ve usté? Pero no crea usté, que a veces lo prefiero. Más vale estar sola…

DOÑA TEODORA. ¿Eh? Pues tú hablabas aquí con alguien.

ALMUDENA. Con tres descaraos que se metían conmigo.

DOÑA TEODORA. ¿Sí, eh? ¡Mira qué graciosos! En fin, hija mía, yo me marcho, que se me ha hecho algo tarde ya. Adiós, pichona. *Va a besarla y Almudena le suelta un bufido.*

ALMUDENA. ¡Señora, basta de besuqueo! ¡Ya empalaga tanto merengue! *La deja con la palabra en la boca, y sube.*

DOÑA TEODORA. *Atónita.* ¿Qué es esto? ¿Qué venate la ha dao? ¿Se habrá incomodao con Santitos?

Santitos se asoma con cierta precaución por la puertecilla del colmado y, al ver despejado el terreno, sale.

SANTITOS. ¡Vía libre!

DOÑA TEODORA. ¡Santitos!

SANTITOS. Mamá.

DOÑA TEODORA. ¿Ha pasao algo entre Almudena y tú?

SANTITOS. ¿Por qué?

DOÑA TEODORA. Porque acaba de soltarme una rabotada y ha echao furiosa escaleras arriba.

SANTITOS. ¡Toma! ¡Y se la suelta a Alfonso trece!

DOÑA TEODORA. Oye, ¿qué arañazos son ésos?

SANTITOS. Nada… ¡La manía de afeitarme solo!

DOÑA TEODORA. No te los vi antes…

SANTITOS. *Con un suspiro desgarrador.* ¡Ay!…

DOÑA TEODORA. ¿Qué es eso, hijo mío?

SANTITOS. ¡Ay, mamaíta, qué desencanto tengo!

DOÑA TEODORA. ¿Tú, pichón?

SANTITOS. Yo, mamaíta. Hasta ayer he podido engañarme; pero hoy ya he visto claro que Almudena no es mujer pa mí.

DOÑA TEODORA. ¿Qué me dices?

SANTITOS. Que no es pa mí.

DOÑA TEODORA. Pero ¿por qué, Santitos?

SANTITOS. ¡Porque me ha tomao por Malasaña! *Se descubre otra vez.*

DOÑA TEODORA. Como no te expliques…

SANTITOS. Esa mujer no quiere un novio: quiere un guerrillero. Por un quítate allá esas pajas, le busca a uno una cuestión con otro hombre.

DOÑA TEODORA. ¿Sí, eh?

SANTITOS. Sí. Chispera y manola que es ella. Sueña con pendencias por sus ojazos a cada instante. «¡Cómete a ese hombre!». ¡No tengo ganas! Es heredao. El mismo señor Apolinar, que es más castizo que las bolas del puente de Segovia, me ha dicho ahora mismo en *El Dos de Mayo* que a mi edá se debe querer con fatigas. ¡Y yo no puedo querer con fatigas! ¡Ni querer, ni hacer nada! ¡Hip!… Ahora, que si me da otro copazo, se sale con la suya. ¡Ni entiendo ese lenguaje tampoco! A mí me dice mi novia un día: «¡Negro de mi sangre!» y me veo negro pa darla una contestación adecuada.

DOÑA TEODORA. Cálmate, hijito; cálmate… ¡Vaya por Dios! ¡vaya por Dios!…

SANTITOS. Usté no sabe la mañana que llevo. La he tenido que separar de una prójima que quería cortarla la cara; quiere que mate yo al estudiantino que fué su novio; quiere que señale a Pepete… ¡Y no hace nada estaba aquí insultando a un marinero, a un guardia civil y a un soldado, y mirando pa todas partes a ver si me veía y empezaba yo a bofetadas con los tres juntos!

DOÑA TEODORA. ¡En el nombre del Padre!

SANTITOS. Yo no me asusto como un ratón, mamaíta; ¡pero tampoco quiero vivir en estado de sitio!

DOÑA TEODORA. ¡Claro que no, rico; claro que no!

SANTITOS. ¡Y tanto como no! Salí del colmao a tiempo de olerme la pendencia con los militares… y me hice el Goya.

DOÑA TEODORA. ¿Qué?

SANTITOS. Que me hice el Goya. Goya era sordo. Me lo ha dicho también el padre de Almudena. No puede ser, mamaíta; no puede ser. Yo no

soy un castizo. Es muy brava esa hembra pa un hombre tan inofensivo como yo.

No soy un castizo. ¡No me da la gana de querer con fatigas! ¡Hip!…

DOÑA TEODORA. ¿Quién sabe todavía, monín? Tú no te precipites. A lo mejor es que hoy se ha levantao ella de mal temple… No te precipites, bobón.

SANTITOS. ¡Qué más quisiera yo, mamaíta!… ¡Con lo que a mí me gusta!… ¡Porque estoy tan enamorao de Almudena… tanto, tanto… como si yo fuera un castizo, sin serlo! ¡Ay! ¡Qué ojos tiene!

DOÑA TEODORA. Bueno; en casa hablaremos despacio.

SANTITOS. Bueno. Adiós, mamaíta.

DOÑA TEODORA. Adiós, salao. Dame un beso.

SANTITOS. ¡Mamaíta!…

DOÑA TEODORA. ¡Si no lo ve nadie! *Lo besa.*

SANTITOS. Por estas niñerías me dicen luego polvorón.

DOÑA TEODORA. ¡Ay, qué lucha de hijos! *Se marcha.*

SANTITOS. Yo voy a hablar con la portera ahora que estoy solo, porque me huele un poquitín a cuerno quemao. Un poquitín. *Entra en la portería.*

Música

En la calle, un sexteto de músicos ambulantes, colocándose en la acera de enfrente ante la puerta de la casa, toca una pieza popular, de aire alegre y ritmo animado.

Baja Almudena.

ALMUDENA. No está una en lo que hace… ¿Pues no dejé la tienda sola?… Pero ¿y Santitos? ¿Dónde se habrá metido ese simple? Hoy termino con él. Hace falta estar ciega o loca pa haberse dejao arrastrar a una cosa así, por despecho y por celos.

Uno de los músicos del sexteto, mal trajeado, cojitranco, de enormes gafas negras, pasa al interior del portal y se dirige con la mano tendida a

Almudena.

Músico. *Con voz extraña y temblorosa.* ¿Hay algo pa los ciegos, joven?

Almudena. Sí, hombre; sí. Los ciegos me dan compasión. ¿Quién no lo ha estao alguna vez? *Va al mostrador por unos cuartos.*

Músico. ¡Verdá que sí!

Almudena. ¿Eh?

Músico. *Descubriéndose.* Mira: mírame.

Almudena. ¿Eh? ¡Carmelo! ¡Vete!

Carmelo. ¡No!

Almudena. ¡Me iré yo entonces!

Carmelo. *Cerrándole el paso.* ¡Tampoco! ¡Has de oírme! Almudena. ¡No quiero!

Carmelo. ¡A un grillo es y se le oye!

Cantando.

Óyeme, Almudena,
oye, y no me quieras perder;
óyeme, morena,
que ahora va de veras, mujer.

Almudena.

¡Márchate, mal hombre,
márchate muy lejos de mí;
odio hasta tu nombre:
ya ni gloria quiero de ti!

Carmelo.

No te ciegues, ciega mía,
que eso es ceguera na más,
y ya que cegaste un día,
mira claro los demás.

Yo que soy un mediquillo
tu ceguera curaré,
y seré tu lazarillo
y a un altar te llevaré.

Almudena.

Yo no puedo ya fiarme
del que siempre me mintió,
ni tampoco abandonarme
al que tanto me ofendió.

Tú pensaste que yo era
maniquí para jugar,
y ésa sí que fué ceguera
imposible de curar.

Carmelo.

Imposible, no;
que te juro que estoy bien curao.
Lo que te ofendió
bajo tierra está ya sepultao.
¿Qué temes, que no?
¡Por mi madre lo dejo jurao!

Almudena lo mira a punto de creerlo. Pausa. Él se le aproxima confiado, y cogiéndola de las manos la obliga a mirarlo otra vez. Ella no se resiste; al fin sonríe… Carmelo entonces le pregunta:

¿Pasó la tormenta?… ¡Pasó!

Almudena se une a él con exaltación amorosa.

ALMUDENA.

¡Eres, aunque yo no quiera,
el imán que siempre sigo!
¡Con todos soy una fiera,
y una paloma contigo!

LOS DOS.

¡Otra vez así de nuevo,
porque así lo quiere Dios!
¡Tú me llevas! ¡Yo te llevo!
¡Es el sino de los dos!

Cesa la música.

CARMELO. ¡Gracias a Dios, chiquilla!

ALMUDENA. ¡Gracias a Dios!

CARMELO. *A los músicos.* ¡A la otra esquina, compañeros! ¡Voy allá en seguida!

Los músicos se alejan.

ALMUDENA. ¡Eres el diablo!

CARMELO. El diablo a las puertas del cielo, como en *Don Juan Tenorio*. No tenemos tiempo que perder. Esta ocasión es única, Almudena. Tú y yo podemos entendernos; pero nadie más nos entiende. Después de lo pasao, aquí no cabe sino una solución.

ALMUDENA. Dímela.

CARMELO. Cada minuto que se va compromete nuestra ventura.

ALMUDENA. ¿Qué quieres?

CARMELO. Que no dudes de mí un instante y que me hagas caso. Yo voy ahora mismo a casa de doña Candelas, mi madrina. Allí te aguardo, y allí te quedarás con ella a vivir hasta que nos casemos, que va a ser muy pronto.

ALMUDENA. ¡Carmelo!

CARMELO. Si vacilas ahora, ya no tendremos un momento de paz. La historia volverá a repetirse. ¡Un infierno! Y tus padres acabarían por

separarnos a nosotros pa siempre.

ALMUDENA. ¡Eso, no!

CARMELO. ¡Pues a quemar las naves! ¡Ánimo! En casa de mi madrina estoy.

ALMUDENA. Allá iré yo, siguiéndote los pasos.

CARMELO. ¡Bendita sea tu boca! *Se marcha corriendo.*

ALMUDENA. Sí; tiene razón él. Hay que decidirse; hay que hacerlo. ¡Nos va todo!

Cuando se resuelve a subir, sale Santitos de la portería, sobrecogiéndola.

SANTITOS. ¡Todo, todo!

ALMUDENA. ¿Qué? ¡Santitos!

SANTITOS. Y a mí también me va mucho en ello.

ALMUDENA. ¡Santitos!

SANTITOS. Por primera vez te he visto pálida, leona de Castilla. Te marchas con el estudiante, ¿verdá?

ALMUDENA. ¡Sí!

SANTITOS. Haces bien. Sube por el mantón y escapa. Te vas con el único hombre a quien quieres.

ALMUDENA. Sí; con el único. Le quiero, Santitos; le quiero… le quiero…

SANTITOS. ¡Le quieres con fatigas!

ALMUDENA. ¡Sí! No te engaño.

SANTITOS. Pues anda, anda. Sed felices. Yo antepongo a la mía tu felicidad. Sin contar con que nosotros dos no podríamos ser dichosos nunca.

ALMUDENA. ¡Nunca!

SANTITOS. ¡Ésa ya me la tenía yo tragada! ¡Y aún le quedo agradecidísimo a tu novio! ¡La de cuestiones que me ahorra!…

ALMUDENA. Santitos, yo no puedo perder más tiempo…

SANTITOS. Una palabra, que no será perdida. Pa que veas cómo te quiero yo. Le vas a decir a ese hombre que yo mismo he amparao tu fuga;

pero que si te hace una fechoría, todas las cuestiones que ahora me evita, las va a tener conmigo; seré yo quien le pida cuentas.

ALMUDENA. No hará falta.

SANTITOS. Por si acaso, tú se lo dices de mi parte. Santitos no será un castizo a diario, ni un majo, ni un jaque, ni un valiente; pero si te ofenden a ti, Santitos será un día una especie de Juan Martín el Empecinao. ¡Sube por el mantón y escapa!

ALMUDENA. ¡Sí! *Vase corriendo escaleras arriba.*

SANTITOS. ¡Ay!… ¡No era pa mí la del tíos de Mayo!… La del Dos de Mayo es la que aquí va a armarse cuando se entere mi difunto suegro.

Simultáneamente salen Dámasa de la portería y Coronilla del colmado. Los dos van a Santitos a felicitarlo. Coronilla, que le da un abrazo, lo asusta a su pesar.

CORONILLA. ¡Venga usté aquí, amigo; venga usté aquí!

SANTITOS. ¿Quién?

CORONILLA. ¡Yo; soy yo!

SANTITOS. ¡Caray! ¡Creí que era mi difunto suegro!

CORONILLA. ¡Así hasen los hombres; así se condusen los hombres!

SANTITOS. ¿Le parece a usté?

CORONILLA. ¡Eso es sé castiso! ¡Castiso de veras!

SANTITOS. ¿Castizo? Pues, mire usté, ¡no me pasaba por la imaginación!

DÁMASA. ¡Pues hace usté lo único acertao! ¡Porque Almudena no quiere más que a ese estudiante! ¡Está loca por él!

SANTITOS. ¡Claro! ¡Y a mí me olía la cabeza a pólvora! ¡Llamémosle pólvora!

DÁMASA. Ya baja ella.

Efectivamente, Almudena baja presurosa, acomodándose el mantón. Mira a todos y, sin palabras, va a marcharse, cuando retrocede asustada.

ALMUDENA. ¡Mi padre!

SANTITOS. ¡Mi madre!

CORONILLA. ¿Su padre?

SANTITOS. ¡No importa; vete por el colmao!

CORONILLA. ¡Es verdá!

DÁMASA. ¡Casa con dos puertas…!

ALMUDENA. ¡La Virgen me acompañe! *Vase rápidamente.*

CORONILLA. *Entusiasmado, volviendo a abrazar a Santitos.* ¡Ole los hombres con agayas! ¡Cuando digo que es usté un castiso!

SANTITOS. ¡Ahí ve usté: donde menos se piensa!…

Llega de la calle Apolinar, rebosando júbilo.

APOLINAR. ¡Hola, buena gente! ¡Vengo borracho de alegría, Santitos!

SANTITOS. ¿Y eso?

APOLINAR. ¡Verás qué abanico me han dao a restaurar! ¡Verá usté, compadre; verá usté! ¡Una joya!

Desenvuelve la joya y la muestra ufano.

Mientras tanto, asoma mohíno Pepete, llevándose una mano a un ojo. Se conoce que Almudena se ha despedido de él.

PEPETE. ¡Camará con la der Dos de Mayo! ¡Es preferible que lo coja a uno un toro!

APOLINAR. ¿Qué tal, compadre? ¿Eh, Santitos; qué tal? ¡Vaya colorido! ¡Vaya asunto! ¡Qué tiempos aquéllos! Unos estudiantes de la tuna que se conciertan con unos músicos pa burlar a un tutor o a un padre, mientras otro se lleva a la novia en silla de manos.

SANTITOS. ¡Vaya asunto!

CORONILLA. ¡Y vaya coló!

APOLINAR. ¡De esto ya no hay!

SANTITOS. *Entre afirmación y suspiro.* ¡Hay!

APOLINAR.

¡Cosas de antaño, compadre!

CORONILLA.

¡O cosa de tos los tiempos!

DÁMASA.

¡Cosas de hombres y mujeres!

PEPETE.

¡Cosas pa quedarse tuerto!

SANTITOS. *Al público:*

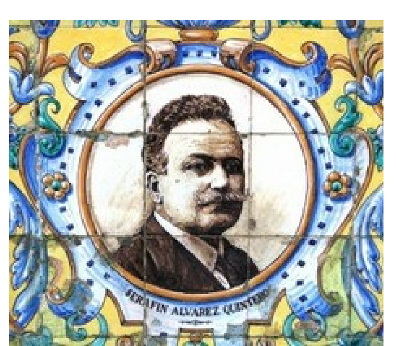
Cosas que yo, por lo clásico,
he de acabar como debo
aquí termina el sainete;
perdonad sus muchos yerros.

FIN

Madrid, 14 de marzo de 1920.

Índice Alfabético





SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 26 de marzo de 1871 - Madrid, 12 de abril de 1938) y su hermano



JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO (Utrera, Sevilla, España, 20 de enero de 1873 - Madrid, 14 de junio de 1944) fueron unos dramaturgos y poetas españoles conocidos popularmente como los **hermanos Álvarez Quintero** o, simplemente, los **Álvarez Quintero**.

Desde Utrera se trasladaron a Sevilla, donde vivieron bastante tiempo como empleados de Hacienda, mientras colaboraban en diversas publicaciones como *El Diablo Cojuelo*, e iniciaron paulatinamente su dedicación exclusiva al teatro.

Desde muy jóvenes comenzaron a escribir, siempre escribieron juntos, para el teatro, llegaron a ser insignes comediógrafos y maestros del habla castellana,

al extremo de que los dos fueron miembros de la Real Academia Española de la Lengua.

Iban siempre juntos y se querían tanto, que cuando murió el mayor, el más joven vivió tan quebrantado que seis años después falleció también.

Los restos de ambos se encuentran en el cementerio de San Justo de Madrid.

Debutaron estrenando su primera obra, *Esgrima y Amor*, en el Teatro Cervantes de Sevilla el 30 de enero del año 1888, cuyo gran éxito indujo a su padre a trasladarlos a Madrid en octubre del mismo año, donde durante más de nueve años, y trabajando como funcionarios en el Ministerio de Hacienda para poder mantenerse, combinaban sus escritos y trabajo. A partir de 1889, estrenan varios sainetes líricos y juguetes cómicos con buen éxito, lo que consolida su carrera.

Su primer éxito resonante lo obtuvieron en 1897 con *El ojito derecho*. A este éxito sucedieron muchos otros más, siendo especialmente recordados *Las flores* (1901), *El genio alegre* (1906), *Malvaloca* (1912), *Puebla de las mujeres* (1912), *Las de Caín* (1908) y mucho después *Mariquilla Terremoto* (1930).

Fueron nombrados hijos predilectos de Utrera y Sevilla y adoptivos de Málaga y Zaragoza.

Sus obras fueron traducidas a todos los idiomas; se representaron en las más apartadas latitudes como en el Teatro Colón de Buenos Aires, por la compañía Guerrero-Mendoza que llevaba varias de sus obras cuando construyó aquel teatro y sus autores gozaron de innumerables homenajes, entre ellos uno muy conocido en los años veinte en Madrid en que colaboró todo el mundillo escénico.

Comenzaron a escribir en la época en que aún gustaba mucho el género dramático de José Echegaray; pero ellos, frente a esa forma de escribir muy altisonante y frente a esas escenas terribles de angustia y muerte, peculiares del gran dramaturgo, crearon un teatro sencillo, gracioso, alegre y luminoso, que pronto arrebató el entusiasmo del público.

Amaron lo más gracioso de la vida. Pintaron el hermoso paisaje andaluz, con sus gentes dicharacheras y amistosas, con su ingenio y su donosura. Presenciar una obra de los dos hermanos era lo mismo que estar en un patio andaluz lleno de frescura, con sus mármoles blancos y sus fuentes cantarinas.

Cincuenta años de su existencia dedicaron a escribir ese teatro amable, noble y jugoso.

Aunque no escribieron únicamente comedias, sainetes, libretos de zarzuela y piezas cómicas, sino también dramas, fue en esos géneros en los que fundamentalmente se les recuerda a causa de su gran talento cómico.

Muchas de sus piezas son de naturaleza costumbrista, describiendo el modo de ser de diferentes tierras de España, sobre todo las andaluzas, pero dejando al margen la visión sombría y miserable de las lacras sociales; su Andalucía es la de la luz y la del colorido; su ideología es tradicionalista. El lenguaje de sus piezas es un castellano depurado y elegante pasado por el tamiz fónico del dialecto andaluz; sus chistes son finos y de buen gusto, sin llegar nunca a la chabacanería; con ello estilizaron e idealizaron el género chico; abunda la gracia y la sal y hay una genuina vis cómica.

En total escribieron cerca de doscientos títulos, algunos de ellos premiados, como por ejemplo *Los Galeotes*, que recibió el premio de la *Real Academia* a la mejor comedia del año.

Su última obra conjunta es *La Giralda*, zarzuela de José Padilla.

Notas

[1] A LOS DIRECTORES DE ESCENA.— La representación de esta obra debe hacerse con sólo dos intermedios: uno, después del prólogo, y otro, antes del epilogo. Los cuatro cuadros han de representarse seguidos para el cabal efecto. <<

[2] Ejemplo de esto: *El amor que pasa, El genio alegre*, *La flor de la vida, Amores y amoríos*. N. de los Autores. <<